

Horace Greeley

**LA ADMINISTRACIÓN
LINCOLN Y LA GUERRA
CIVIL (1860-1865)**

CLÁSICOS DE HISTORIA 551

HORACE GREELEY

**LA ADMINISTRACIÓN LINCOLN
Y LA GUERRA CIVIL (1860-1865)**

Traducción de Enrique Leopoldo de Verneuil

Libro octavo de la
Historia de los Estados Unidos

de J. A. Spencer (tomo III)

Pág. 216-788

Barcelona 1873

<https://books.google.es/books?id=qsB7Ok4J2KIC&hl=es>

VERSIÓN COMPENDIADA DE:

Horace Greeley.

The American conflict: A History of the Great Rebellion in the United States of America, 1860-64: Its causes, incidents and results: Intended to exhibit especially its moral and political phases, with the drift and progress of American opinion respecting Human Slavery. From 1776 to the close of the War for the Union.

Hartford, Conn. 1864 (vol. I), 1866 (vol. II)

<https://archive.org/details/americanconflict01greeuoft/mode/2up>

<https://archive.org/details/americanconflict02greeuoft/mode/2up>

CLÁSICOS DE HISTORIA 551

ÍNDICE

1. La separación de los Estados (1860-1861)	12
La elección presidencial. La Convención republicana elige a Mr. Abraham Lincoln como candidato a la Presidencia. Comités. Elecciones. La Carolina del Sur resuelve separarse de la Unión. Declaración de su independencia. Varios funcionarios dimiten sus cargos. Se nombran delegados para representar al Sur en Washington. Se guarnecen algunos fuertes. Segunda legislatura del trigésimo sexto Congreso. Cuarto y último mensaje del Presidente Buchanan. Observaciones sobre la crisis. Relaciones extranjerías. Se trata de conseguir una conciliación. El Comité de los diputados del Sur. Propositiones. Las enmiendas de Crittenden. El discurso de Mr. Antony. Cunde la alarma en el Sur. Separación de varios Estados. Se organiza un Gobierno. La Constitución federal. Jefferson Davis es elegido Presidente de la nueva Confederación de América.	
<i>Apéndice.</i> Enmiendas a la Constitución propuestas por el senador Mr. Crittenden.....	20
<i>Apéndice.</i> Historia de la Carolina del Sur.....	21
2. Administración de Abraham Lincoln (1861)	26
Viaje del nuevo Presidente a Washington. Discurso que pronunció en Indianápolis. Tentativa de asesinato. Mr. Abraham Lincoln presta juramento y toma posesión del cargo de Presidente de los Estados Unidos. Su manifiesto inaugural. El nuevo Gabinete. Los representantes confederados. Carta que dirigieron a Mr. Seward y contestación de éste. El general Beauregard y el mayor Anderson. Primeras hostilidades. Bombardeo del fuerte Sumter. Regocijo de los separatistas. Indignación de los norteamericanos. El parte del mayor Anderson. Llamamiento a las armas. Proclama del Presidente. Reunión de los confederados en Montgomery. Contestación de algunos Estados al llamamiento del Presidente. El teniente Jones evacua el arsenal de los federales en Harper's Ferry. El motín de Baltimore. Conferencia del Presidente con el mayor Brown. El general Butler desembarca en Annapolis y recupera a Maryland. Se abandona el arsenal de Norfolk. Separación de Virginia, Tennessee, la Carolina del Norte y Arkansas.	
<i>Apéndice.</i> Biografía de Abraham Lincoln.....	39
3. Primera campaña (1861)	43
Fuerzas con que contaban los Estados del Sur y los del Norte. El ejército de Washington. Su campamento. El fuerte Monroe y el coronel Demmick. El general Butler llega al fuerte Monroe. El campamento de los confederados. El Sur ocupa a los negros en los trabajos de fortificación y defensa. El general Butler se niega a devolver los esclavos fugitivos. Ataque contra Big-Bethel. Derrota de los federales. Muerte del mayor Winthrop y del teniente Greble. El general Johnston abandona su posición de Harper's Ferry. Patterson atraviesa el Potomac. Las autoridades de Virginia se declaran contra la Confederación. Se organiza un nuevo Gobierno. Los unionistas atacan a los confederados en Philippi. Rendición de Pegram. Muerte de Garnett. El parte del general Mc Clellan. Derrota de Tyler y de Rosecrans. El general Lee se encarga del mando de las tropas confederadas. La gran batalla de Bull Run. Se reúne el Congreso. El mensaje del Presidente. Se aprueban varios bills referentes a la guerra. El Congreso termina sus sesiones. Los generales Jackson y Price establecen su campamento en Bonnevill. El general Lyon marcha en su persecución. Batalla de Wilson's Creek. Muerte del general Lyon. El general Fremont es nombrado jefe del Departamento Occidental. Derrota de Mulligan. Retirada de Price. Se releva del mando a Fremont y se nombra en su lugar al general Hunter. Batalla de Belmont. Expediciones marítimas. Toma de Hilton Head por el general Sherman. La legislatura de Kentucky aprueba un <i>bill</i> proponiendo la separación. Los combates de Ball's Bluff y Dranesville. Situación de los beligerantes a fines de 1861.	

4. Segunda campaña. Texas y Nuevo México en 1862.....	61
La traición de Twigg. La Convención de Texas vota la separación. Canby se encarga del mando de las tropas. La brigada Sibley. El fuerte Craig. Batalla de Valverde. Muerte de Mc Rae. Combate de Apache. Los confederados ocupan a Santa Fe y abandonan a Nuevo México. Missouri y Arkansas en 1862. Price vuelve a Missouri. Guerrillas. Derrota de Rains y Stein. Toma de Millord. Price se retira a Arkansas. Retirada de Sigel de Bentonville. Batalla de Pea Ridges. Los indios toman parte en la guerra. Combates de Cache y Newtonia. Hindman es rechazado hasta Arkansas. Cooper derrotado en Maysville. Batalla de Prairie Grove. Kentucky, Tennessee y Alabama. Batalla de Mill Springs. Toma del fuerte Enrique. Bombardeo del fuerte Donelson. Fuga de Floyd y Pillow. Rendición de Buckner. Retirada de Johnston. Los confederados abandonan a Nueva Madrid. La isla Número diez. Primer sitio de Vicksburg. Grant se dirige a Pittsburg. Sidney Johnston avanza desde Corinto y ataca a Grant. La batalla de Shiloh. Las divisiones de Sherman y Mc Clelland son derrotadas. Muerte del general Johnston. Llegada de Buell y Lew Wallace. Los separatistas retroceden. Beauregard abandona a Corinto. Halleck toma posesión de la ciudad. Mitchel recobra a Huntsville.	
<i>Apéndice. Biografía del general Beauregard.....</i>	<i>79</i>
5. Continuación de la campaña de 1862.....	81
Expedición de Burnside a la Carolina del Norte. Toma de la isla de Roanoke. Rendición de Newbern. Toma del fuerte Macon. Combate de South Mills. Expedición secreta del general Butler. Viaje a Ship-Island. Defensas de Nueva Orleans. Bombardeo de los fuertes Jackson y San Felipe. La flota unionista trata de forzar el paso de los fuertes. Derrota de la flotilla confederada. El mayor Monroe. Rendición de los fuertes. Patriotismo de las mujeres de Nueva Orleans. Rendición de Nueva Orleans. Ejecución de Mumford. Farragut y el general Williams avanzan sobre Vicksburg. Breckinridge ataca a Baton Rouge. Muerte de Williams. Los separatistas son rechazados. Weitzel somete el país de Lafourche. Butler es reemplazado por Banks. Despedida del general Butler y su manifiesto.	
<i>Apéndice. Biografía del general Burnside.....</i>	<i>93</i>
6. Operaciones militares en Virginia durante el año 1862.....	95
Debates sobre el plan de campaña. Desacuerdo entre el Gobierno federal y el comandante en jefe. Los caminos de Richmond. Se acuerda que el ejército federal avance por la península. Batalla de Kernstown. El Merrimac. El Monitor. Combate del Merrimac con el Monitor. El general Mc Clellan pone sitio a Yorktown. La batalla de Williamsburg. Combate de West Point. Los separatistas evacúan a Norfolk. Quejas de Mc Clellan. Correspondencia de Mc Clellan con el Presidente. Combate de Mc Dowell. El general Banks es rechazado por los separatistas. Jackson sorprende a Front Royal. Retirada de Jackson. Captura del coronel Kane. Muerte del general Ashby. Combate de Crook-Keys. Jackson derrota a Tyler en Port Republic. Heth derrotado por Crook en Lewinsburg.	
<i>Apéndice. Biografía del comodoro Foote.....</i>	<i>108</i>
7. El general Mc Clellan delante de Richmond (1862).....	110
El ejército federal marcha sobre Richmond. Combate en Hanover Court-House. Batalla de Fair Oaks o de los Siete Pinos. El general Mc Clellan recibe nuevos refuerzos. Stonewall Jackson se une a Lee. Hill ataca el ala derecha de los federales en Mechanicsville. Vacilaciones de Mc Clellan. Batalla de Gaines's Mill. Derrota de Porter. Retirada de Mc Clellan. El combate de Glendale. Los separatistas atacan a los federales y son rechazados en Malvern Hill. El general en jefe unionista se retira con su ejército a Harrison's Bar. Hooker vuelve a Malvern. El general Mc Clellan se retira al fuerte Monroe y embarca sus tropas para Alejandría.	
8. Campaña del general Pope en Virginia (1862).....	123
Pope es nombrado general en jefe del ejército de Virginia. Se pone en marcha con dirección al Rapidan. El general Banks es derrotado por Jackson en la montaña de Cedar. Pope cruza el Rappahannock, y emprende la retirada perseguido por Jackson. Atrevida expedición del general Stuart. Derrota de Scammon y de Taylor. Llegan los refuerzos de Longstreet. La gran batalla de	

Gainesville. Derrota de Pope y su retirada a Centerville. Jackson ataca a Kearney en Chantilly. Muerte de los generales Stevens y Kearney. Se retira el mando a Pope y se confiere a Mc Clellan. Las pérdidas de Pope en la campaña de Virginia.

9. La invasión de Maryland (1862).....130

El general Mc Clellan atraviesa el Potomac y avanza hacia Frederick. Manifiesto del general separatista Lee. Se descubren los proyectos del general Lee. Tentativa para apoderarse de Harper's Ferry. Batalla de South Mountain. Combate de Crampton's Gap. El general Stonewall Jackson se apodera de Harper's Ferry. Mc Clellan y Hooker avanzan sobre Antietam. Batalla de Antietam. Pérdidas. El general Lee emprende la retirada cruzando el Potomac y seguido de Porter. Expedición de Stuart. Mc Clellan se dirige al Rappahannock y es relevado por Burnside. Los generales Bragg y Kirby Smith invaden el Estado de Kentucky. Los separatistas derrotan a Manson y Nelson en Richmond. Bragg coge cuatro mil prisioneros en Munfordsville. Richard Hawes es nombrado gobernador de Kentucky. El general Buell avanza contra Bragg. Batalla de Perryville. Muerte del general Jackson. El general Bragg emprende la retirada. Rosecrans ataca a Price en Iuka. Price retrocede hasta Ripley. Vandorn ataca a Rosecrans en Corinto. Derrota de los separatistas. Sus pérdidas. Vandorn es perseguido hasta Ripley.

10. La campaña de invierno de Rosecrans (1862-1863).....147

El general Rosecrans comienza a reorganizar el ejército. Las correrías de Morgan. Sorpresa de Moore en Hartsville. Las tropas avanzan hacia Nashville. Batalla de Murfreesboro. Retirada de Bragg. La caballería separatista ataca la retaguardia de los federales. Defensa de Lavergne. Pérdidas. Forrest es derrotado por Sullivan en Parker's Cross Roads. Morgan se apodera de Elizabethtown. Correrías de Carter y Wheeler. El coronel Harding derrota a Wheeler. Van Dorn se apodera de mil quinientos unionistas en Spring Hill. Morgan batido por el coronel Holl en Vought's Hill. Gordon Granger rechaza a Van Dorn en Franklin. Correrías de Streight en el Norte de Georgia. Los federales derrotan a Streight cerca de Roma.

11. El sitio de Vicksburg. Operaciones militares (1862-1863).....152

Posición e importancia de Vicksburg. El general Grant se pone en marcha con su ejército y avanza sobre Oxford. Van Dorn se apodera de Holly-Springs. Cobardía del coronel Murphy. Grant se ve obligado a retroceder. Hovey y Washburn. El general Sherman se embarca con treinta mil hombres en Memphis. Desembarca en el Yazoo. Las cañoneras del comodoro Porter. Sherman es rechazado por los separatistas con pérdidas considerables. El general Mc Clelland sustituye a Sherman en el mando y se apodera del puesto militar de Arkansas. El general Grant se encarga del mando. Desembarco de las tropas. Los federales tratan de abrir un nuevo canal. Expedición de Yazoo. Su mal éxito. Nuevos planes de Grant. Operaciones marítimas. Apresamiento de la Indianola por Webb y la Reina del Oeste. Correrías de Porter y de Grierson alrededor de Vicksburg. Porter ataca las baterías del Gran Golfo. El general Grant se dirige hacia Bruinsburg. Ataque simulado de Sherman. Cruza el Mississippi por Hankinson's Ferry. Combates en Puerto Gibson y en Raymond. Toma del Jackson. La batalla de Champion Hills. El combate de Big Black. El gran asalto de Vicksburg. Los federales son rechazados. Se activan las operaciones de sitio. Pemberton capitula y se entrega. Grant desaloja a Johnston de Jackson. El combate de Milliken's Bend. Holmes asalta a Helena y es rechazado.

12. Texas y Louisiana. Puerto Hudson (1862-1863).....174

Operaciones en las costas. Galveston. Magruder se apodera de esta plaza por sorpresa. Derrota de la flota unionista. El desastre de Sabine Pass. El Alabama apresa al Hatteras. El general Banks en Nueva Orleans. Combate de Carney's Brigde. Farragut cruza por delante de las baterías de Puerto Hudson. Banks vuelve a Berwick's Bay, cruza el Mississippi y asalta a Puerto Hudson. Ataque combinado. Los separatistas rechazan a los sitiadores. Banks estrecha el sitio. Segundo ataque. Rendición del general Gardner. Dick Taylor sorprende a Brashear-City. Combate de Donaldsonville. Franklin ataca a Sabine Pass y es rechazado. Dana es sorprendido en Borganzia Burbridge, cerca de Opelousas. El general Banks se embarca para Río Grande,

desembarca en Brazos de Santiago y se apodera de Brownsville. El fuerte Esperanza abandonado. Indianola en poder de los federales. Banks vuelve a Nueva Orleans.

13. El ejército del Potomac bajo las órdenes de los generales Burnside y Hooker (1862-1863)..185

El general Burnside se encarga del mando del ejército del Potomac. Los federales cambian el centro de operaciones. Burnside cruza el Rappahannock y ataca al ejército de Lee. Derrota de los unionistas. Vuelven a cruzar el río. Heroico ataque en las alturas de Marye. Excursiones de los separatistas en Virginia. El general Burnside es reemplazado por Hooker. Expedición de Stoneman. Hooker cruza el Rappahannock y avanza sobre Chancellorsville. La gran batalla de Fredericksburg. Los separatistas alcanzan la victoria. Pérdidas de los federales. Pleasanton contiene al enemigo. Jackson derrota al general Howard. Muerte del general Stonewall Jackson. Combate desesperado en Chancellorsville. Hooker es derrotado. Los federales se repliegan. El general Sedgwick asalta las alturas de Marye y ataca la retaguardia de los separatistas. La orden del día del general Lee. Segunda expedición de Stoneman. El general Longstreet acomete a Peck en Suffolk y es rechazado con pérdidas.

14. Continuación de las hostilidades en el Rappahannock. Gettysburg (1863).....204

Nuevos planes de los federales en el Rappahannock. Combate de caballería cerca de Fairfax. Milroy es sorprendido en Winchester por los separatistas y rechazado hasta el Potomac con pérdidas considerables. Proclama del Presidente. Encuentros y escaramuzas en Blue Ridge. Excursión de Jenkins a Chambersburg. El general Lee cruza el Potomac. Hooker y Halleck. Hooker es reemplazado por Meade. Despedida de Hooker. Ewell en York. Encuentro de las vanguardias en Gettysburg. Muerte del general Reynolds. Derrota de los unionistas. Howard se detiene en Cemetery Hill. Llega Sickles con refuerzos. Hancock se encarga del mando. Llegada de Meade. Los dos ejércitos se encuentran. Sickles es rechazado con pérdidas. La batalla de Gettysburg. La división Pickett. Los federales son rechazados. Lee emprende la retirada. Pérdidas considerables. El general Lee cruza el Potomac. Kilpatrick derrota a la retaguardia de los separatistas. El general Meade se dirige al Rappahannock. Combate en Manassas-Gap. Dix avanza sobre Richmond. Pleasanton cruza el Rapidan. El general Lee ataca a Meade por su flanco y le obliga a retirarse a Centerville. Hill derrotado por Warren. El general Lee se retira por el Rappahannock. Imboden sorprende a Charleston. El general Russell destruye la estación del Rappahannock y se apodera de mil seiscientos prisioneros. Meade cruza el Rapidan. El combate de Mine Run. Excursión de Toland a Wytheville. Averill marcha a Lewisburg. Combate en Droop Mountain.

Apéndice. Batalla de Gettysburg. Extracto del diario de M. X., coronel al servicio de Su Majestad Británica, y que por orden superior presenció las operaciones de la campaña de Pennsylvania y Maryland.....227

15. Operaciones militares en el Tennessee. La campaña de Chattanooga (1863).....243

Desgraciada expedición de Morgan a Indiana y Ohio. Es derrotado y hecho prisionero. Su fuga. El general Rosecrans avanza desde Murfreesboro en dirección al Tennessee. El general Bragg en Chattanooga. Rosecrans persigue a los separatistas. Bragg se concentra en Lafayette y hace frente al enemigo. Rosecrans se concentra con sus tropas. Batalla de Chickamauga. Derrota de Rosecrans. Sus pérdidas. El general Thomas reemplaza en el mando a Rosecrans. Excursión de Pegram a Kentucky. Excursión de Saunders al Tennessee Oriental. Burnside cruza las montañas de Cumberland. Knoxville. Burnside recobra a Cumberland Gap cogiendo dos mil prisioneros. Los separatistas avanzan contra el enemigo. Wolford es vencido en Philadelphia. Combate en Campbell's Station. Burnside se retira a Knoxville. El general Longstreet pone sitio a la plaza. Los separatistas son rechazados con numerosas pérdidas. Longstreet levanta el sitio. Grant auxilia a Rosecrans. Los generales Hooker y Slocum se retiran al Tennessee. Excursiones de Wheeler y de Roddy. Grant llega a Chattanooga. Hooker cruza el Tennessee. Combate en Wauhatchie. Sherman llega de Vicksburg. Granger, Hooker y Sherman atacan al general Braxton Bragg. Hooker se apodera de Lookout Mountain. Los separatistas son derrotados en Mision Ridge. El boletín de Bragg. Hooker persigue a Ringgold. Cleburne le cierra el paso en White Oak Ridge. Sherman y Granger marchan a Knoxville. Pérdidas en Mission Ridge.

- 16. Arkansas y Missouri. La campaña de 1863.....271**
 Marmaduke ataca a Springfield. El combate de Hartsville. Los federales, al mando de Waring, derrotan a los separatistas en Batesville Ark. Captura del Sam Galy. Fayetteville atacado por Cabell. Marmaduke ataca a los federales en Cabo Girardeau. Es rechazado por Mc Neil. Coffey asalta el fuerte Blunt. Standwatie es derrotado en Cabin Creek. Coffey derrotado por Catherwood en Pineville. El general Blunt vence a Cooper en Honey-Springs. La expedición de Quantrell Arson. Matanza en Lawrence. El general Steele marcha a Little-Rock. Combate en Bayou Metea. Dawidson derrota a Marmaduke en Bayou Fourche. Price abandona a Little-Rock. La escolta de Blunt destrozada por Quantrell. El coronel Clayton derrota a Marmaduke en Pine Bluff. El general Brown vence a Cabell y Coffey en Arrow Rock. Mc Neil persigue a los confederados hasta Clarksville. Standwatie y Quantrell rechazados por el coronel Phillips en el fuerte Gibson. Los indios Sioux. Matanza en Minnesota. El general Sibley derrota a la banda del Cuervo, en Wood Lake. Captura de quinientos indios. Son juzgados por delito de asesinato. El general Pope se encarga del mando. Sibley y Sully persiguen a los salvajes. El general Connor en Utah. Shoshonees derrotado en Bear River.
Apéndice. Las tribus indias. Su carácter y costumbres. Su guerra con los Unionistas.....278
- 17. Las Carolinas. Georgia y la Florida. El sitio de Charleston. (1862-1863).....283**
 Sitio y toma del fuerte Pulaski, por Gillmore. La flotilla de los federales se va a pique con su cargamento en el puerto de Charleston. El comandante Dupont recorre la costa hasta San Agustín. Los separatistas abandonan a Pensacola y Jacksonville. Los federales recobran la isla de Edisto. El general Hunter ataca a Secessionville y es rechazado. El general Brannan marcha hacia la vía férrea de Savannah. Combates en Pocotaligo y Coosawhatchie. Destrucción del Nashville. Dupont es rechazado al atacar el fuerte Mc Allister. Pérdida del Isaac Smith, cerca de Legareville. Expedición marítima. La Mercedita y el Keystone. Los generales Beauregard e Ingraham declaran levantado el bloqueo de Charleston. Dupont ataca el fuerte Sumter y es rechazado. Operaciones secundarias. El general Hunter y el almirante Dupont son reemplazados por el general Gillmore y el comodoro Dahlgren. El general Gillmore se apodera de una parte de la isla de Morris. El general Strong asalta el fuerte Wagner y es rechazado después de un sangriento combate. Muerte del coronel Shaw. Muerte del general Strong y del coronel Putnam. Los separatistas abandonan el fuerte Wagner. El comandante Stephens ataca el fuerte Sumter. Bombardeo de Charleston. El general Hill es rechazado en Newbern por el general Foster. Combate en Gum Swamp.
- 18. La esclavitud. La emancipación de los esclavos (1862-1864).....302**
 Opiniones del Gobierno sobre la esclavitud. La orden del general Fremont. Carta del Presidente. Informe del Secretario de la Guerra Mr. Cameron. Rectificación del Presidente. Carta de Mr. Horacio Greeley. Contestación de Mr. Lincoln. La diputación de Chicago es admitida en audiencia por el Presidente. Proclama de Abraham Lincoln. Causas a que se achacó su aparición. Segunda proclama del Presidente. Emancipación de los esclavos. Proposición de Mr. Lincoln. Debates. Se aprueba el *bill* de compensaciones. El *bill* de Mr. Arnold. Discusión violenta. El *bill* de confiscación. La oposición democrática. El discurso de John Law. Aprobación del *bill* definitivo. Educación de los negros. Se aprueba el *bill* de Mr. Grimes con la enmienda propuesta por Mr. Wilson. Los negros admitidos en el ejército de la Unión. El general Hunter ordena su reclutamiento. Interpelación del gobernador Wickliffe. Respuesta del general Hunter. Se autoriza a Saxton para que arme a los negros. El general Phelps propone su admisión en el ejército. Decreto de Jefferson Davis. El Congreso XXXVIII. Se aprueba el alistamiento de los negros. Censura de los demócratas. El gobernador Andrew organiza dos regimientos. Nueva York se adhiere al proyecto. Beauregard y Jefferson Davis condenan la admisión de negros en el ejército federal. El Congreso Confederado impone la pena de muerte a los esclavos que hagan armas contra el Sur. El Presidente Lincoln resuelve ejercer represalias. Su orden general. Preocupaciones contra la raza negra. Reclutamientos. Sus servicios y cualidades.

- 19. Ojeada sobre la historia política de la Unión (1863).....316**
 Situación política interior. Estado de los partidos. Elecciones de 1863. El Congreso de la Confederación y el de la Unión decretan la quinta. Woodward la combate calificándola de inconstitucional. Suspensión del Habeas Corpus. Arresto de Vollandigham. Vollandigham es elegido candidato para el cargo de gobernador. La Convención democrática de Ohio pide que se le ponga en libertad. Respuesta del Presidente Lincoln. La prensa democrática. El discurso del ex-Presidente Pierce. El discurso de Seymour. Motín en Nueva York. Violencias y asesinatos. Demanda de Seymour. Contestación del Presidente Lincoln. Las elecciones. Empeñados debates. El Gobierno apoyado por el pueblo.
- 20. La guerra en la costa del Atlántico. Campaña del Mississippi. (1864).....330**
 Gillmore y Seymour en la Florida. Finnegan derrota a Seymour en Olustee. Destrucción de las obras de defensa de los confederados. Banks en Nueva Orleans. La escuadra de Porter en el Mississippi. Toma del fuerte De Russy. El ejército y la flota avanzan hacia Alejandría. Banks se aproxima a Shreveport. Derrota de las avanzadas federales en Sabine Cross-Roads. El general Emory cierra el paso a los separatistas en Pleasant Grove. Combate obstinado en Pleasant Hill. Banks se retira a Grand Ecore. Porter atraviesa el río. El general Banks obliga a Lee a retroceder. Regreso del ejército y la escuadra a Alejandría. El teniente coronel Bailey. Los federales pierden tres buques en Dunn's Bayou. La costa de Texas queda abandonada. Banks se retira a Simmsport. Combate en Mansura. Operaciones en Río Colorado. Combate en Prairie d'Anne. El general Steele entra en Camden. Desastre en Mark's Mills. Steele es atacado por Kirby Smith en Jenkin's Ferry. Los federales se retiran a Little-Rock. El general Carr derrota a Shelby en San Charles. El combate de Big Creek. La Convención de Arkansas. Rosecrans se encarga del mando en Missouri. Arresto de los jefes de los Hijos de la Libertad. Última invasión de Price. Retirada a Rolla. Price amenaza atacar a San Luis y se presenta delante de Jefferson-Citty. El general Mower avanza hacia el mismo punto. Los separatistas se apoderan de Glasgow. Price en Lexington. Derrotas de Blunt y de Curtis. Pleasanton derrota a los confederados en Little Osage. Blunt en Newtonia. Los federales se retiran a Fayetteville Ark.
- 21. Campaña de 1864. Operaciones militares contra Richmond.....345**
 Grant obtiene el grado de teniente general de los ejércitos de la Unión. Sus opiniones acerca de la guerra. Se encarga del mando. Reorganización del ejército del Potomac. Excursión de Kilpatrick a Richmond. Muerte del coronel Dahlgren. Grant cruza el Rapidan. Batalla de Wilderness. Muerte del general Wadsworth. Grant avanza sobre Spottsylvania. Combate. Muerte del general Sedgwick. Hancock destruye las líneas del enemigo y hace prisionero al general Johnson. Expedición de Sheridan a Richmond. Muerte de Stuart. Butler avanza por el río James. Smith derrota a Hill en Puerto Walthall. Llegada de Beauregard. Los separatistas atacan a Butler en el James. Nuevos combates. Primera expedición de Kautz. Destrucción de tres cañoneras unionistas. Burnside es rechazado por el enemigo. El general Lee obliga a los federales a retroceder. Grant se dirige hacia Chickahominy. Sangriento combate en Cold Harbor. Expedición de Sheridan a Louisa. Guillen y Kautz marchan sobre Petersburg. Los federales asaltan la plaza y son rechazados con numerosas pérdidas. El general Meade avanza sobre Weldon. Correrías de Wilson y Kautz por Burkesville. Butler atraviesa el James. Miles se apodera de un puesto militar en Deep Bottom. Los generales Hancock y Gregg derrotados por los separatistas. Warren se apodera de la vía férrea de Weldon. Hill derrota a Hancock en Reams. Butler asalta el fuerte Harrison. Los confederados tratan de recobrarlo. Meade avanza sobre Hatcher's Run. Egan derrota a Heath. Hancock rechaza a Vade Hampton y se retira. Pérdidas en esta campaña. Observaciones.
- 22. Operaciones militares en Virginia, en el Rapidan y en el Mississippi (1864).....368**
 El general Jones sorprende un puesto militar de los federales. Breckenridge derrota a Sigel en Newmarket. Averill es vencido en Wytheville. Combate cerca de la estación de Dublín. Victoria de Hunter en Piedmont. Toma de Staunton. Los federales avanzan sobre Lynchburg. Emprenden la retirada por el Alleghanies. El general Early obliga a Sigel a huir de Virginia. Wallace derrotado en Monocacy. Early amenaza a Washington y obliga a retroceder a Wright. Averill

derrotado cerca de Winchester. Nueva victoria del general Early. Mc Causland incendia a Chambersburg. El coronel Stough es vencido en Oldtown. Sheridan se encarga del mando. Derrota de Early en Opequan y en Fisher's Hill. Depredaciones en el valle. Represalias. El general Early sorprende a Crook en Cedar Creek. Sheridan convierte la derrota en una victoria. Pérdidas. Excursión de Phillips a Granada. Mc Pherson avanza desde Vicksburg. Correría de Foster. Sherman avanza sobre Meridian. Combate en Yazoo. Palmer marcha a Dalton. Forrest se apodera de Unión-City. Es rechazado por Hicks en Paducah. Asalto y toma del fuerte Pillow. Matanza después de la rendición. Sturgis es derrotado por Forrest en Guntown. Smith bate a Forrest en Tupelo. Excursión de Forrest a Memphis. Combate en Bean's Station. Última expedición de Morgan a Kentucky. Rendición de Hobson. Burbidge ataca a Morgan y le derrota cerca de Cynthiana. Muerte de Morgan. Burbidge es batido en Saltville. Tentativa contra la isla de Johnson.

23. La campaña de Atlanta. La guerra en el océano (1864).....382

Fuerzas respectivas de los ejércitos de Sherman y Johnston. Hooker toma a Resaca. Davis se apodera de Roma. Combates en New-Hope, Church y en Dallas. Muerte del general Polk. Sherman asalta a Kenesaw y es rechazado con una pérdida de tres mil hombres. El paso de Chattahoochee. El general Hood reemplaza a Johnston. Rousseau derrota a Clinton. Hood ataca a los federales y es rechazado. Desgraciada expedición de Stoneman. Hood ataca de nuevo a los federales y es batido por Howard y Logan. Expedición de Kilpatrick. Howard derrota a Hardee en Jonesboro. Sherman entra en Atlanta. Los habitantes reciben orden de abandonar la ciudad. Expediciones de Pillow a Lafayette. Jefferson Davis en Macon. El general Hood hostiliza a Sherman. El ataque de Allatoona. El general Thomas se encarga de la defensa del Tennessee. Sherman se dirige al Sur. La escuadra de los confederados. Sus torpedos. Corsarios. El Sumter, el Alabama y el Florida. Apresamiento del Chesapeake. El Capitán Collins se apodera del Florida. El gobernador Seward. Combate del Kearsarge y el Alabama. Farragut delante de Mobile. Bombardeo del fuerte Morgan. Combate naval. Voladura del fuerte Powell. Rendición del fuerte Gaines y del fuerte Morgan.

24 Situación política de los Estados Unidos. La campaña electoral (1864).....401

Ojeada retrospectiva sobre la política interior. Kentucky y el Presidente Lincoln. Carta del Presidente. La Convención nacional de Claveland. El general Fremont es elegido Presidente. La Convención de Baltimore. Sus acuerdos. Lucha de los partidos. Elecciones. Estado de la Hacienda. La deuda nacional. Negociaciones para la paz. La Convención de Chicago. El general Mc Clellan es elegido candidato para la presidencia. Carta de Mc Clellan. Nuevas elecciones. Muerte del jefe de justicia Taney. Abraham Lincoln es reelegido para el cargo de Presidente de los Estados Unidos por una gran mayoría. El voto popular. Cambios en la Cámara de Representantes. El Congreso XXXVIII. Último mensaje del Presidente Lincoln. Enmienda a la Constitución. Manifiesto del Presidente.

25. La campaña del general Hood en el Tennessee (1864-1865).....413

Última expedición de Forrest. Ataque de Johnsonville. Ataque de Atenas. Retirada de Hood. Los separatistas atacan a Gordon Granger en Decatur. Hood cruza el Tennessee por Florencia. El general Thomas se retira a Nashville, perseguido por los confederados. Combate en Duck River y en Spring Hill. Schofield se detiene en Franklin. Batalla de Franklin. Pérdidas de los confederados. Muerte del general Cleburne. Batalla de Nashville. Combate en Murfreesboro. Hood derrotado por Thomas. El coronel Post asalta la colina de Montgomery. Los generales Wood y Smith se apoderan de la primera línea de defensa. Asalto y toma de Overton Hill. Derrota de los confederados. Sus pérdidas. Hood es perseguido hasta el Tennessee. La expedición de Lyon. Gillem derrota a Duke y a Vaughn. Breckenridge se retira a la Carolina del Norte. Toma de Saltville. Capturas del general Thomas. Hood resigna el mando.

- 26. La gran marcha de Sherman. Georgia. Las Carolinas (1864-1865).....420**
 El ejército unionista en Atlanta. Combate en Lovejoy. El general Kilpatrick delante de Macon. Slocum en Milledgeville. Howard en Sandersville. Kilpatrick avanza sobre Waynesboro. Combate. Los generales Blair y Millen. Los federales en Statesboro. Combate de Ogeechee. Slocum se dirige a Louisville. Sherman delante de Savannah. Toma del fuerte Mc Allister. Foster y Dahlgren. Las tropas del general Hardee abandonan a Savannah. Pérdidas de Sherman en Georgia. Correspondencia con Lincoln. Expediciones de Dana, Davidson y Grierson. Victoria de Grierson en Egipto. Hatch derrotado en Honey Hill. Foster ocupa a Pocotaligo. Sherman penetra en la Carolina del Sur. Los federales avanzan hacia Edisto. Combate cerca de Branchville. Kilpatrick en Aiken. Combates en Orangeburg y en Congaree. Rendición de Columbia. El incendio de Columbia. Informe de Sherman. El general Hardee evacua a Charleston, abandonando sus obras defensivas. Relación de Pollard. Los unionistas ocupan los fuertes. Combate de la estación de Williston. Sherman en Winnsboro. Ocupación de Fayetteville. Hampton sorprende a Kilpatrick. Su derrota. Slocum es atacado por Hardee en Averysboro. El general Johnston ataca a Slocum en Bentonville. Combate obstinado. Johnston abandona el campo. Entrada de Sherman en Goldsboro. Expedición de Butler al fuerte Fisher. El brulote. Bombardeo. Butler vuelve al James. Descontento de Grant. Segunda expedición al mando del general Terry. Ataque del fuerte Fisher. Bombardeo por la flota. Ataque de los marinos. El general Ames avanza al asalto. Desesperado combate. Toma del fuerte. Pérdidas. Explosión del polvorín. Llegada del general Schofield. Los unionistas avanzan sobre Wilmington. Ocupación de la ciudad. Combate en Town Creek. Evacuación del fuerte Anderson. Retirada de Hoke. Incendio de buques. El ejército marcha sobre Kingston. Upham sorprendido en Southwest Creek. Hoke emprende la retirada. Entrada de Schofield en Goldsboro.
- 27. Ocupación de Alabama. La toma de Mobile (1865).....437**
 Wilson en Eastport. Los federales cruzan el Tennessee. Derrota de Roddy en Montevallo. Toma de Selma. Rendición de Montgomery. Buford derrotado por Lagrange. Wilson se apodera de Colombo por asalto. Lagrange toma el fuerte Tyler. Wilson en Macon. Rendición de Tuskaloosa. Candy en Nueva Orleans. Los federales avanzan sobre Mobile. Derrota de Clanton. Asalto y toma del fuerte Español. Ataque de Blakely. Destrucción de las obras defensivas. Evacuación de Mobile.
- 28. La toma de Richmond. Conclusión de la guerra. Grant. Lee. Sheridan (1865).....442**
 Breves consideraciones sobre la situación de los ejércitos beligerantes. Su posición en Richmond. Plan de campaña de Grant. Operaciones preliminares. El general Warren avanza hacia el Meherrin. Expedición de las cañoneras confederadas. Combate en Dabney Mill. Expedición de Rosser a Beverly. Captura de Kelly y Crook. Sheridan derrota a Early en Waynesboro. Toma de Charlottesville. Sheridan cruza el James y se reúne con Grant. Gordon sorprende el fuerte Steedman y es rechazado al atacar el fuerte Haskell. Rendición de dos mil separatistas. Ataques del general Meade. El general Grant da orden de avanzar a las tropas. Sangriento combate en White Oak Road. Sheridan avanza sobre Five Forks. Los federales se retiran a Dinwiddie. El general Lee derrota a Warren. Sheridan es atacado por el enemigo en Dinwiddie. Los separatistas se repliegan. El cuerpo de ejército de Warren recibe orden de acometer al enemigo por su flanco izquierdo. Ataque combinado. Derrota de Pickett. Warren es relevado del mando. Los federales rompen el fuego contra Petersburg. Asalto general. Toma de los fuertes Gregg y Alexander. El general Miles desaloja al enemigo de su posición. Longstreet se reúne con Lee. El general Heth es rechazado. Muerte de Hill. El general Lee anuncia a Jefferson Davis que es forzoso evacuar a Richmond. Los confederados pegan fuego a la ciudad y la abandonan. El general Weitzel penetra en la capital sin encontrar oposición. Captura de prisioneros. Regocijos públicos en celebración de la toma de Richmond. Las elecciones de Connecticut. Los separatistas abandonan a Petersburg. El general Lee concentra sus tropas en Chesterfield. Los separatistas emprenden la retirada por Amelia. Sheridan marcha en persecución del enemigo. Crook ataca por su flanco al ejército de Lee y es rechazado con numerosas pérdidas. El general Custer destruye cuatrocientos vagones. Los federales cortan la

retirada al general Ewell. Combate sangriento. Rendición de Ewell. El general Ord ataca a la vanguardia de Lee en Farmville y es rechazado. Muerte del general Read. Lee cruza con sus tropas el Appomattox. Situación desesperada. Consejo de guerra. Grant propone la rendición al enemigo. Correspondencia entre Lee y Grant. Rendición de Lee. Se despide de sus tropas. Se disuelve el ejército confederado. El Presidente Jefferson Davis se retira a Dauville.

29. Muerte del Presidente Lincoln. La paz (1865).....	459
El Presidente en City Point. Su entrada en Richmond. Carta a Weitzel. Se suspende el alistamiento. Regocijos públicos. Aniversario de la toma del fuerte Sumter. Asesinato del Presidente Abraham Lincoln. J. Wilkes Booth. Tentativa de asesinato contra el gobernador Seward. Payne Powell. Andrew Johnson es elegido Presidente. Se ofrece una recompensa por la captura de Jefferson Davis y otros personajes de la Confederación. Excursión de Stoneman a la Carolina del Norte. Negociaciones entre Sherman y Johnston. El Gobierno rehúsa su aprobación. Rendición de Johnston y de Dick Taylor. Se disuelve la Confederación. Fuga y captura de Jefferson Davis. Proclama del general Kirby Smith. Expedición de Sheridan. El general Grant se despide de sus tropas. Licenciamiento de los ejércitos. Observaciones.	
<i>Anexo.</i> Discurso pronunciado por el general Mc Clellan con motivo de la inauguración del monumento funerario de West Point el día 15 de junio de 1864.....	469

1.

LA SEPARACIÓN DE LOS ESTADOS (1860-1861)

La elección presidencial. La Convención republicana elige a Mr. Abraham Lincoln como candidato a la Presidencia. Comités. Elecciones. La Carolina del Sur resuelve separarse de la Unión. Declaración de su independencia. Varios funcionarios dimiten sus cargos. Se nombran delegados para representar al Sur en Washington. Se guarnecen algunos fuertes. Segunda legislatura del trigésimo sexto Congreso. Cuarto y último mensaje del Presidente Buchanan. Observaciones sobre la crisis. Relaciones extranjeras. Se trata de conseguir una conciliación. El Comité de los diputados del Sur. Proposiciones. Las enmiendas de Crittenden. El discurso de Mr. Antony. Cunde la alarma en el Sur. Separación de varios Estados. Se organiza un Gobierno. La Constitución federal. Jefferson Davis es elegido Presidente de la nueva Confederación de América.

Próximo el término de la administración de Mr. Buchanan, comenzaron desde luego las elecciones para designar quién sería el nuevo Presidente, las más importantes que nunca habían tenido lugar, si se tiene en cuenta cuál debía ser su resultado. El día 6 de noviembre de 1860 habíanse reunido ya los principales hombres de los dos partidos que iban a tomar parte en aquella gran lucha política, es decir, el republicano nacional (anti-esclavo), representado por Abraham Lincoln, de Illinois, y Hannibal Hamlin, de Maine, a quienes se designaba como candidatos para los cargos de Presidente y Vicepresidente, y el partido democrático, defensor de la esclavitud, y cuyos principales miembros eran Stephen A. Douglas, de Illinois; Herschel V. Johnson, de Georgia; John C. Breckinridge, de Kentucky; Joseph Lane, de Oregón; John Bell, de Tennessee, y Edward Everett, de Massachusetts.

La Convención republicana se reunió en Chicago, el 16 de mayo, en un gran edificio elegido expresamente para el objeto; y abiertas las puertas a las once, llenáronse inmediatamente los salones y galerías de un inmenso concurso entre el que se veían muchas señoras. El interior del edificio estaba perfectamente decorado y ofrecía un gran golpe de vista; mas de diez mil personas habían conseguido entrar, pero como ya no cabía más gente, veíase en la parte exterior una multitud compacta que se apiñaba a las puertas del edificio.

Mr. Wilmot fue nombrado Presidente de la Convención, y al dar gracias por el honor que se le concedía, hizo algunas observaciones acerca de la cuestión de la esclavitud, y dijo entre otras cosas que la misión del partido republicano era oponerse constantemente a ella, combatiendo el dogma de que debe existir allí donde rija la Constitución. Añadió que el Padre de la independencia americana había vivido y muerto en la creencia de que la esclavitud era un baldón para el país, y que si se hubiera pensado que la revolución tenía por objeto establecer un gran imperio de esclavos, ninguno habría sacado la espada para defender semejante causa.

Después de haber nombrado varios Comités para que informaran sobre los diversos asuntos que se creían de más importancia para el país, la Convención suspendió los debates de aquel día, acordando reunirse de nuevo el viernes siguiente, a fin de proceder al escrutinio y elegir el candidato que debía reemplazar a Mr. Buchanan en la silla presidencial. En el día y hora prefijados, comenzó en efecto la votación, cuyo resultado, después de varios escrutinios, fue el siguiente: Abraham Lincoln, obtuvo ciento ochenta votos; Breckinridge, setenta y dos; Bell, treinta y nueve, y Douglas doce. Para el cargo de Vicepresidente alcanzó Mr. Hamlin, de Maine, ciento noventa y cuatro votos, y quedó por lo tanto elegido por una decidida mayoría. El voto popular era el siguiente: en favor de Lincoln, un millón ochocientos cincuenta y siete mil seiscientos diez votos;

en favor de Johnson, un millón trescientos sesenta y cinco mil novecientos setenta y seis; para Breckinridge, ochocientos cuarenta y siete mil novecientos cincuenta y tres, y para Bell, quinientos noventa mil seiscientos treinta y uno.

Cuando se adquirieron suficientes datos para reconocer por el resultado de las elecciones que Abraham Lincoln sería el nuevo Presidente, hubo varios *meetings* en la ciudad de Charleston y en otros puntos de la Carolina del Sur, y se aprobaron varios acuerdos que tenían por objeto la separación de dicho Estado de la Unión. A. G. Magrath, magistrado del tribunal de los Estados Unidos, presentó inmediatamente la dimisión de su cargo, y lo mismo hicieron otros funcionarios públicos nombrados por el Gobierno; Mrs. Hammond y Chesnut renunciaron a sus cargos de senadores, y Mr. L. Bonham al de representante en la Cámara; el recaudador de contribuciones y el administrador de correos de Charleston manifestaron también su intención de dimitir, si bien continuaron por entonces en sus respectivos destinos.

La legislatura del Estado, que se había reunido ya en 27 de noviembre, dispuso que se formara una Convención para proceder a la elección de delegados, y entre tanto empezábase a pensar con mucho interés en los fuertes del puerto de Charleston, de los cuales sólo el de Moultrie tenía guarnición, constando ésta de unos sesenta a setenta hombres al mando del mayor Robert Anderson. Los separatistas, que habían dado ya los primeros pasos para armar a todos los habitantes de Charleston que se hallaran en estado de salir a la defensa del país, amenazaron con apoderarse de dichos fuertes, y al mismo tiempo se empezó a fortificar apresuradamente los de Sumter y Castle Pinkney. La Convención se reunió en Columbia el día prefijado y se nombró Presidente de ella al general D. F. Jamison; pero como se acababa de declarar en aquel punto la epidemia de la viruela, resolvió trasladarse a Charleston al día siguiente, y el 20 se aprobó por unanimidad el siguiente manifiesto sometido a la consideración de los diputados:

«Manifiesto para disolver la Unión entre la Carolina del Sur y los demás Estados, con arreglo a lo que previene la Constitución de los Estados Unidos.

»Nos el pueblo de la Carolina del Sur, representado por nuestra Convención, declaramos y hemos acordado lo siguiente:

»Que la ley aprobada por nosotros en 23 de mayo del año de nuestro Señor de 1788, por la cual se ratificaba la Constitución de los Estados Unidos de América con las enmiendas introducidas, así como también todas las actas de la Asamblea general, sea considerada nula y sin ningún valor ni efecto, disolviéndose por lo tanto la Unión existente hasta ahora entre la Carolina del Sur y otros Estados bajo el nombre de Estados Unidos de América.»

Al día siguiente Mrs. R. W. Barnwell, J. H. Adams y James L. Orr fueron elegidos para pasar a Washington en clase de comisionados a fin de que se procediera a la repartición de los bienes públicos y a la entrega de los fuertes de Charleston, y en 24 de diciembre se aprobó la siguiente declaración de las causas que justificaban la separación de la Carolina del Sur. Éste es un documento de tal importancia, que no vacilamos en reproducirlo íntegro en obsequio a nuestros lectores. Es como sigue:

«Declaración de la independencia de la Carolina del Sur, aprobada por la Convención en 24 de diciembre de 1860.

»Habiendo resuelto el Estado de la Carolina del Sur ocupar un puesto separadamente entre las demás naciones, cree de su deber declarar a los demás Estados de América y a todas las potencias del mundo, qué razones le han obligado a tomar esta determinación.

»En el año 1765, la Gran Bretaña trató de hacer leyes para gobernar a las trece colonias americanas, y habiendo dado esto lugar a una lucha por la cuestión de derechos, terminó por fin aquella en 4 de julio de 1776, declarándose por las colonias, que eran y por derecho debían ser, *Estados independientes*, y que como tales estaban autorizadas para declarar la guerra, celebrar la paz, contraer alianzas, mantener el comercio y hacer en fin todo aquello a que están autorizados los Estados independientes.

»También se declaró de una manera solemne que cuando una forma de Gobierno no llena los fines para que se estableció, tiene el pueblo el derecho de alterarla o suprimirla para instituir otra, y por esto mismo, en la convicción de que el Gobierno de la Gran Bretaña no satisfacía al país, declaráronse las colonias libres de toda alianza con Inglaterra, considerando disuelta su unión con aquella potencia.

»Reconocida la Declaración de la independencia, cada uno de los trece Estados entró separadamente en el ejercicio de su soberanía; adoptó una Constitución y nombró funcionarios para administrar el Gobierno en los departamentos legislativo, ejecutivo y judicial. Para atender a la común defensa acordaron unir sus armas y sus consejos, y en 1778 formaron una liga conocida con el nombre de *Artículos de la Confederación*, por la cual convinieron en confiar la administración de las relaciones extranjeras a un agente común, al que se llamó Congreso de los Estados Unidos, declarándose terminantemente- que cada Estado debería conservar su soberanía, libertad e independencia, y todos los poderes y derechos no delegados en el Congreso de los Estados Unidos.

» Entonces sobrevino la guerra de la revolución, que terminó en 3 de diciembre de 1783 y la Gran Bretaña firmó un tratado en el cual reconocía la independencia de las colonias en los siguientes términos:

»*Artículo 1.º* Su Majestad Británica reconoce a los Estados de New-Hampshire, Massachusetts-Bay, Rhode-Island, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pennsylvania, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia, como libres soberanos e independientes, obligándose a tratarles como a tales, y renunciando para sí, sus herederos y sucesores, a toda reclamación contra el Gobierno, propiedades y derechos territoriales de los mismos.

»De este modo quedaron reconocidos los dos grandes principios que invocaban las colonias, es decir, el derecho de un Estado para gobernarse por sí mismo y el derecho del pueblo para abolir todo Gobierno cuando no llena los fines para que se instituyó; y conforme a estos principios, quedaba consignado el hecho de que cada colonia sería reconocida por la madre patria como un Estado soberano libre e independiente.

»En 1787, nombráronse diputados por los Estados con el objeto de revisar los artículos de la Confederación, y en 17 de septiembre del mismo año, recomendaron aquellos se aprobasen los que se presentaron con el nombre de *Constitución de los Estados Unidos*.

»Los Estados a quienes fue sometida esta Constitución pasaron a examinarla, y se convino que si nueve de ellos la aprobaban, quedaría adoptada entre los que hubieran dado su voto, organizándose desde luego el Gobierno general, revestido con los poderes necesarios.

»Si de los trece Estados hubieran concurrido solo nueve, dicho se está que los otros cuatro seguirían siendo Estados separados e independientes de la Constitución, y sabido es que dos de aquellos no la reconocieron hasta mucho tiempo después de haberla adoptado los otros once, en cuyo intervalo obraron como nación independiente.

»Por esta Constitución se restringían ciertos poderes de los Estados, que podían afectar a su independencia; mas para evitar toda duda, adicionóse una enmienda, por la cual se declaraba que los poderes no delegados a los Estados Unidos por la Constitución, ni prohibidos por ellos a los Estados, se reservan para estos respectivamente o para el pueblo. En 23 de mayo de 1788, la Carolina del Sur, previo el consentimiento del pueblo, aprobó una ordenanza reconociendo la Constitución, y modificó luego la suya en conformidad con sus nuevos compromisos.

»Nosotros sostenemos que el Gobierno así establecido está sujeto a los dos grandes principios consignados en la Declaración de la independencia, y reconocemos además que en todo convenio entre dos o más partes, la obligación es mutua; que la falta de una de éstas en cumplir estrictamente lo convenido, releva a la otra de su compromiso, y que a falta de un árbitro, cada una de las partes debe obrar a su juicio para resolver sobre el hecho y sus consecuencias.

»En el caso presente queda reconocida la falta hasta la evidencia: nosotros declaramos que desde hace mucho tiempo, quince Estados se han negado deliberadamente a cumplir sus deberes constitucionales, y para probarlo nos referiremos a sus propios estatutos.

»La Constitución de los Estados Unidos previene en su cuarto artículo lo que sigue:

»Todo aquel que estuviere obligado a prestar un servicio o trabajo en un Estado con arreglo a las leyes en él vigentes, y que huyera a otro, jamás podrá en virtud de ley alguna o reglamento de este último, ser absuelto de la obligación de cumplir dicho servicio, sino que deberá ser entregado a la parte que lo reclamare.

»Esta condición era tan importante en el contrato, que sin ella no se hubiera aceptado aquel, con tanta más razón cuanto que la mayor parte de los Estados contratantes tenían esclavos, y Virginia había declarado previamente cuán importante era este punto, que exigió se respetara antes de ceder el territorio donde se hallan ahora los Estados del Norte de Ohio.

»El Gobierno general, como agente común, aprobó leyes para que se cumpliera lo estipulado, y por espacio de muchos años se respetaron aquellas, pero la creciente hostilidad de los Estados del Norte hacia la esclavitud, les indujo a faltar a sus compromisos, y poco a poco se desatendieron las leyes del Gobierno general. Los Estados de Maine, New-Hampshire, Vermont, Massachusetts, Connecticut, Rhode-Island, Nueva York, Pennsylvania, Illinois, Indiana, Ohio, Michigan, Wisconsin e Iowa, han expedido leyes que anulan las actas del Congreso, y en muchos de estos Estados se deja en libertad a los esclavos fugitivos, sin que se haya cumplido en ningún caso lo que previene la Constitución del país sobre el particular. En Nueva York se ha llegado a negar a los esclavos hasta el derecho de tránsito, y en los Estados de Ohio e Iowa no se han querido entregar a la justicia fugitivos acusados de asesinato o de rebelión. Vemos, pues, que el contrato constitucional se ha infringido deliberadamente por los Estados enemigos de la esclavitud, y de aquí se sigue naturalmente la consecuencia de que la Carolina del Sur queda relevada de su compromiso.

»El objeto de la Constitución era formar una Unión más perfecta, dispensar justicia, atender a la defensa común, proteger los intereses públicos y asegurar los beneficios de la libertad tanto a nosotros como a nuestros descendientes.

»Del cumplimiento de todo esto debía encargarse el Gobierno federal, quedando cada Estado libre de regirse por sus propias instituciones; el derecho de propiedad de los esclavos se reconoció dando a las personas libres distintos derechos políticos, uno de los cuales es el de representación, y también se autorizaba la importación de esclavos por espacio de veinte años, estipulándose asimismo la entrega de los esclavos fugitivos.

»Nosotros afirmamos que el Gobierno no ha llenado los fines para que se instituyó ni ha respetado tampoco los principios constitucionales, principalmente por la acción de los Estados enemigos de la esclavitud, los cuales se han arrogado el derecho de intervenir en nuestras instituciones domésticas, negando el derecho de propiedad establecido en quince Estados y reconocido por la Constitución. Además de esto han denunciado la esclavitud como criminal, permitiendo se establezcan entre ellos sociedades cuyo evidente objeto es turbar la tranquilidad, conservando en su poder los bienes de los ciudadanos de otros Estados; y como si esto no bastara, han contribuido a que miles de nuestros esclavos, abandonaran sus casas, excitándoles a la insurrección.

»Por espacio de veinticinco años ha ido aumentándose esta agitación, hasta que al fin se hace preciso recurrir al Gobierno común. Observando las formas de la Constitución en lo que previene el artículo por el cual se establece el departamento ejecutivo, los que se muestran contrarios nuestros, han hallado medio de subvertir la Constitución misma, y todos los Estados del Norte se han unido para elegir como Presidente de los Estados Unidos a un hombre cuyas opiniones y principios son hostiles a la esclavitud. Ese hombre a quien se va a confiar la administración del Gobierno común, ha declarado *que no debe haber Estados esclavos y libres, y que todos debemos estar en la persuasión de que la esclavitud se extinguirá muy pronto.*

»Para llevar a cabo el plan que tenía por objeto subvertir la Constitución, se ha recurrido en varios Estados al medio de reconocer como ciudadanos a personas que por la suprema ley del país no podían serlo, y se ha hecho uso de sus votos para inaugurar una nueva política hostil al Sur y contraria a su tranquilidad y bienestar.

»El día 4 de marzo próximo debe inaugurarse ese nuevo Gobierno, y ya se anuncia que el Sur será excluido del territorio común, que los tribunales de justicia serán seccionales, y que se debe hacer la guerra a la esclavitud hasta que desaparezca de los Estados Unidos.

»Cuando esto suceda dejarán de existir las garantías de la Constitución; ya no habrá igualdad de derechos para los Estados, no podremos regirnos por nuestras instituciones, y el Gobierno federal se constituirá en enemigo nuestro.

»Los intereses locales y la animosidad aumentarán la irritación, e inútil parece buscar un remedio, atendido que la opinión pública en el Norte favorece un grave error político, sancionado por una creencia religiosa de las más erróneas.

»En su consecuencia pues, nos el pueblo de la Carolina del Sur a quien representan nuestros delegados de la Convención, invocando al Supremo Juez del universo para que se reconozca la rectitud de nuestras intenciones, declaramos solemnemente que la unión que existía entre este Estado y los de la América del Norte, queda definitivamente disuelta, debiendo entenderse que la Carolina del Sur vuelve a ocupar su puesto entre las naciones del mundo como un Estado libre, soberano e independiente, que estará autorizado para hacer guerra, celebrar la paz, contraer alianzas, hacer el comercio, y todo aquello en fin a que tienen derecho los Estados libres.

»Y confiando en la protección de la Divina Providencia, ofrecemos mutuamente nuestras vidas y haciendas para el mantenimiento de la presente declaración.»

El mismo día que fue aprobado por la Convención este documento, todos los representantes de la Carolina del Sur que había en el Congreso, presentaron la dimisión de sus cargos.

La segunda legislatura del trigésimo sexto Congreso se reunió el lunes 3 de diciembre de 1860, y al otro día remitió el Presidente Buchanan su último mensaje anual, del que extractaremos algunos párrafos porque se referían exclusivamente a la gran cuestión política que agitaba entonces al país entero, es decir, a la cuestión de la esclavitud, en cuyo desenlace se preveía alguna cosa terrible, sobre todo desde que el resultado de las elecciones designaba a Mr. Lincoln para ocupar la silla presidencial. Mr. Buchanan comenzaba su mensaje manifestando que era envidiable la prosperidad del país, tanto por la abundancia de las cosechas como por el gran movimiento comercial, y entraba luego de lleno en la cuestión de la esclavitud, expresándose en los siguientes términos:

«¿Cuál es la verdadera causa del descontento que reina en todo el país, y por qué se piensa en disolver la Unión, que es la fuente y origen de nuestra prosperidad? La inconveniente intervención de los Estados del Norte en el asunto de la esclavitud, tan importante para los Estados del Sur, debía producir al fin sus naturales consecuencias; los diferentes Estados de la Unión se muestran ahora hostiles entre sí, y ha llegado el día tan temido por el Padre de la patria. Yo he previsto siempre este resultado y anuncié a mis compatriotas el peligro, pero éste no procede sólo de las reclamaciones del Congreso para suprimir la esclavitud en los territorios, ni tampoco de los esfuerzos de los diversos Estados para oponerse a la ejecución de la ley sobre esclavos fugitivos.

»El Sur hubiera podido soportar estos males, en la esperanza de que más tarde se habría encontrado el medio de satisfacer las exigencias de todos, con lo cual no era de temer una separación, pues el verdadero peligro no depende tanto de las causas como del hecho de que la incesante y violenta agitación que predomina en el Norte a consecuencia del asunto de la esclavitud, ha producido al fin su maligna influencia en los esclavos, inspirándoles vagas ideas de libertad. Por esto ha llegado a reinar la inquietud en el hogar de las familias; por esto no se confía ya en la paz, y todos temen a cada momento una insurrección. Mas de una matrona del Sur se retirará a su casa por la noche poseída de inquietud al pensar que acaso ya no encuentre a sus hijos, y cuando esta

inquietud, ya real o imaginaria, llegue a extenderse por todo el país, entonces la desunión será inevitable. La propia conservación es una de las primeras leyes de la naturaleza, y la que el Creador hizo comprender desde luego al hombre; y ninguna unión política es posible, por grandes que fueran sus beneficios, si una de sus consecuencias ha de ser la inquietud de las familias y su poca seguridad. Mas pronto o más tarde se disolverían los lazos de semejante Unión. Yo creo que este fatal período no ha llegado aun, y por mi parte rogaré a Dios que no se rompan los lazos que nos unen y que se conserve la Constitución a través de las futuras generaciones.

»Debemos sin embargo tomar nuestras medidas con tiempo para evitar el peligro. No puede negarse que por espacio de veinticinco años, la hostilidad del Norte contra el Sur en la cuestión de la esclavitud, ha producido una agitación incesante. En 1835 comenzaron a circularse en los Estados del último, manifiestos incendiarios, proclamas y otros escritos que tendían evidentemente a excitar las pasiones de los esclavos, y usando las mismas palabras del general Jackson, *a estimularles a la insurrección, dando lugar a todos los horrores de una guerra servil*. Esta agitación ha ido en aumento siempre, tanto por culpa de la prensa como por los procedimientos de los Estados y de las diversas Convenciones, y el Congreso se ha ocupado con preferencia en los violentos debates a que daba margen la asendereada cuestión de la esclavitud, y se han hecho llamamientos y escrito folletos por personas distinguidas, sin más objeto que el de sembrar la discordia en los diversos Estados de la Unión.

»¿Cuán fácil sería para el pueblo americano arreglar satisfactoriamente de una vez esta cuestión y restablecer para siempre la buena paz y armonía en todo el país!

»Él solo, él puede hacerlo: lo único que se necesita para conseguir tan laudable objeto, y todo lo que los Estados esclavos quieren, es que se les permita regirse por sus propias instituciones. Como Estados soberanos, ellos y sólo ellos son responsables ante Dios y el mundo de su empeño en proteger la esclavitud, mientras el pueblo del Norte nada tiene que ver con esto, ni le asiste tampoco derecho alguno para intervenir en semejante asunto. Yo confío mucho por lo tanto en su buen criterio y reconocido patriotismo...

»¿Cuál es entre tanto la responsabilidad y verdadera posición del Poder ejecutivo? Por un juramento solemne está obligado ante Dios y su país a cuidar que las leyes se cumplan y observen fielmente, y de esta obligación no puede relevarle ningún poder humano. Pero, ¿cómo deberá obrar y llenar este deber cuando lo han hecho impracticable acontecimientos que no podía evitar? Este es precisamente el caso con la Carolina del Sur, pues todos los funcionarios públicos de la administración que allí había han renunciado sus cargos, y ahora no hay en dicho Estado ni jueces ni autoridades, de las que están encargadas del fiel cumplimiento de las leyes. La máquina del Gobierno federal ha sido destruida completamente, y será muy difícil hacerla funcionar de nuevo...

»Ahora bien; la cuestión debe plantearse así: ¿ha conferido la Constitución al Congreso el derecho de someter a un Estado que trata de separarse o se ha separado ya de la Confederación? En caso afirmativo, debe ser bajo el principio de haberse conferido al Congreso el derecho de declarar la guerra a un Estado; pero después de reflexionar detenidamente, vengo a sacar en conclusión que no se ha conferido semejante derecho al Congreso ni a ningún otro departamento del Gobierno federal. Es evidente, al examinar la Constitución del país, que entre los poderes específicos otorgados al Congreso, no se encuentra aquel, y es claro también que su ejercicio no es necesario para aquellos.»

El Presidente manifestaba luego que las relaciones con las potencias extranjeras eran tan amistosas como se pudiera desear, y que sólo con España se habían suscitado algunas diferencias, que iban a someterse a una comisión, que a no dudarlo las resolvería satisfactoriamente. Al dar cuenta del estado de la Hacienda decía Mr. Buchanan que, en su concepto, sería preciso modificar la tarifa a fin de aumentar la renta, e hizo presente que en el último tratado comercial celebrado entre Francia e Inglaterra, prevenía uno de los artículos que se suprimieran los derechos *ad valorem*, adoptando los específicos en el término de seis meses. El Presidente ponía asimismo en conocimiento del Congreso que los habitantes de varios puntos de Kansas se veían reducidos a la

miseria por haberse perdido sus cosechas, al paso que las de otros Estados eran abundantísimas y que tal era la triste situación del pueblo, que ni aun podían comprar los artículos de primera necesidad. Mr. Buchanan excitaba al Congreso a que adoptara alguna medida para aliviar a los habitantes de Kansas, y terminaba su mensaje recomendando los intereses del pueblo del distrito de Columbia.

En ambas Cámaras se procedió acto continuo a la lectura del mensaje del Presidente, pero todas sus recomendaciones fueron desatendidas, e inútiles debían ser los esfuerzos de Mr. Buchanan para alejar la tormenta y conseguir una conciliación entre los representantes del Norte y los del Sur. Mr. Clingman, de la Carolina del Norte, atacó el mensaje tan pronto como se hubo leído, sosteniendo que era ya tarde para que ninguna concesión satisficiera al Sur y para entrar en negociaciones entre los Estados libres y los esclavos. Mrs. Albert G. Brown, de Mississippi, Louis T. Wigfall, de Texas, y Alfred Iverson, de Georgia, hablaron en el mismo sentido, y con tal energía, que dieron lugar a que se promovieran enojosos y violentos debates. Mr. Crittenden, de Kentucky, y Mr. Saulsbury, de Delaware, hicieron los mayores esfuerzos para conseguir una conciliación, mas no fueron atendidas sus razones. La cuestión de la esclavitud debía producir funestas consecuencias, y al parecer no era ya dable conjurar la tormenta ni calmar tampoco la creciente irritación de los ánimos.

El 8 de diciembre se reunió una comisión de diputados del Sur, pero lejos de proponerse ningún arreglo, no se hizo otra cosa sino trazar más claramente la línea de conducta que se observaría entre unionistas y separatistas. Mrs. Albert G. Brown, de Mississippi, y John Sildell, de Louisiana, hablaron con la mayor elocuencia y energía en favor de la separación; Mrs. Jefferson Davis, de Mississippi, y James M. Mason, de Virginia, se opusieron también a un arreglo, y en el mismo sentido hablaron otros muchos senadores del Sur.

El día 9 continuaron los debates y se presentaron varias proposiciones cuyo objeto era celebrar un arreglo para conservar la Unión. John Sherman, de Ohio, propuso una nueva división de los territorios y que se observasen estrictamente los principios constitucionales; John Cochrane, de Nueva York, recomendó la conveniencia de que se dividiesen los Estados en esclavos y libres; Mr. Noell, de Missouri, propuso la abolición del cargo de Presidente de los Estados Unidos, y que se formaran de la Unión tres distritos, cada uno de los cuales elegiría un representante para que desempeñara las funciones de Presidente; Mr. Thomas C. Hindman, de Arkansas, dijo que convendría enmendar la Constitución para proteger la esclavitud en los territorios donde existiese, proponiendo además que a todo Estado que aprobase una ley cualquiera para neutralizar la de los esclavos fugitivos, se le privase del derecho de representación en el Congreso, y por último, Mr. Charles H. Larrabee, de Wisconsin, recomendó una Convención general de los Estados. Todas estas proposiciones se pasaron al Comité respectivo para que informase sobre ellas.

Al día siguiente, el venerable John J. Crittenden, de Kentucky, hombre respetable, que hacia cuarenta y cuatro años era senador, habiendo desempeñado varios cargos de importancia bajo las administraciones del general Harrison y Mr. Fillmore, presentó en el Senado una proposición cuyo objeto era resolver amistosamente la cuestión de la esclavitud, adicionando a la Constitución ciertas enmiendas. Seguramente no hubiera podido tomar la palabra en el Congreso otra persona a quien los republicanos se hallasen dispuestos a escuchar con más benevolencia, deseosos de encontrar aceptable su plan y compatible con los principios¹ que profesaban, y por esto sin duda, el Senado tomó en consideración la proposición de Crittenden. Los debates comenzaron pues, aquel mismo día, y habiendo pedido la palabra Mr. Antony, de Rhode-Island, republicano moderado, se expresó en estos términos:

«Creo, señor Presidente, que si ha de conjurarse el peligro que nos amenaza, será solo por medio de la legislación, que seguramente podrá ser más eficaz y más satisfactoria que las enmiendas constitucionales. La gran dificultad, la verdadera piedra de toque es la cuestión territorial: lo que desean los senadores del otro lado de la Cámara y aquellos a quienes representan,

1 En el apéndice de este capítulo podrá ver el lector las enmiendas propuestas por Mr. Crittenden.

es que el territorio sur de la línea de Missouri quede a su disposición completamente, y todo este territorio, excepto la parte reservada a los indios, está dentro de los límites de Nuevo México. Allí existe la esclavitud reconocida y protegida, y yo propongo que después de haber admitido a Kansas, se vote también la admisión de Nuevo México como Estado, con la Constitución que el pueblo tenga por conveniente adoptar.

»Si nosotros podemos disponer de todo el territorio que tenemos, no debemos disputar sobre el que aun no es nuestro; evitemos el conflicto que nos amenaza ahora y no hablemos sobre otro que acaso no ocurra nunca. Dejad que se calmen los ánimos; olvidemos en medio de la prosperidad general y de la gloria común de nuestro país que no hemos disputado nunca sobre la cuestión de la esclavitud, y acaso cuando en la marcha de los acontecimientos lleguen a estar las provincias del Norte bajo nuestro dominio, no tendremos ya temor de naufragar en el mar político cuyas tumultuosas olas amenazan envolvernos en un montón de ruinas.

»Al proponer el arreglo de la cuestión, admitiendo a Nuevo México, nosotros, los hombres del Norte, hacemos un inmenso sacrificio, aviniéndonos a una gran concesión, pues aceptamos como Estado a un territorio que no tiene población suficiente, ni cuenta con muchos de los elementos necesarios para que se le admita por nuestro Gobierno; pero hacemos esto animados de la esperanza de resolver amistosamente nuestras diferencias, y confiando en que seremos correspondidos.

»Y ahora, señor Presidente, permitidme que me dirija a los senadores del otro lado de la Cámara y les pregunte: cuando nosotros recorremos las siete octavas partes del terrible abismo que nos separa, ¿os negaréis vosotros a recorrer el camino que falta? Cuando con los brazos abiertos nos acercamos a vosotros de tal modo que sin más que alargar vuestras manos podréis estrechar las nuestras, dándonos un abrazo fraternal que debe unirnos para siempre, ¿permaneceréis inmóviles e indiferentes exigiéndonos una cosa que sabéis no podemos conceder y en la cual no consentirían tampoco nuestros constituyentes?»

Los argumentos de Mr. Antony parecían concluyentes; contestar no era fácil, y así es que después de un prolongado debate se deseó la proposición de Crittenden por treinta votos contra veinticinco, habiendo quedado también sobre el tapete el *bill* relativo a la admisión de Kansas.

Sería muy largo seguir el curso de los debates de aquella legislatura y dar cuenta aquí del diluvio de enmiendas y proposiciones que se presentaron en el Congreso. Los esfuerzos de los Comités para conseguir un arreglo fueron completamente inútiles, y esto no por falta de buena voluntad de la mayoría, sino porque todos los miembros del Sur se obstinaron en que los republicanos debían rechazar lo que era el principio vital de su partido. La guerra civil parecía inevitable; la alarma cundió en el Sur al saber que se trataba de abolir la esclavitud; empezóse a temer una insurrección de los negros; dejó de reinar la tranquilidad entre las familias, y antes del tiempo fijado para la inauguración del nuevo Gobierno, era tal la agitación, y tan formidable la resistencia del Sur, que por el voto del pueblo y de la legislatura resolvieron separarse de la Unión los siguientes Estados: la Carolina del Sur, en 20 de diciembre de 1860; Mississippi en 2 de enero de 1861; Alabama el día 11 del mismo mes y año; la Florida el 12; Georgia el 19; Louisiana el 28, y Texas en 1 de febrero siguiente.

En 4 de febrero de 1861, se reunieron en Montgomery (Alabama), varios representantes de los Estados que acababan de separarse, a fin de organizar un Gobierno, y en 18 del mismo mes Mr. Jefferson Davis, de Mississippi, fue elegido Presidente de los Estados Confederados de América. A los cuatro días se aprobó una Constitución federal para los Estados separatistas, la cual era muy análoga a la de la Unión, con la diferencia de que se protegía más la esclavitud, haciase más larga la duración de las funciones presidenciales, es decir, se fijaban seis años en vez de cuatro, y se reservaba el derecho de separación. Los primeros Estados confederados no eran al principio sino seis, a saber: la Carolina del Sur, Georgia, Florida, Alabama, Louisiana y Mississippi, pero bien pronto se les reunió Texas, y esperábase que seguirían el ejemplo Virginia, la Carolina del Norte, Arkansas y Tennessee. A juzgar por la actividad con que se procedía, parecía muy probable que entrasen a formar parte de la nueva Confederación los Estados esclavos de Missouri, Kentucky,

Maryland, Delaware y el distrito de Columbia, donde el partido democrático contaba con numerosos prosélitos.

El día 18 de febrero Mr. Jefferson Davis, general y ministro de la guerra bajo la administración de Pierce, y Mr. Stephens, el elocuente orador, tomaron posesión de sus cargos de Presidente y Vicepresidente de la nueva Confederación².

Terminaremos este capítulo repitiendo que los esfuerzos que hizo el Congreso en aquella legislatura para evitar un doloroso conflicto no produjeron el resultado apetecido, pues todos los miembros del Sur habían dejado de asistir a las Cámaras después de renunciar sus cargos, de modo que los repúblicos constituyeron la absoluta mayoría. En la última sesión se aprobaron tres *bills* organizando los territorios de Colorado, Nevada y Dakota, pero nada se hablaba en ellos respecto a la esclavitud. La aprobación de estos *bills* tenía por objeto sin duda calmar la efervescencia de los ánimos y fortalecer a los unionistas del Sur; mas no parece que esto produjera ningún efecto, pues no era de esperar *concesión alguna* después de la retirada de los representantes del Sur. Evitar el conflicto parecía ya difícil: ¡era demasiado tarde!

APÉNDICE

ENMIENDAS A LA CONSTITUCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS PROPUESTAS POR EL SENADOR MR. CRITTENDEN

Considerando el carácter alarmante de las disensiones que se han suscitado entre los Estados del Norte y los del Sur respecto a los derechos referentes a la esclavitud y especialmente a los del territorio común de los Estados Unidos, y como quiera que es de la mayor conveniencia e importancia para todos terminar amistosamente estas disensiones que amenazan la existencia misma de la Unión, haciendo justicia a todos a fin de devolver al pueblo la paz y tranquilidad tan necesarias para todos los ciudadanos, tengo el honor de proponer las siguientes enmiendas a la Constitución, que deberán ser sancionadas por el Senado y la Cámara de Representantes, y se considerarán como válidas después que se rectifiquen por las Convenciones de tres cuartas partes de los diversos Estados.

Artículo 1.º—En todo el territorio de los Estados Unidos, adquirido ya o que se pueda adquirir en la parte Norte hasta los 36° 30' de latitud, queda prohibida la esclavitud excepto en los casos de castigo de crímenes, en todos los puntos donde haya Gobierno territorial. En el territorio Sur de la misma línea de latitud se permitirá la esclavitud de la raza africana, y lejos de oponerse a ella el Congreso, cuidará que se respete en todos los departamentos del Gobierno territorial mientras exista. Cuando un territorio, ya sea del Norte ya del Sur, y se halle en los límites que fije el Congreso, contenga la población necesaria para estar representado, según la proporción establecida, será admitido en la Unión si su forma de Gobierno es republicana, bajo las mismas condiciones que los Estados primitivos, con esclavitud o sin ella, según lo previniese su Constitución.

Artículo 2.º—El Congreso no podrá abolir la esclavitud en los Estados donde existe ahora aun cuando se hallen en los límites de su jurisdicción.

Artículo 3.º—El Congreso no tendrá derecho para abolir la esclavitud en el distrito de Columbia, mientras exista en los Estados vecinos de Virginia y Maryland, ni con el consentimiento de los habitantes ni sin conceder la debida compensación a los poseedores de esclavos que se opongan a la abolición de la esclavitud. El Congreso no podrá tampoco en ningún tiempo prohibir a sus miembros ni a los funcionarios del Gobierno federal, que deban permanecer en dicho distrito, llevar consigo sus esclavos y tenerlos mientras los necesiten, pudiendo luego conducirlos al punto donde se trasladaren.

2 Mr. Jefferson Davis organizó su Gabinete del modo que sigue: Secretario de Estado, Mr. Toombs, de Georgia; del Tesoro, Mr. Memminger, de la Carolina del Sur; de la Guerra, Mr. Walker, de Alabama; de Marina, Mr. Mallory, de la Florida; de Hacienda, Mr. Benjamin, de Louisiana, y Director general de Correos Mr. Ulett, de Mississippi.

Artículo 4.º—El Congreso no tendrá derecho para prohibir u oponerse a la traslación de esclavos de un Estado a otro, o a un territorio donde la esclavitud esté permitida por la ley, bien se haga la traslación por tierra o por mar.

Artículo 5.º—En complemento de las disposiciones del tercer párrafo de la sección segunda del cuarto artículo de la Constitución de los Estados Unidos, el Congreso dispondrá que se abone a todo ciudadano que lo reclame el valor de sus esclavos fugitivos, siempre y cuando se pruebe que la autoridad respectiva, cuyo deber era arrestar al culpable, no lo había hecho así por violencia o intimidación, o bien en el caso de que el fugitivo fuese libertado por fuerza y no pudiese el dueño reclamarlo. En cualquiera de estos casos, y cuando los Estados Unidos se vieran en la precisión de pagar el importe de un esclavo, tendrán derecho a exigir la responsabilidad al condado donde se cometió la violencia o intimidación, reclamando daños y perjuicios y la cantidad satisfecha; pero después de reintegrarse ésta al Gobierno, dicho condado podrá a su vez reclamar la indemnización, procesando a los que impidieron al dueño reclamar su esclavo.

Artículo 6.º—Ninguna enmienda de la Constitución deberá afectar a los cinco artículos anteriores, ni se adicionará a la Constitución ninguna por la cual se confiera al Congreso el derecho de abolir la esclavitud en cualquiera de los Estados cuyas leyes la consienten.

Considerando que además de las causas de disensión a que se refieren las anteriores enmiendas, hay otras que el Congreso puede hacer desaparecer valiéndose de su autoridad legislativa; y teniendo en cuenta que el mayor deseo de todos es conseguir que cese el descontento y la agitación que ahora turba la paz y tranquilidad del país, poniendo en peligro la estabilidad de sus instituciones:

Acordamos declarar: 1.º Que las leyes que ahora rigen para recobrar los esclavos fugitivos están conformes con las disposiciones de la Constitución, y han sido sancionadas como válidas por el Supremo Tribunal de los Estados Unidos; que los Estados esclavos tienen derecho a la fiel observancia y ejecución de esas leyes, las cuales no deberán anularse o modificarse, y que procede hacer otras para castigar a los que intentaren por violencia u otros medios ilegales dar libertad a los esclavos.

2.º Que todas las leyes de los Estados que estén en contraposición con las actas del Congreso referentes a la esclavitud son nulas y sin ningún valor ni efecto, especialmente si se oponen a la entrega de esclavos fugitivos. El Congreso por lo tanto, atendidas las críticas circunstancias por que atravesamos, cree oportuno recomendar eficazmente a los Estados que dictaron tales leyes, que las anulen o modifiquen a fin de que no se subviertan intencionadamente.

3.º Que la ley de 18 de diciembre de 1850, llamada de esclavos fugitivos, debe ser enmendada de modo que el comisionado a que se refiera perciba siempre el mismo premio o gratificación en todos los casos en que resuelva, bien sea a favor o en contra del reclamante. Asimismo debe limitarse la autoridad de las personas autorizadas para arrestar o detener un esclavo fugitivo, reclamando el auxilio de los ciudadanos, en los casos en que hubiere resistencia o peligro.

4.º Que las leyes sobre la supresión del tráfico de esclavos africanos, y especialmente las que prohíben la importación de aquellos en los Estados Unidos, deben ponerse en vigor, a fin de que se observen fielmente, a cuyo efecto se adoptarán las disposiciones necesarias.

APÉNDICE

HISTORIA DE LA CAROLINA DEL SUR

La resuelta actitud de la Carolina del Sur al tratar de defender sus derechos, la energía de que dio pruebas al romper por sí sola los lazos de la Unión, y la animosidad con que se atacaron sus instituciones domésticas, fomentada por la prensa y el púlpito, parecen motivos suficientes para hacer un ligero bosquejo de la historia de dicho Estado desde su fundación, a fin de aclarar varios puntos importantes de nuestra narración.

La primera colonia europea que se conoció en el continente norteamericano fue a establecerse en la Carolina del Sur, y su principal objeto era proteger la libertad religiosa. Durante las persecuciones contra los calvinistas, en el reinado de Carlos IX, varios franceses se establecieron en Charleston a las órdenes de su almirante Coligni, que llamó al país la Carolina, si bien nosotros no encontramos este nombre sino en un título otorgado por Carlos I, rey de la Gran Bretaña, a Sir Robert Heath, a quien cedía una vasta extensión de terreno al sur y oeste de aquel país. Cuando tuvo lugar la restauración de Carlos II, este monarca, en 1663, otorgó aquel territorio a varios nobles, concediendo extraordinarios privilegios, según aparece de la carta de dicho soberano, a Edward, conde de Clarendon, George, duque de Albermale, William Craven, John Berkeley, Lord Ashley, Sir George Carteret, y Sir John Colleton, quienes fueron reconocidos como señores absolutos y propietarios de la Carolina. Los límites comprendían una vastísima extensión de territorio que se extendía desde el Atlántico al Pacífico entre las paralelas 29° y 36° 30'; después se dividió en Carolina del Sur y del Norte, y en 1671 llegó, procedente de Las Barbados una pequeña colonia, cuyo jefe era Sir John Yeamans, y con la cual se introdujeron los primeros esclavos en la Carolina. La revocación del edicto de Nantes en 1685 contribuyó a que fueran muchas personas notables a la provincia, y poco después de haberla comprado el monarca, en 1729, se ofrecieron tierras y otros beneficios a los nuevos pobladores, por cuyo medio abrióse una puerta a los protestantes de todas las naciones, y muchos desgraciados de Alemania, Suiza, Holanda, y aun súbditos de la Gran Bretaña, aceptaron gustosos los ofrecimientos que se hacían. Después de haberse reprimido las rebeliones de 1715 y 1745 en Escocia muchos de los vencidos montañeses fueron a buscar un asilo en la Carolina del Sur, y todos los años llegaban también numerosos palatinos, hasta que al fin el rey de Prusia prohibió que pasaran por sus dominios. Cuando comenzó la gran lucha de la independencia, la población de la Carolina del Sur ascendía ya a cuarenta mil blancos y noventa mil esclavos; y más tarde, los disturbios en Francia, la persecución contra los hombres libres y el degüello de los franceses en Santo Domingo, fue causa de que en los últimos años del siglo diez y ocho se refugiaran en la Carolina un sinnúmero de emigrados, que fueron recibidos cordialmente, y aliviados en sus apuros a expensas del público. Aquel fue el último grupo de pobladores que recibió el Estado de los países extranjeros.

El Gobierno establecido en la Carolina cuando llegó a ser provincia real, se organizó según el modelo de la Constitución Británica y se componía de un gobernador, un Consejo y una Asamblea; el rey nombraba a los dos primeros y la tercera era elegida por el pueblo. Antes de la revolución americana era muy próspero el estado de las provincias reales, y puede decirse que ninguna colonia estaba mejor gobernada; los primeros Jorges eran unos verdaderos padres de provincia, y su paternal afecto había merecido el cariño y amor de los súbditos de la Carolina, que satisfecha con su situación política, no ambicionaba la independencia; si la proclamó luego fue sólo para librarse de la tiranía. La primera medida que excitó la oposición contra el Gobierno Británico fue la ley del sello de 1765, y entonces la Carolina del Sur resolvió resistirse a la autoridad real. En 6 de julio de 1774 las Convenciones del pueblo reunidas en Charleston acordaron apoyar al pueblo de Boston y se nombraron diputados para que conferenciasen con las de otras colonias en el Congreso general. En 1774 no había en la provincia sino tres mil libras de pólvora, y como se temía que hiciera falta más, doce hombres autorizados por el Consejo de seguridad, se hicieron a la vela en Charleston, apresaron un barco cerca de la barra de San Agustín y después de apoderarse de quince mil libras de pólvora, hicieron rumbo hacia la Carolina, a donde llegaron sin contratiempo. Merced a esta circunstancia, el pueblo de la Carolina del Sur pudo facilitar municiones de guerra al de Massachusetts que carecía absolutamente de ellas. En 28 de junio de 1776 se vertió la primera sangre en defensa de la libertad con motivo de haber sido atacado el fuerte de la isla de Sullivan por una escuadrilla inglesa que pudo ser rechazada. Este fuerte tomó luego el nombre de Moultrie, en honor del valeroso jefe que le defendió.

En 4 de julio de 1776, la Carolina del Sur fue uno de los trece Estados que proclamó la independencia americana. La guerra que había empezado ya, no terminó hasta 1783, en cuyo año

reconoció la Gran Bretaña la independencia de las colonias. El 23 de mayo de 1788, la Carolina del Sur, previo el consentimiento de los representantes del pueblo, adoptó la Constitución de los Estados Unidos, y en 20 de diciembre de 1860, acordó separarse de la Unión proclamando sus derechos como estado libre, soberano e independiente.

Para comprender debidamente las causas que motivaron esta separación y finalmente la guerra que devastó el país, es preciso fijarse en otras cuestiones que nada tienen que ver con la de la esclavitud, la cual se cree equivocadamente que es la única que dio lugar a la guerra. La verdadera causa de tan sangrienta lucha se debe atribuir a la cuestión de derechos de los Estados.

Esta gran doctrina fundamental, derivada primitivamente de las cartas reales en virtud de las que se establecieron las primeras colonias por la Corona británica, era en concepto de los fundadores de la independencia americana la única base posible sobre la cual podía subsistir la libertad de la República. Un inmenso imperio territorial o monarquía, extendiéndose sobre la mayor parte del continente, es posible aunque no de desear, porque su principio es la concentración del poder y de la autoridad en un solo individuo, que es el jefe del ejército y gobierna con éste al pueblo, exigiendo la obediencia a su voluntad suprema; pero una gran república territorial tan extensa como la de los Estados Unidos en tiempo de Washington, con la libertad asegurada dentro de sus límites, no es posible sin la descentralización del poder. Se ha creído siempre que la primera alianza de todo americano debe contraerse con el Estado de donde es natural, y tan arraigada está esta idea, que aun hoy día ninguno puede convertirse en ciudadano de los Estados Unidos. El que es natural de Massachusetts es ciudadano de este Estado y no de la Unión, y el extranjero hoy emigrante que se establece en el país debe elegir su Estado y calificarse por la residencia en él antes de que pueda tomar cartas de naturalización. Para considerarse como ciudadano de Nueva York se necesitarían cinco años, pero se puede adquirir el derecho en seis meses en cualquiera de los nacientes Estados del Oeste, porque en ellos se necesita gente para poblar el territorio.

Formar una liga entre los Estados que si bien se gobernaban por sí mismos se unían para rechazar toda invasión extranjera, especialmente de la Gran Bretaña a quien se creía capaz de dominar a sus colonias rebeldes si no se aunaban, era el principal objeto que se propusieron los hombres notables de la era *Washingtoniana* al proclamar la libertad e independencia de América. Así pues cada Estado tenía su Constitución, su propia legislatura, su jefe de justicia y su milicia, mientras que el Gobierno federal o central, encerrado en los límites de la Constitución por el Supremo Tribunal, sólo tenía ciertos poderes en lo tocante a las relaciones extranjeras. Exteriormente la Unión lo era todo; interiormente no era nada.

Mientras predominó esta idea, las repúblicas americanas con su Gobierno nominal, eran libres y felices y reinaba la prosperidad, pero según aumentaba el número de esclavos y se extendía la Unión desde el Atlántico al Pacífico, era natural que se temiese una tentativa para centralizar el poder. Los Estados, como tales, eran enteramente libres; lo único que se les negaba por el convenio voluntario en que tomaron parte, era el de hacerse la guerra uno a otro o subvertir sus diversas Constituciones; en cuanto a todo lo demás cada uno era libre de hacer sus leyes según las costumbres, necesidades y prácticas de su pueblo. Así pues, Massachusetts y Nueva York podían abolir la esclavitud dentro de sus límites, mientras que la Carolina del Sur y Georgia quedaban en libertad de mantenerla. En el último periodo, los territorios de Indiana e Illinois estaban en su derecho al prohibir el establecimiento de gente de color en sus límites, mas por ningún concepto debían considerarse como provincias de un imperio o subdivisiones de una unidad, tal como los condados ingleses o los departamentos de Francia en el día. En Inglaterra, la ley de Northumberland es la ley de Devonshire, pero en América, la ley de Maine no es la de Pennsylvania, ni ésta la de Nueva York o Nueva Jersey.

Si los Estados hubieran seguido respetando sus mutuos y sagrados derechos, es muy probable que todo el continente de la América del Norte se hubiese visto poblado al cabo de cierto tiempo de repúblicas libres y felices, y que el Canadá y las colonias británicas del Norte, México y los territorios del istmo en el Sur, habrían ido solicitando poco a poco formar parte de la Unión

Americana. Éste hubiera sido un grande y poderoso gobierno, y en el caso de llegar a perpetuarse, la esclavitud de los negros se hubiera extinguido gradualmente al reconocerse que era tan inútil como inconveniente. De este modo no había ya temor a la guerra a no ser con una potencia europea que tomase la ofensiva, lo cual no era probable tratándose de una nación tan poderosa como América; el principio de Gobierno libre quedaba reconocido, y los diversos Estados habrían ofrecido al mundo el más sublime espectáculo que pudiese recordar la historia, el espectáculo de un pueblo independiente, civilizado, rico y dichoso, que se desarrolla y progresa, resolviendo el gran problema de los destinos de la humanidad.

Pero este feliz porvenir no estaba reservado para el pueblo: la tercera generación después de Washington, lejos de interpretarla como debía pervirtió la doctrina fundamental de la libertad republicana; aparecieron nuevos hombres y nuevas ideas; la escoria de los hombres de Europa, todos aquellos que nada podían obtener en el antiguo mundo, acudieron presurosos al nuevo a probar fortuna, y no comprendiendo el mecanismo de la delicada maquinaria, base de nuestro sistema político, comenzaron a trabajar para destruirla. La guerra civil demostró evidentemente cuál ha sido el éxito de los esfuerzos de esos hombres, que sin comprender las ventajas de la Constitución adoptada por un pueblo civilizado han persistido en sus malignos proyectos hasta conseguir que estallara la máquina política con un estruendo que debía asombrar al mundo. Los puritanos de Nueva Inglaterra, que se inspiraron en la literatura europea en una época en que América no tenía la suya propia, han prestado su auxilio a esos hombres, y como éstos soñaban en la realización de un plan que tenía por objeto llegar a constituir un gran pueblo dominante más bien que un pueblo feliz y libre, robustecieron al Gobierno federal siempre que hubo ocasión para ello, debilitando en cambio el poder de los Estados que es la mejor garantía de sus libertades.

Los intereses fabriles de Nueva Inglaterra y Pennsylvania, de los que dependía su riqueza, agitaron la cuestión de las tarifas y ésta fue una de las primeras causas que hicieron pensar en la separación. Después de haber emancipado la Gran Bretaña los esclavos de la India Occidental, se trató de dar más importancia a la esclavitud en América, y por espacio de treinta años se estuvo debatiendo esta cuestión; mas por la influencia de los elementos europeos y puritanos de la sociedad americana, sólo se consiguió exasperar a los Estados del Sur contra los revolucionarios del Norte, empeñados en intervenir en asuntos que no les concernían. Todo esto se hizo en la creencia de que los Estados Unidos eran una nación y que el Gobierno federal tenía el derecho de intervenir en las Constituciones de los diversos Estados cuando lo tuviese por conveniente.

Las cuestiones de libre comercio, de la tarifa, de la extensión de territorio y de la abolición de la esclavitud, son las que siempre se sacaron a la luz cuando se discutía el gran tema sobre la autoridad federal contra la del Estado; los hombres más ilustrados y eminentes patriotas de América, preveían las inevitables consecuencias, lo cual les indujo a combatir la usurpación con toda su energía y elocuencia, como el Norte aumentaba su población más rápidamente que el Sur a causa de la afluencia de hombres ignorantes y sin principios que llegaban de Europa, y el Sur por otra parte se obstinaba en mantener sus derechos; ésta fue una razón más para que acreciese la animosidad y se comprendiera que la separación era ya solo una cuestión de tiempo. El Norte no ha querido escuchar advertencias; fuerte en teoría, ha prescindido de la práctica, y el pueblo del Sur se vio en la precisión de buscar un remedio eficaz separándose de los Estados para no verse privado de sus ventajas y a fin de quedar completamente libre del Norte. Éste no podría abolir la esclavitud aun cuando lo deseara, pues si repentinamente se hubiese dado la libertad a cuatro millones de esclavos, habría sido peligroso para todos.

El Norte no comprendió la libertad ni los principios de su propio Gobierno en todo el curso de estas violentas polémicas y de la terrible guerra a que han dado lugar; el Norte no mantenía la esclavitud y esto debía haberle bastado; al apelar a la fuerza de las armas para exigir una cosa injusta no estaba en su derecho, pero su error debía costarle caro, pues el que a hierro mata a hierro muere, y ahora ha perdido sus propias libertades sin hacer ningún bien a los negros, a quienes

quería poner en libertad, y sin remover ni uno solo de los obstáculos que se oponen a la emancipación universal.

En el Norte hay veinte millones de hombres blancos gobernados por el despotismo, y en el Sur hay cuatro millones de negros que se hallan ahora lo mismo que antes de principiarse la guerra. Todo esto ha sucedido porque los norteamericanos querían ser una nación cuando no lo eran, y atacaron el principio de la soberanía del Estado y del libre Gobierno, que es la única base posible sobre la que puede subsistir la forma republicana. Sin embargo, aquel pueblo era orgulloso y necesitaba una lección de humildad, lección que no debía tardar en recibir con asombro del mundo, admirado de la gigantesca lucha que devastó a nuestro país y en la que vertieron su sangre millones de ciudadanos.

2.

ADMINISTRACIÓN DE ABRAHAM LINCOLN (1861)

Viaje del nuevo Presidente a Washington. Discurso que pronunció en Indianápolis. Tentativa de asesinato. Mr. Abraham Lincoln presta juramento y toma posesión del cargo de Presidente de los Estados Unidos. Su manifiesto inaugural. El nuevo Gabinete. Los representantes confederados. Carta que dirigieron a Mr. Seward y contestación de éste. El general Beauregard y el mayor Anderson. Primeras hostilidades. Bombardeo del fuerte Sumter. Regocijo de los separatistas. Indignación de los norteamericanos. El parte del mayor Anderson. Llamamiento a las armas. Proclama del Presidente. Reunión de los confederados en Montgomery. Contestación de algunos Estados al llamamiento del Presidente. El teniente Jones evacua el arsenal de los federales en Harper's Ferry. El motín de Baltimore. Conferencia del Presidente con el mayor Brown. El general Butler desembarca en Annapolis y recupera a Maryland. Se abandona el arsenal de Norfolk. Separación de Virginia, Tennessee, la Carolina del Norte y Arkansas.

El día 11 de febrero, el nuevo Presidente electo, Mr. Abraham Lincoln, abandonó su modesto domicilio de Illinois y se puso en camino para Washington, atravesando los territorios de Indianápolis, Cincinnati, Pittsburgh, Cleveland, Erie, Buffalo, Albany, Trenton, Newark, Philadelphia, Lancaster y Harrisburg. En todas las estaciones en donde tenía que detenerse el tren especial donde iba Mr. Lincoln con su familia y algunos amigos, salió a esperarle una multitud inmensa, y en todas partes recibíasele con marcadas muestras de respeto y estimación y como al jefe de un pueblo libre, que seguramente no creía que durante la nueva administración que iba a inaugurarse, debía tener lugar una de las mas sangrientas catástrofes que se registran en los anales de la historia de las naciones. En cuantos puntos se detuvo Mr. Lincoln pronunció varios discursos notables en contestación a las manifestaciones que se le dirigían, pero no reproduciremos aquí sino uno de ellos, que es en nuestro concepto el más interesante y expresivo. Helo aquí:

«Ciudadanos del Estado de Indiana:

*»Me presento a vosotros para daros gracias por vuestro recibimiento, y muy especialmente por el generoso apoyo que presta vuestro Estado a la causa pública, que yo creo la más justa, no sólo en nuestro país, sino en todo el mundo. Observo que en la actualidad se usan mucho las palabras *coerción* e *invasión*, algunas veces de un modo violento, y por esto debemos hacer lo posible para comprender debidamente la intención de aquellos que las usan; es preciso buscar la definición exacta de estas palabras, no en los diccionarios, sino en los hombres mismos, los cuales a no dudarlo reprueban los actos que aquellas indican. En efecto, ¿qué es *coerción*? ¿qué es *invasión*? ¿Sería lo primero la marcha de un ejército a través de la Carolina del Sur, sin el consentimiento de su pueblo, y con una intención hostil? Yo creo que a esto se le debe llamar *invasión*, y *coerción*, si los habitantes de la Carolina se vieren precisados a someterse. Pero si los Estados Unidos se limitaran recuperar a sus fuertes y otros bienes y a cobrar los derechos sobre las importaciones extranjeras, ¿podría llamarse a esto *invasión* o *coerción*? ¿Habría alguno que se atreviese a calificarlo de *invasión* de un Estado? ¿En qué consiste la legitimidad de los derechos de un Estado? No hablo del rango que éste ocupe en la Unión según los principios Constitucionales, porque esto lo reconocemos todos, sino del derecho de dominar lo que es menos que él, tratando de destruir lo que es más. Si un Estado y un condado, por ejemplo, fuesen iguales en extensión de territorio y en el número de habitantes, ¿en qué, como principio, podría ser el primero mejor que el segundo? ¿Podría suponer el cambio de nombres y un cambio de derechos? ¿Con qué autorización y bajo qué principio podría un Estado que no forma más que la quinta parte de una nación, romper con ésta y*

separarse de una manera arbitraria? ¿Qué misterioso derecho se confiere al distrito de un país para erigirse en tirano, sólo porque se le dio el nombre de Estado?

»Compatriotas; yo no defiendo aquí teorías; no hago más que dirigiros preguntas para que reflexionéis, y deseando no molestaros más, permitidme que me retire.»

A pesar de todas estas ovaciones, cuando Mr. Lincoln llegó a Harrisburg, el día 22, pudo observar que experimentaba un brusco cambio el barómetro político pues allí abundaban los partidarios de la esclavitud. Habíase resuelto que el nuevo Presidente pasaría el 23 por Baltimore, como lo había hecho por otras grandes ciudades de los Estados libres, pero en Baltimore el espíritu público estaba en favor de la esclavitud, y aun puede decirse que en este punto se deseaba en general la separación de los Estados. El Gobernador de la ciudad era Mr. Breckinridge, demócrata muy amigo de las reformas, y por esto no es de extrañar que en Baltimore hubiese muchos conspiradores y que allí se albergara la traición, la cual era mucho más de temer si se atiende a que se había dicho en muchas partes y por diversos conductos que Mr. Lincoln no viviría para ser Presidente. El periódico titulado *Republicano de Baltimore* acababa de publicar un artículo-encaminado a excitar el tumulto y las violencias cuando llegara el nuevo Presidente³.

Estas circunstancias y el estado de irritación de los ánimos, bastaron para que se mandara tomar algunas precauciones al jefe de policía George P. Kane, con tanto más motivo cuanto que se supo con certeza que se trataba de asesinar al Presidente, simulando una especie de motín. Pero Mr. Lincoln resolvió seguir el consejo que le dieron sus amigos, y en su consecuencia atravesó por Baltimore de incógnito en la noche del 22, y en la mañana del 23 llegó a Washington, precisamente a la hora en que se esperaba saldría de Harrisburg. La prudencia de esta medida salvó seguramente a Mr. Lincoln, pero hirió la susceptibilidad de muchos amigos suyos, los que hubieran preferido formarle una escolta de cien mil hombres más bien que verle pasar como un fugitivo por la ciudad de Baltimore.

El día 4 de marzo, aunque la mañana había sido muy desapacible, comenzó a brillar el sol en toda su fuerza y se despejó la atmósfera, si bien no reinaba la animación que era de esperar, a causa sin duda de la alarma que predominaba entre el público. Habíanse hecho amenazas de que nunca se permitiría al Presidente electo prestar el juramento de costumbre, y que se le asesinaría en el acto si no se encontraba otro modo de impedirlo. Como era natural esto hizo temer alguna violencia o conato de motín, y por lo tanto el general Scott creyó oportuno tomar algunas precauciones militares, aunque no tenía más que mil hombres a sus órdenes. La procesión cívica que escoltó a Mr. Lincoln hasta el Capitolio, fue sin embargo muy numerosa e iban en ella muchas personas respetables entre las que se veía el ex-Presidente Buchanan.

El Senado había estado reunido en sesión hacia cuarenta y ocho horas, y concluyó sus trabajos a tiempo para admitir la renuncia al Vicepresidente Breckinridge y dar la posesión a Mr. Hamlin, y hecho esto juraron otros varios Senadores. Poco después penetraba en la Cámara el cuerpo diplomático, que iba de rigurosa gala, los altos dignatarios y los jefes del Supremo Tribunal de Justicia, y al presentarse el Presidente, todos pasaron al espacioso pórtico del Capitolio donde se elevaba un estrado. Mr. Lincoln, conducido por el coronel Edward D. Baker senador del Oregón, le presentó ante aquel inmenso concurso que le saludaba con ruidosas aclamaciones. Después reinó el más profundo silencio, y el nuevo Presidente, desrollando un manuscrito, leyó con voz clara y penetrante su manifiesto inaugural concebido en estos términos:

«*Ciudadanos de los Estados Unidos.*

»Cumpliendo con una costumbre tan antigua como el Gobierno mismo, me presento a vosotros para dirigiros la palabra y prestar el juramento prescrito por la Constitución de los Estados Unidos antes de tomar posesión del cargo de Presidente.

3 El artículo del *Republicano de Baltimore* terminaba de este modo: «Mr. Lincoln, el Presidente electo de los Estados Unidos, llegará a esta ciudad con su séquito a eso de medio día en un tren especial procedente de Harrison, y seguirá directamente a Washington. De esperar es que no se le ofrecerá una oportunidad para dar a conocer entre nosotros las opiniones que emitió ayer en Philadelphia.

»No creo necesario ahora discutir todos aquellos asuntos administrativos que no excitan un particular interés, y me limitaré por lo tanto a manifestar que entre el pueblo del Sur predomina al parecer el temor de que con la nueva administración republicana peligrará la paz y la seguridad personal, sin que a mi modo de ver haya fundamento alguno para abrigar semejante inquietud. En mi concepto no hay motivos para pensar así, y esto podría probarse hasta la evidencia, pues sin ir más allá, en todos los discursos del que ahora tiene el honor de dirigiros la palabra, se podrá haber comprendido que no tengo intención de intervenir directa o indirectamente en el asunto de la esclavitud, en los Estados en donde existe, pues no creo que tenga derecho para hacerlo, ni me inclino tampoco a ello. Los que me eligieron no ignoraban que yo había hecho esta declaración, y la prueba es que en el programa que me presentaron al ofrecirme sus votos, aparecía el siguiente acuerdo:

»El mantenimiento de los derechos de los Estados, y especialmente el de que cada uno de aquellos se rija por sus propias instituciones, es esencial para conservar el equilibrio de nuestro sistema político, y reprobamos la ilegítima invasión por la fuerza armada, de cualquier Estado o territorio, como el más grave de los crímenes.

»Yo apruebo en un todo esta declaración, y al hacerlo así puedo asegurar que la tranquilidad y el bienestar de todos no se verá de ningún modo en peligro con el nuevo Gobierno. Debo añadir, de paso, que todos los Estados serán protegidos con arreglo a los principios Constitucionales y a las leyes, siempre que lo reclamaren por una justa causa.

»Al prestar el juramento que me impone mi cargo, es mi ánimo observar estrictamente la Constitución y las leyes, y mientras yo no recomiende otras nuevas al Congreso, creo que será mejor para todos conformarnos y regirnos por aquellas que no han sido anuladas.

»Setenta y dos años hace que tomó posesión el primer Presidente bajo nuestra Constitución nacional: durante este período, quince Presidentes distintos, todos ciudadanos tan distinguidos como ilustres, han representado al Poder ejecutivo del Gobierno, a través de muchos peligros, pero siempre con feliz éxito, y a pesar de esto, y con tales precedentes, entro en el desempeño de mis elevadas funciones con tanta desconfianza como temor de que me falten las fuerzas.

»La separación de los Estados de la Unión, que no era hasta hace algún tiempo más que una amenaza, es ahora según parece un plan resuelto. A mi juicio, la ley universal de la Constitución supone que la Unión de los Estados ha de ser perpetua, por más que no se exprese esta palabra en la ley fundamental de todos los Gobiernos nacionales. Si se cumple con todas las disposiciones de la Constitución de nuestro país, la Unión existirá siempre, pues no es posible destruirla sin suprimir el instrumento, base de nuestro sistema político.

»Aun suponiendo que los Estados Unidos no fueran un Gobierno propiamente dicho, sino una asociación de Estados, con el carácter de un contrato solamente, ¿podrá anularlo una de las partes sin la aprobación y el consentimiento de las demás?

»La Unión es mucho más antigua que la Constitución; se formó por los artículos que todos conocemos en 1774; trece Estados distintos se comprometieron a observarla en 1778, y por último en 1787, uno de los principales objetos al revisar la Constitución, fue formar una unión más perfecta. Si aquella deja de observarse por uno o más Estados, y se considera que hay un derecho para hacerlo, entonces la Unión es menos que antes porque la Constitución habrá perdido el elemento vital de su perpetuidad. Se sigue de aquí que ningún Estado puede separarse legalmente de la Unión por su propia iniciativa; que todas las órdenes y acuerdos que así lo prevengan deben considerarse nulas y sin ningún valor ni efecto, y que los actos de violencia cometidos en un Estado o Estados contra la autoridad de la Unión es una insurrección o revolución, según las circunstancias.

»Yo opino, pues, que en vista de la Constitución y las leyes, la Unión es inquebrantable, y en este concepto, no perdonaré esfuerzo alguno para que las leyes se cumplan fielmente en todos los Estados. Haciéndolo así habré cumplido con mi deber, y persistiré en mi resolución mientras me sea posible, a no ser que mi jefe natural, que es el pueblo americano, disponga lo contrario retirándome el poder en debida forma. Confío en que no se interpretarán mis palabras como una amenaza, sino

como el firme propósito de defender y mantener constitucionalmente la Unión, pues de este modo no será necesario recurrir a las violencias ni verter sangre si no se obliga a ello a la autoridad nacional.

»Haré uso del poder que se me confiere *para conservar y defender los bienes y propiedades pertenecientes al Gobierno*, así como también para recaudar los derechos impuestos; mas por lo demás que no se refiere a esto, no habrá invasión ni fuerza armada contra el pueblo en ninguna parte.

»Donde la hostilidad a los Estados Unidos fuese tan marcada y universal que impidiera que los ciudadanos residentes continuaran en el desempeño de sus funciones, no se tratará de reemplazarlos con extranjeros, pues el hacerlo así, mientras el Gobierno tenga un derecho legal para disponer que los funcionarios sigan en sus puestos, sería tan irritante como impracticable, y parece mejor suprimir por lo pronto tales destinos. En una palabra, el pueblo podrá vivir en todas partes con esa tranquila seguridad tan favorable y necesaria para la reflexión.

»Seguiremos la política indicada, a no ser que la experiencia o imprevistos acontecimientos aconsejen una modificación o cambio; pero en todos los casos y sean cuales fueren las exigencias, yo haré cuanto estuviere de mi parte para conservarme dentro de los límites de la prudencia, dando una solución pacífica a los disturbios que ocurriesen a fin de restablecer las fraternales afecciones y simpatías.

»Que haya personas en un punto u otro que tratan de disolver la Unión a toda costa y que buscan un pretexto para hacerlo así, es cosa que ni afirmo ni niego; mas si en efecto existen esas personas, no es necesario que yo les dirija la palabra. Pero ¿no podré hablar a los verdaderos amantes de la Unión? Antes de entrar a discutir tan grave asunto como lo es el de la destrucción de nuestro sistema nacional, con todos sus beneficios, sus recuerdos y sus esperanzas, ¿no sería prudente averiguar por qué lo hacemos? ¿Quién se atrevería a dar un paso tan osado mientras los males que nos aquejen no sean reales y verdaderos, mientras no tengamos la seguridad que al huir de unos no nos afligirán otros peores? Todos aseguran que estarán contentos en la Unión si se mantienen los derechos constitucionales; ¿será cierto, pues, que se ha negado algún derecho escrito en la Constitución? Yo creo que no, y felizmente la humana inteligencia es tal, que ninguno tendría la audacia de hacerlo.

»Citadme un solo caso en que se haya negado alguna de las disposiciones escritas claramente en la Constitución: si por la mera fuerza de los números una mayoría despojase a la minoría de cualquier derecho constitucional expresado a la letra en la Constitución, se justificaría la revolución bajo el punto de vista moral, pero aquí no existe este caso. Todos los derechos vitales de las minorías y de los individuos están tan bien asegurados por la Constitución, que nunca se promueven controversias acerca de ellos, y es de desear que así sea, porque no es dable hacer ninguna ley orgánica con una disposición especialmente aplicable a cada una de las cuestiones que puedan ocurrir en la administración práctica. Nadie puede prever ni hay documento alguno que contenga artículos escritos sólo para resolver todas las cuestiones posibles. ¿Deberán ser entregados los esclavos fugitivos por la autoridad nacional o por la del Estado? La Constitución no lo dice de una manera terminante. ¿Deberá el Congreso proteger la esclavitud en los territorios? ¿La Constitución no lo dice expresamente? De puntos como este nacen nuestras controversias constitucionales dando lugar a que nos dividamos en mayorías y minorías. Si éstas no ceden, la mayoría o el Gobierno deben cesar; no hay alternativa, para que este último continúe en el poder sin la conformidad de ambas partes. En este caso, si una minoría prefiere separarse a ceder, sienta un precedente que ha de perjudicarle a su vez, pues de su seno mismo saldrá otra minoría, cuando una mayoría rehúse aceptar lo que aquella desea. Todos los que ansían la desunión comprenden esto muy bien; pero yo pregunto: ¿hay tan perfecta identidad de intereses entre los Estados para formar una nueva Unión que produzca sólo la armonía e impida otra separación nueva? Hablemos francamente: la idea dominante de la separación es la esencia de la anarquía.

»Una mayoría sujeta a los límites constitucionales y que fácilmente cambia por la opinión popular, es el verdadero soberano de un pueblo libre; el que la deseché cae en la anarquía; la unanimidad es imposible; rechazando el principio de la mayoría, sólo queda ya el despotismo...

»Una parte de nuestro país cree que la esclavitud es conveniente y que es preciso extenderla, mientras la otra opina que es un mal y debe suprimirse, y he aquí el gran caballo de batalla que da origen a tantas disensiones, a pesar de que la ley relativa a los esclavos fugitivos y la referente a la supresión del tráfico de negros, están hoy en vigor como todos saben. Esta cuestión es difícil de resolver satisfactoriamente para todos, pero aun lo sería mucho más separándose los Estados, pues por una parte el tráfico de aquellos, suprimido ahora imperfectamente, se haría de nuevo con la mayor actividad, y por otra los esclavos fugitivos que se devuelven ahora con frecuencia, no se entregarían ya nunca.

»Físicamente hablando no podemos separarnos; no podemos aislar nuestras respectivas secciones ni elevar entre ellas una inexpugnable barrera; un marido y su mujer están en el derecho de divorciarse alejándose después uno de otro, pero las diferentes partes de la Unión no pueden hacer esto; deben permanecer cara a cara y continuar en sus relaciones, bien sean estas amistosas u hostiles. ¿Será posible que esas relaciones sean más ventajosas o satisfactorias después de la separación que antes? ¿Podrán los extraños hacer tratados, mejor que los amigos leyes? ¿Podrán observarse mejor aquellos y éstas? Suponed que se va a la guerra; no siempre será posible luchar, y cuando después de grandes pérdidas por ambas partes sin conseguir beneficio alguno, cese la contienda, todo serán dificultades respecto a la conducta que se deba observar.

»Este país con sus instituciones pertenece al pueblo que lo habita, y cuando éste no crea bueno el Gobierno existente, puede modificarlo en virtud de su derecho Constitucional, aun cuando para ello tenga que apelar a la revolución. Yo no recomiendo enmienda alguna, pero reconozco el derecho del pueblo en este punto, y en vez de oponerme yo le apoyaría, sobre todo en las actuales circunstancias si se viera precisado a tomar alguna determinación en este sentido.

»El jefe de la nación obtiene su autoridad del pueblo, mas no se le ha conferido derecho alguno para fijar las condiciones con que deben separarse los Estados; el pueblo puede hacer esto si lo quiere; el Poder ejecutivo no tiene nada que ver con ello; su deber es administrar el Gobierno que se le confió, trasmitiéndolo sin tacha a su sucesor. ¿Y por qué no ha de haber una ciega confianza en la justicia del pueblo? En nuestras actuales disensiones, ¿queréis decirme si hay alguno que crea que no esté de su parte la razón? Si el que rige los destinos de las naciones favoreciese al Norte o al Sur, la razón y la justicia resplandecerían por el juicio de ese gran tribunal que se llama el pueblo americano. Mientras que el pueblo vigile y sea virtuoso, ninguna administración por mala que sea, podrá perjudicar gravemente al Gobierno en el corto espacio de cuatro años.

»Compatriotas; yo os recomiendo con la mayor eficacia que meditéis tranquilamente sobre este punto; nada se pierde por un exceso de reflexión. Una resolución precipitada que a veces produce funestas consecuencias no se hubiera tomado acaso pensándolo antes maduramente; nada se pierde por reflexionar dos veces.

»Si se admitiera que vosotros, los que estáis descontentos con el Gobierno, tenéis toda la razón, aun en este caso no habría un motivo para precipitaros. La inteligencia, el patriotismo y la religión, y una firme confianza en ese Dios tan poderoso que siempre dispuso sus favores a este país, es todo cuanto necesitamos para resolver satisfactoriamente nuestras diferencias. Y a vosotros, compatriotas míos, los que estáis descontentos, permitidme os diga que sólo de vosotros depende la paz o la guerra civil. El Gobierno no os atacará seguramente. No habrá conflictos sin que seáis los agresores; no existe ningún precepto divino que os autorice a destruir el Gobierno, en tanto que yo estoy ligado por un juramento solemne según el que debo *preservarlo, protegerlo y defenderlo*.

»Voy a concluir: no somos enemigos ni debemos serlo; somos amigos, y aunque por un momento se hayan dejado dominar algunos por la cólera, no por esto se deben desatar los amistosos lazos que nos unen.»

Terminada la lectura de este notable documento, el nuevo Presidente de los Estados Unidos prestó el juramento de costumbre ante el jefe de justicia Taney, y después de recibir los plácemes y felicitaciones de sus numerosos amigos, se retiró acompañado entre otros de Mr. Buchanan, quien deseándole un feliz Gobierno, se despidió de Mr. Lincoln para retirarse por entonces de la vida pública⁴. Al día siguiente, 5 de marzo, el Presidente remitió al Senado para su confirmación los nombramientos de los jefes de los diversos departamentos, y aprobados que fueron, quedó constituido el nuevo Gabinete en esta forma: Secretario de Estado, William H. Seward, de Nueva York; del Tesoro, Salmon P. Chase, de Ohio; de la Guerra, Simon Cameron, de Pennsylvania; de la Armada, Gideon Welles, de Connecticut; del Interior, Caleb B. Smith, de Indiana; de Hacienda, Edward Bates, de Missouri, y Director general de correos, Montgomery Blair, de Maryland.

Entre tanto, según ya hemos dicho, Mr. Jefferson Davis había formado también su Gabinete como tenemos indicado en el capítulo anterior, y de este modo quedaban organizados los dos Gobiernos dispuestos a ejercer sus respectivas funciones; mas era esto tan palpablemente incompatible, que dadas las circunstancias, puede decirse que era inevitable un conflicto peligroso para todo el continente. Sin embargo confiábase, al menos en el Norte, en que no sería preciso romper las hostilidades; el Presidente y sus consejeros lo creían también así, y el mismo Secretario de Estado, Mr. Seward, había predicho algún tiempo antes que en dos meses quedarían arregladas todas las diferencias y discusiones entre ambos partidos.

No obstante, antes de terminar la semana en que tomó posesión de su cargo Mr. Lincoln, el Secretario de Estado recibió la siguiente carta suscrita por Mrs. John Forsyth y Martin J. Crawford.

«Washington, Marzo 12, 1861.

»Al honorable William H. Seward, Secretario de Estado de los Estados Unidos.

»Muy señor mío: los infrascritos, comisionados nombrados por el Gobierno de la Confederación de América cerca del Gobierno de los Estados Unidos, con arreglo a sus instrucciones, tienen el honor de ponerlo en conocimiento de V. para que se sirva indicar al señor Presidente de la Unión el objeto de nuestra venida a esta ciudad.

»Habiendo resuelto siete Estados de la Unión federal, en virtud del derecho que tiene todo pueblo libre para reformar o cambiar sus instituciones políticas, separarse de los Estados Unidos, acaba de reasumir las atribuciones del poder soberano, organizando un nuevo Gobierno. Los Estados confederados constituyen una nación independiente *de facto* y *de jure* con un Gobierno perfecto que cuenta con todos los elementos necesarios de existencia.

»Con el fin de arreglar a la mayor brevedad posible todas las cuestiones que pudieran originarse de esta separación política en los términos más amistosos a la par que más favorables para los intereses y futuro bienestar de ambas naciones, los infrascritos tienen orden de proceder a las primeras diligencias para entablar negociaciones con el Gobierno de los Estados Unidos, asegurándole que el Presidente, el Congreso y el pueblo de los Estados confederados desean vivamente una solución amistosa, y que no es su intención, ni está tampoco en sus intereses, exigir cosa alguna que no se funde en la más estricta justicia.

»Los infrascritos, en cumplimiento de las instrucciones de su Gobierno, tienen ahora el honor de solicitar se sirva señalarles día y hora a fin de entregar al Presidente de los Estados Unidos las credenciales de que son portadores y manifestarle el objeto de la misión que les ha sido encomendada.

»Aprovechan esta ocasión para ofrecerse con el mayor respeto sus seguros servidores,

John Forsyth.

Martin J. Crawford.

4 Aun cuando en el Apéndice del presente capítulo incluimos la biografía del Presidente Abraham Lincoln, como pudiera extrañar al lector no haber visto figurar su nombre sino hasta el momento de ser elegido para el elevado puesto que ocupó, consignaremos aquí que el Presidente Jackson tuvo a bien nombrarle Administrador de correos cuando se hallaba en New Salem. Este fue el primer cargo público que desempeñó Mr. Lincoln, después de haber sido escribiente en un almacén. (N. del T.)

En vez de una proposición para entablar negociaciones de paz, este documento podía considerarse virtualmente como una declaración de guerra; así lo comprendió el Secretario de Estado, y después de consultar con el Presidente, contestó a Mrs. John Forsyth y Martin J. Crawford con una extensa carta en la cual les decía que no le era posible acceder a su petición. Extractamos a continuación los dos siguientes párrafos, que bastarán para formar una idea del estilo y contenido de la carta de Mr. Seward.

«Al Secretario de Estado no le es posible entablar discusión alguna sobre este punto, y debe por lo tanto limitarse a exponer las razones que le inducen a rehusar respetuosamente la proposición de Mrs. Forsyth y Crawford.

»El día 4 de marzo, el nuevo Presidente de los Estados Unidos entró en el desempeño de sus funciones después de haber leído su manifiesto inaugural al pueblo de la Unión. El Secretario de Estado tiene el honor de acompañar una copia de este documento a Mrs. Forsyth y Crawford, a fin de que se sirvan examinarla.

»A primera vista se podrá comprender que el Secretario de Estado, que profesa esos principios, no debe admitir que un Estado cualquiera pueda de hecho o de derecho separarse de la Unión federal, sin el consentimiento de una Convención nacional en representación del pueblo. El Secretario de Estado no puede pues reconocer de ningún modo que los Estados confederados constituyen una potencia extranjera con quien deban entablarse relaciones diplomáticas.»

La contestación de Mr. Seward, tan pacífica como explícita, revelaba la esperanza de que no se rompieran las hostilidades, limitándose el Secretario de Estado a decir que sólo podía reconocer a Mrs. Forsyth y Crawford como ciudadanos de los Estados Unidos y no como plenipotenciarios de una nación extranjera; que la separación de los siete Estados no podía tampoco ser reconocida por el Gobierno como válida, toda vez que aquella debía considerarse como implícitamente prohibida por la Constitución federal, y no era posible adoptar semejante medida sin reunir una Convención nacional; que sólo ésta podría atender a sus supuestas reclamaciones, y que consultado el Presidente sobre el particular, estaba conforme en estos puntos.

Esta contestación hacia ya inútil la presencia de los comisionados en Washington, y reconociéndolo así, resolvieron retirarse; mas antes de hacerlo escribieron al Secretario de Estado una segunda carta cuyo principal párrafo estaba concebido en estos términos:

«Los infrascritos comprenden claramente que el no concederles una audiencia para exponer el objeto de la misión que se les confió cerca del Presidente de los Estados Unidos, es porque hacerlo así sería reconocer la independencia y separada nacionalidad de los Estados de la Confederación. La verdad de la historia exige que quede consignado que los infrascritos *no pidieron al Gobierno de los Estados Unidos que reconociese la independencia* de la Confederación, sino solo que se les señalase día y hora para entablar bajo un pie de paz y amistad las nuevas relaciones que deben seguirse en este nuevo estado de cosas con el Gobierno de la Unión federal. Vuestra negativa para acordar esta solución pacífica, los preparativos militares del Gobierno, y el haberse anunciado al jefe de las fuerzas confederadas en Charleston que el Presidente trata de aumentar la guarnición del fuerte Sumter, recurriendo a la fuerza si es necesario, son hechos que indican claramente una declaración de guerra contra la Confederación, pues el Presidente de los Estados Unidos sabe muy bien que no podría aumentarse la guarnición del fuerte Sumter sin la efusión de sangre. Los infrascritos, pues, en nombre de su Gobierno y de su pueblo aceptan el reto que se les dirige, y apelando al juicio del Todopoderoso y del mundo que ve la justicia de su causa, prometen solemnemente defender hasta lo último sus libertades contra los ataques del poder.»

Pocos días después de haberse encargado del Gobierno Mr. Lincoln, comenzó a reinar cierta agitación en el país porque se ignoraba qué resolución adoptaría el Presidente respecto a los fuertes del Sur, sobre todo los de Moultrie y Sumter, el último de los cuales contaba con una escasa guarnición al mando del mayor Anderson. Algunos corresponsales de los periódicos de Washington, que sólo se ocupaban en adquirir noticias, escribieron a poco manifestando que el fuerte Sumter se

evacuaría pacíficamente por haber creído el general Scott que esta medida militar era de todo punto necesaria, atendido que dicha fortaleza se hallaba rodeada por las fuerzas de la Confederación y no sería posible aumentar el número de tropas que la guarnecían sin un injustificable derramamiento de sangre.

En el Senado, que había estado reunido desde el 4 de mayo, y donde era muy poco numerosa la oposición al Gobierno, con motivo de la separación de los Estados, se deseaba que el Presidente manifestase cuáles eran sus intenciones, y Mrs. T. L. Clingman, de la Carolina del Norte, Bayard, de Delaware, y Breckinridge, de Kentucky, insistieron sobre todo en obtener una declaración explícita para que se les dijera si debía esperarse la guerra civil o la paz. Mr. Douglas, de Illinois, pronunció un largo discurso, demostrando que no sería una medida prudente empeñarse en conservar los fuertes del Sur ni mucho menos en recobrar los que se hubiesen tomado, a menos que se tratara de someter aquellos Estados, atendido que la Confederación existía de hecho en su capital de Montgomery. Los republicanos no pudieron o no tuvieron por conveniente declarar nada acerca de las intenciones del Poder ejecutivo, y en lo único en que se manifestaban conformes era en que debía mantenerse la Unión.

Bien fueran las vacilaciones del Presidente Lincoln verdaderas o aparentes, respecto a las medidas que debería adoptar en la cuestión de los fuertes del Sur, justificábase suficientemente su reserva por muchas razones, siendo la principal de ellas que no contaba con medios bastantes para hacer frente a la situación. En el último período de ocho años, habían estado encargados del departamento de la guerra, Jefferson Davis y el general Floy, ardientes defensores del Sur, y este último, poco antes de dimitir su cargo había adoptado una infinidad de medidas militares, favorables todas a la causa de que era uno de los más decididos campeones. Por su actividad y energía, los arsenales del Norte quedaron desprovistos en beneficio de los del Sur; el pequeño ejército de tropas regulares había sido enviado a Texas; los fuertes del Sur quedaron sin ocupar a pesar de las reiteradas advertencias del general en jefe Scott; la escuadra se diseminó por todos los mares, y en cuanto a los fondos, todo el metálico pasó al Sur quedando en el Norte el papel. Todo esto se había hecho seguramente con el objeto de que al entrar en el poder el nuevo Gobierno no encontrara un ejército, ni marina, ni material de guerra. En una palabra, puede decirse que el Gobierno mismo de los Estados Unidos había favorecido sin saberlo las medidas que debían asegurar la separación.

No obstante, a pesar de todo esto, el Gabinete del Presidente acordó en 21 de marzo, después de una sesión muy acalorada, que no se entregaría el fuerte Sumter sin oponer una enérgica resistencia, y en su vista, Mr. Lincoln envió como agente a Charleston al coronel Ward H. Lamon, quien con permiso de las autoridades confederadas tuvo una conferencia con el mayor Anderson, comandante del fuerte Sumter, el cual le manifestó que no tenía provisiones sino hasta mediados de abril. Lamon volvió inmediatamente a Washington para dar cuenta de su cometido, y dijo que en opinión del mayor Anderson no era posible reforzar la guarnición.

A los pocos días comenzó a reinar una gran actividad en todos los puertos que aun conservaba la Unión: armáronse todos los buques de guerra que se hallaban en buen estado para el servicio, se procedió a reunir la mayor cantidad posible de provisiones, y el día 6 o 7 de abril ya habían salido, de Nueva York y otros puertos del Norte, una porción de vapores destinados a varios puntos. El teniente Talbot, que había llegado a Washington el 6, procedente del fuerte Sumter, con un parte del mayor Anderson en que manifestaba éste que se le habían cortado las comunicaciones y que tendría que entregarse si no se le auxiliaba, volvió a Charleston el 8 para notificar al gobernador Pickens que se iba a socorrer el fuerte a toda costa. El general Beauregard, jefe de las fuerzas confederadas, telegrafió inmediatamente a Montgomery al saber esto, y el día 10 se le comunicaron órdenes del Secretario de la Guerra Mr. Walker, previniéndole que exigiera la rendición del fuerte, y en caso de negativa que lo tomara. En su consecuencia Beauregard intimó la entrega al mayor Anderson, quien rehusó cortésmente; pero habiéndose recibido luego nuevas instrucciones de Montgomery, con motivo de anunciar Mr. Anderson que tendría que abandonar su posición si no se le socorría,

Beauregard envió a preguntarle de nuevo que cuando pensaba evacuar el fuerte Sumter, a lo cual contestó el mayor que lo haría el 15 si antes no recibía contraorden de su Gobierno. Semejante respuesta no pareció satisfactoria, y por lo tanto el día 12 se notificó que se rompería el fuego contra el fuerte Sumter dentro de una hora.

Cumplido este término el estampido de un cañonazo disparado en la isla de Sullivan, anunciaba al mundo que habían terminado las negociaciones diplomáticas y que la Confederación apelaba al último argumento de los reyes. Bien pronto cincuenta bocas de fuego comenzaron a lanzar sus proyectiles contra el fuerte Sumter que apareció a poco envuelto en un círculo de fuego, dando a conocer a los sitiados que su permanencia en el fuerte no podía ser de larga duración. A no venir en auxilio una poderosa flota, de que carecía entonces el Gobierno, era completamente imposible la defensa. El mayor Anderson que contaba con un considerable material de guerra, no tenía sin embargo a sus órdenes más que ochenta y seis soldados; pero contestó vigorosamente al fuego de los sitiadores que, haciendo jugar las baterías de Moultrie y la isla de Sullivan, lanzaban sobre el fuerte un torrente de balas. La flota de Nueva York cargada de provisiones para la guarnición, había aparecido poco mas allá de la barra a las doce del día en que rompió el fuego; mas no pareció prudente acercarse, porque el tratar de socorrer el fuerte hubiera costado mucha sangre, acaso sin conseguir el objeto, y así lo hizo comprender el jefe de la escuadrilla por medio de señales a los que defendían el fuerte Sumter. En su consecuencia, el mayor Anderson se vio precisado a capitular después de treinta y tantas horas de bombardeo, con tanto más motivo cuanto que se había declarado un incendio en la fortaleza. Admitidas las condiciones propuestas por el mayor, se permitió a la guarnición salir con todas sus armas y los honores de la guerra, lo cual no dejaba de ser halagüeño para Anderson. A consecuencia de la explosión ocurrida en la fortaleza resultaron cuatro heridos y un muerto, mas no se contaron otras desgracias. A la mañana siguiente llegó el vapor *Isabel* para recoger a los sitiados, que se trasladaron luego a bordo del *Báltico* para ser conducidos a Nueva York. Al llegar a esta ciudad, el mayor Anderson redactó para su Gobierno el siguiente parte:

«A bordo del *Báltico* en Sandy Hook.

»Abril 18, 1861.

»Al Honorable Sir Cameron, Secretario de la Guerra, en Washington.

»Señor: habiendo defendido el fuerte Sumter por espacio de treinta y cuatro horas, hasta que las puertas estaban destruidas completamente, acribilladas las murallas, y rodeado de llamas el depósito de municiones de guerra, sin tener ya tampoco provisiones de boca, acepté las condiciones del general Beauregard, que eran las mismas que me sometió antes de romperse las hostilidades, y abandoné el fuerte el día 14 con todos los honores de la guerra, habiendo sido saludado el pabellón con cincuenta salvas de artillería.

«El mayor *Robert Anderson*.»

Apenas hubo circulado la noticia del hecho de armas de Charleston, llegó a su colmo la agitación en toda la América; los ciudadanos del Sur lanzaron a la vez un grito de júbilo, al que contestó otro de indignación en los Estados del Norte. Muchos no quisieron creer al principio la noticia, pero la prensa se encargó de convencerles. La lucha era inevitable, y por algún tiempo, las discusiones no tendrían más objeto que resolver en favor de quien iban a inclinarse los Estados intermediarios que no se habían declarado aun ni por el Norte ni por el Sur. El día 15 de abril todos los diarios de la Unión publicaron una proclama del Presidente Lincoln llamando a las armas a setenta y cinco mil hombres para defender la propiedad federal contra los siete Estados separatistas; recomendábase además a todos que reconociesen la legalidad en el término de veinte días, y se invocaba el apoyo de todos los ciudadanos leales a fin de proteger a las autoridades, asegurando la integridad de la nación. El Presidente convocó al Congreso en sesión extraordinaria para el 4 de julio, con objeto de adoptar las disposiciones más oportunas en interés de la seguridad pública. He aquí ahora en que términos estaba concebida la proclama del presidente Lincoln:

«*Proclama.*

»Considerando que de algún tiempo a esta parte no pueden ponerse en ejecución las leyes de los Estados Unidos por la resistencia de los Estados de la Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Florida, Mississippi, Louisiana y Texas, en los cuales existen combinaciones demasiado poderosas para ser reprimidas por los procedimientos ordinarios de la justicia o por los poderes de que está revestida la autoridad por la ley; yo, Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos de América, en virtud de los poderes que me confiere la Constitución, he tenido por conveniente hacer un llamamiento a la milicia de los diversos Estados a fin de reunir setenta y cinco mil hombres para que sean respetadas las leyes debidamente.

»A dicho efecto se comunicarán acto continuo instrucciones a las autoridades de los diversos Estados por conducto del departamento de la guerra⁵, y yo apelo a los leales ciudadanos para que por cuantos medios estén a su alcance contribuyan al mantenimiento de la integridad y conservación de nuestra Unión nacional, corrigiendo abusos demasiado tiempo tolerados. Creo oportuno advertir que el primer servicio de las fuerzas reunidas será recobrar los fuertes y plazas que han sido tomadas a la Unión, mas procurando siempre evitar que se destruya nada y mucho menos los bienes y propiedades de los pacíficos ciudadanos de cualquier punto del país. Por lo tanto aconsejo a todos aquellos que hayan tomado parte en cualquier movimiento no autorizado por las leyes, que se retiren tranquilamente a sus hogares en el término de veinte días a contar desde la publicación de la presente proclama.

»En vista de las especiales circunstancias y de la situación por que atraviesa el país, y en virtud de los poderes que me confiere la Constitución, he resuelto convocar las dos Cámaras del Congreso, debiendo reunirse los senadores y representantes el 4 de julio próximo, a fin de adoptar las disposiciones necesarias que exijan los intereses y la seguridad pública.

»En cumplimiento de lo cual firmo la presente, autorizándola con el sello de los Estados Unidos.

»Hecho en la ciudad de Washington el día 15 de abril del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y uno, octogésimo quinto de la independencia de los Estados Unidos.

«*Abraham Lincoln.*

»Por el Presidente, *William H. Seward*, Secretario de Estado.»

Esta proclama mereció la aprobación de todos los Estados libres y produjo mucho entusiasmo, sobre todo en los que se hallan en el territorio de las Montañas Rocosas, pues allí todos los gobernadores eran republicanos, así como también las legislaturas, y por lo tanto rivalizaron en suministrar hombres, municiones y dinero y todo cuanto se necesitara para mantener la integridad de la Unión. El único gobernador no elegido como republicano, era William Sprague de Rhode-Island, pero aun éste no sólo reunió en el acto el contingente que se le exigía, sino que se ofreció a conducirlo él mismo a Washington. Ningún Estado contestó tan pronto al llamamiento de Mr. Lincoln, ninguno envió las tropas tan bien equipadas y armadas, y baste decir que entre los voluntarios había uno que contaba con un capital de un millón de dólares, y que rompió un billete que acababa de tomar para dirigirse a Europa, prefiriendo coger el fusil para salir a la defensa de su país y de sus leyes.

No era, sin embargo, cosa fácil satisfacer prontamente la demanda del Secretario de la Guerra, pero el entusiasmo de las poblaciones lo suplió todo. El llamamiento del Presidente Lincoln levantó un verdadero huracán de patriotismo, y en todas partes las legislaturas de los Estados, y los Consejos municipales, se reunieron en sesiones extraordinarias; los diarios aparecieron llenos de

5 La circular del Secretario de la Guerra a los gobernadores que acompañaba a la proclama del Presidente, daba las instrucciones necesarias para llevar a cabo esta primera leva, fijando el número de regimientos y el contingente de cada Estado en la forma que sigue: Maine 1; New-Hampshire 1; Vermont 1; Massachusetts 2; Rhode-Island 1; Connecticut 1; Nueva York 17; Nueva Jersey 4; Pennsylvania 16; Delaware 1; Tennessee 2; Maryland 4; Virginia 3; Carolina del Norte 2; Kentucky 4; Arkansas 1; Missouri 4; Ohio 13; Indiana 6; Illinois 6; Michigan 1; Iowa 1; Minnesota 1; Wisconsin 1. Los noventa y cuatro regimientos deberían tener 780 plazas cada uno, lo cual, con el contingente del distrito de Columbia, compondría el total de los 75.000 hombres pedidos.

proclamas, acuerdos, órdenes del día y llamamientos a las armas, y todos se apresuraban a suministrar fondos.

Nueva York, la gran ciudad, con su millón de habitantes, apareció de pronto transformada; en pocas horas se completaron todos los regimientos de la milicia, y fue preciso organizar otros nuevos para satisfacer las demandas de los ciudadanos; cada barrio, cada club, cada sociedad, quiso facilitar su regimiento; los alemanes, irlandeses, franceses, italianos, búlgaros y demás extranjeros, rivalizaron con los americanos mismos, y durante algunos días, la población entera, hombres, mujeres y niños, acudió a la plaza pública luciendo los colores nacionales. Los coches, los caballos, los barcos, las ventanas, todo se llenó de flores en honor de la Unión, y en 20 de abril se reunieron en la gran plaza, al rededor de la estatua ecuestre de Washington más de ciento cincuenta mil almas. Eleváronse cinco tribunas desde las que se pronunciaron elocuentes discursos frenéticamente aplaudidos por la multitud, y se aprobó un acuerdo en favor del mantenimiento de la Constitución y de la defensa de la autoridad del Gobierno contra la anarquía. La Cámara del comercio, que disponía de un inmenso crédito, ofreció hacer toda clase de sacrificios para auxiliar al Gobierno, y facilitó desde luego nueve millones de dólares; la ciudad votó otro para los gastos de equipo, y la legislatura del Estado tres más.

En Pennsylvania, Philadelphia y Boston, sucedió poco más o menos lo mismo, y Ohio que debía facilitar trece regimientos, se distinguió también por su celo. La legislatura votó tres millones, y la villa de Cincinnati doscientos mil dólares, habiendo organizado además una guardia nacional compuesta de diez mil hombres. Illinois, otro de los grandes Estados del Oeste, facilitó asimismo su contingente en dos o tres días, y la legislatura votó tres millones y medio de dólares. Los demás Estados del Oeste, Indiana, Michigan, Wisconsin, Iowa y Kansas, así como también los Estados de Nueva Inglaterra, contestaron presurosos al llamamiento del Presidente; Nueva Jersey y Delaware, de quienes se dudaba, facilitaron bien pronto hombres y dinero.

Entretanto el Sur miraba con la mayor indiferencia todos estos preparativos, y no es extraño que así fuese, pues contaba con numerosos recursos y no podía intimidarle un ejército de setenta y cinco mil milicianos. Sólo en los seis primeros Estados separatistas excedía mucho de esta cifra el número de hombres dispuestos al combate; mas a pesar de esto, el Gobierno de Mr. Jefferson Davis no perdió el tiempo en organizar su ejército, y a fin de adoptar desde luego las disposiciones necesarias, convocó al Congreso en sesión extraordinaria para el 29 de abril, y reunidos los confederados en Montgomery, aprobóse un *bill* disponiendo la organización de un cuerpo de treinta y dos mil hombres, habiéndose acordado que se irían formando otros según lo exigiesen las circunstancias.

Algunos Estados, sin embargo, que no se habían decidido aun en favor del Norte ni del Sur, rehusaron facilitar el contingente pedido: el gobernador de Virginia contestó al Presidente en estos términos: «No me es posible ni sería oportuno disponer de la milicia para el objeto indicado, que no es otro que el de someter a los Estados del Sur, lo cual en mi concepto no está prevenido por la Constitución.»

El gobernador Ellis, de la Carolina del Norte, contestó al llamamiento del modo que sigue:

«Raleigh, 15 de abril, 1861.

»Al honorable Simon Cameron, Secretario de la Guerra.

»Considero que la leva de tropas dispuesta por el Gobierno con el objeto de someter a los Estados del Sur es una violación de la Constitución, y por mi parte no infringiré las leyes del país, tomando parte en una guerra contra las libertades de un pueblo libre. La Carolina del Norte por lo tanto, está resuelta a no facilitar las tropas que se piden.

»El gobernador de la Carolina del Norte, *John Ellis*.»

Por último, el gobernador Harris, de Tennessee, contestó en estos términos: «No facilitaremos un solo hombre tratándose de adoptar medidas coercitivas, pero contad con cincuenta mil si es necesario para la defensa de nuestros derechos y de nuestros hermanos.»

Al día siguiente de haberse reunido los confederados en Montgomery, marcharon a Baltimore varios emisarios de Charleston a fin de excitar a las autoridades a que no permitieran el paso de las tropas del Gobierno federal por aquel Estado, recomendando asimismo que no se consintiera en que sacasen las municiones de Harper's Ferry. Acto continuo se celebró un *meeting*, en el que hubo un animadísimo debate, y si bien ninguno de los oradores aprobó que se atacase a las tropas del Norte, todos estuvieron conformes en que debía organizarse la resistencia armada contra las medidas coercitivas. A la mañana siguiente, y como si no estuviesen bastante exasperados los ánimos, se recibió noticia de que el teniente Jones, encargado de la custodia del arsenal federal de Harper's Ferry, lo había abandonado al saber que dos mil quinientos hombres de la milicia confederada avanzaban para apoderarse de dicho punto. El teniente Jones había tratado antes de destruir un depósito donde había quince mil fusiles; mas no habiéndolo conseguido sino en parte, huyó por la noche, perdiendo tres hombres, y fue a refugiarse en Hagerstown, que se hallaba a treinta millas de distancia.

La situación iba siendo ya demasiado tirante; la efervescencia llegaba a su colmo, y los acontecimientos se sucedían con una rapidez tal, que de un momento a otro esperábase un sangriento desenlace. En Baltimore, por donde atraviesa el camino de hierro de Philadelphia a Washington, se había organizado una conjuración para oponerse al paso de las tropas federales, y aquella vez se tomaron mejor las medidas que en el mes de febrero anterior cuando se intentó detener a Lincoln. El jefe de la autoridad Mr. Brown y el gobernador del Estado Mr. Hicks, con quienes había tenido una conferencia el Presidente de los Estados Unidos para saber si podrían pasar por allí las tropas sin oposición alguna, burlaron las esperanzas que en ellos fundaba el Gobierno y se mostraron muy complacientes con los conjurados, lo cual produjo funestas consecuencias según vamos a ver.

El 18 de abril, las primeras tropas federales, en número de quinientos hombres de Pennsylvania, fueron apedreadas al pasar el tren por Baltimore, si bien pudieron continuar su camino; pero al día siguiente, al llegar el sexto regimiento de Massachusetts, fue tratado mucho peor, pues habiendo sido necesario el trasbordo desde la estación del Norte a la de Washington, al pasar las tropas por las calles de la ciudad, viéronse acometidas a pedradas y a tiros, y los soldados tuvieron que recurrir a la bayoneta para abrirse camino. En aquella refriega resultaron diez muertos y unos veinte heridos. Sin embargo, como lo más importante para las autoridades federales era reunir tropas en la capital, no se quiso perder el tiempo para hacer entrar en razón al populacho de Baltimore, y el Secretario de la Guerra dispuso al momento que se cambiase el itinerario que debían seguir las tropas, y que en lo sucesivo marcharan por Annapolis o por la bahía de Chesapeake. Esta muestra de debilidad dio más ánimo a los revoltosos de Baltimore, quienes declarándose en abierta rebelión, organizaron a su modo la defensa de la vía férrea, destruyeron los rails y los hilos telegráficos, construyeron barricadas, y durante algunos días reinó el terror en la capital de Maryland.

Sin embargo, el 25 de abril se hallaban ya reunidos en Washington unos doce mil hombres; debían llegar pronto otros regimientos del Norte, y además de esto, Virginia, que debía cooperar a un golpe de mano, se negaba a tomar parte en el movimiento. Así pues, la reacción se obró por sí sola en Baltimore, donde el comercio se resentía mucho de aquel estado de cosas; los separatistas resolvieron pasar a Virginia, y a principios de mayo quedó restablecida la tranquilidad. Entonces se reunió la legislatura en Frederick-City, pero dudábase mucho qué partido tomar; hiciéronse nuevas tentativas de reconciliación, y se emitieron diversos votos en favor del Sur; mas al fin declaróse que la separación de Maryland era materialmente imposible, y se acordó que sus cuatro regimientos de voluntarios federales acudieran a la defensa de los Estados Unidos. Como no se exigía más que esto, no se habló ya de los incidentes ocurridos, y merced a la actividad del general Butler, jefe de un cuerpo de tropas enviado por Lincoln, y que había desembarcado en Annapolis, no sólo se restablecieron las comunicaciones ordinarias y se ocupó el fuerte Mac Henry, sino que puede decirse que Maryland debía considerarse ya como un Estado del Norte.

Ya hemos dicho que algunos Estados intermediarios no se habían decidido aun ni en favor del Norte ni del Sur; pero como la situación era ya demasiado violenta y se habían roto las primeras hostilidades, esperábase que de un momento a otro tomarían aquellos su partido. En efecto, en 17 de abril, reunióse la Convención de Virginia, y después de obstinados debates se acordó la separación de este Estado, previo el consentimiento del pueblo, que ratificó la votación en 23 de mayo siguiente. Sin perder tiempo, el gobernador Letcher se posesionó de todos los establecimientos federales inclusa la fundición de cañones de Richmond; destacáronse algunas tropas para que fueran a ocupar el arsenal y la fábrica de armas que tenía la Confederación en Harper's Ferry, y otras fuerzas se pusieron en marcha inmediatamente con el objeto de apoderarse del arsenal marítimo de Norfolk, que fue abandonado por el capitán Cauley, encargado de su custodia, aun cuando hubiera podido defenderlo porque contaba con algunos centenares de hombres resueltos, y varios buques de guerra de primera clase tales como el *Merrimac*, el *Cumberland*, el *Germantown*, el *Plymouth*, el *Raritan* y otras, componiendo en todo un total de cerca de dos mil cañones con un considerable material de guerra.

La Carolina del Norte y Arkansas no tardaron en seguir el ejemplo de Virginia: el primero de estos Estados reunió una Convención, y después de un prolongado debate se dictó el siguiente acuerdo:

«*Considerando* que el Gobierno de los Estados Unidos de América ha faltado a los principios constitucionales, cometiendo una usurpación del poder, sin ejemplo en nuestra historia;

»*Considerando* que el honor, dignidad y bienestar del pueblo de la Carolina del Norte exigen imperiosamente que se resista semejante usurpación;

»*Considerando* que Virginia hace causa común con la Carolina del Norte, donde domina el principio revolucionario por vernos amenazados de una invasión del Gobierno;

»*Resolvemos*: que se autorice a su excelencia el gobernador para que facilite al Gobierno de los Estados de la Confederación cuantas fuerzas de voluntarios reclame y no sean necesarias para la inmediata defensa de la Carolina del Norte.»

En Arkansas sucedió poco más o menos lo mismo, y tanto este Estado como el otro, no sólo se negaron a facilitar los contingentes pedidos por el Presidente Lincoln, sino que hicieron todos los preparativos de guerra para unirse con el Sur, que habiéndose posesionado ya del arsenal de Little-Rock, se apoderó luego del fuerte Smith.

El Estado de Tennessee se mostró más reacio, pues el gobernador rehusó en un principio facilitar el contingente federal, y quiso concluir un tratado particular con el Congreso separatista, exigiendo varias restituciones y la sanción del pueblo. Votáronse, sin embargo, dos millones de dólares para poner en pie de guerra cincuenta mil hombres que debían ir, según se dijo, a reforzar las tropas del Sur. Estas medidas no dejaron de promover violentas discusiones suscitadas por la oposición unionista, a cuya cabeza figuraba el senador Johnson; pero los miembros del Sur no dejaban por esto de contar menos con la victoria.

En Kentucky sucedió con corta diferencia lo mismo: las autoridades, incluso el gobernador Magoffin, se inclinaban en favor del Sur y se negaron a facilitar el contingente a los federales, pero el pueblo se empeñó en lo contrario y organizó un cuerpo de tropas entre las cuales se contaban hábiles tiradores de carabina, cuyo valor hubo ocasión de apreciar luego. Otras compañías sueltas fueron por su parte a reunirse con los confederados.

También el Estado de Missouri se dividió en separatistas y unionistas, contándose entre estos últimos los numerosos alemanes de San Luis, de Hermann y de otras localidades del Estado, así como también una parte del pueblo. Así pues, en tanto que el gobernador Jackson remitía un telegrama al Secretario de la Guerra de los Estados Unidos, manifestándole que no podía acceder a su demanda de enviarle tropas, porque la creía inconstitucional, revolucionaria e inhumana, Mr. Blair, jefe de los republicanos, telegrafiaba a Washington anunciando que los cuatro regimientos pedidos a Missouri y más si era necesario, se facilitarían por los ciudadanos leales. El comandante

del departamento, general Harney, auxiliado del capitán Lyon, se encargó de organizar los voluntarios federales, mientras el gobernador por su parte daba una comisión semejante al general Price, de tal modo que ambos partidos quedaron así en observación uno de otro; pero esta neutralidad transitoria se inclinaba más bien en favor de los defensores de la esclavitud, atendido que la connivencia de las principales autoridades hacia inclinar la balanza de parte de los separatistas.

A todas estas circunstancias ventajosas para el Sur, uníase otra que lo era mucho más para su Gobierno y sus amigos. En tanto que la residencia principal de los separatistas estaba protegida por los Estados intermediarios formando una red compacta, la Unión del Norte, cuyos miembros estaban diseminados desde Kansas a Maine, en una circunferencia de un millar de leguas, cortada en varios puntos por regiones hostiles, tenía su capital en pleno país enemigo. La población del distrito de Columbia y de Washington no era muy segura, y por otra parte, del lado de Potomac, los virginianos, sin salir de su residencia podían cañonear la capital, separada de los centros del Norte por Maryland y la ciudad de Baltimore, donde la opinión pública, dominada por osados y ardientes tribunos, se pronunciaba cada vez más en favor de la separación. Lisonjeábase el Sur de que le sería fácil apoderarse de Washington, interceptando los socorros que llegaran de Nueva York, y el Secretario de la Guerra, de la Confederación, lo había manifestado así públicamente en un *meeting* celebrado en Montgomery al día siguiente de la toma del fuerte Sumter.

Entre tanto iban afluyendo las milicias a Washington, y el general Scott comenzaba a disponer de un verdadero ejército. El Presidente Lincoln había hecho un nuevo llamamiento de tropas el 3 de mayo, disponiendo que el ejército regular se aumentara con ocho regimientos de infantería, uno de caballería, otro de artillería y cuarenta y dos mil hombres, no ya de milicias, sino de voluntarios enganchados por tres años⁶. El Gobierno federal no descuidaba tampoco la organización de las fuerzas de mar, y al saber que el Sur había dispuesto dar patentes en corso, decretó el bloqueo de la costa de los Estados separatistas, llamando al propio tiempo al servicio diez y ocho mil marinos a fin de formar una flota respetable. Esto era tanto más necesario cuanto que, al encargarse del Gobierno el Presidente Lincoln, no había encontrado disponibles más que una docena de buques, pues si bien el Congreso tuvo a bien votar bajo la administración de Mr. Buchanan la construcción de algunas cañoneras, éstas no se hallaban aun corrientes, y a este contratiempo uníase otro que era un verdadero desastre. El comodoro federal que se hallaba en Norfolk, y que no había podido hacerse a la mar oportunamente al saber que se acercaban las tropas de Virginia, de que ya hemos hablado antes, tuvo que resignarse a destruir su flotilla, y en su consecuencia quemó el arsenal y echó a pique once buques entre los cuales contábanse varias fragatas de gran precio. La pérdida se evaluó en catorce millones de dólares. Los separatistas consiguieron recobrar algunos de aquellos buques, y entre ellos uno que debía representar más tarde un papel importante.

Hacia mediados del mes de mayo se abrió decididamente la campaña, habiendo tomado la ofensiva los federales en varios puntos a la vez; pero antes de dar cuenta de los principales hechos en aquel primer período de la guerra, parécenos oportuno decir algunas palabras en el capítulo siguiente acerca de las fuerzas comparativas de los dos partidos que iban a empeñarse en una lucha mortal.

APÉNDICE

BIOGRAFÍA DE ABRAHAM LINCOLN

Abraham Lincoln, Presidente electo de los Estados Unidos, cuyo advenimiento al poder dio lugar a la horrorosa lucha que ensangrentó su país, nació en 12 de febrero de 1800 en Hardin,

6 Esta segunda leva se repartió del modo siguiente: Nueva York 11 regimientos; Pennsylvania 10; Ohio 9; Illinois 6; Massachusetts 5; Indiana 4; Missouri 4; Michigan 8; Virginia 2; Maine 1; Maryland 1; Connecticut 1; New-Hampshire 1; Vermont 1; Nueva Jersey 3; Kentucky 2; Wisconsin 2; Iowa 2; Rhode Island 1; Minnesota 1; Delaware 1; Kansas 1; Nebraska 1. Todos los regimientos llevaban el nombre del Estado a que correspondían; así por ejemplo, decíase: el 7.º de Nueva York, el 4.º de Ohio, etc.

condado de Kentucky. Su padre, Thomas Lincoln, no había recibido educación alguna, pudiéndose decir que sólo sabía firmar. El joven Abraham, que sólo había heredado de sus padres una complexión robusta y una honrada pobreza, fue enviado a la escuela durante su infancia y después de haberse trasladado su padre a Indiana, pero no asistió a ella más que un año escaso.

En el otoño de 1816 su padre abandonó a Kentucky para trasladarse al condado de Spencer (Indiana), mudanza que se atribuyó a cierta cuestión acerca de su propiedad de Kentucky. Abraham era ya por entonces un robusto muchacho que sabía muy bien trabajar la tierra, y hasta la edad de veintitrés años no dejó nunca el azadón o la segadera sino cuando se entregaba al descanso. La familia de los Lincolns continuo viviendo en el condado de Spencer hasta 1830, y nada vino a interrumpir la tranquila vida de Abraham sino una pequeña aventura que le ocurrió cuando apenas tenía diez nueve años. El joven Lincoln solía acompañar a un amigo suyo, que como traficante se veía con frecuencia en la precisión de ir a Nueva Orleans, viaje que se hacia en una pequeña barca. Cierta noche en que los dos amigos acababan de amarrar su bote cerca de una solitaria plantación que se extiende a las orillas del río, fueron atacados por siete negros de formas hercúleas, pero Lincoln y su camarada, después de una tenaz resistencia que les costó quedar heridos, vencieron a sus contrarios, que no creyeron prudente volver al ataque. Esta fue la única aventura que turbó por un momento la tranquila vida de Abraham en Indiana.

En marzo de 1830 su padre resolvió emigrar de nuevo, y abandonando la choza donde había vivido tanto tiempo, toda la familia se trasladó a Illinois, traslación que se hizo en carretas, una de las cuales iba conducida por el mismo Abraham Lincoln. Al cabo de un mes llegaron a Macon, condado de Illinois, y fueron a establecerse en una tierra situada a diez millas al Noroeste de Decatur, en la orilla Norte del río Sangamon. Una vez allí, el padre y el hijo construyeron una cabaña y algunos instrumentos de labranza para trabajar aquellos terrenos, pues en aquella época, según se decía en todo el condado, no sólo era Abraham un perfecto labrador, sino que se ocupaba también en cortar leña, manejando el hacha con tanta destreza como la azada. Aquel país era muy pobre, y los jóvenes que en él habitaban no tenían más remedio que entregarse a los más rudos trabajos para ganarse el sustento.

En 1831, un tal Denton Offatt, que traficaba con Nueva Orleans, preguntó al joven Abraham y a dos de sus amigos si querían encargarse de conducir una expedición desde Beardstown a Crescent-City, oferta que aceptaron gustosos Lincoln y sus camaradas; y habiendo tomado una canoa remontaron el río Sangamon hasta Springfield, en cuyo punto se hallaba Offatt. Éste les dijo que no había podido encontrar el barco que necesitaba, y ofreció a Lincoln y sus compañeros doce dólares mensuales durante el tiempo que emplearan en construir una barca. Aceptado el ofrecimiento, el hacha comenzó su obra: reuniéronse suficientes planchas de madera, y terminado el trabajo se hizo la expedición felizmente.

Al volver a Illinois, supo Abraham que su padre se había trasladado al condado de Coles, de modo que Nueva-Salem, pueblo situado a la orilla del río Sangamon, fue en lo sucesivo la residencia del que algún día iba a ser Presidente de los Estados Unidos.

En Nueva-Salem tuvo Abraham una oportunidad de continuar su educación, y lo primero que hizo fue consagrarse al estudio de la gramática inglesa; pero como no le era posible encontrar este libro en el pueblo donde estaba, hizo un viaje de siete u ocho millas para sacar una copia de él. Lincoln se aplicó al trabajo con toda la energía que le caracterizaba, y a las tres semanas, según dice su biógrafo, sabía ya perfectamente la gramática.

Al poco tiempo el Presidente Jackson nombró a Lincoln administrador de correos de New Salem, cargo que por su poco sueldo no tenía ninguna importancia política. Seguramente era Lincoln la única persona que hubiera podido desempeñar el destino, y el nuevo administrador, a quien gustaba mucho la política y los debates, acostumbraba a recorrer todos los días de seis a siete millas, solamente para tener el gusto de tomar parte en las discusiones, que nunca faltaban en las cercanías. De este modo, a no dudarlo, se desarrolló su inteligencia y adquirió cierta instrucción, que bastó para que aumentase su popularidad. Supónese que en Nueva-Salem, hallándose Lincoln

colocado de escribiente en los almacenes de Offatt, fue cuando conoció a Stephen A. Douglas, con quien continuo mas tarde sus relaciones amistosas, siendo ya dueño de una tienda que había comprado allí⁷.

En 1831 fue elegido por numerosos votos para representar al pueblo en la legislatura, y en 1836 recayó en él otra vez la mayoría del voto popular. Como la legislatura de Illinois celebraba entonces sus sesiones en Vandalia, Lincoln hacia entonces sus viajes a pie desde Nueva-Salem. Durante las elecciones de 1834, John D. Stuart, aconsejó a Lincoln que estudiase leyes, y además tuvo la bondad de prestarle algunos de sus libros para que los fuese leyendo. Otros sinceros e influyentes amigos suyos resolvieron también protegerle, y con su auxilio acabó de estudiar leyes y pudo adquirir el título de abogado. Apenas comenzó a ejercer, de tal modo afluía el trabajo a su bufete, que abandonando a Nueva-Salem trasladó su residencia a Springfield y formó una sociedad con Mr. Stuart, también abogado de fama, con quien estuvo hasta que este último tuvo que ir a ocupar su puesto en el Congreso. Lincoln formó entonces sociedad con el juez Logan, uno de los primeros jurisconsultos del país, y continuo ejerciendo su carrera de abogado, en la que adquirió una elevada reputación. En 1842 se trató de reelegirle en la legislatura del Estado; pero como había servido ya ocho años, rehusó la oferta respetuosamente. En la campaña de 1844, Lincoln fue uno de los más celosos e infatigables partidarios de los *whigs*; se opuso enérgicamente a la anexión de Texas y compartió la derrota del famoso orador Enrique Clay, derrota que debía precipitar la guerra con México.

En 1816 se le eligió para tomar asiento en el Congreso, y él fue el único *whig* de Illinois que ganó la votación; en 1848 cuando tuvieron lugar las elecciones, apoyó la del general Taylor, pronunciando brillantes discursos en su favor, por cuyo medio pudo alcanzar una mayoría de mil quinientos votos; en 1849 se retiró del Congreso para consagrarse exclusivamente a su profesión; pero llegada de nuevo la época de la elección presidencial de 1852, Lincoln se presentó otra vez al pueblo para favorecer a Scott.

En la Convención nacional republicana de 1856, Abraham Lincoln obtuvo ciento dos votos para el cargo de Vicepresidente, si bien no alcanzó entonces la victoria, y en 1858 se le proclamó como el primer campeón del partido. La Convención republicana que se reunió en Chicago en 1860 dio todos sus votos a Mr. Abraham Lincoln para la Presidencia, y el colegio electoral le declaró, en 13 de febrero de 1861, Presidente electo de los Estados Unidos.

Cuando en 1858 trabajaba el honorable Stephen A. Douglas para que se le eligiera senador de Illinois, y hallándose Mr. Lincoln en las filas de la oposición, pronunció aquel un discurso en el cual decía entre otras cosas: «He conocido a Lincoln hace cerca de veinticinco años, y ya desde niños había entre nosotros muchos puntos de simpatía, pues ambos éramos pobres y nos hallábamos en una tierra extraña. Yo era maestro de escuela en la ciudad de Winchester, y él tenía una tienda en Nueva-Salem, por lo cual ganaba más, y era más afortunado que yo, y digo esto porque Lincoln, que es uno de aquellos hombres de reconocida perseverancia que saben vencer toda clase de dificultades para conseguir el fin propuesto, logró entrar en la legislatura antes que yo. En ella le volví a encontrar, y siempre excitaba mis simpatías por su rectitud, su imparcialidad, su despejada inteligencia y sus buenos sentimientos.»

El honorable Mr. Isaac N. Morris, de Illinois, en un discurso que pronunció en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos en 19 de junio de 1860, dijo entre otras cosas lo que sigue: «Se me ha preguntado con frecuencia si conozco a Mr. Lincoln y qué clase de hombre es. A lo primero he contestado yo afirmativamente, y ahora diré qué concepto me merece. Como abogado, nunca se le consideró en Illinois de los primeros, pues siempre figuraba en segunda línea; como orador me parece algo más que una medianía, pero de ningún modo superior; su argumentación es

⁷ En los debates que tuvieron lugar en la legislatura de 1858, contestando Mr. Lincoln a una alusión irónica de Douglas, manifestó que él no había tenido nunca tienda de comestibles. En el Oeste se entiende por esto un establecimiento donde se vende principalmente whisky, pero en los Estados Occidentales, en tiendas tales como la que tenía Lincoln, vendiase té, café, azúcar y otros varios artículos.

poderosa y no carece de elocuencia, mas tiene el defecto de oscurecer sus ideas con una superabundancia de lenguaje. Mi colega habla de sus triunfos como abogado y sin embargo nos dice que es pobre: si poseyera ese conocimiento intuitivo de las leyes y esa habilidad que se le supone, ¿por qué no ha reunido riquezas, como suelen hacerlo los abogados de nombradía? Ninguno le ha creído grande, aunque mi colega se cree un hombre de imaginación profunda, cuando habla de su conocimiento intuitivo, de su genio brillante y de su superior inteligencia. Por lo demás tiene buenas cualidades, y puede decirse que es un hombre de disposición; por esto se le tiene y nada mas.»

En otra parte de su discurso decía Mr. Morris: «Cuando se comunicó a Lincoln que la Convención republicana de Chicago le había elegido Presidente de la Unión, ¡estaba jugando una partida de pelota con los muchachos! Elegidle; anunciad después que ha desembarcado algún enemigo hostil en nuestras costas, o que algunos Estados se niegan a reconocer la autoridad del Gobierno general, y es muy probable que vaya a terminar alguna partida empezada, antes de averiguar si el hecho es cierto.»

Hemos reproducido estos dos párrafos para que vea el lector qué lejos de estar acordes todos los pareceres respecto a la persona de Mr. Abraham Lincoln, se pensaba de muy distinto modo acerca de sus cualidades morales y de sus dotes como hombre público.

3. PRIMERA CAMPAÑA (1861)

Fuerzas con que contaban los Estados del Sur y los del Norte. El ejército de Washington. Su campamento. El fuerte Monroe y el coronel Demmick. El general Butler llega al fuerte Monroe. El campamento de los confederados. El Sur ocupa a los negros en los trabajos de fortificación y defensa. El general Butler se niega a devolver los esclavos fugitivos. Ataque contra Big-Bethel. Derrota de los federales. Muerte del mayor Winthrop y del teniente Greble. El general Johnston abandona su posición de Harper's Ferry. Patterson atraviesa el Potomac. Las autoridades de Virginia se declaran contra la Confederación. Se organiza un nuevo Gobierno. Los unionistas atacan a los confederados en Philippi. Rendición de Pegram. Muerte de Garnett. El parte del general McClellan. Derrota de Tyler y de Rosecrans. El general Lee se encarga del mando de las tropas confederadas. La gran batalla de Bull Run. Se reúne el Congreso. El mensaje del Presidente. Se aprueban varios bills referentes a la guerra. El Congreso termina sus sesiones. Los generales Jackson y Price establecen su campamento en Bonnaville. El general Lyon marcha en su persecución. Batalla de Wilson's Creek. Muerte del general Lyon. El general Fremont es nombrado jefe del Departamento Occidental. Derrota de Mulligan. Retirada de Price. Se releva del mando a Fremont y se nombra en su lugar al general Hunter. Batalla de Belmont. Expediciones marítimas. Toma de Hilton Head por el general Sherman. La legislatura de Kentucky aprueba un bill proponiendo la separación. Los combates de Ball's Bluff y Dranesville. Situación de los beligerantes a fines de 1861.

La indecisión de la mayor parte de los Estados intermediarios impedía que se pudiera hacer un cálculo exacto de las fuerzas que tenía a su disposición cada partido; pero de todos modos, dejando a un lado a Missouri, Kentucky, Tennessee y parte de Maryland, puede decirse que los Estados del Norte contaban con una población de unos diez y ocho millones de habitantes, y los del Sur con unos ocho millones, de los cuales tres correspondían a la población esclava. La riqueza del país, que sería ilusorio calcular en cifras exactas, era proporcionalmente más grande en el Norte que en el Sur, y tenía también más recursos industriales y una multitud de fábricas y almacenes militares de primera clase. En la marina era también mucha su preponderancia, pues contaba con treinta buques de guerra, en tanto que el Sur no podía disponer sino de ocho, de los cuales sólo dos podían figurar en primera línea. En el Norte había además numerosos arsenales, y su flota iba aumentándose cada mes con uno o dos buques.

Difícil sería decir con exactitud cuál era el estado comparativo de las fuerzas beligerantes a principios de mayo, pues si bien el Norte tenía más población, el Sur podía poner en pie de guerra mayor número de soldados. Componíase el ejército federal movilizad de unos cuatro mil hombres de tropas regulares, la mitad de ellos reclutas; setenta u ochenta mil de la milicia, y algunos regimientos de voluntarios que iban aumentándose de día en día, y además se estaban organizando otros en varios Estados, de modo que el efectivo de las fuerzas dispuestas para entrar en campaña podía evaluarse en unos ciento treinta mil hombres, que se distribuyeron como diremos más adelante. El Sur después de haberse agregado Virginia, la Carolina del Norte y Arkansas, y en el momento en que los federales se preparaban a tomar la ofensiva, tenía en pie de guerra unos doscientos mil hombres; pero si el Norte estaba por lo general mejor organizado que el Sur, no contaba con tan buen armamento, pues por los manejos del antiguo ministro de la guerra Mr. Floyd, y por la captura de los arsenales de Harper's Ferry, de Little-Rock, de Mount Vernon, de Augusta, de Richmond y otros, el Sur pudo reunir un gran número de armas de que se había despojado al

Norte, que por esta circunstancia, y a fin de atender a las primeras necesidades, tuvo que comprar fusiles y cañones de todas clases y calibres, muchos de los cuales eran muy malos.

En cuanto al espíritu de las tropas, era mucho mejor el de los regimientos confederados que el de los federales; pero también es cierto que el Sur se batía para defender sus derechos y propiedad, en tanto que sus adversarios luchaban por una causa menos palpable. Además de esto, los plantadores del Sur, por su género de vida, tenían más aptitud militar que los negociantes e industriales del Norte; pero en medio de todo en ambos ejércitos beligerantes existían muchos puntos de contacto, tanto por sus cualidades como por sus defectos.

La iniciativa había partido de los confederados, entre los que había llegado a su colmo la exasperación, principalmente porque bajo el gobierno de Mr. Buchanan, y durante las primeras semanas de la administración de Mr. Lincoln, se habían dejado tomar un gran número de fuertes que hubiera sido fácil conservar a poca costa, y que iba a ser muy difícil recobrar más tarde. Así pues, merced a esta circunstancia, el Norte tenía ya en su poder los fuertes Macon, Johnson y Caswell, en la Carolina del Norte; Pulaski, cerca de Savannah; Morgan en Mobile; Jackson, San Felipe, Picke y Macomb, cerca de Nueva Orleans; Barrancas y Mac Rae, en Pensacola, y Hasper's Ferry en Norfolk. El general Scott, sin embargo, había conseguido que se ocupasen varios puntos de la mayor importancia, tales como la fortaleza Monroe en la extremidad de la casi isla de Yorktown, indispensable para operar por esta parte contra Richmond; el fuerte Washington, en el bajo Potomac; el arsenal de San Luis; el fuerte Mac Henry, en Baltimore, necesario para la seguridad de la línea de comunicación de Washington con el Norte, y otros puntos de menor importancia.

El objeto de los confederados era fácil de comprender; si tomaban la ofensiva, tratarían de reunirse con los demócratas del Norte para dirigirse a Washington, y por esto se adoptaron algunas disposiciones para fortificar algún tanto la ciudad. El objeto de los federales por otra parte, era, a no dudarlo, apoderarse de Richmond, capital de Virginia y la más importante del Sur; mas para esto era preciso que Missouri, Kentucky y Tennessee se declarasen neutrales o se inclinaran en favor del Norte. En vista de este doble objeto, el general Scott repartió sus fuerzas en seis divisiones, a saber: una en Washington y sus alrededores, que se extendería a lo largo del Potomac, a las órdenes de los generales Mac Dowell y Patterson; una en el fuerte Monroe, a las órdenes del general Butler; otra en Baltimore y Maryland, a lo largo del camino de hierro, mandada por el general Banks; otra en la Virginia Occidental, a las órdenes del general Mc Clellan; otra cerca de Kentucky, a las de Prentiss, y la última, en fin, en el Missouri, que se confió al general Harney. El objeto del general Scott era, al parecer, rodear al Sur con varios ejércitos que penetraran por todos lados y simultáneamente hasta llegar al centro mismo de la confederación, y en cuanto a Virginia especialmente, quería lanzar cuatro regimientos a la vez sobre Richmond, donde deberían reunirse para dar un golpe decisivo. De estas columnas marcharía la primera de frente por Manassas, la segunda por el valle de Shenandoah, la tercera cruzaría por Alleghany, al norte de Richmond, y por último el general Butler avanzaría desde el fuerte Monroe hasta la casi isla de Yorktown. Fácilmente se comprenderá que este plan era fundamentalmente defectuoso, pues si bien no le faltaba más que una cosa, era ésta la principal, es decir, se necesitaba tener la seguridad de que el enemigo, ignorando la ventaja de una posición central, esperaría tranquilamente en Richmond a que se reunieran las cuatro columnas separadas unas de otras por diez o doce días de marcha y una infinidad de obstáculos naturales.

Como quiera que sea, tomáronse las disposiciones necesarias para llevar a cabo este plan; y al efecto, el ejército principal de Washington compuesto de unos quince mil hombres, cruzó el Potomac en la noche del 23 al 24 de mayo, dividido en tres columnas, de las cuales la de la derecha marchó por Georgetown y la tercera se dirigió sobre Alejandría, cuya ciudad fue ocupada militarmente, así como también las alturas de Arlington, frente a Washington, habiéndose comenzado inmediatamente los trabajos para formar un campo atrincherado. En poco más de tres días, merced a la actividad con que se trabajó, quedaron terminadas las obras sin que los federales opusieran resistencia alguna. Las avanzadas de los separatistas se habían replegado oportunamente, y sólo se sorprendió un destacamento de caballería que constaba de unos treinta hombres, mas este

encuentro costó la vida al joven coronel Mr. Ellsworth. Una vez establecidas en su campamento las tropas federales, ejercitáronse diariamente en las maniobras, y al mismo tiempo se practicaban reconocimientos que dieron lugar a dos o tres escaramuzas. A medida que iban llegando nuevos regimientos del Norte, se les repartía en el campo atrincherado para instruirles convenientemente u ocuparlos en las obras de defensa.

Dejando ahora el ejército de Washington, veamos cuáles eran las operaciones de las columnas de Virginia.

A la izquierda del fuerte Monroe formábase un campo atrincherado semejante al de Washington: en este fuerte, muy sólido y bien armado, había trescientos setenta cañones con una guarnición de dos mil quinientos hombres, y formaba una base tanto más poderosa cuanto que dominaba todos los alrededores de la bahía de Hampton. La conservación de tan importante plaza, principal comunicación entre los ríos York y James, debíanla los federales a la energía y firmeza de su comandante el coronel Demmick. En el momento de romperse las hostilidades, este jefe no contaba sino con cuatrocientos hombres, pero redobló su vigilancia, y un cuerpo de confederados que se presentó frente a la fortaleza, no creyó prudente intentar un ataque.

En 20 de abril la guarnición fue reforzada con un regimiento de la milicia de Massachusetts, al que siguieron poco después otros varios, y a poco llegó el mismo general Butler, que esperaba reunir allí doce regimientos con los cuales se proponía formar cuatro brigadas. Sin embargo, bien pronto se reconoció que el fuerte Monroe no podía contener tanta gente, y fue preciso establecer un nuevo campamento en Hampton, cerca del río James, lo que solo costó algunas escaramuzas con el enemigo. Cuando hubieron llegado las fuerzas que esperaba Butler, dispuso este jefe que se practicaran algunos reconocimientos, los cuales dieron por resultado averiguar que los separatistas estaban fortificados perfectamente en Big-Bethel.

Entre tanto los jefes del Sur, que no descuidaban tampoco la defensa, ocupaban los alrededores de Richmond; en Williamsburg hallábanse más de mil hombres; en Yorktown otros tres o cuatro mil; habíanse utilizado además varias obras que aun se conservaban desde la guerra de la Independencia, y se construían otras apresuradamente. Desde aquella zona, que podía considerarse como la base de operaciones, los confederados extendían sus avanzadas en la dirección de Monroe hasta Bethel y Hampton, y entre Gloucester y la bahía de Chesapeake, estableciéronse varios puestos militares. Al otro lado del río James, las guarniciones confederadas ocupaban la ciudad de Norfolk, Portsmouth y sus alrededores y estaban en comunicación directa con Richmond por el camino de hierro de Petersburg.

A los hombres del Sur les repugnaba ocupar a los negros en los trabajos de fortificación y defensa, pues aquello era en su concepto elevarlos demasiado; mas como eran robustos y fuertes, y bien mirado, se hacia la guerra por ellos, justo era que prestaran su auxilio, y así es que se les empleó como criados, destinándolos a conducir las caballerías, a trabajar en las obras de defensa y a todo aquello en que se podían utilizar sus fuerzas. De este modo construyéronse numerosas fortificaciones tales como las de Yorktown, Gloucester y Big-Bethel; pero todo esto tenía sus inconvenientes, y la prueba es que muchos negros huyeron: los más atrevidos se deslizaron en el campamento de los federales, y al ver que no se les echaba, hicieron venir a sus mujeres y a sus hijos y a muchos de sus compañeros. Ciertamente es que después se presentaron los amos a reclamar su propiedad en nombre de la ley, mas el general Butler, después de consultar al Gobierno de Washington y de haber recibido plenos poderes, se negó a entregar por la fuerza a ningún negro. Viendo los esclavos que se les protegía, eran cada vez más numerosas las deserciones, y en su consecuencia se les dio madera para construir chozas, y se levantó además una gran barraca que les sirvió a la vez de hospital y de refugio, verdadero castillo feudal alrededor del que se agruparon poco a poco una infinidad de chozas, formándose así bajo los muros mismos del fuerte Monroe dos o tres pueblecillos que se citarán sin duda más tarde como la cuna soñada de una nueva era en la historia de la civilización.

Por algunos fugitivos negros supo Butler que el enemigo, después de replegarse en Hampton, había ido a situarse detrás de los atrincheramientos de Little-Bethel, cerca de la iglesia de Big-Bethel, y no se ignoraba que tenían allí cañones y dos reductos, pero las noticias referentes a las fuerzas con que contaba eran muy contradictorias, suponiendo unos que no pasaban de cuatrocientos hombres y cuatro cañones, mientras aseguraban otros que excedían de cinco mil y treinta piezas de artillería. A pesar de esto, resolvió el general Butler en los primeros días de junio atacar aquella posición, y el 9 de dicho mes, a primera hora de la mañana se pusieron las tropas en marcha mandadas por el coronel Phelps. Desgraciadamente la oscuridad de la noche introdujo cierta confusión entre las tropas, pues llegadas al punto en que debían reunirse, y creyendo haber encontrado al enemigo, se hicieron fuego mutuamente, lo cual les costó perder treinta o cuarenta hombres, entre muertos y heridos antes de reconocer su error.

Sin embargo, a eso de las diez de la mañana el general Pierce avanzó hacia Big-Bethel, cuyas fortificaciones se hallaban defendidas por mil ochocientos confederados a las órdenes del coronel J. B. Magruder, antiguo oficial del ejército regular. El general Pierce, que no debía ser muy entendido en el arte de la guerra, dio desde luego la orden de ataque mandando colocar algunos cañones a la distancia de media milla de las baterías de los confederados; pero como era de esperar, el fuego de las tropas del Norte no hizo daño alguno a los confederados, cuyas descargas eran en cambio mortíferas para los que atacaban. La acción continuó por espacio de cuatro horas, con pérdidas muy considerables entre las tropas del Norte e insignificantes en las del Sur, hasta que al fin el mayor Theodore Winthrop, ayudante del general Butler, atacó resueltamente con parte de la infantería; pero este jefe cayó muerto de un balazo en el momento en que estaba animando a sus hombres al combate. Su bravura y serenidad excitaban la admiración hasta de sus mismos enemigos. También perdía la vida el teniente John T. Greble, de la artillería regular: una bala le atravesó la cabeza en el momento de apuntar un cañón contra los enemigos. La pérdida total de los federales ascendió a unos cien hombres, en tanto que el coronel Magruder sólo tuvo un muerto y siete heridos. El general Pierce, cuya inexperiencia e incapacidad fueron en parte causa de este descalabro, dio al fin la orden de retirada, que se hizo en el mejor orden. Los confederados abandonaron luego aquella posición y se retiraron a Yorktown, sin que por entonces ocurriera ningún otro encuentro en aquel departamento. El general Butler fue reemplazado por el general Wool en 16 de agosto.

A la derecha del campo de operaciones formado por el general Scott, extendíase el valle de Shenandoah, que termina en Harper's Ferry, y está separado de la zona del centro por las Montañas Rocosas. En este sitio hay numerosas sendas, fáciles de recorrer, y como no podía abandonarse este punto, los separatistas habían situado allí al general Johnston del ejército regular, con fuerzas respetables, que forrajeaban en los campos de Virginia y Maryland aprovisionándose de todo lo que necesitaban. El general Scott resolvió apoderarse de la posición que ocupaba Johnston, o por lo menos oponerse a sus movimientos, y en su consecuencia hizo formar en Hagerstown un cuerpo de tropas de cuatro o cinco mil hombres al mando de Patterson, general de milicias de Pennsylvania. Este cuerpo de ejército, que iba aumentándose poco a poco, contaba con dos divisiones hacia mediados de junio, y entonces se dispuso que avanzara. La división de la derecha, compuesta de tres brigadas al mando del general Cadwalader, marchó contra Harper's Ferry, y la de la izquierda, a las órdenes de Stone, fue a situarse en Poolesville, donde estableció su cuartel general, preparándose luego a cruzar el río, no muy ancho en aquel punto, y que tenía además cómodos vados. El general Johnston, que contaba ya con cerca de quince mil hombres, creyó prudente replegarse para evitar el riesgo de que le cortaran las comunicaciones, y alegando que los distritos limítrofes de Maryland eran por otra parte demasiado unionistas para que pudiera hacerse allí nada bueno, abandonó el punto que ocupaba, no sin destruir antes todos los barcos que encontró en el canal de Baltimore-Ohio, cortando asimismo el magnífico puente del camino de hierro de Harper's Ferry, después de lo cual se retiró a Winchester el 14 de junio. El 17, el general Patterson marchó en su persecución, y atravesando el Potomac por el vado de Williamsport, se dirigió lentamente hacia Martinsburg, pero volvió a poco para buscar una posición cerca del río. Habiendo recibido sin

embargo la orden de tomar la ofensiva, Patterson avanzó el 2 de julio, y una de sus brigadas al mando del coronel Abercrombie, tuvo un encuentro en Hainesville con la vanguardia de Johnston. En esta escaramuza perdieron los confederados treinta hombres y los federales quince; mas a los pocos días, un escuadrón de caballería de Virginia tomó la revancha sorprendiendo al regimiento número quince de Pennsylvania, al que mató quince hombres haciéndole cuarenta prisioneros. Fuera de esto, nada más notable ocurrió en aquel punto por entonces: los confederados se atrincheraron en Winchester, y en Martinsburg los federales, desde cuyos puntos se vigilaron atentamente, esperando nuevas órdenes.

Digamos ahora lo que pasaba en la Virginia Occidental.

Los habitantes de Wheeling y sus alrededores, habían resuelto a principios de mayo no someterse a las autoridades de Virginia que acababan de rebelarse contra la Confederación, y con este motivo se reunieron dos Convenciones especiales, una el 13 de mayo y otra el 11 de junio, para discutir si sería conveniente crear un Gobierno aparte; pero habiéndose reconocido que este procedimiento sería ilegal, expidióse en 19 de julio una orden para reorganizar el de Virginia. En su consecuencia se nombró gobernador a Mr. Franck Pierpont; eligióse un Comité consultivo de cinco miembros, y la Convención se puso en relaciones con el Gobierno de Washington, en nombre de Virginia. El Presidente Lincoln se apresuró a reconocer a las autoridades de Virginia como las más legítimas, y ofreció facilitar las armas y municiones necesarias. Los confederados, sin embargo, no parecían dispuestos a ceder tan fácilmente aquella zona, pues tenía para ellos una gran importancia estratégica, porque podía interceptarse la mejor vía de comunicación por el Ohio y el camino de hierro de Baltimore, entre las regiones del Oeste y Washington. Por este motivo, el general Johnston destacó dos mil hombres a fin de proteger aquel punto, especialmente por la parte de Grafton, y otras tropas confederadas se situaron en la izquierda, al pie de unas colinas, donde construyeron varios atrincheramientos cerca de Bewerley a fin de extenderse desde allí hasta el Ohio. El coronel Porterfield era el jefe de aquellas fuerzas.

El 13 de mayo se dio orden al coronel Kelly para que marchase con algunas fuerzas federales a Wheeling, y al día siguiente dos regimientos de Ohio al mando de los coroneles Irvine y Steedman, fueron a ocupar a Pakersburg, situado al extremo de Baltimore. Algunas tropas del Sur que entonces se hallaban en Grafton, intentaban también dirigirse a Wheeling; pero viendo que sus enemigos se habían anticipado y que sus fuerzas eran más numerosas, destruyeron el camino de hierro, por cuya razón no pudieron llegar los unionistas al primero de dichos puntos hasta el día 30. En la mañana del 31, y reparada ya la vía, reuniéronse en aquel punto siete u ocho mil hombres a las inmediatas órdenes del general Morris, quien hizo retroceder a los separatistas hasta Philippi, a unas cincuenta millas de la línea férrea. El coronel Porterfield, quien según ya hemos dicho, mandaba las tropas del Sur, expidió en este último punto la siguiente proclama:

«Conciudadanos: he venido aquí en virtud de una orden de las autoridades legalmente constituidas, con objeto de rechazar la invasión de fuerzas extranjeras y proteger al pueblo en el legítimo goce de sus derechos civiles, religiosos y políticos. En cumplimiento de mis deberes, procuraré obrar siempre con la mayor templanza, y en vez de averiguar qué ciudadanos de Virginia han votado en pro o en contra de la separación, sólo preguntaré quiénes son los enemigos de nuestro Estado. A estos se les tratará como a tales juzgándolos por sus propias leyes.

»¡Virginianos! A vosotros apelo en nombre de nuestra madre común para que seáis fieles a vuestro Estado y rechacéis la invasión que os amenaza; los que no lo hagan así, serán considerados como enemigos de Virginia. ¡Ciudadanos: sed fieles y leales, y Dios protegerá nuestra causa.

»Muchos de vosotros han salido presurosos a la defensa de su Estado y de sus libertades; ¿querréis continuar siendo hombres libres, o someteros como esclavos? ¿Permitiréis que el pueblo de otros Estados os gobierne a su antojo? ¿Habéis olvidado los preceptos de Jefferson y Madison? Virginia no ha declarado la guerra: se ha visto en la precisión de hacerla; ¿obtendrán una recompensa nuestros esfuerzos para mantener las libertades del pueblo, o deberemos doblar la cerviz ante las aras del despotismo y la tiranía? Creo que en este punto no puede vacilar el

verdadero amante de sus libertades. ¡Corred pues a las armas, compañeros: defended vuestros privilegios y no consintáis nunca la opresión!»

Habiendo resuelto el general Mc Clellan⁸ apoderarse de Philippi por sorpresa, proyectó el ataque para el 2 de junio, y al efecto dos brigadas de dos regimientos cada una, se aproximaron al campamento de los separatistas por diferentes caminos, con el objeto de rodear al enemigo, pero el piso estaba muy malo, el tiempo era tempestuoso, y la división al mando del coronel Kelly, que tenía que recorrer veinte y dos millas, no pudo llegar a tiempo. Los confederados, no obstante, que únicamente contaban con seiscientos u ochocientos hombres, no podían resistir a las fuerzas, y por lo tanto preparáronse a la retirada, precisamente cuando los unionistas, a las órdenes de los coroneles Dumont y Lander, ordenaban el ataque, rompiendo el fuego la artillería. Los confederados emprendieron la fuga apresuradamente; pero entonces llegó el coronel Kelly, y cayendo sobre el enemigo, le puso en completa dispersión, si bien cayó a poco mortalmente herido de un balazo. Los confederados perdieron veintiséis hombres entre muertos y heridos, sus bagajes y municiones y casi todas sus armas. Porterfield reunió como pudo sus dispersas fuerzas, se retiró precipitadamente a Beverly y desde este punto a Huttonsville.

El general Mc Clellan llegó a Grafton el 23; expidió desde luego una proclama condenando el sistema de guerrillas adoptado por los jefes del Sur, y el 25 dirigió otra a sus soldados exhortándoles a que no se entregaran al pillaje y al saqueo, porque el pueblo era su amigo. Las fuerzas del jefe unionista se aumentaron rápidamente, y ya el 4 de julio ascendían a treinta mil hombres, mientras los confederados apenas contaban con diez mil. Mc Clellan resolvió por lo tanto avanzar contra el enemigo, que al mando del general Robert S. Garnett, estaba fuertemente atrincherado en Laurel Hill (colina del laurel) a pocas millas de Beverly; en la cima de otra eminencia contigua, conocida con el nombre de Rich Mountain, se hallaba también muy bien fortificado el coronel John Pegram. Después de haber reconocido suficientemente la posición que ocupaba el enemigo, Mc Clellan resolvió atacar primero a Pegram, y al efecto dispuso que el general Rosecrans hiciera un rodeo de ocho millas a través de las montañas para sorprender la retaguardia de Pegram, cuyo movimiento se llevó a cabo felizmente; mas por desgracia, a un dragón que llevaba un parte del jefe unionista a Rosecrans, fue cogido prisionero y se descubrió el plan de ataque. Las tropas del Sur estaban atrincheradas en la cima de la montaña con tres cañones, mientras Rosecrans, que había estado todo el día cruzando bosques y barrancos, con un tiempo muy lluvioso, no llevaba artillería, como era natural. A pesar de esto avanzó desde luego contra el enemigo, que hizo fuego con sus tres cañones, aunque sin gran efecto, y poco después se rompió el de fusilería por ambas partes; pero como los unionistas contaban con mayor número de fuerzas, dispuso el general Rosecrans que se atacara a la bayoneta. Los separatistas abandonaron entonces su posición precipitadamente, dejando en poder de los vencedores sus cañones, tiendas de campaña y bagajes, y ciento treinta y cinco muertos en el campo. El general Mc Clellan vigilaba en tanto a Pegram que seguía ocupando su posición; mas llegada la noche, y temiendo el jefe separatista ser sorprendido, intentó escapar y con este fin se ocultó en el bosque, donde habiendo sido luego descubierto tuvo que entregarse con los seiscientos hombres que estaban a sus órdenes.

El general Mc Clellan avanzó entonces hacia Beverly, en cuyo punto penetró a la mañana siguiente flanqueando la posición que ocupaba el general Garnett en Laurel Hill y obligándole a que la abandonara retirándose hacia el Norte. Seis cañones, doscientas tiendas de campaña, sesenta vagones y unos cien prisioneros fueron los trofeos de esta victoria; las tropas del Sur perdieron además entre muertos y heridos ciento cincuenta hombres, y solo cincuenta los unionistas.

8 El general Mc Clellan, nombrado en aquella ocasión mayor general, no tenía sino treinta y cinco años, pero ya podía considerársele como un veterano, pues había sido capitán de ingenieros y de caballería del ejército regular que tanto se distinguió en la campaña de México y otras expediciones. La actividad que desplegó al organizar las milicias de Ohio satisfizo las esperanzas que se habían fundado en él por su gran reputación, y esto le valió el grado de mayor general del ejército regular, es decir, el grado más alto después del general Scott. Su vigor y resolución al entrar en campaña bastaron para que se granjeara la estimación de todos.

Perseguido de cerca el general Garnett, y dominado por la superioridad del número, cruzó por Laurel Mountains se introdujo en un estrecho sendero, que cubrió de troncos de árboles a fin de retardar la marcha de sus enemigos, se dirigió luego apresuradamente hacia la cordillera de Alleghanies. Por último, después de haber cruzado por Carrik's Ford, Garnett encontró una admirable posición para la defensa, hizo frente al enemigo, aun cuando éste era muy numeroso, y consiguió contenerle por algún tiempo; mas a poco llegó el coronel Dumont con el regimiento de Indiana, y atacando a su vez la posición del enemigo, la desalojó a pesar de los desesperados esfuerzos de Garnett, que en vano trataba de reunir sus dispersas tropas. La persecución duró aun algún tiempo, hasta que al fin, desesperado Garnett, intentó por última vez oponer resistencia, con una bravura digna de mejor causa; pues apenas se hubo empeñado de nuevo la acción, el sargento Burlingame atravesó de un balazo al intrépido general, que cayó herido de muerte sin proferir una sola queja.

Entretanto el general Mc Clellan se dirigía con el grueso de sus fuerzas a Huttonsville, desde donde remitió a Washington un telegrama concebido en estos términos:

«Las tropas del general Garnett han sido derrotadas, habiendo caído en nuestro poder todos los bagajes y un cañón. El general fue muerto en Carrik's Ford, cerca de Saint George, cuando trataba de reunir a sus dispersas fuerzas. Hemos aniquilado al enemigo en la Virginia Occidental. Nuestras pérdidas se reducen a trece muertos y cuarenta heridos, mientras que las del enemigo exceden de doscientos de los primeros y mil de los segundos. También hemos cogido siete cañones. Las fuerzas del general Garnett van en retirada, pero se les persigue de cerca.»

Las tropas federales, sin embargo, no persiguieron al enemigo sino en un espacio de dos millas, pues estaban sumamente fatigadas, e hicieron alto mientras que los separatistas fugitivos, a las órdenes del coronel Ramsey, se internaron en las montañas y fueron a reunirse con las tropas del general Jackson que estaban en Monterrey.

Entre tanto el general Cox avanzó sobre Beverly, juntamente con el general Mc Clellan, y después de una corta escaramuza, las tropas federales se apoderaron de Barboursville. En Scarytown, mil quinientos hombres de la milicia del Ohio, al mando del coronel Lowe, tuvieron un encuentro con algunas fuerzas del Sur mandadas por el capitán Patton, quien fue rechazado con pérdida de cincuenta y siete hombres entre muertos heridos. Cinco oficiales, incluso dos coroneles, que sin orden alguna se acercaron a las líneas enemigas para observar la lucha más de cerca, quedaron prisioneros. El general Cox continuo luego su marcha hacia Charleston, a cuyo punto llegó el día 25. El general Wise, que mandaba allí las tropas del Sur, pensaba haberse detenido en dicha ciudad; mas al recibir la noticia de la derrota de Garnett continuo su camino hasta el río, no habiéndole podido perseguir el general Cox porque Wise tuvo buen cuidado de destruir el puente. El jefe separatista consiguió al fin llegar a Lewisburg, uno de los condados que se hallan al oeste del Alleghanies, y que era favorable a la causa del Sur. Wise fue reforzado allí en 1 de agosto por el general John B. Floyd, quien muy pronto se halló en estado de tomar la ofensiva. En efecto, al día siguiente se puso en marcha en dirección a New-River, y al llegar cerca de Kanawha, sorprendió el regimiento de Ohio, número siete, a las órdenes de Tyler, a quien derrotó completamente cogiéndole doscientos prisioneros. Floyd se dirigió luego a Carnifex Ferry con objeto de caer sobre la retaguardia de Cox; pero se vio él mismo atacado por el general Rosecrans, que a la cabeza de diez mil hombres llegaba de Clarksburg. Las tropas del general unionista estaban muy cansadas, mas a pesar de esto dispuso el jefe que se hiciera un reconocimiento, dando este por resultado un encarnizado combate en el que fueron muy considerables las pérdidas del ejército federal, al paso que insignificantes las de los confederados, que ocupaban una fuerte posición. El coronel Lowe, del regimiento de Ohio, quedó muerto en el campo de batalla, y gravemente heridos los coroneles Lytle y White. A pesar de haber obtenido esta victoria, Floyd, viendo que no recibía refuerzos de Wise y que las fuerzas enemigas eran mucho más numerosas, abandonó su posición durante la noche,

retirándose rápidamente a Big Sewell Mountain, y de allí a Meadow Bluff, punto que se hallaba a treinta millas de distancia.

A los pocos días llegó el general confederado Lee con numerosas fuerzas, y habiéndose encargado del mando de las tropas de Floyd y de Wise, reunió un ejército de veinte mil hombres. Rosecrans se retiró entonces a Gauley sin que se pensara en perseguirle; Lee tuvo que volver a la costa, y Wise recibió orden de trasladarse a Richmond.

Cuando se hubo marchado el general Lee, Floyd y Wise tomaron posición cerca del río, desde donde hostilizaban a los barcos que conducían víveres para el general Rosecrans, quien se había situado a su vez a la orilla opuesta, frente a los dos generales separatistas. Rosecrans trató de sorprender a sus enemigos dos veces consecutivas, mas no pudo conseguirlo, la primera por una avenida del río y la segunda por no haber cumplido el general Benham la orden que se le dio de cortar la retirada a Floyd. Por entonces no hubo en aquel punto más encuentros. En el noroeste, el general Kelly, que guardaba el Alleghany y el camino de Ohio, salió una noche de New-Creek, y avanzando rápidamente hacia Romney, capital del condado de Hampshire, derrotó un batallón de confederados, cogiéndoles dos cañones, sesenta prisioneros y muchas armas, sin con los bagajes y una considerable cantidad de víveres. Con estos combates, se terminó la campaña en la Virginia Occidental, y quedó en poder de la Unión toda la parte del Estado situada al oeste del Alleghany. Johnston, que desde su campamento de Winchester quiso socorrer al general Garnett no pudo hacerlo, pues sucesos de más interés reclamaban su presencia en la importante zona de Richmond.

El ejército de Mc Dowell, el *grande ejército* como se le llamaba, contaba ya con cinco divisiones⁹, formando un total de cincuenta mil hombres; el número de tropas regulares figuraba por diez compañías de infantería, nueve de caballería y seis baterías, sin contar la magnífica brigada del general Blenker, compuesta toda de alemanes, que eran en su mayor parte soldados de Europa. El 17 de julio, el ejército salió del campamento atrincherado, dividido en tres columnas principales, dejando en reserva para custodiar las obras de defensa a la división Runyon; las tropas se concentraron por la noche en Vienna y Fairfax-Court-House, y el día siguiente prosiguieron su marcha hacia Certenville, a cuyo punto llegaron sin que ocurriese novedad alguna; pero un poco más lejos, en las orillas de Bull Run, hallábanse los confederados ocupando una fuerte posición. Bull Run es un pequeño río de unas treinta millas de longitud y uno o dos de profundidad en tiempo ordinario; sus aguas se vierten en el Ocoquan y el Potomac, y sus orillas, muy escarpadas, están cubiertas de maleza. Los confederados, a las órdenes del general Beauregard, se extendían en una inmensa línea detrás del río en un espacio de diez millas, y un poco más allá en una eminencia natural, muy favorable para la defensa, se hallaba la reserva. El número de tropas del jefe separatista no excedía de treinta mil hombres.

La división federal Tyler, encargada de reconocer la posición del enemigo, hizo jugar su artillería el 18 de julio, mas sin que esto diera otro resultado sino demostrar que los separatistas no pensaban abandonar el campo sin combate. La brigada Bonham, entre otras, contestó con un vivo fuego a la división Tyler, rechazando a éste varias veces cuando intentó atravesar el Bull Run por el vado Mitchell. Habiendo concentrado por la noche sus cuatro divisiones mas allá de Centerville, el general Mc Dowell empleó el día siguiente en reconocer el terreno y la posición del enemigo, y acto continuo tomó sus disposiciones para dar una batalla decisiva el 21 julio. El general unionista quiso atacar primeramente el ala derecha de Beauregard, a fin de separarle de su centro y de la vía férrea, mas aquel punto estaba muy bien defendido, y por lo tanto Mc Dowell se decidió por el ala izquierda, pues si bien las ventajas estratégicas no eran tantas, presentábanse menos dificultades. En su consecuencia, Mc Dowell dispuso que el 21, a las dos de la madrugada, se pusieran las tropas en marcha con raciones para cuatro días; la división Tyler debía dirigirse hacia Mitchell's-Ford para entretener al enemigo por su frente y su derecha; las divisiones Hunter y Heintzelman recibieron

9 El ejército del general Mc Dowell se componía de trece brigadas en la forma siguiente: *División Tyler*: brigadas Keyes, Shenk, Sherman y Richardson. *División Hunter*: brigadas Porter y Burnside. *División Heintzelman*: brigadas Franklin, Wilson y Howard. *División Miles*: brigadas Blenker y Davies. *División Runyon*: dos brigadas de reserva.

orden de atacar el ala izquierda del enemigo, y la división Miles quedaría de reserva entre Centerville y Bull Run. Estas disposiciones, muy bien entendidas, no produjeron por desgracia el resultado que era de esperar, pues por una parte la ejecución fue muy lenta, y por otra ocurrió un incidente con el que a buen seguro no contaba el general Mc Dowell.

El día 20, habíase reunido a Beauregard el general Johnston con una parte de sus tropas, que habían burlado la vigilancia de Patterson; las demás fuerzas marchaban por Manassas-Gap, y no tardarían en llegar para incorporarse al grueso del ejército. Así pues, reunidos los dos generales confederados, contaban con ocho brigadas, que eran las de Ewell, Jones, Longstreet, Bonham, Cocke, Evans, Holmes y Early; estas dos últimas quedaban en reserva y las otras se escalonaron detrás del río. Ambos jefes habían resuelto tomar la ofensiva el día 21, cuando vieron que avanzaban las tropas de Mc Dowell; los federales atravesaron desde luego el río por varios puntos del centro, haciendo lo posible para ocultar al enemigo cuál sería el principal punto de ataque, pero desde las alturas que rodeaban el cuartel general, y gracias a las nubes de polvo que levantaban las tropas unionistas, no les costó mucho a los generales confederados reconocer que sobre la izquierda estaba el verdadero peligro, por cuyo motivo fijaron en aquel punto toda su atención.

El combate no fue muy encarnizado al principio, pues la mayor parte de las tropas federales estaban en ayunas, sedientas y fatigadas por la marcha y una temperatura abrasadora; pero poco a poco y después de algunas peripecias, empezó formalmente la lucha, y las divisiones Hunter y Heintzelman comenzaron a ganar terreno sobre sus adversarios. Sin embargo, a cada momento llegaban nuevos refuerzos del ejército de Johnston: la brigada Jackson contuvo cual si fuera un muro de piedra la retirada de los confederados, en tanto que la brigada Kirby Smith, que acababa de entrar en línea, atacaba de frente y de flanco el ala derecha de Mc Dowell. Smith cayó a poco herido, pero inmediatamente le sustituyó en el mando el coronel Arnold Elzey, que continuó el ataque haciendo un fuego horroroso sobre los batallones federales a quienes puso en dispersión. Poco después, la retirada se convirtió en una completa derrota: una multitud de curiosos, que introduciéndose por entre los carros de los bagajes, se habían aproximado al campo de batalla para ver la acción más de cerca, obstruían el camino por donde podían retirarse las tropas federales, y esto fue causa de que se desbandaran: dos o tres balas que fueron a caer entre aquella multitud y la aparición de algunos jinetes, sembraron el pánico entre la muchedumbre de curiosos, y al tratar de huir para ponerse a salvo hubo infinitas desgracias, perdiendo muchos la vida. Los confederados no persiguieron a los federales por carecer de caballería; mas aun cuando lo hubieran hecho, esto ofrecía sus inconvenientes, porque el regimiento de tropas regulares y los otros cuatro de la brigada Blenker, ocupaban el camino de Centerville y cubrieron perfectamente la retirada. Jefferson Davis, que había salido a las primeras horas de la mañana de Richmond, llegó al campo de batalla precisamente a tiempo para presenciar la retirada de los batallones enemigos, y aquella misma noche remitió a su Congreso un telegrama concebido en estos términos.

«Manassas, sábado por la noche.

»Acaba de terminar la batalla que ha sido muy reñida: nuestras tropas han alcanzado la victoria. El enemigo, derrotado, huyó precipitadamente abandonando una porción de armas, municiones y bagajes; el campo de batalla estaba cubierto de cadáveres y las casas de campo de los alrededores llenas de heridos.

»Nuestras tropas han perseguido a los fugitivos hasta Leesburg y Centerville, apoderándose de varias baterías y banderas, así como también de una porción de prisioneros. No puedo menos de elogiar el arrojo de nuestros oficiales el valor de las tropas.

»Jefferson Davis.»

Esta sangrienta batalla costó a los unionistas unos cuatro mil hombres, habiendo quedado muertos en el campo más de seiscientos, y mil quinientos prisioneros; los confederados se apoderaron de veintiocho cañones, cinco mil fusiles y muchos bagajes, pero sus pérdidas no bajaron de quinientos muertos y mil quinientos heridos; por una y otra parte sucumbieron muchos oficiales

de distinción, lo cual probaba que unos y otros se habían batido con la mayor bravura. Entre las víctimas de aquel día contábanse muchos curiosos, y aquí debemos añadir que entre ellos habían varias señoras, que habían venido de Washington para ver la batalla como si se tratara de alguna carrera de caballos. Entre tanto, el general Patterson permanecía de brazos cruzados en los alrededores de Harper's Ferry, y el general Butler no había hecho nada notable en su posición de Yorktown, bien es verdad que la victoria de los confederados en Manassas bastaba para anular todas las ventajas que se hubiesen podido obtener.

Las consecuencias de la derrota de los federados fueron hartamente funestas, pues como de los setenta y cinco mil hombres pedidos por Abraham Lincoln, casi todos ellos terminaban su servicio a las tres semanas después de la acción, todos se apresuraban a dejar el servicio para retirarse a sus casas, de tal modo que las fuerzas del ejército unionista comenzaron a disminuir rápidamente. Además, la impresión que causó la victoria de Bull Run fue muy profunda, sobre todo en el Norte, donde al entusiasmo que precedió a las primeras operaciones militares, sucedió súbitamente una dolorosa humillación, que sin embargo sirvió de lección saludable para obrar en lo sucesivo con más prudencia. Reconocíase claramente que el Sur no estaba dispuesto a ceder y sí resuelto a batirse; la victoria acababa de enorgullecerle y ya iba siendo necesaria una gran guerra. Sin embargo, todo el Norte se mostró decidido a proseguir la lucha antes que renunciar a sus ideas unionistas. Los primeros momentos fueron duros y penosos para el Gobierno de Washington, y se hizo preciso tomar desde luego enérgicas medidas para evitar las deserciones y restablecer el orden que se había alterado en el ejército después de la derrota de Bull Run.

El trigésimo séptimo Congreso reunióse el 4 de julio en sesión extraordinaria, convocado por el Presidente Lincoln. Todos los senadores y representantes asistieron puntualmente a sus respectivas Cámaras, y además se presentaron comisiones de Kentucky, Missouri, Maryland y Delaware. De los Estados separatistas, sólo Arkansas había elegido representantes en 1860, pero estos renunciaron a sus cargos al unirse con la Confederación del Sur. En la Cámara alta ascendía a cuarenta y cuatro el número de senadores; de los representantes, ciento cuarenta y siete contestaron a sus nombres, y habiéndose procedido a la elección de Presidente, ganó la votación Galusha A. Grow, republicano de Pennsylvania. Al otro día remitió el Presidente Lincoln su mensaje anual que fue atentamente leído en ambas Cámaras; pero como este documento se refería casi en su mayor parte a dar cuenta de los sucesos de que ya hemos hablado, sólo reproduciremos aquí uno o dos párrafos que nos parecen los más notables. Al hablar de las medidas que sería necesario adoptar para continuar la lucha, expresábase en estos términos:

«No puedo menos de recomendar al Congreso eficazmente que facilite los medios necesarios a fin de que esta lucha sea breve y decisiva, y para esto es necesario que el Gobierno pueda contar con cuatrocientos mil hombres y cuatrocientos millones de dólares. Este número de hombres vendrá a ser la décima parte de los que tienen la edad conveniente para empuñar las armas y desean salir a la defensa de la nación, y esa cantidad representa menos de una vigésima parte de la que podrán reunir todos aquellos que se muestran dispuestos a sacrificar sus bienes en defensa de tan justa causa. Una deuda de seiscientos millones de dólares, debe ser ahora menos gravosa que en tiempo de la revolución, y seguramente todos tenemos en la actualidad un poderoso motivo para conservar nuestras libertades, como entonces lo teníamos para establecerlas. Un buen resultado en estos momentos valdrá para el mundo diez veces más de lo que representan ese número de hombres y esa cantidad.»

El Presidente terminaba su mensaje con estas notables palabras:

«El Poder ejecutivo se convenció, poseído del mayor sentimiento, que debía recurrir a las armas para atender a la defensa del Gobierno, pues de no hacerlo así, hubiera terminado su existencia. Ya no era posible arreglo alguno, no porque este medio no sea preferible con frecuencia, sino porque el Gobierno popular no podía sentar el precedente de que sólo los que ganan una elección pueden salvarle de una ruina inmediata.

»Como buen ciudadano, el Presidente no podía consentir que nuestras instituciones perecieran, ni mucho menos que se perjudicasen los sagrados intereses que le confió el pueblo. El Poder ejecutivo se hallaba en este caso en el deber de sacrificar su propia vida si era necesario, y para dejar a cubierto su responsabilidad, y sin pensar en las consecuencias, ha obrado como en su concepto tenía obligación de hacerlo. Yo espero confiadamente que vuestras opiniones y vuestros medios de acción, conformándose con las mías, os inducirán a dictar las medidas necesarias para que se respeten los derechos de los fieles ciudadanos con arreglo a la Constitución y las leyes.

»Trazada ya la senda que debemos recorrer, y conocidas nuestras buenas intenciones, sigamos adelante con ánimo fuerte y corazón valeroso confiando en la protección del Altísimo.»

Durante los primeros días que siguieron a la apertura de las Cámaras, se tomaron en consideración varias reclamaciones pendientes de Oregón, Nebraska y el primer distrito de Pennsylvania, y el día 9, Mr. Lovejoy, de Illinois, presentó una proposición que decía así:

«Considerando que se ha formado una conspiración contra la paz, la Unión y libertades del pueblo, y el Gobierno de los Estados Unidos;

»Considerando que muchos habitantes de Virginia, la Carolina del Norte y del Sur, Tennessee, Arkansas y Texas, han tratado de separar a dichos Estados de la Unión, haciendo armas contra el Gobierno;

»Considerando que los senadores de dichos Estados no han tenido a bien presentarse en la Cámara a fin de prestar su auxilio en la grave crisis por que atravesamos, y siendo aparente que esos señores han tomado parte en la citada conspiración, en el mero hecho de no haber dado cuenta de ella al Gobierno;

»*Resolvemos*: que Mrs. Mason, Hunter, Clingman, Bragg, Chesnut, Nicholson, Sebastian, Mitchell, Hemphill y Wigfall, sean dados de baja en la lista de senadores de los Estados Unidos.»

Esta proposición promovió un empeñado debate; Mr. Mallory, de Kentucky, presentó otra pidiendo que no se tomara en consideración; pero se desechó por ochenta y un votos contra sesenta y seis, y discutido el punto suficientemente, se aprobó al fin la de Mr. Lovejoy por noventa y dos votos contra cincuenta y cinco. El día 10, Mr. Washburne, de Illinois, presentó un *bill* adoptando ciertas disposiciones relativas a la recaudación de derechos e impuestos, y autorizando al Presidente para que publicase una proclama por la cual se suspendieran las relaciones con los Estados separatistas. Este *bill* se aprobó después de un ligero debate por ciento treinta y seis votos contra diez. En el mismo día se aprobó también en la Cámara otro *bill* autorizando al Secretario del Tesoro para negociar un empréstito de doscientos cincuenta millones de dólares. Mr. Vallandigham, de Ohio, pronunció un brillante discurso para combatirlo; mas fueron inútiles sus esfuerzos pues así como los otros, se aprobó este *bill* por ciento cincuenta votos contra seis o siete. No hablaremos aquí de otros muchos que se presentaron, ni tampoco de las numerosas proposiciones y enmiendas que menudeaban en ambas Cámaras, pues todas se referían a las medidas que convendría adoptar para continuar la guerra, y ya las citaremos más adelante. Baste decir que el grito general, el santo y seña de los hombres políticos, la divisa de todos los clubs, se reducía a estas palabras: *¡Adelante sobre Richmond!* Las sesiones de aquella legislatura extraordinaria se terminaron el 6 de agosto, por manera que duraron treinta y tres días.

Sin embargo hacíase urgente adoptar enérgicas disposiciones a fin de continuar la lucha, y convencido de ello el Gobierno, había ya dispuesto, antes de terminarse las sesiones extraordinarias del Congreso, que se confiara el mando del ejército del Potomac al general Mc Clellan en reemplazo de Mc Dowell, y ya el 22 por la noche recibió éste un telegrama en Bewerley, mandándole entregase el mando de la Virginia Occidental al general Rosecrans y se trasladara inmediatamente a Washington. El nuevo jefe entró el día 27 en el desempeño de sus funciones, y sin pérdida de tiempo comenzó a organizar su ejército. El general Patterson fue sustituido a su vez por el general Banks.

Para terminar ahora la narración de este primer período de la guerra, réstanos sólo decir lo que pasaba en el Oeste.

Hemos dejado a Missouri dividido en dos campamentos vigilándose atentamente con aire amenazador: ahora añadiremos que el general unionista Harney, hombre de poca energía, fue reemplazado por el joven general Lyon, el cual desplegó tal actividad, que bien pronto tomaron un aspecto muy distinto los asuntos de los unionistas en San Luis y todo el Estado. El gobernador Jackson y el general Price, que no se habían podido avenir con los unionistas, se declararon abiertamente en favor de la separación, y el primero expidió una proclama con fecha 13 de junio llamando a las armas a cincuenta mil hombres de la milicia para resistir a la opresión de los agentes del Gobierno central. Hecho esto, Jackson y Price, que temían un ataque de las fuerzas federales, reunieron en San Luis todas las tropas que pudieron, y en 18 de junio marcharon a Booneville (Missouri) a fin de establecer allí su campamento. Price se trasladó en un vapor a Lexington por haberse resentido su salud. Tan pronto como supo esto el general Lyon, abandonó a San Luis el 13 a la cabeza de su ejército y llegó a Jefferson-City en la mañana del 15, mas no encontró ya a los jefes confederados y supo que se habían alejado bastante. Lyon volvió pues a embarcarse el 16, y a la mañana siguiente hallábase ya en Rockport, casi en frente de Booneville, donde según ya hemos dicho se hallaba el campamento de los confederados; mas como éstos no contaban sino con dos o tres mil hombres, la mitad de ellos sin armas, al mando del coronel Marmaduke, Jackson creyó más prudente desbandarlos y no oponer resistencia. Marmaduke, sin embargo, estaba resuelto a batirse, y marchó contra los unionistas, esperando sorprenderlos en el momento del desembarco, pero encontró a Lyon que avanzaba en buen orden, y trabado el combate, Lyon obtuvo fácilmente la victoria, apoderándose de dos cañones y un gran tren de campaña. Marmaduke pudo evitar una derrota completa merced a su numerosa caballería.

Jackson huyó a Warsaw, situado a la distancia de unas ochenta millas al sudoeste; allí se le reunió el coronel O'Kane con algunas fuerzas, y al llegar estos dos jefes a Montevallo, en el condado de Vernon, agregóseles el general Price con toda la milicia que había podido reunir en Lexington. De este modo halláronse a la cabeza de un cuerpo de ejército de unos tres mil seiscientos hombres, pero como Lyon seguía persiguiéndoles, continuaron la retirada al día siguiente y se detuvieron en Jasper County algunas horas. Al otro día, mil quinientos hombres de las fuerzas unionistas al mando del coronel Sigel, llegaron también a Vernon a fin de impedir que las tropas de Jackson se reunieran con las de otros jefes. Sigel encontró a poco a las tropas separatistas ocupando una buena posición y muy superiores en número, pero resolvió atacarlas, confiando demasiado en sus propias fuerzas, pues la caballería y la artillería del enemigo avanzaron por izquierda y derecha y tuvo que retroceder bien pronto. Sigel emprendió entonces la retirada con el mayor orden, guardando siempre una distancia respetable entre sus tropas y las del enemigo, y de este modo llegó a Cartago, donde se empeñó al fin un combate en el que perdieron los unionistas cuarenta y cuatro hombres entre muertos y heridos, y los confederados unos cincuenta. Sigel pudo continuar luego su marcha por Mount Vernon y se dirigió a Springfield, en cuyo punto se le reunió el general Lyon.

Los separatistas, que habían recibido nuevos refuerzos del Sur, y sobre todo mucha caballería, recorrieron bien pronto toda la parte sur de Missouri, obligando a Lyon a permanecer en Springfield. Conociendo la superioridad numérica del enemigo, Lyon esperó para recibir refuerzos, pero con el desastre de Bull Run perdió las esperanzas, y habiendo sabido que los separatistas avanzaban en dos fuertes columnas, una que venía por la parte de Cassville y otra por Sarcoxie, resolvió hacer un esfuerzo a fin de impedir que se reuniesen, y en su consecuencia, salió de Springfield el 1 de agosto con cinco mil quinientos infantes, cuatrocientos caballos y diez y ocho cañones, y a la mañana siguiente puso en dispersión un destacamento enemigo derrotándolo completamente. Los separatistas, entre tanto, mandados por Price, su mejor general, avanzaban con lentitud, y llegaron el 7 a Wilson's Creek, a diez millas de Springfield. Lyon concertó un ataque nocturno, mas cuando todo estaba dispuesto, era ya tan tarde que difirió la ejecución de su plan

hasta el 9, y avanzó en dos columnas con ánimo de atacar al enemigo de frente, en tanto que Sigel con mil doscientos hombres, caería sobre la retaguardia.

Price dispuso también sorprender el campamento de los federales por la noche; pero habiéndose suscitado algunas disensiones, confió el mando superior a Mc Culloch, quien dio una contraorden a causa de la oscuridad de la noche. A las cinco de la madrugada del 10 de agosto, Lyon atacó a los confederados de frente, en tanto que Sigel con sus mil doscientos hombres y seis cañones caía sobre la retaguardia del enemigo, y bien pronto se generalizó la batalla, que fue tan obstinada como sangrienta, pero la desproporción en el número, debía producir sus naturales resultados. Sorprendidos al principio los separatistas por el imprevisto ataque de Sigel, comenzaron a retroceder; pero una vez que se hubo visto con qué fuerzas contaba el jefe federal, viose éste acometido por dos baterías y una fuerte columna de infantería, que hizo retroceder apresuradamente a los mil doscientos hombres de Sigel, de los cuales no quedaban al poco tiempo sino cuatrocientos, atendido que el mortífero fuego de los confederados había puesto a los demás fuera de combate.

El general Lyon por su parte atacaba entre tanto de frente al ejército separatista, y al principio hizo retroceder a sus enemigos: mas viendo al fin estos cuán superiores eran en número, los oficiales confederados consiguieron fácilmente que sus tropas volvieran a la carga. Entonces fue cuando el general Lyon que estaba herido ya, recibió un balazo en la cabeza que pareció dejarle aturdido por algunos momentos, pero reponiéndose luego, dio algunos pasos hacia su ayudante, el mayor Schofield, y le dijo estas palabras: «Temo que se ha perdido la jornada», a lo cuál contestó el mayor: «Aun no, general: probemos una vez mas.» Así diciendo, ofreció su caballo a Lyon, quien montó inmediatamente, y aunque corría la sangre por sus heridas, dio la orden de cargar a la bayoneta, y se lanzó de nuevo en lo más recio de la pelea agitando en el aire su sombrero y gritando a sus soldados: «¡Seguidme valientes, yo os conduciré a la victoria!» Aquellas fueron sus últimas palabras: una tercera bala le atravesó el pecho hiriéndole de muerte, y poco después caía también a su lado para no volver a levantarse más el intrépido coronel Mitchell. Sin embargo, la batalla no estaba aun concluida, pues los unionistas siguieron algún tiempo resistiendo el ataque de sus enemigos, si bien emprendieron luego la retirada. Federales y confederados y proclamaron luego como suya la victoria, y sin inclinarnos ni en favor de unos ni de otros, diremos aquí solamente que las pérdidas de los primeros fueron mucho más considerables que las de los segundos, pues tuvieron doscientos sesenta y cinco muertos y ochocientos heridos, viéndose además precisados a emprender la retirada apresuradamente.

El general Fremont había sido nombrado en 9 de julio comandante del distrito occidental que comprendía los Estados de Illinois, Kentucky, Missouri y Kansas, pero se hallaba aun en Nueva York reuniendo armas y municiones cuando llegó a su noticia la derrota de Bull Run, y entonces sin perder tiempo, abandonó dicha ciudad dirigiéndose a San Luis, a cuyo punto llegó el 25 de julio. Fremont encontró que todo estaba en desorden: en la mayor parte de los condados predominaba la insurrección; los soldados unionistas que en su mayor parte terminaban el tiempo de servicio, se iban retirando a sus casas apresuradamente, con tanta más razón cuanto que no se les pagaba; no había armas, dinero ni municiones, y sobre todo esto, empezaba a cundir el desaliento a consecuencia de las últimas derrotas sufridas por los federales. Era necesario adoptar enérgicas disposiciones para remediar todos estos contratiempos, y Fermont no perdonó esfuerzo alguno para salir de aquella situación tan crítica. Al saber la muerte del general Lyon, resolvió fortificar desde luego la ciudad de San Luis, a fin de establecer allí el centro de operaciones, y asimismo puso una guarnición en Cabo Girardeau, Ironton, Rolla y Jefferson-City.

El general Price, como fácilmente se comprenderá, no esperó a que Fremont acabara de tomar sus disposiciones, y cuando Mc Culloch había marchado ya con el grueso de las fuerzas confederadas, dirigióse al norte de Springfield a mediados de agosto; mas no por esto dejaba de recibir continuamente refuerzos, y antes de llegar al punto de su destino, derrotó algunas tropas federales que encontró a su paso. El jefe separatista avanzó luego sobre Warrensburg, en cuyo punto se hallaba ya el 10, y en la mañana del 11 se dirigió a Lexington, donde estaba el coronel Mulligan

a la cabeza de dos mil setecientos ochenta unionistas, quienes en la esperanza de recibir pronto refuerzos, opusieron resistencia a los confederados, a los cuales acababa de incorporarse el general Harris con fuerzas considerables y trece cañones. La posición que ocupaba Mulligan era muy fuerte y merced a esto pudo resistir al principio el cañoneo del enemigo y su primer ataque, pero según ya veremos después, la lucha era demasiado desigual para que durase mucho tiempo.

El general Fremont, que según ya hemos dicho se hallaba en San Luis, supo el 13 la llegada de Mulligan a Lexington, y un parte recibido el mismo día le anunciaba que Price iba acercándose a Warrensburg con unos quince mil hombres. A la mañana siguiente, Fremont recibió asimismo un telegrama del general Grant, comandante del Cairo, quien pedía refuerzos; el general Scott remitió una orden pidiendo que se enviasen a Washington cinco mil hombres de infantería, y el general Robert Anderson, de Kentucky, hacia una demanda semejante, anunciando que Louisville iba a caer en poder de los separatistas si no se aumentaba su guarnición. Fremont tenía entonces repartidos en su departamento cincuenta y cinco mil seiscientos noventa y tres hombres, de los cuales once mil ocupaban el fuerte Holt y Paducah; diez mil se hallaban en el Cairo y sus alrededores; el general Pope, jefe del distrito norte del Missouri, tenía a sus órdenes cinco mil quinientos; el general Davis, en Jefferson-City nueve mil seiscientos, y en Rolla había cuatro mil setecientos, tres mil en Ironton, y unos siete mil en San Luis, sin contar otros dos mil doscientos que a las órdenes del general Lane, ocupaban la frontera de Kansas. Fremont dispuso desde luego que dos regimientos de San Luis pasaran a Jefferson-City y otros dos a Lexington, pero estos últimos no pudieron llegar oportunamente al punto de su destino, a causa del mal tiempo y del estado de los caminos, y entre tanto el coronel Mulligan, a quien habían atacado vigorosamente los confederados, asaltando sus posiciones, no tuvo más remedio que rendirse después de haber sido herido dos veces. Las pérdidas de los federales en esta refriega fueron muy considerables, y según el general Price, muy insignificantes las suyas.

El general Fremont, confiando en que Mulligan había recibido los refuerzos necesarios, remitió el 18 un telegrama a Davis, ordenándole que marchara con cinco mil hombres a fin de interceptar la retirada a Price, mas al recibir la triste noticia de la rendición de Mulligan, dirigióse inmediatamente a Jefferson-City en la esperanza de que el jefe separatista habría tomado posición en algún punto de Missouri. Price, sin embargo, no era hombre para dejarse despojar fácilmente de las ventajas obtenidas, y así es que una vez alcanzada la victoria, emprendió una prudente retirada destruyendo a su paso todos los puentes y medios de comunicación para impedir que le alcanzasen sus perseguidores. Poco después llegaba a Neosho, donde encontró a Mc Culloch con cinco mil confederados de Arkansas; mas al saber que Fremont continuaba persiguiéndole, se retiró a Pineville, a fin de dar algún descanso a sus tropas.

El general Fremont siguió avanzando hasta Jefferson-City, en cuya ciudad se detuvo para acabar de organizar su ejército, y allí recibió a los pocos días la visita del general Cameron, secretario de la Guerra, a quien acompañaba el ayudante general Thomas con su séquito. El Secretario de la Guerra, que pareció muy disgustado al saber que el ejército de Fremont, compuesto de treinta mil hombres con ochenta y seis piezas de artillería, no tenía medio de transporte, llevaba una orden relevando de su cargo al general, pues había producido muy mal efecto una proclama que publicara algún tiempo antes en que disponía la emancipación de los esclavos del Sur, y esto había dado lugar a muchas reclamaciones que exigían se retirara el mando a Fremont.

Algunos días después se recibió de Washington una segunda orden del general Scott en la que se prevenía a Fremont que resignara el mando en manos del general Hunter; mas éste no llegó cuando se le esperaba, y como se sabía positivamente que los confederados estaban muy cerca, celebróse un consejo de guerra, y se acordó marchar a su encuentro, lo cual no se hizo sin embargo, porque aquella misma noche llegó el general Hunter y dio una contraorden. Fremont marchó a la mañana siguiente a San Luis con su escolta, y tenemos que decir que aunque ésta se componía de muy buena gente y estaba alistada por tres años, el general Mc Clellan tuvo por conveniente darla de baja en el servicio. Que el general Fremont incurrió en algunos errores, es cosa que no puede

negarse, pero ninguno de ellos se puede comparar con el que se cometió mas tarde por Hunter al disponer cinco días después que el ejército se retirara de Springfield para situarse en Rolla.

El general Ulises Grant, que mandaba en el Cairo, había hecho una demostración contra Belmont, situado cerca del Mississippi frente a Colombo, donde se hallaba entonces el cuartel general de los separatistas. Después de encargar al general Smith, jefe de la guarnición de Paducah, que simulase un ataque contra Colombo, el general Grant destacó una pequeña fuerza a Ellicott's Mills, disponiendo se embarcasen al mismo tiempo dos mil ochocientos cincuenta hombres en cuatro vapores, a los que debían dar convoy las cañoneras Tyler y Lexington. Esta expedición llegó poco después a Hunter's Point, punto que dista dos o tres millas de Colombo, y avanzó entonces con la mayor rapidez posible a fin de atacar a los confederados en su campamento de Belmont. Un destacamento de separatistas trató de oponerse a la marcha del enemigo, mas no pudo conseguirlo, y poco después los confederados tuvieron que abandonar sus posiciones. Sin embargo, el general Polk, jefe militar en Colombo, a quien se acababa de notificar la llegada de los unionistas, observando que estos acababan de apoderarse del campamento, acudió presuroso con algunas piezas de artillería a fin de recobrarlo si le era posible y reunir de nuevo las tropas dispersas; el mismo Polk cruzó el río con cinco mil hombres, y entonces se trabó de nuevo el combate que no duró mucho tiempo, porque los unionistas no pudieron hacer frente a los numerosos refuerzos que iban llegando. En esta refriega perdieron los confederados de seiscientos a mil hombres entre muertos y heridos, y los federales tuvieron unas cuatrocientas bajas, pero entre ellas figuraba un gran número de oficiales de distinción.

El general Mc Clellan, que se ocupaba con sin igual celo en reunir el mayor número posible de fuerzas de tierra, no descuidaba por eso las de mar, pues comprendía cuán poderoso auxilio podría prestar la escuadra al ejército tanto directa como indirectamente. En su consecuencia, había propuesto la formación de un cuerpo especial compuesto de algunos regimientos de marina y soldados de Nueva Inglaterra para llevar a cabo ciertas empresas en las costas, y una vez formado este cuerpo, reunióse el mayor número de buques posible con el objeto de apoderarse de diferentes puntos del Sur en el Atlántico. En 26 de agosto, el general Benjamin F. Butler se hizo a la vela en las aguas del fuerte Monroe, como jefe de una fuerza naval y militar que marchaba a una expedición secreta, compuesta de tres fragatas, *Minnesota*, *Wabash* y *Cumberland*, de cincuenta y dos cañones cada una, cuatro buques más pequeños y dos transportes que conducían ochocientos soldados. La escuadrilla iba al mando del comandante Stringham. El 27 por la noche llegaron los expedicionarios a la isleta de Hatteras, que conduce a Pamlico Sound, y se vio que estaba defendida por los nuevos fuertes llamados de Hatteras y Clark; el primero de estos tenía sólo cinco cañones y el otro diez, reuniendo entrambos un total de setecientos hombres al mando del comandante Barron y del coronel Martin. Estos fuertes eran a no dudarlo mucho menos formidables de lo que lo hubieran sido algunas semanas después, y por lo tanto se comenzó el bombardeo a las diez de la mañana del día 28. El fuerte Hatteras contestó al fuego, pero tan débilmente que no causó el menor daño y el fuerte Clark fue abandonado al otro día. Un gran transporte del enemigo, aprovechando la oscuridad de la noche, llevó un refuerzo al fuerte Hatteras, pero esto no sirvió de nada, y habiendo continuado el bombardeo en la mañana del 29, reconocióse bien pronto que el proseguir la lucha sería sacrificar inútilmente la vida de algunos hombres. Persuadido de esto el comandante Barron izó una bandera blanca, ofreciendo entregar el fuerte con todo cuanto contenía si se dejaba en libertad a la guarnición, pero el general Butler no aceptó estas condiciones y propuso en cambio respetar a los oficiales y soldados como prisioneros de guerra. Barron se convino al fin en ello, y de este modo quedaron en poder de los federales setecientos quince individuos de tropa, algunos cañones y una considerable cantidad de pertrechos de guerra. Los unionistas sólo perdieron uno o dos hombres, y el secreto de la expedición se guardó tan bien que no se supo nada por el pronto.

Como quiera que los confederados no adoptaron luego medida alguna para recobrar tan fuerte posición, el general Butler marchó a desempeñar otro servicio con la mayor parte de los buques, dejando al coronel Hawkins encargado de la custodia del fuerte.

El fuerte Pickens, situado en el extremo occidental de la isla de Santa Rosa, y que había quedado en poder de la Unión, merced a la fidelidad y energía del teniente Slemmer, fue reforzado en los últimos días del mes de septiembre, y en 9 de octubre un cuerpo de tropas confederadas procedentes de Pensacola se presentó en la isla de Santa Rosa con objeto de sorprender y destruir el campamento que tenía el sexto regimiento de Nueva York (Zuavos de Wilson), a dos millas del fuerte Pickens. El ataque estaba muy bien combinado y el éxito fue completo, pues los zuavos tuvieron que abandonar su campamento, que destruyó al momento el enemigo; pero la misma oscuridad, que había favorecido la sorpresa, fue después un peligro para los confederados, y al rayar el día, se vieron en la precisión de retirarse apresuradamente a sus botes, que estaban muy distantes, y no pudieron llegar a ellos sin haber perdido antes unos cincuenta hombres de los cuales veinte fueron muertos. Los unionistas tuvieron sesenta bajas.

En 29 de octubre se hizo a la vela con dirección a Hampton Roads otra expedición naval y militar: las fuerzas de tierra iban a las órdenes del general Sherman, y las componían trece regimientos de voluntarios con un total de diez mil hombres, y el jefe de la flota, que constaba de la fragata de vapor *Wabash*, catorce cañoneras, doce vapores pequeños, y veinticinco barcos menores, era el comandante Samuel F. Dupont. Después de atravesar los cabos de Virginia, donde se perdieron cuatro transportes a consecuencia de haber estallado una furiosa tormenta, Dupont llegó al fin a Port Royal en la noche del 4 de noviembre, y después de haber practicado un reconocimiento, y visto que había dos nuevos fuertes, rompió el fuego de sus buques, al que contestaron inmediatamente las baterías de Bay Point y las de Hilton Head. Felizmente los buques de la escuadrilla federal no se habían estacionado ante el enemigo y por esto no sufrieron averías, y a pesar de creerse generalmente que las baterías bien dirigidas son superiores a los buques cuando éstos no están blindados, aquella vez se probó lo contrario, pues tal era la lluvia de balas y metralla que lanzaba la escuadrilla sobre los fuertes, que al fin consiguió apagar sus fuegos. El combate duró cinco horas y las pérdidas fueron tan considerables entre los confederados como insignificantes entre los unionistas, habiéndose visto obligados por último los primeros a huir de los fuertes. La guarnición de estos se componía de mil setecientos carolinos, sin contar una multitud de negros, muchos de los cuales fueron luego a solicitar que se les admitiera en los buques de la Unión.

Si después de esta victoria hubiesen marchado los expedicionarios sobre Charleston o Savannah, es probable que una de estas plazas, si no las dos, hubiesen caído en poder de los unionistas, pues cundió de tal modo el pánico entre los confederados al saber la toma de los fuertes, que fácilmente se habría obtenido una segunda victoria. El general Sherman, sin embargo, no había recibido instrucciones para pasar adelante, ni contaba tampoco con medios suficientes para una segunda expedición, y tanto es así, que no ocupó a Beaufort hasta el 6 de diciembre. Entre tanto, todos los propietarios y familias del Sur que habitaban en las islas cercanas, se deshicieron de sus esclavos y ganados, quemaron sus cosechas de algodón y otras que no podían llevar consigo, y huyeron a Charleston y otros puntos del interior. A pesar de que el general Sherman expidió una proclama aconsejándoles que no se trasladaran ni temiesen nada, ni siquiera quisieron leerla aquellos a quienes se dirigía.

Ya hemos dicho que el Estado de Kentucky, declarándose neutral, no se había inclinado en favor del Norte ni del Sur; pero a consecuencia de haber dispuesto el Presidente de los Estados Unidos que numerosas tropas de su ejército ocuparan militarmente la parte central de dicho Estado, comenzó a notar cierta agitación en los ánimos, y al reunirse la legislatura de Kentucky en 3 de septiembre, hubo violentos debates, combatiendo la mayor parte de los diputados la medida adoptada por Mr. Lincoln. El gobernador Magoffin envió dos comisionados a Washington para que solicitaran que se retirasen las tropas de ocupación; mas habiendo contestado el Presidente que no le era posible acceder a la demanda por no creer conveniente semejante medida, renováronse los debates en la legislatura del Estado, y aun cuando la mayoría se declaraba en favor de la Unión, de tal modo trabajaban los Comités separatistas, que por último en el mes de diciembre se aprobó un *bill* pidiendo se admitiera a Kentucky en la Confederación.

El general Mc Clellan, a quien se había confiado el mando de las fuerzas militares en Washington, encontró que el ejército, a consecuencia de las deserciones, de los combates y de las enfermedades, se hallaba reducido a cincuenta mil hombres de infantería, mil de caballería y seiscientos cincuenta de artillería con treinta cañones. La ciudad se hallaba protegida hacia la parte de Virginia por imponentes fortificaciones y poderosas baterías; pero si los confederados hubieran querido atravesar el Potomac por cualquier punto a pocas millas de la ciudad, fácil les hubiese sido apoderarse de Washington en el caso de que consiguieran derrotar antes en campo abierto al ejército enemigo. Los separatistas no juzgaron sin embargo prudente ejecutar tan atrevido movimiento, por más que muchos creyesen entonces que semejante empresa ofrecía probabilidades de éxito durante las dos semanas que siguieron a la victoria de Bull Run.

Una de las primeras medidas de Mc Clellan fue llamar a todos los oficiales e individuos de la clase de tropa que se hallaban con licencia fuera de Washington; poco después se llevó a efecto la organización del ejército en brigadas y divisiones; se organizaron nuevos regimientos, y se construyeron numerosas baterías a fin de continuar la lucha con ventaja. Todos los Estados del Norte contribuyeron con el mayor celo a la obra, y de este modo, a mediados de octubre hallábase el general Mc Clellan a la cabeza de un ejército de ciento cincuenta mil hombres, el más numeroso que se había visto hasta entonces en el continente. El general Mc Clellan pasó revista a fines de septiembre a setenta mil hombres de todas armas, a quienes hizo maniobrar, quedando muy satisfecho del espíritu que animaba a las tropas.

Habíase temido que los confederados intentarían por entonces un ataque, pero no contaban con suficientes fuerzas para ello, y era esto tanto más difícil cuanto que diariamente llegaban a Washington nuevos regimientos que eran enviados acto continuo a reforzar los diversos campamentos establecidos a uno y otro lado del Potomac. Lewinsville fue ocupado militarmente por el ejército federal en 9 de octubre, Vienna en 16 y Fairfax-Court-House en 17, mientras los confederados se reconcentraban sin disparar un tiro en Centerville y Manassas. El día 16, el general Geary se apoderó de Bolivar Heights, frente a Harper's Ferry, y entre el 19 y el 20 el general Mc Call practicó dos reconocimientos en dirección de Leesburg, que según se dijo había sido abandonado por los separatistas. Creyendo esta noticia cierta Mc Clellan, previo el parecer del general Stowny dispuso que el coronel Devens marchase con cinco compañías para apoderarse de Leesburg, mas al llegar estas tropas a un punto llamado Ball's Bluff, fueron atacadas repentinamente por numerosas fuerzas de infantería y caballería de los confederados, a quienes no se había visto antes por hallarse ocultas en un bosque.

Aun cuando llegó muy pronto en auxilio del coronel Devens el coronel Baker con mil novecientos hombres, era muy superior el número de los confederados, y tan imprevisto fue su ataque y tan mortífero el fuego que hicieron sobre sus enemigos, que rotas las filas de los unionistas e introducida la confusión, comenzaron a retroceder desordenadamente y huyeron por último en completa dispersión. Esta sangrienta refriega costó a los unionistas cerca de mil hombres, de los cuales trescientos quedaron muertos en el campo y más de quinientos prisioneros. A los pocos días no obstante, los unionistas, al mando del general Ord, tomaron en cierto modo la revancha, batiendo a un cuerpo de tropas confederadas y matándoles doscientos treinta hombres, después de haberse apoderado de un gran número de prisioneros.

Terminaremos este capítulo haciendo un ligero bosquejo acerca de la situación de las fuerzas beligerantes a fin de 1861.

Los unionistas habían adquirido a no dudarlo, al terminarse la primera campaña, una preponderancia decidida: la victoria alcanzada por Butler en Stringham y Hatteras, y el triunfo de Dupont en Port Royal, eran golpes contundentes para los confederados; en la Virginia del oeste tenían también mucho prestigio las tropas; y en el Missouri, el general Fremont, aunque sin obrar con toda la actividad que debiera, había organizado una columna volante compuesta de cuarenta mil hombres, con la cual consiguió rechazar a Price, uno de los mejores jefes separatistas, hasta los últimos confines del Estado en donde se hallaba. Por lo que hace al general Mc Clellan, a quien se

había conferido el mando de las tropas en Washington el mismo día en que Fremont salió de Nueva York, su situación era un tanto crítica, pues los rebeldes habían obstruido la navegación en la parte inferior del Potomac, destruyendo luego los caminos de hierro de Baltimore y Ohio y dejando así a Washington sin más que una vía de comunicación, precisamente cuando se acercaba el invierno y sería necesario trasportar una considerable cantidad de víveres y provisiones.

Los confederados por su parte no habían recurrido aun al alistamiento forzoso, pues hasta entonces se presentaban muchos voluntarios, pero como los Estados del Sur no contaban con tanta población como los del Norte, sus ejércitos no podían ser naturalmente tan numerosos. Sin embargo, según Mc Clellan, había en la Virginia Occidental ciento cincuenta mil hombres, pero si se ha de creer lo que dijeron algunos desertores, el Sur no contaba sino con sesenta mil en dicho punto. Aun siendo así, y a pesar de la aparente superioridad del Norte, ya veremos que no estaban de su parte todas las ventajas, y que no debía contar como segura la victoria en la sangrienta lucha en que se había empeñado.

4.

SEGUNDA CAMPAÑA.

TEXAS Y NUEVO MÉXICO EN 1862

La traición de Twigg. La Convención de Texas vota la separación. Canby se encarga del mando de las tropas. La brigada Sibley. El fuerte Craig. Batalla de Valverde. Muerte de Mc Rae. Combate de Apache. Los confederados ocupan a Santa Fe y abandonan a Nuevo México. Missouri y Arkansas en 1862. Price vuelve a Missouri. Guerrillas. Derrota de Rains y Stein. Toma de Millord. Price se retira a Arkansas. Retirada de Sigel de Bentonville. Batalla de Pea Ridges. Los indios toman parte en la guerra. Combates de Cache y Newtonia. Hindman es rechazado hasta Arkansas. Cooper derrotado en Maysville. Batalla de Prairie Grove. Kentucky, Tennessee y Alabama. Batalla de Mill Springs. Toma del fuerte Enrique. Bombardeo del fuerte Donelson. Fuga de Floyd y Pillow. Rendición de Buckner. Retirada de Johnston. Los confederados abandonan a Nueva Madrid. La isla Número diez. Primer sitio de Vicksburg. Grant se dirige a Pittsburg. Sidney Johnston avanza desde Corinto y ataca a Grant. La batalla de Shiloh. Las divisiones de Sherman y Mc Clernand son derrotadas. Muerte del general Johnston. Llegada de Buell y Lew Wallace. Los separatistas retroceden. Beauregard abandona a Corinto. Halleck toma posesión de la ciudad. Mitchel recobra a Huntsville.

Antes de la separación de los Estados, la frontera de Texas se hallaba resguardada por una línea de fuertes o puestos militares que se extendían desde Brownsville, frente a Matamoros, hasta Río Colorado; estos fuertes estaban separados entre sí por una distancia de cien millas, y custodiados por destacamentos de cincuenta a ciento cincuenta hombres del ejército regular; el cuartel general del departamento era San Antonio, y el número total, de las fuerzas distribuidas de este modo en el territorio, ascendía a dos mil seiscientos doce hombres.

Poco después de la elección presidencial que favoreció a Lincoln, pero algún tiempo antes de que éste se encargara del Gobierno como Presidente, el Secretario de la Guerra, Mr. Floyd, confió al general David Twigg, que estaba en Nueva Orleans, el mando del departamento de San Antonio, y según se supo más tarde, habíale dado instrucciones reservadas para que pusiera todas las tropas o el mayor número posible a la disposición de tres agentes con quienes Floyd trataba en secreto. Twigg no tuvo inconveniente en aceptar semejante comisión, y a los tres meses de su llegada a Indianola había puesto todas las tropas con sus armas, municiones y bagajes a las órdenes de los tres agentes que se titulaban miembros del Comité de Seguridad pública, que se había propuesto separar a Texas de la Unión. El coronel White, que después de salir Floyd del Gabinete había marchado a San Antonio con algunas fuerzas con objeto de reemplazar a Twigg en el mando, se encontró con que todo el material de guerra se hallaba en poder de los agentes del Sur, y como se viese dominado por fuerzas superiores, no pudo oponer resistencia alguna. White se hallaba aun en San Antonio cuando llegó a Indianola la noticia de la rendición del fuerte Sumter, y al mismo tiempo se presentó el coronel Van Dorn con tres vapores armados, procedentes de Galveston, con instrucciones para detener en clase de prisioneros a todos los oficiales y soldados unionistas que se hallasen en Texas. El mayor Sibley, que se preparaba a marchar con algunas de sus fuerzas, así como también el coronel White, fueron pues arrestados en San Antonio por orden del mayor Macklin, sin que pudieran hacer otra cosa sino protestar contra aquella violencia; y dicho se está que los puestos militares, que además de contar con una escasa guarnición, no podían comunicarse ya con Texas, cayeron fácilmente en poder de los confederados.

A todo esto, la Convención de Texas había votado la separación, y en Nuevo México se hacían todos los esfuerzos imaginables para conseguir lo mismo. De los mil doscientos hombres de tropas regulares que había en este territorio, sólo desertó un soldado, y aun éste no fue a reunirse con el enemigo, pero en cambio, muchos oficiales, sobornados por sus jefes Loring y Crittenden, se trasladaron al fuerte Fillmore, a veinte millas de Texas, y merced a sus intrigas consiguieron atraer a su partido a otros oficiales a pesar de la oposición del mayor Lynde, comandante del fuerte. Poco después, al trasladarse este jefe con cuatrocientos ochenta hombres al pueblo de Mesilla, cayó en una emboscada de doscientos hombres del ejército de Texas; mas afortunadamente consiguió refugiarse en el fuerte. Al otro día, fuerzas considerables procedentes de Texas, intimaron la rendición del fuerte Fillmore, y reunido el consejo de guerra, se acordó oponer una enérgica resistencia, presentando la batalla al enemigo en campo abierto; mas apenas hubo salido la guarnición, ordenaron los oficiales a sus soldados que entregaran las armas, después de lo cual se les permitió dirigirse a donde tuvieran por conveniente. De este modo quedó Nuevo México sin la mitad de sus defensores, y esto indujo a creer a los confederados que les sería fácil apoderarse de aquel territorio, cuya población, ignorante, tímida y supersticiosa, ya saben nuestros lectores se había agregado a la Unión algunos años antes, no precisamente por su gusto sino a consecuencia de la conquista de México. Sin embargo, el gobernador Abraham Rencher, al tener noticia de la rendición de Lynde, expidió una proclama haciendo un llamamiento a todas las fuerzas de la milicia del territorio, dando esto por resultado que se presentaran al coronel Canby, jefe del departamento y pundonoroso militar, numerosos voluntarios que se mostraban resueltos a salir en defensa de la nueva causa. Canby comenzó a organizar por lo tanto su milicia, y el gobernador del territorio de Colorado le envió desde luego un regimiento de voluntarios, por cuyo medio pudo formar un pequeño cuerpo de ejército, precisamente cuando las fuerzas de Texas se preparaban al ataque.

El general Sibley había encontrado las mismas dificultades para organizar y armar en Texas la brigada de su nombre, designada para marchar contra Nuevo México. Cuando ambos jefes tuvieron preparadas sus fuerzas, ocurrieron dos o tres escaramuzas; en la primera, una compañía de voluntarios de Nuevo México fue derrotada completamente por un cuerpo de milicia de Texas, pero éste fue batido después por unos cien hombres de tropas regulares, que obligaron a su enemigo a retirarse a Mesilla. Canby ocupó luego varios puntos de la frontera, hasta el fuerte Staunton, y dejó el fuerte Fillmore en poder del enemigo. El general Sibley, que había querido empezar sus operaciones en el otoño de 1861, se hallaba aun en el fuerte Bliss el 1 de enero; pero pocos días después, avanzó con dos mil trescientos hombres, y a mediados de febrero dio vista al fuerte Crig, donde se hallaba Canby con todas sus fuerzas. Después de practicar cuidadosamente un reconocimiento, comprendió Sibley que sería una locura sitiar a su enemigo no contando con cañones de grueso calibre; pero como por otra parte le parecía más peligroso retroceder, resolvió presentar la batalla en campo abierto, y a este fin atravesó el Río Grande por un vado que estaba a la distancia de una milla del fuerte, y acampó luego frente a éste en una buena posición. Al día siguiente, la vanguardia, compuesta de unos doscientos cincuenta hombres al mando del mayor Pyron, llegó a Valverde a eso de las ocho de la mañana, y allí encontró un cuerpo de caballería confederada al mando del teniente coronel Roberts, con dos poderosas baterías y numerosas fuerzas de tropas regulares a las órdenes del capitán Mc Rae y del teniente Hall. Las baterías de los unionistas rompieron el fuego acto continuo, y al ver Pyron que las fuerzas enemigas eran doblemente numerosas, emprendió la retirada, mientras que los confederados cruzaban el río para ir a situarse en la otra orilla, precisamente a la entrada de un bosque donde se hallaba concentrado el grueso de las fuerzas de los confederados. Sibley, que estaba enfermo, confió el mando al coronel Thomas Green, y entonces continuo el fuego; pero como la superioridad de los federales era incontestable tanto por su artillería como por el número de sus tropas, y retardar una batalla decisiva no daba otro resultado sino exponer inútilmente a sus hombres, Canby, que consideraba ya la jornada como suya, empezó a dar sus órdenes para un ataque general, cuando se vio de pronto

acometido por los soldados del general Green, los cuales, armados en su mayor parte de revólveres, salieron del fondo del bosque antes de que se les viese, y atacaron furiosamente la batería de Mc Rae. Los cañones lanzaron entonces una lluvia de metralla, sembrando la muerte entre los confederados, que en pocos minutos perdieron cien hombres; mas estos continuaron avanzando resueltamente y se apoderaron de la batería, en tanto que Mc Rae, el teniente Michler y otros oficiales, prefiriendo la muerte a huir, caían sin vida al pie de sus cañones. La infantería federal, aun cuando era dos o tres veces más numerosa que la de Texas, pareció sobrecogida de un pánico, y huyó cobardemente a la desbandada, dispersándose en todos sentidos. Muchos de los que no quedaron muertos en el campo, fueron víctimas al atravesar el río. Mientras se daba este ataque de frente, el mayor Raguet, jefe militar de Texas, cargaba sobre la derecha de los confederados, mas era tal la superioridad numérica, que se le rechazó fácilmente. Sin embargo, roto el centro de los unionistas, cuyos cañones utilizó a su vez el enemigo para hacer un nutrido fuego, no pasó mucho tiempo sin que los federales, completamente derrotados, buscasen su salvación en la fuga. Seis magníficos cañones y otras muchas armas, fueron los trofeos de la victoria; la pérdida de hombres fue poco más o menos igual por ambas partes, reduciéndose a sesenta muertos y a unos ciento cuarenta heridos.

El fuerte Craig, sin embargo, no había sido tomado, y al volver a él Canby, mandó izar una bandera blanca pidiendo una tregua de dos días, que fue concedida desde luego, pues hacíase preciso enterrar a los muertos y cuidar de los heridos más graves. Los separatistas acordaron entonces en consejo de guerra no asaltar el fuerte y penetrar hasta el centro del territorio, lo cual hicieron sin que nadie se les opusiera después de haber dejado sus heridos en Socorro. Hecho esto, los separatistas continuaron avanzando hasta Albuquerque, de cuyo punto se apoderaron sin resistencia; en Cubero, situado a unas sesenta millas mas allá, se abastecieron de víveres y municiones, y avanzando siempre en dirección a Santa Fe, encontraron en un sitio llamado Paso de Apache, a quince millas de dicha población, un cuerpo de tropas federales de mil trescientos hombres, que se dispersaron apenas dio la orden de romper el fuego el coronel Scurry. Los confederados se detuvieron entonces, formáronse en línea de batalla, y sin perder un momento, atacaron al grueso de las fuerzas enemigas que se habían situado un poco más allá. El combate que se siguió fue tan corto como sangriento, mas habiendo empezado a retroceder la infantería federal, alcanzaron los confederados una señalada victoria, si bien tuvieron treinta y seis muertos y sesenta heridos, entre los cuales se contaban los mayores Shropshire y Raguet.

Sibley entró triunfalmente poco después en Santa Fe, y reunido su pequeño ejército, apoderóse de todos los víveres y ganado que pudo encontrar, pero vio que la población se mostraba en su mayor parte indiferente, si no hostil, y después de haber permanecido un mes en la ciudad, tuvo que evacuarla, convencido de que no era posible agregar Nuevo México a la Confederación. Sibley abandonó pues a Santa Fe en 12 de abril dirigiéndose desde luego a Peralto, donde encontró a Canby, que hacia tiempo le buscaba. Federales y confederados tuvieron un choque poco después, mas viendo Sibley que las fuerzas enemigas eran más numerosas, cruzó el río Lunal durante la noche, seguido de cerca por Canby. Ambos ejércitos acamparon al día siguiente a la vista uno de otro.

Como las fuerzas con que contaba Sibley eran muy escasas, no le parecía nada conveniente estar tan cerca de su enemigo, y por lo tanto, llegada la noche del día siguiente, hizo que sus tropas se pusieran en marcha con el mayor silencio, en dirección a las montañas, abandonando la mayor parte de sus vagones, y sin llevar víveres sino para siete días. Esta penosa marcha duró mas de una semana, mas al fin llegaron los confederados a un punto del río donde debían encontrar víveres, y una vez fuera de las montañas pudieron continuar su marcha sin contratiempo alguno en dirección a Texas, donde Sibley volvió a ocupar el fuerte Bliss. El coronel Canby no creyó prudente aventurarse a una persecución inútil, y volvió a Santa Fe.

Entre tanto el general Price avanzaba con sus fuerzas hacia Osceola, y después de recorrer casi toda la parte occidental de Missouri, fue a ocupar a Lexington y otros puntos del río Osage,

donde había bastantes fuerzas confederadas. El pueblo de Warsaw había sido incendiado por las guerrillas, después de varias escaramuzas insignificantes en Salem, Rogers' Mill, Potosí, y Lexington.

El general Pope, jefe militar del distrito central de Missouri, acababa de organizar un numeroso cuerpo de tropas, y habiendo marchado sobre Lexington, ocupado por los separatistas al mando de Rains y Stein, obligóles a que se retiraran hacia el Sur, cogiéndoles trescientos prisioneros y muchos bagajes, incluso setenta vagones cargados de víveres y con destino a Price. Entre tanto, un cuerpo de tropas de Pope, a las órdenes del coronel Davis, sorprendía el campamento de Milford, no lejos de Warrensburg, del cual se apoderó, cogiendo mil prisioneros, mil caballos y un considerable número de bagajes como trofeo de aquella fácil victoria. Pope sólo perdió en estos encuentros unos cien hombres, pero el enemigo le hizo dos mil quinientos prisioneros. Perseguido tan de cerca Price, antes de que tuviera tiempo de concentrar sus fuerzas, no quiso arriesgar una batalla decisiva, sino que, retirándose apresuradamente hacia Springfield y Cassville, cruzó por la línea de Arkansas, y fue a unirse cerca de Boston Mountains, con el general Ben Mc Culloch, jefe de una división de Texas. De este modo las fuerzas confederadas fueron tan numerosas como las de sus perseguidores, y bien pronto se aumentaron por haber llegado el mayor general Van Dorn y el general Albert Pike, de Arkansas, con una multitud de indios, lo cual hizo subir el ejército de Price a veinte mil hombres.

Van Dorn resolvió presentar inmediatamente la batalla, pues deseaba aniquilar de una vez a los unionistas, y en su consecuencia, avanzó rápidamente desde su campamento de Cross Hollows, con la intención de atacar al general Sigel, que se hallaba en Bentonville, posición situada a ocho o diez millas al sur del punto ocupado por el general Curtis. Sigel comprendió que el enemigo trataba de coparle aislándole completamente y por lo tanto emprendió la retirada sin perder tiempo, cubriéndola con su artillería e infantería, de tal modo, que contuvo a sus perseguidores durante algunas horas sin perder más que unos cien hombres. Sigel recibió luego un refuerzo del general Curtis y entonces acampó resueltamente en Leetown cerca de un sitio llamado Pea Ridge, que es donde tuvo lugar la sangrienta batalla de que vamos a dar cuenta.

Sabiendo el general Curtis cuán numerosas eran las fuerzas de su enemigo, acababa de elegir una fuerte posición donde pudiera concentrarse en el caso de que le atacaran los confederados, como así lo esperaba, y como todo aquel territorio estaba cubierto de bosque, tuvo buen cuidado de obstruir los caminos laterales con troncos de árboles, situando su artillería e infantería por la parte de Fayetteville, punto medio entre Texas y Keytesville. Pero Van Dorn no creyó necesario ni prudente marchar en aquella dirección, y persiguiendo siempre a Sigel, empleó la noche siguiente en situar su ejército a lo largo del camino que conduce de Bentonville a Keytesville, amenazando el flanco y la retaguardia de su enemigo, y de este modo, todos los preparativos que había hecho Curtis para recibir a los confederados en Fayetteville, fueron completamente inútiles. En la mañana del 7 de marzo comprendió Curtis cuán crítica era su situación, pues tenía a sus espaldas un enemigo que le cortaba la retirada, obligándole a que aceptase la batalla en otro terreno que seguramente no conocía tan bien como sus contrarios. No obstante, comprendiendo que los momentos eran preciosos y que Van Dorn se iría atrincherando cada vez más, Curtis formó su línea de batalla, confiando el ala izquierda a los generales Sigel y Asboth, la derecha al coronel Carr, y el centro al coronel Davis; por parte de los confederados, Price mandaba la derecha, Mc Culloch la izquierda y Mc Intosh el centro. Tomadas estas disposiciones, a eso de las diez y media el general Curtis ordenó al coronel Osterhaus que avanzase con la caballería y artillería de montaña, pero ya en aquel momento, el general Mc Culloch caía con todas sus fuerzas sobre la división Carr, Osterhaus avanzó con la mayor rapidez desde Leetown al camino de Bentonville, donde vio que Mc Culloch atacaba resueltamente a Carr, pero acometido a su vez por fuerzas muy superiores, tuvo que retroceder desordenadamente después de haber perdido su batería. El coronel Davis, que había recibido primeramente orden de ir en auxilio de Carr, marchó entonces hacia Leetown para reforzar a Osterhaus, lo cual hizo con tanto denuedo que, aunque dominado por fuerzas superiores, contuvo

el ímpetu de su enemigo, si bien perdió dos cañones de la batería Davidson, recobrados más tarde por el regimiento de Indiana, cuyo coronel, el intrépido Mr. Hendricks, perdió la vida en esta sangrienta refriega. Llegada la noche, el campamento estaba cubierto de sangre, y los generales Mc Culloch y Mc Intosh acababan de retirarse mortalmente heridos.

Carr se hallaba tan agobiado por el número de sus enemigos, que empezó a ceder el terreno palmo a palmo, y entonces envió un mensaje al general Curtis manifestándole que si no se le socorría no podía resistir mucho tiempo. Curtis comenzó a enviar poco a poco algunos refuerzos, hasta que al fin, viendo que el ala izquierda no tenía nada que temer, ordenó al general Asboth que fuese en auxilio de Carr, mientras el general Sigel reforzaba a Davis. El general Curtis, con la división Asboth, marchó enseguida al sitio donde era mas recio el combate y halló a Carr que aun seguía batiéndose valerosamente a pesar de haber, sido herido tres veces, una de ellas de mucha gravedad, a su lado habían caído también muchos oficiales distinguidos. Curtis vio asimismo que el regimiento de Iowa se retiraba en buen orden, y al momento mandó que marchase contra el enemigo, mas habiéndole manifestado el coronel Dodge que los soldados no tenían ya municiones, diose orden de cargar a la bayoneta.

Entre tanto el general Asboth acababa de situar su artillería en el camino mientras la infantería se lanzaba al ataque, y bien pronto llegó a ser horroroso el fuego por ambas partes. El general Asboth fue herido mortalmente, y poco después cayeron muertos a su lado dos ayudantes del general Curtis. Al extenderse las sombras de la noche, un mensajero anunció que Sigel avanzaba sobre la izquierda, por cuyo motivo se retiraron las baterías de Asboth que no tenían ya municiones. Los confederados seguían aun haciendo fuego, pero poco después de oscurecer, unionistas y separatistas se entregaron al reposo en aquel sangriento campo de batalla, y durmieron entre los muertos y moribundos.

Van Dorn pernoctó aquella noche en Elkhorn Tavern, de donde había desalojado a Davis haciendo un desesperado esfuerzo, y a la mañana siguiente continuo la batalla; mas al poco tiempo emprendieron los confederados la retirada, desapareciendo por desfiladeros y barrancos tan impracticables que no les pudo perseguir la caballería. El general Curtis supo luego que el enemigo había tomado la dirección de Huntsville.

Según el parte oficial del general unionista, sus pérdidas ascendieron a mil trescientos cincuenta y un hombres entre muertos y heridos, calculando que no bajarían de esta cifra las de los confederados, pues murieron los generales Mc Culloch y Mc Intosh y quedaron heridos Price y Slack. El general Van Dorn, que se había retirado a Bentonville, envió una bandera de parlamentario a Curtis, pidiendo una tregua para enterrar a los muertos, la cual fue concedida en el acto.

En la sangrienta batalla de Pea Ridge se proclamaron victoriosos los federales, si bien no cogieron prisioneros, ni bagajes ni botín alguno. Pollard dice Van Dorn tuvo que retirarse por haberse agotado las municiones, y añade que el mero hecho de haberse visto obligado el general Curtis a concentrarse en Missouri, abandonando su proyecto de someter a Arkansas, es la prueba más concluyente de que el general Van Dorn venció a los federales.

Como ésta fue la única batalla importante en que tomaron parte los indios en número considerable, y como todos ellos se batían en favor de los confederados, no estará de más dar alguna explicación sobre este hecho.

Ya hemos dicho que las importantes tribus aborígenes, conocidas con los nombres de Creeks y Cherokees, conservaban en su poder desde tiempo inmemorial extensos territorios situados principalmente en los Estados de la Carolina del Norte y Georgia, pero que se extendían también hasta el Tennessee y Alabama. Obligados, sin embargo, los indios a ceder aquellas tierras a los blancos, tuvieron que emigrar al otro lado del Mississippi, y fueron a establecerse con otras pequeñas tribus a una región que se extiende al oeste de Arkansas y al norte del río Colorado, a la que se llamó *territorio indio*. Aun cuando la traslación se había verificado hacia ya veinticinco años, es lo cierto que los indios recordaban aun con indignación los abusos de que eran víctimas, echando de menos las cristalinas corrientes y deliciosos valles del Alleghanies, de donde se les había

expulsado tan injustamente; pero los jefes de las tribus, tomando ejemplo de sus vecinos los blancos, se aficionaron a los esclavos, cosa enteramente nueva para ellos, y la cual se avenía muy bien con su natural indolencia y orgulloso carácter.

En su consecuencia, y desde el momento en que comprendieron que tener esclavos era una prueba de riqueza e importancia, casi todos los jefes que por cualquier medio obtenían recursos, compraban uno o más negros, los cuales, si no aumentaban la riqueza de sus amos, servían en cambio para lisonjear su amor propio. De este modo, pues, las tribus indias más civilizadas entablaron amistosas relaciones con los emisarios confederados y los diversos agentes que servían de intermediarios entre el Gobierno federal y los jefes indios, y como era natural, no tuvieron mucho que hacer los primeros para persuadir a los últimos que, habiéndose disuelto la Unión, estaba en sus intereses aliarse con los confederados, de los cuales dependía la conservación de la esclavitud. Algunos jefes aseguraron luego que les habían engañado los emisarios; pero lo cierto es que después de recibirse la noticia de las victorias de Bull Run y Wilson's Creek, corroboradas por la muerte de Lyon, los jefes de la mayor parte de las tribus hicieron una alianza ofensiva y defensiva con los confederados.

Se ha dicho por algunos, sin embargo, que después de la muerte de Lyon, la brigada del general Mc Culloch marchó al territorio indio para exigir a los Creeks y Cherokees que se decidieran en favor del Norte o del Sur, y a consecuencia de esta intimación, muchos indios se declararon en favor del jefe Opothleyolo, permaneciendo fieles al Gobierno federal. A consecuencia de esta división entre las tribus, se dio poco después una batalla entre los indios unionistas y los indios separatistas, mandados los primeros por Opothleyolo, y los segundos por el coronel Cooper, y aunque el resultado no fue decisivo, parece que la ventaja estuvo de parte de los confederados, pues los unionistas se vieron poco después en la precisión de retirarse al Norte de Kansas, donde Opothleyolo y cuantos le seguían celebraron un tratado de alianza con el coronel Dole, representante y comisionado de los Estados Unidos. De este modo quedaron los confederados dueños del territorio indio, del cual sacaron los cuatro o cinco mil guerreros que tomaron parte en la batalla de Pea Ridge. Sin embargo, aunque el terreno era accidentado y estaba cubierto de bosque, lo cual era una ventaja para su favorito sistema de guerrillas y emboscadas, no parece que los indios sirvieron de mucho en aquella sangrienta acción, como no fuera para consumir las raciones y degollar a los heridos del ejército unionista, que fueron víctimas de sus acostumbradas atrocidades.

Después de haber dado algún descanso a sus tropas y vuelto a organizar su ejército, el general Curtis se puso de nuevo en movimiento, avanzando hacia la parte norte occidental de Arkansas en dirección a Batesville, punto situado cerca de White River, donde esperaba encontrar algunas cañoneras con víveres; pero como éstas no hubiesen llegado, y no se creyera con suficientes fuerzas para avanzar hasta Little-Rock, capital de Arkansas, viose en la precisión de cruzar el río Big Black, y al llegar a Jacksonport, reuniósele el general Washburne con el tercer regimiento de caballería de Wisconsin. Desde este último punto marchó Curtis hacia Augusta, y tomando la dirección sudoeste, aproximóse a Cache, donde encontró mil quinientos hombres de la caballería confederada, los cuales le tuvieron en jaque por espacio de una hora, hasta que habiendo llegado el resto de las tropas de Curtis y la artillería, el jefe unionista atacó resueltamente al enemigo y le puso en completa dispersión, matándole ciento diez hombres. En este encuentro perdieron por su parte los federados tan solo cincuenta y tres hombres, mas entre ellos se contaba el mayor Glendennin, que atravesado el pecho de un balazo, cayó mortalmente herido al dar la primera carga. El general Curtis resolvió entonces volver otra vez a Río Blanco; pero allí supo con disgusto que las cañoneras y trasportes que esperaba habían remontado el río veinticuatro horas antes, y por lo tanto, hallándose escaso de provisiones, no tuvo más remedio que dirigirse a Elena, que distaba sesenta y cinco millas. La marcha se hizo en el mejor orden y sin que se perdieran más que algunos vagones cargados de víveres, de que se apoderaron las guerrillas de los confederados.

El general Schofield se había encargado del mando de la milicia del Missouri por orden del general Halleck, y hacia mediados de abril había conseguido reunir trece mil ochocientos. hombres,

en su mayor parte de caballería, a los cuales se confió la defensa del Estado, mientras que otras tropas federales marcharon hacia Arkansas y Tennessee. Los movimientos del general Curtis hacia al este, dieron lugar a que se aumentara el número de guerrillas de confederados, mientras los agentes de Price trabajaban activamente para organizar otras. Al saber esto Schofield se propuso formar un cuerpo de milicias de cincuenta mil hombres, y ya contaba con veinte mil, cuando a fines de julio, la noticia de la derrota de Mc Clellan, combinada con otras circunstancias, fue causa de que empezaran a circular por el interior del Estado numerosas partidas confederadas. Una de estas al mando del coronel Porter, compuesta de dos o tres mil hombres, fue atacada en Kirksville por el coronel Mc Neil, con mil jinetes y cañones, y después de un encarnizado combate que duró cuatro horas, los separatistas fueron derrotados, con pérdida de unos seiscientos ochenta hombres. Cuatro días después el coronel Poindexter, que mandaba mil doscientos separatistas, fue atacado al cruzar el río Chariton por el coronel Odin Guitar, y derrotado también, habiendo dejado en poder del enemigo muchos caballos y armas. Poindexter huyó entonces hacia el Norte a fin de reunirse con Porter, pero tropezó con la columna del general Loan y las fuerzas de Guitar, quienes dispersaron completamente a las tropas confederadas. Poindexter anduvo errante por los bosques durante algunos días, mientras que Porter, rechazado por Mc Neil, se vio en la precisión de dispersar sus tropas para que no fuesen destruidas. Esta fue la última fuerza considerable de confederados que se presentó por entonces en el norte del río Missouri.

Al poco tiempo, el general Schofield fue sustituido en el mando del departamento por el general Curtis, quien se puso inmediatamente a la cabeza de las tropas que se hallaban en el Sudoeste, donde los confederados, al mando del general Hindman, amenazaban una invasión. Al marchar desde Springfield a Sarcoxie, a fin de reconocer las posiciones del enemigo, la vanguardia del general Salomon se vio precisada a retroceder al llegar a Newtonia, pues la atacaron siete mil separatistas; mas entonces el general Schofield, reforzado con las tropas de Blunt, pudo reunir diez mil hombres, y aun cuando se calculaba que los confederados tenían en Newtonia, de trece a veinte mil, resolvió avanzar aquella misma noche contra ellos. El general Blunt, seguido del general Totten, marchó pues hacia Newtonia; pero al llegar vio que el enemigo empezaba a retirarse, y habiendo dado una carga con la artillería y caballería, los confederados huyeron sin oponer resistencia. Parece ser que la mayor parte de ellos no tenían armas a causa de haber sido apresado un buque que las llevaba, y a esto se debió principalmente que se retirasen sin aceptar el combate. Schofield continuo avanzando siempre en dirección a Pea Ridge, y como viese que parte de las fuerzas enemigas a las órdenes de Cooper se había dirigido a Maysville, destacó en su persecución al general Blunt, quien después de una noche de penosa marcha lo encontró en el citado punto y le atacó desde luego, cogiéndole cuatro cañones y obligándole a refugiarse en el fuerte Gibson.

El general Schofield se dirigió acto continuo a marchas forzadas hacia Huntville, y habiendo sabido allí que el general confederado Rains se había internado en las montañas porque no contaba con suficientes fuerzas para dar una batalla, retrocedió por Bentonville, disponiendo que el general Herron marchase con mil hombres para atacar tres o cuatro mil separatistas que se hallaban acampados a ocho millas de Fayetteville. Herron cumplió esta orden sin pérdida de tiempo, y apenas divisó al enemigo atacó le resueltamente, obligándole a que se retirara hacia las montañas, no sin dejar en manos de los vencedores la mayor parte de sus bagajes. El general Schofield, cuya salud se había resentido gravemente, resignó a poco el mando, pero ya Missouri quedaba pacificado en parte.

El general Hindman, jefe de las fuerzas confederadas de Arkansas, no estaba muy satisfecho del giro que iba tomando la campaña, y habiendo reunido unos nueve mil hombres, incluso dos mil jinetes y la artillería, cruzó el río por la parte de Van Buren, y avanzó rápidamente en busca del enemigo. Blunt, jefe de las fuerzas de Kansas, que no excedían de cinco mil hombres, se hallaba en Cane Hill cuando supo que se aproximaba Hindman, y resuelto a no abandonar su posición de Arkansas, telegrafió inmediatamente al general Herron pidiéndole refuerzos. Entre tanto hizo lo posible para entretener la vanguardia de Hindman, y retardar la llegada de éste. Herron se hallaba en

Wilson Creek cuando recibió el telegrama; a las tres horas puso sus columnas en movimiento, y destacó desde luego al coronel Wickersham con tres mil jinetes a fin de que llegaran antes en auxilio de Blunt. El general unionista avistó a Fayetteville al día siguiente, y después de dar algún descanso a sus tropas continuo avanzando; mas aun no habría recorrido cinco o seis millas, cuando vio que volvía una parte de las tropas que él enviara antes en socorro de Blunt, las cuales habían sido dispersadas por la caballería de Marmaduke, jefe de la vanguardia del ejército de Hindman.

El general Blunt había estado escaramuceando por espacio de dos días, con lo que a su juicio era la vanguardia del ejercito enemigo, pero supo luego que Hindman se había interpuesto entre él y la infantería de Herron, y como el coronel Wickersham manifestó a Blunt que el jefe federal llegaría a Fayetteville a la mañana siguiente, adoptáronse las medidas más oportunas para que pudieran reunirse los dos generales de la Unión. Poco después se supo que Hindman, en vez de seguir avanzando se había detenido en un punto llamado Prairie Grove, donde acababa de comenzar el combate con las tropas de Herron.

No entraremos en los pormenores de esta batalla, que, aunque muy empeñada y sangrienta, no fue de las más importantes de aquella campaña: nos limitaremos a decir que habiendo llegado la noche sin que se terminara la refriega, el general Hindman emprendió la retirada al otro día, después de haberse concedido una tregua para enterrar los cadáveres. Las perdidas de los federales ascendieron a ciento sesenta y siete muertos y setecientos noventa y ocho heridos, según el parte oficial de Hindman; los separatistas tuvieron ciento sesenta y cuatro de los primeros y ochocientos diez y siete de los segundos; pero se apoderaron de doscientos setenta y cinco prisioneros, cinco banderas y quinientos fusiles.

Trasladémonos ahora a los Estados de Kentucky, Tennessee y Alabama, y veremos cómo se dirigen allí las operaciones militares.

Los ingenieros confederados habían mandado construir en un punto situado a pocas millas de la línea de Kentucky y al norte de Louisville, dos poderosos fuertes, llamados, el primero Enrique, y el segundo Donelson, los cuales dominaban el paso de Cumberland por el pequeño pueblo de Dover. Un estrecho sendero los ponía en comunicación con el objeto de que pudieran socorrerse las dos guarniciones en caso de sitio. El fuerte Enrique estaba situado en un extremo del río, ocupaba dos o tres acres de terreno, y tenía once cañones de grueso calibre, con espaciosas trincheras y una fuerte empalizada. La guarnición se componía de dos mil seiscientos hombres al mando del general Lloyd Tilgman.

Grant, brigadier general de los Estados Unidos, que había recibido orden de apoderarse de dichos fuertes con auxilio del comodoro Foote, jefe de una flotilla de siete cañoneras, cuatro de las cuales eran blindadas, salió del Cairo con unos quince mil hombres, que fueron embarcados en varios transportes, y se dirigió a la embocadura de Tennessee, llegando a un punto que sólo distaba diez millas del fuerte Enrique. Entre tanto el comodoro Foote remontó el río con sus cañoneras, y practicó un minucioso reconocimiento en ambas orillas del río con objeto de ver si encontraba alguna batería oculta. Hecho esto, el general Grant se convenció de que el sitio más a propósito para desembarcar se hallaba a cuatro millas del fuerte Enrique, y en su consecuencia mandó a su gente que saltase en tierra e hizo los preparativos necesarios para comenzar el ataque al día siguiente. El general Grant puso a disposición del general Mc Clernand el grueso de las fuerzas, ordenándole que ocupase el camino que se extiende entre el fuerte Donelson y Dover, mientras el general Smith avanzaría con su brigada por la orilla oeste del río. El comodoro Foote debía atacar con sus cañoneras, y al efecto las formó en dos líneas, en una de las cuales iban sólo las blindadas, situándolas de modo que estuvieran fuera del alcance de los cañones del fuerte. Formado así en orden de batalla, el comodoro fue avanzando lentamente después de haber roto el fuego, y aun cuando al principio pareció que no era muy vigoroso el ataque, al cabo de una hora de cañoneo, una bala de a veinticuatro atravesó la cañonera *Essex* por la banda de estribor, y fue a estrellarse contra la caldera, que se abrió como una granada, inundando de agua hirviendo el capitán Porter y a cuarenta hombres, después de matar a los dos pilotos. Fue preciso retirar esta cañonera de la línea

del combate, con gran alegría de los confederados, quienes por un momento contaron como segura la victoria, pero las demás no cesaron de hacer fuego por espacio de veinte minutos, consiguiendo apagar al fin el de siete cañones de los once con que contaba el enemigo.

El general Mc Clernand, según averiguó después el comodoro Foote, no había podido ocupar aun el camino a fin de cortar la comunicación entre los fuertes Enrique y Donelson, principalmente por haber tenido que luchar con muchas dificultades al atravesar los bosques. Entre tanto el general Tilghman, viendo por una parte que no era fácil defenderse, y aconsejado por otra por sus oficiales, izó la bandera de parlamento, mas no habiéndola visto los sitiadores a causa del humo que rodeaba el fuerte, cinco minutos después cesó el fuego de los confederados bajaron la bandera, con lo cual se indicaba que se rendían a discreción. Las pérdidas de los federales se redujeron a un muerto y nueve heridos, pero según el comodoro Foote se cogieron sesenta prisioneros además del general con su estado mayor y numerosas barracas y tiendas de campaña.

El fuerte Donelson, que se encuentra a dos millas antes de llegar a Dover, era mucho mayor y estaba mejor defendido que el fuerte Enrique, que ocupaba una extensión de cerca de cien acres, y tenía además dos poderosas baterías protegidas por fortificaciones muy bien construidas. El general Gideon Pillow acababa de ser reemplazado en el mando del fuerte por el general Floyd, con el cual llegaron numerosas fuerzas¹⁰. Hallábase la fortaleza cercada además por una porción de colinas, algunas de ellas de trescientos pies de altura, y separadas por profundos barrancos e espesos bosques, lo cual facilitaba en gran manera la defensa. Rodeada la fortaleza de una fuerte empalizada, era casi imposible el asalto por algunos puntos.

El general Grant hizo cruzar el Tennessee a la división Smith, y después de destacar algunas fuerzas a fin de impedir el paso a cualquier buque que llegara con víveres o tropas, cruzó desde el fuerte Enrique hasta las cercanías de Donelson, extendiendo sus líneas gradualmente para rodear al enemigo. No tardó mucho en llegar el comodoro Foote con sus cañoneras, y se convino que tratara de apagar el fuego de las baterías que dominaban el río. Al día siguiente, 3 de octubre, avanzó la escuadrilla hasta situarse a la distancia de cuatrocientas varas de los cañones del fuerte, y roto el fuego, al cabo de una hora de lucha desesperada, la mayor parte de los artilleros enemigos tuvieron que abandonar sus piezas. El éxito parecía ya seguro, cuando de pronto una bala atravesó la rueda de la cañonera San Luis, destrozó la caña del timón de otra que estaba a su lado, e inutilizó así a las dos por completo, pues la San Luis había recibido además cincuenta y nueve balazos, y la Louisville cincuenta y cuatro. La batería del fuerte Donelson se acababa de reforzar con otras veinte piezas de gran calibre, y era tan horroroso el fuego de los confederados, que reconociendo el comodoro Foote la imposibilidad de alcanzar la victoria, retiróse con sus botes y cañoneras acribilladas a balazos.

El general Grant parecía sin embargo resuelto a proseguir el ataque, al menos por la parte de tierra, hasta tanto que se recompusiesen las cañoneras, mas según parece, no le convenía esto a Floyd, pues resolvió atacar a su vez vigorosamente. Tomadas pues sus disposiciones, formó su ejército en orden de batalla; confió el mando del ala izquierda a Pillow y el centro a Buckner, y atacó con la mayor resolución a las tropas de Grant a fin de apoderarse del camino de Nashville, para el caso de que le fuera necesario emprender la retirada. Pillow cayó con tal ímpetu sobre el ala derecha del ejército federal, mandada por Mc Clernand, que éste retrocedió hacia el centro y se vio en la precisión de enviar a buscar refuerzos inmediatamente; dos o tres regimientos federales quedaron destrozados, y otros varios tuvieron que ceder el terreno por habérseles agotado las municiones. Entre tanto Pillow, aunque victorioso, avanzaba lentamente, y habiéndose reunido con Buckner en el centro, encargóse del mando de todas las fuerzas, precisamente en el momento en que la caballería de Forrest cargaba sobre la infantería federal, apoderándose de una batería de seis cañones.

10 Parece ser que en el fuerte Donelson se llegaron a reunir entonces quince mil hombres. El número de las fuerzas confederadas, según la carta escrita por un oficial, ascendía a diez y ocho mil. *El Patriota de Nashville* hace una reseña de los regimientos que tomaron parte en el ataque.

El general Grant, que no esperaba semejante prueba de vigor por parte de los confederados, se hallaba a pocas millas de distancia conferenciando en una cañonera con el general Foote, cuando recibió el parte de Mc Clernand pidiendo auxilio. El general Wallace, que mandaba el centro del ejército unionista, destacó al momento al coronel Crust con su brigada para que fuese en auxilio de Mc Clernand, y detrás de él marchó el coronel Thayer, cuyas tropas de refresco, uniéndose con las de Crust, pudieron contener el ímpetu de los confederados. No tardó en llegar el general Grant al lugar del combate, y después de examinar las respectivas posiciones, dispuso que avanzaran todas las fuerzas. El general Wallace atacó el ala izquierda del enemigo, el general Smith la derecha, y merced a este esfuerzo combinado, bien pronto se ganó el terreno perdido, pues algunas horas más tarde hallábanse los federales situados a ciento cincuenta varas de los atrincheramientos.

Desde que empezó el sitio, había cambiado repentinamente el tiempo; hacia mucho frío, y la nieve y el viento Noroeste que soplaban, hicieron sufrir mucho a los soldados de ambas partes. Los federales no tenían tiendas ni tampoco fuego, y los separatistas, peor equipados aun, tiritaban de frío en sus trincheras; hubo muchos que no pudiendo resistirlo tuvieron que retirarse, y se asegura que una infinidad de heridos murieron helados por no haberseles podido socorrer a tiempo. El general Grant contaba ya a la noche siguiente del día en que ocurrió el combate de que hemos hablado, con un ejército de poco menos de cuarenta mil hombres, pues iban llegando a cada momento transportes con nuevos refuerzos, y de este modo, no habiéndoles sido posible a los separatistas asegurar su retirada, hallábanse en una posición muy crítica. Buckner declaró que el enemigo atacaría sus posiciones aquella misma mañana y que no le sería posible sostenerse más de media hora; en su opinión, podría intentarse una salida, perdiendo unas tres cuartas partes de su gente, mas no le parecía justo sacrificar tantas vidas. Ante tan poderosa razón, convencieron muchos de que iba a ser preciso rendirse, pero Floyd alegó que él no lo haría, y como quiera que antes de amanecer llegaran dos vapores confederados, embarcó en ellos a casi toda su brigada, burlando la vigilancia del enemigo, y poco después remontaba el río, abandonando a su suerte a las demás tropas. El coronel Forrest, seguido de ochocientos jinetes, huyó también por la orilla del río, cruzando unos pantanos por donde no era posible que le persiguiese la infantería enemiga.

Durante la noche, un negro, escapado de la línea de los separatistas, anunció que la guarnición del fuerte no podría sostenerse mucho tiempo, y así es que el general Grant no se sorprendió al recibir poco antes de romper el día la comunicación siguiente:

«*Cuartel general del fuerte Donelson.*

»Febrero 16, 1862.

»Señor: En atención a las circunstancias por que atravesamos ahora, propongo al general en jefe de las fuerzas federales se nombren comisionados para fijar las condiciones de la capitulación, y al efecto solicito un armisticio hasta medio día.

»Soy vuestro afectísimo y S. S.

»S. B. Buckner, Brigadier general del ejército confederado.

»Al general Grant, jefe de las fuerzas situadas cerca del fuerte Donelson.»

A esto contestó el general unionista lo siguiente:

«Campamento del fuerte Donelson, 16 de febrero de 1862.

»Al general S. B. Buckner.

»Señor: He recibido vuestra comunicación de esta fecha, proponiendo un armisticio y el nombramiento de comisionados para fijar las condiciones de la capitulación.

»No puedo aceptar otras condiciones sino una rendición inmediata, y debo advertiros que me propongo marchar en el acto sobre vuestras fortificaciones.

»Soy con el mayor respeto vuestro afectísimo S. S.

»Grant.»

La correspondencia terminó con la comunicación siguiente:

«Cuartel general de Dover, 16 de febrero de 1862.

»Al general Grant, jefe de las fuerzas de los Estados Unidos.

»Señor: La marcha de una parte de nuestras fuerzas y vuestra inmensa superioridad numérica, me obligan, a pesar del éxito de nuestras armas, a que acepte las poco generosas condiciones que se me imponen y que me parecen impropias de un caballero.

»Me repito vuestro afectísimo S. S.

»S. B. Buckner, Brigadier general del ejército confederado.»

La pérdida de los separatistas debió ser de diez mil hombres, incluso dos mil muertos y heridos, pero seguramente fueron mucho más numerosas las bajas en el ejército federal.

A la victoria alcanzada en Donelson, siguieron otras de menos importancia obtenidas en Kentucky y Tennessee. El general Buell, que había sido nombrado jefe militar del departamento de Ohio, así como también de Tennessee y Kentucky, tenía su cuartel general en Louisville, donde aun se hallaba cuando su vanguardia compuesta de unos diez y seis mil hombres, a las órdenes del general Mitchel, avanzó sobre Bowling Green, punto fortificado que ocupaban los separatistas en Kentucky, al mando del general Johnston. La fuerza de éste, aun cuando se había creído muy numerosa, solo constaba de veinticinco mil hombres, parte de los cuales se hallaban en el fuerte Donelson, sitiado entonces por el general Grant. Al saber que Mitchel avanzaba desde su campamento, Johnston comenzó a retirarse hacia Nashville, de modo que al llegar los unionistas al punto donde debían encontrar al enemigo, vieron que la estación de la vía férrea estaba ardiendo y que los confederados acababan de retirarse en un tren que tenían dispuesto, después de haber destruido todos los puentes que cruzaban el río por aquel sitio. Así pues, Mitchel había recorrido cuarenta y dos millas en treinta y siete horas inútilmente, pero se calculaba que los confederados se vieron en la precisión de destruir por valor de medio millón de dólares.

El día 15 de febrero habíase recibido en Nashville un telegrama anunciando que los confederados acababan de obtener una victoria, aun cuando Johnston tenía que abandonar sus posiciones; pero a la mañana siguiente súpose la toma del fuerte Donelson, noticia que causó tanto asombro como consternación. Las iglesias se cerraron; hiciéronse toda clase de comentarios; el gobernador Harris y todos los diputados se trasladaron a Memphis llevándose los archivos y los fondos del Tesoro, y los oficiales confederados trasladaban con la mayor rapidez los almacenes militares y depósitos de municiones. Dos cañoneras en construcción fueron también quemadas, y a los dos o tres días se destruyeron los magníficos puentes colgantes del Cumberland y la costosa vía férrea de Nashville.

El comodoro Foote marchó a Clarksville a los dos o tres días de la toma del fuerte Donelson con las cañoneras *Cenestoga* y *Cairo*, y al llegar a dicho punto, encontró destruido el puente y supo que todos los habitantes habían huido. Como consideraba absurdo atacar a Nashville con tan poca fuerza, volvió al Cairo en busca de otros barcos; pero entre tanto seguía avanzando el general Smith con su victorioso ejército, y poco después llegaron a Nashville el general Nelson y el teniente Bryant con siete transportes, habiéndose apoderado de dicha ciudad sin resistencia alguna, toda vez que estaba casi abandonada. De allí a pocos días se presentó también el general Buell, y resolvió establecer en Nashville su cuartel general, disponiendo que acampase el ejército en los alrededores de la ciudad. El coronel Stanley Matthews fue nombrado preboste, y no tardó en restablecerse el orden, interrumpido por algunos días; reparáronse los puentes y caminos y se renovó la comunicación por la vía férrea.

La isla Número Diez, situada a pocas millas de New-Madrid, en la orilla del Missouri, había sido muy bien fortificada por los confederados con cañones de grueso calibre, en la confianza de que sería fácil de este modo impedir el paso de los unionistas por aquel punto. En 3 de marzo, no obstante, el general Pope, seguido de cuarenta mil hombres, atacó a New-Madrid; pero viendo que estaba defendida por numerosas fortificaciones con piezas de grueso calibre, sin contar que había ancladas en el puerto seis grandes cañoneras, dispuso que el coronel Plummer se atrincherase con una parte de sus tropas en Point Pleasant, a tres millas de la isla, y despachó un mensajero al Cairo

para que le enviaran artillería de sitio. Los confederados trataron de desalojar a Plummer con sus cañoneras, mas no consiguieron su objeto, y habiendo recibido Pope el día 12 el tren de campaña que pidiera, hizo levantar desde luego las baterías a la distancia de media milla de las obras avanzadas del enemigo, que rompió un nutrido fuego. La guarnición de los confederados constaba entonces de nueve mil infantes a las órdenes del mayor Mc Cown, y de nueve cañoneras mandadas por el comandante Hollins. El cañoneo duró todo el día, aunque sin grandes pérdidas por ninguna de ambas partes, pero llegada la noche, estalló una espantosa tormenta, y al romper el día, se observó que los separatistas habían abandonado la plaza dejando en ella treinta y tres cañones y muchas armas, cartuchos y víveres, que sin duda no quisieron destruir. Así, pues, sin mas pérdidas que cincuenta y un hombres entre muertos y heridos, quedó New-Madrid en poder de los unionistas, quienes a los pocos días se posesionaron también de la isla Número diez, abandonada por el general Mc Cown por parte de sus tropas, cuando el general Pope hacia sus preparativos para un ataque general. El general Makall trató de emprender la retirada con el resto de las fuerzas, atravesando los pantanos, mas tuvo que rendirse luego con algunos miles de hombres que le acompañaban.

El comodoro Foote, que había reparado ya las averías de su flotilla, embarcó parte de las tropas del general Pope que habían recibido orden de atacar el fuerte Pillow, situado en Chickasaw Bluffs, y entre tanto los federales desembarcaron sus morteros en la orilla del Arkansas, y comenzaron el bombardeo situándose a tres cuartos de milla del fuerte. Los confederados contestaron al fuego con el mayor vigor, y aquel cañoneo duró dos semanas sin que se obtuvieran ventajas por una u otra parte.

Un mes más tarde, los confederados evacuaron los fuertes Pillow y Randolph, donde fueron hallados algunos cañones de poco valor, y en 5 de junio el comodoro Davis ancló a un tiro de fusil de Memphis con cinco cañoneras, aproximándose luego lentamente a la ciudad. Al poco tiempo viose avanzar en orden de batalla una flotilla confederada compuesta de ocho cañoneras, y habiendo roto el fuego cuando se hallaba a distancia de su enemigo, trabóse un reñido combate que duró mas de una hora y terminó con la derrota de los separatistas, quienes sufrieron algunas pérdidas, mientras los federales no tuvieron ninguna baja. Memphis, cuya población había estado presenciando el combate, se entregó entonces sin resistencia a los unionistas.

Otra expedición compuesta de cuatro cañoneras y un trasporte en el que iba el regimiento de Indiana a las órdenes del coronel Fitch, marchó poco después en dirección de Arkansas y del Río Blanco, a fin de establecer una comunicación con el general Curtis que se iba aproximando por el oeste. Al llegar a San Charles, una de las cañoneras de los federales, que formaba la vanguardia, se vio expuesta repentinamente al fuego de dos baterías ocultas del enemigo, y en tanto que desembarcaban los unionistas para apoderarse de ellas, una bala de mayor calibre que las anteriores atravesó el tambor y la rueda de la citada cañonera, destrozando la caldera de vapor. De los ciento setenta y cinco hombres que montaban el barco, sólo se salvaron veintitrés; muchos se arrojaron al mar, donde perecieron ahogados, y al llegar los botes para salvar una parte de las víctimas, sufrieron un nutrido fuego de metralla que aumentó el número de aquellas. Poco después, sin embargo, el coronel Fitch se apoderaba de la posición enemiga, cogiendo nueve cañones y treinta prisioneros, incluso su jefe el comandante Frye. Esta expedición no pudo llevar a cabo su objeto.

La flotilla unionista continuo su marcha por el río sin encontrar ningún obstáculo hasta llegar a Vicksburg, en cuyo punto se puso en comunicación con el comandante Farragut, cuya flota estaba anclada cerca de dicha plaza para cooperar en unión con el general Williams que mandaba cuatro regimientos de infantería. Las fortificaciones de los separatistas fueron bombardeadas por espacio de algunas horas, y entretanto el teniente coronel Ellet remontó el río Yazoo con el objeto de capturar tres cañoneras, cuyos tripulantes, al ver que se acercaba el enemigo, las pegaron fuego, lanzándolas luego en la corriente con la intención sin duda de incendiar los buques de los federales. Afortunadamente no hubo que lamentar desgracia alguna, porque se consiguió destruir dichas cañoneras.

La flota unionista continuo el sitio de Vicksburg, y el 1 de julio los federales atacaron resueltamente la plaza, pero fueron rechazados con no pocas pérdidas. La cañonera *Arkansas*, perteneciente a los confederados, que se había ido acercando a la plaza, atravesó rápidamente entre los buques de la flota unionista, con asombro de todos, y fue a refugiarse bajo las baterías de Vicksburg, habiendo sido inútiles cuantos esfuerzos hicieron los federales para echarla a pique. El 24 de julio fue preciso levantar el sitio: el coronel Farragut y el general Williams marcharon a desempeñar otro servicio, y el comodoro Davis con su flota se dirigió a la embocadura del Yazoo, abandonando por entonces el proyecto de establecer la comunicación con el Mississippi.

El ejército del general Grant se detuvo algún tiempo en el fuerte Donelson, y luego, considerablemente reforzado, atravesó el Tennessee dirigiéndose al fuerte Enrique, donde esperaban ya varias cañoneras y un gran número de transportes para recoger las tropas que iban a emprender una nueva expedición. El general Charles Smith era el encargado de dirigir en aquella ocasión las operaciones militares, mas habiendo fallecido poco después de llegar a Savannah a causa de hallarse muy quebrantada su salud, encargóse nuevamente del mando el general Grant. El punto designado para reunirse las tropas expedicionarias, era una pequeña población llamada Danville, por donde cruza el camino de hierro que conduce desde Memphis a Clarkesville y Louisville, y ya las cañoneras *Tyler* y *Lexington* acababan de practicar un reconocimiento, sin haber encontrado resistencia hasta llegar a Pittsburg Landing, insignificante caserío que dista ocho millas de Savannah y veinte de Corinto, y se halla en la confluencia de Memphis y Charleston. El país, en aquel sitio, está cubierto de bosque; hacia el sur, a una distancia de tres millas, se halla la iglesia de Shiloh, y un poco más allá se encuentra el camino de Monterrey, donde hay una media docena de casas. Aquel terreno está cortado por numerosas caletas, cuyas aguas van a perderse en el Tennessee.

En Pittsburg Landing, la cañonera *Tyler* tuvo que sufrir el fuego de una batería de seis piezas, que consiguió apagar al cabo de dos horas, y habiendo vuelto a Danville para dar el parte, los transportes prosiguieron su rumbo hacia el Sur hasta llegar a Savannah, donde desembarcaron las tropas y se situaron militarmente. Los transportes, en número de sesenta y nueve, conducían cuarenta mil hombres, que estuvieron muy pronto en tierra con todo el tren de campaña, y entonces la división del general Wallace marchó a Purdy, punto situado a diez y seis millas de distancia, con objeto de destruir la vía férrea; la primera división del general Sherman se dirigió a Tyler's Landing para practicar la misma operación en los caminos de Memphis y Charleston, y hecho esto volvieron los expedicionarios a Savannah sin contratiempo alguno.

Esta circunstancia, y el hecho de no haberse presentado a la vista ningún enemigo para hostilizar a los unionistas, indujo sin duda a los jefes a creer que los confederados no contaban con fuerzas suficientes para resistirles, sobre todo si se atiende a que hubieran podido oponerse en cierto modo al desembarque de las tropas teniendo, como tenían, su cuartel general en Corinto. Una de las seis divisiones federales, a las órdenes del general Wallace, se acampó casi enfrente de Savannah; las otras cinco se situaron formando una especie de semicírculo en la parte Sudoeste de Pittsburg Landing; la división del general Prentiss ocupó el camino que conduce directamente a Corinto, teniendo al general Mc Clernand y a Sherman a su derecha, con la iglesia de Shiloh enfrente; la división del general Hurlbut permaneció a la retaguardia de Prentiss, y por último la división Smith de que se había encargado Wallace por muerte de aquel, se hallaba detrás de Mc Clernand, con su ala derecha cerca de Pittsburg Landing, protegida por dos riachuelos que iban a desaguar en la ensenada de las Culebras.

Aun cuando no se ignoraba que el enemigo estaba muy cerca, no se había construido atrincheramiento alguno ni enviado tampoco partidas sueltas a fin de reconocer el terreno para observar los movimientos del ejército confederado, y hasta los piquetes no se hallaban más que a un tiro de fusil de las tiendas de campaña, siendo de notar que la mayor parte de aquellos apenas tenían municiones, a pesar de haberse averiguado que en los bosques contiguos circulaban numerosos

batidores y destacamentos del ejército separatista, que impedían se practicara un reconocimiento¹¹. Como quiera que fuese, lo cierto es que muchos esperaban un atrevido golpe de mano, y hasta se recibieron avisos anunciando el peligro; mas los jefes unionistas no hicieron aprecio, y en cuanto al general Grant, hallábase en Savannah inspeccionando el desembarque de víveres. Tal era la situación del ejército federal en la noche del sábado 5 de abril.

Entre tanto el general Johnston, que sin disputa era uno de los jefes militares más entendidos de la Confederación, había ido concentrando en Corinto el mayor número de fuerzas posible con el objeto de arrollar al ejército unionista, tan descuidadamente acampado en las inmediaciones, para acabar de una vez con él, y como contaba con numerosos espías, sabía muy bien que el mando del ejército se había confiado al general Grant por muerte de Smith, militar muy entendido. Johnston esperaba confiadamente conseguir su objeto, y a este fin pidió a los gobernadores de Tennessee, Mississippi y Louisiana cuantas tropas pudieran enviarle, y reforzado además con la división del general Braxton Bragg, consiguió reunir el 1 de abril un ejército de unos cincuenta mil hombres¹². En la madrugada del 3 de julio, la vanguardia de la infantería, oculta por un cuerpo de caballería, se puso en marcha con la intención de atacar al enemigo en la mañana del 5; mas llovió de tal manera durante todo el día 4, que el camino estaba intransitable, y por esta razón el ejército se concentró en Monterrey, continuando luego su marcha hasta que, no hallándose ya sino a tres millas de las avanzadas unionistas, no era posible avanzar sin exponerse a quedar en descubierto¹³. En su consecuencia, Johnston mandó hacer alto, puso centinelas dobles en los alrededores, ordenándoles que tirasen sobre el primero que tratase de pasar, y reunido el consejo de guerra, se acordó adoptar las disposiciones necesarias para atacar a la mañana siguiente, y entre tanto se prohibió a los soldados que encendieran hogueras a fin de no dar a conocer al enemigo el punto en que se hallaban.

Al romper el día formóse la vanguardia en orden de batalla, confiándose el mando a los generales Hardee, Bragg y Polk; el general Breckinridge mandaba la reserva, pero luego se cambió este orden por las peripecias de la lucha.

El viernes, 4 de abril, comenzaron ya a circular en el campamento de los federales vagos rumores de que avanzaban los separatistas; poco después se supo que acababan de caer prisioneros algunos oficiales, y habiéndose destacado a la brigada de Ohio a fin de que practicara un reconocimiento, tuvo un encuentro con un destacamento enemigo, al que hizo retroceder hasta una pequeña batería situada cerca de las líneas federales. Al tener conocimiento de este hecho, la división del general Wallace recibió orden de avanzar hasta Adamsville, en el camino de Purdy; mas no habiendo encontrado enemigo alguno, después de pasar la noche en dicho punto, volvió al campamento. Durante todo el sábado se oyó un nutrido tiroteo, que hubiera debido producir alguna alarma, mas no se hizo tampoco aprecio de estas circunstancias.

Al amanecer del día 6 de abril, los piquetes de la división Prentiss penetraron desordenadamente en el campamento perseguidos ya de cerca por los separatistas, cuyas balas atravesaban poco después las tiendas de campaña de los federales. Algunos soldados estaban vistiéndose, otros almorzaban tranquilamente, y muchos oficiales no se habían levantado aun, pero bien pronto tuvieron que ponerse en movimiento, pues a los pocos instantes desembocaron del bosque extensas líneas de infantería que, a paso de carga, avanzaron sobre el campamento federal,

11 Los unionistas estuvieron tres semanas en Pittsburg Landing, a veinte millas del cuartel general de los confederados, cuyo ataque se esperaba de un momento a otro, sin levantar una sola empalizada ni construir obra alguna de defensa, que tan necesaria pudo haber sido para proteger las baterías.

12 Según los partes de Beauregard, su ejército, antes y después de la batalla de Shiloh sólo constaba de cuarenta mil trescientos cincuenta y cinco hombres, de los cuales cuatro mil trescientos ochenta y dos eran de caballería, la cual según dicho jefe no pudo operar en el campo de batalla por hallarse este cubierto de bosque en su mayor parte.

13 Uno de los oficiales del estado mayor del general Beauregard, escribió en una carta lo siguiente: «Sin que sea mi ánimo criticar las operaciones militares del ejército de la Unión, debo consignar que el hecho de no haberse encontrado piquetes de la caballería del general Grant, causó no poca admiración a los oficiales separatistas, pues de este modo pudieron avanzar hasta muy cerca del enemigo sin ser vistos. Los generales del Sur acostumbraban a establecer piquetes a la distancia de varias millas, aun cuando se supiera que el enemigo estaba a mucha distancia.

haciendo un fuego mortífero sobre sus descuidados enemigos y atacándoles luego a la bayoneta. De este modo quedó destrozada, antes de que tuviera tiempo de formarse en línea, toda la división del general Prentiss; a la brigada de Hildebrand, que estaba a la derecha de Sherman, le sucedió lo mismo, a pesar de los esfuerzos de este último jefe, y Buckland y Mc Dowell, que se sostuvieron algún tiempo más, tuvieron que retroceder a su vez, dejando su campamento y todas sus tiendas de campaña en poder del enemigo.

La división Mc Clerland, compuesta de diez regimientos y cuatro baterías, iba a ser sorprendida a su vez, pero antes de esto marchó en auxilio de Sherman, cuya división empezaba a desbandarse, después de haber visto morir a sus mejores oficiales y de perder sus baterías. La brigada de Buckland, que había ido en auxilio de Hildebrand, se vio precisada a retroceder igualmente para evitar una destrucción completa, y a eso de las ocho de la mañana, a pesar de los desesperados esfuerzos de Sherman, la división de éste se había dispersado en todos sentidos. Milagroso parece que saliera ileso de aquella primera refriega el general Sherman, a quien se vio siempre en lo más recio de la pelea.

Prentiss formó su división con la mayor celeridad posible, y sostuvo el fuego por algún tiempo, pero atacado a poco furiosamente por ambos flancos, y viendo que se sacrificaban las vidas inútilmente, comenzó a retirarse; a las diez de la mañana, el mismo Prentiss con tres regimientos volvió a ocupar otra posición, mas dominado al fin por el número de sus enemigos tuvo que rendirse con los dos mil hombres que se batían a su lado, y se le envió inmediatamente en clase de prisionero con el resto de sus tropas al camino de Corinto.

Mc Clerland se mantuvo firme por algún tiempo, pero a causa de haber sido derrotadas las divisiones de los generales Sherman y Prentiss, tenía que luchar con un enemigo cuyas fuerzas aumentaban a cada instante. Los regimientos de Iowa acababan de emprender la retirada desordenadamente; Mc Clerland consiguió entonces colocar sus baterías de manera que pudiese dominar el camino de Corinto, y de este modo contuvo por algún tiempo el ímpetu de los confederados, pero su división no podía resistirse a los continuos refuerzos que recibía el enemigo, y Mc Clerland, después de rechazar varios ataques, avanzando algunas veces, y retrocediendo las mas, lo cual le costó perder tres coroneles y otros tres oficiales de su estado mayor, retrocedió apresuradamente llevando a su derecha los restos de la división Sherman.

Mientras los federales eran derrotados por esta parte, el coronel David Stuart, que mandaba una de las divisiones de la brigada Sherman y se había situado en el camino de Hamburgo, era atacado a su vez por el enemigo que le obligó a retroceder a toda prisa, y aunque a poco llegó la brigada de Mc Arthur en auxilio de Stuart, tuvo que empeñar a su vez la lucha con otras tropas confederadas, cuyo ataque resistió al principio aunque estaba herido gravemente. Como Stuart no recibía refuerzo alguno y habían muerto varios de sus oficiales, no pasó mucho tiempo sin que emprendiese también la retirada. Así, pues, de las seis divisiones que componían el ejército federal, tres quedaron completamente derrotadas antes del medio día.

El general Grant había llegado al campamento a las ocho de la mañana, mas al ver que ya estaba derrotado su ejército, envió un parte al general Wallace para que avanzase con su división; reformó sus brigadas, organizó de nuevo sus apagadas baterías, y estableció en fin otras líneas de defensa. Las divisiones de Hurlbut y Wallace estaban aun intactas: el primero de estos jefes, que ocupaba el camino de Corinto, llevaba ya cinco horas batiéndose con ventaja contra sus enemigos, pues aunque estos le atacaron sucesivamente tres veces, otras tantas les rechazó, obligándoles por último a retroceder y protegerse con la retaguardia. En aquella sangrienta refriega fue donde cayó mortalmente herido por un casco de metralla el general confederado Albert Sidney Johnston, que exhaló el último aliento en el momento en que le retiraban del campo de batalla. Beauregard se encargó entonces del mando, mas se hizo lo posible para ocultar la muerte de Johnston hasta que el ejército volviera a Corinto. Una hora después, la división Hurlbut, no pudiendo resistir a las numerosas fuerzas enemigas que llegaban de fresco, retrocedió a la distancia de media milla y fue a ocupar otra posición.

La división Wallace se vio también muy expuesta al ser atacada por los confederados a eso de las diez de la mañana, y por espacio de seis horas se estuvo batiendo sin descanso. Cuatro veces consecutivas cargó el enemigo y otras tantas fue rechazado con pérdidas considerables por ambas partes, pero cuando Wallace vio que se retiraba la división Hurlbut, tuvo que hacer lo mismo a fin de no verse cercado como le había sucedido a Prentiss, y en seguida se dirigió a Crump's Landing, donde dispuso que sus fuerzas se extendieran por el camino de Purdy. A las once de la mañana, Wallace recibió una orden de Grant previniéndole que entrase con sus tropas en línea, y como ya hacia tiempo que este jefe la esperaba, se puso inmediatamente en movimiento. Sin embargo antes de llegar a su destino encontró a varios mensajeros de Grant, quienes le anunciaron que las divisiones unionistas se habían visto obligadas a retroceder, y que si seguía por aquel camino iba a caer en el centro del enemigo, que fácilmente le arrollaría. Entonces Wallace volvió rápidamente hacia la izquierda, en dirección de la ensenada de las Culebras, pero esta contramarcha impidió que pudiera reunirse con el resto del ejército federal, por lo tanto, pasó todo el día sin que entrasen en acción once regimientos de infantería, dos baterías y dos escuadrones. A las cuatro de la tarde, todo el ejército federal, menos la división Wallace, se hallaba estrechado en un semicírculo de tres a cuatrocientos acres, sin que pudiera retirarse mas allá, pues tenía a retaguardia un río profundo de rápida corriente, que sólo podría cruzarse exponiendo la vida de la mitad de los soldados¹⁴. De las cinco divisiones, dos habían tenido que retroceder y las otras tres fueron derrotadas; la mayor parte de los cañones estaban perdidos o inutilizados; las tiendas y el tren de campaña en manos de los vencedores; las pérdidas eran enormes; y los destrozados regimientos sin atender las órdenes de sus oficiales, se resistían a entrar en línea.

Los confederados, no obstante, cuyas pérdidas eran también considerables, temiendo un ardid, vacilaron por algunos minutos en seguir a la división Wallace, que abandonaba la posición que tan bien defendiera, y como los momentos eran preciosos, Webster, jefe del estado mayor del general Grant, aprovechando aquella oportunidad, recogió los cañones dispersos en número de veintidós, y los situó inmediatamente en semicírculo a fin de dominar el camino por avanzarían los separatistas. Como faltaban artilleros, ofreciéronse a servir las piezas algunos voluntarios, y entre ellos el Dr. Cornyn, cirujano del regimiento de Missouri, quien se distinguió por su valor y habilidad.

Serían apenas las seis de la tarde, cuando las baterías de los confederados rompieron de nuevo el fuego sobre la última posición en que acababan de concentrarse los federales. Los cañones de Webster contestaron enérgicamente, y en aquel momento las cañoneras *Tyler* y *Lexington*, que habían estado todo el día surcando las aguas sin que les fuese posible contribuir con su auxilio, pudieron al fin entrar en liza, y merced a su bien dirigido fuego, se evitó que los separatistas cayeran sobre la artillería de Webster y acabaran de completar su triunfo copando a la infantería. El resultado fue que antes de llegar la noche, habíase apagado el fuego de las baterías confederadas, y comenzaban sus batallones a retroceder para ponerse fuera del alcance de la metralla. Antes de entregarse al descanso en la pequeña iglesia de Shiloh, el general Beauregard expidió a Richmond el siguiente telegrama:

«Campo de batalla de Shiloh.—Vía Corinto y Chattanooga.

»Abril 6, 1862.

»Al general S. Cooper.

» Hemos atacado esta mañana al enemigo en sus fuertes posiciones de Pittsburg, y después de una reñida batalla que duró diez horas, hemos alcanzado, gracias al Todopoderoso, una señalada victoria.

14 Dicese que a los dos o tres días de la batalla, al hacer el general Buell sus observaciones, censurando que se hubiera dejado al ejército ocupar una posición tan peligrosa, preguntó al general Grant: «¿Por dónde hubierais emprendido la retirada?—¡Oh! por el río, repuso Grant.—Pero no hubierais podido embarcar sino diez mil hombres, replicó Buell.—Bien; no hubieran pasado más, contestó Grant.» La temeridad era entonces cosa tan rara entre los generales unionistas, que se tenía por una virtud.

»Las pérdidas por ambas partes son considerables, y entre ellas hay que lamentar la muerte del intrépido general Albert Sidney Johnston, quien cayó mortalmente herido al lanzarse con sus tropas en lo más recio del combate.

»El general Beauregard, Comandante en jefe.»

Las tropas del mayor general Buell, esperadas con impaciencia, llegaron por fin en la noche del 5 de abril precedidas de la vanguardia al mando del general Nelson. Al saber lo ocurrido, Buell se dirigió directamente al cuartel general de Grant, pero éste acababa de marchar a Landing, dejando sin embargo orden de que avanzaran las tropas por la orilla derecha del río, sin los cañones, por no ser fácil conducirlos a causa del mal estado de los caminos. En cumplimiento de lo que se le prevenía, el general Buell expidió una orden para que avanzara el resto de sus tropas a marchas forzadas, y tomando un vapor, fue a buscar a Grant a fin de ponerse de acuerdo antes de comenzar el ataque. A la una y media de la madrugada llegó el general Nelson con su división y fue a ponerse en línea a la derecha de Webster; a las siete estaban ya reunidas todas las fuerzas, y el general Buell dio sus órdenes para atacar a la mañana siguiente. La división Crittenden, que acababa de llegar, formó el ala derecha del general Nelson.

La batalla comenzó de nuevo en toda la línea en la madrugada del 7, con favorables condiciones para los unionistas, pues acababan de recibir un refuerzo de veinticinco mil hombres de tropas de refresco, mientras que Beauregard, cuyos soldados habían estado de pie diez y seis horas y batiéndose la mayor parte del tiempo, no contaba sino con una reserva de tres mil hombres. El jefe separatista esperaba los refuerzos de los generales Price y Van Dorn, con treinta mil hombres, pero en vez de aquellos solo llegó el general Buell en auxilio de los federales. Sin embargo, la batalla que se siguió fue reñidísima y sangrienta; los separatistas retrocedieron hasta las alturas de la iglesia de Shiloh, y allí pareció la lucha aun más obstinada, pues los confederados oponían una enérgica resistencia en su ala derecha y su centro. La llegada de las tropas del general Buell les obligó a emprender la retirada, la que se efectuó en buen orden. La retaguardia iba mandada por el general Braxton Bragg. A las cuatro de la tarde los federales ocupaban la línea que habían tenido que abandonar treinta y cuatro horas antes, y a las cinco, el ejército confederado volvía a ocupar sus líneas de Corinto, sin que se tratara de perseguirle. A la mañana siguiente, el general Sherman, seguido de dos brigadas y la caballería, marchó al camino de Corinto y tuvo un encuentro con un destacamento enemigo, al que obligó a retroceder, destruyendo un campamento y apoderándose del hospital donde se hallaban doscientos ochenta confederados y cincuenta unionistas heridos.

Uno de los párrafos del parte que redactó el general Beauregard decía lo siguiente:

«Los batallones enemigos recibían a cada momento nuevos refuerzos, y nuestras fatigadas tropas, que habían estado batiéndose diez y ocho horas, apenas podían ya sostener el ataque, tanto más que ya no me quedaban mas reservas. En su consecuencia a eso de la una de la tarde, no siéndome posible sostener una lucha tan desigual, ordené la retirada que se efectuó en el mejor orden.

»Nuestras pérdidas en esta batalla ascienden a mil setecientos veintiocho muertos, ocho mil doce heridos y novecientos cincuenta y siete extraviados: total, diez mil seiscientos noventa y siete.»¹⁵

Según el parte oficial del general Grant, las pérdidas de los federales figuraban por mil setecientos treinta y cinco muertos, siete mil ochocientos y dos heridos y tres mil novecientos

15 Al dar cuenta el general Beauregard de la heroica muerte del general en jefe Albert Sidney Johnston, referíase también a la de otros oficiales distinguidos, y decía lo siguiente: «El Gobernador militar de Kentucky cayó muerto de un balazo juntamente con su caballo; el brigadier Gladding, el general Hardee, el general Breckinridge, el general Cheatham y otros varios, quedaron más o menos gravemente heridos, habiendo perdido casi todos ellos sus caballos. El general Hardee, cuya herida era muy leve, tenía la levita literalmente acribillada a balazos; el general Hindman se elevó con su caballo a diez pies del suelo a consecuencia de haber estallado a su lado una granada; el caballo quedó hecho trizas, y al caer el jinete todos creyeron que había muerto; pero de pronto, viose que se levantaba agitando su sombrero y pidiendo a voz en grito otro caballo para lanzarse de nuevo al combate.

cincuenta y seis prisioneros: total, trece mil quinientos setenta y tres, pero si a esto se añaden las pérdidas de Prentiss y Mc Clenand, resulta que aquella desesperada y sangrienta batalla no costó a los federales menos de quince mil hombres.

Puede decirse que los unionistas alcanzaron una señalada victoria¹⁶, pero las pérdidas fueron poco mas o menos las mismas, si bien los confederados se apoderaron de un rico botín, quedando en el primer día dueños del campo.

Apenas hubo recibido el general Halleck la noticia de la batalla de Shiloh, salió inmediatamente de San Luis, y llegó dos o tres días después a Pittsburg Landing. Durante un mes no se emprendió operación alguna contra el ejército separatista acuartelado en Corinto, y aunque el general Pope llegó el 22 de Missouri con un refuerzo de veinticinco mil hombres, no se ocupó a Monterrey hasta el 1 de mayo, en cuya fecha el ejército del general Hale ascendía ya a más de cien mil hombres. Entre tanto el general Beauregard se fortificaba del mejor modo posible, rodeando a Corinto con una línea de atrincheramientos de quince millas de longitud, bien provista de artillería; y para mayor seguridad, obstruyó los caminos e inutilizó los puentes, protegiendo las obras de defensa con una fuerte empalizada. El general Halleck no creyó oportuno atacar de pronto aquellas formidables fortificaciones y prefirió hacer los aproches lentamente, sin dejar por esto de hostilizar el enemigo con frecuentes escaramuzas. Al cabo de tres semanas, las baterías de los federales se hallaban a tres millas de Corinto, y en un reconocimiento practicado por el general Paine ocurrió una escaramuza en que el jefe unionista cogió doscientos prisioneros. En la noche del 27 mayo, el coronel Elliott marchó con dos regimientos a fin de flanquear a Corinto y cortar la vía férrea del Sur para dejar interceptada esta comunicación con la plaza. Elliott llegó a Booneville el 30, pero fue tan sólo para ver como se retiraba el ejército confederado, abandonando la ciudad. Beauregard se había sostenido cuanto le era posible contra las numerosísimas fuerzas de Halleck, y al fin resolvió evacuar la plaza haciendo que se sacasen primero los enfermos y heridos. El día 29 cesó completamente el fuego, y las hogueras que luego se vieron durante la noche, revelaron bien claramente que se alejaba el enemigo. Algunos oficiales unionistas penetraron en Corinto pocas horas después y vieron que se había pegado fuego a una considerable cantidad de provisiones, pero no encontraron arma alguna. Beauregard se retiró a Tupelo perseguido al principio por el general Pope, y el ejército federal se extendió en la línea de Memphis y de Charleston.

Entre tanto el general Mitchel salía de Nashville con una división del ejército de Buell, y marchó contra Huntsville, cuya plaza fue atacada por sorpresa al amanecer del día 9 de abril. Mitchel se apoderó de diez y siete locomotoras, además de un tren en que iban ciento cincuenta y nueve prisioneros, y continuando luego su marcha hasta Tuscumbia, tomó a Bridgeport sin más fuerza que cinco regimientos, atacando al enemigo por donde menos se le esperaba. Poco después, habiéndose reunido un gran número de fuerzas confederadas, tuvo que abandonar a Tuscumbia, mas antes de hacerlo destruyó las vías férreas de Decatur y Bridgeport. Mitchel quedó, sin embargo, dueño de toda la parte norte del Alabama, y si hubiese contado con más fuerzas, habría podido destruir los depósitos de armas y fundiciones de Georgia. Vista la actividad y energía del general Mitchel, no parecía bien que estuviese bajo la dependencia de Buell, y por esto en el mes de junio

16 Juiciosamente pensando no se puede menos de poner en duda que la victoria se declarase de parte de los federales en la sangrienta batalla de Shiloh, y desde luego se reconoce alguna parcialidad en el autor al asegurarlo así. Basta leer la narración y fijarse en los detalles de la jornada para comprender que el triunfo fue más bien de los separatistas, pues empezada la acción al rayar el alba, ya habían derrotado al medio día tres divisiones de las seis de que se componía el ejército contrario, quedando inutilizada la mayor parte de la artillería de los unionistas y tomadas sus posiciones. Prescindiendo de esto y de la notable diferencia que hubo entre las pérdidas de unos y otros, el mero hecho de reconocer el autor que los separatistas quedaron dueños del campo, apoderándose de un rico botín, induce a creer naturalmente que la victoria estuvo de parte de los separatistas. La prudente retirada de Beauregard, cuyos soldados se habían batido por espacio de diez y ocho horas y no podían resistir el ímpetu de los veinticinco mil hombres de refresco que acababa de recibir el enemigo, no puede suponer una derrota. Fernando Lecomte, teniente coronel del estado mayor federal de Suiza, que ha escrito sin duda imparcialmente la historia de aquella guerra, dice al hablar de la batalla de Shiloh: «Unionistas y confederados se atribuyeron la victoria, pero seguramente con mucha más razón los segundos que los primeros.» (N. del T.)

se le confió el mando en Puerto-Real, donde murió al poco tiempo; el general Halleck marchó igualmente a Washington para servir como general en jefe, y Grant permaneció en Corinto.

APÉNDICE

BIOGRAFÍA DEL GENERAL BEAUREGARD

Pierre Gustave Toutant Beauregard se había distinguido ya como ingeniero cuando estuvo al servicio de los Estados Unidos. Nació en la plantación de su padre cerca de Nueva Orleans y su verdadero apellido es Toutant, pues Beauregard es el nombre de la posesión, que se agregó al patronímico por un mero capricho. Cuando joven fue admitido como cadete en West Point, donde se le inscribió con el apellido de Toutant de Beauregard, mas esto sólo significaba que procedía de aquella plantación. El joven no se cuidó de corregir el error, acaso porque no le disgustara llamarse así, y desde entonces el nombre de Beauregard apareció siempre como el suyo propio.

Era su padre un rico criollo, descendiente de una respetable familia francesa, que poseía extensas tierras en Louisiana, y su madre, descendiente de una casa ducal de Italia, pertenecía a la familia de los Reggio. En 1834 el joven Beauregard entró en la academia militar de West Point, donde se calificó en 1838 y obtuvo el segundo lugar entre los cuarenta y cinco cadetes que componían la clase. Poco después recibió el nombramiento de segundo teniente del primer regimiento de artillería, pero al cabo de una semana se le trasladó al cuerpo de ingenieros. En junio de 1839 elevósele al grado de primer teniente y como tal servía cuando estalló la guerra con México, en la cual se distinguió Beauregard hasta la conquista de la capital del imperio de los Moctezumas.

El joven oficial dio a conocer desde luego esas cualidades que le distinguieron siempre como entendido militar; tenía un golpe de vista seguro, profundos conocimientos en el arte de la guerra, un recto juicio y muy buen criterio.

Por su valerosa conducta en Contreras y Cherubusco, Beauregard recibió el despacho de capitán en 20 de agosto de 1847, y por los servicios que prestó en Chapultepec se le promovió al grado de mayor en 13 de septiembre del mismo año.

En el asalto de la puerta de Belén, en la ciudad de México, Beauregard quedó herido, y mientras duró la campaña, no sólo se distinguió como el más bravo, sino también como el más entendido de los oficiales. Al redactar el general Scott su parte oficial en la ciudad de Méjico, en la que acababa de penetrar como conquistador, decía lo siguiente al hablar de Beauregard: «Es uno de nuestros más distinguidos ingenieros, y merced a su eficaz auxilio se ha obtenido la victoria de Molino del Rey.» Scott decía además que el joven oficial había excitado la admiración de todos en el asalto de la fortaleza de Chapultepec y en los combates que hubo a las puertas de la capital. Para que se comprenda cuán recto era su juicio y elevado su criterio, basta citar la siguiente anécdota.

Ya delante de México, y una o dos noches antes del ataque, se reunió un consejo de guerra al que asistieron todos los oficiales desde el primero hasta el último. Este consejo duró algunas horas; todos los oficiales menos uno habían hablado, y unánimemente apoyaban un plan de operaciones que no estaba conforme con el del general Scott, cuando el general Pierce, cruzando al otro lado de la sala acercóse a Beauregard y le dijo:

—Veo que no habéis manifestado vuestra opinión.

—No se me ha preguntado nada —repuso el joven.

Al oír esto Pierce volvió a ocupar su asiento, anunciando que el teniente Beauregard no había emitido su parecer y que convendría escucharle. En efecto tomó la palabra, y manifestó sin vacilar que si se adoptaba el plan que aprobaban todos menos el general en jefe, serían las consecuencias funestas. Entonces expuso sus razones, pesando las ventajas y desventajas, y de tal modo llevó la convicción al ánimo de sus oyentes que se desechó el proyecto. La ciudad de México fue tomada

según el plan propuesto por el joven teniente. Algunos días después el general Scott, en presencia de un gran número de oficiales, recordó este hecho que no podía menos de lisonjear a Beauregard.

Al volver a Louisiana el joven héroe, regaláronle una costosa espada, y el gobierno de los Estados Unidos le nombró ingeniero jefe para inspeccionar las obras de Nueva Orleans y las fortificaciones de la embocadura del Mississippi. Beauregard cuenta ahora cuarenta y tres años de edad; es un hombre vigoroso y de salud robusta, y su actividad y energía, sus profundos conocimientos como ingeniero, justifican la admiración de los que le reconocen como un buen general.

Nacido en Louisiana, y hallándose allí toda su familia, era natural que abrazase la causa que defendía, pero se supone que también su cuñado John Slidell, senador de los Estados Unidos, influyó en su ánimo para que se inclinase en favor de la Confederación.

Las obras de defensa de Charleston, hechas bajo la dirección del general Beauregard, revelan bien a las claras sus profundos conocimientos estratégicos, y aun sus mismos enemigos admiten que esto sólo bastaba para que ocupase un puesto distinguido entre los mas eminentes defensores de su país.

5. CONTINUACIÓN DE LA CAMPAÑA DE 1862

Expedición de Burnside a la Carolina del Norte. Toma de la isla de Roanoke. Rendición de Newbern. Toma del fuerte Macon. Combate de South Mills. Expedición secreta del general Butler. Viaje a Ship-Island. Defensas de Nueva Orleans. Bombardeo de los fuertes Jackson y San Felipe. La flota unionista trata de forzar el paso de los fuertes. Derrota de la flotilla confederada. El mayor Monroe. Rendición de los fuertes. Patriotismo de las mujeres de Nueva Orleans. Rendición de Nueva Orleans. Ejecución de Mumford. Farragut y el general Williams avanzan sobre Vicksburg. Breckinridge ataca a Baton Rouge. Muerte de Williams. Los separatistas son rechazados. Weitzel somete el país de Lafourche. Butler es reemplazado por Banks. Despedida del general Butler y su manifiesto.

El general Ambrose Burnside y el comodoro Goldsborough, jefes de una expedición militar organizada en Nueva York, habían abandonado el fuerte Monroe el día 12 de enero, y después de doblar el Cabo Enrique dirigieron hacia la isla de Hatteras, ocupada por las tropas federales cinco meses antes. La parte naval de esta expedición constaba de treinta y una cañoneras de vapor con noventa y cuatro piezas, y las fuerzas de tierra ascendían a quince mil hombres, en su mayor parte de Nueva Inglaterra, organizados en tres brigadas al mando de los generales Foster, Reno y Parke. El día 13 llegó la expedición a la isla de Hatteras, donde permaneció tres semanas para reparar ciertas averías, y continuando luego su marcha, tocó en Pamlico y Croatan Sound, en 5 de febrero, en cuyo punto, habiéndose agregado algunos transportes mas, se organizó una flota de sesenta y cinco buques. Cercano ya el punto adonde se dirigía la expedición, adoptáronse las medidas necesarias para asegurar el éxito: dejáronse cincuenta transportes en la isla, y haciéndose de nuevo a la vela la flota, avistó a poco la isla Roanoke, y se detuvo a diez millas de distancia. A la mañana siguiente, se dispuso que avanzara parte de la flota por el estrecho paso conocido con el nombre de isleta de Roanoke, donde se encontraron siete cañoneras de los separatistas, que fueron dispersadas por los expedicionarios, y a las pocas horas todas las fuerzas federales se hallaban frente al fuerte Bartow, defendido por los confederados. Estos habían obstruido en parte el canal a fin de impedir el paso al enemigo, pero bien pronto se venció esta dificultad y se hicieron los preparativos para desembarcar en Ashby's Harbor, (muelle de Ashby) a dos millas del fuerte, que ya estaba ardiendo a consecuencia del bombardeo de los unionistas. Sin embargo, no se tardó en apagar las llamas, y entonces continuo el cañoneo por ambas partes hasta que llegó la noche. Las barracas de los unionistas que había detrás del fuerte quedaron destruidas; a las pocas horas acabaron de pasar todos los transportes federales, y comenzó el desembarque, protegido por el fuego de la flotilla. El día 8, el general Burnside atacó un reducto de los confederados del que se apoderó a viva fuerza; la flota obligó al enemigo a que evacuara otros dos que había en la costa, y de todos estos puntos se retiraron los separatistas, después de haber clavado sus piezas para refugiarse en el campamento principal, situado en la costa Norte de la isla. Burnside marchó sin perder tiempo sobre este campamento, le rodeó con sus tropas, y consiguió apoderarse de él. De este modo en dos días de combate, la importante posición de la isla de Roanoke, que es la llave de los dos estrechos Albermale y Currituck, así como también de cuatro canales y dos caminos de hierro, y que era indispensable para cubrir a Norfolk, cayó en poder de los federales con todas sus fortificaciones, que habían costado millones de dólares, un inmenso material de guerra y algunos miles de prisioneros. En descargo del general Wise, que mandaba las fuerzas confederadas, debe consignarse que este jefe había manifestado ya al ministro de la guerra de la Confederación, en qué estado tan crítico se hallaba; pero no recibió refuerzo alguno. Hubiera sido mejor evacuar la plaza, como se

hizo con Norfolk, y mucho mas prudente aun no malgastar tantos recursos para la defensa de un punto que no se podía sostener mucho tiempo.

El general Burnside concentró después sus fuerzas en la isleta de Hatteras con objeto de atacar a Newbern, que se halla en la confluencia de los ríos Neuse y Trent, cerca de Pamlico Sound, y es el mas importante puerto de la Carolina del Norte. En la mañana del 12 de marzo, salió la flota de Hatteras a las órdenes del comandante Rowan, y antes de ponerse el sol, llegó a la ensenada de Slocum, en la parte sur del río, a diez y ocho millas mas abajo de Newbern, donde se verificó el desembarco al día siguiente, habiendo avanzado las tropas hasta a milla y media de las obras avanzadas de los separatistas. Las cañoneras precedían a las fuerzas de tierra para proteger su marcha. Las tropas, sin embargo, no hallaron ninguna resistencia, pero la flotilla vio que el canal de Neuse estaba en parte obstruido por veinte y cuatro buques que se habían echado a pique, varios torpedos y gruesas vigas que se habían lanzado en la corriente. Vencido este obstáculo, la Delaware apagó el fuego de dos o tres baterías que había en la orilla opuesta, y entonces la flota ancló a poca distancia del sitio donde acababan de acampar las fuerzas de tierra. A la mañana siguiente, 14 de marzo, habíase extendido una densa niebla sobre la tierra y el agua, pero como la flota general no tenía ya que vencer más obstáculos en su marcha, dirigióse inmediatamente hacia los fuertes Thompson y Ellis, que evacuaron los confederados acto continuo. Al aproximarse la flota al fuerte Lane, la última y más fuerte defensa de Newbern por la parte del agua, se observó la mayor prudencia, por creerse que la lucha iba a ser sangrienta y obstinada; pero también lo evacuaron los separatistas sin oponer resistencia, y de este modo la flota federal pudo dirigirse directamente a los muelles para hostigar al enemigo en su retirada. Las obras de defensa de los confederados se componían de un fuerte parapeto que se corría en la distancia de milla y media desde el Neuse, cruzando la vía férrea hasta un pantano impenetrable que une a Newbern con Morehead-City; cerca del río levantábase también una batería de trece cañones de grueso calibre, varios reductos, tres baterías de artillería de montaña y ocho regimientos de infantería, con un total de cinco mil hombres al mando del general Luis O'B. Branch.

El general Burnside se puso en movimiento a las siete de la mañana, y dirigiéndose a los atrincheramientos del enemigo, formó sus tropas en orden de batalla, y mandó romper el fuego. Una batería formaba el centro de los federales; la brigada del general Reno el ala derecha, y la del general Foster la izquierda, y en este orden comenzó el ataque con el mayor vigor. Las fuerzas federales eran tres veces mas numerosas que las confederadas, mas debe tenerse en cuenta que se habían de tomar fuertes atrincheramientos bien provistos de artillería, por cuya razón las pérdidas de los unionistas fueron mucho mayores. Después de una hora de un nutrido tiroteo, el coronel Clark y el general Reno recibieron orden de avanzar sobre la empalizada, pero fueron rechazados vigorosamente; el capitán Frazer, herido en el primer encuentro, quedó prisionero, si bien escapóse después, y entre tanto el regimiento de Rhode-Island, que atacaba a una batería de cinco cañones, se apoderó de ella a viva fuerza. Una vez dentro de la fortificación, el coronel Clark formó su ala derecha en línea, y después de haber desalojado al enemigo de su posición, clavó su bandera en el parapeto. Por su parte el general Reno, que mandaba el ala derecha, viendo que perdía mucha gente por el nutrido fuego de una batería enemiga, hizo adelantar a los regimientos de Pennsylvania, Massachusetts y Nueva York para que se apoderaran de ella, lo cual se consiguió.

No siendo posible al enemigo resistir por más tiempo, el general Burnside hizo avanzar todas las fuerzas a fin de perseguirle; mas se había emprendido la retirada tan precipitadamente, que cuando la vanguardia de los federales llegó a la orilla del Trent frente a Newbern, viose que la ciudad estaba ardiendo por siete puntos distintos; el magnífico puente del camino de hierro se hallaba convertido en una inmensa hoguera, y las tropas confederadas, con todas las locomotoras que había dentro y fuera de Newbern, se alejaban por la parte de Goldsboro. Los marinos unionistas consiguieron pronto apagar el fuego de algunos edificios, pero el puente, el mercado y una docena de casas, quedaron reducidos a cenizas. Los confederados se apoderaron de sesenta y nueve cañones, dos vapores, una considerable cantidad de víveres y material de guerra y unos quinientos

prisioneros; las pérdidas se redujeron a cien muertos y quinientos heridos, contándose entre los primeros el teniente coronel Enrique Merritt, el mayor Charles Le Gendre, el ayudante Frazer, y otros varios oficiales; los confederados no tuvieron sino doscientas bajas, sin contar sus prisioneros.

Dueño ya Burnside de Newbern, destacó al general Parke, en 20 de marzo, con su brigada compuesta de tres mil quinientos hombres a fin de que ocupara a Morehead-City, lo cual se consiguió sin resistencia, y asimismo se tomó posesión de la ciudad mas importante de Beaufort, que se encuentra en aquel punto conocida con el nombre de Newport. Desde aquí dirigióse el general Parke al fuerte Macon, situado en una especie de isleta, y aunque era muy difícil acercarse a él por la parte de tierra, le puso sitio, hizo levantar varias baterías con cañones de grueso calibre, y rompió el fuego desde una distancia de mil cien pies, en tanto que la flotilla, compuesta de tres cañoneras, contribuía eficazmente al ataque. En la tarde del mismo día en que empezó el fuego, y como quiera que los confederados contasen siete muertos y diez y ocho heridos, el coronel White, gobernador del fuerte, izó una bandera blanca, y al día siguiente se rindió con su guarnición compuesta de quinientos hombres. Washington, Plymouth y otras pequeñas poblaciones de la costa quedaron también ocupadas sin resistencia por los federales, que remontaron el río Chowan sin encontrar resistencia hasta llegar a Wilton.

El general Burnside dispuso que el general Reno pasara desde Newbern a la isla de Roanoke, y de allí marchara en dirección de Albermale Sound, siguiendo hacia el Norte a fin de sorprender a un destacamento separatista que debía trasladarse desde Elizabeth City a Norfolk; pero el coronel Hawkins, jefe de la vanguardia, equivocó el camino y tuvo que retroceder después de haber andado diez millas. Este fue un sensible contratiempo, pues al regresar los federales, rendidos de cansancio, encontráronse con el enemigo que buscaban, el cual, aunque mucho menos numeroso, estaba muy bien atrincherado en un punto conocido con el nombre de South Mills (Molinos del Sur). Al acercarse las tropas unionistas, saludáronlas con un nutrido fuego de metralla, y aunque atacaron al momento la posición, fueron rechazadas vigorosamente. Sin embargo, como el número de los unionistas era muy superior, consiguieron estos al fin desalojar al enemigo, quien no dejó en el campo sino algunos muertos, pero les costó perder ciento trece hombres, incluso el ayudante de zuavos Gadsden, que cayó mortalmente herido. El general Reno concedió a sus tropas seis horas de descanso, y dispuso luego que se embarcaran. Como cerca del sitio en que se dio el combate se hallaba el pueblo de Camden, esta acción se conoce también con dicho nombre. La división del ya general Burnside, que nunca excedería de quince mil hombres, se hallaba entonces tan diseminada, por ser preciso atender a la defensa de muchos puntos importantes, que no le era posible tomar la ofensiva; y como por otra parte Burnside no tenía ya mucho que hacer en su departamento, el Gobierno de Washington le ordenó que marchase con el mayor número de tropas posible al fuerte Monroe, al que llegó tres días después.

El general Foster quedó encargado del departamento de la Carolina del Norte, con tropas insuficientes para defender las importantes posiciones que le confiara el general Burnside, pero en el otoño, habiendo recibido un refuerzo de varios regimientos, resolvió tomar la ofensiva, y al efecto se dirigió hacia Hamilton, donde esperaba destruir algunas cañoneras. Como no encontrase ninguna, prosiguió su marcha en dirección a Tarboro, con la intención de sorprender tres regimientos confederados apostados allí, mas habiendo sabido que estos acababan de recibir un refuerzo considerable, retiróse prudentemente, sin haber hecho otra cosa sino poner en libertad a una porción de esclavos.

Algunas semanas después, el general Foster salió de Newbern seguido de numerosas tropas con la intención de ocupar el camino de Goldsboro, pero al llegar a la ensenada del Sudoeste vio que se había destruido el puente, y que en la orilla opuesta se hallaba apostado un regimiento enemigo con tres piezas de artillería. Foster se apoderó de una de estas, desalojando a los separatistas, y continuo su marcha hacia Kiston, en cuyo punto se había fortificado el general confederado Evans, quien a su vez tuvo que abandonar la posición después de un empeñado combate. El general unionista avanzó desde luego hacia Goldsboro, aunque sin llegar a esta

población, pues acababan de concentrarse allí numerosas fuerzas confederadas, y en su consecuencia, después de destruir el puente del Neuse, Foster se retiró rápidamente a Newbern. Sus pérdidas en esta expedición ascendieron a noventa muertos, incluso el coronel Gray, cuatrocientos setenta ocho heridos y nueve extraviados. Según el parte oficial del general Smith, los confederados tuvieron setenta y uno de los primeros y doscientos setenta y ocho de los segundos. Con estos combates terminó en la Carolina del Norte la campaña de 1862.

Veamos ahora lo que hacia entre tanto el general Butler: este jefe, después de la toma del fuerte Hatteras, marchó directamente al Norte, y obtuvo permiso del departamento de la guerra para organizar seis regimientos más de voluntarios. Butler tuvo que luchar con muchas dificultades y contratiempos para conseguir esto, pero merced a su infatigable energía y actividad, pudo realizar sus fines, y cuando tuvo reunidos los seis mil hombres que necesitaba, destacó una parte de ellos, a las órdenes del general Phelps, previniendo a éste fuera a esperarle a Ship-Island (Isla de los buques). Butler no quería marchar entonces porque acababan de surgir ciertas diferencias con el Gobierno de la Gran Bretaña, y deseaba saber cómo se resolverían. El haber sustituido Mr. Edwin M. Stanton a Mr. Cameron en el departamento de la guerra, retrasó también algún tanto la marcha de Butler.

Ship-Island está situada entre las embocaduras del Mississippi y de la bahía de Mobile; tiene siete millas de longitud por tres cuartos de milla de anchura, y aunque su terreno es muy accidentado, posee un muelle muy bueno, espesos pinares y muchas corrientes. Abundan también allí las ostras y el pescado, y en invierno es el clima muy suave. Tal era el sitio donde desembarcó el general Phelps con su brigada, y una de sus primeras medidas fue expedir una proclama a los leales ciudadanos del Sudoeste, declarando que la esclavitud era incompatible con las instituciones libres y contraria a los principios establecidos por el Gobierno. De esta proclama se repartieron muchas copias en el territorio de Mississippi con el objeto de que aumentase la hostilidad contra la esclavitud.

Suponíase que apoderarse de Mobile era el objeto de la misteriosa expedición del general Butler, pero nada se sabía de cierto sobre el particular, habiéndose averiguado tan solo que se trataba de conseguir otra vez la anexión de Texas. En una conferencia celebrada entre el Secretario de la Guerra Stanton y el general Butler, se resolvió atacar resueltamente a Nueva Orleans, y aun cuando al pedir su opinión al general Mc Clellan manifestó éste que no se podría acometer semejante empresa con menos de cincuenta mil hombres, y que de poco servían los quince mil con que contaba Butler, oído luego el parecer del Presidente Lincoln, se acordó seguir adelante con el proyecto. Quince días después, el general Butler se puso en marcha para ir a inspeccionar el embarque de sus regimientos organizados en Nueva Inglaterra que componían un total de ocho mil quinientos hombres; Mc Clellan facilitó otros tres regimientos, y así pudo reunir Butler catorce mil cuatrocientos infantes, quinientos ochenta artilleros y doscientos setenta y cinco jinetes, a cuyo total de quince mil doscientos cincuenta y cinco, se esperaba agregar otros dos regimientos, con lo que se obtendría un ejército de diez y ocho mil hombres. El general Butler salió de Hampton Roads el día 25 de febrero, a bordo del vapor Mississippi, con su estado mayor, su esposa y mil cuatrocientos hombres, mas a la noche siguiente estuvo a punto de naufragar entre los arrecifes de la isleta de Hatteras, y al otro día varó en un banco de arena a cinco millas de tierra. El capitán, aturdido sin duda, o bien porque no era entendido, equivocó las órdenes, y bien pronto se vio el buque en inminente peligro, pues empezó a llenarse de agua, mientras en la costa opuesta veíase al enemigo ocupar una fuerte posición, siendo de advertir que cualquier crucero que se hubiese acercado entonces, habría podido apoderarse fácilmente del vapor. Afortunadamente divisóse a poco una embarcación, que según se vio luego era la cañonera de los Estados Unidos *Mount-Vernon*, perteneciente a la escuadrilla que bloqueaba a Wilmington, y enterado de lo acaecido su comandante S. Glisson, ofreció sus servicios al general Butler. Inmediatamente trasladáronse a la cañonera trescientos soldados, se arrojó al mar una gran cantidad de lastre, y por fin, cuando ya se creía perdido el buque, comenzó a soplar el viento, agitóronse las olas, se pudo sacar a flote el

vapor, y remolcado por el *Mount-Vernon*, pudo anclar a media noche en Cabo Fear, donde se procedió a reparar las averías. Al cabo de un mes de su salida de Hampton Roads, llegó Butler al término de aquel viaje en que habían ocurrido tantas peripecias, y sin perder tiempo, celebró una conferencia con los capitanes de marina Farragut y Bailey y otros jefes militares que, conociendo bien el país, pudieron darle los informes que necesitaba. El general Butler nombró ingeniero jefe al teniente Godofredo Weitzel.

Reunido luego el consejo de guerra, se acordó que la flota atacase primeramente los fuertes que defendían el paso del Mississippi por más abajo de Nueva Orleans, y en su consecuencia se ordenó al capitán Porter que comenzara el bombardeo con sus veintiuna goletas; el capitán Farragut formaría la reserva con los buques mayores, sin entrar en fuego hasta tanto que se viera el resultado del bombardeo, y en el caso de no conseguirse nada con este, trataría de forzar el paso fin de ahuyentar del río a la flota enemiga, aislar los fuertes, y avanzar hasta donde lo permitiesen las circunstancias. Tan pronto como el capitán Farragut hubiese pasado, el general Butler desembarcaría sus tropas detrás del fuerte San Felipe, tomándolo por asalto si era posible, mientras el ejército enemigo, que era probable no sospechase el ataque por aquel lado, se ocuparía solo de la flota. Una vez reducidos los fuertes, toda la expedición avanzaría sobre la ciudad de la manera que pareciese mas conveniente, y tomadas bien todas las disposiciones, el capitán Farragut se dirigió a la embocadura del río a fin de preparar su flota para el ataque.

Las fuerzas de tierra se organizaron en tres brigadas al mando de los generales Phelps, Williams y el coronel Shepley; cien carpinteros se ocuparon en construir las escalas de asalto; cien botes bien tripulados debían dirigirse al fuerte San Felipe, y a los seis días estaban embarcados ya siete regimientos con el tren de batir, esperándose solo la orden de marcha que debía dar el capitán Farragut. Sin embargo, los vientos huracanados y las mareas bajas impidieron a la flota maniobrar, y los buques mas grandes no pudieron atravesar la barra, de modo que el general Butler tuvo que desembarcar sus tropas y perder otros quince días antes de emprender las operaciones.

Entre tanto los separatistas, a quienes no se ocultaba que el enemigo proyectaba un ataque contra Nueva Orleans, adoptaban todas las disposiciones que parecieron más convenientes para oponer una enérgica resistencia, mas no podían disponer de muchas tropas porque una gran parte de ellas había tenido que marchar al Tennessee para hacer frente a Grant y a Buell. Por fin, habiendo mejorado el tiempo, toda la flota federal atravesó la barra, y dos días después el general Butler se hallaba con sus ocho mil hombres en la embocadura del río.

La ciudad de Nueva Orleans, situada en la orilla izquierda del Mississippi, a cien millas de sus embocaduras, con su extensa sábana de agua conocida con el nombre de lago Pontchartrain, y el pequeño lago Borgne, que se extiende por la parte oriental, era a no dudarlo la ciudad más grande e importante de la Confederación¹⁷. Nueva Orleans tiene una población de ciento setenta mil almas, y su comercio de exportación era el mayor que se conocía en el mundo antes de comenzarse aquella guerra; hallábase virtualmente en el centro de la Confederación, y sus inmensas riquezas y sus productos circulaban en todos sentidos, para atender a los gastos de las operaciones militares dispuestas por el Gabinete de Richmond. Los separatistas habían ido organizando poco a poco sus regimientos; pero cuando llegó la hora del peligro no todos se presentaron, de modo que para resistir a los invasores, contábase con una escasa fuerza y aun esta muy mal armada y mal equipada.

El general Twiggs, que hasta algún tiempo antes estuvo encargado de la defensa de Nueva Orleans, había sido reemplazado por el general Mansfield Lovell, quien había hecho dimisión de un buen destino en Nueva York para pasarse a los confederados.

Al encargarse del mando, Lovell vio que las obras de defensa eran más pomposas que formidables: hacíase preciso, en primer lugar defender los aproches por agua, es decir por los lagos

17 El Mississippi está fortificado de tal modo que no lo podría atravesar fácilmente una flota enemiga: los fuertes Jackson y San Felipe están armados con ciento setenta cañones de grueso calibre, y hay en el río una presa que dista solo un cuarto de milla de dichos fuertes e impide la navegación por aquella parte: ninguna flota del mundo podría forzar esta presa en menos de dos horas, y en este tiempo los buques se verían expuestos al fuego cruzado de ciento setenta piezas de artillería de gran calibre, cargadas casi siempre con metralla enrojecida.

Pontchartrain, Borgne, Baratavia y Lafourche, tratándose de un enemigo que contaba con una gran fuerza naval, y aun era preciso fortificar el Mississippi para asegurar del todo la ciudad. No podía prescindirse de la artillería, y aunque es cierto que había muchos cañones cogidos en el arsenal de Norfolk, la mayor parte de ellos, de escaso calibre, viejos y sin rayar, no satisfacían las exigencias del moderno sistema de guerra. Lovell, pues, telegrafió a Richmond, Mobile y otros puntos para que le mandaran el necesario tren de campaña, pero no obtuvo sino algunos cañones más. Conociendo, sin embargo, mucho mejor que los jefes unionistas, lo crítico de su situación, y persuadido de que el peligro era inminente por haberse concentrado las tropas enemigas en Ship-Island, Lovell hizo cuanto le era posible para corregir las faltas. Fortificó las paralelas lo mejor posible, pero no ocultándosele cuál era el verdadero punto por donde comenzaría el ataque, concentró principalmente todas sus tropas y medios de defensa en los fuertes Jackson y San Felipe, que desde la orilla opuesta dominan el paso del río a setenta y cinco millas más abajo de Nueva Orleans. Además de atender a la defensa de estas fortalezas de ladrillo y tierra, bien construidas y artilladas, Lovell y los demás jefes obstruyeron los aproches por agua con grandes troncos de árboles, fuertes maderos enlazados entre sí, y todo aquello de que se pudo echar mano para entorpecer la marcha de los buques; pidieron al gobernador de Louisiana diez mil hombres de milicia, de los cuales solo se facilitaron tres mil por haber ido los demás al Tennessee; publicóse la ley marcial en 15 de marzo, y el jefe separatista sólo se ocupó entonces de la defensa por el Mississippi. Ya era tiempo.

Habiéndose construido una gran balsa con troncos de cuarenta pies de largo por cuatro o cinco de ancho, se la sujetó por medio de cadenas a través del río, precisamente bajo los fuertes Jackson y San Felipe, echándose encima una porción de árboles cortados, anclas, etc.; pero por desgracia para los defensores de Nueva Orleans, comenzaba la inundación anual del Mississippi; la superficie de este río se ensanchó, y de tal modo crecía la violencia de su corriente, que bien pronto las aguas arrastraron la balsa, las áncoras, los troncos y cuantos objetos entorpecían el paso. A no mediar esta circunstancia, es de creer que el paso del Mississippi hubiera sido una verdadera dificultad para la flota federal. Lovell, no obstante, envió al coronel Higgins para que tratara de obstruir de un modo u otro el paso del Mississippi, y en efecto construyóse otra balsa, y se echaron en el río gran número de troncos y algunos barcos viejos unidos entre sí por cadenas, mas no se obtuvo tampoco ningún resultado: el río siguió creciendo hasta dejar sumergidos todos los alrededores; las casamatas del fuerte Jackson quedaron cubiertas por diez y ocho pulgadas de agua, y sólo se pudo impedir que ésta llegase a los depósitos de pólvora, recurriendo a las bombas.

El comodoro Whittle había reemplazado a Hollins en el mando de la flotilla, compuesta principalmente de dos grandes buques blindados, el *Louisiana* y el *Manassas*, que situados detrás de los fuertes debían contribuir a defender el paso, y de trece cañoneras, más bien vapores de comercio, convertidos de pronto en buques de guerra. Además contábase con otros barcos pequeños que en caso necesario podían servir de brulotes. El general Duncan, a quien se había encargado de la defensa de las costas, se ocupaba día y noche en mejorar las fortificaciones, cuyo trabajo se terminaba cuando la flota federal apareció por primera vez.

La escuadra unionista se componía de cuarenta y siete buques bien armados, ocho de ellos corbetas; diez y siete cañoneras de vapor; dos goletas, y veintiún buques más pequeños armados de morteros, reuniendo un total de trescientos diez cañones de gran calibre y muy buenos. El capitán Farragut, hombre enérgico, que contaba ya cincuenta y dos años en la armada, pues ya a los once empezó a servir en clase de guardiamarina, se había ocupado varias semanas, con sus oficiales, en preparar todo lo necesario para el combate, y así es que las hachas, las cuerdas, los cohetes y todo cuanto pudiera exigirse para un sitio en regla, se hallaba dispuesto y a mano para el ataque.

Al amanecer del día siguiente, 18 de abril, se pusieron en movimiento las fuerzas federales: el plan del capitán Farragut era tan sencillo como atrevido; quería forzar el paso, aun cuando le costara la cuarta parte de su flota, y con la restante desembarcar debajo de los fuertes, mientras que las tropas del general Butler llegarían por el golfo, y unidas todas se dirigirían sobre la ciudad. Al efecto, Farragut formó con su flota dos divisiones la de la derecha, que debía atacar el fuerte San

Felipe, y la de la izquierda el fuerte Jackson; la primera, a las órdenes del comodoro Bailey, constaba de seis cañoneras: *Cayuga*, *Oneida*, *Varuna*, *Katahdin*, *Kineo*, *Wissahickon*, y dos buques mayores, el *Mississippí* y el *Pensacola*; la de la izquierda, a las órdenes del capitán Bell, contaba otras seis cañoneras, *Scioto*, *Iroquois*, *Kennebec*, *Pinola*, *Itasca*, *Winona*, y tres buques, el *Hartford*, el *Brooklyn* y el *Richmond*. Otros cuatro buques menores con los morteros, conducidos por el capitán Porter, formaban la reserva. A fin de ocultar el mayor tiempo posible la marcha de la escuadra, cubriéronse los buques con grandes ramas de árboles cuyo espeso follaje impedía que se pudieran distinguir bien, como no fuera desde los bosques que empezaban en las márgenes del río.

A eso de las nueve de la mañana, y antes que estuvieran en línea los buques donde iban los morteros, los cañones del fuerte Jackson rompieron el fuego, pero las balas cayeron a cien varas de distancia de la cañonera *Owasco* que iba de avanzada, mientras el capitán Porter, provisto de su anteojito daba sus órdenes a fin de dirigir debidamente la puntería de las piezas. A eso de las diez de la mañana se generalizó el fuego, y aunque a poco se vio que la corriente arrastraba tres balsas con sus cadenas, las cañoneras pudieron evitar el choque. A las cuatro de la tarde, un vaporcito que se había puesto a disposición del general Butler, trajo la noticia de que el ejército acababa de llegar y de que un monitor había desmantelado al *Merrimac* en Hampton Roads; a las cinco, viose que salían llamas del fuerte Jackson, donde seguramente se había declarado un incendio, y entonces cesó el fuego de los fuertes, precisamente cuando empezaba a oscurecer. El incendio del fuerte Jackson no se apagó hasta eso de las dos de la madrugada. Al amanecer, sin embargo, las baterías de los confederados rompieron el fuego vigorosamente, y a las once y media de la mañana, una bala atravesó el casco de una de las goletas federales, que se fue a pique a los veinte minutos, en tanto que la *Oneida* recibió otros dos que desmontaron tres cañones hiriendo a nueve hombres. Por la tarde llegó el general Butler y fue a revistar la escuadra en un bote.

El bombardeo duraba ya tres días sin que se hubiese obtenido la menor ventaja, y en su vista el capitán Farragut reunió un consejo de oficiales, y oída su opinión, acordóse forzar el paso de los fuertes si era posible. Para esto era esencial cortar la cadena del puerto, y el capitán Bell se encargó de esta peligrosa misión sin llevar más fuerzas que las cañoneras *Pinola*, *Itasca*, *Iroquois*, *Kennebec* y *Winona*. Esta difícil cuanto arriesgada operación se llevó a cabo, aprovechando la oscuridad de la noche, con el mejor éxito, aun cuando los cañones del fuerte hicieron fuego durante algún tiempo contra los atrevidos expedicionarios.

El bombardeo continuo aun dos días más, para dar tiempo a que se reparasen dos cañoneras que estaban muy averiadas, pero al anochecer del día 24 ya había hecho Farragut todos sus preparativos, y se adoptó el plan siguiente. Los buques que llevaban los morteros, debían cubrir la marcha de la vanguardia haciendo un nutrido fuego: seis vapores pequeños, el *Harriet Lane*, *Westfield*, *Owasco*, *Clinton*, *Miami* y *Jackson*, debían situarse frente a la batería que estaba a la entrada del fuerte Jackson, y entre tanto el mismo capitán Farragut, con los tres buques mayores, el *Hartford*, el *Richmond* y el *Brooklyn* se estacionaria en la orilla oriental. El capitán Bailey recibió orden de atacar el fuerte San Felipe con las cañoneras *Cayuga*, *Pensacola*, *Mississippí*, *Oneida*, *Varuna*, *Katahdin*, *Kineo* y *Wissahickon*, y se previno al capitán Bell que con la tercera división guardase el centro del río para atacar a la flota confederada. Dispuesto así el plan de batalla, el general Butler y su estado mayor pasaron a bordo del vaporcito *Sajon*; todos los oficiales de la flota ocuparon sus puestos, y la escuadra se puso en movimiento en medio de la oscuridad de la noche. La corriente era tan rápida y la atmósfera tan pesada, que los buques no podían recorrer sino cuatro millas por hora.

Poco después interrumpióse el silencio de la noche; se oyó una detonación, y un torrente de metralla, dirigido contra el fuerte Jackson, anunció a los separatistas que era llegada la hora del combate. Como los buques federales iban muy unidos, la *Cayuga* fue la primera cañonera que se vio expuesta al fuego de los fuertes, mas no quiso contestar, para que no conociese el enemigo su posición, y aproximándose al fuerte Felipe, pasó por debajo de sus cañones lanzándole de paso una

andanada; las cañoneras *Pensacola*, *Mississippi* y *Varuna* seguían detrás, y de este modo pasó toda aquella división sin sufrir apenas averías.

El capitán Bell fue menos afortunado: la *Pinola*, *Scioto*, e *Iroquois* pasaron por delante de los fuertes sin sufrir apenas daño alguno, pero cuando la *Itasca* estuvo frente al fuerte San Felipe, cayó sobre ella una lluvia de balas, una de las cuales atravesó la caldera de vapor, inutilizándola completamente; la *Winona* no pudo cruzar sin una gran exposición, y la *Kennebec*, que se había enredado en el cable, perdió luego el rumbo y tuvo que volver a su primer anclaje.

Entre tanto el capitán Farragut que observaba atentamente todos los movimientos, provisto de su anteojó, había avanzado hasta situarse a un cuarto de milla del fuerte Jackson, y a eso de las tres de la mañana se generalizó el combate, no solo contra los fuertes, sino también contra la flota separatista, llamada de Montgomery. Poco después el fuego era espantoso por una y otra parte; los confederados habían sido sorprendidos y necesitaban algunos momentos para reponerse, mas una vez conseguido esto, defendieron con la mayor energía. Bien pronto se vio el río cubierto de restos de buques; una espesa humareda, que rasgaba de vez en cuando la llamarada de un cañonazo, envolvió todos los objetos, y después de dos horas de combate comenzó a reinar una espantosa confusión. Para dar una idea de ella, basta decir que el mismo capitán Farragut declaraba en su parte oficial que llegó un momento en que no pudo dar órdenes en medio de aquel indescriptible tumulto, en que los soldados se veían expuestos a tirar sobre sus mismos compañeros. El hecho es que ya al medio día la mayor parte de los buques unionistas habían forzado el paso. Unos treinta de ellos no podían maniobrar bien a causa de sus muchas averías; algunos tenían que ir remolcados, y de diez o doce que se habían ido a pique, sólo se veía el extremo de los mástiles en la superficie del agua. Los confederados perdieron cuatro buques, y seis quedaron en muy mal estado, contándose entre las tripulaciones treinta muertos y ciento diez y nueve heridos, incluso el médico de la armada. No pudo averiguarse entonces cuáles eran las pérdidas de los unionistas, porque estos quemaron varios de sus buques.

El general Lovell, que había presenciado el combate de la flota unionista con los fuertes y la flotilla confederada, viendo que la victoria se declaraba en favor del enemigo, montó a caballo y se dirigió rápidamente a la ciudad a fin de prevenir al general Smith que se resistiese todo lo posible por la parte de tierra. Sin embargo, había subido tanto el agua, que los cañones de los buques federales, podían dominar las fortificaciones, y reconociendo esto, tratóse de reunir mil voluntarios, que cercando la flota federal se lanzaran resueltamente al abordaje, pero no se ofrecieron sino ciento, y entonces se comprendió que una vez forzado el paso estaba perdida la ciudad. Persuadido también de esto el general Lovell, y después de consultar con las autoridades, dispuso que se embarcasen en un vapor todos los víveres y municiones, y como una parte de la milicia se había desbandado ya, dispuso que la que había permanecido fiel marchase a Campo Moore, situado a setenta millas de la vía férrea de Jackson. Sin embargo, antes de abandonar la ciudad, el jefe separatista pegó fuego a todos los almacenes militares; incendiáronse los docks y los depósitos de algodón y carbón, así como también un gran número de buques, y hecho esto los confederados emprendieron la retirada por el camino de hierro.

Poco después el capitán Bailey marchó a exigir la rendición de la ciudad, mas como al llegar a las puertas le recibiese la multitud a silbidos, pidió que le escoltaran los principales ciudadanos hasta la Casa de la Ciudad. Al llegar a ella, Bailey exigió que se pusiese la bandera federal en todos los edificios públicos, mas habiendo manifestado el mayor Monroe que no tenía suficiente autoridad para hacerlo, envióse un parte al general Lovell, quien expuso a su vez que al evacuar la ciudad resignaba el mando en las autoridades municipales, y que por lo tanto podrían éstas obrar como lo tuviesen por conveniente. El capitán Bailey volvió entonces a dar cuenta de su cometido, y entre tanto el mayor Monroe, que se mostraba resuelto a no quitar la bandera del Estado, envió un mensaje al Consejo, que estaba en sesión, recomendándole se contestara al capitán Farragut, que no siéndole posible a la ciudad oponer resistencia alguna, se había visto en la precisión de ceder a la fuerza, mas que no debía entenderse por esto que renunciaba a su alianza con el Gobierno de la

Confederación. La conducta de las autoridades municipales pudo dar lugar a que ocurriera un conflicto, que felizmente se evitó. Algunas fuerzas, desembarcadas en Pensacola, izaron sin oposición alguna la bandera federal en el Mint, y allí permaneció hasta que algunos jóvenes confederados la arrancaron de donde estaba, arrastrándola por las calles. El capitán Farragut habría podido exigir de la autoridad que volviera a colocarla, so pena de destruir a Nueva Orleans, y aconsejó al mayor Monroe que lo hiciera, mas como éste se negara rotundamente, a fin de terminar de una vez tan enojosa cuestión, Farragut hizo desembarcar parte de sus tropas, y al fin se verificó la operación, quedando este asunto concluido.

El general Butler, testigo de la victoria alcanzada por Farragut, fue a unirse inmediatamente con las tropas de tierra y con ellos se dirigió al fuerte San Felipe, situando sus fuerzas de modo que pudiera aislar las dos guarniciones. Por su parte, el comandante Porter, seguido de sus cañoneras, continuo el bombardeo, y luego envió una bandera de parlamentario, exigiendo la rendición del fuerte, a lo cual no accedieron los sitiados. Sin embargo, al día siguiente, 28 de abril, doscientos cincuenta hombres del fuerte Jackson, a cuyo conocimiento llegó la toma de Nueva Orleans, rehusaron batirse más tiempo, y después de clavar algunos cañones, se rindieron a los destacamentos del general Butler. El teniente coronel Higgins, viendo entonces que todo estaba perdido, no vaciló en aceptar las condiciones de la capitulación ofrecida por el comandante Porter, y entregados los fuertes confiése al general Phelps su custodia, procediéndose desde luego a reparar los desperfectos causados por la artillería de la escuadra. Butler marchó desde luego con el general Williams a tomar posesión de los fuertes Pike y Wood, situados a la entrada del lago Pontchartrain, y seguido de dos vapores con dos mil hombres de tropas, dirigióse acto continuo a la ciudad¹⁸. En las conferencias que entonces tuvieron lugar entre el jefe unionista, la municipalidad y el mayor Monroe, sostuvo el primero que Nueva-Orleans debía considerarse ya como una ciudad de los Estados Unidos, en la que, vencida la rebelión, comenzaba a ejercer de nuevo su autoridad el Gobierno federal; pero Monroe, Mr. Soulé y la multitud, insistían en lo contrario, alegando que los federales no eran en su juicio sino unos invasores, y que antes de tomar medida alguna se debía consultar a los patrióticos ciudadanos del Sur. No siendo posible una avenencia, y después de haber sabido por el capitán Farragut cuanto ocurrió en la ciudad al presentarse la flota por primera vez, Butler dispuso que desembarcasen sus tropas, las cuales avanzaron entonces, obligando a la colérica multitud a que dejara el paso libre a fin de que se formaran los regimientos. Butler y su estado mayor recorrieron después las calles a pie, seguidos del regimiento de Massachusetts, cuya música iba tocando un himno patriótico al que servían a veces de acompañamiento los silbidos de la multitud. Cuando hubo llegado Butler al edificio de la Aduana, dispuso que se situara convenientemente la artillería, acuarteló parte de sus tropas y volvió a bordo de su vapor.

Aquella misma tarde Butler acabó de redactar una proclama y la envió a la redacción del *True Delta*, a fin de que se imprimiera y repartiese al público, pero como se negase a obedecer el editor, una compañía de soldados rodeó el edificio, y seis de ellos que eran cajistas se ocuparon en imprimir el escrito. El editor protestó contra esta violencia, pero entonces Butler suspendió la publicación del periódico, hasta que por último el día 6 de mayo apareció en sus columnas la proclama.

El gran palacio de Saint Charles se había cerrado repentinamente, pero Butler lo mandó abrir para establecer en él su cuartel general, y después invitó al mayor y los miembros del Consejo a que pasaran a verle al siguiente día. Hiciéronlo así en efecto, y el general les hizo presente que él era el dueño de la situación, que tenía derecho para castigar a todo aquel que no reconociese su autoridad, y que si bien podía la multitud silbar y gritar, no debía sin embargo permitir que se cometiese ninguna violencia, pues de lo contrario haría uso de sus cañones para barrer las calles y castigar a

18 En el bombardeo de los fuertes Jackson y San Felipe, tuvieron los confederados once muertos y treinta y nueve heridos, y se les cogieron trescientos noventa y tres prisioneros, sin contar los del regimiento Chalmette que se rindió al capitán Bailey. Según el parte oficial, parece que la verdadera pérdida de los federales ascendió a cuarenta muertos y ciento setenta y siete heridos.

los culpables. Costó algún trabajo persuadir de esto a los furiosos confederados, pero al fin entraron en razón: restablecióse el orden y no se cometió ningún ultraje ni violencia que mereciese castigo.

Para que se comprenda, sin embargo, hasta que punto llegaba la exasperación de los ánimos en la ciudad, citaremos un solo caso.

Las mujeres de Nueva Orleans, es decir, aquella parte de ellas que se titulaban señoras, eran ardientes partidarias de la Confederación, y como las tendencias aristocráticas son mucho más poderosas en el bello sexo que en los hombres, la esclavitud, por más que rebajase a éstos y degradara a las mujeres del Sur, era considerada por ellas como la primera patente de nobleza, y por esto querían conservarla, y no hubieran perdonado sacrificio alguno para conseguirlo. Decían en alta voz que si era necesario, estaban dispuestas a verter su sangre por la Confederación; excitaban a sus amigos contra los federales, negándose a tener trato alguno con aquellos que no se alistaran en el ejército separatista; llegaron hasta el punto de insultarlos cuando no lo hacían así, y trataron con el mayor desprecio y desdén a todos los oficiales y soldados unionistas. Constituía uno de sus principales adornos una banderita en miniatura con los colores de la Confederación, y cuando encontraban a un oficial unionista en la calle, pasaban a la otra acera como para evitar su contacto, sin contar que si por casualidad se veían en la precisión de hablar con alguno, usaban de un lenguaje tan insultante, que se necesitaba mucha paciencia para guardar las consideraciones que se merece el bello sexo. En Nueva Orleans llegó hasta el caso de que una señora escupiese a la cara a dos oficiales que se paseaban tranquilamente por una calle, y este hecho, apurando la paciencia de los jefes unionistas, fue el que indujo al general Butler a publicar su famosa orden, cuyo contenido es el siguiente:

«Cuartel general del departamento de Nueva Orleans, 15 de mayo de 1862.

»*Orden general*, núm. 28.

»Como quiera que los oficiales y soldados de la Unión han sufrido repetidos insultos de las mujeres (que se titulan señoras) de Nueva Orleans, aun cuando se les ha tratado con la mayor finura y cortesía, he resuelto que en lo sucesivo, cuando una mujer insulte a cualquier oficial o soldado de la Unión, con palabras o gestos, o de otro modo cualquiera, sea tratada y considerada como una mujer pública.

»Por orden del mayor-general Butler,

»C. Strong,

»Jefe de estado mayor.»

Esta orden hizo poner el grito en el cielo, no solo al mayor Monroe y a sus amigos, sino también al gobernador de Louisiana, y a todos los separatistas en general, y hasta el mismo Lord Palmerston la censuró severamente en la Cámara de los Comunes. Agotada ya su paciencia por tantas provocaciones y enojosas polémicas, el general Butler se vio al fin precisado a encerrar al mayor Monroe en una prisión, suprimiendo la municipalidad, y también tuvo por conveniente desterrar a Pedro Soulé, y dispuso que se encargase el coronel Shepley del mando militar de Nueva Orleans.

Otro de los actos del general Butler, que excitó la más severa censura por parte de sus enemigos, fue el siguiente. William B. Mumford, ciudadano de Nueva Orleans, era el que había conducido a las turbas para arrancar la bandera federal que ondeaba en el Mint, y este hecho había ocurrido después de la evacuación de la ciudad por Lovell, y cuando ésta estaba ya ocupada por las tropas unionistas. Semejante ultraje, aplaudido por el pueblo, hubiera justificado suficientemente una sangrienta represalia, tanto más cuanto que las autoridades de Nueva Orleans lo aprobaron tácitamente, permitiendo que el diario, *El Picayune*, elogiara el valor y patriotismo del hombre que había llevado su arrojo hasta el punto de arrancar la bandera enemiga. Cuando la ciudad llegó a estar ocupada completamente, y la autoridad restablecida, el general Butler mandó arrestar a Mumford; formósele causa, y probado el delito de rebelión, se le sentenció a morir en la horca, lo cual se verificó al día siguiente, aun cuando se dijo que Butler no se atrevería a tanto.

Ocupada Nueva Orleans, y reparadas las fortificaciones, el comandante Porter volvió a Ship-Island con una parte de la flota; algunos buques se estacionaron cerca de Nueva Orleans para atender a su defensa, y los demás, al mando del capitán Craven, marcharon a recorrer el río. Baton Rouge, capital del Estado, fue tomada sin resistencia el día 7 de mayo: el jefe militar rehusaba rendirse, pero el comandante Palmer desembarcó las fuerzas que llevaba en la cañonera *Iroquois*, tomó posesión del arsenal, y el capitán Farragut, que llegó poco después, adoptó las disposiciones mas oportunas para conservar aquel punto.

La escuadrilla al mando del comandante Lee no encontró oposición alguna hasta llegar a Vicksburg, y cuando en 18 de mayo se intimó la rendición, los defensores de la plaza se negaron a escuchar proposiciones en este sentido. Como los unionistas no contaban con fuerzas suficientes para comenzar el ataque, hubo que esperar la llegada de más tropas, y en efecto, de allí a poco se presentó el capitán Farragut con cuatro mil hombres al mando del general Thomas Williams. Sin embargo, como Vicksburg es una plaza muy fuerte y estaba muy bien defendida, no se comenzó el bombardeo hasta que se presentó la flotilla del comandante Porter, pero aun con este refuerzo nada se pudo conseguir por ser muy formidables las baterías de los confederados. El 28 de mayo de 1862 llegó el capitán Davis con su flotilla de cañoneras, mas aun no era aquello suficiente para emprender el asalto, sobre todo si se atiende a que el general Williams tenía diariamente bajas en sus tropas por causa de las enfermedades, de tal modo que aquellas se habían quedado reducidas a la mitad. El capitán Farragut bombardeó entonces a Donaldsonville, desde cuyo punto hacían los confederados un fuego continuo contra los unionistas, y consiguió destruirlo en parte, pero como el río iba bajando rápidamente, y esto era una gran desventaja para la flota, se levantó el sitio de Vicksburg en virtud de instrucciones recibidas de Washington, y el capitán Farragut volvió a Nueva Orleans a fines de mayo con la mayor parte de los buques.

El general Williams desembarcaba entre tanto cerca de Baton Rouge con las tropas de su mando, y como circulaba el rumor de que los confederados proyectaban un ataque con numerosas fuerzas, Williams ordenó a sus oficiales que estuvieran alerta para no ser sorprendidos a la mañana siguiente. Los separatistas habían averiguado por sus espías que la mayor parte de los soldados de Williams estaban en los hospitales, y sin duda por esto intentaban dar un golpe de mano.

Los separatistas se acababan de concentrar en Tangipahoa, a sesenta millas al Noroeste de Nueva Orleans, y sus fuerzas constaban de trece regimientos, en tanto que los federales sólo contaban con nueve. El ejército confederado, al mando del general John Breckinridge, se formó en dos alas; la de la izquierda a las órdenes del general Daniel Ruggels, y la de la derecha conducida por el brigadier general Charles Clarke, y el 25 de agosto de 1862 atacaron estas fuerzas simultánea y vigorosamente a tres regimientos federales que ocupaban el camino que conduce a Baton Rouge, obligándoles a retroceder después de haberse apoderado de dos baterías. Una densa niebla impidió que se pudiese reconocer la posición de los separatistas, y a esta circunstancia se debió también que el regimiento federal de Vermont hiciese fuego sobre el de Indiana, tomándole por enemigo. Las líneas de los unionistas se hallaban a dos millas del río, y por esta razón las cañoneras no pudieron prestar entonces su auxilio. La batalla fue encarnizada por espacio de dos horas, durante las cuales el ala derecha de los confederados hizo retroceder al regimiento de Maine, apoderándose de su campamento en tanto que el general Clarke hacia un poderoso esfuerzo para flanquear la izquierda del enemigo y caer sobre su retaguardia. El general Williams, adivinando la intención de su contrario, acababa de situar una batería, protegida por dos regimientos para rechazar el ataque, y merced a este movimiento fueron rechazados los separatistas por aquel punto con pérdidas considerables. Entre tanto el regimiento de Indiana se batía desesperadamente, pero la mayor parte de sus oficiales, incluso el teniente coronel Keith, el mayor Hayes y el ayudante Latham, habían muerto o estaban mortalmente heridos. Al ver caer a Latham, gritó el general Williams: «¡Bravos compañeros, vuestros oficiales han muerto, pero yo ocuparé su lugar!» Así diciendo, lanzóse Williams en lo mas recio de la pelea, pero en el mismo momento, atravesóle el pecho una bala y quedó muerto en el acto.

El coronel Cahill se encargó entonces del mando; pero puede decirse que la batalla estaba ya ganada, pues los separatistas habían agotado todos sus esfuerzos sin conseguir su objeto, principalmente porque la cañonera *Arkansas*, con cuya cooperación contaban, y que llevaba a bordo ciento ochenta hombres, no había llegado a tiempo para contribuir al ataque, así como tampoco otras dos que la acompañaban. Merced a esta circunstancia, las cañoneras federales, *Kineo*, *Katahdin*, *Essex* y *Cayuga*, pudieron luego auxiliar a las tropas unionistas, tirando sobre el enemigo aun cuando se hallaba a una gran distancia. Breckinridge emprendió pues la retirada con una pérdida de trescientos hombres, incluso el general Clarke que estaba gravemente herido.

Además de los oficiales muertos, tuvieron los federales trescientas bajas, pero cogieron cien prisioneros.

A la mañana siguiente, el comandante Porter, seguido de la cañonera *Essex*, de siete cañones, de la *Cayuga* y de la *Sumter*, salió en busca de la cañonera confederada *Arkansas*, mas como esta tenía averiada su máquina, no le era posible oponer gran resistencia, y así pues, cuando la *Essex* estaba a cuatrocientas varas de distancia, el teniente Stevens pegó fuego a la *Arkansas*, huyendo en los botes con la tripulación. El comandante Porter permaneció en Baton Rouge hasta la evacuación de las tropas federales que se concentraron luego para rechazar un proyectado ataque contra Nueva Orleans.

Como los preparativos que había hecho el general Butler hacían perder a los confederados la esperanza de recobrar la ciudad, desistieron de su proyecto, resolviendo destinar a otro servicio las tropas que con este objeto tenían reunidas, y al saberse esto, diose orden al general Weitzel para marchar a Lafourche, rico distrito situado al Sudoeste de Nueva Orleans entre la ciudad y el golfo, a fin de restablecer allí la autoridad de la Unión. En aquel distrito había una gran riqueza; ejerciase en él principalmente la industria azucarera, y mas de la mitad de su población se componía de esclavos, pero su guarnición militar siempre escasa, lo era entonces mucho más por hallarse empleada en otro servicio. Merced a esta circunstancia principalmente, el general Weitzel se apoderó sin dificultad de toda aquella región en 29 de octubre de 1862, después de dos o tres encuentros, en los cuales no sufrió grandes pérdidas. Todas las familias acomodadas huyeron al aproximarse el enemigo; pero los negros proclamaron alegremente a Weitzel como su libertador. El general Butler creyó de su deber secuestrar el distrito citado a fin de que no se destruyese la cosecha de caña de azúcar y pudiera utilizarse para remediar la miseria de muchos infelices, y a este efecto nombró una comisión para que se encargase de la propiedad y se vendiera en pública subasta, destinando una parte a socorrer las necesidades de los leales ciudadanos, y otra a los gastos de campaña. Recobrados, pues, dos distritos principales, dispuso el Congreso que se procediera a la elección de dos representantes, y habiendo obtenido el mayor número de votos Mrs. Benjamin F. Flanders y Michael Hahn, tomaron asiento en la Cámara a principios de diciembre siguiente.

Hacia fines de noviembre, el general Butler supo por sus espías que se acababa de nombrar para reemplazarle en el mando al general Banks, quien según era de creer se había puesto ya en camino. Pocos días antes de llegar esta noticia a conocimiento de los federales, los separatistas de Nueva Orleans apostaban a que antes de terminarse el año sería llamado el general Butler por su Gobierno, y es de advertir que el Presidente de la Confederación Mr. Jefferson Davis lo supo, no sólo antes de nombrarse al general Banks, sino también antes que se le comunicara la orden al general Butler. Es de presumir que disgustado el ministro francés por la conducta del general unionista en Nueva Orleans, influyera en este cambio; nosotros sólo diremos que el nombramiento de Banks llevaba la fecha del 9 y no se le comunicó hasta algunas semanas después.

El general Banks llegó a Nueva Orleans en 14 de diciembre de 1862, donde fue recibido con todas las consideraciones que se merecía por su elevado cargo, y el día 23, el general Butler se despidió de sus numerosos amigos para dirigirse a Nueva York, mas no sin expedir antes una proclama al pueblo de Nueva Orleans. Butler ignoraba seguramente que Mr. Jefferson Davis había publicado otra el día antes, tratándole de villano, de renegado y de enemigo de la humanidad. El Presidente de la Confederación prevenía asimismo que si algún oficial confederado se apoderaba

del general, lo mandara ahorcar inmediatamente sin formación de causa, y encargaba igualmente que a todos los subordinados de Butler se les considerase como criminales que solo merecían la pena de muerte¹⁹. Mr. Richard Yeadon, de Charleston, puso una nota en esta proclama, ofreciendo una recompensa de diez mil dólares por la captura y entrega del llamado Benjamin Butler, muerto o vivo, a cualquiera autoridad confederada.

El general Butler había tomado a Nueva Orleans con trece mil setecientos soldados, y sin haber recibido refuerzos, ponía a disposición de su sucesor diez y siete mil ochocientos hombres disciplinados convenientemente, incluso tres regimientos de negros y dos baterías servidas por los mismos. Además de esto acababa de remitir al Tesoro la suma de trescientos cuarenta y cinco mil dólares, después de gastar quinientos veinticinco mil para socorrer a los pobres de Nueva Orleans, y el producto de los impuestos, multas y confiscaciones, que ascendía a un millón ochenta y ocho mil dólares, habíase aplicado el servicio público. Inútil parece decir que el general Butler era odiado por todos los separatistas y sobre todo por aquellos extranjeros influyentes que, aunque consagraron sus recursos a favorecer la causa de la Confederación, no habían tomado las armas y no merecían por lo tanto que se les tratara con la dureza con que les trató el general Butler.

Hemos dado ya cuenta de las principales operaciones en la Carolina del Norte y en el capítulo siguiente hablaremos de las de Virginia, que no dejaron de ser importantes por todos conceptos.

APÉNDICE

BIOGRAFÍA DEL GENERAL BURNSIDE

El general Ambrose Everett Burnside nació en Liberty, condado de Union, en 23 de mayo de 1824. En 1842, a la edad de diez y nueve años, ingresó en la academia militar de West Point, donde se graduó en 1847, habiéndosele conferido después el despacho de teniente segundo del cuerpo de artillería de los Estados Unidos. En el mes de septiembre del mismo año, pasó al tercer regimiento para servir bajo las órdenes del capitán Bragg, quien fue más tarde uno de los primeros generales de la Confederación, y después marchó con la división del general Patterson a México donde permaneció hasta la conclusión de la guerra. En esta campaña tuvo que marchar muchas veces contra los indios de Nuevo México, y en agosto de 1849 distinguióse en una escaramuza con los Apaches, ocurrida en el sitio llamado de Las Vegas. Por su valor y arrojo en aquella ocasión se le ascendió a primer teniente.

En la comisión elegida para fijar los límites entre México y los Estados Unidos, Burnside fue nombrado inspector, y en 1851, siendo portador de unos despachos del coronel Graham al Presidente Fillmore, realizó el memorable hecho de haber recorrido a caballo, sin mas escolta que tres hombres, una distancia de mil doscientas millas, en solo diez y siete días, atravesando una región poblada de indios hostiles. Burnside se encargó luego de la custodia del fuerte Adams, pero

19 La ejecución de Mumford, el encarcelamiento de muchas personas que no se habían batido, la orden referente a las señoras de Nueva Orleans y el secuestro en el distrito de Lafourche, ordenado por Butler, fueron las principales causas en que se fundó Jefferson Davis para publicar su proclama, cuyos artículos estaban concebidos en los siguientes términos:

PRIMERO. Todos los oficiales al mando de Benjamin Butler no serán considerados como militares, sino como criminales que merecen la muerte, y cuando alguno de ellos llegue a ser cogido, se procederá inmediatamente a su ejecución.

SEGUNDO. Los oficiales auxiliares y agentes del ejército de Butler, se considerarán sólo como ciegos instrumentos de aquel, y por lo tanto se les tratará, en caso de ser habidos, como prisioneros de guerra, enviándoles a sus casas bajo palabra de que no vuelvan a tomar las armas en favor de los Estados Unidos.

TERCERO. Todos los esclavos cogidos con las armas en la mano serán sometidos a las autoridades para que se les juzgue con arreglo a nuestras leyes.

CUARTO. Lo mismo se hará con todos los oficiales de los Estados Unidos cuando promuevan alguna insurrección entre los negros contra las autoridades de los diversos Estados de la Confederación.

Firmado y sellado en Richmond, en 23 de diciembre de 1862.—Jefferson Davis.

así como muchos de nuestros oficiales, era de carácter emprendedor, y no gustándole una vida tan poco activa, dimitió su cargo en 1853 para buscar en la carrera civil una ocupación más de su agrado.

Habiendo inventado al poco tiempo un nuevo rifle de los que se cargan por la culata, consagróse exclusivamente a perfeccionarlo durante la Administración de Buchanan, pues el Secretario de la Guerra, Floyd, le había prometido que lo adoptaría el Gobierno, si bien es verdad que aquel poco escrupuloso ministro hizo luego un contrato con otro inventor que le ofreció una parte en las ganancias, y por esta razón no adoptó el Gobierno el rifle de Burnside. Esto privó al futuro general de las utilidades que esperaba obtener, causándole grandes pérdidas, pero en cambio su hermano tuvo más suerte y fue favorecido por el Gobierno, quien le compró un considerable número de rifles.

Burnside desempeñó luego el cargo de Presidente de la Junta de ferrocarriles de Illinois, y entonces hizo que su esposa con quien se había casado en Bristol, se trasladara a Chicago, donde reanudó sus relaciones con el general Mc Clellan, asociado también en la Compañía del camino de hierro de Illinois. Burnside fue nombrado poco después tesorero de ésta, y se trasladó a Nueva York, donde residía cuando el gobernador Sprague, de Rhode-Island, le invitó a encargarse del mando del primer regimiento de voluntarios de aquel Estado. Habiendo servido ya como mayor general de la milicia cuando se hallaba en Bristol, Burnside aceptó desde luego la oferta y marchó con su regimiento a Washington; durante los días de ansiedad y alarma en que la capital estuvo en peligro, distinguióse, no sólo por su actividad y energía, sino por lo bien que sabia disciplinar sus tropas. En la desastrosa batalla de Bull Run mandaba la vanguardia como brigadier general, dando pruebas de una gran intrepidez, y si todos hubieran seguido su ejemplo, acaso la derrota se hubiese convertido en una victoria. Supónese que él fue quien insistió en demostrar que el ejército del Potomac no reunía suficientes condiciones para atacar a un enemigo atrincherado.

Reconociendo el Gobierno desde luego el mérito de Burnside, confirióle a poco el grado de mayor general, y a no dudarlo no hubiera podido confiarse el mando de la tercera expedición contra los separatistas a un hombre más competente que él.

Burnside tiene todas las cualidades del héroe popular; alto, de agradable aspecto y marcial continente, es tan hábil jinete como valeroso guerrero, y todo en él revela un hombre enérgico y activo; aunque de afable conversación y amigo de la sociedad, habla siempre con cierto énfasis, y al emitir sus opiniones parece que su único deseo es convencer y no buscar el aplauso de sus oyentes. Su frente despejada y su entrecejo dan a conocer al hombre de reflexión, y su prematura calvicie, comunicando mayor gravedad a sus facciones, le dan un aire mas respetable; sólo tiene treinta y ocho años, pero se le creería de mucha más edad.

El general Burnside se encargó en el mes de enero de 1862 del mando de la tercera expedición que enviaba el Gobierno federal a la costa del Sur, y que terminó con la toma de la isla de Roanoke, Elizabeth-City y Newbern. Sabido es que entonces alcanzó una gran victoria, haciéndose acreedor a las consideraciones de su Gobierno.

6. OPERACIONES MILITARES EN VIRGINIA DURANTE EL AÑO 1862

Debates sobre el plan de campaña. Desacuerdo entre el Gobierno federal y el comandante en jefe. Los caminos de Richmond. Se acuerda que el ejército federal avance por la península. Batalla de Kernstown. El Merrimac. El Monitor. Combate del Merrimac con el Monitor. El general Mc Clellan pone sitio a Yorktown. La batalla de Williamsburg. Combate de West Point. Los separatistas evacúan a Norfolk. Quejas de Mc Clellan. Correspondencia de Mc Clellan con el Presidente. Combate de Mc Dowell. El general Banks es rechazado por los separatistas. Jackson sorprende a Front Royal. Retirada de Jackson. Captura del coronel Kane. Muerte del general Ashby. Combate de Croos-Keys. Jackson derrota a Tyler en Port Republic. Heth derrotado por Crook en Lewinsburg.

Ya hemos dicho que el Secretario de la Guerra, el general Simon Cameron, había sido reemplazado en 13 de enero de 1862 por el honorable Mr. Edwin, M. Stanton, abogado eminente, sin conocimientos militares y de limitada experiencia en los asuntos públicos, pero de una energía a toda prueba, y en extremo celoso en el servicio de la causa que defendía. Dos semanas después de su nombramiento, es decir, el 27 de enero, el presidente Lincoln expidió una orden disponiendo que el 22 de febrero siguiente se avanzase desde todos los puntos sobre el enemigo, y asimismo anunciaba que los Secretarios de la Guerra y de la Armada, con todos sus subordinados, así como el general en jefe y sus oficiales serían responsables de la pronta ejecución de esta orden. Cuatro días mas tarde se comunicó otra especial al general Mc Clellan, previniéndole que para el 22 de febrero, o antes si era posible, pusiera en movimiento todas las fuerzas disponibles del ejército del Potomac a fin de ocupar inmediatamente un punto en la vía férrea del sitio conocido con el nombre de Confluencia de Manassas. Aunque firmaba esta orden el Presidente Abraham Lincoln, es de presumir que fue aconsejada por el nuevo Secretario de la Guerra, quien ya había excitado al general Mc Clellan a que adoptase las disposiciones oportunas para restablecer las comunicaciones de Baltimore y Ohio, y obligar a los separatistas a retirar de las orillas del bajo Potomac las baterías que molestaban el paso de los buques. El Presidente había encargado ya antes al general unionista que organizara su ejército en cuatro o cinco distintos cuerpos, al mando de jefes de su elección, pero aquel manifestó que deseaba primero probar a sus oficiales para resolver después quiénes serían los más a propósito para desempeñar el mando. Al fin en 8 de marzo, el Presidente Lincoln expidió otra orden organizando el ejército del Potomac en cuatro divisiones mandadas por los generales Mc Dowell, Sumner, Heintzelman y Keyes, sin contar las fuerzas destinadas a la defensa de Washington, a las órdenes del brigadier general James Wadsworth, quien seguiría desempeñando el cargo de gobernador militar del distrito de Columbia, y un quinto cuerpo formado con las fuerzas del alto Potomac que estaría a las órdenes del general Nath'l P. Banks. El general Mc Clellan tomó entonces sus disposiciones para dar cumplimiento a la orden del Departamento de la Guerra.

Parece ser que el primitivo plan del general en jefe consistía en avanzar sobre Richmond por el Rappahannock, desembarcar en Urbana, y establecer en West Point, cerca del río York, el centro de operaciones, proyecto que parecía mucho más preferible al adoptado después y cuyo objeto era elegir por centro el fuerte Monroe. Sin embargo, cualquiera de estos planes, u otro que tuviese por objeto acercarse a Richmond por distinto camino que el del Norte, ofrecía el gran inconveniente de dividir y dispersar las fuerzas, dejando las metrópolis con sus grandes depósitos de armas, municiones y víveres a merced de los separatistas, que no dejarían seguramente de saquearlos y

destruirlos si el gran ejército federal se dividía para concentrarse luego en la península de Virginia. Teniendo en cuenta estas razones, el Presidente, antes de aprobar el proyecto del general Mc Clellan le dirigió la siguiente carta:

«*Washington; Departamento ejecutivo. 3 de febrero de 1862.*

»Muy señor mío: no somos del mismo parecer respecto a la dirección que debe seguir el ejército del Potomac; opináis que vaya por el Cheseapeake y Rappahannock a Urbana, a fin de establecer el centro de operaciones cerca del río York, pero yo creo sería mejor que se encaminara directamente hacia la vía férrea al Sudoeste de Manassas.

»Si contestáis satisfactoriamente a las siguientes preguntas que os dirijo, adoptaré vuestro plan con preferencia al mío.

»Primera. ¿No costaría vuestro proyecto mucho más *tiempo y dinero* que el mío?

»Segunda. ¿Cómo creéis la victoria más segura, con vuestro proyecto o con el mío?

»Tercera. ¿Con cuál de los dos la creéis más probable y útil?

»Cuarta. ¿No os parece que con vuestro plan no se conseguiría cortar del todo las comunicaciones del enemigo y con el mío sí?

»Quinta. En caso de un desastre, ¿no sería más difícil la retirada con vuestro plan?

»Vuestro afectísimo, *Abraham Lincoln.*»

Estas preguntas no fueron contestadas directamente, pero en una extensa carta dirigida después al Secretario de la Guerra, manifestábele el general Mc Clellan que la posición de los confederados era muy fuerte; que los vados del Occoquan se hallaban muy bien defendidos por baterías ocultas, situadas en las alturas en medio de grandes atrincheramientos; que cuando el ejército federal avanzara desde Accotink a Occoquan, el ala derecha quedaría expuesta a ser atacada en Fairfax Station, Sangster's y Unión Mills; que no sería conveniente dividir el ejército dejando una parte al frente de Centerville mientras el resto cruzaba el río, y finalmente, que los caminos en aquel punto estarían intransitables aun por espacio de muchas semanas para el paso de las tropas, a causa de las lluvias y de las nieves. El general Mc Clellan terminaba su carta de este modo:

«Dando por seguro el éxito de las operaciones y el triunfo de las tropas federales, queda reducida la cuestión a saber cuál será la importancia de los resultados obtenidos. Yo creo que estos se limitarían a posesionarnos del campo de batalla, a la evacuación de la línea del alto Potomac por el enemigo y al efecto moral de la victoria; importantes resultados, es cierto, pero que no son decisivos en estas guerras ni aseguran la destrucción del ejército enemigo, toda vez que este podría tomar otras posiciones y batirnos una y otra vez siempre que se lo permitiese el estado de sus tropas. Si no se hallara en disposición de aceptar la lucha fuera de los atrincheramientos de Richmond, sería muy difícil y enojoso seguirle allí, porque destruiría sus vías férreas, puentes y demás medios de comunicación en todo aquel país en que los caminos son malísimos, y es muy probable que nos viéramos obligados a trasladar a otro punto el teatro de la guerra, o a buscar un camino mas corto para ir a Richmond con mucha menos fuerza y empleando mucho mas tiempo. De este modo también habríamos obligado al enemigo a concentrar sus fuerzas y perfeccionar sus medios de defensa, en aquellos puntos precisamente en que mas nos conviene cogerlo desprevenido.

»Adoptando mi plan, seguiremos el camino mas corto que conduce a Richmond, llegando directamente al centro del enemigo, pues los caminos en aquella región son intransitables en todas las estaciones del año.

»El terreno es además mucho mas favorable que el que se halla frente a Washington, para las operaciones ofensivas, porque hay más llanura, los bosques no son tan espesos, el terreno es arenoso y la primavera comienza dos o tres semanas antes. Un acertado movimiento en aquella línea bastará para que el enemigo abandone sus atrincheramientos de Manassas a fin de cubrir apresuradamente a Richmond y Norfolk, y no puede prescindir de hacerlo, porque si nos permitiera ocupar el primero de dichos puntos, no le quedaría más remedio, a fin de evitar su destrucción, sino

derrotarnos en una batalla en que tomara la ofensiva. Si el movimiento que yo propongo obtuviese un buen resultado, caerían en nuestro poder la capital, las comunicaciones, los víveres del enemigo, Norfolk, las aguas del Chesapeake y toda la Virginia, viéndose entonces el enemigo en la dura precisión de abandonar el Tennessee y la Carolina del Norte. Así no le quedaba tampoco al enemigo más alternativa que batirnos en una posición elegida por nosotros, dispersarse, o pasar por las horcas Caudinas.

»Dado caso de que se nos derrotase en una batalla, podemos asegurar la retirada en dirección al fuerte Monroe con nuestros flancos protegidos por la flota, y durante la marcha, el izquierdo estará escudado por el río, y en cuanto al derecho también está seguro, porque el enemigo se hallará demasiado distante para alcanzarnos a tiempo».

Pasaron algunos días antes de que el Presidente tomara en consideración estas observaciones, a pesar de que se necesitaba tiempo y hacer grandes gastos para transportar por agua tan numeroso ejército. El Subsecretario de la Guerra, John Tucker, fue el encargado de llenar este servicio, y recibida la orden, en poco más de treinta días, hizo transportar desde Perriville, Alejandría y Washington, al fuerte Monroe ciento veintiún mil quinientos hombres, catorce mil quinientas noventa y dos cabezas de ganado, mil ciento cincuenta vagones, cuarenta y cuatro baterías, y setenta y cuatro ambulancias, además de los pertrechos militares, telégrafos, barcas y todo el inmenso material de guerra que se necesitaba para emprender una campaña semejante.

La causa de haber combatido Mc Clellan el primer plan propuesto por el general Lincoln, era principalmente el haber creído que las fuerzas de los confederados no bajaban de ochenta a cien mil hombres, con trescientas piezas de artillería, si bien, los que deseaban que se diera un golpe decisivo, insistían en asegurar que el ejército enemigo sólo constaba de sesenta mil hombres o acaso menos²⁰.

Como el general Beauregard tenía que ir a encargarse del mando del ejército del Oeste, confirióse el de Virginia al general Joseph Johnston, quien desde luego comenzó a evacuar tranquila y cuidadosamente sus cuarteles de invierno, de tal modo que ya el 8 de marzo se había situado detrás del Rapidan, sin dejar detrás de sí nada que pudiera ser de alguna utilidad a los federales. Este atrevido cuanto peligroso movimiento de tropas se llevó a cabo de una manera tan admirable, y tan mala era por otra parte la policía secreta de Mc Clellan, que, según parece, nada supo el general hasta el día después de haber quedado terminada la evacuación. Cuando llegó esta noticia a conocimiento del general en jefe del ejército federal, dispuso que éste avanzara sobre Centerville y Manassas, por no haber llegado aun los transportes que debían conducir las tropas al Chesapeake, y también con el fin de acostumar a sus soldados a las marchas y contramarchas y a la vida del campamento. La vanguardia de caballería, al mando del coronel Averill, llegó al día siguiente a las desiertas líneas de Centerville, abandonadas por el enemigo, y como era de esperar no había allí confederados ni se encontraron tampoco, hasta dar vista a un punto llamado Warrenton Junction (confluencia del Warrenton), donde el general Stoneman, que mandaba la caballería, avistó una numerosa fuerza de confederados, y volvió grupas sin querer atacarles. El grueso del ejército unionista regresó al Potomac en 11 de marzo, en cuyo día el Presidente expidió otra orden relevando al general Mc Clellan del mando de todos los departamentos militares excepto el del Potomac, y disponiendo que la autoridad del general Halleck se extendiera al valle del Missisippí y a la línea Norte y Sur de Knoxville, donde debería crearse un nuevo- departamento llamado de la Montaña, del que se encargaría el general Fremont.

A no dudar, esta orden indicaba claramente que Mr. Lincoln no tenía absoluta confianza en su general en jefe: por nuestra parte sólo diremos que si bien es cierto que el jefe de un gran ejército que operara contra Richmond no podía dirigir debidamente los movimientos de otras tropas diseminadas por todo el país, ni aun recurriendo a las comunicaciones telegráficas, no lo es menos

20 Al hablar sobre este punto los escritores del Sur y los oficiales ingleses que sirvieron en el ejército separatista o fueron a visitarle durante aquella campaña, aseguran unánimemente que las fuerzas efectivas de los confederados durante aquel invierno apenas ascendían a cincuenta mil hombres.

que hubiera sido ventajoso que una sola cabeza dirigiera todas las operaciones-militares, saliendo responsable de la distribución y concentración de las fuerzas. Un Secretario de la Guerra, por muy inteligente y entendido que sea, tiene que atender a demasiados asuntos para desempeñar a la vez el cargo de generalísimo.

Dos días después, celebraron los jefes militares una conferencia en Fairfax-CourtHouse, y se acordó, por razones que ignoramos, desembarcar el ejército federal en Old Point Comfort, entre los ríos York y James, y no en Urbana como se había dispuesto al principio. Esta desgraciada resolución²¹, y la llamamos así por los infelices resultados que tuvo, fue comunicada inmediatamente al Departamento de la Guerra, que trasladó al general Mc Clellan una orden concebida en estos términos:

«Departamento de la Guerra, 13 de marzo de 1862.

»Al mayor general Mc Clellan.

»Habiendo tomado en consideración el Presidente el plan de operaciones que habéis concertado con los diversos jefes del ejército, ha tenido a bien aprobarlo, aunque previniendo se observen las siguientes instrucciones:

»Primero. Dejar en la confluencia de Manassas el número de fuerzas suficientes para que el enemigo no pueda recobrar de ningún modo este punto.

»Segundo. Proteger convenientemente a Washington.

»Tercero. Marchar con el resto de las fuerzas por el Potomac y establecer un nuevo centro de operaciones en el fuerte Monroe o el punto que pareciere mas oportuno, a fin de que sea posible luego perseguir al enemigo.

»Edwin M. Stanton,

»Secretario de la Guerra.»

En cumplimiento de lo que se le prevenía, Mc Clellan dispuso que el general Banks. marchase con dos divisiones desde el valle de Shenandoah a Manassas, a fin de atrincherarse y reparar las vías férreas y puentes, ocupando a Warrenton y dejando en Winchester dos regimientos de caballería.

Banks había ya hecho atravesar el Potomac por Harper's Ferry al regimiento de Pennsylvania, a las órdenes del coronel Geary, y pronto se apoderó de Bolivar, Leesburg, Charlestown, Martinsburg y las alturas de Loudon, obligando a los confederados a retroceder hasta Winchester, cuya población evacuó Jackson sin disparar un tiro, en 19 de marzo. El general Shields le persiguió hasta Newmarket, pero encontróle allí fuertemente atrincherado dispuesto a aceptar el combate, por cuya razón retiróse rápidamente perseguido a su vez por la caballería de Jackson mandada por Turner Ashby. En la tarde del 22 de marzo, y habiendo destacado el general Banks una división en dirección a Centerville, los espías de Jackson le anunciaron que Shields contaba entonces con cuatro regimientos que sería fácil destruir, y en su consecuencia, Ashby recibió orden de atacarle, lo cual hizo resueltamente. En la escaramuza que se siguió, un fragmento de metralla fracturó el brazo al general Shields, y recibió otras dos heridas de tal gravedad en la espalda, que se vio en la precisión de retirarse del combate. Según parece, Jackson contaba con tres mil ochenta y siete infantes, veintisiete cañones y doscientos noventa jinetes, y el general Shields con seis mil hombres de infantería, setecientos cincuenta de caballería y veinticuatro piezas, cuyas fuerzas se hallaban situadas a tres millas de Winchester y a media de un pueblecillo llamado Kernstown.

21 Parece que este acuerdo tenía por objeto: Primero. Neutralizar el auxilio del buque de guerra enemigo, llamado Merrimac. Segundo. Facilitar los medios de transporte al nuevo centro de operaciones. Tercero. Reunir una fuerza naval bastante poderosa para apagar el fuego de las baterías enemigas en el río York. Cuarto. Dejar en Washington el necesario número de fuerzas para proteger la ciudad en caso de ataque.

Los fuertes situados a la orilla derecha del Potomac deberían guarnecerse fuertemente, ocupando asimismo los de la izquierda, y de este modo se tendría enfrente de Virginia una línea de veinticinco mil hombres al mando de los generales Keyes, Heintzelman y Mc. Dowell. Cuarenta mil hombres bastarían para la defensa de la ciudad.

El general Banks había permanecido con Shields hasta las diez de la mañana del domingo 23 de marzo, en cuyo día, habiéndose practicado un cuidadoso reconocimiento, sin descubrir de frente más que a la caballería de Ashby, creyóse que Jackson no contaba con suficientes fuerzas para arriesgar un ataque, o no lo creía conveniente, y por lo tanto Banks marchó a Washington por la vía de Harper's Ferry. Antes del medio día, no obstante, el coronel Kimball avisó a Shields que acababa de descubrirse una batería enemiga apoyada por fuerzas considerables de infantería, y con este motivo dióse orden de avanzar a la brigada de Sullivan a fin de que auxiliara a Kimball, y la artillería federal rompió entonces el fuego contra dos baterías del enemigo, pero a tal distancia que no resultó ninguna pérdida. Al poco tiempo, sin embargo, se presentaron numerosas tropas de Jackson e hicieron un esfuerzo para sorprender el ala izquierda de los federales, mas la brigada de Sullivan opuso una enérgica resistencia, y aun cuando Jackson reforzó su izquierda con dos baterías mas y parte de la reserva, llegó oportunamente la brigada de Tyler con cuatro regimientos. Siendo ya los federales mucho más numerosos que los separatistas, fueles preciso a estos retroceder hasta la posición que ocupaban antes, donde se trabó un encarnizado combate. El fuego era mortífero, pero la vanguardia unionista cargó con tal ímpetu, que al fin desalojó a sus contrarios de sus posiciones, apoderándose de dos piezas y muchas armas. Merced a la oscuridad de la noche, los separatistas, que se retiraban en buen orden, no pudieron ser perseguidos.

Jackson atribuyó en parte su derrota a un error del general Garnett, quien dispuso la retirada en vez de hacer frente al enemigo, pero el verdadero error fue de Jackson por haber aceptado el combate cuando apenas contaba con cinco mil hombres, mientras el enemigo disponía de once mil. Las pérdidas de los confederados ascendieron a unos ochenta muertos, trescientos cuarenta y dos heridos y doscientos sesenta y nueve extraviados, la mayor parte de ellos prisioneros, lo que hace un total de seiscientos noventa y uno; los federales tuvieron ciento tres de los primeros, incluso el coronel Murray, cuatrocientos cuarenta y uno de los segundos, y veinticuatro de los terceros.

Persuadido el general Shields de que Jackson recibiría bien pronto refuerzos, envió a buscar la división de Williams, mas el general Banks, a quien ya se había dado cuenta de la batalla por telégrafo desde Winchester, se había anticipado a esta orden, y él mismo fue a reunirse con Shields a la mañana siguiente a fin de perseguir a Jackson, pero ya era demasiado tarde.

Hemos visto que el consejo de oficiales del general Mc Clellan había acordado en 13 de mayo no desembarcar en Urbana por el Rappahannock, y avanzar sobre Richmond por West Point, estableciendo cerca del río York el centro de operaciones. Esta malhadada resolución dio lugar a un desastroso combate naval en Hampton Roads, combate que seguramente hubiera podido evitarse, y con él sus funestas consecuencias. Ya hemos hablado del cobarde abandono del arsenal de Norfolk por un oficial unionista, al principiarse la lucha, y ahora recordaremos que entre los buques que quedaron en poder del enemigo contábase la fragata blindada *Merrimac*, que aunque sumergida en parte por orden del capitán Mc Cauley, fue sacada a flote por los separatistas, quienes resolvieron comenzar con ella sus operaciones navales. El ingeniero Williamson, y el constructor de la armada Porter, juntamente con el teniente Brooke, convirtieron luego este buque en una terrible máquina de destrucción; y aquí nos parece oportuno dar una cuenta detallada de este hecho y de sus consecuencias, porque seguramente inauguró una nueva era en la marina de guerra.

Los federales, que se habían creído dueños absolutos de las aguas, supieron luego de pronto que un extraño buque llamado el *Merrimac* había salido del fuerte Norfolk, sembrando el terror por todas partes, si bien tuvo que ceder luego a otro rival digno de él llamado el *Monitor*. El *Merrimac* llevaba cañones Armstrong de a ciento, sin contar otras piezas de menor calibre, y su proa estaba armada de un gran espolón de hierro como las antiguas galeras. El 8 de marzo, salió el *Merrimac* de Río Isabel escoltado por varias cañoneras blindadas, y se dirigió a la entrada del río James, en el cual hallábanse dos viejas fragatas de vela de la marina federal, llamadas *Cumberland* y *Congreso*. Estos dos buques hicieron fuego con todos sus cañones contra el inesperado enemigo que se aproximaba, mas no consiguieron causarle daño alguno, pues las balas resbalan en una especie de escudo de hierro, que ligeramente inclinado la protegía perfectamente. El *Merrimac* continuó

entonces su marcha, aunque con lentitud, y cuando estuvo bastante cerca, clavó su espolón en el costado del *Cumberland*. El choque, por más que parezca extraño, no se sintió apenas en ninguno de los dos buques, pero había bastado para herir de muerte a la fragata federal que comenzó a sumergirse majestuosamente, arrebatando consigo doscientos hombres de su tripulación, que hasta el último instante habían estado haciendo fuego con su poderosa artillería. Aquel fue un espectáculo imponente, pero en tan terrible choque habíase roto el espolón del *Merrimac*, y sin duda por esta razón, en vez de hacer lo mismo con el *Congreso*, limitóse a romper contra la fragata un fuego tan nutrido, que al poco tiempo viose precisada a desplegar todas las velas para escapar. Llena su cubierta de muertos y moribundos, encalló luego cerca de la orilla, en el momento en que se declaraba el fuego a bordo. Al emprender la persecución para coger algunos prisioneros, los marinos del *Merrimac* quedaron expuestos a un mortífero fuego de fusilería, que partió de la costa, y una bala hirió a su intrépido capitán Mr. Buchanan.

Entretanto la escuadra de los federales, reunida en Hampton-Roads, se había puesto en movimiento para ir en auxilio de los buques que se hallaban en el río James; pero aquella no podía servir de mucho, pues no constaba sino de tres fragatas, de las cuales solo la *Minnesota*, que era de hélice y de las mismas dimensiones que el *Merrimac*, se hallaba en estado de oponer alguna resistencia. Las otras dos, la *Roanoke*, también fragata de hélice, pero que había perdido parte de su arboladura, y la *St. Lawrence*, vieja fragata de vela, no servían absolutamente para nada, y no es de extrañar por lo tanto que después de haber hecho estos dos buques esfuerzos infructuosos para trasladarse al lugar del combate, tuvieran que volver al punto donde se hallaban anclados. En cuanto a la *Minnesota*, que acaso hubiera podido hacer frente al *Merrimac*, no con su artillería, sino aprovechándose de su ligereza para abordar al enemigo, navegaba tan mal cuando no tenía bastante agua bajo la quilla, que no tardó en hallarse en una posición muy crítica y expuesta a los mayores peligros. Es indudable que si en aquel momento hubiera llegado el *Merrimac*, la *Minnesota* habría sufrido la misma suerte que el *Cumberland* y el *Congreso*; mas la tripulación del buque enemigo, queriendo sin duda vengar a su capitán, permaneció cañoneando el campamento y baterías de Newport-News, de donde había partido la bala que hirió a Mr. Buchanan, y poco después penetró en Norfolk, cuando ya era de noche, con la intención, a no dudarlo, de terminar al día siguiente su obra destructora.

Al otro día, sin embargo, llegó el *Monitor*, que según veremos era un digno rival del *Merrimac*, y aquí nos parece oportuno hacer una descripción del Monitor, que seguramente no dejará de interesar a nuestros lectores, ayudándole a comprender bien la estructura de aquel extraño buque, pero permítenos el hacer uso de una comparación muy familiar. Pocas personas habrá que no hayan visto esos bizcochos cilindros llamados de Saboya, cubiertos de una capa de chocolate, y que constituyen uno de los principales adornos de las pastelerías; ahora bien, figúrese el lector uno de esos bizcochos colocado verticalmente en el centro de una bandeja oblonga, y podrá formar una idea exacta del aspecto exterior del *Monitor*. El bizcocho de Saboya, a que aludimos, es una torre de hierro con dos aberturas por las cuales asoman la boca sus dos enormes cañones, pero es de advertir que dicha torre es giratoria, y por lo tanto tiene la propiedad de dar vueltas sobre su eje por medio de un aparato muy ingenioso, de manera que puede dirigir sus piezas a cualquier punto del horizonte. En cuanto a la bandeja oblonga, es una especie de cubierta que está casi a flor de agua y que contiene la máquina, las municiones, la tripulación, etc. Desde lejos no se ve más que la torre, y esta torre flotante, de un aspecto tan extraño, fue la primera cosa que llamó la atención del *Merrimac* y sus compañeros, cuando en la mañana del 9 de marzo volvieron para concluir con la *Minnesota*, siempre embarrancada, y continuar de paso su obra destructora.

Los dos buques confederados, el *James-Town* y el *York-Town*, avanzaron- los primeros hacia el *Monitor* con esa curiosidad que naturalmente suelen sentir todos ante un peligro desconocido, mas no tuvieron que aguardar mucho tiempo, pues bien pronto brillaron dos relámpagos en la torre, y dos balas de a ciento veinte pasaron silbando junto al *James-Town* y el *York-Town*. No fue necesario más para que se retiraran los dos buques, pero el *Merrimac* reconociendo al momento con

quien tenía que habérselas, salió valerosamente al encuentro de aquel adversario, que seguramente no esperaba hallar a su paso. Entonces empezó aquel duelo terrible de que tanto se ha hablado, y que según parece hará una gran revolución en el arte naval. Ambos adversarios conocieron sin duda que era necesario batirse de cerca, mas aun cuando no se hallaban sino a unos cuantos metros de distancia uno de otro, parecían igualmente invulnerables, pues las balas, por más que algunas de ellas pesaban ciento veinte libras, y las de Armstrong, de ciento, eran cónicas, rebotaban o se aplastaban sin dejar más que ligeras señales en aquellas terribles máquinas de guerra. Entonces el *Merrimac*, queriendo aprovecharse de su gran masa, trató de echar a pique a su adversario abordándole violentamente por uno de sus costados, pero no podía tomar ímpetu mientras el *Monitor*, muy corto y ágil, y dirigido con mucha destreza, daba vueltas al rededor de su enemigo, evitando los golpes con una rapidez a que no podía alcanzar el *Merrimac* por su excesiva longitud.

Nada más curioso que ver aquellos dos extraños buques dando vueltas el uno al rededor del otro, ansiando encontrar un punto débil para lanzar en seguida a boca de jarro uno de sus enormes proyectiles. La lucha se prolongó así sin resultado aparente por espacio de algunas horas: una sola vez el *Merrimac* dio un golpe con su proa en el costado del *Monitor*, pero éste no hizo más que girar sobre sí mismo sin que le dejara apenas más que una ligera señal el formidable choque del *Merrimac*. El cansancio y la fatiga pusieron al fin un término a la terrible lucha; los confederados volvieron a Norfolk, y como el *Monitor* quedaba dueño del campo de batalla, salvóse la *Minnesota* y toda la escuadrilla de Hampton Roade: el pigmeo se había resistido al gigante, mas faltaba saber si éste haría otra tentativa cuando se tratase de alguna empresa de importancia, por ejemplo, oponerse al desembarco de un ejército invasor en vez de tratar de destruir uno o dos buques de guerra.

En este memorable combate sin embargo, no dejaron de causarse algunas averías los dos encarnizados combatientes, pues la torre del *Monitor* recibió nueve balazos y uno de estos hizo saltar varios fragmentos de cemento que hirieron al teniente Worden en la cara, y uno de los tres hombres que manejaban la torre giratoria, quedó también ligeramente herido. La proa del *Merrimac* quedó torcida y tronchado su palo mayor, contándose además en su tripulación dos muertos y ocho heridos. Los federales dieron por su parte, a consecuencia de la destrucción de los buques *Cumberland* y *Congreso* unos cuatrocientos hombres, incluso veintitrés prisioneros que se llevó la cañonera *Beauford*.

El general Mc Clellan salió de Washington el 1 de abril y llegó al día siguiente a la fortaleza Monroe con cincuenta y ocho mil hombres y cien piezas de artillería, a más las fuerzas del general Wool encargado de la custodia de la fortaleza.

El general Magruder que defendía a Yorktown, sin más fuerza que once mil hombres de tropas confederadas, parte de las cuales tenían que guarnecer a Gloucester Point, Yorktown y Mulberri-Island, vigilaba atentamente aquella concentración de tropas enemigas con alguna inquietud, pues sólo le quedaban cinco mil soldados para proteger una línea de trece millas de extensión. El general Mc Clellan calculaba que Magruder podía disponer de quince o veinte mil hombres además de las fuerzas del general Fluger, que en su concepto no bajaban de veinte mil infantes. Reconociendo cuán importante era atacar al general separatista antes que recibiera refuerzos de Johnston, Mc Clellan dispuso que marcharan contra el enemigo en la mañana del 4, los generales Heintzelman y Keyes, debiendo el primero atacar a Yorktown, y el segundo a Winn's Mill, cerca de Warwick²².

22 Al dar cuenta de esta acción dice el historiador Pollar lo siguiente: «El general Magruder, el héroe de Bethel, jefe capaz de llevar a cabo grandes empresas, no contaba sino con siete mil quinientos hombres para oponerse a un ejército, que concentrándose detrás del Rapidan, podía disponer de un número de tropas diez veces mayor que el suyo. Los federales habían comenzado ya a cañonear las líneas, y reunido el consejo de oficiales, discutirse si el pequeño ejército de siete mil quinientos hombres debería defender a todo trance la posición que ocupaba, o retirarse desde luego. Todos los oficiales opinaron por este último, a excepción de uno solo, el cual sostuvo con la mayor energía que era preferible morir en los atrincheramientos que emprender la retirada. ¡Vive Dios que así se hará! exclamó el general Magruder, entusiasmado ante el valor de su oficial, y así diciendo, hizo la distribución de las tropas, situándolas de modo que parecieran mucho más numerosas al enemigo. Aquella resolución demostraba a no dudarlo un heroísmo y valor a toda prueba. Si los federales hubieran sabido cuan escasas eran las fuerzas de sus adversarios habría podido costarles a estos muy cara su temeridad, pero ello es que los separatistas

Parece que el general Mc Clellan no había recibido informes exactos acerca de la topografía del país, informes que por lo demás fueron facilitados por los ingenieros del general Wool, pero que seguramente pudieron muy bien rectificar los negros que estaban en la fortaleza. Los buques de guerra que habían quedado libres de su lucha con el *Merrimac*, vigilaban atentamente para ver si aparecía de nuevo por el río Isabel aquel monstruo marino y sus tres satélites, es decir las cañoneras de que ya hemos hablado, y por esto el comodoro Goldsborough no creyó prudente deshacerse de una parte de su flotilla para tomar las baterías de Yorktown y Gloucester. Por su parte Magruder no contaba tampoco con que le auxiliara en lo mas mínimo la flotilla confederada.

Mc Clellan atacó las líneas del enemigo por distintos puntos a la vez, mas no juzgó prudente, aun cuando el tiempo era precioso por lo mismo que podían llegar refuerzos de un momento a otro, lanzarse con sus tropas al asalto²³. Muy lejos de esto permaneció observando las líneas de Magruder, hizo que se construyeran nuevas obras de defensa, y envió a buscar a Washington la artillería de sitio. Una vez que los sitiadores se acercaron demasiado a Yorktown, fueron rechazados por una brillante carga de dos regimientos al mando del coronel Ward, y el día 16 de abril de 1862, al intentar un reconocimiento la división del general Smith por la parte de Warwick, tuvo que emprender la retirada con pérdida de cien hombres.

El general Mc Clellan había estado treinta días frente a Yorktown, y como ya estaba en su poder el tren de batir, hizo sus preparativos para comenzar el sitio en regla, pero dos días antes de dar la orden, vio que Magruder había abandonado sus líneas de defensa, incluso Yorktown, aprovechando la oscuridad de la noche.

El general Mc Clellan dispuso que se persiguiera sin pérdida de tiempo al enemigo, y al efecto se previno al general Stoneman que marchara a Williamsburg con cuatro regimientos de infantería, un escuadrón de caballería y cuatro baterías de montaña, en tanto que las divisiones de Hooker y Kearney se dirigían a Winn's Mill. Mc Clellan permaneció en Yorktown para presenciar el embarque de las tropas del general Franklin, que marchaban a West Point.

El fuerte Magruder, situado frente a Williamsburg, en la confluencia de varios caminos, no podía resistir por mucho tiempo un sitio, pero tenía en cambio una fuerte empalizada con un foso de nueve pies de profundidad. Al dar vista al fuerte, el general Stoneman se vio obligado a retroceder para ponerse fuera del alcance de las baterías, y a fin de esperar los nuevos refuerzos del general Smith, pero como había llovido mucho, estaban los caminos intransitables, y los mensajeros de Stoneman no pudieron desempeñar su cometido tan pronto como se esperaba. Por su parte el general Hooker, que avanzaba en dirección a Williamsburg, encontró, a cinco o seis millas de la población, a la división del general Smith, y esto le obligó a retrasar su marcha, mas impacientado al fin, pidió permiso al general Heintzelman para dirigirse a Hampton, y obtenido aquel, puso a sus tropas en movimiento: a las doce de la noche hizo alto para descansar un poco, y a la madrugada del día siguiente, hallábase frente a la fortaleza de Magruder y a las fortificaciones de Williamsburg, es decir en la confluencia de los caminos de Yorktown y Hampton, y ante una línea de trece reductos que iban ensanchándose gradualmente hacia la ciudad.

Aquel terreno era muy ventajoso para los separatistas, pues en la extensión de cerca de media milla, encontrábase un espeso bosque que dificultaba la marcha de la infantería federal, y en ciertos puntos era además muy accidentado el terreno. Después de un cuidadoso reconocimiento, y sabiendo que a dos millas había un cuerpo de ejército de treinta mil hombres, Hooker resolvió atacar a los separatistas, a fin de entretenerlos hasta que llegasen las demás fuerzas, y para ello

defendieron valerosamente su posición hasta que al fin llegaron las tropas del general Johnston a reforzar a los sitiados.

23 Al hablar sobre este punto, escribía Magruder lo siguiente: «En toda la extensión de nuestras líneas el enemigo rompió un fuego mortífero, a que contestaron nuestras baterías y las tropas de línea. Los guerrilleros nos atacaron también con indecible furia, mas fueron rechazados en todos los puntos merced al arrojo de las tropas. Así pues, sin más que cinco mil hombres, además de la guarnición, tuvimos en jaque a un ejército de cien mil. Los soldados dormían en las trincheras junto a sus armas, pero con gran sorpresa vi que el general Mc Clellan dejaba pasar un día y otro sin intentar un asalto general.»

destacó al regimiento de Massachusetts por la izquierda y al de New-Hampshire por la derecha de la posición del enemigo con el objeto de que escaramucearan, disponiendo que otros dos regimientos formasen el centro y avanzaran hasta el camino de Yorktown; acto continuo destacó la artillería de montaña, y en este orden comenzó el ataque. El sexto regimiento de la caballería federal se lanzó valerosamente sobre la de los confederados bajo el fuego cruzado de los reductos, y entonces tuvo lugar uno de esos combates al arma blanca, tan raros en el día, pero todo aquello era completamente inútil para los federales, pues sobre la ventaja del número, tenían sus enemigos la de la posición, e intentar apoderarse, solo con la caballería, de aquellas obras formidables, era una cosa imposible. Los unionistas empezaban a perder mucha gente, y al ver esto se dio la orden de emprender la retirada para dar tiempo a que llegasen más refuerzos y comenzar de nuevo el ataque. Quiso la mala suerte de los federales que al atravesar un pantano se hundiese uno de los caballos que llevaban las piezas de montaña, y aun cuando se hicieron todos los esfuerzos posibles para sacarlo, como el enemigo empezó a concentrar en aquel punto su nutrido fuego, que mataba una porción de caballos, fue preciso abandonar la pieza, la primera por cierto que perdió el ejército del Potomac.

Por la noche hiciéronse nuevos esfuerzos para recobrar el cañón perdido, pero los reductos estaban atestados de tiradores, y era materialmente imposible aproximarse. El refuerzo de infantería que esperaban los federales llegó muy tarde, pues todos los caminos estrechos estaban obstruidos, mas al acercarse la noche, el general Sumner, que se había encargado del mando, quiso atacar a viva fuerza las obras de defensa del enemigo, lo cual no pudo conseguir porque la oscuridad era completa cuando todas las tropas desembocaron de los bosques. Fue por lo tanto preciso aguardar hasta el día siguiente, pero entonces ocurrió uno de esos contratiempos enojosos, harto comunes en aquella guerra y que molestaron mucho a las tropas durante el curso de tan penosa campaña: comenzó a llover a torrentes, y como el agua cayó sin intermisión por espacio de treinta horas, convirtiéndose el país en un inmenso lago. Los unionistas se vieron en la precisión de concentrarse en los bosques a fin de pasar allí la noche, y al día siguiente se renovó el combate, mas como es de presumir, en condiciones muy desfavorables para el ejército federal; los dos caminos que conducen a Williamsburg estaban completamente ocupados por las tropas: en el de la izquierda, llamado de Lee's Mill hallábanse las divisiones Hooker y Kearney, del cuerpo de ejército de Heintzelman, pero separadas por una masa enorme de vagones cargados de bagajes, y por el de la derecha, ocupado ya por una parte de las fuerzas de Smith, avanzaban penosamente las divisiones Couch y Casey. Tal era el estado del terreno, que los cañones se hundían completamente en el barro líquido que se había formado, y de aquella masa de hombres, de vagones y de bagajes, que obstruían estrechos caminos, resultaba una espantosa confusión.

La división Hooker que formaba la cabeza de la columna en el camino de la izquierda, y que la víspera había recibido orden de marchar sobre Williamsburg, avanzó resueltamente contra el enemigo, y a pesar del fuego mortífero de este, desplegóse en ala y comenzó la acción. Como los separatistas contaban con quince o veinte mil hombres fuertemente atrincherados, Hooker tuvo que ceder y replegarse dejando en aquellas terribles trincheras dos mil hombres entre muertos y heridos, con algunos cañones que fue imposible sacar del lodo porque los caballos habían muerto. Los separatistas comenzaron a perseguir a Hooker, mas en aquel momento llegó la división Kearney, que marchaba a paso de carga y se empeñó de nuevo el combate en el bosque, combate encarnizado y sangriento porque los separatistas recibían refuerzos a cada instante. Los federales, sin embargo, se batían obstinadamente electrizados por la energía de sus jefes, Heintzelman, Hooker y Kearney, y de este último sobre todo, que después de haber perdido un brazo en México, y de haber asistido con el ejército francés a las campañas de Mouzaia y Solferino, se batía entonces con sin igual arrojo a pesar de que habían caído ya a su alrededor casi todos sus oficiales.

La división Casey acababa de llegar, pero los generales no se atrevían a emplearla antes de que se presentasen las tropas que la debían apoyar, y las cuales estaban detenidas en el camino porque no les era posible abrirse paso. Oíase, sin embargo, la nutrida fusilería de las tropas de Hooker que diezmadas completamente se batían en retirada, y a cada momento las balas de cañón

llegaban hasta el centro de aquellos soldados inmóviles, tronchando a su paso los árboles del camino. No era posible seguir así; hacíase preciso obrar enérgicamente, y a fin de salir de una vez de situación tan angustiosa, se dispuso que una división penetrara en el bosque para atacar a los regimientos separatistas que perseguían a Hooker, en tanto que una brigada se dirigía por la derecha para ocupar un molino cuya defensa se había descuidado, y que desembocaba sobre el flanco de las obras que cubrían a Williamsburg. Los separatistas no esperaban se les atacase por este lado, y comprendiendo que si no rechazaban al enemigo en aquel punto, iba a quedar en descubierto toda su posición, destacaron al momento dos brigadas a las cuales se vio avanzar resueltamente para batir a los federales. Estos permanecieron impasibles al principio, mas cuando el enemigo estuvo bien cerca, rompieron un fuego terrible de artillería, y aunque los confederados siguieron adelante hasta situarse a cincuenta metros de la boca de los cañones, comenzaron luego a vacilar y a retroceder poco a poco, dejando a su paso numerosos muertos y heridos. En el mismo momento apareció en el campo de batalla el general en jefe, detenido hasta entonces en Yorktown para presenciar el embarque de las divisiones Franklin y Porter, que debían marchar por agua para cortar la retirada a los defensores de Williamsburg, y entonces, aunque se acercaba la noche y seguía el agua cayendo a torrentes, continuo la lucha con el mayor encarnizamiento y obstinacion. El último ataque de los unionistas había sido no obstante decisivo, y las reservas del general en jefe completaron la victoria; cesó el fuego, y la noche puso fin a la sangrienta refriega que se conoce en América con el nombre de batalla de Williamsburg. Las tropas federales que habían perdido dos mil hombres, permanecieron en el lugar del combate mientras los confederados abandonaban sus fortificaciones, y el día siguiente, 6 de mayo de 1862, los vencedores entraron triunfalmente en Williamsburg. Todas las tiendas se hallaban cerradas, pero la mayor parte de los habitantes estaban a la puerta de sus casas o detrás de las ventanas, observando a las tropas con aire inquieto y sombrío. En todas las iglesias y edificios públicos, llenos de heridos abandonados por el ejército separatista, ondeaba el pabellón amarillo. No se pudo averiguar entonces con exactitud cuáles eran las pérdidas del enemigo, pero según el parte del general Mc Clellan, calculóse que no bajarían aquellas de mil hombres, entre los que se contaban muchos oficiales muertos y heridos.

Las divisiones que habían combatido en Williamsburg permanecieron en este punto tres días, tanto para esperar los víveres y bagajes como para enterrar los muertos; los heridos fueron embarcados en grandes vapores con dirección a los Estados del Norte. El general Mc Clellan dispuso que algunos escuadrones de su caballería persiguieran a los confederados, y esto dio lugar a que ocurrieran varias escaramuzas con la retaguardia, sin resultado alguno notable, si bien el primer día se apoderaron los unionistas de siete u ocho cañones, en cambio de los muchos que se llevaba el enemigo.

Sosteniéndose dos días en Williamsburg, el general separatista Johnston había conseguido ganar tiempo para asegurar la retirada del grueso de sus tropas, y a pesar de que los caminos estaban literalmente intransitables por causa de la lluvia, llegó a York River dos días después de la batalla, aunque a tiempo para empeñar con las tropas de Franklin, que se hallaba en West Point, un encarnizado combate en el que obtuvo la victoria, y merced al cual, acabó Johnston de cubrir su retirada hacia Richmond. El 7 de mayo llegó a West Point el general Porter, quien precedía a otras dos divisiones.

El último triunfo alcanzado por las tropas federales, juntamente con las victorias de Burnside, hacían imposible que los confederados pudieran conservar a Norfolk, y convencido de esto, el general Wool, comandante del fuerte Monroe, acababa de organizar una expedición a fin de apoderarse de aquella importante ciudad. El día 10 de mayo marchó a dicho punto, donde no halló enemigos que combatir, y así pudo tomar posesión de Norfolk pacíficamente. Los separatistas habían quemado sin embargo, antes de marcharse, todo cuanto les fue posible, destruyendo entre otras cosas su famoso buque de guerra el *Merrimac*. En el arsenal se encontraron doscientos cañones, entre los cuales había treinta y nueve de grueso calibre, y algunos, aunque clavados,

podieron utilizarse. Parece ser que pocos días antes de abandonar a Norfolk se había acordado ya, en consejo de guerra, no adoptar disposición alguna para defender la ciudad.

Al llegar aquí, creemos necesario decir dos palabras acerca de las diferencias ocurridas entre el Gobierno de Washington y el general Mc Clellan, respecto a las fuerzas de que debía componerse su ejército. Para llevar a cabo todas las operaciones militares encomendadas al general en jefe del ejército del Potomac, había pedido Mc Clellan doscientos setenta y tres mil hombres de todas armas, pareciéndole que aun este número no sería suficiente sin el auxilio de una poderosa flota. Tres meses después, Mc Clellan escribió una carta al Secretario de la Guerra manifestándole que podría tomar desde luego la ofensiva con doscientos mil hombres, y ya estaba haciendo sus preparativos para comenzar la campaña, cuando el Presidente Lincoln dispuso que no se pusiera en movimiento el ejército del Potomac sin dejar en Washington el número de fuerzas que el general en jefe y los demás oficiales juzgaran suficiente para dejar en completa seguridad la capital. Poco después expidió Mr. Lincoln una segunda orden, disponiendo que la división Blenker se pusiera a las órdenes del general Fremont; y como en virtud de estas dos órdenes se disminuía lo menos en cincuenta mil hombres el efectivo del ejército del Potomac, Mc Clellan no pudo menos de hacer sus reclamaciones al Gobierno de Washington, demostrando que no era posible llevar a cabo el plan trazado primeramente. Con este motivo, mediaron algunas cartas entre el Presidente Lincoln y Mc Clellan, y el general Keyes escribió una tan eficaz a un senador amigo suyo, que al fin fueron atendidas las quejas del general en jefe del ejército del Potomac, prometiéndosele poner a sus órdenes la división Franklin, mientras las tropas de Mc Dowell avanzarían por Aquia-Creek hacia el Rappahannock, a fin de prestar su apoyo luego al ejército. Créase que de este modo podría prestar los mismos servicios, contribuyendo a cubrir a Washington en su frente, mas esto no era verdad sino en parte, pues en aquella zona se hallarían las fuerzas de Mc Dowell separadas del cuerpo principal del ejército por dos o tres corrientes de agua y por el enemigo, en tanto que por los ríos Severn y York, habría sido más fácil estar en comunicación continua con el grueso de las fuerzas, merced a la flota. Embarcóse, pues, la división Franklin; se envió un numeroso material de guerra para armar las baterías, y a la acostumbrada lentitud de las operaciones de un sitio, sucedió la marcha rápida, que desde luego hubiera debido seguir el ejército de Potomac hasta llegar a Richmond, a fin de asegurar el éxito. Por esto puede muy bien decirse que la campaña había fracasado ya bajo el punto de vista estratégico, como hubiera sucedido indudablemente a Bonaparte en Italia, si en 1800 se hubiera detenido tres o cuatro semanas ante el fuerte de Bard para conseguir su rendición.

Al día siguiente del combate de Kernstown, el general separatista Jackson había emprendido la retirada hacia Harrisonburg perseguido de cerca por Shields, y después de haberse situado durante algunos días cerca de Monte Jackson, cruzó South Fork por el Shenandoah, y fue a tomar otra posición en el valle de Elk Run, mas allí supo a poco que el general Milroy, con una avanzada de la división Fremont, amenazaba a los separatistas por la parte de Monterrey, y en su consecuencia, dejando a Ewell, cuya brigada acababa de agregársele a fin de hacer frente al general Banks, Jackson se dirigió rápidamente a Staunton, reforzado con algunas tropas del general Edward Johnson, para buscar a Milroy. Como éste no contaba con tropas suficientes para resistir a su enemigo, emprendió la retirada por las montañas de Shenandoah, concentrándose luego en Mc Dowell, desde donde envió a pedir auxilio al general Schenck. Este jefe se hallaba en Franklin, a la distancia de treinta y cuatro millas al Norte, cuya distancia atravesó con su brigada en veintitrés horas, y fue a reunirse con Milroy, pero no llevaba consigo sino dos mil hombres. La columna de Jackson era mucho más numerosa, por más que se diga que sólo tomaron parte en la lucha seis regimientos.

Los confederados acababan de situarse en una loma que se encuentra en Bull Pasture Mountain, y bien pronto vio Schenck que aquella posición era insostenible, por cuanto estaba dominada por las alturas en distintas direcciones. Schenck, sin embargo, no podía abandonar el punto que ocupaba sino aprovechando la oscuridad de la noche, para hacerlo sin exposición, mas como llegara a su noticia que los confederados iban a colocar una batería en la montaña, dispuso

que Milroy acometiera al enemigo con unos dos mil hombres. Los unionistas atacaron valerosamente la montaña, arrostrando el fuego de sus contrarios que eran muy superiores en número, y después de un combate de dos horas, que no dio ningún resultado, se ordenó la retirada. Las pérdidas de los federales en aquella reñida acción fueron doscientos cincuenta y seis hombres, incluso ciento cuarenta y cinco heridos; parece que los del general Jackson no bajaron de cuatrocientos hombres, contándose entre estos tres coroneles y dos mayores heridos. Los unionistas se retiraron a Franklin durante la noche, quemando antes una parte de sus bagajes.

Jackson prosiguió al día siguiente su marcha hacia Franklin, mas no juzgando prudente atacar, volvió a McDowell, cruzó las montañas de Shenandoah, donde hizo alto para que descansaran sus tropas algunas horas, y acto continuo dirigióse hacia Harrisonburg, en cuyo punto supo que el general Banks se hallaba en Strasburg. Poco después, y habiendo llegado la división de Ewell, encaminóse Jackson hacia Front Royal, ocultando su vanguardia con la caballería de Ashby, y de este modo pudo atacar repentinamente a una fuerza de unionistas apostada allí al mando del coronel Kenly, quien, a pesar de la resistencia que opuso, tuvo que retroceder con pérdidas considerables, abandonando la ciudad. Al retirarse Kenly trató de hacer frente al enemigo por segunda vez, y derrotado de nuevo, atravesó apresuradamente el río, no sin intentar destruir el puente, lo cual pudieron impedir los separatistas, atendido que perseguían muy de cerca a los fugitivos. La caballería de Ashby sorprendió luego al coronel Kane en Flourney, y le derrotó completamente apoderándose de setecientos prisioneros, varios cañones y considerable número de pertrechos militares.

El general Banks permanecía entre tanto muy tranquilo en Strasburg, sin sospechar que tuviera tan cerca al enemigo, hasta que en la tarde del 23 de mayo de 1862 llegó a su noticia la derrota de Kenly, habiéndosele asegurado al mismo tiempo que los separatistas, en número de quince o veinte mil hombres, se dirigían a Winchester con la intención de caer sobre su retaguardia. Como la división de Shields acababa de marchar al Rappahannock, sólo contaba Banks con cinco mil hombres, de los cuales dos o tres mil se hallaban diseminados en el valle, mientras las fuerzas de Jackson no bajarían seguramente de veinte mil. A la primera noticia, Banks destacó una pequeña columna en auxilio de Kenly, pero poco después dispuso que volviera y marchase a Winchester a las órdenes del general Hatch, con la caballería y seis cañones. Esta columna se puso acto continuo en movimiento, pero antes de haber recorrido tres millas, supo que los separatistas ocupaban el camino de Middletown, noticia que se confirmó bien pronto por haber llegado una porción de fugitivos. En su consecuencia, se reorganizó la columna con parte de la retaguardia, y al llegar a Middletown, el coronel Donnelly encontró a una escasa fuerza de separatistas, a quienes rechazó fácilmente; el coronel Brodhead despejó con su caballería el camino de Winchester, y se hizo adelantar la infantería; pero antes que acabara de pasar el ejército federal, avanzaron los separatistas con fuerzas tan numerosas, que después de ocupar todo el camino de Front Royal, obligaron a sus enemigos a retirarse desde Middletown a Strasburg. En este último punto, así como también en Newtown, se renovó luego el combate, si bien los unionistas se fueron retirando poco a poco para concentrarse en Winchester; la artillería enemiga llegó poco después, y bien pronto rompió el fuego.

Banks no tenía entonces a su disposición sino siete mil hombres para oponerse a veinte mil, quienes contaban seguramente derrotar el pequeño ejército. El coronel Gordon mandaba el ala derecha, el coronel Donnelly la izquierda, y como en aquel momento llegaba el general Hatch con la caballería, los unionistas hicieron frente a sus contrarios por espacio de cinco horas, aunque sufriendo pérdidas considerables; poco después, y como llegara Jackson con todo su ejército, reconocióse que era una locura resistir por más tiempo, y en su consecuencia diose la orden de retirada hacia Winchester, la cual se efectuó en el mejor orden, aunque los confederados perseguían de cerca a los fugitivos. A la caída de la tarde, llegaron los federales a Martinsburg, distante veintidós millas, descansaron algunas horas, y poco después dieron vista a Potomac por la parte de Williamsport.

Según el parte oficial, el general Banks tuvo en esta retirada treinta y ocho muertos, ciento cincuenta y cinco heridos y setecientos once extraviados, sin contar las pérdidas sufridas por el coronel Kenly en Front Royal, ni los enfermos y heridos que fue preciso dejar en los hospitales de Strasburg y Winchester. Según parece, las pérdidas de Jackson se redujeron a trescientos noventa y siete hombres entre muertos y heridos, y se apoderó de dos cañones, nueve mil trescientas cincuenta y cuatro armas pequeñas y tres mil cincuenta prisioneros.

Después de haber intentado un ataque contra Harper's Ferry, punto defendido por el general Rufo Saxton, Jackson reunió todas sus tropas y comenzó a retirarse rápidamente, y muy a tiempo por cierto, pues la división del general Shields acababa de unirse a la de Mc Dowell con el fin de avanzar sobre Richmond, en tanto que el general Fremont, que había concentrado su pequeño ejército en Franklin, situado a veinticuatro millas de Monterrey, emprendía también la marcha, en virtud de un telegrama recibido de Washington, con el objeto de dirigirse hacia Harrisonburg para cortar la retirada a Jackson por el valle, cooperando con los generales Mc Dowell y Shields.

Hay un camino directo que conduce desde Franklin hasta Harrisonburg, pero como atraviesa las montañas, y se encuentran allí varios desfiladeros, el marchar por allí era exponer a sus tropas a que pudiesen de hambre, y por lo tanto Fremont prefirió dar un rodeo de veinte millas con el fin de buscar una senda más practicable. Así pues, Fremont salió de Franklin, y cruzando por los Alleghanies, descendió al valle y fue a ocupar a Strasburg en la noche del 1 de junio, mas ya era tarde para alcanzar a Jackson, quien acababa de pasar por allí algunas horas antes. Shields, sin embargo, avanzó por South Fork, en la esperanza de alcanzar al general separatista, seguido de cerca por Fremont, quien se dirigía a su vez hacia Harrisonburg, pero las tropas federales no podían adelantar mucho a causa de las numerosas corrientes que cruzaban el camino, muy crecidas entonces a causa de las continuadas lluvias, sin contar que Jackson iba destruyendo a su paso todos los puentes a fin de entorpecer la marcha de sus perseguidores. El general confederado resolvió atravesar por South Fork en Port Republic, mas como el enemigo alcanzase allí su retaguardia, protegida por la caballería del general Ashby, este jefe envió a pedir un refuerzo de infantería, y poco después, habiendo llegado la brigada del general Stewart, se trabó un empeñado combate en el cual quedó prisionero y herido el coronel Kane, uno de los jefes federales. Los separatistas no tuvieron seguramente tantas pérdidas como sus enemigos, pero entre los muertos figuraba el general Ashby, que valía por todo un regimiento. Batiéndose siempre a la cabeza de sus soldados con el mayor arrojo y exponiendo continuamente su vida, no debía ser otra la suerte del intrépido Ashby, quien como guerrillero y militar entendido, no tenía igual en ninguno de ambos ejércitos.

Hallándose ya a pocas millas de Port Republic, y como quiera que era preciso pasar por un puente toda la artillería, Jackson tuvo que hacer alto y batirse a fin de ganar tiempo, y en su consecuencia el mayor general Ewell se situó con parte de las tropas cerca de Unión Church, cuidando de fortificarse lo mejor posible, pues no contaba en aquel momento sino con cinco mil hombres, si bien es cierto que el resto del ejército de Jackson se hallaba solo a cuatro millas de distancia y podía llegar muy pronto. El general Fremont salió entonces de Harrisonburg, y en la mañana del 7 de junio su vanguardia empeñó el combate cerca de un pueblecillo llamado Croos-Keys, con las tres brigadas de Ewell a las órdenes de Trimble, Elzey, y Stewart, apoyadas por la artillería. Después de haberse formado en orden de batalla las tropas del general Fremont, a las inmediatas órdenes de los generales Milroy, Stahl y Bohlen, avanzaron resueltamente al ataque bajo un nutrido fuego que diezmaba sus filas, mas sin arredrarse por esto, los unionistas siguieron ganando terreno gradualmente, hasta que al llegar a un bosque, una descarga cerrada del enemigo, que causó un destrozo espantoso, les obligó a detenerse. Entre tanto el general Schenck avanzaba por la derecha, mas a poco recibió orden de hacer alto porque Milroy se dirigía por la izquierda. Dos horas después, los separatistas le cañoneaban en su nueva posición, pero no tardaron en ser desalojados por el enemigo.

Las pérdidas de los federales en aquella sangrienta acción se redujeron a seiscientos sesenta y cuatro hombres, y a trescientos veintinueve las de los separatistas, contándose entre los heridos los

generales Elzey y Stewart. Mientras se daba la acción de Croos-Keys, hallábase Jackson en Port Republic vigilando atentamente, porque no ignoraba que la columna del general Shields estaba solo a quince millas de distancia, y que su vanguardia al mando del coronel Carroll se presentaría de un momento a otro. Habiendo sabido este jefe que los bagajes de Jackson estaban en Port Republic custodiados sólo por doscientos o trescientos jinetes, marchó con algunas fuerzas y dos cañones, con la esperanza de apoderarse fácilmente de aquellos; pero como ya había llegado Jackson con dos divisiones y tres baterías, Carroll fue batido en veinte minutos y tuvo que retroceder dos millas y media a fin de reunirse con la brigada de Tyler, fuerte de dos mil hombres.

Tyler, que avanzaba rápidamente en auxilio de Carroll, debió haberse detenido al llegar este último, mas en vez de hacerlo, ambos jefes fueron a practicar un reconocimiento, y pudieron averiguar que el enemigo no había avanzado durante la noche y que sólo se veían algunos de sus piquetes. Tyler se apresuró entonces a comunicar esta noticia a Shields, pero antes de haber concluido de redactar el parte, supo que los separatistas se acercaban con la intención manifiesta de atacar su flanco izquierdo. El combate que se tuvo fue de corta duración, pues los unionistas tenían que luchar con doble número de enemigos, mas a pesar de esto se sostuvieron vigorosamente al principio, hasta que al fin una brigada al mando de Dick Taylor atacó resueltamente a los federales por el flanco izquierdo, y cayendo sobre la batería del coronel Candy se apoderó de ella. Poco después los unionistas emprendían la retirada, cubierta admirablemente por el coronel Carroll, aunque siempre perseguidos de cerca por sus enemigos, que cogieron unos cuatrocientos cincuenta prisioneros y ochocientos fusiles.

Fremont, que no tenía ya enemigos que combatir donde se hallaba, marchó en persecución de los separatistas a Port-Republic, mas no llegó a tiempo sino para ver a las últimas fuerzas confederadas atravesar tranquilamente el río después de haber incendiado el puente.

Según su parte oficial, Jackson tuvo en aquellos combates ciento treinta y tres muertos, novecientos veinte y nueve heridos y treinta y cuatro extraviados, total mil noventa y seis, pero en cambio tenía en su poder novecientos setenta y cinco prisioneros. Considerando los peligros que arrostró, y teniendo en cuenta las dificultades que hubo que vencer, su campaña fue a no dudarlo una de las más brillantes de la guerra, y revela no sólo su valor y arrojo, sino que demuestra también cuán profundo era su genio militar.

Fremont y Shields recibieron a poco una orden de su Gobierno previniéndoles marcharan a Washington, dejando de perseguir al enemigo, y en su consecuencia Jackson, dueño de la situación, volvió a cruzar por South Fork en 12 de junio, y fue a establecer su campamento en Weyer's Cave, desde donde se trasladó el 17 a Richmond con el grueso de sus fuerzas.

APÉNDICE

BIOGRAFÍA DEL COMODORO FOOTE

Andrew H. Foote, nombre glorioso en los acontecimientos de la guerra ocurridos en Kentucky y Tennessee, nació en Connecticut, y su padre, senador de dicho Estado, era el mismo a quien el célebre orador Daniel Webster contestó una vez en la Cámara pronunciando uno de sus más brillantes discursos. El joven Foote entró a servir en la armada como guardia marina en 4 de diciembre de 1822, y en 19 del mismo mes de 1852, hasta cuya fecha no dejó un momento el servicio activo, fue nombrado comandante con motivo del ataque que dieron los americanos a los fuertes de China en 1856. Foote mandaba la escuadrilla, y demostró su arrojo, situándose con su buque bajo la boca de los cañones enemigos. En aquella ocasión se probó también que nuestro sistema en la guerra marítima era mejor que el de nuestros aliados, quienes tenían la costumbre de formar sus buques en línea.

Después de haber servido mucho tiempo como marino y unos diez años en tierra, pero siempre en clase de empleado del departamento naval, se le nombró jefe del arsenal de Brooklyn en

Nueva York; al principiarse la guerra, confiriósele el grado de capitán y se le encargó que organizase la flotilla de cañoneras en San Luis y el Cairo, pues urgía emprender las operaciones en los ríos de Occidente. Para cumplimentar esta orden era preciso vencer numerosas dificultades y obstáculos, pero Foote demostró en esto tanta actividad como energía, y el buen éxito que se obtuvo fue un triunfo para él, pues se le debieron todas las ventajas obtenidas luego. El comodoro Foote no tendrá ahora más de setenta y dos años, y aunque se han encanecido sus cabellos en el servicio de la patria, aun conserva todo su vigor y energía, que son cualidades tan apreciadas en todo jefe militar.

Ocuparía demasiado espacio seguir aquí paso a paso la brillante carrera del comodoro Foote y reproducir en detalle todos los hechos de armas en que tomó parte mientras estuvo al servicio de su país, pues de los principales tienen ya conocimiento nuestros lectores. Uno de los combates que más contribuyeron a su nombradía fue seguramente el que tuvo lugar a principios de 1862 en la toma del fuerte Enrique, plaza que se hallaba en poder de los confederados, y cuya adquisición creyó necesaria el Gabinete de Abraham Lincoln. Al hablar de este hecho de armas, citaremos un incidente que basta para que nuestros lectores puedan apreciar lo que valía este jefe y cuánta era su energía. Sin entrar aquí en los pormenores de la toma del fuerte Enrique, referidos en otro lugar, citaremos el siguiente caso:

Cuando los separatistas quitaron la bandera de la fortaleza, un ayudante general y un capitán de ingenieros pasaron al campamento enemigo en clase de parlamentarios para manifestar que el general Tilghman, comandante del fuerte, deseaba hablar con el jefe de la flota, y entonces Foote dio orden a los comandantes Stembel y Phelps para que fueran a poner la bandera de la Unión donde flotaba antes la de los separatistas, previniéndoles anunciaran al general Tilghman que podría pasar al buque del jefe. Poco después llegó el gobernador del fuerte, y entregando su espada a Foote le dijo: «Capitán, tengo una satisfacción en rendir mi acero a tan valeroso oficial»; a lo cual contestó el comodoro: «Hacéis muy bien en rendiros, caballero; pero yo os aseguro que antes de hacer yo lo mismo, hubiera sido preciso que volarais todos mis buques.» Foote, sin embargo, al extender su parte oficial, habló en términos muy lisonjeros del general Tilghman, elogiando su valor en la defensa del fuerte.

Aquella victoria alcanzada por Foote dejó expedito el paso por el Tennessee a la flota federal, facilitando así las operaciones militares en las márgenes del Alabama.

7. EL GENERAL MC CLELLAN DELANTE DE RICHMOND (1862)

El ejército federal marcha sobre Richmond. Combate en Hanover Court-House. Batalla de Fair Oaks o de los Siete Pinos. El general Mc Clellan recibe nuevos refuerzos. Stonewall Jackson se une a Lee. Hill ataca el ala derecha de los federales en Mechanicsville. Vacilaciones de Mc Clellan. Batalla de Gaines's Mill. Derrota de Porter. Retirada de Mc Clellan. El combate de Glendale. Los separatistas atacan a los federales y son rechazados en Malvern Hill. El general en jefe unionista se retira con su ejército a Harrison's Bar. Hooker vuelve a Malvern. El general Mc Clellan se retira al fuerte Monroe y embarca sus tropas para Alejandría.

La toma de Norfolk y la destrucción del *Merrimac* dejaban expedito para la flota federal el paso del río James, y en su consecuencia, el comandante John Rodgers se hizo a la vela con una escuadrilla, en dirección a Richmond, pero a ocho millas de la ciudad vio que el canal se hallaba obstruido por dos estacadas, y defendidas las orillas por una batería de cañones de grueso calibre colocada a la altura de veinte pies sobre el nivel del agua. El río era en aquel sitio tan estrecho, que el comandante Rodgers se vio en la precisión de anclar, lo cual hizo a la distancia de seiscientas varas de la batería enemiga, con la cual sostuvo el fuego durante tres horas y media, y hasta que, agotadas las municiones, viose obligado a remontar el río. A bordo del *Galena* resultaron a consecuencia de este combate trece muertos y once heridos; en el *Naugatuck*, dos de los segundos, y en el *Port Royal* uno; pero el haberse reventado una granada de cien libras en el segundo de dichos buques estuvo a punto de causar una verdadera catástrofe, que felizmente se pudo evitar. El capitán Farrand, jefe de la batería confederada, no tuvo en esta refriega más que quince bajas, es decir, siete muertos y ocho heridos.

El general Mc Clellan, después de hacer sus preparativos, acababa de ponerse en marcha en dirección a Richmond, adoptando antes todas las medidas que la prudencia aconseja. Tratábase de tomar posición en el Chickahominy, lo cual no era difícil, pues el general en jefe era ya dueño de ambas orillas; pero como aquella corriente cenagosa, en vez de extenderse en línea regular se recodaba a cada instante, esto ofrecía un grave obstáculo para los movimientos del ejército, complicando su situación porque no se podía formar una línea recta. Sin embargo, para mantenerse a la defensiva, no dejaba de ser ventajosa la posición del Chickahominy, pero hacía preciso tener un gran número de puentes, y de esto se ocupó luego el general Mc Clellan. Señalados los puntos en que deberían echarse, comenzó la construcción el 20 de mayo de 1862, si bien con mucha lentitud, principalmente a causa de las frecuentes lluvias, que hicieron subir la corriente del río, convirtiendo los alrededores en vastos pantanos, donde los obreros trabajaban a veces con agua hasta la cintura. Era pues evidente que pasaría bastante tiempo antes de concluirse aquel trabajo tan necesario, y por esta razón no podía Mc Clellan tomar la ofensiva sin cometer una grave falta, aun cuando reconociese que el enemigo se aprovechaba sin duda de aquella dilación para terminar sus obras de defensa.

Digamos ahora la situación del ejército federal el 30 de mayo: las divisiones de Keyes y Heintzelman ocupaban la orilla derecha del Chickahominy, y las avanzadas de la división Casey estaban cerca la vía férrea y el camino principal, con atrincheramientos a la derecha, en la estación de Fair Oaks, y también a la izquierda, en un punto conocido con el nombre de los Siete Pinos. El resto del ejército se había desplegado en ala al otro lado del Chickahominy; a la derecha, es decir, cerca de New-Bridge, hallábase Porter, en el centro Franklin, y a la izquierda Sumner, quien

ocupaba con sus fuerzas las cercanías del camino de hierro de York River. Hallabáse el cuartel general cerca de New-Bridge, la caballería se situó en el extremo derecho, y entre estas dos líneas o dos alas del ejército, el Chickahominy ofrecía un grave obstáculo, porque no había mas que un punto de comunicación, que era Bottom's Bridge. Ya estaban terminados varios puentes, y se habían dado las órdenes oportunas para su colocación, pero según veremos, el ejército enemigo, cuyos espías le tenían al corriente de todos los movimientos de los federales, no dio tiempo para hacerlo.

El primer encuentro entre las avanzadas del ejército de Mc Clellan y los separatistas, tuvo lugar cerca de New-Bridge, donde el coronel Woodbury, atravesando una corriente, acometió a un destacamento de los confederados sin perder sino ocho hombres, en cambio de lo cual apoderóse de treinta y siete prisioneros de los cuales quince estaban heridos. El general John Porter recibió orden de avanzar desde New-Bridge hacia Mechanicsville y Hanover-Court-House, a fin de apoyar al general Mc Dowell, y en cumplimiento de lo mandado, se puso en marcha en 24 de mayo, y llegó por la tarde a un punto que se encuentra a dos millas de Court-House, donde se hallaba el enemigo perfectamente situado para oponerse al paso de las tropas federales. El general unionista Emory dispuso entonces que sus fuerzas se desplegasen en ala, y situando en el centro una batería, mandó avanzar al ataque, que dio por resultado dispersar al enemigo, después de cogerle un cañón. La caballería y la infantería de Morell persiguieron a los fugitivos, mientras la brigada Martindale con una sección de artillería avanzaba por el camino de Ashland, y hacia retroceder a las fuerzas confederadas hasta la vía férrea de Court-House.

El general Porter, que se hallaba en aquel momento en dicho punto, y sabedor de que su retaguardia era atacada por fuerzas numerosas, se puso en movimiento con su columna para ir en auxilio del general Martindale, destacando cuatro regimientos a fin de que sorprendiesen al enemigo por su flanco. Estas tropas se internaron por los bosques, y cayeron de improviso sobre los confederados, los dispersaron completamente, mataron doscientos hombres y cogieron unos setecientos treinta prisioneros. Los unionistas por su parte tuvieron cincuenta y tres muertos, y trescientos cuarenta y cuatro heridos.

Tres días después del combate de Court-House, el general Naglee, de la división Casey, hizo un reconocimiento hacia Richmond, mientras la división Couch tomaba posición en el punto llamado Siete Pinos, donde se fortificó apresuradamente construyendo varias estacadas y un fuerte reducto.

El resto de las tropas de Casey acampó cerca de la estación conocida con el nombre de Fair Oaks, frente al camino de hierro de York, y parte de la división Heintzelman se situó a la retaguardia para vigilar los caminos que desembocan por la parte de White Oak Swamp, por donde podía acometer de pronto el enemigo. El general Mc Clellan con Porter y el cuerpo de ejército de Franklin situáronse cerca de New-Bridge a unas diez millas de Bottom's Bridge.

Poco después, y como se observase que el enemigo se hallaba sólo a una milla de distancia, los piquetes de Casey se alejaron algún tanto de las líneas para observar mejor los movimientos de los separatistas.

Durante toda la noche del 30 de mayo llovió de tal modo que el río Chickahominy creció extraordinariamente, hasta el punto de que las aguas cubrieran los puentes nuevamente construidos, y por esto sin duda, el general Johnston, jefe del ejército separatista, viendo en ello una circunstancia favorable, trató de aprovechar la oportunidad. Los caminos de aquella región que conducen a Richmond, se asemejan al varillaje de un abanico, y esto ofrece una ventaja para las maniobras a los que son dueños de la ciudad: teniendo esto en cuenta, y habiéndole anunciado sus espías que el cuerpo de ejército de Keyes estaba aislado, Johnston resolvió acometerle sin dar tiempo a que llegaran refuerzos, y al efecto dispuso que los generales Longstreet y Hill marcharan con sus divisiones por el camino de Williamsburg, a fin de atacar de frente, en tanto que el general Huger avanzaba por la derecha por el camino de Charles-City para caer sobre el flanco izquierdo del enemigo; el general Smith recibió orden de dirigirse a la estación de Fair Oaks con el objeto de sorprender la derecha de los unionistas. Todo el ejército confederado que defendía a Richmond,

compuesto de unos cuarenta o cincuenta mil hombres, se ocupaba entre tanto en apoyar este movimiento bajo la dirección de Jefferson Davis, el general Lee y otros jefes principales.

Las columnas de ataque habían recibido orden de ponerse en movimiento en la madrugada del 31 de mayo, mas había llovido tan copiosamente toda la noche anterior, que los caminos se hallaban convertidos en un inmenso pantano, lo cual dificultaba en gran manera la marcha de la artillería, puesto que aun a los mismos soldados les llegaba a veces hasta la rodilla el agua o el lodo. Sin embargo, aun no había verificado su movimiento el general Huger, cuando Hill, que le esperaba con impaciencia, dio orden a la una de la tarde para que sus tropas avanzaran al ataque.

Poco después, y antes de que los piquetes tuvieran tiempo de avisar que se acercaba el enemigo, la división Casey se vio rodeada por numerosas fuerzas separatistas, e inmediatamente, aunque sorprendidos de improviso, formáronse los federales en orden de batalla y comenzó el combate. Casey dispuso en el acto que la batería de Spratt se situara convenientemente y que rompiera el fuego apoyada por tres regimientos, mientras que otros siete, con tres baterías, iban a ocupar el reducto que acababa de construir, y en el cual esperaba sostenerse hasta que llegaran refuerzos. Pero el ejército enemigo era demasiado numeroso; las tres brigadas separatistas de Rhodes, Garland y Anderson atacaron de frente con la mayor resolución, mientras que la de Rains, por un movimiento de flanco, caía sobre el ala izquierda de Casey. En aquel instante el regimiento de Pennsylvania que había ido a reforzar los piquetes, volvió en la mayor confusión y fue a unirse con la retaguardia desordenadamente, después de haber sufrido pérdidas inmensas, y aunque el fuego de fusilería y artillería de los federales era de los más mortíferos, reconocióse bien pronto que no sería posible resistir al enemigo. Viendo entonces que los separatistas, no sólo cargaban de frente, sino también por la izquierda y la derecha, el general Casey ordenó a Naglee que atacase a la bayoneta, lo cual se hizo a pesar del espantoso fuego que diezmaba las filas de los unionistas, y entonces fue cuando cayeron heridos de muerte los coroneles Brownny Davis, así como también el mayor del regimiento de Pennsylvania. Media hora después, Rains asaltaba el reducto de los federales, y desbaratando el flanco de la infantería de la división Casey, obligaba a éste a retirarse en gran desorden hasta el sitio en que se hallaba Couch, después de haber perdido seis cañones. El coronel Bailey, el mayor Van Valkenburg y el ayudante Ramsey, del primer regimiento de artillería de Nueva York, murieron también en aquella espantosa refriega, en el momento en que trataban de salvar los cañones del reducto, cañones de que se apoderaba a los pocos momentos el coronel Rhodes para asestarlos sobre las fugitivas columnas de los unionistas. Bien pronto, sin embargo, llegaron refuerzos en auxilio de Casey, pero tuvieron que retroceder, dominados por el número de los enemigos, hasta la estación de Pair Oaks, en cuyo punto, uniéndose los federales con las tropas del coronel Cochrane, pudieron resistirse hasta la llegada de la división del general Sumner, que con gran dificultad había conseguido atravesar el Chickahominy.

El general Heintzelman recibió orden de ir inmediatamente en auxilio de Couch, mas por una mala inteligencia no todos sus regimientos llegaron tan oportunamente como era de desear, y pasó mucho tiempo antes de que Heintzelman pudiera entrar en línea y tomar parte en la lucha. El ataque del general separatista Smith se había retardado por orden de Johnston, que esperaba la llegada de Longstreet, y merced a esta circunstancia, pudieron oponer una enérgica resistencia los federales parapetándose detrás una fuerte empalizada, donde se batieron con el mayor denuedo. Entre tanto, el general Abercrombie, que se hallaba en Fair Oaks con cinco regimientos, recibía orden de conservar su posición a todo trance, y así se hizo en efecto, mas el conseguirlo costó la vida a los coroneles Rippey y Spear, al mayor Smith y a otros muchos oficiales, sin contar al general Devens que cayó también gravemente herido. El general confederado Johnston no tuvo mejor suerte, pues al dirigir una carga, un casco de metralla le hirió en un costado, y como al caer del caballo se rompiese dos costillas fue preciso retirarle del campo de batalla y quedó inútil para algunos meses. El general Smith se encargó entonces del mando, pero un ataque de parálisis le obligó a dejar el puesto a otro jefe. Diremos aquí de paso que uno de los últimos ataques de los separatistas iba dirigido por su Presidente Mr. Jefferson Davis.

Cuando el general Mc Clellan, que según hemos dicho, estaba en New-Bridge, supo lo que pasaba en el ala izquierda de su ejército, dispuso que Sumner marchase con dos divisiones en auxilio de Couch, precedido de Sedgwick, quien llegó al campo de batalla hora y media antes de ponerse el sol, y precisamente en el momento en que los triunfantes separatistas caían sobre el ala izquierda de Couch, interponiéndose entre ésta y Heintzelman al objeto de coronar su victoria con la completa derrota de los dos cuerpos de ejército que se hallaban en la parte Sur del Chickahominy. Sedgwick, sin embargo, que avanzaba rápidamente, llegó en el momento crítico, y formando en línea de batalla a la orilla de un bosque, frente a un campo abierto, hizo jugar sus veinticuatro piezas de artillería sobre la cabeza de la columna que avanzaba, y poniendo en movimiento a toda su división, recobró parte del terreno que se había perdido. Al oscurecer, la división Richardson, que llegaba en aquel momento, se reunió con la de Sedgwick y la brigada de Birney, y de este modo no pasó mucho tiempo sin que mudara de aspecto el combate.

Pero, Abercrombie, que seguía aun batiéndose a la desesperada, se había visto precisado a retroceder, y ya iba a verse envuelto por fuerzas muy superiores, cuando llegó el socorro que esperaba para sacarle del apuro. La brigada de Gorman se desplegó al instante en orden de batalla en la falda de una colina situada cerca de Fair Oaks, y adelantó rápidamente para tomar parte en la refriega, mas en aquel instante, un espantoso fuego de fusilería introdujo cierta confusión en el ala derecha de los unionistas, y bien pronto se comprendió que el enemigo pugnaba por desbaratar un flanco, como lo había hecho con la división Casey. El general Sedgwick, conociendo que el tiempo era precioso, dispuso que el general Burns fuese con dos regimientos a reforzar a Gorman, y aunque los separatistas atacaron furiosamente, y de tal modo que por un momento se creyó no sería posible resistirles, la calma y serenidad de Burns, y sobre todo su arrojo e intrepidez, entusiasmó de tal modo a los unionistas, que arrojándose desesperadamente a la larga, en tanto que los cañones lanzaban un torrente de metralla sobre el enemigo, se consiguió al fin rechazar a éste hasta el otro extremo del bosque.

La oscuridad puso fin a tan encarnizado combate; nadie sabía del éxito de la batalla sino lo que había visto, y amigos y enemigos, perdidos en aquellos bosques que no conocían, se entregaron al descanso entre los muertos y moribundos. La fatiga ocasionada por aquella terrible lucha, así como las densas tinieblas de la noche, había impuesto a los combatientes una de esas treguas tácitas tan frecuentes en la guerra.

Evidentemente Johnston se había lisonjeado de que, lanzando todas sus fuerzas sobre las cuatro divisiones del ala izquierda de los federales, podría fácilmente aniquilarlas antes de obtener socorros del resto del ejército que permanecía en la orilla izquierda del Chickahominy; pero seguramente no contaba ni con la enérgica resistencia de aquellas cuatro divisiones ni tampoco con el furioso e imprevisto ataque de las fuerzas de Sumner. Mucho debieron sentir los federales que a los quince mil hombres de este último jefe no hubieran podido reunirse los otros cuarenta mil que permanecían ociosos en la orilla izquierda del río, pues de este modo habrían obtenido acaso una victoria decisiva. Es verdad que para esto faltaban los puentes, y puede ponerse en duda que se trabajara en aquellos con la suficiente actividad, pues en nuestro juicio, debió tratarse de concluir aquellos trabajos oportunamente, sin omitir sacrificio alguno. Al romper el día se renovó la batalla con inusitada furia en la orilla izquierda, y los separatistas atacaron en masa, pero sin orden ni método, a los federales, quienes conociendo que eran inferiores en número, y sin esperanza de que se les apoyara, no trataban sino de conservar su posición. Unos y otros se batían con una energía salvaje, sin ruido y sin gritos, y de vez en cuando atacábanse a la bayoneta y luchaban cuerpo a cuerpo. La artillería tiraba por encima de los combatientes, pero antes de la tarde cesó gradualmente el fuego y los separatistas comenzaron a retirarse, llevándose consigo a su general en jefe, quien, según ya hemos dicho antes, estaba herido de gravedad. A esta circunstancia, se debió, a no dudarlo, que dejara de ser ordenado y eficaz el ataque de los separatistas. Júzguese ahora qué hubiera sucedido si se hubiesen presentado en aquel momento ante las fuerzas confederadas, que iban

retirándose, los treinta y cinco mil hombres de tropas de refresco que permanecían ociosas en el otro lado del Chickahominy.

Según el parte oficial de Johnston, sus pérdidas no bajaron de cuatro mil doscientos treinta hombres, sin contar los muchos oficiales que se recogieron en el campo de batalla muertos o heridos, pero sus tropas se apoderaron de diez cañones, seis mil fusiles y algunos centenares de prisioneros, la mayor parte de los cuales estaban heridos. Por lo que hace al general Mc Clellan, decía en el parte que sus pérdidas ascendían a cinco mil setecientos cuarenta hombres, entre los que contábanse ochocientos noventa muertos, figurando entre estos últimos el coronel Bailey, el mayor Van Valkenburg, el Van Valkenburg, el ayudante Ramsey, y los coroneles Riker, Brown, Rippey y Miller; los generales Naglee, Devens, Howard, Maine y Wessells, y el coronel Cross, quedaron heridos de más o menos gravedad²⁴.

A la mañana siguiente de haberse retirado los separatistas, es decir, en 2 de junio, el general Hooker hizo un reconocimiento por orden de Heintzelman, y avanzó unas cuatro millas, mas al saberlo el general Mc Clellan dispuso que volviera Hooker a Fair Oaks, y escribió acto continuo una nota al Secretario de la Guerra manifestándole que esperaba algunos refuerzos para dar un ataque general.

Cuando llegaron a conocimiento del Presidente los detalles de la sangrienta batalla de los Siete Pinos, mandó que las fuerzas disponibles que se hallaban en el fuerte Monroe se pusieran a las órdenes del general Mc Clellan, y además de esto destacó cinco regimientos más de Baltimore, anunciando al general en jefe que las divisiones de Mc Call y Mc Dowell marcharían lo más pronto posible. Mc Clellan escribió entonces al Presidente Lincoln lo que sigue:

«Me alegro saber que activáis el envío de fuerzas: me pondré en movimiento para tomar a Richmond tan pronto como llegue Mc Call y esté el terreno más seco a fin de que sea posible arrastrar la artillería. Mis piquetes han avanzado hoy una milla, rechazando a los del enemigo, y ahora ocupamos una posición muy buena.»

Poco después, Mc Clellan expidió a su Gobierno un telegrama concebido en estos términos:

«No puedo emprender ahora movimiento alguno a causa del mal tiempo, pues los caminos y los campos están literalmente intransitables, no sólo para la artillería, sino también para la infantería. El Chickahominy ha crecido extraordinariamente con motivo de haber estallado una espantosa tormenta, pero atacaré al enemigo tan pronto como me lo permitan las circunstancias. Aprovecho esta ocasión para manifestarle que sería conveniente destacar el mayor número de tropas posible del ejército de Halleck a fin de reforzar el mío, pues creo que este jefe no las necesita tanto como yo. Aun cuando el contingente no llegara a tiempo para tomar parte en el ataque de Richmond, el efecto moral que produciría en el ejército sería muy bueno y además podría prestar luego su auxilio en otras operaciones militares. Téngase por entendido que tan pronto como lo permita el tiempo, atacaré al enemigo con las fuerzas que se hallen a mi disposición, pero cuantas más tenga, más ventajosos serán los resultados. En mi concepto será mejor enviar por agua la infantería de Mc Call sin esperar a la artillería y caballería.»

A los dos días de haber recibido el Gobierno este parte, es decir el 12 de junio, llegó la división del general Mc Call. A la mañana siguiente el general confederado Stuart, seguido de mil quinientos jinetes y cuatro piezas de artillería, atacó y dispersó dos escuadrones unionistas cerca de Hanover Old Church, y dando luego un rodeo, marchó rápidamente hacia la estación de Tunstall, donde después de quemar dos goletas cargadas de forraje y catorce vagones, cogió ciento sesenta y cinco prisioneros y doscientos sesenta caballos; cruzó el Chickahominy por la parte de Long Bridge, y pudo llegar a Richmond a la mañana siguiente sin ser molestado. Esta fue una de las mas notables expediciones que se habían hecho desde que se adoptara el sistema de guerrillas; pero si

²⁴ En un despacho confidencial fechado el 4 de junio de 1862, decía Mc Clellan que las pérdidas sufridas en las batallas del 31 de mayo anterior y de 1 de junio no bajaban de siete mil hombres. Aun cuando esta cifra no sea del todo exacta, puede asegurarse que se aproxima mucho a la verdad.

algunas como esta última daban buen resultado, en cambio otras eran desastrosas para los que se arriesgaban sólo con el objeto de cometer depredaciones, no siempre favorables para los mismos que las llevaban a cabo.

Cuando comenzaron a llegar los refuerzos pedidos por Mc Clellan, ocupaba su ejército las dos orillas del Chickahominy, y el grueso de las fuerzas se hallaba en la de la derecha con el cuartel general, establecido un poco mas allá de Alexander Bridge; en la de la izquierda habíanse situado las divisiones Porter y Mc Call y la caballería de Stonman. En semejante situación, podía muy bien el ejército aceptar la batalla, y el Chickahominy, que ya no era un obstáculo desde el momento en que podía cruzarse por los puentes, iba a ser probablemente una dificultad para el enemigo.

Mc Clellan, pues, que contaba ya con un efectivo de ciento quince mil hombres de todas armas, debía considerarse con suficientes fuerzas para marchar desde luego contra el enemigo y atacar a Richmond, pero como la cualidad dominante del general en jefe era la previsión, dejóse llevar de ciertas vacilaciones, y antes de ponerse en marcha dirigió varios telegramas al Gobierno manifestando cuál era su situación, pidiendo nuevos refuerzos, o haciendo consultas, hasta que al fin el Presidente Lincoln contestó a Mc. Clellan, con fecha 26 de junio en los términos siguientes:

«Washington 26 de junio de 1862.

»He recibido vuestras tres últimas comunicaciones en que me manifestáis cuál es la posición que ocupa el ejército, indicándome que necesitaréis más refuerzos porque es probable que os ataquen doscientos mil hombres, en cuyo caso, según decís, no recaería sobre vos toda la responsabilidad. Yo os envío cuantos refuerzos puedo, y entiendo que haréis cuanto os sea posible con las tropas que se hallen a vuestra disposición. ¿Tendréis la poca generosidad de creer que podría enviar más refuerzos si quisiera? No he omitido ni omitiré oportunidad alguna para facilitaros cuantos medios y recursos se hallen a mi alcance.»

Entre tanto el general Robert Lee, a quien se había confiado el mando del ejército separatista, había resuelto, después de celebrar una conferencia con los principales jefes, dar un golpe decisivo a los federales. A este fin, habíanse enviado a buscar refuerzos con el mayor sigilo, y en pocos días ascendió a setenta mil hombres el ejército separatista. Con el objeto de ocultar esta concentración, las brigadas de Whiting y Hood salieron de Richmond para reforzar a Jackson, y cuando se hubieron adoptado las disposiciones necesarias, este jefe se dirigió hacia Ashland, con el fin de sorprender el ala derecha de los unionistas que se extendía hasta Mechanicsville, y al mismo tiempo se dio orden al general Branch, para que, cruzando el Chickahominy, avanzara sobre el mismo punto mientras el general Hill, de concierto con los otros dos jefes se dirigiría por Meadow Bridge. La división de Longstreet debía apoyar al mismo tiempo a Hill y a Jackson, y las divisiones de Huger y Magruder se situaron cerca del ala izquierda de los unionistas.

Jackson no pudo llegar a Ashland tan pronto como se esperaba y por esta razón se vio precisado Hill a retardar su ataque, con tanto más motivo cuanto que el enemigo, habiendo observado ya su movimiento, comenzaba a replegarse. Las tropas de Mc Call, que acababan de llegar para reforzar a Mc Clellan, ocupaban una fuerte posición con la división Morrell y la de Sykes, componiendo entre todas un total de veintisiete mil hombres. Avanzando rápida y resueltamente, a pesar del fuego destructor de los unionistas, las divisiones de P. Hill, H. Hill y Longstreet, atacaron al enemigo por su flanco izquierdo, pero como Jackson no llegaba para sorprender el derecho e iba acercándose la noche, los confederados no consiguieron su objeto. Las pérdidas de los federales en esta refriega no bajaron de cuatrocientos hombres, pero es de presumir que fueron mucho mayores las de los separatistas.

Antes de amanecer, sin embargo, el general Mc Clellan, a quien se acababa de anunciar que se aproximaba Jackson, expidió inmediatamente una orden para que los unionistas evacuaran su fuerte posición y se retirasen a Gaines's Mill, orden fácil de ejecutar si hubiera llegado tres o cuatro horas antes; pero era muy difícil de llevar a efecto entonces, porque el enemigo renovó el ataque algunos minutos después. Los separatistas, no obstante, fueron rechazados, y los federales comenzaron su

retirada en el mejor orden después de enterrar a sus muertos. Antes de la tarde, todas las tropas unionistas ocupaban su nueva posición en Gaines's Mill, hallándose dispuestas a recibir al enemigo. Durante la noche se trasladó desde la orilla opuesta del Chickahominy el tren de batir que se creyó necesario, pues era evidente que los jefes del ejército separatista estaban resueltos a lanzar el grueso de sus tropas sobre el ala derecha de los federales a fin de introducir luego la confusión en el centro con las columnas de ataque.

El general Mc Clellan creía como siempre que los confederados intentaban atacarle con doble número de fuerzas, es decir con doscientos mil hombres, siendo así que desde el principio hasta el fin de la guerra nunca llegaron a tener más de cien mil soldados en un solo ejército. Aun dado el caso de que sus adversarios contaran con la superioridad numérica, el general Mc Clellan debió concentrarse rápidamente y atacar de improviso a una parte del ejército enemigo sin dejarle tiempo de ser socorrido por la otra; y si en la mañana del 26 hubiera asaltado a Richmond, previniendo antes a Porter que entretuviera a las divisiones separatistas que le atacaban, atrayéndolas a la otra orilla del Chickahominy, fácil le habría sido derrotar a los veinticinco mil hombres que se hallaban cerca de Richmond, tomar la ciudad y volver luego a socorrer a Porter. Mc Clellan, sin embargo, no pensó así, y ya por debilidad o porque creyese real y efectivamente que el enemigo tenía a su disposición fuerzas muy superiores, solo adoptó disposiciones para rechazar el ataque que en su concepto se proyectaba sobre el ala derecha. Siempre perplejo y vacilante, y alarmado con las noticias que recibía a cada momento, dio lugar a que dos terceras partes de las tropas de Lee derrotasen a un número inferior de unionistas, mientras sesenta mil hombres permanecían ociosos entre el Chickahominy y Richmond, vigilando a veinticinco mil confederados. Sólo una división de Sumner fue enviada a tiempo para socorrer a Porter, y de este modo treinta y cinco mil hombres tuvieron que resistir los desesperados esfuerzos de cincuenta mil, mandados por Lee, Longstreet, Hill, Jackson y Ewell.

Aunque los separatistas habían perseguido de cerca a los federales, cuando estos se retiraron de su posición de Mechanicsville, como Hill esperaba la llegada de Jackson, no comenzó el ataque hasta algunas horas después. Las tropas de Sykes opusieron una enérgica resistencia, de tal modo que el general Longstreet a quien se había dado orden de simular un ataque, se vio en la precisión de cargar sobre el enemigo resueltamente; mas en aquel momento llegaba Jackson con su división para reforzar el ala izquierda de Longstreet, mientras que H. Hill y Ewell acudían a su vez presurosos a fin de tomar parte en la acción. Reunidas todas las tropas del general Lee, dióse la orden de avanzar de izquierda a derecha entre el nutrido fuego de fusilería que acababa de romperse por ambas partes.

El general Porter, que ocupaba una fuerte posición, tenía a su derecha a la división Sykes, a su izquierda a la división Morrell, que se extendía hasta la orilla del Chickahominy, las tropas de Mc Call formaban la reserva con la brigada Reynolds, que ocupaba el camino de Coal-Harbord. La brigada Meade y la de Seymour se hallaban en el centro en segunda línea, y un poco más abajo habíanse situado doce escuadrones de caballería a las órdenes del general Cooke. Por lo que hace a la artillería, se tuvo cuidado de colocar los cañones convenientemente; una batería montada protegía el ala izquierda en el valle de Chickahominy, y al otro lado del río hallábanse también otras dos baterías.

Al ver el general Porter que los separatistas avanzaban resueltamente, y reconociendo que era su intención atacar a la vez toda la línea, envió a buscar refuerzos al general en jefe; poco después llegó en su auxilio la división Slocum, y a eso de las tres de la tarde, había arreciado de tal modo la pelea, y en tal manera aumentaba el número de los enemigos, que Porter tuvo que echar mano de todas sus reservas. Cuando la división Slocum entró en línea, batíanse los separatistas encarnizadamente con el ala izquierda de los federales, deseando unos y otros ocupar una senda del bosque que descendía en ángulo recto hasta el Chickahominy; en la derecha, las tropas regulares de Sykes, firmes en su puesto como una muralla de bronce, acababan de rechazar varias acometidas, pero las pérdidas que sufrían eran enormes, y viendo esto el general Porter, expidió un parte a Mc

Clellan para que se le enviasen refuerzos. Desgraciadamente se temía también un ataque por otro punto, y hasta las cinco de la tarde no recibió Porter ningún auxilio. En dicha hora llegaron las brigadas French y Meagher, de la división Richardson, muy a tiempo por cierto, pues los federales emprendían apresuradamente la retirada porque los confederados acababan de apoderarse de un bosquecillo después de rechazar una carga de la caballería federal, que sufrió en aquella ocasión dolorosas pérdidas. La brigada Reynolds, completamente arrollada por el enemigo, y prisionero su jefe, había quedado reducida a la mitad, e iba replegándose en la mayor confusión. He aquí lo que dice un testigo ocular al referir los detalles de aquella espantosa refriega:

«Entre los vencidos no predominaba el pánico y el temor, pero sordos los soldados a los llamamientos de sus jefes, alejábanse con el fusil al hombro como hombres que desesperan ya de todo. En vano los generales y oficiales del estado mayor se lanzan en lo mas recio del combate sable en mano para contener aquel desordenado movimiento: ¡todo es inútil! La batalla de Gaines's Mill está perdida ya; sólo se trata de impedir que el desastre sea mayor. En efecto, el enemigo sigue avanzando siempre en el mejor orden, con su infantería desplegada en regimientos escalonados, que a cada momento van estrechando más y más la masa confusa de las tropas federales. El fuego de fusilería y de cañón son tales, que la lluvia de balas que rebotan en el suelo, levanta espesas nubes de polvo, y entonces se da a la caballería orden de cargar: yo me encontraba por casualidad cerca de aquel sitio, y vi a los soldados lanzarse al combate sable en mano, con ese entusiasmo propio de los hombres resueltos que no vacilan en verter su sangre por la causa que defienden. Al pasar a mi lado un joven oficial, y como yo le preguntase el nombre de su regimiento, me contestó blandiendo su espada con ese orgullo que infunde el espíritu de cuerpo: «¡El quinto de caballería!» Y así diciendo, picó espuelas a su caballo y le vi desaparecer entre una nube de polvo seguido de todo el escuadrón. ¡Desventurado joven! Al día siguiente llegaron los restos de su regimiento, y sólo habían vuelto dos oficiales. En efecto, aquella carga contra los compactos batallones de la infantería enemiga no podía dar buen resultado, y los jinetes, galopando entre nubes de polvo, en medio de los cañones y de los fugitivos, no hicieron más que aumentar la confusión; los caballos de la artillería habían muerto, y vi a los hombres servir las piezas con un valor desesperado, pero caían uno a uno para no volverse a levantar jamás. La bruma de la tarde, que iba extendiéndose sobre aquel sangriento campo de batalla cubierto de cadáveres, no me permitió ver más. El general Butterfield, a quien acababan de matar el caballo, hizo esfuerzos sobrehumanos para salvar los cañones; un casco de metralla le llevó el sombrero, su sable estaba doblado de un balazo, y rodeado de sus ayudantes de campo, que iban cayendo uno a uno, había tratado de reunir toda la infantería alrededor de su bandera. Pudo conseguirlo al principio, pero viose luego arrastrado por los batallones que huían a la desbandada y en la mayor confusión.»

Los federales habían perdido la batalla mas no sin defender el terreno palmo a palmo, y debe tenerse en cuenta que la mayor parte del ejército federal permanecía entre tanto ociosa en la orilla opuesta del Chickahominy, pues temiendo un ataque por aquel punto ninguno de los jefes creyó prudente desprenderse de sus tropas, a pesar de que cinco o seis brigadas más, hubieran acaso evitado la derrota de Porter. También es de extrañar que después de alcanzada aquella ruidosa victoria, no intentaran cosa alguna los confederados en la orilla derecha.

Las bajas que sufrió el ejército federal en aquella tremenda batalla no bajaron de ocho mil hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros muchos distinguidos y valerosos oficiales; es de presumir que los separatistas perdieron muchos menos.

En vista del fatal resultado de la acción de Gaines's Mill, y no creyéndose con suficientes fuerzas para tomar por entonces la revancha, el general Mc Clellan juzgó que lo más prudente sería emprender la retirada sin exponerse a un nuevo descalabro. En su consecuencia reunió a los jefes del ejército en consejo de guerra el día 27 de junio, a fin de exponerles su plan y los detalles de la ejecución y se acordó que el cuerpo de ejército de Keyes, formando la vanguardia, marcharía a la mañana siguiente hacia White Oak Swamp con toda su artillería y bagajes y algunos ingenieros para

reparar y construir los puentes necesarios, a fin de asegurar el paso de las demás tropas y de los trenes. En el mismo día 28, y llegada la noche, el general Porter iría a reunirse con Keyes, cuidando de cubrirse los flancos del ejército, así por la parte de Richmond y de New-Market como por el Chickahominy y Long Bridge. Mc Call seguiría a Porter, y los generales Sumner y Heintzelman, abandonando poco a poco sus posiciones, seguirían la misma dirección; la división Slocum se quedaría a retaguardia en Savage-Station, y los jefes de los diversos cuerpos recibieron orden de cargar convenientemente de víveres sus vagones y de quemar lo que no pudieran llevarse; los enfermos y los heridos se quedarían en los hospitales al cuidado de los cirujanos, y bajo la salvaguardia de la bandera amarilla y de la humanidad.

El día 28 se pasó conforme a lo indicado en el programa, y no se perdió tiempo en cumplir todas las órdenes del general en jefe. A medio día habían ya tomado las tropas la posición que se les indicara, y los ingenieros, que trabajaron toda la noche para destruir los puentes tan penosamente contruidos, hicieron luego esfuerzos sobrehumanos para asegurar el paso de los vagones; después Keyes, Porter y Mc. Call, con una parte de los trenes llegaron sin obstáculo al punto de su destino.

Mientras se efectuaba esta importante operación en la orilla derecha del Chickahominy, el general Lee buscaba al ejército federal en todos aquellos sitios en que seguramente no debía encontrarle; no podía suponer ni remotamente que Mc Clellan abandonaría su centro de operaciones, y por lo tanto, parecióle suficiente concentrar sus fuerzas en los caminos que conducen al Chickahominy a fin de vigilar al enemigo. Entre tanto dispuso que sus avanzadas se apoderasen de todo aquello que los federales no pudieron quemar o llevarse, por cuyo medio se hizo dueño de un rico botín; pero ya en la noche del 28 o 29 y después de algunas escaramuzas en Old-Taven, Lee comenzó a tener algunas sospechas, que bien pronto se convirtieron en realidad. Entonces trató de reparar los puentes destruidos, hizo retroceder hasta Mechanicsville a una parte de las tropas de Jackson y de Longstreet, a fin de atravesar el río y bajar luego por la orilla derecha, y dio orden a Magruder de salir de sus posiciones para estrechar a los federales por el flanco derecho; el resto de las fuerzas debía bajar por la orilla izquierda con el objeto de vadear el Chickahominy por Long Bridge y caer sobre el flanco izquierdo de las columnas enemigas, cortándoles la retirada si era posible.

Desgraciadamente para Lee, tropezaba con la misma dificultad que encontró el general Mc Clellan en la batalla de Fair Oaks: entre las dos divisiones de su ejército extendíase todo el valle de Chickahominy, y este valle estaba ocupado aun por tres cuerpos de ejército federales a las órdenes de Heintzelman, Sumner y Franklin. En la mañana del 29 el general Mc Clellan abandonó a Savage-Station con todos sus trenes y bagajes, atravesó felizmente el río, y al medio día se mandó al general Keyes que fuera a tomar posición en las alturas de Malvern Hill, seguido del general Porter, quien debía situarse a la izquierda de Keyes a fin de apoyarle. Las cañoneras que habían llegado ya a este punto, y que anunciaban la proximidad de un gran número de buques, apoyarían las dos alas del ejército, sobre todo la derecha; el general Mc Call se hallaba aun en los desfiladeros de White Oak Swamp, en el mismo sitio ocupado antes por Keyes y Porter, y se le había prevenido que vigilara por la parte de Richmond hasta que le relevaran Sumner y Heintzelman. Estos tenían orden de marchar en el mismo día por dos caminos distintos; el primero por el principal camino, y el otro por un sendero que se halla más al Norte.

Pero no era de esperar que pudieran terminarse todas las operaciones del ejército unionista sin contratiempo alguno y sin otro combate, y en efecto, en la mañana del 29, los confederados atacaron de nuevo con el furor de hombres que ven que se les escapa una presa segura.

El general Sumner había abandonado las obras de defensa de Fair Oaks en la madrugada del 29 a fin de replegarse en Savage-Station, situándose luego cerca de la estación de Orchard; las divisiones Richardson y Sedgwick se hallaban a la derecha del camino de hierro, frente a Richmond, y el cuerpo del ejército de Heintzelman, se extendía por el camino de Williamsburg. Hacia las nueve de la mañana del día 29, estas posiciones fueron atacadas por varios puntos a la vez: Sumner, que era el más avanzado, rompió un nutrido fuego de fusilería y artillería, que contuvo

al enemigo durante dos horas, pero a eso del medio día tuvo que replegarse hacia Savage-Station, donde se concentraba también, viniendo de la derecha, la división Smith, del cuerpo de ejército de Franklin, que había empeñado el combate con el enemigo. Heintzelman retrocedió igualmente; pero bien fuese por una mala inteligencia o por otra causa cualquiera, en vez de ocupar de nuevo su posición a la izquierda, se retiró atravesando los pantanos, guiado por un ayudante de campo del general en jefe que acababa de llegar con el objeto de indicarle el camino que debía seguir para atravesar el vado de Brackett.

La inesperada marcha de Heintzelman no podía menos de contrariar a Sumner, pues su ala izquierda, ocupando la dirección de la línea de retirada, quedaba a descubierto y expuesta a un ataque de las nuevas columnas enemigas que iban llegando de Richmond. Además de esto Franklin, que acababa de unirse a él, le anunció que el enemigo avanzaba con fuerzas numerosas por la derecha y se disponía a franquear el Chickahominy. pesar de todo, Sumner y Franklin, resueltos a luchar, tomaron sus disposiciones a fin de sostenerse hasta la noche, en cumplimiento de las órdenes que recibieran poco antes, y a eso de las cuatro de la tarde empeñóse la acción alrededor de la vía férrea y cerca de un bosque desde donde se dominaba ventajosamente la posición. Cuatro baterías colocadas convenientemente sembraron la muerte en las filas del enemigo, y al mismo tiempo la brigada Hancock dio varias cargas con el mejor resultado, mientras la brigada Burns, situada a la derecha de Williamsburg, defendió obstinadamente el terreno palmo a palmo. La noche puso fin al combate, pero el fuego de fusilería continuo hasta eso de las diez, hora en que los confederados, cuyas pérdidas eran sensibles, comenzaron a retirarse para renovar el combate al día siguiente con las tropas de refresco que traería Magruder. Sumner no obstante emprendió la retirada sin pérdida de tiempo, dejando en la retaguardia a la brigada French; a media noche todas las tropas se habían puesto en marcha, y a las cinco de la madrugada del 30 de junio, se hallaba el ejército en masa al otro lado del río.

No había acabado todo sin embargo: la otra ala del ejército debía cumplir las órdenes del general Mc Clellan a fin de ocupar la posición que se le indicaría al rededor de Malvern Hill, y ya el 29 habían ocurrido algunas escaramuzas entre la caballería cerca de New-Market, de tal modo que sin la precaución que se tuvo de formar vanguardias muy numerosas, acaso se habrían perdido los trenes y bagajes. En la mañana del 30, las tropas de Porter y de Keyes se pusieron en marcha con dirección al río James, y los demás cuerpos se apostaron cerca de los diversos caminos de Richmond; Franklin, que ocupaba la derecha y vigilaba atentamente los movimientos del enemigo, se reunió a poco con la división Richardson y la brigada Naglee, mientras Heintzelman se situaba frente a Richmond, y Mc Call ocupaba el camino de New-Market, cerca de la iglesia de los Cuáqueros. A la derecha de este último jefe se hallaba Kearney, a la izquierda Hooker, en la retaguardia Slocum y Sedgwick formaba con sus dos cuerpos la reserva.

En esta posición, y mientras que los trenes y bagajes eran conducidos hacia el río James, fueron atacados los federales por numerosas fuerzas del enemigo. Los separatistas empeñaron a la vez el combate con Franklin y Mc Call, y poco después de medio día, el primero de estos jefes no pudiendo resistir a la superioridad numérica de sus contrarios, quedaba derrotado después de dos horas de combate, perdiendo su artillería y bagajes, sin contar que el mismo Mc Call quedó prisionero. Hooker y Kearney consiguieron restablecer por un momento el equilibrio, pero Franklin y Sumner, incapaces de resistir el mortífero fuego de la artillería confederada que diezmaba sus filas, comenzaron a retroceder, aunque batiéndose siempre y haciendo jugar sus baterías. Este movimiento facilitó a Heintzelman el medio de acercarse al río, y durante la noche, por orden de Mc Clellan, fue a situarse en las pendientes de Malvern Hill, en una fuerte posición preparada por el general Bernard²⁵.

25 En el parte oficial del general separatista Lee, decíase lo siguiente al dar cuenta de este combate, que se llamó de Glendale: «La superioridad del número y la ventaja de la posición estaban de parte del enemigo, y la batalla fue encarnizada y sangrienta; mas al fin se consiguió desalojarle de todos los puntos que ocupaba, excepto uno, que evacuó mas tarde aprovechando la oscuridad de la noche. Al terminarse la lucha, éramos dueños de casi todo el campo de batalla, cubierto entonces de cadáveres y heridos. Se han hecho muchos prisioneros, incluso el general de

Las pérdidas que sufrieron los federales en este terrible combate, fueron inmensas; baste decir que en el campo de batalla quedó herida o muerta una cuarta parte de la división de Mc Call.

A eso de las cinco de la tarde, los separatistas atacaron a Porter en sus nuevas líneas de defensa, pero unas treinta piezas, situadas convenientemente, hicieron un fuego tan certero sobre el enemigo, que éste se vio en la precisión de retroceder; algunas andanadas de las cañoneras y una salida del regimiento de Warren, le hicieron desaparecer bien pronto de aquel campo de batalla cubierto de cadáveres.

Así pues, en la mañana del 1 de julio, después de la llegada de Heintzelman, todo el ejército federal se hallaba acampado cerca del río James con su material de guerra y sus bagajes, y en comunicación directa con la flotilla de cañoneras y los transportes. En semejante posición era ya mas fácil atrincherarse, y en su consecuencia, levantáronse algunas fortificaciones con sus correspondientes baterías, se dispuso que el ala izquierda y el centro del ejército se escalonaran en las alturas de Malvern Hill, y la derecha, menos protegida, debía extenderse hasta el río, flanqueada por los cañones de la flotilla al mando del comodoro Rodgers. Las tropas se repartieron en toda la línea del modo siguiente: a la izquierda, que probablemente sería el primer blanco del enemigo, puesto que se hallaba en la dirección de los caminos de Richmond y de White Oak Swamp, se situó el cuerpo de ejército de Porter, con las tropas regulares de Sykes a un extremo y la división Morrell al otro; la artillería, reforzada con la reserva, se colocó de modo que pudiera dominar casi todos los puntos el fuego de unos sesenta cañones; a la derecha de Morrell tomaron posición la divisiones Couch, Kearney y Hooker, extendiéndose poco mas allá las de Sedgwick, Richardson, Smith y Slocum, y por último el resto de las tropas de Keyes, con parte de la división Casey, y lo que quedaba de la división Mc Call, formaban la reserva, que se situó entre las fuerzas de Couch y Porter.

Como era de esperar, no tardó el enemigo en atacar aquella posición, cargando con todas sus fuerzas, según ya se suponía, sobre el flanco izquierdo, que era el mas fuerte; y el día 1 de julio, la artillería confederada y los tiradores, dirigieron un fuego muy certero sobre las pendientes de Malvern Hill, fuego que fue contestado vigorosamente y duró unas cuatro horas. Hacia las dos de la tarde, como se observase que una fuerte columna de separatistas se dirigía sobre la derecha, el general Mc Clellan dispuso que se reforzara, pero se vio luego que aquello no era sino un ataque simulado. Poco antes de las tres, en el momento mismo en que comenzaba a oírse por la derecha un fuego graneado de fusilería, Couch y Kearney, los cuales según ya hemos dicho estaban en el centro, fueron atacados por numerosas columnas de infantería, que se lanzaron sobre los federales con inusitada furia. Los artilleros y tiradores, ocultos detrás de una rampa, no se dejaron ver hasta que el enemigo estuvo bien cerca, y entonces levantándose de pronto, hicieron dos o tres descargas tan mortíferas que el campo se cubrió al momento de muertos y heridos, viéndose obligados los separatistas a retroceder precipitadamente, si bien no fue sino con el objeto de preparar un ataque mucho más formidable. Como desde las alturas de Malvern Hill se podían observar todos los movimientos, y se viese que los separatistas amenazaban siempre el centro, Mc Clellan dispuso que se reforzara con algunos regimientos más, mientras la brigada Caldwell iba a prestar su auxilio a Porter, y de este modo, cuando algunas horas después llegaron los confederados, lanzando contra Couch y Porter tres columnas de infantería, fueron recibidos como la primera vez y tuvieron que retroceder. Sin embargo, no tardaron en llegar nuevos refuerzos para apoyar a dichas brigadas, mas la metralla por una parte y el fuego de fusilería por otra, contuvieron la marcha de las compactas columnas del enemigo. Los separatistas, no obstante, no se desanimaban a pesar de sus pérdidas, y reconociendo que si se apoderaban de la cima de la colina su victoria seria completa, contentáronse por entonces con entretener a los federales, y atacaron poco después al cuerpo de ejército de Porter. Este rechazó también a sus contrarios diversas veces, pero como se iban agotando sus municiones, pidió que relevaran una parte de sus tropas, y el general en jefe le envió entonces dos regimientos

división Mc Call, y también nos hemos apoderado de varias baterías y algunos miles de armas pequeñas. Si hubieran podido cooperar las demás fuerzas, no hay duda que la derrota del enemigo habría sido completa.»

de Sumner y de Heintzelman. Desde aquel momento, todos los esfuerzos del enemigo se estrellaron en sangrientos choques; la noche puso fin al combate, y los federales, que no creyeron prudente perseguir al enemigo, se limitaron a continuar las descargas de artillería, lo cual bastó para que los separatistas se retirasen a una respetable distancia. Las bombas de cien libras, lanzadas por la *Galena* y el *Monitor* contribuyeron mucho a la derrota del enemigo, haciéndole comprender que nada podía intentarse contra una posición tan fuerte y tan bien defendida. El ejército unionista, cuya destrucción contaban como segura los confederados, se escapaba de sus manos, y podría ya desafiar todas sus amenazas.

Conseguida esta victoria, el ejército federal comenzó a evacuar a toda prisa sus fuertes posiciones, desordenadamente y sin enterrar a los muertos ni recoger los heridos²⁶, pues el general en jefe deseaba trasladarse a toda prisa a Harrison's Bar, a fin de ocupar otra posición más segura. Las fuerzas de Keyes cubrieron el movimiento juntamente con la caballería, que no salió de Malvern hasta la madrugada del 2 de julio, y el 3 llegaron a su destino todos los vagones, los bagajes y la retaguardia.

El general Mc Clellan anunciaba en sus partes que sus pérdidas durante aquellos siete días de lucha, es decir desde el 26 de junio hasta el 1 de julio, ascendían a mil quinientos ochenta y dos muertos, siete mil setecientos nueve heridos, y cinco mil novecientos cincuenta y ocho extraviados, total quince mil doscientos cuarenta y nueve, pero en estas cifras no se incluían los hombres que se dejaron en los hospitales a merced del enemigo. El general Lee no indicaba con exactitud cuáles eran sus pérdidas, pero es de creer que fueron también considerables aunque no tanto como las de los unionistas²⁷.

Apenas llegado a Harrison's Bar, el general Mc Clellan expidió un telegrama a su Gobierno, concebido en estos términos: «Como era de esperar, ha tenido lugar ayer una reñida batalla, y presumo que apenas quedan cincuenta mil hombres en mi ejército. Para llevar a cabo la gran empresa de apoderarnos de Richmond y poner término a esta guerra, necesito al menos un refuerzo de cien mil hombres más.» El Presidente Lincoln contestó acto continuo al general en jefe manifestándole que el número de tropas con que se contaba en el Alleghanies, incluso las que estaban a las órdenes del general Wool en el fuerte Monroe, apenas ascendía a setenta y cinco mil hombres y que por lo tanto no era posible enviarle ni aun cincuenta mil. Pocos días después, el Presidente Lincoln se trasladó a Harrison's Bar para inspeccionar el ejército, y viendo que sólo había ochenta y seis mil hombres, pidió nota de las fuerzas que se hallaban a disposición del general Mc Clellan, la cual fue presentada al día siguiente. De esta nota resultaba que en 1 de julio había en activo servicio ciento un mil seiscientos noventa y un combatientes; entre enfermos y arrestados, diez y siete mil ochocientos veintiocho; ausentes, treinta y ocho mil setecientos noventa y cinco, total ciento cincuenta y ocho mil trescientos catorce, sin comprenderse en estas fuerzas las del general Wool y Burnside que se hallaban en el fuerte Monroe.

Habiéndose recibido en Washington la noticia de que los separatistas, dejando una escasa fuerza en Richmond, se dirigían hacia el Sur del río James, el general Mc Clellan dispuso que Hooker marchase con su división para apoderarse de Malvern Hill, lo cual consiguió fácilmente el jefe unionista desalojando a los separatistas de su posición, después de cogerles cien prisioneros. El coronel Averill con algunas fuerzas de caballería avanzó entonces hacia White Oak Swamp e hizo retroceder a su vez a las fuerzas enemigas que allí encontró, apoderándose de veintiocho prisioneros

26 Aun el mismo Porter, que apreciaba mucho a Mc Clellan, no pudo menos de indignarse y protestar cuando se dio la orden de no enterrar a los muertos.

27 Al hablar el general Lee del resultado de las operaciones militares en aquel año decía lo siguiente: «El enemigo se ha visto en la precisión de levantar el sitio de Richmond, teniendo el sentimiento de ver frustrada una campaña que se había estado preparando durante muchos meses, y que ha ocasionado un gasto enorme de hombres y dinero. Más de diez mil prisioneros, incluso muchos oficiales de alta graduación, cincuenta y dos piezas de artillería y treinta y cinco mil armas pequeñas, sin contar un considerable número de bagajes, han sido los trofeos de la victoria. La pérdida de hombres en los diversos combates ha sido mucho mayor por parte de los unionistas que por la nuestra, como lo prueban los miles de muertos y heridos hallados en los campos de batalla.»

y algunos caballos. Si Mc Clellan hubiera entonces seguido adelante con todo su ejército, acaso le habría sido fácil apoderarse de Richmond, pero el general en jefe, en cumplimiento de las órdenes recibidas, por las cuales se le prevenía que marchara al fuerte Monroe, comenzó a embarcar sus tropas y sus baterías y bagajes para dirigirse al punto indicado. El general Porter había recibido orden de permanecer en Williamsburg hasta que se acabara de trasladar todo el ejército, mas como quiera que llegase a sorprender una carta donde se anunciaba que el enemigo iba concentrándose rápidamente con la intención de atacar a Pope antes de que pudiera recibir refuerzos, resolvió dirigirse, bajo su responsabilidad, a Newport-News, donde llegó el 18 de julio, después de recorrer sesenta millas en tres días. El general Mc Clellan y su estado mayor abandonaron el fuerte Monroe el día 23, embarcándose con dirección a Alejandría para ir en auxilio de Pope, contra el cual parecía que iban a dirigirse todos los ataques del enemigo.

De este modo terminó la desgraciada campaña del brillante ejército del Potomac, mas debe tenerse en cuenta que su mal éxito dependió en gran parte de que casi siempre tuvieron lugar los combates en lugares elegidos por el enemigo, y aun cuando su número era inferior, siempre conseguía no empeñar la batalla sino cuando contaba con una superioridad numérica. El general en jefe Mc Clellan, por otra parte, que no pensaba sino en pedir refuerzos, nunca hizo entrar en acción a la mayor parte de sus tropas, y sus vacilaciones y sus alarmas merecieron una justa censura. Ciertamente que nunca ejército alguno necesitó como aquel un numeroso refuerzo, pero no lo es menos, que lo que más falta le hacía, era que le dirigiera un solo jefe, un buen general, y no que intervinieran a cada momento otros hombres en las operaciones militares, en que sólo deben tomar la iniciativa aquellos que conocen el arte de la guerra.

8. CAMPAÑA DEL GENERAL POPE EN VIRGINIA (1862)

Pope es nombrado general en jefe del ejército de Virginia. Se pone en marcha con dirección al Rapidan. El general Banks es derrotado por Jackson en la montaña de Cedar. Pope cruza el Rappahannock, y emprende la retirada perseguido por Jackson. Atrevida expedición del general Stuart. Derrota de Scammon y de Taylor. Llegan los refuerzos de Longstreet. La gran batalla de Gainesville. Derrota de Pope y su retirada a Centerville. Jackson ataca a Kearney en Chantilly. Muerte de los generales Stevens y Kearney. Se retira el mando a Pope y se confiere a Mc Clellan. Las pérdidas de Pope en la campaña de Virginia.

El general Pope, quien según sabemos estaba en el Oeste, había sido llamado por el Presidente Lincoln con el objeto de confiarle, previa consulta con el general Scott, el mando del ejército llamado de Virginia, compuesto de todas las tropas que entonces cubrían a Washington u ocupaban el extremo inferior del valle de Shenandoah. Este ejército debía constar de tres cuerpos al mando de los generales Fremont, Banks y Mc Dowell, mas el primero renunció el cargo, negándose a servir bajo las órdenes de un jefe a quien consideraba de menos categoría, y con este motivo se le sustituyó con el general Sigel. El número de tropas que se pusieron a la disposición de Pope ascendía a unos cincuenta mil hombres, de los cuales cuarenta mil podían entrar desde luego en campaña, y con estas fuerzas encargóle el Gobierno que cubriera a Washington y protegiese a Maryland, amenazando al propio tiempo a Richmond desde el Norte. Pope pensaba al principio avanzar hacia dicha ciudad a fin de cooperar con Mc Clellan en el ataque, pero como fue nombrado en 26 de julio, es decir el mismo día en que el general Lee tomaba sus disposiciones para atacar el ala derecha del ejército de Mc Clellan, y atendido, por otra parte, que no tenía concentradas todas sus fuerzas, creyó inútil exponerse a una derrota toda vez que el ejército de Mc Clellan acababa de emprender la retirada por White Oak Swamp. Deseando no obstante simular un ataque a fin de favorecer la retirada de las tropas de Mc Clellan, destacó a Sigel en dirección a Sperryville, cerca de Blue Ridge, encargando al general Banks se dirigiera al valle, y a Ricketts que marchase con su división hacia la confluencia de Manassas. Pope escribió entonces a Mc Clellan ofreciéndole su cooperación, mas el general en jefe del Potomac contestó de una manera muy fría y nada cordial²⁸, pues no ignoraba que por influencia de aquel se había relevado del mando en el Oeste al general Halleck, quien fue trasladado a Washington, como general en jefe de aquel distrito.

Antes de salir de Washington para emprender la campaña, Pope ordenó al general King que avanzara con algunos destacamentos de su caballería hasta la vía férrea de Virginia, con objeto de cortar las comunicaciones del enemigo entre Richmond y el valle, y al mismo tiempo dispuso que Banks marchara con una brigada de infantería y todos sus jinetes a Culpepper-Court-House, adelantando después como para amenazar a Gordonsville. Hecho esto, sin haber encontrado resistencia, ordenóse luego a Banks que destacara al general Hatch con toda su caballería a fin de apoderarse de Gordonsville, destruyendo la vía férrea en una extensión de diez a quince millas, en tanto que un destacamento se dirigía a Charlottesville para cortar los puentes y demás comunicaciones hasta donde fuese posible. Sin embargo, como Hatch llevaba consigo mucha artillería y bagajes, y los caminos estaban muy malos, cuando llegó a Madison-Court-House, ya había ocupado el general Ewell a Gordonsville con una división del ejército de Lee, siendo ya por lo

²⁸ Parece que Mc Clellan y sus oficiales estaban resentidos con Pope por la proclama que dirigiera a su ejército, y que en concepto de aquellos envolvía cierta crítica contra el general en jefe del Potomac, aun cuando Pope lo negaba.

tanto muy difícil tomar aquel punto. Entonces Pope mandó a Hatch que marchara hacia Blue Ridge con dos mil hombres a fin de destruir la vía férrea, pero este jefe, que había ya empezado a efectuar el movimiento, se dejó dominar por el temor, y en vez de seguir adelante volvió a Madison. A consecuencia de esto Pope le retiró el mando, nombrando en su lugar al general Buford.

Cuando Pope se hubo reunido con su ejército, éste se puso en marcha, siguiendo la dirección de la vía férrea de Orange, sin que en las primeras jornadas se encontrase un solo enemigo, lo cual no dejaba de inspirar confianza. Sin detenerse más que el tiempo preciso, la vanguardia de Pope llegó el 17 de julio a Orange-Court-House a cinco o seis millas de Gordonsville, y aun cuando se acababan de divisar las avanzadas enemigas, el ejército continuo sin embargo su marcha hacia el citado punto, pero poco después fue preciso hacer alto, porque volvieron apresuradamente los batidores perseguidos por la caballería confederada. El general Pope, que pensaba atacar con todas sus tropas a Gordonsville, recibió aquel mismo día la noticia de que numerosas fuerzas confederadas avanzaban contra él, y entonces, temiendo verse envuelto por el enemigo, retiróse a la distancia de algunas millas y fue a situarse detrás del Rapidan, donde esperaba obtener noticias más seguras acerca de los proyectos de su adversario. Entre tanto, Jackson, que con su cuerpo de ejército parecía estar en todas partes, y que acababa de llegar de Richmond, observando que el ejército federal presentaba un centro muy extenso, y no contando ni con mucho con tantas fuerzas como su contrario, hizo atravesar el Rapidan a varios destacamentos a fin de simular un ataque contra Pope, en tanto que él, siguiendo su táctica acostumbrada, tomaba por otro punto la ofensiva.

Pope, que esperaba un ataque por la derecha, había situado a Sigel cerca de Madison para que estuviese en observación, pero después inclinóse a creer que el enemigo avanzaría por el camino principal que conduce desde Orange a Culpepper, y persuadido de ello, concentró su ejército en este último punto, estableciendo en él su cuartel general mientras que la división Banks avanzaba hacia el Rapidan. El día 9 de agosto, Banks continuó lentamente su movimiento, apoyado por las fuerzas de Mc Dowell, y en el intervalo, Jackson reunió a todas sus tropas al otro lado del río y fue a ocupar una colina conocida con el nombre de Montaña de Cedar. El general separatista situó a su gente en la parte septentrional de la colina, ocupando unas suaves pendientes desde donde podían observarse perfectamente los movimientos del ejército federal. El general Banks no tenía orden de atacar, pero como sus tiradores habían roto ya el fuego con los del enemigo, siguió el movimiento, y entonces se generalizó el combate en la posición elegida por los confederados, lo cual era seguramente anticiparse al deseo de estos. Después de una hora de lucha, viéronse los federales rechazados por todos los puntos, y en aquel momento el general Jackson, avanzando rápidamente, sorprendió y derrotó a una división mandada por el general Prince, a quien hizo prisionero. La noche puso fin al combate, que había empezado a las seis de la tarde, y el general Pope, quien llegó poco antes de terminarse la acción, hizo acampar a las tropas de Banks lo más cerca posible del lugar del combate a fin de continuarlo al día siguiente. Las pérdidas de los federales en aquel encuentro no bajaron de dos mil hombres entre muertos y heridos; Jackson manifestaba en su parte oficial que había cogido cuatrocientos prisioneros, un cañón y cinco mil trescientas dos armas pequeñas, sin tener por su parte más que doscientos veintitrés muertos y mil setenta heridos, entre los cuales figuraban los coroneles Williams y Sheffield.

Jackson volvió a ocupar su colina, cuya posición le parecía bastante ventajosa, mas habiendo sabido por la noche que la división King acababa de llegar de Fredericksburg y que Pope trataba de cortar las comunicaciones para obligarle a luchar con fuerzas iguales, emprendió la retirada cruzando el Rapidan, sin sufrir pérdida alguna aun cuando le persiguió por algún tiempo la caballería unionista. Poco después se reunió a Pope el general Reno con ocho mil hombres de la división de Burnside, y entonces el general en jefe hizo avanzar a su infantería hasta la montaña Cedar, así como también a la caballería, con el objeto de cerrar el paso al enemigo, pero habiéndosele anunciado que todo el ejército separatista estaba concentrándose para atacarle en masa, abandonó sus posiciones y emprendió la retirada cruzando el Rappahannock, sin experimentar pérdida alguna. La caballería enemiga persiguió a los federales como era de esperar,

mas cuando en la mañana del 20 llegó a los vados, vio que se hallaban estos tan bien defendidos que no sería posible desalojar al enemigo sin sufrir grandes pérdidas, y por lo tanto se retiró sin intentar cosa alguna.

El general Pope, que tenía orden de mantener sus comunicaciones con Fredericksburg, no podía extender más allá su línea sin exponer demasiado el centro, y en su consecuencia expidió un telegrama a Washington para que le enviaran refuerzos, manifestando que de lo contrario tendría que retirarse. El Presidente le contestó el día 21 que si le era dable sostenerse dos días más se le enviaría un refuerzo considerable que le permitiese tomar la ofensiva, pero llegó el 25 sin que recibiera Pope más que siete mil hombres. A pesar de esto, resolvió cruzar de nuevo el Rappahannock en la noche del 22 con el objeto de atacar el flanco y la retaguardia de la columna enemiga que se dirigía por el río, pero comenzó a llover tan copiosamente que a las pocas horas se hallaban cubiertos de agua todos los vados e inutilizados los puentes, de tal modo que ya no le era posible llevar a cabo la empresa.

Sin embargo, en la misma noche del 22 el general separatista Stuart, a la cabeza de mil quinientos jinetes con dos piezas de montaña, cruzó el Rappahannock por Waterloo Bridge, y aproximándose a Warrenton sin ser visto, sorprendió el cuartel general que tenía Pope cerca de la estación de Catlet, hizo prisionero a su secretario, de cuyos registros y papeles se apoderó, cogió un considerable número de bagajes y uniformes, y no habiéndole sido posible quemar los vagones porque caía el agua a torrentes, Stuart volvió al punto de partida al día siguiente con trescientos prisioneros y muchos caballos, y sin sufrir contratiempo alguno. Cuando ocurrió este hecho, Pope se hallaba cerca de la estación de Rappahannock, pero los trenes y bagajes estaban en Catlet custodiados por mil quinientos hombres de infantería y cinco escuadrones, por manera que la feliz expedición de Stuart debió ser más sensible para los federales por su descuido que por el perjuicio que causó, toda vez que ni la oscuridad ni la lluvia podían dispensar su falta.

El enemigo entre tanto iba concentrando fuerzas en la estación de Rappahannock, en Sulphur Springs, y Waterloo Bridge con la intención manifiesta de caer sobre el flanco derecho de los federales, y persuadido de esto el general Pope resolvió extenderse hasta Gainesville y presentar allí la batalla de una vez. La división Heintzelman del ejército de Mc Clellan acababa de llegar a Warrenton, Porter se acercaba a Bealton, y el Gobierno había expedido un telegrama previniendo que Sturgis, Cox y Franklin prestaran el auxilio necesario, por manera que Pope creyó, y con mucha razón, que se vería apoyado por cuarenta o cincuenta mil veteranos del ejército del Potomac. En su consecuencia, después de haber tomado sus disposiciones, hizo que Franklin marchase inmediatamente a Gainesville, expidió órdenes a Manassas a fin de que la primera división que llegase a dicho punto se situara en las obras defensivas, destacando la caballería para vigilar los movimientos del enemigo, y previno por último al general Sturgis que hiciera ocupar la vía férrea de Manassas para cuidar de que se cumpliesen aquellas órdenes.

Sigel, que iba avanzando lentamente hacia el Rappahannock, encontró una escasa fuerza de separatistas en Great Run, a dos millas de Sulphur Springs, y bien pronto la hizo retroceder, mas no sin que antes destruyera algunos puentes, lo cual le obligó a detenerse para componerlos. Apoyado por los generales Reno y Banks, llegó a la mañana siguiente a Sulphur Springs, cuyo punto consiguió ocupar a pesar del nutrido fuego de las baterías levantadas por los separatistas en Rappahannock. Los demás jefes fueron llegando sucesivamente y ocuparon los diversos puntos designados de antemano, pero desgraciadamente, las frecuentes escaramuzas y encuentros habían reducido sus fuerzas; Sigel no tenía a su disposición más que nueve mil hombres, Banks cinco mil, Mc Dowell, inclusa la división Reynolds, quince mil, y Reno siete mil, sin contar unos cuatro mil jinetes de las avanzadas de Pope, por manera que apenas podían entrar en acción unos cuarenta mil hombres; añádanse a estos las tropas de Heintzelman y Porter, procedentes del ejército de Mc Clellan, y tendremos que sólo resultaba un total de sesenta mil soldados.

El general separatista Lee, que por entonces tenía concentrado casi todo su ejército en el Rappahannock, había desistido de su primera idea respecto a forzar el paso del río, y resolvió hacer

un movimiento de flanco para sorprender al enemigo por la derecha, cuyo efecto dispuso que Jackson cruzase por Waterloo dando un gran rodeo, mientras Longstreet amenazaría el centro del ejército unionista con el objeto de distraer la atención de Pope. Este nuevo plan dio lugar a que se llevara a cabo una de esas sorpresas que han hecho célebre el nombre de Stuart, y en que también se distinguió siempre el general Jackson. Este jefe, cuyo cuerpo de ejército constaba de tres divisiones de a seis mil hombres cada una, se dirigió al punto designado en cumplimiento de las órdenes recibidas, y remontando el río sin que los federales sospecharan aquella contramarcha, llegó el 25 de agosto a las Montañas Azules, y a una comarca habitada por pacíficos colonos que no habían tomado parte en la guerra. Como el general separatista no llevaba consigo sino los carros destinados al transporte de municiones y muy pocas piezas, nada se oponía a la rapidez de su marcha, y así es que muy pronto atravesó la pequeña población de Orleans, cruzó el distrito montañoso de Fauquier, así como la región que se extiende entre las Montañas Azules y las de Bull-Run, y a la noche siguiente avistó la vía férrea de Manassas-Gap en la estación de Salem. Al otro día siguió la dirección de la línea férrea hasta cierto punto, e inclinándose luego un poco a la derecha, encaminóse directamente hacia el pequeño pueblo de Gainesville y poco después llegando a la estación de Bristow, la tomó por asalto, apoderándose de ocho cañones, trescientos prisioneros, ciento setenta y cinco caballos, doscientas tiendas de campaña enteramente nuevas, diez locomotoras, siete trenes cargados de víveres y un considerable número de bagajes y pertrechos militares.

Mientras sucedía esto, el coronel Scammon, con una parte de la brigada del general Cox, se estacionaba en Unión Mills (Molinos de la Unión), cerca de Bull-Run, donde acababan de llegar algunos fugitivos de Manassas dando la alarma. Scammon dio entonces orden de avanzar, y el 27 de agosto tuvo un encuentro con los separatistas, que le derrotaron completamente, obligándole a retirarse hacia el camino de Alejandría, en tanto que la caballería confederada quemaba todo cuanto encontraba a su paso. Algunas horas después llegó el general Taylor con cuatro regimientos de la división Franklin, deseoso de tomar la revancha, y desembocando cerca de Centerville, avanzó resueltamente contra el enemigo, pero ya entonces Jackson, para quien los momentos eran preciosos, había mandado llamar a las divisiones Hill, compuestas de diez brigadas y doce baterías, y a su vez Taylor sufrió una espantosa derrota después de perder una pierna en el encuentro.

El general Pope comenzó a comprender que su posición era algún tanto crítica, y conociendo que se hacía preciso dar una batalla decisiva dispuso que Mc Dowell se dirigiera rápidamente a Gainesville con Sigel y Reynolds, mientras que Reno, seguido de la división Kearney marchaba a Greenwich para unirse allí con Mc Dowell y apoyarle en caso necesario; el mismo Pope con la división Hooker, se encaminó directamente a Manassas, dando orden a Porter de permanecer en Warrenton hasta la llegada de Banks.

Al acercarse a la estación de Bristow, Hooker encontró allí a la división Ewell con la que empuñó un reñido combate obligándole a retroceder con pérdida de trescientos hombres; Ewell emprendió la retirada hacia Manassas, mas no sin quemar antes el puente y destruir la vía férrea. Hooker no pudo perseguirle por carecer de municiones.

Temeroso Jackson de ser atacado por todo el ejército de Pope, creyó prudente evacuar a Manassas a fin de reunirse antes con el general Longstreet, que debía estar ya cerca, y así lo hizo en efecto después de quemar varios barriles de harina y una porción de víveres. Ya entrada la noche, los generales Mc Dowell, Kearney y Reno ocuparon las posiciones indicadas por Pope.

Jackson entre tanto, que no acostumbraba a dormirse, se dirigía hacia Centerville, deseando reunirse cuanto antes con las avanzadas del general Longstreet, y por su parte Pope llegó a Manassas con la división Kearney y la de Reno. Al saber que su enemigo se encaminaba a Centerville, mandó a Mc Dowell que avanzara con toda la rapidez posible, mas como este jefe había destacado en otra dirección a la brigada Rickett, no fue posible efectuar aquel movimiento.

No se ocultaba a Jackson que su posición era crítica, pues al fin y al cabo, hallábase entre el ejército de Pope y el de Mc Clellan que iba a desembarcar de un momento a otro en Alejandría, y ya

el enemigo comenzaba a perseguirle por el camino de Warrenton con la intención de aislarle y cortarle la comunicación con Manassas-Gap. Sin embargo, el general separatista ocupó luego una fuerte posición cerca del camino, y allí érale fácil defenderse con ventaja; pero felizmente para él todo se redujo a un encuentro, aunque algo serio, que tuvo lugar entre la vanguardia de la columna federal y el ala derecha de Jackson.

En la mañana del 29 de agosto, el general separatista tenía sus tres divisiones reunidas casi sobre el mismo terreno que ocupara Mc Dowell en la mañana en que tuvo lugar la primera batalla de Bull-Run; su ala izquierda a las órdenes de Ewell se extendía hasta los alrededores de Centerville; el centro, formado de su división veterana, estaba bajo su mando inmediato, y el ala derecha se había situado detrás del río en la dirección de Manassas-Gap. En esta división, cuyo jefe era el general Hill, se confiaba principalmente para asegurar el éxito de la jornada de aquel día. No ignoraba Jackson que Longstreet avanzaba rápidamente en su auxilio y por este mismo motivo tenía empeño en conservar una posición que flanquease el camino por donde las tropas de Pope debían desembocar, es decir, por la parte del Potomac; esta posición le permitía también tender la mano a los separatistas que fueran a unirse con él viniendo de la montaña. El general Pope trataba a su vez de acorralar a su adversario antes de que recibiese socorros, haciéndole retroceder hasta las montañas, y contaba con un éxito completo si conseguía abrirse paso por donde deseaba; sus tropas, que ya la víspera habían penetrado en Centerville, acababan de asegurar las comunicaciones de esta plaza con Alejandría, mas desgraciadamente para los federales, no le faltaron medios al enemigo para interceptar el camino de Warrenton a Centerville.

Poco después Heintzelman avanzó sobre la izquierda de Jackson, y Sigel sobre su centro, en tanto que Mc Dowell, sostenido por el general Porter, debía maniobrar de modo que sorprendiera la derecha del enemigo; esta maniobra no se pudo ejecutar, pues Porter, a quien se había dado orden de atacar de flanco a la división del general Hill, tropezó con varias dificultades y no consiguió efectuar el movimiento, por cuyo motivo fue acusado de desobediencia; el hecho es que este contratiempo decidió del éxito de la jornada. Jackson, después de haber rechazado todos los ataques contra sus atrincheramientos, comenzó a retirarse lentamente en el mejor orden, causando al enemigo que le seguía de cerca graves pérdidas, pero al ver que el general separatista se replegaba, Pope se apresuró a expedir un parte a Washington anunciando que acababa de alcanzar una victoria. Sin embargo, aquella misma noche un destacamento de Jackson, que estaba encargado de custodiar las cercanías de Manassas-Gap, cayó sobre la avanzada federal que guardaba aquel paso, y dejó este expedito para la vanguardia de Longstreet, que bajaba de las colinas con un refuerzo considerable de tropas, y que había seguido exactamente el mismo camino que Jackson.

El ejército federal no contaba ya apenas con víveres ni municiones, pues el general en jefe no estaba conforme aun con Mc Clellan acerca el modo de aprovisionar a las tropas para que pudiesen continuar la lucha; éstas se hallaban desanimadas en extremo; los generales de división no tenían confianza alguna en su jefe; muchos ni aun estaban dispuestos a obedecerle, y en una palabra, el ejército todo reconocía cuán humillante sería una retirada. Había circulado ya el rumor de que los separatistas acababan de recibir refuerzos considerables, y que los generales Hill y Longstreet iban a ponerse a la cabeza de doscientos mil hombres para atacar de flanco al ejército federal y cortarle la retirada por Alejandría. Prescindiendo de esto, hallábanse poseídos los separatistas del mayor ardimiento y confianza; las tres divisiones del general Jackson que tantas victorias alcanzaran, habían encontrado en los depósitos sorprendidos todos los víveres y municiones que necesitaban, y no es por lo tanto de extrañar que a la vista de nuevos refuerzos, ardiesen los separatistas en deseos de renovar una lucha que debía asegurarles la victoria.

Bajo estas condiciones tuvo lugar la segunda batalla de Bull-Run llamada también de Gainesville, batalla que por lo demás ganaron los separatistas sin encuentros muy sangrientos. Lee acababa de llegar también para encargarse del mando, y en la mañana del 30 de agosto, mandó a sus tiradores comenzar el ataque a fin de ocultar el movimiento del general Longstreet, cuya división, moviéndose hacia la izquierda sobre la derecha de Jackson, había efectuado su evolución antes de

medio día, formando con sus tropas una especie de horquilla en el flanco de los federales. La batalla no se generalizó hasta la una de la tarde, y ya a las primeras descargas, el ejército federal que no había tomado aun posición, comenzó a ceder sufriendo grandes pérdidas a causa del fuego cruzado del enemigo; la división de Porter sobre todo, que formaba aquel día el ala izquierda, experimentó sensibles bajas, pero felizmente todo el terreno de la parte occidental de Centerville, en la dirección del Potomac, estaba libre, y podía por lo tanto asegurarse la retirada. A la noche siguiente, los unionistas se replegaron en el mayor desorden sobre el terreno muy accidentado que rodea a Centerville, precisamente en el mismo sitio donde un puñado de valientes había cubierto la retirada de los vencidos en la primera batalla de Bull-Run. Franklin y Sumner llegaron casi al mismo tiempo con unos veinte mil hombres de refuerzo, pero este número apenas bastaba, según confesó el mismo Pope, para reparar las pérdidas sufridas en los días anteriores.

A excepción de Sumner y de Kearney, quienes no podían soportar la idea de una retirada, los demás generales opinaban que era preferible suspender la lucha, por más que los separatistas se hallasen también en extremo fatigados.

El general Lee dejó pasar todo el día 31 sin hacer ninguna tentativa para obtener nuevas ventajas, pero a la mañana siguiente hizo avanzar a la división de Jackson a través de las colinas, con objeto de obligar a Pope a continuar su retirada si quería evitar ser atacado por el flanco; el general unionista, no queriendo exponerse a semejante eventualidad, emprendió la retirada por Fairfax, limitándose a insignificantes escaramuzas.

El general Lee, sin embargo, iba estrechando cada vez más a los unionistas, quienes, a pesar de las graves pérdidas que habían experimentado, se batieron aun valerosamente, dando esto lugar a numerosos actos de abnegación y arrojo. En las cercanías de Chantilly, varios destacamentos federales, reunidos bajo su bandera, opusieron una resistencia enérgica, pero allí también murieron dos de los mejores generales unionistas, Stevens y Kearney, cuando trataban de ordenar su gente para tomar la ofensiva. El impetuoso Kearney, de cuyo arrojo ya hemos hablado, cayó como un héroe en medio de los suyos, y aunque agonizando a consecuencia del balazo que le había atravesado el pecho de parte a parte, sin soltar las bridas de su caballo ni su espada, pedía a gritos que volvieran a colocarle en la silla. Su muerte fue sentida vivamente por todas las tropas, pues destruía grandes esperanzas poniendo fin a la gloriosa carrera de aquel que había combatido con la mayor intrepidez en tres partes del mundo.

La retirada del ejército federal continuó sin interrupción, y el 2 de septiembre de 1862 ocuparon las obras defensivas de Alejandría y del Potomac los restos del ejército unionista.

En el parte oficial remitido por el general Lee a su Gobierno, manifestaba este jefe que durante su campaña contra el general Pope había cogido más de siete mil prisioneros, sin contar unos dos mil heridos que dejaron los unionistas en su poder. Lee se apoderó además de treinta piezas de artillería, veinte mil armas pequeñas y un número considerable de tiendas de campaña y pertrechos militares. Las pérdidas de los separatistas en los combates que mediaron desde la montaña de Cedar hasta Chantilly, no bajarían probablemente de quince mil hombres, pero los federales tuvieron lo menos treinta mil bajas. Entre los muertos figuraban, además de los generales unionistas Stevens y Kearney, los coroneles Fletcher y Webster, O'Connor, Cantwell, Brown y otros oficiales distinguidos de elevada graduación.

En aquella ocasión pudo apreciarse la previsión del general Mc Clellan, quien durante el otoño anterior no había omitido sacrificios de ninguna especie para fortificar las líneas de defensa de Washington. Sin éstas, nada hubiera impedido al general Lee penetrar en la capital para dar un golpe contundente al Gobierno unionista, y aun acaso, a pesar de las fortificaciones, menos sólidas en realidad de lo que parecían, si el general confederado hubiese sido más emprendedor, habríale sido fácil cercar a Washington. Lee, sin embargo, se limitó a rechazar a su enemigo llegando casi hasta las alturas de Arlington.

Como es de presumir, todos estos acontecimientos sembraron la alarma en la capital de la Unión, y el estampido de los cañones del Sur, causó la mayor inquietud al Poder ejecutivo. El

Presidente y su Consejo debieron convencerse que el general en quien confiaban no era a propósito para el caso, y que sus partes inexactos no habían servido sino para hacer más penosa la realidad de la derrota; era preciso elegir inmediatamente otro jefe que supiera reorganizar el ejército, y el Gobierno no pudo menos de pensar en el hombre que por más que se dijera había hecho ya sus pruebas en la península, y sabido crearse en poco tiempo cierta reputación.

El general Mc Clellan, a su regreso de Harrison's Bar, se había quedado sólo con doscientos o trescientos hombres, para inspeccionar los trabajos en Alejandría y Washington, y hasta se pensaba retirarle el mando tan pronto como Pope hubiese terminado felizmente su campaña. Entre tanto y por decreto de 29 de agosto, las fuerzas que estaban delante de Washington se repartieron en tres cuerpos al mando de Pope, de Burnside y de Mc Clellan, pero estos dos últimos debían limitarse a sostener el primero, y durante algunos días las funciones del jefe del ejército del Potomac se redujeron a destacar sus tropas para reforzar las líneas del general Pope. En pocos días, no obstante, dio tales vueltas la rueda de la fortuna, que Mc Clellan, según iban aumentando los reveses de Pope, iba saliendo de su desgracia para convertirse en una áncora de salvación. El Gobierno se veía moralmente en la obligación de ponerle otra vez a la cabeza del ejército, tanto más cuanto que en opinión del público era el único general capaz de reparar los desastres sufridos. La simpatía que inspiraba Mc Clellan a los veteranos de la península, parecía haberse comunicado a las demás tropas, y nunca como entonces hubiera podido imponer condiciones. Mc Clellan, sin embargo, sólo aceptó pura y simplemente el cargo de general en jefe de todas las fuerzas reunidas alrededor de la capital, cargo que se le ofreció autorizándole para echar mano de cuantos medios creyese necesarios para la defensa de Washington. Mc Clellan se encargó pues del mando el día 2 de septiembre, sin más que una orden verbal del general Halleck, y viendo después que el Gobierno se daba prisa en manifestarle oficialmente qué línea de conducta debía seguir, obró de la manera que creyó mas oportuna, y durante algún tiempo, se dio el extraño espectáculo en una nación libre, de ver a Mc Clellan revestido de poderes absolutos como generalísimo, no debiendo esta autoridad suprema sino al descuido del Gobierno y a la confianza de las tropas. No obstante, antes de pensar en la reorganización completa de su ejército, era preciso arreglar sus movimientos con los de su enemigo, y a esto es a lo que se consagró Mc Clellan desde luego.

El desgraciado Pope fue destituido bruscamente y se le envió al Noroeste a desempeñar una misión oscura contra los indios del Minnesota que acababan de insurreccionarse después de cometer crímenes horribles. Mc Dowell, que había auxiliado a Pope lo mejor que pudo, del mismo modo que lo hiciera antes con Mc Clellan, y que se había distinguido en la última batalla de Bull-Run, no escapó tampoco de la censura, y se le acusó con tal persistencia de ineptitud, de traición y de cobardía, que se creyó obligado a resignar el mando, exigiendo que se abriese una información sobre su conducta. Las declaraciones que hizo con este motivo, fueron las que podían esperarse de un bravo militar y de un hombre de honor, e inútil parece decir que le rehabilitaron completamente, y se le repuso en su cargo por el general Hooker.

Al general Reno, oficial del antiguo ejército regular de Burnside, quien se había distinguido por su actividad en la retirada, se le confió el mando de un cuerpo de tropas. Los oficiales que antes sirvieran a las órdenes de Mc Clellan, Stoneman y Keyes, se acababan de retirar del servicio por motivos de salud; las tropas de su mando se repartieron entre otros cuerpos, y la caballería se confió a Pleasanton, joven oficial de notable energía, que seguramente iba a encontrar en el general Stuart un terrible adversario.

El Gobierno dispuso que se hicieran nuevas levass y se organizaran otras divisiones: el 2 de julio se habían ya enganchado trescientos mil voluntarios por tres años y el 4 de agosto otros trescientos mil por nueve meses, pero esta medida disgustó a la mayor parte de los Estados. Mas adelante veremos cómo se repartió el nuevo ejército del general Mc Clellan y entre tanto volvamos a los separatistas que se disponían a continuar la ofensiva invadiendo el Estado de Maryland.

9. LA INVASIÓN DE MARYLAND (1862)

El general Mc Clellan atraviesa el Potomac y avanza hacia Frederick. Manifiesto del general separatista Lee. Se descubren los proyectos del general Lee. Tentativa para apoderarse de Harper's Ferry. Batalla de South Mountain. Combate de Crampton's Gap. El general Stonewall Jackson se apodera de Harper's Ferry. Mc Clellan y Hooker avanzan sobre Antietam. Batalla de Antietam. Pérdidas. El general Lee emprende la retirada cruzando el Potomac y seguido de Porter. Expedición de Stuart. Mc Clellan se dirige al Rappahannock y es relevado por Burnside. Los generales Bragg y Kirby Smith invaden el Estado de Kentucky. Los separatistas derrotan a Manson y Nelson en Richmond. Bragg coge cuatro mil prisioneros en Munfordsville. Richard Hawes es nombrado gobernador de Kentucky. El general Buell avanza contra Bragg. Batalla de Perryville. Muerte del general Jackson. El general Bragg emprende la retirada. Rosecrans ataca a Price en Iuka. Price retrocede hasta Ripley. Vandorn ataca a Rosecrans en Corinto. Derrota de los separatistas. Sus pérdidas. Vandorn es perseguido hasta Ripley.

Detenido en su impetuosa carrera por las líneas fortificadas de Alejandría, el general en jefe separatista no renunció esta vez como en 1861 a utilizarse de las ventajas que acababa de obtener, con tanta más razón cuanto que Lee y su Gobierno juzgaban que era llegado el momento de abandonar el sistema de defensa seguido hasta entonces, a fin de penetrar en el interior del país hacia el norte de Washington. Era de esperar que se le recibiera bien allí donde se presentase, y en el caso de fracasar el movimiento contra el Norte, sería fácil apoderarse de Maryland. Bajo el punto de vista militar, no dejaba de ser muy ventajoso ocupar la vía férrea de la orilla izquierda del Potomac, pues de este modo, las numerosas tropas reunidas en los alrededores de Harper's Ferry y en Shenandoah, con todos sus almacenes militares, quedarían aisladas de Washington y de Baltimore siendo entonces fácil cercarlas y vencerlas. La principal dificultad consistía en la prolongación de la línea de comunicaciones, que estaría tanto más expuesta cuanto más se avanzara por la parte del Norte, pero los separatistas confiaban en hallar en Maryland todos los víveres necesarios, y no creían que el ejército federal, rechazado hasta Washington, donde tendría que atender a la defensa de la capital, se hallara en estado de molestarles.

El ejército federal, completamente desmoralizado, acababa de abandonar su posición de Manassas y hasta sus heridos; los separatistas, según ya hemos dicho, se habían apoderado en los diversos combates de seis mil prisioneros y treinta piezas de artillería, y el entusiasmo que les inspiraban sus recientes victorias, hacíales considerar como una empresa fácil la conquista de Maryland y de una parte de Pennsylvania; al fin iba a realizarse el plan concebido en las primeras semanas de la crisis y que consistía en aislar la capital del resto de los Estados del Norte.

Con esta idea, el general Lee adoptó desde luego sus disposiciones para atravesar el Potomac, pues como Hill acababa de llegar con la reserva y algunas brigadas sueltas, las fuerzas del jefe separatista ascendían ya a unos ochenta mil hombres. Lee emprendió la marcha por Drainsville hacia Leesburg, atravesó el Potomac, cuyas aguas estaban muy bajas, por diferentes vados, y dispuso que otros destacamentos cruzaran a su vez por la parte de Williamsport. Este movimiento se verificó del 5 al 6 de septiembre, y una vez en el territorio de Maryland, los confederados se apoderaron inmediatamente del camino de hierro, situándose principalmente en Point Rocks, (Punta de Roca) por cuya ocupación, las fuerzas federales que se hallaban alrededor de Harper's Ferry y en el bajo Shenandoah, quedaron aisladas del grueso de su ejército.

La caballería separatista marchó rápidamente hacia Frederick-City, y el mismo Lee hizo su entrada en esta plaza el 8 de septiembre, pero los habitantes se mostraron por lo general indiferentes

absteniéndose de toda demostración. Lee, no obstante, a fin de excitar su celo y atraerles a su causa, publicó una proclama concebida en los términos siguientes:

«Cuartel general del ejército de la Virginia del Norte.

»8 de septiembre de 1862.

»*Al pueblo de Maryland.*

»Nada mas justo que sepáis cuál es mi objeto al presentarme en los límites de vuestro Estado con el ejército de mi mando, cuando menos por lo que pueda tener relación con vuestros intereses.

»El pueblo de los Estados de la Confederación ha deplorado siempre con la mayor sinceridad los perjuicios y ultrajes de que han sido víctimas los ciudadanos de un Estado unido con el Sur por los más fuertes vínculos sociales y políticos, y siente mucho más verle reducido a la situación de una provincia conquistada.

»Bajo el pretexto de defender la Constitución, pero infringiendo sus más sagrados artículos, vuestros ciudadanos se han visto reducidos a prisión sin que pesara sobre ellos cargo alguno y contrariamente a lo previenen las leyes del país.

»Una enérgica protesta presentada con este motivo por un venerable e ilustre hijo de Maryland²⁹ a quien en mejores días ninguno apeló en vano, tratándose de obtener justicia, fue rechazada con el mayor desprecio por los mismos que debieron tomarla en consideración.

»El Gobierno de vuestra capital ha sido usurpado por extranjeros armados; vuestra legislatura ha sido disuelta por el arresto ilegal de sus miembros; la libertad de la prensa y de la palabra no existen ya; un decreto arbitrario del Poder ejecutivo declara ofensivas cualesquiera clase de palabras cuando así lo tiene por conveniente, y se ha dispuesto en fin que las comisiones militares juzguen a los ciudadanos cuando se atrevan a emitir libremente sus opiniones.

»Creyendo que el pueblo de Maryland tiene suficiente elevación de espíritu para no someterse a semejante Gobierno, el pueblo del Sur ha deseado siempre prestaros su auxilio para que sacudáis el yugo extranjero a fin de que os sea dable gozar de los derechos de los hombres libres, proclamando la independencia y soberanía de vuestro Estado.

»En cumplimiento de este deseo, nuestro ejército se presenta ante vosotros para prestaros auxilio con sus armas si queréis reconquistar los derechos de que se os ha despojado tan injustamente.

»Ciudadanos de Maryland: esta es nuestra misión por lo que a vosotros toca; no se trata de violentar vuestra voluntad; no es nuestro ánimo intimidaros con la presencia de nuestro ejército; nuestro único deseo es que se proclame entre vosotros la libertad del pensamiento y de la palabra. Entre vosotros no conocemos enemigos: lo único que queremos es protegeros.

»A vosotros toca decidir sobre vuestro destino, seguros de que este ejército respetará la voluntad del pueblo sea cual fuere; y si el Sur ha de regocijarse al veros proclamar vuestra independencia, aun mayor será su satisfacción si la obtenéis por vuestra propia voluntad.

»El general en jefe, *R. Lee.*»

Esta proclama no produjo el efecto que esperaba el general separatista, pues si bien los habitantes de Maryland no tenían grandes deseos de batirse en favor de la Unión, tampoco se mostraban dispuestos a exponer sus vidas para apoyar a los confederados, y los que en un principio se inclinaron por estos últimos, hacia ya tiempo que se hallaban en las filas del ejército separatista.

No tardó en saber el general Mc Clellan que los separatistas se dirigían hacia Maryland, y por esta razón dispuso en 7 de septiembre que los diversos cuerpos de tropas cruzaran el Potomac y fuesen a situarse en el Norte de Washington, cuya ciudad quedó custodiada por el cuerpo de ejército del general Banks. Mc Clellan emprendió la marcha acto continuo, y en la misma noche del día 7 llegó a Rockville, desde donde continuó avanzando, si bien con ciertas precauciones por si acaso era simulado el movimiento de los separatistas. Después de alguna escaramuza insignificante, la vanguardia del ejército federal penetró en Frederick, que acababan de evacuar los separatistas, y allí

29 Roger B. Taney.

tuvo Mc Clellan la suerte de encontrar la copia de una orden general del día expedida por Lee poco antes, por manera que merced a esta casualidad, el general en jefe pudo enterarse de todos los pormenores del plan de campaña adoptado por su enemigo, plan que era ya demasiado tarde para cambiar, y del que, poco podía suponer por otra parte el jefe separatista, que hubiese llegado a conocimiento de su adversario. Lee se había aventurado en la peligrosa maniobra de dividir su ejército en un país que le era completamente hostil, sin tener en cuenta que un enemigo superior en número seguía de cerca su retaguardia, y al obrar así, fue seguramente porque no le daba importancia o porque quiso prescindir en aquella ocasión de las más conocidas reglas de la guerra.

Según la orden que se hallaba en poder de Mc Clellan, comprendíase claramente, no sólo que Harper's Ferry era el primer punto amenazado por Lee, sino que los cuerpos de ejército de Jackson y Walker marchaban con el objeto de apoderarse de aquel, y que el general Mc Laws, con sólo veinte mil hombres se hallaba entonces entre el ejército federal y Harper's Ferry. La mayor parte de las tropas unionistas estaban concentradas en aquel momento cerca del Frederick, pero la división Franklin, compuesta de unos diez y siete mil hombres, se acercaba al punto amenazado por el enemigo, y si Mc Clellan hubiese puesto en movimiento acto continuo a todo su ejército, dando orden de avanzar a Franklin y de empeñar el combate si era necesario a fin de ganar tiempo hasta la llegada de todas las fuerzas, es seguro que Mc Laws habría sido derrotado, evitándose de este modo que Harper's Ferry cayese en poder del enemigo. No se explica, pues, que en vez de hacer esto, avanzara Mc Clellan con el grueso de sus fuerzas hacia Turner's Gap, Boonsborough y Hagerstown.

El general Lee, quien, según ya hemos dicho, había dividido su ejército, dando orden de avanzar sobre Harper's Ferry, se veía perseguido tan de cerca por Mc Clellan, que no tenía otro remedio sino presentar la batalla a todo el ejército federal, sin contar mas que con la mitad del suyo, pues era evidente que si el general unionista no encontraba obstáculos en su marcha, le sería muy fácil impedir que el enemigo se apoderara de Harper's Ferry. Así se explica que el general Pleasanton, jefe de la caballería federal, encontrase resistencia en el camino de Hagerstown, donde ocurrió una escaramuza el 13 de septiembre al cruzar el valle de Catocin, pero los federales siguieron avanzando hasta un punto llamado Turner's Gap, que se halla cerca de la montaña del Sur.

El general Lee, que no pensaba sino en apoderarse de Harper's Ferry, y creía que Mc Clellan, siguiendo su costumbre, no andaría sino seis o siete millas diarias, acababa de dar la orden de avanzar hacia Hagerstown, a los generales Longstreet y Jackson, pues en dicho punto había ya seis brigadas al mando de Anderson, las cuales debían apoyar a Mc Laws en el ataque de Harper's Ferry. La división del general H. Hill se hallaba en Turner's Gap con la caballería del general Stuart. Los separatistas, pues, no pudieron menos de extrañarse al ver a la mañana siguiente que la división de Cox avanzaba por la parte de Middletown, precedida de la caballería de Pleasanton y algunos cañones con los que rompieron acto continuo el fuego, mientras que por otra parte veíase a lo lejos el grueso de las fuerzas del ejército del Potomac que marchaba rápidamente por el valle.

Así pues cuando la brigada de Garland, destacada por Hill, cuya división apenas contaba con cinco mil hombres, salió al encuentro de la avanzada federal, fue dispersada al momento, habiendo perecido su jefe cuando las tropas se retiraban en desorden, pero bien pronto llegaron las divisiones de Anderson, Rhodes y Ripley, que defendieron el terreno palmo a palmo y consiguieron contener resueltamente el ímpetu de los regimientos de Cox. Sin embargo, los unionistas, muy superiores en número, fueron avanzando, sin que bastaran a contenerlos los desesperados esfuerzos de sus enemigos.

El fuego de fusilería cesó a eso de la una de la tarde, pues por ambas partes se esperaban refuerzos: solo habían tomado parte hasta entonces en el combate la división Reno, de los federales, y la división Hill, de los separatistas, pero dos horas después, el general Hooker ocupó el camino de Hagerstown con el objeto de atacar a los confederados por el flanco, y formada la línea de batalla, volvió a jugar de nuevo la artillería. No tardaron tampoco en llegar nueve brigadas al mando del general Longstreet, y con este refuerzo ascendían ya las fuerzas de los separatistas a unos

veinticinco o treinta mil hombres, es decir, doble número del que podían oponer en aquel momento los federales, si bien animaba a estos la confianza de que el grueso del ejército no tardaría a llegar en su auxilio.

En su consecuencia, los unionistas se batieron obstinadamente; el general Hatch, herido de gravedad, tuvo que retirarse, cediendo su puesto al general Doubleday, y lo mismo sucedió al coronel Wainwright, pero Hooker había conseguido desbaratar el ala izquierda de los separatistas, cuando la noche puso fin al combate. En este encuentro cayó también mortalmente herido, cuando observaba atentamente con un anteojo los movimientos del enemigo, el general unionista Joseph Reno.

A la mañana siguiente se renovó la lucha con la mayor obstinación por una y otra parte, sin que cesara ésta hasta las cuatro de la tarde, hora en que empezaron a llegar nuevas divisiones del ejército unionista con todos los trenes y la artillería, por cuya razón Mc Clellan, que tenía ya a mano la mayor parte de su ejército, adoptó sus disposiciones para dar una acción decisiva al día siguiente. Sin embargo, el general Lee, para quien lo más importante era ganar tiempo a fin de apoderarse de Harper's Ferry, retiró todas sus fuerzas durante la noche, por manera que al otro día, las avanzadas federales sólo encontraron los muertos y heridos abandonados por los separatistas.

Mc Clellan asegura que en esta refriega sólo tuvo trescientos doce muertos, mil doscientos treinta y cuatro heridos y veintidós extraviados, total mil quinientos sesenta y ocho, pero hizo en cambio mil quinientos prisioneros. En el parte del general en jefe unionista se decía que las pérdidas de los confederados eran mucho mayores, pero esto no es creíble, toda vez que los últimos tenían la ventaja tanto en la posición como en el número, y se retiraron en el mejor orden sin que les causara grandes bajas el fuego del enemigo.

Mientras se daba este combate, el general Franklin avanzaba por la orilla Norte del Potomac, atravesando por Tenallytown, Darnestown y Polesville, y en la tarde del 14 de septiembre llegó a Crampton's Gap cerca de la montaña del Sur, poco mas allá de Burkettsville, en cuyo punto encontró dos o tres divisiones del ejército separatista al mando de Howell Cobb, las cuales ocupaban una fuerte posición. Acto continuo se trabó el combate, pero eran tan superiores en número los federales, que después de una obstinada lucha de cuatro o cinco horas, viose Cobb en la precisión de emprender la retirada, sufriendo considerables pérdidas. Si Franklin hubiera sabido entonces cuán preciosos eran los momentos, aun le habría quedado tiempo para salvar a Harper's Ferry, pues no se hallaba sino a seis millas de distancia de dicho punto.

Entre tanto el general Stonewall Jackson, que había salido de Frederick el día 10, avanzaba rápidamente hacia Williamsport; una vez en este punto, volvió a cruzar el Potomac, y poco después llegaba a Martinsburg, punto defendido por el general White con unos dos mil unionistas, pero prevenido este jefe oportunamente de que se acercaba Jackson con fuerzas muy superiores, huyó en la noche del 11 a Harper's Ferry a fin de reunirse con el coronel Miles, que defendía esta plaza con diez mil hombres. White era de superior graduación a Miles y debió haberse encargado del mando, pero cedió de su derecho por deferencias a este último jefe, y se ofreció a servir bajo sus órdenes, lo cual fue aceptado.

Como Harper's Ferry se eleva en una especie de garganta o desfiladero dominado por tres partes por altas montañas, y sólo defendible desde dos o tres de éstas, el general en jefe Mc Clellan había recomendado muy especialmente a Miles y a White que estrechasen sus posiciones, concentrándose en las orillas mismas del río alrededor de los puentes, y adoptando luego todas las medidas que creyeran más oportunas para rechazar un ataque, a fin de poder defenderse hasta que recibiesen refuerzos. La misión de estos dos jefes no era de las más fáciles, atendida la posición del terreno que tenían el encargo de conservar, mas con un poco de inteligencia y de ingenio, y contando con el valor de sus tropas, hubieran podido hacer frente al peligro, al menos durante algunos días. Desgraciadamente, ambos probaron en aquella ocasión su ineptitud, pues no sólo no siguieron las instrucciones del general Mc Clellan, sino que no hicieron nada como debían, olvidando hasta el asegurar sus comunicaciones de modo que el ejército pudiera socorrerles, de este

modo Jackson pudo sitiar la plaza a su gusto. El general separatista se situó en la orilla derecha, mientras un destacamento de las tropas de Longstreet, a las órdenes de Mc Laws, ocupaba el camino de Maryland, debiendo advertirse que estas tropas que llegaban directamente de Frederick-City aparecieron delante de Harper's Ferry en el momento en que Jackson formaba su línea de batalla. Con tal acierto se había practicado este movimiento, que la guarnición federal se vio bloqueada antes de poderse dar cuenta de cuanto estaba pasando, y aun cuando entonces se trató de abrir una comunicación con Washington, viose que era demasiado tarde para ello. Sólo la caballería del coronel Davis, que permanecía ociosa detrás de las obras de defensa, trató de abrirse paso y al fin lo consiguió, flanqueando el Potomac por Williamsport, en cuyo punto se apoderó al paso de algunos bagajes de Lee. White y Miles no debían ya pensar sino en defenderse de los ataques de Jackson, el cual acababa de situar sus baterías en el camino de Maryland de modo que dominasen completamente las líneas federales, cuidando también de colocar algunas piezas en todas las alturas. Urgíale al general separatista activar lo más posible las operaciones porque de un momento a otro podía cambiar mucho la situación.

En la madrugada del 15 de septiembre, las baterías de los confederados rompieron el fuego por siete puntos a la vez, dirigiendo principalmente su tiros contra las alturas de Bolivar. A las siete de la mañana, Miles manifestó a White que era inevitable la rendición porque se iban acortando las municiones, y reconocido así por todos los jefes, izóse una bandera blanca, mas no habiéndolo observado los sitiadores, continuaron el fuego media hora más, y esto costó la vida a Miles, quien cayó a poco mortalmente herido de un balazo en el pecho. Jackson se disponía ya a lanzarse al ataque con la infantería cuando supo que el enemigo pedía una capitulación, y acordada esta, quedaron prisioneros once mil quinientos ochenta y tres hombres, apoderándose además el enemigo de setenta y tres cañones, trece mil armas pequeñas, doscientos vagones y numerosas tiendas y efectos de campaña. Jackson, que sabía apreciar como nadie el valor del tiempo, no quiso aguardar a que se hiciese la entrega, y confiando esta misión a Hill, se puso en marcha con la mayor parte de sus tropas a fin de reunirse cuanto antes con el general Lee, y a marchas forzadas llegó a Antietam a la mañana siguiente. Se resiste uno a creer que Miles no obrara en aquella ocasión como un traidor, pues no sólo dejó de fortificar las alturas de Maryland como se le había prevenido, sino que incurrió en otras faltas graves que no debe nunca cometer un hombre que sirve fielmente su causa. Por lo que hace a Mc Clellan su mayor falta en aquella ocasión fue haber confiado la defensa de un punto tan importante como Harper's Ferry al coronel Miles, sobre todo después de su vergonzosa conducta en la batalla de Bull-Run.

Era demasiado tarde para salvar a Harper's Ferry, mas no para tomar la revancha, y con la intención de obtenerla cuanto antes, diose orden al ejército de ponerse en marcha, y la caballería del general Pleasanton avanzó sobre Boonsborough, donde pudo alcanzar la retaguardia separatista, a la que hizo doscientos cincuenta prisioneros. La división Sumner seguía de cerca, y después de una marcha de diez o doce millas, descubrió al enemigo que ocupaba una fuerte posición junto al río Antietam, frente a un pueblecillo llamado Sharpsburg. Entonces el general Richardson hizo alto, formando sus tropas a la derecha del camino que conduce desde Keedysville al punto antes citado; Sykes, con su división de tropas regulares, se situó a la derecha, y a poco llegó el general Mc Clellan con las fuerzas de su mando.

Lee, como es de presumir, había elegido una fuerte posición, pero necesitaba algún tiempo para fortificarse bien y contener a su enemigo hasta la llegada de Jackson, Walker y Mc Laws, quienes se hallaban aun en Harper's Ferry. Si Mc Clellan hubiese resuelto atacar en la madrugada del 16 de septiembre, antes de la tarde habría podido lanzar sus sesenta mil hombres contra un enemigo que sólo contaba con la mitad de este número, mas en vez de hacerlo así, difirió el ataque hasta el día siguiente, por manera que cuando las columnas del ejército federal recibieron la orden de avanzar, veíanse ya las cimas de las colinas erizadas de cañones, y ocupados todos los puntos por donde habría sido mas fácil escalar las alturas.

La corriente del Antietam, río que separaba a los ejércitos, es en extremo rápida y su profundidad impide que pueda atravesarse fácilmente: en ambas orillas es el terreno muy accidentado, y en la derecha sobre todo, elévase bruscamente, formando una serie de rampas que se extienden entre el pueblecillo de Sharpsburg y el río. Hay cuatro puentes de piedra para cruzar de una a otra orilla; el primero está en el camino de Keedysville a Williamsport, el segundo a dos millas media de este último punto, el tercero cerca de Rohrsersville, y el cuarto a unas tres millas mas allá en el camino de Harper's Ferry, cerca de la embocadura del río. En las elevaciones de terreno que bordean los tres primeros puentes, había situado sus tropas el general Lee, y si bien era fácil el asalto por estos tres puntos, éralo mucho más por el cuarto puente.

La mayor parte del día 16 se invirtió pues en practicar reconocimientos, y en un tiroteo que no produjo resultado alguno, mas al fin el general Mc Clellan adoptó el plan siguiente. El ala derecha debía forzar el paso del río por el primer puente, y cortando la retirada al enemigo por Hagers-town atacaría después su flanco izquierdo; en el caso de obtener buen resultado este movimiento, se dirigiría luego hacia Sharpsburg a fin de cerrar el paso a Lee. Hooker fue el designado para llevar a cabo esta maniobra con el auxilio de los generales Mansfield, Sumner y Franklin. Mc Clellan no creyó prudente hacer avanzar su centro, porque la posición del enemigo le parecía muy fuerte y el terreno estaba muy descubierto, y por lo tanto confió a Porter la reserva, y dispuso se rompiera el fuego de cañón a fin de que no observara el enemigo las maniobras de la derecha. Mansfield acababa de reunirse con Hooker, y el ala derecha de Franklin apoyaba la izquierda de Sumner; Burnside, situado frente al tercer puente, debía atacarle con el vigor posible a fin de sorprender luego al enemigo por uno de sus flancos. A eso de las tres de la tarde comenzaron las tropas a practicar estos movimientos, lo cual dio lugar a un vivísimo fuego por una y otra parte; algunos cañones Parrott, colocados en ventajosas posiciones, se distinguieron por sus certeros tiros.

En aquellas críticas circunstancias, veíase Lee en la precisión de resolver un problema sumamente delicado, que exigía un rápido examen y una pronta resolución: ¿qué hacer en presencia de un enemigo muy superior en número y que deliberadamente se proponía atacar a la vez las dos alas de su ejército? Si hubiese tenido más fuerzas, lo más sencillo era acometer el centro de los federales, pero Lee no se atrevió a ello y creyó mejor limitarse a los términos medios; reforzó pues poco a poco su izquierda, e hizo ocupar por sus tiradores los bosques y otros puntos ventajosos, con el único objeto de entretener a los federales hasta tanto que llegasen los refuerzos que esperaba de Harper's Ferry.

Hacia las cuatro de la tarde Hooker había conseguido atravesar el río por diversos vados y a poca distancia del primer puente, de modo que pudo situarse en el punto más a propósito para sorprender el flanco izquierdo de Lee, y después comenzó a practicar su maniobra con la mayor resolución. Los confederados sostuvieron el fuego de los tiradores de Hooker con sin igual arrojo, pero la noche vino al fin a poner término a este primer encuentro, y para que se comprenda cuán cerca estaban ya los federales de los separatistas, basta decir que las avanzadas de las divisiones Hooker y Longstreet hubieran podido hablarse, por lo cual, durante aquella noche ocurrieron frecuentes colisiones al relevarse los centinelas por una y otra parte. Mucho antes de la madrugada llegó el general Jackson, quien había caminado a marchas forzadas, y desembocó en las líneas tan precipitadamente, que por un momento se creyó que los federales comenzaban el ataque; según lo convenido de antemano, fue a tomar posición en el ala derecha, donde reemplazó a Hood a fin de que éste pasara a reforzar las posiciones del centro.

Un sol magnífico, que brillaba en todo su esplendor, anunció la jornada del 17 de septiembre de 1862, tan notable por sus resultados: aquella era la primera vez que dos ejércitos tan numerosos iban a empeñar en el Nuevo Mundo una lucha sangrienta que debía decidir, ya la retirada de los invasores mas allá de sus fronteras, o bien el progreso de su invasión en los pacíficos Estados del Norte, acompañado quizás de sensibles represalias por los excesos cometidos en Alabama o por los inútiles rigores ejercidos en Nueva Orleans.

Hooker marchaba a la cabeza de sus columnas con ese aire de bravura y de buena fe que le era propio, seguido de sus soldados a quienes inspiraba tan ciega confianza, que habrían ido con él hasta el fin del mundo. Conociendo Hooker la importancia de la misión que le había confiado el general en jefe, tuvo buen cuidado de tomar todas las disposiciones más oportunas para llevarla a buen fin, y sin detenerse ante el fuego de los tiradores enemigos, continuó su marcha resueltamente. Después de algunas horas de repetidos combates, todos ellos de escasa significación, Hooker llegó frente a otras líneas más resistentes, compuestas sobre todo de las tropas de Jackson, y entonces dio orden a la división Rickett de atacar a la de Mc Laws, la cual fue rechazada, si bien poco después los separatistas recobraron el terreno perdido. Sumner y Mansfield llegaron a su vez para sostener a Hooker, y al poco tiempo de nuevo estuvo la ventaja por parte de los federales, quienes se apoderaron de dos o tres baterías. Hubo momentos en que el fuego era vivísimo; una nube de balas levantaba continuamente espesas nubes de polvo, rematando a los heridos y moribundos; el general Mansfield fue uno de los primeros que perdió la vida en aquel encuentro, y el mismo Hooker, que se exponía demasiado al fuego del enemigo, cayó poco después herido de un balazo en el pie y fue preciso retirarle del campo de batalla, lo cual se hizo muy a pesar suyo porque la jornada iba tomando un aspecto favorable, y esperaba rechazar hasta el Potomac a todo el ejército de Lee si le secundaban bien las demás tropas. Esto no dejaba de ser probable y acaso hubiera podido realizarse si las divisiones hubiesen estado más unidas entre sí, pero desgraciadamente, la falta de Mansfield y de Hooker, muerto el uno y herido el otro, aumentó el desorden de los federales. Sumner continuó el combate con la mayor obstinación, dando nuevas pruebas de su valor y arrojo, mas su cuerpo de ejército, así como el de Hooker, experimentó considerables bajas por el fuego certero del enemigo. Hacia el medio día, Jackson, que acababa de recibir nuevos refuerzos, dispuso se diese una carga general, con la cual obtuvo los mejores resultados, pues se introdujo la confusión en las filas de la división Sedgwick, y Sumner se vio en la dura precisión de abandonar sus cañones, retrocediendo algún tanto a fin de restablecer un poco el orden y disciplina entre sus tropas.

A eso de la una de la tarde, los federales se hallaban en los mismos bosques que les sirvieron de abrigo la noche anterior, y por lo tanto no habían ganado sino muy poco terreno, mas en cambio contaban con tropas de refresco, puesto que no todas las divisiones habían entrado en fuego. Franklin acababa de atravesar el río con su cuerpo de ejército a fin de tomar posición en el ala izquierda de Sumner, y desplegando después sus líneas, hizo un movimiento ofensivo contra Jackson, con tal acierto y energía, que los federales debieron sentir que no se hubiera hecho antes, es decir, cuando Hooker y Mansfield se hallaban aun en el campo de batalla. Ciertamente es que el general Jackson había agotado ya todas sus fuerzas, y seguramente no se le podía recriminar después de los brillantes hechos de armas llevados a cabo en los días anteriores; además de esto, escaseaban ya sus municiones, y no siéndole posible resistir un nuevo choque, hubo de retirarse y ceder por último el terreno por tanto tiempo disputado. Franklin hizo retroceder a los separatistas hasta media milla mas allá de sus líneas, mas no viéndose apoyado por las demás divisiones, no creyó prudente avanzar sobre Sharpsburg, por manera que hacia las dos o tres de la tarde había cesado casi la lucha por aquella parte, continuándose solo un inútil cañoneo.

También el general Lee, que mandaba el centro, tenía a su disposición tropas de reserva, pues no había tenido lugar el ataque que aquel esperaba por aquel punto, atendido que el general Mc Clellan no lo creyó conveniente; sólo Porter hizo cañonear las líneas enemigas con toda su artillería, pero no produjo esto efecto alguno, pues en toda aquella extensión, sobre todo en la ocupada por los separatistas, era muy accidentado el terreno, y lo único que se consiguió fue inmovilizar cuerpos de infantería que hubieran podido utilizarse mejor en otra parte.

En el ala izquierda había sucedido poco mas o menos lo mismo: tan pronto como Hooker hubo comenzado su ataque, Mc Clellan hizo avanzar al general Burnside con su cuerpo de ejército compuesto de diez y seis mil hombres a fin de maniobrar sobre la derecha del enemigo en los alrededores del tercer puente, que era en realidad el punto decisivo, pues por allí podía retirarse el enemigo, y si el movimiento de Burnside daba buen resultado, el general Lee se vería en una

posición muy crítica. El jefe confederado, no obstante, comprendía también cuán importante era conservar aquel punto, y por lo tanto había confiado su custodia al general Longstreet con fuerzas poco mas o menos iguales a las de Burnside. El ataque, pues, comenzó con mucha lentitud, porque los separatistas pudieron aprovechar todos los accidentes del terreno para defender los alrededores del puente, y por esta razón, hasta las dos de la tarde no consiguió Burnside pasar el río y dirigirse más allá de las alturas que le rodean. Sus divisiones continuaban avanzando algún tanto, mas al fin llegaron ante una posición donde el general Hill, con tropas de refresco, acababa de reunirse al general Longstreet.

Los dos jefes separatistas, con todas sus fuerzas, atacaron entonces resueltamente a Burnside, y obligándole a retroceder hasta el puente, recobraron así la media milla del terreno perdido, poniéndole en el caso de que se limitara a la defensiva. En aquel mismo momento, el general McClellan, que acababa de dar una orden para que el ala derecha vigorizase el ataque dirigido por Franklin, recibió de Sumner un parte anunciando que no le era posible ejecutar este movimiento sin exponerse a un grave peligro, puesto que ninguna división de sus tropas se hallaba en estado de sostenerlo. De este modo, los dos ataques de los federales quedaban completamente neutralizados; las fuerzas no eran bastante numerosas para aquella doble ofensiva en una línea tan extensa, y seguramente hubiera sido mejor limitarse a un vigoroso ataque del puente y a una diversión en el ala de Hooker, en vez de emplear sucesivamente cuatro cuerpos de ejército en aquel mismo punto. Ciertamente es que McClellan contaba con las divisiones de Porter compuestas de unos quince mil hombres de tropas de refresco, mas el general en jefe no quería desprenderse de aquella reserva, por si el enemigo atacaba su centro, pues veía que también este tenía a su disposición un numeroso cuerpo de ejército que no había tomado parte en la batalla. En la izquierda, así como en la derecha, no ocurrieron en el resto del día sino encuentros parciales que nada podían decidir; unos y otros esperaban el ataque, y llegada la noche restablecióse la calma, y sólo interrumpieron el silencio los gritos de dolor de los heridos y moribundos.

Contrariamente a las previsiones de McClellan, el general Lee estaba muy lejos de pensar en la ofensiva, pues no ignoraba que las dos alas de su ejército apenas podían resistir más, y los refuerzos que había tenido que enviar a Jackson, dejaban reducidas sus fuerzas al número estrictamente necesario para defender su centro, prescindiendo de que también empezaban a escasear las municiones, lo cual sucedía con mucha frecuencia a los ejércitos americanos.

Al día siguiente, federales y separatistas ocupaban aun las mismas posiciones, pues McClellan, que sólo podía disponer de Porter para un ataque formal, no juzgaba prudente apresurar las cosas, sobre todo porque esperaba la llegada de dos nuevas divisiones que según se le dijo estaban en marcha. Por su parte los separatistas, a consecuencia de las pérdidas experimentadas no contaban ya sino con sesenta mil hombres, y es evidente que con fuerzas numéricas tan inferiores, y sin ninguna esperanza de recibir refuerzos, carecían de medios para tomar la ofensiva. Sabiendo además que las levadas que se hacían entonces en Pennsylvania y los Estados vecinos facilitarían a McClellan abundantes refuerzos para su ejército, era este otro motivo para no exponerse al peligro de verse acorralado en el Potomac, en cuyo caso se vería en la necesidad de emprender la retirada por un punto situado un poco mas allá del río.

Lee hizo inmediatamente sus preparativos, comenzando por enviar sus pertrechos militares y sus bagajes, lo cual le ocupó todo el día 18 y una parte de la noche, de modo que hasta el 19 no abandonó su posición ni levantó su campamento para cruzar de nuevo el Potomac por la parte Shepherdstown. Habíase convenido un armisticio la víspera con el objeto de enterrar los muertos, y se dejaron al cuidado de los federales trescientos heridos de gravedad. A excepción de estos desgraciados, llevóse a cabo la retirada sin otras pérdidas. El ejército del general McClellan se había repuesto muy difícilmente de la confusión y del desorden que introdujera entre las tropas la batalla de Antietam, una de las mas importantes que se librara hasta entonces, y el general en jefe se veía al fin obligado a renunciar a sus esperanzas después de haber asegurado los diarios del Norte que el Potomac iba a ser la tumba del gran ejército separatista. Sin embargo, habíase alcanzado en

parte el objeto, pues no sólo quedaba defendido el territorio de la Unión, sino que, frustrada la invasión de Maryland, salvábase Pennsylvania de la invasión que la amenazaba y el Gobierno de Washington podía ya reposar un poco y hacer los preparativos con más desahogo. Tales eran, en una palabra, las ventajas obtenidas, ventajas reales y positivas a no dudarlo. Federales y separatistas proclamaron la victoria, como sucediera en otras varias ocasiones según ya hemos visto, mas si se tiene en cuenta que los confederados se vieron en la precisión de abandonar sus posiciones, que el ala derecha de los federales no perdió el terreno conquistado por la división Franklin, y que Hooker y Sumner cogieron una porción de banderas y una docena de cañones, no puede negarse que Mc Clellan tuviera derecho de atribuirse la victoria, si bien debe censurársele por no haberse aprovechado de ella tanto como pudo. Es verdad que el triste incidente de Harper's Ferry y el estado incompleto y heterogéneo de un ejército improvisado apresuradamente, le imponía una prudencia, acaso excesiva, pero que llenaba el objeto principal del Gobierno, cual era el de proteger la capital de la Unión.

En cuanto al general separatista, que había sabido conservar su primera posición por espacio de cuarenta y ocho horas durante las cuales tuvo lugar la captura de Harper's Ferry, y que se había retirado al fin sin dejar en poder del enemigo sino algunos cañones y un corto número de heridos, también merecía el elogio de sus mismos adversarios, aun cuando no se hubiese llevado a cabo el objeto que motivara la invasión.

El general Mc Clellan asegura que el número de sus fuerzas en la batalla de Antietam, no pasaba de ochenta y siete mil ciento sesenta y cuatro hombres, incluso cuatro mil trescientos veinte caballos, que de poco podían servir en semejante terreno y en aquella batalla, y calcula que las tropas de Lee no bajaban de noventa y siete mil cuatrocientos hombres, incluso seis mil de artillería y seis mil cuatrocientos caballos. Sin embargo, el jefe separatista dice que no tenía sino cuarenta mil hombres³⁰, en los cuales no se comprenden probablemente ni la caballería ni la división de P. Hill.

Mc Clellan calcula que sus pérdidas en la batalla de Antietam figuraban por doce mil cuatrocientos sesenta y nueve hombres, es decir, dos mil diez muertos, nueve mil cuatrocientos diez y seis heridos y mil cuarenta y tres extraviados, y asegura que sus soldados enterraron unos dos mil setecientos cadáveres del enemigo, sin contar los que se encontraron luego en otra parte del campamento, lo cual le hace suponer que las pérdidas de los separatistas fueron aun mayores que la de los federales. Como los primeros se batieron siempre protegidos por los bosques, y en terreno que dominaba la artillería, la suposición de Mc Clellan no tiene visos de probable ni merece crédito tampoco.

El general Lee había dispuesto se situaran ocho baterías a cierta distancia del Potomac, apoyadas por seiscientos infantes a las órdenes de Pendleton, mas en la mañana del 19 de septiembre, el general Porter, que tenía orden de perseguir hasta cierta distancia al enemigo con su división y la de Barnes, atacó valerosamente a los separatistas y pudo apoderarse de cuatro cañones. Al día siguiente no obstante, la mayor parte de la división Porter cayó en una emboscada de Hill al practicar un reconocimiento y fue derrotada completamente después de sufrir considerables pérdidas. Los separatistas cogieron doscientos prisioneros, y ocuparon aquella orilla hasta el día siguiente.

El general Lee emprendió la marcha por el Oeste con el grueso de sus fuerzas dirigiéndose hacia Martinsburg, mientras la caballería al mando de Stuart volvía a cruzar el Potomac por la parte de Williamsport. Las vías férreas de Baltimore y Ohio estaban completamente destruidas en una gran extensión. El general Mc Clellan destacó a Williams con el suficiente número de fuerzas para que se apoderara de las alturas de Maryland, lo cual hizo sin hallar resistencia, mientras el general Sumner se posesionaba también pacíficamente de Harper's Ferry.

30 El escritor Pollard, en su *Historia de la guerra*, dice lo siguiente al hablar sobre esta batalla: «Las fuerzas confederadas que tomaron parte en la acción durante la primera mitad del día, no pasaron de cuarenta y cinco mil hombres, ni se aumentaron luego en más de setenta mil.»

Lee acababa de retirarse a los alrededores de Bunker Hill (Monte Bunker) y Winchester, donde, viendo que no era perseguido por Mc Clellan, destacó al general Stuart en 20 de septiembre con mil ochocientos caballos, con el objeto de que emprendiera en Pennsylvania una de sus atrevidas excursiones. Cruzando el Potomac por más arriba de Williamsport, Stuart avanzó rápidamente sobre Chambersburg, en cuyo punto destruyó una considerable cantidad de víveres y municiones, y después de esto, dando un rodeo a fin de pasar cerca del ejército de Mc Clellan, volvió a Virginia sin perder un solo hombre, según su costumbre. Al saber el general- en jefe unionista que Stuart había emprendido aquella atrevida expedición, y deseando apoderarse del arrojado guerrillero, tomó todas sus disposiciones al efecto, pero sus planes se frustraron por falta de energía y de celo. Se nos olvidaba decir que en Chambersburg Stuart quemó los depósitos de la vía férrea, una porción de máquinas, cinco mil fusiles y un numeroso equipo.

Este hecho dio lugar a que se renovaran las polémicas entre el general en jefe del ejército federal y su Gobierno, con motivo de haber pedido el primero con insistencia que se le enviaran refuerzos, caballos y equipo, cosa que ofrecía hacer inmediatamente el general Halleck, y que tardaba mucho en cumplir.

Mc Clellan cruzó al fin el Potomac entre el 26 de octubre y el 2 de noviembre, y dirigiéndose sin oposición alguna hacia Blue Ridge (Lee marchaba en dirección paralela), ocupó a Snicker's Gap y Manassas, y había avanzado hasta Warrenton cuando fue relevado del mando, que se acababa de conferir al general Burnside. De este modo terminó Mc Clellan su activa participación en la guerra.

Trasladándonos ahora a los Estados de Tennessee, Kentucky y Mississippi, donde los jefes separatistas se ocupaban activamente en organizar guerrillas para hostigar por todos los medios posibles al ejército unionista, referiremos los acontecimientos de la guerra que allí tenían lugar mientras se daban los sangrientos combates cuyos pormenores acabamos de referir.

Lebanon (Kentucky), Murfreesboro, (Tennessee) y Henderson (Ohio) habían caído por sorpresa en poder de los separatistas, que hicieron prisioneros a los generales Duffield y Crittenden con gran parte de sus tropas; el coronel John Morgan, que ya iba haciéndose notable como guerrillero, se apoderó también de Cynthiana en 2 de julio, pero tuvo luego que abandonar este punto, al verse perseguido de cerca por una fuerza muy superior de caballería a las órdenes del general Green Clay Smith. Las guerrillas confederadas, por lo demás, tan pronto estaban en Kentucky como en Tennessee, pero sus jefes sabían conducir las tan acertadamente, que con frecuencia se apoderaban de un considerable número de efectos de campaña, municiones o víveres, haciendo a veces numerosos prisioneros en sus respectivos encuentros.

El general unionista Buell había salido de Corinto en el mes de junio con la intención al parecer de dirigirse hacia Chattanooga, mas el general Bragg, a quien se acababa de confiar el mando de los separatistas, se encaminó al mismo punto a marchas forzadas, y pudo llegar antes que la vanguardia de Buell para defender dicho punto. El ejército de Bragg ascendía entonces a unos cuarenta y cinco mil hombres, organizados en tres cuerpos al mando de Hardee, Bishop Polk, y Kirby Smith respectivamente, el último de los cuales fue enviado a Knoxville, mientras los dos primeros se encargaron de proteger a Chattanooga en caso de que atacara Buell.

Como la campaña de Mc Clellan en Richmond se había frustrado completamente al paso que iba aumentándose la fuerza del ejército separatista, Bragg proyectó un atrevido golpe de mano a fin de recobrar a Tennessee y posesionarse completamente de Kentucky, y no ignorando que en Louisville podía encontrar abundantes recursos, apoderarse de este punto fue el primer objeto de su atrevida expedición. Al efecto el día 4 de agosto, cruzó por Harrison (Tennessee), a pocas millas de Chattanooga con treinta y seis regimientos de infantería, cinco de caballería y cuarenta cañones, e internándose por las ásperas montañas que rodean el valle de Sequatchie a fin de que no descubriera el enemigo su movimiento, pasó por Dunlap, Pikeville y Crossville, llegando a Kentucky el día 5 de septiembre.

Entre tanto el general Kirby Smith, con su división de Knoxville, avanzaba por Jacksonborough, cruzando por Big Creek Gap con toda la rapidez posible, a pesar de que sus

soldados apenas tenían para alimentarse otra cosa que los granos de trigo, que por cierto es muy escaso en aquella región. Su primera avanzada, compuesta de novecientos jinetes al mando del coronel Scott, sorprendió el 17 de agosto cerca de Monticello a un escuadrón de caballería unionista matándole treinta hombres y cogiendo ciento once prisioneros, después de lo cual prosiguió su marcha hacia Richmond, y retrocedió a poco para reunirse de nuevo con su jefe.

Kirby Smith se dirigió entonces apresuradamente hacia el Norte y al llegar a Richmond Ky encontró un cuerpo de ejército federal a las órdenes del general Manson, quien avanzó inmediatamente para presentarle la batalla después de tomar posición en una cadena de colinas que se extienden al Sur de dicha ciudad. Manson contaba con el mismo número de fuerzas que su adversario, pero no tan disciplinadas y aguerridas, y no es de extrañar por lo tanto que al poco tiempo de trabarse la batalla fuese derrotado por Kirby Smith, viéndose en la precisión de emprender la retirada apresuradamente. El general separatista Cleburne, que tanto se distinguió más tarde en la guerra, quedó herido de alguna gravedad en la cara y le sucedió en el mando el general Smith. Poco después, habiendo llegado de refuerzo tres regimientos federales, Manson trató de hacerse fuerte cerca de Rogersville, mas como reconociese que allí no podría defenderse con ventaja, se retiró a su primera posición, precisamente cuando llegaba un parte del general unionista Nelson, anunciando a Manson que de un momento a otro llegaría en su auxilio. En efecto, poco después aparecieron las tropas de Nelson, mas antes de que tuviera tiempo este jefe de tomar posición o desplegar sus fuerzas en línea de batalla, fue acometido por los separatistas, que en menos de media hora le derrotaron con la misma facilidad que a Manson, quedando herido en este encuentro el mismo general Nelson y otros oficiales de distinción. A fin de cortar a su enemigo la retirada, el general Smith había destacado a Scott con su caballería previniéndole atacara la retaguardia de los federales; Manson, a quien Nelson acababa de conferir el mando, contuvo durante algún tiempo a sus perseguidores; pero al llegar a cuatro millas de Richmond, apareció la caballería de Scott, que estaba oculta en un bosque, y trabado de nuevo el combate, los federales hubieron de apelar a la fuga desordenadamente a través de campos y bosques. El general Manson, que con otros oficiales trataba de huir, cayó de su caballo herido de un balazo, y fue hecho prisionero con la mayor parte de los que le seguían. En este encuentro tuvieron los federales doscientos muertos y setecientos heridos, y el enemigo le hizo dos mil prisioneros, apoderándose además de nueve cañones, muchas armas pequeñas y una considerable cantidad de víveres.

Tres días después, es decir, en 1 de septiembre, el general Kirby Smith entró triunfalmente en Lexington, saludado por las frenéticas aclamaciones de los numerosos partidarios de la Confederación que habitan aquel país. El jefe separatista marchó en seguida a Cynthiana, que se hallaba a igual distancia de Cincinnati y Louisville, de cuyos puntos le hubiera sido fácil apoderarse aun cuando se iba reuniendo una numerosa milicia para su defensa y se construían apresuradamente algunas fortificaciones.

El general Bragg había conseguido entre tanto flanquear el ala izquierda de Buell, pasando muy cerca de sus tropas sin trabar el combate, y después de tocar en Nashville y Louisville, entró el 13 de septiembre en el territorio de Kentucky, donde su avanzada al mando del general Chalmes encontró a un numeroso cuerpo de federales que ocupaba una fuerte posición en Munfordsville. Chalmes había destacado ya alguna caballería a fin de intimar la rendición al general Wilder, encargado de la defensa de aquel punto, mas habiéndose negado este jefe a escuchar proposiciones, los separatistas hicieron inmediatamente sus preparativos para apoderarse de Munfordsville. A las nueve y media de la mañana del 16 de septiembre, Bragg rodeó la plaza con nada menos que veinticinco mil hombres, a quienes dio orden de comenzar el ataque, y poco después envió un parlamentario intimando de nuevo la rendición. Como el general Buell no se hallaba allí, ni se esperaban refuerzos, ni conducía tampoco a nada sacrificar inútilmente a sus tropas, Wilder, previa una consulta con sus oficiales, entregó la plaza con la condición de que se hiciesen a sus fuerzas los honores de la guerra, lo cual fue concedido. Desde Munfordsville, el general Bragg continuó su

marcha hacia el Norte sin encontrar oposición, y atravesando por Bardstown, llegó a Frankfort donde ya se hallaba Smith.

El general Buell, por su parte, después de haber dejado una fuerte guarnición en Nashville, encaminábase a Louisville, distante ciento setenta millas, a cuyo punto llegó el 29 de octubre su ejército, compuesto entonces de unos cien mil hombres, pero no tan aguerridos ni tan bien disciplinados como los separatistas. Reconociéndolo así, Buell se ocupó primeramente en instruir y organizar sus tropas, pero entre tanto los separatistas recorrían libremente todo el territorio, apoderándose de los ganados y de todo aquello que podía serles útil, y habiendo llegado esto a noticia del Gobierno de Washington, expidióse una orden para relevar a Buell del mando, la cual, sin embargo, no se llevó a ejecución por haberlo solicitado así los principales jefes del ejército. La indirecta, no obstante, era demasiado significativa para que Buell no comprendiese que era preciso marchar contra el enemigo, y en su consecuencia, se puso en movimiento con su ejército con el objeto de concentrarse en Bardstown, donde se suponía que se hallaba Bragg con el grueso de sus fuerzas. El 6 de octubre, Buell pasó por este último punto y Springfield, a sesenta y dos millas de Louisville, y sabido esto por Bragg, comenzó a retirarse lentamente a fin de ganar tiempo para poner en salvo sus numerosos trenes y vagones cargados de despojos y del botín cogido a los federales. Al llegar a Kentucky, supo Buell que el general Kirby Smith había cruzado por Kentucky y que Bragg iba a concentrar sus fuerzas en Harrodsburg o Perryville, y por lo tanto, dirigióse con sus tropas a este último punto, donde las avanzadas federales encontraron un fuerte destacamento del enemigo en orden de batalla, al que hicieron retroceder después de una ligera escaramuza. Como Buell esperaba que se empeñaría pronto la acción, envió una orden a los coroneles Mc Cook y Crittenden para que avanzaran inmediatamente, mas habiendo ocurrido ciertos contratiempos, estos dos jefes no pudieron llegar a Perryville hasta algunas horas después, y a la mañana siguiente, 24 de octubre, comenzó el enemigo el ataque contra la brigada del coronel Mc Cook, encargada de la defensa de un puesto avanzado.

El mismo general Bragg marchaba a la cabeza de los separatistas, pero se confió el mando inmediato al general Bishop Polk, quien tenía a su disposición cinco divisiones, dos al mando de Hardee y las otras tres a las órdenes de Anderson, Cheatham y Buckner. El general unionista Mc Cook formó sus tropas en orden de batalla, con la división Rousseau a la derecha y las de los generales Gilbert y James Jackson a la izquierda, y dadas las órdenes oportunas, rompióse el fuego por una y otra parte y bien pronto se generalizó la batalla. Antes de que transcurriese media hora, no obstante, el ala izquierda de los federales se vio atacada de pronto por numerosas masas de infantería y artillería que se hallaban ocultas en los bosques y barrancos, y que aparecieron como si salieran de la tierra, y entre tanto la división Cheatham, cayendo sobre la derecha, hizo un fuego tan mortífero sobre los federales, que comenzaron a retroceder en el mayor desorden cuando vieron caer herido de muerte al mayor James Jackson y al general Terrill, quien trataba en vano de reunir a los fugitivos. Puesta en dispersión la brigada de este último jefe, y después de apoderarse de la batería de Parson, el grueso de las fuerzas separatistas atacó a la división Rousseau, mas como éste se hallaba dispuesto a recibir al enemigo, pudo contenerle por espacio de dos o tres horas, al cabo de las cuales comenzó a retirarse porque iban escaseando las municiones. En el centro y la derecha de la división Rousseau estaban las brigadas de Harris y Lytle, quienes a pesar de haberse batido valerosamente, iban perdiendo terreno poco poco a causa de hallarse desbaratada el ala izquierda, y al fin dieron los separatistas una carga tan impetuosa, que los federales tuvieron que retroceder mal de su grado. En aquel momento, Lytle caía herido mortalmente, y conociéndolo así, no quiso que le retirasen del campo de batalla.

Los separatistas atacaron después el flanco izquierdo del cuerpo de ejército de Gilbert, que formando el grueso de la división, estaba mandado por los generales Mitchell y Sheridan, el último de los cuales había rechazado ya un ataque del enemigo. En este punto fue mucho mas encarnizado el combate, pues los federales opusieron tan obstinada resistencia, que a la media hora de lucha hicieron retroceder al enemigo hasta Perryville, cogiéndole dos carros llenos de municiones y una

porción de caballos. Sin embargo, la brigada del general separatista Wood vino pronto en auxilio de sus compañeros, y por espacio de dos horas se batió desesperadamente contra fuerzas muy superiores, hasta que la noche puso fin al combate. Entonces el coronel Goodig marchó con algunas fuerzas a fin de practicar un reconocimiento y ver qué posición ocupaban los separatistas, pero de repente fue sorprendido por un destacamento enemigo, y habiéndole matado el caballo le hicieron prisionero; su brigada retrocedió precipitadamente después de perder quinientos cuarenta y nueve hombres de los mil cuatrocientos veintitrés de que se componía, y fue a tomar posición donde se hallaban las fuerzas del general Mc Cook.

El general Buell no supo que se había empeñado la lucha hasta dos horas después de empezada esta, ni mucho menos que Mc Cook se estaba batiendo desesperadamente para rechazar al enemigo, y por lo tanto a la primera noticia envió numerosos refuerzos, dando al mismo tiempo orden de avanzar al general Crittenden con toda su división, a fin de atacar inmediatamente el flanco izquierdo de los separatistas. Este jefe, no obstante, no llegó al campo de batalla hasta el anochecer, precisamente cuando la oscuridad ponía fin a la refriega. A las seis de la mañana siguiente, el cuerpo de ejército de Gilbert avanzó para atacar a los separatistas por el centro, mientras Crittenden lo haría por el flanco izquierdo, pero ya no encontraron los federales enemigos que combatir, pues el general Bragg se había retirado durante la noche, marchando hacia Harrodsburg, donde se unió con el general Kirby Smith y Withers.

Bragg dice que tuvo en esta batalla dos mil quinientas bajas, pero que en cambio cogió quince cañones y cuatrocientos prisioneros; en el informe de Buell se asegura que los federales tuvieron novecientos diez y seis muertos, dos mil novecientos cuarenta y tres heridos y cuatrocientos ochenta y nueve extraviados, total cuatro mil trescientos cuarenta y ocho, pero niega que perdiese más de diez cañones. En esta acción, según los informes de los respectivos jefes, tomaron parte cincuenta y ocho mil hombres del ejército federal, y cincuenta y cinco mil del separatista, si bien solo las dos terceras partes entraron en fuego; y es de advertir que a pesar de que en ambos ejércitos se contaban muchas tropas bisoñas, batiéronse estas con notable arrojo, sobre todo las de los confederados, explicándose así que los unionistas sufrieran mayores pérdidas desde el principio de la lucha.

El general Bishop Polk se encargó de conducir la retirada, que cubrió la caballería de Wheeler, mientras la división Sill, que iba siguiendo a Kirby Smith desde Frankfort, llegaba a Perryville a la caída de la tarde del 11 de octubre. Este jefe dispuso que se practicara un reconocimiento al otro día hasta el río Dick, mas no encontró enemigos, y sólo dos días después supo en Danville que el general Bragg se hallaba ya a bastante distancia. A pesar de esto mandó que salieran en su persecución algunas divisiones, y aun cuando estas avistaron a la mañana siguiente la retaguardia de los separatistas, no se consiguió alcanzarla porque el enemigo había cuidado de obstruir el camino con troncos de árboles y otros obstáculos que entorpecían la marcha de las tropas. Poco satisfecho el Gobierno de Washington al saber la conclusión de esta campaña, expidió una orden en 30 de octubre, por la cual retiraba el mando del ejército al general Buell, nombrando en su lugar al general Rosecrans.

Referidos ya los acontecimientos de la campaña en el Estado de Kentucky, veamos ahora lo que pasaba en el Tennessee.

A consecuencia de haberse trasladado el general Halleck a Washington, habíase conferido el mando en el distrito Occidental de Tennessee al general Grant, quien tenía su cuartel general en Jackson y Bolivar, mientras el general Rosecrans ejercía el mando en el departamento Norte del Mississippi y Alabama. Rosecrans se hallaba el 1 de septiembre en Tuscumbia, cuando recibió un telegrama del general Grant anunciándole que numerosas fuerzas separatistas avanzaban por el Norte y habían atacado ya a Bolivar, cortando la vía férrea entre este punto y Jackson. En su consecuencia, Rosecrans, dejando a Iuka bajo la custodia del coronel Murphy, se puso en marcha con la división Stanley hacia su antiguo campamento de Clear Creek, que dista solo algunas millas de Corinto, mas antes de que se hubiese alejado a mucha distancia, Murphy abandonó precipitadamente su puesto al saber que se acercaba la caballería separatista, dejando en poder del

enemigo una porción de pertrechos militares y seiscientos ochenta barriles de harina. Habiendo sabido Rosecrans, después de practicar un minucioso reconocimiento, que el ejército separatista se hallaba en Iuka, lo notificó inmediatamente al general Grant, quien dispuso un ataque combinado, destacando al efecto al general Ord con cinco mil hombres. Este jefe debía marchar a Burnsville, distante siete millas de Iuka, seguido de las tropas que se creyesen necesarias para hacer frente al enemigo. Mientras Ord hacia este movimiento por la parte del Norte, Rosecrans y Stanley se dirigían a Jacinto, situado a nueve millas al Sur de Burnsville, avanzando luego hasta encontrar a Price. Esta concentración se hizo sin contratiempo alguno, y cuando el general Grant hubo llegado hasta el último punto, anunciósele que Rosecrans atacaría a Iuka al día siguiente.

El día 19 de septiembre emprendió la marcha el jefe unionista con dirección a Iuka; pero extrañando no oír tiroteo alguno por parte de la columna de Ord, en vez de hacer avanzar sus brigadas contra un ejército, seguramente más numeroso que el suyo, comenzó a marchar poco a poco hasta llegar a un punto que dista dos millas de Iuka, donde avistó a los separatistas ocupando una fuerte posición detrás de una colina. Al acercarse los federales fueron saludados con un nutrido fuego de fusilería y también de metralla, de tal modo que les costó no poco trabajo colocar una batería a la izquierda del camino con objeto de apagar el fuego del enemigo si era posible; y como por otra parte, la naturaleza del terreno no permitía a los federales desplegar su frente, una sola brigada tuvo que sostener el combate contra un enemigo tres veces superior. Al dirigir una atrevida carga contra los separatistas, el coronel Eddy cayó mortalmente herido, y poco después todo su regimiento retrocedía en la mayor confusión y desorden, dejando en poder del enemigo una batería, aunque no sin que hubieran perdido antes todos los artilleros y oficiales que la servían. Acto continuo se ordenó una carga para recuperar los cañones, y en efecto se recobraron y se volvieron a tomar, mas al fin quedaron en poder de los separatistas.

Entre tanto, acercábase la división Stanley, y cuando hubo llegado al lugar del combate, fue ya mas fácil contener a los separatistas, y aun rechazarlos hasta su primera posición, pero la noche puso fin al combate, y los federales se entregaron durante algunas horas al descanso para continuar la lucha al día siguiente. El general Ord había estado de observación cerca de Corinto, y en la tarde del 19 de septiembre volvió a Burnsville, donde el general Grant le dio orden de dirigirse hacia Iuka con la división Ross, que acababa de llegar, mas al divisar estas fuerzas el punto citado, vieron elevarse una densa columna de humo, la cual les hizo comprender que Price quemaba sus depósitos y todo aquello que no le era posible llevarse. A la mañana siguiente llegó a Iuka, donde no encontrando enemigos que combatir, confió la custodia de dicha plaza a la brigada de Crocker, y sin perder tiempo se puso en marcha hacia Corinto, mientras Rosecrans perseguía a los confederados, a quienes no pudo dar alcance.

Rosecrans asegura que en el combate de Iuka se redujeron sus pérdidas a setecientos ochenta y dos hombres, es decir, ciento cuarenta y cuatro muertos, quinientos noventa y ocho heridos y cuarenta extraviados, y calcula que los separatistas tuvieron al menos mil cuatrocientos treinta y ocho bajas, habiéndoseles cogido trece mil cartuchos y un gran número de pertrechos militares³¹.

El general separatista Price acababa de retirarse a Ripley donde se reunió con una numerosa fuerza al mando de Van Dorn, quien había estado amenazando a Corinto mientras tenía lugar el combate de Iuka, si bien creyó conveniente retirarse luego en la dirección de Memphis, a fin de dar un rodeo, simulando una retirada para sorprender luego a Corinto con mas probabilidades de éxito. Rosecrans, a quien el general Grant acababa de conferir el mando en esta última plaza, tenía a su disposición unos veinte mil hombres, apenas suficientes para ocupar las numerosas fortificaciones construidas algún tiempo antes por Beauregard cuando tuvo que defender este punto contra el ejército de Halleck, y reconociéndolo así, mandó construir apresuradamente otras obras de defensa poco distantes del centro del pueblo y que cubrieran a Corinto principalmente por la parte del Oeste. Avisado al momento de que los separatistas se dirigían con numerosas fuerzas hacia el Norte, creyó

31 El historiador Pollard asegura que los separatistas no perdieron en este combate sino ochocientos hombres entre muertos y heridos.

Rosecrans que trataban de apoderarse de Bolivar o Jackson, y que sólo simularía un ataque contra Corinto, pero de todos modos, adoptó sus disposiciones para rechazar al enemigo dado el caso de que éste resolviera acometerle. El general Hamilton se encargó del ala derecha del ejército, Davies del centro y Mc Kean de la izquierda, y al mismo tiempo se dio orden al coronel Oliver para que marchara con tres regimientos a ocupar el camino de Chewalla, por donde se presumía que podrían avanzar los confederados.

Van Dorn, sin embargo, acababa de poner sus tropas en movimiento, formándolas en orden de batalla a cierta distancia de las fortificaciones de Corinto, y bien pronto avistó al coronel Oliver, que con sus tres regimientos acababa de tomar posición en una colina con orden de conservarla a todo trance para obligar al enemigo a desplegar todas sus fuerzas en ala. Rosecrans, no obstante, creyendo aun que aquello era un ataque simulado, y que el único objeto del enemigo era apoderarse de Jackson o Bolivar, dispuso que el general Mc Arthur marchase con algunas fuerzas a cubrir dichos puntos. Este jefe se vio a poco acometido con tal ímpetu por los separatistas, que mandó a pedir un refuerzo de cuatro regimientos de la división Mc Kean, con los cuales continuó el combate, que ya iba siendo encarnizado, hasta que una carga desesperada del enemigo obligó al general unionista a retirarse precipitadamente después de perder dos cañones que no se pudieron recobrar.

Era ya evidente que no se trataba de un ataque simulado, sino de apoderarse de Corinto con sus inmensos depósitos militares, y en su consecuencia, Rosecrans dictó las órdenes oportunas para rechazar a los invasores. La división Mc Kean, que estaba en el ala izquierda, fue a situarse mas allá de los atrincheramientos interiores, junto a la izquierda de Davies; la división Hamilton se corrió a la derecha y Stanley se apostó entre Corinto y la posición que ocupaba Mc Kean. Todo este movimiento se hizo a pesar del vigoroso ataque de los separatistas sobre el centro de los federales, ataque que obligó a Davies a retroceder algún tanto pidiendo auxilio. El coronel Mower llegó al momento con una brigada de Stanley para apoyar a Davies, pero a la media hora la noche vino a poner término a la lucha.

A las tres de la madrugada del sábado 4 de octubre renovaron los separatistas el ataque haciendo jugar una batería colocada durante la noche a doscientas varas del fuerte Robinett, dominando el camino que conduce desde Corinto a Chevallá. Entonces empezaron a caer dentro de la ciudad numerosas bombas y granadas que introdujeron la alarma entre los habitantes, pero hasta el amanecer no contestaron las baterías federales, y a eso de las seis el capitán Williams rompió el fuego desde el fuerte con sus cañones Parrott, apagando a los pocos minutos el del enemigo, una de cuyas piezas quedó desmontada. Entre tanto las avanzadas de una y otra parte habían comenzado un nutrido tiroteo, pero poco a poco oyéronse descargas cerradas y empezaron a jugar las baterías con horrísono estruendo, siendo de extrañar que no se divisasen aun los batallones enemigos. A eso de las nueve y media de la mañana, sin embargo viose brillar un bosque de bayonetas hacia el camino Bolivar, y bien pronto estuvieron los separatistas a medio tiro de fusil de los federales. He aquí como describe un testigo ocular esta sangrienta batalla:

«De repente viéronse adelantar por el camino de Bolivar los compactos batallones de los separatistas, que en columnas cerradas avanzaban sobre Corinto con la impetuosidad de una tromba. Las baterías de los federales rompieron al momento un fuego tan mortífero que diezmaba las filas del enemigo, pero estas volvían a cerrarse inmediatamente y los bravos separatistas avanzaban siempre impávidos a paso de carga. Como el general Rosecrans sabía de antemano por dónde se pensaba atacarle, había situado ventajosamente su artillería de modo que pudiera barrer todo el terreno con un fuego de enfilada que debía aniquilar a los separatistas. Estos seguían avanzando siempre, al llegar a cierta distancia de las fortificaciones, desplegóronse en ala arrostrando el fuego de las baterías que se generalizaba en toda la línea, sin que esto bastase para hacer retroceder a los confederados, quienes parecían desafiar la muerte con una estoicidad enteramente espartana. Los tiradores federales situados en sus imponentes fortificaciones, lanzaban también una espesa lluvia de balas sobre las compactas columnas, pero ni aun esto bastaba para contenerlas a pesar de que la muerte diezmaba sus filas, y al fin el enemigo llegó a la cima de una colina situada a la derecha del

fuerte Richardson, y arrojándose impetuosamente sobre las divisiones del general Davies, las obligó a retroceder en el mayor desorden y confusión. El general Rosecrans, que había estado observando atentamente el movimiento de las tropas y que, según se dijo, se estaba regocijando por haber hecho caer al general Price en aquella emboscada, vio al momento la derrota del general Davies, y poseído de la mayor indignación, lanzóse en lo más recio del combate, y reuniendo a los fugitivos, entusiasmados con su ejemplo hízoles volver a la carga, pero todo fue inútil porque los federales habían perdido demasiado terreno y era ya inminente la pérdida del fuerte Jackson. El ala derecha del general Price se dirigió rápidamente al cuartel general de Rosecrans, se apoderó de él, y guareciéndose junto al edificio, rompió a su vez un nutrido fuego contra los federales.

»Desde aquel momento empeñóse el combate con sin igual saña y encarnizamiento alrededor del fuerte Richardson: el general de este nombre hizo prodigios de valor, mas no pudo conseguir que los separatistas abandonaran la cima de la colina sin una obstinada lucha. Poco después, sin embargo, volvieron a la carga como tigres furiosos; en aquel momento fue cuando el valeroso general Richardson cayó para no volverse a levantar más, y a la media hora los gritos de victoria de los confederados anunciaban que habían vuelto a ocupar de nuevo la posición, apoderándose de los cañones de sus enemigos. No obstante, el triunfo de los separatistas no fue de larga duración, pues antes de que tuvieran tiempo de prepararse a la defensa, viéronse atacados por dos regimientos federales que les pusieron en dispersión.

»Como Price había convenido con el general Van Dorn en que en el ataque sobre Corinto sería simultáneo, este último jefe se dirigía entre tanto hacia el fuerte Robinett a fin de apoderarse de él, mas tuvo que luchar con graves inconvenientes, no sólo por hallarse obstruido en parte el camino con estacadas, sino también porque fue preciso arrostrar el fuego del fuerte Williams, cuyos cañones Parrot dominaban perfectamente los caminos contiguos. Por fin, después de salvar todos los obstáculos, el general Van Dorn llegó con sus tropas al frente del fuerte Robinett, pero los federales estaban preparados a recibir al enemigo, porque apenas apareció éste, y cuando hacia sus preparativos para lanzarse al ataque, arrojaron sobre él un torrente de metralla que sembró la muerte entre sus filas, sin que esto bastara para contener a los confederados, los cuales con un arrojo y un valor dignos de mejor suerte, acometieron a sus enemigos con el furor de la desesperación, trabándose un combate cuerpo a cuerpo que duró quince o veinte minutos en medio de la más espantosa carnicería. Al cabo de media hora los separatistas comenzaron a retroceder en desorden, dejando el campo cubierto de cadáveres, pues no era posible resistir por más tiempo el fuego de las baterías unionistas que sembraba por doquiera la destrucción y la muerte; hubo muchos que agitando sus pañuelos pidieron cuartel, mas a pesar de esto, la matanza fue terrible, y baste decir que en el espacio de muy pocas varas cayeron sin vida más de cuatrocientos hombres. Derrotados completamente los separatistas, el general Van Dorn hubo de emprender la retirada renunciando a tomar el fuerte Robinett, cuya defensa costó también a los federales considerables pérdidas.

»Poco después un grito de triunfo anunció que los unionistas, vencedores en todos los puntos, habían ganado la batalla, y entonces todas las tropas que tomaron parte en la acción se entregaron algunas horas al descanso en aquel campo cubierto de sangre, de cadáveres y moribundos.»

Al día siguiente dispuso Rosecrans que marchasen en persecución del enemigo numerosas fuerzas, pero habiendo llegado el general Mc Pherson con cinco regimientos de refresco, trasladósele la orden y marchó en seguimiento de los separatistas, con cuya retaguardia escaramuceó en la noche del 5 de octubre. La vanguardia de los confederados, que cruzó el río Hatchie, tuvo también un encuentro con las tropas del general Ord, mas continuó su retirada con tal precipitación que no tuvo tiempo de quemar el puente, y Ord pudo así apoderarse de dos baterías y trescientos prisioneros aun cuando sufrió pérdidas mucho más considerables que la del enemigo.

El general Van Dorn cruzó el río Hatchie aquella misma noche por la parte de Crumm's Mill (Molino de las Migas), y tuvo la precaución de quemar después el puente, pero Mc Pherson lo mandó construir de nuevo, y el día 6 prosiguió su marcha hacia Ripley seguido de la mayor parte del ejército de Rosecrans, deseoso de alcanzar al enemigo. El jefe unionista quería continuar a toda

costa la persecución, en la creencia de que el ejército confederado no podría resistirse, pero habiendo pedido permiso a Grant, éste le dio orden de volver a Corinto. Nueve días después de su regreso, Rosecrans recibió orden de trasladarse a Cincinnati, donde se le dio un despacho por el cual se le prevenía que reemplazara a Buell en el mando del ejército del Ohio y del departamento de Cumberland, incluso la parte oriental del Tennessee.

Según el parte oficial del general Rosecrans, las pérdidas de los federales en Corinto figuraban por dos mil trescientos cincuenta y nueve hombres, es decir, trescientos quince muertos, mil ochocientos doce heridos y doscientos treinta y dos extraviados, y asegura que los separatistas tuvieron de los primeros mil cuatrocientos veintitrés y cinco mil seiscientos noventa y dos de los segundos, añadiendo que los prisioneros fueron numerosísimos. Los trofeos de victoria se redujeron a catorce banderas, dos cañones, tres mil trescientas armas pequeñas y una considerable cantidad de tiendas de campaña y municiones de guerra. Por parte de los federales perdieron la vida en esta batalla el general Pleasant, Hackleman, el coronel Smith, el ayudante Clark, del estado mayor de Rosecrans, y otros varios oficiales de distinción; los brigadieres separatistas Rogers, Johnston y Martin perecieron también en la refriega.

10. LA CAMPAÑA DE INVIERNO DE ROSECRANS (1862-1863)

El general Rosecrans comienza a reorganizar el ejército. Las correrías de Morgan. Sorpresa de Moore en Hartsville. Las tropas avanzan hacia Nashville. Batalla de Murfreesboro. Retirada de Bragg. La caballería separatista ataca la retaguardia de los federales. Defensa de Lavergne. Pérdidas. Forrest es derrotado por Sullivan en Parker's Cross Roads. Morgan se apodera de Elizabethtown. Correrías de Carter y Wheeler. El coronel Harding derrota a Wheeler. Van Dorn se apodera de mil quinientos unionistas en Spring Hill. Morgan batido por el coronel Holl en Vaught's Hill. Gordon Granger rechaza a Van Dorn en Franklin. Correrías de Streight en el Norte de Georgia. Los federales derrotan a Streight cerca de Roma.

Al encargarse el general Rosecrans del mando del ejército de Ohio en reemplazo del general Buell, vio que estaba completamente desmoralizado y que lo más urgente era disciplinar las tropas. Extrañóle mucho también, que siendo el número de estas suficiente para derrotar a las fuerzas con que Bragg y Kirby Smith invadieron a Kentucky se hubiese visto asolado este territorio por un enemigo que después de hacer sus correrías se retiró tranquilamente por las montañas de Cumberland para volver como en triunfo al Tennessee Oriental. De los cien mil hombres de que constaba el ejército de Ohio según los registros, veintiséis mil cuatrocientos ochenta y dos estaban ausentes, si bien es verdad que la mayor parte de estos se hallaban en los hospitales, y seis mil cuatrocientos ochenta y cuatro habían desertado, por manera que el ejército quedaba reducido a unos sesenta y cinco mil hombres, mientras la caballería era tan escasa que las avanzadas separatistas de Forrest y Morgan se entregaban a sus correrías casi a la vista de los federales con la mayor osadía y como si no temiesen ser perseguidos.

Después de tomar sus medidas para corregir los defectos que notaba para la organización del ejército de Ohio, Rosecrans formó de él tres grandes divisiones; la de la derecha al mando del mayor general Mc Cook con las brigadas correspondientes; la del centro a las órdenes del general H. Thomas, y la de la izquierda encomendada a Crittenden, también con sus respectivas brigadas. El mando de la escasa caballería con que se contaba se confió al general Stanley, y el teniente coronel Julio Garethe, oficial de mucho mérito, fue designado para jefe de estado mayor.

Terminadas las reparaciones del camino de hierro de Louisville a Nashville, Rosecrans salió de Bowling Green en un tren especial, y desde Mitchellsville se dirigió al segundo de los puntos antes citados a fin de revistar la guarnición que allí había a las órdenes del general Negley, y las divisiones del ejército que cubrían los caminos. Como faltaba aun concluir un trozo de la vía férrea, las tropas no podían pasar adelante, por manera que el ejército de Bragg tuvo tiempo para llegar a Murfreesboro antes de que Rosecrans se hallase dispuesto a tomar la ofensiva.

Entre tanto, el guerrillero Morgan, con su acostumbrada audacia había hecho varias correrías por los alrededores de Mitchellsville, y consiguió apoderarse de una porción de vagones de los federales, haciéndoles además ciento cincuenta prisioneros. Sin embargo, el general Stanley y el coronel Kennett se encargaron de perseguir a los expedicionarios, con los cuales tuvieron un encuentro cerca de Lavergne, del cual resultó herido el jefe separatista Wheeler. En otra escaramuza, ocurrida pocos días después, el coronel Sheridan rechazó a los confederados hasta Nolensville sin sufrir pérdida alguna, y el mayor Hill batió luego a un cuerpo de separatistas, que cruzaban por Cumberland, recobrando todo el terreno de que se había apoderado el enemigo. El general Rosecrans dio las gracias a este oficial por su valerosa conducta, y habiendo sabido que

muchos de sus soldados se rendían cobardemente sólo con el objeto de que una vez prisioneros se les mandara luego a sus casas, dispuso que a cincuenta de los culpables se les cubriera la cabeza con gorros de dormir y se les paseara entre sus camaradas por las calles de Nashville al compás de una música burlesca. La lección produjo su efecto y no fue necesario repetirla.

El día 7 de diciembre una brigada compuesta de dos mil unionistas, que al mando de Moore se hallaba en Hartsville, fue sorprendida y hecha prisionera por Morgan, que a la cabeza de mil quinientos jinetes y alguna infantería acometió de improviso a los federales. Moore no había tomado la precaución de fortificarse; sus centinelas avanzadas fueron sorprendidas, y como Morgan se aproximó a la retaguardia sin que se diera la voz de alarma, viose a poco cercado Moore por los separatistas, y se rindió con su gente sin haber intentado siquiera defenderse. Dos días más tarde, el coronel separatista Wheeler, con una numerosa fuerza de caballería, atacó a una brigada del coronel Stanley Matthews, que estaba forrajeando entre los dos ejércitos, mas no solo se le opuso una enérgica resistencia, sino que se le rechazó con pérdida de cien hombres.

Transcurridos ya dos meses desde que Rosecrans se encargara del mando del ejército de Ohio, y hechos todos los preparativos necesarios después de reunir una considerable cantidad de víveres, el jefe unionista resolvió ponerse en marcha con su ejército compuesto entonces de cuarenta y seis mil novecientos diez hombres, de los cuales cuarenta y un mil cuatrocientos veintiuno eran de infantería, dos mil doscientos veintitrés de artillería y tres mil doscientos sesenta y seis de caballería, la mayor parte de ésta bisoña, no comprendiéndose en dichas fuerzas la brigada de ingenieros mandada por Morton, que constaba de mil setecientos hombres. Este ejército que se había concentrado frente a Nashville, emprendió la marcha el 26 de diciembre; las tres grandes divisiones cubrían una gran extensión de terreno, y por algún tiempo no ocurrió la menor novedad, mas a poco comenzó a llover a torrentes, y el general Mc Cook se vio bien pronto rodeado de una niebla tan densa que le fue preciso hacer alto. Como si esto no fuera bastante, al hallarse el ejército a dos millas de la ciudad, numerosas partidas de caballería e infantería comenzaron a hostigar a los federales aprovechándose de los accidentes del terreno y de la proximidad de los espesos bosques que bordeaban el camino. Mc Cook se quedó aquella noche con su división en Nolensville; Crittenden con la suya avanzó hasta Lavergne, y como Rosecrans esperaba que los separatistas le presentarían allí la batalla, dispuso que las tropas descansaran todo el día en atención a ser domingo.

Por su parte el general separatista Braxton Bragg, que contaba con seis divisiones repartidas en tres cuerpos de ejército a las órdenes de los generales Kirby Smith, Polk y Hardee, había resuelto tomar la ofensiva, y al efecto adoptó sus disposiciones para concentrarse, y el 28 formó sus tropas en orden de batalla a milla y media de distancia del Stone, río tributario del Cumberland, que describe varias curvas por la parte de Murfreesboro, y que por lo mismo sirvió para reforzar la posición de los separatistas. La izquierda de estos, formada de las dos divisiones Witters y Cheatham del cuerpo de ejército de Polk, se extendían desde el camino de Nashville al de Salem, ocupando una distancia de unas seis millas; el ala derecha, con las divisiones Breckenridge y Cleburne, al mando de Hardee, estaba situada entre los caminos de Nashville y Lebanon, y una parte de las tropas de Smith, inclusa la división Mc Cown, formaba la reserva.

El general Rosecrans, entre tanto, avanzaba lentamente y con mucha prudencia, limitándose a escaramucear con su caballería y a disparar algunos tiros con el objeto de descubrir si era posible la verdadera posición del enemigo. El día 30 los separatistas hicieron también jugar su artillería apenas descubrieron a los federales, y estos se lanzaron dos veces al ataque, pero en ambas fueron rechazados con pérdidas considerables habiéndose suspendido entonces la lucha porque además de llover copiosamente, era llegada la noche.

Al día siguiente, 31 de diciembre, apenas comenzó a despuntar la aurora, dio principio la gran batalla que vamos a describir. Mientras que el ala izquierda de los separatistas, al mando de Polk, se limitaba a rechazar los ataques de la derecha federal a las órdenes de Mc Cook, el cuerpo del ejército de Hardee cayó sobre el flanco izquierdo de los unionistas, que, acometidos de improviso, tuvieron que retroceder en el mayor desorden. Perseguido entonces de cerca Mc Cook por Hardee y

el mismo Polk, fue preciso romper sus líneas, dejando tras sí mucho material de campaña, treinta cañones y una infinidad de muertos y heridos, sin contar dos o tres mil prisioneros entre los que se hallaba el general Willch, antiguo oficial de la artillería prusiana. Al medio día, desbaratada el ala derecha de los federales, quedaron derrotados completamente, y tan brusco y vigoroso había sido el ataque, que Rosecrans no tuvo ni siquiera tiempo de enviar refuerzos, por manera que Mc Cook se había visto precisado a batirse contra cinco divisiones confederadas.

Rosecrans hubo pues de resignarse a la pérdida de su ala derecha, pero en vez de exponer también su izquierda y su centro en aquella acción, prefirió ponerse a la defensiva ante el nuevo frente que acababa de formarse después del primer ataque de los confederados. Al efecto, hizo levantar apresuradamente empalizadas, mandó construir algunos reductos para la infantería y artillería con toda la precipitación posible, e improvisó en fin como por encanto un conjunto de fortificaciones que nada dejaban que desear atendidas las circunstancias y la urgencia del caso. Ciertamente es que de un bosque contiguo se pudo sacar toda la madera necesaria para estas obras, pero no lo es menos, que ni aun los mismos romanos tuvieron nunca tanta disposición para esta clase de obras como los voluntarios de la América del Oeste, acostumbrados desde la infancia a la vida de los bosques y a toda clase de fatigas.

Los separatistas acometieron luego a los federales en su nueva posición, pero a su vez se vieron rechazados, y llegada la noche, retiráronse a un espeso bosque que había a pocos pasos de distancia; en la esperanza de que Rosecrans levantaría el campo al día siguiente, hicieron también sus preparativos para emprender la retirada, pero el jefe unionista, lejos de pensar en esto, continuaba fortificándose mejor, con la intención sin duda de sostener un sitio en toda regla si fuese necesario.

El 1 de enero de 1863 se pasó tranquilamente, pues Rosecrans esperaba que se le acometiese, y Bragg que se retiraran los federales, pero habiendo pasado toda la mañana del 2 sin que los unionistas pareciesen dispuestos a dejar su posición, Bragg dio la orden de atacar a las tres de la tarde por la parte del río. Un vivísimo fuego contuvo el primer ímpetu de los separatistas, y lo mismo sucedió cuando intentaron por segunda vez asaltar la posición enemiga; la división Breckenridge sufrió considerables pérdidas al arrojarle imprudentemente sobre un atrincheramiento de los federales, y rechazados en toda la línea, viéronse precisados los separatistas a desistir de su ataque. Entonces Bragg pensó a su vez en la retirada; durante la noche se replegó sobre Murfreesboro, y todo el día 3, durante el cual cayó la lluvia a torrentes, se pasó en la expectativa, hasta que, pareciéndole que los federales trataban de avanzar, Bragg evacuó a Murfreesboro en la noche del 4, replegándose en la posición de Tullahoma, donde podía resistir por el pronto cualquier ataque.

Al reflexionar sobre esta sangrienta refriega, en que las tropas se batieron con la mayor obstinación y encarnizamiento, no cabe la menor duda que la batalla se ganó después de haberse perdido, y a nadie se debió esto sino al general Rosecrans, por más que le ayudasen eficazmente sus bravos compañeros, Thomas, Sheridan, Wood, Rousseau, Palmer y otros. Rosecrans fue el primero que al saber la derrota del ala derecha, destacó inmediatamente refuerzos para contener al enemigo; Rosecrans fue el primero que, dando ejemplo a sus soldados, cargó desesperadamente a los separatistas, haciendo dudosa su victoria, y en todos los puntos donde más arreciaba la lucha, viose siempre a Rosecrans estimulando, dirigiendo y dando ejemplo a sus tropas. En el momento de acercarse a un punto amenazado más que otros por el enemigo, una bala de cañón hizo pedazos a Garesché, el jefe de su estado mayor, que iba precisamente a su lado, y otros tres o cuatro oficiales cayeron también heridos. Rosecrans profesaba la más tierna amistad a Garesché, porque, como él, era católico romano, pero en aquellos momentos sólo pensaba en los medios de alcanzar la victoria y no en su querido amigo, y cuando fueron a decirle: «Garesché ha muerto», contestó lacónicamente: «Lo siento mucho, pero no podemos remediarlo.» Poco después anunciáronle, aunque equivocadamente que Mc Cook ya no existía, a lo cual repuso: «¡Cómo ha de ser, es preciso de todos modos ganar la acción»; y se ganó en efecto, si bien a costa de considerables pérdidas.

Mientras se libraba la gran batalla de Murfreesboro, el guerrillero Wheeler, seguido de su caballería y después de rechazar a un destacamento enemigo, alcanzó la retaguardia del ejército federal, y apoderándose de Laverne, cogió setecientos prisioneros, destruyendo una porción de almacenes militares. Después se trasladó a Rock Spring (Nolensville), en cuyo punto cogió también algunos prisioneros, y hecho esto marchó a reunirse con Bragg precisamente en el momento en que éste atacaba al general Mc Cook.

En resumen, las ventajas parciales obtenidas por el enemigo no compensaron seguramente su derrota, pues de los dos mil prisioneros que hizo en diferentes correrías, la mayor parte eran desertores o fugitivos, y su captura en nada perjudicaba a Rosecrans. Dice el general unionista que las fuerzas de su ejército que tomaron parte en aquella batalla ascendían a cuarenta y tres mil cuatrocientos hombres de todas armas, y que sus pérdidas se redujeron a mil quinientos treinta y tres muertos y siete mil doscientos cuarenta y cinco heridos, total ocho mil setecientos setenta y ocho. Añade que los separatistas contaban con ciento treinta y dos regimientos de infantería, veinte de caballería, doce batallones de tiradores y veintitrés de baterías, todo lo cual representa según su cálculo unos sesenta y dos mil setecientos hombres; pero Bragg asegura que sólo tenía a su disposición treinta y cinco mil hombres al empezarse la batalla, es decir, treinta mil infantes y cinco mil caballos, de cuyas fuerzas perdió unos diez mil hombres entre muertos y heridos, cogiendo en cambio seis mil doscientos setenta y tres prisioneros. El general confederado calcula que los federales perdieron al menos veinticuatro mil hombres.

El mismo día en que se dio la gran batalla de Murfreesboro, el general Forrest, a quien Bragg había destacado con tres mil quinientos caballos a fin de llevar a cabo algunas operaciones en el Tennessee Occidental, y que por espacio de dos semanas estuvo haciendo varias correrías las cuales dieron por resultado apoderarse de Trenton, Humboldt y otros pueblecillos, y coger unos mil prisioneros, tuvo un encuentro entre Huntingdon y Lexington con algunas fuerzas federales al mando del coronel Dunham, quien, cercado ya por el enemigo, iba a rendirse cuando llegó en su auxilio el general Sullivan con dos brigadas y consiguió dispersar a los confederados. El mismo Forrest estuvo a punto de caer prisionero y huyó, dejando en poder de los unionistas cuatro cañones, cuatrocientos prisioneros, incluso su ayudante, y muchas armas y caballos; sus pérdidas ascendieron, según se vio después, a cincuenta muertos y ciento cincuenta heridos. El coronel Dunham tuvo doscientas veinte bajas.

El general John Morgan, que por orden de Bragg hizo otra excursión de concierto con Forrest, fue más afortunado: penetrando en el interior de Kentucky, y sin más contratiempo que algunas escaramuzas en Upton y Nolin, se apoderó de Elizabethtown sin gran resistencia, y después de coger algunos centenares de prisioneros y no pocos depósitos de armas, destruyó la vía férrea en una extensión de varias millas, hasta que, amenazado por fuerzas superiores, volvió al Tennessee sin haber sufrido ninguna pérdida de consideración. También los federales hicieron a poco una expedición de esta clase: el general Carter se dirigió a la parte Oriental del Tennessee seguido de algunas fuerzas, y sin disparar un solo tiro se apoderó de muchos prisioneros, setecientas armas de todas clases y mucho material de campaña, después de lo cual volvió al punto de partida sin haber perdido más que veinte hombres.

El general Wheeler, jefe de la caballería de Bragg, compuesta de cuatro mil quinientos jinetes, tenía concentradas sus fuerzas en Franklin, y poco después de la batalla de Murfreesboro, es decir, en 3 de febrero, se dirigió a Dover, mas halló la plaza defendida por seiscientos hombres a las órdenes del coronel Harding, quien a pesar de no tener a su disposición una sola batería, tomó sus medidas para oponer una enérgica resistencia al enemigo, contra el que rompía el fuego con los dos únicos cañones que le quedaban, apenas estuvo a distancia. Merced a su energía consiguió rechazar a los confederados varias veces, negándose siempre a entregarse cuando se le intimaba la rendición. Harding había mandado pedir refuerzos al fuerte Enrique, y como estos no llegaban, comenzaba ya a verse en una situación bastante crítica cuando en la mañana del 4 de febrero vio que remontaban el río cinco cañoneras con el tan esperado auxilio. Harding conservaba aun su posición

resueltamente, aunque se le iban agotando las municiones, mas las cosas mudaron de aspecto cuando los buques rompieron el fuego en toda la línea. Desconcertados los separatistas, emprendieron la retirada con la mayor precipitación, dejando en el campo de batalla ciento cincuenta muertos e igual número de prisioneros. Harding calcula que sus pérdidas no bajaron de cuatrocientos heridos y diez y seis muertos. El general Wheeler volvió tranquilamente a Franklin como si hubiese alcanzado una victoria. Rosecrans, a quien se había dado noticia de este movimiento, destacó al general Davis con su división de infantería y dos escuadrones a las órdenes del coronel Minty, a fin de cortar la retirada a Wheeler, pero los expedicionarios sólo consiguieron capturar ciento cuarenta y un prisioneros, incluso dos coroneles, y volvieron a Murfreesboro sin haberse batido y por lo tanto sin sufrir pérdida alguna.

El general Sheridan hizo otra excursión semejante en 4 de marzo, dirigiéndose a Shelbyville y desde este punto a Franklin, en cuyas cercanías tuvo un encuentro con fuerzas inferiores al mando de Forrest y Van Dorn, las cuales se pronunciaron en retirada, dejando en poder del enemigo unos cien prisioneros. Sheridan volvió a Murfreesboro después de una ausencia de diez días.

Mientras se llevaban a efecto todas estas operaciones parciales, Van Dorn había dado un atrevido golpe de mano en Spring Hill, situado a diez millas al sur de Franklin y a treinta de Nashville, a donde se dirigía el coronel John Coburn con dos mil federales, incluso seiscientos caballos y una pequeña batería, simultáneamente con una avanzada de Sheridan procedente de Murfreesboro. El enemigo vigilaba la marcha de estas fuerzas, y a la mañana siguiente, 5 de marzo, las cercó de tal modo, que después de una empeñada lucha Coburn hubo de entregarse con los mil trescientos seis hombres que aun le quedaban, si bien la caballería y artillería pudieron ponerse en salvo. Van Dorn llevaba sólo consigo seis escuadrones y alguna fuerza de infantería. Quince días después, el coronel unionista Hall, con cuatro regimientos, trató de apoderarse por sorpresa de un campamento confederado que había en Gainesville, mas no pudo conseguir su objeto, pues se vio atacado de pronto por algunas fuerzas de caballería enemiga, ante las que se fue retirando hasta situarse convenientemente en Vaught's Hill. Apenas hubo tomado posición, atacóle vigorosamente el general Morgan, quien, no obstante, fue rechazado por los federales con una pérdida de sesenta y tres muertos y unos doscientos heridos.

El coronel Streight, a quien Rosecrans había dado orden de aproximarse a la retaguardia de Bragg a fin de cortar la vía férrea en la mayor extensión posible, destruyendo todos los almacenes militares y depósitos de armas que pudiera, se embarcó en 29 de abril con una fuerza respetable, y después de haberse reunido en Eastport con alguna infantería al mando del general Dodge, ambos jefes se apoderaron de Tuscumbia, causando pérdidas considerables a los separatistas. Terminada esta primera parte de la expedición, Dodge marchó hacia el Norte de Alabama para hacer una correría, y el coronel Streight se dirigió hacia el Norte de Georgia con el mismo objeto, tocando a poco en Roma y Atlanta, donde destruyó una porción de fábricas. Sin embargo, los generales separatistas Forrest y Roddy, que les seguían desde muy lejos, consiguieron al fin darles alcance, y después de un encarnizado combate, hubieron de rendirse los unionistas, cuyos oficiales, incluso el mismo Streight, fueron reducidos a prisión por demanda del gobernador de Georgia, Brown, quien les acusaba de haber excitado a los negros a tomar las armas, alegando como prueba que entre los prisioneros se encontraban varios esclavos vestidos de uniforme. Después de haber estado prisionero mucho tiempo, Streight consiguió escaparse con otros ciento siete oficiales, y se reunió al fin al ejército federal.

Unionistas y confederados llevaron a cabo muchas otras expediciones de esta especie, cuyo objeto fue siempre la destrucción o captura de prisioneros, pero nosotros no entraremos en el detalle de ellas, porque sobre carecer de gran importancia, basta ya con lo dicho para dar una idea del sistema de guerrillas adoptado durante aquella guerra memorable, primeramente por los separatistas y después por los federales.

11. EL SITIO DE VICKSBURG. OPERACIONES MILITARES (1862-1863)

Posicion e importancia de Vicksburg. El general Grant se pone en marcha con su ejército y avanza sobre Oxford. Van Dorn se apodera de Holly-Springs. Cobardía del coronel Murphy. Grant se ve obligado a retroceder. Hovey y Washburn. El general Sherman se embarca con treinta mil hombres en Memphis. Desembarca en el Yazoo. Las cañoneras del comodoro Porter. Sherman es rechazado por los separatistas con pérdidas considerables. El general Mc Clernand sustituye a Sherman en el mando y se apodera del puesto militar de Arkansas. El general Grant se encarga del mando. Desembarco de las tropas. Los federales tratan de abrir un nuevo canal. Expedición de Yazoo. Su mal éxito. Nuevos planes de Grant. Operaciones marítimas. Apresamiento de la Indianola por Webb y la Reina del Oeste. Correrías de Porter y de Grierson alrededor de Vicksburg. Porter ataca las baterías del Gran Golfo. El general Grant se dirige hacia Bruinsburg. Ataque simulado de Sherman. Cruza el Mississippi por Hankinson's Ferry. Combates en Puerto Gibson y en Raymond. Toma del Jackson. La batalla de Champion Hills. El combate de Big Black. El gran asalto de Vicksburg. Los federales son rechazados. Se activan las operaciones de sitio. Pemberton capitula y se entrega. Grant desaloja a Johnston de Jackson. El combate de Milliken's Bend. Holmes asalta a Helena y es rechazado.

En la ardiente región del Mississippi inferior, al contrario de lo que sucedía en Virginia y en Tennessee, los federales hacían con la mayor actividad sus preparativos para aprovechar la estación de invierno y adelantar sus operaciones militares. Vicksburg, que en un principio era una plaza de poco valor, había acabado por adquirir mucha importancia, según lo habían predicho de antemano el general Butler y el almirante Farragut.

Poco después de la toma de Nueva Orleans y de Baton Rouge, en la primavera de 1862, el almirante Farragut había remontado atrevidamente el río con una escuadra, y aunque arrostró en varias ocasiones el fuego del enemigo, no se vio precisado a detenerse hasta llegar a Vicksburg, pues aun cuando los confederados no podían disponer sino de una docena de cañones, su situación dominante era muy ventajosa. Farragut intimó la rendición, pero inútilmente, y no teniendo tropas de desembarco, fue forzoso volver a Nueva Orleans. Dos semanas después, volvió a presentarse ante la plaza seguido de algunas tropas al mando del general Williams, en tanto que otras fuerzas a las órdenes del coronel Ellet y del comodoro Davis avanzaban por Memphis, pero situado Vicksburg entre las vías férreas del Sur de Mississippi y de Texas, nada más fácil que reforzar la guarnición, y así se hizo en efecto, siendo desde entonces infructuosos los esfuerzos de los federales para desembarcar y apoderarse de las baterías confederadas. Los unionistas trataron de abrir un canal a fin de dar otra dirección a la corriente del gran río, obra digna de los tiempos fabulosos, y que sólo los americanos se hubieran atrevido a emprender, mas era llegada la época de los grandes calores y de las fiebres y fue preciso levantar el sitio. La flota y las tropas se retiraron pues, y los defensores de Vicksburg, no viéndose ya molestados, pudieron continuar tranquilamente sus trabajos de fortificación.

Los separatistas se aprovecharon todo lo posible de la tregua que se les concedía, y guarnecieron con fuertes baterías, no sólo la ciudad, sino también otros puntos avanzados, muy ventajosos para la defensa, y de este modo el Gran Golfo y Puerto Hudson se convirtieron en impotentes fortificaciones; cerca de Jackson, capital del Estado del Mississippi, se trabajaba en las fundiciones día noche para facilitar el material necesario.

La parte baja del gran río era para la confederación del Sur de un precio inestimable, pues desde la pérdida de Nueva Orleans, y desde que se estableciera el bloqueo en todas las costas, sólo por el Texas, ribereño del Mississippi inferior, por Río Colorado, uno de sus afluentes, y por Matamoros en el Río Grande, era por donde los confederados podían comunicarse más regularmente con el exterior. Por esto hicieron todos los esfuerzos imaginables para conservar dichas aguas y las de Texas, y sobre todo el puerto Galveston; la situación de México, que se hallaba entonces en manos de la anarquía y de la intervención armada de Europa, inspiraba a los separatistas la confianza de encontrar más pronto o más tarde numerosos aliados en el imperio de los Moctezumas.

Otra razón no menos poderosa inducía a los confederados a no perdonar esfuerzo alguno para conservarse dueños de aquellos parajes. Los Estados de la Unión del Oeste comenzaban a cansarse de las cargas que les imponía aquella guerra lenta y ruinosa, y una de las cosas que les perjudicaba más, era el no poder aprovecharse de la navegación del Mississippi, una de las primeras vías por donde transportaban sus productos, ya que no la principal. Por este motivo seguramente, amenazaban al Norte con una nueva separación sin ocultar sus deseos de hacer un arreglo pacífico con el Sur, pero a fin de evitar este peligro real y verdadero, habíase impuesto al Gobierno de Washington grandes sacrificios para adelantar las operaciones del Mississippi a fin de que se restableciese lo más pronto posible la circulación en todo el río, mientras los confederados con la misma mira, pero en sentido inverso, ocupábanse en erizar de fortificaciones la parte del Mississippi que aun conservaban en su poder.

La pequeña ciudad de Vicksburg, era muy a propósito para el objeto, no solo por la ventajosa posición que ocupaba cerca del río, sino porque dominábanse desde ella todos los alrededores, y unas cuantas baterías situadas convenientemente bastaban para mantener un fuego cruzado y enfilar el río desde la embocadura. Algunos afluentes tales como el Yazoo y el Big Black, que van a desaguar en el Mississippi, ofrecían también no pocas ventajas para establecer una buena línea de defensa. Estas corrientes de agua, no obstante, podían en cambio ofrecer más facilidad a los sitiadores para aproximarse con sus cañoneras, pues debe tenerse en cuenta que el Yazoo, por uno de sus tributarios que es el Tallahatchie, y por medio de canales naturales, va a reunirse con otros afluentes del Mississippi de tal modo, que en casi toda la longitud inferior del gran río se puede navegar en pequeños buques en sentido paralelo a la dirección que siguen aquellos.

Durante el estío y el otoño, los confederados bajo la dirección del general Pemberton y otros oficiales, habían construido en Vicksburg unas treinta baterías mas o menos enlazadas entre sí y algunos fuertes que se extendían a lo largo del Yazoo, uno de los cuales hallábase en la confluencia del Tallahatchie y del Yelloshba y otro en las alturas de Haynes. Los separatistas disponían asimismo de una treintena de vapores más o menos bien armados y protegidos por las baterías; los cañones de los buques, en número de noventa y dos, habían llegado poco a poco, recibiendo además otros cuarenta y siete de todos calibres, destinados a los fuertes. El Gran Golfo, y Puerto Hudson, sobre todo, estaban muy bien fortificados, y ya se comprenderá que la empresa del general Grant no era nada fácil. Los reconocimientos practicados durante el otoño anterior dieron a conocer al jefe unionista que era preciso organizar las operaciones en grande escala. La flota de Porter y un ejército de desembarco a las órdenes de Sherman deberían dirigirse por el río sobre Vicskburg y establecer su centro de operaciones en Milliken's Bend, a diez millas de la plaza, sobre la orilla derecha, y desde allí, atravesando el Mississippi, irían a desembarcar en la embocadura del Yazoo a fin de operar contra la plaza por la parte del Norte o Nordeste a la vez que por agua. El general Grant, por su parte, con el grueso de las fuerzas, marcharía en sentido paralelo a través del Estado del Mississippi para caer sobre Jackson, la capital, y el general Banks y el almirante Farragut, procedentes de Nueva Orleans con sus fuerzas combinadas, irían a reunirse con otras dos columnas en los alrededores de Vicksburg, debiendo comenzarse las operaciones el 15 de diciembre.

El plan, según vemos, no estaba mal ideado, por más que con él se dejara al enemigo conservar la posición central, pero esto no importaba mucho si se atiende a que los separatistas no

contaban con fuerzas suficientes para aprovecharse de aquella ventaja. Habrían necesitado cuando menos un efectivo de fuerzas igual a las de su enemigo, y como no lo tenían, los confederados debían limitarse a sus obras defensivas y aguardar a pie firme a sus adversarios.

Los separatistas a quienes se había encomendado la campaña del Mississippi se hallaban entonces repartidos en cuatro cuerpos de ejército principales: en Vicksburg y sus alrededores hallábanse quince mil hombres a las órdenes del general Pemberton; en Puerto Hudson había cinco o seis mil mandados por el general Gardner; en Jackson unos veinte mil cuyo jefe era Johnston, y entre Jackson y la frontera del Tennessee estaba el cuerpo de ejército de Van Dorn, compuesto de diez mil hombres con una numerosa fuerza de caballería. Teniendo Sherman treinta mil hombres, Grant cincuenta mil y Banks veinte mil secundados por las escuadras, no eran de temer las fuerzas de los separatistas hasta el punto de impedir a Grant el fijar su punto de reunión en el corazón mismo del país enemigo, por más que los recursos con que éste contaba, utilizados acertadamente, pudieran dar que sentir a los federales.

Lo dicho bastará para que comprendan nuestros lectores cuál era la verdadera situación de Vicksburg antes de comenzar el memorable sitio de que vamos a dar cuenta, y ahora referimos en detalle las operaciones militares que tuvieron lugar durante la campaña del Mississippi.

El general Grant se hallaba aun con el grueso de sus fuerzas en Oxford, preparándose para marchar a Jackson y Vicksburg, cuando Van Dorn dio en 20 de diciembre un golpe de mano que perjudicó muchísimo a los federales. Como ya estaba terminada la vía férrea hasta Holly-Springs, habíase destinado esta ciudad para depósito de armas, víveres y municiones, que se fueron acumulando poco a poco en dicho punto de tal modo, que el valor de las existencias ascendía ya, según el cálculo del enemigo, a unos cuatro millones de dólares. El coronel Murphy, que estaba encargado de la custodia de Holly-Spring, tenía a sus órdenes mil hombres, y además contaba con suficientes medios para resistir un ataque en caso de haberlo intentado el enemigo. Prescindiendo de esto, el general Grant había encargado a Murphy muy especialmente que estuviera alerta, sin imaginar siquiera que fuera posible apoderarse de la ciudad, pero ignoraba sin duda que no se había adoptado medida alguna para rechazar un asalto, ni tomado siquiera la precaución de interceptar las calles con barricadas.

Fue pues el caso que en la madrugada del 20 de diciembre, Van Dorn, seguido de una numerosa fuerza de caballería, se apoderó por sorpresa de la ciudad, así como también del coronel Murphy, quien debió haberla defendido a todo trance, y pegó fuego a todo aquello que sus tropas no pudieron llevarse, incluso a un gran hospital lleno de enfermos y heridos del ejército unionista. La caballería que estaba en Holly-Springs no quiso rendirse y se abrió paso dando una impetuosa carga que sólo le costó perder siete hombres, en tanto que Murphy colmaba la medida de su infamia aceptando la libertad bajo palabra, juntamente con su tropa, como para evitar el peligro de caer otra vez prisionero. Según el mismo parte de los separatistas³², estos hicieron mil ochocientos prisioneros, incluso ciento cincuenta oficiales, mas sin duda se comprenden en este número a los enfermos y heridos que se hallaban en el hospital. Los confederados, después de rociar las paredes de algunos edificios con espíritus inflamables para que ardiesen antes, pegaron fuego al arsenal, siendo tal la explosión que se produjo, que se hundieron varios edificios y resultaron muchos heridos por las balas y la metralla que volaban por los aires. Los separatistas estuvieron diez horas

32 En uno de los párrafos del parte que se recibió en Richmond con fecha 15 de enero de 1863 léase lo siguiente: «El aspecto que presentaba la ciudad a los pocos momentos de haber penetrado en ella el general Van Dorn con su caballería era imponente: veíase a los habitantes correr de un punto a otro como aturridos y fuera de sí; reinaba un desorden espantoso; veíanse arder las tiendas de campaña, los separatistas lanzaban gritos atronadores; algunos corrían por las calles de la ciudad con teas encendidas cuyas llamas iban a reflejarse en los brillantes sables de los soldados, que galopaban de un punto a otro atropellándolo todo a su paso; algunos habitantes imploraban la merced del enemigo; y hasta muchas mujeres que medio desnudas gritaban con loco frenesí: «Matarlos! ¡Matarlos!» Algunas señoras que salieron a sus balcones gritaban también: «¡No haya cuartel! ¡Acabad de una vez con ellos!» Todo aquello en fin, formaba un conjunto indescriptible, una escena de horror, de confusión y espantoso tumulto, digna de figurar en el lienzo de alguno de nuestros célebres pintores.

en Holly-Springs, y después se dirigieron hacia Coldwater, Davis's Mill, Middleburg y Bolivar, con objeto de apoderarse de dichos puntos, mas aunque sus defensores no eran tan numerosos como los que tenía Murphy a su disposición, supieron rechazar a los invasores. Inútil nos parece decir que este oficial fue separado inmediatamente del servicio por orden del general Grant, habiéndosele puesto en su hoja la nota de cobarde.

Tal era la importancia de Holly-Springs, que el general Grant había destacado cuatro mil hombres para reforzar la guarnición, pero a causa de ciertos obstáculos que encontraron en el camino, no les fue posible llegar hasta dos horas después de haber abandonado la ciudad el enemigo. Así pues, por la cobardía e indigna conducta de un hombre, no sólo se perdieron dos mil soldados y valor de algunos millones, sino que se comprometió de una manera grave el resultado de la importante expedición que se proyectaba contra Vicksburg.

El día 21 de diciembre habíase puesto en marcha el general Sherman con su ejército, y abandonando a Memphis y Helena, embarcóse en los trasportes que le esperaban. Este ejército, llamado del Tennessee, y que se componía de cuatro divisiones al mando de los generales Steele, Morgan, A. Smith y L. Smith, desembarcó dos días después en su mayor parte en Milliken's Bend, y entonces el general Sherman, sin perder un instante, dispuso que se practicaran reconocimientos en diversas direcciones, e hizo destruir un gran trozo de la vía férrea de Texas. En la misma noche de Navidad dio la orden de marcha para el día siguiente: su plan consistía en atravesar desde luego el río, desembarcando en el punto que pareciese más conveniente para atacar a Vicksburg sin pérdida de tiempo, y en su consecuencia, el día 26, antes de la tarde, hallándose ya los buques junto a la orilla izquierda del Yazoo, comenzó el desembarco de las tropas, formáronse las tiendas de campaña, y se situaron las avanzadas en la dirección de Haine's Bluff y Chickasaw Bluff, que eran las posiciones más próximas al enemigo. Todo esto pudo hacerse sin disparar apenas un tiro, y tan tranquilamente como en 1854 desembarcaron los ejércitos aliados en las playas de Almería.

Haine's Bluff, donde había entonces un fuerte con una batería de ocho piezas de gran calibre, estaba a demasiada distancia para que fuera de temer, y además, la escuadra se encargó de distraer la guarnición. En los días 26 y 27 de diciembre comenzó el cañoneo, aunque sin gran resultado, mientras el grueso de las tropas se formaba en línea de batalla cerca del puerto improvisado y a lo largo de las profundas lagunas que hay en aquel sitio; una parte de la división Steele se trasladó por agua a Chickasaw Bluff, con objeto de tomar una batería que amenazaba de frente a las tropas de desembarco. El 27 por la tarde, las avanzadas separatistas tuvieron que retroceder una milla, y el 28 se empeñó el combate más seriamente, si bien se redujo luego a un mero tiroteo entre las baterías levantadas por los confederados durante la noche y las que tenían los unionistas en su campamento. El 29 dio el general Sherman la orden de atacar en toda la línea, mas a pesar del valor de sus tropas, fue rechazado con pérdidas considerables, y después de pedir una tregua para enterrar a los muertos, la cual le fue concedida en el acto, resolvió retirarse a sus líneas, donde se ocupó de reorganizar sus fuerzas.

Si se tiene en cuenta que Sherman se había batido contra cinco o seis mil hombres bien parapetados en sus atrincheramientos, no es de extrañar que el enemigo le derrotara en esta primera acción, matándole a lo menos dos mil hombres, pero algunos le acusaron, acaso justamente, de lentitud, por mas que su ataque no fuera en realidad sino un golpe de mano. Es de presumir que si hubiera hecho la tentativa el 26 por la noche en vez del 27 por la mañana, acaso habría tenido mejor resultado, pues hasta dicho día los confederados tuvieron tiempo de reforzarse en el punto amenazado, y el camino de hierro de Jackson transportaba con la mayor actividad nuevas tropas de refresco, material de campaña, víveres y municiones, preparándose así de una manera formidable a recibir a sus enemigos. La primera tentativa para apoderarse de Vicksburg costó a los federales, según ya hemos dicho, unos dos mil hombres, mientras los separatistas no tuvieron sino sesenta y tres muertos, ciento treinta y cuatro heridos y diez extraviados, es decir, doscientas siete bajas.

Sherman había sido derrotado, mas no quiso darse por vencido: en la noche del día siguiente, 30 de diciembre, practicó un minucioso reconocimiento a fin de examinar la posición del enemigo,

y convencido de que no era posible romper sus líneas por aquel punto, fue a visitar al comodoro Porter, con quien tuvo una larga conferencia, en la cual le propuso un nuevo plan de ataque. El objeto de Sherman era asaltar las baterías por el extremo derecho, es decir, por Drumgould's Bluff, y para esto deseaba que el comodoro las bombardease, aproximándose a ellas todo lo posible, mientras él con diez mil hombres de tropas escogidas, trataría de tomarlas a viva fuerza, en tanto que el resto del ejército simularía un ataque por el centro.

El comodoro Porter, deseoso como siempre de prestar su eficaz cooperación, aprobó el plan propuesto, y en la noche del 31 de diciembre embarcáronse las tropas necesarias y se dispuso que las cañoneras se encaminaran lenta y silenciosamente hacia Drumgould's Bluff con el objeto de comenzar desde luego el bombardeo, para apagar, si era posible, el fuego de las baterías del enemigo, mientras desembarcaban las fuerzas. Una vez tomadas aquellas, se haría fuerte en dicho punto todo el ejército, y ya le sería más fácil ir apoderándose poco a poco de todos a los reductos y obras de defensa hasta ocupar las alturas de Vicksburg.

La división de Steele y una brigada del general L. Smith se embarcaron prontamente; Sherman, que se había separado de estas tropas a media noche, tenía a las suyas convenientemente situadas a las cuatro de la mañana, y esperó por algún tiempo, aunque inútilmente, a que el comodoro Porter rompiera el fuego con sus cañoneras. Al amanecer, el general Sherman recibió un parte anunciándole que la niebla era tan densa en el río, que el comodoro no había podido moverse, de modo la que empresa debería aplazarse para la noche siguiente. No quedaba más remedio que conformarse, pero llegada ésta, comenzó a brillar la luna con tal claridad, que pareció muy aventurado emprender el ataque, con tanta más razón, cuanto que de un momento a otro podría sospechar el enemigo lo que se proponían los federales, y entonces era muy de temer un segundo descalabro. Además de esto, temíase que el sitio donde se hallaban acampadas las tropas se vería inundado al día siguiente, y por otra parte, circulaban rumores de que el general Grant acababa de retroceder, dejando a los confederados en libertad de concentrar cuarenta mil hombres en Vicksburg. Hacíase pues preciso desistir de la empresa, y por lo tanto a la mañana siguiente, 2 de enero de 1863, diéronse las órdenes oportunas para volver a Milliken's Bend, pero cuando iban a ponerse las tropas en marcha, el comodoro Porter anunció que el Gobierno acababa de expedir una orden disponiendo que Mc Clernand se encargara como general en jefe de las tropas de Sherman, y que éste se limitase al mando de su cuerpo de ejército. Semejante medida no era de extrañar si se atiende a que el general Mc Clernand había ya sido jefe del departamento el otoño anterior, y tenía en el servicio más antigüedad que Sherman, mas entre ambos generales existía una gran diferencia respecto a capacidad y conocimientos militares. Mc Clernand había llegado a tan alta graduación por la vía política; no era hombre entendido en el arte de la guerra, ni demostró nunca afición a la carrera de las armas, pero, ambicioso y hábil, no perdonaba medio alguno para dar a conocer su mérito fuera como fuese.

El general Sherman ofrecía un tipo enteramente opuesto: antiguo alumno de West Point, veterano de la guerra de México, y anteriormente director del colegio militar de Louisiana, distinguíase tanto por sus vastos y profundos conocimientos como por la firmeza de su carácter, su reconocido talento y su valor a toda prueba. Exclusivamente militar, e intrépido hasta la temeridad, cuidábase muy poco de ser o no popular. Sherman sufrió sin llevarlo muy a mal la humillación que acababa de imponérsele, y tan pronto como hubo llegado el general Mc Clernand resignó en sus manos el mando, después de anunciar esta variación a las tropas por medio del siguiente documento, harto característico para que no lo reproduzcamos aquí, traducido textualmente:

«Cuartel general del ala derecha del ejército del Tennessee; a bordo del vapor Forest-Queen.

»Milliken's Bend, 4 de enero de 1863.

»Orden general número 5.

»En cumplimiento de la orden general número 1, expedida hoy por el general Mc Clernand, se muda el título de nuestro ejército, que se llamará en lo sucesivo, *del Mississippi*, y se compondrá de dos cuerpos, uno a las órdenes del general Morgan, y el otro a las mías. Al dejar el mando en jefe de

las tropas, limitándome al de las que se hallan bajo mis inmediatas órdenes, no puedo menos de dirigirme a todos los jefes, oficiales y soldados que han tomado parte en el ataque de Vicksburg, a fin de darles las mas expresivas gracias por el celo, la actividad y el valor de que han dado prueba en esta ocasión. Nuestra primera tentativa para apoderarnos de dicha plaza ha tenido mal éxito, pero debe tenerse en cuenta que no éramos sino la parte de un ejército, que nuestro primer movimiento no era sino el principio de la empresa que debía llevarse a cabo con auxilio de todos. Incidentes imprevistos habrán retardado sin duda la llegada de nuestros compañeros: hay contratiempos que no siempre se pueden evitar.

»Hemos destruido una parte de la vía férrea; hemos atacado las fortificaciones de Vicksburg hasta donde lo permitía la prudencia, pero como las obras de defensa del enemigo eran demasiado fuertes para que nuestras tropas se apoderasen de ellas, forzoso nos ha sido retirarnos, aunque en buen orden y en las mejores disposiciones de ánimo para renovar el combate. Ahora ha llegado un nuevo general en jefe, elegido por el Presidente de los Estados Unidos, que como encargado de conservar la Constitución y defenderla, tiene el derecho incontestable de nombrar a todos los funcionarios del Gobierno y a los jefes del ejército. Yo sé que todo buen oficial y todo buen soldado prestarán a mi sucesor el mismo cordial apoyo, la misma fiel obediencia que me han prestado a mí: hay suficientes honores para todos y no faltan ocasiones para contraer méritos; que cada uno ponga de su parte lo que pueda, y la nación saldrá al fin de este conflicto purificada y ennoblecida.

»Todos los oficiales del estado mayor general que no estén a mi servicio particular, se pondrán acto continuo a las órdenes del general Mc Clernand, jefe del ejército del Mississippí, que se halla a bordo del vapor *Tigre*, trasladándose sin demora a nuestro punto de reunión, en Gaines Landing y Montgomery Point.

»Por orden del mayor general Sherman,

»Firmado: T. H. Hammond.»

No podían tomarse las cosas con más conformidad, y por lo demás, Sherman nada tenía que hacer ya por el momento; el porvenir se encargaría de justificarle. Una de las principales causas a que debía seguramente que se le hubiese retirado el mando de general en jefe, fue el haber adoptado ciertas medidas que desencadenaron contra él a toda la prensa del Noroeste. Poco antes de embarcarse para Memphis, Sherman había dictado las más severas órdenes con el objeto de corregir ciertos defectos y abusos que se cometían en el ejército, y dispuso entre otras cosas que todo individuo que se encontrara entre las tropas sin autorización, fuera considerado como combatiente, marinero o doméstico, y que a todo aquel que circulase rumores alarmantes en el ejército, se le tratara como espía. Los periodistas americanos que siempre andaban con el estado mayor, molestando no pocas veces con sus exigencias, no perdonaron a Sherman aquel exceso de severidad, y organizando una conspiración en toda regla, criticaron sistemáticamente todas sus medidas, todas sus operaciones militares, de tal modo, que después del descalabro de 29 de diciembre, la opinión pública se declaró también en contra de Sherman. El Gobierno de Abraham Lincoln, atendiendo entonces a los clamores que se elevaban, aprovechó aquella ocasión para adelantar en su carrera al general Mc Clernand, que era uno de sus más apasionados amigos políticos, y le nombró general en jefe.

Por lo demás, preciso es convenir en que Mc Clernand no se dio mala maña en el desempeño de su nuevo cargo: durante su viaje había madurado un plan, que se reducía a comenzar las operaciones apoderándose desde luego del fuerte Hindman, conocido también con el nombre de *Puesto de Arkansas*, situado a cincuenta millas del Mississippí. Este fuerte, defendido por los separatistas, tenía un elevado parapeto, fuertes casamatas y una línea de reductos, pero muy pocos cañones y de escaso calibre, por manera que el general Churchill, que era el gobernador, no podría resistir, con sus cinco mil hombres de guarnición, al ejército que entonces avanzaba, compuesto de cincuenta y cuatro regimientos, es decir, unos veinticinco a treinta mil hombres. Vemos pues que el general Mc Clernand no quería exponerse en un segundo asalto contra las baterías de Vicksburg, y

que prefirió limitarse a ciertos preliminares, en su concepto indispensables para atacar de otro modo la plaza.

Los sitiadores acampados en Milliken's Bend no se contaban muy seguros en este punto, pues su retaguardia podría ser sorprendida fácilmente, atendido que los separatistas eran dueños de dos afluentes del Mississippi, el Arkansas y Río Blanco, donde tenían arsenales y buques, y donde organizaban a veces expediciones armadas. Los federales temían verlos aparecer en el momento menos pensado, dispuestos a dar algún atrevido golpe, y aun tenían muy presente lo ocurrido con el *Merrimac* en el río James, y más tarde con el *Arkansas*, que fue destruido al fin por la cañonera federal *Essex*. Era pues preciso, para asegurar el éxito de la empresa, establecer un centro de operaciones que estuviese a cubierto de las temerarias tentativas del enemigo. Había, además otra razón que inducía a los federales a internarse lo más posible en el Estado de Arkansas: sabíase que en éste se formaban a cada momento nuevas guerrillas tan pronto como circulaba una falsa noticia respecto a las derrotas del Norte, y era por lo mismo urgente tener allí las fuerzas necesarias para evitar un conflicto. Hasta los indios tomaban a veces parte en el movimiento, y la tribu de los Cherokees, entre otras, se había sublevado por las intrigas de los emisarios del Sur para tomar parte en la guerra, de modo que casi todo el Oeste se hallaba entregado a la anarquía, hasta el punto de haberse abandonado por completo la colonización y la agricultura. En concepto de Mc Clernand, una expedición hacia el Río Blanco y Arkansas no podía menos de producir buen efecto para la pacificación del Oeste y para asegurar la navegación del Mississippi, y era oportuna la ocasión, porque como no se pensaba emprender nuevas operaciones contra Vicksburg hasta la llegada del general Grant, podían utilizarse entre tanto ventajosamente las tropas que estaban delante de dicha plaza. Al mismo tiempo se las acostumbraba a la fatiga y a las maniobras, lo cual era preferible a dejarlas ociosas en la insana playa de Milliken's Bend. En su consecuencia, la expedición se puso en marcha el 4 de enero, llegó el 8 a la embocadura de Río Blanco, y la escuadra continuo avanzando por uno de los brazos de éste que va a desaguar en el Mississippi.

El primer objeto era apoderarse del fuerte Hindman, situado en la orilla izquierda del Arkansas; este fuerte, que era cuadrado, estaba provisto de veinte piezas y ocupaba una posición muy ventajosa para sus baterías exteriores; su guarnición no excedía de seis mil hombres. Por medio de canales de comunicación, los expedicionarios pasaron desde el Río Blanco al Arkansas, y fueron a desembarcar en la noche del 9 a pocas millas del fuerte en tanto que las cañoneras comenzaban el bombardeo. A pesar de los obstáculos que interrumpían a veces la marcha, las tropas unionistas al mando de los generales Sherman, Morgan, Steele, D. Stuart, A. J. Smith y Osterhaus, avanzaron rápidamente hasta hallarse a muy corta distancia de la fortaleza, y allí pasaron la noche, teniendo la precaución de no encender hogueras, ni armar las tiendas de campaña, a fin de no llamar la atención del enemigo. Las brigadas Hovey, Thayer, Giles y Smith se situaron a la mañana siguiente en un bosque, y apoyadas por las fuerzas del general Blair, atacaron las primeras obras defensivas del enemigo, que por su parte había ya roto el fuego. En este primer encuentro quedó herido de alguna gravedad el general Hovey, y la misma suerte sufrió el general Thayer, a quien mataron el caballo, pero las cañoneras federales y las baterías de Morgan cubrieron la marcha de las tropas, apagando en parte los fuegos enemigos. Un destacamento de separatistas que se había hecho fuerte en unas chozas situadas cerca de los atrincheramientos fue desalojado a viva fuerza, y media hora después, el general Smith envió un parte a Mc Clernand manifestándole que se hallaba sólo a doscientas varas del fuerte y que no se esperaba sino la señal de ataque.

A las tres y media de la tarde del 11 de enero de 1863, y apagado el fuego de los cañones del fuerte por la artillería federal, el general Mc Clernand dio la orden de asalto, que se llevó a efecto por cuatro columnas, dos de Sherman por la derecha, y dos de Morgan por la izquierda. Los sitiados no podían oponer una gran resistencia ante fuerzas tan numerosas, y por lo tanto no es de extrañar que al cabo de una hora se rindiera el fuerte, precisamente cuando el general Burbridge se apoderaba ya de los primeros atrincheramientos.

Parece que el general Churchill, gobernador de la fortaleza, había recibido orden de conservarla a todo trance hasta recibir refuerzos, pero el jefe separatista debió comprender que era tan inútil la resistencia como sacrificar la vida de sus soldados sin beneficio alguno.

Según el parte de Churchill, sus pérdidas no excedieron de sesenta muertos y setenta y cinco a ochenta heridos, y añadía que él calculaba en mil quinientas a dos mil las bajas de los federales. Mc Clernand asegura que cogió cinco mil prisioneros, diez y siete cañones, tres mil armas de todas clases y una considerable cantidad de bagajes y víveres, y dice que no tuvo sino ciento veintinueve muertos, ochocientos treinta y un heridos y diez y siete extraviados, total novecientos setenta y siete³³.

Todo el ejército esperaba que se establecería en el fuerte Hindman un seguro centro de operaciones para seguir con la expedición más adelante, pero con gran asombro suyo, recibió orden de desmantelarlo, destruyendo todas las fortificaciones, y de volver a Milliken's Bend. En su consecuencia, el ejército se puso de nuevo en marcha el día 17 con dirección al Mississippi, dejando a medio concluir la obra comenzada en el estado de Arkansas; las cañoneras permanecieron sin embargo uno o dos días más en el Río Blanco. La causa de haberse dictado esta disposición era que el general Grant, ansioso por tomar la revancha del primer descalabro sufrido ante la plaza de Vicksburg, acababa de llamar la atención de Mc Clernand con el objeto de concentrar las tropas en Milliken's Bend, adonde llegó él mismo a fines de enero. Acto continuo estableció su cuartel general en Young's Point, y bien pronto tuvo a su alrededor a todo el ejército y una numerosa escuadra. Improvisáronse con la mayor rapidez un puerto muy animado y una plaza de guerra, y las fuerzas unionistas, que ascendían a sesenta mil hombres, se repartieron en tres cuerpos al mando de Sherman, Mc Ferson y Mc Clernand; la división Hurlbut se quedó por entonces en el Sur de Tennessee con su cuartel general en La Grange.

Después de practicar los primeros reconocimientos en los alrededores de Vicksburg, el general Grant se convenció de que la plaza no era fácil de tomar ni por la parte que daba frente al río, ni por aquella donde Sherman había sido derrotado; el punto débil se hallaba en el Sur, y atacando por este lado, se tendría acaso la ventaja de mantener la comunicación con Farragut, quien se hallaba ya delante de Puerto Hudson. Sin embargo, para ir a dicho punto era preciso remontar el río con la flota, cosa que no podía hacerse sin una gran exposición a causa de las baterías que tenía en la costa el enemigo. El general unionista debió pues recurrir a los grandes medios, y entonces pudo admirarse la fecundidad de genio de los americanos.

En primer lugar el general Grant volvió a fijarse en la idea de construir el canal comenzado ya un año antes, y sin más tardanza emprendióse aquella obra gigantesca, mucho más difícil aun por las abundantes lluvias que impedían llevar a cabo los trabajos con la rapidez necesaria. El canal, sin embargo, quedó al poco tiempo abierto, y ya se confiaba en su feliz terminación cuando una repentina avenida del río rompió el dique principal el día 8 de marzo, y todas las canteras se convirtieron en vastas lagunas. Cierto es que se estableció una corriente en el canal, pero el lecho no se hallaba a bastante profundidad para que pudieran navegar buques de alguna importancia; en vez de ahondarse el canal fue obstruyéndose cada vez mas, y después de algunos esfuerzos infructuosos para reparar los daños, hubo de abandonarse el proyecto.

No obstante, la elevación extraordinaria de las aguas ofrecía un medio para hacer tentativas de otro género: el ingeniero jefe de estado mayor, capitán Prime, y un ayudante de campo, coronel Pride, habían encontrado un paso por los vados de la orilla occidental, y reconocido asimismo que partiendo desde un punto cercano a Milliken's Bend, y entrando en el río Tansas era fácil penetrar en el Mississippi por la parte de Nueva-Cartago, a unas veinte millas más allá de Vicksburg. Hecho este descubrimiento, hicieron funcionar las dragas con el objeto de facilitar el paso a los grandes buques, y se adelantaron los trabajos lo bastante para que pudiesen circular por el canal un pequeño

33 Casi toda la caballería de Texas que formaba parte de la guarnición del fuerte, pudo escapar, llevándose consigo numerosos bagajes y pertrechos militares, y antes de que se pensara en perseguirla, se hallaba ya fuera del alcance de las balas enemigas.

vapor y varias barcas, mas a mediados de abril bajó repentinamente el nivel de las aguas, cambiándose del todo el aspecto del país. En vez de canales, descubriéronse vías de tierra para ir de Milliken's Bend a Nueva Cartago, y en este caso, si se conseguía darles alguna consistencia, era preferible utilizarlas.

Entre tanto continuaban las exploraciones, y se hizo aun una tentativa en mayor escala para llevar a cabo aquella navegación semiartificial; también se estudió otra vía para penetrar por el Mississippi en el Yazoo, por medio del Coldwater y del Tallahatchie, pues conseguido esto, las cañoneras podrían remontar el Yazoo hasta Haines Bluff, pero este camino no dejaba de ofrecer dificultades, principalmente por causa del enemigo, a quien le era fácil interceptar el paso por Greenwood. En todas estas direcciones se practicaron reconocimientos y se hicieron trabajos verdaderamente gigantescos a los ojos de aquellas personas que no están acostumbradas a ver más que las construcciones europeas, pero cuya grandeza no llamaba la atención de los ingenieros americanos.

El general Grant no esperaba mucho a la verdad de las obras emprendidas, mas le servían, no obstante, para distraer la vigilancia del enemigo y para ejercitar al mismo tiempo a sus tropas hasta que llegase el momento de obrar con energía. En cuanto a la flotilla del bravo comodoro Porter, habíase mostrado infatigable, compitiendo en celo con el ejército: desde los primeros días comenzó sus operaciones con el mayor ardimiento; las cañoneras bombardearon por espacio de algunas horas las baterías de la costa, aunque sin resultado alguno, y varios buques que intentaron valerosamente forzar el paso de la línea enemiga arrojando todos sus fuegos, consiguieron al fin su objeto, mas no sin que algunos fueran destruidos. La expedición de la *Reina del Oeste*, verdaderamente notable, tuvo un fin muy trágico; montado este buque por un valeroso y hábil ingeniero mecánico, el coronel Ellet, con cien voluntarios y un armamento de seis cañones, consiguió deslizarse a lo largo de la orilla derecha, seguido de otro pequeño llamado *De Soto*, y en la noche del 2 de febrero, forzó el paso después de sufrir un nutridísimo fuego de las baterías enemigas y de la cañonera de los confederados *Vicksburg*. Después de reparar las averías que le causaron doce balazos recibidos en la popa, la *Reina del Oeste* destruyó una porción de trasportes de los separatistas, y luego quiso apoderarse del fuerte Russy, en Río Colorado, pero allí, por causa de la traición de su piloto, quedó embarrancada el 14 de febrero a poca distancia de la fortaleza. Habiendo comenzado el enemigo a cañonear el buque, la tripulación se salvó en el *De Soto*, si bien algunos cayeron en poder de los separatistas, quienes apoderándose después de la *Reina del Oeste*, repararon perfectamente sus averías, aumentando así con un buque más la fuerza de su escuadra.

Otro buque del comodoro Porter, la cañonera acorazada *Indianola*, forzó también el paso de Vicksburg en la noche del 13 de febrero, sin sufrir grandes averías: habiendo encontrado poco después al *De Soto*, supo el triste fin de la *Reina del Oeste*, y con la intención de recobrar el buque, dirigióse hacia Río Colorado, mas al llegar allí vio ya a la *Reina del Oeste* con pabellón confederado y seguida de otros tres buques. La *Indianola* emprendió la retirada al momento, pero perseguida de cerca, hubo de aceptar el combate el 24 de febrero, delante de las baterías del Gran Golfo, y después de una obstinada lucha, el buque unionista, rodeado por todas partes, se vio precisado a rendirse. El enemigo utilizó al momento la *Indianola*, para su flota.

A pesar de estos contratiempos, no se desanimó el comodoro Porter, y muy lejos de ello, hizo otras tentativas, una de las cuales tuvo un singular resultado. Con el objeto de facilitar el paso, alarmar continuamente a los separatistas y hacerles gastar sus municiones, echábanse en la corriente troncos de árboles, imitando cañoneras, y barcos viejos cargados de carbón con blindajes simulados, y todo esto arrastrado por la corriente, llegaba hasta el pie de las baterías, que al momento dirigían sus tiros contra los troncos y los barcos, destruyendo unos y otros entre los frenéticos aplausos de los artilleros de la plaza. El comodoro Porter dispuso que se habilitara una barca destinada al transporte de combustible, de tal modo, que parecía una terrible máquina de guerra, y hecho esto, mandó que la pusieran en la corriente: arrastrada por las aguas esta espacie de cañonera de artificio, llegó hasta las baterías de Vicksburg a través de una lluvia de fuego, pero engañados los

separatistas, enviaron aviso al comandante de la Reina del Oeste, para que se pusiera en salvo y evitase un encuentro con el nuevo buque, que todos creyeron en efecto sería una máquina infernal. El capitán de la *Indianola*, que se hallaba cerca del mismo sitio donde la apresaron los confederados, reparando sus averías, recibió también aviso del supuesto peligro que le amenazaba, y orden de quemar el buque si no podía evitar el encuentro con aquel monstruo marino. La *Reina del Oeste* se puso inmediatamente en salvo, y cuando algunas horas después se descubrió la jugarreta de los federales, envióse una contraorden a la *Indianola*, mas ya era tarde, pues su comandante había pegado fuego al buque sin salvar siquiera los magníficos y costosos cañones que montaba.

Entre los buques de Porter que intentaron forzar el paso, no olvidaremos las cañoneras *Lancaster* y *Switzerland*, que se dejaron arrastrar por la corriente hasta las mismas baterías de Vicksburg en la noche del 25 de marzo. Por desgracia ya era muy entrado el día cuando llegaron al frente de la plaza, y así pudo el enemigo fácilmente dirigir sus certeros tiros contra estos dos buques, uno de los cuales, el *Lancaster*, recibió cuarenta balazos y se fue a pique, mientras el *Switzerland*, aunque con la popa muy averiada, pudo escapar y fue socorrido oportunamente por otro buque de los federales.

Mientras se llevaban a cabo estas operaciones frente a Vicksburg, el comodoro Porter, de concierto con el estado mayor del general Grant, no había dejado de buscar otros medios para conducir las tropas ante la plaza por la parte de tierra. Practicáronse una infinidad de reconocimientos, aunque sin resultado alguno, mas por fin, habiéndose descubierto que el río Yazoo era más vadeable en ciertos puntos de lo que en un principio se creyera, organizóse una expedición que se puso en marcha a principios del mes de marzo. Una división del cuerpo de ejército de Mc Clernand, bajo las inmediatas órdenes del general Rod, con algunas fuerzas de Sherman, se embarcó en Helena, penetró en el Coldwater y pasó luego al Tallahatchie, pero en la confluencia de este con el Yallobusha, hallábase por la parte de Greenwood una posición que los confederados acababan de reforzar considerablemente. Alzábase allí entre otros el fuerte Pemberton, que con sus cañones de grueso calibre dominaba los alrededores, de tal modo, que las cañoneras federales no pudieron resistir su nutrido fuego; una segunda división al mando del general Quimby, que había seguido a la primera, renovó el ataque, pero sin obtener tampoco resultado alguno.

Al mismo tiempo hacíase otra tentativa para penetrar en el Yazoo por los vados Steele, Black, Rolling-fork y Sunflower, pues si se conseguía esto, era fácil bloquear a Greenwood, donde había una treintena de vapores confederados que se podrían inutilizar. El comodoro Porter y el general Sherman, con una de sus divisiones, se lanzaron por esta nueva vía, pero se hallaban tan obstruidos los canales con troncos de árboles y piedras, que los expedicionarios no pudieron aproximarse al Yazoo hasta que el enemigo, enterado ya de este movimiento, había hecho los preparativos necesarios para recibir a los unionistas. El comodoro Porter se vio pues en la precisión de hacer alto a quinientos pasos del Yazoo, y a fines de marzo los expedicionarios recibieron orden de volver a sus primeras líneas.

Como los terrenos contiguos al río se habían ya secado un poco, el general Grant intentó el 29 de marzo internar más su ejército por la vía de tierra, haciéndole pasar por innumerables vados y lagunas. El cuerpo de ejército del general Mc Clernand se puso en marcha el primero a fin de ocupar a Nueva-Cartago, y después de heroicos esfuerzos y de dar infinitos rodeos, los cuales no evitaban que las tropas tuviesen que caminar muchas veces con el agua o el lodo hasta la cintura, Mc Clernand llegó con sus fuerzas a la citada población a los pocos días. El camino que conduce desde Milliken's Bent a Nueva-Cartago se reparó del mejor modo posible; el general Mc Pherson no tardó en llegar para reunirse con su compañero, y hacia mediados de abril, estos dos cuerpos de ejército se hallaban establecidos en la orilla derecha más acá de Vicksburg; después se extendieron desde Nueva-Cartago a Hard Times, cuyo camino no tendría menos de cuarenta millas.

Por su parte, el comodoro Porter, que no quería quedarse atrás, y previo el consentimiento de Grant, hizo sus preparativos para pasar delante de las baterías de Vicksburg con sus buques

blindados y tres transportes, lo cual se llevó a efecto con el mejor éxito. Las cañoneras *Benton*, *Lafayette*, *Price*, *Louisville*, *Carondelet*, *Pittsburg*, *Tuscumbia* y *Mound City*, se deslizaron silenciosamente por el río protegidas por la oscuridad de la noche, y ya empezaban a creer las tripulaciones que el enemigo tendría sus razones para no atacar, cuando de pronto, y precisamente cuando las cañoneras se hallaban frente a la plaza, rompieron las baterías un vivísimo fuego que iluminó las aguas, los fuertes y las líneas de defensa de los confederados. La flotilla contestó en el acto con indecible vigor, y gracias a esto pudo efectuarse felizmente el paso de las cañoneras, si bien dos de ellas quedaron muy averiadas, y otra llamada *Enrique Clay*, se fue a pique después de haberse incendiado, en tanto que su tripulación ganaba la opuesta orilla en un bote. Los federales tuvieron solo un muerto y dos heridos a bordo de la cañonera *Benton*.

Satisfecho de este resultado, el general Grant mandó que se repitiera la operación con seis transportes montados por voluntarios, de los cuales se ofrecieron muchísimos que deseaban tomar parte en tan arriesgada empresa. De estos seis buques, cinco franquearon el peligroso paso en la noche del 22 de abril, pues uno de ellos, el *Tigre*, recibió un balazo bajo la línea de flotación y poco después se fue a pique.

Llegados a Nueva-Cartago y a Hard Times, los expedicionarios se ocuparon primeramente en reparar las averías de los buques, y hecho esto, reuniéronse todos los barcos y lanchas de los alrededores por orden del general Grant, quien tenía el mayor empeño en cruzar el río para conducir su ejército por la orilla izquierda y operar directamente contra Vicksburg. Para esto era necesario apagar antes las baterías del Gran Golfo, que dominaban los puntos por donde podría efectuarse el desembarco de las tropas, y al efecto, en 29 de abril, el comodoro Porter lanzó contra ellas su flotilla de guerra, mientras las tropas se embarcaban en los transportes que debían conducirlos al asalto tan pronto como se hubiese conseguido apagar el fuego del enemigo. Sin embargo, la fuerza de las cañoneras no alcanzaba a tanto, pues las baterías confederadas se hallaban a una elevación tal y eran tan poderosas, que no parecía fácil dominarlas por la parte del agua. En su consecuencia, el general Grant se vio obligado a elegir otro sitio para el desembarco, y entonces designó un pueblo llamado Bruinsburg, situado al sur del Gran Golfo; saltaron de nuevo en tierra las tropas para dirigirse al citado punto, y aquella misma noche las cañoneras hicieron jugar su artillería, mientras que los transportes bajaban por el río arrostrando la metralla de las baterías del Gran Golfo. Un numeroso cuerpo de tropas se trasladó después a la orilla izquierda, y la vanguardia protegió el desembarco, que se hizo con la mayor actividad, porque urgía apoderarse de Puerto Gibson, importante posición que se encontraba a pocas millas de distancia.

El 1 de mayo por la tarde la vanguardia de los federales llegó al punto indicado, y una vez en presencia del enemigo, concentráronse las cuatro divisiones, Hovey, Carr, Smith y Osterhaus, y empeñaron el combate contra la división separatista Bowon, compuesta de ocho mil hombres. Reforzados a poco los federales con las divisiones Logan y Quimby, rechazaron a los confederados en todos los puntos, y al día siguiente, trabada de nuevo la acción, el enemigo evacuó a Puerto Gibson y Gran Golfo. El general Grant hizo ocupar inmediatamente este punto, donde estableció su nuevo centro de operaciones, en tanto que los buques procedentes de Bruinsburg anclaban bajo las antiguas baterías enemigas.

El cuerpo de ejército de Sherman, que durante este tiempo había permanecido en Milliken's Bend, hostilizando con frecuencia a los defensores de Vicksburg, recibió entonces una orden del general Grant para ir a reunirse con el grueso del ejército en Gran Golfo, y entre tanto practicáronse reconocimientos en todas direcciones, pues el general Grant quería atacar desde luego a Jackson, la capital del Estado. El 6 de mayo, hechos ya todos los preparativos y adoptadas las disposiciones necesarias al efecto, se dio la orden de marcha: el día 7, el cuerpo de ejército de Mc Pherson tomó por la derecha el camino de Rocky-Springs a lo largo de Black River; el general Mc Clernand siguió por la izquierda el camino montuoso de Willew-Springs, y Sherman se quedó con la reserva para marchar a retaguardia vigilando los dos caminos. El objeto de esta disposición era que Mc Clernand y Sherman ocupasen cualquier punto de la vía férrea entre Bolton y Edwards Station,

mientras Mc Pherson se dirigía a Jackson por Utica y Raymond con el fin de destruir todos los establecimientos del enemigo, volviendo luego a reunirse con las fuerzas del ejército.

El 12 de mayo Mc Pherson encontró en Raymond dos brigadas separatistas al mando de los generales Gregg y Walker, las cuales después de un combate de una hora hubieron de retroceder hasta Jackson, en cuya ciudad se disponía el enemigo a concentrar todas sus fuerzas al mando del general Johnston. Al saberlo Grant dio orden de que todas sus tropas se pusieran en marcha hacia dicho punto; el 13 las avanzadas escaramucearon en toda la línea, y el 14 se empeñó un combate delante de la ciudad misma. Los generales Sherman y Mc Pherson bastaron para desalojar a Johnston, cuyas fuerzas eran muy inferiores en número; el jefe separatista había pedido auxilio a Pemberton, previniéndole que marchara a Jackson con todas las fuerzas que no fueran estrictamente necesarias para la defensa de Vicksburg, es decir, con unos veinte mil hombres, mas Pemberton se negó, manifestándole que el Gobierno le había confiado el mando de dicha plaza y que no le era posible contravenir a las órdenes que recibiera. Mientras que los federales al mando de Sherman ocupaban la ciudad de Jackson, donde quemaron una multitud de edificios sin cuidarse mucho de si eran establecimientos militares, casas particulares o iglesias católicas, los otros dos cuerpos de ejército se dirigían sobre Clinton y Bolton, y desde aquí más hacia el Norte, a fin de impedir la reunión de Pemberton y Johnston en las cercanías de Vicksburg. Este último jefe se había replegado hacia Canton para concentrar allí todas sus fuerzas, mientras Pemberton avanzaba al encuentro del enemigo, resuelto a presentarle la batalla. El general Grant supo oportunamente que se practicaba este movimiento, así como también que Pemberton contaba con unos veinticinco mil hombres y diez baterías, y deseando asimismo empeñar el combate y evitar que los separatistas cayesen de improviso sobre su retaguardia, destacó contra su enemigo a los generales Blair, Mc Clernand, Osterhaus y Mc Person con sus respectivas divisiones.

El general Pemberton, que se había situado en Edwards Station, recibió el 16 de mayo un parte de Johnston proponiéndole un ataque combinado contra Mc Pherson, y oído el parecer de su consejo acordó acometer a los federales a la mañana siguiente, mas habiendo ocurrido varias dificultades, los confederados avanzaron aun cuatro o cinco millas más y fueron a tomar posición en Champion Hills, punto situado al Sur de la vía férrea, entre Jackson y Vicksburg. Aquí recibió Pemberton otro parte de Johnston previniéndole que marchase hacia el Norte a fin de concentrar todas las fuerzas, y en su consecuencia dio las órdenes oportunas para practicar este nuevo movimiento, pero ya era demasiado tarde, pues se vieron aparecer las divisiones de Hovey, Mc Clernand y Mc Pherson, que avanzaban rápidamente.

Cuando se estaban formando las tropas en línea de batalla llegó el general Grant, quien dictó desde luego las disposiciones más convenientes para atacar al enemigo, el cual ocupaba una fuerte posición con su flanco izquierdo protegido por un espeso bosque. El cuerpo de ejército de Mc Pherson se dirigió hacia la derecha, como amenazando la retaguardia del enemigo, pero como aun no se había reunido el suficiente número de tropas, Grant suspendió el ataque hasta que llegara Mc Clernand de Bolton Station con dos divisiones. Sin embargo, como quiera que tardara en llegar el refuerzo esperado, y visto que iba generalizándose el fuego entre la división Hovey y las avanzadas separatistas hasta convertirse en un verdadero combate, Grant dispuso que dos brigadas de la división Crocker marcharan en auxilio de Hovey mientras que algunas fuerzas al mando de Longan atacaban el ala izquierda y la retaguardia de los confederados, debilitando así su centro. Cuando llegó Mc Clernand con sus dos divisiones, las tropas de Pemberton acababan de ser desalojadas de sus posiciones con pérdidas considerables después de un reñidísimo combate, y de tal modo se había acercado la división Longan al camino de Vicksburg, que consiguió aislar a una parte de las fuerzas de Pemberton, que a duras penas pudieron evitar el caer prisioneras, abandonando todos sus cañones.

Los honores de esta victoria se debieron principalmente a la división Hovey, que por espacio de algunas horas estuvo combatiendo contra fuerzas muy superiores en número que ocupaban una fuerte posición. No es de extrañar pues que este jefe sufriera mas pérdidas que ningún otro, pérdidas

que no bajaron de mil doscientos hombres, es decir, una tercera parte de la división. El cuerpo de ejército de Mc Pherson se batió también con la mayor bravura, y la caballería de Stevenson dio una brillante carga cuyo resultado fue apoderarse de siete cañones y algunos centenares de prisioneros.

El cuerpo de ejército de Sherman no tomó parte en esta batalla, pues aun no había llegado de Jackson cuando se terminó, y la división de Mc Pherson acudía presurosa precisamente cuando el enemigo empezaba a retirarse. Así pues, no cabe la menor duda que el número de las fuerzas federales que tomaron parte en esta acción era muy inferior al de los separatistas.

El general Grant manifestaba en su parte oficial que sus pérdidas en esta encarnizada refriega ascendían a cuatrocientos veintiséis muertos, mil ochocientos cuarenta y dos heridos y ciento ochenta y nueve extraviados, total dos mil cuatrocientos cincuenta y siete: los separatistas tuvieron poco más o menos el mismo número de bajas y se les hicieron además dos mil prisioneros, cogiéndoles quince o veinte cañones y una infinidad de armas pequeñas. Entre sus muertos se contaba el general Lloyd Tilghman, de Maryland.

A la mañana siguiente, 17 de mayo, los federales comenzaron a perseguir al enemigo, que se había retirado en el mejor orden y a quien encontraron a poco ocupando una fuerte posición detrás de Black River. Como por allí no había ningún vado, la división Carr, de los federales, tuvo que detenerse dos o tres horas sin poder atacar, hasta que al fin el general Lawler, habiendo descubierto un sitio por donde era fácil aproximarse al enemigo, dio inmediatamente la orden de ataque. La primera descarga de los separatistas costó a los federales ciento cincuenta hombres, pero lejos de desanimarse, contestaron a su vez con un nutrido fuego, y atacando acto continuo a la bayoneta, desalojaron a los separatistas, quienes emprendieron la retirada desordenadamente por un puente de barcas mandado construir de antemano por el general Pemberton. Los separatistas dejaron en poder de los vencedores, quienes no tuvieron en este encuentro sino veintinueve muertos y doscientos cuarenta y dos heridos, diez y ocho cañones, mil quinientos prisioneros, muchas armas pequeñas y un número considerable de efectos de campaña. Inútil parece decir que los fugitivos quemaron después el puente, y como el río era muy profundo por aquella parte y comenzó a jugar la artillería enemiga desde la orilla opuesta, mientras los tiradores hacían repetidas descargas, no fue posible perseguir al enemigo, que se retiró luego a sus fortificaciones de Vicksburg.

Durante la noche, Sherman, que acababa de llegar de Jackson, atravesó el río por un puente de barcas mandado construir al efecto, y el 18, los tres cuerpos de ejército continuaron su marcha sobre la plaza de Vicksburg. Sherman se apoderó al paso de Walnut Hills, ocupando la orilla del Yazoo, donde estableció una nueva base de operaciones en dirección opuesta a la elegida en el mes de diciembre anterior; el cuerpo de ejército de Mc Pherson se corrió hacia la izquierda y el de Mc Clelland fue a situarse en los alrededores de St-Alban frente a Warrenton Bluff. El comodoro Porter, que había vuelto del Yazoo en 16 de mayo, restableció entonces sus comunicaciones con Grant y Sherman, y pudo enviarles los víveres necesarios, haciendo al mismo tiempo sus preparativos para atacar las baterías de Haines's Bluff, que los separatistas habían comenzado a evacuar, y que abandonaron completamente al presentarse las cañoneras de los federales, dejando en poder del enemigo los cañones, los víveres, las tiendas de campaña y un considerable número de pertrechos militares. Apenas se creería, si no lo hubiese declarado el mismo comodoro Porter, que se destruyó todo aquel inestimable material de guerra, aun cuando se sabía que el ejército de Grant, y sobre todo la división de Sherman, estaban a mano y hubieran podido utilizar perfectamente todos los efectos abandonados por el enemigo. La toma de Haines's Bluff dejaba sin defensa la ciudad de Yazoo, así como todo el valle, y en su consecuencia, el comodoro Porter destacó inmediatamente al teniente Walker con cinco cañoneras para que atacara desde luego dichos puntos. Cuando llegó Walker a Yazoo, vio que estaba ya ardiendo el arsenal y la ciudad dispuesta a rendirse; en el astillero había varios buques en construcción; y entre ellos uno llamado el *Mobile* de trescientos diez pies de largo por setenta y cinco de ancho, que estaba ya dispuesto para botarse al agua, pero todo esto fue quemado así como también otros muchos efectos de valor. Walker encontró en el hospital mil quinientos enfermos separatistas, a quienes dejó en libertad bajo palabra, y a su

regreso, cayó en una emboscada de doscientos tiradores, pero no tuvo más pérdidas que un muerto y nueve heridos.

Todos estos combates y escaramuzas ocasionaron numerosas bajas a los separatistas, quienes habían llevado siempre la peor parte, y conociendo el general Grant que las tropas de Pemberton estarían desmoralizadas, resolvió, después de un vivo cañoneo, que sus tropas se lanzaran al asalto a las dos de la tarde del día 19. Las divisiones de los generales Blair y Giles Smith, seguidas de varias columnas, atacaron vigorosamente las líneas enemigas, y hasta la entrada de la noche sostuvieron el fuego sin retroceder, pero a costa de pérdidas considerables. Viendo al fin Sherman que las baterías de la plaza diezmaban sus filas, dio la orden de retirada a fin de que sus tropas se pusieran fuera del alcance de las balas enemigas.

Los dos días siguientes se emplearon en distribuir víveres, abrir caminos y situar convenientemente los cañones, mientras el enemigo aprovechaba también el tiempo para reforzar sus líneas de defensa. Hechos todos los preparativos necesarios, el general Grant, con la firmeza que le caracterizaba, dio orden para que el 22 de mayo de 1863 se atacara de nuevo la plaza por todos los puntos a la vez, pues necesitaba acabar de convencerse que era preciso establecer un sitio en toda regla, con lo cual no se apuraría la paciencia de los soldados. Grant deseaba además concluir pronto en Vicksburg para acometer acto continuo a Johnston, que reorganizaba entonces un nuevo ejército en Canton.

Llegado el momento, los generales se aproximaron de nuevo a las fortificaciones del enemigo, arrostrando el mortífero fuego de sus baterías, al que se contestó con el de otras cinco que habían situado convenientemente los unionistas, pero todos los esfuerzos fueron también inútiles aquella vez, pues no había tropas que pudiesen resistir aquel torrente de metralla y de balas que sembraba la muerte entre las columnas de asalto.

A pesar de este primer descalabro, no se desistió del ataque, que se continuó en la izquierda de las líneas enemigas: la brigada de Ewing cruzó el foso, que se acababa de cegar por aquella parte, seguida de la división Smith y mientras se hacía jugar la artillería, la infantería trató de tomar el parapeto por asalto, pero también esta vez se vieron rechazados los federales con pérdidas inmensas.

Entre tanto la división Steele, que había avanzado sobre la derecha, estaba luchando desesperadamente sin obtener ventaja alguna, mas como en aquel momento se recibiese un parte de Mc Clernand a Grant anunciando que sus tropas acababan de apoderarse de tres fuertes, el general Sherman ordenó a Tuttle que renovase el asalto en la izquierda, en tanto que Mower iba a reforzar a Ewing. Estos dos jefes marcharon inmediatamente al auxilio de sus compañeros, y de este modo se sostuvo la lucha hasta que hubo llegado la noche, pero sin que se consiguiera con esto otra cosa sino aumentar las pérdidas de los federales sin obtener ventaja alguna. El asalto de Mc Pherson en el centro se dio asimismo con el mayor arrojo, y si bien se obtuvo al principio alguna pequeña ventaja, fue a costa de una espantosa carnicería, pues baste decir que por cada separatista perdían la vida diez federales, y estos tuvieron al fin que retirarse cuando llegó la noche.

En el ala izquierda, el ataque dirigido por Mc Clernand parecía ser más eficaz, o al menos así lo creía el jefe: a las diez de la mañana, las brigadas de Lawler y Landrum, lanzadas al asalto, se apoderaban del primer bastión del fuerte que atacaban, en el cual clavarón su bandera los federales, mientras que las brigadas de Benton y Burbridge, electrizadas por este ejemplo, tomaban a viva fuerza otra obra defensiva después de atravesar el foso.

Persuadido Mc Clernand de que aquello equivalía a obtener una gran victoria, remitió al general Grant un parte en que le decía: «Nos hemos apoderado de los atrincheramientos del enemigo en diferentes puntos, pero tenemos que detenernos por no contar con suficientes fuerzas.» Al recibir Grant este despacho, mandó a Sherman repetir el ataque, y aunque no contaba mucho con la exactitud de aquel, dispuso que la división Quimby, del cuerpo de ejército de Mc Pherson, marchase inmediatamente en auxilio de Mc Clernand a fin de estrechar al enemigo en su centro e impedirle que se concentrase en la izquierda.

Todo esto no condujo a otra cosa sino a sacrificar más vidas inútilmente, pues las grandes ventajas de Mc Clernand se reducían a que muchos de sus soldados habían penetrado en el fuerte enemigo, pero es el caso que ya no podían salir, y para esto más les hubiera valido no entrar nunca. Dos horas después, Mc Clernand decía en un parte: «No he perdido terreno; parte de mis soldados se hallan en dos fuertes del enemigo, (esto era en cierto modo verdad, pero no manifestaba el general que aquellos soldados habían muerto) y hemos hecho algunos prisioneros. En este momento me veo atacado de cerca.» A esto se redujeron las ventajas obtenidas en aquel punto: el ataque de las divisiones de Hovey y Osterhaus fue rechazado con pérdidas considerables por parte de los unionistas; Mc Arthur no llegó a tiempo para auxiliar a Mc Clernand, y al retirarse las brigadas de Quimby, cercana ya la noche, perdieron a uno de sus jefes, el coronel Boomer. Finalmente a eso de las ocho de la misma se mandó a las tropas que se retirasen de sus peligrosas posiciones, y el ejército federal se entregó al descanso después de haber perdido tres mil hombres en inútiles ataques, la tercera parte de ellos por haber supuesto Mc Clernand que se hallaban en su poder dos fuertes del enemigo.³⁴

En vista del resultado obtenido, convenciéndose el general Grant de que era imprescindible establecer un sitio en toda regla, y al efecto comenzáronse desde luego los trabajos bajo la dirección del capitán de ingenieros Prime, y del coronel Wilson, del estado mayor, haciendo todo esperar que al fin conseguirían los federales la recompensa de sus afanes y fatigas. A pesar de los descalabros sufridos, puede decirse que la plaza de Vicksburg estaba cercada completamente, pues las cañoneras del comodoro Porter vigilaban el río de un extremo a otro a fin de impedir que los sitiados recibiesen auxilio o socorro de ninguna especie, y además de esto sabíase, no sólo que iban escaseando los víveres en la plaza; sino que Pemberton no podía contar sino con quince mil hombres útiles para el servicio, pues más de seis mil se hallaban en los hospitales, heridos o enfermos. Respecto a recibir refuerzos, no debían confiar mucho en esto los separatistas, atendido que los federales ocupaban fuertes posiciones y un campamento perfectamente atrincherado donde los soldados disfrutaban de la comodidad necesaria, mientras los separatistas sufrían toda clase de privaciones en la ciudad.

Hasta entonces todas las operaciones militares se habían practicado con la debida previsión y con el acierto que era de esperar de una dirección tan entendida como la del general Grant. Al hablar en Europa del sitio de

Vicksburg, se ha dicho por algunos que los federales procedieron con mucha lentitud, alegándose que los movimientos del ejército, que comenzaron a practicarse en Memphis en el mes de enero, no terminaron hasta el 28 de marzo; pero si bien estamos dispuestos a reconocer que la historia de las guerras ofrece ejemplos de una estrategia más rápida, no deben echar en olvido los censores demasiado severos cuál era la naturaleza del terreno donde tuvieron que operar los federales. La distancia que hubieron de recorrer estos al atravesar por Milliken's Bend, Vicksburg, Nueva-Cartago, Hard Times, Bruinsburg, Gran Golfo, Jackson y Walnut Hills, no excedería acaso de unas cincuenta millas, pero si se atiende a los muchos rodeos que debieron hacer los unionistas, se triplica con creces este trayecto. Teniendo además en cuenta los numerosos embarcos y desembarcos que fueron indispensables, y sin olvidar que se construyeron muchos puentes, que se hizo necesario formar tres centros de operaciones y librar cinco combates, no podrá menos de reconocerse que no faltó actividad.

En cambio podrán extrañar muchos y con fundado motivo que los confederados no opusieran una resistencia más enérgica a la peligrosa agresión del general Grant, y que no tratasen por ningún

34 Al referir un ciudadano de Vicksburg los detalles de la lucha durante aquel día memorable, expresábase en los términos siguientes: «Difícil sería describir el imponente y terrible espectáculo que acabo de presenciar: la ciudad era atacada por tres puntos a la vez, es decir, por la parte donde estaban los reductos, por el centro y por el sitio donde se elevaban las baterías, y yo dudo que nunca se haya visto un fuego tan espantoso ni oído un estruendo semejante. No se podía estar absolutamente en ninguna de las calles de la ciudad, pues por todos los puntos caía una verdadera lluvia de balas y de metralla; aquello parecía un verdadero huracán de hierro. Se necesitaría la pluma de un poeta para describir la terrible sublimidad del cuadro.»

medio de impedir sus movimientos, tomando la ofensiva contra el enemigo antes de que se estableciese en la orilla izquierda. Desde lo alto de las casas de Vicksburg, o bien por medio de reconocimientos, les habría sido muy fácil a los separatistas penetrar en los designios de Grant, sólo con unos veinte mil hombres hubieran podido entorpecer sus operaciones, impidiendo sobre todo el desembarco. En una palabra, diremos que Pemberton y Johnston se mantuvieron en un sistema de defensa pasiva que a no dudarlo les hizo ganar tiempo, pero nada más.

Es verdad que los continuos ataques del general Sherman y de una parte de la escuadra, se dirigieron con destreza suma; cierto es también que por la parte del Norte quedaban aun en Holly-Springs y en los alrededores numerosas fuerzas federales al mando del general Hurlbut, que podían infundir una fundada alarma, y no debe olvidarse, en fin, que las frecuentes correrías de algunos atrevidos jefes tenían en continua inquietud a los separatistas. Aquí no podemos menos de hacer una ligera digresión para dar cuenta de una de las más arriesgadas y notables expediciones que se hicieron durante aquella guerra, y cuya dirección confió el general Grant al coronel Grierson, de Nueva York.

Este valeroso oficial, seguido de tres regimientos de caballería y algunas fuerzas de infantería, partió el 17 de abril de La Grange, al Sur de Tennessee, y dirigiéndose desde luego sobre Ripley, atravesó por este punto el 18 con dirección a New-Albany, desde donde cruzó el río Tallahatchie. Habiendo hecho varios prisioneros, destacó acto continuo algunas avanzadas a fin de practicar un reconocimiento a izquierda y derecha, y el 19, mientras el grueso de las fuerzas avanzaba hasta llegar a seis millas de Pohontoc, Grierson hizo alto en la plantación misma de un jefe enemigo. Entre el 18 y 19, el coronel recorrió con sus fuerzas unas sesenta millas.

El 20 de abril emprendieron de nuevo la marcha los expedicionarios antes de romper el día, dejando en su campamento una pequeña guarnición de doscientos hombres, que debían explorar aquellos contornos y volver después hacia La Grange. En este día recorrió Grierson unas cuarenta millas hacia el Sur, tocando en Clear-Springs y evitando a Houston, ocupado por numerosas fuerzas enemigas.

El 21, el grueso de los dos regimientos continúa su marcha en dirección a Starksville y más hacia el Sur, mientras el resto de la tropa, a las órdenes del coronel Hatch, se dirige hacia Colombo con orden de destruir una parte de la vía férrea de Mobile-Ohio. Cerca de Okolona, sin embargo, Hatch cae en medio de un campamento de separatistas, donde habiéndose trabado un reñido combate, queda herido y prisionero con una parte de su regimiento. Los que pueden escapar vuelven a La Grange algunos días después. El 22, un destacamento mandado por el capitán Forbes marcha a Macon para hostigar al enemigo; algunas patrullas aisladas se dirigen a destruir la vía férrea y los hilos telegráficos cerca de Okolona; otro destacamento bate la campiña en los alrededores de Starksville, y después de quemar una gran fábrica de zapatos, apoderándose de un prisionero, el grueso de la tropa establece luego su campamento a diez millas de distancia de Louisville, haciendo una marcha muy penosa a través de los pantanos de Okanoxubee, donde se ahogan veinte caballos con gran peligro de sus jinetes.

El 23, 24 y 25, la expedición atraviesa por Pearl-River después de haber rechazado un piquete enemigo que comenzaba a destruir el puente, se dirige a Decatur y de aquí a Newton Station, donde captura setenta y cinco hombres y detiene dos trenes del camino de hierro cargados de víveres y municiones. Grierson continúa luego su marcha sobre Garlandsville, y a pesar de no haber recorrido sino veinte millas, como hombres y caballos se hallan rendidos de fatiga, establece su campamento en la plantación de Dores, a ocho millas al este de Raleigh, donde se hace preciso dejar algunos enfermos.

Entre el 26 y 27, Grierson atraviesa este último punto, cruza el río Strong por Westerville, y acampa cerca de la plantación Smith después de haber recorrido una distancia de cuarenta y una millas. Habiendo descansado algunas horas, los expedicionarios marchan sobre Georgetown-Ferry; una numerosa vanguardia de voluntarios a las órdenes del coronel Price se adelanta a las demás tropas y consigue apoderarse de varios puentes cuya destrucción hubiera entorpecido la marcha de

la columna; en Hazlehurst Station destruyen los federales varios vagones cargados de víveres, y viendo que se acerca una numerosa fuerza enemiga, el capitán Forbes se pone en salvo con toda su tropa, compuesta sólo de treinta y cinco hombres. Del 28 al 30, el coronel Grierson recorre otros varios puntos, donde quema algunos establecimientos del Gobierno confederado, cogiendo más de treinta prisioneros, y el 1 de marzo marcha hacia el sudoeste a través de los bosques, hasta el camino que conduce desde Clinton a Oskya. Al llegar aquí encuentra un río cuyo puente está custodiado por un piquete de sesenta separatistas; la vanguardia federal se lanza desde luego al ataque, y tiene que retroceder ante un vivo fuego de fusilería, mientras el teniente coronel Blackburn cae mortalmente herido, pero el coronel Price, que mandaba la cabeza de la columna, conduce a sus hombres de nuevo al combate, y después de una sangrienta refriega, los federales cruzan el puente a paso de carga en persecución del enemigo. A las diez de la noche atraviesan a nado el río Amite y sorprenden un puesto de separatistas que dormían tranquilamente en la orilla opuesta.

Por último, el 2 de mayo, al amanecer, la vanguardia del coronel Grierson cae de improviso sobre un pequeño campamento enemigo establecido en Sandy-Creek-Bridge, cogiendo cuarenta prisioneros, incluso un coronel; hacia el medio día, la columna avista las avanzadas del general unionista Augur, encargado de la custodia de Baton Rouge, y poco después hace su entrada en la capital de la Louisiana, en medio de las entusiastas aclamaciones de todos los federales y hasta de la misma población confederada. Ya era tiempo de que Grierson llegase al puerto de salvación, pues sus tropas apenas podían ya sostenerse; basta decir que en las últimas noches la mayor parte de los jinetes dormían a caballo, sin que apenas bastase a interrumpir su sueño el ruido de los disparos. En el transcurso de diez y seis días, el coronel Grierson había recorrido con su escasa tropa una distancia de quinientas millas, atravesando todo el estado de Mississippi entre dos ejércitos enemigos.

Volvamos ahora al sitio de Vicksburg: el general Grant comenzaba a reconocer cuánto era el peso de la ardua tarea que acababa de imponerse, sin ocultársele que el sitio de semejante plaza no era cosa tan fácil. Las líneas de defensa del enemigo tenían al menos una extensión de doce millas, y había pocos puntos naturalmente favorables para establecer baterías de brecha, por cuya razón era preciso activar los trabajos de zapa y situar aquellas arrostrando el fuego de los sitiados. El número de oficiales que podían dirigir semejantes operaciones era muy limitado en el ejército, pues si bien abundaban en este excelentes peones e ingenieros prácticos, muy hábiles para trazar planos de campaña e improvisar puentes, faltaban en cambio hombres que dirigiesen con el necesario acierto los trabajos regulares de trinchera y de sitio. El ejército del general Grant tuvo pues que someterse a un aprendizaje en aquella ocasión, y así lo hizo con el mayor éxito, bajo la dirección de algunos oficiales subalternos.

Presentábase además otra dificultad: era preciso hacer frente a dos enemigos; Pemberton en la plaza por un lado, y por otro Johnston, que organizaba en Canton un cuerpo de cuarenta mil hombres, siendo por lo tanto necesario formar un ejército de sitio y otro de operaciones, cosa que buenamente no podía hacer Grant con las fuerzas que tenía a su disposición. El general unionista, sin embargo, hizo circunvalar desde luego a Big Bayou y Clear Creek desde las alturas de Warrenton hasta las de Haines's Bluff, y al mismo tiempo dispuso que se reuniesen todos los refuerzos de que podía disponer, pidiendo inmediatamente otros al Gobierno. Formáronse además algunos destacamentos de negros que se enviaron a Memphis para su instrucción, y a este refuerzo se añadieron luego otros más importantes, de tal modo, que a fines del mes de junio disponía Grant de seis nuevas divisiones a las órdenes de Lauman, Smith, Rimball, Hewon, y Parke, quien se encargó de dos. Estas tropas se pusieron a las órdenes de Sherman, que concentró el grueso de sus fuerzas en Haines's Bluff para vigilar a Johnston, mientras que el resto del ejército se consagró exclusivamente al sitio de la plaza. Ya hemos dicho que la flotilla ocupaba el río a fin de impedir que los sitiados recibiesen víveres o socorros de ninguna especie.

Según parece, Pemberton veía a los sitiadores hacer todos aquellos preparativos con mucha tranquilidad, sin tratar en lo mas mínimo de oponerse a ellos, confiando sin duda en la solidez de su

centro, o en la protección de la Providencia, que jamás abandona la buena causa, o quizás también en Johnston, que en su concepto proyectaba un ataque contra el ejército sitiador. En cuanto a tomar la ofensiva por sí mismo, hacer una salida formal a fin de paralizar los trabajos de los sitiadores y sorprender los puestos enemigos, cuya vigilancia no era a veces mucha, o tratar en fin de reunirse con Johnston, son cosas éstas que por lo visto no le ocurrieron nunca.

El general Johnston por su parte no contaba con suficientes fuerzas para acometer a Grant en sus atrincheramientos, y las tentativas para socorrer la plaza se limitaron a varios combates de poca importancia. El día 6 de junio los generales separatistas Taylor y Mc Culloch, que operaban en la orilla derecha, atacaron a Milliken's Bend con cinco o seis mil hombres, principalmente con la intención de reforzar la plaza de Vicksburg e introducir algunos víveres, pero la brigada negra, al mando del coronel Dennes, rechazó a los confederados, causándoles muchas pérdidas. Sólo dos buques del general Taylor consiguieron desembarcar algunas tropas y víveres para la plaza; el 12 de junio hubo un encuentro por el mismo estilo sin resultado alguno, y después ya no ocurrieron sino algunas escaramuzas insignificantes.

Por lo que hace a Johnston, que ocupaba la orilla izquierda, avanzó varias veces hasta avistar las líneas federales: el 24 de junio atravesó el Big Black, y del 25 al 26, se le vio por un momento avanzar en son de ataque, pero limitóse después a un inútil cañoneo y a varias escaramuzas. El general Pemberton, que debió hacer en aquel momento una vigorosa salida, no se atrevió a ello, y Johnston, que no vio llegar a nadie de la plaza, renunció a la ofensiva por entonces. Por lo demás, los confederados tenían muy buenas razones para limitarse a la expectativa durante algunos días más: la plaza acababa de sufrir un bombardeo más fuerte que de costumbre, que obligó a los habitantes y a los defensores a construir casamatas en las cuevas, y además de esto, una mina de los federales había hecho tal efecto, que después de destrozar todo el lado de uno de los fuertes más importantes, practicó una brecha por donde Pemberton esperaba a cada instante un nuevo asalto. En su consecuencia dispuso del mejor modo sus fuerzas para la defensa de este punto especial, y pensó menos que nunca en la ofensiva; en cuanto a Johnston, su principal objeto, cuando supo que los federales estaban alerta, fue reconocer sus líneas lo mejor posible a fin de aprovecharse más tarde, pues meditaba una acción decisiva tan pronto como recibiera el refuerzo de algunas divisiones que debían llegar al mando del general Kirby Smith. Antes de replegarse mas allá de Black River, Johnston envió un parte a Pemberton, manifestándole su intención, más por desgracia, este último no recibió tan importante mensaje, que interceptaron los federales, y así pues, no pudo ocultar su enojo contra Johnston, cuando desde las alturas de Cox le vio alejarse el 27 sin haber empeñado la batalla.

Por su parte, los federales, enterados perfectamente de los proyectos del enemigo, redoblaron sus esfuerzos para conseguir una solución favorable, y durante los últimos días de junio y primeros de julio habíanse abierto otras minas que dieron el mejor resultado, de tal modo, que comenzaron a levantarse baterías en varios puntos a la vez, las cuales se calculaba serían muy eficaces para batir la plaza en brecha. En esta persuasión, Grant resolvió dar el asalto general el 6 de julio, en cuyo día, después de cañonear vigorosamente las obras de defensa, y tan pronto como hubiesen reventado las minas, deberían lanzarse al ataque seis columnas principales, apoyadas convenientemente. Sólo Sherman se quedaría con la reserva con el objeto de contener a Johnston si era necesario, y tan pronto como se hubiese tomado la plaza de Vicksburg, era la intención de Grant atacar a dicho jefe de una vez. Con este motivo escribió una carta a Sherman diciéndole, que puesto que los sitiados no tenían ya confianza sino en Dios y en Johnston, sólo dependía la victoria de tener a éste en jaque a la distancia de quince millas.

Estaban ya terminándose los preparativos para dar el gran ataque, cuando en 3 de julio, después de 45 días de haberse comenzado el sitio en toda regla, Pemberton, no contando ya recibir auxilio alguno y careciendo de los recursos necesarios para sostenerse por más tiempo, izó una bandera blanca frente a la posición ocupada por la división del general Smith, a quien se anunció poco después que el general Bowen y el coronel Montgomery, del estado mayor de Pemberton, eran

portadores de una comunicación para Grant. Después de vendar los ojos convenientemente a los dos mensajeros se les condujo a la tienda del general Burbridge, donde se entregó el parte a Grant, a quien se pedía un armisticio para arreglar las condiciones de la capitulación. El general unionista contestó al momento que la rendición debía ser incondicional, mas habiendo insistido Bowen en que deseaba conversar con el mismo Grant, éste repuso que conferenciaría en todo caso con el general Pemberton, si así lo deseaba, para lo cual podía fijarse la hora desde luego. El jefe unionista señaló las tres de la tarde de aquel mismo día, y llegada esta hora, celebróse la entrevista. Pemberton iba acompañado de Bowen y Montgomery, y Grant, de Mc Pherson, Ord, Logan y J. A. Smith, además de su estado mayor. El jefe separatista exigió que se dejara a sus oficiales y soldados en libertad bajo palabra, que se permitiese a estos últimos llevar raciones para ocho días, y que se concediera a los primeros conservar su propiedad y su servidumbre, proposición que escuchó Grant atentamente, habiendo contestado al fin que enviaría su respuesta antes de la noche, con lo cual se dio por terminada la conferencia. Cuando se hubo retirado Pemberton, Grant reunió inmediatamente su consejo de oficiales, y oído su parecer, redactó la siguiente carta, que llevaron inmediatamente a su destino el general Logan y el teniente coronel Wilson:

«Cuartel general del Tennessee, cerca de Vicksburg, a 3 de julio de 1863.

»A *J. C. Pemberton*, general en jefe de las fuerzas confederadas.

»General: en cumplimiento de lo convenido esta mañana, me apresuro a someteros las siguientes proposiciones para la rendición de la plaza de Vicksburg, y en el caso de ser aceptadas, marcharé inmediatamente con una de mis divisiones a fin de tomar posesión de la plaza mañana a las ocho de la misma. Tan pronto como se hayan llenado las formalidades de costumbre, se os permitirá salir de las líneas con vuestros oficiales y soldados, concediéndose a los primeros que conserven sus uniformes y también sus monturas a los que pertenezcan al cuerpo de caballería, pero ninguna otra clase de propiedad. Convenido este primer punto, podréis también tomar de vuestros almacenes las raciones que juzguéis necesarias, así como los utensilios precisos para preparar los alimentos, y treinta vagones, para conducirlos. A todos los oficiales y soldados heridos se les concederá la misma gracia tan pronto como se hallen en estado de abandonar la ciudad.

»Con este motivo tiene el gusto de ofrecerse como vuestro más respetuoso servidor,

»*El general Grant.*»

Pemberton contestó a esta carta en los términos siguientes:

«Cuartel general de Vicksburg, 3 de julio de 1863.

»A *V. S. Grant*, general en jefe de las fuerzas unionistas.

»General: tengo el gusto de acusaros recibo de vuestra comunicación de esta fecha, proponiéndome condiciones para la rendición de la plaza, las cuales acepto en su generalidad, si bien tengo el honor de someteros las siguientes enmiendas, con las que cerraremos el trato en el caso de merecer vuestra aprobación. Mañana a las diez me propongo evacuar las líneas de defensa dentro y fuera de Vicksburg después de haber entregado la plaza, pero se entiende ha de ser con los honores de la guerra. Hecho esto tomaréis posesión de la ciudad, y los oficiales podrán conservar sus espadas y sus propios bienes. También deberán respetarse los derechos y propiedades de los ciudadanos.

»Con este motivo tengo el gusto de ofrecerme vuestro más respetuoso servidor,

»*El general J. C. Pemberton.*»

El general Grant volvió a escribir manifestando que no era su ánimo estipular condiciones respecto a los ciudadanos, y con este motivo suscitáronse algunas diferencias, pero al fin se firmó una capitulación, y el día 4, a las diez de la mañana, el general Grant, seguido de su estado mayor, hizo su entrada en la plaza, donde se izó al momento la bandera federal, celebrándose solemnemente el aniversario de la Independencia, que de seguro no habría podido tener lugar en circunstancias más felices.

Los trofeos del vencedor fueron treinta mil prisioneros, ochenta y nueve piezas de sitio, ciento veintiséis de campaña, cincuenta mil fusiles y numerosos almacenes militares; todos los prisioneros quedaron en libertad bajo palabra, permitiéndoseles, según lo convenido, tomar las raciones necesarias y carros para su transporte: a los oficiales se les permitió conservar sus espadas y sus monturas. Las pérdidas de los federales en aquella memorable campaña desde el día en que desembarcaron las tropas en Bruinsburg, ascendieron, según el general Grant, a novecientos cuarenta y tres muertos, siete mil noventa y cinco heridos y quinientos treinta y siete extraviados, total ocho mil quinientos setenta y cinco, de los cuales cuatro mil doscientos treinta y seis cayeron delante de Vicksburg, la mayor parte en el ataque del 22 de mayo³⁵.

Así terminó el sitio, o más bien las operaciones militares de Vicksburg, de ese Sebastopol americano, según se le llamó, y que duraron cerca de un año con cuarenta y seis días de sitio propiamente dicho³⁶.

Ya hemos dicho que mientras se ocupaban los federales en los trabajos del sitio de la plaza de Vicksburg, el general separatista Johnston se hallaba muy cerca organizando un ejército suficientemente numeroso para atacar con ventaja a los sitiadores, y ahora añadiremos que apenas estuvieron terminados todos los preparativos para el gran asalto, el general Grant, a quien se acababa de notificar que Johnston había atravesado el Big Black por la parte de Canton, dispuso que el general Sherman marchase a su encuentro con cinco brigadas para cerrarle el paso. Sherman se puso en movimiento acto continuo, y habiendo recibido luego refuerzos, construyó una línea de defensa que se extendía desde el Yazoo al Big Black, y que no era fácil tomar, ni aun por fuerzas superiores, sin sufrir considerables pérdidas. El general Johnston no lo intentó tampoco, pues, según se supo luego, estaba operando más lejos, probablemente con la intención de abrir un camino a fin de unirse con Pemberton por la parte sur de la ciudad. Esto sucedía precisamente cuando ya el jefe separatista había resuelto capitular, y apenas se entregó la plaza, Grant envió nuevos refuerzos a Sherman, que llegaron a su destino el día 5 de julio, de modo que el cuerpo de ejército de los federales, en número de unos cincuenta mil hombres, pudo cruzar el Big Black el día 6. Sherman siguió avanzando sin perder un momento en persecución de Johnston, a quien obligó a refugiarse en Jackson, cuyos atrincheramientos atacaron los federales acto continuo rompiendo el fuego con cien cañones de grueso calibre.

Johnston, quien, según parece, sólo tenía a sus órdenes unos veinticuatro mil hombres, se resistió al principio enérgicamente, y en el primer ataque el general unionista Lauman, quien por desgracia interpretó mal una orden, se aproximó tanto a las obras defensivas de los confederados, que toda su división quedó completamente destrozada. Sin embargo, como la artillería de los federales, situada en las colinas contiguas, dominaba toda la ciudad, no era posible resistirse mucho tiempo, y conociéndolo así Johnston, evacuó a Jackson en la noche del 16 al 17 de julio, retirándose por Pearl-River hacia Morton, no sin quemar los puentes, según costumbre. La capital del Mississippi fue por lo tanto ocupada de nuevo por las tropas de Sherman, las cuales destruyeron todo cuanto podía ser útil al enemigo retirándose después hacia Clinton. Johnston manifestó en su

35 Según Fernando Lecomte, uno de los historiadores de aquella guerra, las pérdidas de los federales no bajaron de quince a veinte mil hombres entre muertos, heridos y extraviados, sin contar que los separatistas se apoderaron de unos veinte buques de guerra y de transporte.

36 El historiador Lecomte dice lo siguiente al hablar del sitio de Vicksburg: «Se ha llamado heroica la defensa de la plaza, y nosotros creemos que no lo fue en lo mas mínimo, pues los separatistas se limitaron a rechazar tan sólo un verdadero asalto, que fue el del día 22 de mayo. En cuanto al débil ataque de Sherman del 29 de diciembre y al golpe de mano que intentó Grant en 19 de mayo, tampoco puede decirse que tuvo mucho mérito obtener un triunfo. Tanto Pemberton como Grant pasaron la mayor parte del tiempo en hacer preparativos, y la plaza se rindió cuando aun hubiera podido sostenerse dos meses más. En cambio diremos que las fortificaciones de la plaza, y sobre todo la colocación de las baterías que contuvieron los primeros esfuerzos de Sherman y Grant, honran bajo el punto de vista militar, tanto al gobierno confederado como a los oficiales de ingenieros y artillería que se encargaron de dirigir los trabajos de armamento y defensa de la plaza. Por lo que hace al ataque no excita tampoco nuestra admiración hasta el punto de no reconocer ciertos defectos de principio.

parte oficial que había perdido en el ataque de Jackson quinientos setenta y cinco hombres, a saber, setenta y un muertos y los demás heridos o extraviados.

Ocupada la plaza de Vicksburg por los federales, el general Grant organizó una expedición al mando de Herron con objeto de ir a reforzar al general Banks, que sitiaba a Puerto Hudson, mas apenas se hubieron embarcado las tropas, recibióse la noticia de que el general Gardner, después de rechazar vigorosamente tres ataques del enemigo, acababa de rendir la plaza al saber la toma de Vicksburg. En su consecuencia el general Grant dio contraorden y dispuso que Herron, embarcando sus tropas en otros buques más ligeros, marchase a prestar otro servicio, cuyo principal objeto era apoderarse de una flotilla de vapores que no había podido alcanzar antes el comodoro Porter. Cuando los expedicionarios llegaron a su destino, vieron que la flotilla enemiga emprendía apresuradamente la retirada al divisar a los federales, y así no fue posible apresar más que un buque. No obstante, se consiguió en parte el objeto, pues el Yazoo quedó libre de enemigos, y Herron pudo apoderarse además de trescientos prisioneros, seis cañones de grueso calibre, doscientas cincuenta armas de todas clases, ochocientos caballos y dos mil balas de algodón, por manera que, según vemos, no fue infructuosa para los expedicionarios aquella correría.

Cuando el general Grant tomó la resolución de reunir todas sus fuerzas a fin de dar el gran asalto a la plaza de Vicksburg, la custodia de Milliken's Bend se confió al general Dennis, quien no contaba para la defensa de aquel punto sino con mil sesenta hombres, parte de los cuales eran negros, y habiendo llegado a conocimiento de los separatistas esta circunstancia, determinaron atacar la plaza, a cuyo efecto el general Mc Culloch salió de Richmond a la cabeza de dos o tres mil hombres con el objeto de apoderarse de Milliken's Bend. Poco antes de llegar los confederados, encontraron dos escuadrones de caballería, a quienes persiguieron hasta las mismas líneas de defensa de los federales, mas como era llegada la noche, acamparon muy cerca de la ciudad con intención de asaltarla a la mañana siguiente.

El general Dennis, sin embargo, tuvo ocasión de enviar un parte al comodoro Porter, pidiéndole auxilio, pero antes de amanecer, los separatistas se lanzaron al asalto de la plaza a los gritos de *¡no hay cuartel!* y poco después se trabó en las trincheras una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo en la que llevaron la peor parte los unionistas, quienes tuvieron que retroceder para evitar en lo posible el mortífero fuego de los sitiadores. La situación del general Dennis empezaba a ser muy crítica, cuando por fortuna llegaron dos cañoneras federales, la *Choctaw* y la *Lexington*, que al momento hicieron jugar sus piezas, obligando a su vez a los confederados a ponerse fuera del alcance de las balas enemigas. De este modo se sostuvo la refriega sin considerables pérdidas hasta llegada la tarde, hora en que los separatistas comenzaron a retirarse sufriendo un nutrido fuego aunque sin ser perseguidos. Al dar cuenta de sus pérdidas manifestaba el general Dennis que estas no excedían de ciento veintisiete muertos, doscientos ochenta y siete heridos y trescientos extraviados, es decir, poco más o menos que las del enemigo, pero es de advertir que el fuego de las cañoneras hizo al principio más víctimas entre los defensores de la plaza que entre los que la atacaban.

Desde que el general Washburne ocupaba a Helena (Arkansas), los federales habían continuado en pacífica posesión de este punto, donde se estableció la base de operaciones del Sur, siendo de paso la guarnición una continua amenaza para los separatistas que aun ocupaban la mayor parte de Arkansas. A pesar de esto, nada se había intentado contra Helena hasta la terminación del sitio de Vicksburg, y entonces el general Holmes solicitó del general Kirby Smith, jefe del departamento del Mississippi, permiso para atacar dicho punto, a lo cual accedió aquel sin vacilar, con tanto más motivo cuanto que el Secretario de la Guerra de la Confederación, no sólo había sancionado la empresa, sino que la recomendaba. En su consecuencia el general Holmes salió de Little-Rock en 26 de junio, con dirección a Clarendon, en cuyo punto debían reunirse todas sus fuerzas; el coronel Fagan llegó en efecto a poco con sus tropas, pero Sterling Price no pudo presentarse hasta cuatro días después, a causa de las lluvias. Gracias a esto, el general Prentiss, jefe de la guarnición de Helena, que sabía el peligro que le amenazaba, pudo evitar una sorpresa y hacer

sus preparativos para rechazar al enemigo. Aunque Helena ocupa un terreno llano cerca del río, las obras de defensa, construidas perfectamente, se hallaban situadas de modo que no hubiera podido el enemigo valerse de su artillería, a causa de los profundos barrancos y elevadas colinas que rodeaban la posición.

El general Holmes, a quien se había informado mal acerca de los medios con que contaban los federales para defender la plaza, llegó en la mañana del 3 de julio a un punto situado a cinco millas de Helena y ya de noche, hizo descansar a sus tropas hasta las doce de la misma, en cuya hora se puso de nuevo en marcha y mandó hacer alto a una milla de las fortificaciones del enemigo.

El general Price, con las brigadas de Parson y Mc Rae, compuestas de tres mil noventa hombres, recibió orden de asaltar una batería situada en la colina de Graveyard, y así lo hizo, consiguiendo, a pesar del fuego de metralla y fusilería del enemigo, rechazar a los federales y apoderarse de alguno de sus cañones, mas como no le fuera posible hacer avanzar a sus tropas con bastante rapidez, esto dio tiempo al enemigo para maniobrar con sus baterías con tal acierto, que causó un gran destrozo en las filas de los separatistas, que al fin hubieron de retroceder con pérdidas considerables y dejando una multitud de prisioneros en poder de los defensores de la plaza.

El general Fagan, que debía atacar un fuerte situado en la colina de Hindman, no tuvo mejor suerte que su compañero: como no le era posible hacer uso de su artillería, hizo adelantar a sus hombres por barrancos y precipicios, arrojando un fuego mortífero, y llegado al frente de la fortaleza, intentó apoderarse de ella por asalto, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles y únicamente sirvieron para aumentar el número de víctimas. Sólo el regimiento de Arkansas, el primero que atacó, perdió su coronel y unos cien hombres entre muertos y heridos, y los sitiadores tuvieron al fin que retirarse para ponerse fuera del alcance de los cañones. Poco después el general Fagan, persuadido de que no era posible obtener la menor ventaja, mandó a sus tropas abandonar el campo.

Por su parte el general Marmaduke, que con mil setecientos cincuenta hombres tenía orden de asaltar el fuerte situado en la colina de Righton, no consiguió tampoco su objeto, y fue rechazado después de una empeñada refriega, pero sus pérdidas eran insignificantes, pues no excedían de sesenta y siete hombres. El general Holmes confesó francamente su derrota y manifestaba en su parte que había tenido mil seiscientas treinta y seis bajas, es decir, ciento setenta y tres muertos, seiscientos ochenta y siete heridos y setecientos setenta y seis extraviados. Según Prentiss, los federales no perdieron sino doscientos cincuenta hombres. Los defensores de la plaza no creyeron prudente perseguir al enemigo porque sus fuerzas eran inferiores, pero Helena quedó por entonces libre de nuevos ataques.

Hemos dado cuenta de las operaciones militares del ejército de Grant desde que se proyectó la toma de Vicksburg, y ahora debemos referir lo que pasaba entre tanto en otros teatros secundarios de la guerra: este será el objeto del capítulo siguiente.

12.

TEXAS Y LOUISIANA.

PUERTO HUDSON (1862-1863)

Operaciones en las costas. Galveston. Magruder se apodera de esta plaza por sorpresa. Derrota de la flota unionista. El desastre de Sabine Pass. El Alabama apresa al Hatteras. El general Banks en Nueva Orleans. Combate de Carny's Brigde. Farragut cruza por delante de las baterías de Puerto Hudson. Banks vuelve a Berwick's Bay, cruza el Mississippi y asalta a Puerto Hudson. Ataque combinado. Los separatistas rechazan a los sitiadores. Banks estrecha el sitio. Segundo ataque. Rendición del general Gardner. Dick Taylor sorprende a Brashear-City. Combate de Donaldsonville. Franklin ataca a Sabine Pass y es rechazado. Dana es sorprendido en Borganzia Burbridge, cerca de Opelousas. El general Banks se embarca para Río Grande, desembarca en Brazos de Santiago y se apodera de Brownsville. El fuerte Esperanza abandonado. Indianola en poder de los federales. Banks vuelve a Nueva Orleans.

No se podría formar una idea exacta de la gran guerra civil americana, de ese vastísimo y ardiente foco donde se agitaban tantas y tan diversas pasiones, si no se conociesen los detalles de las numerosas operaciones secundarias, que a veces quedaban oscurecidas por otras de mayor importancia. Con frecuencia estas empresas, sobre todo las costeras, partieron solo de la iniciativa de algún particular que deseaba favorecer a su Gobierno; debieron otras veces a las exigencias del bloqueo, y en algunas ocasiones podían considerarse como accesorias de una expedición importante, pero no por esto dejaron de ocupar menos la atención pública ni de costar grandes sumas al Gobierno.

Cuando en 19 de abril de 1861 ordenó Lincoln el bloqueo de las costas de los separatistas, no le fue posible en el momento vigorizarle, y en los cuatro puertos de Charleston, de Savannah, de Mobile y de Nueva Orleans, lo más que hicieron los federales fue estar en observación, pero a medida que el Secretario de la Armada de la Unión pudo ir reuniendo los buques diseminados en varios puntos, o construir otros nuevos, lo primero que se hizo fue reforzar las escuadras.

Ya en octubre de 1861 una flota de setenta y cinco buques al mando del comodoro Dupont, con unos veinte mil hombres de tropas de desembarco a las órdenes del general Thomas Sherman³⁷, se hizo a la vela-junto al fuerte Monroe y fue a establecer su base de operaciones en Port Royal y Beaufort, al sur de la Carolina, entre Charleston y Savannah. De este modo se pudo estrechar el bloqueo de los dos puertos citados, y se organizaron expediciones para recorrer todos los puntos de la costa; una de ellas al mando del comodoro Stringham y del general Butler, se apoderó, según ya recordarán nuestros lectores, de las islas de Hatteras en la Carolina del Norte, ocupando así todo aquel extenso radio. Varios puntos de Georgia y de la Florida, tales como Brunswick, San Agustín, Jacksonville, etc., se hallaban en poder de los federales, quienes tenían asimismo perfectamente custodiados los fuertes de Pickens, en la bahía de Pensacola, Pulasky, en la de Savannah, y Macon, en la de Beaufort (Carolina del Norte). Desde fines de mayo de 1862 se hallaban los federales tan bien fortificados en los puntos de Nueva Orleans, Port Royal y Beaufort (Carolina del Norte), que desde 1 de junio se levantó el bloqueo de los puertos enemigos en virtud de un decreto presidencial.

Los confederados por su parte habían organizado un nuevo ejército para la defensa especial de Charleston, ejército que al mando de Beauregard, jefe del departamento militar de la Carolina del Sur y de Georgia, no hubiera sido fácil batir sino con un cuerpo de tropas muy numeroso, cosa punto menos que imposible de encontrar en aquel momento en que la Unión estaba amenazada y no

³⁷ Debe advertirse que había dos generales unionistas del nombre de Sherman.

podía diseminar sus tropas ni atacar por todos puntos a la vez. Sin embargo, el mero hecho de verse obligados los separatistas a mantener una guarnición en la ciudad, así como también una parte de la escuadra, era una ventaja para los federales, pues de este modo se distraía un número considerable de fuerzas que hubieran podido darles mucho que hacer en otros puntos.

Consignados ya estos detalles, veamos ahora cómo se conducían las operaciones militares en el Golfo de México, en Texas, donde los confederados habían tomado también la ofensiva.

Galveston es, a no dudarlo, uno de los principales puertos que se encuentran en la línea continental del Golfo Mexicano; el abundante caudal de aguas de los ríos Trinidad y San Jacinto surte la bahía de Galveston, y la ciudad de este nombre es el foco natural del comercio de la parte más grande, más fértil y más populosa de Texas. En 1860, una línea de vapores hacia el servicio desde Galveston a Nueva York, a Nueva Orleans y a los puertos pequeños de Texas que se encontraban en la costa, y aunque la población no excedía de cinco mil almas, exportábase cuando menos al año medio millón de balas de algodón, siendo por lo general el comercio muy considerable. En Galveston residían muchos unionistas que se alegraron en extremo cuando en 8 de octubre de 1862 ocuparon los federales la plaza, que se entregó sin resistencia, mientras que la escuadrilla, compuesta de cuatro buques de guerra al mando del comodoro Renshaw, tomaba posesión del puerto, obligando a las autoridades confederadas a que se retirasen acto continuo.

Esta plaza adquirida con tanta facilidad, se conservó pacíficamente hasta fin de año, en cuya fecha el general Banks, por recomendación de Renshaw, envió algunos refuerzos a las órdenes del coronel Burrill para el caso de que el enemigo intentara algún ataque; las cañoneras *Westfield*, *Clifton*, *Harriet Lane*, *Owasco*, *Coryphaeus* y *Salem*, se hallaban ancladas en el puerto, y algunas de ellas habían recorrido la costa durante el verano anterior, tiroteándose con las baterías confederadas de Corpus Christi y Lavacca, pero sin que esto ocasionara pérdidas por una ni otra parte. Desde entonces la escuadrilla permaneció estacionada en el puerto, y su jefe conservaba relaciones amistosas con algunos jefes separatistas que entraban y salían de Galveston sin que nadie se opusiera a ello.

El general Magruder, que por aquella época fue nombrado comandante en jefe del departamento de Texas, no estaba muy satisfecho de aquel estado de cosas, pues no le parecía bien que los federales estuvieran en posesión de la parte de costa que se extiende desde Sabine a Corpus Christi hasta el valle del Río Grande. Resuelto pues a expulsar a los federales si era posible, marchó a Houston, donde se detuvo uno o dos días, pasó luego a Virginia Point, frente a Galveston, y desde aquí se dirigió a la ciudad, seguido de ochenta hombres, aprovechando la oscuridad de la noche con el objeto de inspeccionar detenidamente las fortificaciones, lo cual pudo hacer sin encontrar resistencia. De este modo supo Magruder que no se ejercía mucha vigilancia en los alrededores de la ciudad, y por lo tanto érale mucho más fácil llevar a cabo el proyecto que meditaba, pero prefirió operar con una escuadrilla, pues acababa de recibir noticia de que los federales iban a enviar refuerzos de Nueva Orleans. Al efecto reunió el mayor número de cañones posible, una respetable fuerza de tropas regulares y voluntarios, y todas las cañoneras diseminadas en los ríos contiguos, y hecho esto dictó las disposiciones oportunas para comenzar el ataque.

Parece que Magruder había cambiado perfectamente su plan y que tenía a su disposición numerosas fuerzas, pero sus cañones, de escaso calibre y ya muy usados, no valían nada, así como tampoco sus buques, que eran unos vapores ordinarios empleados antes para el transporte de balas de algodón, y por este motivo todo induce a creer, no sólo que Renshaw fue un traidor, sino que Magruder obró con entero conocimiento de causa. De otro modo, hubiera sido una locura acometer tamaña empresa sin contar con otros medios. Que los separatistas hacían preparativos para expulsar a los federales de la ciudad y del puerto, es cosa que no se ocultaba a los habitantes de Galveston, al menos el día antes del ataque, y hubiera bastado quejarse un poco para comprender que los separatistas residentes en la ciudad esperaban un cambio de bandera. A pesar de esto no se adoptó ninguna medida para oponer resistencia, ni se organizaron patrullas, ni se mandó vigilar o destruir el puente, ni se hizo nada, en fin, para rechazar un ataque, de modo que Magruder pudo avanzar a

eso de la media noche con todas sus fuerzas y artillería y atravesar la ciudad, llegando hasta muy cerca del muelle, donde se hallaban las tropas llegadas últimamente de Nueva Orleans. Magruder situó sus cañones de la manera más conveniente, no quiso comenzar el ataque hasta que llegaran sus buques, pero como a las cuatro de la madrugada no hubiesen llegado aun, y no pudiera contener por más tiempo su impaciencia, el jefe separatista dio la señal de ataque, disponiendo que quinientos hombres, al mando del coronel Cook, apoyados por un batallón de tiradores, atacasen a las tropas federales acampadas en el muelle.

Los unionistas, sin embargo, que sabían ya a qué atenerse, hicieron apresuradamente los preparativos para la defensa, y bien pronto levantaron una barricada a fin de contener el primer ataque del enemigo, mientras las cañoneras rompían a la vez un nutrido fuego sobre los sitiadores, muchos de los cuales se arrojaron en el agua con escalas a fin de asaltar por varios puntos a la vez la posición de los unionistas. La profundidad del agua, no obstante, era tal por aquel punto, que los confederados no pudieron conseguir su objeto, y después de una breve lucha se parapetaron detrás de unos edificios, en tanto que las cañoneras federales apagaban el fuego de las baterías enemigas. Faltaba ya muy poco para amanecer, y por un momento se creyó que la victoria se inclinaría en favor de la unión, pero en aquel momento llegaron dos vapores en auxilio de los separatistas y varió el aspecto de la batalla: estos dos buques, cuyas tripulaciones se parapetaban con balas de algodón hábilmente colocadas en la proa, en la popa y en los costados, avanzaron rápidamente contra las cañoneras enemigas, trabando desde luego un reñido combate contra la *Harriet Lane*, que hubo de rendirse al fin después de oponer una vigorosa resistencia, mas no antes de que pereciera su comandante, el valeroso Wainwright y quedar herido mortalmente.

La cañonera *Owasco* se hallaba anclada a cierta distancia de la ciudad, mas apenas observó su comandante que se había empeñado el combate con los buques separatistas, dirigióse con toda la rapidez posible a prestar auxilio a sus compañeros. Al acercarse a la *Harriet Lane*, ésta acababa de caer en poder del enemigo, y no siéndole posible maniobrar a causa del nutrido fuego de fusilería que sufrió de los confederados, el comandante de la *Owasco* resolvió volver a sus aguas para cañonear las baterías de la costa. Entre tanto la cañonera *Westfield*, mandada por el mismo Renshaw, avanzaba también a toda máquina a fin de tomar parte en la lucha, pero como a causa de la marea no le era posible entrar en las aguas de los buques enemigos, fuele preciso retroceder, y lo mismo sucedió a la *Clifton*, que llegaba con el mismo objeto. A eso de las siete de la mañana, los separatistas, que se consideraban ya vencedores, izaron una bandera blanca en un bote y enviaron un parlamentario a la *Clifton*, concediendo una tregua si se entregaba la escuadrilla³⁸, a lo cual se negó primeramente Law, su comandante, y después el mismo Renshaw, quien dispuso que las cañoneras emprendiesen la retirada, mientras él pegaba fuego a la *Westfield*, pasando con su tripulación a bordo de un transporte. Resuelto a cumplir su amenaza, el comodoro hizo pegar fuego a su cañonera, pero sin duda la explosión tuvo lugar antes de lo que esperaba, pues el mismo Renshaw, con el teniente Zimmerman, el ingeniero Green y otros diez o doce hombres de la tripulación, fueron víctimas de su arroj³⁹.

Entre tanto las tropas que se hallaban en el muelle, no teniendo artillería ni fuerzas suficientes para resistirse, se rindieron a la primera intimación del general Scurry, en tanto que el comandante Law, persuadido de que era inútil la resistencia y de que no podía contar con más buque útil que la *Owasco*, se retiró precipitadamente, dirigiéndose hacia Nueva Orleans con los pobres restos de la flota unionista.

38 Dicese por algunos que lo de la tregua no es exacto, y que si efectivamente se concedió fue violada, pues continuó en algunos puntos el combate con el mismo empeño que al principio. Hay quien asegura que los separatistas exigían únicamente que las cañoneras federales abandonasen el puerto en el término de tres horas, y siendo así se comprendería mejor que el comodoro Renshaw se condujera de aquel modo.

39 En su parte oficial manifestaba Magruder que había concedido a Renshaw tres horas de tregua, y que el comodoro se convino en rendirse, pero esto no es creíble por ningún concepto, sobre todo en vista de los hechos que tuvieron lugar.

Magruder dice que en este combate sólo tuvo veintiséis muertos y ciento diez y siete heridos, y que se apoderó de dos buques, el *Harriet Lane* con todo su armamento y trescientos cincuenta prisioneros, y el *Westfield* con su magnífica batería de ocho cañones rayados, siendo de advertir que faltó muy poco para que se apoderara asimismo del vapor *Cambria*, que iba a llegar de un momento a otro con algún refuerzo de tropas. El capitán de este buque fue avisado a tiempo, y merced a esto pudo evitar el caer en manos del enemigo. Tan pronto como el comodoro Farragut tuvo noticia del atrevido golpe de mano de Magruder, envió algunos buques para bloquear a Galveston antes de que los separatistas tuvieran tiempo de armar en corso a la *Harriet Lane*.

Al poco tiempo sufrieron los federales en Sabine Pass otro descalabro no menos sensible que el ocurrido en Galveston. La embocadura del Sabine se hallaba bloqueada por dos buques unionistas, la *Aurora*, de diez cañones, y el *Veloz*, de tres, mas el 21 de enero, cuando menos se esperaba, fueron atacados por dos cañoneras de los separatistas al mando del mayor Watkins, armadas de antemano con este objeto. Watkins dio caza a los federales y consiguió apresarlos después de un breve combate, apoderándose de trece cañones, ciento veintinueve prisioneros y por valor de un millón de efectos militares. No era esta la única pérdida que debían sufrir los federales entonces: algunos días después, el comodoro Bell, a quien se había confiado el bloqueo de Galveston, divisó una vela hacia el Sudoeste, y deseando saber si el que se aproximaba era amigo o enemigo, dispuso que el teniente Blake marchase con la *Hatteras* a su encuentro para averiguarlo; el buque desconocido aparentó huir, pero bien pronto conoció Blake que no tenía intención de hacerlo, pues tan pronto como hubo tomado sus disposiciones para el combate, vio que aquel a quien pensaba perseguir permanecía estacionario. Blake, cuyos cañones eran de poco alcance, se aproximó todo lo más posible, y empuñando su bocina, hizo las preguntas de costumbre, a lo cual se le contestó izando el pabellón británico. Entonces Blake ofreció enviar un bote, y ya ordenaba la maniobra para tomar mejor posición, cuando del buque desconocido partió una voz y se oyeron estas palabras: «Éste es el *Alabama*, que está al servicio de la Confederación», y al mismo tiempo el buque enemigo rompió el fuego, al que contestó inmediatamente el teniente Blake.

El *Alabama*, sin embargo, era un buque muy muy superior⁴⁰, y persuadido de esto Blake, comprendió que no le quedaba más esperanza que lanzarse al abordaje, lo cual intentó hacer, pero como su enemigo era más rápido en sus movimientos, consiguió fácilmente burlar a su perseguidor. Ambos buques continuaron por algún tiempo descargando sus andanadas, hasta que al fin, habiendo penetrado dos balas por la línea de flotación de la *Hatteras*, declaróse el fuego a bordo, mientras una tercera bala atravesaba su cilindro, destrozando completamente la máquina. Desde aquel momento el buque federal podía considerarse perdido, y en efecto, poco después, viendo el capitán

40 El buque *Alabama* apareció en los mares en el verano de 1862, y era un magnífico vapor de hélice, construido en el invierno de 1861 en Inglaterra, en uno de los principales astilleros, por cuenta del emperador de la China. Este complaciente soberano, a quien ya se iba a enviar el buque, tuvo por conveniente venderlo a un caballero llamado Semmes, el cual quería armarlo con ocho cañones cuando el ministro americano en Londres se tomó la libertad de indicar al Gobierno de la reina que el vapor chino podría muy bien ser un nuevo corsario separatista. En virtud de esta indicación se abrió el correspondiente informe, dándose orden para que el citado buque no se hiciera a la mar hasta ver lo que resultaba, y habiéndose probado poco después que la reclamación del ministro era fundada, se mandó secuestrar el buque. Sin embargo, para cumplir con todas estas formalidades se emplearon algunos días, y cuando en 29 de julio de 1862 llegó a Liverpool la orden de secuestro, hacia ya tres horas que el *Alabama* había abandonado el puerto. Merced a su gran velocidad pudo evitar un encuentro con dos cruceros federales que le acechaban en el canal de la Mancha, y se dirigió a las islas Azores a fin de reparar algunas averías. Una vez allí, se le reunieron el vapor inglés *Bahama* y un barco pequeño que le llevaba armas y su tripulación, y entonces, a pesar de que las autoridades portuguesas intimaron a los tres buques la orden de salir inmediatamente del puerto, el *Alabama* pudo hacerse a la vela completamente armado para el objeto que se proponía su capitán. Semmes mandó izar solemnemente el pabellón confederado delante del puerto, arengó a su tripulación, compuesta en su mayor parte de ingleses, y declaró abierta la campaña. Aquel mismo día, 18 de septiembre, comenzó sus operaciones haciendo algunas presas. El 1 de noviembre siguiente llevaba ya capturados veintidós buques; el 7 de diciembre se apoderó cerca de Cuba, del magnífico vapor *Ariel*, que hacia el servicio en la línea Californiana de Nueva York al Istmo de Panamá, y desde entonces no hubo semana en que la marina mercante no tuviera que registrar algún desastre.

del *Alabama* que su enemigo empezaba a sumergirse, envió sus botes para recoger a la tripulación, compuesta de ciento diez y ocho hombres, entre los cuales había seis heridos. El *Alabama* quedó también bastante averiado, hasta el punto de tener que dirigirse a Kingston para reparar sus desperfectos, pero en este combate no tuvo sino un herido. Como el armamento del buque separatista era muy superior, y sus cañones de mucho más calibre, no es de extrañar que la victoria se decidiese en su favor.

El general Banks, a quien se había confiado el mando del departamento del Golfo, se hallaba a la cabeza de treinta mil hombres, y con este respetable ejército, contando además con la cooperación de Grant, esperaba restablecer las comunicaciones en el Mississippi, expulsar a los separatistas de la Louisiana y tomar posesión del país que se extiende junto al Río Colorado, con objeto de recobrar a Texas, cuyo gobernador interino, Andrew Hamilton, rodeado de numerosos partidarios de la Unión, ansiaba tomar parte en dicha empresa. Estas esperanzas debían desvanecerse, según ya hemos visto, a causa de los desastres de Galveston y Sabine Pass, mas entre tanto el general Banks destacó al general Cuvier Grover con diez mil hombres para recobrar a Baton Rouge, de cuya plaza tomaron posesión los separatistas sin disparar un tiro.

Desde Nueva Orleans, sólo una vía férrea llega por el oeste a Brashear-City, punto situado cerca del Atchafalaya, donde desagua el Boyou Teche, que se comunica con Río Colorado. Todo el país que se extiende al sur del Atchafalaya, puede decirse que era de los federales, pero no completamente, pues aun conservaban los separatistas algunas fortificaciones en Butte a la Rose, y eran también dueños del fuerte Bisland, rodeado en parte por peligrosos pantanos y profundas lagunas, sin contar que la guarnición ascendía, según el cálculo de Banks, a unos doce mil hombres. Como para atender convenientemente a la defensa de Nueva Orleans, con sus muchos fuertes, en Key West, Pensacola, Ship-Island, etc., se necesitaban bastantes tropas y era además preciso rechazar cualquier ataque que se intentara por Alabama o Mississippi, hallábanse las fuerzas de Banks muy divididas, y sólo tenía a su alrededor unos catorce mil hombres, por lo cual no le era posible intentar el sitio de Puerto Hudson, donde según se calculaba había diez y ocho mil separatistas. En su consecuencia se fijó primeramente en la línea del Atchafalaya, pues el principal objeto del general Banks era apoderarse de Butte a la Rose, en cuya empresa se empleó inútilmente un mes sin que ocurriera ningún encuentro de importancia, como no fuese el combate de Carney's Bridge, con el cual no se adelantó mucho por haber sido dudosa la victoria.

Cuando el comodoro Farragut supo que la *Reina del Oeste* y el *De Soto* habían caído en poder del enemigo delante de Vicksburg, creyó conveniente atacar las baterías de los separatistas en Puerto Hudson, a fin de posesionarse si era posible de la parte superior del río, y al efecto, habiendo pedido su cooperación al general Banks, se dio orden de avanzar a todas las tropas que se hallaban en Atchafalaya, a fin de concentrarlas en Baton Rouge, desde donde se pusieron los federales en marcha en número de doce mil hombres. Farragut deseaba que se simulase un ataque por tierra para asaltar entre tanto las baterías, pero viendo después que la noche estaba muy oscura, creyó mejor anticipar el ataque de Banks, y por su parte dio la orden de marcha a su flotilla y llegó a la vista de las baterías del enemigo poco antes de media noche.

Farragut esperaba sin duda que podría pasar sin ser observado, gracias a la oscuridad, pero bien pronto pudo desengañarse, pues apenas estuvo el alcance de los cañones de la fortificación, cuando vio brillar varias luces de las empleadas para hacer señales, y bien pronto las llamas de una inmensa hoguera encendida frente a los fuertes iluminó el río de una orilla a otra con una claridad que podía competir con la del día. Entonces comenzaron a silbar las balas por el aire; hubiérase dicho que el estampido de los cañonazos hacia temblar la tierra, y no tardó en caer una lluvia de metralla sobre la flota unionista, compuesta de las fragatas *Hartford*, *Mississippi*, *Richmond* y *Monongahela*, y de las cañoneras *Albatross*, *Genesee*, *Kineo*, *Essex* y *Sachem*, que por su parte lanzaban sus andanadas contra el enemigo. Al cabo de poco tiempo era tan espeso el humo de la pólvora, que los comandantes de los buques hubieron de proceder con suma cautela a fin de no hacerse fuego uno a otro y de dirigir sólo sus tiros contra las baterías, cuyos cañones barrían las

cubiertas de los buques con sus mortíferas descargas. No tardó en apagarse la hoguera encendida por los separatistas; entonces volvió a reinar una profunda oscuridad, y fue preciso suspender el combate, pues a no dudarlo, la escuadra federal debía haber sufrido grandes averías, sin haber conseguido su objeto: solo la fragata *Hartford* y la cañonera *Albatross* consiguieron forzar el paso; los demás buques, excepto dos o tres, aprovechando una fresca brisa, volvieron a su anclaje. La fragata *Mississippi*, arrastrada hacia la batería central, y descubierta por el enemigo, sirvió de blanco a sus tiros, y después de media hora de combate, su comandante, el capitán Smith, no tuvo más remedio que abandonarla y pegarle fuego; de su tripulación, compuesta de doscientos treinta y tres hombres, incluso los oficiales, perecieron veintinueve en aquella desesperada lucha. La fragata *Richmond* recibió un balazo que atravesó la caldera, matando a ocho hombres e hiriendo a siete; la *Kineo* perdió parte de su arboladura; el capitán de la *Monongahela* quedó gravemente herido, y los demás buques sufrieron averías de consideración, pero lo más sensible de todo fue la pérdida de la *Mississippi*, que sobre ser un magnífico buque, estaba armado de veintiún grandes cañones de primera clase.

El general Banks volvió entonces a Baton Rouge para continuar sus operaciones, y las columnas federales se pusieron en marcha hacia Brashear-City en 9 de abril, dirigiéndose luego el grueso de las tropas a Franklin, mientras la división del general Grover se encaminaba por el Atchafalaya al fuerte Bisland, cerca del cual desembarcó aunque con gran dificultad⁴¹. Al día siguiente fue atacado por los separatistas, mas consiguió defender su terreno, rechazando al enemigo; esta escaramuza dio tiempo al general Dick Taylor para evacuar el fuerte Bisland, como así lo hizo, retirándose a Opelousas después de quemar varias cañoneras. Taylor asegura que él no contaba sino con cuatro mil hombres entre todos y censura al general Sibley por no haber cumplimentado las órdenes que se le dieron. Durante su retirada, las cañoneras federales asaltaron a la *Reina del Oeste*, destruyéndola completamente y haciendo prisionera a su tripulación.

El general Banks no pudo acelerar su marcha a causa de haber destruido Taylor todos los puentes, tan necesarios en aquella región para atravesar las numerosas corrientes de agua que allí existen, pero entró triunfalmente en Opelousas en 20 de abril, es decir, el mismo día en que la escuadrilla federal, al mando del teniente Cook, se apoderaba de Butte a la Rose, estableciendo las comunicaciones entre el Atchafalaya y Río Colorado. De este modo fue ya fácil avanzar rápidamente, y en 5 de mayo se puso el ejército en marcha hacia Alejandría en tanto que Taylor evacuaba el fuerte de Russy, retirándose hacia Shreve-port sin disparar un tiro. El comodoro Porter llegó a poco con su flota, y toda la Louisiana, excepto la parte noroeste, quedó de nuevo en poder de los federales. El general Banks destacó a Weitzel con una parte de su ejército en persecución de los separatistas, mas al llegar los federales a Grand Ecore, era ya tan reducido el número de las tropas de Taylor, que se creyó inútil continuar más adelante, toda vez que el general confederado no podía reponerse en algunas semanas.

Hallándose Banks en Brashear-City, habíale notificado el almirante Farragut que el general Grant, ocupado entonces en el sitio de Vicksburg, le enviaría veinte mil hombres para operar contra Puerto Hudson. Este refuerzo debía hallarse en Bayou Sara el 25 de mayo, pero los sucesos de la campaña no lo permitieron, y como por otra parte tampoco le era posible a Banks abandonar a Nueva Orleans, dejando a la Louisiana a merced de los separatistas, el general Grant, que conocía cuál era su situación, accedió a enviarle un refuerzo de cinco mil hombres tan pronto como le fuese posible disponer de ellos.

En su consecuencia, el 14 de mayo, Banks puso en movimiento a su ejército, y haciendo embarcar la mayor parte del material de campaña, marchó con sus tropas hacia Simmsport, en cuyo punto cruzó el Atchafalaya, encaminándose luego por la orilla derecha del Mississippi hasta llegar a Bayou Sara. Al día siguiente, 28 de mayo, avanzaron las tropas hacia Puerto Hudson a fin de asaltar

41 Créase que los separatistas tenían en Puerto Hudson de diez y ocho a veinte mil hombres, pero luego se supo con certeza que la guarnición no constaba sino de diez y seis mil hombres en la noche del 14 de marzo de 1863.

la plaza por la parte del norte, en tanto que el general Augur, con tres mil quinientos hombres procedentes de Baton Rouge, atacaría por el sur.

El general Gardner, comandante militar de Puerto Hudson, destacó al coronel Miles a fin de que impidiera se reuniesen las fuerzas federales, pero fue rechazado con pérdida de ciento cincuenta hombres, mientras que las tropas al mando de los generales Weitzel, Grover y Dwight libraban un combate con la guarnición de la plaza en la línea exterior de los atrincheramientos. Al día siguiente, 25 de mayo, llegó el general Augur y se acabó de cercar la plaza, excepto por la parte del río. Apenas estuvieron terminados los preparativos necesarios, y como se anunciase a Banks que detrás de las obras de defensa no había más que un puñado de hombres, dispuso el jefe unionista que se practicara un minucioso reconocimiento, y acto continuo dio la orden de asalto, el cual se llevó a cabo con la mayor energía y resolución, si bien el resultado fue el mismo que siempre se obtiene cuando se atacan fortificaciones hábilmente dispuestas, donde los sitiados no se hallan nunca tan expuestos como los sitiadores. Tratábase de que el ataque fuese simultáneo, mas no se pudo conseguir así: las baterías federales rompieron el fuego por la mañana, y después de un vigoroso bombardeo, los generales Weitzel, Grover y Paine asaltaron la plaza a las diez de la mañana con todas sus tropas, secundadas más tarde por los generales Augur y Thomas Sherman. Entre tanto la fragata *Hartfort*, la cañonera *Albatross* y los buques *Monongahela*, *Richmond*, *Genesee* y *Essex*, al mando del almirante Farragut, rompieron el fuego sobre los sitiados, los cuales se habían visto ya en la precisión de abandonar la parte más al sur de la batería después de clavar sus cañones. En este primer día fue cuando más servicios prestó la flota, pues los separatistas se fijaban sobre todo en el ataque por tierra.

Nunca se había visto combate tan heroico como aquel, en que los federales atacaban a igual número de fuerzas parapetadas en imponentes fortificaciones, pero preciso es confesar que también los separatistas se batieron con un arrojo y valor a toda prueba. En aquel sangriento combate se hicieron notar dos regimientos de negros, que compitieron en bravura con las tropas más veteranas, lanzándose tres veces consecutivas al ataque de las baterías, aunque sufrieron considerables pérdidas.

En esta sangrienta refriega, que terminó al ponerse el sol, tuvieron los federales doscientos noventa y tres muertos, incluso los coroneles Clarke y Cowles, y mil quinientos cuarenta y nueve heridos, entre los cuales se contaban los generales Thomas Sherman y Neal Dow; los separatistas sólo perdieron unos trescientos hombres⁴².

Al día siguiente se convino una tregua para enterrar a los muertos, y entonces los unionistas se entregaron con ardor a los trabajos del sitio, lo cual no dejaba de ser una ardua tarea bajo el sol abrasador del mes de junio. Los soldados, no obstante, no se desanimaban por esto, y bien pronto la piqueta y el azadón abrieron profundas trincheras que llegaban hasta las mismas obras de defensa del enemigo, mientras las baterías federales y la flota protegían con su fuego a los trabajadores.

La situación del general Banks, sin embargo, no era nada envidiable, pues no sólo era muy reducido su ejército, que sólo constaba entonces de doce mil hombres, sino que se hallaba aislado en una región enteramente hostil, y sobre todo esto, llegaba el término de servicio de muchos de sus soldados que ansiaban volver a sus casas. Además de este contratiempo, tenía que combatir de frente a seis mil hombres y a otros dos mil quinientos de caballería que amenazaban la retaguardia, sin contar que la concentración de tropas para aquel sitio dejaba casi toda la Louisiana a disposición de Dick Taylor, el cual podía volver de un momento a otro con nuevos refuerzos y reunir un número de tropas acaso suficiente para tomar la misma ciudad de Nueva Orleans. El general Johnston podía salir también de Jackson con sus batallones cuando menos se pensara; Alabama y Georgia contaban seguramente con suficientes fuerzas para hacer levantar el sitio, atacando con ventaja a los federales, y añádase a esto que al general Lee no le sería difícil destacar un numeroso refuerzo de tropas veteranas para auxiliar a Gardner. Las líneas defensivas de los confederados medían cuando

42 El general Banks manifestaba en su parte que sólo el regimiento de Arkansas había perdido ciento treinta y dos hombres, de los doscientos noventa y dos que le componían.

menos cuatro millas de longitud, y como es natural, las de los federales eran mucho mas extensas, de modo que si se concentraba la guarnición en un punto dado, estando muy diseminados los unionistas, sería en extremo difícil rechazar con ventaja un ataque. Vemos, pues, que las probabilidades no estaban seguramente en favor de los sitiadores.

Después de quince días de tiroteo y de penosos trabajos, los federales intentaron de nuevo atacar la plaza en 10 de junio, arrostrando el nutrido fuego de las baterías, a fin de aproximarse más a las obras defensivas y tomar una posición para no estar tan expuestos a las balas enemigas: los federales avanzaron a las tres de la madrugada, en buen orden y con el mayor silencio, pero los confederados, que estaban alerta, observaron el movimiento y pudieron rechazar a los sitiadores causándoles considerables pérdidas. Cuatro días después, es decir, el 14 de junio, se dio un segundo ataque: el general Dwight avanzó por la izquierda para asaltar las obras defensivas, mientras que los generales Grover y Weitzel lo hacían por la derecha, pero ninguno de estos ataques dio un resultado del todo satisfactorio; lo único que se adelantó fue acercarse algunas varas más a la plaza, de modo que las tropas unionistas pudieron ocupar mejor posición y atrincherarse convenientemente para levantar nuevas baterías. En la izquierda, los federales se apoderaron de una eminencia conocida con el nombre de la Ciudadela, que era un punto muy importante por estar situado tan sólo a unas diez varas de las líneas enemigas, y el general Banks aseguró que estaba muy satisfecho de haber obtenido aquella ventaja, pero como esto no se alcanzó sin sufrir numerosas pérdidas, el jefe unionista no creyó oportuno adquirir nuevas posiciones a tanta costa, limitándose por lo tanto a los trabajos de trinchera y levantar baterías. Por lo que hace a la guarnición, estaba ya fatigada y hambrienta, pues una granada había incendiado el molino y reducido a cenizas unos dos mil sacos de trigo; muchos de los cañones de la plaza estaban desmontados, de tal modo, que los sitiados no contaban sino con quince útiles; las municiones iban agotándose rápidamente, pues apenas le quedaban veinte cartuchos a cada hombre, y en cuanto a los víveres, después de haber echado mano de las mulas, los soldados tuvieron que comer ratas, que cogían y guisaban como les parecía.

A pesar de estas privaciones los sitiados seguían sosteniéndose, y no pasaba día sin que los federales sufriesen nuevas pérdidas, mas en cambio iban adelantando terreno, y ya se había abierto una mina donde se pensaba colocar treinta barriles de pólvora a fin de destruir la Ciudadela. Aun cuando la guarnición hubiese tenido abundantes víveres y todo lo necesario, no le habría sido posible sostenerse una semana más, a no darse el caso de algunas brillantes salidas que obligaran a los federales a levantar el sitio, pero no debe olvidarse que los sitiados estaban rendidos de fatiga, hambrientos y faltos de sueño, y que en los hospitales apenas cabían ya los enfermos.

Llegado el día 6 de julio, sin embargo, las baterías y los buques federales atronaron el espacio con sus descargas y todos los soldados lanzaron de pronto un grito de triunfo, pues acababa de recibirse la noticia de la rendición de Vicksburg, y si esto era cierto, no quedaba la menor duda de que no sería posible se resistiese por más tiempo Puerto Hudson. Aquella misma noche reunió el general Gardner en consejo de guerra a sus oficiales, y se acordó entregar la plaza, mas no sin escribir antes a Banks preguntándole si la noticia era cierta. El jefe unionista contestó incluyendo la carta de Grant en la que se anunciaba la rendición de Vicksburg; entonces Gardner manifestó sus deseos de capitular, y arregladas las condiciones, se declaró a la guarnición prisionera de guerra: a la mañana siguiente, 9 de julio, los federales tomaron posesión de la plaza, siendo de advertir que vencedores y vencidos fraternizaron como buenos amigos que hubiesen estado separados por algún tiempo, mas bien que como enemigos empeñados poco antes en una lucha mortal.

El general Banks no manifestó cuáles habían sido sus pérdidas en aquel sitio, pero en los cuarenta y cinco días que duró éste, no bajaron seguramente de tres mil hombres incluso varios oficiales de distinción, entre los que se contaba el general Paine, herido en el asalto del día 14. Banks dice que los separatistas no reconocieron sino una pérdida de seiscientos diez hombres, pero, a no dudar, debió ser de unos ochocientos si se atiende a que en los hospitales se encontraron lo menos quinientos heridos durante el sitio. Banks asegura además que sólo en Puerto Hudson hizo seis mil cuatrocientos ocho prisioneros (inclusos los enfermos y heridos), de los cuales

cuatrocientos cincuenta y cinco eran oficiales, resultando que al fin de la campaña había cogido diez mil quinientos ochenta y cuatro prisioneros, setenta y tres cañones, seis mil armas de todas clases, tres cañoneras, ocho vapores y una considerable cantidad de algodón.

La repentina marcha de Banks y el haber tenido éste que concentrar todas sus fuerzas, parte de las cuales se hallaban en Alejandría, para el sitio de Puerto Hudson, ofrecieron a Dick Taylor una oportunidad que tuvo muy buen cuidado de aprovechar. El general separatista reunió en la Louisiana superior algunos miles de hombres, incluso varios regimientos de caballería de Texas, y a principios de junio volvió a ocupar a Alejandría y Opelousas, remontando después rápidamente el Atchafalaya, como si se dirigiera a Nueva Orleans. El objeto del general Taylor, sin embargo, era apoderarse de Brashear-City, de cuya defensa se acababa de encargar el coronel Stickney, pero antes interceptó las comunicaciones por Lafourche y se posesionó sin resistencia alguna de Terre Bonne y Bayou Boeuf, capturando a los pocos hombres que guardaban estos puestos militares, mientras que otras fuerzas al mando de los generales Mouton y Green se presentaban repentinamente entre las ruinas de Berwick, amenazando atacar a Brashear. La guarnición de este punto, desorganizada y sin disciplina, no era de esperar que opusiese gran resistencia, y en efecto, apenas se hubo trabado el combate, conocióse ya de qué lado se decidiría la victoria: el mayor Hunter, a la cabeza de un batallón de Texas, apoyado por el coronel Majors, que venía de Lafourche, se apoderó al momento del fuerte Buchanan, cuyos diez cañones no bastaron para contener al enemigo, y en la mañana del 23 de julio, los generales Taylor, Mouton y Green se hallaban ya en Brashear-City, donde hicieron mil prisioneros, apoderándose de un fuerte con diez cañones, muchas armas pequeñas y tiendas de campaña y una considerable cantidad de víveres y municiones, cuyo valor apreció el enemigo en seis millones de dólares, si bien no les costaría a los federales más que la tercera parte. Miles de negros, que habían sido puestos en libertad por el general Banks al entrar triunfante en Alejandría, quedaron reducidos por éste y otros reveses a una esclavitud mucho más dura que la que sufrían antes.

El camino de Nueva Orleans quedaba expedito, pues los federales acababan de evacuar a Lafourche después de haber defendido la plaza hasta donde les fue posible, pero Taylor no contaba con suficientes fuerzas para acometer ninguna empresa de importancia, y necesitaba al menos ocho mil hombres, es decir, el doble de los que entonces tenía a su disposición, para atacar a Nueva Orleans⁴³. Así pues, el general Taylor dispuso que su vanguardia, al mando de Green, marchara hacia Donaldsonville, y entre tanto una escasa fuerza de Texas se dirigió hacia Plaquemine, donde los separatistas quemaron dos vapores anclados allí, haciendo sesenta y ocho prisioneros que estaban convalecientes en el hospital. Green trató de tomar a Donaldsonville por asalto, pero Farragut, a quien se había dado oportunamente noticia de los movimientos del enemigo, pudo enviar un refuerzo a tiempo para rechazar a los separatistas, que hubieron de emprender la retirada perdiendo unos doscientos hombres entre muertos y heridos, y otros ciento veinticuatro que como prisioneros quedaron en poder de los defensores de Donaldsonville. El escritor Pollard habla de otro combate ocurrido el 12 de julio a seis millas de Donaldsonville en el que, mil doscientos soldados de Texas al mando de Green, vencieron a cuatro mil federales, causándoles quinientos muertos o heridos y cogiendo muchas armas pequeñas y una bandera del regimiento de Nueva York, pero Banks guarda silencio sobre este punto, si bien parece ser verdad que tuvo lugar un encuentro entre separatistas y federales hallándose estos últimos a las órdenes del general Dudley, que sufrió pérdidas considerables, es decir, unos cuatrocientos cincuenta hombres entre muertos y heridos. Es de extrañar también que el Gobierno de la Unión no haya hecho tampoco nunca mención sobre este particular.

Como el general Banks podía disponer de todas sus tropas desde la toma de Puerto Hudson, Taylor y sus oficiales no tardaron en abandonar el país que se extiende al este del Atchafalaya, evacuando Brashear-City un mes después de haber tomado esta plaza, no sin haberse apoderado

43 Banks dice que Nueva Orleans no contenía entonces sino cuatro mil hombres para atender a su defensa, pero debe advertirse que la flota y el río eran sus principales defensas.

antes de cuanto había en ella de algún valor. Poco después el general Banks propuso, en unión con Grant, un ataque combinado sobre Mobile, mas como el Gobierno de Washington no aprobara la idea y manifestase que sería más oportuno un movimiento por Río Colorado contra Natchitoches o Shreveport, organizóse inmediatamente en Nueva Orleans una expedición de cuatro mil hombres que debía marchar hacia Houston por Sabine, atendido que en aquella estación estaban impracticables los caminos por Río Colorado. El mando en jefe de la expedición se confió al general Franklin, y la escuadrilla, compuesta de las cañoneras *Clifton*, *Sachem*, *Arizona* y *Granite City*, se puso a las órdenes del teniente Crocker; Banks dio a Franklin sus instrucciones por escrito, previniéndole que desembarcase sus tropas a diez o doce millas de Sabine Pass y que se dirigiera rápidamente sobre las fortificaciones de los separatistas a fin de tomarlas por asalto, a menos que, practicados los oportunos reconocimientos, se viese que la plaza estaba desocupada o que por su escasa guarnición bastaría para apoderarse de ella un sencillo bombardeo.

Bien dirigido este movimiento no podía menos de dar un buen resultado, pues las tropas eran numerosas y aguerridas, el tiempo magnífico, el mar estaba tranquilo y el enemigo no esperaba seguramente el ataque, pero Franklin y Crocker resolvieron tomar las fortificaciones por medio de un ataque naval sin desembarcar las fuerzas de tierra, y después de haber estado por espacio de veinticuatro horas a la vista del enemigo, dándole con esto tiempo para que se preparase a la resistencia, dirigieron resueltamente contra los separatistas para empeñar el combate. El resultado fue el mismo que era de esperar: las cañoneras eran viejos vapores mercantes, y sus cañones de escaso calibre no hicieron daño alguno en la fortificación, mientras el continuado fuego de las baterías causó grandes destrozos en la flotilla; Crocker, que se hallaba a bordo de la *Clifton*, y el teniente Johnson, que montaba la *Sachem*, se vieron bien pronto obligados a rendirse, pues no les era posible maniobrar a causa de sus averías; la *Arizona* recibió un balazo que destruyó su máquina, y fue preciso que las demás cañoneras se alejaran del lugar del combate para no estar al alcance del fuego del enemigo. Crocker y Johnson dieron sin embargo pruebas de valor, haciendo todos los esfuerzos posibles para evitar una completa derrota, pero todo fue inútil, pues con semejantes buques habría sido imposible apagar el fuego de las baterías confederadas. Las pérdidas de los unionistas en este desgraciado combate figuraban por cincuenta hombres entre muertos y heridos, y unos doscientos prisioneros, sin contar dos buques con quince cañones rayados de grueso calibre. Los separatistas no tuvieron ni un solo muerto o herido, y en aquella ocasión dióse por primera vez el caso de que un general unionista quedase derrotado con su flota ante las baterías de una fortaleza.

Franklin contaba aun con cuatro mil hombres, sus transportes y dos cañoneras, y aun cuando sabía que los separatistas no podrían recibir pronto refuerzos, porque Dick Taylor se hallaba bastante lejos, y que en Houston, distante sólo cuarenta millas, se hallaba el general Washburne, que hubiera podido prestar su cooperación, no quiso atacar de nuevo la posición del enemigo, defendida sólo por doscientos cincuenta hombres, y se retiró tranquilamente a Nueva Orleans, dejando a los separatistas que se regocijasen por la victoria que acababan de obtener contra un enemigo veinte veces más numeroso.

A los pocos días, el general Banks concentró todas sus fuerzas en el Atchafalaya con la intención de avanzar directamente sobre Shreveport, pero vio luego que esto no podía hacerse, pues todo el país, tanto al oeste como al noroeste de Brashear, se hallaba completamente devastado y no era posible encontrar alimentos ni forraje, prescindiendo de que los caminos eran pocos y malos, haciéndose preciso con frecuencia atravesar espesos bosques que ofrecían grandes dificultades para el transporte de bagajes, víveres y municiones. Sin embargo, era preciso emprender algún movimiento contra Texas para satisfacer los deseos del Gobierno, y no quedando más medio que una expedición marítima, procedióse desde luego a organizarla. Interinamente, el general Herron había marchado con numerosas fuerzas a Morganzia, frente a Puerto Hudson, donde los separatistas tenían la costumbre de reunirse en un estrecho paso a fin de hostigar a los buques que remontaban el Mississippi, y aunque por aquella vez no encontraron los federales quien les opusiera resistencia alguna, establecieron un puesto militar con ochocientos hombres al mando del Mayor Montgomery

y dos piezas de artillería. Sabíase que el general Green, con numerosas fuerzas confederadas, se hallaba al otro lado del Atchafalaya, mas a pesar de esto no se tuvo la precaución de ejercer la debida vigilancia, resultando de aquí que a las tres semanas cruzó Green el río sin ser visto, merced a la oscuridad de la noche, cercó el puesto militar de los unionistas, y después de un breve combate, hizo prisioneros a cuatrocientos hombres, incluso sus jefes, los coroneles Leake y Rose. La caballería pudo escapar sin más pérdida que cinco hombres, pero entre las demás tropas hubo catorce muertos y cuarenta heridos. El general Dana acababa de reemplazar a Herron en el mando de Morganzia.

Con objeto de ocultar su movimiento por mar sobre Texas, el general Banks destacó a Washburne, con numerosas fuerzas, previniéndole se aproximara a Opelousas, a cuyo punto llegaron los federales, sin tener ningún encuentro, pero cuando Washburne, en cumplimiento de órdenes que acababa de recibir, comenzó a retirarse, los separatistas, a las órdenes de los generales Taylor y Green, se lanzaron en su persecución con toda la rapidez posible y cayendo sobre el ala derecha, mandada por el general Burbridge, se empeñó un obstinado combate en que los unionistas fueron derrotados completamente. Baste decir que del batallón de Wisconsin, que contaba doscientas veintiséis plazas, sólo quedaron noventa y ocho hombres, y de una brigada de mil, sólo contestaron luego a la lista trescientos sesenta y uno. Los separatistas, que habían atacado con indecible ímpetu, pusieron en dispersión a sus enemigos, cogiéndoles un cañón, que no pudo recobrase, y otros efectos de campaña, pero a esta fácil victoria no contribuyó poco el haber rendido las armas todo el regimiento de Indiana sin oponer apenas resistencia. Washburne anunció en su parte oficial que sus pérdidas figuraban por veintiséis muertos, ciento veinticuatro heridos y quinientos sesenta y seis prisioneros o extraviados, total setecientos diez y seis. Los confederados tuvieron sesenta muertos, sesenta y cinco heridos y trescientos prisioneros.

La expedición organizada por el general Banks, compuesta de seis mil hombres y dirigida por él mismo, aunque a las inmediatas órdenes del general Dana, se puso en marcha el 26 de octubre con dirección a Río Grande, y en 2 de noviembre desembarcó en Brazos de Santiago, rechazando a su paso a la escasa fuerza de caballería reunida allí, y persiguiéndola hasta Brownsville, en cuyo punto penetró la vanguardia unionista el 16, del mismo modo que lo hizo en Punta Isabel dos días después. Las fortificaciones enemigas de Aransas Pass fueron tomadas por asalto, y trasladándose luego a un punto llamado Paso del Caballo, que domina la parte occidental de la bahía de Matagorda, los federales embistieron el fuerte Esperanza, que abandonaron los separatistas, huyendo al interior del país. Banks tuvo al principio intención de seguir adelante, pues deseaba quedar dueño de la costa que se extiende desde Río Grande a Brazos, mas teniendo presente que el enemigo podría presentarse con fuerzas superiores reunidas en Texas, y no creyéndose con suficientes tropas para aceptar la batalla, parecióle lo más prudente volver a Nueva Orleans.

El general Dana, a quien Banks había dejado en Brownsville, organizó luego dos expediciones, una que marchó hacia Roma y otra en dirección a Corpus Christi, sin que ninguna de ellas encontrara enemigos para combatir, pues los separatistas se habían dirigido a Eagle Pass (Paso del Águila), punto situado a trescientas millas de distancia, y a donde Dana no creyó prudente seguirlos. El general unionista estuvo aun algún tiempo ocupando el territorio oeste del Colorado, del que eran virtualmente dueños los federales, y ya proyectaba emprender un movimiento para asegurar la posesión del terreno conquistado, cuando recibió una orden de Washington por la cual se le relevaba del mando.

13.

EL EJÉRCITO DEL POTOMAC BAJO LAS ÓRDENES DE LOS GENERALES BURNSIDE Y HOOKER (1862-1863)

El general Burnside se encarga del mando del ejército del Potomac. Los federales cambian el centro de operaciones. Burnside cruza el Rappahannock y ataca al ejército de Lee. Derrota de los unionistas. Vuelven a cruzar el río. Heroico ataque en las alturas de Marye. Excursiones de los separatistas en Virginia. El general Burnside es reemplazado por Hooker. Expedición de Stoneman. Hooker cruza el Rappahannock y avanza sobre Chancellorsville. La gran batalla de Fredericksburg. Los separatistas alcanzan la victoria. Pérdidas de los federales. Pleasanton contiene al enemigo. Jackson derrota al general Howard. Muerte del general Stonewall Jackson. Combate desesperado en Chancellorsville. Hooker es derrotado. Los federales se repliegan. El general Sedgwick asalta las alturas de Marye y ataca la retaguardia de los separatistas. La orden del día del general Lee. Segunda expedición de Stoneman. El general Longstreet acomete a Peck en Suffolk y es rechazado con pérdidas.

El general Burnside, que se veía de pronto llamado a encargarse del mando del ejército del Potomac, en reemplazo de Mc Clellan, no estaba muy satisfecho de este cambio, pues no se le ocultaba que su predecesor era muy querido de toda la oficialidad entre la que tuvo siempre gran influencia, así como también entre el ejército; pero la orden del Gobierno era terminante, y no habiendo más remedio que cumplimentarla o desobedecer, el general hubo de resignarse. Por lo demás, Burnside, aunque tenía tres o cuatro años más que su antecesor, era más joven que la mayor parte de los primeros generales, y también procedía del ejército regular, donde había servido con un grado subalterno. Burnside era de aspecto algún tanto grave y altamente militar; distinguíase por su rostro agradable y su mirada expresiva; no carecía de conocimientos, de inteligencia ni de bravura, pero su principal mérito a los ojos del Gobierno era el no haber tenido parte en los reveses que sufriera el primer ejército del Potomac. Burnside, según ya sabemos, no pertenecía a él, pero esto en cambio era una razón para que no inspirase grandes simpatías a las tropas. De todos modos, tomó posesión de su nuevo cargo el 8 de noviembre de 1862, e inmediatamente hizo sus preparativos para cruzar el Rappahannock, en dirección a Fredericksburg, donde pensaba establecer el principal centro de operaciones entre Washington y Richmond. A fin de ocultar al enemigo su proyecto, Burnside simuló una marcha hacia Gordonsville, pero el general Lee comprendió bien pronto su intención y comenzó también a moverse en sentido paralelo; para mayor seguridad, el jefe separatista dispuso que Stuart marchara a Warrenton-Springs con objeto de adquirir nuevos informes, y una vez confirmadas sus sospechas, el cuerpo de ejército del general Longstreet se encaminó rápidamente hacia el Este. Entre tanto el general Sumner llegaba a Falmouth, desde donde trató de pasar a Fredericksburg, mas no pudo conseguirlo, no sólo porque le rechazó el enemigo, sino porque estaban destruidos todos los puentes; una mala inteligencia en el cumplimiento de cierta orden expedida por los generales Halleck y Burnside había sido causa de que las demás tropas federales no se pusieran en camino antes y no se reuniesen por lo tanto en Falmouth hasta que la mayor parte del ejército de Lee se hubo concentrado en las alturas que dominan el río con el objeto de disputar el paso a los federales.

Reunido al fin el ejército unionista en las inmediaciones de Fredericksburg, el general Sumner intimó la rendición de la plaza, pero las autoridades declararon que estaban dispuestas a resistirse; casi todos los habitantes, sin embargo, se alejaron en distintas direcciones, y poco después el general Barksdale con su brigada del Mississippi se parapetó en las casas mientras los ingenieros de

Lee completaban la fortificación de las alturas situadas detrás de la ciudad. El general Wade Hampton cruzó luego el río seguido de algunas fuerzas separatistas, y llegando hasta Dumfries y Occoquan, capturó doscientos caballos y algunos vagones, retirándose después por Port Royal. Las cañoneras federales hicieron una excursión hasta este último punto el día 5 de diciembre, pero el fuego de las baterías del general H. Hill obligó al jefe de la escuadrilla a retirarse sin intentar cosa alguna.

El general en jefe del ejército separatista ocupaba una fuerte posición en las alturas que se elevan detrás de Fredericksburg, en las cuales se habían levantado varias baterías y construido numerosos atrincheramientos para la infantería; el centro se hallaba protegido por el Rappahannock y además por la ciudad de Fredericksburg, muchas de cuyas casas podían servir de reductos avanzados, y por último, hacia la derecha extendíase la vía férrea, que también podía utilizarse situando en ella convenientemente las tropas necesarias. Las líneas de defensa estaban a una milla o poco más de la ciudad, y a lo largo de las alturas deslizábase un riachuelo llamado el Massaponax, que va a desaguar en el Rappahannock, a unas cinco millas de Fredericksburg. Tal era la posición donde Lee había reunido su ejército formado en dos cuerpos, uno al mando de Jackson para operar en la derecha, y otro a las órdenes de Longstreet, a quien se había confiado el ala izquierda. A fin de poner en comunicación estos dos cuerpos, habíase construido un camino transversal, a poca distancia de este, varios atrincheramientos convenientemente dispuestos; un gran muro de piedra, resto sin duda de algún antiguo edificio, constituía un parapeto que pudo utilizarse perfectamente. La defensa, pues, presentaba por todas partes dos líneas, en algunos puntos tres o cuatro; las alturas de Marye, que se encuentran a una milla poco más o menos de la ciudad, y otras dos que se elevan más hacia el sur, veíanse coronadas de imponentes baterías, dispuestas de tal modo, que por medio de un fuego convergente muy cerrado, era fácil batir a Fredericksburg y sus cercanías, así como también toda la llanura que se extendía entre la ciudad y la posición de los confederados.

El cuartel general de Lee se hallaba, al comenzarse la acción de que vamos a dar cuenta, un poco hacia la derecha, es decir, en las alturas de Garnett, cerca del Massaponax, mientras el de Jackson estaba junto a la vía férrea, y el de Longstreet cerca de las alturas del telégrafo, al sur de Fredericksburg. Este último jefe tenía sus tropas escalonadas hasta el río, por las colinas de Stansbury, y la caballería de Stuart formaba en orden de batalla detrás de su artillería. El ejército de Lee constaba de unos ochenta mil hombres, y tenía además magníficos cañones de grueso calibre y una caballería excelente, sin contar sus imponentes baterías y su posición casi inexpugnable. En resumen, el general separatista, como hábil ingeniero, había sabido improvisar en Fredericksburg líneas verdaderamente formidables, de las que debería ser muy difícil apoderarse.

Por su parte, el general Burnside no había perdido tampoco el tiempo, y reunido ya todo su material de campaña, incluso el tren de batir, hizo levantar baterías en todas las alturas de la orilla izquierda, sobre todo en las de Stafford y de Forrest, y ya el 10 de diciembre disponía de unas ciento cincuenta piezas para romper el fuego cuando lo creyese oportuno. Su objeto era forzar el paso por las inmediaciones de Fredericksburg y atacar después de frente y de flanco las posiciones del enemigo, para cuya peligrosa empresa contaba con la superioridad de su artillería rayada y con el entusiasmo de sus ciento cuarenta mil hombres, dispuestos a lanzarse a la pelea en favor de la causa cuya defensa habían abrazado. El ataque de la derecha fue confiado al general Sumner, cuyas tropas juntamente con las del general Hooker, que mandaba el centro, componían un total de sesenta mil hombres, cuando menos, mientras que Franklin, encargado del ala izquierda, tenía a su disposición unos cuarenta mil.

En la noche del 10 al 11 de diciembre de 1862 se comenzó la construcción de seis puentes, a fin de que las tropas pudiesen atravesar el río con toda facilidad; los tres primeros pudieron echarse sin oposición del enemigo, gracias a un ataque simulado, mas no sucedió lo mismo con los otros, pues un gran número de diestros tiradores emboscados en las primeras casas de Fredericksburg, obligaron a los pontoneros a dejar su trabajo, y entonces fue preciso dirigir contra la ciudad el fuego de las baterías de la orilla izquierda, siguiéndose un gran bombardeo al que no contestaron los

separatistas sino débilmente. Sin embargo, los tiradores que se habían hecho fuertes en Fredericksburg, lejos de intimidarse ante las balas enemigas, continuaron haciendo un fuego mortífero, y a no dudarlo iban a impedir la construcción de los demás puentes, cuando se presentó el general Burnside preguntando si habría voluntarios para franquear el río y despejar la orilla derecha. Todo el regimiento de Michigan y dos de Massachusetts se ofrecieron al momento; dirigiéndose con el mayor arrojo hacia los tiradores enemigos, dispersáronlos por completo, y los pontoneros pudieron comenzar de nuevo su trabajo, que se terminó a eso de las once de la noche. Esto costó trescientos hombres a los federales, que en cambio hicieron treinta y cinco prisioneros al enemigo⁴⁴.

Poco después comenzó a pasar una parte de las tropas federales, a cuya cabeza iba el general Franklin; las avanzadas se reunieron luego y rechazaron los primeros piquetes del enemigo que encontraron al paso, pero las baterías del enemigo no hicieron por esto un fuego muy nutrido: hubiérase dicho que el general Lee temía abusar demasiado pronto de su fuerza y de su posición, y que no quería desanimar a los federales, a fin de atraerles mejor a lo que para él era un lazo hábilmente tendido.

Aunque el tiempo era algo frío y la tierra se hallaba cubierta de escarcha, amaneció el día 12 templado, y en el valle de Rappahannock fue extendiéndose poco a poco una densa niebla, que impidió por algún tiempo se formaran las columnas de asalto, pero a eso de las once de la mañana un sol brillante despejó la atmósfera, y entonces el general Sumner lanzó al ataque de las alturas de Marye a toda la división Cook, en tanto que la división Hancock desembocaba atrevidamente por la parte de la ciudad, bajo la protección de las baterías de la orilla izquierda del río, protección que por cierto no fue muy eficaz.

Era de ver la bravura, la admirable serenidad con que los batallones federales avanzaban al ataque de las alturas de Marye en aquel día de fatal recuerdo. Recibidos por una lluvia de balas y proyectiles de todas clases, hicieron alto un momento, se desplegaron en ala, avanzaron de nuevo, volvieron a detenerse un instante y se replegaron al fin dejando a su paso montones de cadáveres; aquello era una carnicería espantosa, y a buen seguro que no se habrá visto a ningún hombre arrostrar la muerte con tanta intrepidez como aquellos bravos, pero todo era completamente inútil. La brigada irlandesa de Meagher, sobre todo, avanzó resueltamente contra el muro de piedra que servía de parapeto a los separatistas, e hizo esfuerzos sobrehumanos para desalojar al enemigo, pero a las primeras descargas perdió la mayor parte de su gente, y hubo de retirarse para dejar su puesto a otras divisiones⁴⁵. Las brigadas de Hancock y de French avanzaron sucesivamente contra aquellas fatales alturas erizadas de baterías, mas por desgracia esto sólo sirvió para aumentar el número de las víctimas, pues la brigada Barksdale, perfectamente parapetada, hacía impunemente fuego sobre sus enemigos, sembrando entre ellos la muerte y el exterminio. Después de cuatro o cinco ataques consecutivos, el cuerpo de ejército de Franklin, las divisiones de Howard y de Wilcox, y cuantas

44 Entre los voluntarios que se ofrecieron para cruzar el río, hallábase el reverendo Arturo B. Fuller, capellán del regimiento de Massachusetts, el cual cayó muerto de un balazo al atacar la orilla opuesta.

45 El general Meagher decía en su parte oficial: «De los mil doscientos hombres que entraron en fuego, sólo doscientos ochenta contestaron a la lista al día siguiente, y en este primer encuentro perdieron además la vida o quedaron gravemente heridos los coroneles Heenan, Mulholland, Bardwell y otros muchos oficiales de distinción.»

El corresponsal del *Times*, que se hallaba en las alturas de Marye observando las peripecias de la batalla, escribió en el cuartel general de Lee curiosos detalles para su periódico, y decía entre otras cosas: «A la división irlandesa, mandada por el general Meagher, se confió principalmente la empresa desesperada de atacar las alturas de Marye, después de haberse formado en orden de batalla bajo el mortífero fuego de las baterías de los separatistas. Ni en Fontenoy ni en Waterloo se batieron nunca con tan indomable intrepidez los hijos de la verde Erin, ni se concibe mayor arrojo que el que mostraron al atacar seis veces consecutivas la casi inexpugnable posición de sus enemigos. No creo que a mortal alguno le hubiera sido dable apoderarse de aquella posición, tal como estaba defendida, y delante de la cual perdieron inútilmente su vida tantos hombres. Los montones de cadáveres que se veían a cuarenta varas de distancia de los cañones, bastaban para probar qué clase de hombres eran los que habían desafiado a la muerte con la indomable bravura de una raza que se ha cubierto de gloria en miles de batallas y que dio una prueba más de su intrepidez sublime en las alturas de Marye el 13 de diciembre de 1862.»

habían tomado parte en el primer encuentro, se replegaron, y llegada la noche, las diezmadas tropas de Sumner se retiraron a la ciudad, llena ya de muertos, de heridos y de ruinas.

El general Franklin, quien según ya hemos dicho mandaba el ala izquierda con numerosas tropas, había recibido la noche antes un refuerzo de dos divisiones, de modo que contaba ya con cincuenta y cinco mil hombres, es decir, casi la mitad del ejército federal. Parece ser que Burnside deseaba que Franklin atacase con el grueso de las fuerzas, pero es el caso que este jefe no recibió la orden sino después del fatal encuentro, y si con ella se quería indicar a Franklin definitivamente que atacara con el grueso de sus fuerzas, debió dictarse la orden con la claridad y precisión que exige el servicio militar, tratándose sobre todo de comunicaciones importantes en que es preciso evitar a toda costa la vaguedad y dar los detalles lo más minuciosamente posible⁴⁶. Un Massena o un Blucher hubiera tenido seguramente bastante con esta orden para atacar de una vez con todas sus fuerzas, dejando que las tropas de Hooker defendieran los puntos y formasen la reserva, mas para un Franklin era preciso explicarse en términos menos equívocos. Basta decir, que aun hoy día y después de los muchos comentarios que se han hecho, sería difícil explicar exactamente cuál era el proyecto de Burnside; de todos modos, el hecho es que sus generales no lo supieron, resultando de aquí que no se obrara con la precisión que era de esperar. Según el contenido de la orden, las tropas debían ponerse en movimiento tan pronto como se disipase la niebla, y cada uno de los generales debía lanzar sobre dos puntos designados una división al menos, bien apoyada para asegurar la retirada, etc.; ahora bien, preciso es convenir que prescripciones de semejante naturaleza hacen vacilar a los que las reciben, sin permitirles que se fijen con seguridad; nada mas natural que se tratase de averiguar- cuáles eran las fuerzas del enemigo con dos divisiones de vanguardia, mas para esto hubiera sido necesario dictar al mismo tiempo algunas disposiciones eventuales para el caso de trabarse una acción general. Nada decía de esto la orden dirigida a Franklin, pues en ella, al mismo tiempo que se le prevenía se apoderase inmediatamente, *con una división al menos*, de las alturas de Capt. Hamilton, prescribíasele que preparara todas sus tropas *para un rápido movimiento, bajando por el antiguo camino de Richmond*, y esto equivalía a darle dos órdenes enteramente distintas, poniéndole en el caso de vacilar en la elección. Además de esto, no se fijaban las horas de ataque de las columnas, y no había medio de saber si su acción debía ser sucesiva o simultánea, pues podían admitirse ambas hipótesis; tampoco era fácil comprender el cómo, operando vigorosamente en la extrema derecha al mismo tiempo que sobre la izquierda del enemigo, se llegaría a cortar su centro, según lo indicaba el general Burnside. Vemos pues qué enojosos contratiempos precedieron a la batalla de Fredericksburg, tan funesta para los federales. Hecha esta digresión, acabaremos de referir cómo terminó tan sangrienta jornada.

La gran división de Franklin, que, según ya hemos dicho, constaba de cuarenta mil hombres, se componía de dos cuerpos de ejército, uno al mando de Reynolds con diez y seis mil infantes, otro a las órdenes de W. F. Smith, con veintiún mil, y la caballería mandada por Bayard. A eso de las

46 La orden de Burnside decía así:

«El general Hardie, que permanecerá con vos todo el día, es el portador de este despacho, por el cual se os previene que tengáis preparadas todas vuestras tropas para efectuar un rápido movimiento, bajando por el antiguo camino de Richmond desde donde destacaréis inmediatamente una división cuando menos, que pasando por Smithfield, deberá apoderarse si es posible de las alturas conocidas con el nombre de Capt. Hamilton, situadas cerca de Massaponax. Esta división irá convenientemente apoyada y cuidará de asegurar la retirada. Se ha dado orden también al general Sumner para que avance a lo menos con una división por el camino de Planchas hasta el punto donde se intersecta con el camino del telégrafo, siendo el principal objeto apoderarse de las alturas que dominan estas dos vías, pues de este modo se obligará al enemigo a evacuar toda la zona de colinas que se extiende entre estos puntos. Sumner marchará en columnas a una distancia respetable para evitar toda colisión que pudiera ocurrir en un movimiento general. Dos divisiones del general Hooker marcharán a vuestra retaguardia para apoyaros, y pronto se enviarán copias de las instrucciones para los generales Sumner y Hooker. Tened todas las tropas dispuestas a fin de que puedan ponerse en marcha tan pronto como se disipe la niebla. El santo y seña que debe darse a todas las compañías si es posible será la palabra Scott.

»Tengo el honor de ofrecerme con el mayor respeto vuestro afectísimo servidor,

»Firmado: John G. Parker, jefe de estado mayor.

»Al mayor general Franklin, comandante en jefe de la gran división del ejército del Potomac.»

nueve de la mañana Reynolds avanzó sobre la izquierda en tanto que Meade lo hacía por el centro sufriendo el fuego de las baterías del enemigo, que le obligaron a detenerse, si bien continuó luego adelantando en tanto que una de las divisiones de Hooker llegaba en su apoyo seguida de las tropas de Birney y de Gibbon. Una vez formado en línea de batalla todo el cuerpo de ejército de Reynolds, Meade se aproximó resueltamente a las alturas más cercanas que se veían al frente, y a los pocos momentos trababa el combate con las tropas del general A. P. Hill, cuyas dos primeras brigadas retrocedieron, dejando en poder del enemigo unos doscientos prisioneros. En aquel breve combate cayó herido de muerte el general unionista Gregg, cuando trataba de formar en línea a los dispersos tiradores de Orr.

Los separatistas, sin embargo, iban reuniendo todas sus fuerzas: bien pronto llegó la división de Early, compuesta de las brigadas de Lawton y Trimble, en apoyo del general Hill, y entonces la división Meade, así como las demás tropas que la apoyaban, no pudiendo resistir a la superioridad del número, comenzaron a retirarse, no sin sufrir considerables pérdidas; al llegar a la vía férrea, los federales trataron de hacer frente a sus perseguidores, pero de nuevo se vieron precisados a ceder el terreno ante una impetuosa carga de los confederados, quienes cogieron entonces una infinidad de prisioneros.

El general Meade, que había mandado a pedir auxilio, fue reforzado a poco por el general Gibbon, el cual avanzaba sobre su derecha mientras una de las brigadas de Birney lo hacía por la izquierda, por cuyo medio fue ya posible, no sólo contener, sino rechazar al enemigo. Entonces la división Meade, que había perdido mil setecientos setenta hombres de los seis mil que tomaron parte en la acción, en la cual murió C. F. Jackson, uno de sus generales, quedando gravemente herido el coronel Sinclair, comenzó a retirarse en buen orden, mientras que algunos soldados sacaban del campo de batalla al general Gibbon, herido igualmente de un casco de metralla.

La división Sickles, que seguía de cerca a la de Birney, entró a su vez en línea, y aun cuando el cuerpo de ejército de Smith, compuesto de veintiún mil hombres, se había quedado cerca de Fredericksburg, sin tomar parte en la lucha de una manera decisiva, los federales presentaban un centro tan compacto en su nueva posición, que Stonewall Jackson no creyó prudente tomar la ofensiva hasta llegada la noche, en cuya hora tampoco le pareció conveniente atacar⁴⁷. Los federales por su parte no avanzaron desde un principio, porque el ala izquierda del cuerpo de ejército de Reynolds tenía ante sí a la caballería de Stuart y una batería enemiga cuyos fuegos cruzados molestaban mucho a las tropas que llegaban desde el Rappahannock. Un regimiento de Nueva York recibió al momento orden de apoderarse de la batería a toda costa, pero fueron inútiles todos sus esfuerzos, así como también los del general Tyler, que se vio rechazado con numerosas pérdidas. El fuego mortífero de los separatistas contuvo una tercera carga, pero como en aquel momento llegasen numerosas tropas de refresco, el enemigo fue concentrándose gradualmente hacia el Massaponax, donde se mantuvo firme hasta que, llegada la noche, cesó el fuego y el combate.

Las pérdidas de los federales en aquella encarnizada y sangrienta batalla no bajaron de quince mil hombres, por más que en el parte oficial no aparezcan sino trece mil setecientos setenta y uno en la forma siguiente:

	<i>Muertos</i>	<i>Heridos</i>	<i>Extraviados</i>	<i>Total</i>
División Hooker	327	2.469	752	3.548

47 El general Jackson decía ingenuamente en su parte oficial:

«Rechazado en su izquierda y derecha, así como también en el centro, el enemigo reforzó poco después sus líneas, pareciendo dispuesto a renovar el ataque. Yo esperé a pie firme, pero como los federales no avanzaban, pensé por un momento tomar la ofensiva, aun cuando la artillería del enemigo estaba situada de tal modo, que era muy peligroso para nuestras tropas avanzar por la llanura. A fin de asegurar el éxito, evitando un desastre, aplacé el movimiento hasta la noche, a fin de aprovecharme de la oscuridad en el caso de ser necesario emprender la retirada. Contratiempos imprevistos impidieron que todo estuviese dispuesto para la hora prefijada, y como a poco rompiera el fuego la artillería del enemigo, barriendo todo el terreno que ocupábamos, desistí por completo del ataque.»

Cuerpo de ejército de Franklin	333	2.430	1.911	4.679
División Sumner	480	4.159	855	5.494
Ingenieros	7	43	–	50
Total	1.152	9.101	3.518	13.771

De todas estas pérdidas ninguna fue seguramente tan sentida como la del mayor general George D. Bayard, jefe de la caballería unionista, que, herido mortalmente de un casco de metralla, murió aquella misma noche a los veintiocho años de edad, y en vísperas de casarse ventajosamente. Su muerte causó un dolor profundo a muchas personas que le profesaban la más tierna amistad.

El general Lee aseguraba en su parte oficial no haber perdido sino mil ochocientos hombres, pero esto no debe ser exacto, pues sólo de los partes de Longstreet y de Jackson resultan cinco mil bajas, que sin temor de engañarse mucho, pueden calcularse en seis mil, contando quinientos prisioneros no heridos. Lee anunciaba haber cogido por su parte novecientos de estos últimos y nueve mil armas de todas clases⁴⁸.

Así terminó lo que el corresponsal del *Times*, que tomaba sus apuntes en el cuartel general de Lee, llamó *un día memorable para la historia de la decadencia de la república americana*, pero que realmente no fue sino un día de luto en que se vertió sangre preciosa que debía, no obstante, regenerar una república engrandeciéndola a los ojos del mundo.

Si no mediase su propio testimonio, parecería increíble que al día siguiente de una sangrienta derrota resolviese el general Burnside atacar de nuevo al enemigo por el mismo punto donde se habían perdido diez mil hombres al tratar de apoderarse de una posición casi inexpugnable⁴⁹. Seguramente se hubiera presenciado una segunda carnicería tan espantosa como la primera, pero gracias a las prudentes y oportunas advertencias del general Sumner, que nunca se quedaba atrás cuando se trataba de atacar al enemigo, y merced igualmente a las protestas de todos los jefes del

48 El general Longstreet manifestaba en el parte que sus pérdidas eran las siguientes:

Muertos:	251
Heridos:	1.516
Extraviados:	127
Total:	1.894

Lo cual da para ambos jefes una pérdida de cinco mil trescientos nueve hombres, entre los cuales se contaban varios oficiales de distinción.

49 En el testimonio presentado por Burnside ante la comisión de guerra para dar cuenta de su conducta, decía lo siguiente, entre otras cosas:

«Nuestros dos primeros ataques fueron rechazados, si bien pudimos conservar una parte del terreno donde se trabó el combate.

»Aquella misma noche recorría el campamento, y como estuve con los oficiales y soldados hasta el amanecer, pude observar que por lo general no se deseaba renovar el ataque a la mañana siguiente.

»Entrado ya el día volví a mis cuarteles, y después de conversar largamente con el general Sumner, manifestéle que deseaba que a la mañana siguiente se formase en columnas de ataque el cuerpo de ejército que yo mandaba antes, compuesto de unos diez y ocho regimientos, a fin de asaltar las líneas del enemigo. En mi concepto, estos regimientos, sucediéndose rápidamente unos a otros en el ataque, podrían apoderarse del muro de piedra y de las baterías más próximas, obligando al enemigo a pasar a su segunda línea de defensa sin darle tiempo para romper el fuego. Dicho esto me separé del general Sumner en esta inteligencia, previniéndole diese la orden, que en efecto fue comunicada, formándose al efecto la columna de ataque.

»A la mañana siguiente, poco antes de que la columna se pusiera en marcha, acercóse a mí Sumner y me dijo: «General, yo espero que desistiréis del ataque, pues tengo entendido que no lo aprueba ninguno de los jefes, y por mi parte creo que podrá ocurrir un segundo desastre.» Semejante advertencia hecha por un hombre como Sumner, que siempre deseaba ser el primero en acometer al enemigo, cuando era posible, me hizo vacilar, y dando orden para que no avanzase la columna, mandé llamar a los demás jefes a fin de consultarlos. Todos ellos se declararon unánimemente en contra del ataque, incluso el mismo general Franklin, y en vista de ello, desistí de mi proyecto, comprendiendo que no debía yo cargar solo con toda la responsabilidad, aun cuando creyera que nuestras tropas podrían apoderarse de la posición del enemigo.»

ejército, no se incurrió en semejante locura, y Burnside cedió, evitándose así un sacrificio inútil que hubiera costado mucha sangre.

En los días 14 y 15 ambos ejércitos continuaron en sus respectivas posiciones, uno en presencia de otro: Lee se fortificaba cada vez más, por si acaso le atacaba el enemigo, pero al fin Burnside resolvió cruzar el río con todas sus tropas, excepto el cuerpo de ejército de Hooker, a fin de seguir ocupando a Fredericksburg. Sin embargo, habiéndole indicado este último jefe que no sería posible conservar la ciudad, Burnside resolvió retirarse con todas sus tropas, cuyo movimiento se llevó a cabo durante la noche del 15 sin sufrir pérdida alguna de consideración. En la plaza sólo quedaron algunos heridos de gravedad y una considerable cantidad de municiones, de cuya custodia se encargaron varios piquetes, pero Franklin no perdió un solo hombre ni abandonó un cañón que pudiera servir de trofeo de aquella sangrienta victoria. Los federales tuvieron también la precaución de recoger sus puentes a fin de evitar que el enemigo pudiera utilizarse de ellos. Al día siguiente los separatistas volvieron a ocupar a Fredericksburg, dispersando a los piquetes federales, y desde entonces ambos ejércitos quedaron separados por el Rappahannock, que siempre había sido el límite y la línea divisoria de dos reinos hostiles.

Antes de efectuar este movimiento, los federales esperaban ser acometidos por los separatistas, pero Lee no creyó prudente abandonar su posición ni atacar las baterías enemigas situadas en la orilla izquierda, exponiéndose a un desastre, como el de que fueron víctimas los unionistas. Seguramente ignoraba el general Lee cuán numerosas eran las pérdidas de sus enemigos, pero aun cuando lo hubiese sabido, era natural que no quisiera arriesgarse a sufrir una derrota después de obtener tan ruidosa victoria. El general Jackson lo aconsejó así, y este consejo era tan acertado como prudente: hacer avanzar a las tropas, arrostrando el fuego de la artillería enemiga, convenientemente situada en la orilla opuesta del Rappahannock, era imitar la torpeza en que incurrió Burnside, y Lee no pudo aventurarse a perder quince mil hombres como lo hicieron los federales⁵⁰. Así pues, el jefe separatista no se opuso a que el enemigo emprendiera la retirada por sus frágiles puentes sin molestarle en lo mas mínimo, y bien hubiera podido decirse que Lee sabía mejor vencer que aprovecharse de la victoria. De todos modos, preciso es reconocer que su reciente triunfo bastaba por el pronto para satisfacer su amor propio, pues además de la gloria de haber desbaratado los grandes proyectos del general unionista, sus pérdidas eran insignificantes comparadas con las que sufriera el enemigo.

La derrota de los federales, precisamente cuando se acababa de confiar el mando del ejército a Burnside, causó en el Norte una profunda sensación, y como es natural, las Cámaras federales se ocuparon del hecho, disponiéndose acto continuo que se abriera un informe a fin de averiguar de parte de quién estaba la falta. Al principio se designaba a Franklin, a quien se acusó de no haber obedecido las órdenes del general en jefe, dando lugar con esto a que el ejército quedara derrotado en vez de obtener una brillante victoria. Ahora bien, esta acusación, que comenzó a circular desde el día siguiente a la batalla y se publicó en los periódicos, carecía de fundamento, como ya comprenderán nuestros lectores, pues sabido es que Franklin no faltó a la obediencia ni dejó de tener energía; la falta, si falta se había cometido, y en el caso de no achacarla a incidentes imprevistos, debía recaer sobre el mismo general en jefe. No era preciso de ningún modo atacar de frente una posición tan fuerte como la de los separatistas, pues prescindiendo de que no se aseguraba la retirada a todas las tropas que tomaran parte en la acción, hacíase preciso dejar muchas

50 La orden general del día publicada por Lee con fecha 21 de diciembre, en la cual felicitaba al ejército por su victoria, decía entre otras cosas lo siguiente:

«El numeroso ejército enemigo terminó sus preparativos de ataque sin interrupción alguna, y dio la batalla en la hora que le pareció más conveniente y en el terreno *elegido por sus jefes*.

»Veinte mil hombres de nuestro valeroso ejército sostuvieron el choque, y las columnas enemigas, destrozadas y desbaratadas, retrocedieron en desorden en medio de una carnicería tan espantosa, que se dieron por muy contentos con evitar la muerte todos aquellos que avanzaron contando como segura la victoria.»

Vemos que esto no es del todo exacto y nos parece que estas erróneas apreciaciones no dicen bien en un gran soldado y jefe de tanta nota como Lee.

fuerzas ociosas para guardar los puentes, y tampoco era posible emplear convenientemente la artillería. El general Burnside debió haberse propuesto desalojar a Lee maniobrando sobre sus flancos, y al decir esto, no es nuestro propósito acusar a este jefe, cuyos errores más bien parecen proceder de una falta de experiencia para conducir un gran ejército, que de una falta de celo, de energía o de valor. Burnside había preparado su ataque bastante de antemano, y una vez comenzada la acción, dio pruebas de actividad, de valor y de sangre fría, pero esto no podía compensar el defecto de sus primeras disposiciones, o más bien la ausencia de éstas: aun cuando se tenga el mejor telégrafo del mundo, no bastaría para dirigir la acción de catorce divisiones formadas en dos grandes columnas, cuando los jefes no saben exactamente lo que se espera de ellos y lo que deben hacer.

Por lo demás, Burnside no trató de echar la culpa a nadie, y muy lejos de esto, cargó con toda la responsabilidad al redactar su informe para el general Halleck, si bien se asegura que en cartas confidenciales dirigidas al Gobierno, se quejó de algunos de sus oficiales, especialmente del general Hooker, que parecía empeñado en hacerle la contra. Semejante estado de cosas no podía menos de ocasionar una crisis entre los diversos jefes, y en efecto, estaba muy cercano el día en que Burnside debía dejar el mando del ejército del Potomac. Mientras que las tropas se reorganizaban y su jefe formaba nuevos planes de campaña, continuábanse las averiguaciones, tanto oficial como oficiosamente, acerca de la conducta de Burnside, y llegó el caso de que todos los oficiales superiores del ejército, en uso de su derecho, hicieran al Gobierno sus observaciones por escrito, hasta el punto de que, molestado ya el Presidente, mandó llamar a Burnside a Washington a fin de que manifestara cuál era el espíritu que predominaba en el ejército. A consecuencia de esto, celebraron ambos una larga conferencia, y al día siguiente volvió el general a reunirse con sus tropas, pero no quiso continuar las operaciones militares sin purgar a su ejército de los elementos de oposición e indisciplina que paralizaban sus esfuerzos poniéndole en mal lugar con el Gobierno de Washington. Esto sobre todo fue lo que le indujo a redactar su orden general, número 8, por la que relevaba del servicio a ciertos jefes, entre los que se contaban los generales Hooker, Brooks, Newton, Franklin, Smith, Cochrane, y Taylor, pero antes de publicarla, y siguiendo el consejo de un amigo, quiso someterla al Presidente para su aprobación.

Disgustado por el mal giro que iba tomando este asunto, aunque convencido de la oposición sistemática que se hacía contra Burnside, incompatible con la unidad y armonía que deben existir en todo ejército, el Presidente Lincoln reflexionó durante algunos días, pero persuadiéndose al fin de que el general en jefe no conseguiría triunfar de los obstáculos que podrían presentársele, decidióse a sacrificar a Burnside, y en 25 de enero le notificó que no se aprobaba su orden, número 8, y que por lo tanto quedaba aceptada su dimisión. El general Burnside quiso protestar y hacer público que él no dimitía, mas le aconsejaron que no diese ningún paso, y al fin se convino a servir donde el Gobierno tuviera a bien enviarle. De este modo cesó Burnside en el mando del ejército de Potomac. También Franklin fue relevado de sus funciones, mientras el general Hooker, que no había tomado parte en la jornada del 13 de diciembre, obtuvo el mando en jefe del ejército del Potomac. El general Sumner pidió permiso para retirarse del servicio, y poco después murió en Syracuse a los setenta y dos años de edad.

El nombramiento del general Hooker, uno de los veteranos del ejército regular y también de los voluntarios, fue acogido favorablemente por las tropas y por el país, y de este modo el Gobierno, que como era natural, atendía sobre todo a sus intereses, llegó a desembarazarse sin gran esfuerzo de cuatro generales de encontradas opiniones y diversa popularidad, es decir, de McClellan, Porter, Burnside y Franklin, quedando en lugar de estos el general Hooker, quien, según dicen, participaba de las opiniones del Presidente en las cuestiones políticas que comenzaban a dividir al Norte. La reputación de este jefe era entonces muy grande, acaso un poco exagerada; excelente táctico y buen soldado, nadie dirigía mejor que él un ataque contra el enemigo, pero el mando supremo exige otras cualidades que Hooker no poseía en alto grado. No obstante, esperábanse de él prodigios, y sobre todo que continuaría con vigor las operaciones de la campaña, lo cual parecía dispuesto a cumplir el

nuevo general en jefe, separado solo entonces de su enemigo por el Rappahannock, en cuyas orillas establecieron ambos ejércitos sus cuarteles de invierno hasta fin de abril de 1863.

Cuando el general Hooker se encargó del mando del ejército del Potomac, vio que estaba completamente desmoralizado y que era preciso restablecer la disciplina entre las tropas, pues no pasaba día sin que desertaran cuando menos doscientos hombres, atendido que muchos soldados recibían clandestinamente trajes de paisano de sus parientes y amigos a fin de facilitar su fuga y retirarse de un servicio de que ya se iban cansando. Según los registros de filiaciones, resultaban ausentes nada menos que dos mil novecientos veintidós oficiales y ochenta y un mil novecientos sesenta y cuatro subalternos entre sargentos y soldados, muchos de los cuales se hallaban seguramente enfermos en su hospital respectivo, si bien era de creer que la mayoría había desertado⁵¹. El general Hooker consagró los dos primeros meses a restablecer la disciplina, perfeccionar la organización y enardecer el espíritu de sus tropas, y en esto procedió con tal tino, que muy pronto tuvo un ejército, que tanto por el número de soldados como por sus buenas disposiciones, era superior a cuantos se habían visto en aquel continente, excepto, no obstante, el que mandaba Mc Clellan durante los tres primeros meses de 1861. Este ejército se componía de unos cien mil infantes, diez mil artilleros y trece mil jinetes, siendo de advertir que hasta entonces no se había visto un cuerpo de caballería mas lucido en todo el territorio americano, pues como en el Sur empezaban a ser muy escasos los caballos y el forraje, no era fácil organizar un cuerpo de esta arma que pudiera competir con el del Norte.

Terminados ya todos los preparativos, Hooker destacó a Stoneman en 13 de abril de 1863 con la mayor parte de su caballería, previniéndole cruzara el río por más allá de la vía férrea de Orange y Alejandría, a fin de atacar a la caballería separatista al mando de Hugo Lee, que en su concepto constaba de unos dos mil jinetes. Hecho esto se apoderaría de Gordonsville, en cuyo punto, así como en todo el espacio que se extiende entre Fredericksburg y Richmond, debía cortar los telégrafos, interceptar las comunicaciones y destruir los puentes, hostigando lo más posible al ejército enemigo, que a no dudarlo se retiraba entonces hacia Richmond. El espíritu de las instrucciones comunicadas a Stoneman podía traducirse del modo siguiente:

«Sea siempre vuestra divisa pelear, y no abandonéis un momento la lucha, teniendo presente que el tiempo es precioso para nuestros jefes.

»A vos corresponde, general, tomar la iniciativa de las operaciones de ese grande ejército, y de vuestro acertado mando y reconocida pericia, dependerá seguramente el éxito de la campaña. No olvidéis que la celeridad, la audacia y la resolución son el todo en la guerra, especialmente tratándose de empresas como la que tenéis ahora el encargo de acometer.»

La caballería unionista se puso inmediatamente en marcha en dirección al Oeste, destacando de vanguardia una división, pero habiendo empezado a llover copiosamente, creció de tal modo el río, que fue preciso enviar un parte para que volviera; una serie de esas tempestades, tan comunes en el mes de abril, puso en tal estado los caminos, a causa sobre todo de la impetuosidad de las corrientes, que se creyó necesario aplazar el movimiento hasta el 28, lo cual fue muy acertado, pues entonces precisamente, el general separatista Longstreet, destacado por Lee con tres divisiones, se dirigía contra el general Peck, situado cerca del río James.

El día 28, pues, las columnas franquearon el Rappahannock por el vado de Kelly, a cuatro o cinco millas mas allá de la confluencia de este río con el Rapidan; desde este punto el ala derecha se dirigió hacia el sur marchando siempre en dos columnas, Meade por la izquierda, y Howard y Slocum por la derecha. El primero cruzó el Rapidan por el vado de Ely's, el segundo por el de Germania Mills, y ambos se reunieron luego en Chancellorsville. Entre tanto el cuerpo de ejército de Couch se aproximó, cuidando de ocultar su movimiento lo mas posible, a los vados de la Unión

51 Así se consignaba en el informe del general Hooker, pero es de creer que en este enorme total se comprendían todos aquellos que desertaron del ejército desde la organización de éste, así como también los enfermos y heridos que se hallaban en los hospitales.

y de Banks, dispuesto a cruzar cuando los protegiese la vanguardia, y llegado el momento, sin que ocurriese contratiempo alguno, Couch pasó a la orilla opuesta por un puente de barcas sin perder un solo hombre. El general Hooker inspeccionaba desde Morrisville este movimiento.

Chancellorsville, que ni siquiera puede llamarse pueblo, pues no se encuentra allí mas que una sola casa, que es un magnífico edificio de ladrillo con varias dependencias, se hallaba a unas doce millas al oeste de Fredericksburg; dos malos caminos conducen a los vados de la Unión y de Banks, y en los alrededores se extienden vastísimos bosques muy distintos entre sí, pues mientras los unos son muy espesos, los otros pueden cruzarse fácilmente.

Alrededor de la casa de Chancellorsville hay una llanura cultivada que se extiende hacia el oeste; en la dirección de los vados se elevan algunas colinas, y entre estas serpentea un riachuelo afluente del Rappahannock. Tal era el punto que Hooker había elegido para establecer el centro de una posición defensiva, así como también su cuartel general.

El importante movimiento de los federales se había llevado a cabo con el mayor acierto, pues se hizo creer al enemigo que se trataba de cruzar por más abajo de Fredericksburg: la división Sedgwick se encargó de echar los puentes, protegida por las de Reynolds y Sickles, y terminada la operación al amanecer del día 29, cruzó primeramente la división Brooks, la cual dispersó los piquetes que luego encontró al paso, despejándose el camino para las demás tropas. Acto continuo se recogieron los puentes, y sin más novedad que haber cambiado algunos tiros con el enemigo, reuniéronse todas las fuerzas en la orilla opuesta, de modo que Hooker se vio al fin al frente de unos setenta mil hombres concentrados en Chancellorsville y sus alrededores. Sólo Sedgwick tenía a sus órdenes veintidós mil infantes, mientras el general Gibbon, que seguía en su campamento de Falmouth, custodiando los depósitos de armas y municiones, contaba lo menos. con seis mil, de modo que en aquel punto reunían los federales un ejército de cerca de treinta mil hombres.

No puede negarse que Hooker había procedido con mucho tino y acierto en esta primera operación, pues con tal sigilo se practicó el movimiento, que Lee no tuvo tiempo de apercibirse, y el paso del Rappahannock se efectuó sin perder un solo hombre. El general Hooker estaba tan contento como si hubiese alcanzado una gran victoria; tanto es así, que se le oyó decir: «Tengo al ejército de Lee en una mano y al de Richmond en otra», y para dar a conocer al ejército su satisfacción, publicó la siguiente orden del día:

«Cuartel general del ejército del Potomac.

»Campamento cerca de Falmouth,

»30 de abril de 1863.

»El general en jefe tiene el gusto de anunciar al ejército que las operaciones de estos tres últimos días nos aseguran la victoria, pues el enemigo se verá precisado a retirarse sin aceptar la lucha o a salir de sus líneas de defensa para presentarnos la batalla en el terreno elegido por nosotros, en cuyo caso es segura su destrucción. El movimiento llevado a cabo equivale casi a una brillante victoria.

»Por orden del general Hooker,

»El Ayudante general, S. William Asst.»

No se comprende, sin embargo, por qué Hooker, que contaba con un ejército tan numeroso, se detenía en Chancellorsville, donde por orden suya se construían a toda prisa atrincheramientos. ¿Por qué ponerse a la defensiva en vez de marchar contra Lee para acometerle en sus líneas mismas antes de dejarle tiempo de prepararse al ataque y a la defensa? Parece ser que Hooker estaba persuadido de que en aquella posición tenía estrechados a los separatistas de tal modo, que estos se verían obligados a batirse con desventaja o a emprender la retirada apresuradamente; esto es a lo menos lo que se desprende de su orden del 30 de abril.

Los vados del Rappahannock, que se hallan hacia Fredericksburg, estaban custodiados por el general Anderson con tres brigadas compuestas de ocho mil hombres, pero Hooker había tomado sus medidas tan acertadamente, que no dio tiempo a los separatistas para pedir refuerzos, y de este

modo Anderson hubo de retirarse rápidamente por no contar con suficientes fuerzas para oponerse al paso del enemigo.

El general Lee, no obstante, vigilaba atentamente a sus contrarios, y hasta averiguar cuáles serían los designios de Hooker, permaneció tranquilamente en sus líneas, limitándose a practicar reconocimientos en los alrededores. Ya el 29 supo lo que proyectaban los federales, así como también que estos se habían dividido en dos grandes columnas con objeto de cogerle entre dos fuegos de frente, acometiéndole al mismo tiempo por la izquierda, y entonces, con esa prontitud y esa rapidez de comprensión que le distinguían, el general separatista no perdió tiempo en aprovecharse de las ventajas que le ofrecía su posición central. El 29 reforzó su izquierda, al mando del general Anderson, con dos columnas que debían replegarse a la mitad del camino de Chancellorsville, y el 30 marchó sobre este punto con todas sus fuerzas, compuestas de unos cincuenta mil hombres, sin dejar en las alturas de Fredericksburg más que algunos cañones y una escasa fuerza a las órdenes del general Barksdale. Cuando supo Lee que los federales ocupaban una buena posición en Chancellorsville, resolvió no dirigir el ataque principal por su frente, y pareciéndole que para contener al enemigo bastarían dos divisiones, dispuso que el general Jackson, con el grueso de las fuerzas, diese un rodeo para acometerle de improviso por su flanco, rechazándole hasta el río.

Esta maniobra, tan hábilmente combinada como llevada a cabo, obtuvo el mejor éxito: en la noche del 30 comenzó el general Jackson su movimiento con las tres divisiones de A. Hill, Rhodes y Trimble, en tanto que Lee desplegaba en ala delante de Chancellorsville las divisiones de Anderson y Mc Laws. El 2 de mayo por la mañana se hallaba ya Jackson ocupando sus posiciones, donde esperaba solo la orden de atacar al enemigo.

Habiendo practicado los federales un reconocimiento en dirección a Fredericksburg, sin encontrar a enemigo alguno, el general Hooker dispuso que avanzara la tercera división de Sykes, apoyada por otras fuerzas que, separándose un poco, se dirigieran hacia la parte oeste de Chancellorsville. Sykes resolvió entonces avanzar dos o tres millas más hacia la ciudad, pero apenas hubo recorrido una, cuando encontró numerosas fuerzas enemigas, y se trabó una obstinada refriega en la que resultaron numerosas pérdidas por ambas partes. Los separatistas extendieron su línea con la intención de flanquear a los federales, mientras Sykes trataba, aunque en vano, de reunirse con la división Slocum por su derecha, mas no pudiendo conseguirlo, y habiéndose destacado al general Warren para que llevara un parte a Hooker, éste envió a Sykes orden de retirarse, lo cual se hizo sin sufrir grandes pérdidas, a pesar de que el enemigo seguía de cerca a la retaguardia de los federales. Vemos pues que en el primer encuentro no era a Hooker a quien tocaba proclamar la victoria, y a fe que no era este muy buen precedente para conservar su prestigio. Apenas llegada la noche, los bosques que se extendían frente a la posición de los federales se hallaban literalmente infestados por los tiradores del ejército separatista, y en la cima de las colinas veíanse sus baterías, que rompieron el fuego sobre Chancellorsville en la mañana del sábado 2 de mayo de 1863.

La división Sickles, que acababa de llegar de Fredericksburg, había pasado a reforzar el centro del ejército federal, pero como a las ocho de la mañana llegase Birney con una división y manifestara que los separatistas adelantaban como para atacar el centro, Hooker dio orden de avanzar a Sickles y su división, apoyada por algunas fuerzas más, a fin de hacer frente al enemigo en caso necesario. A las diez de la mañana dispuso Birney que la batería de Clark rompiera el fuego sobre los tiradores del enemigo, los cuales se dispersaron bien pronto desordenadamente, y una hora después Sickles mandó a Birney que atacara a la primera columna de los confederados; dos baterías, convenientemente situadas, y una vigorosa carga, bastaron para rechazar a la columna enemiga, que dejó quinientos prisioneros en poder de los federales. La noche puso fin al combate, pero ya una parte de las tropas unionistas ocupaba todo el camino por donde poco antes pasaran las tropas de Lee.

De repente, numerosos fugitivos, procedentes de la retaguardia de Birney, trajeron la noticia de que acababa de ocurrir un gran desastre. Un movimiento simulado de los separatistas había

hecho creer al general Howard que estos se retiraban hacia Richmond, pero bien pronto debieron convencerse los federales de lo contrario. El general Stonewall Jackson acababa de desembocar del bosque repentinamente a la cabeza de veinticinco mil hombres, y sus columnas de ataque invadieron en un abrir y cerrar de ojos el campamento enemigo, lanzando gritos atronadores. La división Devens, que formaba la extrema derecha de los unionistas, sorprendida ante aquel imprevisto ataque, apenas tuvo tiempo para replegarse después de las primeras descargas, en una de las cuales quedó gravemente herido su jefe, y en el mayor desorden comenzó a retirarse hacia el camino de Chancellorsville con objeto de reunirse al general Schurz, pero esta división ya no estaba en su puesto, acaso por haber tenido que retirarse también. El regimiento de Connecticut, uno de los que más se resistieron, sufrió considerables bajas, entre las cuales se contaban dos coroneles y otros oficiales distinguidos; el desorden era espantoso, comenzaba a cundir el pánico, y a pesar de los sobrehumanos esfuerzos de los jefes, no fue posible contener a las tropas y reunir a los fugitivos, que en la mayor confusión se dirigieron a Chancellorsville, alarmando con esto a todo el resto del ejército.

Sickles se estaba preparando para un gran ataque, y ya había obtenido que Hooker le enviara un refuerzo de mil jinetes de la caballería de Pleasanton, cuando recibió la noticia de la derrota de Howard, noticia a que no quería dar crédito porque no había oído descarga alguna, pero de cuya certeza pudo convencerse bien pronto. No sólo estaban derrotadas las tropas de Howard, sino que los triunfantes separatistas se dirigían ya sobre su retaguardia, de tal modo, que cuando envió a pedir refuerzos a Hooker, éste le contestó que no era posible, pues los necesitaba él para hacer frente al enemigo e impedirle que se apoderara de Chancellorsville.

La situación de Sickles era verdaderamente crítica, aun cuando contaba con sus dos divisiones y su artillería, pero en aquel momento llegaba Pleasanton con parte de su caballería, reuniendo a los fugitivos, y habiéndosele dicho que era preciso dar una carga, volvióse Pleasanton hacia el Mayor Keenan, y le dijo: «Mayor, no podemos disponer sino de quinientos jinetes para contener a los veinticinco mil hombres de Jackson, pero es preciso que acometáis al enemigo en esos bosques y que ganéis tiempo mientras yo sitúo algunos cañones; es preciso que lo hagáis, cueste lo que cueste.» El noble patriota comprendía harto bien que aquella era su sentencia de muerte, pero sonriendo con calma, no contestó más que estas dos palabras: *¡Lo haré!* Diez minutos después el Mayor Keenan, acribillado de heridas, exhalaba el último aliento en el campo del honor, y a su lado caía también la mayor parte del regimiento, completamente destrozado, pero la carga contuvo por algunos momentos a los separatistas, dando tiempo a Pleasanton para formar una batería, sobre la cual esperaba que avanzase el enemigo.

No tardó éste en hacerse esperar: los batallones confederados ocupaban el bosque, y como iba aproximándose la noche, recurrieron aquellos a la reconocida estratagema (harto frecuente por una y otra parte) de desplegar una bandera para hacer creer que eran amigos. El general Pleasanton envió un ayudante para que averiguara si era cierto, pero un momento después los árboles del bosque parecieron agitarse al estruendo de la fusilería, y los separatistas se lanzaban a la carga a fin de apoderarse de los cañones, que sembraban la muerte en sus filas, sin que les fuera posible conseguir su objeto.

Enfrente de la batería de Pleasanton cayó mortalmente herido el intrépido general Stonewall Jackson, y según se dice, por sus propios soldados, pero como eran tan repetidos los disparos de la artillería y tan densa la oscuridad, es probable fuera víctima, como otros muchos, de las balas enemigas⁵². Los prisioneros cogidos por la caballería de Pleasanton le dijeron bien pronto que

52 En la vida de Stonewall Jackson, escrita por un ciudadano de Virginia, se dice lo siguiente al referir su desgraciado fin:

«El general Jackson ordenó a Hill que avanzara con su división, reservando sus tiros a menos que avanzara la caballería enemiga, y entonces, con ese ardiente entusiasmo, con ese espíritu guerrero que encubría su aparente calma, lanzóse en lo más recio de la pelea. Tal era su ardor en aquel crítico momento, y tal su ansiedad por observar los movimientos del enemigo, a quien ocultaba la espesura del bosque y la densa oscuridad de la noche, que se adelantó a sus soldados, exponiéndose al peligroso fuego de los tiradores federales.

Jackson estaba mortalmente herido, haciendo mención de otros oficiales notables que cayeron a su lado. Puede ser muy bien, no obstante, que efectivamente los soldados de Jackson hicieran fuego sobre su escolta creyendo que era una avanzada del enemigo. De todos modos, semejante pérdida era la mayor que podía sufrir cualquiera de los dos partidos tratándose de un solo hombre, pues si bien el general Sidney Johnston era hombre de profundos conocimientos militares y raro talento, no ejercía, sin embargo, sobre sus tropas esa influencia que tuvo siempre Jackson, ese don especial de enardecer a sus soldados, que admiraban, no solo su claro juicio y buen criterio, sino también su heroica intrepidez. Los ataques de Jackson estaban siempre bien calculados, y aquel cuidaba muy especialmente de no exponer las vidas de sus hombres en empresas inútiles o dudosas. En sus brillantes hechos de armas, la casualidad parecía favorecerle a veces, pero esto generalmente sucede con aquellos que, como Jackson, nunca se duermen cuando conviene estar despierto y que pueden hacer andar a sus tropas cuarenta millas en un día. Seguramente que todas las ventajas obtenidas por los separatistas en la ruda batalla de Chancellorsville no podían compensar la pérdida de un hombre como el general Stonewall Jackson.

Entre tanto, Pleasanton a quien no podía ya molestar tanto el enemigo, continuaba arreglando sus baterías, y al fin consiguió situar ventajosamente unos cuarenta cañones de tal modo, que con el apoyo de Sickles érale fácil sostenerse en su nueva posición. Sickles, que se había puesto ya en comunicación con Hooker, hizo avanzar a media noche a la división Birney, la cual rechazó al enemigo recobrando parte del terreno abandonado por Howard, después de lo cual fue a reunirse con las demás fuerzas de Chancellorsville, pues no había allí suficiente número de tropas para mero de tropas para hacer frente al enemigo. Parece que este movimiento no fue muy conveniente, atendido que los separatistas siguieron de cerca a los federales, cuya infantería llenaba todo el bosque, hostigándoles de tal modo, que hubieron de retroceder con la mayor precipitación, abandonando una pieza de artillería.

El ejército de Lee se hallaba concentrado casi en su mayor parte al frente de Hooker, siendo de advertir que el jefe separatista se hallaba protegido por los bosques que ocultaban la inferioridad del número de sus tropas, en tanto que Hooker, desanimado por la derrota de Howard, y no sabiendo a punto fijo si entre la espesura había solo un regimiento o una división, no se atrevía a exponer a su ejército a un segundo descalabro.

Al romper el día, los confederados hicieron adelantar fuertes columnas sobre los puntos más débiles, destacando al mismo tiempo sus batallones de tiradores, que amenazaban a cada momento

»Tan grave era el peligro en aquellos instantes, que uno de los oficiales de su estado mayor exclamó acercándose a él: General, ¿no os parece que sería mejor retiraros de este sitio?—El peligro está en todas partes, contestó Jackson; id a decir a Hill que avance a paso de carga!

»Poco después de haber dado esta orden, Jackson, seguido de su estado mayor y de su escolta, volvía a reunirse con el grueso de las fuerzas, pero desgraciadamente era tal la oscuridad (esto sucedió entre nueve y diez de la noche), que los separatistas creyeron que aquellos jinetes eran enemigos, y en su consecuencia, los tiradores, que estaban a derecha e izquierda del camino, hicieron fuego, resultando de esta equivocación un triste desenlace. El capitán Boswell, del estado mayor de Jackson, cayó muerto, y su caballo le arrastró hasta las líneas confederadas; el coronel Crutchfield quedó herido de gravedad, y con él dos ayudantes que fallecieron a las pocas horas, y el general Jackson recibió tres heridas, de las cuales dos eran mortales. La primera bala le atravesó el brazo izquierdo, dos pulgadas más abajo del hombro, destrozando el hueso y rompiendo la arteria principal; la segunda le pasó de parte a parte el mismo brazo entre el codo y la muñeca, destrozándole la mano, y la tercera, en fin, penetrando por la palma de la mano derecha, le rompió dos o tres huesos.

»Jackson cayó de su caballo, y al acercarse el capitán Wormly para cogerle en sus brazos, exclamó: ¡Todas estas heridas me las han hecho mis soldados!

»En aquel momento el enemigo avanzó de improviso, y los confederados hubieron de abandonar el cuerpo de Jackson, pero no se le descubrió, y poco después cargaron los separatistas, que entonces pudieron ya retirarle del campo de batalla sufriendo un fuego mortífero del enemigo. Uno de los que conducían la litera cayó muerto de un balazo, y Jackson cayó en el suelo, recibiendo una grave contusión que empeoró aun mucho más su estado. El fuego del enemigo era tan terrible, que Jackson estuvo aun cinco minutos más expuesto a sus tiros, mas al fin se le pudo recoger y conducirlo al hospital de Wilderness Run.

»El general Jackson murió ocho días después en Guineas Station, a cinco millas del sitio en que cayó herido. Sus restos mortales descansan en Lexington.»

un ataque, pero luego se vio que su principal objeto era avanzar directamente sobre Chancellorsville por el punto donde acababa de ser derrotado Howard. Nunca se había visto a ningún cuerpo de ejército cargar con tanta impetuosidad y temerario arrojo como el que mostraron los separatistas aquella mañana conducidos por el general Stuart: despreciando con la mayor indiferencia la muerte, arrojáronse sobre las tropas de Sickles, cuyos cañones sembraban la muerte en las filas enemigas, y aunque los soldados caían a centenares, eran reemplazados al instante por nuevos regimientos hasta que al fin Sickles, a quien se le iban acabando las municiones, envió un parte a Hooker pidiéndole refuerzos a fin de no perder su posición.

El Mayor Tremaine, portador del mensaje, no pudo hablar al general en jefe porque éste acababa de perder el conocimiento: una bala de cañón había partido pocos momentos antes una de las columnas de la casa de Chancellorsville, sobre la cual se apoyaba Hooker, quien cayó al suelo sin sentido, permaneciendo inmóvil, lo cual hizo creer a su estado mayor que estaba muerto o expirando, y a causa de este contratiempo no pudo llevar la respuesta del mensaje. Al ver Sickles que no llegaban refuerzos, y faltó ya de municiones, viose precisado a retirarse a su segunda línea de defensa, temiendo que sería necesario luchar cuerpo a cuerpo si le perseguía el enemigo, pero éste había sufrido tales pérdidas, que pasó media hora antes de que renovara el ataque.

De este modo se perdió un tiempo precioso, y durante una hora estuvo el ejército federal sin jefe: el general Couch, que era el más antiguo, pudo haberse encargado del mando hasta que Hooker volviera en sí, pero vaciló en hacerlo, y aunque French y Hancock acababan de atacar la izquierda del enemigo, que amenazaba el frente de Meade, a fin de auxiliar al paso a Sickles si era preciso, como éste último no recibió refuerzos, tuvo que replegarse después de haber rechazado cinco ataques consecutivos. Poco después el ejército federal comenzó a retirarse hacia el Rappahannock, dejando a Chancellorsville en poder del enemigo, cuyos cañones habían convertido su única casa en un montón de ruinas.

Sickles declaró luego ante la comisión de guerra que sólo su cuerpo de ejército y el de Slocum sostenían la posición cuando envió a pedir auxilios a Hooker, asegurando asimismo, que sólo con diez mil hombres más habría podido alcanzar la victoria. Si se tiene en cuenta el hecho de que Sickles hizo una infinidad de prisioneros y de que sus fuerzas eran inferiores, fácil es deducir que la posición se perdió por un contratiempo imprevisto o por una mala dirección, pero no por falta de valor en los unionistas⁵³.

Cuando el general Hooker hubo recobrado el sentido, volvió a encargarse del mando, pero ya había cesado casi el combate en aquel punto, pues el general Lee sólo se ocupaba entonces de Sedgwick, que proyectaba un ataque contra su retaguardia, ataque que no se llevó a efecto por haber enviado Hooker una orden previniendo a este jefe que cruzara por Fredericksburg, y avanzase luego por el camino de Chancellorsville, batiendo a todas las fuerzas que trataran de oponerse a su paso a fin de caer sobre la retaguardia del general Lee mientras Hooker atacaba el centro.

53 Sickles decía en su parte oficial: «Al terminarse la batalla del domingo, la batería del capitán Seeley, que fue la que hizo los últimos disparos en la batalla de Chancellorsville, había perdido cuarenta y cinco caballos, y sobre unos cuarenta hombres entre muertos y heridos, pero como este oficial era hombre muy orgulloso y de gran ambición, y tuvo suficiente tiempo para tomar sus dos posiciones, cuidó en primer lugar de recoger todos los arneses de los caballos, que mandó conducir a las cañoneras, y aun él mismo se llevó en el brazo algunos arreos que los soldados descuidaron recoger. Este hecho basta para probar que el enemigo no se hallaba en estado de perseguir a los federales.»

El general Hancock decía a su vez lo siguiente, al dar cuenta de la retirada del ejército de Chancellorsville: «Apostado cerca de la casa de Chancellorsville, pude presenciar la batalla perfectamente, aunque mis tropas se batían por el lado opuesto. Cuando se dio la orden de retirada, vi pasar sucesivamente las diversas divisiones, a las que yo no debía seguir por el pronto, pues se me había mandado que conservase la posición hasta que todas las tropas se hubiesen alejado, por cuyo motivo me vi en la precisión de sostener el combate algún tiempo más. Como tenía muchos cañones, el enemigo que se iba concentrando en los bosques no se atrevió a tomar la ofensiva sobre mi retaguardia, y creo que a causa de la fatiga de sus tropas no le fue posible atacar. Llegada la hora me puse en marcha hacia la nueva posición que se me designó, que estaba a unos tres cuartos de milla del vado de la Unión. Inmediatamente comenzamos a fortificar nuestras líneas de defensa, mientras el enemigo se posesionaba de los bosques, con la intención, según se vio luego, de atacar a Sedgwick cuando pasara.»

Sedgwick se hallaba ya a mitad del camino cuando llegó el capitán Warren con un parte, manifestando que Hooker se hallaba en una situación crítica y necesitaba de su auxilio, por cuya razón dio orden de contramarchar, pero al poco tiempo, una numerosa fuerza del ejército de Lee atacó las tropas de Sedgwick, impidiéndole que efectuara el movimiento proyectado, de modo que al amanecer entraba en Fredericksburg, en vez de aproximarse a Chancellorsville. Gibbon se acercaba también con su división a la ciudad, y gracias a esto, pudo Sedgwick reunir una fuerza de treinta mil hombres. Los separatistas, entre tanto, se concentraban en la colina de Marye, donde colocaron varios cañones después de haber quitado los puentes echados antes sobre un canal que protegía su-izquierda.

Los federales trataron desde luego de apoderarse de la falda de esta colina, y fueron rechazados, pero cuando Sedgwick hubo hecho todos los preparativos que creyó indispensables, hizo avanzar de nuevo sus columnas al mando de los generales Howe y Neill, y de los coroneles Grant y Seaver, los cuales se lanzaron sobre el enemigo con tal resolución, que a pesar del nutrido fuego de la artillería, eran ya dueños al poco tiempo de la posición, donde se cogieron doscientos prisioneros, algunos cañones y tren de campaña.

Habiendo reforzado aun más sus brigadas, Sedgwick dejó a Gibbon en Fredericksburg y se puso en marcha por el camino de Chancellorsville en persecución de Barksdale, mas al llegar a la iglesia de Salem, los separatistas aguardaron a pie firme al ver que avanzaba Wilcox con refuerzos, y se trabó un combate encarnizado en que fueron inútiles los esfuerzos de los federales para desalojar al enemigo de su posición. El general Lee, por su parte, había destacado a la división de Mc Laws, a fin de que cerrara el paso a Sedgwick, como así se hizo, y de este modo continuo la lucha hasta entrada la noche, pero como la posición del enemigo era mejor y el número de sus tropas iba aumentando a cada momento, los federales desistieron de su empeño de reunirse con Hooker, después de haber sufrido considerables pérdidas.

Al amanecer del día siguiente, 4 de mayo, la situación de Sedgwick era crítica por demás, pues no solo eran numerosos sus contrarios por su frente, sino también por su ala izquierda, sin contar que las alturas de Fredericksburg iban coronándose de enemigos hasta el punto de componer un número al cual no podría seguramente resistirse. Sedgwick recibió durante el día varios partes del general en jefe, pero sobre ser aquellos muy vagos, y hasta puede decirse contradictorios, revelaban que Hooker estaba indeciso acerca del partido que tomaría⁵⁴, sin reflexionar acaso que aquellas vacilaciones iban a costarle caras. En efecto, a eso de las seis de la tarde, los separatistas no temiendo ya la ofensiva, y dueños otra vez de las alturas de Fredericksburg, atacaron resueltamente a las tropas avanzadas de Sedgwick obligándolas a retroceder hasta las mismas orillas del Rappahannock, donde los federales defendieron su terreno desesperadamente. Este último combate costó a Sedgwick cinco mil hombres cuando menos⁵⁵.

Libre ya de Sedgwick, el general Lee marchó con todas sus fuerzas contra Hooker, quien se hallaba aun en sus poco temibles fortificaciones, construidas apresuradamente entre

54 A la una de la mañana del 5 de mayo remitió Hooker a Sedgwick el siguiente parte: «Recibido despacho en este momento: retiraos, cubrid el río e impedid que cruce ninguna fuerza. Acútese recibo.» Sedgwick obró en consecuencia de esta orden, arrojando un fuego mortífero, pero a las tres de la tarde recibió otro parte en que se le decía: «Podréis conservar la posición del río hacia el sur si es necesario.»

55 El historiador Pollard dice lo siguiente al hablar de este último combate: «El enemigo no estaba aun completamente derrotado; era preciso luchar una vez más, y reconociéndolo así los federales, reunieron durante la noche numerosas fuerzas para atacar el ala izquierda de Mc Laws a fin de establecer la comunicación con Hooker por el camino del río. El general Anderson marchó apresuradamente, recorriendo una distancia de quince millas con el objeto de apoyar a Mc Laws, y entre tanto el general Lee dispuso que el primero de estos jefes diese la vuelta a la iglesia de Salem y formase sus tropas a la izquierda de la división Early. La señal de ataque no se hizo hasta poco antes de ponerse el sol, en cuya hora nuestras columnas cayeron sobre el enemigo como un huracán, aun cuando aquel opuso poca resistencia, retirándose a poco en la mayor confusión y desorden hacia el vado de Banks. Entrada ya la noche, cesó por algún tiempo el combate, mas apenas iluminó el campo de batalla la pálida luz de la luna, los confederados comenzaron a perseguir al enemigo, y en la noche del 4 de mayo terminó aquella notable serie de batallas en las orillas del Rappahannock.»

Chancellorsville y el Rappahannock pero los separatistas se hallaban ya muy fatigados de tantas marchas y combates, y por más que se hallasen dispuestos a pelear, Lee mudó de parecer y no quiso atacar de nuevo, Hooker esta nuevo, limitándose a varias escaramuzas sin- consecuencia. Llegada la noche, Hooker reunió el consejo de oficiales y se acordó pasar a la orilla opuesta del río. El general unionista aseguró luego que sus pérdidas no eran tan grandes como las del enemigo, pero esto no debe ser exacto si se atiende a que sólo en la última jornada y en el paso de Rappahannock se contaron en el ejército federal diez y siete mil ciento noventa y siete bajas en la forma siguiente:

División Sedgwick	4,601
Slocum	2,883
Couch	2,025
Reynolds	292
Sickles	4,039
Howard	2,508
Meade	699
Caballería	150

Hooker dijo que un cirujano de los separatistas manifestó que las pérdidas de estos no bajaban de diez y ocho mil hombres⁵⁶, mas sea como fuere, parece extraño que Lee no publicase el parte oficial y que Pollard guarde silencio sobre este punto. Las frecuentes tempestades y las continuas avenidas del río excusan por una parte la retirada de Hooker, y por otra el que Lee no tratara de perseguirle.

Cuando el ejército federal hubo ocupado su primitivo campamento al norte del Rappahannock, el general Hooker publicó una orden del día concebida en estos términos:

«El general en jefe se complace en dar a este ejército las mas expresivas gracias por su valerosa conducta en estos últimos siete días, pues aun cuando no se haya hecho todo cuanto se deseaba, esto depende de circunstancias imprevistas harto conocidas de todos. Baste decir, que atendido el carácter de aquellas, no era fácil preverlas ni impedir las por mucha que sea la sagacidad del hombre.

»Al retirarse de la orilla sur del Rappahannock antes de librar una batalla general a nuestros enemigos, el ejército ha dado pruebas de su confianza en sí mismo y de su fidelidad a los principios que representa, pues aceptando el combate con desventaja, hubiéramos faltado a nuestra causa y a nuestro país, perjudicándonos sin utilidad alguna. Siempre leal, y persuadido de su fuerza, el ejército del Potomac aceptará o rehusará la batalla cuando su honor o intereses así lo exijan. Este ejército será también siempre el más fiel guardián de sus principios y de su dignidad.

»Merced a la celeridad de nuestros movimientos y a nuestro sigilo, hemos cruzado los ríos sin que nadie nos dispute el paso, y a nuestra vuelta, ni un solo enemigo se atrevió a marchar en nuestra persecución.

»Los acontecimientos de la semana última bastan para henchir de orgullo a todos los oficiales y soldados de este valeroso ejército, que acaba de adquirir un nuevo lauro en las gloriosas jornadas de estos días. Hemos hecho largas y penosas marchas, cruzando anchos ríos, sorprendido al enemigo en sus atrincheramientos, y do quiera que hemos peleado, siempre fueron mayores las pérdidas de nuestros contrarios. Hemos hecho además cinco mil prisioneros, cogido quince banderas y siete cañones, y hemos puesto, en fin, fuera de combate a diez y ocho mil hombres de tropas escogidas, destruyendo luego grandes depósitos militares, e interceptando todas las comunicaciones; hasta en fortalezas enemigas nos hemos apoderado de muchos prisioneros, sembrando por todo el país el terror y la consternación. No nos queda más sentimiento que el haber perdido muchos bravos compañeros y hermanos de armas, pero de esto debemos consolarnos al reflexionar que han muerto en defensa de la más santa de las causas que pudieran someterse al arbitrio del Dios de las batallas.»

56 Entre los muertos se contaba el general Paxton y entre los heridos el general Heath.

El general Lee, por su parte, publicó otra orden del día, en la cual, expresándose con la *misma modestia*, decía lo que sigue:

«El general en jefe se cree en el deber de manifestar al ejército su profundo agradecimiento por la heroica conducta de los oficiales y soldados en las sangrientas refriegas en que acaba de tomar parte.

»Arrostrando el furor de los elementos y toda clase de fatigas, atacasteis al enemigo, fuertemente atrincherado en sus diversas posiciones, y sobre todo en las colinas de Fredericksburg, y con ese valor y temerario arrojo merced al cual habéis alcanzado la victoria en tantas batallas, le obligasteis a refugiarse una vez más en la opuesta orilla del Rappahannock. Al paso que este brillante triunfo os hace acreedores a los elogios y gratitud de la nación, también por vuestra parte quedáis obligados a tributar una acción de gracias al Todopoderoso, que es el único que puede concedernos la victoria, y por lo tanto recomiendo que todas las tropas se reúnan el sábado próximo en el templo del Señor, que es el que rige los destinos del mundo.

»En medio de la alegría del triunfo, no olvidéis a los bravos compañeros que murieron en defensa de su país, y lamentando siempre su pérdida, no vacilemos en seguir su noble ejemplo. El ejército y la patria entera tendrán que llorar también una pérdida dolorosa, la pérdida del intrépido general Jackson, a cuya bravura, energía y profundos conocimientos, hemos debido muchas veces las más brillantes victorias, los más señalados triunfos. El hueco que deja en el ejército el general Jackson será difícil de llenar, y yo os recomiendo que no olvidéis al héroe al elevar vuestras oraciones al Altísimo.»

En la empeñada lucha cuyos detalles acabamos de referir figuró muy poco la caballería federal; sólo la brigada de Pleasanton tomó parte en la acción, pues los demás escuadrones, al mando de Stoneman y Averill, habían emprendido una expedición que les separó del grueso de las fuerzas del ejército, para obrar independientemente. Averill marchó a Culpepper-Court-House, y de allí al Rapidan, donde permaneció sin intentar movimiento alguno, hasta que una orden del general Hooker le previno que volviera a la parte Norte del Rappahannock, lo cual hizo poniéndose inmediatamente en marcha.

El general Stoneman se dirigió por su parte a Louisa-Court-House, Yanceyville y Thompson's Cross-Roads, no sin haber enviado antes al coronel Wyndham con un destacamento a Columbia, donde se destruyó una parte de la vía férrea, obstruyendo por algunos puntos el canal de Kanawha. El general Gregg, con algunas tropas de Maine y Nueva York, trató de destruir el puente del camino de Fredericksburg por la parte de Ashland, mas no pudo conseguirlo, y hubo de contentarse con quemar dos o tres molinos, después de lo cual volvió a reunirse con Stoneman. Entre tanto el coronel Judson Kilpatrick, que había ido a Harris Light, se ocupaba en cortar varios trozos de la vía férrea hacia el Norte de Richmond, marchando luego hacia el camino de Fredericksburg y el de la Virginia central, donde después de hacer algunos desperfectos recibió orden de volver a las líneas, atravesando por Pamunkey, Mattaponi y Aylett. El coronel Davis marchaba al mismo tiempo hacia Ashland, en cuyo punto hizo poco más o menos lo que sus compañeros, apoderándose además de un tren lleno de heridos, a quienes dejó en libertad bajo palabra; Davis se dirigió luego hacia Richmond por la parte de Williamsburg, mas allí tuvo que dar un rodeo para evitar un encuentro con los separatistas, y torciendo hacia el Norte fue a reunirse con Kilpatrick, que se hallaba cerca de King y Queen-Court-House, y ambos jefes se encaminaron después a Gloucester Point. Stoneman con Gregg y Buford, regresó de Yanceyville el 8 de mayo de 1863, cruzando los vados del Rapidan, del Raccoon y del Rappahannock.

Se ha dicho por muchos que la expedición de Stoneman fue muy ventajosa, pero en realidad no puede calificarse de tal, aun cuando en efecto pudo dar muy buenos resultados. Las fuerzas con que contaba este jefe eran muy suficientes para haber interceptado las comunicaciones entre Richmond y el ejército del general Lee, cerrando al mismo tiempo el paso por el camino de Fredericksburg, y además de esto habríale sido fácil a Stoneman destruir los principales puentes en

ambos caminos, de tal modo que no se pudiese transitar por ellos en algunas semanas; pero en vez de hacerlo así, el jefe unionista diseminó sus fuerzas de manera que no pudo atacar en un punto dado al enemigo, del cual se vio precisado a huir en vez de perseguirle. Los desperfectos que hicieron sus soldados en las vías férreas, se repararon fácilmente, y los trescientos caballos o mulas de que se apoderó, apenas bastaron para reemplazar los que reventaron sus soldados durante aquella infructuosa correría.

Mientras el general Hooker cruzaba el Rappahannock, Longstreet, con una numerosa fuerza de separatistas, amenazaba atacar una de las posiciones federales de Virginia, donde el general John Peck se hallaba ocupando el pequeño pueblo de Suffolk con unos catorce mil hombres, auxiliado por tres cañoneras ancladas en el Blackwater. Como de Suffolk partía la más importante vía férrea que conduce a Norfolk, dominando la parte de la Carolina del Norte que se extiende al Este de Chowan, habíase ocupado y fortificado aquel pueblo poco después de recobrar los federales a Norfolk, sin que desde entonces tuviera lugar con los separatistas sino un combate insignificante entre algunas fuerzas a las órdenes del general confederado Roger y los federales al mando de M. Corcoran. Las pérdidas de estos últimos se redujeron a veinticuatro muertos y ochenta heridos, mientras los primeros solo tuvieron al parecer cincuenta bajas, una de ellas el capitán Dobbins, que murió en el encuentro.

Suffolk no se vio atacado seriamente hasta la primavera de 1863, en cuya época avanzó el general Longstreet con intención de apoderarse de este punto, con una fuerza que según Peck no bajaba de cuarenta mil hombres, es decir, tres divisiones del ejército de Lee, y otra a las órdenes de Hill, procedente de la Carolina del Norte. Cuando los separatistas se acercaron a Suffolk, libróronse durante una semana obstinados combates, pero gracias a las ventajas de la posición y al auxilio de las cañoneras, se pudo contrabalancear la superioridad numérica del enemigo, cuyos esfuerzos fueron inútiles. Una batería que situaron cerca de Nansemond cayó en poder de algunas fuerzas federales al mando del general Getty, quien cogió además al enemigo seis cañones y doscientos prisioneros. A pesar de todo, los confederados continuaron delante de la plaza hasta los primeros días de mayo, después de lo cual levantó el sitio el general Longstreet, sin duda por haber recibido orden del general Lee para volver al Rappahannock. Peck calcula que los separatistas perdieron durante el sitio unos dos mil hombres.

Tales fueron en resumen las operaciones militares durante los últimos días de abril y los primeros del mes de mayo de 1863, a las cuales se ha dado el nombre general de batalla de Chancellorsville. Puede decirse que hubo tres acciones distintas, a saber, la de Hooker, la de Sedgwick y la de Stoneman, y por esto precisamente se puede censurar al general en jefe, quien debió reasumirlas en una sola batalla. En primer lugar podrá comprenderse que la expedición de Stoneman no conducía a nada como operación estratégica; hubiera podido justificarse antes de tomar la ofensiva los federales, pero desde el momento en que Hooker se proponía atacar con el grueso de sus fuerzas al enemigo, flanqueándole por izquierda y derecha, no era ya necesario cortarle las comunicaciones por donde intentó hacerlo la caballería federal, que hubiera podido emplearse mucho mejor en el campo de batalla.

Prescindiendo de esto, el plan estaba bien concebido, y se comenzó a ejecutar con el mejor acierto, pero desde el segundo día todo cambió completamente; los movimientos se hicieron con demasiada lentitud, y luego el ejército se detuvo en Chancellorsville para tomar posiciones, sin que se comprenda qué motivo hubo para ello. Hooker pensó acaso que el amenazar el flanco izquierdo del enemigo bastaría para obligar a Lee a salir de sus líneas de Fredericksburg, lo cual seguramente no carecía de lógica, pero el jefe unionista debió vigilar con más atención los movimientos de su enemigo, así como lo hacía éste, protegiendo sus flancos lo mismo que su centro. Acaso creería Hooker que su posición de Chancellorsville cortaba de tal modo las comunicaciones al enemigo, que no le quedaría a éste más remedio que abrirse camino a viva fuerza a través de las líneas federales, pero en este caso, el estado mayor general incurrió en un error grave, pues la posición de los unionistas en Chancellorsville no cortaba a Lee más que un camino, dejándole libres los dos que

conducen directamente a Richmond. Jackson probó suficientemente que los confederados no tenían cortada la comunicación. En la acción del día 2, sobre todo, se tocaron las consecuencias de este error: las tropas no se ocuparon sino en defender el centro, fortificándose lo mejor posible, pero cuando se vieron atacadas por el flanco, desmoralizáronse completamente, y el desorden llegó a tal punto, que no fue ya posible hacer un cambio en el orden de la batalla tal como convenía. De este modo, las numerosas fuerzas de Hooker fueron en parte inútiles, y más de tres cuerpos de su ejército no pudieron maniobrar.

En cuanto a Lee y a Stonewall Jackson, revelaron en aquella ocasión su genio de grandes capitanes y sus profundos conocimientos en el arte de la guerra. Se ha dicho que el no haber conseguido su objeto los federales consistió en que estos querían coger al enemigo entre dos fuegos, pero esta explicación no puede satisfacer de ningún modo: semejante táctica es a no dudarlo muy buena, mas para ello es necesario que los dos fuegos puedan cruzarse batiendo el mismo punto o la misma zona, cosa que no es dable conseguir si entre aquellos media una distancia de quince millas. En este caso, y sin tener ninguna ventaja o táctica, se incurre en la falta estratégica de fraccionarse ante un enemigo concentrado que cuenta con la superioridad de las líneas interiores por medio de las cuales puede agobiar sucesivamente a sus adversarios. Esto es precisamente lo que sucedió en Chancellorsville.

En el capítulo siguiente daremos cuenta de los nuevos planes de campaña que se proponían llevar a cabo los separatistas en el Rappahannock.

14. CONTINUACIÓN DE LAS HOSTILIDADES EN EL RAPPAHANNOCK. GETTYSBURG. (1863)

Nuevos planes de los federales en el Rappahannock. Combate de caballería cerca de Fairfax. Milroy es sorprendido en Winchester por los separatistas y rechazado hasta el Potomac con pérdidas considerables. Proclama del Presidente. Encuentros y escaramuzas en Blue Ridge. Excursión de Jenkins a Chambersburg. El general Lee cruza el Potomac. Hooker y Halleck. Hooker es reemplazado por Meade. Despedida de Hooker. Ewell en York. Encuentro de las vanguardias en Gettysburg. Muerte del general Reynolds. Derrota de los unionistas. Howard se detiene en Cemetery Hill. Llega Sickles con refuerzos. Hancock se encarga del mando. Llegada de Meade. Los dos ejércitos se encuentran. Sickles es rechazado con pérdidas. La batalla de Gettysburg. La división Pickett. Los federales son rechazados. Lee emprende la retirada. Pérdidas considerables. El general Lee cruza el Potomac. Kilpatrick derrota a la retaguardia de los separatistas. El general Meade se dirige al Rappahannock. Combate en Manassas-Gap. Dix avanza sobre Richmond. Pleasanton cruza el Rapidan. El general Lee ataca a Meade por su flanco y le obliga a retirarse a Centerville. Hill derrotado por Warren. El general Lee se retira por el Rappahannock. Imboden sorprende a Charleston. El general Russell destruye la estación del Rappahannock y se apodera de mil seiscientos prisioneros. Meade cruza el Rapidan. El combate de Mine Run. Excursión de Toland a Wytheville. Averill marcha a Lewisburg. Combate en Droop Mountain.

Mientras el general Hooker y su ejército, que habían ya vuelto a sus primitivos cuarteles de Falmouth, se entretenían aun en practicar reconocimientos y hacer excursiones por los bosques y por las alturas, regadas tan inútilmente con la sangre de los unionistas, el general Lee hacia sus preparativos para tomar de nuevo la ofensiva con un atrevido golpe de mano. Al jefe confederado no se le ocultaba que las fuerzas del ejército federal habían disminuido mucho después del sangriento choque de Chancellorsville, mientras el número de sus tropas iba en aumento por haber regresado Longstreet después de levantar el sitio de Suffolk, así como también otros regimientos diseminados en diversos puntos. Seguramente la superioridad numérica estaba entonces de parte de Lee, y por esto no se explica qué razones tendría para no atacar de una vez a su enemigo provocando una acción decisiva. Grant empezaba a triunfar en Mississippi, y se hallaría pronto a las puertas de Vicksburg; Dick Taylor, expulsado casi de Louisiana por Banks, no podía ya intentar nada por sí solo, y en este caso, ¿por qué en vez de enviar a Longstreet a sitiar inútilmente una plaza insignificante, no le destacó contra Grant y Banks a fin de devolver a la Confederación su ascendiente en el Mississippi? ¿No hubiera sido esto mejor que permanecer en el Rappahannock, donde por el pronto no se debía temer nada de los federales, apenas repuestos de las terribles derrotas de Fredericksburg y Chancellorsville?

Aun no habría transcurrido un mes desde que Hooker cruzara el Rappahannock, cuando Lee puso sus columnas en movimiento hacia la parte sur del río, marchando a la cabeza de las tropas la división Mc Laws, seguida del cuerpo de ejército de Ewell, mientras que Hood se dirigía por el Rapidan, a fin de concentrarse con la caballería de Stuart en Culpepper-Court-House. El cuerpo de ejército de Hill quedó en Fredericksburg y sus alrededores a fin de ocultar al enemigo el movimiento de Lee, pero Hooker, comprendiendo bien pronto que pasaba alguna cosa, destacó a la división del general Howe a fin de que averiguara si los separatistas habían dejado muchas fuerzas en la plaza. Hill se las compuso de modo que hizo creer a los federales que no habían disminuido las fuerzas de aquella, mas como no era su objeto trabar una batalla, ni Howe se hallaba tampoco

dispuesto a la lucha, no ocurrió ningún encuentro de consecuencia, y sí algunas escaramuzas con pérdidas insignificantes por una y otra parte.

Sin embargo, convencido al fin Hooker de que el enemigo operaba por su derecha, reunió toda la caballería cerca de Catlett's Station, confiando el mando al general Pleasanton, el cual cruzó el Rappahannock inmediatamente a fin de averiguar en qué punto se hallaban las tropas separatistas. Apenas hubo recorrido cierta distancia el general Pleasanton, agregáronsele dos brigadas de infantería veterana a las órdenes de Hames y Russell, los cuales acababan de apoderarse de dos baterías enemigas; estos dos jefes se dirigieron luego rápidamente a los vados de Kelly y Beverly, por donde debían cruzar a fin de atacar en Culpepper al general Stuart, quien, según noticias recibidas poco antes, debía estar en dicho punto. Pero tan pronto como hubo cruzado el río la caballería de Buford, apoyado por la infantería de Hames, los separatistas que guardaban el vado de Beverly y a quienes esperaban sorprender los federales, se replegaron hasta el sitio donde se hallaba la caballería enemiga y cerraron el paso a los unionistas, trabándose con este motivo un breve combate en el que perdió la vida el coronel federal F. Davis⁵⁷. Poco después, no obstante, la caballería de Stuart dio una carga a los confederados haciéndoles retroceder en desorden, mientras que Russell y Pleasanton atacaban de frente y Buford por el flanco, mas al llegar las tropas cerca de los cañones, dos regimientos de caballería confederada ocultos en el bosque, cargaron de pronto a los federales, obligándoles a retroceder a su vez después de causarles numerosas pérdidas.

La situación de Pleasanton empezó entonces a ser bastante crítica, atendido que las fuerzas enemigas aumentaban cada vez mas; Gregg, a quien se esperaba hacía tiempo, no se presentó hasta la tarde, por haber estado batiéndose en Brandy Station, donde hizo ciento cincuenta prisioneros, si bien a costa de numerosas bajas, y como por otra parte llegó el coronel Wyndham anunciando que los confederados iban a recibir aun más refuerzos de un momento a otro, comprendió Pleasanton que debía retirarse o combatir con la mitad del ejército de Lee, por cuya razón se dirigió rápidamente hacia los vados, dejando en el campo quinientos hombres, si bien se llevaba en cambio cien prisioneros.

Por su parte, el general Stuart, quien como es de suponer, se proclamaba victorioso, reconoció una pérdida de seiscientos hombres, incluso el coronel Saul Williams y el teniente coronel Frank, que perecieron en aquel encuentro, quedando heridos los coroneles Butler y Harman. Stuart dice que cogió tres cañones, muchas armas de todas clases y trescientos treinta y seis prisioneros.

Considerada como un reconocimiento, la expedición de Pleasanton fue ventajosa por todos conceptos, pues cuando menos sabíase ya positivamente que el ejército separatista maniobraba hacia el oeste, y que pocos días antes había tenido lugar una revista de toda la caballería enemiga en Culpepper-Court-House, en presencia del general Lee y de su estado mayor. Pleasanton envió al día siguiente un mensajero al lugar del combate con objeto de averiguar cuál había sido la suerte de algunos oficiales que le faltaban, y al instante recibió contestación de que se les había tratado con todas las consideraciones posibles.

Poco después se supo también que una columna de infantería confederada acababa de pasar por Sperryville, cerca de Blue Ridge (Cordillera Azul), no quedando por lo tanto la menor duda de que el ejército separatista se dirigía una vez más al valle de Shenandoah. Dos días más tarde, doscientos cincuenta jinetes de la caballería confederada cruzaron el Potomac por Edward's Ferry rechazando a un escuadrón de la caballería de Michigan, a cuyo campamento prendieron fuego. Así, pues, era evidente que no tardarían en comenzar las hostilidades por aquella parte.

Aun cuando se reconociese así, la división de Howe permanecía en el Rappahannock inferior, convenientemente atrincherada, frente a otra posición de los separatistas, y a pesar de que el general Hooker había empezado en 12 de junio a enviar sus enfermos y heridos a Washington, seguía también ocupando sus posiciones en el río como si dudara sobre los verdaderos proyectos de Lee.

57 Este oficial fue el mismo que escapó con su caballería de Harper's Ferry antes de que Miles rindiera la plaza, apoderándose luego de un tren de municiones pertenecientes al general Longstreet.

El jefe unionista esperaba ver avanzar a su enemigo hacia Bull-Run por la parte de Warrenton, pero un nuevo golpe de mano de los separatistas disipó todas las dudas.

El general Milroy se hallaba de guarnición en Winchester con el general Schenck, jefe del departamento de Baltimore, a quien Halleck había indicado que la posición de Milroy era peligrosa, pues no tenía a sus órdenes sino diez mil hombres, de los cuales sólo podía disponer de siete mil. El día 13, el coronel Mc Reynolds, que ocupaba a Berryville con mil quinientos federales, hubo de replegarse sobre Winchester, acosado de cerca por una división confederada, y al mismo tiempo aproximábase a la ciudad el general Ewell, que iba desalojando sucesivamente al enemigo de sus puestos avanzados. Durante la noche y la mañana del día siguiente preparáronse de una y otra parte para una acción decisiva; Milroy formó sus piquetes con la brigada Elliott; la de Mc Reynolds ocupó dos lunetas que defendían la entrada de la ciudad por la parte del Sur, y la tercera, a las órdenes del general Elly, permaneció dentro de la plaza.

Después de algunas escaramuzas, y a eso de las cuatro de la tarde, los confederados que llegaban por el camino de Front Royal, atacaron por la parte del norte, asaltando la ciudad con numerosas fuerzas, y aunque en un principio fueron rechazados, volvieron a la carga con una batería de ocho cañones, cuya metralla barrió bien pronto las obras defensivas, causando a los sitiados numerosas pérdidas. Al mismo tiempo era embestida la plaza por los demás puntos, y bien pronto quedó en poder de los separatistas, que izaron sus banderas en las fortificaciones.

Poco antes de esto, el general Milroy había reunido en consejo a sus oficiales, y se acordó evacuar la ciudad y huir, pero ya era demasiado tarde, y aunque se habían clavado los cañones después de arrojar la pólvora al agua, no quedó tiempo para otra cosa sino para defenderse de los sitiadores. El encuentro que entonces tuvo lugar no pudo calificarse de combate, pues fue más bien una caza de hombres; a cuatro millas de Winchester, una división separatista cerró el paso a los fugitivos, que, como es de suponer, fueron derrotados sin dificultad alguna, cayendo la mayor parte de ellos en poder de sus perseguidores. Muchos de los que escaparon cruzaron el Potomac, sin detenerse luego hasta llegar al condado de Bedford (Pennsylvania), y no pocos se dirigieron a Harper's Ferry, poniéndose así bien pronto fuera del alcance de sus enemigos. Milroy asegura que unos cinco mil de sus soldados consiguieron llegar a Bloody Run, y esperaba que se presentasen mil más, pero sus esperanzas, como era de suponer, quedaron frustradas. Lee manifestó luego en su parte que el general Rhodes había cogido setecientos prisioneros y cinco cañones en Martinsburg, añadiendo que el total de aquellos en las últimas operaciones ascendía a cuatro mil, y que los trofeos de la victoria eran veintinueve piezas, doscientos setenta y siete vagones y cuatrocientos caballos. El gran error de Milroy consistió principalmente en no abandonar sus posiciones un día antes como se lo había indicado Halleck al general Schenck. Este nuevo triunfo de los confederados les dejaba en posesión de toda aquella parte del país, y una vez dueños de Winchester, érales fácil cruzar el Potomac para llevar a cabo sus planes.

El Gobierno de Washington se alarmó en cierto modo con estas noticias: en 9 de junio de 1863 el Secretario de la Guerra había expedido una orden cuyo objeto era organizar en Pennsylvania dos departamentos militares, el de Susquehanna, a las órdenes del general Couch, y el de Monongahela, cuyo mando se confió al general Brooks, y en 12 del mismo mes, el gobernador Curtin hizo un llamamiento a la milicia del Estado, sin que aquel produjera mucho efecto, ni mucho menos el entusiasmo de otras veces. El Presidente Lincoln, por una proclama expedida el 15, se dirigió de nuevo al país, y sin ocultarle su verdadera situación, reclamábale nuevos sacrificios y más contingentes para rechazar la agresión de los separatistas, manifestando que desde luego debería hacerse una leva en la forma siguiente:

	<u>Hombres</u>
Maryland	10.000
Pennsylvania	50.000
Nueva York	20.000
Ohio	30.000

Virginia Occidental 10.000

Los gobernadores repitieron el llamamiento, mas no se obtuvo el resultado que se esperaba; sólo los regimientos de Nueva York estuvieron dispuestos prontamente, y el Secretario Stanton dio públicamente gracias al gobernador Seymour; en los Estados de Pennsylvania, Maryland y Virginia no parecía reinar mucho entusiasmo, o mejor dicho, el país estaba completamente desanimado, pues del ejército habían desaparecido ya los hombres más valerosos y patrióticos de su milicia. A continuación se expresa qué Estados contestaron entonces al llamamiento y qué contingente facilitaron:

	<u>Hombres</u>
Nueva York.	15.000
Nueva Jersey	3.000
Pennsylvania	25.000
Delaware	2.000
Maryland	5.000

El general Hooker se puso en movimiento el 13 de junio de 1863, y se dirigió con su ejército hacia el norte, evacuando el valle de Rappahannock; después siguió la dirección noroeste cuidando de proteger los flancos de su ejército con la caballería, que vigilaba atentamente los pasos de Blue Ridge, y últimamente del 14 al 15 pasó por Dumfries con dirección a Centerville, donde esperaba saber a punto fijo cuáles eran los últimos movimientos de los separatistas.

Entre tanto la caballería al mando de Pleasanton no perdía de vista a la del general Lee, conducida por Stuart, y apenas pasaba día sin que hubiera alguna escaramuza, hasta que al fin en 21 de junio tuvo lugar un combate formal en el camino de Alejandría a Winchester, cerca de Upperville, de cuyo punto fue rechazada la caballería separatista por la brigada de Kilpatrick, quien obligó a su enemigo a retirarse hasta Ashby's Gap después de una encarnizada refriega en la cual perdieron los federales cien hombres y ciento cincuenta los separatistas, incluso el coronel Lewis del regimiento de Virginia, muerto en el campo de batalla.

El general Jenkins, con su brigada de caballería separatista, había emprendido una expedición por el Potomac y Maryland, y habiendo llegado a Chambersburg, penetró en la población sin resistencia alguna, apoderándose de una porción de caballos, ganado, etc., así como también de unos cincuenta negros, no sin haber destruido antes parte de la vía férrea. Entre tanto el general Ewell, con su cuerpo de ejército marchaba sobre Maryland por Williamsport, siguiendo de cerca a los fugitivos de Milroy, y poco después llegó sin oposición a Chambersburg, mientras que los federales que había en Harper's Ferry se retiraban en dirección a las alturas de Maryland cruzando el río. La división Early se dirigía por su parte a York, Johnson avanzaba hacia Carlisle, e Imboden con su brigada remontaba la orilla del Potomac, destruyendo los puentes y las vías férreas hasta Cumberland. Parece ser que el general Lee meditaba un ataque contra Washington, pero como el ejército de Hooker permanecía en su posición, en vez de marchar a Maryland, no se presentaba una oportunidad, y en su consecuencia todo el ejército separatista vadeó el Potomac en los días 24 y 25 de junio. El cuerpo de 1863. ejército de P. Hill, que estaba en Shepherdstown, así como las tropas de Lee y Longstreet en Williamsport, avanzaron hacia Hagerstown, a fin de reunirse con Ewell, que debía hallarse ya en Chambersburg, y que se apoderó de Carlisle sin resistencia; y entre tanto se reunía la milicia nuevamente organizada por orden del Gobierno federal, quien dispuso que estas fuerzas se pusieran a las órdenes de Couch. El general Brooks, auxiliado por los repetidos esfuerzos de muchos patrióticos ciudadanos, se apresuró por su parte a formar una línea de defensa para cubrir a Pittsburg.

No podía ya quedar duda alguna acerca de las intenciones del enemigo; su proyecto era evidentemente invadir de nuevo los Estados de Maryland y Pennsylvania, y persuadido de esto, el general Hooker cruzó el Potomac en 26 de junio por la parte de Edwards Ferry, y avanzó hacia Frederick; al llegar a las alturas de Maryland, encontró allí al general French con once mil hombres,

los cuales agregó a su ejército, temiendo que le hicieran falta muy pronto si el enemigo le presentaba la batalla. El ejército federal, aunque reforzado con quince mil hombres sacados de Washington y dos mil ciento que suministró Schenck del departamento central, apenas contaba cien mil hombres, mientras el de Lee, según los datos exactos obtenidos cuando su ejército pasaba por Hagerstown, ascendía a noventa y un mil infantes, y seis mil jinetes, sin contar los cinco mil de Stuart, y doscientos ochenta cañones. Teniendo en cuenta que los separatistas contaban entonces con el mejor y mas numeroso ejército que hasta entonces presentaron en campaña, y considerando por otra parte que una derrota en el territorio del Norte perjudicaría mucho al Gobierno federal, hacía preciso que el heroico aunque infortunado ejército del Potomac reuniera el suficiente número de fuerzas para contrarrestar las de su enemigo y no exponerse a un nuevo descalabro. Hubiera sido criminal prescindir de una brigada precisamente en los momentos en que un puñado de hombres más o menos podía decidir de los destinos del continente.

Hooker había sacado ya de la guarnición de Washington todas las tropas que Halleck pudo cederle buenamente, no dejando en la capital sino once mil hombres al mando de Heintzelman, lo cual no era demasiado, mas cuando hubo cruzado el Potomac, pareciéndole al general en jefe que convendría abandonar las alturas de Maryland, expidió un telegrama a Halleck en 27 de junio preguntando si habría inconveniente en hacerlo tan pronto como estuviesen trasladados todos los bagajes y material de campaña. Esto, como veremos, debía ser la causa de una polémica cuyo desenlace era fácil de prever recordando el mal efecto que había producido en Washington el descalabro de Chancellorsville. El general Halleck, que, según se vio, no opinaba como Hooker, contestó al telegrama de éste con otro concebido en estos términos:

«Las alturas de Maryland se han considerado siempre como un punto importante que nos conviene conservar, y por esto se ha gastado tanto en fortificarle. No puedo aprobar, pues, la evacuación sino en el caso de absoluta necesidad.»

El argumento, según vemos, no era muy fuerte, ni tampoco se daban razones en que fundar esta negativa, y por lo mismo Hooker expidió otro parte en que decía:

«He recibido vuestro telegrama y me apresuro a contestarlo para daros algunas explicaciones. Encuentro aquí diez mil hombres que pueden serme muy útiles en una batalla y que apenas servirán de nada en la posición que ahora ocupan, pues no pueden defender un vado del río, y por lo tanto es casi inútil su presencia en Harper's Ferry. En cuanto a las fortificaciones, obra de nuestros soldados, pueden dejarse tal como están, pues el enemigo no se apoderará seguramente de ellas. Esta es al menos mi opinión. Todos los efectos de valor podrían haber sido transportados esta noche, mientras las tropas se ponían en marcha hacia el punto donde puedan prestar más útiles servicios. Confío en que este parte será presentado al Secretario de la Guerra y a S. E. el Presidente.

»El general en jefe, Joseph Hooker.»

No se puede negar que en este punto estaba la razón de parte de Hooker, pero nos parece que no hizo bien en expedir a renglón seguido el siguiente despacho:

«*Al Mayor General H. W. Halleck, comandante en jefe.*

»Mis primeras instrucciones previenen que cubra a Harper's Ferry y Washington, y ahora tengo de frente un enemigo cuya fuerza numérica es superior a la mía. Me veo, pues, en la precisión de manifestar respetuosamente que no me es posible por ningún concepto cumplir mi cometido con los medios que se han puesto a mi disposición, y por lo tanto insistiré con la mayor firmeza en que se me releve del cargo que desempeño.

»El general en jefe, Joseph Hooker.»

Ahora bien, debemos hacer presente que Halleck no había considerado nunca a Hooker como un jefe a propósito para el mando del ejército del Potomac, por cuyo motivo no accedió gustoso a conferirle el cargo que desempeñaba Mc Clellan, y esta opinión se robusteció después de la derrota de Chancellorsville. Presentábase, pues, una oportunidad para conferir el mando del ejército a otro

jefe, y Halleck la aprovechó al momento, pues al día siguiente el coronel Hardie marchó al cuartel general de Fredericksburg con instrucciones para relevar a Hooker, a quien debía sustituirle el general Meade. Éste recibió luego una orden en que se le anunciaba que podría disponer como gustase de las tropas de Harper's Ferry, y que además se pondría a sus órdenes el general Couch con veinte mil hombres de la milicia.

Hooker se despidió desde luego del ejército cuya suerte había compartido por espacio de tanto tiempo, y el día antes de cesar en el mando publicó la siguiente orden del día:

«Cuartel general del ejército del Potomac.

»Frederick 28 de junio de 1863.

»En cumplimiento de las órdenes del Departamento de la guerra, de fecha 27 de junio de 1863, ceso en el mando del ejército del Potomac, por haberse conferido este cargo al Mayor general George Meade, valeroso y entendido oficial que ha sabido captarse el aprecio y confianza del ejército en más de una batalla. Aun cuando esté convencido de mi inutilidad para desempeñar el cargo de general en jefe de este ejército, no puedo separarme de vosotros sin experimentar la emoción más profunda, sin sentirme dominado por la tristeza al alejarme de aquellos que fueron mis compañeros en tantas batallas. Lo único que me consuela es la convicción de que estas tropas seguirán siendo siempre valerosas y leales, prestando a mi sucesor el apoyo que en todas ocasiones me prestaron. En la confianza de que este ejército alcanzará triunfos dignos de la nación, se despide de todos vosotros el general en jefe,

»Joseph Hooker.»

Al día siguiente de publicar esta orden, Hooker se despidió apresuradamente de su estado mayor y de todos sus oficiales, a quienes trató, sin embargo, con el mayor afecto, y sin perder un instante, partió para Baltimore, donde debía esperar nuevas órdenes, según las instrucciones recibidas del ayudante general. Sin embargo, como pasaron tres días sin que llegase ninguna, Hooker marchó a Washington, donde fue arrestado por orden de Halleck, bajo el pretexto de que había ido a la capital sin permiso, y en contravención a las órdenes que prohibían a todos los oficiales hacerlo así. De este modo terminó Hooker sus servicios en el ejército del Potomac.

El general Meade, que apenas podía volver de su asombro al saber que se le confería tan elevado cargo, anunció al ejército que lo aceptaba, publicando una orden concebida en los siguientes términos:

«Cuartel general de Potomac.

»28 de junio de 1863.

»Con arreglo a las órdenes del Presidente de los Estados Unidos, me encargo desde hoy del mando del ejército del Potomac: como soldado, y obedeciendo a esta disposición tan inesperada para mí por cuanto nada había solicitado, no es necesario haceros promesas ni tampoco mi profesión de fe; me bastará recordaros que la patria confía en este ejército para que la libre de los males de una invasión enemiga. Por muchas que sean las fatigas y sacrificios que debemos sufrir, no perdamos nunca de vista los intereses de la gran causa que estamos llamados a defender; que cada uno cumpla con sus deberes, y por lo demás, confiemos en la protección de la divina Providencia.

»Con la mayor desconfianza en mí mismo, sustituyo en el mando de este ejército a un eminente e ilustre soldado cuyo nombre ocupará un puesto preferente en nuestra historia, pero confío en el cordial apoyo de mis hermanos de armas, que me ayudarán a cumplir los deberes del importante cargo que se me acaba de conferir.

»El general en jefe, George G. Meade.»

Semejante cambio de jefes por una cuestión casi insignificante, precisamente en vísperas de una batalla, es cosa que no tiene ejemplo en la historia: cualesquiera que fuesen sus faltas, Hooker era muy apreciado de sus tropas, que conocían menos a Meade, y tenían menos fe en él, y es bien seguro que si se hubiese consultado al ejército, hubiera preferido batirse en la primera acción, bajo

las órdenes de Hooker y sin el auxilio de los once mil hombres de French, más bien que batirse a las órdenes de Meade con este refuerzo. El nuevo general en jefe, no obstante, se encargaba del mando en circunstancias muy poco satisfactorias, pero sin inquietarse por la inmensa responsabilidad que iba a contraer, y sin tener en cuenta que muy pronto debía empeñarse una lucha mortal, el general Meade, que a no dudarlo, acariciaba las mas halagüeñas esperanzas, resolvió salir al encuentro del enemigo, y ya el 29 se puso en marcha con su ejército.

El general Lee cruzaba entonces con sus tropas por la parte sudeste de Pennsylvania, sin encontrar oposición alguna, e inútil parece decir que se destruyeron las vías férreas y los telégrafos, y se quemaron los puentes, al paso que se imponían contribuciones para atender a las necesidades del ejército. El coronel White había llegado a Susquehanna en 28 de junio, en cuyo día el general Ewell, de la división Early, ocupó a York, y habiéndose presentado la primera autoridad de dicho punto para someterse al jefe separatista, éste exigió que, además de las raciones y efectos de vestuario, se le facilitaran cien mil dólares en metálico, de los cuales se satisficieron veinte y ocho mil a las pocas horas⁵⁸. Si semejantes gravámenes en una plaza que siempre se había distinguido por su neutralidad puede ser justificable por las leyes de la guerra, no puede censurarse de ningún modo ni da lugar a quejas la conducta observada por Butler en Nueva Orleans.

Cuando el general Hooker cruzó por última vez el Potomac, el general Stuart se hallaba con una numerosa fuerza de caballería separatista vigilando el flanco izquierdo del enemigo, pero luego se dirigió a Westminster, quemando a su paso diez y siete botes y ciento setenta y ocho vagones cargados de efectos militares, cogiendo al mismo tiempo varios oficiales que iban a incorporarse con su regimiento. Desde Westminster Stuart pasó a Carlisle, evacuado ya por el enemigo, y marchando luego en busca de la infantería de Longstreet, llegó a tiempo a Gettysburg, donde Lee, al saber que los federales cruzaban el Potomac con numerosas fuerzas, acababa de concentrar todas sus tropas. Precisamente cuando Hooker fue reemplazado, proponíase interceptar la línea de comunicaciones de Lee, lo cual le obligaría seguramente a concentrarse y aceptar la batalla; pero Meade dispuso que algunas tropas se movieran más hacia la derecha, como si fuera también Gettysburg su punto de concentración. Sin embargo, conociendo que Lee debía presentar la batalla, el nuevo general en jefe expidió una oportuna orden del día dirigida a sus oficiales⁵⁹, y continuó avanzando con la mayor prudencia a fin de buscar una posición ventajosa para combatir a su enemigo. Meade acababa de fijarse en un punto llamado Pipe Creek (Ensenada de las Pipas), situado a quince millas de Gettysburg, cuando un encuentro imprevisto precipitó el momento de la gran batalla.

58 El pedido que se hizo para la division Early era el siguiente: 165 barriles de harina o 28.000 libras de pan cocido; 3.500 libras de azúcar; 1.650 libras de café; 1.200 libras de sal; 32.000 libras de vaca fresca; 21.000 libras de tocino. «Estos artículos serán entregados a las cuatro de la tarde del día de hoy.—El capitán, W. Thornton.» Además de esto se pedían 2.000 pares de botas o zapatos, 1.000 pares de medias, y 100.000 dólares en metálico, y al pie del pedido veíase una nota que decía así: «28 de junio de 1863. Aprobado; las autoridades de York facilitarán los citados artículos y el metálico, previo el correspondiente recibo.—El Mayor general, J. A. Early.»

59 He aquí la orden:

«Cuartel general del ejército del Potomac, 3 de junio de 1863.

»Antes de que se comience la batalla que se espera de un momento a otro, el general en jefe cree de su deber prevenir a todos sus oficiales, que convendrá expliquen sucintamente a sus tropas qué circunstancias concurrirán en esta acción. El enemigo se halla en nuestro territorio; todo el país ha depositado su confianza en este ejército, esperando que le libre de la presencia de aquel, y nuestra victoria sería recompensada, no sólo con la bendición de millones de habitantes, sino también con la gloria que adquiriría este ejército. En la inminente batalla en que vamos a exponer nuestras vidas están comprometidos muchos intereses, y del éxito depende la tranquilidad del hogar doméstico, el bienestar de nuestras familias. El ejército se ha batido bien hasta aquí y es de esperar que luche ahora con mayor bravura si se le hace comprender cuál es su situación y el valor de los intereses que debe defender. Recomendando, pues, a todos los jefes y oficiales que manden pasar inmediatamente por las armas a todo soldado que no cumpla en esta ocasión con sus deberes.

» Por orden del general en jefe Meade,

»El ayudante general, S. Williams.»

Gettysburg, capital del condado de Adams, es una población rural de unos tres mil habitantes, que se encuentra en la región montañosa y fértil de las corrientes del Monocacy, cerca del gran camino que se extiende entre Philadelphia y Pittsburg. El pueblo está situado en un valle o más bien en la pendiente de una colina, y hay en él un colegio, una iglesia y otros varios edificios.

Por la parte del sur, es decir, por donde avanzaban los federales, hay tres caminos que llegan hasta el pueblo: uno a la derecha, llamado de Baltimore, otro en el centro, conocido con el nombre de Taneytown, y el tercero en fin que se llama de Emmittsburg. Entre los dos primeros caminos y casi en su confluencia se halla la colina más elevada de la región, que es la del cementerio de Gettysburg, situado a tres o cuatro millas del pueblo; al otro lado del camino de Baltimore se ve otra colina de la misma altura poco mas o menos que la anterior, y por la parte opuesta del valle desembocan tres vías principales, que son: la de York al Nordeste, la de Heidlesburg al Norte, y la de Cashtown al Oeste; en la primera de estas está el camino de hierro. Gettysburg, según ya hemos dicho, tiene varios edificios y entre ellos uno mayor que los demás, que es el Seminario; los alrededores son agradables y de aspecto risueño, y la cima de las colinas, sobre todo por la parte del Norte, están coronadas de espesos bosques de pinos.

Una parte de la caballería federal a las órdenes del general Kilpatrick salió de Frederick el 28 de junio, y pasando por Libertad y Taneytown, avanzó hasta Hannover, en cuyo punto, y aun cuando esperaba no encontrar allí enemigos, fue atacada el 30 por el general Stuart. En el breve combate que se siguió, la brigada del general Farnsworth, acosada al principio por todas partes, perdió en poco tiempo cien hombres, mas a poco llegó en auxilio de los unionistas el general Custer, y entonces los confederados tuvieron que retirarse a su vez después de sufrir algunas pérdidas. Otra escaramuza semejante tenía lugar al mismo tiempo en Littlestown, al paso que el general Buford, que con otra división se dirigía a Gettysburg, encontraba a la vanguardia separatista al mando de Hill, a la que obligó a batirse en retirada el 1 de julio de 1863. Una avanzada del general Reynolds a las órdenes de Wadsworth, se aproximaba en tanto desde Emmittsburg al lugar del combate, y lanzándose en auxilio de sus compañeros, contribuyó a rechazar la vanguardia separatista, ocupando una cordillera que domina todos aquellos alrededores por el noroeste.

El general John F. Reynolds, jefe de la reserva de Pennsylvania, acababa de desplegar en ala su primera división y avanzaba rápidamente a la cabeza de veintidós mil hombres a fin de reunirse con Wadsworth, quien formaba sus tropas en orden de batalla, cuando cayó mortalmente herido. Reynolds, que se había detenido para practicar un reconocimiento, al divisar a cierta distancia una numerosa fuerza enemiga, desmontó con la intención de observar sin ser visto, pero una bala enemiga le atravesó el cuello de parte a parte, causándole la muerte a los pocos minutos. El general Reynolds, nacido en Lancaster en 1820, había entrado a servir en el ejército en el año 1846 y tomó parte en la guerra de México, y en todas las acciones más notables que se dieron en Virginia, muriendo en 1863 en el territorio de su propio Estado y casi a la vista de la casa donde vivía.

El general Doubleday llegó media hora después y se encargó del mando en reemplazo de Reynolds, mas no venían los demás refuerzos que se esperaban, y como acababa de tomar parte en el combate el general Hill con todas sus fuerzas, la división Wadsworth se pronunció en retirada, perseguida de cerca por el enemigo. Sin embargo, como éste se aproximaba demasiado, una parte de la vanguardia al mando de Archer, se vio de pronto cercada por el ala derecha de los federales, que hicieron ochocientos prisioneros, incluso el jefe citado. El general Doubleday se retiró entonces al Seminario, donde se le reunieron otras fuerzas a las órdenes de Schourz y de Howard, quien se encargó del mando en jefe, pero entonces se renovó el combate con el mayor encarnizamiento, atendido que el general separatista Ewell avanzaba rápidamente con un número considerable de tropas. La división Rhodes atacó resueltamente al enemigo por su frente mientras que Early lo hacía por el flanco derecho, y no pudiendo los federales resistir el ímpetu de los separatistas, ni tampoco a la superioridad del número, retrocedieron en el mayor desorden hasta Gettysburg, acosados de cerca por sus perseguidores hasta las mismas calles del pueblo, donde muchos cayeron prisioneros en medio de una espantosa carnicería. Los heridos que se hallaban depositados en Gettysburg,

quedaron como es consiguiente en poder de los confederados. Los unionistas se concentraron en la colina del cementerio, mientras el general Buford con sus jinetes protegía la retirada, preparándose para recibir al enemigo, pero éste no avanzó aun cuando era muy de día, creyendo sin duda que todo el ejército federal se hallaba a poca distancia. No convenía a los generales separatistas que los federales se hiciesen fuertes en aquella posición, y urgíales sobre todo desalojarlos cuanto antes, mas por desgracia, habíanse quedado atrás las divisiones de Hill y Anderson y se desistió del ataque. Sólo algunas pequeñas columnas, precedidas de los tiradores, avanzaron contra la posición del cementerio, pero hubieron de retroceder bien pronto a fin de ponerse fuera del alcance del nutrido fuego del enemigo.

Entre tanto el general Sickles, que había avanzado el día antes desde Taneytown a Emmitsburg, se disponía a marchar a Middleburg, en cumplimiento de una orden de Meade, cuando a las dos de la tarde del 1 de julio recibió un despacho de Howard, expedido en Gettysburg, en el cual se le manifestaba que los federales se batían allí con fuerzas superiores, y que el general Reynolds acababa de morir, por cuya razón se necesitaba un pronto auxilio. Sickles no sabía qué hacer, pues Meade se hallaba en Taneytown, a diez millas de distancia, y el esperarle era poner en peligro a Howard, mas al fin, reflexionando que lo más urgente era evitar un descalabro, dejó dos brigadas y dos baterías en Emmitsburg, y marchó rápidamente hacia Gettysburg, a cuyo punto llegó precisamente cuando el general Howard acababa de tomar posición en la colina del cementerio. Las tropas de Hill pudieron haber molestado a Sickles en este trayecto, pues se hallaban situadas en las colinas de la izquierda, pero los separatistas se daban sin duda por satisfechos con la victoria alcanzada poco antes.

El general Meade se hallaba en Taneytown cuando le anunciaron que acababa de trabarse un combate en Gettysburg y que el general Reynolds había muerto. Entonces dispuso que Hancock marchara a este punto a encargarse del mando, y en efecto, a las tres y media de la tarde llegó este jefe a la colina del cementerio, adonde se acababan de retirar desordenadamente las tropas federales, perseguidas de cerca por su victorioso enemigo. Howard había formado ya una división, y Hancock dispuso que Wadsworth se situara con el resto de sus fuerzas (solo le quedaban mil seiscientos hombres de los cuatro mil que tomaron parte en el combate de la mañana) en la colina de Culph, mientras que el general Geary con la división Slocum, que acababa de llegar, tomaba posición en una eminencia situada cerca de Round Top. Meade había prevenido a Hancock le manifestara cuanto antes si creía que Gettysburg sería mejor punto para dar la batalla que el elegido por él en Pipe Creek, a lo cual contestó inmediatamente Hancock diciendo al general en jefe que permanecería en su posición hasta tanto que él se presentara para juzgar por sí mismo. Habiendo llegado Slocum a las siete de la tarde, Hancock le confió el mando para volver a reunirse con Meade, el cual le dijo que estaba resuelto a dar la batalla en Gettysburg, y que había dado las órdenes oportunas al efecto.

Durante la noche el ejército federal se concentró en este último punto, excepto la división del general Sedgwick, que se hallaba en Manchester, a treinta millas de distancia, pero inmediatamente se expidió una orden para que se pusiera en marcha hacia Gettysburg a fin de reunirse con todas las tropas⁶⁰.

Poco después llegó a Gettysburg el general Meade acompañado de Hancock, y desde luego dictó sus disposiciones a fin de fortificar la posición, para lo cual pudo disponer de toda la mañana y de una buena parte de la tarde. El general Lee entre tanto organizaba también sus columnas de ataque: su primera intención no había sido librar la batalla en aquel momento, ni mucho menos atacar a un enemigo situado en tan ventajosa posición, pues conocía demasiado bien lo que valen las líneas atrincheradas para exponerse inútilmente. Su objeto era desembarazarse en primer lugar

60 El general Butterfield, jefe de estado mayor, asegura que Meade le ordenó redactase una orden del día anunciando al ejército la retirada de Gettysburg, e indicando el camino que cada cuerpo de ejército debía seguir; pero Meade niega resueltamente *que fuera su intención retirarse*. Estos dos asertos no son incompatibles hasta cierto punto, pues un general prudente debe indicar desde luego el punto de retirada, aun cuando esté resuelto a defender una posición hasta el último trance.

del rico botín recogido por Ewell en la campaña de Susquehanna, enviar al otro lado del Potomac el inmenso tren de vagones cargados de caballos y mulas, que entonces entorpecía sus movimientos, y una vez libre de este cuidado, le sería más fácil operar contra la posición enemiga, ya maniobrando o lanzándose al asalto.

Estas prudentes resoluciones, sin embargo, se olvidaron en medio de la alegría por el triunfo alcanzado el 1 de julio, y se resolvió atacar el día 2, aun cuando faltaba una división de Longstreet y la de los veteranos de Pickett, que se había quedado custodiando la línea de retirada juntamente con toda la caballería de Stuart. Este último, no obstante, recibió luego orden de marchar a Gettysburg inmediatamente. El orden de batalla continuó siendo el mismo que el día anterior; el cuerpo de ejército de Longstreet formaba el ala derecha, que se extendía hasta el camino de Emmitsburg, apoyada por las divisiones de Hood, Mc Laws y Pickett; el cuerpo de ejército de Hill, incluso las divisiones de Anderson, Pender y Heth formaron el centro, y las tropas de Ewell con las divisiones de Rhodes, Early y Johnson formaron el ala izquierda, que rodeaba la posición enemiga por la parte del Este.

La línea de los federales afectaba la forma de una herradura: el cuerpo de ejército de Sickles constituía el ala izquierda apoyada por Sykes; Hancock estaba en el centro cubriendo el frente de la colina del cementerio por la parte de Gettysburg, y las tropas de Slocum formaban la derecha, reforzadas con dos mil quinientos hombres a las órdenes de Lockwood. El general Buford tomó posición en la retaguardia con su caballería. Meade estaba resuelto a dar una batalla decisiva, pero como aun no se habían reunido todas las tropas del cuerpo de ejército de Sedgwick, que constaba de quince mil cuatrocientos hombres, mientras que todo el ejército separatista se hallaba allí presente, no estaba en sus intereses precipitar la hora de la lucha, si bien dio orden a Slocum de comenzar el ataque por la derecha tan pronto como se completaran sus divisiones. Sin embargo, después de haber practicado un reconocimiento, manifestó Slocum al general en jefe que el terreno por aquel punto no era favorable, y en su consecuencia se dio una contraorden. Como los separatistas no se hallaban aun tampoco preparados, pasó la mañana y todo el día sin que ocurrieran sino algunas escaramuzas insignificantes, precursoras de la próxima batalla.

El plan del jefe confederado consistía en amenazar a los federales por su centro, acechando una ocasión de atacarlos más vigorosamente por los flancos, y al efecto Longstreet debía apoderarse de las alturas de Round Top, desde las cuales sería ya más fácil asaltar las otras más lejanas.

A eso de las tres de la tarde, hora en que estaban ya reunidas todas las tropas de Sedgwick, y en que Sykes se corría de derecha a izquierda, en tanto que Meade reconocía las posiciones, comenzaron los separatistas a poner en ejecución su plan, y al efecto rompióse el fuego de cañón sobre toda la línea mientras sus columnas avanzaban sobre las dos alas del ejército enemigo. Sickles, que se había adelantado demasiado, ansioso sin duda de trabar el combate, fue atacado de frente y de flanco, y una bala de cañón le llevó una pierna a las primeras descargas; Birney, que le reemplazó en el mando, hizo tocar retirada desde luego, y aun cuando llegaban tropas de refresco para apoyarle, los federales, que cada vez iban perdiendo más terreno, hubieron de retroceder ante los desesperados y repetidos ataques del enemigo. El general Longstreet quiso seguir avanzando sobre el cementerio, mas no tardaron en cerrarle el paso numerosas fuerzas, y a su vez se vio precisado a retroceder sin haber conseguido su principal objeto, que era apoderarse de Round Top.

Como el general Meade consideraba que esta colina era de la mayor importancia para mantener su posición, y veía que el enemigo era casi dueño de ella, había destacado a Hancock, que con su división contribuyó poderosamente a rechazar al enemigo, permaneciendo en la línea que Meade quería conservar a toda costa⁶¹.

61 El *Investigador de Richmond* publicó los siguientes detalles, facilitados por un testigo ocular que los escribió en Hagerstown, el día 8 de julio:

«Llegada la tarde, expidieronse órdenes a los diversos jefes, comunicándoles instrucciones para atacar al enemigo por su centro y por su izquierda, y a eso de las cinco y media, el general Longstreet comenzó el movimiento seguido de Wilcox, la brigada de Perry y las tropas de Wright. Las dos divisiones de Longstreet encontraron a poco al enemigo cerca de Emmitsburg, donde se habían concentrado numerosas fuerzas, y después de

Mientras sucedía esto, la retirada de la división Slocum facilitó a Ewell la oportunidad de atacar el ala derecha de los federales con fuerzas muy superiores, haciéndoles retroceder a una gran distancia, y poco antes de oscurecer, los separatistas acometieron también a Howard, consiguiendo apoderarse de un lado de la colina del cementerio, si bien no se podían obtener grandes ventajas con esto.

La noche puso fin a la batalla del 2 de julio, pero el general Lee estaba resuelto a continuar el ataque al día siguiente, pues debía recibir el refuerzo de la caballería y de la división Pickett, al que mandó una orden para que apresurase su marcha. Después se hicieron todos los preparativos necesarios para asaltar la posición del cementerio; reunióse la artillería a la derecha de los confederados, en las posiciones conquistadas por Longstreet, y allí fueron a situarse asimismo las columnas de ataque. La división Pickett se colocó a la derecha, las divisiones Pettigrew y Hood a la izquierda, y las demás fuerzas se repartieron en el resto de la línea a fin de operar sobre todos los puntos a la vez.

De los siete cuerpos de ejército que tenía Meade a su disposición, tres de ellos se hallaban completamente desbaratados a consecuencia del combate del día 2; Reynolds había muerto, Sickles, según ya hemos dicho, estaba fuera de combate, y la pérdida entre las tropas no bajaba de veinte mil hombres, siendo de advertir que no llegaban otras fuerzas para reemplazarlos. El centro del ejército separatista ocupaba el mismo sitio donde cayera Reynolds; también disponía el enemigo de todo el terreno donde Howard y Sickles habían sido derrotados, y si bien es cierto que sus pérdidas fueron considerables, tenían razón en esperar que el triunfo del día siguiente compensaría con creces sus numerosas bajas.

un breve pero encarnizado combate, desalojaronle de su posición, rechazándole hasta la cima de la colina. Las divisiones de Mc Laws y de Hood trataron de acometer a los federales hasta en sus últimos atrincheramientos, mas a causa de ser el terreno muy accidentado y empinada la cuesta de la colina, no fue posible llegar hasta la cima, aun cuando las pérdidas del enemigo habían sido numerosas. He oído decir a varios oficiales que nunca vieron los muertos tan hacinados como lo estaban en el terreno donde tuvo lugar el combate con las tropas de Mc Laws, y muchos aseguraron que ni aun en la primera batalla de Fredericksburg hubo tanta carnicería entre los federales.

»Mientras la lucha arreciaba por la derecha, los generales Wilcox y Wright, con la división de Anderson, estrechaban al enemigo en su centro, de tal modo que le rechazaron hasta sus mismas baterías, parte de cuyos cañones cayeron en poder de los confederados. Wright acababa de barrer todo el valle con su artillería a pesar del espantoso fuego que hacía el enemigo desde las alturas de Mc Pherson. En aquel momento esta valerosa brigada trabó un terrible combate que duró quince o veinte minutos, mas al fin, cargando impetuosamente en la pendiente de la montaña, acorraló al enemigo, que se había hecho fuerte tras de un murallón de piedra, y le desalojó de su posición acometiéndole a la bayoneta. Entonces los separatistas concentraron su fuego sobre las baterías federales situadas en las alturas, y una vez que se hubo conseguido apagarlas, las huestes confederadas se lanzaron a la carrera hacia la cúspide de la colina, y se apoderaron de los veinte cañones que allí se hallaban, mientras que la infantería se dispersaba en todas direcciones con el mayor desorden y confusión.

»Dueños ya los separatistas de aquel terreno, que era la llave de la posición enemiga, habíase alcanzado al parecer la victoria, pues cada uno de los mencionados jefes conservaba los puntos conquistados después de tan ruda refriega, y quedaba cortada la comunicación entre las alas izquierda y derecha del ejército enemigo. Debe advertirse, sin embargo, que el triunfo no fue completo, ni el resultado tan satisfactorio como se pudiera esperar en cambio del valor heroico y del arrojo e intrepidez con que se batieron los separatistas, pero esto consistió principalmente en que parte de la división Anderson, la brigada del general Posey y la del general Mahone no avanzaron, como tenían orden de hacerlo, y de este modo, una parte de las fuerzas permaneció ociosa fue sólo mera espectadora del más importante hecho de armas que había tenido lugar en el continente. Así pues, quince o veinte mil hombres descansaban sobre las armas, presenciando un combate tan sangriento como terrible, y siendo testigos de los desesperados esfuerzos de dos pequeñas brigadas, la de Wright y la de Wilcox, que luchaban con las numerosas masas de la infantería enemiga, bajo un fuego mortífero, sin que nadie se acercara a prestar auxilio cuando fueron tomadas las alturas. El no haber avanzado los generales Posey y Mahone para apoyar la izquierda de Wright, facilitó una oportunidad a los federales, quienes atacaron entonces con ventaja el flanco débil. Entonces pudo reconocerse que se había perdido la jornada, y esto después de haber alcanzado una victoria, pero debe consignarse que no se perdió porque las tropas no se batiesen con el mayor arrojo, sino porque muchas de ellas no tomaron parte en la lucha.»

Lee decía en su parte oficial: «Después de un encarnizado combate, el general Longstreet consiguió ocupar el terreno tan deseado; también Ewell se hizo dueño de algunas fuertes posiciones, y todo hacía creer que sería posible desalojar al enemigo. La batalla cesó al llegar la noche, pero resolví continuar el ataque al día siguiente.»

Meade, sin embargo, no perdió tampoco el tiempo, y si bien es cierto que no esperaba recibir refuerzos inmediatamente, contaba, sin embargo, con el cuerpo de ejército de Couch que debía llegar de Harrisburg, con objeto de atacar la retaguardia de los separatistas. Además de esto, la posición de las colinas del cementerio era muy fuerte, y a fin de que lo fuese aun más, se trabajó activamente en la noche del 2 al 3 y se concentraron en el punto principal todas las piezas que estaban en el ala izquierda, por cuyo medio pudieron formarse en las colinas tres órdenes de baterías cuyos fuegos podrían cruzarse perfectamente.

Al día siguiente, 3 de julio, reinó la ansiedad en las primeras horas de la mañana, mientras los separatistas terminaban sus preparativos y colocaban sus baterías para hacer el último esfuerzo supremo, que en su concepto debía asegurarles la victoria; pero al fin, a eso de la una de la tarde diose la señal, y los ciento quince cañones de grueso calibre, de que disponían los generales Hill y Longstreet, cruzaron sus fuegos sobre la colina del cementerio, centro y llave de la posición de los federales, siendo de notar que en el cuartel general de Meade, situado en aquel punto, cayó una verdadera lluvia de proyectiles que causaron la muerte de varios ordenanzas del general en jefe y unos veinte caballos. Fue tan nutrido el fuego por espacio de dos horas, que el terreno de la colina estaba literalmente acribillado a balazos, y aunque los federales contestaron con sus cien cañones, como las baterías del enemigo estaban concentradas, no produjo esto mucho efecto, puesto que al poco tiempo hubo de cesar el fuego por parte de los unionistas, mientras que el de los confederados diezmaba sus filas. Entonces el general Meade dio orden de enfriar los cañones mientras la infantería se preparaba al segundo ataque, que por cierto no se hizo esperar mucho, pues a los pocos momentos, y después de unas tres horas de cañoneo, aparecieron los batallones separatistas formados en orden de batalla, precedidos de una nube de tiradores que avanzaban resueltamente hacia la colina del cementerio.

La columna derecha se componía de la división Pickett, formada en su mayor parte de veteranos de Virginia, los cuales avanzaron a su vez con un orden admirable, arrojando la metralla que los diezmaba; el camino por donde pasaron quedó cubierto de cadáveres, pero la heroica división no se detuvo por esto, y continuando impávida su marcha, no tardó en llegar a las primeras baterías, de las que se apoderó a poco lanzándose sobre ellas con bayoneta calada. En vez de pasar adelante en la narración de esta batalla, parécenos más oportuno copiar al corresponsal del *Investigador de Richmond*, quien describe en los siguientes términos aquella acción memorable:

«A la división Pickett, la primera que avanzó, apoyada su ala derecha por la brigada Wilcox, y la izquierda por la de Heth, siguió la división Pettigrew, que fue a ocupar el mismo terreno donde se hallaba Wright el día anterior. Estaba yo en una eminencia desde la cual observaba con el mayor interés todos los movimientos de los separatistas, pues ya el día antes había visto pasar a otros bravos por aquel mismo valle, y presenciado desde las alturas su lucha mortal, viéndoles volver con sus columnas destrozadas, pero limpias sus banderas. Sus intrépidos compañeros iban a empeñar en aquel momento otra sangrienta refriega, y yo comprendí que sus esfuerzos serían inútiles si las tropas que debían auxiliarles no luchaban con la bravura del león. Los confederados avanzaban siempre sobre el enemigo con mesurado paso; la brisa agitaba sus banderas al cruzar la llanura, y confieso que aun cuando he presenciado todas las grandes acciones de este ejército, nunca había visto a ninguna tropa entrar en fuego con un orden tan admirable como el de la brillante división Pickett. A esta seguían, según ya hemos dicho, las fuerzas de Pettigrew, que acababan de desembocar del bosque para apoyar la izquierda de Pickett, y a su vez pasaron también por el valle en dirección a la colina, mas bien pronto pude observar que esta división carecía de la firmeza y de la serenidad que mostraban los soldados de Pickett, convenciéndome que no podrían sostener la tremenda lucha en que iban a empeñarse bien pronto. En efecto, la tropa de Pettigrew se componía en su mayor parte de bisoños últimamente llegados del Sur, y que a no dudarlo no habían recibido nunca el bautismo de fuego ni presenciado combate alguno, y no pude menos que desconfiar de su valor. Precisamente cuando Pickett se hallaba ya bajo el fuego del enemigo, nuestras baterías suspendieron el suyo; aquel fue un momento de ansiedad mortal para Pickett y sus bravos; «¿por

qué no rompen de nuevo el fuego nuestros cañones?» preguntan todos a la vez; algunos esperan oírlos tronar en breve; ¡vana esperanza! nuestras baterías guardan el silencio de la muerte. Sin embargo, la intrépida división Pickett sigue avanzando siempre, a pesar del torrente de metralla que lanzan cincuenta bocas de fuego, y aquel puñado de héroes continúa impávido su marcha, contestando a su vez a las descargas del enemigo. Ya les veo llegar al camino de Emmitsburg, donde se hallan las masas compactas de la infantería unionista apostadas tras de un muro de piedra y apoyadas por su artillería, que libre ya de nuestros cañones, rompe un fuego mortífero sobre los bravos de la división separatista. Estos se detienen un momento y luego siguen avanzando; llegan por fin al muro de piedra y lo destruyen; los unionistas emprenden la fuga desordenadamente, y los artilleros enemigos abandonan sus piezas no pudiendo resistir las nutridas descargas de la división Pickett. En aquel momento veo a los generales Kemper y Armistead plantar su bandera en las obras del enemigo y oigo el grito de triunfo de los confederados que acaban de alcanzar la victoria.

»¿Qué hace entre tanto la división Pettigrew? Cuando aun resuena en mis oídos el grito de triunfo de los hijos de Virginia, dirijo mi vista hacia la izquierda, y allá en la llanura, veo que reina la más espantosa confusión y que están completamente desbaratados los batallones de Pettigrew, rota la línea y dispersa la división, que se dirige presurosa a reunirse con la retaguardia. El intrépido Pettigrew está herido, pero aun sigue dando órdenes a sus soldados, y en vano trata de reunirlos a su alrededor. Sobrecogidos de un pánico, los hombres de esta división no escuchan las amonestaciones de su jefe⁶², y Pickett queda solo para contener los batallones del enemigo que se agolpan sobre él por todos los puntos a la vez. Garnett cae muerto de un balazo, y Kemper, el bravo y caballeroso Kemper es retirado del campo de batalla mortalmente herido. Las masas de la infantería enemiga son cada vez más compactas y se aproximan rápidamente a la retaguardia de Pickett, en cuyo momento se da la orden de retirada, y los separatistas comienzan el movimiento con el mejor orden, disputando palmo a palmo el terreno. Los unionistas estrechan a sus enemigos, y muchos bravos a quienes antes respetaran las balas enemigas, cayeron entonces para no volver a levantarse más. Armistead está herido y queda prisionero, mas en aquel crítico instante se ve avanzar al resto de la brigada de Wright, con el fin de cubrir la retirada, y entonces termina la lucha. Nuestras pérdidas en este ataque fueron muy sensibles, pero las de los unionistas, según lo dicho por los prisioneros, fueron también inmensas.»

Oigamos ahora la descripción que hace el cronista de los federales del desesperado ataque de los confederados que luchaban por conservar su posición en el Norte:

«El día 4 de julio habían reunido los confederados todas sus tropas para dar un gran ataque y hacer un desesperado esfuerzo a fin de vencer de una vez nuestra obstinada resistencia. Al efecto lanzaron contra nosotros la flor de su ejército, confiando en la victoria, y si bien es cierto que el enemigo se apoderó por algunos momentos de nuestras líneas, era tan fuerte nuestra posición y tan mortífero el fuego, que nuestras baterías barrieron columnas enteras, y los separatistas hubieron de retirarse al fin dejando en nuestro poder numerosos prisioneros.

»Esto es lo que sucedió por punto general en toda la línea, pero la lucha fue más encarnizada con el segundo cuerpo de ejército, en el cual se habían reunido todas las tropas veteranas, que avanzaron contra nosotros con un orden admirable. Al frente iba la brillante división Pickett apoyada por los batallones mas aguerridos de Hill, y como no bastaba a contenerla el fuego de nuestros cañones ni las descargas de la infantería, las avanzadas federales comenzaron a retirarse lentamente del camino de Emmitsburg, disputando el terreno hasta lo último. Entonces los separatistas, que habían economizado sus tiros, rompieron a su vez el fuego, mientras que la artillería cañoneaba nuestra posición.

62 Sería no hacer justicia a un valeroso enemigo el no consignar aquí que es inexacto lo que se dice de las tropas de Pettigrew, que se batieron cuando menos con tanta bravura como sus demás camaradas, y tanto es así, que todos los oficiales menos uno quedaron muertos o heridos en el campo de batalla. De los dos mil ochocientos hombres que entraron en fuego, sólo ochocientos treinta y cinco contestaron a la lista a la mañana siguiente.

»El general Hancock cayó a poco herido, y Gibbon, intrépido y valeroso militar que le sucedió en el mando, dio inmediatamente orden de no hacer fuego hasta que se hallara más cerca el enemigo. Al fin llegó el momento, y entonces una terrible descarga a la que sucedieron otra y otras, sembró la muerte en las filas confederadas, pero los batallones se sucedían unos a otros, y en aquel instante, los federales, que habían hecho un supremo esfuerzo, se vieron completamente dominados sin poder resistir el ímpetu de sus contrarios, los cuales llegaron hasta los mismos cañones de los unionistas, y atacando a la bayoneta, consiguieron que los artilleros abandonasen sus piezas en el momento en que los jefes enemigos clavaban su bandera en nuestras obras de defensa.

»Los separatistas, sin embargo, habían avanzado demasiado lejos y su temeridad debía costarles muy cara: hallábanse completamente expuestos a un fuego enfilado, y los cañones de los federales desbarataron bien pronto su línea cubriendo el suelo de cadáveres; las baterías de la colina del cementerio acabaron de decidir el éxito de la jornada.

»Las destrozadas columnas de los confederados comenzaron entonces a retroceder, mientras que la infantería unionista se lanzaba en su persecución, mas ya no debía encontrar ésta mucha resistencia, pues todo un regimiento arrojó sus armas y se rindió a discreción, en tanto que otros destacamentos sueltos hacían lo mismo. Sólo la brigada de Webb cogió ochocientos prisioneros, y la división Gibbon se apoderó también de otros muchos y de varias banderas.

»La dispersión era completa; la batalla había terminado, pero también los federales habían sufrido considerables pérdidas, pues sólo la división de Harrow tuvo cincuenta y cuatro oficiales muertos y setecientos noventa y tres individuos de tropa.

»Los separatistas habían hecho un inútil sacrificio; reunieron los dispersos restos de su ejército, y formando sus líneas abandonaron el campo de batalla. Aquello era una derrota completa, y puede decirse que por una vez había alcanzado el ejército del Potomac una señalada victoria.»

En el informe que presentó el general Doubleday a la comisión de guerra, refiriendo los pormenores del combate, decía lo siguiente:

«A eso de las dos de la tarde el enemigo rompió un fuego tan certero con sus ciento veinticinco cañones, que en pocos momentos hizo un espantoso destrozo, y no hubo oficial a quien no le mataran el caballo, siendo de advertir que algunos perdieron dos y tres, como me sucedió a mí. Este primer ataque me hizo comprender que se preparaba otro por la infantería, y en su consecuencia ordené a mis soldados que se protegieran lo mejor posible detrás de las rocas o de las eminencias hasta que cesara el fuego de las baterías y se lanzase el enemigo al ataque.

»Llegado el momento, el enemigo avanzó en tres columnas con sus alas desplegadas, a fin de impedir que el grueso de las fuerzas fuese flanqueado, y entonces conocí que se dirigía a mis líneas, pero viendo que estas eran muy fuertes y estaban perfectamente fortificadas, los confederados mudaron de parecer y concluyeron por atacar a la división Hancock, que se hallaba a mi derecha. Al practicar este movimiento hubo sin duda una mala inteligencia, y como merced a esta circunstancia quedó un espacio libre entre una de las alas y el centro, mandé al general Stannard que cargase con su brigada por uno de los flancos de la columna de ataque, mientras que nuestra artillería hacía un nutrido fuego sobre su centro. Se ha dicho que algunos enemigos llegaron a tocar nuestros cañones, pero los prisioneros no lo confirman, y aseguran por el contrario que la brigada del general Stannard fue la que más los perjudicó, pues no les era posible resistirla en la posición que ocupaban, y hubieron de retroceder a fin de ponerse fuera de su alcance. Yo destacué entonces dos regimientos previniéndoles atacaran a los confederados de frente, pero ya nuestra artillería hacía tales estragos en sus filas, que se vieron en la precisión de tocar retirada después de sufrir sensibles y numerosas pérdidas.

»Cinco minutos después llegaban para reforzarme varios regimientos y baterías, mas como no eran entonces necesarios, dispuse que se situaran convenientemente y aguardasen nuevas órdenes.»

He aquí, pues, cómo se ganó la sangrienta batalla de Gettysburg, en la cual fundaban sus esperanzas los separatistas, mas cuando estuvo concluida, apenas había ya municiones disponibles,

y una sola brigada componía la reserva del ejército del Potomac, pues todas las tropas se habían situado en diversos puntos, a fin de contener el furioso ataque del enemigo. Después de esta decisiva acción, puede decirse que ya no hubo lucha; sólo el general Crawford, de la división Sykes, que ocupaba a Round Top, avanzó a las cinco de la tarde, por orden de Meade, contra una batería aislada que aun seguía haciendo fuego, y apoderándose de ella, cogió doscientos sesenta prisioneros de la división Anderson, siete mil armas pequeñas y una porción de heridos que se hallaban en poder de los separatistas.

Se ha censurado al general Meade tachándole de tímido y demasiado prudente, mas no puede negarse que su estrategia, aunque no atrevida, fue muy acertada, pues si hubiera consentido, como algunos querían, que se asaltaran las baterías de los separatistas en la cordillera del Seminario, es muy probable que le hubiesen derrotado. Tratándose de dos ejércitos igualmente resueltos y valerosos que cuentan con el mismo número de tropas, una posición más o menos ventajosa decide naturalmente del éxito de la jornada en favor de unos u otros. En esto no sucede como con las turbas armadas, que a veces triunfan por su misma audacia, pues los acometidos, comprendiendo que los que atacan no han de huir, prefieren con frecuencia abandonar la lucha. Si por su parte el general Lee hubiese atacado a Burnside en las alturas de Falmouth, es indudable que habría sido derrotado de una manera lastimosa.

Ni tampoco se debe censurar a Meade porque no se lanzara inmediatamente en persecución del enemigo: los muertos y heridos que acababan de caer en el campo de batalla representaban una cuarta parte de su ejército; habíanse agotado sus municiones e ignorábase cuál era la verdadera situación de Lee. Si Meade hubiese mandado avanzar a sus tropas sobre la colina del Seminario y el enemigo le hubiera rechazado con un fuego tan espantoso como el que destrozó a los batallones separatistas en la colina del cementerio, habríasele censurado luego por muchos que no le creían dotado de suficiente valor. Meade, no obstante, cometió un error grave al encargarse del mando: ya recordaremos que se le autorizó para obrar como juzgase más oportuno respecto a las fuerzas de French, que ocupaban las alturas de Maryland, disponiendo también como tuviera por conveniente de las tropas de Couch, y en este caso, una vez decidido a presentar la batalla a Lee tan pronto como le favoreciesen las circunstancias, debió haber ordenado que dichas fuerzas se uniesen con él lo más pronto posible, por cuyo medio habría quedado completamente dueño de la situación, y hasta le hubiera sido posible impedir la vuelta de Lee a Virginia. En vez de hacerlo así, Meade no dio orden alguna a Couch, y si bien es cierto que por consejo de Butterfield tomó los once mil hombres que ocupaban las alturas de Maryland, no lo es menos que dejó siete mil de estos en Frederick, donde permanecieron ociosos cuando tan útiles podían ser sus servicios en otra parte. Si la batalla de Gettysburg se hubiese perdido por falta de estos once mil hombres, Meade habría incurrido en la más grave responsabilidad.

Del informe oficial de Meade aparece que en los diversos combates ocurridos en Gettysburg, y que constituyeron la batalla de este nombre, se contaron en el ejército federal dos mil ochocientos treinta y cuatro muertos, trece mil setecientos nueve heridos y seis mil seiscientos cuarenta y tres extraviados (la mayor parte de ellos prisioneros), lo que compone un total de veintitrés mil ciento ochenta y seis⁶³, y en cambio se cogieron tres cañones, cuarenta y una banderas y trece mil seiscientos veintiún prisioneros, muchos de los cuales estaban heridos. Además se recogieron en el campo de batalla veinticuatro mil novecientas setenta y ocho armas de todas clases, pero es de presumir que muchas de ellas habían pertenecido antes a los unionistas.

Lee no formó la lista de sus pérdidas, pero no es de creer que fueran menos numerosas que las de los unionistas⁶⁴ atendido que sus tropas se batieron en terreno descubierto mientras que los

63 Entre los muertos se contaban los generales S. H. Weed y E. J. Farnsworth y seis coroneles, y entre los heridos los generales Gibbon, Barlow, Stannard, Webb y Paul.

64 Al hablar sobre este punto dice el escritor Pollard: «La división Pickett, que se halló en lo más recio de la refriega, sufrió pérdidas tan sensibles y numerosas, que no podemos menos de consignarlas aquí porque real y verdaderamente llamaron la atención. Baste decir que todos los jefes quedaron muertos o heridos, y de veinticuatro oficiales subalternos sólo dos salieron ilesos. Los coroneles de cinco regimientos de Virginia, uno de los cuales

federales se protegían con sus obras defensivas. Así pues, creemos estar en lo justo, suponiendo que los confederados tuvieron diez y ocho mil bajas entre muertos y heridos, sin contar diez mil prisioneros que quedaron en poder del ejército federal.

Durante los días 2 y 3 la caballería de ambos ejércitos, que parecía acechar una oportunidad para dar un golpe de mano, tuvo varios encuentros sin consecuencia, pues en realidad no hubo ningún combate formal. El día 3, el general Hood trató de efectuar un movimiento en el camino de Emmitsburg con el objeto de sorprender el ala izquierda de los federales, el punto mas débil, según lo dicho por el general Meade, pero bastó para rechazar el ataque la brigada del general Merritt, que a su vez se proponía flanquear la retaguardia de los separatistas. De este combate, que más bien pudiera calificarse de escaramuza, no resultó ninguna gran ventaja para unos ni otros, aunque, según parece, una numerosa fuerza de infantería al mando de Hood no tomó parte en el ataque merced a los esfuerzos de Merritt y Farnsworth, que la entretuvieron, impidiendo que auxiliara a sus compañeros en la gran batalla de Gettysburg.

Terminada la acción, Pleasanton, el jefe de la caballería, recomendó a Meade que mandara perseguir al enemigo, pues todo inducía a creer que no sólo estaba desmoralizado el ejército separatista y que empezaba a retirarse, sino que carecía de municiones. Meade, sin embargo, alegó que no estaba seguro de que el ejército hubiese emprendido la retirada, y deseando asegurarse de ello por medio de un reconocimiento, destacó a Pleasanton con alguna caballería a fin de que lo averiguara. El general Gregg, que había estado ocupando a Chambersburg, volvió a las ocho de la mañana del 4 de julio y anunció que el camino estaba lleno de heridos y de camillas, y que a no dudarlo, el enemigo se retiraba apresuradamente; otros jefes de caballería que volvían de practicar reconocimientos semejantes, aseguraron también lo mismo, mas, a pesar de esto, como el general Meade no avanzó desde luego por la línea directa de retirada, y como la conducción de la artillería y trenes de un gran ejército exigen mucho tiempo, no se dispersaron los piquetes separatistas hasta el día siguiente, 5 de julio. Una división de la milicia de Couch, compuesta de unos cinco mil hombres al mando del general Smith, acababa de incorporarse con la retaguardia.

A la mañana siguiente no quedaba ya la menor duda de que el enemigo en masa se iba retirando con la mayor celeridad posible, y entonces se dio orden de avanzar al general Sedgwick con sus divisiones a fin de perseguir a los fugitivos. He aquí lo que dice sobre este movimiento un testigo ocular:

«El día 4 de julio se reconoció hasta la evidencia que el enemigo se había pronunciado en retirada, sin que pudiera, sin embargo, asegurarse qué distancia habría recorrido ya, pues no se veía sino una escasa fuerza desde la posición que ocupaban los federales. El general Sedgwick, que marchaba con sus tropas en persecución del enemigo, llegó a poco a los escarpados desfiladeros de Fairfield, que son una larga cadena de montañas, y a poco se presentó un oficial subalterno del enemigo, al servicio de uno de los regimientos de Georgia, el cual dijo, sin que se le preguntase nada, que los confederados apenas tenían municiones. El punto adonde habían llegado los federales era a propósito para el ataque, pero el general Sedgwick tuvo por conveniente no avanzar más hasta que se hubiese marchado el enemigo, y llegado el momento, los federales prosiguieron su camino a través de Boonsboro con dirección a Hagerstown. La caballería de Buford se dirigió a Funkstown, donde se hallaban apostadas algunas fuerzas separatistas que abandonaron su posición sin oponer mucha resistencia. En este encuentro, los federales destruyeron varios puentes, apoderándose de algunos prisioneros.

»El día 10 se detuvieron las tropas unionistas para tomar algún descanso, y el día siguiente continuaron su marcha hacia las montañas del Sur. Ya cerca de Williamsport encontraron algunas avanzadas separatistas, y hubo un breve tiroteo sin resultado alguno, pues el general Sedgwick tenía

perdió doscientos doce hombres de los doscientos cincuenta de que se componía, quedaron muertos en el campo de batalla. Además de estos, perecieron los brigadieres-generales Barksdale y Garnett, y resultaron heridos los generales Hood, Trimble, Heth, Pender, Pettigrew, Kemper, Scales, G. T. Anderson, Hampton, J. M. Jones, Jenkins, Armistead y Semmes; estos dos últimos mortalmente.

orden de no empeñar una batalla formal. Entre tanto el general en jefe del ejército confederado seguía avanzando siempre sin obstáculo, y acababa de ocupar una buena posición después de una marcha feliz que no le costó sino algunos hombres y unos veinte vagones. En cambio, al llegar al río, vieron los confederados que los puentes estaban destruidos y que la corriente venía muy crecida, pero esto no era una dificultad para los que tienen que luchar a cada momento con esta clase de obstáculos, y mientras se construían algunos pontones, el jefe separatista se situó en una buena posición junto al Potomac. Esperábase que los federales atacarían inmediatamente, mas no ocurrieron sino algunas escaramuzas entre la caballería, porque, según ya hemos dicho, Meade no deseaba empeñarse por entonces en una batalla general. En su consecuencia las tropas encargadas de perseguir al enemigo tomaron posición a una milla de Hagerstown, en donde ocurrió un combate con algunas fuerzas de infantería separatista que trató, aunque inútilmente, de rechazar a sus perseguidores atacando a la caballería de Buford.

»Los federales siguieron ocupando sus posiciones dos o tres días más hasta que recibieron orden de acercarse más a Hagerstown, donde se encontraron algunas obras defensivas de los confederados, pero al llegar allí se supo que el ejército confederado había cruzado ya el río.»

Los días 4 y 5 de julio de 1863 fueron consagrados a curar los heridos y enterrar los muertos. El general Meade estaba satisfecho de que Lee se hubiese retirado, pero creía que se encaminaba hacia el valle de Cumberland y no al Potomac, por cuya razón resolvió marchar con el grueso de sus tropas hacia Boonsboro con el fin de cerrar el paso al enemigo. El general Sedgwick, no obstante, remitió un parte en 6 de julio anunciando que el enemigo había tomado posición en los desfiladeros de Fairfield y que se necesitarían más tropas para desalojarle. Entonces enviáronse nuevos refuerzos a Sedgwick, mas a poco remitió éste un segundo parte anunciando que no era acertado perseguir al enemigo por el camino que seguía. Con este motivo se dio contraorden y todo el ejército se dirigió por el camino de Middletown, mientras se daba a Sedgwick la orden de unirse con el grueso de las fuerzas. Llegadas al punto últimamente citado, las tropas se detuvieron un día, continuando luego su marcha hacia el Potomac, en una de cuyas orillas habíase fortificado el general Lee convenientemente, según ya hemos indicado.

He aquí lo que decía el parte del general Lee acerca de su retirada:

«El ejército permaneció en Gettysburg todo el día 4 y por la noche comenzó a retirarse por el camino de Fairfield, llevándose cuatro mil prisioneros, de los cuales dos mil fueron puestos en libertad bajo palabra; los numerosos heridos que el enemigo dejó en nuestro poder después de la primera y segunda jornada, quedaron abandonados por el pronto.

»Poco pudimos adelantar aquella noche a causa sobre todo de una espantosa tormenta que embarazaba nuestros movimientos, a pesar de que la retaguardia de la columna no abandonó su posición de Gettysburg hasta la noche del 5.

»La marcha continuó durante aquel día sin interrupción por parte del enemigo, pero cerca de los desfiladeros de Fairfield hubo un encuentro que no puede calificarse de combate formal. Una parte de nuestro tren de campaña se dirigió por el camino de Fairfield y el otro por el de Cashtown; al cruzar las montañas nos atacó la caballería enemiga por la retaguardia y pudo capturar algunos vagones, mas luego continuamos nuestra marcha hacia Williamsport sin sufrir grandes pérdidas. Cerca de este punto el general Imboden rechazó un ataque de la caballería enemiga, auxiliado por el general Stuart. Después de una fatigosa marcha, más penosa aun por las continuas lluvias, el ejército llegó al fin a Hagerstown en la madrugada del 7 de julio.»

En efecto, el general Lee había escapado felizmente, y seguro es que cuando sus desbaratadas columnas abandonaron a Gettysburg, pocos oficiales podían imaginarse que les sería dable llegar a Virginia con toda su artillería y tren de campaña, pues era lo más probable que al llegar al Potomac sólo quedasen ya los restos del ejército separatista. Las copiosas lluvias, no obstante, que son frecuentes después de las grandes batallas, entorpecieron más la marcha de los perseguidores que de los perseguidos, y a causa también de falta de energía o de actividad por parte de los federales, el

general Lee pudo disponer de cuatro días, los cuales le bastaron para fortificarse en Williamsport antes de que llegara el general Meade.

Pero ni para Lee, ni para su ejército habían concluido aun las fatigas y penalidades: las tormentas que estallaron después de la batalla hicieron crecer de tal modo la corriente del Potomac, que se cubrieron todos los vados, y por otra parte el general French, que con siete mil veteranos había permanecido ocioso en Frederick, durante los grandes acontecimientos de Pennsylvania, acababa de destacar sin orden alguna, en dirección a Falling Waters y Williamsport, una fuerza de caballería que cogió prisionero al pequeño destacamento a quien confiara Lee la custodia del puente. El general separatista no tuvo pues otro remedio sino mandar construir otro, mas antes de estar concluido, Lee divisó al ejército de Meade, que se aproximaba reforzado con la división de French y parte de la milicia de Couch, que se unió con el ejército en Boonsboro.

El día 12 de julio, durante el cual los federales se ocuparon en elegir sus posiciones, el general Meade reunió su consejo de jefes y oficiales a fin de discutir la conveniencia de atacar a la mañana siguiente al enemigo. La sesión fue larga y los debates acalorados: los generales Howard, Pleasanton y Wadsworth estaban por el ataque; los generales Sedgwick, Slocum, Sykes, French y Hays, (este último sustituía a Hancock, herido en la batalla de Gettysburg), se oponían a él, y el general Meade, después de oír el parecer de todos, manifestó que él opinaba como los primeros, pues se hallaba allí para batirse y no veía una razón para no hacerlo, pero que no podía ni debía tampoco incurrir en la responsabilidad de ordenar el ataque contra el parecer de la mayoría, mucho menos contándose en esta cuatro jefes superiores de una graduación casi igual a la suya. Acaso Meade no obró con acierto en aquella ocasión, mas debe tenerse en cuenta que hacía sólo dos semanas que estaba encargado del mando del ejército y por esto le pareció que pudiera ser más grave su responsabilidad si no hacía aprecio de la mayoría de sus consejeros. Sea como fuere, los federales no atacaron, permaneciendo ociosos todo el día siguiente, y llegada la noche, el general Lee cruzó el Potomac sin dejar detrás de sí más que dos piezas inservibles y algunos vagones deteriorados de los que pudo apoderarse el enemigo.

El día 14 de julio una avanzada de caballería unionista, al mando del coronel Gregg, cruzó el Potomac por Harper's Ferry, y a la mañana siguiente marchó desde las alturas de Bolivar a Winchester, dirigiéndose luego a Shepherdstown, donde trabó un combate con la caballería confederada al mando de Hugo Lee. Éste obligó a los federales a retroceder hasta que ocuparon una fuerte posición, la cual no atacaron sino una vez los separatistas, siendo rechazados después de un reñido combate. En este encuentro resultó por ambas partes una pérdida de unos cien hombres entre muertos y heridos.

El general Meade cruzó el Potomac por Berlin, el día 18 de julio, y pasando por Lovettsville, Unión, Upperville y Salem, avanzó sobre Warrenton, ocupando así la línea del Rappahannock, abandonada por el ejército federal uno o dos meses antes. Meade había efectuado este movimiento antes que Lee, quien se detuvo por algunos días cerca de Monte Bunker, y merced a esta circunstancia, el jefe unionista pudo ocupar todos los pasos de Blue Ridge, al norte del Rappahannock, cerrando así el paso al enemigo desde el valle de Shenandoah.

Engañado Meade por los informes recibidos, esperaba presentar la batalla al enemigo en Manassas-Gap, donde la caballería al mando de Buford encontró una numerosa fuerza de separatistas, mas como llegaron en auxilio de aquel el general Ward y la brigada Spinola, contrarrestáronse las fuerzas del enemigo y se le rechazó, aunque con pérdidas considerables por ambas partes. Al general Spinola le hirieron dos veces, y también lo quedaron de alguna gravedad otros dos oficiales, contándose entre los muertos el general Price. A la mañana siguiente los federales avanzaron sobre Front Royal sin encontrar enemigos, mas allí supieron que una de las brigadas de Ewell era la que había tomado parte en el combate del día anterior, y que la división Rhodes, que formaba la retaguardia del ejército de Lee, acababa de cruzar el valle para apoyarla. Por entonces, no obstante, no había enemigos que combatir, y Meade perdió dos días recorriendo

Manassas-Gap, con lo cual tuvo Lee tiempo suficiente para dirigirse al Sur, flanqueando la derecha del ejército federal y apareciendo al frente de este cuando menos se esperaba.

Tan pronto como se supo que el general Lee había marchado al norte con todas las fuerzas que pudo reunir, el general Dix, comandante del fuerte Monroe, recibió orden de hacer una demostración contra Richmond, auxiliado por el general Keyes, y al efecto se pusieron en marcha cinco mil hombres de todas armas a las inmediatas órdenes del general Getty. Keyes se dirigió a Baltimore, destacando antes mil quinientos jinetes con orden de destruir el puente del camino de hierro de South Anna, lo cual se hizo sin que ocurrieran más que dos o tres escaramuzas de poca importancia en que estuvo la ventaja de parte de los separatistas, y esto bastó para que Keyes se retirase sin empeñar ningún combate formal y sin hacer cosa alguna que valiese la pena de emprender aquella expedición. Como Richmond se hallaba entonces defendido tan sólo por una brigada al mando de Wise, fácil hubiera sido reunir algunas fuerzas y atacar este punto con probabilidades de éxito, y a no dudarlo así lo hubiese hecho un jefe más resuelto y más emprendedor que el general Keyes, quien pudiendo intentar muy bien en aquella ocasión un atrevido golpe de mano, prefirió retirarse.

El día 1 de agosto, el general Buford cruzó el río con su caballería por la estación del Rappahannock e hizo retroceder a una división de Stuart hasta Culpepper-Court-House, desde donde los federales hubieron de retroceder a consecuencia de haberse visto atacados resueltamente por sus enemigos. Las pérdidas de los unionistas en este encuentro no bajaron de ciento cuarenta hombres, de los cuales murieron diez y seis en el campo de batalla. También el general Kilpatrick atravesó el río por Port Conway, más abajo de Fredericksburg, dispersando una escasa fuerza de separatistas que allí había, después de quemar dos cañoneras últimamente cogidas por los confederados en el Potomac.

El general Pleasanton atravesó asimismo el Rappahannock en 13 de septiembre por el vado de Kelly y otros, con la mayor parte de la caballería federal formada en tres divisiones a las órdenes de los generales Buford, Kilpatrick y Gregg. Estas fuerzas rechazaron a la caballería de Stuart hasta Brandy Station y Culpepper-Court-House, y cruzando acto continuo el Rapidan, cogieron dos cañones y algunos prisioneros, sin sufrir apenas pérdida alguna. El general Warren apoyaba con su división a la caballería federal, mas no tomó parte en ningún combate.

Resultando de los reconocimientos practicados que Lee había subdividido su ejército para reforzar a Bragg en el Tennessee, el general Meade cruzó a su vez el Rappahannock en 16 de septiembre, con numerosas fuerzas, y fue a situarse en Culpepper-Court-House, destacando al mismo tiempo dos cuerpos de ejército en dirección al Rapidan, que pensaba vadear al día siguiente, cuando recibió de Washington una orden en que se le prevenía enviara parte de sus fuerzas al mando de Hooker, las cuales debían marchar a Chattanooga para prestar su auxilio al ejército que allí había. Habiendo recibido en cambio un refuerzo poco después, Meade ordenó al general Buford que marchara con su caballería a cubrir los vados superiores del Rapidan con el objeto de que pudiera pasar el ejército, pero al mismo tiempo el general Lee, después de haber cruzado el río Robertson con numerosas fuerzas, avanzaba por Madison-Court-House, y al tener conocimiento de esto el general Meade retrocedió, vadeando el Rappahannock en 11 de octubre, mientras la caballería federal, a las órdenes de Pleasanton, cubría la retirada.

El general Meade dedujo entonces que el grueso de las fuerzas enemigas se hallaba en Culpepper-Court-House, y en esta inteligencia hizo avanzar a una parte de sus tropas hasta Brandy Station mientras que la caballería de Buford se dirigía a Culpepper-Court-House, en cuyo punto el general Gregg, jefe de una de las divisiones de la derecha, anunció que los separatistas acababan de rechazarle desde Hazel hasta el Rappahannock, y que estaban cruzando por Sulphur, Springs y Waterloo con fuerzas muy numerosas. Meade retrocedió entonces rápidamente hacia el río en 12 de octubre, dirigióse a Catlett Station, y sin perder momento marchó a Centerville, en cuyo punto se detuvo. Mientras sucedía esto, el general Gregg era atacado y derrotado por los separatistas cerca de Jefferson, con una pérdida de quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

El ejército federal comenzaba a verse perseguido de cerca, especialmente por la caballería de Stuart, quien había cogido ya una porción de prisioneros. Es de advertir que con tal ahínco perseguía el jefe separatista al enemigo, aun cuando no contaba sino con dos mil hombres, que ya cerca de Catlett Station, y en la noche del 13 al 14 de octubre, de tal modo se adelantó Stuart inadvertidamente, que por algún tiempo se encontró en el centro de la retaguardia del ejército federal, mandada por el general Warren. Stuart se hallaba expuesto a verse cercado de un instante a otro, en cuyo caso no le quedaba otro recurso sino rendirse a discreción o perecer con toda su gente, mas por fortuna divisó cerca una espesura en un bosque de pinos que bordeaba el camino, y ocultándose apresuradamente con todos sus soldados, se mantuvo inmóvil en su escondite, mientras que los federales iban pasando, sin imaginar ni por asomo que tuviesen al enemigo tan cerca. Stuart, que podía oír fácilmente las palabras de los soldados y oficiales unionistas, vio luego que la retaguardia acampaba a pocos pasos de distancia, y entonces abrigó por un momento la idea de abandonar sus cañones y escapar con algunas pérdidas, pero mudando luego de parecer, eligió tres hombres resueltos, a los que equipó de modo que parecían soldados federales, confiándoles la peligrosa comisión de adelantarse a la columna enemiga para anunciar al general Lee lo que pasaba, a fin de que éste enviase inmediatamente refuerzos. Durante la noche, dos oficiales unionistas que se aproximaron a la espesura, cayeron prisioneros, sin que les fuera posible dar la voz de alarma.

Al romper el día, un lejano tiroteo anunció a Stuart que Lee le enviaba el socorro pedido, y entonces, saliendo de la espesura, rompió un vivísimo fuego sobre la retaguardia de los unionistas, entre los cuales introdujo de tal modo la confusión, que la caballería confederada tuvo tiempo de lanzarse a escape y reunirse con el refuerzo sin sufrir ninguna pérdida.

Estas intenciones, sin embargo, no siempre salen bien: aquel mismo día, 14 de octubre, una avanzada de Hill que había salido de Warrenton en dirección a Broad Run a fin de acercarse a Bristow Station para sorprender la retaguardia de los federales, se disponía ya al ataque, cuando el general Warren, apareciendo por otra parte, desbarató el plan de los separatistas. A pesar de esto, Hill, que tenía preparadas sus piezas, no quiso retroceder y se trabó el combate con el mayor denuedo, mas a poco llegaron las baterías de Brown y Arnold, y tan certeros fueron sus tiros, así como el de las divisiones de infantería de Webb y de Hays, que los confederados se vieron en la precisión de huir abandonando seis cañones. La antigua brigada de Pettigrew, que llegó durante el combate, fue rechazada con pérdida de cuatrocientos cincuenta hombres que cayeron prisioneros y se retiró luego al bosque. En esta refriega tuvieron los federales doscientas bajas, incluso el coronel Mallon, que perdió la vida, y entre los separatistas contáronse a lo menos cuatrocientos, quedando el general Posey mortalmente herido. Los federales permanecieron en el campo de batalla hasta la caída de la tarde, y entonces marcharon a reunirse con el resto del ejército, cuya retirada habían cubierto tan eficazmente.

Meade se avergonzaba ya de haber emprendido la retirada, que según dicen los separatistas, continuo hasta Fairfax-Court-House, y hubiera retrocedido gustoso a no impedírselo la incesante lluvia, que le obligó a buscar pontones para vadear el Bull-Run. Mientras tanto los separatistas, después de hostilizar al enemigo cuanto les fue posible, se retiraron rápidamente, destruyendo al paso las vías férreas de Orange y Alejandría, que conducen desde Bristow al Rappahannock. Antes de esto, Stuart, auxiliado por Hugo Lee, derrotó la caballería de Kilpatrick en un sangriento combate que tuvo lugar cerca de Buckland's Mills. La brigada de Custer tomó una parte muy activa en la lucha, pero el enemigo contaba con fuerzas tan superiores, que Kilpatrick se dio por contento con escapar sin grandes pérdidas. Stuart asegura que hizo doscientos prisioneros. El general Lee volvió a repasar el Rappahannock al día siguiente, dejando a Meade en la imposibilidad de perseguirle por algún tiempo a causa de estar destruidas las principales vías férreas.

El general separatista Imboden, que con una división de caballería había estado guardando los pasos de Blue Ridge, se aproximó a Charleston en 18 de octubre por la parte de Harper's Ferry, de cuyo punto se apoderó, cogiendo prisioneros a cuatrocientos veinticuatro hombres y una porción de pertrechos militares y demás efectos de campaña, pero dos horas después, y como se viese aparecer

una numerosa fuerza unionista, Imboden emprendió la retirada hacia Berryville, llevándose su botín. Lee asegura que sus tropas hicieron dos mil prisioneros en los diversos encuentros ocurridos en el Rappahannock, es decir, una mitad más que los unionistas, y si bien los muertos y heridos figuraban poco más o menos por la misma cifra así en unos como en otros, no puede negarse que Lee ganó la palma por su destreza, osadía e intrepidez, en el mero hecho de obligar a Meade a retroceder hasta cerca de Washington, después de haber obstruido sus principales comunicaciones, apoderándose además de un rico botín y numerosos prisioneros.

Picado su amor propio por el atrevimiento del enemigo, Meade pidió autorización para practicar un rápido movimiento hacia la izquierda a fin de apoderarse de las alturas de Fredericksburg, pero Halleck se opuso a este proyecto, y dispuso que en la madrugada del 7 de noviembre marchase Sedgwick con numerosas fuerzas a Rappahannock Station, donde los separatistas habían fortificado perfectamente la orilla Norte del río ocupando un puente. Estas obras estaban defendidas por la brigada de Hayes, apoyada por la de Hoke, mientras que el general Lee con la división Early se hallaba en el río, dispuesto a reforzar a su gente cuando fuese necesario. El movimiento de los federales no era fácil de ocultar, y por lo tanto Hoke hizo todos sus preparativos para recibir a sus adversarios.

Cuando hubieron llegado los unionistas frente a Rappahannock Station, hicieron alto detrás de una colina, formáronse en orden de batalla, y en tanto sus avanzadas se aproximaron gradualmente al río, donde se divisaban las obras defensivas del enemigo, que ocupaban parte de una pequeña cordillera de colinas. El general Wright y el brigadier general David Russell mandaban las fuerzas federales, y habiéndose practicado un minucioso reconocimiento, y manifestado este último jefe a su compañero que podría tomarse la fortificación por asalto, Wright dispuso que atacaran las tropas. Dadas las órdenes oportunas, formáronse dos columnas al mando del mismo Russell, y poco después avanzaron los federales resueltamente con bayoneta calada y sin disparar un tiro, arrostrando el mortífero fuego de los confederados. Al cabo de diez minutos llegaba un nuevo refuerzo para los unionistas, pero ya habían perdido estos diez y seis oficiales de los veintitrés que llevaban, y doscientos veintitrés individuos de tropa; entre los jefes hallábanse heridos gravemente el teniente coronel Harris y el mayor Wheeler, y asimismo un ayudante del general Russell. Los regimientos de Pennsylvania, no obstante, avanzaron resueltamente al asalto de la fortificación enemiga, y al poco tiempo se hicieron dueños de ella, acorralando a los separatistas, de los cuales se rindieron a discreción mil seiscientos. Cuatro cañones, siete banderas y dos mil armas de varias clases fueron los trofeos de la victoria; el general Hayes se rindió también, mas pudo escaparse luego y lo mismo hicieron dos coroneles que se arrojaron a nado. Sólo dos brigadas, compuestas de tres mil hombres, bastaron para desalojar al enemigo de su posición, y no estará demás consignar aquí que el buen éxito de aquel hecho de armas se debió principalmente al general David Russell, uno de los más modestos y valerosos soldados del ejército del Potomac.

A la vez que se practicaba este movimiento, la división French avanzaba hacia el vado de Kelly, y una brigada, al mando del general De Trobriand, atacó otra posición del enemigo, cogiendo prisionero al coronel Gleason y cuatrocientos hombres, sin perder más que cuarenta. El general Lee se retiró a Culpepper aquella misma noche y cruzó el Rapidan al día siguiente, mientras los federales se ocupaban con la mayor actividad en reparar los desperfectos de la vía férrea.

Fue opinión general entre los mas entendidos y valerosos oficiales del ejército del Norte que los federales debieron avanzar, después del triunfo alcanzado en el Rappahannock, en persecución del enemigo, diseminado entonces en sus cuarteles de invierno, impidiendo que se concentrase y ocupara fuertes posiciones, pero Meade, con su acostumbrada prudencia, esperó hasta que se hubo compuesto el puente del Rappahannock, y viendo entonces que no se le atacaba, dio la orden de avanzar en 23 de noviembre. Esto no pudo efectuarse por haber estallado- una tempestad que detuvo a las tropas por espacio de tres días, al cabo de los cuales se puso el ejército en marcha: el general French, seguido de Sedgwick, cruzó el Rapidan por Jacob's Mill; el general Warren pasó por el vado de Germania; Sykes y Newton, con dos divisiones, atravesaron por el vado de

Culpepper, y Gregg, con una división de caballería, cruzó por el de Ely's, y avanzó sobre el camino de Catharpen cubriendo el flanco izquierdo de la infantería, que era el más débil. Dos divisiones al mando de Custer y Merritt vigilaban en tanto los vados superiores del Rapidan y el tren de campaña depositado en Richardsville. En este movimiento se hallaban ocupados setenta mil hombres, a los cuales no podía oponer el general Lee sino unos cincuenta mil por hallarse aun ausente el cuerpo de ejército de Longstreet.

Hubiérase dicho, no obstante, que las tropas empezaban a perder su energía y actividad, pues el tercer cuerpo de ejército, por una mala inteligencia del general Prince, según se dice, equivocó el camino y no llegó a Jacob's Mill hasta la caída de la tarde, y de este modo, en vez de concentrarse todas las tropas en Robertson's Tavern, en la noche del 26 de noviembre, según lo prescrito por Meade, fue preciso esperar a los que se habían retrasado. Así pues, no solo perdió un día el ejército, sino que se expuso a que el enemigo descubriera su movimiento.

Los federales se pusieron de nuevo en marcha a la mañana siguiente, 27 de noviembre, y apenas hubieron llegado a Robertson's Tavern, vieron a lo lejos a las divisiones de Early, Rhodes y Jhonson, del cuerpo de ejército de Ewell, que parecían dispuestas a cerrarles el paso. Warren recibió entonces orden de hacer alto y no avanzar hasta que llegase French, mas a poco se recibió un parte de éste en que manifestaba que estaba aguardando a Warren, y habiéndose enviado inmediatamente una orden para que viniera a prestar su auxilio, contestó French que el enemigo avanzaba sobre su flanco derecho por el vado de Raccoon, y que no podía hacerlo. Meade dispuso entonces que fueran varios oficiales a reiterar la orden a French, previniéndole que avanzara acto continuo y que si encontraba resistencia, que atacase con todas sus fuerzas, a fin de reunirse cuanto antes con el general Warren; pero esta vez French protestó contra la orden, alegando que este movimiento sería muy peligroso. Con estas contestaciones y enojosas dificultades se perdió un tiempo precioso, y al fin, disgustado Meade por la negativa de French, dispuso que el primer cuerpo de ejército marchase en auxilio de Warren, a quien apuraba ya el enemigo en Robertson's Tavern⁶⁵.

El quinto cuerpo de ejército avanzó en la mañana del 28 de noviembre, mientras Gregg y su división salían al encuentro de las avanzadas de Stuart, las cuales retrocedieron sin oponer mucha resistencia, y de este modo Sikes pudo reunirse con Warren en los alrededores de Hope Church. Cuando el ejército federal se hallaba ya dispuesto a comenzar el ataque, observóse que el enemigo emprendía la retirada, y habiendo avanzado entonces el segundo cuerpo de ejército a una distancia de dos millas, vio que los confederados acababan de tomar posición en la orilla occidental de Mine Run, a cuyo punto se dirigieron numerosas fuerzas federales.

Ya podrá suponerse que la posición elegida por el enemigo no sería mala, y aunque el Run no es más que un riachuelo que apenas tiene dos pies de profundidad, sus orillas son en muchos sitios muy pantanosas y apenas vadeables; una suave pendiente conduce desde el Run a una pequeña cordillera cuya cima se eleva a unos cien pies sobre el nivel del Run, y en esta cordillera habían situado los separatistas sus baterías y líneas de defensa. Después de practicar un escrupuloso reconocimiento, comprendióse que no sería oportuno atacar de frente, y en su consecuencia se dispuso que Warren avanzara con su división con objeto de entretener al enemigo por su flanco izquierdo, para que los jefes pudieran reconocer el terreno más detenidamente y ver si sería posible dar el asalto.

Las líneas de los separatistas se fortificaron entre tanto, y habiendo anunciado el general Wright que había descubierto un punto por donde acometer con ventaja, mientras que Warren aseguraba que había flanqueado las líneas de defensa del enemigo, Meade resolvió atacar por todos los puntos a la mañana siguiente, con tanta más razón cuanto que Warren tenía la mayor confianza

65 El *Despacho de Richmond* insertó una carta de su corresponsal, fechada el 28 de noviembre, en la que manifestaba que las pérdidas de los separatistas en aquel día no bajaron de quinientos hombres entre muertos y heridos, añadiendo lo siguiente: «No sé a punto fijo cuáles han sido las pérdidas de los federales, pero es de creer que cuando menos son tantas como las de sus enemigos, pues se batieron con mucho valor y encarnizamiento. Según lo dicho después, los federales han tenido trescientas nueve bajas, pero no van incluidas en estas las de French, cuyas avanzadas estuvieron escaramuceando la mayor parte del día.»

de arrollarlo todo a su paso. El general French no estaba, sin embargo, por aquel ataque, pero Meade persistió en su plan y envió dos divisiones más a Warren a fin de asegurar el éxito. Los jefes de los diversos cuerpos recibieron orden de tener las baterías preparadas y de romper el fuego a las ocho de la mañana del 30 de noviembre, en cuya hora Warren haría avanzar sus columnas de ataque seguidas del cuerpo de ejército de Sedgwick, en tanto que la caballería se limitaba a resguardar las comunicaciones. Llegado el momento, las avanzadas federales se dirigieron a Mine Run, rechazando a las del enemigo, mientras Sedgwick, que se había aproximado lo más posible a las líneas de los confederados durante la noche, esperaba la señal de ataque. Pasaba no obstante el tiempo, y ya iban a dar las nueve, cuando Meade recibió un parte de Warren, manifestando que eran tan fuertes las líneas defensivas del enemigo, que no le parecía fácil apoderarse de ellas, por lo cual había suspendido el ataque. Sedgwick recibió entonces orden de no moverse hasta que se le avisara, y Meade marchó a ver a Warren a fin de conferenciar con él y ver cuál era su situación. El jefe unionista manifestó estar convencido de que un ataque por aquel punto sería completamente inútil, pero ya era demasiado tarde para intentarlo por el centro, y si se trataba de flanquear al enemigo por su izquierda, hacía preciso que todo el ejército se moviera en esta dirección, abandonando su línea principal de retirada.

El general en jefe desistió pues de su proyecto, y las tropas volvieron a ocupar sus primeras posiciones, pero ya los separatistas habían comprendido por la posición de las baterías enemigas por dónde se les pensaba atacar, y por lo tanto se apresuraron a reforzar el punto débil por todos los medios posibles.

Todos estos contratiempos hicieron reflexionar a Meade; tuvo varias conferencias con los principales jefes, y al ver que las líneas de defensa del enemigo iban siendo cada vez más imponentes, y que atacar a los separatistas en sus formidables posiciones era exponerse a una derrota casi segura, cuyas consecuencias podían ser muy funestas, resolvió emprender la retirada. Meade dijo que habría marchado a las alturas de Fredericksburg si Halleck se lo hubiese permitido, mas lo cierto es que el general en jefe dio más pruebas de prudencia que de valor al retirarse con su ejército por el Rapidan en la noche del 1 al 2 de diciembre. Los separatistas no le molestaron en lo mas mínimo durante su marcha, y he aquí cómo terminó el ejército del Potomac la campaña de 1863.

Mientras el ejército unionista llevaba a cabo las operaciones militares de que hemos dado cuenta, varios jefes recorrían con fuertes destacamentos el territorio de la Virginia Occidental, donde se organizaban continuamente expediciones con el objeto de purgar el país de enemigos. En estas correrías no siempre alcanzaban un buen resultado los federales, y más de un jefe perdió la vida en oscuros combates. El coronel John Toland, que en 13 de julio había emprendido una expedición a la cabeza de mil hombres, recorrió las montañas, tocando luego en varias poblaciones, siempre en busca de enemigos que combatir, mas al penetrar en Wytheville en 23 del mismo mes, hiciéronle fuego desde las casas y una bala le atravesó de parte a parte, dejándole muerto en el acto y mortalmente herido al coronel Powell, del regimiento de Ohio. Los expedicionarios que mandaba Toland hubieron de emprender la retirada poco después de haber recorrido cuatrocientas millas, sufriendo una pérdida de ochenta y tres hombres y trescientos caballos.

Poco después, el general Averill salió del condado de Randolph a la cabeza de un fuerte destacamento, y encaminándose hacia Lewisburg y White-Sulphur-Springs, encontró en este último punto una fuerza de separatistas igual a la suya al mando del general Jones y del coronel Patton, los cuales habían elegido una fuerte posición en un desfiladero protegido por elevadas montañas. A pesar de la desventaja, Averill atacó resueltamente al enemigo y se trabó un reñido combate que duró muchas horas, hasta que el jefe unionista, cuyas municiones se agotaban ya, tuvo que tomar el partido de retirarse, dejando un cañón en poder de sus contrarios. La pérdida de los federales en esta refriega figuraba por doscientos siete hombres entre muertos y heridos, en cambio de los cuales se llevaron ciento diez y siete prisioneros.

Algún tiempo después, el general Averill volvió a salir de Beverly con cinco mil hombres, y después de rechazar a un destacamento de confederados a las órdenes del coronel Mudwall, atacó en 6 de noviembre al general Echols, que ocupaba una fuerte posición en Droop, condado de Greenbrier, y a quien desalojó, no sin que mediase una encarnizada refriega, persiguiéndole luego hasta el condado de Monroe. Las pérdidas se redujeron a ciento veinte hombres, y en cambio se cogieron cien prisioneros, tres cañones y setecientas armas de todas clases; los separatistas tuvieron al menos doble número de bajas. Esta fue la última expedición por entonces en la Virginia Occidental, pues a poco, y al terminarse la campaña, quedó el territorio completamente libre de separatistas, los cuales no era de esperar volviesen a turbar la tranquilidad del país.

APÉNDICE

BATALLA DE GETTYSBURG.

EXTRACTO DEL DIARIO DE M. X., CORONEL AL SERVICIO DE SU MAJESTAD BRITÁNICA, Y QUE POR ORDEN SUPERIOR PRESENCIÓ LAS OPERACIONES DE LA CAMPAÑA DE PENNSYLVANIA Y MARYLAND.

JUEVES 25 DE JUNIO.—Nos despedimos de la Sra. X... y de su familia en Winchester, donde se nos había hecho la mejor acogida, y nos pusimos luego en camino con la esperanza de reunirnos con los generales Lee y Longstreet, los cuales debían cruzar el Potomac por Williamsport. A eso de las diez de la mañana, cuando apenas habíamos recorrido algunas millas, vimos pasar cerca de nosotros a una porción de habitantes con sus ganados, que huían de Pennsylvania a consecuencia de una excursión del general Ewell; el tiempo, que había refrescado, anunciaba lluvia, y como esto nos hizo apresurar el paso, bien pronto alcanzamos a la división Mc Law, que formaba parte del cuerpo de ejército de Longstreet. Mi caballo comenzaba a fatigarse, así como también el de mi compañero Mr. Lawley, y a fin de que descansaran, desmontamos en una pradera y fuimos a ver cómo desfilaban las dos brigadas a lo largo del camino. Si mal no recuerdo, iban al mando de Semmer y Barksdale; todos aquellos soldados, naturales en su mayor parte de Georgia, de Mississippi y de la Carolina del Sur, marchaban con paso firme; su equipo era mucho mejor que el de las tropas de Johnston, y detrás de cada regimiento iban varios soldados sin armas y treinta o cuarenta esclavos negros, los cuales llevaban camillas, reconociéndose, por la escarapela encarnada de los primeros, que pertenecían al cuerpo de sanidad militar, excelente institución, merced a la cual se cuida con la mayor asiduidad a los heridos en los combates y batallas. A cada brigada, compuesta de dos mil ochocientos hombres, seguían unos veinte furgones, en muchos de los cuales se veía la marca U. S.; la división de Mc Law se componía de cuatro brigadas, y los soldados parecían muy alegres, pues a cada momento oíanse resonar sus gritos y aclamaciones.

A eso de las seis de la tarde llegamos a Martinsburg después de haber recorrido una distancia de veintidós millas, pero algún tiempo antes, no pudiendo ya mi caballo sostenerse, tuve que desmontar y caminar a pie un gran trecho. Martinsburg y toda aquella parte de Virginia pertenecen al Norte por sus opiniones políticas, lo cual no impidió que las mujeres aclamaran a su paso a la división Mc Law, y esto me induce a creer que al día siguiente hubiesen hecho lo mismo con las tropas del Norte.

A tres millas mas allá de Martinsburg se hallaban en tan mal estado nuestros caballos, que nos fue preciso pedir hospitalidad a un habitante de aquel punto, unionista de corazón, según nos lo hizo comprender de varios modos, y a falta de otra cosa mejor, dejamos nuestras monturas en la pradera durante la noche, lo cual era algo expuesto, pues los soldados del ejército separatista, a pesar de sus buenas cualidades, no dejan de ser muy amigos de apropiarse los caballos que encuentran, pudiendo decirse que lo tienen ya por costumbre.

VIERNES 26 DE JUNIO.—Me levanté al amanecer y quise asegurarme si nuestros caballos se hallaban en la pradera; a pesar de la lluvia, acerquéme a examinarlos y me convencí de que estaban en tan mal estado como la víspera, y como por otra parte Mr. Lawley se hallaba indispuerto y no quiso ponerse en marcha mientras lloviera, resolvimos quedarnos, con gran disgusto de nuestro patrón. Sin embargo, cuando le dijimos que se le pagaría con oro, y no con papel del Sur o *greenbanks*⁶⁶, se hizo más amable de repente y nos trajo algunos alimentos para almorzar. Entre tanto pasó la división Mc Law por delante de la casa, pero era tal la disciplina de las tropas, que no cometieron ninguna violencia.

Habiendo aclarado un poco el tiempo a eso de las dos de la tarde, volvimos a ponernos en camino, mas por desgracia las circunstancias no eran nada favorables para conseguir nuestro objeto: Lawley no podía apenas soportar el movimiento de su caballo, que estaba muy estropeado y había perdido una herradura, y en cuanto al mío, hallábase poco más o menos lo mismo, pues me costó mucho trabajo salir del terreno pantanoso que debíamos recorrer. Al poco tiempo habíamos, adelantado a la división Mc Law, y después de una marcha de nueve millas y media, llegamos al fin a la orilla del Potomac hacia las cinco de la tarde: el río es ancho y profundo por aquel sitio, y el atravesarlo nos costó un buen baño de piernas, pues no podíamos sostenerlas fuera del agua.

Apenas llegados a Williamsport, pequeña población de Maryland, situada en la orilla opuesta, tuvimos el disgusto de saber que los generales Lee y Longstreet habían marchado a las once de la mañana, y por consiguiente nos vimos obligados a continuar nuestro camino hasta Hagerstown, que distaba seis millas. Bien pronto pudimos conocer las opiniones que profesaban los habitantes de aquel punto: todas las casas permanecían cerradas y hubiérase dicho que muchas se habían abandonado; algunos se acercaron a ver las tropas, mas era fácil leer en sus fisonomías el descontento que les causaba aquel espectáculo.

A pesar de haber atravesado la ciudad no pudimos obtener noticia alguna cierta acerca de la dirección que seguían los dos generales, y ya desesperábamos de encontrar dónde alojarnos, cuando al fin, a eso de las nueve de la noche, rendidos de fatiga, entramos en la casa de un holandés, que sólo a la vista del oro accedió a ser un poco tratable, pues inútil era decirle que éramos viajeros ingleses. Aun cuando habíamos recorrido diez y siete millas aquel día, y tenía hinchados los pies, no me quité las botas porque no tenía más par que aquel y no estaba seguro de encontrarlo en su sitio al día siguiente.

SÁBADO 27 DE JUNIO.—Lawley estaba tan malo que le fue imposible continuar su viaje, y en su consecuencia utilicé su caballo para dar una vuelta por los alrededores antes de salir el sol. Quería yo averiguar por dónde iban los dos generales, y por fin, después de haber recorrido ocho millas, alcancé al general Longstreet a eso de las seis y media de la mañana, en el momento que se disponía a continuar su marcha. Cuando hube dado a conocer mi nombre y circunstancias, el general y su estado mayor se apresuraron a complacerme en todo, y el primero envió al momento una camilla a Lawley a fin de que lo trajeran cuanto antes, empeñándose asimismo en que fuese su convidado durante toda la campaña. Longstreet me dijo entonces una cosa que yo ignoraba, es decir, que estábamos en Pennsylvania y en país enemigo, habiéndoseme advertido además que por los bosques contiguos andaban muchos tiradores enemigos que disparaban sobre los rezagados, y que por esto era peligroso viajar solos como nosotros lo hacíamos.

El general Longstreet, natural de Alabama, es de estatura baja pero robusto, y tiene cuarenta y tres años; antes de la guerra era Mayor de infantería, y en la actualidad manda el primer cuerpo de ejército del Sur. Longstreet está en relaciones íntimas y continuas con el general en jefe, que le aprecia mucho, y entre los soldados se le considera como uno de los guerreros más valientes que tomaron parte en aquella memorable campaña.

Al hablar sobre su entrada en país enemigo, díjome el general que aun cuando estaba en su derecho el tomar represalias y devastar el país incendiándolo, no lo haría porque esto desmoralizaba

66 Billetes de Banco de los Estados Unidos que tienen el dorso verde.

a las tropas, perjudicando a la severa disciplina que entre ellas reinaba, y que estaba resuelto a respetar la propiedad privada.

A las siete de la mañana volví acompañado de un ordenanza a la casa a donde había dejado a Lawley, y después de haberme asegurado que se trasportaría a mi compañero convenientemente, volví a reunirme con el general Longstreet, que se hallaba en las cercanías de Chambersburg, ciudad de Pennsylvania que se encuentra a veintidós millas de distancia de Hagerstown. Yo iba acompañando a la división Mc Law, y observé que desde su entrada en Pennsylvania los soldados rompían las empalizadas a cada lado del camino a fin de dejar un espacio bastante ancho para que los furgones pudieran marchar de frente: este es el único daño que vi hacer en las propiedades particulares.

Aquella parte de Pennsylvania se halla en un estado floreciente; el cultivo de las tierras es inmejorable, y la densidad de la población, comparada con la del Sur, es mucho mayor: como el general Ewell se había apoderado del ganado y de los caballos, hallábanse en aquel momento interrumpidos los trabajos del campo. Al pasar por Greencastle vimos todas las casas y ventanas cerradas; los habitantes estaban en las puertas con su traje del domingo, y miraban pasar las tropas, pero esto no parecía agradarles mucho; ni uno solo pudo quejarse de la menor violencia por parte de los soldados, pues habíanse apostado de antemano en los principales edificios numerosos centinelas, cuya consigna era no permitir la entrada a los individuos de tropa bajo ningún pretexto.

A eso de las seis de la tarde llegamos a Chambersburg, que es una ciudad bastante grande e importante: todas las casas estaban cerradas, y veíase a los habitantes en las ventanas de los pisos superiores o en las calles, mirando con aire amenazador a las tropas confederadas, que marchaban alegremente al compás de un himno nacional.

Las mujeres, por lo general bonitas y elegantes, hacían observaciones desagradables, permitiéndose picantes epigramas; yo oí a una de ellas, que decía: «¡He ahí el ejército de Faraón que quiere atravesar el Mar Rojo!» Otras, señalando con el dedo a los andrajosos soldados del cuerpo de ejército de Hood, que tanto se habían distinguido siempre por su valor y arrojo, dejaban oír sus carcajadas burlonas, y en cierto modo, preciso es confesarlo, no les faltaba motivo para ello, pues toda aquella tropa tenía el aspecto más miserable que se puede imaginar. Los soldados de Hood no iban vestidos como los demás; algunos llevaban a guisa de uniforme un pedazo de alfombra vieja; otros iban descalzos por haber perdido sus zapatos en los pantanos, y no exagero al decir que se asemejaban mucho a una cuadrilla de mendigos, mas a pesar de todo esto, hallábanse siempre de buen humor y tenían la mayor confianza en su jefe el general Hood. Así pues, reíanse de las bromas y de las burlas de las damas de Chambersburg; una de ellas que había creído de buen gusto ornar su pecho con una banderola con los colores del Norte, se hallaba a la puerta de su casa manifestando un soberano desprecio hacia los confederados que marchaban con los pies desnudos, y ya habían pasado varias compañías sin observarlo, cuando un soldado de Texas, aproximándose a la dama, le dijo: «¡Tened cuidado, señora, los bravos del general Hood son terribles cuando se trata de asaltar una fortaleza sobre la cual ondea el pabellón enemigo!» Al oír estas palabras, la dama creyó prudente retirarse sin contestar la menor cosa.

Colocáronse centinelas a la entrada de los principales edificios de la ciudad, prohibiéndose que nadie transitara por las calles excepto los militares de servicio. Algunos batallones marcharon directamente al camino de Carlisle para establecer allí su campamento, y otros torcieron a la derecha al salir de la ciudad y fueron a ocupar el terreno que se halla cerca de la barrera de Gettysburg. Yo encontré a los generales Lee y Longstreet acampados a tres cuartos de legua de la ciudad.

El segundo de estos jefes me recibió afectuosamente, presentándome a los mayores Fairfax y Latrobe y al capitán Rogers, que componían el personal de su estado mayor, y también hice conocimiento con el comisario en jefe, el Mayor Moses, cuya tienda de campaña debía compartir luego. Este oficial es el más alegre y divertido y el más sociable de todos los hijos de Israel a quienes he tenido el gusto de conocer en mi vida; los demás oficiales agregados al estado mayor,

eran: el coronel Sorrel, el teniente coronel Manning, el Mayor Walton, el capitán Gorce, y el Mayor Clark. Todos eran de carácter amable y se mostraban muy obsequiosos. En cuanto a mi compañero Mr. Lawley, hallábase en manos de tres doctores, Cullen, Barksdale y Maury, los cuales vivían con más esplendidez que los mismos generales.

El Mayor Moses me dijo que tenía orden de visitar los almacenes a viva fuerza, a fin de proveerse de todo cuanto necesitaba el ejército, pero esta visita debía hacerse con carácter oficial, dando recibo de todos los efectos y artículos que se recibieran a fin de reconocer el valor en moneda. De creer era que los propietarios de los almacenes se habrían apresurado a desocuparlos al acercarse el ejército del Sur, prescindiendo de que Ewell no habría dejado de apoderarse ocho días antes de cuanto pudieran encontrar. A pesar de todo esto, Moses tuvo la suerte de descubrir un cargamento de magníficos sombreros de fieltro que estaban en una cueva y de los cuales se apoderó.

Esta mañana he oído hacer la enumeración de todas las tropas que han cruzado el Potomac, así como también de la artillería que llevan; las municiones son considerables, pues cuanto más penetre el ejército en país enemigo, menos fácil le será conservar las comunicaciones, y al hablar de esto, oí decir a varios oficiales del estado mayor: «En todas nuestras batallas hemos observado siempre el principio de reemplazar nuestras municiones agotadas con las que cogemos al ejército enemigo.»

Desde la toma de Winchester, Ewell no había dejado de adelantar por el territorio de Pennsylvania, enviando antes para repartir entre las demás tropas una gran cantidad de víveres y ganado, caballos, mulas y furgones; en aquellos momentos hallábase cerca de Carlisle, sujetando al país a una contribución y haciéndole sentir todo el peso de la guerra, peso tan grave para Virginia, que este Estado se halla ahora arruinado completamente. Las tropas seguían animadas de las mejores disposiciones y llenas de confianza en el porvenir.

DOMINGO 28 DE JUNIO.—A excepción de los generales, no es permitido a ningún oficial o soldado entrar en Chambersburg sin una orden especial del general Lee, quien a duras penas la concede; algunos oficiales de elevada graduación no han podido obtenerla.

Moses ha entrado hoy en la ciudad a eso de las once de la mañana y ha intimado a los habitantes a fin de que se le den raciones de tres días para el ejército, amenazándoles con tomarlas a viva fuerza si no se las dan de buen grado. Acaban de presentarme al general Hood: es un hombre de elevada estatura, delgado, de mirada penetrante, aspecto grave y barba rubia, no tiene mas que treinta y tres años y ya se le considera como uno de los mejores generales del ejército; las tropas de Texas y de Alabama le adoran y se sacrificarían gustosas por él; antes era jefe de brigada, pero ahora está al frente de una división, y suele mostrarse muy severo con sus soldados a fin de reprimir sus tendencias al pillaje y al saqueo.

Hacia el medio día llegué a Chambersburg y encontré a Lawley en una reducida habitación del Hotel Franklin, pero me costó mucho trabajo penetrar en el interior de la casa, pues todas las puertas estaban cerradas con llave y se abrían sólo para las personas conocidas. Lawley había pasado el día anterior muy mal y estaba rendido de fatiga, pero ninguno parecía inquietarse por su persona. Bien pronto me vi rodeado de media docena de comadres que me dirigieron groseros insultos, sin que bastara a contenerlas el decirles que yo era un inglés que había venido para ver y no para combatir; aquellas matronas querían que yo fuese a la fuerza un confederado o un *yankee*, y entonces pude comprender que esta palabra es un término despreciativo muy usado entre las gentes del Sur. La vista del oro que ofrecí cambiar por algunos billetes, produjo, no obstante, el mejor efecto en mi auditorio, y poco a poco aquellas groseras mujeres, ignorantes hasta el punto de creer que los habitantes de Texas son mexicanos, se mostraron más amables conmigo.

Cuando hube hecho lo posible para que se dispensara a Lawley un tratamiento mejor, salí de la ciudad con el objeto de ver dónde estaba Moses y su tropa: en vano había esperado el mayor a que le trajeran las llaves de los principales almacenes de la ciudad, y al fin viose en la precisión de valerse del hacha para abrirlos, lo cual se hizo mientras que los habitantes se paseaban por las calles

con la mayor indiferencia, sin que al parecer les enojara aquella violencia. No se veían en la calle más soldados que los que se ocupaban en romper las puertas de los almacenes.

Al volver por la tarde a visitar a Lawley, encontré en su habitación a un oficial austriaco que vestía el uniforme de los húsares de Hungría; acababa de obtener una licencia, y después de vencer mil obstáculos y dificultades, había conseguido cruzar el Potomac y reunirse con el ejército del Sur. Como me manifestara que su intención era vestir el uniforme diariamente, le advertí que entre los confederados se observaba la regla de no tolerar ningún distintivo en el traje, y que cuando uno la infringía, exponíase a burlas e indirectas que siempre acababan por dar lugar a escenas desagradables.

A las seis de la tarde volví al campamento, y ya entrada la noche, vi llegar al Mayor Moses, que venía de muy mal humor por no haber conseguido el resultado que esperaba de su misión. Moses, sin embargo, no había perdonado esfuerzo alguno para encontrar víveres, sufriendo con la mayor paciencia los insultos de las damas de la ciudad, que sin el menor escrúpulo le llamaron entre otras cosas pillo y ladrón, lo cual le importaba mucho menos que el no haber encontrado nada en los almacenes, bien porque los desocupara antes el general Ewell o por hallarse ocultas las provisiones. El bueno del Mayor tuvo pues que contentarse con un poco de azúcar y *whiskey*⁶⁷, y aunque parecía desesperado, no le faltaba humor para contestar sin enojarse mucho a las picantes indirectas de sus compañeros de armas, que se complacían en hacerle repetir los epítetos que le dirigieron las damas de Chambersburg.

LUNES 29 DE JUNIO.—No hemos salido aun de Chambersburg, y el general Lee ha ordenado terminantemente que no se tomen represalias, lo cual ha producido por lo general muy buen efecto, aun cuando algunos se quejan de que no se les deje tomar una venganza que, en su concepto, es muy justa. Esto no debe extrañarse si se atiende a que un gran número de oficiales y soldados del ejército del Sur se hallaban ya arruinados completamente a consecuencia de los devastaciones de las tropas del Norte. En Chambersburg oí a un soldado decir a otro que no le gustaba permanecer en una ciudad donde se les aborrecía tanto, y por mi parte debo confesar que después de haber visto los destrozos causados por las tropas del Norte en las ciudades del Sur, me sorprendía semejante tolerancia en los separatistas. Sin embargo, toda aquella parte de Pennsylvania que estaba poblada de holandeses, no parecía agradecer la conducta de los confederados; hubiérase dicho que no recordaban ya que las tropas del Norte habían hecho durante los dos primeros años de la guerra diez veces más destrozo que las del Sur en el territorio enemigo. Los indígenas de Pennsylvania, de quienes ahora hablo, carecen de todo sentimiento patriótico; poco les importa una cosa u otra con tal de que puedan sacar alguna ganancia, y abusan indignamente del Presidente Lincoln.

Por lo demás, en los ejércitos numerosos se encuentran siempre hombres de malas inclinaciones que sólo desean el saqueo y el pillaje cuando pueden entregarse a él impunemente, y si bien es imposible atender a todo, puedo decir, según mis propias observaciones, que los jefes confederados no omitieron nada para dispensar su protección a las propiedades de los particulares, y por cierto que lo consiguieron de una manera admirable.

El general Longstreet se muestra por lo general muy taciturno, pero esta tarde he logrado entretenerle hablándole de Texas, donde, según tengo entendido, residió mucho tiempo. El general me habló de varias personas conocidas suyas y parecióme que le complacía oír la narración de mis viajes en aquel territorio.

He visto hoy a los generales Pendleton y Pickett: el primero, jefe de artillería, era alumno del colegio militar de West Point, y en tiempo de paz desempeñaba un cargo episcopal en Lexington. Para Pendleton no es incompatible una profesión con otra, y cuando se le presenta una oportunidad para echar un sermón, no deja de aprovecharla. El general Pickett, jefe de una de las divisiones del cuerpo de Longstreet, tiene el cabello largo y rizado y su carácter me parece sombrío y melancólico.

⁶⁷ El whiskey es una bebida espirituosa del color del aguardiente, que se hace con cebada o avena; tiene un gusto muy parecido a la ginebra, y es bebida muy usual en Inglaterra, pero mucho más en Irlanda.

MARTES 30 DE JUNIO.—Esta mañana, antes de salir de Chambersburg, el general Longstreet me ha presentado al general en jefe: Lee es sin disputa uno de los hombres más hermosos de su edad que he visto en toda mi vida; tiene cincuenta y seis años, es de estatura elevada, ancho de espaldas, muy bien formado y de marcial continente; sus finos y corteses modales revelan la mayor dignidad, y, en una palabra, puede decirse que es el tipo del más perfecto caballero. No conozco hombre alguno que tenga tan pocos enemigos y sea tan generalmente apreciado, y estoy seguro que en el Sur todos dirían a una voz que Lee es el hombre que más se aproxima a la perfección, pues no tiene ninguno de esos malos hábitos tan comunes en el sexo feo, como son el de fumar, beber y jurar, y sus más declarados enemigos no han podido jamás acusarle de tener inclinación a ningún vicio. Viste por lo general una especie de paletot largo, algo usado, de color gris, un sombrero de fieltro alto, pantalón azul y botas a la Wellington, y jamás le he visto llevar armas; las tres estrellas que se ven en el cuello del uniforme constituyen el único distintivo de su rango militar, y para acabar de hacer su retrato, réstame sólo decir que monta un magnífico caballo perfectamente enjaezado, y que todo en su persona y en su traje revela el mayor aseo y limpieza.

En el antiguo ejército se le consideraba como uno de los mejores oficiales, y al principio de la guerra civil se le nombró teniente coronel del segundo regimiento de caballería. Lee era rico, pero todos sus bienes han caído en poder del enemigo; creo que desde que es general en jefe del ejército de Virginia no ha dormido una sola vez en una casa particular, pues rehúsa todas las invitaciones que se le hacen por temor de que la persona que le diera hospitalidad no fuera acusada, más pronto o más tarde, por haber tenido esta atención con el jefe del ejército rebelde. Las íntimas relaciones que existen entre él y Longstreet son las de dos hermanos que se aman con ternura; están juntos casi siempre, y tanto es así que los oficiales y soldados de este último jefe se quejan de ello porque no pueden emprender ninguna expedición aislada como las tropas del general Ewell. De ningún modo se puede complacer tanto a Longstreet, como ensalzando a Lee; no creo que haya en el mundo dos generales tan poco ambiciosos y egoístas como estos, pues no aspiran sino a ver terminada la guerra para ir a descansar de sus fatigas en un oscuro retiro. Stonewall Jackson, que fue hasta su muerte el jefe de la tercera división del ejército, era también uno de esos hombres ingenuos y sencillos consagrados exclusivamente al servicio de su patria. El general Lee cumple escrupulosamente con los preceptos de su religión, aunque no lo daba a conocer tanto como Jackson, que no era como él miembro de la Iglesia anglicana. El único defecto de Lee, según lo que he oído, es una excesiva amabilidad.

Esta mañana se han enviado a Chambersburg varios soldados de Texas, con orden de destruir algunos barriles de whiskey que no se podían llevar: esto era poner muy a prueba la disciplina de aquellos hombres a quienes debía resistirse el destruir su bebida favorita, en una ciudad donde entraban por la primera vez, mas a pesar de todo se condujeron como bravos, cumpliendo con su deber.

Hemos recorrido seis millas por el camino que conduce a Gettysburg, y establecido nuestro campamento cerca de un pueblecillo llamado, según creo, Greenwood; yo montaba el caballo de Lawley, pues mi amigo y el austriaco iban en la ambulancia.

Llegada la noche, me dijo el general Longstreet que acababa de saber que Hooker había caído en desgracia, y que le sustituía en el mando el general Meade; el jefe separatista había conocido a estos dos generales antes de la guerra, y me dijo que el segundo era un hombre muy respetable, pero no tan audaz como el primero. Después hablé largo rato con algunos oficiales acerca de la batalla que debía darse muy pronto en el territorio donde nos hallábamos, y no en la dirección de Harrisburg, como se creyó en un principio. Ewell, que acababa de imponer una contribución en York y Carlisle, había recibido orden de reunirse con el ejército.

He notado que aquí todos confían mucho en el porvenir. Al hacer yo la observación de que sería ventajoso en el caso de alcanzar la victoria tener preparada alguna caballería, a fin de perseguir a los desordenados batallones, quedéme sorprendido cuando me dijeron que no podía

hacerse así, porque aquella no era a propósito para el caso. En efecto, los hombres del coronel Stuart, aunque excelentes cuando se trata de hacer alguna correría para cortar las comunicaciones, coger víveres, destruir las vías férreas y demás, no sirven para dar una carga en una batalla cuando las circunstancias lo exigen, y en esto no se parecen seguramente a los jinetes del ejército de Braxton Bragg. Llevan sables que no usan; sus carabinas y revólveres son las únicas armas que conocen, y cuando están a caballo tienen siempre el sable entre la pierna izquierda y la silla, lo cual les da un aspecto algo cómico. Esto no impide que sean buenos jinetes y sus caballos son generalmente de buena raza; la infantería y artillería no parecen hacer mucho caso de este cuerpo, y con frecuencia suele ser el blanco de las burlas del ejército.

MIÉRCOLES 1 DE JULIO.—No hemos levantado el campo hasta medio día, porque todas las tropas del cuerpo de ejército del general Lee debían precedernos en dirección a Gettysburg. También debía unirse con nosotros en los alrededores de Greenwood una división de Ewell; el cuerpo de ejército de Longstreet formaba la retaguardia.

Esta mañana he trabado conocimiento con el coronel Walton, jefe que era antes de la artillería de Washington y ahora de la del cuerpo de ejército de Longstreet; es un hombre grueso que desempeñaba antes el cargo de comisario en Nueva Orleans.

Poco después de habernos puesto en marcha, atravesamos un desfiladero rodeado de esas montañas del Sur de cimas azuladas cuya cadena corta el Potomac en Harper's Ferry; el paisaje que se desarrollaba a nuestra vista era espléndido y no pude menos de contemplarlo con admiración. Las tropas que caminaban a mi lado pertenecían al cuerpo de ejército de Ewell, y entonces vi por la primera vez la famosa Brigada de hierro, mandada antes por Jackson; aunque a primera vista me parecieron aquellos soldados iguales a los demás, observé luego que en general eran todos de edad más avanzada y que no había entre ellos recluta alguno; creo que, a excepción de un regimiento, todos son hijos de Virginia. Como siempre han formado parte de un destacamento aislado, no conocían al general Longstreet sino por su reputación, y muchos de ellos venían a preguntarme si el jefe que marchaba al frente de la línea era el de este nombre. Al contestar yo afirmativamente, ponían su caballo al galope a fin de ver más de cerca el objeto de su curiosidad, bien natural en mi concepto. Esto me pareció un verdadero tributo de cariño hacia Longstreet, tratándose de soldados que acababan de hacer una penosa marcha.

A las dos de la tarde empezaron a oírse distintamente algunas detonaciones, y aunque se repetían con más frecuencia según avanzábamos, no me pareció que la cosa fuese grave. Un espía que iba con nosotros mostraba gran empeño en hacer saber a todos que alrededor de Gettysburg y en el pueblo había muchos enemigos. Después de la revista que acabábamos de pasar a la división Johnston, tocó su vez a la brigada de la Florida, que forma parte del cuerpo de ejército del general Hill, pero estos soldados conocían ya a Longstreet por haber servido antes a sus órdenes: a uno que acababa de ver pasar a su antiguo jefe, le oí decir estas palabras: *¡Cuando ha vuelto el viejo dogo, ruda será la jornada!*

Hacia las tres de la tarde vimos llegar algunos heridos, pero bien pronto aumentó el número de una manera sensible; los unos iban cojeando, los otros eran conducidos en camillas, y algunos, casi despojados de su uniforme, dejaban ver horribles heridas. Semejante espectáculo, tan repugnante para las personas que no están acostumbradas a él, no causa la menor impresión a los soldados, y no por ver a los heridos dejaban estos de entrar en fuego con la más completa serenidad; en vez de entusiasmo, aquello pudiera calificarse de indiferencia. Tal es el efecto que habían producido en las tropas dos años de continuos combates.

Poco después vi llegar un gran número de unionistas prisioneros, algunos de los cuales estaban heridos, pero parecía que ya se habían hecho amigos de los vencedores, pues observé que cambiaban entre sí el tabaco y los cigarros. Entre los federales vi a un coronel que tenía el rostro horriblemente desfigurado, y oí que uno de aquellos prisioneros decía a otro que le dirigía una pregunta: «Ya estamos bien arreglados para hoy.»

A eso de las cuatro y media avistamos a Gettysburg, y poco antes nos habíamos reunido con los generales Lee y Hill, que acababan de tomar posición en una de aquellas alturas que dan al paisaje que nos rodea un aspecto especial. Desde aquel punto veíamos al enemigo retirarse a las colinas opuestas apresuradamente en medio de los gritos de los confederados. La posición del enemigo debía ser, a no dudarlo, muy fuerte, y me pareció que apoyaba su ala derecha en la cima de una empinada colina que se eleva a la derecha de Gettysburg.

El general Hill acaba de llegar y me ha dicho que sus dos divisiones habían empeñado un combate con el enemigo, rechazándole a una distancia de cuatro millas, después de hacer un gran número de prisioneros y coger varias banderas. Añadió que los federales desplegaron esta vez más energía que nunca en su resistencia, y me señaló un campo en cuyo centro se veía un solo hombre con la bandera de su regimiento. A su alrededor se habían reunido otros soldados que se batieron desesperadamente, y cuando al fin tuvieron que huir, el abanderado se quedó el último, y se retiró lentamente, volviéndose con frecuencia hacia los separatistas que avanzaban sobre él y a quienes amenazaba con el puño. El general Hill me decía que le causaba pena ver a un hombre tan valeroso exponerse así a la muerte.

El general Reynolds, uno de los mejores jefes del ejército federal, acaba de morir en el campo de batalla: mientras estábamos hablando trajeron un parte del general Ewell, en el cual se recomendaba al general Hill que dirigiese un ataque de frente contra el enemigo, mientras que él lo haría por la derecha. Este movimiento se hizo con bastante lentitud, pero como los unionistas se habían atrincherado fuertemente, ya era demasiado tarde para combinar un ataque en regla.

Las tropas de Ewell acababan de ocupar a Gettysburg, y el pueblo estaba lleno de muertos y heridos del ejército unionista; yo subí a un árbol desde donde podían dominarse todos los alrededores, y me formé una idea de la posición del enemigo, aun cuando los bosques de pinos me impedían ver a las tropas que ocupaban las alturas.

Ya era de noche cuando cesó el fuego por una y otra parte: yo acompañé al general Longstreet y a su estado mayor al cuartel general que acababa de establecerse en Cashtown, pequeño pueblo situado a ocho millas de Gettysburg; las tropas, diseminadas a lo largo del camino, iban a ponerse en marcha hacia las posiciones que debían ocupar al día siguiente.

En el encuentro de este día habíanse hecho seis mil prisioneros y cogido diez cañones, tomando parte en la acción veinte mil confederados y dos cuerpos de ejército del enemigo. Este era el preludio de la gran batalla del día siguiente. Llegada la noche, y cuando estábamos cenando, el general Longstreet habló de la posición del enemigo, manifestando entre otras cosas que era formidable, y que no dudaba se aprovecharan las horas de la noche para aumentar los medios de defensa. Los oficiales del estado mayor confiaban en la victoria, y el sentimiento general del ejército era un profundo desprecio por un enemigo a quien había vencido tantas veces haciéndole experimentar sensibles pérdidas.

JUEVES 2 DE JULIO.—A las tres y media de la madrugada ya estábamos todos de pie, y antes de amanecer ya habíamos almorzado; Lawley quería montar a caballo a pesar de su indisposición, y el austríaco y yo llegamos a las cinco al mismo punto donde estuvimos la víspera; el capitán Schreibert, del ejército prusiano, que también me acompañaba, se subió conmigo a un árbol. Precisamente debajo de este los generales Lee, Hill, Longstreet y Hood celebraron a poco un consejo de guerra; los dos últimos llevaban su bastón blanco según la costumbre americana, y también vi al general Heth, que, aunque herido en la cabeza, quería asistir como espectador a la batalla del día siguiente.

A las siete de la mañana recorrí una parte de la llanura con el general Longstreet, el cual dio sus instrucciones a la división Law designando la posición que debía ocupar en el próximo combate. El enemigo coronaba las cercanas colinas, y entre estas y los separatistas extendíanse algunos valles cultivados; la derecha de los federales se apoyaba en un cementerio, y su izquierda en una elevada roca, según me pareció desde lejos.

Los confederados formaban un semicírculo en una línea de cinco a seis millas de extensión: Ewell dirigía el ala izquierda, con su cuartel general en una iglesia de elevada cúpula, que según creo es la de Gettysburg; Hill se hallaba en el centro y Longstreet en el ala derecha; las eminencias que se veían a nuestro lado, cubiertas de pinos hasta la cima, terminaban en una suave pendiente. En cuanto a las tropas, ocultábanse enteramente entre los árboles, pero mientras el enemigo estaba perfectamente atrincherado, los separatistas no tenían ante sí ninguna obra defensiva. Hasta las cuatro y cuarenta y cinco minutos de la tarde reinó un silencio de muerte, y nadie hubiera creído que miles de hombres y una numerosa artillería iban a comenzar su obra de destrucción a una hora tan avanzada.

Sólo estaban presentes dos divisiones de Longstreet y las de Law y Hood, pues la de Pickett formaba la retaguardia. Como se había empleado toda la mañana en disponer las tropas para el ataque, yo entretuve el tiempo dando un paseo a caballo con el coronel Manning y el Mayor Walton, y de paso tomamos por alimento algunas cerezas, mientras que nuestros caballos se aprovechaban también del abundante pasto que allí había; después nos bañamos en una corriente de agua cristalina, mas no sin cierto temor por mi parte, pues no ignoraba que estábamos fuera de las líneas, y por consecuencia expuestos a una sorpresa de la caballería. A eso de la una encontré en el camino a una porción de prisioneros unionistas y supe que pertenecían al cuerpo de ejército de Sickles.

A las dos de la tarde el general Longstreet me envió a decir que si quería ver bien la batalla debía subir al mismo árbol de la víspera, y siguiendo el consejo, permanecí allí en observación en compañía de Lawley y del capitán Schreibert. Según ya he dicho, reinó el silencio más profundo hasta las cuatro y cuarenta y cinco minutos, y ya comenzábamos a dudar que hubiese ningún encuentro aquel día, cuando de pronto dejóse oír en el ala derecha de Longstreet un nutrido cañoneo; poco después rompió también el fuego el ala izquierda, y habiendo contestado el enemigo con igual furia, extendióse por toda la línea el estruendo de la fusilería. Eleváronse luego espesas nubes de humo que no bastaba el aire a disipar; oíanse estallar algunos obuses, y el estampido de los cañones atronaba el espacio, impidiendo que se oyeran las voces de mando de los jefes.

Apenas hubo comenzado el fuego, el general Lee fue a reunirse con el general Hill, que se hallaba bajo nuestro árbol, y allí permaneció todo el tiempo, tan pronto mirando con su antejo como conversando con su compañero, no sin dirigir alguna vez la palabra al coronel Long de su estado mayor. Por lo general acostumbraba a sentarse solo bajo un árbol. Yo observé que mientras duró el fuego el general Lee no expidió un solo mensaje ni recibió más que un parte: sin duda tendría por costumbre arreglarlo todo de antemano y convenirse con los jefes, autorizando a cada uno para obrar según las circunstancias.

En lo mas fuerte del tiroteo una banda de música de los separatistas, que se había situado entre el cementerio y nosotros, comenzó a tocar polkas y valsos, lo cual produjo un extraño efecto, como es de suponer, con el estruendo de las descargas. A las cinco y cuarenta y cinco minutos pareció que la calma iba restableciéndose poco a poco en el ala izquierda y en el cementerio; por la derecha, las repetidas descargas nos daban a entender que la infantería de Longstreet seguía avanzando, y a juzgar por la dirección del humo, hubiérase podido creer que los separatistas ganaban terreno, pero a eso de las seis y media, la columna hizo un movimiento retrógrado. Poco después de las siete, el general Lee recibió de Longstreet un parte con estas tres palabras: «¡Todo va bien!» Una media hora antes de la noche el fuego comenzó a disminuir en todas direcciones, cesando luego del todo.

Mas tarde supimos que el general Longstreet había vencido al principio todos los obstáculos apoderándose de varias baterías y desalojando al enemigo de sus posiciones, mas apenas alcanzado este triunfo, el jefe separatista se había visto en la precisión de abandonar el terreno conquistado, así como también los cañones cogidos al enemigo, excepto tres. Las tropas habían marchado en seguida a ocupar el terreno donde se hallaba el enemigo por la mañana. Todos sentían mucho ver al general Longstreet exponerse de la manera que lo hacía, arriesgando a cada momento su vida: hoy ha conducido él mismo a un regimiento al asalto de una batería, con el sombrero en la mano y a la

cabeza de la columna de ataque. El general Barksdale ha muerto en el campo de batalla y Semmes está herido, pero la mayor pérdida es la del general Hood, que atravesado el hombro de un balazo desde el principio de la refriega, ha sido retirado inmediatamente del lugar del combate por algunos de sus bravos, sumidos en la mayor desesperación. En este momento me dirijo a caballo con mi amigo Lawley al campamento del general en jefe, donde se halla Longstreet con la mayor parte de su estado mayor.

El Mayor Fairfax llegó a las diez de la noche de muy mal humor, pues se veía en la precisión de custodiar mil o mil quinientos prisioneros cogidos durante el día, y entre los cuales se hallaba un general a quien uno de sus soldados acusaba de hallarse en tal estado de embriaguez, que había expuesto a sus tropas al fuego de sus mismas baterías. Semejante acusación, sin embargo, no merece mucho crédito de parte de un hombre que se cuida poco del efecto que pueden producir sus palabras, y que no tiene inconveniente de prodigar los juramentos cuando es para servir su causa. Poco después vimos llegar un sinnúmero de caballos y mulas, capturados según creo por el general Stuart, el cual tuvo el atrevimiento de acercarse a la distancia de seis millas de Washington.

VIERNES 3 DE JULIO.—A las seis de la mañana me dirigí a caballo con el coronel Manning hacia el terreno tan disputado la víspera, y que al fin pudo reconquistar el enemigo. Aun no se habían llevado todos los muertos, pues vi una porción de ellos, y pude observar que algunos soldados respiraban aun, si bien sus heridas no dejaban la menor esperanza. Entre estos últimos vi varios unionistas cuyo uniforme se asemejaba al de los zuavos; sus ojos vidriosos y sus miradas fijas me causaron una dolorosa impresión.

Poco después nos reunimos con el estado mayor de los generales Lee y Longstreet, los cuales se ocupaban en reconocer el terreno, tomando sus disposiciones para un nuevo ataque. Como formábamos un grupo bastante numeroso, era natural que llamásemos la atención de los tiradores enemigos, que nos saludaron con algunas descargas dos o tres veces; una granada prendió fuego a un edificio de ladrillo que había en nuestras líneas y estaba lleno de heridos unionistas, los cuales, a no dudarlo, perecerían entre las llamas. El coronel Sorrell está ligeramente herido, mas no por esto ha dejado de seguir batiéndose durante todo el día; al Mayor Walton le han matado el caballo.

El plan de ataque de la víspera era muy sencillo en mi concepto; reducíase a romper primeramente el fuego de las baterías en toda la línea y hacer luego avanzar las dos divisiones de Longstreet y una parte del cuerpo de ejército de Hill. La distancia entre los cañones de los confederados y la posición de los federales podría ser de una milla al menos; el terreno ligeramente accidentado permite que la artillería juegue libremente, y el objeto principal era flanquear este espacio para comenzar el ataque. La división Pickett debía romper la primera el fuego y guiar a la columna entera, mientras los generales Heth y Pettigrew, del cuerpo de ejército de Hill, cooperarían en el mismo sentido. La división Pickett no constaba entonces sino de cinco mil hombres, pues se habían destacado dos brigadas a otros puntos.

A medio día el general Longstreet anunció que ya estaban tomadas todas sus disposiciones; las tropas acababan de formarse en orden de batalla, y descansaban a la sombra de los árboles; en las baterías esperábase solo la señal de romper el fuego, y entonces el general bajó de su caballo para reposar algunos instantes. El capitán Schreibert y yo montamos a caballo con el objeto de ir a buscar una posición desde donde pudiéramos presenciar el espectáculo sin estar expuestos al peligro, y después de caminar media hora sin hallar un sitio conveniente, nos decidimos al fin por la iglesia de Gettysburg, en cuyo punto había establecido Ewell su cuartel general. Íbamos ya a entrar en el pueblo cuando oímos de pronto repetidas detonaciones por las cuales pudimos comprender que el cañoneo que entonces comenzaba era, si cabe, más violento que el de la víspera, y poco después nos encontramos en medio de un fuego cruzado que nos obligó a retroceder. De repente estallaron dos obuses y la bala de uno de ellos fue a herir al oficial que nos guiaba, lo cual nos convenció de que cualquiera otra posición sería mejor que la que habíamos elegido. Un muchacho de doce años que iba en nuestra compañía, parecía gozarse de un modo diabólico en ver cómo

estallaban los obuses, y cada vez que sucedía esto, lanzaba descompasados gritos de alegría. Después no le volví a ver ni pude saber tampoco quién era.

El camino que conduce a Gettysburg se hallaba cubierto de cadáveres de los unionistas, los cuales debían hallarse allí desde muchas horas antes, a juzgar por el olor que exhalaban los cuerpos. Decidimos volver a la colina donde estábamos la víspera, pero reflexionando luego que para ver todas las peripecias del combate y juzgar mejor, era preciso aproximarnos al centro de la acción, resolví ir a situarme cerca del general Longstreet. Serían entonces las dos y media de la tarde, y después de haber pasado por delante del cuartel general de Lee y su estado mayor, seguí caminando a través de los bosques y hacia el punto donde me parecía haber dejado a Longstreet. A los pocos pasos encontré una porción de heridos que volvían de sus líneas de batalla, y que pedían con acento lastimero un médico; cuanto más avanzaba, aumentábase más el número de aquellos, y al fin llegué a un punto en donde los vi pasar a centenares. Algunos iban en angarillas, otros se apoyaban en el brazo de sus camaradas, y no pocos, en fin, eran conducidos en parihuelas y escoltados por los individuos del cuerpo de sanidad.

El combate continuaba con la misma violencia; las balas tronchaban a cada momento las ramas de los árboles bajo los cuales se cobijaban los heridos, causando a veces entre ellos no pocos destrozos; yo vi todo esto en menos tiempo del que se necesita para describirlo, y aunque me sorprendiera encontrar tantos heridos, aun no había visto bastante para formarme una idea exacta de toda la extensión del mal. Al aproximarme al general Longstreet observé que uno de sus regimientos avanzaba en buen orden a través de los bosques para ir al ataque, y creyendo que era llegado el momento para verlo bien todo, dije al general, *que hubiera sentido mucho perder aquella ocasión.*

Longstreet se hallaba de pie sobre un montón de ramas de árbol y mostraba una sangre fría imperturbable; al oír lo que decía, me contestó sonriendo: «¡Diablo! decís que no hubierais querido perder esta ocasión, pero yo os aseguro que siento mucho se haya presentado, pues el enemigo acaba de rechazar nuestro ataque! ¡Vedlo vos mismo!»

Por la primera vez pude abarcar de una sola mirada todo el espacio comprendido entre las dos posiciones, y vi a los confederados volver lentamente y con aire triste y abatido a las líneas que ocupaban antes del combate. Sin embargo, no era allí donde se hacían mayores destrozos, sino en la retaguardia. El general me dijo que la división Pickett había conseguido al principio desalojar al enemigo y apoderarse de sus cañones, pero que veinte minutos después se había visto en la precisión de retroceder, arrastrada por las tropas de Heth y Pettigrew, que se retiraban en desorden.

Apenas se concibe una sangre fría como la del general Longstreet en circunstancias tan críticas como las en que se hallaba, y amenazado por el enemigo, que hacía sus preparativos para perseguir a los separatistas. Entonces, y sólo entonces, pude apreciar en su justo valor la exactitud del apodo con que designaban a este jefe los que le llamaban *bulldog* (perro de presa); las dificultades parecían exasperar a Longstreet en vez de acobardarle.

Cuando me acerqué al general, no estaba en su compañía sino el coronel Walton, pues los demás oficiales habían ido a desempeñar diferentes comisiones del servicio: poco después llegó el general Latrobe a pie, porque le habían matado el caballo, y de lo mismo se quejaban el coronel Sorrell y el capitán Gorce. El general Longstreet adoptó inmediatamente las medidas que le parecieron más oportunas para resistir el ataque que se esperaba y al efecto hizo avanzar algunas piezas de artillería, reuniendo a los soldados dispersos que habían abandonado sus filas. Aun me parece estar viendo al general Pettigrew, que acudía presuroso a decir a Longstreet que le era imposible obligar a sus soldados a volver a la carga, a lo cual respondió Longstreet: «¡Muy bien! ¡no importa! dejad a vuestra gente donde está, pues el enemigo que viene sobre nosotros sabrá muy bien reunirla y ahorraros este trabajo.» Entonces pidió de beber, y yo me apresuré a ofrecerle un poco de ron que llevaba en un frasco de plata, rogando lo admitiese en recuerdo de aquel momento. El general Longstreet se sonrió, y tuve la satisfacción de que aceptara mi oferta, después de lo cual expidió varias órdenes a la división Law.

Entonces fui a reunirme con el general Lee, que acababa de llegar y tomaba informes acerca de las causas del desastre sufrido. Si la conducta de Longstreet había sido admirable, la del general Lee era a no dudarlo sublime; ocupábase en reunir a sus tropas desbandadas, trataba de animarlas con sus palabras amistosas, veíasele recorrer solo toda la línea de batalla, y siempre sereno y de buen humor, no dio señales de enojo ni de abatimiento. Lee decía por lo general a sus soldados: «Todo se arreglará, amigos míos, mas por ahora es preciso que os reunáis a fin de rechazar al enemigo.» Exhortaba también a los heridos a que se cuidaran o empuñaran el fusil si aun les era posible, y vi a muchos soldados saludarle con el mayor respeto, aplaudiendo sus palabras.

Al acercarse a mí me dijo: «Coronel, hemos tenido un mal día, muy malo en verdad; pero no podíamos contar siempre como segura la victoria.» Dichas estas palabras, me aconsejó que buscara un sitio más seguro, porque ofrecía peligro permanecer allí.

Aquel reciente descalabro no impedía al general Lee ocuparse de otras cosas más insignificantes: así, por ejemplo, a un oficial que pegaba a su caballo porque no podía dominarle, le dijo en voz alta: «Amigo mío, es inútil que le maltratéis así; yo he tenido un caballo como el vuestro, y sé por experiencia que los golpes no sirven de nada.»

En aquel momento vi llegar al general Wilcox (el cual viste siempre un paletot y un sombrero de paja usado), que venía presuroso a dar cuenta de su brigada; el general Lee le cogió amistosamente la mano y le dijo: «No importa, general; todo lo que ha sucedido es por culpa mía; yo soy quien ha perdido esta batalla, y ahora es preciso que me ayudéis a salir del apuro.» Así es como el general Lee trataba de infundir valor a sus abatidas tropas, cargando con toda la responsabilidad. Era imposible verle u oírle sin admirarle.

La posición de los confederados era entonces verdaderamente crítica, y si el enemigo hubiera sabido aprovecharse de sus ventajas no sé qué habría sucedido. El general en jefe y sus oficiales no dejaban de conocer que las circunstancias eran apuradas, pero aun cuando así fuese, no se notaba esa confusión y ese desorden que por lo regular suele notarse en un día de batalla. A poco supimos que los generales Garnett y Armistead habían muerto, que el general Kemper estaba mortalmente herido, y que de toda la división Pickett sólo se había salvado un oficial; esta matanza tuvo lugar en el espacio de una milla cuadrada y en poco más de una hora.

Hacia las seis de la tarde oímos ruidosas aclamaciones en la posición enemiga, la cual nos hizo creer por un momento que aquello era la señal de avanzar, mas al parecer tratábase tan sólo de la llegada de un general a quien veíamos recorrer las filas seguido de unos treinta hombres a caballo.

Poco después me trasladé al extremo de la línea, donde acababan de apostarse cuatro cañones rayados, pues era muy escasa la infantería: puede ser que la vista de estas piezas explicase la poca actividad del enemigo. Al instante se acercaron a mí un sargento y una docena de artilleros, que mostraban todos la mayor confianza, a pesar de su crítica situación. Conocíase que el sargento deseaba ver avanzar a los unionistas para lanzarles la carga de metralla que tenía preparada, y todos sus hombres hablaban con admiración de la división Pickett y del hecho de armas que había llevado a cabo; cuando veían al general Lee, acostumbraban a decir: «Tenemos la mayor confianza en nuestro viejo; el descalabro de hoy no le asustará, y no debe dudarse que el tío Robert nos conducirá a Washington, según lo ha prometido.»

Cuando yo estaba hablando con los artilleros, los tiradores enemigos rompieron el fuego avanzando lentamente, y bien pronto las descargas de fusilería nos advirtieron que éramos el objeto de la atención del enemigo y que ya era tiempo de levantar la sesión. Al momento volví grupas y me despedí de aquellos valientes.

A las siete de la tarde poco más o menos, el general Lee recibió un parte anunciándole que la división del cuerpo de ejército de Ewell acababa de obtener notables ventajas en el ala derecha, y por esta razón sin duda había cesado el fuego en el centro. Mas tarde supimos que las descargas eran de las tropas de Hood, que habiendo cercado a un escuadrón de caballería enemiga, se

complacían en fusilar a los soldados. Dijéronme que de cuatrocientos jinetes solo diez y ocho escaparon de la matanza.

A las siete y media, y como ya no era de temer el ataque de los unionistas, volví a la tienda de Moses, a quien encontré lo más abatido que imaginar se pueda, a causa de las exageradas noticias que acababan de circular. En el camino encontré muchos heridos que se mostraban muy inquietos por la suerte del general Longstreet, a quien suponían muerto, pero yo les tranquilicé sobre este punto diciéndoles que su jefe estaba sano y bueno, con lo cual todos parecieron olvidar sus propios padecimientos. Es imposible expresar con palabras la extraordinaria firmeza y resignación con que los confederados sufrían los dolores que les causaban las heridas. A las diez de la noche tuve la suerte de cenar con los médicos: era el primer alimento que tomaba después de quince horas.

SÁBADO 4 DE JULIO.—Al romper el día me despertó Moses, el cual se lamentaba de que la caja, que contenía una suma considerable, había sido robada durante la noche. Después de buscar por todas partes, se encontró por fin en un bosque contiguo, pero la cerradura estaba rota y faltaba el dinero; al doctor Barksdale le habían robado del mismo modo, y a no dudarlo, los autores del robo serían esos desertores o merodeadores que, en vez de entrar en fuego, sólo se ocupan en saquear y se jactan luego de haber sido los héroes de las batallas.

Lawley, el austríaco y yo, fuimos, a eso de las ocho, a dar un paseo a fin de recorrer toda la línea, y no tardamos en encontrar al general Longstreet, que estaba muy alegre y del mejor humor. El enemigo acababa de enviar un parlamentario, anunciando entre otras cosas *que el general estaba herido y prisionero, pero que se le cuidaría mucho*, a lo cual contestó Longstreet inmediatamente, que estaba muy agradecido, pero que no hallándose ni herido ni prisionero, no tenía necesidad de las atenciones del enemigo, pues se bastaba a sí propio. El general Longstreet tiene ciertamente una naturaleza de hierro, y diríase que puede pasar sin alimento y sin sueño: algunos oficiales del estado mayor se quedaban literalmente dormidos al apearse de sus caballos, extenuados por la fatiga de tres días de continuo ejercicio. Mientras que Lawley iba al cuartel general a evacuar ciertos asuntos, yo me quedé conversando con el general Pendleton, jefe de la artillería, quien me indicó el número de cañones utilizados la víspera, añadiendo que los de a doce eran los mejores para el servicio de campaña, y asimismo me dijo que casi toda la artillería de los confederados se había cogido al enemigo, o bien procedía de la fundición de cañones viejos de a seis capturados en la primera campaña.

A las diez de la mañana volvió Lawley del cuartel general, anunciando que el ejército se pondría en marcha por la noche para volver a Virginia; la falta de municiones obligaba a los jefes a tomar esta medida, si bien estaban seguros de que aun les sería preciso rechazar algún ataque del enemigo porque era el aniversario del 4 de julio. Habíanse dado al efecto las órdenes oportunas para que los bagajes y todo el tren de campaña se condujeran a Cashtown, y ya se empezaba a efectuar el movimiento siguiendo el camino de Fairfield.

La división Johnson había evacuado durante la noche la posición conquistada la víspera; parece que después de haberse apoderado del cementerio había seguido ocupando este punto hasta el momento en que hubo de abandonarlo por faltarle el auxilio de la división Pender, cuyo jefe estaba herido. A consecuencia de esto, toda el ala derecha se vio precisada a retroceder.

A la una, poco más o menos, comenzó a llover a torrentes y fuimos a refugiarnos a la casa de un pobre campesino de Pennsylvania que estaba llena de soldados, los cuales, muy lejos de pensar en una retirada, hablaban por el contrario de Washington y de Baltimore, como si debiesen entrar muy pronto en estas ciudades. A las dos de la tarde fuimos al campamento del general Longstreet, que se hallaba en el camino de Fairfield.

El general habló conmigo largamente de la batalla y me dijo, entre otras cosas, que había cometido la torpeza de no concentrar suficientemente su ejército y de atacar con quince mil hombres una posición para la cual se necesitaba cuando menos el doble. El ataque se había comenzado por tres puntos a la vez, y las tropas del cuerpo de ejército de Hill, que abandonaron el terreno, eran todas bisoñas que no habían entrado nunca en fuego. Longstreet estaba seguro de que

el no haber atacado el enemigo a su vez consistía principalmente en la presencia de la artillería confederada, pero que de haberlo hecho después del movimiento retrógrado, hubiera podido resultar un desastre. El general añadió que en su concepto había hecho muy bien Meade en no avanzar con sus tropas, las cuales no habrían podido resistir el espantoso fuego de la artillería.

En los tres días últimos se han cogido más de siete mil prisioneros a los federales; tres mil quinientos han sido puestos en libertad bajo palabra, y los demás han marchado a Richmond, escoltados por un destacamento de la división Pickett.

La verdadera causa del descalabro sufrido por los separatistas es debida principalmente, así esta vez como las demás, al soberano desprecio que les inspiran sus enemigos.

Hemos visto pasar durante todo el día una porción de carros, caballos, mulas y toda clase de ganado cogido en Pennsylvania, única ventaja real y positiva que se había sacado de la campaña. No pude menos de admirarme al contemplar el inmenso botín de Ewell: el desfile de todos aquellos objetos diversos parecía interminable; no veíamos nunca el fin, y era evidente que no podríamos ponernos en camino hasta entrada la noche. Cuando empezó a estar oscuro, nos colocamos todos alrededor de una hoguera y vi los partes enviados por diferentes generales anunciando que el enemigo se retiraba: el general Law manifestaba que había visto muchos piquetes de caballería.

Todo esto, no obstante, no podía influir para que cambiase su plan el general Lee, pues necesitaba sobre todo abastecerse de víveres y municiones, porque aquella vez, contra su costumbre, no le había sido posible hacer su provisión con la del enemigo, y como por otra parte se hallaban interceptadas sus comunicaciones con Virginia, hacía preciso replegarse sobre Winchester y sus alrededores, a fin de buscar todo cuanto necesitaba. Precisamente el general Milroy había dejado en dicho punto, al abandonarle precipitadamente algunas semanas antes, una considerable cantidad de provisiones, y asimismo se encontró un enorme vagón lleno de despojos de Pennsylvania, que era absolutamente preciso trasportar a la opuesta orilla del Potomac.

Poco después de las nueve comenzó a llover a torrentes; Lawley y yo tuvimos la suerte de cobijarnos en la tienda de uno de los médicos, y a eso de la media noche pudimos al fin ponernos en camino.

DOMINGO 5 DE JULIO.—La noche ha sido mala; se oye el fragor de los truenos; el fulgor de los relámpagos viene a rasgar de vez en cuando la densa oscuridad de la noche; el agua cae a torrentes inundando los caminos; en algunos puntos llega el lodo hasta las rodillas, y a cada momento nos detienen los carros o los furgones. Lástima me daba ver a los soldados que por fuerza tenían que seguirnos, y avanzábamos con tanta lentitud, que tardamos ocho horas en recorrer el mismo número de millas.

A las ocho de la mañana hicimos alto en los alrededores de Fairfield, cerca de una montaña, y apenas habíamos empezado a encender fuego, vinieron a decirnos que íbamos a ser atacados por la caballería unionista. En efecto, de allí a poco comenzaron a silbar las balas sobre nuestras cabezas, pero no podíamos descubrir de dónde partían los tiros; media hora después nos anunciaron que el magnífico botín de Ewell acababa de ser recobrado por los federales, y esta noticia aguijoneó a los conductores de furgones de tal modo, que apretaron el paso de una manera extraordinaria.

Los tres médicos parecían decididos a no echar pie a tierra, pero hostigados por el hambre y teniendo en cuenta también que en el caso de una sorpresa del enemigo sería más fácil escaparse, resolvieron reunirse con nosotros. Poco después avanzó de frente un cuerpo de caballería confederada, y estuvo tiroteándose algún tiempo con una avanzada unionista a fin de dejar el camino libre.

Al medio día llegaron los generales Lee y Longstreet, y se detuvieron cerca de nosotros, reuniéndose luego con el general Ewell, que no tardó en presentarse también y a quien veía yo por la primera vez. Ewell es un veterano como se ven aquí pocos; de cabeza calva, nariz prominente, mirada salvaje y rostro enfermizo: como ha perdido una pierna suele caerse con frecuencia del caballo, y cuando se apea de este anda con muletas. Ewell era el brazo derecho de Stonewall Jackson en la pasada campaña, y le profesaba un profundo cariño, tratándole siempre con la mayor

franqueza. Cuando le vi llegar estaba muy enojado por la pérdida que acababa de sufrir y no quería recibir consuelos ni aun del general Lee. Después de haberme reunido con Longstreet, monté en el caballo de Lawley, y a eso de las tres me dirigí hacia la montaña: a las cuatro llegamos a un punto donde el camino se bifurca; por una vía se va a Emmitsburg y por la otra a Hagerstown.

El Mayor Moses y yo entramos luego en una casa de campo donde había algunas mujeres, dos unionistas heridos y un muerto, de resultas de la escaramuza de la mañana: uno de los pacientes tenía en la cabeza una herida horrible y el otro padecía de una contusión en la rodilla; este último, que era irlandés, me dijo que había servido en el ejército europeo de Bengala durante la revolución de las Indias, y entonces formaba parte del regimiento de caballería de Michigan, pareciéndome que estaba imbuido en todas las preocupaciones que tienen los americanos respecto a los vejámenes de los irlandeses y otras cosas parecidas. Díjome además que las tropas del Norte no tenían buenos oficiales, y que era opinión general en el ejército, que Mc Clellan volvería a encargarse del mando.

Las mujeres que estaban en la casa eran ardientes abolicionistas, y de esto pude convencerme porque al pasar el Mayor Fairfaix a caballo, y al informarse de si el muerto era unionista o confederado, le contestó una de aquellas haciendo un gesto despreciativo: «¿Os parece que si fuera un rebelde estaría mucho tiempo aquí?» A lo cual contestó el Mayor Fairfaix: «¿Es así cómo se expresa una mujer al hablar de un muerto que no puede hacer daño a nadie?» Al oír estas palabras, ruborizóse la interpelada y repuso que no debía tomarse en serio lo que acababa de decir.

A las seis nos pusimos de nuevo en marcha y alcanzamos a Longstreet a las siete y media. Los soldados caminaban apresuradamente, sin que pareciese molestarles en lo mas mínimo la humedad o el barro, e iban tan contentos como si les sonriese la fortuna; muchos de ellos llevaban un retrato de Lincoln, y lo pasaban de mano en mano burlándose de la belleza personal del tío Abraham.

Cuando hicimos alto para pasar la noche, aun se oían en la retaguardia las descargas de los tiradores; el general Longstreet ordenó que se preparase la cena para él y su estado mayor, pero cuando pensábamos sentarnos a la mesa, vimos que el general Law y sus oficiales se habían adelantado a nosotros y terminaban su banquete a toda prisa. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que nos sirvieran también a nosotros, pues el posadero deseaba complacer al general, con la esperanza de que por su recomendación evitaría la destrucción de todo su mobiliario, confiscado ya por el inexorable Moses.

Mientras cenábamos entraron precipitadamente varias mujeres exclamando: «¡Oh bondad divina, ya están matando nuestros cerdos! ¿Dónde está el general? ¿Dónde está el oficial mayor? ¡Ya nos han quitado nuestras vacas!» A todo este diluvio de exclamaciones contestaba el general, moviendo la cabeza con aire melancólico: «¡Es verdad, señoras, es cierto; todo esto es muy enojoso seguramente, pero hace dos años que en Virginia sucedieron cosas semejantes!»

Aquella noche dormimos al raso, y ni el agua que caía a torrentes fue bastante para interrumpir nuestro sueño. No me es posible atravesar las líneas enemigas a pesar de la tregua que se nos ha ofrecido, y me hallo en una situación crítica porque se me acaba la licencia.

LUNES 6 DE JULIO.—Esta noche han robado muchos caballos y poco faltó para que el mío sufriera la misma suerte; es preciso estar muy alerta si se quieren evitar semejantes contratiempos. No nos hemos puesto en marcha hasta las seis y media, y avanzamos con mucha dificultad porque el camino está obstruido por los carros de transporte, la mayor parte de los cuales han sido recobrados de nuevo por el general Ewell.

A las ocho y media nos detuvimos a descansar dos horas y los generales Lee, Longstreet, Hill y Wilcox se reunieron en consejo; a medio día nos detuvimos de nuevo para comer cerezas, único alimento que tomamos aquel día desde las cinco de la madrugada hasta las once de la noche.

He visto al general Hood en su coche: tenía muy mala cara y parecía haber sufrido mucho; los médicos dudan que pueda volver a servirse del brazo. También vi al general de caballería Hampton, que tenía una herida de bala en el costado y otras dos de arma blanca en la cabeza, lo cual no le impedía estar de muy buen humor.

Un poco antes de llegar a Hagerstown, oyéronse descargas en la vanguardia, y la alarma fue tal, que por un momento se creyó que ya llegaba la caballería enemiga; algunos heridos, saltando de sus camillas, cogieron sus fusiles, que siempre llevaban al lado, y se disponían a batirse.

Después de una escaramuza que duró bastante tiempo, aunque fue insignificante, fuimos a situarnos en una colina que domina a Hagerstown, y vimos a la caballería enemiga que salía rápidamente del pueblo, perseguida por los confederados.

Por delante de nosotros pasaron a poco muchos unionistas prisioneros: uno de ellos, que era teniente de caballería, iba fumando un cigarro y se distinguía por su elegante uniforme y su cabello perfectamente cuidado; este oficial hacía un extraño contraste con los hombres de su escolta, que parecían mendigos. A las siete de la tarde atravesamos a caballo las calles de Hagerstown, donde vimos una porción de caballos muertos y algunos soldados moribundos; a una milla más allá hicimos alto para descansar un rato, y el general Longstreet destacó cuatro batidores a fin de que explorasen el camino por donde debía dirigirse el ejército; el jefe les mandó que volviesen cuanto antes fuera posible para darle cuenta de lo que hubiesen visto u oído.

15.

OPERACIONES MILITARES EN EL TENNESSEE. LA CAMPAÑA DE CHATANOOGA (1863)

Desgraciada expedición de Morgan a Indiana y Ohio. Es derrotado y hecho prisionero. Su fuga. El general Rosecrans avanza desde Murfreesboro en dirección al Tennessee. El general Bragg en Chattanooga. Rosecrans persigue a los separatistas. Bragg se concentra en Lafayette y hace frente al enemigo. Rosecrans se concentra con sus tropas. Batalla de Chickamauga. Derrota de Rosecrans. Sus pérdidas. El general Thomas reemplaza en el mando a Rosecrans. Excursión de Pegram a Kentucky. Excursión de Saunders al Tennessee Oriental. Burnside cruza las montañas de Cumberland. Knoxville. Burnside recobra a Cumberland Gap cogiendo dos mil prisioneros. Los separatistas avanzan contra el enemigo. Wolford es vencido en Philadelphia. Combate en Campbell's Station. Burnside se retira a Knoxville. El general Longstreet pone sitio a la plaza. Los separatistas son rechazados con numerosas pérdidas. Longstreet levanta el sitio. Grant auxilia a Rosecrans. Los generales Hooker y Slocum se retiran al Tennessee. Excursiones de Wheeler y de Roddy. Grant llega a Chattanooga. Hooker cruza el Tennessee. Combate en Wauhatchie. Sherman llega de Vicksburg. Granger, Hooker y Sherman atacan al general Braxton Bragg. Hooker se apodera de Lookout Mountain. Los separatistas son derrotados en Mission Ridge. El boletín de Bragg. Hooker persigue a Ringgold. Cleburne le cierra el paso en White Oak Ridge. Sherman y Granger marchan a Knoxville. Pérdidas en Mission Ridge.

Hemos dejado a los generales Rosecrans y Braxton Bragg en presencia uno de otro después de la batalla de Murfreesboro y en cuarteles de invierno, el primero cerca de la población de este nombre, y el segundo en los alrededores de Tullahoma y de Shelbyville. Los dos ejércitos permanecieron ociosos mucho mas tiempo del que se creía, pues no entraba en los cálculos del general confederado tomar la ofensiva, ni el jefe unionista podía tampoco atacar a las fuerzas enemigas hasta que hubiese recibido los refuerzos y municiones que esperaba, y así es que hasta el mes de junio no se puso en movimiento. Una partida de ochenta hombres, que decían pertenecer a la caballería confederada de Kentucky, había cruzado entre tanto el Ohio, atravesando luego por los condados de Orange, Orleans y Washington, con objeto de llevar a cabo una expedición, pero habiéndoles salido al encuentro algunas fuerzas federales al mando del Mayor Clendenin, cayeron todos prisioneros sin que se escapase uno solo.

El día 27 de junio de 1863, se puso en marcha el general Morgan a la cabeza de dos mil veintiocho hombres, saliendo de Sparta con objeto de llevar a cabo una expedición, y dirigiéndose luego hacia Cumberland, rechazó a una fuerza de caballería unionista mandada por el coronel Wolford. Después continuó su marcha hacia Columbia, cuya población fue saqueada en parte por los separatistas, a pesar de las órdenes que se dieron en contrario. Al llegar a Green River, Morgan encontró un puesto militar cuya custodia se había confiado al coronel Moore, e intimó desde luego la rendición, pero el jefe unionista se negó, y en su consecuencia trabóse un combate desesperado en el que perdieron la vida once oficiales separatistas, entre los cuales se contaban el coronel Chenault y el Mayor Brent; de los individuos de tropa resultaron veinticinco muertos y veinte heridos, sin que los federales tuvieran más que seis de los primeros y veintitrés de los segundos.

El general Morgan hubo pues de renunciar a desalojar al enemigo, que estaba muy bien atrincherado, y sin perder tiempo marchó sobre Lebanon, de cuya defensa estaba encargado el coronel Hanson con cuatrocientos hombres. El jefe separatista intimó también la rendición, y habiéndose negado a ello el gobernador de la plaza, comenzó el combate, que duró siete horas,

hasta que al fin los confederados, dando una carga terrible, penetraron en la ciudad, pegaron fuego a varios edificios, y entonces Hanson no tuvo más remedio que rendirse a discreción. En esta desesperada refriega perdió la vida el teniente Thomas Morgan, hermano del general, y como acababa de saberse que se acercaba una numerosa fuerza de caballería federal, Morgan se vio precisado a ponerse en marcha inmediatamente con sus prisioneros, a los cuales obligó a recorrer diez millas en noventa minutos.

El día 7, la vanguardia de Morgan pasó por Shepherdsville y Bardstown, y al llegar al Ohio por la parte de Brandenburg capturó dos magníficos vapores federales, el *Alice Dean* y el *Mc Coombs*, que estaban allí anclados. Estos buques, que probablemente pertenecían a un particular, fueron inutilizados, después que la columna se trasladó a la orilla opuesta del río. El general Hobson, que con algunas fuerzas federales iba siguiendo a Morgan desde Cumberland, llegó a Brandenburg precisamente cuando el jefe confederado acababa de abandonar este punto.

Morgan se internó por Corydon, Greenville y Palmira y llegó en 11 de julio a Salem, donde hizo prisioneros a trescientos cincuenta hombres de un destacamento que había allí apostado. Después destruyó la vía férrea, quemó un depósito de armas y mandó que se hiciera lo mismo con varios molinos y factorías, pero desistió luego mediante el pago de mil dólares en dinero contante. Morgan continuó su marcha hacia Vienna, destruyendo a su paso vías férreas y líneas telegráficas; llegó a poco a Madison, e intimó la rendición de Old Vernon, mas tuvo por conveniente retirarse al ver que se había reunido una numerosa fuerza de milicia dispuesta a oponerle una enérgica resistencia. En 13 de julio cruzó por Versailles, apoderándose a su paso de una porción de caballos y de cuanto le venía a mano; dio la vuelta por Cincinnati el día 14, y pasando luego por Miamisville, Williamsburg, Sardinia, Piketon y Jackson, tocó de nuevo en el Ohio y en la isla de Buffington, no lejos de Parkersburg, por donde Morgan pensaba retirarse sin encontrar oposición alguna.

Inútil parece decir que los expedicionarios dejaron limpios los almacenes, los graneros y las despensas de las casas, pero la columna era perseguida tan de cerca, que no tuvo tiempo para hacer mucho más daño.

El jefe separatista marchó después a Miami, esperó la llegada del tren, y los expedicionarios lo detuvieron fácilmente matando al maquinista e hiriendo al ingeniero; los vagones fueron quemados, y quedaron prisioneros doscientos reclutas que iban en los coches. Casi todos los días ocurría alguna escaramuza, pero la columna contaba con demasiada fuerza para que pudieran batirla los destacamentos que había en varios puntos, y como por otra parte los expedicionarios quemaban los puentes y obstruían los caminos, era difícil la persecución. Sin embargo, en Chillicothe habíase ya reunido un número considerable de tropas, pero Morgan tomó la dirección contraria.

Al llegar el coronel Hobson al Ohio, calculó que la columna de Morgan se vería precisada a embarcarse otra vez, y en su consecuencia envió a buscar refuerzos a Louisville, a fin de reunir un número suficiente de cañoneras para guardar el río. Tan pronto como se supo que Morgan se dirigía a Pomeroy o Gallipolis, con intención de cruzar, los habitantes se apresuraron a obstruir los caminos con troncos de árboles a fin de entorpecer los movimientos de la columna expedicionaria que al fin llegó al Ohio, después de una penosa marcha, en 19 de junio. Morgan destacó dos compañías, que fueron recibidas por el enemigo con una nutrida descarga, pero habiendo vuelto a poco uno de sus oficiales anunciando que acababa de dispersar a una fuerza de unionistas, haciendo ciento cincuenta prisioneros, hizo sus preparativos para pasar a la orilla opuesta. En aquel momento, sin embargo, comenzaron las cañoneras a romper el fuego mientras que tres columnas de infantería avanzaban rápidamente, amenazando a las tropas de Morgan por su retaguardia y derecha; entonces se dio la orden de huir por el río, la cual se apresuraron todos a obedecer, y tan apurado era el caso, que los expedicionarios abandonaron sus presas y sus enfermos y heridos, en número de seiscientos hombres.

Morgan y los hombres que le quedaban marcharon por la orilla del río hasta Belleville, y una vez allí trataron de atravesar la corriente a nado con sus caballos, pero ya entonces los generales Hobson y Shackleford les perseguían de cerca, mientras que varias cañoneras dirigidas por el

general Scammon, llegaban apresuradamente. Como no era posible resistirse en aquella situación, Morgan y sus hombres se hicieron fuertes en una elevada colina, casi inaccesible, donde el general Shackleford les intimó la rendición. Los sitiados pidieron una hora para deliberar, pero el jefe unionista no quiso concederles más de cuarenta minutos, al cabo de los cuales, el resto de la columna, es decir, unos mil hombres, resolvió entregarse. Morgan, sin embargo, no quiso que se le comprendiera en la capitulación, y seguido de algunos de los suyos pudo escapar internándose en el territorio, pues por el río no era posible la fuga por hallarse ocupado por las cañoneras, que hubieran hecho fuego, a no dudarlo, sobre todos los que hubiesen intentado vadear la corriente.

Morgan y sus hombres, que no tenían ya que cuidar sino de sus personas por haber abandonado sus prisioneros y sus presas, se dirigieron rápidamente hacia Mc Arthur, donde intentaron de nuevo cruzar el río, y habiéndolo conseguido, volvieron a internarse por Easport, encaminándose luego precipitadamente hacia Nueva-Lisboa. Cerca ya de este punto, se vieron cercados de tal modo por una numerosa fuerza de milicia y por las tropas que venían persiguiéndoles, que no tuvieron más remedio que entregarse después de oponer una débil resistencia, y de este modo, excepto doscientos hombres que consiguieron escapar, toda la columna de Morgan quedó aniquilada, contándose unos quinientos hombres entre muertos y heridos.

Morgan y algunos de sus oficiales fueron conducidos a Colombo, donde se les redujo a prisión después de afeitarles la cabeza como se hace con los criminales ordinarios. No había razón ni derecho alguno para proceder así, ni sabemos quién daría semejante orden, que seguramente no procedió del Gobierno, pero el hecho es cierto, así como también que los prisioneros fueron encerrados en celdas, si bien no se les obligaba a trabajar. Tratábase de formar un proceso para hacer responsables a Morgan y a los suyos de los destrozos que habían causado, y aun hubo periódicos que pedían sencillamente que se les ahorcara como a ladrones, pero cuando con más calor se discutía sobre el partido que se debería tomar, supose en la mañana del 26 de noviembre que Morgan y seis de sus oficiales habían conseguido escaparse por un conducto subterráneo abierto por ellos mismos.

Dos de los fugitivos fueron cogidos a poco, pero Morgan y el capitán Hines se dirigieron al camino de Cincinnati, aguardaron la llegada del tren de la mañana, y poco después se hallaban muy cerca de la ciudad de este nombre, donde pudieron bajar sin ser notados de nadie. Poco después cruzaban el Ohio por cerca de Kentucky y recibieron hospitalidad en una casa donde se dio a los fugitivos todo cuanto necesitaban. Cuando hubieron tomado algún descanso, Morgan continuó su marcha hacia el Tennessee, en cuyo punto perdió a su compañero, pero en cambio llegó muy pronto a Georgia y se halló rodeado de amigos que le felicitaban a porfía, admirando su valor e intrepidez. Algunos días más tarde se trasladó a Richmond, donde se le hizo la más lisonjera acogida, causando a todos no poca admiración sus últimas aventuras y su fuga de Colombo, y dos semanas después marchó a la Virginia Occidental y al Tennessee para continuar sus empresas.

Según ya hemos dicho, el general Rosecrans se vio obligado a permanecer ocioso en Murfreesboro, esperando víveres, municiones y refuerzos, hasta el mes de junio de 1863. Aunque su ejército era más numeroso que el de Bragg, su caballería era muy inferior⁶⁸, como se había ya probado en varias escaramuzas. Aunque el jefe unionista no perdonaba esfuerzo alguno para remediar esta falta, no podía conseguir su objeto a causa de la actividad y audacia de los expedicionarios Forrest, Wheeler y Morgan, pero cuando este último hubo marchado a efectuar su gran correría, Rosecrans consiguió reunir seis mil caballos y dio entonces la orden de avanzar.

La infantería de Bragg, compuesta de diez y ocho mil hombres, a las órdenes de Polk, ocupaba una formidable posición en Shelbyville, donde acababan de construirse numerosas obras de defensa por tres mil esclavos procedentes de Alabama y Georgia. Además de esto, diez y ocho millas más allá y detrás de una región montañosa, cortada por angostos desfiladeros y malos

68 Halleck alegaba que no envió mas caballería a Rosecrans porque sabía que no hubiera podido encontrar en aquel punto suficientes pastos, pero Rosecrans decía lo contrario, añadiendo que su caballería no podía ir a forrajear porque no contaba con suficiente fuerza para resistir un ataque del enemigo.

caminos, había otro campo atrincherado en un punto conocido con el nombre de Tullahoma, y un cuerpo de ejército de doce mil hombres al mando de Hardee, ocupaba a Wartrace, cubriendo la vía férrea y sus alrededores. El general Bragg había apostado también una división, al mando de Buckner, cerca de Knoxville y Chattanooga, y puede decirse que le era fácil concentrar cuarenta mil hombres para una batalla mientras que Rosecrans disponía al menos de sesenta mil, si bien no era su posición tan ventajosa como la del enemigo, el cual podía asegurar mejor su retirada y obtener refuerzos con más facilidad que Rosecrans.

El 24 de junio de 1863 avanzó el jefe unionista con intención de flanquear la derecha del enemigo, concentrándose en Manchester para interceptar sus comunicaciones por Tullahoma, y obligarle a que abandonara sus fortificaciones o aceptase la batalla en campo abierto, mas para esto era preciso engañar a Bragg, simulando un ataque por Shelbyville, por cuyo medio quedarían probablemente descubiertos los pasos de la montaña, que era por donde pensaba avanzar el jefe unionista. Desgraciadamente, el mismo día en que se iba a efectuar este movimiento, estalló una tempestad y continuó lloviendo por espacio de diez y siete días consecutivos; los torrentes se desbordaron, e inundáronse de tal modo los caminos, que una división tardó tres días en recorrer una distancia de veintiuna millas aun cuando no encontró enemigos con quien combatir.

El ejército federal, dividido en tres cuerpos, marchaba por tres distintos caminos: el general Thomas, que mandaba el centro, se dirigió hacia Manchester, el general Crittenden, que conducía el ala izquierda, marchó sobre Mc Minnville, y el general Mc Cook, con la derecha, se encaminó a Shelbyville, mientras el general Gordon Granger, con una división de reserva apoyaba a las demás tropas. Crittenden debía marchar el último con una brigada de caballería, a las órdenes de Turchin, seguido del resto de sus fuerzas, mandadas por Stanley.

Cuando hubieron cesado las lluvias, las tropas federales comenzaron a efectuar su movimiento: Liberty fue ocupado inmediatamente por la división Johnson, mientras que la brigada de Wilder se apoderaba de Hoover, y el día 27 estableció el general Rosecrans su cuartel general en Manchester, a cuyo punto llegó a la mañana siguiente el general Sheridan con una parte de la división Mc Cook. El enemigo, dominado por el número, se había visto precisado a retroceder hasta Fairfield después de oponer alguna resistencia.

El mismo día en que Rosecrans ocupaba a Manchester, Granger salía de Triune en dirección a Rover y Middleton, rechazando a su paso al enemigo hasta Christiana, donde llegó poco después el general Stanley. Los separatistas, que se hallaban en Shelbyville y sus alrededores, se mantuvieron firmes por algún tiempo, mas al cabo de dos horas de inútiles escaramuzas se retiraron repentinamente, y entonces dispuso Granger que Stanley avanzara con su caballería, si bien a unas tres millas al Norte de Shelbyville habían situado los separatistas dos cañones que contuvieron a los federales. Satisfecho Granger al saber que el enemigo evacuaba la plaza, mandó dar una carga de caballería ante la que siguieron retrocediendo los confederados hasta hallarse a una milla de la ciudad; en este punto había tres piezas de artillería apoyadas por una numerosa fuerza de infantería, pero esto no bastó para detener a Granger, que, auxiliado de Stanley, se apoderó de Shelbyville al cabo de media hora, cogiendo tres cañones, quinientos prisioneros, tres mil sacos de trigo y varios efectos de campaña. Wheeler pudo salvarse a nado por el río Duck, pero el cuerpo de caballería que se había formado para contener el ataque de los federales, quedó en parte destruido.

El ejército federal descansó entonces algunas horas, durante las cuales se practicaron varios reconocimientos, y entre tanto se dio orden a Wilder de avanzar sobre Decherd, previniéndole que quemase el puente del río Elk e hiciese al enemigo cuanto daño pudiera por aquel punto. Wilder no consiguió destruir el puente a causa de hallarse este ocupado por una numerosa fuerza enemiga, pero inutilizó en parte la vía férrea, alarmando a los separatistas de tal modo, que cuando Rosecrans maniobró con el objeto de acercarse a Tullahoma, Bragg abandonó su posición en la noche del 30 de junio, y tres divisiones de la infantería federal la ocuparon al día siguiente.

Los generales Sheridan, Thomas y Turchin alcanzaron a la retaguardia separatista al otro día cerca del río Elk, pero iba tan crecida la corriente a causa de las últimas lluvias, que estaban

cubiertos todos los vados, y cuando al fin pudo cruzar el ejército, que fue en 3 de julio, el enemigo se hallaba ya fuera de alcance.

Así pues, en solo nueve días había conseguido Rosecrans, sin empeñar ninguna gran batalla, expulsar a los separatistas del Tennessee central, sin perder mas de quinientos sesenta hombres, en cambio de los cuales cogió mil seiscientos treinta y cuatro prisioneros, tres cañones y varios efectos de campaña, pudiendo asegurarse que solo la actividad de Bragg y la seguridad que se tenía de que iba a abandonar el estado y sus fuertes posiciones, le salvó de mayores desastres.

Como el general Braxton Bragg podía disponer de la vía férrea para transportar su artillería y tren de campaña, se retiró tranquilamente por las montañas del Cumberland y del Tennessee, cruzando las últimas por la parte de Bridgeport, donde destruyó el camino de hierro. En Washington se esperaba que Rosecrans perseguiría activamente a Bragg, pero esto no era fácil, ni aun posible, pues el ejército federal no tenía suficientes víveres, ni los había tampoco en la estéril región ocupada por los confederados, prescindiendo de que la conducción de aquellos en vagones o carros a través de escarpadas montañas, era de todo punto impracticable. Sin embargo, mientras que la infantería ligera iba en persecución del enemigo y se establecían avanzadas desde Stevenson hasta Pelham, el general se situó con el grueso de sus fuerzas detrás de las montañas de Cumberland, formando una línea entre Winchester y Mc Minnville, mientras que sus ingenieros reparaban la vía férrea. Aun con el auxilio de esta no le era dable a Rosecrans abastecerse de forraje y de víveres tan pronto como quería, y por lo tanto hubo de aguardar algún tiempo, pero en 16 de agosto pudo ponerse ya en marcha en dirección a Bridgeport; Mc Cook, con la caballería de Stanley, mandaba la derecha, y el cuerpo de ejército de Crittenden avanzó en tres columnas, a las órdenes de Wood, Van Cleve y Palmer, por el valle de Sequatchie y en dirección a Chattanooga.

Todos estos movimientos se llevaron a cabo con tal acierto, que bastaron cinco días para su ejecución, a pesar de lo escarpado del terreno y de las dificultades que ofrecía a cada paso la marcha de las tropas, pues debe advertirse que el valle de Sequatchie se halla en el corazón de las montañas de Cumberland y se extiende en un espacio de cincuenta millas.

El Tennessee, que por aquellos sitios tiene una gran extensión, dista unas doscientas millas del valle, y las montañas que encajonan, hacen que sea más difícil atravesarlo, pero después de haber reunido los materiales más precisos, construyéronse en pocos días varios puentes, acordándose luego que Sheridan cruzara por Bridgeport, Reynolds por Shell Mond y Mc Cook por Caperton. La travesía, que comenzó el 29 de agosto, terminó el 8 de septiembre, y reunidas de nuevo las tropas, avanzaron por las montañas a fin de concentrarse en Trenton, en el valle de Lookout, que se extiende en la dirección nordeste hasta mas allá de Chattanooga.

No entraba, sin embargo, en el plan del jefe unionista penetrar con numerosas fuerzas por aquel estrecho valle, y por lo tanto dispuso que sólo una brigada de Crittenden siguiera aquella dirección por el paso conocido con el nombre de Nickajack, que conduce a un pueblo llamado Summertown, y también a las calles de Chattanooga. Entre tanto el general Mc Cook avanzaría rápidamente por Frick hasta el valle llamado de Mc Lamore, que atraviesa el Chickamauga por Chattanooga.

Bragg se hallaba en un dilema, pues si bien Chattanooga ofrecía una fuerte posición fácil de defender contra los ataques del ejército de Rosecrans, ¿qué ventajas se obtendrían de esto y qué podría hacerse, dado el caso de que el enemigo, después de cruzar el río, cortara las comunicaciones, ocupando luego la vía férrea?

Abandonar a Chattanooga era exponerse a una censura severa, y si dividía sus tropas, fácilmente hubiera podido coparlas el enemigo y aniquilar así al ejército separatista. Braxton reflexionó pues maduramente, e hizo al fin lo que Johnston trató de hacer, aunque demasiado tarde, cuando se hallaba delante de Vicksburg, es decir, se retiró de Chattanooga para salvar al ejército, y en la noche del 7 al 8 de setiembre se dirigió a Georgia, apostando sus divisiones a lo largo del camino que conduce desde Gordon a Lafayette, por cuyo punto era probable que pasara el ejército federal.

Rosecrans se equivocó de medio a medio, aun cuando no lo confiesa, al pensar que el enemigo trataba de escapar por Roma, y así se explica que después de haberse posesionado Crittenden de Chattanooga en 9 de septiembre se le ordenara que, dejando de guarnición una brigada en este punto, marchase con el resto de sus fuerzas hacia el Tennessee para perseguir al enemigo por Chickamauga, mientras que el general Thomas, apoyado por Mc Cook, iría hacia Lafayette para secundar el movimiento.

Rosecrans, pues, se llevó un solemne chasco, pues ni el general Bragg se retiraba por Roma, ni era tampoco su intención dirigirse hacia este punto, y antes bien por el contrario, concentraba silenciosamente alrededor de Lafayette el ejército más numeroso con que habían contado hasta entonces los separatistas en el oeste del Alleghanyes. Buckner había sido llamado, previniéndole que abandonase inmediatamente el Tennessee Oriental; Johnson acababa de reunirse con la división Walker, y como todo estaba entonces tranquilo en Mississippi, y no peligraba Richmond, el general Lee había destacado el cuerpo de ejército de Longstreet, que se hallaba en el Rapidan, juntamente con toda la milicia que pudo reunirse en Georgia, de modo que según Rosecrans, el ejército de Bragg llegó a contar con noventa y dos mil hombres. Es indudable que esta fuerza era muy superior a la del ejército unionista, y debía esperarse que venciera a las tropas federales que, sin tino ni concierto, iban en busca de Bragg, como si se tratase de una caza y no de una lucha mortal con un enemigo formidable.

El día 11 de septiembre avanzó Crittenden sobre Ringgold, destacando de avanzada la caballería de Wilder, que al llegar a Tunnel Hill, tuvo un sangriento choque con el enemigo, mientras que la división Negley marchaba a Dug y encontraba también a los separatistas dispuestos a cerrarle el paso. A la mañana siguiente llegó la división de Bair, mas no era esta fuerza aun suficiente para atacar a los confederados, y por esto juzgaron los federales más oportuno retirarse después de una insignificante escaramuza. Ante el aspecto que iba tomando la lucha, Crittenden se alarmó, y con razón, al reflexionar que podrían cortar las comunicaciones, y por lo tanto marchó con la mayor rapidez a Gordon's Mill, seguido de Wilder, que cubría su retirada, pero al llegar a Sill's encontró al enemigo, y fue forzoso sostener con él un reñido combate. Mc Cook había flanqueado entre tanto la posición de Bragg, dirigiéndose por Alpine, y de este modo pudo convencerse de que los separatistas, muy lejos de retirarse, se iban concentrando. Persuadido de esto y conociendo su crítica situación, apresuró su marcha a fin de reunirse con Thomas por la izquierda, pero a causa de los rodeos que fue preciso dar, no pudo alcanzar a su compañero hasta el 17, día en que atravesó el valle de Lookout.

El general Bragg había tendido el lazo demasiado pronto⁶⁹, pues si hubiese permitido a Thomas internarse por Dug, oponiéndole una ligera resistencia, fácil le habría sido derrotarle y

69 Pollard ve las cosas de otro modo y su parecer es digno de tomarse en consideración. He aquí cómo se explica sobre este punto:

«El día 9 se averiguó que una columna enemiga había cruzado la montaña de Lookout por los senderos de Stevens y Cooper. Engañado por nuestro rápido movimiento con el cual simulamos una retirada sólo con el fin de concentrarnos, y engañado por las noticias que le daban los desertores que se pasaron a sus líneas, expresamente para conseguir mejor nuestro objeto, el enemigo avanzó con sus columnas para interceptarnos el paso, exponiéndose así a que le cercaran nuestras fuerzas.

»Presentábase una magnífica oportunidad que los separatistas debían aprovechar sin pérdida de tiempo, pues el cuerpo de ejército de Thomas se hallaba en Lafayette, es decir, muy cerca del punto donde el jefe confederado, teniendo concentradas todas sus fuerzas, podía envolver completamente a su enemigo. Para esto era solo necesario que el general Bragg practicara el movimiento con un cuerpo de tropas bastante numeroso: después de sorprender a Thomas, el ejército unionista debía marchar al valle de Chattanooga a fin de interponerse entre la ciudad y Crittenden; una vez derrotado éste, se retrocedería hasta el valle de Wills, pasando entre la montaña de Lookout y el Tennessee para cortar la retirada a Mc Cook, y conseguido esto, sólo faltaba ya marchar por la cordillera de Cumberland y caer sobre la retaguardia de Burnside, que seguramente quedaría envuelta por el enemigo.

»Era preciso no perder tiempo si se quería sacar ventaja del grave error en que había incurrido el enemigo al creer que los confederados se retiraban, y al efecto se ordenó al general Hindman marchase con su división contra Thomas, previniéndosele que el general Hill, que se hallaba en Lafayette con la suya, iría luego a prestarle auxilio y cooperar en el ataque.

hacer lo mismo después con las demás tropas. De no hacerlo así, pudo también destacar a todo su ejército contra Crittenden, y una vez derrotado éste, cortar el paso a Thomas por Chattanooga, pero cuando Negley y Bair se vieron rechazados en Dug, quedó ya descubierto el plan de los separatistas, y entonces comprendieron perfectamente los generales de la Unión que no se trataba ya de dar caza al enemigo, sino de concentrarse y combatir para salvar la vida.

Lafayette dista unas veinticinco millas de la parte sur de Chattanooga, y se halla frente a Pigeon Mountain, en un valle por donde corre un riachuelo conocido con el nombre de Pea Vine, cuyas aguas, siguiendo la dirección Norte, van a perderse en el Chickamauga. A ocho o diez millas al norte de Lafayette hay un sendero que atraviesa dicha montaña y cruza por Chickamauga y Gordon's Mill, así como también por el valle de Lamore. Como el general Bragg estaba persuadido de que Thomas se hallaba en la parte superior de este valle, avanzó hacia él con intención de flanquear el ala izquierda del enemigo, e interponerse, si era posible, entre el cuerpo de ejército de Thomas y el de Crittenden, pero este jefe, según ya hemos visto, sospechando el plan de sus adversarios, marchó rápidamente desde Ringgold a Chickamauga, mientras que Mc Cook se dirigía también al valle y tomaba posición con la mayor parte de las tropas en el camino de Lafayette y Chattanooga a seis u ocho millas de Gordon's Mill. La división Negley vigilaba el vado de Owen, una parte del ejército de Mc Cook formaba el centro de la línea de los federales, y las tropas de Gordon Granger, que componían la reserva, estaban a dos o tres millas de la retaguardia, cubriendo todos los caminos que conducen a Rossville.

Rosecrans se había engañado de medio a medio, como sucediera anteriormente a otros varios generales, y en vez de advertirle el peligro, Meade o Halleck, anunciándole que el general Lee acababa de destacar un cuerpo de ejército, recibió noticias muy contrarias.⁷⁰

El general Minty, que mandaba la caballería en el ala izquierda, había avanzado hasta Dalton en 15 de septiembre, y allí tuvo un choque con las avanzadas enemigas, muy cerca de la iglesia de Rockspring. Como cerca de aquel sitio se hallaba un numeroso cuerpo de ejército de los confederados, Minty fue atacado al fin por fuerzas muy superiores, a las que no le fue posible

»Hill recibió la orden en la noche del 9, y contestó en seguida, manifestando que no podía practicar aquel movimiento, que el general Cleburne, jefe de una de sus divisiones, estaba enfermo, y que tanto el sendero de Dug como el de Catlet estaban cubiertos de troncos de árboles hasta el punto de no ser posible el paso.

»A primera hora de la mañana siguiente Hindman estaba ya dispuesto para cumplir con la orden, y entonces Bragg, disgustado con la negativa de Hill, expidió inmediatamente una orden al general Buckner, previniéndole abandonara su posición de Anderson, a fin de ejecutar el movimiento que se había encargado primeramente a Hill.

»Hasta la tarde del 10 no se reunió Buckner con Hindman, y entonces aun no había reconocido el enemigo su error, pues avanzaba con sus tres columnas hacia Lafayette. Para batir estas tropas aisladamente y sorprender luego a Thomas antes que el enemigo conociese su torpeza, era preciso proceder con la mayor actividad.

»El general Polk recibió orden de apoyar la retaguardia de Hindman, a quien se había prevenido que atacara el centro del enemigo cortándole la retirada por Lafayette, y entre tanto el intrépido Cleburne, a pesar de hallarse obstruido el camino, había marchado a Dug con tal celeridad, que al amanecer se hallaba ocupando su posición y aguardaba sólo la señal para atacar al enemigo por su flanco y retaguardia.

»Entonces Hindman comenzó a recibir partes previniéndole que avanzara, pero ya era demasiado tarde: el enemigo acababa de reconocer una equivocación que pudo serle fatal, y aprovechando la tardanza de los separatistas, se retiró a los pasos de la montaña. Así pues, un movimiento que prometía tan buenos resultados, dejó de llevarse a cabo por un anacronismo, por una mala inteligencia de esas que a veces dan al traste con los planes mejor combinados.»

70 Rosecrans acababa de recibir el siguiente despacho, en el cual se prueba hasta la evidencia que el Gobierno esperaba que se persiguiese a Bragg. He aquí en qué términos estaba concebido:

«Washington 11 de septiembre de 1863.

»Burnside ha teleografiado desde Cumberland y anuncia que está en su poder todo el Tennessee Oriental por más allá de Loudon, así como también los pasos de las montañas de la Carolina del Norte. Ha marchado una numerosa fuerza de caballería hacia Atenas a fin de reunirse con vuestras tropas, y después de haberse adoptado las medidas necesarias para evitar la vuelta del ejército de Bragg, se acordará si vuestro ejército debe avanzar hacia el Sur en dirección de Georgia y Alabama. Algunos desertores han dicho que *una parte del ejército de Bragg ha ido a reforzar a Lee*; es urgente averiguar lo más pronto posible si es exacta la noticia.

»El comandante en jefe, H. W. Halleck.»

resistir, viéndose obligado a entregarse, con lo cual se comprendía que Bragg estaba reuniendo muchas tropas en la derecha para cruzar el Chickamauga por más abajo de Gordon's Mill.

El general Rosecrans comprendía ya que el asunto era más serio de lo que parecía en un principio, pues el ataque a Minty revelaba la intención decidida de flanquear al ejército federal cortándole la retirada por Rossville, Chattanooga⁷¹ o cualquier otro punto. El grueso de sus fuerzas se hallaba demasiado lejos para que fuera posible en el momento oponer una vigorosa resistencia, y por lo tanto, el 18 de septiembre concentró todas sus tropas más hacia la izquierda, en tanto que Bragg, que acababa de recibir refuerzos de Virginia, se contentaba con atacar a la caballería de Minty y Wilder, situada en el puente Alexander, que fue quemado y destruido cuando los federales se retiraban al camino de Rossville y Lafayette. Todos los vados que se encuentran más allá de Gordon's Mill se hallaban ya en poder del enemigo, que ocupaba los alrededores del río, y llegada la noche ya tenía Bragg hechos sus preparativos de combate. Una división al mando de Hood se había apostado en la extrema derecha del ejército separatista, pero el general Longstreet no llegó hasta el 19 para encargarse del mando de sus tropas.

Por entonces ya se hallaban los dos ejércitos beligerantes en presencia uno de otro en las dos orillas del Chickamauga; Rosecrans en la occidental formando una línea que se extendía de la izquierda a la derecha de Gordon's Mill con sus reservas en Chattanooga y Bridgeport, donde ocupaban un espacio de ocho o diez millas. El ejército de Rosecrans constaba de unos cincuenta y cinco mil hombres en siete divisiones a las órdenes de los generales Wood, Van Cleve, Palmer, J. J. Reynolds, R. W. Johnson, Baird y Brannan. El plan de batalla del general Bragg venía a ser el mismo que el de Stone River, con la diferencia de que así como entonces trató de flanquear el ala derecha, ahora quería hacerlo por la izquierda, y este movimiento debían practicarlo las tropas de Virginia, auxiliadas por las fuerzas de Walker y de Buckner, en tanto que Polk atacaría el centro en Gordon's Mill. El general Hill recibió orden de proteger el flanco izquierdo de los confederados, y de atacar resueltamente a cualquiera división enemiga que intentara ir en auxilio de sus compañeros. A la caballería de Wheeler se le encargó solamente que vigilase los pasos de la montaña del Pigeon, protegiendo al mismo tiempo la retaguardia de los separatistas. Es de advertir que desde las alturas, los batidores de Bragg observaban todos los movimientos del ejército unionista, y así pudieron ver fácilmente cómo se concentraban las tropas y qué posiciones tomaban, en tanto que a estas no les era dable ver a los confederados. Esto era una gran ventaja para el general Bragg, y así se explica el hecho de que pudiera dirigir con más acierto la batalla, y de que ya el día 18 se hallara en posición de todos los vados, excepto los de Gordon's Mill.

Polk mandaba el ala derecha de los separatistas, Hood la izquierda, y ya el primero de estos jefes se había puesto en movimiento para flanquear al enemigo en cumplimiento de la orden de Bragg, cuando Thomas, que dirigía el ala izquierda de los federales, resolvió anticiparse, oponiéndose al paso de Polk, a cuyo efecto ordenó a Brannan que avanzase con dos brigadas hacia el puente de Reid, mientras Baird ocupaba con su división el camino de Alexander, con orden de atacar y dispersar, si era posible, a una brigada separatista que había en aquel punto.

A eso de las nueve de la mañana y mientras que Baird y Brannan practicaban el movimiento indicado, la división Palmer, del cuerpo de ejército de Crittenden, marchó en auxilio del primero de dichos jefes, y poco antes de las diez, la brigada Croxton había empeñado el combate rechazando a la caballería de Forrest, pero auxiliada ésta luego por la infantería de Ector y de Wilson, Croxton se vio a su vez en la precisión de retroceder. Poco a poco fueron llegando refuerzos por una y otra

71 Chattanooga es un pueblecillo que está situado en la orilla izquierda del Tennessee y en la embocadura del valle que lleva su nombre. Este valle, por cuyo centro se desliza un riachuelo llamado también Chattanooga, está formado hacia el Oeste por las montañas de Lookout, escarpados picos de dos mil cuatrocientos pies de elevación, y hacia el este por las colinas de Missionary. Estas últimas forman a su vez por el otro lado con Pigeon Mountain, el valle de Chickamauga, paralelo al primero. Al oeste del valle de Chattanooga se extiende en la misma línea el de Wills, entre las montañas Lookout, al este, y Sand o Raccoon al oeste. Al sudeste de Chattanooga, en la vía férrea de Georgia, se halla Ringgold, a una distancia de diez y ocho millas, y después se encuentra Dalton en el empalme del camino de hierro del Tennessee Oriental, que parte de Knoxville.

parte, pero la ventaja estaba indudablemente por los confederados, quienes después de un furioso ataque, se apoderaron de dos baterías, haciendo retroceder a sus enemigos aun cuando estos defendían el terreno palmo a palmo.

Una de las baterías que cogieron los confederados era la del regimiento de Michigan, de la que hablaba con orgullo todo el ejército, siendo de advertir que sus artilleros la profesaban un afecto que rayaba en idolatría, no sólo por las muchas batallas en que prestara los más eficaces servicios, sino porque en ninguna acción pudo apoderarse de ella el enemigo. Sin embargo, esta vez no fue posible salvar la batería, pues los separatistas dieron una carga tan impetuosa, que todos los artilleros quedaron muertos o heridos y destrozados los caballos. El teniente Van Pelt, jefe de esta batería, no quiso separarse de ella y murió espada en mano como un héroe, haciendo frente a los batallones confederados que se precipitaban sobre el enemigo como una avalancha.

Sin embargo, poco después llegaron en auxilio de los unionistas una división de Mc Cook y otra de Reynolds, y reforzada así el ala derecha de Baird, consiguióse rechazar al enemigo, que se retiró en desorden después de haber sufrido sensibles pérdidas. En este encuentro perdió la vida el general separatista Preston Smith. Como la posición que ocupaban los confederados era de las más fuertes, no se creyó prudente atacarla, y por lo tanto se dejó a las tropas descansar una hora.

El general Thomas comprendía perfectamente que la lucha no había concluido aun, y por esta razón adoptó sus disposiciones, calculando que el primer esfuerzo del enemigo sería flanquear su izquierda, ocupar el camino y caer sobre su retaguardia, pero al mismo tiempo parecióle que los confederados no pensaban luchar más aquel día, por cuya razón dispuso que sus divisiones se concentrasen en un terreno mas ventajoso. Ya se había dado la orden para efectuar este movimiento, cuando de pronto las divisiones confederadas de Liddell y Gist atacaron resueltamente el centro del ejército unionista, y a los pocos momentos todos los jefes tuvieron que acudir a sus puestos para rechazar al enemigo. Afortunadamente, el general Hazen, de la división Crittenden, reunió al instante veinte piezas, y situándolas en una cadena de colinas que dominaban el camino de Rossville, hizo un fuego tan certero y nutrido sobre los separatistas, que sus columnas comenzaron a retroceder apresuradamente, y de este modo se salvó la jornada.

El general Cleburne, a quien se consideraba como el Stonewall Jackson del Oeste, atacó luego a Johnson con una división del cuerpo de ejército de Hill, que llegó hasta las mismas líneas enemigas, pero la noche puso fin al combate, y ambos ejércitos se entregaron al descanso, aprovechando una de esas magníficas noches de otoño durante las cuales son tan agradables las brisas en aquella montañosa región.

Por el día estuvo jugando algún tiempo la artillería, pero sin grandes ventajas por una parte u otra: el general Stewart consiguió apoderarse de tres cañones de una batería, pero se vio en la precisión de abandonarlos luego.

El general Hood, encargado del ala izquierda, destacó dos divisiones a las órdenes de Law y Bushrod Johnson contra la de Davis, del cuerpo de ejército de Mc Cook, y aunque al principio le obligó a retroceder, tomando una batería, reforzados luego los federales con la división Bradley, rechazaron a su vez al enemigo y pudieron recobrar las piezas.

A primera vista hubiérase dicho que el resultado del primer día de lucha empezaba a ser favorable para los unionistas, pues seguían ocupando su posición y sus pérdidas no parecían seguramente tan considerables como las de los contrarios, mas por desgracia no era esta la verdad. Los federales se veían dominados por el número; todas sus tropas menos dos brigadas habían tomado parte en la acción, y los separatistas por el contrario disponían de una numerosa reserva, prescindiendo de que durante la noche acababan de llegar tropas veteranas de refresco procedentes de Virginia, al mando de los generales Hindmand y Mc Law, cuyas fuerzas fueron a situarse en los puntos donde se creían más necesarias. Añadamos a esto que también había venido el general Longstreet, el cual valía lo menos por una brigada, para encargarse del mando del ala derecha, y en una palabra, baste decir que los confederados contaban cuando menos con setenta mil hombres, mientras Rosecrans no disponía sino de cincuenta y cinco mil. Aun cuando el profano axioma que

dice, que *Dios está de parte del más fuerte*, no es siempre una verdad absoluta, es lo cierto que entre dos ejércitos igualmente valerosos, bien disciplinados y con iguales ventajas en la posición, debe triunfar siempre por regla general el más numeroso.

Durante la noche, el general Bragg dio orden a la división Breckenridge de trasladarse desde la extrema izquierda a la derecha, pues aun era su intención flanquear al ejército unionista e interponerse entre este y Chattanooga. El general Rosecrans no perdió tampoco el tiempo: reunió a todos los jefes en su cuartel general, y después de una larga discusión, cada uno se fue con sus órdenes e instrucciones verbales o por escrito.

El ejército federal debería permanecer a la defensiva en el mismo punto, concentrándose, sin embargo, un poco más hacia la izquierda: Mc Cook se encargó del ala derecha que se apoyaba en Widow Gleen, aproximándose lo más posible al general Thomas; Crittenden se quedaría con sus dos divisiones detrás del centro de reserva; Thomas permanecería en la izquierda en las mismas líneas y siempre reforzado con las divisiones Johnson y Palmer, y Brannan se reuniría a Negley, que en su posición de la víspera podía también servir de reserva en el centro. El jefe de la caballería recibió orden de cubrir la extrema derecha, en tanto que Granger formaría la reserva principal situada en el camino de Rossville.

El general Bragg, por su parte, tomaba también las oportunas disposiciones: dividió su ejército en dos grandes cuerpos, confiando el ala derecha a Polk, y la izquierda a Longstreet, la primera constaba de cuatro divisiones, a saber: las de Cleburne y Breckenridge, del cuerpo de ejército de Hill, otra de Polk y la de Walker, del ejército del Mississippi, y la otra se componía de ocho divisiones; las de Stewart, Preston, Bushrod y Johnson, del cuerpo de ejército de Buckner, la de Hindman, una de Polk y las de Hook y Mc Law, de Virginia. Estas últimas carecían de artillería y transportes.

Al amanecer del domingo, 20 de septiembre de 1863, Rosecrans, seguido de su estado mayor, fue a recorrer las líneas, y como viese que la derecha de Mc Cook se había extendido demasiado y que Davis con la reserva se inclinaba más de lo conveniente a la derecha, así como también las divisiones de Crittenden, ordenó los necesarios cambios de posición. Negley no se había movido aun cuando el general que acababa de recorrer el ala izquierda le ordenó que enviara a Thomas su brigada de reserva, tan pronto como llegasen algunas tropas de Crittenden para reforzarle, mas no habiendo cumplido este jefe la orden que se le dio de hacerlo, con la actividad que era de esperar, pasó algún tiempo antes que Thomas recibiera de Negley, los refuerzos que necesitaba.

Ambos ejércitos permanecieron sobre las armas hasta al amanecer, pues la batalla debió de haberse empezado de una vez por un ataque de las tropas de Hill, pero el ayudante de Polk no había encontrado a dicho jefe, y la lucha no se empeñó hasta las ocho y media. Prescindiendo de esta circunstancia, una densa niebla que se extendía por todo el valle y no dejaba ver los objetos a dos varas de distancia, imposibilitaba el ataque⁷², y de este modo hubo tiempo para reforzar el cuerpo de ejército de Thomas y aumentar las obras de defensa.

Tan pronto como se hubo despejado la niebla, el general Breckenridge avanzó con su división flanqueando al ejército federal por la parte de Rossville, cuyo movimiento fueron ejecutando sucesivamente otras divisiones que estaban mas lejos, de modo que ya no era posible dudar que la intención de Bragg era interponerse entre el ejército separatista y Chattanooga. Apenas Breckenridge hubo roto el fuego, una brigada de Negley fue inmediatamente a reforzar a Baird a fin de cerrar el paso a los separatistas, y como los federales empezaban ya a perder terreno, pidióse auxilio a Johnson, el cual destacó varios regimientos, pudiéndose de este modo restablecer el equilibrio, y hasta rechazar a los confederados. Breckenridge reunió a sus tropas, que empezaban a retirarse en desorden, fue a ocupar una colina donde situó algunos cañones de grueso calibre a fin

⁷² Polk dice que cuando se hallaba dispuesto para avanzar al ataque, encontró de frente a una división de Longstreet, de modo que para obedecer las órdenes recibidas le hubiera sido necesario tirar sobre sus compañeros, y en su consecuencia no tuvo más remedio que aguardar hasta que se hizo marchar a la división, con lo cual se perdieron unas dos horas.

de rechazar todo ataque del enemigo en el caso de intentarlo. La división Walker, y después las de Cheatham, Cleburne y Stewart, llegaron a poco para apoyar a Breckenridge, y a medio día habíase generalizado el combate en toda la extensión de las líneas, en medio de una espantosa carnicería, pero sin ventaja material por ninguna de ambas partes. Sin embargo, merced a la firmeza de Thomas y de sus veteranos, no consiguió Bragg interponerse con su ejército entre los federales y Chattanooga, y por esto, a no dudarlo, arreció por algún tiempo la lucha, y fue más igual, más desesperada y más sangrienta.

Poco después, no obstante, el ala derecha de los federales sufría un sensible descalabro, pues habiéndose dispuesto que varias divisiones se trasladaran de la derecha a la izquierda después de comenzada la batalla, lo cual, aunque peligroso, era de la mayor urgencia, practicóse el movimiento con fatales resultados para los unionistas. Las divisiones de Negley y Van Cleve habían recibido orden de Rosecrans de ir en auxilio de Thomas para reforzar el ala izquierda; Wood debía aproximarse a Reynolds hacia el centro, y a Davis se le previno que se uniera con Wood, en tanto que Mc Cook se corría por la izquierda con toda la celeridad posible.

Ahora bien, semejantes movimientos han sido siempre de difícil ejecución en el calor de una batalla, sobre todo ante un enemigo tan diestro como hábil, y en aquella ocasión el peligro creció de punto por no haberse comprendido bien las órdenes de los jefes. Wood creyó que se le mandaba apoyase a Reynolds, y en su consecuencia retiróse del centro y pasó a la retaguardia de Brannan, que se hallaba escalonado a la derecha del primero de estos jefes, y habiendo dejado así un gran hueco, el general Longstreet, que vigilaba con la mayor atención los movimientos del enemigo, lanzó inmediatamente a toda la división Hood, apoyada por las tropas de Buckner, sobre el flanco derecho de los unionistas.

Aquella carga fue decisiva: por orden de Mc Cook disponíase Davis a llenar con tres brigadas el espacio que dejara libre la retirada de Wood, cuando la columna de ataque del general Hood se lanzó como un torrente sobre la derecha de Davis y la izquierda de Brannan, atacando al mismo tiempo a Sheridan y Crittenden por la retaguardia, por cuyo medio los separatistas aislaron cinco brigadas del resto del ejército enemigo introduciendo una espantosa confusión en sus filas. En una palabra, el ala derecha, atacada vigorosamente por su flanco, quedó literalmente destrozada, y huyó en el mayor desorden hacia Rossville y Chattanooga, perdiendo miles de hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Los batallones de Longstreet eran demasiado poderosos para que fuera posible contenerlos, y hasta el mismo Rosecrans, Mc Cook y el estado mayor se vieron envueltos en aquella tremenda confusión y arrastrados como un torbellino. La división Davis quedó derrotada, así como también la división Sheridan, que acudió en su socorro, y la misma suerte sufrieron las tropas de Van Cleve. Rosecrans, a quien no le fue posible reunirse con Thomas, llegó a Chattanooga con objeto de tomar las disposiciones más convenientes para sostenerse en aquel punto, con tanta más razón cuanto que parecía inevitable la derrota; era urgente hacer un esfuerzo desesperado si se quería evitar que el ejército unionista, o lo que de él quedara, fuese perseguido y completamente arrollado en las orillas mismas del Tennessee.

Una vez en Rossville, y merced a las acertadas medidas de Rosecrans, las líneas federales se reorganizaron un poco: Sheridan, uno de los primeros que estuvieron dispuestos, avanzó de nuevo con parte de la reserva de Granger; Davis consiguió también entrar después en línea, y entonces el enemigo se detuvo.

Sin embargo, este primer descalabro no era tan grave como pudieron creer los que presenciaron la derrota y retirada de los unionistas, pues el general Thomas seguía batiéndose con mas obstinación que nunca, aunque sus seis divisiones tenían que hacer frente, no solo a Polk, sino también a Longstreet, que las estrechaba por su flanco derecho. Por fortuna, las posiciones del jefe unionista eran bastante fuertes, por cuanto había tenido cuidado de fortificarse todo lo posible en la noche anterior, construyendo barricadas de troncos de árboles y otras obras de defensa, y así, merced a su previsión y al mortífero fuego de sus tropas, consiguió rechazar varias veces al enemigo causándole numerosas pérdidas. Atacado al fin por todos los puntos a la vez, defendíase

como un león en su madriguera; el jefe separatista, continuando su maniobra de la mañana, lanzó dos divisiones sobre la derecha de Thomas, apoyada por las tropas de Brannan, que se había apostado en la pendiente de Mission Ridge en tanto que el capitán Gaw iba reuniendo toda la artillería de la reserva, y ya iba a tomar posesión de una colina para desbordarse como un torrente sobre el enemigo, cuando llegaron a toda prisa los generales Johnson, Palmer y Reynolds para apoyar a Thomas.

El general Gordon Granger, que como ya hemos dicho, mandaba la reserva, había sostenido varios choques con los tiradores del enemigo, pero conociendo que su presencia era más necesaria en otro punto que en Rossville, dispuso que el coronel Steedman marchase con algunas fuerzas a practicar un reconocimiento hacia Ringgold; dejó en su puesto al coronel Mc Cook con sus brigadas, y sin perder momento, dirigióse hacia la posición ocupada por Thomas. Apenas supo este jefe la llegada de Granger, envióle a decir que apoyara la derecha, donde el enemigo hacía cada vez más estragos, y cumplida esta orden, arreció la lucha con más obstinación por ambas partes. El estampido de los cañones, el estruendo de la fusilería y los gritos de los combatientes atronaban el espacio de tal modo, que no podían oírse las voces de mando de los jefes.

Poco después de haber llegado Granger en auxilio de Thomas, recibióse un parte anunciando que avanzaba el general confederado Hindman con toda su división, y que se dirigía sobre la derecha. El momento era crítico; Thomas no debía esperar ya más refuerzos, y viendo que era preciso tomar una resolución desesperada para conjurar aquel nuevo peligro, dispuso que las brigadas del general Whitaker y del coronel Mitchel dieran una carga a los confederados, mientras Steedman, cogiendo una bandera, se puso a la cabeza de las columnas. Estas se lanzaron tan resueltamente sobre sus contrarios, que veinte minutos después ya había desaparecido Hindman con sus tropas, pero en este terrible choque, cayó el general Whitaker atravesado de un balazo, y de los cuatro oficiales de su estado mayor, dos quedaron muertos en el campo de batalla y los otros dos mortalmente heridos. Steedman, a quien mataron el caballo, quedó contuso a consecuencia de la caída, mas no por eso abandonó su puesto; las pérdidas en este encuentro fueron considerables por una y otra parte.

Hubo entonces una pausa de media hora, durante la cual los confederados hicieron sus preparativos para atacar resueltamente por todos los puntos a la vez, y pasado este tiempo, comenzó de nuevo la lucha con más encarnizamiento que antes; los federales iban agotando ya sus municiones, y a no ser por la llegada de Granger, muchos regimientos se hubieran visto en la imposibilidad de usar más armas que sus bayonetas para seguir defendiéndose como lo hicieran antes.

El general Hood, herido de un balazo, había sufrido en el mismo campo de batalla la amputación de una pierna, pero Longstreet se acababa de encargar del mando en jefe y con él se hallaban las divisiones de Mc Laws, Preston, Breckenridge, Cleburne, Stewart, Hindman y Bushrod Johnson, e iban siendo ya tan numerosas las fuerzas confederadas, que a pesar de haber rechazado Thomas repetidos ataques, comenzó a pensar en la retirada, cuando recibió un parte del general Rosecrans, por conducto de Garfield, jefe del estado mayor, en el cual se le prevenía que abandonara su posición y se trasladase con sus tropas a Rossville.

A consecuencia de esta orden se mandó al general Reynolds que comenzara a practicar el movimiento en el acto, y el general Wood se encargó de cubrir la retirada. Thomas estaba dirigiendo la maniobra cuando llegaron dos soldados para anunciarle que una numerosa fuerza de confederados avanzaba a través de los bosques, y entonces mandó a Reynolds que marchase en orden de batalla y atacara resueltamente al enemigo, lo cual se hizo con tal acierto, que media hora después la brigada de Turchin, arrojándose sobre un cuerpo de separatistas, consiguió derrotarle y coger doscientos prisioneros.

Todas las divisiones unionistas fueron abandonando luego sucesivamente la posición que ocupaba Thomas; las de Johnson⁷³ y Baird se vieron acometidas, como era de esperar, por numerosas fuerzas del enemigo y sufrieron considerables pérdidas, pero no hubo persecución, y el ejército pudo retirarse a Rossville y a Mission Ridge⁷⁴, donde se hallaban ya las demás tropas ocupando el camino de Ringgold y el valle Dry, situado cerca de Chickamauga. Así, pues, el ejército federal permaneció en sus líneas todo el día 21 sin ser molestado, y llegada la noche, se retiró con el mayor orden a las posiciones elegidas por Rosecrans frente a Chattanooga; el general Bragg se posesionó entre tanto de la Montaña de Lookout y de Mission Ridge, desde donde podía observar las líneas del ejército enemigo, que nunca debía ocupar.

Como se ha censurado severamente al general Bragg por no haber perseguido a Rosecrans, a quien se asegura que derrotó, obligándole a retirarse a Chattanooga, parece que no estará demás reproducir aquí el extracto de la relación de un testigo ocular al referir los pormenores de la batalla, debiendo advertir que esta relación está escrita por un confederado. El lector nos excusará la inserción de este escrito en gracia de que prueba, que no habiéndose declarado la victoria en favor de unos ni de otros hasta una hora muy avanzada, no era posible la persecución en aquel país tan montañoso y cubierto de bosques sin exponerse a un grave peligro. He aquí, pues, como se expresa Mr. Reid, corresponsal de la *Tribuna de Mobile*:

«Ya el horizonte iba cubriéndose de rojizas nubes; comenzaba a declinar el día; a la escasa luz del crepúsculo iban a sucederse bien pronto las sombras de la noche, y sin embargo aun no había terminado la sangrienta lucha. Batiéndose desesperadamente y resuelto a todo trance a conservar su posición, el enemigo lanzó sus batallones sobre nuestra derecha, arrojando al mismo tiempo sobre las tropas un diluvio de balas y de metralla. Liddell y Gist, del cuerpo de ejército de Walker, que atacaban por quinta vez al enemigo, sufrieron un terrible fuego de enfilada por ambos flancos, el cual les obligó a retroceder, y entonces el general Polk, que había estado dirigiendo la batalla durante todo el día, y conteniendo a las masas concentradas del enemigo con el mayor arrojo y bravura, reunió sus fuerzas para dar el último ataque, del cual dependía el éxito de la jornada. Con su penetrante mirada observó bien pronto que la reserva de Granger avanzaba contra él, por lo cual era preciso no perder un instante, y como al mismo tiempo se recibiera un parte anunciando que el general Longstreet batía a los federales por su flanco derecho, diose la señal y avanzaron las tropas a paso de carga hasta formar una línea paralela con la del enemigo, cuya artillería lanzaba una nube de proyectiles sobre los batallones confederados. Los generales Stovall, Gilson y Helm adelantaron, no obstante, con el orden mas perfecto, reservando su fuego hasta que se hallasen cerca de los

73 Para disipar cualquiera duda que hayan podido tener nuestros lectores, recordaremos que tanto en el ejército federal como en el separatista había un general del nombre de Johnson.

74 Aunque es sabido que Bragg no persiguió a los federales, no está probado que estos no huyesen, y como sobre este punto hay muy encontrados pareceres, citaremos aquí los asertos de varios testigos oculares.

El general Hazen, al dar cuenta del último ataque de los separatistas contra el ala derecha, dice lo siguiente: «Ya no hubo más combate: al anochecer dispuso el general Thomas que me retirara a Rossville, lo cual hice con el orden más perfecto, pues los piquetes del enemigo se limitaron a seguir a los nuestros, sin trabar ninguna escaramuza.»

El coronel A. Wiley, del cuerpo de ejército de Granger, después de referir los detalles de la última carga de los separatistas contra la división Wod, se expresa de este modo: «Seguimos en la posición de la colina sin que el regimiento perdiera más de una docena de hombres entre muertos y heridos en aquella parte de la acción, y tan pronto como oscureció, abandonamos nuestras posiciones para dirigirnos a Rossville, donde hicieron alto las tropas. Al día siguiente fuimos a ocupar Mission Ridge.»

Miles, uno de los jefes de la división Steedman, del cuerpo de ejército de Granger, dice así: «Los separatistas que avanzaban fueron rechazados y los perseguimos hasta que habiendo llegado nuevos refuerzos en auxilio del enemigo, nos vimos obligados a emprender a nuestra vez la retirada.

«La lucha continuo hasta el anochecer y seguimos conservando la colina, aun cuando a veces tenían que retroceder los separatistas. Al fin el general Thomas dio la orden de retirada, pero como no la recibieran los regimientos de Illinois y Ohio, que estaban en el punto más apartado de la línea siguieron batiéndose con sin igual denuedo, hasta que al fin recibieron el aviso y abandonaron la posición. Con esto terminó el combate de aquel día y dejamos el campo de batalla sin saber que también se retiraba el enemigo.»

contrarios; las nutridas descargas que hacia el enemigo desde sus barricadas de árboles y piedras detuvieron a Breckenridge por un momento, y muchos bravos, incluso el valeroso Helm, cayeron allí como otros tantos héroes para no volver a levantarse mas, pero las otras tropas siguieron adelante, arrojándose sobre las barricadas, y al fin las tomaron a viva fuerza, sembrando la muerte y la consternación entre sus defensores. La división Breckenridge, cuya impetuosidad nada podía contener, se apoderó de nueve cañones y algunos centenares de prisioneros, mientras el enemigo se dispersaba desordenadamente, dejando tras sí sangrientas huellas.

»En aquel momento llegaba presuroso el intrépido Cleburne con los generales Deshler, Wood y Polk, que bien pronto empeñaron la lucha con el cuerpo de ejército de Granger, cuyos batallones comenzaron a retroceder, no pudiendo resistir el ímpetu de los separatistas. Wood y Polk tomaron una por una todas las obras defensivas de los federales, cogiendo varias piezas, tres o cuatro banderas y quinientos prisioneros, y entre tanto, así como las furiosas olas del Océano arrollan cuanto encuentran a su paso, así las aguerridas brigadas del denodado Cheatham iban barriendo todos los obstáculos que se oponían a su marcha con irresistible impetuosidad. Este último desesperado ataque acabó de decidir el éxito de la jornada: la victoria era nuestra; el enemigo, completamente derrotado en sus flancos izquierdo y derecho y en su centro, huía presuroso hacia Chattanooga, y sólo la oscuridad de la noche impidió que se le persiguiera.

»Entonces, de un extremo a otro del campamento y en toda la extensión de nuestras líneas resonó un grito de triunfo, inmenso, poderoso, cuyo eco, que parecían repetir las colinas, fue a perderse en las profundidades del bosque, en tanto que los destrozados batallones de Rosecrans iban a refugiarse en su nueva posición. La división de Polk se había apoderado de veintiocho cañones, y la de Longstreet de veintiuno, sin contar unos ocho mil prisioneros, pudiendo asegurarse que el enemigo perdió entre muertos y heridos unos treinta mil hombres, mientras los separatistas solo tuvieron doce mil bajas. Es notorio que los federales entraron en acción con todas sus fuerzas, incluso la reserva, de modo que no contaban con menos de ochenta mil hombres, siendo así que los confederados sólo tenían cincuenta mil. En todas las campañas de Bonaparte, en Italia, no se registró nunca una acción tan sangrienta ni tan brillante victoria; fue una batalla tan desesperada como la de Arcole, aunque mucho más decisiva en sus resultados, y nada podría sobrepasar al indomable valor y heroica intrepidez de nuestros oficiales y soldados.»

El general Bragg decía en su parte oficial lo siguiente:

«La oscuridad de la noche y la espesura del bosque impedían que se persiguiera al enemigo sin exponerse a un peligro grave, y el ejército se entregó al descanso en el mismo terreno conquistado tan valerosamente y a costa de tanta sangre.»

Esto dice bastante para los que reflexionen que las fuerzas humanas tienen un límite y que cuando un hombre ha estado batiéndose dos o tres días consecutivos y sufriendo toda clase de fatigas, necesita entregarse al descanso.

Lo que no se explica muy bien es que el general Bragg no tratara de sacar todo el partido posible de su victoria atacando al día siguiente con todas sus fuerzas así a Thomas como también al resto del ejército federal que se hallaba aun en Rossville, con tanta más razón cuanto que este jefe no contaba seguramente sino con unos veinticinco mil hombres, mientras Bragg debía tener mucho más, enardecidos con su reciente triunfo y confiados en su reconocida superioridad numérica. Pollard dice que Forrest se subió a un árbol al terminar la batalla, y al ver que se retiraba todo el ejército enemigo, propuso que les persiguiera sin tregua ni descanso, mientras Longstreet mandaba a Wheeler se interpusiese con su caballería entre Rossville y Chattanooga, pero Bragg dio contraorden, alegando que había perdido dos quintas partes de su ejército en aquella terrible lucha. Esto justifica hasta cierto punto su prudente conducta.

Las pérdidas de los federales en Chickamauga, según el parte oficial, fueron las siguientes:

	<i>Muertos</i>	<i>Heridos</i>	<i>Extraviados</i>	<i>Total</i>
--	----------------	----------------	--------------------	--------------

Infantería y Artillería	1.644	9.262	4.945	15.851
Caballería en varios combates y escaramuzas				500

Este total de diez y seis mil trescientos cincuenta y uno, puede aumentarse hasta veinte mil sin temor de equivocarse, no sólo por la inexactitud de los partes de los diversos jefes, sino también por las pérdidas ocurridas desde que el ejército cruzó el Tennessee hasta que pudo concentrarse en Chattanooga. Rosecrans asegura haber cogido dos mil tres prisioneros, y admite una pérdida de siete mil quinientos, incluso dos mil quinientos de sus heridos, y dice que se apoderó además de treinta y seis piezas, veinte furgones y ocho mil cuatrocientos cincuenta armas de todas clases.

El general Bragg reconoce una pérdida de diez y ocho mil hombres, de los cuales diez y seis mil representan la cifra de los muertos y heridos, y asegura que hizo más de ocho mil prisioneros, cogiendo cincuenta y un cañones y quince mil armas diversas⁷⁵.

Debe tenerse en cuenta que todas las armas abandonadas en el campo de batalla por los muertos y heridos o por los que huían eran recogidas por los vencedores, quienes las contaban como sus despojos aunque hubiesen pertenecido a sus mismas tropas, y por esta razón siempre resulta más o menos inexactitud en las cifras oficiales.

En resumen diremos, que si Bragg supo vencer, gracias al poderoso auxilio de Longstreet, no supo aprovecharse de la victoria, ni hubiera podido hacerlo tampoco una vez perdida la ocasión, pues a los cuatro días el general Rosecrans, que temía acaso un atrevido golpe de mano, se hallaba ya ocupando otras posiciones en Chattanooga, donde acababa de formarse un campamento atrincherado, cubierto de baterías y buenas obras de defensa⁷⁶.

El general Bragg, por su parte, no contando con medios de transporte ni pontones para las marchas y maniobras, hubo de proceder en sus preparativos de ataque con la mayor lentitud, pues no era posible asaltar por el pronto las fuertes posiciones de su enemigo, de modo que probablemente iba a pasar todo el otoño sin que los ejércitos beligerantes se ocuparan en otra cosa sino en fortificar sus líneas de defensa esperando una ocasión para empeñar nuevas batallas.

En cuanto al general Rosecrans, su Gobierno no tuvo en cuenta ni apreció en mucho el que hubiera conservado sus posiciones de Chattanooga; sólo se le juzgó por las inmensas pérdidas sufridas en la última batalla y por el hecho de no haberse encontrado con Thomas en el puente donde llegó-a ser decisivo el combate. Parece que además de lo dicho no había dado cumplimiento a ciertas órdenes superiores por las cuales se disponía una gran concentración en Chattanooga, y por todo esto sin duda, Rosecrans recibió en 19 de octubre una comunicación reservada relevándole del mando, el cual resignó al otro día marchando acto continuo al Norte, precisamente al cabo de un año de su salida de Corinto.

El general Rosecrans obró así por creerlo más conveniente para el servicio, y no queriendo anunciar desde luego al ejército que se le había reemplazado, despidióse de sus tropas con la siguiente orden del día:

⁷⁵ Entre los muertos del ejército unionista contábase el general Lytle, de Ohio, y los coroneles Baldwin, Heg, King, Alexander y Gilmer, y entre los heridos los coroneles Payne, Shackelford y Armstrong con muchos otros oficiales de distinción. La brigada del general Helm, de Kentucky, que contaba con mil seiscientos sesenta y tres plazas, quedó reducida a cuatrocientas treinta y dos, y entre los muertos figuraba su mismo jefe. La brigada de Bate perdió seiscientos ocho hombres de los mil ochenta y cinco que tenía, y de una de las brigadas del Mississippi perecieron setecientos ochenta y un individuos de tropa, y todos sus oficiales, menos dos, quedaron en el campo de batalla muertos o heridos.

⁷⁶ Al hacer el historiador Pollard sus observaciones sobre este punto, dice lo siguiente: «En la batalla de Chickamauga se cubrió de gloria el ejército confederado, pero a esto se redujeron todas las ventajas, pues Rosecrans permaneció en posesión de Chattanooga, y por lo tanto de todo el Tennessee Oriental, donde había una considerable cantidad de carbón destinado a nuestras fundiciones, y abundaba además todo lo necesario para la vida. Era, a no dudarlo, uno de los países del mundo más a propósito para la defensa, y por sus elevadas montañas llamábase muy propiamente la Suiza de América. Así como la posición de Suiza abría la puerta a la invasión de Italia, Alemania y Francia, así la posición del Tennessee Oriental facilitaba la entrada en Virginia, la Carolina del Norte, Georgia y Alabama.»

«Cuartel general del departamento de Cumberland.

»Chattanooga, Tennessee, 19 de octubre de 1863.

»El general en jefe anuncia a los oficiales soldados del ejército de Cumberland, que se ve en la precisión de separarse de ellos por orden del Presidente.

»El general George Thomas, en cumplimiento de las últimas disposiciones del Gobierno, se encargará del mando de este ejército y departamento, y lo prevengo así al estado mayor y a todos los jefes para que desde ahora se entiendan con mi sucesor directamente.

» Al despedirme de mis hermanos de armas, oficiales y soldados, no puedo menos de darles el parabién porque su nuevo jefe les sea ya conocido. El general Thomas está identificado con este ejército desde su organización; os ha conducido varias veces al combate, y podéis confiar en su reconocida prudencia, indomable valor y verdadero patriotismo, seguros de que, mediante Dios, alcanzará nuevos triunfos para nuestras armas.

»Vuestro general en jefe no duda que seguiréis siendo tan leales a vuestra patria como lo habéis sido hasta aquí.

»Me apresuro a dar las mas expresivas gracias a todos los jefes de las divisiones y brigadas por la eficaz cooperación que siempre me prestaron; con todos he contraído una deuda de gratitud que procuraré satisfacer tan pronto como se presente una ocasión para ello.

»Compañeros de armas, oficiales y soldados: os saluda y se despide de vosotros vuestro general en jefe,

»W. S. Rosecrans.»

Tenemos que hacer ahora una ligera digresión para dar cuenta de los movimientos del general Burnside: cuando este jefe fue relevado del mando en el Rappahannock, se le confió en 26 de marzo el departamento del Ohio, previniéndole que pasara con su ejército al Oeste, a fin de avanzar por Kentucky para librar al Tennessee Oriental de sus enemigos, pero las exigencias del servicio le obligaron a distraer sus tropas para reforzar a Grant, que se veía algo apurado en Vicksburg. Así pues, Burnside hubo de permanecer ocioso en Cincinnati, y entre tanto, algunas fuerzas de caballería separatista, al mando del general Pegram, cruzaron las montañas y el río de Cumberland, y se dirigieron hacia la parte sur de Kentucky, titulándose la vanguardia de un gran ejército que avanzaba a las órdenes del general Breckenridge con el objeto de librar a dicho Estado de sus opresores. Los separatistas hacían ostentación de sus fuerzas, y para que estas pareciesen más numerosas, formábanse en parada en todos los pueblos donde iban entrando, y a tal punto llegó la osadía del jefe confederado, que al fin publicó una proclama en la cual prevenía que todo aquel que no quisiera servir en el ejército de la Confederación debería salir de Kentucky. Estas pretensiones parecieron imponer hasta cierto punto al general Carter, jefe de las fuerzas unionistas en aquel territorio, quien se había retirado ante Pegram por la parte de Danville, abandonando el centro del Estado al saqueo y al pillaje, y es indudable que el general separatista hubiera obligado a Carter y a Wolford a cruzar el Ohio, si al llegar aquí no hubiese comenzado a retroceder con sus tropas, dando a conocer así su inferioridad numérica. Como consecuencia natural, los confederados se vieron muy pronto perseguidos por una numerosa fuerza.

La caballería de Wolford marchó contra el enemigo por la parte de Lancaster, y habiéndosele agregado a poco el general Gillmore con doscientos cincuenta jinetes, reunieron así los unionistas unos mil doscientos hombres, es decir, muchos mas de los que tenían a su disposición los confederados, por más que entonces aseguraran muchos lo contrario. Pegram trató de oponer alguna resistencia al principio, y su caballería, a las órdenes del general Scott, atacó la retaguardia de los federales, pero rechazada aquella vigorosamente por Wolford, después de un breve combate, los separatistas huyeron y se les persiguió en un espacio de cinco a seis millas. Aprovechando no obstante la oscuridad de la noche, consiguieron luego cruzar el Cumberland, escapándose al Tennessee con una pérdida de cien hombres⁷⁷ y los efectos de que se habían apoderado. Los

⁷⁷ Gillmore asegura que los separatistas perdieron más de trescientos hombres, pero según el único parte que da detalles exactos de aquella refriega, aparece que las pérdidas se redujeron a diez y nueve muertos, seis heridos y

federales tuvieron unas cincuenta bajas, pero la mayor parte fueron prisioneros que se llevó el enemigo.

Dos meses más tarde, el general Burnside destacó una fuerza de caballería al mando del coronel Saunders, quien saliendo de Williamsburg, cruzó las montañas de Cumberland, y cuando hubo penetrado en el Tennessee Oriental, destruyó en parte la vía férrea de Lenoir, cuarenta millas mas abajo de Knoxville, e hizo otros varios desperfectos, cogiendo tres cañones, quinientos prisioneros y diez mil armas de varias clases, después de haber pegado fuego a los depósitos de los separatistas. Las pérdidas de Saunders fueron insignificantes.

El general Burnside había organizado ya por entonces un cuerpo de ejército de veinte mil hombres; estableció su campamento en Nelson, cerca de Richmond, el día 16 de agosto, y poco después, sin esperar otro refuerzo que debía llegar pronto, marchó hacia Knoxville precisamente cuando Rosecrans se dirigía sobre Chattanooga. Burnside concentró todas sus fuerzas en Crab Orchard y marchó después por Mount Vernon, Loudon y Williamsburg; detúvose dos días en Chitwood, y haciendo una marcha forzada de cuarenta millas a través de las montañas, llegó a Kingston por la parte donde se unen los ríos Holston y Clinch para formar el Tennessee. Desde este punto avistó ya los piquetes avanzados de Rosecrans. El ejército continuó entonces adelantando hacia Loudon con la esperanza de evitar la destrucción de un puente de dos mil pies de longitud que había sobre el Holston, mas ya estaba ardiendo cuando llegaron las tropas, y al fin, en 1 de septiembre, entró Burnside en Knoxville, donde fue recibido con el mayor entusiasmo y afecto, pues los habitantes estaban sufriendo hacia tiempo infinitas vejaciones a consecuencia de los abusos de los confederados, sin que las violencias de estos bastaran para humillar al heroico pueblo que todo lo sufría con resignación esperando mejores días. Cuando las tropas de Burnside entraron en la ciudad viéronse ondear en todas las casas y edificios públicos las banderas nacionales; los habitantes se apresuraron a obsequiar a los oficiales y soldados; hubo abundantes raciones y refrescos, y las aclamaciones de unos y las lágrimas de alegría de otros daban a entender que se esperaba que la primera autoridad de la nación no abandonaría ya al noble y heroico pueblo de Tennessee.

No dejó de extrañarse que los separatistas huyeran de todos los puntos adonde se dirigía el ejército unionista, sobre todo aquellos que era fácil conservar temporalmente por sus condiciones especiales, pues bastaba un regimiento y una batería para rechazar los primeros ataques de un enemigo. Las tropas que había en Kingston y Knoxville huyeron de estas poblaciones, dejándolas en poder de los federales, y todo indujo a creer que el triunfo alcanzado por estos en Vicksburg y en Puerto Hudson habría desanimado al enemigo hasta el punto de hacerle desistir de la guerra, al menos en aquel territorio.

Esto era, sin embargo, un error: Buckner no retiraba sus fuerzas del Tennessee Oriental sino con el ánimo de reforzar al general Bragg para marchar contra Rosecrans, lo cual debió haber bastado para excitar las sospechas del jefe unionista, pero Burnside no tenía más superior que Halleck, quien no supo en qué peligro se hallaba Rosecrans hasta que ya era demasiado tarde, y además urgía recobrar el Tennessee Oriental. En su consecuencia, Burnside destacó en 5 de septiembre de 1863 al general Shackleford en dirección a las montañas de Cumberland, y él mismo siguió a las tropas dos días después, haciendo una marcha forzada de sesenta millas en cincuenta y dos horas, por cuyo medio pudo llegar a tiempo para desalojar a los separatistas de varios puntos donde acaso se hubiesen hecho fuertes.

El general Frazier ocupaba una posición en dichas montañas, y parecía dispuesto a defenderla a todo trance, pero su gente estaba muy desanimada, principalmente porque dos compañías de Shackleford habían pegado fuego a un molino harinero del que se utilizaban los separatistas. Cuando llegó Burnside, es decir, el 7 de septiembre, Frazier no hizo aprecio de la intimación de sus enemigos, pero poco después mudó de parecer y se rindió con sus dos mil hombres y catorce cañones. Entonces la caballería federal marchó rápidamente hacia el este, ahuyentando a su paso

una escasa fuerza confederada al mando de Sam Jones, después de haber destruido los principales puentes de la vía férrea. Desde entonces quedaron dueños los unionistas del Tennessee Oriental sin haber sufrido pérdida alguna de consideración.

El general Burnside, sin embargo, tuvo después la poca precaución de diseminar sus fuerzas en el territorio del Tennessee, de tal modo que se expuso a ver cortadas sus comunicaciones por el enemigo; el 21 de septiembre, el coronel Foster fue atacado en Blue-Springs, cerca de Bristol, por Sam Jones, pero consiguió derrotarle al cabo de dos días de obstinado combate, cogiéndole ciento cincuenta prisioneros y dejando heridos otros tantos.

El general Shackleford se situó a poco en Jonesboro con una parte de sus tropas al mando de Wilcox, ocupando la infantería a Greenville y la caballería a Rogersville, en cuyo punto fueron atacados los federales el 6 de noviembre por mil doscientos jinetes al mando del general W. Jones, el cual se apoderó de cuatro piezas, treinta y seis vagones y setecientos cincuenta prisioneros, pero lo mas extraño del caso fue que habiendo comenzado el combate antes del amanecer, hora en que no podían distinguirse bien unas tropas de otras, resultó luego que habían estado batiéndose los unionistas contra sus mismos compañeros. Aquel fue uno de los más curiosos incidentes de la guerra, y seguramente no produjo tanta hilaridad entre los federales como entre los separatistas.

Como el ejército de Cumberland permanecía tranquilo en Chattanooga, el general Bragg resolvió aprovechar la oportunidad para atacar a Burnside, confiándose esta misión a Longstreet, y es de advertir que esto se proyectó precisamente cuando el jefe unionista tenía diseminadas sus fuerzas en varios puntos al Sur y al Oeste de Knoxville. Merced a esta circunstancia, el general Longstreet, que avanzaba silenciosa y rápidamente, pudo sorprender en 20 de octubre un puesto militar defendido por el coronel F. Wolford, quien se vio repentinamente atacado de frente y de flanco por siete mil hombres, a los cuales contuvo por espacio de algunas horas, esperando, aunque en vano, recibir algún refuerzo. No siéndole ya posible resistir mas, Wolford se vio en la precisión de emprender la retirada, dejando en poder del enemigo su batería y treinta y dos vagones, aunque salvando la mayor parte de las tropas. En este combate pereció el Mayor Delfosse, que mandaba el regimiento de Kentucky. El mayor Graham, que se hallaba a cuatro millas de Philadelphia, pudo recobrar su tren de campaña del que ya se habían apoderado los separatistas, pero habiéndole salido luego al encuentro fuerzas muy superiores, hubo de retroceder hasta Loudon después de sufrir considerables pérdidas. En aquel encuentro cogieron los confederados seis cañones, y el número total de los prisioneros que hicieron entonces en los diversos combates y escaramuzas, según lo dicho por el mismo Halleck, no bajaría de seiscientos cincuenta, mientras los unionistas solo cogieron ciento once.

Como el enemigo seguía avanzando resueltamente, las tropas federales comenzaron a retirarse de Lenoir y de Loudon a fin de concentrarse en Campbell Station, donde se había ya encargado personalmente del mando el general Burnside, el cual acababa de llegar apresuradamente de Knoxville al tener noticia del peligro. El jefe unionista contaba ya con el cuerpo del ejército que servía antes a sus órdenes, y por lo tanto sus fuerzas eran tan numerosas como las de Longstreet, mas debe advertirse que una gran parte de ellas estaban aun diseminadas. El enemigo estrechaba, no obstante, de tal modo a Burnside, que no había más remedio que batirse o sacrificar todo el tren de campaña, y en esta dura alternativa, eligió en 6 de noviembre una ventajosa posición e hizo frente a sus adversarios. Como sus baterías estaban ya dispuestas y el enemigo había dejado atrás las suyas, Burnside tuvo al principio la ventaja, mas luego llegaron tres de los separatistas, que rompieron un vivísimo fuego mientras la infantería iba extendiéndose en ala por derecha e izquierda con objeto de flanquear a los federales y cercarlos completamente. Entonces Burnside retrocedió hasta una colina cercana y de nuevo hizo frente a sus perseguidores, hasta que al fin, llegada la noche, consiguió retirarse sin que se le persiguiera y fue a refugiarse en los atrincheramientos de Knoxville. Las pérdidas de los federales no bajaron de trescientos hombres, y es probable que las del enemigo fuesen mayores; aunque la lucha no fue ni sangrienta ni decisiva, pocas se vieron durante aquella

guerra en que más resaltaran las brillantes dotes y profundos conocimientos de los jefes y el valor y arrojo de los soldados.

El general Longstreet continuó la persecución, y el día 17 de noviembre puso sitio a la ciudad, aunque no en toda regla, por más que fuera su intención apoderarse de Knoxville. Durante algunos días hubo varias escaramuzas, pero ya había pasado el tiempo de lanzar a las masas de infantería contra formidables obras de defensa cubiertas de pesadas baterías, muy difíciles de tomar y que costaban siempre sensibles y dolorosas pérdidas, sobre todo tratándose de fortificaciones como las de Knoxville, que construidas bajo la dirección del capitán Poe, eran muy superiores. Tan pronto como los separatistas hubieron tomado posición, tuvo lugar un breve combate en que los sitiadores consiguieron apoderarse de una colina, mas no era esta muy esencial para los sitiados, cuyas pérdidas en aquel día no pasaron de cien hombres, entre los cuales se contaba, no obstante, el general Sanders, de Kentucky, quien perdió la vida al principio de la refriega. Las escaramuzas y los encuentros parciales sirvieron para interrumpir la monotonía de toda una semana, hasta que al fin, reforzado Longstreet con las tropas de Sam Jones y algunas mas que llegaron de Virginia, se dio la orden de asaltar una de las obras avanzadas conocida con el nombre de Fuerte Sanders, cuyo jefe, el general Ferrero, rechazó a los sitiadores causándoles una pérdida de ochocientos hombres, incluso los coroneles Mc Elroy y Thomas, que murieron en el campo de batalla. Los federales no perdieron más que cien hombres.

Entre tanto el general Bragg, según ya diremos más adelante, era derrotado por Grant en Chattanooga, y como Sherman se aproximaba con fuerzas muy numerosas, Longstreet se vio obligado a levantar el sitio y marchó rápidamente hacia Russellville (Virginia).

La pérdida de los federales en la defensa de Knoxville apenas llegó a mil hombres, mientras los confederados tuvieron, cuando menos, el doble número de bajas. Cuando se recibió la noticia de la llegada de Sherman, Burnside anunció oficialmente que se había levantado el sitio.

Ya hemos dicho que el general Halleck comprendió que Rosecrans se hallaba en peligro cuando era ya demasiado tarde para contrarrestarlo. Al saber que Longstreet había sido destacado de Virginia con fuerzas numerosas, telegrafió a Burnside, a Hurlbut y a Grant, los cuales se hallaban respectivamente en Knoxville, en Memphis y en Vicksburg, pero desgraciadamente Grant se hallaba enfermo en Nueva Orleans a consecuencia de una caída; Sherman recibió el parte con mucho retraso, y Hurlbut no contaba con suficientes fuerzas para auxiliar a Rosecrans, siendo el resultado de todo, que se retirara a este último el mando después de la derrota de Chickamauga. Sin embargo, al tener noticia del desastre y como no recibiese contestación de Grant o de Sherman, Halleck dispuso que dos cuerpos del ejército del Potomac, al mando de Hooker, marchasen al Tennessee central y permanecieran allí hasta nueva orden, guardando la línea de comunicaciones de Rosecrans desde Washville a Bridgeport. En cumplimiento de esta disposición trasladáronse inmediatamente al punto indicado veinte mil hombres con- toda su artillería, municiones y bagajes, y esto se hizo con tal celeridad, merced a los esfuerzos del general Mc Callum, superintendente de los caminos de hierro, y de Prescott Smith, jefe de transportes en el camino de Ohio y Baltimore, que a los ocho días desembarcaban las tropas en las orillas del Tennessee, dispuestas ya a entrar en acción.

El general Bragg, entre tanto, había destacado una gran parte de su caballería a las órdenes de Wheeler y Wharton, previniendo a estos dos jefes se dirigieran a Cottonport, por Chattanooga y Bridgeport, a fin de cortar las comunicaciones entre los federales y destruir las provisiones en cuanto fuese posible. Wheeler, que por lo visto estaba bien informado, se dirigió directamente al valle de Sequatchie, donde se hallaban los vagones del general Thomas en número de setecientos a mil, cargados todos de víveres y efectos militares, y apoderándose de ellos sin gran resistencia, mandó pegarles fuego inmediatamente. Apenas terminada la operación, Wheeler se vio atacado por el coronel Mc Cook, quien tenía orden de perseguirle con tres regimientos de caballería, y aunque los federales llevaban lo mejor de la lucha, la oscuridad puso fin al combate, y durante la noche emprendieron la retirada los separatistas sin ser molestados.

Wheeler marchó entonces sobre Mc Minnville, que se halla en el centro del Tennessee, y se entregó sin lucha con una guarnición de seiscientos hombres y varios vagones y carros, los cuales sufrieron la misma suerte que los de Thomas, pero a poco llegó a este punto el general Crook con una división de dos mil jinetes, que habían perseguido a la tropa de Wharton, y como atacaran desde luego, fue preciso hacer frente a este nuevo enemigo. Wheeler, que contaba con fuerzas superiores, mandó hacer alto y estuvo batiéndose hasta que la noche puso fin a la refriega, pero sin que resultase ventaja alguna por una ni otra parte. Los confederados se encaminaron entonces hacia Murfreesboro, mas como en este punto se habían hecho fuertes los federales, continuaron su marcha hacia Warren y Shelbyville, quemando puentes, destruyendo las vías férreas y capturando en fin todos los trenes y carros que encontraban a su paso. Los expedicionarios llegaron a Farmington el 7 de octubre, y allí tuvo lugar otro combate en que los separatistas fueron derrotados, merced a una batería del capitán Stokes y al arrojó de las tropas federales. Wheeler se retiró a Pulaski aprovechando la oscuridad de la noche, dirigióse luego al Norte de Alabama y pudo escapar cruzando el Tennessee por la embocadura del Elk, mas no sin perder dos cañones y su retaguardia, compuesta de unos setenta hombres. Los generales Thomas y Crook calculan en dos mil hombres las bajas de Wheeler, pero los federales sufrieron una pérdida mucho mayor, atendido que sólo el número de sus prisioneros ascendía a dicha cifra, y además de esto valía muchos millones de dólares lo que habían destruido los separatistas.

Repuesto Grant de la indisposición que le había tenido alejado del servicio algún tiempo, encargóse por orden de su Gobierno, en 18 de octubre, del departamento militar del Mississippi, en el cual se comprendían los del Ohio, Cumberland y Tennessee con sus correspondientes ejércitos, pero luego propuso y obtuvo que al general Thomas se le confiara el de Cumberland, en reemplazo de Rosecrans, y al general Sherman el de Tennessee. Lo primero que hizo Grant al entrar en el desempeño de sus nuevas funciones fue expedir a Chattanooga un telegrama previniendo al general Thomas que a toda costa conservase sus posiciones, a lo cual contestó aquel jefe que lo haría así aun cuando hubiese de perecer en la demanda. Pocos días después, Grant marchó a Chattanooga, donde se hallaba ya el general Hooker con sus fuerzas concentradas en Bridgeport, y preparándose a disputar al general Bragg la comunicación por el río, atendido que la traslación de víveres y provisiones por el valle de Sequatchie al través de las montañas causaba infinitos perjuicios, no sólo por escasear a cada momento las raciones, sino porque se hacía preciso emplear cuando menos diez mil caballos en este servicio. A tal punto llegaba el apuro ya, que a causa del mal estado de los caminos, por consecuencia de las lluvias otoñales, habría sido imposible que el ejército federal siguiera en sus posiciones una semana más.

Al día siguiente de su llegada a Chattanooga, Grant, acompañado de los generales Thomas y Smith, jefe de ingenieros, pasó a examinar el río para ver cómo se podría cruzar, y entonces se acordó que Hooker pasara por Bridgeport con todas las fuerzas de que pudiera disponer, y avanzase luego sobre Wauhatchie, en el valle de Lookout, amenazando atacar a Bragg por su flanco. No se ocultó a los confederados el plan del enemigo, pero mientras su atención se fijaba en este movimiento y en la marcha de una división que a las órdenes del general Palmer avanzaría por la orilla Norte del río, otras tropas a las órdenes de Smith tenían orden de cruzar por Brown's Ferry a fin de apoderarse de una línea de colinas que se halla a la entrada del valle de Lookout, estableciendo así una comunicación entre las fuerzas que se hallaban en Chattanooga y las que estaban en Wauhatchie con Hooker.

Este último jefe cruzó el río sin impedimento alguno el día 26, y el 28 llegó a Wauhatchie, mientras mil ochocientos hombres de los cuatro mil que mandaba Smith, a las órdenes del general Hazen, se embarcaban, en sesenta botes, en Chattanooga, y dada la señal, remontaban el río en la noche del 27, desembarcando poco después en la orilla opuesta junto a Brown's Ferry, donde se posesionaron de las colinas sin más pérdida que cuatro o cinco heridos. Las demás tropas del general Smith, llevando consigo todo el material necesario para la construcción de puentes, habían cruzado por Moccasin sin que observara nada el enemigo, y antes de anochecer hallábanse ya en la

orilla opuesta y ocupando las alturas del valle de Lookout por la parte del Sudoeste. Pocas horas después, habíase construido ya un sólido puente que fueron a ocupar las tropas de Hooker y las de Smith, mientras que Palmer permanecía en Whiteside a fin de facilitar la comunicación por Chattanooga. El combate no había empezado aun, pero puede decirse que Bragg estaba ya moralmente derrotado.

El general Hooker no había encontrado aun enemigos que combatir, como no fuera algunos piquetes o tiradores, ni halló tampoco obstáculo alguno que se opusiera a su marcha hasta llegar a Wauhatchie, después de haber cruzado por un desfiladero de la montaña de Raccoon que conduce a Lookout, valle de unas dos millas de extensión, dominado por los elevados picos de cinco o seis colinas de doscientos a trescientos pies de altura. Como era de suponer, el enemigo vigilaba atentamente todos los movimientos de los federales, pues en la posición que ocupaba, érale fácil hasta contar el número de estos según iban pasando los regimientos, y tanto es así, que Hooker había perdido ya algunos hombres a consecuencia del fuego irregular de fusilería que hacían los confederados desde el bosque o desde las eminencias. A fin de evitar mayores pérdidas, el jefe unionista dispuso que avanzara una parte de sus tropas contra los ocultos enemigos, y cuando estos se hubieron dispersado, hizo alto la columna para pasar la noche a una milla de Brown's Ferry, en tanto que la división de Geary se estacionaba en Wauhatchie, ocupando el camino que conduce desde el vado de Kelly al valle de Lookout.

La división de Law, del cuerpo de ejército de Longstreet, tenía sus posiciones en la montaña de Lookout y observaba atentamente todos los preparativos que hacia Hooker para pasar la noche, mas no contando con bastantes fuerzas para atacar a este jefe, resolvieron los confederados sorprender a Geary, derrotándole si era posible antes de que pudiera recibir socorro alguno⁷⁸. En su consecuencia, a eso de la una de la madrugada del 29 de octubre, los separatistas cayeron sobre las tropas de Geary después de haber arrollado los piquetes a su paso, pero encontraron a este jefe dispuesto a recibirlos, pues aunque atacado por tres puntos a la vez, rechazó a los separatistas con un fuego mortífero, y aun seguía defendiéndose cuando llegó en su auxilio la división de Carl Schurz y la brigada de Tyndale, cuyas tropas cargaron sobre los separatistas, desalojándolos de una colina que ocupaban. Rechazados por todas partes a la vez, viéronse en la precisión de retirarse apresuradamente después de haber perdido ciento cincuenta y tres hombres, sin contar cien prisioneros. La oscuridad impidió que se persiguiera a los fugitivos; las pérdidas de Hooker se elevaron a cuatrocientos diez y seis hombres, incluso el general Green, herido de gravedad, y el coronel Underwood, mortalmente. En aquella refriega pereció también el capitán Geary, hijo del general de este nombre.

Nada pone tan a prueba el valor de los soldados como un ataque nocturno, sobre todo en un territorio que no conocen y con el cual están familiarizados sus enemigos. Las tropas de Geary eran muy inferiores en número a los separatistas, pero lejos de intimidarse, batiéronse con la mayor intrepidez, y aunque el regimiento de Ohio perdió cien hombres, poco después de empezarse la refriega, los de Massachusetts y Nueva York dieron una brillante carga que dominó los esfuerzos de sus antagonistas. Este primer combate era como un preludio de los que más tarde debía sostener Hooker.

La retirada de los confederados tuvo lugar antes de que llegara el cuerpo de ejército de Howard, y por lo tanto estas tropas pudieron ocuparse luego en ahuyentar al enemigo de la montaña de Raccoon y de toda la parte oeste del valle de Lookout. El general Bragg, que contaba con escasas fuerzas, a causa de haber destacado a Longstreet contra Burnside, no creyó prudente intentar ningún nuevo ataque, y por lo tanto permaneció tranquilo en sus atrincheramientos de Chattanooga.

Las posiciones que ocupaban los separatistas en el declive de la montaña de Lookout y en Mission Ridge, eran a no dudarlo muy ventajosas, pues para llegar a ellas hacíase preciso atravesar estrechos senderos que podían enfilarse con las baterías. A pesar de esto, el general Grant ansiaba

⁷⁸ Hooker dice que los confederados contaban con dos fuertes divisiones, y Pollard asegura que sólo tenían seis regimientos.

atacar al enemigo, y por lo mismo quería enviar cuanto antes a Burnside los refuerzos que éste reclamaba, pero el mal estado de los caballos que debían utilizarse para la artillería le indujo a esperar la llegada de Sherman, a quien se había expedido un telegrama para que se pusiera en marcha con sus tropas inmediatamente. Este jefe había destacado ya una división que, a las órdenes de Osterhaus, debía marchar a Memphis, a cuyo punto se dirigió también Sherman en 27 de septiembre, y al llegar a Colliersville en 11 de octubre, encontró al regimiento de Indiana, mandado por el coronel Anthony, el cual sostenía el ataque de tres mil hombres de la caballería confederada. Sherman, que llevaba consigo algunas fuerzas, prestó su apoyo a los federales, hizo retroceder bien pronto al enemigo, y después continuó su marcha hacia Corinto, a cuyo punto llegó aquella misma noche.

Como hacía ya tiempo que Hooker se hallaba en el Tennessee, Grant estaba impaciente por activar las operaciones de la campaña, y en su consecuencia envió un mensajero a Sherman, previniéndole que a marchas forzadas se dirigiese a Bridgeport. El jefe unionista, en cumplimiento de lo que se le ordenaba, confió el mando de la retaguardia al general Blair, avanzó hacia Rogersville, tocó luego en Fayetteville, y merced al puente de piedra que allí se encuentra, llegó a Bridgeport, pasando por Winchester y Decherd, el día 13 de noviembre. Una vez en Chattanooga, Grant confió a Sherman sus planes de campaña, y después de acompañarle para que examinara las posiciones del enemigo, ambos volvieron a Bridgeport a fin de dirigir los movimientos del ejército.

Grant había resuelto concentrar las fuerzas de Sherman en su izquierda, y por lo tanto, lo primero que se proponía era hacer creer a Bragg que iba a reunir las en la derecha, a cuyo efecto se mandó cruzar a las divisiones tan pronto como llegaban a Bridgeport y se les dio orden de avanzar por Shell Mound hacia Trenton, como para atacar la extrema derecha de Bragg. Entre tanto el resto del ejército se trasladó, con el mayor sigilo y sin ser observado del enemigo, al vado de Kelly, y pasando luego a la orilla opuesta, fue a tomar posición a la izquierda de Thomas, el cual había hecho ya todos sus preparativos para echar un puente sobre el río, un poco más allá de la ciudad. Al mismo tiempo la división de Hugo Ewing recibió orden de retirarse de Trenton y seguir a las demás tropas a la extrema derecha, pero los caminos estaban tan malos a consecuencia de las frecuentes lluvias, que la división Osterhaus permaneció donde estaba para apoyar a Hooker.

Impaciente Grant por auxiliar a Burnside, había señalado el día 21 para el ataque, pero Sherman no había terminado aun sus preparativos, y Ewing, por otra parte, no pudo ocupar sus posiciones hasta el 23.

Cuando todas las tropas del Tennessee estaban ya concentradas, y cuando Grant empezaba a creer que el enemigo se retiraría, recibió del general Bragg un mensaje concebido en estos términos:

«Cuartel general del ejército del Tennessee.

»En el campamento, 20 noviembre, 1863.

»*Al General Grant, comandante en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos en Chattanooga.*

»General: como es probable que haya aun en Chattanooga habitantes pacíficos que no han de tomar parte en la batalla, me parece que como medida de prudencia sería conveniente prevenirles se retirasen.

»Soy, general, con el mayor respeto, afectísimo y S. S.

»El general en jefe, *Braxton Bragg.*»

Semejante mensaje, que desde luego se consideró como una impertinencia, confirmó la sospecha de Grant de que su adversario trataba de alejarse de tan peligrosa vecindad, y por única contestación a la carta de Bragg, hizo avanzar sobre la izquierda de las líneas del enemigo al general Sherman, quien franqueó el Tennessee el día 23 por más abajo de la embocadura del Chickamauga, y se apoderó de varios reductos en la mañana del 24. Una vez conseguido esto, construyóse bajo la dirección del general Smith un puente provisional para cruzar el Tennessee y otro en el Chickamauga, y entonces el grueso de las fuerzas de Sherman, que continuaba avanzando, tomó posición a la izquierda del general Thomas, apoderándose de las colinas septentrionales de Mission

Ridge. Todas estas operaciones se hicieron con tal prontitud, que aun cuando Bragg hubiera tratado de oponerse, es probable no lo habría conseguido, y como luego se ordenara a Granger que construyera un parapeto, destacando piquetes en todas direcciones, los federales se vieron a poco en una posición tan fuerte, que no debían temer por el pronto ningún ataque del enemigo. En cuanto a Hooker, no tardó en escalar las pendientes occidentales de la montaña de Lookout, y de este modo, el día 24 todo el ejército unionista se hallaba formado en línea desde la extremidad septentrional de Lookout hasta la de Mission Ridge.

Ahora bien, tratábase ya solamente de asaltar por la parte norte la montaña de Lookout, a fin de llamar la atención del enemigo por aquel punto, mientras que Sherman echaba sus pontones para cruzar el Tennessee por muy cerca de la embocadura del Chickamauga, y al efecto Hooker dictó sus órdenes para avanzar. Sin embargo, no se contaba con un imprevisto obstáculo: las copiosas lluvias del 21 y 22, no sólo habían inundado los puentes, sino aumentado también excesivamente la corriente del Lookout, de modo que no era fácil vadearlo, y en su consecuencia Hooker destacó a Geary y a Cruft en dirección a Wauhatchie, previniéndoles se situasen en la orilla derecha de este riachuelo, mientras que el resto de las tropas se ocuparía en construir otros puentes.

Una densa niebla favoreció el movimiento, que no dejaba de ser peligroso, y además de esto, medió la circunstancia de tener el enemigo tan fija su atención en los movimientos de Hooker, que no observó a Geary, el cual pudo así cruzar el riachuelo, sin que le vieran, a las ocho de la mañana del 24 de noviembre, capturando a su paso un piquete de cuarenta y dos hombres que custodiaban un puente. Por orden de Hooker, la brigada Gross avanzó poco después a fin de ocupar el puente del riachuelo; Osterhaus, que acababa de llegar de Brown's Ferry, hizo avanzar a la brigada de Wood hasta situarse a media milla del sitio donde se hallaban las tropas de Gross, y allí se echó otro puente para que cruzaran todas las fuerzas. Las baterías federales se situaron en las colinas más elevadas, de modo que se pudiera enfilarse a la infantería separatista cuando saliese de su campamento de la montaña para ocupar sus líneas de defensa.

A eso de las once de la mañana había ya terminado Wood la construcción de su puente; las tropas de Geary acababan de empeñar una escaramuza con las avanzadas enemigas, y entonces toda la artillería federal rompió el fuego, mientras que Wood y Gross, reunidos con Geary, avanzaban por el valle, arrollándolo todo a su paso y haciendo muchos prisioneros. Los unionistas persiguieron al enemigo hasta el punto de llegar a tocar sus cañones, y trepando por las quebraduras de la montaña o deslizándose entre las malezas, asaltaron el campamento de los separatistas, obligándoles a evacuarlo apresuradamente sin lucha ni resistencia. Hooker había dado orden de que se hiciera alto, pero nada bastaba a contener el ímpetu de los soldados, que siguieron avanzando hasta la cima de la montaña, cogiendo a su paso una multitud de prisioneros.

La oscuridad, y sobre todo una espesa niebla que, extendiéndose poco a poco, envolvió a completamente la montaña, fue causa de que los federales no pudieran perseguir más al enemigo; entonces Hooker estableció su línea de batalla a lo largo de la orilla de un precipicio, con su ala izquierda cerca de la embocadura del Chattanooga, y a eso de las cuatro, hallábase tan bien fortificado, que envió a decir al general Grant que su posición era inexpugnable.

A las cinco general Carlin que fuera con su brigada a ocupar la extrema derecha, por hallarse rendidas de cansancio las tropas de Geary a consecuencia del último combate, y aunque el enemigo atacó al anoecer a estas fuerzas, Carlin las rechazó fácilmente. Los separatistas abandonaron poco después la montaña, dejando veinte mil raciones y el equipo de tres brigadas al dirigirse silenciosamente al valle de Chattanooga.

Sherman había empezado a cruzar el Tennessee en la madrugada del 24 de noviembre, haciendo uso de los barcos preparados al efecto, los cuales se deslizaron con el mayor silencio por la corriente llevando treinta hombres cada uno, y tocaron en la orilla opuesta antes de que el enemigo se apercibiera de este movimiento. Durante la noche, se utilizó el vapor *Dunbar* y un lanchón para pasar los caballos que se necesitaban para la artillería de Thomas, y antes de que estuviese muy entrado el día, hallábanse en la orilla opuesta ocho mil hombres del cuerpo de

ejército de Sherman, atrincherados de tal modo, que hubieran podido resistir cualquier ataque; al medio día Sherman mandó echar un puente sobre el Tennessee y otro sobre el Chickamauga, a fin de que pasara el resto de sus fuerzas, y a las tres y media de la tarde habíase apoderado, después de una obstinada refriega, de la punta norte de Mission Ridge, cerca de la vía férrea, en cuyo punto se fortificó de tal manera durante la noche, que no debía ya temer nada. El coronel Long, con una brigada de la caballería de Thomas, había cruzado mientras el Tennessee y el Chickamauga por la izquierda de los separatistas, y llegando hasta las líneas de comunicación del enemigo, pegó fuego a Tyner's Station, avanzó sobre Cleveland, y pudo coger doscientos prisioneros con cien vagones, después de destruir varios depósitos de efectos militares.

El general Thomas acabó entre tanto de reforzar sus posiciones; dispuso que el cuerpo de ejército de Howard fuera a reunirse con el de Sherman, y así, avanzando poco a poco, el ejército federal alcanzó sobre su enemigo algunas ventajas de posición, formando al fin una línea tan compacta como resistente, y que se extendía desde el extremo norte de la montaña de Lookout hasta el extremo norte de Mission Ridge.

En la mañana del 25 de noviembre, Hooker abandonó la montaña de Lookout, de la que se había desalojado antes al enemigo, y cruzó el valle de Chattanooga, donde tuvo que detenerse tres horas por no estar aun terminada la construcción del puente, pero tan pronto como este estuvo dispuesto, Osterhaus avanzó sobre Rossville, dispersando a su paso a las avanzadas enemigas, que se hallaban en los alrededores de Mission Ridge. También Hooker, Geary y Cruft se dirigieron con la artillería a este último punto, y después avanzaron contra Bragg con el fin de atacar sus posiciones. El centro de los separatistas estaba protegido por fuertes parapetos, contruidos por los mismos unionistas en la noche y días siguientes a la batalla de Chickamauga, cuando tenían frente a sí el victorioso ejército de Bragg, y como al parecer estaban resueltos los confederados a defender su posición, hízose avanzar una parte de las tropas, e inmediatamente se trabó un combate con las avanzadas enemigas, que fueron rechazadas, mientras las columnas de los federales se formaban en línea de batalla. Poco después los separatistas eran desalojados sin que bastaran todos sus esfuerzos para resistir el ataque; Geary y Osterhaus cogieron una porción de prisioneros, siendo de advertir que sólo este último jefe hizo más de dos mil. Como ya no tenía más enemigos de frente, Hooker dispuso que las tropas vivaquearan en la nueva posición que acababan de conquistar tan valerosamente.

El general Sherman, quien, según ya hemos dicho, se había ocupado en reforzar sus líneas durante la noche, recibió orden de atacar a los separatistas al amanecer, y así lo hizo, pero no habiendo conseguido apoderarse sino de una eminencia, por hallarse las demás cubiertas de bosque y malezas y protegidas con fuertes parapetos, el jefe unionista tuvo que hacer nuevos preparativos, y en las primeras horas de la mañana dio la orden de avanzar a todas sus tropas.

Los generales Corce, Morgan Smith y el coronel Loomis, apoyados por dos brigadas de reserva, a las órdenes del general John Smith, marcharon acto continuo sobre una colina ocupada por los separatistas, que se hallaba a unas ochenta varas de sus atrincheramientos, mas cuando hubieron llegado, empeñóse una obstinada lucha que duró una hora, y en la que sufrieron los federales considerables pérdidas, pues Corce fue rechazado sin que le fuera posible tomar la posición. El general Morgan por una parte y el coronel Loomis por otra, consiguieron alguna ventaja al atacar por los flancos, pero en cambio las brigadas de reserva del general Smith hubieron de replegarse para evitar el nutrido fuego de la artillería de los confederados. Este primer contratiempo, sin embargo, no bastó para que Sherman desistiese de su ataque, pero hubo de perder algunas horas para organizar de nuevo sus columnas, pero el general Giles Smith, y también Corce, se hallaban heridos, y este último de gravedad.

El general Grant estaba esperando el aviso de Hooker para dar a Thomas la orden de avanzar; como no sabía la imprevista detención de aquel jefe, extrañábale ya no haber recibido noticia alguna, y la esperaba con impaciencia, mas al ver que Bragg debilitaba su centro para reforzar su

derecha, y suponiendo que Hooker se hallaría ya cerca de Rossville, dispuso que Thomas avanzara desde luego para atacar al enemigo.

En cumplimiento de esta orden, las divisiones de Baird, Wood, Sheridan y Johnson emprendieron la marcha apoyadas por las demás fuerzas del ejército, y poco después asaltaban la posición del enemigo con tal ímpetu, que no bastó a contenerles el mortífero fuego de las baterías situadas en la eminencia. He aquí cómo se expresaba el general Grant en su parte oficial al dar cuenta del ataque:

«Las tropas avanzaban con el mejor orden, dispersando a su paso a los piquetes, y después de haberse detenido un momento para formar convenientemente la línea, comenzaron a subir por la colina, persiguiendo de cerca al enemigo que se retiraba. Al llegar cerca de la cima de aquella, nuestras valerosas tropas hubieron de sufrir un nutrido fuego de fusilería, y el de treinta piezas situadas allí por los confederados, pero no se vio retroceder ni a uno solo de nuestros bravos, que continuaron siempre adelante hasta apoderarse de la posición enemiga. A pesar del vivísimo fuego de los separatistas, nuestras pérdidas no han sido tan considerables como podía temerse, y esto solo se explica por la confusión que se introdujo en las filas de nuestros contrarios, asombrados ante la audacia de semejante ataque.

»La proximidad de la noche y la circunstancia de haberse resistido el enemigo obstinadamente al general Thomas, impidieron la persecución inmediata, pero Sheridan marchó sin pérdida de tiempo a Mission Mills.

»Vencida al fin la resistencia que oponía el enemigo a Thomas, aquel abandonó bien pronto sus posiciones, y a la media noche emprendía la retirada, mientras que nuestras tropas tomaban posesión de las fuertes posiciones de la montaña de Lookout, del valle de Chattanooga y de Mission Ridge, después de haber cogido una infinidad de prisioneros, varias piezas y un considerable número de armas de todas clases.»

El parte del general Thomas estaba concebido en estos términos:

«Nuestras tropas avanzaron a paso de carga contra el enemigo, que, sobrecogido de pánico, abandonó sus obras de defensa en la falda de la colina y se retiró precipitadamente a la cima, no sin que nuestros soldados dejaran de perseguirle de cerca. Poco después la colina era atacada por seis puntos a la vez, y con tanto afán perseguían nuestras tropas a los separatistas, que muchos de estos cayeron prisioneros en sus mismas trincheras, donde se cogieron asimismo varias piezas y una considerable cantidad de municiones antes de que el enemigo tuviera tiempo de destruirlas. Después de haberse detenido algunos momentos nuestros batallones para reorganizarse un poco, el general Sherman siguió avanzando, pero mientras los generales Wood y Baird, a los cuales se oponía una obstinada resistencia, continuaban batiéndose, hasta que ya próxima la noche, comenzó el enemigo a retirarse lentamente. Al dirigirse a Rossville, Hooker se encontró con la división de Stewart y otras tropas: el jefe de la caballería confederada, al ver amenazado su flanco, trató de escapar retirándose hacia Greysville, pero una parte de sus tropas no creyó que ofrecía la menor seguridad este punto, y por lo tanto se dispersaron en desorden en dirección opuesta. Las fuerzas de Hooker encontraron luego a los fugitivos y les obligaron a dirigirse hacia el punto donde se hallaba el cuerpo de ejército de Palmer, el cual los cogió a todos prisioneros.»

Como hasta aquí sólo hemos reproducido los partes de los generales unionistas, parécenos oportuno insertar también el del general Bragg a fin de que nuestros lectores puedan hacer la comparación entre los primeros y el último. Hélo aquí:

«Cuartel general del ejército del Tennessee.

»Dalton 30 de noviembre de 1863.

»Al *General Cooper*, ayudante inspector general en Richmond.

»Señor: el lunes 23, el enemigo avanzó con fuerzas numerosas y fue a situarse frente a nuestra línea de Mission Ridge, aunque sin intentar nada por el pronto.

»El martes por la mañana temprano, viéronse cruzar numerosas fuerzas por el río, por más abajo de la embocadura del Chickamauga, y poco después divisamos a nuestro frente los compactos batallones del enemigo. Después de inspeccionar el ala derecha, dictando las disposiciones que me parecieron mas oportunas, me trasladé a la izquierda, donde vi que las baterías del enemigo acababan de romper el fuego contra nuestras tropas, las cuales ocupaban entonces la pendiente de la montaña de Lookout. No tardó en avanzar una fuerza numerosa a la que solo pudo oponerse la brigada de Walthall, que a pesar de su obstinada resistencia, hubo de retroceder al fin precipitadamente, sin que se comprenda por qué no apoyó a dichas fuerzas el general Stevenson, que tenía seis brigadas a su disposición.

»Poco antes de anochecer, y viendo que habíamos perdido todas las ventajas de nuestra posición, diéronse inmediatamente órdenes para disputar el terreno hasta conseguir que nuestras tropas pudieran retirarse atravesando el riachuelo de Chattanooga, y practicado este movimiento con el mejor éxito, concentráronse las tropas en la colina, extendiéndose hacia la derecha a fin de rechazar al enemigo por aquel punto.

»El miércoles 25 fui a recorrer la extrema derecha, cuyo jefe, el general Hardee, estaba amenazado por fuerzas considerables, mientras que se veían avanzar otras columnas a paso de carga, de modo que nuestra izquierda y centro se hallaban en el mayor peligro, mas tan ventajosa era nuestra posición que esperábamos poder conservarla, y al efecto se adoptaron las más acertadas disposiciones. Entre tanto los federales habían atacado varias veces nuestra extrema derecha, pero gracias al esforzado valor de las tropas del general Cleburne, mandadas por el teniente general Hardee, fueron rechazadas con pérdidas considerables. Cerca de la colina de Rossville hay un camino que se había mandado ocupar al general Breckenridge con dos regimientos de infantería y algunas piezas, y como se me dijera luego que algunas fuerzas del enemigo avanzaban en aquella dirección, ordené al general que practicara un reconocimiento y adoptara las disposiciones necesarias para proteger su flanco.

»A eso de las tres de la tarde, las numerosas fuerzas que teníamos sobre nuestro centro e izquierda avanzaron en tres líneas, y habiendo roto entonces el fuego nuestros cañones, introdujose una gran confusión en las filas de los federales; poco después menudearon las descargas de fusilería, y bien pronto pude convencerme de que el enemigo había sido rechazado en el centro.

»Cuando estaba revistando a las tropas y animándolas para proseguir el combate, anunciáronme que el enemigo había roto nuestra línea de la derecha y ocupado la colina: en el mismo momento dispuse que el general Bate marchara a reforzar a sus compañeros, y yo me dirigí a la retaguardia a fin de reunir a las tropas dispersas y hacerlas volver al ataque de la posición perdida, pero las fuerzas del general Bate no eran suficientes para remediar el mal, tanto más cuanto que algunos momentos después supe que la extrema izquierda era también rechazada y que el enemigo tenía cercada completamente mi posición. Entonces encargué a Bate que formase una segunda línea en la retaguardia, y merced a los esfuerzos de mi estado mayor, se pudo restablecer el orden.

»El teniente general Hardee dejó encargado de la extrema derecha a Cleburne y se dirigió a la izquierda apenas supo cuán encarnizado era allí el combate, pero al llegar vio que la división Anderson comenzaba a retroceder, y apenas tuvo tiempo para lanzar una parte de la división Cheatham para contener al enemigo en cuanto fuese posible. De este modo se consiguió tener en jaque por algún tiempo a los unionistas, pero entre tanto toda el ala izquierda, excepto una parte de la división Bate, fue completamente derrotada y huyó en la mayor confusión, siendo de advertir que todos los cañones se abandonaron de una manera vergonzosa. Cuantos esfuerzos hice, así como también mi estado mayor y otros muchos jefes, fueron de todo punto inútiles: oficiales y soldados parecían sobrecogidos de un pánico cual no he visto nunca, y pude observar que ya ninguno luchaba sino para salvar su persona, sin tener en cuenta sus deberes ni el decoro militar. En semejante estado de cosas, ordené al general Bate que fuese a cubrir el camino para asegurar la retirada de las tropas de Breckenridge, y éste y Hardee se retiraron por disposición mía al depósito de Chickamauga. Por

fortuna, acercábase ya la noche, y teníamos sobre nuestro enemigo la ventaja de conocer los caminos y el país, y gracias a esto el resto del ejército pudo alejarse, aunque en el mayor desorden, mientras que las tropas de Bate cubrían la retirada. Llegada la noche, este jefe se retiró también sin que le molestara el enemigo, y lo mismo hizo el teniente general Hardee con todas las fuerzas de su mando.

»Tan pronto como hubieron cruzado todas las tropas, destruyéronse los puentes del Chickamauga a fin de entorpecer la marcha del enemigo, si bien la corriente era vadeable por muchos puntos.

»No puede excusarse en modo alguno la vergonzosa conducta de nuestras tropas en el ala izquierda, pues su posición era sostenible contra cualquiera columna de ataque, y la prueba es, que allí donde se opuso una vigorosa resistencia, los federales huyeron en desorden después de sufrir considerables pérdidas. Los que llegaban a la cima de la colina estaban ya tan fatigados, por causa de los esfuerzos que hubieron de hacer al trepar, que se habría necesitado muy poco para vencerlos.

»Habiendo conseguido apoderarse de una gran parte de nuestra artillería, aprovecharon del pánico que empezó a cundir en las filas, y valiéndose de nuestros mismos cañones, los enfilaron por izquierda y derecha de tal modo, que no era posible resistir el fuego. Si en todos los puntos de la línea hubiese sido obstinada la resistencia, es seguro que los federales no habrían podido desalojarnos. No sé aun cuáles son las tropas que primeramente huyeron, ocasionando este desastre, que es un baldón para nuestras armas, pero se abrirá la debida información y se hará justicia tanto a unos como a otros.

»Al llegar a Chickamauga expedí las órdenes oportunas para que el ejército se alejara del punto ocupado por un enemigo victorioso, pues urgía organizar de nuevo las tropas y prepararnos a una nueva batalla. Los unionistas nos persiguieron hasta Ringgold, pero los generales Cleburne y Gist se encargaron de cubrir la retirada, y bien pronto dejaron de molestarnos.

»Ignoro aun cuáles son nuestras pérdidas, si bien me parecen muy escasas respecto a los muertos y heridos. El jefe de artillería me dice que los federales se apoderaron de cuarenta piezas y muchos prisioneros.

»Soy con el mayor respeto vuestro obediente servidor,

»El general en jefe, *Braxton Bragg*.»

No nos parecen exactas las apreciaciones del jefe separatista, ni menos creemos justo que desacreditara precisamente a los mismos soldados que con tanto valor y arrojo se habían batido dos meses antes en Chickamauga. La verdad es que el ejército confederado constaba sólo de unos cuarenta mil hombres, mientras el general Grant disponía de setenta mil, la mayor parte de los cuales entró en acción, y esta desigualdad en el número, así como el bien combinado plan y la actividad de los jefes unionistas, explican más naturalmente que los asertos de Bragg, el resultado de la jornada. Toda vez que en Fredericksburg sufrieron los unionistas una derrota por la misma razón, es decir, por ser numéricamente inferiores, no había una razón obvia para esperar que los confederados venciesen en Chattanooga.

El general Thomas volvió directamente desde el campo de batalla a Chattanooga, a fin de activar la marcha de las tropas de Granger a Knoxville, y entre tanto Sherman y Hooker emprendieron la marcha en la madrugada del 26 de noviembre, en persecución de las derrotadas columnas del general Bragg; el primero de estos jefes siguió la dirección de la estación de Chickamauga, y el segundo la de Greysville y Ringgold. En cuanto a Palmer, había alcanzado a la retaguardia separatista, y consiguió apoderarse de tres cañones; también Osterhaus, seguido de Geary y de Cruft, llegó hasta Ringgold en persecución de los fugitivos.

En este punto habíase detenido el general separatista Cleburne con el objeto de cubrir la retirada del ejército, y acababa de ocupar en la cordillera de White Oak una formidable posición tan fácil de defender como difícil de tomar, pues además de ser muy ventajoso el terreno, el jefe confederado había dispuesto su artillería de modo que no era fácil acercarse a sus líneas sin exponerse a sufrir sensibles pérdidas. A pesar de esto, no hubo medio de contener el ardimiento de

los federales que se arrojaron resueltamente sobre la posición enemiga, decididos a tomarla. Tres veces atacaron los unionistas, y otras tantas fueron rechazados con numerosas pérdidas, y sólo por la tarde, cuando llegó el tren de batir, después de cruzar el Chickamauga, resolvió Cleburne abandonar su posición y continuar la retirada. Los federales tuvieron en esta refriega sesenta y cinco muertos, y trescientos sesenta y siete heridos, mientras que entre los separatistas sólo se contaron ciento treinta bajas. Hooker permaneció en Ringgold hasta el 1 de diciembre; Sherman, con una gran parte del ejército, marchó hacia Knoxville, y entre tanto la brigada Gross volvió al campo de batalla para acabar de enterrar a los muertos. Osterhaus se situó en el valle de Chattanooga, y Geary y Cruft regresaron a su campamento del valle de Lookout.

El general Grant manifestaba en el parte que sus pérdidas en esta serie de combates, sin contar el de Burnside, en Knoxville, ascendían a setecientos cincuenta y siete muertos, cuatro mil quinientos veintinueve heridos y trescientos treinta extraviados, total cinco mil seiscientos diez y seis, y añade que cogió seis mil ciento cuarenta y dos prisioneros, de los cuales doscientos treinta y nueve eran oficiales; cuarenta piezas de artillería, sesenta y nueve furgones y siete mil armas diversas⁷⁹.

Las pérdidas del general Bragg, entre muertos y heridos, fueron relativamente escasas, y esto se explica por el hecho de haberse estado batiendo los separatistas protegidos por sus parapetos o en la cima de elevadas colinas, donde no causó mucho daño el fuego del enemigo. Es probable que no tuvieran sino tres mil bajas, entre las cuales figura lo menos por mil el número de los prisioneros. De todos modos, el hecho es que el ejército de Bragg quedó muy mal parado a consecuencia de esta última lucha, y no se aventura mucho al suponer que terminada esta, se encontraría con unos diez mil hombres menos, a causa de las muchas deserciones y de los extraviados, debiendo tenerse en cuenta también que los separatistas perdieron mucha artillería, una considerable cantidad de víveres y un numeroso tren de campaña.

Durante el invierno no hubo ya en aquel punto ningún combate de importancia ni se trató de disputar a los federales la posición de Chattanooga.

79 En los partes de los jefes figuraban las siguientes cifras:

División Hooker	960
División Sherman	1.989
División Thomas	3.955
Total	6.994

En las pérdidas de Thomas se incluyen las de Granger, que, según parece, ascendían a dos mil trescientas noventa y una, aun cuando este jefe aseguró luego que no bajaban de dos mil setecientas. Sin exagerar, puede decirse que la suma total figuraría, cuando menos, por siete mil hombres.

Entre los muertos se contaban los coroneles Putnam, O'Meara y Torrence, y entre los heridos muchos oficiales de distinción.

El *Telégrafo* insertó la descripción de estos combates que hizo un corresponsal de Richmond, el cual decía que los confederados tuvieron dos mil quinientas bajas entre muertos y heridos, y que les cogieron cinco mil prisioneros.

16. ARKANSAS Y MISSOURI. LA CAMPAÑA DE 1863.

Marmaduke ataca a Springfield. El combate de Hartsville. Los federales, al mando de Waring, derrotan a los separatistas en Batesville Ark. Captura del Sam Galy. Fayetteville atacado por Cabell. Marmaduke ataca a los federales en Cabo Girardeau. Es rechazado por Mc Neil. Coffey asalta el fuerte Blunt. Standwatie es derrotado en Cabin Creek. Coffey derrotado por Catherwood en Pineville. El general Blunt vence a Cooper en Honey-Springs. La expedición de Quantrell Arson. Matanza en Lawrence. El general Steele marcha a Little-Rock. Combate en Bayou Metea. Dawidson derrota a Marmaduke en Bayou Fourche. Price abandona a Little-Rock. La escolta de Blunt destrozada por Quantrell. El coronel Clayton derrota a Marmaduke en Pine Bluff. El general Brown vence a Cabell y Coffey en Arrow Rock. Mc Neil persigue a los confederados hasta Clarksville. Standwatie y Quantrell rechazados por el coronel Phillips en el fuerte Gibson. Los indios Sioux. Matanza en Minnesota. El general Sibley derrota a la banda del Cuervo, en Wood Lake. Captura de quinientos indios. Son juzgados por delito de asesinato. El general Pope se encarga del mando. Sibley y Sully persiguen a los salvajes. El general Connor en Utah. Shoshonees derrotado en Bear River.

Excepto en las ocasiones en que agitaron a Missouri las luchas políticas o las disensiones intestinas, este Estado permaneció siempre fiel al Gobierno unionista antes y después de la expulsión del ejército de Price por Fremont a fines de 1861; pero el elemento rebelde de su población, aunque dominado a veces, mostrábase inquieto y trabajaba con actividad, merced a los esfuerzos de los emisarios y amigos de Price. Marmaduke y otros jefes, con el auxilio del gobernador Claiborne Jackson, muerto en Arkansas en 6 de diciembre de 1862, y de Thomas Reynolds, nombrado después gobernador de la Confederación, intrigaban en favor de la causa que defendían.

A principios de 1863, una fuerza de separatistas compuesta de unos cuatro mil hombres, la mayor parte montados, al mando de Marmaduke, apareció por la parte norte de Arkansas, y evitando cuidadosamente un encuentro con el cuerpo de ejército del general Blunt, presentóse delante de Springfield, donde se hallaba el depósito de víveres y municiones de los federales. Esta importante plaza, sin embargo, se hallaba por entonces muy bien fortificada con imponentes líneas de defensa, que difícilmente hubieran podido tomar las indisciplinadas tropas de Marmaduke, y además de esto, hallábase encargado de la defensa de Springfield el general Brown, jefe de la milicia de Missouri, valeroso militar, que aun cuando no contaba al principio mas que con mil doscientos hombres de guarnición, se vio reforzado luego con otros trescientos que salieron de los hospitales. Sin más que estas tropas, Brown rechazó a los separatistas después de un combate de cinco o seis horas, cuyo resultado fue retirarse el enemigo con una pérdida de doscientos hombres. Los federales tuvieron catorce muertos, ciento cuarenta y cinco heridos y cinco extraviados, pero entre los segundos contábase el mismo general Brown, a cuya serenidad y arrojo se debió la conservación de Springfield.

Los confederados continuaron entonces su marcha hacia el este, y el 10 de enero tuvieron un encuentro con el coronel Merrill, a quien consiguieron rechazar, dirigiéndose luego sin pérdida de tiempo hacia Hartsville, a cuyo punto llegó a poco el coronel unionista con algunos refuerzos y una batería dispuesto a disputar el paso a las tropas de Marmaduke. En efecto, poco después se empeñó una refriega muy obstinada, pero esta vez los separatistas fueron rechazados con una pérdida de

trescientos hombres, incluso el general Emmett, Mc Donald y los coroneles Porter, Thompson y Hinkley, que perdieron la vida en el combate. Los federales tuvieron setenta y ocho bajas y entre ellas siete muertos; Merrill, cuyas municiones se habían agotado, se retiró después del combate a Lebanon, y entre tanto Marmaduke, haciendo una contramarcha, huyó hacia Arkansas antes de que pudiera reunirse una fuerza suficiente para cerrarle el paso.

En 4 de febrero apareció otra vez Marmaduke por la parte de Batesville, pero allí fue atacado por el coronel Waring, quien le persiguió con su caballería hasta el río, cogiendo prisionero al coronel Adams y a otros. En un combate que tuvo lugar el día antes, había sido derrotada también en Mingo, por el mayor Reeder, una partida de guerrilleros separatistas, cuyo jefe Mc Gee perdió la vida en la pelea, y el teniente coronel Stewart, a la cabeza de ciento treinta hombres del regimiento de Illinois, con un escuadrón de la caballería de Arkansas, apresó en 28 de febrero en Van Buren el vapor *Julia Roon*, cogiendo trescientos prisioneros.

En 9 de marzo fue relevado del cargo de comandante del departamento de Missouri el general Curtis, y se nombró en su lugar al general Schofield.

El vapor de Missouri *Sam Gaty*, capitán Mc Cloy, fue detenido en Sibley en 9 de marzo por una cuadrilla de guerrilleros mandados por George Todd, quien atemorizó al piloto rodeándole con los botes en que iba su gente, y luego despojó a los pasajeros de todo su dinero y efectos de algún valor, llevando su crueldad hasta el punto de matar algunos blancos y unos veinte negros de los ochenta que había a bordo del vapor. Los otros sesenta pudieron escaparse, pero los que cayeron prisioneros después, sufrieron la pena de ser pasados por las armas.

Fayetteville era uno de los principales puestos militares que tenían los federales en Arkansas, y de su custodia estaba encargado el coronel Harrison, el cual fue atacado en 18 de abril por el general Cabell, que, seguido de dos mil jinetes y dos piezas de artillería, había cruzado rápidamente las montañas de Boston, saliendo de Ozark con objeto de atacar a su enemigo al amanecer. Después de media hora de cañoneo, el coronel Munroe dio una carga con la caballería, pero viéndose rechazado, los separatistas tuvieron por conveniente retirarse por el mismo camino en dirección a Ozark. Como Harrison tenía muy pocos caballos, no le fue posible perseguir al enemigo; sus pérdidas se redujeron a cuatro muertos, veintiséis heridos, treinta y cinco extraviados y diez y seis prisioneros, pero él en cambio cogió cincuenta y cinco de los últimos, cincuenta caballos y muchas municiones. Parece que en este encuentro no tomaron parte más que quinientos unionistas.

Después de su última derrota en Batesville, el general Marmaduke marchó a Little-Rock, donde pensaba abrir una nueva campaña con el auxilio de los partidarios que allí tenía. Debemos advertir que la parte norte de Missouri era decididamente unionista, pero la parte sur, región muy poco poblada y que había pertenecido tan pronto a un partido como a otro, estaba por los confederados. Hacia mediados de abril, Marmaduke salió de Little-Rock con el primer cuerpo de ejército de Price, compuesto, según se dijo, de diez mil hombres, cifra que nos parece exagerada, y se dirigió por el nordeste hacia Frederickton, a cuyo punto llegó en 22 de abril, continuando luego su marcha en dirección a Cabo Girardeau, gran depósito de efectos militares, de cuya custodia acababa de encargarse el general Mc Neil, que había regresado poco antes de Bloomfield con mil doscientos hombres y seis cañones. Mc Neil vio que el teniente coronel Baumer no tenía a su disposición para resistir al enemigo sino quinientos hombres y cuatro piezas situadas en un sencillo parapeto, y por lo tanto, lo primero que dispuso, como medida de prudencia, fue sacar el contenido de los almacenes militares y enviarlo fuera de la ciudad, hecho lo cual esperó tranquilamente al enemigo, dispuesto a oponerle una enérgica resistencia. Marmaduke, que tenía cuatro brigadas, empezó por intimar formalmente la rendición en nombre del general Price, concediendo sólo treinta minutos de plazo para obtener una respuesta, pero los federales contestaron rompiendo el fuego acto continuo sin querer entrar en explicaciones. Aun cuando los confederados hicieron una segunda intimación, Mc Neil no quiso que suspendiera el fuego la artillería, y como a poco se vieran aparecer algunas cañoneras que llegaban con refuerzos para los sitiados, el jefe separatista creyó prudente retirarse hacia Arkansas después de haber sufrido numerosas pérdidas. Inútil parece decir

que los confederados destruyeron a su paso todos los puentes a fin de que no se les persiguiera, mas a pesar de esto, el general Vandever, jefe de las tropas que acababan de llegar a la plaza, dispuso que Mc Neil marchara inmediatamente en persecución del enemigo, dando esto por resultado dos o tres escaramuzas entre la retaguardia confederada y la vanguardia de los unionistas. Marmaduke, sin embargo, llegó al fin a San Francisco sin obstáculo alguno, y desde este punto marchó hacia Arkansas con sus prisioneros, aunque con el sentimiento de haber sufrido pérdidas más dolorosas que los federales.

El día 20 de mayo un cuerpo de separatistas que constaba de unos tres mil hombres, a las órdenes del coronel Coffey, atacó al fuerte Blunt, que se halla en el territorio de los Cherokees, y cuya guarnición al mando del coronel Phillips, sólo constaba de ochocientos hombres y un regimiento de indios de la tribu de los Creeks. Estos dejaron acercar al enemigo sin dar aviso alguno, pero los separatistas, no teniendo el menor empeño en asaltar las obras de defensa, cruzaron el Arkansas y se apoderaron de todo el ganado que pastaba en la llanura. El coronel Phillips no pudo recobrar sino una pequeña parte, dando una carga de caballería, pues los Creeks no quisieron batirse ni perseguir al enemigo.

Los separatistas se apostaron luego en una fuerte posición situada a cinco millas del fuerte, y allí les atacó resueltamente el coronel Phillips, consiguiendo desalojarlos después de un reñido combate, pero el enemigo pudo huir con su botín sin perder más que cincuenta o sesenta hombres. En esta ocasión dio pruebas de una actividad y energía dignas de elogio.

En 1 de julio de 1863, el coronel Williams, que con ocho mil hombres y quinientos indios, al mando del mayor Forman, custodiaba un convoy de trescientos vagones que se dirigía al fuerte Blunt, procedente de Kansas, tuvo un encuentro cerca de Cabin Creek, en el territorio indio, con un cuerpo de tropas de Texas y algunos indios mandados por Standwatie, jefe de los Cherokees. Los separatistas se batieron con mucho valor, pero como no eran más que setecientos, y como por otra parte no opusieron los indios gran resistencia, fueron completamente dispersados. Standwatie perdió veintitrés hombres, incluso el mayor Forman, herido de alguna gravedad, y los confederados dejaron en el campo de batalla cuarenta muertos y nueve prisioneros.

Habiéndose avisado al general Blunt que el fuerte de su nombre se hallaba en peligro, abandonó inmediatamente el fuerte Scott, donde se hallaba, para ir en auxilio de sus compañeros, y gracias a que recorrió ciento setenta y cinco millas en cinco días, pudo llegar a tiempo para hacer frente al peligro.

Entonces supo que el general separatista Cooper estaba en Honey-Springs, distante veinticinco millas, con seis mil hombres, aguardando un refuerzo de tres regimientos de Texas para marchar enseguida contra el fuerte. Blunt no creyó que sería prudente aguardar; parecióle mejor salir de una vez del apuro, y en su consecuencia abandonó el fuerte en la noche del 15 al 16 de julio, seguido de doscientos cincuenta jinetes, cuatro piezas y tres mil infantes; cruzó el Arkansas, rechazando a su paso a una avanzada de separatistas, y provisto de ocho piezas más que había enviado a buscar, avanzó contra el enemigo, situado ventajosamente en Elk.

A eso de las diez de la mañana del 17 de julio, Blunt formó su pequeño ejército en dos columnas, a las órdenes de los coroneles Judson y Phillips, y desplegándolas rápidamente de derecha a izquierda, cayó de improviso sobre el enemigo, atacándole a la vez de frente y de flanco con sin igual arrojo. Dos horas después, los separatistas desalojados de su posición se pronunciaban en retirada desordenadamente dejando tras sí ciento cincuenta muertos, setenta y siete prisioneros, un cañón y doscientas armas de varias clases. Blunt manifestó que sus pérdidas ascendían a diez y siete muertos y sesenta heridos.

Apenas hubo desaparecido Cooper cuando llegó Cabell con el refuerzo de Texas que esperaban los confederados, el cual constaba, según Blunt, de unos tres mil hombres, pero el jefe de esta tropa no creyó prudente atacar, y por otra parte, los federales estaban ya muy fatigados y faltos de municiones. Blunt, sin embargo, aguardó hasta la mañana siguiente, y seguro de que el enemigo había emprendido ya la retirada, se puso en marcha hacia el fuerte.

Batidos los separatistas en campo abierto, no por eso perdieron las esperanzas, y muy lejos de ello, resolvieron adoptar el sistema de guerrillas, a fin de hostigar en lo posible a sus enemigos con menos exposición. El día 13 de agosto, el coronel Catherwood, que se hallaba en Pineville con un regimiento de caballería, fue atacado de improviso por Coffey, a quien rechazó, causándole una pérdida de doscientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Pocos días después, un tal Quantrell, hombre de no muy buenos antecedentes, emprendió una expedición con mejor suerte que Coffey. Reuniendo trescientos separatistas en Blackwater, en el Missouri Occidental, a cincuenta millas de la línea fronteriza, se puso en marcha el 21 de agosto en dirección a la pequeña villa de Lawrence (Kansas), donde no se había hecho preparativo alguno de defensa porque no se temía ni remotamente un ataque. Merced a este exceso de confianza, los habitantes fueron sorprendidos en medio de su sueño; los expedicionarios ocuparon todos los caminos, y todo aquel que salía de su casa armado, era muerto en el acto, lo cual bastó para que pocos pensarán en oponer la menor resistencia. La Casa de la Ciudad no contenía armas, y en su consecuencia el capitán Banks no tuvo más remedio que entregarla, confesando francamente que era un oficial de la Unión y que deseaba hablar con Quantrell, quien le aseguró que no se causaría daño alguno a los que se rindieran. A pesar de esta promesa, las cajas donde estaban los fondos públicos fueron saqueadas completamente, y lo mismo se hizo en las casas de particulares; los caballos robados sirvieron para conducir el botín, y todos los negros o alemanes que cayeron en poder de los invasores fueron muertos sin compasión alguna. El edificio donde estaba el Tribunal de Justicia y muchas de las mejores casas fueron pasto de las llamas, diez y ocho reclutas desarmados que estaban fuera de la ciudad perecieron también a manos de aquellos verdugos, y lo mismo les sucedió a otros varios ciudadanos particulares que habían dado su dinero y cuanto tenían con la condición de que se les respetara. No obstante, los que se refugiaron en la casa de Eldridge pudieron salvarse, merced a la protección que les dispensó Quantrell: Mr. Lane, senador de los Estados Unidos, logró escapar sano y salvo, así como también el coronel Deitzler y otras varias personas notables; el general Collamore, que se había escondido en un pozo, murió sofocado, y lo mismo les sucedió a dos hombres que trataban de sacarle de su escondite. Por último, a las diez de la mañana quedaba terminada la obra de destrucción a que se dio principio al amanecer; a ciento cuarenta ascendía el número de víctimas sacrificadas en aquella espantosa matanza, y se incendiaron ciento ochenta y cinco edificios; los bandidos huyeron después de haber sembrado en Lawrence el luto y la desolación.

La fatalidad, o más bien una serie de circunstancias imprevistas, fueron causa de que no se pudiera prever aquel ataque: un hombre que, anticipándose a los expedicionarios, se dirigía a Lawrence a fin de avisar a las autoridades, tuvo la mala suerte de caer de su caballo, recibiendo tales contusiones, que expiró al otro día. En la noche que precedió al día de la matanza, algunas personas que vieron pasar aquella tropa de bandidos por la parte sur de Aubrey, dieron aviso al capitán Pike, estacionado en aquel punto, pero este oficial, en vez de perseguir al enemigo, envió un parte al capitán Coleman, que se hallaba en Santa Fe, el cual marchó con cien jinetes a reunirse con Pike para ir en seguimiento de Quantrell. Por desgracia, éste contaba con muy buenos caballos, mientras los de sus perseguidores estaban rendidos de fatiga, y cuando Pike y Coleman tenían aun que recorrer seis millas para llegar a Lawrence, la tropa de bandidos huía ya del lugar de la catástrofe. El senador Lane, seguido de un pequeño destacamento, quería atacar a Quantrell, o cuando menos perseguirle, mas no era posible luchar contra fuerzas tan superiores, ni menos perseguir sin buenos caballos a los que el temor parecía prestar alas, y el resultado fue que Quantrell, con sus marchas y contramarchas, ocultándose a cada momento en los bosques, pudo al fin escapar vadeando el Missouri. En la persecución fueron cogidos o muertos unos cien hombres, pero la mayor parte de la tropa se puso en salvo y bien pronto se perdió completamente la pista.

La rendición de Vicksburg y Puerto Hudson, juntamente con la retirada de Johnston de la ciudad de Jackson, permitía al ejército de Grant llevar a cabo otras operaciones secundarias, y en su consecuencia, resolvióse enviar a Helena al general Steele a fin de que preparara una expedición

para apoderarse de Little-Rock. Al efecto se pusieron bajo sus órdenes seis mil hombres de todas armas, incluso quinientos jinetes, con veintidós cañones, pero poco después se le reunió el general Davidson, que llegaba de Missouri con otros seis mil y diez y ocho piezas de artillería, de modo que Steele pudo disponer de doce mil hombres y cuarenta cañones. El día 10 de agosto se pusieron en marcha las tropas, en cuya vanguardia iba la caballería de Davidson; el 17 cruzaron el río Blanco por la parte de Clarendon, y el 22 se practicó un reconocimiento mientras se procedía al desembarque por ser más saludable el clima de aquel punto.

Davidson avanzó escaramuceando hasta Brownsville, abandonado el 25 de agosto por Marmaduke, quien se retiró a sus atrincheramientos de Bayou Metea, de donde se le desalojó también a poco, si bien no se le pudo perseguir porque tuvo la precaución de quemar el puente.

La brigada del general True llegó a Clarendon, procedente de Memphis, el día 19, y después de cruzar el río, siguió avanzando, mientras el general Steele se concentraba en Brownsville a fin de pasar por Bayou Metea, lo cual no pudo conseguir. Esto le indujo a dirigirse hacia Arkansas, y al llegar a Ashley Mills, se encontró con la caballería de Davidson, que había tenido una escaramuza con el enemigo. Steele, que llevaba consigo setecientos enfermos, lo cual le entorpecía su marcha, confió a estos juntamente con su tren a la brigada de Ritter, avanzó luego sobre Arkansas y se aproximó a Little-Rock, en tanto que Davidson, apoyado por dos divisiones y otras tantas baterías, cruzaba directamente y se acercaba también a la ciudad por la parte sur del río.

Después de haber practicado varios reconocimientos y elegido el punto por donde pasaría, Davidson echó sus puentes durante la noche del 9 al 10 de septiembre, y poco después se hallaba en la orilla opuesta, apagando con sus baterías el fuego del enemigo. Concluido esto, continuó su marcha hacia Little-Rock, y al llegar a Bayou Fourche, opusieronle los separatistas una enérgica resistencia, pues estaba allí la caballería de Marmaduke y una brigada de infantería con dos baterías que ocupaban una ventajosa posición. Steele, sin embargo, avanzó por la orilla Norte del río, y como distraía la atención del enemigo, Davidson pudo entre tanto adelantar terreno, sin que aquel le molestara mucho, hasta tomar una posición conveniente. Poco después dábale la orden de atacar, y la brigada Ritter penetró en la ciudad apoyada por la caballería, que sable en mano, dispersó al enemigo en todas direcciones. Las autoridades de la capital de Arkansas entregaron entonces formalmente la ciudad, y los unionistas tomaron posesión del arsenal y de los almacenes militares, pero tuvieron el sentimiento de ver que el general Price había mandado quemar seis vapores y destruido asimismo una considerable cantidad de materiales para la vía férrea.

El general Steele entró en la ciudad por la tarde, algún tiempo después de haberla evacuado el enemigo, que se retiró en dirección del Arkadelphia, demasiado precipitadamente para que pensarán en perseguirle. Steele dice que todas sus pérdidas durante aquella campaña no excedieron de cien hombres, a pesar de no haberla empezado sino con siete mil de los doce mil que se le confiaran, debiéndose esto a que se vio en la necesidad de distraer parte de sus fuerzas para guardar los hospitales y trenes. Las bajas por enfermedad fueron en cambio hartamente sensibles: Steele asegura que cogió cien prisioneros al enemigo.

El general Blunt, que seguía persiguiendo a los separatistas al mando de Standwatie y Cabell, habíales obligado a concentrarse en Perryville, en el territorio de la tribu de los Choctaws, y pronto tuvieron que abandonar también este punto, sin serles posible impedir que el jefe unionista se apoderara, después de un sangriento combate, del fuerte Smith, cuya custodia se confió al coronel Johnson. Parece que Cabell tuvo la intención de tomar parte en la defensa de Little-Rock, mas como no llegara a tiempo, reunióse con las tropas de Price que se retiraban en dirección a Río Colorado.

El general Blunt, que había ido a Kansas a ventilar ciertos asuntos, regresaba al fuerte Smith con una escolta de caballería, el día 4 de octubre, cuando cerca de Baxter en el territorio de los Cherokees, fue atacado por una guerrilla de seiscientos hombres al mando de Quantrell, siguiéndose un desigual combate en el que fue aniquilada la mayor parte de la escolta, quedando muertos o heridos unos ochenta individuos de ésta, entre los que se contaban el hijo del general Curtis. El general Blunt pudo escapar con quince hombres de su guardia, librándose de una muerte segura,

merced a su valor y sangre fría. Este ataque ocurrió cerca del puesto militar conocido con el nombre de fuerte Blair, que fue atacado a las pocas horas, pero sus defensores, aunque pocos, eran tan valerosos como su jefe el teniente Pond, y rechazaron al enemigo causándole una pérdida de once muertos y muchos heridos. El general Blunt y el resto de su escolta, que habían permanecido en una pradera hasta entrada la noche, llegaron a poco al fuerte Blair.

Pine Bluff, situado en la orilla Sur de Arkansas, a cincuenta millas más abajo de Little-Rock, se hallaba ocupado a principios de octubre por el coronel unionista Powell Clayton, y como éste no tenía a su disposición sino seiscientos hombres y nueve cañones, Marmaduke, que estaba entonces en Princeton, a cuarenta y cinco millas de distancia, resolvió apoderarse de dicho punto. En su consecuencia, el jefe confederado, seguido de dos mil quinientos hombres doce piezas de artillería, avanzó en tres columnas en dirección a la plaza, y llegado a ella, la bombardeó por espacio de cinco horas. No tardó en declararse un incendio en Pine Bluff, pero Powell acababa de organizar un batallón de doscientos negros, los cuales cortaron el fuego y formaron luego barricadas en las calles por si acaso llegaba a ser necesario rechazar en ellas al enemigo. Las bombas lanzadas por los separatistas destruyeron la Casa de la Ciudad y otros varios edificios, pero los sitiadores no pudieron entrar en la plaza, y a las dos de la tarde del 25 de octubre, Marmaduke emprendió la retirada después de perder ciento cincuenta hombres entre muertos y heridos, sin contar unos treinta y tres prisioneros. Los federales tuvieron diez y siete muertos y cuarenta heridos, entre los cuales contábanse algunos negros.

Parte de las fuerzas de Cabell, quien, según ya hemos visto, había sido derrotado en el territorio indio por los generales Blunt y Phillips, proyectó emprender una correría por el Missouri a las órdenes de Shelby, y al efecto, abandonando la región de los Chocktaws, los expedicionarios se dirigieron hacia el norte de Arkansas, cruzaron el río por muy cerca del fuerte Smith, y procurando siempre evitar un encuentro con los federales, penetraron por la parte occidental del Missouri, en cuyo punto se reunieron el 1 de octubre con el general Coffey, formando así un total de dos mil quinientos hombres. Estos avanzaron con toda la rapidez posible hacia Booneville, pero ya desde aquí comenzaron a retirarse, no sólo por faltarles un refuerzo con el cual contaban, sino porque supieron que les perseguía de cerca un cuerpo de la milicia de Missouri a las órdenes del general Brown, quien, alcanzándoles al fin en 12 de octubre, cerca de Arrow Rock, les dispersó completamente causándoles una pérdida de trescientos hombres entre muertos y heridos⁸⁰.

El general Mc Neil se hallaba en San Luis cuando tuvo conocimiento de este combate, y sin perder tiempo marchó a Lebanon, desde donde, reuniendo el mayor número de fuerzas posible, se dirigió a Bolivar y Lamar, en cuyo punto esperaba cerrar el paso a los fugitivos, pero Shelby había pasado ya por Humansville cuando Mc Neil llegó a este punto. El jefe unionista continuó, sin embargo, la persecución, y al llegar a Búfalo, cerca de Clarksville, hizo algunos prisioneros, mas entre tanto los demás fugitivos cruzaron el Arkansas, y entonces Mc Neil desistió de su empeño, pareciéndole lo más conveniente volver al fuerte Smith. En 20 de octubre fue reemplazado Blunt en el mando del ejército de la frontera por el general Mc Neil.

Standwatie y Quantrell atacaron de nuevo en 18 de diciembre al coronel Phillips, cerca del fuerte Gibson, en el territorio indio, pero por segunda vez y después de un combate de cuatro o cinco horas, Quantrell y los suyos fueron derrotados y se vieron en la precisión de cruzar el Arkansas para ponerse fuera del alcance del enemigo.

80 El parte remitido por el general Brown dando cuenta de este combate, estaba concebido en los términos siguientes:

«San Luis 14 de octubre de 1863.

»Al General en jefe, Halleck:

»Perseguidos de cerca por el general Brown, los separatistas, a las órdenes de Shelby, viéronse ayer en la precisión de aceptar el combate, que fue por demás obstinado y duró cinco horas, pero el enemigo, derrotado completamente, se dispersó en todas direcciones abandonando su artillería, bagajes, muchas armas y prisioneros. Sus pérdidas en muertos y heridos son también considerables. Nuestras tropas persiguen a los fugitivos sin descanso.

»El mayor general, Schofield.»

Así terminó en aquel departamento la campaña de 1863.

No pasaremos adelante en nuestra narración sin referir algunos pormenores acerca de la campaña que por entonces fue preciso emprender contra algunas tribus hostiles, pues así comprenderán mejor nuestros lectores el verdadero carácter de aquella guerra.

Ya en 1862 empezaba a temerse una lucha con los indios en la frontera occidental, y no pasó mucho tiempo sin que se realizaran los pronósticos de muchos en este punto. Bajo las administraciones de Pierce y Buchanan, los agentes indios, y algunos empleados del Gobierno que estaban en frecuente trato con las tribus aborígenes de las grandes llanuras, eran todos ardientes demócratas, muchos de ellos partidarios del Sur y de la esclavitud, y por esta razón principalmente fueron separados al encargarse de la presidencia Mr. Abraham Lincoln. Es probable que muchos de aquellos funcionarios, resentidos porque se les quitaba su destino, o guiados quizá por sus opiniones políticas, hicieran uso de su influencia entre las diversas tribus a fin de comprometerlas en la lucha que acababa de empeñar la Confederación con el Norte; acaso fueran pocos los que obraron así, aunque esto no parece fácil de probar, pero como quiera que fuese, el hecho es que desde 1861 a 1862 comenzó a predominar cierto espíritu hostil entre los indios hasta que al fin algunas partidas de la tribu de los Sioux de Minnesota se declararon en abierta lucha. La banda del *Cuervo*, conocido jefe entre los salvajes, fue una de las que más se distinguieron por su ferocidad al atacar en la frontera occidental varios puestos militares entre los cuales se contaban New-Ulm, Cedar-City, Minn y otros puntos; también atacó el fuerte Ridgeley, sitiándolo por espacio de nueve días, y en el fuerte Abercrombie, asaltado dos veces consecutivas, fueron rechazados los indios con numerosas pérdidas, mas ya habían dado muerte a más de quinientas personas, la mayor parte mujeres y niños. El general Sibley recibió orden de marchar con numerosas fuerzas de la milicia en persecución de los salvajes, a quienes se pudo dar alcance el 22 de septiembre en Wood Lake, donde el *Cuervo*, completamente derrotado, huyó en dirección a Dakota, dejando en poder de sus enemigos quinientos prisioneros, de los cuales cuatrocientos noventa y ocho fueron juzgados por un consejo de guerra. De estos se condenó a trescientos a ser ahorcados, pero el Presidente Lincoln tuvo a bien diferir la ejecución y la mayor parte fueron puestos luego en libertad.

Llegado el verano, el general Pope se encargó del mando de aquel departamento; el general Sibley con dos mil quinientos infantes, y el general Sully con un cuerpo de caballería, marcharon a Missouri a fin de proseguir las operaciones, y habiéndose separado luego estos dos jefes, el primero batió a los salvajes en Missouri Gouteau, Bigmound, Dead Búffalo y Stony Lake, matando o hiriendo a unos ciento treinta indios, mientras que Sully hacía poco más o menos lo mismo con otra partida que encontró en Whitestone, a la cual cogió ciento cincuenta y seis prisioneros. El resto de la banda cruzó el Missouri poniéndose fuera del alcance de sus perseguidores, y puede decirse que con esto terminó virtualmente la guerra con los Sioux, mas no sin que sufrieran los federales continuas privaciones y las más rudas fatigas.

El general Connor, jefe de los voluntarios de California, que mandaba en Utah, recibió a poco noticia de las depredaciones que cometían los indios, y acto continuo marchó hacia Bear River, y a pesar de haber perdido setenta y cinco hombres en el camino a causa del rigor del frío, atacó con los que le quedaban a trescientos salvajes, de los cuales mató a doscientos veinticuatro, sin tener más pérdidas que doce muertos y cuarenta y nueve heridos. Cuatro meses mas tarde, el general Connor atravesó con la mayor parte de sus fuerzas la región oeste de las Montañas Rocosas, y aunque continuó avanzando por el Norte hasta llegar a Snake River, no encontró ya enemigos que combatir.

Esta campaña con los indios, aunque nada gloriosa, y muy perjudicial por el contrario, sólo sirvió para debilitar la fuerza del ejército del Norte, ocasionando un gasto más sobre los muchos que ya pesaban sobre el Gobierno, cuya situación era bastante apurada en el año 1863.

APÉNDICE
LAS TRIBUS INDIAS. SU CARÁCTER Y COSTUMBRES.
SU GUERRA CON LOS UNIONISTAS.⁸¹

Las vastas regiones del *Far-West*, donde se extienden esas silenciosas y verdes llanuras sin fin, en las que parece que nunca puede turbarse la tranquilidad, tenían sin embargo, a veces, al Gobierno de la Unión en continua alarma.

En efecto, bien considerado, hallábase allí su primer enemigo, el primitivo propietario de aquel territorio, el indio indígena, en fin, al que se había conseguido a veces desposeer, pero nunca dominar. Era llegado el momento en que los salvajes habían creído encontrar, después de ver defraudadas sus esperanzas, una ocasión propicia para combatir la invasión extranjera, y sin cuidarse mucho de los motivos que encendían la guerra entre los Rostros pálidos, deseaban aprovechar cualquiera coyuntura para luchar contra sus enemigos. Sea por su carácter belicoso, por cálculo o por instinto político, o por el afán del botín, ello es que los *Pieles rojas* no podían permanecer tranquilos cuando los *Yankees* estaban en guerra.

Esto era muy natural: toda la historia de las colonias y de los Estados Unidos no es más que la de una lucha permanente entre las dos razas, la de una derrota continua de las tribus indias que defienden palmo a palmo su terreno y sus hogares, violentamente rechazadas de las costas del Atlántico hasta más allá del Mississippi, sin dejar a su paso más huella que sus nombres, que aun conservan ciertos ríos, bahías y montañas. No había una razón para que abandonaran al llegar al Mississippi la lucha que venían sosteniendo desde dos siglos atrás, sobre todo cuando las causas mismas de esta lucha, es decir, los progresos de la colonización, no era probable cesaran, y cuando los colonos se veían precisados a batirse entre sí en vez de hacerlo contra los indígenas.

Penoso es verse obligado a confesar que los americanos de los Estados Unidos no han adelantado aun nada para obtener la solución del problema de la coexistencia de las razas blanca y roja en aquel país, pero una solución digna de los elevados principios de la moral, del socialismo y del cristianismo que distinguen a la gran república. Muchos han elevado su voz en favor del negro y han conseguido que se les escuchara, pero el indio, no menos desgraciado, más interesante tal vez porque tiene cualidades de que carece la raza africana, no ha encontrado aun en el seno de los Estados Unidos sino muy pocos y tímidos defensores.

La opinión pública, ciega en este punto, ha intervenido en la cuestión y formulado una sentencia que al parecer se considera inapelable, y las más elevadas inteligencias, los hombres más generosos, demasiado amantes por desgracia de la popularidad, se prosternan ante la sentencia de las masas, en vez de demostrar que es inicua, que está dictada por odios tradicionales que se remontan a las luchas de los primeros colonos, y que sólo se tienen en cuenta los intereses puramente materiales. Esta sentencia es breve y sencilla: *la raza roja debe ser exterminada; su existencia es incompatible con la civilización.*

Muchos y respetables eclesiásticos se han adherido a esta cruel política, y admiten que, como no se sabe qué hacer con esos pobres salvajes, sería mejor destruirlos para la seguridad de los blancos. «Los indios, añaden suspirando los ministros del altar, están destinados a desaparecer para siempre; ¡se van!» Eso está dicho, está escrito, se predice en todos los tonos, y no hay medio de hacer creer lo contrario. Por desgracia, los que así piensan no se limitan al terreno de la teoría, sino que descienden a la práctica, y en vez de encomendar a la Providencia la obra de destrucción, se organiza ésta de una manera metódica en gran escala, oficial y oficiosamente y por todos los medios posibles.

La tribu india, establecida en una buena localidad en virtud de antiguos contratos que la constituyen propietaria del terreno, no sólo como indígena, sino por el derecho civil que se reconoce en los Estados Unidos, prefiere por lo general un sitio que se halle cerca de un río, pues esto le

⁸¹ Este interesante *Apéndice*, tomado de la obra de Fernando Lecompte, contiene curiosos datos que servirán de complemento al presente capítulo.

facilita la comunicación con otras tribus con las cuales comercia. En la actualidad, los principales establecimientos indios se encuentran a lo largo de los mil afluentes occidentales del Mississippi y del Missouri, al Este de las Montañas Rocosas.

Los indios forman pueblecillos con chozas y tiendas construidas con pieles de búfalo: en el verano, los hombres van a la caza, y entre tanto las mujeres, los niños y los ancianos permanecen en sus albergues, donde se ocupan en recoger el maíz, en pescar o en curtir las pieles traídas por los cazadores. Alrededor de los pueblecillos indios se encuentran inmensos terrenos sin dueño conocido, sin cultivo, y que parecen esperar tan solo que algunos brazos robustos vayan a descubrir las riquezas de toda clase, agrícolas y mineras, que a no dudarlo existen allí. En virtud de una ley de los Estados Unidos, cuyo objeto es favorecer la inmigración y la colonización, estos terrenos se venden a muy bajo precio, o más bien se ceden pagando un escaso derecho de inscripción que viene a ser de un cuarto de dólar por acre, pero el propietario o el primero que llega, puede utilizarse de todas las praderas que no están rodeadas de una empalizada, es decir, hace pastar su ganado, siembra, recoge y construye según le parece, pero está obligado luego a dejar aquel terreno si alguno le prueba con algún documento que tiene adquirido el derecho de propiedad sobre las tierras.

Aun cuando los conflictos civiles, en aquellos remotos confines de la civilización, se ventilan a veces a tiros, no son tan frecuentes las violencias como se pudiera creer, y esto consiste en que habiendo lugar para todo el mundo, el más débil o el más prudente se traslada a otro punto más lejano con su ganado y sus efectos, construye otra choza, y busca el medio de sostener mejor sus derechos.

Esta fácil colonización, a la que contribuye el antiguo mundo, y especialmente la Alemania y la Irlanda, hace ya treinta años, no tardó en rodear los pueblos indios. Entonces se consideró que estos eran un estorbo; entablóse la lucha o las negociaciones de grado o por fuerza, obligóse a los pieles rojas a trasladarse más hacia el Oeste, y una vez allí, mediante cierta suma que se les pagaba en capital o en rentas anuales, permitióse establecerse en terrenos destinados especialmente para las tribus. Acto continuo se les declaró legítimos y definitivos propietarios; se les dio un intendente o agente, que llegó a ser más o menos jefe suyo, y se dio el nombre de *Reservas* a los nuevos establecimientos. Pero como la inmigración y la colonización siguieron su curso, con gran contentamiento del fisco americano, y como se multiplicaron las empresas industriales y comerciales, fue preciso trasladar a otro punto el nuevo establecimiento indio, y el calificativo de *Reserva* se convirtió en el de ciudad o pueblo para que los pieles rojas dejaran su puesto a los blancos.

Algunas *Reservas*, organizándose en mayor escala, formaron grandes pueblos, probando así que la raza roja es susceptible de civilización, no tanto como la blanca, pero sí lo suficiente para que no se la condene. Estas *Reservas*, muy pocas en verdad, son por lo general aquellas que han conseguido ponerse fuera del alcance de la gran corriente de la colonización, son aquellas cuyos individuos pueden compartir en un justo medio su actividad, entre la agricultura, a que no son nada aficionados pero cuya utilidad reconocen, y la caza que es para ellos una profesión, una pasión, una gloria.

A la cabeza de estas *Reservas* se encuentra siempre como agente o como jefe elegido por los indios o por el Gobierno, un hombre a la vez piadoso e ilustrado, un hombre que sabe probar con sus hechos y con sus palabras que la civilización y la religión de los blancos no es por ningún concepto inferior a la suya.

Por desgracia no sucede siempre esto: hay muchos agentes que sólo piensan en explotar a los indios o engañarlos; no pocos misioneros, más ardientes que ilustrados, contribuyen, a pesar de sus buenas intenciones, a pervertirlos en vez de instruirlos, predicándoles verdades abstractas que la política de rigor empleada con ellos desmiente a cada momento. Así, pues, hasta el presente, la mayor parte de las misiones que están en relación con las agencias, no han conseguido otra cosa sino introducir entre los indios, más bien los vicios de los blancos que sus virtudes, más bien la

superstición que las verdaderas nociones cristianas, y tanto es así, que con frecuencia necesitan más los blancos a los misioneros que no sus víctimas⁸².

Debe advertirse que hablamos aquí de las mejores *Reservas* del *Far-West*, de aquellas donde los pieles rojas, sin abandonar completamente la vida de los bosques, han llegado a ser hasta cierto punto sedentarios e industriales. Otras tribus que no se establecieron convenientemente no pudieron ser dominadas, y no siendo posible entrar con ellas en ningún arreglo ni concluir sino tratados parciales, se las desalojó a viva fuerza del territorio que ocupaban.

Arrancadas así de sus hogares y dispersas en las llanuras, estas tribus se entregaron al bandidaje, siguiendo el ejemplo que les dieron los blancos, y se vengaron de sus enemigos en las colonias más lejanas y entre los emigrantes que se dirigían a Rock Mountains.

Entonces fue preciso hacerlas frente, alejándolas todo lo posible, y para esto hubieron de rodearse las regiones fronterizas de una línea de puestos fortificados que sirvieron de refugio a los blancos: la lucha continuó, sin embargo, encarnizada, y mas resuelto solía ser el ataque que la defensa. Desde el descubrimiento de las riquezas auríferas de California, de Idaho, del Colorado, de Montana, del Oregón y de Nuevo México, y después de haberse establecido la secta de los mormones en Utah, los caminos que cruzaban las llanuras habían adquirido una gran importancia al convertirse en arterias de las principales comunicaciones, y no sólo se encontraban siempre en aquellos numerosos emigrantes y trenes de mercancías, sino coches de postas de cuatro y de dos caballos que circulaban con tanta regularidad como en los demás países de Europa. Separados por una distancia de quince a veinte leguas, había puestos militares más o menos fortificados, mientras que a derecha e izquierda del camino extendíase el desierto en toda su plenitud. A lo largo de estas vías ejercían, y aun ejercen hoy los indios hostiles, sus sangrientas represalias, entregándose en mayor o menor escala al saqueo y al pillaje; pero bien pronto se reunieron tropas y se dispersó a los indios. Estos volvieron a empezar, batióseles de nuevo sin darles cuartel como si fuesen fieras, y después se les impusieron tratados de alianza para que se establecieran alrededor de tal o cual fuerte, reservándose tales o cuales terrenos para la caza, su pasión favorita. Además de esto, se les pagó y se les paga aun hoy una renta anual para halagar su amor propio, haciéndoles creer que aun son dueños del terreno.

Pero de la vida que se observa en esos pueblecillos, formados alrededor de los fuertes por la astucia o por la fuerza, y donde los indios no suelen tener a la vista sino malos ejemplos, no debe esperarse un progreso verdadero en su estado moral y material, y como si esto no fuera bastante, los blancos les provocan a disputas diariamente, tratan de rebajarlos y humillarlos, y dan con esto lugar a que los salvajes se rebelen contra sus pretendidos aliados al ver que se han convertido en tiranos.

Probablemente siempre sucederá así mientras el Gobierno de los Estados Unidos no reconozca las ventajas de conceder convenientes *Reservas* a las diversas tribus indias, respetándolas luego y haciendo que las respeten rigurosamente los colonos y las autoridades territoriales. Los

82 He aquí lo que dice el general Pope sobre este punto al hablar de la campaña india de 1863 en Minnesota y Dakota:

«Los únicos blancos a quienes yo autorizaría para circular entre los indios, son los misioneros, y confío que podrá hacerse un arreglo con nuestras misiones para que tengan agentes en cada puesto militar, pero sería preciso que estos fuesen hombres prácticos, que viviendo allí con su familia, se encargaran de enseñar a los indios las artes útiles de la vida; a los hombres el cultivo de la tierra; a las mujeres la costura y las faenas domésticas, y a todos, en fin, el aseo y la decencia. Luego vendría por su orden natural la instrucción religiosa: yo creo que el principal defecto de nuestros misioneros es trastornar el programa de la educación, deseando siempre convertir al indio en un miembro de la Iglesia, cuando aun no es más que un salvaje. En este caso sólo es el interés el que induce a las conversiones, y por esto mismo debe tenerse en cuenta que para cristianizar y para civilizar a la vez a los indios, se necesitan hombres esencialmente prácticos y de buen sentido que les enseñen desde luego a ser humanos y estudiar las artes de la civilización; que instruyan sobre todo a los niños, y que sepan contentarse con beneficios más lejanos en vez de buscar inmediatos resultados a toda costa. La cuestión no es contar el número de bautismos, sino apreciar el valor de ellos.

«Unos misioneros tal como yo los entiendo obtendrían incalculables beneficios para los indios y para el Gobierno, y si se presentaran en los puestos militares de la frontera, recomendaría eficazmente que se les diese en el acto alojamiento y las raciones que necesitan.»

blancos deberían también probar a los salvajes nuestra superioridad de raza y religión, teniendo más consideraciones respecto a los vicios de estos últimos, adquiridos por seguir un mal ejemplo. También sería digno del espíritu humanitario de tan noble nación, si desea avanzar en la grandiosa obra de la civilización cristiana, limitarse exclusivamente a la defensa pasiva, y no ensañarse en sangrientas represalias, al menos durante una generación, es decir, hasta que los indios vuelvan a tener confianza en la honradez y lealtad de los blancos.

Al principiarse la guerra civil, las principales tribus tenían justos motivos de queja contra el Gobierno por no haber cumplido estas sus promesas, y en las tres grandes vías que atraviesan las llanuras arreciaba la lucha, cada vez más sangrienta, sin que se pensara en otra cosa sino en la exterminación recíproca. Por parte de los blancos, soldados y colonos, procedíase por lo regular sin compasión, sin fe, sin ley, y la persecución contra los indios se asemejaba más bien a una caza de lobos o de osos.

Así pues, supongamos que en un buque que remontaba el Missouri caían algunas flechas o balas de los indios hostiles; el comandante daba entonces orden de ametrallar todos los campamentos indios que se encontraran al paso, y de este modo, el delito de uno o dos indios era expiado por inocentes víctimas, sin beneficio para nadie, y sin otro resultado que envenenar más el encono de los salvajes.

En 1863 un cierto capitán F., que con su destacamento se retiraba en dirección al fuerte Lamarie, perseguido por algunos indios Sioux, tuvo la ocurrencia de librarse de sus enemigos abandonando sus provisiones de pan y tocino, que envenenó con estricnina, y a consecuencia de esto pereció toda una tribu compuesta de unas veinte familias. Ciertamente es que se reprendió al citado capitán invitándosele a que presentara su dimisión; pero al año siguiente, viósele a la cabeza de un gran convoy de emigrantes y mineros de Minnesota, y aun cuando no era más que un simple particular, habíale hecho el Gobierno grandes concesiones que le daban mucha consideración.

En 1864 una tribu procedente del Colorado, compuesta de cinco o seis mil individuos, cuyos dos jefes eran *Cuervo negro* y *Antílope blanco*, fue a reclamar a las autoridades del fuerte Lyons la conclusión de un tratado, ofreciendo, en virtud de este, entregar varios blancos cautivos comprados a otra tribu. Cumplida su promesa, los indios se establecieron cerca del fuerte Lyons con el consentimiento, o más bien, por orden del gobernador del territorio y del comandante del fuerte, y no sólo se portaron muy bien, sino que se proclamaban amigos de los blancos y enemigos de las tribus que aun hacían la guerra. Al principio se les trató muy bien por el comandante, que era el Mayor Wynkoop, pero habiendo sido reemplazado éste por el Mayor Anthony, mudaron las cosas de aspecto, pues este último empezó primero por exigir a los indios que entregasen sus armas, lo cual hicieron sin quejarse, y acabó por ordenarles que fueran a establecerse en las tierras de caza de Sand-Creek, situadas a treinta y cinco millas de distancia del fuerte Lyons, donde se les haría saber si el comandante estaba autorizado para firmar un tratado de paz con ellos.

Los indios no opusieron resistencia; diéronseles sus armas y partieron, y sólo dos o tres de ellos se quedaron en el fuerte al servicio del gobernador. Entre tanto el comandante del distrito, el coronel Chivington, se dirigía al fuerte con setecientos jinetes, voluntarios del Colorado, y dos piezas de artillería, y reforzado luego con otros ciento veinticinco hombres y dos piezas más, que le cedió el Mayor Anthony, marchó en la noche del 23 al 29 a Sand-Creek, donde se hallaba establecido el campamento de los indios, compuesto de unas ciento diez chozas.

En la mañana del 29 de noviembre fueron atacados los indios sin intimación alguna, y a pesar de las protestas de los jefes, que izaron al momento el pabellón americano con una bandera de parlamento, como era costumbre en casos semejantes, comenzó una escena de muerte y de barbarie, en la cual hombres, mujeres y niños fueron acuchillados indistintamente. En pocos minutos todos los indios huían en la mayor confusión por la llanura, poseídos de terror; algunos que se habían escondido en las orillas del río fueron fusilados a sangre fría a pesar de que no oponían resistencia alguna, y no contentos con matar a mujeres y niños inofensivos, los soldados cometieron actos de barbarie indignos de personas civilizadas y que la pluma se resiste a describir. Nada hicieron los

oficiales para contener a su tropa, y presenciaron con la mayor indiferencia aquella escena de horror sin reprender en lo más mínimo a los autores de ella. Aquella espantosa carnicería continuo por espacio de dos horas, y hasta que un centenar de cadáveres, la mayor parte de mujeres y niños, cubrieron aquel campo de sangre.

La narración de este hecho está traducida textualmente del informe presentado al Congreso por Mr. Wade, uno de los hombres más distinguidos de la Unión, y que fue luego Presidente del Senado. El Gobierno, según parece, no adoptó medidas para evitar la repetición de semejantes violencias, y los pobres indios siguen siendo víctimas de la inhumana política que con ellos se observa.

La excusa de que no se puede combatir eficazmente a los indios sino usando de la misma ferocidad que ellos, es tan solo propia de los demás salvajes, pero no está bien en soldados que pretenden en nombre de la civilización que representan, tener derechos sobre los indígenas y el territorio que habitan.

Por lo dicho se comprenderá que no debía ser difícil para los confederados reclutar auxiliares en el territorio indio, si bien estos no serían sin duda muy poderosos, pues gracias al sistema de exterminio, el número total de los guerreros perdidos en aquellos inmensos desiertos, no ascenderá hoy a más de sesenta mil hombres, que cuando están fraccionados en masas de uno o dos mil son más imponentes que peligrosos.

Cuando se baten, forman generalmente una cadena irregular con objeto de rodear al enemigo, pero si se trata de asaltar un fuerte, avanzan en masa hasta hallarse a un tiro de fusil de aquel, se despliegan luego en forma de abanico, se lanzan a la carrera y atacan rápidamente, saltando como panteras y lanzando aullidos que se asemejan a los del lobo. Son malos tiradores y no conocen absolutamente la disciplina, y a pesar de su gran valor, que no consiste en verdad en batirse de frente cuando pueden hacerlo por la espalda, puede decirse de ellos lo que decía de los beduinos un ilustre general francés del ejército del África: «Cuanto más numerosos menos son de temer.» En cambio los indios son temibles en las escaramuzas, en las emboscadas, en las sorpresas, y como guerrilleros, pues ningún europeo por astuto que fuese se podría librar de sus imprevistos ataques. Cuando forman el proyecto de quitar la vida a tal o cual jefe, por muy valeroso que sea o por muy escoltado que vaya, no se verá nunca libre de las flechas de los indios, que las lanzan a corta distancia con una precisión y una rapidez admirables. Vemos, pues, que semejantes guerreros no servían de mucho en la gran lucha empeñada para el mantenimiento de la Unión y la supresión de la esclavitud.

17.

LAS CAROLINAS. GEORGIA Y LA FLORIDA. EL SITIO DE CHARLESTON. (1862-1863)

Sitio y toma del fuerte Pulaski, por Gillmore. La flotilla de los federales se va a pique con su cargamento en el puerto de Charleston. El comandante Dupont recorre la costa hasta San Agustín. Los separatistas abandonan a Pensacola y Jacksonville. Los federales recobran la isla de Edisto. El general Hunter ataca a Secessionville y es rechazado. El general Brannan marcha hacia la vía férrea de Savannah. Combates en Pocotaligo y Coosawhatchie. Destrucción del Nashville. Dupont es rechazado al atacar el fuerte Mc Allister. Pérdida del Isaac Smith, cerca de Legareville. Expedición marítima. La Mercedita y el Keystone. Los generales Beauregard e Ingraham declaran levantado el bloqueo de Charleston. Dupont ataca el fuerte Sumter y es rechazado. Operaciones secundarias. El general Hunter y el almirante Dupont son reemplazados por el general Gillmore y el comodoro Dahlgren. El general Gillmore se apodera de una parte de la isla de Morris. El general Strong asalta el fuerte Wagner y es rechazado después de un sangriento combate. Muerte del coronel Shaw. Muerte del general Strong y del coronel Putnam. Los separatistas abandonan el fuerte Wagner. El comandante Stephens ataca el fuerte Sumter. Bombardeo de Charleston. El general Hill es rechazado en Newbern por el general Foster. Combate en Gum Swamp.

El río Savannah, que con su principal afluente, el Tugaloo, señala el límite entre la Carolina del Sur y Georgia, sigue su curso en una distancia de trescientas millas poco más o menos, hasta desembocar en el Atlántico, y dominando el canal de este río desde la isla de Cockspur, que tiene una milla de longitud por media de ancho, elévase el fuerte Pulaski, de veinticinco pies de altura y perfectamente construido. Este fuerte había caído en poder de los separatistas desde el principio de la guerra, y estaba encargado de su custodia el coronel Olmstead con una guarnición de trescientos ochenta y cinco hombres y cuarenta cañones de grueso calibre que podían enfilar el río y las isletas contiguas.

Poco después de haber recobrado los federales a Port Royal y las islas adyacentes, el general Sherman encargó al general Gillmore que practicara un reconocimiento a fin de averiguar si sería dable apoderarse sin grandes sacrificios del fuerte, y habiéndose cumplido esta orden, Gillmore manifestó que se podía tomar situando algunas baterías de morteros en la isla de Big Tybee y en Venus Point. Sometido el plan al Gobierno de Washington, se devolvió aprobado poco después y se adoptaron las disposiciones necesarias para llevar a cabo la empresa. El coronel Rosa marchó desde luego a ocupar a Big Tybee, y poco después se levantaron algunas baterías así en este punto como en la Venus Point, sin más contratiempo que algunas escaramuzas de poca importancia. Todo el tren de batir, compuesto principalmente de grandes morteros, fue embarcado en los ríos New y Wright, con mucho trabajo por cierto, a consecuencia de llevar aquellas corrientes muy poca agua y ser las orillas muy pantanosas. Apenas se hubo acabado de colocar las baterías, el vapor confederado *Ida* pasó por delante del fuerte Pulaski, y al verle, rompieron el fuego los federales, mas no habiéndose detenido el buque, continuáronse los trabajos preparatorios, y se estableció en Bird-Island otra batería que dominaba la isleta de Cockspur. El 21 de febrero de 1862 llegaron a Tybee algunos buques con víveres, municiones y tropas, que desembarcaron inmediatamente aprovechando la oscuridad de la noche, pues estaban al alcance de los cañones del fuerte Pulaski. Con tal sigilo se hicieron todas las obras y trabajos de sitio, que la guarnición enemiga no se apercibió de aquellos amenazadores preparativos, en los cuales se empleó parte del mes de febrero y todo el de marzo. El

general Hunter, que había reemplazado al general Benham en el mando del distrito, visitó a los pocos días las obras hechas en la isla de Tybee y quedó completamente satisfecho.

El día 9 de abril hallábase todo preparado y convenientemente situadas las once baterías que se acababan de levantar; hízose al fuerte la correspondiente intimación, que no fue escuchada, como era de suponer, y entonces el general Hunter dio la orden de romper el fuego a las ocho y media de la mañana. Pocas bombas llegaron al fuerte, pero las balas de los cañones rayados hicieron mucho efecto, reconociéndose hasta la evidencia que si el enemigo no conseguía apagar el fuego de las baterías de los federales, pronto quedaría la fortaleza convertida en un montón de ruinas. Llegada la noche, ya estaban desmontados cinco cañones de aquella sin que el fuego de los sitiados hubiese causado daño alguno a las baterías unionistas. El bombardeo continuo durante los días 10 y 11, y en la madrugada del 12 viose que la brecha abierta iba ensanchándose a cada momento a pesar del certero fuego del fuerte Pulaski, en el cual se vio ondear, a eso de las dos de la tarde, una bandera blanca, con la cual quedaba ya terminado el sitio. Los sitiadores no tuvieron más que una baja, y en el fuerte hallábanse desmontados diez cañones, contándose varios heridos, uno de ellos de mucha gravedad. Parece que la guarnición se rindió principalmente porque varias balas del enemigo alcanzaron hasta muy cerca del polvorín, y se temía de un momento a otro una explosión.

El buen éxito de esta empresa, que costó tan poca sangre, se debió principalmente al general Gillmore, que era a la vez un entendido ingeniero, pues el general Viele, jefe de las fuerzas de tierra, y el comodoro John Rodgers, de las navales, se ocuparon sólo en el transporte de las tropas y el material de campaña, lo cual no dejó de ser también una empresa tan difícil como arriesgada si se atiende a los muchos obstáculos con que fue preciso luchar.

Trasladando ahora al lector a Charleston, daremos cuenta de las operaciones militares que entre tanto se llevaban allí a cabo.

Una numerosa flotilla, formada con todos los buques viejos que se habían recogido en varios puertos del Norte, y que se dirigía a Charleston (bloqueado entonces por la escuadra unionista), con un gran cargamento de piedra, se fue a pique el 23 de enero de 1862, precisamente cuando entraba en el puerto, y este hecho puramente casual, levantó una tempestad de quejas y reclamaciones, principalmente por los partidarios de la Confederación, los cuales aseguraron que el objeto de los unionistas había sido obstruir para siempre el puerto. Semejante acusación es absurda; lo único que se deseaba era interceptar el paso a los que trataban de llevar auxilios a la plaza, y la prueba es que desde entonces no se ha dado nunca la menor queja de que se haya perjudicado en lo más mínimo al pacífico comercio de Charleston.

El comandante Dupont, que mandaba la fragata de vapor *Wabash*, con otros veinte buques y seis transportes, donde iba una brigada de voluntarios a las órdenes del general Wright, salió de Port Royal el 28 de febrero a fin de recorrer la costa hasta San Andrés y el río Cumberland, donde se apoderó sin resistencia del fuerte Clinch, en la isla Amelia, de Fernandina, de Santa María, de Brunswick, de Darien, de la isla de San Simon, de Jacksonville y de San Agustín, en cuyo punto se recobró el fuerte San Marcos sin efusión de sangre. El general separatista Trapier no tenía a su disposición suficientes fuerzas para oponer resistencia a los expedicionarios, pues la Florida, que contaba con una población de sesenta mil almas, sólo había facilitado a la Confederación unos diez mil que se hallaban en otros Estados.

Una parte de la escuadra de Dupont avanzó hasta la isleta de los Mosquitos, pero uno de los buques, el *Penguin*, mandado por el teniente Budd, que se alejó de los demás, fue atacado por el enemigo, con el cual sostuvo un combate que costó la vida al teniente y a otros cuatro hombres de la tripulación, sin contar una porción de heridos. Con esto terminó por desgracia una expedición, cuyo objeto era recobrar la Florida, aun cuando se reconociese que sería difícil conservarla.

En la noche del 9 al 10 de mayo, el general confederado Thomas N. Jones evacuó a Pensacola después de pegar fuego al arsenal y a los fuertes Mc Rae y Barrancas, y apenas se hubo retirado con sus tropas, ocuparon la plaza el comodoro Porter y el general Arnold, comandante del fuerte Pickens.

En 13 de septiembre salió de Port Royal otra expedición de dos cañoneras y tres buques al mando del capitán Steedman, el cual recorrió la costa de la Florida, y sostuvo un combate en la embocadura del San John, apagando las baterías del enemigo. El general Brannan, con una fuerza de mil setecientos setenta y cinco hombres, y una flotilla de seis cañoneras mandada también esta vez por el capitán Steedman, repitió la visita en 30 de septiembre de 1862, creyendo que encontraría una obstinada resistencia, pero los separatistas habían evacuado ya las obras defensivas del fuerte San John, abandonando nueve cañones. Brannan se apoderó pues de Jacksonville sin disparar un tiro, mas como la ciudad estaba casi desierta, no quiso dejar guarnición en ella. El vapor *Milton*, perteneciente a los separatistas, fue también apresado.

En 6 de marzo de 1863, emprendió el general Saxton una expedición con tres transportes, en los que iban tres regimientos de negros a las órdenes del coronel Thos W. Higginson, el cual fue a ocupar a Jacksonville y lo convirtió en cuartel general para los voluntarios negros. Poco después llegaron como refuerzo dos regimientos de blancos, mas apenas hubieron desembarcado, recibióse una orden urgente del general Hunter, disponiendo que se pusieran en marcha todas las fuerzas que allí había. Al retirarse las tropas pegaron fuego a varios edificios, y muchos habitantes que querían marcharse con aquellas y que estaban ya bordo, fueron desembarcados y se les dejó en tierra, sin escuchar sus quejas, expuestos a la venganza de los separatistas. Aquella hermosa y antigua ciudad quedó en parte destruida, pues el fuerte viento que soplaba propagó el incendio, y fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para cortarlo. Los abandonados habitantes, muchos de los cuales eran verdaderos unionistas, pudieron contemplar aquella catástrofe que amenazaba envolverlos después en un montón de ruinas; pero algunas familias consiguieron trasladarse a Hilton Head, donde se les trató con la mayor consideración. También Pensacola fue abandonada, y aun se dijo que los separatistas pegaron fuego a la ciudad, pero esto no es de creer; lo que sí podemos sacar en conclusión es que, si por entonces tenía el Gobierno unionista muchos partidarios en la Florida, los desmanes cometidos por los que fueron allí como defensores de la causa nacional, habrían bastado para que aquellos se convirtieran en enemigos.

Al regresar a Port Royal, de su expedición a la Florida, el comandante Dupont vio que durante su ausencia había abandonado el enemigo sus formidables baterías de Skiddaway y Green-Islands, dejando así en poder de los federales a Warsaw y Ossibaw, mientras que el general Sherman tomaba posesión de la isla de Edisto, en la cual no quedaron más habitantes sino algunos negros, pues todos los demás se retiraron apresuradamente, quemando antes el algodón que no pudieron llevarse. La toma del fuerte Pulaski, ocurrida poco después, ponía a los federales en posesión de un extenso territorio, que el general Hunter y el comandante Dupont trataron luego de ensanchar con las islas de Wadmilaw y John. Con este fin, procedióse desde luego a practicar varios reconocimientos, se marcó con boyas el canal del río Stono y acto continuo se dirigieron a él las cañoneras *Unadilla*, *Pembina* y *Ottawa*, para atacar al enemigo en sus posiciones. Los separatistas abandonaron las líneas de defensa al divisar la escuadrilla, y entonces ésta se dirigió hacia las baterías para situarse en la confluencia del Stono y del Wappoo, es decir, a tres millas de Charleston, cuyas elevadas torres y brillantes cúpulas se podían divisar claramente desde el extremo de los mástiles de los buques unionistas.

Pero el permitir que avanzaran tanto las cañoneras sin protegerlas con alguna fuerza de infantería, no dejó de ser una torpeza, porque esto no servía sino para que se pusiera en guardia el enemigo, dándole a conocer lo que se proyectaba. Dos semanas después, los generales Hunter y Benham desembarcaron en la isla de James, y a los tres días llegó de Edisto el general Wright con el resto de sus tropas. Estos movimientos irregulares en una región esencialmente hostil no podían tener buen resultado, pues a no dudarlo, disponía el enemigo de doble número de fuerzas y de buenas obras de defensa, y fue una imprudencia avanzar con tanta celeridad. Secessionville es un pueblecillo formado principalmente por las casas de campo de algunos plantadores de la isla James; en la parte Oriental de ésta, a dos millas del río Stono, el agua es salada, y hay una porción de pantanos que forman una especie de cadena, dejando solo un estrecho sendero de tierra firme. El

coronel Lamar estaba encargado de la defensa de Secessionville, que no dejaba de tener buenas obras defensivas, y contra éstas avanzó el general Wright a la cabeza de seis mil hombres, si bien dispuso luego que se formara una reserva con mil quinientos. El general Isaac Stevens se encargó de dirigir el ataque, y dada la orden, avanzó a las tres y media de la madrugada del 16 de junio con tres mil trescientos treinta y siete hombres, inclusa la artillería, y fue a tomar posición a un tiro de fusil del enemigo con tanto sigilo y buen acierto, que hizo prisioneros a los piquetes, antes que los confederados pudieran sospechar que se hallaba tan cerca. Poco después, no obstante, divisó Lamar a los federales, y en el acto rompió el fuego con todos sus cañones, causando un gran destrozo en las filas enemigas.

Los unionistas estaban dispuestos a batirse con su acostumbrado valor, y con una buena dirección habría sido fácil apoderarse de las obras defensivas, pero la lengua de tierra por donde era preciso avanzar, apenas tendría doscientas varas de anchura, y como los cañones de los confederados, así como un nutrido fuego de fusilería, la barrían en toda su extensión, sin contar que las tropas estaban protegidas por un parapeto de nueve pies de altura, intentar el asalto hubiera sido sacrificar preciosas vidas sin conseguir el objeto, y por lo tanto, se dio la orden de retirada después de perder quinientos setenta y cuatro hombres entre muertos y heridos en poco más de media hora. Los separatistas tuvieron doscientas cuatro bajas, figurando entre los heridos el coronel Lamar el teniente coronel Gaillard.

Aun cuando era evidente que no se podían tomar por asalto las obras defensivas del enemigo, se intentó un segundo ataque, pero así como la primera vez, fueron rechazados los federales, y entonces se retiraron definitivamente, dejando sus muertos y algunos de sus heridos en poder del enemigo, y de este modo terminó con una derrota la mal entendida expedición del general Hunter.

Cuatro meses después, habiendo sido reemplazado el general Hunter con el general Mitchel, dispuso este último que avanzaran algunas fuerzas desde Beaufort para cortar, si era posible, la vía férrea que une a Charleston con Savannah, destruyendo asimismo los puentes que se encuentran en Pocotaligo y Coosawhatchie. Como el general Mitchel se hallaba postrado en cama, aquejado de la enfermedad de que murió poco después, confióse el mando de la expedición al general Brannan, a cuyas órdenes se puso una fuerza de cuatro mil cuatrocientos cuarenta y ocho hombres.

Estas tropas se embarcaron en cañoneras y en transportes en la noche del 21 al 22 de octubre; dirigiéndose por Broad River, hasta la confluencia del Coosawhatchie y el Tullifinny, y una vez allí, desembarcaron para internarse en el territorio. Apenas hubieron recorrido cinco o seis millas, trató de cerrarles el paso una escasa fuerza enemiga, que, obligada a retroceder después de un breve combate, emprendió la retirada, quemando a su paso varios puentes, y fue a situarse en un bosque. Los federales desalojaron esta vez también a sus contrarios persiguiéndoles hasta Pocotaligo, donde los separatistas, a las órdenes del general Walker, se hicieron fuertes junto a un riachuelo, resueltos a oponer una vigorosa resistencia a sus enemigos. Entonces comenzó un obstinado combate, pero como ya se acercaba la noche, y por otra parte se agotaban las municiones de los federales, Brannan, que con sus cuatro mil hombres no tenía esperanzas de obtener la victoria, por lo mismo que de un momento a otro podían llegar nuevas fuerzas de Charleston o de Savannah, se retiró prudentemente a Mackay, en cuyo punto se embarcó para volver a Hilton Head.

Entre tanto el coronel Barton remontaba el Coosawhatchie, seguido de dos cañoneras y un vapor con cuatrocientos hombres, y llegando a poca distancia del pueblo que hay junto a dicho río, desembarcó con todas sus tropas para internarse. Al acercarse a la vía férrea, vio llegar un tren que conducía algunas tropas al mando del mayor Harrison, las cuales iban en socorro de Walker, y entonces dio orden de hacer fuego, causando con esto sensibles pérdidas al enemigo, pues entre los muertos se contaba el mayor Harrison. Muchos de los soldados huyeron al bosque para reunirse con otras tropas que defendían el pueblo. Barton avanzó, no obstante, con la intención de atacar, pero viendo que sus contrarios eran muy superiores en número, y que tenían tres piezas de artillería, se volvió a sus cañoneras, quemando a su paso todos los puentes. Los confederados persiguieron por algún tiempo a los fugitivos por la orilla del río, pero los buques maniobraban muy bien, y Barton

pudo llegar a Port Royal sin contratiempo alguno y sin más pérdidas que trescientos hombres. Parece que Walker tuvo en el combate catorce muertos, ciento dos heridos y nueve extraviados.

A corta distancia del río Ogeechee, que nace en la parte Oriental de Georgia, y después de recorrer una extensión de doscientas millas viene a formar una línea paralela con el Savannah, habían construido los federales una fortificación conocida con el nombre de fuerte Mc Allister, situado muy cerca de la orilla del río, de manera que podía cerrar el paso a cualquier buque que intentara cruzar, no sólo porque las baterías dominaban una gran extensión, sino porque en el canal había varios torpedos que hacían tan peligroso como difícil acercarse a esta posición. El buque de vapor *Nashville*, protegido por la fortaleza, esperaba una oportunidad para hacerse a la mar con un cargamento de algodón, pero impaciente al fin el comandante, viendo que los cruceros enemigos vigilaban atentamente, armó este vapor como un buque de guerra, y de nuevo acechó una ocasión propicia para ponerse en marcha, en la confianza de que ya le sería más fácil abrirse camino en el caso de ser atacado. El capitán Worden, comandante del *Montauk*, que no perdía de vista al buque contrario, observó el 27 de febrero de 1863 que dejaba sus aguas, y a la mañana siguiente, seguido del *Séneca*, del *Wissahickon* y del *Dawn*, comenzó a perseguirle sin darle apenas tiempo para que se alejara de la fortaleza, y sin cuidarse de las baterías de éste ni de los torpedos. Cuando estuvo a la distancia de mil doscientas varas del buque enemigo, el capitán Worden lanzó su primera andanada, aun cuando los demás buques no podían acercarse por ser muy estrecho el canal, y tal fue el acierto de los artilleros, que veinte minutos después se pegó fuego a la Santa Bárbara del buque perseguido, quedando éste del todo destrozado. Entre tanto los cañones del fuerte rompieron el fuego contra el *Montauk*, pero aunque éste recibió cinco balazos, no sufrió avería alguna de consideración, ni le hizo tampoco daño un torpedo que reventó precisamente a su lado. Los demás buques que se habían quedado en el canal salieron igualmente ilesos.

Animado el comandante Dupont con esta victoria, resolvió atacar el fuerte, y a este fin dispuso que los buques blindados *Passaic*, *Patapsco*, *Montauk*, *Ericsson* y *Nahant*, seguidos de tres goletas con morteros, marchasen al Ogeechee para ver si conseguían apoderarse de la posición. Apenas hubo dado vista a la fortaleza, la escuadrilla se situó lo mas cerca posible, pero a causa de la estrechez del canal, el *Passaic*, que iba de vanguardia, no pudo aproximarse sino a mil doscientas varas del fuerte Mc Allister, quedando por lo tanto los demás buques a mayor distancia. En esta situación, el *Passaic*, el *Patapsco* y el *Nahant* rompieron el fuego, que duró desde las ocho y media de la mañana hasta las cuatro de la tarde con algunos intervalos, pero como llegada la noche consiguiera el capitán Drayton, comandante del *Passaic*, acercarse algo más al fuerte y examinar las obras de defensa, convenciéndose que sería lo más prudente renunciar al proyecto, y se retiró saludado por una lluvia de balas y metralla. Merced a sus bombas de trescientos cuarenta y cinco libras de peso cada una, los federales habían conseguido desmontar uno de los nueve grandes cañones de la fortaleza, pero no se obtuvo más resultado, porque si bien los separatistas tuvieron tres bajas, esto se debió tan solo a un accidente casual, ocurrido después del combate. El capitán Drayton no salió ileso de la refriega, pues hallándose detrás de la torre de su monitor, saltó un casco de metralla que le hirió, aunque ligeramente, en el rostro. El día 4 de marzo se retiró la escuadrilla, desistiéndose por entonces de tomar el fuerte Mc Allister⁸³.

Mientras sucedía esto, el vapor unionista *Isaac Smith* fue destacado al río Stono en 30 de enero de 1863 a fin de practicar un reconocimiento, y aun cuando pudo llegar hasta muy cerca de Legareville sin encontrar enemigos, no sucedió lo mismo cuando regresaba. A cinco o seis millas del citado punto habían levantado los separatistas tres baterías, que por estar ocultas, no pudieron observar antes los federales, y habiendo roto aquellas el fuego, el *Isaac Smith*, acribillado bien

83 *El Republicano de Savannah*, del día 12 de marzo, decía entre otras cosas lo siguiente al hablar sobre este combate: «Las obras de defensa del fuerte quedaron muy deterioradas, y destruidas completamente las garitas de los centinelas. Dentro del fuerte, y también fuera, a la distancia de media milla, veíanse grandes hoyos formados por las bombas y granadas de los federales. Fue providencial que no muriese ningún hombre.»

pronto a balazos, tuvo que entregarse, sin que pudiera remediarlo el comandante Mc Donouch, que acudía presuroso en auxilio del buque.

Al día siguiente de haber sido apresado el *Isaac Smith*, el general Beauregard, que sin duda quería probar a los cónsules extranjeros en Charleston que podía hacer levantar el bloqueo cuando quisiera, dispuso que una flotilla de cinco buques, entre los cuales figuraban dos fragatas acorazadas, el *Palmetto-State*, capitán Ingraham, y la *Chicora*, comandante Tucker, atacara a la escuadra bloqueadora. Favorecidos por una densa niebla, los separatistas se aproximaron al enemigo, y en pocos instantes echaron a pique dos de sus cañoneras, la *Mercedita* y el *Keystone*, causando a otros buques averías de más o menos consideración. Sin embargo, repuestos de su sorpresa los unionistas, y como quiera que aquella no era sino la vanguardia de su escuadra, reuniéronse los buques *Augusta*, *Quaker City*, *Memphis* y *Housatonic*, que se habían alejado a cierta distancia, y se dirigieron contra la flotilla confederada, pero ésta fue a guarecerse detrás de los arrecifes del canal de Swash, y luego volvió a Charleston, donde el general Beauregard redactó un manifiesto concebido en los términos siguientes, y por el cual se declaraba oficialmente levantado el bloqueo:

«Charleston 31 de enero de 1863.

»Esta mañana, a las cinco, nuestras fuerzas navales, estacionadas en este puerto, han atacado a la escuadra unionista que nos bloqueaba, dispersándola completamente, después de echar a pique dos de sus buques.

»En su consecuencia, los abajo firmados, jefes respectivamente de las fuerzas de mar y tierra de la Confederación, declaran formalmente que el bloqueo, establecido por la Unión ante Charleston y su puerto, debe considerarse como levantado desde el día 31 de enero del año de gracia de 1863.

»El general del ejército, *G. T. Beauregard*.

»El jefe de la escuadra, *D. N. Ingraham*.»

El cónsul británico en Charleston y el comandante del buque inglés Petrel dieron testimonio de lo ocurrido, e inmediatamente se expidió una circular por el Secretario de Estado de la Confederación, J. P. Benjamin, a todos los cónsules extranjeros, manifestándoseles que podían considerar como abierto al comercio el puerto de Charleston. A pesar de esto, los diversos buques a cuyos jefes se invitaba a entrar y salir libremente, no intentaron utilizarse de la oportunidad que se les ofrecía, y sólo hicieron uso del permiso, aprovechando las noches más oscuras para penetrar en el puerto o abandonarle de una manera clandestina.

El general Foster, que se hallaba en la Carolina del Norte, había recibido orden del comandante Dupont, previniéndole se pusiera inmediatamente en marcha a fin de cooperar en un ataque contra Charleston, y en su cumplimiento, se hizo a la vela en Beaufort en 2 de febrero, llevando consigo doce mil hombres de excelentes tropas que fueron a desembarcar en Hilton Head. El general Hunter, a quien sorprendió algún tanto la llegada de Foster, se encargó del mando de las tropas de éste, que acababa de recibir orden de ir a buscar el tren de batir al fuerte Monroe, pero como al volver Foster viese que se había dado otra organización a su cuerpo de ejército, pidió permiso al general Halleck para volver a su departamento, dejando sus doce mil hombres a las órdenes de Hunter. Con este refuerzo debía emprender el comandante Dupont su ataque contra Charleston.

Los preparativos se hicieron en su mayor parte en Hilton Head, de donde fueron saliendo los buques blindados, uno a uno, a tan pronto como estaban corrientes, a fin de reunirse luego en la parte norte del río Edisto. El día 3 de abril se hallaba ya concentrada en aquel punto toda la escuadra, aguardando a que el viento fuese favorable, y en la noche del 5, el comandante Dupont, que montaba la cañonera *James Adger*, dio la orden de marcha a fin de comenzar el bombardeo sin pérdida de tiempo. A las nueve de la mañana del día siguiente, la flota había cruzado ya la barra y se hallaba formada en línea a lo largo de la costa Oriental de la isla de Morris, dando vista a las más

formidables baterías de cañones rayados que pudiera darnos a conocer el arte de la guerra. He aquí la lista de los buques de que se componía la escuadra:

1. *Weehawken*, capitán John Rodgers;
2. *Passaic*, capitán Percival Drayton;
3. *Montauck*, comandante John L. Worden;
4. *Patapsco*, comandante Daniel Ammen;
5. *New-Ironsides*, comandante Thomas Turner;
6. *Catskill*, comandante George W. Rodgers;
7. *Nantucket*, comandante Donald M. Fairfax;
8. *Nahant*, comandante John Downes;
9. *Keokuk*, comandante Alexander C. Rhind.

De estos buques, siete eran monitores ordinarios del sistema Ericson, armados cada uno de dos cañones que lanzaban proyectiles de trece a treinta y cinco libras, siendo de advertir que el *Keokuk* tenía dos torres con cuatro cañones de diez y seis; el *New-Ironsides* era una fragata de siete cañones de veinte, y uno de treinta y dos. Además figuraban como reserva las cañoneras *Canandaigua*, *Unadilla*, *Housatonic*, *Wissahickon* y *Huron*, que apoyarían a los buques en el caso de que se atacaran las baterías de la isla de Morris.

No era esto demasiado seguramente para atacar una posición tan formidable como la de Charleston, donde el general Beauregard había aumentado considerablemente las fortificaciones tanto por mar como por tierra. Aquí haremos una ligera digresión para describir el puerto y las obras de defensa últimamente construidas.

El puerto de Charleston está formado por una rada natural en cuyo extremo se vierten, formando una sola corriente, las aguas de los ríos Cooper y Ashley, y en el punto que marca su confluencia se destaca graciosamente la ciudad de Charleston. Su situación topográfica entre aquellas dos grandes corrientes navegables, se asemeja un poco a la de Nueva York; la rada cuyo diámetro medio será de unas tres millas, está formada por dos islas que parecen aproximarse una a otra como para unirse entre sí, y desde las cuales se ve una tercera con la cual podrían formar un agradable grupo. Estas tres islas son la de Sullivan y la de Moultrie, por la parte del norte, y por la del sur, la de Morris, que está tocando con la casi isla de Cumming. El espacio de mar que las separa es de media milla.

En el centro del canal, poco más o menos, y más hacia la rada, se halla otra isla, estrecho arrecife sobre el que se ha construido el fuerte Sumter, a tres millas y media de la misma ciudad. La barra dista unas cinco millas de la isla, y el paso principal corre entre este fuerte y la casi isla de Moultrie; Sullivan y Morris parecen replegar sus puntos extremos dentro del paso, de modo que las dos isletas de Moultrie y Cumming presentan en algunos centenares de metros dos orillas casi paralelas y muy favorables para establecer baterías que se flanquean recíprocamente. Por lo que hace a las islas, tienen unas tres millas de longitud; son estrechas, bajas, arenosas hacia el mar y pantanosas en el interior, donde se encuentran lagunas y ríos cenagosos que convierten aquella región en un desierto muy difícil de atravesar. En la dirección de la alta mar, las dos islas últimamente citadas se enlazan con otras de la misma naturaleza, entre las que se distingue principalmente la isla Folly, continuación de la de Morris, y en sentido inverso, es decir, hacia la rada, esta última está separada por una caleta y varios pantanos de la isla James, que parece avanzar hacia el fuerte Sumter formando dos puntas. Por último, a la entrada del río Cooper se halla otra pequeña isla con un antiguo fuerte llamado de Pinkney, muy bien situado para completar los fuegos en aquel punto y cruzarlos entre sí.

Los separatistas acababan de perfeccionar las antiguas obras en todos aquellos puntos construyendo otras nuevas: en la isla de Sullivan y el fuerte Moultrie, sólida construcción de ladrillo, donde podían colocarse cuarenta y ocho cañones, habíanse formado seis baterías, y más cerca de la ciudad veíanse otras en los reductos de Cove, de Haddrell, de Mont-Plaisant, de Hog-

Island y del fuerte Pinkney, en el que había veinticuatro piezas. Por la parte de Ashley asomaban su negra boca los cañones de las baterías de Wappoo y de la isla James, así como también del fuerte Johnson, recientemente armado, y el nuevo fuerte Ripley, que se eleva en el centro de un islote.

En la isla Morris, el antiguo fuerte Wagner, rodeado de bastiones, había sido agrandado, adicionándole otro nuevo conocido con el nombre de Gregg, y en la punta de Cumming acabábanse de establecer otras tres baterías.

En cuanto al fuerte Sumter, llave de la posición, nuestros lectores le conocen ya desde el bombardeo de 14 de abril de 1861, pero debemos advertir que el general Beauregard había reforzado aquel pentágono inmenso con algunas obras blindadas y un nuevo armamento. Las dos series de casamatas contaban con ciento treinta y cinco piezas, entre las cuales había ocho obuses y diez cañones de a cuarenta y dos; los demás eran de treinta y dos y veinticuatro, y también había algunos morteros.

Los separatistas tomaron también sus disposiciones para rechazar un ataque por tierra: la isla James quedó rodeada de una línea de baterías que dominaban las avenidas de aquel terreno pantanoso, cruzando sus fuegos con las de la isla de Morris, y por la parte del Oeste, la posición se hallaba resguardada por las líneas naturales de defensa del río Stono, cuyas aguas dominaba el fuerte Pemberton, sólida obra de tierra y troncos de árboles, que se acababa de construir en la orilla izquierda, a la vista de la vía férrea y del antiguo camino de Savannah.

Tal era en resumen la posición de Charleston, en la cual tenía el general Beauregard en 1863 unas cuatrocientas piezas formadas en batería, defendidas por una guarnición de veinte mil hombres. El centro ofrecía seguramente un desarrollo demasiado vasto, pues comprendiendo las lejanas baterías de las islas de Folly y de Sullivan, contaba nada menos que una distancia de treinta millas, con sus comunicaciones entrecortadas o interrumpidas, y ya se comprenderá que semejante posición debía ofrecer necesariamente numerosos puntos débiles para un sitiador que dispusiese de fuerzas combinadas de mar y tierra, grandes máquinas, y todos los medios auxiliares conocidos hasta el día.

El día 5 de abril, según ya hemos indicado, se hallaba ya Dupont a la vista de Charleston, y acto continuo dictó sus disposiciones de ataque expidiendo la orden siguiente:

«A bordo del buque almirante *Adger*, 5 de abril de 1863.

»El comandante Rhind, del *Keokuk*, se encargará de sondear la barra, auxiliado por los pilotos de la escuadra, y se previene a los oficiales procedan con la mayor prudencia al atravesar aquella.

»Los buques se formarán en línea, según el orden prescrito, avanzando a un cable de distancia.

»La escuadra pasará por el canal principal sin contestar al fuego de las baterías de la isla Morris, a menos que se dé la señal de comenzar la acción.

»Los buques romperán el fuego contra el fuerte Sumter cuando se hallen a tiro, tomando luego posición hasta el norte y el oeste del fuerte, a la distancia de ochocientas a mil varas, y asimismo cuidarán de disparar con lentitud, apuntando siempre al centro de las baterías.

»Se previene a los oficiales encarguen muy en particular a sus subordinados que no prodiguen las municiones inútilmente, haciéndoles comprender que al hacer fuego es preferible la precisión a la rapidez.

»Los buques se auxiliarán entre sí, teniendo siempre presentes las señales establecidas para efectuar los diversos movimientos.

»Después de la rendición del fuerte Sumter, es probable que el primer punto de ataque sean las baterías de la isla Morris.

»Fuera de la barra se formará la escuadrilla de reserva, que deberá prestar su apoyo a los demás buques cuando recibiere orden de hacerlo.

»El almirante de la escuadra de bloqueo, *Dupont*.»

Sin entrar aquí a discutir el plan adoptado por el jefe de la escuadra en aquel ataque naval, y como las reglas fundamentales del arte militar son las mismas en mar que en tierra, nos permitiremos observar que al dirigir su primer ataque contra el fuerte Sumter a través de todas las baterías de las isletas y bajo el fuego cruzado de los cañones de la rada, Dupont empezaba por el fin, o mejor dicho, por lo más difícil. Ahora bien; parécenos que hubiera sido mejor apagar antes del todo o en parte los fuegos de las baterías avanzadas, utilizando las tropas de desembarco en el ataque del fuerte Sumter, cuyas baterías eran, a no dudarlo, mucho más difíciles de tomar que las de la isleta o punta de Cumming. Pero si Dupont prefería a estos preliminares, un poco lentos, otra estrategia inspirada acaso por su gran confianza en el valor de sus marinos y en sus poderosas máquinas, debió al menos informarse si sus adversarios no contaban con otros medios de defensa que pudieran competir con los que él iba a emplear en el ataque.

Durante todo el día 5 una densa niebla impidió a la flota avanzar, pero el 6 se puso al fin en movimiento, franqueó felizmente la barra, y los buques fueron a echar el ancla poca distancia del faro. Como la niebla era cada vez mas densa, se aplazó el ataque hasta el día siguiente, y en efecto, el 7 de abril, cuando empezaba a subir la marea, el *Ironsides*, en el que había izado su pabellón el almirante Dupont, dio la señal de marcha, y toda la escuadra enfiló entonces las aguas del canal. Los hombres se mostraban serenos y resueltos en sus casamatas submarinas, y no se oía sino el ruido regular de las máquinas y las voces de mando de los jefes. En las obras defensivas de los separatistas reinaba el mismo silencio, y hubiérase dicho que estaban desiertas, a no ver ondear orgullosamente en el fuerte Sumter la bandera de los confederados. Poco después viose pasar toda la línea de monitores por delante de las primeras baterías, sin que en éstas se notaran señales de vida, pero no debía pasar mucho tiempo sin que encontraran resistencia los federales. A un kilómetro de distancia del fuerte Sumter, y hacia la parte noroeste, el *Weehawken*⁸⁴, que iba de avanzada, se vio detenido precisamente cuando se hallaba al alcance de las baterías del fuerte Moultrie, por varias obstrucciones y un torpedo que estalló a poca distancia. Este buque se vio precisado a suspender su marcha, y a consecuencia de este contratiempo, los que le seguían tuvieron que volverse y se desbarató la línea.

Aquel era el momento previsto por los confederados y que estos esperaban impacientes para romper el fuego. A eso de las tres de la tarde, dos cañonazos del fuerte Moultrie dieron la señal, y en el mismo momento comenzaron a tronar con un estrépito espantoso todas las baterías de los fuertes y los cañones de los buques; una nube de proyectiles batía poco después las olas, levantando montañas de espuma, y una densa humareda, rasgada a cada momento por fugitivos relámpagos, rodeó bien pronto a los combatientes. La escuadra federal, escalonada a unos ochocientos metros del fuerte Sumter, comenzó a sentir desde un principio los efectos de aquel fuego terrible; sus artilleros no podían apuntar con tanta precisión como los del enemigo, y por otra parte no era posible acercarse más a causa de las estacadas y demás obstrucciones que cerraban el paso a la cabeza de la columna. Los fuertes Sumter y Moultrie, contra los cuales dirigían principalmente sus tiros los unionistas eran muy sólidos, y los proyectiles de los sitiadores no les causaban mucho daño, mientras que las balas de los confederados aumentaban a cada instante las averías de los buques. Al poco tiempo comenzó a disminuir el fuego de la escuadra, mientras que el de los separatistas era cada vez más nutrido por haber empezado a jugar la artillería rayada; el *Ironsides*, que se hallaba en último término para dirigir la acción, no podía utilizar sus piezas sin exponerse a tocar a los demás monitores, y por fin, a eso de las cuatro y media, viendo el almirante Dupont que varios de los buques estaban muy averiados y que prolongar la lucha sería inútil si no desastroso, dio la orden de retirada. Entonces se concentró la escuadra, atravesó la barra y ancló a poco en el mismo sitio de la víspera.

84 Este monitor llevaba una máquina nueva, llamada del Diablo, inventada por el capitán Ericson, que servía para hacer saltar las estacadas u otras obstrucciones que pudieran detener la marcha. Esta máquina submarina suele colocarse en la proa del buque.

Los destrozos habían sido inmensos, pues aunque los artilleros separatistas habían recibido orden de Beauregard de no disparar con precipitación, a fin de apuntar lo mejor posible, contáronse, sin embargo, ciento sesenta cañonazos por minuto, y tanto es así que los jefes de la escuadra federal declararon todos a una que las enormes balas del enemigo caían alrededor de los buques y sobre las cubiertas con la misma rapidez que marca los segundos el minuterio de un reloj. El *Keokuk*, uno de los buques que más avanzaron, estaba destrozado completamente, pues llegaron a caer sobre él noventa proyectiles, de los cuales diez y nueve dieron en el casco por debajo de la línea de flotación, mientras otros acribillaron las torres dejándolas completamente inútiles. Su comandante, el capitán Rhind, tuvo que acudir a las bombas para salvarse, y por espacio de media hora sufrió el espantoso fuego del enemigo sin poder lanzarle a su vez sino tres andanadas; al fin pudo retirarse este buque convertido en una criba, y al llegar a la costa de la isla de Morris, se hundió majestuosamente entre las olas, salvándose por fortuna los hombres de su tripulación.

El *Passaic* había recibido veintisiete balazos, de los cuales dos destrozaron su torre, desmontando uno de sus cañones, que quedó inútil, y en el *Nahant* cayeron treinta proyectiles, con la particularidad de que uno, penetrando por la torre, llegó hasta la cámara del piloto, hirió a éste y al capitán y dejó muerto al contraemaestre; el *Nantucket* recibió una docena de balazos: su torre torcida, uno de sus cañones inutilizado, y algunas de las portas hechas trizas, demostraban bien a las claras cuán certera había sido la puntería de los confederados.

Los demás buques no estaban tan averiados, y podían hacerse a la mar perfectamente, si bien era preciso acudir a la reparación lo más pronto posible: el *Catskill* recibió veinte balazos, uno de los cuales hizo astillas la mayor parte de la proa; sobre el *Patapsco* cayeron cincuenta y cinco proyectiles, pero sólo sufrió averías el timón; el *Montauk*, aun cuando fue el buque que más tiempo sostuvo el fuego, no estaba averiado a pesar de haberle tocado las balas quince veces, y por último en el *Ironsides* cayeron sesenta y seis proyectiles, uno de los cuales arrancó una de las lanchas sujetas al costado del buque, averiando algún tanto el casco por la popa. Por su parte las balas de los cañones federales habían abierto once brechas en el fuerte Sumter, algunas de las cuales eran de tres pies cuadrados de superficie.

Lo más notable en aquel combate tan horroroso, en el que parecía presidir el genio de la destrucción, fue que el personal, tanto entre los unionistas como entre los confederados, sufrió muy pocas pérdidas: entre estos últimos se contaron sólo diez bajas, y los primeros tuvieron treinta, con lo cual quedaba probada la utilidad de los buques blindados, pues lo mismo había sucedido un mes antes en el ataque del fuerte Mc Allister. Los tres monitores *Passaic*, *Patapsco* y *Nahant*, haciendo uso de algunos morteros, habían deteriorado también en gran manera los muros del fuerte, que tenían diez metros de espesor, pero no les fue posible por falta de puntería desmontar los cañones durante un bombardeo de siete horas, a mil doscientos metros de distancia.

El almirante Dupont deseaba renovar el ataque al día siguiente, 8 de abril, mas al ver cuántas eran las averías de los buques y después de celebrar un consejo de guerra, desistió de su proyecto, pues no era difícil convencerse de que la plaza no se podría tomar por un golpe de mano y que sería preciso proceder metódicamente con baterías aisladas, un suficiente número de tropas de desembarco y un gran tren de batir.

Como se comprenderá, el general Hunter nada tuvo que hacer en aquel primer ataque: sólo contaba con cuatro mil hombres al mando del general Seymour, que fueron desembarcados en la isleta de Lighthouse, a fin de trasladarlos después a la isla de Morris en el caso de ser necesaria la cooperación de estas fuerzas, y aun suponiendo que los buques hubiesen forzado la entrada del puerto, nada habría podido hacer Hunter contra el ejército, tres veces más numeroso, de Beauregard. Las tropas de tierra sólo debían emplearse en una operación combinada contra los puestos avanzados de la plaza, y como no hubo lugar a esto, no se justifican en modo alguno las censuras contra el general Hunter, que se vio precisado a limitarse al papel de mero espectador.

Poco después de terminada aquella acción notable en que sólo jugó la artillería, el general Hunter escribió una carta a Dupont, carta que no deja de tener su interés, por ser de un testigo ocular, y que por lo mismo nos permitiremos reproducir aquí:

«Cuartel general del Sur.

»Al *Almirante Dupont*, en el New-Ironsides, delante del fuerte Sumter.

»Almirante: sin saber aun cuál ha sido el resultado de vuestro ataque de ayer, no puedo menos de felicitaros por el arrojo que ha demostrado la escuadra de que sois digno jefe.

»Reducido a ser mero espectador de ese combate grandioso, lo único que podía hacer en favor vuestro era invocar la protección del Altísimo, y creed que lo he hecho con todo mi corazón, tanto por vos como por esos bravos que con la mayor calma y serenidad han avanzado sin temor hasta ponerse al alcance de un fuego concéntrico tal como no se ha visto nunca en la historia de las guerras.

»Yo doy gracias a Dios porque hayáis salido sano y salvo de ese terrible combate: confieso que cuando vi al *Weehawken* precipitarse el primero hacia el fuerte Sumter, arrojando el fuego cruzado de las baterías, me faltó la respiración hasta que se hubo disipado el humo, pues temía que no iban a quedar vestigios del pequeño buque que servía de blanco a los cañones del enemigo.

»Al avanzar el resto de la escuadra, experimenté este mismo temor, que acreció de punto al ver al *Ironsides* y al reflexionar cuán sensible pérdida podía sufrir la patria en el caso de sucederos una desgracia.

»Sean cuales fueren los resultados de la lucha, doy gracias a la divina Providencia por haberos protegido. Un país no puede sucumbir cuando cuenta con hombres capaces de arrostrar los peligros como lo hizo ayer vuestra escuadra.

»Deseando que Dios conserve vuestra vida muchos años, reconocedme, almirante, como vuestro más afectísimo y respetuoso servidor.

»El Mayor general, *Hunter*.»

A esta atenta y afectuosa carta contestó el con fuerzas diez veces mas numerosas que almirante Dupont con la siguiente:

«En el buque almirante *Ironsides*.

»Puerto de Charleston 8 de abril de 1863.

»Al *General Hunter*, jefe del departamento del Sur delante de Charleston.

»General: recibo en este momento vuestra muy atenta carta: no necesitaba yo del combate que acaba de tener lugar para estar seguro de la sincera simpatía de que acabáis de darme una nueva prueba, ni se me oculta tampoco cuál habrá sido vuestro sentimiento por no haber podido cooperar en este primer ataque.

»Haré leer vuestra carta en los buques de la escuadra a fin de que todos mis subordinados sepan, como yo lo sabía hacía ya tiempo, cuánto es el profundo afecto que me profesa el comandante en jefe del departamento del Sur.

»Soy, general, vuestro muy afectísimo y obediente servidor.

»El almirante, jefe de la escuadra, Dupont.»

Grande fue la impresión que produjo en el Norte la primera derrota de los federales delante de Charleston, pues se tenía tal confianza en los buques acorazados y en los poderosos proyectiles de la escuadra, que todos daban como segura la destrucción total de las obras defensivas y la pronta rendición de la ciudad. El general Dupont, como la mayor parte de los viejos marinos, no era muy partidario de los buques blindados, y el mal éxito de aquel primer ataque contra Charleston le hizo aborrecer el nuevo sistema, sin reflexionar que con mil hombres y treinta cañones no era fácil apoderarse de un puerto que podía considerarse como el mejor fortificado del mundo y donde contaba el enemigo con fuerzas diez veces más numerosas que las de los federales.

Los unionistas, sin embargo, lejos de renunciar a sus proyectos contra Charleston, si bien desistiendo de un ataque a viva fuerza, comenzaron entonces a operar metódicamente, a fin de asegurar el éxito de la empresa en un segundo ataque.

Durante los meses de mayo y junio se llevaron a cabo algunas operaciones de poca importancia en las cercanías de Charleston, y por lo mismo no nos detendremos en referir aquí los detalles.

En 6 de junio de 1863 el general Gillmore y el comodoro Dahlgreen reemplazaron en el mando a Hunter y a Dupont, y apenas hecho este cambio, activáronse los preparativos de ataque contra el fuerte Sumter y Charleston, pero antes de dar cuenta de las operaciones que se emprendieron, parécenos oportuno entrar en algunos detalles.

Al encargarse del departamento del Sur, el general Gillmore sólo encontró una fuerza de diez y siete mil cuatrocientos sesenta y tres hombres, incluso los oficiales, si bien eran la mayor parte tropas veteranas, de las que algún tiempo antes llegaron con Foster. Ahora bien, contando con la cooperación naval, necesitábanse cuando menos veinte mil soldados para emprender las operaciones, y en caso de un ataque imprevisto, no habrían bastado acaso veinticinco mil, pues en aquella región tan hostil donde había tantos puntos que guardar, hacía preciso diseminar mucho las tropas, y por lo tanto no era posible concentrar más que unos once mil hombres para tomar la ofensiva contra un punto dado. En el parque de artillería encontró Gillmore noventa y seis piezas de todos calibres y algunos morteros que, por ser demasiado grandes, no se podían utilizar entonces. No faltaba tampoco un buen tren de campaña y abundantes municiones. Por lo demás, las fuerzas se hallaban en posesión de todas las islas que se hallan al oeste de Stono, incluso las de Seabrook y Folly.

El plan de Gillmore consistía principalmente en atacar por sorpresa la parte sur de la isla de Morris, que, según se sabía, estaba muy bien fortificada, y una vez tomado este punto, se establecería en él un centro de operaciones contra el fuerte Wagner, que se halla al norte de dicha isla, a dos mil seiscientas varas del fuerte Sumter, y con una fuerte guarnición a las órdenes del coronel Keitt. Dueños de esta fortificación los federales, levantarían baterías a una milla del Sumter y casi a tiro del mismo Charleston, y cuando se tratara de atacar este último fuerte, calculábase que los buques de la escuadra podrían forzar el paso a fin de quitar las obstrucciones del canal, y arrojando el fuego de las baterías de las islas James y Sullivan, llegar hasta situarse frente a la ciudad. A fin de distraer la atención del enemigo e impedir una concentración de sus fuerzas para defender la isla de Morris, cuya toma consideraba Gillmore como la parte más difícil de su programa, se destacó al general Terry con algunas fuerzas, a fin de que remontara el Stono e hiciera una demostración contra la isla James, mientras el coronel Higginson cruzaría el Edisto para cortar la vía férrea e impedir así que el enemigo recibiera refuerzos de Savannah.

Este movimiento no dio ningún buen resultado, como no fuese distraer la atención del enemigo. El coronel Higginson, con trescientos hombres y tres piezas, se embarcó en la cañonera *John Adams*, y seguido de dos transportes, remontó el Edisto en 10 de julio, pero a dos millas del puente del camino de hierro se vio precisado a detenerse tanto tiempo a causa de unas obstrucciones que cerraban el paso, que habiendo bajado la marea, embarrancaron los dos transportes muy cerca del puente, que estaba defendido por una batería de seis cañones. Higginson, completamente batido, tuvo que retirarse, quemando uno de sus barcos que no se pudo poner a flote, pero en cambio se llevó doscientos negros.

El general Terry fue más afortunado, pues no sólo distrajo la atención del enemigo del verdadero punto peligroso, sino que consiguió que sacara una parte de sus fuerzas de la isla de Morris, donde eran muy necesarias, para trasladarlas a la isla James, donde no hacían falta alguna.

La isla de Folly, especie de playa arenosa y estrecha que bordea la costa del Atlántico por la parte sur de Charleston, se halla continuamente inundada por las mareas, así como las demás islas contiguas; pero en el interior se encuentra un espeso bosque, y elevadas colinas formadas con la arena del mar, que impiden se pueda observar esta isla desde la de Morris. Allí se hallaba el general

Vogdes, que vigilaba con la mayor atención, y habiéndole ido a reforzar a poco el general Saxton con una parte de sus tropas, levantóse inmediatamente una batería de cuarenta y siete piezas, mientras la división del general Terry, fuerte de cuatro mil hombres, y la brigada del general Strong, compuesta de dos mil quinientos, se trasladaban también a la isla de Folly, aprovechando la oscuridad de la noche, a fin de no ser observados por el enemigo.

El día 8 de julio, y tomadas ya todas las disposiciones para el ataque, el general Terry remontó el Stono con tres mil ochocientos hombres, y fue a situarse a poca distancia de las obras defensivas de la parte sur del río James; otros dos mil, a las órdenes del general Strong, se embarcaron silenciosamente en la noche del 9 de julio en algunos botes que se tenían dispuestos en el río Folly, y marcharon en dirección a la isleta Lighthouse, donde se emboscaron detrás de una espesura, mientras que las baterías de Vogdes, situadas en la punta norte de la isla de Folly, rompían el fuego en la madrugada del 10 juntamente con los monitores *Catskill*, *Montauk*, *Nahant* y *Weehawken*, cuyos cañones no dejaron de prestar muy buen servicio en aquella ocasión.

Después de dos horas de tiroteo, el general Strong dio la orden de desembarcar, sin hacer aprecio del nutrido fuego de fusilería que hacían los confederados, y a eso de las nueve de la mañana, los unionistas eran ya dueños de todas las baterías que tenía el enemigo en el extremo sur de la isla de Morris. Una parte de las tropas avanzó entonces hasta situarse a un tiro de fusil del fuerte Wagner, pero era tan intenso el calor y tal la fatiga de los soldados, los cuales habían estado sobre las armas toda la noche, que se suspendieron las operaciones por aquel día. Once cañones de grueso calibre y otra porción de efectos de campaña fueron los trofeos de la victoria.

A las cinco de la mañana del día siguiente, el general Strong condujo a sus tropas al asalto del fuerte Wagner, pero al llegar al parapeto, los confederados rompieron un fuego tan vivísimo, que obligaron a los federales a retroceder con algunas pérdidas. Las operaciones que se hicieron en esta isla no costaron a Gillmore sino ciento cincuenta bajas, mientras los separatistas, según el parte oficial de Beauregard, perdieron trescientos hombres.

Convencido entonces de que la fortaleza era mucho más formidable de lo que parecía, y que sólo podría tomarse estableciendo un sitio regular, Gillmore reflexionó luego que el enemigo tenía en su mano concentrar siempre en aquel punto una fuerza mucho más numerosa que aquella de que podían disponer los sitiadores. Por otra parte, la isla era tan estrecha que impedía a los sitiadores trabajar bajo los fuegos del fuerte, pero en cambio, como los sitiados no podían hacer salidas, poco importaba que recibieran refuerzos, pues si tomaban la ofensiva, exponíanse al fuego enfilado de los buques que protegía eficazmente a las tropas de desembarco.

En la madrugada del 16 de julio fue atacado el general Terry en la isla James por una numerosa fuerza de separatistas que acababa de llegar de Virginia, y que avanzó rápidamente con la esperanza de sorprender a los federales, pero Terry estaba alerta, y con el auxilio de las cañoneras consiguió rechazar al enemigo, causándole una pérdida de doscientos hombres, mientras él no tuvo sino cien bajas. Terry marchó entonces a la isla de Morris con objeto de tomar parte en el gran ataque que se proyectaba contra el fuerte Wagner.

El bombardeo debía haber empezado al amanecer del día 18 de julio, pero una espantosa tormenta impidió que se terminasen los preparativos, y fue preciso suspender el ataque hasta las doce y media. Desde esta hora hasta el anochecer las baterías federales arrojaron una verdadera lluvia de fuego sobre la isla, mientras los cañones de los buques lanzaban sus más pesados proyectiles, a pesar de que en los fuertes Wagner y Sumter no dejaba de jugar la artillería ni un solo instante. Una de las balas de los federales tronchó el asta de la bandera que ondeaba en el fuerte Wagner, pero inmediatamente se lanzaron diez o doce hombres a colocarla; los cien cañones de las baterías unionistas tronaban sin cesar, arrojando contra el fuerte sus tremendos proyectiles, que levantaban nubes de arena, con las cuales había suficiente para ahogar a los soldados. Muchos creyeron que el fuerte no resistiría tan terrible bombardeo y que, diezmada la guarnición, acabaría por entregarse, mas por desgracia, los que así pensaron pudieron convencerse de que habían incurrido en un grave error. La guarnición se hallaba muy tranquila, y apenas devolvía un cañonazo

por cada quinientos que se le disparaban, con lo cual dejábase conocer hasta la evidencia que el enemigo reservaba sus fuerzas y sus balas para el combate que, según toda probabilidad, debía seguir al bombardeo.

Al declinar el día, comenzó a disminuir poco a poco el fuego de los federales hasta a que al fin cesó completamente, y entonces todos los buques, excepto el *Montauk*, volvieron a su anclaje. Poco después estalló una tormenta, tan furiosa en la tierra como en el mar, y al fugitivo resplandor de los relámpagos, que de vez en cuando rasgaban la densa oscuridad de la noche, veíase galopar a los jefes unionistas, dando sus órdenes para el próximo combate.

Las tropas federales se formaron en tres brigadas al mando del general Strong, siendo de advertir que una de ellas se componía solo de negros, a las órdenes del joven coronel Shaw, a quien profesaba la más profunda amistad el jefe de las fuerzas, y que tenía los mayores deseos de probar que no en vano se había llamado a los hombres de color, los cuales, tan bien como los blancos, sabían batirse en defensa de su país y de sus libertades. A instancia del joven Shaw se concedió a éste el honor de que su brigada de negros avanzase al frente de la columna de ataque, y así lo hizo en efecto, hasta tomar posición a poca distancia del fuerte, sufriendo el fuego de tres grandes cañones que no cesaban de lanzar sus proyectiles sobre el enemigo. Cuando ya empezaba a declinar el día, dióse la orden de avanzar al asalto; éste debió haberse dado por la mañana, pero como las baterías no estaban aun corrientes, suspendióse hasta la noche, con tanta más razón cuanto que el general Gillmore pensaba que la oscuridad le sería favorable para preservar en parte a sus tropas de los certeros tiros de la artillería enemiga.

Apenas se hubieron puesto en marcha los federales, las baterías de los fuertes Wagner y Sumter, así como también las de la isleta de Cumming, rompieron un fuego espantoso, pero aunque la distancia que las tropas tenían que atravesar era casi de media milla, la columna llegó hasta cerca del foso sin haber experimentado grandes pérdidas. En aquel momento oyéronse las nutridas descargas de fusilería que barrían completamente el foso, y cuando ya los unionistas se preparaban para asaltar el parapeto, los soldados de la guarnición comenzaron a lanzar sobre sus enemigos granadas de mano, que sembraron la muerte entre los sitiadores. Allí cayó sin vida el coronel Shaw; el general Strong, mortalmente herido, fue retirado del lugar del combate, después de haber visto caer también heridos de gravedad a los coroneles Chatfield, Barton, Green, Jackson y otros varios oficiales distinguidos. El resto de esta brigada se vio pues en la precisión de retirarse conducida por el Mayor Plympton, y acto continuo avanzó la segunda, que, a las órdenes del coronel Putnam, iba a intentar lo que no había podido conseguir la primera.

Entonces se renovó el combate, que a pesar de no haber durado sino media hora, fue encarnizado y sangriento, hasta que al fin viose caer herido de muerte al coronel Putnam, así como también a otros muchos oficiales que le rodeaban, y diezmadas las filas de los unionistas, también tuvo que retirarse la segunda brigada para ponerse fuera del alcance de los cañones, mientras que la guarnición del fuerte Wagner, así como también la del fuerte Sumter, lanzaban un grito de triunfo, que atronando el espacio, dominó por un momento el estampido de los cañones.

En este tremendo ataque perdieron los federales mil quinientos hombres, mientras los separatistas sólo tuvieron cien bajas, siendo de notar que apenas se hicieron prisioneros por una ni otra parte. En el campo de batalla se recogieron seiscientos cadáveres, entre los cuales se hallaba el del joven coronel Shaw, hijo del eminente filántropo que hacía ya muchos años se consagraba con sus servicios y sus bienes a la causa de la emancipación de los negros.

Es evidente que la desgraciada idea de haber querido aprovechar la oscuridad para llevar a cabo semejante empresa, fue la única causa del doloroso descalabro que sufrieron los federales en la noche fatal del 18 de julio. Si el ataque se hubiese dado durante el día, de presumir es que las valerosas tropas que avanzaron hasta las mismas líneas de defensa habrían podido batirse mejor, y acaso el sacrificio de tantas víctimas hubiera sido más útil. El jefe de las fuerzas federales no conocía bien seguramente cuánta era la fuerza efectiva del fuerte Wagner en lo tocante a su posición, su armamento y el valor de las tropas que le guarnecían.

El general Gillmore hubo, pues, de renunciar a posesionarse de la posición enemiga por medio de un golpe de mano, y en su consecuencia resolvió hacer sus preparativos para establecer un sitio formal, a cuyo efecto dispuso se abriesen desde luego las paralelas, pero entre las dificultades con que se tropezaba para esto, una de ellas, y no la más pequeña, era la estrechez de la lengua de tierra donde debían ejecutarse los trabajos de sitio, tanto más cuanto que el fuerte ocupaba toda la latitud de la isla. La circunstancia de que las baterías del fuerte Sumter, de la isleta de Cumming y de la isla de James podían cruzar sus fuegos, complicaba el problema, y además de esto, era preciso tener en cuenta que la guarnición podía recibir, cuando lo necesitase, refuerzos de Charleston, mientras que los sitiadores se hallaban expuestos a verse atacados de improviso por una fuerza dos a tres veces más numerosa.

Cinco días después de la dolorosa derrota del día 18, los federales habían construido ya una fuerte empalizada de doscientas varas de extensión, reforzándola por todos los medios que el arte aconseja, y también se acababa de abrir la primera paralela, donde se colocaron ocho piezas de batir y diez morteros de sitio. En 23 de julio, se abrió la segunda paralela a seiscientas varas de distancia de la primera, y en ella se situaron pesadas baterías, cuyos cañones se asestaron a los fuertes Wagner y Sumter. A la primera paralela se llevaron después algunas piezas de a cien y de doscientos, de cuyo manejo se encargó el capitán Foxhall. Entre tanto habíase roto el fuego en la segunda paralela, a la distancia de dos millas del fuerte, cuya primera prueba costó la vida a Rodgers, comandante del *Catskill*, y poco después se situaron otras baterías a la izquierda del fuerte Sumter, las cuales contribuyeron en gran manera a vigorizar el bombardeo.

Todos estos enojosos y difíciles trabajos se hicieron, como es de suponer, aprovechando la oscuridad de la noche, lo cual no impidió que el enemigo dejara de hacer fuego, si bien no le era posible hacer tan bien la puntería. Difícil es formarse una idea de las molestias que causaba arrastrar los cañones a través de aquel mar de arena, que ponía a prueba el valor y la resignación de los soldados.

El general Gillmore había resuelto establecer una batería cerca de un pantano que se encuentra al oeste de la isla de Morris, desde cuyo punto parecíale que las balas alcanzarían a los buques estacionados en el puerto de Charleston, y al efecto dispuso que el coronel Serrell hiciera un reconocimiento a fin de ver si esto sería practicable. El pantano en cuestión estaba formado por una capa de lodo blanco y negruzco, de diez y seis a diez y ocho pies de profundidad, cruzado por algunas corrientes, y que se cubría enteramente de agua al subir la marea, pero esto no ofrecía un grave obstáculo, y poco más allá, en un punto que se halla entre las islas de Morris y James, a cinco millas del último límite de Charleston, establecióse, una vez terminados los trabajos preparatorios, lo que se llamó la *Batería del Pantano*, protegida por un parapeto de sacos de arena, y que se consideró podría contribuir eficazmente al buen éxito del bombardeo.

Cuando todo estuvo corriente, es decir, el día 17 de agosto, doce baterías de cañones de grueso calibre rompieron a la vez el fuego sobre los fuertes Sumter, Wagner y la isleta de Cumming, siendo de tres mil cuatrocientos veintiocho a cuatro mil doscientas noventa varas la distancia que separaba a los federales de dichos puntos. En las baterías de la segunda paralela, como más expuestas a la artillería del fuerte Wagner, fue preciso suspender el fuego, aun cuando los buques de la escuadra prestaban un eficaz auxilio, y un fuerte viento Norte, que estuvo soplando por espacio de dos días, fue causa de que no padeciera mucho el fuerte Sumter, en el cual los separatistas reemplazaban inmediatamente los sacos de arena que caían con otros nuevos. Sin embargo, Gillmore dispuso que cesara el fuego del día 23, porque consideraba, según manifestó al mismo Halleck, que el fuerte Sumter no podía ya calificarse de obra defensiva, en razón a que se hallaba en parte demolido, desmontados algunos de sus cañones y reducidas las murallas a un montón de ruinas. Así, pues, nada podía impedir por aquella parte que se activaran las operaciones contra el fuerte Wagner: Gillmore quería que los buques forzaran el paso a fin de penetrar en el puerto, donde, en su concepto, no se podría ya oponer resistencia, pero Dahlgren no fue de este parecer, y se desistió del proyecto.

El día 21, el general Gillmore envió un mensaje al general Beauregard, previniéndole que si los confederados no evacuaban en el término de cuatro horas la isla de Morris y el fuerte Sumter, comenzaría a bombardear a Charleston, pero como no recibiese respuesta al cabo de catorce horas, dio orden de romper el fuego con la *Batería del Pantano*, y poco después algunas bombas incendiarias de doscientas libras fueron a sembrar el terror en el centro de la ciudad, cuyos habitantes se entregaban al sueño. Llegada la noche, cayeron en las calles de Charleston otros quince o veinte proyectiles.

A las pocas horas, el general Gillmore recibió una protesta del general Beauregard, el cual calificaba de barbarie aquel bombardeo que ponía en peligro las vidas de los ancianos, de los enfermos, de las mujeres y de los niños, sin que se expusieran en lo más mínimo los combatientes. Beauregard manifestaba además que estaba ausente de la plaza cuando llegó la intimación; que esta no estaba tampoco autorizada con la firma, ni era posible comunicarse por escrito en menos de cuatro horas; que en semejantes casos se conceden generalmente tres días de plazo, y por último, que no evacuaría los fuertes, y que si se bombardeaba la ciudad, estaba dispuesto a recurrir a las represalias.

El general Gillmore no tardó en contestar, manifestando entre otras cosas que si en la intimación faltaba la firma, este olvido involuntario carecía de importancia, puesto que el documento fue entregado por un oficial del estado mayor, y que si Beauregard estaba ausente y no había persona que lo reemplazase, era esta una circunstancia desgraciada para la ciudad de Charleston, pero de que no se podía considerar responsable al jefe unionista. Gillmore terminaba diciendo que al general en jefe de Charleston era a quien tocaba proveer a la seguridad de los habitantes.

Este razonamiento era concluyente, pero el general Gillmore quiso mostrarse cortés, y advirtió que volvería a comenzar el bombardeo el día 23, a las once de la mañana, es decir, dos días después de haberse hecho la intimación.

Terminado este plazo, y a consecuencia de una furiosa tempestad, subieron las mareas de tal modo, que inundaron completamente los parapetos destruyendo las paralelas, pero se abrió inmediatamente otra a trescientas varas del fuerte Wagner, y sólo a ciento de una colina desde la que los tiradores separatistas habían molestado mucho a los federales mientras estos se ocupaban en los trabajos de sitio. El general Terry recibió orden de apoderarse de dicha colina a viva fuerza, y habiéndolo conseguido, abrióse la quinta paralela a doscientas cuarenta varas del fuerte Wagner. El terreno en aquel punto es el que tiene menos extensión, y al mismo tiempo el más bajo de la isla; formábase sólo una lengua de tierra de veinticinco varas de longitud y dos pies de altura, barrida continuamente por las olas cuando el mar estaba un poco agitado. Al amanecer del día 27, no obstante, habíase construido una fuerte trinchera que sólo distaba cien varas de las líneas defensivas del enemigo, pero entonces los federales se vieron obligados a detenerse nuevamente.

El fuego concéntrico del fuerte Warren barría en toda su extensión la estrecha lengua de tierra, cruzándose con las baterías de la isla James, y por lo tanto, continuar durante el día los trabajos de zapa era exponer a los soldados a una muerte segura, siendo igualmente peligroso hacerlo por la noche.

En su consecuencia, el general Gillmore resolvió hacer cuanto fuera posible para apagar los fuegos del fuerte, a cuyo efecto mandó que se colocaran en las paralelas y en las trincheras todos los morteros de que se pudiera echar mano, y asimismo los cañones rayados de las baterías de brecha; además de esto hizo preparar grandes fanales de luz de calcio, que tenían la doble ventaja de disipar las tinieblas y deslumbrar con su resplandor al enemigo, dejando en la oscuridad las posiciones federales. Toda la escuadra debía tomar parte en este último esfuerzo, principalmente el *New-Ironsides*, que montaba cañones cuya boca medía once pulgadas.

Terminados todos los preparativos, en la madrugada del 5 de septiembre, comenzó de nuevo el bombardeo, que duró cuarenta y dos horas, ofreciendo, según dice el general Gillmore, un espectáculo de grandiosa sublimidad. Diez y ocho morteros de sitio del sistema Coehorn, lanzaban

sin interrupción sus bombas por encima de las cabezas de los zapadores y de las demás tropas que estaban en las trincheras; trece cañones arrojaban balas de ciento, doscientas y trescientas libras contra el ángulo sudoeste del fuerte, y el *Ironsides*, con los ocho monitores que le acompañaban, batía la fachada que daba al mar. Durante la noche, las luces de calcio prestaron muy buenos servicios, iluminando la posición enemiga hasta en sus menores detalles, y como a las tres o cuatro horas se hubiese conseguido apagar en parte los fuegos del fuerte, donde no se notaban señales de vida porque la guarnición acababa de refugiarse en la plaza de armas, los zapadores federales aprovecharon la oportunidad para avanzar sus trabajos. Solo las baterías de la isla James podían ya molestar a las tropas, pero poco después cesaron también el fuego, y entonces nada se opuso a que los trabajadores de las trincheras terminaran su penoso servicio sin ser inquietados. El día 6, coronaron por fin la contraescarpa del flanco izquierdo del bastión del Este, y entonces se dio la orden de asalto para el día siguiente.

Habíase señalado la hora de las nueve de la mañana, y llegado el momento, Gillmore dispuso que el general Terry se encargara del mando de las tropas, las cuales se formaron en tres columnas: la primera, compuesta de dos regimientos de hombres escogidos, desembocaría por las trincheras más avanzadas, a fin de escalar el parapeto y clavar los cañones; la segunda, que no tenía sino una brigada, recibió orden de atacar el fuerte por uno de sus flancos, y la tercera, asaltando por la fachada del norte, se situaría frente a la batería Gregg, cubriéndose con una extensa línea de tiradores. Asimismo se dispuso que la artillería continuara el fuego hasta que las tropas hubiesen llegado al parapeto.

Según vemos, el general Gillmore deseaba apoderarse del fuerte con toda su guarnición, y al efecto había tomado perfectamente sus disposiciones, pero los confederados dejaron el problema en suspenso, pues tan pronto como vieron que no había medio de evitar el asalto, emprendieron la retirada que ya tenían dispuesta desde mucho tiempo antes, y tal fue su celeridad, que los federales sólo cogieron setenta prisioneros, diez ocho cañones de grueso calibre en el fuerte Wagner, y siete en la batería Gregg. Estos fueron los únicos trofeos de la victoria, y es de advertir que a pesar de haberse lanzado contra el fuerte Wagner tres mil proyectiles que representaban ciento veintidós mil trescientas libras de metal, sólo se encontraron inútiles tres piezas de las que se cogieron. En aquella ocasión se demostró palpablemente que los sacos de arena tienen una resistencia que excede en mucho a la del ladrillo o de la piedra, aun cuando se trate de proyectiles tan enormes como los que se emplearon en aquella guerra.

En la noche del 8 de septiembre, una flotilla de veinticinco a treinta chalupas, de la escuadra del almirante Dahlgren, conducida por el comandante Stephens, del *Patapsco*, trató de apoderarse del fuerte Sumter por asalto. Como el jefe de la escuadra no había comunicado a nadie su proyecto, es el caso que el general Gillmore, que tenía a su disposición algunos barcos, comenzó a organizar al mismo tiempo una expedición semejante por su propia cuenta, y de aquí resultó cierta desavenencia entre ambos jefes, que se dejaron llevar de una deplorable rivalidad más bien que de una patriótica emulación. Gillmore manifestó a Dahlgren, que sería mejor asociar las dos expediciones de cuyo mando deseaba encargarse, pero el almirante exigió, no sin razón, que se nombrase jefe al oficial más antiguo de la escuadra, puesto que se trataba de un combate naval. Arregladas estas diferencias, marchó al fin la flotilla, y cuando estuvo delante del fuerte, desembarcaron algunas fuerzas que, al mando del comandante Williams, se acercaron al parapeto con objeto de escalarle. Esto, sin embargo, no, era tan fácil como se creyó en un principio, tanto más cuanto que la guarnición, al mando del mayor Elliot, estaba muy alerta, pues en el mismo momento de acercarse los expedicionarios, comenzaron a jugar las baterías que aun quedaban útiles, mientras los soldados lanzaban granadas de mano. Al cabo de un cuarto de hora, los tres primeros botes de los expedicionarios fueron destrozados completamente, y cuantos habían saltado a tierra para acometer el fuerte, es decir, unos doscientos hombres, quedaron muertos, heridos o prisioneros. El resto de las tropas emprendió entonces la retirada sin que el enemigo tratase de impedirlo. Los defensores del fuerte no sufrieron pérdida alguna.

Los proyectiles lanzados por la *Batería del Pantano* no llegaron a causar por fortuna daño alguno a los habitantes de Charleston, aunque habían estallado algunas bombas en la parte baja de la ciudad, y aquí diremos de paso que uno de los cañones de dicha batería, que se cargaba con diez y seis libras de pólvora, y que lanzaba proyectiles de ciento cincuenta libras, reventó a los treinta y seis disparos, precisamente cuando el fuerte Wagner y la batería Gregg se hallaban ya en poder de los federales, que sin pérdida de tiempo hicieron las reparaciones necesarias, fortificando de una manera formidable aquella parte de la isla. Algunos de los principales edificios de Charleston quedaron no obstante muy deteriorados, y por esto, sin duda, muchos que temieron ser víctimas del bombardeo, abandonaron la ciudad para trasladarse a otra, o quedarse en los alrededores.

Entre tanto el fuerte Sumter, aunque en realidad no podía considerarse sino como un volcán, era un volcán dormido: sus cañones estaban desmontados, su guarnición oculta en lo mas recóndito, y sólo cuando se supo que los confederados trataban de reparar las baterías, dispuso el general Gillmore que se rompiese el fuego contra el fuerte Sumter y la batería Gregg. El día 26 de octubre comenzó pues de nuevo el bombardeo, y al poco tiempo, el famoso fuerte Sumter no era ya más que un montón de ruinas, que iban cayendo poco a poco al mar. Desde aquel momento sólo una batería de la isla de Cumming continuo haciendo un fuego regular por espacio de algunas semanas, hasta que al fin se dio orden de que cesara aquel para dirigir en adelante todos los ataques contra Charleston. En el primer bombardeo se lanzaron contra el fuerte Sumter cinco mil nueve proyectiles que representaban un peso de unas quinientas cincuenta mil libras, siendo de advertir que la mitad de aquellos, cuando menos, dieron en el blanco, causando más o menos daño. No es de extrañar, pues, que al romperse el fuego por segunda vez contra este punto quedara a poco reducido el fuerte Sumter, a un informe montón de ruinas que se iban desmoronando lentamente.

El otoño y el invierno siguientes trascurrieron sin que se emprendieran otras operaciones decisivas contra Charleston: llegada la primavera, el general Gillmore recibió orden de incorporarse al ejército de Virginia, y le reemplazó otro jefe en el departamento de la Carolina del Sur.

En la Carolina del Norte no ocurría entre tanto ningún acontecimiento de importancia: el general Hill había tratado de apoderarse de Newbern, y en 14 de marzo de 1863 atacó con algunas fuerzas y veinte cañones una obra defensiva que se halla al norte del Neuse, pero la resistencia fue tan vigorosa, que los separatistas hubieron de retirarse, sufriendo algunas pérdidas.

En 30 de marzo, Hill atacó el fuerte Washington después de haber levantado algunas baterías en la isleta de Rodman, punto que dominaba una gran extensión del río Pamlico. El general Foster, que acababa de llegar, contaba con una guarnición de mil doscientos hombres, dos cañoneras y un transporte armado, a las órdenes del comandante Renshaw, y aunque se calculaba que el cuerpo de ejército de Hill constaría lo menos de veinte mil hombres y cincuenta cañones, como este jefe dejó pasar tres días sin acometer, los federales pudieron aprovechar este tiempo para fortificarse de una manera formidable, perfeccionando sus líneas de defensa. Cuando Hill hubo terminado sus preparativos, estableció un sitio en regla, situando sus cañones en las diversas eminencias que dominaban la ciudad, y una batería en la Punta de Rodman, cuya posición permitía a los confederados cañonear a la ciudad impunemente.

Foster trató de desalojar al enemigo de aquel punto, pero fue rechazado dos veces consecutivas y al fin tuvo que desistir de su empeño. El general Hill rompió el fuego con catorce cañones contra el fuerte Washington, y este bombardeo duró doce días, al cabo de los cuales habían agotado ya sus municiones los unionistas, mas habiendo llegado entre tanto una flotilla de cañoneras con un refuerzo de tres mil hombres al mando del general Enrique Price, Foster ordenó a éste que marchara a tomar la batería enemiga, lo cual rehusó aquel alegando que era imposible.

Por fin, el 12 de abril llegó el capitán Hall procedente de Rhode-Island, con refuerzo de tropas y municiones, y entonces Foster marchó a Newbern, se puso a la cabeza de los siete mil hombres que a las órdenes del general Palmer se hallaban en dicho punto, y uniendo a estos los tres mil de Price, atacó la posición del enemigo en la Punta de Rodman, y consiguió desalojarle después de un breve combate. El general Foster quiso luego perseguir a Hill, pero éste se hallaba ya demasiado

lejos, y conociéndolo así el jefe unionista, desistió de su empeño. Ya se comprenderá por esto que el haberse supuesto que Hill tenía a su disposición veinte mil hombres no pasaba de ser un error.

Poco tiempo después organizóse una expedición compuesta de tres regimientos a las órdenes del coronel Jones, con el objeto de apoderarse de un puesto militar que había en Gum Swamp, a ocho millas de Kingston. El resultado fue al principio satisfactorio, atendido que se cogieron ciento sesenta y cinco prisioneros, pero el enemigo atacó luego a los federales, cansándoles sensibles pérdidas, pues entre los muertos se contaba el coronel Jones.

Algunos días más tarde, partieron otras dos expediciones con objeto de emprender una correría que dio por resultado destruir algunas vías férreas y causar otros desperfectos de más o menos importancia.

El día 13 de julio recibió el general Foster orden de trasladarse al fuerte Monroe, y ya no ocurrió ningún hecho notable hasta que se encargó del mando el general Butler en reemplazo de aquel jefe.

Hemos dado cuenta de los principales acontecimientos de la guerra que tuvieron lugar en 1863, y llegados aquí, parécenos oportuno consagrar el capítulo siguiente a examinar la situación interior del país, agitado también por las luchas políticas en que tomaban parte todos los partidos.

18. LA ESCLAVITUD. LA EMANCIPACIÓN DE LOS ESCLAVOS (1862-1864)

Opiniones del Gobierno sobre la esclavitud. La orden del general Fremont. Carta del Presidente. Informe del Secretario de la Guerra Mr. Cameron. Rectificación del Presidente. Carta de Mr. Horacio Greeley. Contestación de Mr. Lincoln. La diputación de Chicago es admitida en audiencia por el Presidente. Proclama de Abraham Lincoln. Causas a que se achacó su aparición. Segunda proclama del Presidente. Emancipación de los esclavos. Proposición de Mr. Lincoln. Debates. Se aprueba el bill de compensaciones. El bill de Mr. Arnold. Discusión violenta. El bill de confiscación. La oposición democrática. El discurso de John Law. Aprobación del bill definitivo. Educación de los negros. Se aprueba el bill de Mr. Grimes con la enmienda propuesta por Mr. Wilson. Los negros admitidos en el ejército de la Unión. El general Hunter ordena su reclutamiento. Interpelación del gobernador Wickliffe. Respuesta del general Hunter. Se autoriza a Saxton para que arme a los negros. El general Phelps propone su admisión en el ejército. Decreto de Jefferson Davis. El Congreso XXXVIII. Se aprueba el alistamiento de los negros. Censura de los demócratas. El gobernador Andrew organiza dos regimientos. Nueva York se adhiere al proyecto. Beauregard y Jefferson Davis condenan la admisión de negros en el ejército federal. El Congreso Confederado impone la pena de muerte a los esclavos que hagan armas contra el Sur. El Presidente Lincoln resuelve ejercer represalias. Su orden general. Preocupaciones contra la raza negra. Reclutamientos. Sus servicios y cualidades.

Al estallar la guerra civil, los hombres de la Unión abrigaban la esperanza de terminarla felizmente sin alterar en lo más mínimo los principios fundamentales que invocaban los defensores de la esclavitud, y Mr. Lincoln, más que ninguno, mostrábase ansioso por obtener este resultado, sobre todo al ver la actitud vacilante de alguno de los Estados esclavos, especialmente de Kentucky, al que deseaba atraer a la causa de la Unión por lo mismo que parecía inclinarse en favor del Sur. Tanto es así, que Mr. Seward, en un despacho dirigido a Mr. Dayton, nuevo ministro de la Unión en la corte de Francia, le decía, entre otras cosas, que la guerra civil no tenía razón de ser, y que era inútil e irracional toda vez que los territorios permanecerían en el mismo Estado, fuera cual fuese el resultado de la lucha, y que lo mismo sucedería con la esclavitud, pues los derechos de los Estados y de sus habitantes quedarían sujetos a las mismas leyes y formas de la administración, sin que se alterasen en nada sus costumbres, sus hábitos y sus instituciones.

Todos los jefes y oficiales del ejército regular, que habían sido alumnos de West Point, abundaban en las mismas opiniones respecto a la esclavitud, como lo probó su conducta al encargarse de los respectivos mandos que se les confirió en el ejército. Sólo los oficiales voluntarios fueron los que no consideraron la cuestión de la esclavitud bajo el mismo punto de vista, bien es verdad que en la sucesiva marcha de los acontecimientos de la guerra, ocurrieron diversos casos con los esclavos que corrían a refugiarse en las líneas de los federales, casos que comenzaron luego a repetirse con tal frecuencia, que obligaron a Butler y otros jefes a dirigir consultas al Gobierno para averiguar cómo se debería proceder con los fugitivos.

Poco después de la batalla de Bull-Run, y cuando se hubo reunido el Congreso, la opinión pública sabía ya a qué atenerse respecto a la cuestión de la esclavitud, pero iban surgiendo dificultades a cada paso y era preciso que el Gobierno adoptase alguna medida para que todos supieran de una vez a qué atenerse en tan importante punto. La orden expedida algún tiempo antes por el general Fremont, jefe del departamento militar de Missouri, en la que prevenía «que los

bienes y propiedades de toda clase de habitantes de dicho Estado que hicieran armas contra la Unión, o tomasen una parte activa con los enemigos, quedarían confiscados para el uso público», había obligado al Presidente a escribir a dicho jefe, manifestándole que era preciso retirar o modificar dicha orden por no estar conforme con el acta del Congreso aprobada en 6 de agosto de 1861; pero como los casos de esta naturaleza se repetían con mucha frecuencia, deseaba Mr. Lincoln adoptar cuanto antes una resolución a fin de que los jefes no se extralimitaran de sus atribuciones, ni tuviesen tampoco que hacer consultas a cada paso.

El general Cameron, Secretario de la Guerra, era uno de los que insistían con más empeño en reconocer que la esclavitud podía considerarse como el mayor enemigo de la Unión, y que por lo tanto se la debía combatir sin tregua. En el informe anual que había dirigido al Presidente algún tiempo antes, alegaba poderosas razones en apoyo de su aserto, y decía entre otras cosas lo siguiente:

«Inútil será para el Gobierno continuar la guerra o abrigar la esperanza de combatir a sus enemigos, si no hace uso de todos los medios legales que estén a su alcance. El derecho de apoderarse de los esclavos es tan legítimo como el de tomar forraje en el campo, algodón en los almacenes, o armas en las fábricas, pues dejar al enemigo en posesión de todo eso sería una insigne locura, como lo es también respetar sus esclavos, que les sirven mucho más que el forraje, el algodón y otros efectos. Semejante política sería un verdadero suicidio nacional. Lo que ha de hacerse con los esclavos, es una cuestión que el tiempo ha de resolver, y lo único que puede asegurarse por ahora, es que el Gobierno deberá dejarlos en libertad más tarde o más temprano, pues sería inútil conservarlos como prisioneros de guerra. El espíritu de propia conservación impone al Gobierno el deber de emplear a los esclavos del modo más conveniente para reprimir la insurrección, restableciendo la autoridad de aquel, y si se llegare a probar que esos esclavos son capaces de tomar las armas a fin de prestar sus servicios en el ejército, convendrá equiparlos y disciplinarlos para reforzar nuestras filas.

»De todos modos, y hágase lo que quiera de ellos, claro está que el Gobierno no debe permitir que sigan por más tiempo reducidos a la servidumbre forzosa, pues el esclavo del amo rebelde que presta sus servicios en favor de una justa causa, adquiere un título para que se le ponga en libertad y se le proteja.»

Mr. Lincoln examinó detenidamente este informe, y antes de presentarlo, sustituyó la última parte con el siguiente párrafo:

«Es una cuestión grave el resolver lo que deberá hacerse con esos esclavos abandonados por sus amos, pues su número va siendo ya muy considerable, y es de presumir que lo será aun mucho más. ¿Qué ha de hacerse con ellos? Entregarlos a sus amos para que luego se armasen contra nosotros y adquiriera así mayores proporciones la rebelión, no sería equitativo ni justo, tanto más cuanto que podríamos utilizar sus servicios, disminuir así los recursos de nuestros enemigos y combatir con más ventaja las tendencias a la insurrección.

»El Congreso, en su superior inteligencia y sabiduría, podrá resolver, una vez terminada la guerra, lo que debe hacerse con los esclavos de los rebeldes, y es seguro que los representantes del pueblo defenderán los derechos que confiere la Constitución del país a los propietarios que hayan permanecido fieles al Gobierno.»

El día 19 de agosto, Mr. Horacio Greeley escribió una extensa carta al Presidente manifestándole, entre otras cosas, que cuanto más tiempo se tardara en atacar de frente a la esclavitud, más se prolongaría la lucha y aumentarían los peligros para la Unión, y que si no se adoptaba el medio de utilizar los servicios que podían prestar los negros durante la guerra, sería muy difícil combatir a los enemigos del Gobierno, que no dejaban de contar con poderosos elementos.

Contra lo que se esperaba, el Presidente contestó a la carta de Mr. Greeley con otra muy atenta, y sin duda con el objeto de dar a conocer sus opiniones sobre la grave cuestión que se debatía, expresábase en los siguientes términos:

«Muy señor mío: Acabo de leer vuestra carta de 19 del corriente agosto, que me habéis dirigido por conducto del *New-York Tribune*. No es mi ánimo dejar a ninguno en duda acerca de la política que me propongo seguir; mi deseo es salvar a la Unión sin faltar a los principios constitucionales, y podéis estar seguro de que cuanto antes se restablezca la autoridad nacional, antes se conseguirá el objeto apetecido.

»Hay algunos que quieren conservar la Unión respetando la esclavitud al mismo tiempo, y no falta quien desea desaparezcan ambas cosas si ha de faltar una de ellas, pero yo no soy de ese modo de pensar. *Mi principal objeto es conservar la Unión sin atacar ni proteger la esclavitud.*

»Todo lo que yo hago en la cuestión que nos ocupa, lo hago porque creo que favorece nuestra causa, y cuando no consiento alguna cosa, es porque me parece que no redundará en beneficio de aquella.

»Trataré de corregir los errores cuando los reconozca como tales, y adoptaré nuevas medidas cuando en mi juicio sean mas oportunas para conseguir el fin.

»Os he dicho cuáles son mis opiniones, y ahora sólo me resta añadir que yo desearía que todos los hombres fuesen libres.

»Vuestro afectísimo,

»Abraham Lincoln.»

Pocos días después fue a visitar al Presidente una diputación de Chicago e Illinois, cuyo único objeto era recomendar con la mayor eficacia a Mr. Lincoln que adoptara una vigorosa política de emancipación, alegando que ésta haría muy buen efecto en Europa, y justificaría las medidas que se tomaran para proteger a los oprimidos y sofocar cuanto antes la rebelión. Mr. Lincoln recibió a los comisionados con la mayor benevolencia, dirigiéndoles un breve discurso que terminaba con estas palabras:

«Graves dificultades me han impedido hasta aquí obrar tal como deseáis, y si bien no he resuelto aun publicar una proclama declarando libres a los esclavos, es porque me parece indispensable estudiar muy detenidamente este asunto. Puedo aseguraros, no obstante, que me ocupo de él día y noche porque deseo resolver la cuestión lo mas pronto posible. Por lo demás, ya os he dicho cuáles son mis opiniones, y espero apreciareis mi franqueza en lo que vale.»

Terminada la audiencia, retiróse la diputación ofreciendo su apoyo a Mr. Lincoln, pero antes de que hubiese tenido tiempo de llegar a Chicago para dar cuenta de su cometido a sus constituyentes, causó el mayor asombro tanto a los amigos como a los enemigos del Gobierno la siguiente proclama publicada por orden del Poder ejecutivo sin que hubiera mediado anuncio alguno ni aun en las regiones oficiales.

«Yo, Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos y comandante en jefe del ejército y de la armada, proclamo y declaro por la presente, que así hasta aquí como en lo sucesivo se ha continuado y se continuará la guerra con el objeto de restablecer prácticamente las relaciones constitucionales entre la Unión y cada uno de los Estados donde se han suspendido aquellas.

»Que es mi intención recomendar al Congreso en la próxima legislatura que adopte una medida, cuyo objeto será conceder una compensación pecuniaria a los Estados que, no habiendo tomado parte en la rebelión contra el Gobierno, hayan sufrido perjuicios por aceptar voluntariamente la abolición inmediata o gradual de la esclavitud en sus límites respectivos.

»Que para colonizar en el continente o en otro punto a los individuos de la raza africana, previo su consentimiento y el del Gobierno, se harán cuantos esfuerzos sean necesarios.

»Que el día 1 de enero del año de Nuestro Señor de 1863, todos los individuos que se consideren como esclavos en cualquier Estado rebelde, serán declarados libres para siempre, y en su

consecuencia el Gobierno ejecutivo de la Unión, así como todas las autoridades militares y navales, reconocerán la libertad de dichas personas sin cometer acto alguno que pueda coartarla o reprimirla.

»El 1 de enero citado, el Poder ejecutivo designará por medio de una proclama cuáles son los Estados rebeldes, y si uno de estos estuviere en dicho día representado en el Congreso por miembros elegidos por una mayoría, se entenderá, a falta de pruebas contrarias, que deja de tomar parte en la rebelión.

»Convendrá tener presente un acta del Congreso, titulada: *Acta para introducir un artículo adicional de guerra*, aprobada en marzo de 1862, y que a la letra dice así:

»El Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso, han resuelto que se promulguen las siguientes disposiciones como artículo adicional de guerra, y las cuales se cumplirán estrictamente.

»Sección 1.^a Se prohíbe a todo oficial o persona que se halle al servicio del ejército de los Estados Unidos, emplear fuerzas de su respectivo mando para devolver los esclavos fugitivos a sus dueños. Todo oficial que desobedeciere esta orden, será sometido a un consejo de guerra y privado de su empleo.

»Sección 2.^a Este artículo tendrá fuerza de ley desde el momento de su publicación.

»Asimismo se tendrán presentes las Secciones 9.^a y 10.^a de un acta titulada: *Acta para reprimir la insurrección, castigar la traición y confiscar los bienes y propiedades de los rebeldes*, aprobada en julio de 1862, y que a la letra dice así:

»Sección 9.^a Los esclavos de las personas que hayan tomado parte en la rebelión contra los Estados Unidos, o que la apoyaren de un modo cualquiera, y que abandonaran a sus dueños, refugiándose a las líneas del ejército federal, se considerarán como prisioneros de guerra, declarándoseles libres para siempre. En el mismo caso se hallan los esclavos que pidieran protección al Gobierno de los Estados Unidos, o se encontrasen en las localidades ocupadas antes por los rebeldes.

»Sección 10.^a Se previene asimismo que a ningún esclavo que se fugase de un Estado o territorio a otro, se le podrá privar en modo alguno de su libertad, excepto en el caso de crimen u ofensa contra las leyes, o a menos que el reclamante preste juramento de que aquel le es deudor de su trabajo, y que no ha hecho armas contra los Estados Unidos de ningún modo. Se prohíbe a todo aquel que se halle al servicio del ejército o de la armada de los Estados Unidos, bajo la pena de perder su destino, decidir por sí sobre la validez de la queja producida o restituir el fugitivo al reclamante.

»Y por la presente prevengo y ordeno a todas las autoridades así civiles como militares, que hagan observar y cumplan las disposiciones contenidas en este decreto.

»El Poder ejecutivo recomendará en tiempo oportuno que a todos los ciudadanos de la Unión que hayan permanecido fieles al Gobierno, se les abonen daños y perjuicios por las pérdidas que sufrieran antes de restablecerse las relaciones constitucionales.

»Hecho en la ciudad de Washington el día 22 de septiembre del año de Nuestro Señor de 1862, octogésimo séptimo de la Independencia de los Estados Unidos.

»Abraham Lincoln.»

Se ha dicho que este documento apareció más pronto de lo que se esperaba, merced a las sugerencias de los embajadores de la Unión en las cortes de Europa, pues se creía inminente el reconocimiento de la Confederación, pero otros aseguran que el Presidente estaba ya resuelto a seguir esta política algunas semanas antes de publicarse la proclama. Lo más probable es que el Presidente esperara, para publicar este documento, saber el resultado de la lucha en Maryland, la cual terminó con la batalla de Antietam.

Es de presumir que desde un principio muchos hubieran votado por la paz, también contra la emancipación, pero poco a poco todos fueron convenciéndose que sólo podría reprimirse la rebelión atacando directamente la esclavitud. Sin embargo, bien pudiera ser que el Presidente

Lincoln fuese el primero en reconocerlo así, y hubiera resuelto de antemano decretar la emancipación arrojando todas sus consecuencias.

Abraham Lincoln no era hombre capaz de retroceder una vez tomada su determinación, aun cuando comprendiese que no habían de ser inmediatos los resultados de su política, y así es que en el día prefijado publicó su segunda proclama, concediendo la libertad absoluta a los esclavos. He aquí su contenido:

«*Considerando* que el día 22 de septiembre del año de Nuestro Señor de 1862, se ha publicado por el Presidente de los Estados Unidos una proclama que dice entre otras cosas lo siguiente:

»Que desde el 1 de enero del año de Nuestro Señor de 1863, todos aquellos detenidos como esclavos en un Estado cualquiera, o en una parte de éste, cuya población se haya rebelado contra el Gobierno de los Estados Unidos, serán declarados libres para siempre;

»Que el Gobierno de los Estados Unidos, incluso las autoridades militares y civiles, reconocerán la libertad de dichos individuos, cuidando de no tomar medida alguna para coartarla; que una proclama del Presidente designará en dicho día 1 de enero, qué Estados se han declarado en abierta rebelión contra el Gobierno, y que aquel que estuviera representado en el Congreso por miembros elegidos en las elecciones por una mayoría, se entenderá, a falta de pruebas contrarias, que deja de tomar parte en la rebelión.

»Yo, Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos, en virtud de los poderes de que estoy revestido como comandante en jefe del ejército y de la armada de los Estados Unidos, en tiempo de rebelión armada contra la autoridad del Gobierno, y como medida de guerra conveniente y necesaria para reprimir aquella, he tenido a bien, transcurridos cien días desde la publicación de mi primera proclama, designar hoy, primero de enero del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y tres, los nombres de los Estados o de las partes de éstos que se hallan en abierta rebelión contra el Gobierno, y son los siguientes:

»Arkansas, Texas, Louisiana (excepto las parroquias de San Bernardo, Plaquemine, Jefferson, San John, San Charles, San James, Ascensión, Asunción, Tierra Buena, Lafourche, Santa María, San Martín y Orleans, incluida la ciudad de este nombre, Mississippi, Alabama, Florida, Georgia, Carolina del Sur, Carolina del Norte y Virginia, excepto los cuarenta y ocho condados conocidos con el nombre de Virginia Occidental, y los de Berykele, Accomac, Northampton, Ciudad de Isabel, York, Princesa Ana y Norfolk, incluida la ciudad de este nombre y la de Portsmouth, para todos cuyos puntos no rige la presente.

»Y en virtud de los poderes que se me confieren, y en cumplimiento de lo dicho, ordeno y declaro que todos aquellos que se consideren como esclavos en dichos Estados o en cualquiera de sus partes, QUEDARÁN DESDE AHORA Y PARA SIEMPRE LIBRES. El Gobierno ejecutivo de la Unión, incluso las autoridades civiles y militares, reconocerán y mantendrán la libertad de los citados individuos.

»Y prevengo por la presente a todos cuantos así se declaren libres, que se abstengan de toda violencia, excepto en el caso de defensa propia, y asimismo les recomiendo que cuando les fuere permitido, trabajen fielmente por un jornal razonable.

»Además hago saber que los citados individuos que reúnan las condiciones necesarias serán admitidos al servicio del Gobierno para formar parte de las guarniciones de los fuertes, puestos militares, estaciones u otros puntos, así como también de las tripulaciones de los buques.

»Y en favor de este acto, que creo sinceramente ser de justicia, autorizado por Constitución, apelo al juicio de la humanidad invocando la protección del Todopoderoso.

»En cumplimiento de lo cual autorizo la presente con mi firma y el sello de los Estados Unidos.

»Hecho en la ciudad de Washington en este día primero de enero del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y tres, octogésimo octavo de la Independencia de los Estados Unidos.

»Por el Presidente, *Abraham Lincoln*.

»William H. Seward, Secretario de Estado.»

Poco tiempo antes de publicarse esta proclama, por la cual quedaba decretada terminantemente la emancipación de los esclavos, el Presidente Lincoln, después de haber demostrado en un mensaje especial que la cuestión de la esclavitud era la principal causa de la guerra, proponía a las dos Cámaras del Congreso que aprobaran el siguiente acuerdo:

«El Gobierno de los Estados Unidos concederá a todo Estado que adopte la abolición gradual de la esclavitud una compensación razonable por los perjuicios que se le irrogasen a consecuencia del cambio de sistema.»

Sometida esta proposición a un Comité, a fin de que informara sobre ella, promoviéronse los debates consiguientes, los cuales dieron a conocer desde luego la repugnancia de los unionistas que había en los Estados esclavos, así como también de todos los demócratas, a conceder compensaciones que favoreciesen la emancipación. Mrs. Wadsworth, Mallory, Wickliffe, Crittenden y otros, combatieron la proposición presentada por el Presidente, pero habiéndola apoyado todos los republicanos, fue aprobada al fin en la Cámara por ochenta y nueve votos contra treinta y uno. Cuando se pasó al Senado, Mr. Saulbury combatió rudamente la proposición, apoyándole Mrs. Willey, Latham, Powell y otros, pero después de un obstinado debate, también se obtuvo la aprobación en la Cámara alta. El Presidente opinaba que esta medida daría muy buenos resultados, aunque muchos no lo creían así, fundando principalmente sus argumentos en que lo único que se había conseguido era aumentar los ya crecidos gastos del Gobierno sin evitar con esto los males que afligían al país desde el principio de la guerra.

En 24 de marzo de 1862, después de organizados los nuevos territorios de Colorado, Nevada y Dakota, previas las correspondientes actas, que nada decían respecto a la esclavitud, Mr. Arnold, de Illinois, sometió a la Cámara un *bill* aboliendo y prohibiendo aquella en todos los territorios de la Unión, *bill* que fue modificado por Mr. Lovejoy, y que estaba concebido en estos términos:

«Acta para asegurar la libertad de todos los individuos dentro de los territorios de la Unión.

»A fin de que la libertad individual sea para siempre la ley fundamental del país en cuanto dependa de la acción del Gobierno de los Estados Unidos:

»Resolvemos: que la esclavitud o servidumbre forzosa, en todos los casos, excepto cuando se trate del castigo de un crimen, quede suprimida desde ahora en todos los territorios de la Unión ahora existentes o que se puedan adquirir en lo futuro.»

Difícil es formarse una idea de los violentos y enojosos debates que promovió esta proposición, combatida por todos los demócratas sin excepción alguna; Mr. Crisfield, de Maryland, dijo que aquello era una infracción de los derechos de los Estados y de los artículos de la Constitución, y sobre todo, una medida que no podía menos de perjudicar gravemente a los intereses del país, y Mr. Thomas sostuvo que el Congreso no debía aprobar la proposición sin conceder antes compensaciones a los propietarios que hubiesen sufrido pérdidas a consecuencia de la abolición de la esclavitud. A pesar de los esfuerzos de la oposición, como el partido del Gobierno era más numeroso, y apoyaron el *bill* los principales campeones del partido republicano, se aprobó al fin por ochenta y cinco votos contra cincuenta. Cuando se pasó al Senado, el Comité respectivo, del que era presidente Mr. Browning, modificó el *bill* en la forma siguiente:

«Desde el momento en que se apruebe la presente acta, no habrá esclavitud ni servidumbre forzosa en ninguno de los territorios de los Estados Unidos existentes en la actualidad o que puedan adquirirse en lo sucesivo, exceptuando el caso en que se trate de castigar un crimen.»

Después de un breve debate, se aprobó el *bill* por veintiocho votos contra diez, y una vez firmado por el Presidente, quedó declarado como ley del país.

Respecto a la conveniencia de confiscar o emancipar a los esclavos de aquellos que habían tomado parte en la rebelión, consideróse que éste era un punto muy delicado, y no se trató de él sino

muy ligeramente a fines de la legislatura de 1862; entre las diversas proposiciones que se presentaron había una de Mr. Trumbull, el cual pedía que los esclavos de todos los que hubiesen tomado parte contra la Unión fuesen declarados para siempre libres del servicio forzoso. Esta proposición, así como todas las demás, excitó una verdadera tempestad en las Cámaras, y tan fuerte se presentaba la oposición, y de tal modo se prolongaban los debates, que el Senado acordó al fin nombrar, para que informara, un Comité especial, cuyo presidente, Mr. Clark, modificó el *bill* de manera que sólo se autorizaba al Presidente para declarar libres a los esclavos, cuyos dueños se cogieran con las armas en la mano treinta días después de publicarse la proclama. Mr. Davis, de Kentucky, quiso introducir una enmienda proponiendo que en vez de declarar libres a los esclavos, se vendieran y se ingresara el importe en el Tesoro, pero como sólo la apoyaron siete senadores, fue desechada sin más que un ligero debate.

Tomado de nuevo en consideración el *bill*, renovóse la discusión con más violencias, si cabe, que antes, y los demócratas sobre todo, que se mostraban muy tenaces, no perdonaron esfuerzo alguno para combatir el *bill*, lo cual quiere decir que durante algunos días hubo una verdadera lluvia de enmiendas y protestas, y se pronunciaron discursos más o menos elocuentes o apasionados; citaremos sólo aquí un párrafo del discurso de Mr. John Law, de Indiana, pues basta con él para comprender el carácter y estilo de los demás. Decía así:

«El hombre que crea posible terminar la sangrienta lucha que aflige a nuestra patria, y restablecer la Unión por otros medios que los prescritos por nuestros padres en la Constitución del país, es un loco, o mejor dicho, es un traidor, y merecería ser ahorcado sin formación de causa. Aprobad esos *bills*: confiscad en virtud de ellos la propiedad de esos hombres; emancipad a sus esclavos; facilitad armas a esa canalla para que asesine a sus amos y cometa violencias con sus esposas e hijas, y presenciareis una guerra tal como no se ha visto nunca, ni en los días más aciagos de la revolución francesa ni cuando ocurrieron las horrorosas escenas de Santo Domingo.»

Mr. Elliot pronunció luego un brillante discurso en defensa de los *bills*, y al fin se aprobó el llamado de *Confiscación* por ochenta y dos votos contra sesenta y ocho.

En 23 de junio fue sometido a la aprobación del Senado este *bill*, y después de un breve debate, se aprobó también por veintiocho contra trece, y de este modo quedó decretado:

1.º Que todos los esclavos cuyos dueños hubiesen tomado parte en la rebelión, así como los que se refugiaron en las líneas de los federales, o todos los que se encontrasen en los puntos ocupados sucesivamente por las tropas del Gobierno, serían considerados como prisioneros de guerra, declarándoseles libres de la esclavitud para siempre;

2.º Que los esclavos fugitivos no se devolverían a sus dueños cuando éstos hubiesen tomado parte en la rebelión;

3.º Que ninguno de los que se hallaren al servicio del ejército o de la armada podría devolver un esclavo fugitivo, bajo la pena de pérdida del empleo; y

4.º Que el Presidente quedaba autorizado para utilizar los servicios de la raza africana con el objeto de reprimir la rebelión, organizando a los esclavos de la manera más conveniente.

El *bill* definitivo que comprendía todos estos artículos fue aprobado en la Cámara por la decisiva mayoría de ochenta y dos votos contra cuarenta y dos, y en el Senado por veintisiete contra doce, declarándose luego como ley del país. Como quiera que el Presidente Lincoln había recomendado en su mensaje anual que se restableciesen las relaciones diplomáticas con Haití y Liberia, Mr. Sumner presentó, en 4 de febrero, un *bill* para llevar a cabo esta medida, el cual fue aprobado en ambas Cámaras, aunque no sin que mediaran acalorados debates.

Poco antes de decretarse la emancipación por el Gobierno federal, no se había adoptado medida alguna para atender a la educación de los negros, bien fuesen libres o esclavos, y con el objeto de remediar esta falta, Mr. Grimes, de Iowa, sometió a la aprobación del Senado, en 29 de abril, un *bill* proponiendo se adoptasen ciertas disposiciones para proveer a la educación de los hijos de los negros en la ciudad de Washington. Mr. Grimes manifestaba que, no bajando el número de

aquellos de tres mil ciento setenta y dos en el año 1860, y como quiera que los padres pagaban treinta y seis mil dólares anuales de contribución, convendría destinar una parte de esta cantidad exclusivamente a la educación de los hijos de los negros, y no de los blancos, como se había estado haciendo hasta entonces.

En 30 de abril se tomó en consideración el *bill* de Mr. Grimes, y desde luego presentáronse varias enmiendas, una de las cuales, la de Mr. Wilson, decía así:

«Todos los individuos de color del distrito de Columbia, o que residan dentro de los límites de Washington y Georgetown, quedarán sujetos a las mismas leyes que rigen para los blancos, serán juzgados con arreglo a ellas por los delitos que cometieren, y cuando se les declarase convictos de cualquier crimen u ofensa, sufrirán la misma pena o castigo que se aplica a los blancos. Todas las órdenes o disposiciones contrarias a este decreto, se considerarán anuladas desde la publicación del presente.»

Esta importante enmienda se tomó inmediatamente en consideración, y se aprobó, sin más que un ligero debate, por veintinueve votos contra siete. Mr. Lincoln firmó el *bill* el día 21 de mayo.

Todas estas medidas fueron seguramente el primer paso en la senda del progreso, pero, a no dudarlo, el más difícil, y poco costaría ya dar el segundo. No sólo era ya un hecho consumado la emancipación de los esclavos, sino que se reconocía en los negros iguales derechos que en los blancos al concederles la libertad, y además de esto se disponía la creación de escuelas para educar a sus hijos, facilitándoles así todos los medios necesarios para marchar por la senda de la civilización.

Al llegar aquí, nos parece oportuno hacer una ligera digresión a fin de recordar algunos puntos de nuestra historia y referir ciertos hechos que conviene tener presentes y se relacionan con el presente capítulo.

No habrán olvidado nuestros lectores que en la primera colisión ocurrida entre ingleses y americanos, que se conoció con el nombre de la *Matanza de Boston*, un mulato esclavo de Massachusetts, conocido con el nombre de Crispus Attucks, se encargó de dirigir las turbas, y fue uno de los primeros que murieron al romper el fuego las tropas reales. En el combate de Monte Bunker, Pedro Salem, un negro que había alcanzado su libertad, fue el que desde el parapeto mató de un tiro al Mayor Pitcairn, oficial de la marina inglesa, en el momento en que aquel se lanzaba al asalto, seguido de su gente, y ya desde aquella época, los negros y mulatos comenzaron a figurar entre las indisciplinadas tropas que luchaban contra el ejército inglés, viéndose a poco algunos regimientos compuestos solo de negros. Sin embargo, como en aquella época se apreciaban en mucho los esclavos, y eran muy útiles en todas las colonias organizadas, no faltó quien censurase que se les admitiera entre las filas de la milicia, y no tardó en reconocerse que no debían figurar negros en un ejército que solo combatía por la libertad. Por esto, sin duda el Comité de Seguridad aprobó un acuerdo, por el cual se prevenía que siendo incompatible con los principios que se defendían la admisión de negros en el ejército, no podrían ingresar en este sino los hombres libres, y que por lo tanto quedaban excluidos los esclavos sin excepción alguna.

Este acuerdo no se refería a los negros y mulatos que ya hubiesen obtenido su libertad, y por lo tanto, muchos propietarios permitieron la emancipación de algunos de sus esclavos a fin de que pudieran ingresar en las filas de los patriotas. Esto dio margen a que se promoviese luego un debate en el Congreso, que había ya fijado su atención en el asunto, y Mr. Rutledge presentó una proposición pidiendo que no se admitiera a ningún negro en los ejércitos de la patria, pero la oposición fue tan numerosa, que se desechó el proyecto, siendo el resultado que desde entonces, en vez de expulsar a los negros del servicio, se les recibió con más facilidad que antes, ya como voluntarios o sustitutos. Tanto es así, que en Virginia especialmente, llegó a ser costumbre conceder a un esclavo la libertad si se convenía en ocupar en el ejército el puesto de su amo.

En la Carolina del Sur se autorizó poco después el alistamiento de esclavos, aunque no precisamente como soldados, sino como peones o trabajadores; Rhode-Island resolvió seguir el

ejemplo en 1778, declarando libres a los esclavos que se alistasen en el ejército, y de este modo se organizó un regimiento que dio pruebas de valor en la batalla de Rhode-Island. Massachusetts, Nueva York y otros Estados imitaron esta conducta punto por punto, con aplauso de los principales patriotas de la época, y es de creer que si hubiese durado algunos años más la guerra de la Revolución, se habría abolido la esclavitud en todo el país. Lord Cornwallis proclamó libres durante su campaña en el Sur a todos los esclavos que quisieran seguirle, y su subordinado Tarleton se llevó consigo a una porción de ellos. En una carta escrita por Jefferson al doctor Gordon, decíale que esta política había costado a Virginia nada menos que treinta mil esclavos en un año, la mayor parte de los cuales murieron luego en los campamentos por haberse declarado la viruela.

La guerra de 1812 con la Gran Bretaña, fue mucho más corta que la de la Revolución, y no tan mortífera, mas a pesar de esto se echó mano de los negros en vez de rechazarlos, y en Nueva York se autorizó la organización de dos regimientos, a los cuales se señaló la misma paga y derechos que a los blancos, pero debe advertirse que no se admitía a ningún esclavo sin previo consentimiento de su amo o de su ama, que recibían la prima de enganche en cambio de la libertad de aquel.

Por último, el general Jackson, a pesar de haberse opuesto siempre a que se admitiera a los negros en las filas del ejército, utilizó sus servicios en la famosa defensa de Nueva Orleans, y este mismo jefe fue el primero en elogiar el valor y buena conducta de sus nuevos soldados.

Los descalabros que sufrieron los unionistas en las primeras campañas, fueron causa de que no se reparara luego tanto en la elección de los medios para continuar la lucha, y el Presidente, primero, y luego el Congreso, después de haber condenado las tendencias abolicionistas de algunos de sus generales, fueron mucho más allá que ellos.

El general Hunter, jefe del departamento de Hilton Head, fue el primero que dispuso se organizaran regimientos de negros, después de haber proclamado su emancipación en todo aquel distrito militar, y esta medida dio lugar a que Mr. Wickliffe hiciera una interpelación en la Cámara, presentando luego una proposición concebida en estos términos:

«Acordamos que se invite al Secretario de la Guerra a contestar al siguiente interrogatorio:

»1.º ¿Es cierto que el general Hunter, jefe del departamento de la Carolina del Sur, ha organizado un regimiento de voluntarios, compuesto de negros (esclavos fugitivos), para la defensa de la Unión, nombrando un coronel y oficiales para su mando?

»2.º ¿Estaba autorizado el general Hunter para organizar y reclutar como soldados del ejército de la Unión esclavos fugitivos o cautivos?

»3.º ¿Se le ha provisto al efecto del equipo necesario?

»4.º ¿Se le han enviado por el departamento de la guerra armas para los esclavos?

»5.º Remítanse a la Cámara para su examen todas las comunicaciones y correspondencias que hayan mediado entre el general Hunter y el departamento de la guerra.»

El Secretario Mr. Stanton, se apresuró a contestar desde luego que *no se había autorizado* al general Hunter para semejante cosa, y se negó a presentar la correspondencia, alegando que esto sería perjudicial para el bien público.

Sin embargo, algunos días después, es decir, el 2 de julio de 1862, remitió a la Cámara un informe del general Hunter, en el cual este jefe contestaba a las preguntas de Mr. Wickliffe en los términos siguientes:

«En respuesta a la primera pregunta, debo manifestar que en este departamento no se ha organizado cuerpo alguno de esclavos fugitivos, pues si bien hay un regimiento de negros, estos son libres, por haber huido sus amos del país abandonándolo todo.

»A la segunda pregunta tengo el honor de contestar que con arreglo a las instrucciones remitidas al general Sherman por Mr. Cameron, Secretario de la Guerra, y que luego me fueron trasladadas, estoy plenamente autorizado para admitir en las filas a cuantas personas leales se presenten ofreciendo sus servicios en defensa de la Unión. Como en esas instrucciones no se hace

restricción alguna respecto a la clase o color de los individuos que deban admitirse, deduzco que estoy autorizado para alistar a los esclavos fugitivos cuando se presentare alguno en este departamento de mi mando, pero debo advertir que hasta el día no se ha dado este caso.

»A la tercera pregunta tengo el sentimiento de contestar que no se me ha remitido equipo alguno, ni armas, ni uniformes de ninguna especie, y para mi justificación sólo puedo alegar que en las instrucciones de Mr. Cameron se me prevenía que empleara mis tropas de la manera que me pareciese más conveniente para el mejor servicio del departamento. Al autorizármese para disponer de las tropas del modo y forma que creyese más útil, deduje que quedaba en libertad de equipar y armar al único regimiento que se ha organizado en la Carolina del Sur.

»El proyecto de armar a los negros ha producido el mejor resultado, pues la experiencia nos ha dado a conocer que son sobrios, dóciles y entusiastas, y que tienen las condiciones necesarias para desempeñar los deberes de un soldado. Los negros se muestran siempre deseosos de entrar en acción, y es opinión unánime de los oficiales que les instruyen, que atendido el clima del país, serán muy ventajosos auxiliares, tan útiles como los regimientos que emplean los ingleses en las Indias Occidentales.

»Terminaré manifestando que, atendido que las exigencias de la campaña de la península impedirán se me envíe un refuerzo, podré organizar para fin de año un cuerpo de ejército compuesto de cuarenta y ocho a cincuenta mil de esos fieles y valerosos soldados.

»Confío que esta carta podrá servir de contestación a Mr. Wickliffe, y entre tanto tengo el honor de ofrecerme como siempre su afectísimo,

»El general en jefe, D. Hunter.»

Estas contestaciones, aunque no muy satisfactorias para Mr. Wickliffe, parecieron concluyentes a la mayoría de los miembros, pero Mr. Dunlap presentó una proposición concebida en estos términos:

«*Declaramos*: que el documento de que se dio lectura ayer, firmado por el general David Hunter, el cual aprueba el armamento de negros, emite ideas y opiniones indignas del Congreso, que son un insulto para el pueblo americano y nuestro valiente ejército. Por este motivo, y en vista también del estilo descortés de Mr. Hunter, pedimos que no se tome en consideración ese documento que merece tan sólo una severa censura.»

Esta proposición quedó sobre el tapete, y se aplazó el debate para otro día, pero esto no impidió que otros generales de la Unión se apresuraran a seguir el ejemplo de Hunter, pues como se trataba de una medida militar, y por lo tanto de la competencia del Poder ejecutivo, la Cámara, a pesar de su prevención a los soldados negros, hubo de limitarse a tomar acta de aquella nueva medida, sin oponerse a que se llevara a efecto.

El 25 de agosto, el Secretario de la Guerra expidió una orden al general Rufus Saxton, previniéndole que procediera al armamento de los negros que se presentaran, uniformándolos y equipándolos por regimientos, pero cuidando de no admitir por entonces en el servicio más de cinco mil.

El general Phelps, que servía a las órdenes de Butler, dirigió por entonces también un informe a su jefe encareciéndole la conveniencia de adoptar una política anti-esclava admitiendo a los negros en el servicio de las armas, con lo cual se daría en su concepto un gran paso en la senda de la civilización. Phelps añadía que no sería difícil organizar cincuenta regimientos que podrían utilizarse para auxiliar a los blancos, conservar el orden y combatir ciertas influencias peligrosas para la libertad, y terminaba pidiendo las armas y equipo necesarios para formar tres regimientos de negros.

El general Butler contestó a poco, previniendo a Phelps que empleara a los esclavos en cortar árboles y construir parapetos para la defensa de las líneas, mas que de ningún modo los convirtiese en soldados, pero resentido sin duda Phelps por la negativa, replicó que él no haría nunca semejante cosa y que por lo tanto renunciaba a su cargo. Butler no quiso consentir; hízose preciso enviar la

consulta a Washington, y habiéndose conformado el Gobierno, Phelps volvió a Vermont, su residencia habitual, dejando en su campamento seiscientos negros armados y equipados.

La corriente de los acontecimientos debía, sin embargo, obligar a Butler más tarde a recurrir a los auxiliares que en un principio no quería admitir como soldados, pues a las dos semanas, hallándose en Nueva Orleans, se vio precisado, para salir de su peligrosa situación, a utilizar los servicios de los negros que había en la ciudad, y con los cuales se formó a los catorce días un regimiento de mil hombres con sus correspondientes oficiales.

Al saberse en Richmond qué medidas habían adoptado los generales Hunter y Phelps respecto al alistamiento de los negros para formar parte de los ejércitos de la Unión, Jefferson Davis expidió en 21 de agosto un decreto previniendo que los citados generales no se considerasen ya como enemigos de la Confederación, sino como renegados, y que en el caso de capturarse alguno de dichos jefes o cualquiera oficial que se ocupara en organizar o instruir a los esclavos, se le encerrase en un calabozo, no como a un prisionero de guerra, sino como un traidor que debería sufrir la última pena cuando así lo dispusiese el Gobierno.

Ya hemos hablado de la proclama presidencial publicada en septiembre de 1862, anunciando próximas medidas para la emancipación gradual de los esclavos en los Estados leales, así como también en los del Sur, que no se hubieran sometido el 1 de enero de 1863. Firme en su propósito Mr. Lincoln había expedido este día un nuevo decreto proclamando la abolición de la esclavitud en la mayor parte de Virginia, en las Carolinas, en Alabama, en Georgia, Texas, Louisiana (excepto algunos puntos), en Florida, Arkansas y Mississippi, y al mismo tiempo invitaba a todos los agentes civiles y militares de los Estados Unidos a observar rigurosamente este decreto, recibiendo a los negros emancipados, que se destinarían a formar parte de la guarnición de los fuertes o de las tripulaciones de los buques. Recobrada así su libertad, los negros acudieron en masa a las líneas federales a ofrecer sus servicios, que se utilizaron como pareció más oportuno, y ya veremos que no sólo prestaron un eficaz auxilio al ejército, sino que se consiguió con esta medida que desaparecieran ciertas ideas y preocupaciones contra la raza negra.

Mientras en las filas del ejército unionista hubo suficientes voluntarios para llenar las bajas que iban ocurriendo, no se admitió a ningún negro ni mulato, ni menos se pensó en hacerlo más adelante, por más que se hubiera sentado este precedente durante la guerra de la Revolución; pero apenas hubo terminado la desastrosa campaña de Mc Clellan contra Richmond, y cuando se pidieron a los Estados leales seiscientos mil reclutas más para reorganizar los ejércitos de la Unión, no sólo se reconoció que sería inevitable decretar la quinta, sino que la cuestión de raza dejó ya de ser una barrera entre blancos y negros, y desde entonces, según ya hemos visto, fueron admitidos en el servicio de las armas.

El día 7 de diciembre de 1863, comenzó la legislatura del trigésimo octavo Congreso, y una vez organizada la Cámara por los amigos del Gobierno, remitió el Presidente Lincoln su mensaje anual en el que trataba de todas las cuestiones de más importancia para el país, refiriéndose sobre todo a las medidas que debían adoptarse para la reorganización de los ejércitos nacionales y el alistamiento de los negros. Cuando las dos Cámaras hubieron leído el mensaje, comenzaron desde luego sus tareas, y en una de las primeras sesiones, Mr. Stevens, de Pennsylvania, presentó la siguiente proposición:

«Todos los individuos de la raza africana de veinte a cuarenta y cinco años de edad, ya fueren ciudadanos o no, serán alistados en los ejércitos nacionales, y cuando hayan ingresado en el servicio, se abonará a sus dueños, si los tuvieren, la suma de trescientos dólares, declarándose al mismo tiempo enteramente libres a los esclavos que se hallaren en este caso.»

Mr. Boyd hizo una interpelación para manifestar que sólo debería satisfacerse este premio a los dueños de esclavos que no hubiesen tomado parte en la rebelión, pero Mr. Webster, de Maryland, combatió el proyecto, y al fin, se acordó por sesenta y siete votos contra cuarenta y cuatro, abonar, sin excepción alguna, el premio convenido a todo aquel que se perjudicara por la

pérdida de sus esclavos. Mr. Wood, de Nueva York, sostuvo enérgicamente que semejante medida era una infracción palmaria de la Constitución, mientras que Mr. Stevens insistía en que los negros, ya fuesen libres o esclavos, debían alistarse para el servicio nacional lo mismo que los blancos. Como los debates parecían prolongarse ya demasiado, se trasladó el *bill* a un Comité de tres individuos, el cual presentó la siguiente enmienda:

«Todos los individuos de veinte a cuarenta y cinco años, ya sean ciudadanos o no, pero que residan en los Estados Unidos, serán alistados desde luego para formar parte de los ejércitos nacionales, y cuando un esclavo haya ingresado en el servicio, se facilitará a su amo una certificación abonándosele una prima de cien dólares por los gastos y perjuicios que pudiera ocasionarle la pérdida del esclavo. El Secretario de la Guerra nombrará una comisión en cada distrito que deberá estar representada en el Congreso, y cuyo objeto será cuidar de que se abone la suma estipulada a los dueños de los esclavos, que se considerarán completamente libres desde el momento en que hayan ingresado en el servicio.»

Por un acta aprobada en la legislatura anterior, habíase acordado satisfacer a los individuos de la raza africana empleados por el Gobierno, la cantidad de diez dólares mensuales, de los que debían deducirse tres para el uniforme (a los blancos se les abonaban trece además del uniforme), y habiéndose ordenado al gobernador Andrew, de Massachusetts, que organizara algunas compañías de artilleros y de infantería para el servicio de los fuertes, abonando a los individuos dicho sueldo, este funcionario formó desde luego dos regimientos de negros, a los que se dio el nombre de 54 y 55 de Massachusetts, y los cuales se distinguieron pronto en el ejército de la Unión. Cuando algún tiempo después llegó el pagador, a quien se esperaba con ansia en el campamento, ofreció abonar sus diez dólares mensuales a los negros, pero entonces éstos rehusaron aceptar, alegando que no recibirían menos paga de la que se satisfacía a los demás soldados del ejército, y obstinándose en no admitir la menor rebaja. Los negros que se hallaban inútiles por sus heridas o por sus enfermedades tomaron lo que les dio el pagador, pero al fin en vista de las repetidas representaciones hechas al departamento de la guerra por el gobernador Andrew, que en unión de otras personas demostró que los negros eran tan acreedores como los demás a la misma paga, el Gobierno de los Estados Unidos acordó acceder a la petición. Es de advertir que los reclamantes estuvieron un año sin cobrar sólo con el fin de que se reconociese su derecho como hombres y no como negros.

Este hecho bastó para que el Congreso aprobase el acuerdo siguiente:

«Todos los individuos de color que se hallaban libres en 19 de abril de 1861, y que se hayan alistado en el ejército de los Estados Unidos, tendrán derecho a la misma paga que se satisface a los demás individuos de tropa con arreglo a las leyes existentes.»

Desde entonces fueron organizándose nuevos regimientos de negros voluntarios, que como se verá, debían prestar muy buenos servicios, contribuyendo a que triunfara la causa del Gobierno.

Debemos consignar aquí que antes de romperse las hostilidades, había ya resuelto el Gobierno de la Confederación utilizar los servicios de los negros, al principio para trabajar en las fortificaciones, y más tarde al comenzarse la guerra, para empuñar las armas. La legislatura de Virginia había tomado en consideración un *bill* en que se proponía el alistamiento de todos los negros libres que hubiese en el Estado, y aprobada la medida después de algunos debates, no tardó en llevarse a ejecución. Este hecho fue, a no dudarlo, uno de los que con más motivo indujeron a Mr. Lincoln, a proclamar la libertad de los esclavos, y bien puede decirse que a los separatistas se debe más que a nadie el que se extirparan, al cabo de algún tiempo, las preocupaciones que se tenían contra la raza negra.

Sin embargo, apenas apareció la proclama del Presidente Lincoln, emancipando a los esclavos, y tuvo conocimiento de ella el Gobierno de la Confederación, adoptáronse por éste enérgicas medidas que sólo podían calificarse de represalias, pues se dispuso, entre otras cosas, por el general Beauregard, previo el consentimiento de Jefferson Davis, que todos los esclavos cogidos con las armas en la mano fueran devueltos a las autoridades de sus respectivos Estados, para que se

les aplicase la ley. Además de esto, al presentar Mr. Jefferson Davis su tercer mensaje anual, trataba duramente al Presidente Lincoln, censurándole severamente por su proclama, que consideraba como una violación manifiesta de los principios constitucionales. Para dar una idea del estilo de este documento y de las ideas que en él se vertían, nos parece oportuno copiar aquí el siguiente párrafo:

«Acaba de establecerse un orden de cosas que no puede producir sino una de estas tres consecuencias: el exterminio de los esclavos, el destierro de todo el pueblo confederado, o la absoluta y total separación de estos Estados, de los de la Unión. La proclama del Presidente Lincoln demuestra además hasta la evidencia que su Gobierno no se cree bastante poderoso para subyugar al Sur por la fuerza de las armas, y que teme que las potencias neutrales se apresuren a reconocernos como Gobierno constituido. Ese documento es también una especie de advertencia al pueblo del Norte para que se prepare a una separación que ha llegado a ser inevitable, pues ese pueblo es demasiado perspicaz para no comprender que el restablecimiento de la Unión es de todo punto imposible para siempre desde el momento en que se adopta una medida incompatible con la buena armonía que en un principio existió entre el Norte y el Sur.

»Los hombres sensatos de todos los países podrán juzgar del efecto de esa medida en virtud de la cual algunos millones de seres humanos de una raza inferior, que hasta ahora vivían tranquilos y contentos, entregados a sus trabajos, se lanzarán en una lucha sangrienta, en una lucha de exterminio, y que mal aconsejados por nuestros enemigos, serán capaces de asesinar a sus amos cometiendo toda clase de violencias. Nuestro aborrecimiento a los que consumaron los actos más execrables que puede recordar la historia de un hombre malvado, corre parejas con el desprecio que nos inspira la impotente cólera de nuestros enemigos, y en vista de las disposiciones adoptadas por el Gobierno de la Unión, debo manifestaros que he resuelto, a menos que dispongáis otra cosa en vuestra superior inteligencia, entregar a las autoridades respectivas de los Estados de la Confederación a todos los negros que se cogieran con las armas en la mano, así como también a sus oficiales, debiendo ser sometidos unos y otros a la acción de un consejo de guerra para que les aplique la ley.»

Con algunas modificaciones fue aprobada la medida propuesta por Mr. Jefferson Davis, pero los principales periódicos del Sur la combatieron enérgicamente, demostrando que la Confederación no tenía derecho para disponer así de los negros que el Gobierno de la Unión empleara como soldados, y que nunca habían servido al Sur. A pesar de las observaciones que se hicieron, el decreto expedido por el Congreso estuvo en vigor durante mucho tiempo, y ésta fue la causa principal que entorpeció el canje de prisioneros entre las dos partes beligerantes, dando lugar a que murieran miles de negros en sus prisiones, en medio de los tormentos del hambre y de la miseria.

Después de un combate ocurrido en Charleston, propúsose el canje de prisioneros, y cuando se hubo aceptado por ambas partes, los separatistas remitieron los suyos, pero se vio que entre ellos no había ningún negro, e interpretándose esto como una falta de buena fe, el Presidente Lincoln, de acuerdo con el Gobierno, expidió la siguiente orden:

«Departamento del Poder ejecutivo.

»Washington 30 de julio de 1863.

»Es deber de todo Gobierno proteger a sus ciudadanos de cualquier clase, color o condición que sean, y especialmente a los que sirven en el ejército. La ley de las naciones y los usos y costumbres de la guerra, tal como se entienden en los países civilizados, no permiten que se haga distinción alguna respecto a los prisioneros, sea cual fuere su clase, y esclavizar y vender a los que no son blancos, es un acto de barbarie y un crimen impropio de la civilización del siglo.

»El Gobierno de los Estados Unidos dispensará la misma protección a todos sus soldados sin hacer distinción entre los blancos y los negros, y si el enemigo procede a vender o esclavizar a sus prisioneros sólo por su color, se tomarán las debidas represalias por nuestra parte.

»En su consecuencia se previene que por cada soldado de la Unión a quien se dé muerte contrariamente a lo que previenen las leyes de la guerra, se mandará ejecutar a uno de los

separatistas, y por cada uno que se reduzca a la esclavitud, se impondrá a otro la pena de trabajos forzados, no poniéndosele en libertad hasta que el enemigo hubiese dado el ejemplo.

»*Abraham Lincoln.*

»Por orden del Secretario de la Guerra,

»El ayudante general, *E. D. Townsend.*»

A pesar de adoptarse todas estas medidas que tendían a favorecer a los negros, no dejaban de abrigarse ciertas preocupaciones contra ellos, pero el ayudante general encargado de la organización de los nuevos regimientos, que estaba autorizado para nombrar a los oficiales, hizo uso de este privilegio como de un poderoso específico para desvanecer ciertos escrúpulos, pues había muchísimos que, no pudiendo ascender en otros cuerpos, aceptaban gustosos un despacho de oficial de los negros porque así ascendían un grado sin tener que aguardar a que hubiese una vacante. No faltaba alguno, sin embargo, que hubiera creído rebajada su dignidad al aceptar una cosa semejante, pero esta invencible antipatía fue aminorándose poco a poco, aun cuando no desapareció del todo. La repugnancia que causaba al Congreso armar a los negros, a pesar de haber dado su consentimiento, los repetidos artículos de la prensa que censuraban esta medida, y la preocupación del pueblo, fueron causa de que esta disposición se viese tan combatida como la política que tenía por objeto emancipar a los esclavos.

Vencidas, sin embargo, las dificultades que iban presentándose a cada paso, consiguióse al fin establecer en Washington una oficina donde debían despacharse todos los asuntos que se relacionaran con la organización de las nuevas tropas y el alistamiento de negros, y asimismo se creó una junta presidida por el general Silas Casey, la cual se encargó de examinar a los candidatos que aspiraban a la plaza de oficiales de los regimientos. Poco después, el departamento de la guerra expidió una orden creando en Maryland, Missouri y Tennessee varios centros dependientes del de Washington, donde podían alistarse los negros que fueran presentándose, y de este modo siguió adelante la grande obra. En diciembre de 1863 se contaban sólo cincuenta mil negros alistados, y ya en fin del año siguiente habíase triplicado este número. Algunos generales unionistas los miraban con prevención, mientras otros elogiaban su valor y buenas cualidades, y nosotros, sin hacer aquí observación alguna, sólo diremos que desempeñaron un papel muy importante, contribuyendo a poner término a la guerra. Aun cuando no tomaron parte en ninguna de las grandes batallas, prestaron útiles servicios en otras acciones secundarias y en varios sitios, especialmente en los que tuvieron lugar desde 1864 a 1865. Por su docilidad, su ejemplar obediencia, su resignación en las fatigas de la guerra y su sereno valor en medio de los peligros, se hacían a veces superiores a los blancos, aun cuando careciesen de la inteligencia y energía de estos. En el fuerte Wagner, en Puerto Hudson, Helena, Mobile y otros puntos, se distinguieron repetidas veces, sin que al decir esto sea nuestro ánimo reconocer en ellos superioridad sobre los blancos, pero seguramente no podrán negar estos que sus nuevos auxiliares expusieron la vida valerosamente y combatieron sin igual denuedo en defensa de su país.

19.

OJEADA SOBRE LA HISTORIA POLÍTICA DE LA UNIÓN (1863)

Situación política interior. Estado de los partidos. Elecciones de 1863. El Congreso de la Confederación y el de la Unión decretan la quinta. Woodward la combate calificándola de inconstitucional. Suspensión del Habeas Corpus. Arresto de Vallandigham. Vallandigham es elegido candidato para el cargo de gobernador. La Convención democrática de Ohio pide que se le ponga en libertad. Respuesta del Presidente Lincoln. La prensa democrática. El discurso del ex-Presidente Pierce. El discurso de Seymour. Motín en Nueva York. Violencias y asesinatos. Demanda de Seymour. Contestación del Presidente Lincoln. Las elecciones. Empeñados debates. El Gobierno apoyado por el pueblo.

Aunque no sea nuestro ánimo extendernos mucho en la narración de los sucesos políticos, no debemos tampoco pasarlos en silencio, porque podrían hacerse falsas apreciaciones acerca de los acontecimientos militares que tuvieron lugar durante la funesta lucha que devastó los Estados de la Unión. En una guerra de este género, guerra esencialmente civil, no era de esperar que los partidos dejasen de medir sus armas en el palenque político. La sangrienta derrota de los federales en Frederiksborg, y los reveses sufridos en Galveston y Chancellorsville habían desanimado mucho a los unionistas, infundiendo al mismo tiempo una gran confianza en el porvenir a sus adversarios, así como también a todos los amigos del Sur, tanto a los que se hallaban en el país como en el extranjero, y todos en Europa, menos los que se inclinaban en favor del Norte, consideraban la separación como un hecho consumado. Tanto es así, que cuando el emperador de Francia hizo gestiones diplomáticas en 1863 con el objeto de intervenir como mediador entre los beligerantes de América, creyóse en general que se proponía hacer un arreglo satisfactorio para que el Norte y el Sur quedaran formalmente separados.

Ya se recordará qué circunstancias contribuyeron al nombramiento de Mr. Lincoln como Presidente de la Unión: los que deseaban poner un freno a los partidarios de la esclavitud, se habían dado la mano para resistirse a las exigencias del Sur, y su primera medida fue elevar al poder a un Gobierno, cuyo principal objeto sería suprimir aquella en todos los Estados.

El gran partido republicano que triunfó con Mr. Lincoln, contaba no obstante en su seno dos fracciones principales: una de ellas, minoría ardiente en la que figuraban hombres de acción, de arraigadas convicciones y de talento, hombres que, así como los de Massachusetts, creían que la esclavitud era un mal y un crimen tan grande, que todos los medios serían buenos para suprimirla, y por lo tanto, querían la abolición inmediata aun cuando para ello fuese necesario recurrir a las medidas violentas. La otra fracción, compuesta de hombres más moderados y prácticos, se proponía el mismo objeto, pero quería obrar gradual y metódicamente dentro de la esfera de los medios legales, para lo cual aconsejaba se revisase la Constitución por una parte, y se indemnizara a los propietarios de esclavos por la otra.

El primer acto de la reforma constitucional había sido el nombramiento del nuevo Presidente, Mr. Lincoln, el cual pertenecía a la fracción moderada del partido republicano, y entonces el Sur, vencido en el escrutinio, contestó por una ilegalidad flagrante, proclamando la separación por medio de la guerra. De este modo se puso fuera de la salvaguardia de la ley, e inútil fue que la fracción abolicionista propusiera medidas conciliatorias.

No obstante, bajo la primera impresión de los peligros que amenazarían al país si no se evitaba aquella espantosa lucha, predominó el espíritu de unión que había presidido en las

elecciones al formarse el gran partido republicano, y el Norte dejó a un lado la cuestión irritante de la esclavitud, declarando que sólo combatía por el mantenimiento de la Unión y de la defensa de la Constitución.

Ya hemos dicho que los descalabros sufridos por los federales en las primeras campañas, desanimaron algún tanto a los partidarios de la Unión, y en prueba de esto, baste decir que en las elecciones que se verificaron el 10 de marzo de 1863 en New-Hampshire, faltó muy poco para que el partido republicano sufriese una completa derrota. Los votos de los demócratas no habían sido nunca tan numerosos como en aquella ocasión.

El día 1 de abril se procedió a las elecciones en Rhode-Island, y aquí triunfaron de hecho los republicanos, y eligieron sus representantes en el Congreso, pero sólo por una mayoría de dos votos, lo cual no había sucedido desde muchos años antes.

El día 6 del mismo mes se reunieron en Connecticut para formar una Convención los partidarios y enemigos de la guerra, y al proponer los republicanos el nombramiento de William A. Buckingham para gobernador de dicho Estado, se promovieron empeñadísimos debates, por haber presentado sus contrarios, en clase de candidato, al coronel Thomas Seymour, que ya había sido gobernador y gozaba de mucha popularidad. Seymour obtuvo un gran número de votos, y aun se le proclamó con el mayor entusiasmo para ocupar la plaza, pero el resultado fue que al fin alcanzaron el triunfo los republicanos, aunque no por una absoluta mayoría, pues Buckingham alcanzó cuarenta y un mil treinta y dos, y Seymour treinta y ocho mil trescientos noventa y cinco. Es de presumir que si este último no se hubiese mostrado tan contrario a la guerra, habría obtenido muchos más votos, ya que no la victoria.

Durante la primera parte de 1863 no hubo elecciones en ninguno de los otros Estados libres, pero a juzgar por el resultado de aquellos en New-Hampshire, Rhode-Island y Connecticut, y por más que el partido republicano conservara su ascendiente, no podía ponerse en duda que en general se deseaba poner término a la guerra, y mucho más tomando por pretexto la cuestión de la esclavitud. Casi todos los que participaban de las opiniones del partido democrático, aseguraban lo que al fin llegaron algunos a creer, es decir, que los confederados, a pesar de su obstinación en no admitir condiciones para llevar a cabo un arreglo, aceptarían al fin los medios conciliatorios para restablecer la Unión después de hacerse mutuas concesiones por una y otra parte. No faltaba, sin embargo, quien opinase que el Sur no accedería de ningún modo y que desecharía toda clase de proposiciones, en cuyo caso era preciso continuar la guerra hasta subyugarle.

El día 16 de abril de 1862, el Congreso de la Confederación se había visto precisado a decretar la quinta, a la cual quedaban sujetos todos los habitantes desde la edad de diez y ocho años a la de treinta y cinco, y a la vez se aprobó un decreto disponiendo que los que se hallaban en el ejército alistados por dos o tres años continuaran sus servicios hasta terminarse la guerra. Cuando comenzaron a multiplicarse las bajas en el ejército de la Unión a consecuencia de las primeras campañas, al paso que se agotaban también los recursos del Tesoro, el Gobierno de Washington se vio precisado a su vez a seguir el ejemplo de la Confederación, decretando las quintas y adoptando severas medidas por haberse visto desde luego que se trataba de entorpecer por todos los medios posibles la ejecución de semejante proyecto. El sistema de quintas se calificó de abominable, injusto, tiránico, bueno tan solo para los Estados despóticos de la Europa, y vergonzoso en una república; el privilegio de sustituir o redimir se consideró como una verdadera ventaja para muchos individuos, o más bien, como un odioso privilegio de los ricos contra los pobres⁸⁵, y se invocaron

85 Por la cantidad de trescientos dólares, pagados al Gobierno, quedaba uno libre de las quintas y también se podía presentar un sustituto. De la quinta quedaban excluidos ciertos jefes de los departamentos ejecutivos, los jueces federales, los gobernadores de los Estados, los hijos de viuda cuando eran únicos, o los que teniendo a su padre achacoso, eran el apoyo de su vejez. También quedaban exceptuados aquellos jóvenes cuyas familias tenían ya dos hijos en el servicio. En esta medida se comprendía, no sólo a los ciudadanos, sino también a los extranjeros de diez y ocho a cuarenta y cinco años que hubiesen manifestado su intención de naturalizarse; los de veinte a treinta y cinco componían la primera clase, y todos los demás la segunda, y se autorizaba al Presidente para que desde el 1 de julio hiciera el sorteo de las personas que debían servir en los ejércitos nacionales por término de tres años. Todo

los principios de la igualdad republicana, pero pronto se olvidaba todo esto cuando se hablaba de extender la medida hasta la raza negra.

La aprobación del decreto de quintas promovió violentos y acalorados debates entre el partido republicano y la oposición; las excitaciones de los demócratas acrecentaron el espíritu de hostilidad contra el Gobierno; en muchos puntos fue preciso suspender el sorteo, y hasta llegó el caso de que el Presidente hiciera una consulta jurídica en debida forma a fin de que se reconociese su derecho de decretar la quinta. En virtud de este documento se remitieron instrucciones a todas las autoridades, previniendo se procediera con el debido orden en las operaciones del sorteo y se castigase a todo aquel que tratara de oponerse a la ejecución de esta medida. El decreto se aprobó en la Cámara por ciento quince votos contra cuarenta y nueve, y en el Senado fue desechada por treinta y cinco votos contra once una enmienda de Mr. Bayard, en la que pedía se aplazara indefinidamente la discusión del proyecto.

Cuando el Presidente dispuso que en cada distrito se nombrara una junta encargada de alistar a todos aquellos que debían entrar en el servicio, comenzó a organizarse una formidable oposición, y un Comité compuesto de John Mc Cunn, de Nueva York, y de varios magistrados demócratas, declaró que el Gobierno federal no estaba autorizado para reclutar sus ejércitos sino por medio de alistamientos voluntarios, y que sólo se podía disponer de la milicia, previo el consentimiento de la autoridad del Estado. Con este motivo, el juez Woodward pronunció un notable discurso, uno de cuyos párrafos decía así:

«El gran defecto de la ley de quintas consiste principalmente en fundarse en la creencia de que el Congreso puede despojar al ciudadano, no de los derechos que goza en el Estado, pero sí de la garantía que sirve para afianzarlos. Y si se hace esto, ¿cuánto tiempo creéis que podrá durar la libertad civil entre nosotros? La Constitución de los Estados Unidos señala los derechos del Gobierno y los de los Estados, y así como concede al primero un ejército permanente, deja a los segundos su milicia. Esta medida es sabia y justa, pero con la actual legislación se dejan a un lado las distinciones y se trastorna todo el sistema de Gobierno en el mero hecho de convertir en ejército a la milicia de los Estados.»

Poco a poco empezó a organizarse por medio de los clubs y de los comités una oposición sistemática y vigorosa; censuráronse públicamente los actos del Gobierno, y bien pronto el partido democrático vio reforzadas sus filas en algunos Estados importantes del Norte y sobre todo en Nueva York. Entonces muchas personas influyentes pidieron con insistencia que se entrase en negociaciones para celebrar la paz; otros combatieron enérgicamente la continuación de la guerra, exagerando las pérdidas y los sacrificios de las familias, así como la inutilidad de los esfuerzos del Norte, y no faltaron, como es consiguiente, hombres resueltos que trataron por todos los medios posibles de oponerse a la ejecución del decreto relativo a las quintas.

La situación, según vemos, iba complicándose cada vez mas; hacía necesario adoptar medidas de rigor, y entre las varias que aprobó el Congreso, una de ellas autorizaba al Presidente para suspender el privilegio del *Habeas Corpus* mientras continuara la guerra, siendo el principal objeto de esta disposición castigar severamente a todos aquellos que directa o indirectamente trataran por cualquier medio de turbar el orden o fomentar la rebelión. Poco antes de decretarse esta medida había ocurrido un grave altercado entre la autoridad militar y los demócratas, y este hecho de que vamos a dar cuenta, produjo la mayor excitación en el departamento de Ohio.

Mr. C. Vallandigham, derrotado en las elecciones que tuvieron lugar en el Estado de Ohio en 1862, por el general Robert Schenck, había dejado de ser miembro de la Cámara al terminar la legislatura del Congreso XXXVII, y de regreso a su país, donde los demócratas acababan de proponerle para el cargo de gobernador, organizó un Comité en el cual pronunció varios discursos excitando a los ciudadanos a que no se sometiesen a la ley de quintas. Como si esto no fuera

aquel que no se presentara habiéndole tocado la suerte, se le consideraría y trataría como desertor, quedando sujeto al castigo señalado por la ley del país.

bastante, declaró asimismo francamente que todas sus simpatías estaban en favor de la Confederación y que no podía menos de reprobar la conducta del Gobierno. El general Burnside, encargado entonces del mando de aquel departamento, publicó el día siguiente una orden general en la que decía entre otras cosas lo siguiente:

«Todos aquellos que hallándose dentro de nuestras líneas cometiesen un acto cualquiera en beneficio de los enemigos de nuestro país, serán juzgados como espías o traidores, y aprobado el delito, se les condenará a muerte. En este departamento no estará permitido declarar sus simpatías en favor del enemigo, y los que tal hicieren, serán reducidos a prisión, a fin de que se les juzgue o se les envíe al punto donde se hallen sus amigos o partidarios. Entiéndase bien que aquí no se tolerará la traición, cualquiera que sea la forma en que se presente.»

Que fuera Vallandigham la causa principal de haberse publicado esta orden, es cosa que no aseguraremos, pero fácilmente se pudo comprender que él sería la primera víctima, y en efecto, tres semanas después, es decir, el 4 de mayo, fue arrestado en su misma casa a las altas horas de la noche, acusándosele de haber pronunciado el día antes en Mount Vernon un extenso discurso en el cual manifestó sus simpatías hacia los enemigos de la Unión, emitiendo ciertas opiniones con el objeto de desacreditar al Gobierno por los esfuerzos que hacia para reprimir la rebelión del Sur.

Inmediatamente comenzó a instruirse la competente causa por el consejo de guerra, el cual condenó a Mr. Vallandigham a ser encarcelado hasta que terminara la guerra. El general Burnside dispuso entonces que se condujera al acusado al fuerte Warren, prisión de Estado en el puerto de Boston, y así se hizo en efecto, pero entonces llovieron sobre el Gobierno las reclamaciones y las protestas, calificando de violenta y arbitraria la medida que acababa de adoptar y exigiendo se pusiese en libertad inmediatamente a Mr. Vallandigham. El Presidente Lincoln, después de haber reflexionado, resolvió conmutar la prisión en destierro a los Estados del Sur, y el 24 de mayo, Mr. Vallandigham fue conducido bajo pabellón parlamentario a Shelbyville (Tennessee), donde se hallaban las primeras avanzadas de los separatistas.

El proscrito del Norte fue naturalmente bien recibido por los hombres del Sur, pero no quiso que se hiciera ninguna manifestación en su favor, y al cabo de algunas semanas, consiguió que se le admitiera en un buque inglés, y fue a establecerse en el Canadá, en donde continuo escribiendo proclamas y manifiestos con el objeto de agitar las poblaciones del Norte, y principalmente la de Ohio, excitándolas contra el Gobierno federal y sus actos arbitrarios. Durante su destierro, los demócratas de Ohio, reunidos en Convención, eligieron a Mr. Vallandigham como candidato para el cargo de gobernador de aquel Estado tan importante, y hasta se propuso que en el caso de ganarse la votación, fueran a buscarle los hombre del partido democrático en número suficiente para resistir cualquier agresión que se intentara contra su protegido. Además de esto, la Convención aprobó varios acuerdos por los cuales se censuraba la conducta del Gobierno, calificándola de violación palpable de la Constitución federal, y propuso que el Presidente y Vicepresidente de aquella, que eran ex-senadores, dirigiesen una manifestación al Presidente, pidiéndole revocase la orden de destierro. Al otro día se remitió a Mr. Lincoln dicho manifiesto, del cual reproduciremos dos o tres de los principales párrafos. Helos aquí:

«Podrá ser muy bien que las opiniones de Mr. Vallandigham difieran de las del Presidente y de su partido político, respecto a los medios de mantener los derechos constitucionales y restablecer la Unión, pero esta diferencia de pareceres no prueba en manera alguna que el aludido haya faltado a sus deberes como ciudadano de América. Si un hombre amante de la Constitución de su país, cree en conciencia que por la naturaleza del contrato federal, no puede recurrirse a la guerra en el actual estado de cosas como medio para restablecer la Unión, ¿no podrá declararlo así públicamente? Si uno cree que una lucha cuyo objeto es someter una parte de los Estados, o trastornar el sistema social de nuestro país no dará mas resultado que la destrucción de nuestros principios constitucionales y nuestro bienestar, ¿podrá negársele el derecho de apelar al juicio del pueblo a fin de que se cambie el sistema político por los medios legales?

»Los infrascritos no pueden convenir con vos en el parecer que habéis emitido de que la Constitución no es la misma en tiempo de guerra o de revolución armada que en tiempo de paz. La Constitución no hace excepciones en este caso: ¿quiere decirnos el Presidente si tiene derecho alguno para introducir excepciones cuando se trata de las garantías constitucionales, aunque sea en tiempo de guerra?

»El artículo de la Constitución que define los diversos poderes conferidos al Congreso previene, *que el privilegio del Habeas Corpus no podrá suspenderse sino en los casos de rebelión o invasión o cuando la seguridad pública lo exigiere*, pero esto no tiene nada que ver con las otras garantías constitucionales de la libertad personal.»

A este manifiesto contestó inmediatamente Mr. Lincoln en los siguientes términos:

«La insistencia con que afirmáis que sólo en tiempos de revolución puede procederse de cierto modo al aplicar las leyes de justicia, me induce a contestaros con alguna extensión. Tratáis de demostrar que cualquiera está autorizado para oponer trabas a los que tienen el deber de combatir una rebelión gigantesca, sin que haya luego derecho de aplicarle la ley, pero debéis tener en cuenta que la misma Constitución rechaza este principio. Las detenciones y los arrestos que se han hecho, incluso el de Mr. Vallandigham, que en nada se diferencia de los demás, deben considerarse como una medida *preventiva* y no como un *castigo*; como un procedimiento para conservar la paz y evitar desórdenes, y la prueba es que el castigo aplicado, se ha reducido al que es puramente incidental, a la detención y a lo que es consecuencia de ésta. El arresto de Mr. Vallandigham tuvo por objeto impedir que se perjudicase al servicio militar, y bien veis que luego se modificó la sentencia en su obsequio.

»Omitís el reconocer que un ejército es un medio constitucional para salvar a la Unión y reprimir una insurrección, y tampoco confesáis que el objeto de los Estados rebeldes es separarse de los libres, interrumpiendo la buena armonía que ha reinado hasta aquí, pero esto no impide queelijáis como gobernador a un hombre cuyas ideas conocéis tan bien como yo, y que combate al Gobierno sólo porque éste se vale de un ejército para reprimir la rebelión. Vuestra propia actitud estimula a la desertión y a la resistencia, porque hacéis creer a los que faltan a sus deberes, que encontrarán en vosotros protección.

»Ignoro, señores, si conseguiré llevar el convencimiento a vuestro ánimo, pero estad seguros que tanto los amigos como los enemigos de la Unión comprenderán perfectamente la exactitud de mi aserto.

»He concedido la libertad a Mr. Vallandigham, sin imponerle condiciones que le comprometan en nada absolutamente, respecto a lo que haga o deje de hacer, y obro así, porque espero que a su regreso no tratará de ponerse en mal lugar con sus amigos, ni es de presumir tampoco que se vea en peligro la seguridad pública. De todos modos, debe entenderse que tanto con Mr. Vallandigham, como con los demás, he obrado y obraré siempre como lo exija el mejor servicio del país y los intereses del Gobierno.

»Con este motivo tengo el honor de ofrecerme vuestro muy afectísimo,

»Abraham Lincoln.»

El Presidente se veía obligado a cada momento a sostener polémicas de este género a fin de no dejar sin contestación las muchas reclamaciones y cartas que se le dirigían: el partido democrático iba siendo cada vez más fuerte, y arreciaba la lucha política con tanto empeño, si cabe, como la que tenía lugar en los campos de batalla. Los días más tristes para la República fueron, a no dudarlo, los que precedieron al 4 de julio de 1863, en que el derrotado ejército del Potomac comenzó a retirarse para cubrir a Washington y Baltimore, mientras que los descalabros sufridos en Winchester, en Fredericksburg y en Chancellorsville, acababan de hacer apurar al Gobierno el cáliz de la amargura. Durante aquellos días de verdadero peligro, cuando los partidarios del Sur y muchos que no lo eran, esperaban a cada momento ver aparecer de pronto frente a Philadelphia y Nueva York las victoriosas legiones del general Lee, todos los jefes del partido democrático y sus

principales oradores se ocupaban en confeccionar discursos que, leídos sucesivamente, obtuvieron entusiastas aplausos, principalmente de aquellos que insistían en que era preciso a toda costa poner término a la guerra que devastaba el país.

El ex-Presidente Franklin Pierce, entre otros oradores, pronunció en Concordia un brillante discurso, del cual copiaremos aquí algunos de los párrafos más notables:

«La Declaración de la Independencia, decía Mr. Pierce, fue la base de nuestra grandeza política en las dos ideas fundamentales de la libertad absoluta del pueblo americano y de la soberanía de sus respectivos Estados. Bajo esa bandera hicieron la guerra de la Revolución nuestros heroicos abuelos, supieron vencer, y establecieron la Unión con las bases que todos conocemos, comprometiéndose a observar rigurosamente los principios constitucionales que entonces empezaron a regirnos. Sabios e ilustrados fueron los hombres que establecieron la Unión, ese templo augusto bajo cuya bóveda han disfrutado tres generaciones todos los beneficios de la libertad que la Providencia puede conceder a los mortales; ese templo ante cuyos altares, tanto vosotros como yo, nos hemos inclinado con el mayor respeto, consagrándonos a defender la Constitución que nos rige. No podréis menos de reconocer como yo, el mérito, la previsión, la sagacidad y el exquisito tacto de aquellos eminentes políticos que miraron a la sociedad como una cosa viviente y no como una visión, que comprendieron que el poder nacional consiste en la concentración de diversas instituciones e intereses, que vieron, en fin, que la unión de las partes es el elemento más necesario de todo lo que hay de sublime en las obras del arte o de la naturaleza. Venturoso día fue aquel en que se proclamó por primera vez la Unión, porque desde entonces aumentó la prosperidad del país y quedó asegurado el bienestar del pueblo; acordaos de Washington, de Adams, de Jefferson, de Madison y de Jackson; aquellos eran tiempos felices, pero después, nuestros padres comenzaron a dejarse dominar por las animosidades y espíritu de partido, y ya en la tercera generación murió el patriotismo, sustituyendo a éste las más mezquinas pasiones.

»En otro tiempo nos considerábamos como la primera República del mundo; éramos queridos y respetados; los días transcurrían felices; ningún ciudadano de América se veía expuesto a que se le desterrara o se le arrestase por hacer uso de sus más preciosos privilegios; entonces no éramos testigos de una guerra espantosa, de una lucha fratricida, como la que devasta nuestro país, sembrando el luto y la consternación por do quiera, haciendo verter amargas lágrimas a las familias de las numerosas víctimas que riegan con su sangre los campos de batalla. ¿Cuál es la causa de este cambio? ¿Qué locura se ha apoderado de los hombres de la Unión? ¿Diríase que la Providencia ha permitido que un ángel vengador excitara a unos y a otros con su espada de fuego para convertir tantos millones de virtuosos ciudadanos, que se profesaban un cariño fraternal, en seres insensatos animados de un espíritu de destrucción; diríase que luchan tan sólo para convertir nuestro suelo en un informe montón de ruinas enrojecidas con la sangre de millares de víctimas! ¡A veces trato de cerrar los ojos para no ver dolorosas escenas; quisiera no oír los lamentos que llegan hasta mí, y me pregunto si lo que ahora sucede puede ser cierto, y si los días de feliz prosperidad de mi país no han sido más que una visión pasajera, un sueño dorado que nunca ha llegado a convertirse en realidad, un sueño del que ahora despertamos para ver en derredor nuestro tan solo la miseria y la desolación! Todo esto parece imposible, pero ¡ay! inútil sería negar esta verdad desconsoladora, inútil tratar de persuadirnos de lo contrario. ¿Podríais olvidar esos días no remotos de nuestra historia, durante los cuales llegamos a elevarnos cubiertos de gloria ante las demás naciones civilizadas, que citaban como modelo al Gobierno de nuestra gran República? Entonces se hacia sólo la guerra a un enemigo extranjero, entonces no teníamos que lamentar una lucha fratricida, entonces no se atacaba a poblaciones sin defensa, ni se quemaban ciudades, ni se devastaban los campos, ni se destruían las fábricas, ni se pensaba en otra cosa sino en defender los sagrados derechos de la patria, después de haber expulsado del país a los que inútilmente trataron de dominarnos.

»¡Cómo ha cambiado todo! ¿Y por qué? ¿Acaso no sabéis todos la causa de tantas calamidades? ¿Ignoráis por ventura que la injustificable intervención de algunos ciudadanos del Norte en los reconocidos derechos del Sur, ha dado origen a las tribulaciones que nos aquejan? ¿No

es una cosa notoria que las infracciones de la Constitución son el principal motivo de las dolorosas calamidades por que atraviesa el país? Antes vivíamos todos en paz, reinaba entre nosotros una armonía envidiable, caminábamos rápidamente por la senda del progreso, y de pronto nos hemos detenido; ¿para qué?... para empeñarnos en una guerra civil que horroriza a las demás naciones, para lanzarnos en una lucha sangrienta en que ha tomado parte un millón de hombres, lucha terrible y digna tan sólo de las edades bárbaras, que lleva el luto, la desolación y la muerte a los tranquilos hogares de los ciudadanos que pueblan este vasto dominio!

»Y no es esto todo; en aquellos Estados donde no arrecia la lucha, donde no se tocan las funestas consecuencias de este duelo mortal, donde no llegan sino como un eco el estampido del cañón, el ronco fragor de la fusilería y los lamentos de los moribundos, aun allí domina ya el despotismo militar, que ataca las libertades del pueblo en menosprecio de la Constitución; y en este país, donde existe la libertad del pensamiento y la palabra, en esta República, donde hemos disfrutado siempre del sufragio universal, primera base de las instituciones republicanas, en este país, repito, usar de cualquier de esos derechos, ¡se considera ya como un crimen!...

»Amigos míos, todos vosotros habréis tenido que lamentar desgracias, a todos os habrán afligido penalidades que no pueden evitarse en el transcurso de la vida, pero ninguna como las que diariamente van pesando sobre nosotros en medio del gran desastre nacional de que es víctima nuestro suelo enrojecido ahora con la más preciosa sangre de nuestros bravos ciudadanos, con la sangre de aquellos cuyos padres lucharon por su independencia. Esta guerra civil, tan funesta como inútil, agota todos nuestros recursos, acabará al fin con nuestro poderío, y esto cuando se ha demostrado que, unidos y merced al anchuroso Océano que nos separa de las demás potencias de Europa, podríamos hacer frente al mundo entero, aun cuando se armase en masa contra nosotros.

»Ahora, amigos míos, después de oír lo que os he dicho, podríais preguntarme lo que yo haría en este terrible conflicto, y a esto contestaré que desde el principio de la lucha hasta el día, sólo he tenido mis esperanzas en la fuerza moral, y en ella se fundan aun. Cuando en la primavera de 1861 tuve el honor de dirigiros la palabra, os dije, como os digo ahora, que no he creído ni creo que puedan remediarse nuestros males apelando a las armas, y todo cuanto ha ocurrido desde entonces, me confirma más y más en mi opinión. La experiencia nos ha demostrado durante estos dos últimos años cuán inútiles son nuestros esfuerzos para mantener la Unión por medio de la guerra, y aun cuando la victoria favorezca a los unos o a los otros, no por eso se conseguirá el resultado apetecido. Solo por medio de agentes pacíficos podemos esperar que se restablezca la Unión y quede asegurada la tranquilidad doméstica y el bienestar del país; solo así conservaremos nuestras libertades y nuestros derechos, único objeto con que se formó la Constitución. Si con las gestiones de esos agentes de paz no se consiguiese una avenencia, si nada bastara para reprimir la cólera que anima a unos y a otros, si fuesen inútiles todos nuestros esfuerzos para conseguir un arreglo amistoso, entonces cada uno deberá obrar según le dicte su conciencia, y al intentar por última vez defender nuestros derechos como pueblo libre, formaremos con nuestros corazones un gran mausoleo que será la admiración de los amantes de la libertad, y ante el cual se inclinarán respetuosamente, como se inclinan los peregrinos ante las sagradas reliquias de la Tierra Santa.»

Bien se deja ver por el discurso que antecede, que las simpatías del orador estaban en favor de los separatistas, y para que el lector pueda comparar, parécenos oportuno copiar a continuación una parte del discurso del gobernador Seymour, que ya por sus opiniones moderadas o porque a ello le obligó su posición oficial, mostróse mucho más comedido que la mayoría de sus compatriotas, sin que por esto dejase de hacer gala de sus brillantes dotes de elocuente orador. He aquí cómo se expresaba:

«Hace algún tiempo que yo y mis amigos pronosticamos que amenazaban grandes peligros a la patria, pero entonces todos se rieron de nuestros temores: más tarde, cuando ya empezaba a encapotarse el horizonte de nuestro porvenir, cuando ya se acercaba el momento en que debía oírse el estampido del cañón, anunciando el principio de una funesta y sangrienta lucha, no vacilamos un

momento en suplicar a los que estaban en el poder, que hicieran todo lo posible para zanjar las diferencias entre el Norte y el Sur de una manera amistosa y sin recurrir a los extremos, pues un gran orador y eminente político, el célebre Burke, nos había asegurado que no había revolución que no pudiera evitarse por medios conciliatorios cuando se empleaban éstos oportunamente. (*Aplausos.*) Nuestras advertencias no fueron escuchadas, y cuando ya se entabló la lucha, de nuevo nos dirigimos a los hombres del Gobierno rogándoles que, apreciando el valor de sus adversarios, no tratasen de apurar la paciencia de nuestros Estados hermanos con injustas exigencias, pero entonces se creyó que nuestras palabras eran hijas de una excesiva simpatía, y hasta no faltó quien nos tachara de traidores.

»Ahora bien, ya veis cómo se ha realizado nuestra profecía, ya veis cuáles son las consecuencias de no haber atendido a nuestras palabras; la sangre de nuestros valientes soldados enrojece los campos de este vasto continente; la guerra ha sembrado el luto y la consternación entre miles de familias, y a pasos agigantados nos dirigimos al borde de un abismo, en el cual caeremos irremisiblemente después de haber visto nuestra hermosa patria convertida en un vasto montón de ruinas. No sólo está desgarrado nuestro país por la más sangrienta de las guerras que se hayan conocido en toda la tierra, por la lucha más espantosa que pudieran imaginar los mortales, sino que estamos divididos por los partidos políticos, que se observan y vigilan con desconfianza, como si se preparasen también a medir sus armas en un duelo mortal. Se dice por los que apoyan al Gobierno, que nosotros, los que diferimos patriótica y sinceramente de sus opiniones, tratamos de encubrir alguna traición y somos enemigos de nuestro país, (*¡Atención! ¡atención!*) y por otra parte, los hombres de la democracia creen que el Gobierno trata de despojarles de sus derechos y libertad, así como también de sus más sagradas franquicias. No necesito recurrir al testimonio de la prensa ni al de la opinión pública para demostraros cuánta es la exasperación que anima a los partidos y cuán dispuestos se hallan a lanzarse a la palestra, y aun cuando hace algunos años se nos aseguró que esto no redundaría en perjuicio del país, ahora estamos tocando las consecuencias de esas luchas intestinas que siempre serán funestas para todas las naciones.

»Sólo en un punto convienen todos para reconocer que hasta que el Norte permanezca unido, no podrá dar ningún buen resultado la guerra; hasta que se restablezca la armonía no puede asegurarse la paz; ¿y cómo ha de obtenerse esto? ¿Será acaso por medio de la coerción? A vosotros apelo, amigos republicanos: al decir que la existencia nacional depende de la buena armonía y de la concordia, ¿creéis por ventura que ésta ha de conseguirse apoderándoos de nuestras personas, infringiendo nuestros derechos, injuriándonos en nuestros tranquilos hogares, y despojándonos, en fin, de esos sagrados privilegios por los que combatieron nuestros padres y que hemos jurado conservar a costa de nuestras vidas? (*Ruidosos aplausos.*)

»Nosotros pedimos tan solo que nos deis lo que deseáis para vosotros mismos; que se nos conceda lo que no se niega nunca a ningún hombre libre y que se respete a sí mismo, es decir, la libertad de la palabra y el derecho de usar de todas las franquicias que confiere la Constitución a los ciudadanos de América. (*Nutridos aplausos.*) ¿Podréis por ventura negarnos esto? ¿No sería atacar vuestros propios derechos el obrar así? ¿No dais lugar a que estalle la revolución al decir que tenéis derecho para apoderaros de nuestras personas, confiscar nuestros bienes y allanar nuestras casas? ¿No os exponéis vosotros a un peligro tan grande como aquel con el cual nos amenazáis? Acordaos de esto: la sangrienta y revolucionaria doctrina, fundada en la necesidad pública, puede proclamarse por las turbas lo mismo que por un Gobierno. (*Aplausos.*)...

»Hoy nos vemos rodeados de tumbas; en una tierra cubierta de luto, regada con la sangre de nuestros amigos, de nuestros hermanos o de nuestros parientes, víctimas de la más espantosa lucha que se registra en los anales de la historia de las naciones; pero si queremos, pueden evitarse futuras calamidades, y para esto basta respetar la Constitución y nuestras libertades, y acatar las leyes y los derechos de cada cual; recordad lo que hicieron nuestros padres en verdaderos días de prueba cuando tuvieron que luchar contra el poder de un monarca. (*Ruidosos aplausos.*) Si queréis salvar el país y asegurar vuestras libertades, comenzad por el principio, comenzad por el círculo de vuestras

familias, haced que se respeten las instituciones de América, y se reconozca la inviolabilidad de vuestros privilegios, y una vez proclamados vuestros derechos, tened mucho cuidado de no usurpar los de vuestros vecinos. (*Aplausos.*)»

Los discursos que acabamos de copiar eran muy comedidos, comparados con los que pronunciaran otros hombres del partido democrático, pero todos ellos revelaban una creciente hostilidad contra el Gobierno federal, a quien más o menos embozadamente se acusaba de ser el causante de la funesta guerra que asolaba al país.

No era sólo el partido de oposición el único que tomaba como pretexto el decreto relativo a las quintas para combatir al Gobierno; también la prensa democrática se valía de él como de un arma para esgrimirla contra Mr. Lincoln, y no es por lo tanto de extrañar que poco antes de comenzarse en Nueva York las operaciones del primer sorteo, que se debía celebrar el día 13 de julio, publicaran los diarios de dicho partido extensos artículos, cuyo principal objeto era inflamar las pasiones de aquellos que no estaban dispuestos a tomar parte en la lucha, exponiéndose a toda clase de peligros y privaciones para que se pudiese continuar la guerra. Díjose entre otras cosas que nada justificaba el alistamiento, que el contingente que se pedía era excesivo, que no habría legalidad en las operaciones, y por último, que la medida adoptada por el Gobierno era a todas luces inconstitucional y atentatoria contra la libertad individual y contra los derechos de los Estados.

No es nuestro ánimo reproducir aquí todos los artículos de los periódicos en cuestión, pues esto sería demasiado largo, tanto más cuanto que uno o dos párrafos bastarán para que el lector forme una idea del carácter de aquellos y de las razones en que se fundaban los enemigos del Gobierno para combatir la última medida adoptada por Mr. Lincoln.

El *Journal of Commerce* (Diario del Comercio), decía entre otras cosas lo siguiente:

«Por doloroso que sea, preciso es confesar que la guerra con todas sus funestas consecuencias, es el instrumento de que se valen a veces los hombres mal intencionados para llevar a cabo sus fines, sin apreciar en nada la sangre que se vierte ni las penas que afligen a miles de familias. Los hombres que así obran, carecen completamente de conciencia, creen que no contraen responsabilidad alguna, y sólo piensan en la realización de sus mezquinos deseos o interesadas miras. ¿Qué derecho tiene ningún hombre para apelar a la fuerza de las armas en un caso como el de que ahora nos ocupamos? Los que promueven una guerra mueven una guerra civil como la que ahora devasta los vastos Estados de este continente, son responsables ante Dios y ante los hombres de la sangre vertida y de los sacrificios hechos, y nada en el mundo puede dispensarles de esta responsabilidad.

»Algunos hombres sostienen que una vez empezada la guerra no debe ponerse término a ella hasta que la esclavitud quede abolida, pero a los que así dicen no puede considerárseles sino como asesinos; el calificativo es duro, pero es exacto. ¿Hay algo que justifique a los Estados del Norte por haber provocado una guerra en los Estados del Sur con el único objeto de abolir la esclavitud? ¡No! Esta es una lucha fratricida que no puede justificarse en modo alguno.»

El *Daily News* (Diario de noticias) se expresaba en estos términos:

«De esperar es que se adoptarán medidas para probar la constitucionalidad de la ley que arrancará de sus hogares a sesenta mil ciudadanos para obligarles a tomar parte en la espantosa e injustificable lucha que está asolando a nuestro país. Dícese que el gobernador Seymour asegura que ni el Presidente ni el Congreso tienen autorización, sin previo consentimiento de las autoridades de los Estados, para poner en ejecución un decreto como el que se acaba de aprobar bajo los auspicios del departamento de la guerra, pero Mr. Seymour añade, que en su concepto no adelantaría nada en practicar gestiones, y que por lo tanto es preferible que se resuelva esta cuestión en el Tribunal Supremo.

»La manera de hacer el sorteo en Nueva York es un ultraje para el pueblo, y no ha tenido ejemplo hasta aquí, pues ni siquiera ha publicado el Gobierno un manifiesto sobre este asunto, y se trata con la mayor indiferencia la cuestión de si ha de hacerse una leva de trescientos mil o

seiscientos mil hombres. Si como es de suponer, basta con la primera cifra para reorganizar el ejército de la Unión, el cupo de esta ciudad no debe exceder de doce mil hombres, y en vez de esto, se piden veintidós mil, además de un cincuenta por ciento para formar la reserva. Conviene advertir que los trescientos dólares que paga todo aquel que, contando con recursos, puede librarse de la quinta, no se emplean en poner un sustituto, como debería hacerse con arreglo al espíritu de la ley, sino que se destinan a otro objeto.

»El objeto evidente de los que apoyan la ley de quintas, es disminuir el número de votos democráticos en las próximas elecciones, y claro es que por este medio abriga el Gobierno esperanzas de continuar en el poder otros cuatro años. Matando demócratas, a fin de llenar luego las urnas con los votos de sus soldados o de los negros, creen los hombres que están en el poder que podrán combatir fácilmente la oposición. Nosotros abrigamos la confianza de que se adoptarán inmediatamente medidas para impedir que se cometa un escandaloso abuso, y para que nuestro tribunal evite por cuantos medios estén a su alcance, que la ciudad de Nueva York siga tomando parte en la guerra fratricida que está asolando a nuestro hermoso país.»

Al día siguiente de haberse publicado estos artículos, es decir, el 4 de julio, circuló en Nueva York clandestinamente una proclama incendiaria, anónima como es de suponer, en la cual se excitaba al pueblo a defender sus derechos y libertades, con el evidente objeto de promover una insurrección el día en que se verificaran las operaciones de la quinta. Precisamente por entonces se recibió el telegrama remitido por Meade desde el campamento de Gettysburg, pero ya los ánimos estaban muy sobreexcitados, y según veremos no era fácil evitar un conflicto.

El día 13 de julio, día señalado para el sorteo de los quintos, comenzaron a formarse grupos de mal aspecto en los barrios bajos de la ciudad, y poco después se les vio avanzar hacia el centro en dirección a Third Avenue, en cuyo punto se hallaba el preboste en la casa núm. 16, procediendo al sorteo con los empleados necesarios delante de unas trescientas personas. Se habrían sacado ya unos cien nombres de la urna, y reinaba la mayor tranquilidad, cuando se oyó en la calle un pistoletazo y poco después caían hechos pedazos los cristales de las ventanas, en tanto que una numerosa turba penetraba en la casa, de donde echó a los que componían el tribunal y los demás empleados después de rasgar todos los papeles que encontró. En pocos minutos, uno de los amotinados humedeció con trementina y aguarrás el suelo y las paredes, y bien pronto se vio el edificio rodeado de llamas; los agentes de la autoridad que trataron de oponerse, fueron apedreados por la multitud, que maltrató igualmente a Mr. John Kennedy, superintendente de policía, a quien reconocieron los trastornadores inmediatamente porque iba de gran uniforme. Una escasa fuerza del cuerpo de inválidos, que llegó a poco con intención de contener el tumulto, hubo de retirarse precipitadamente, dominada por la furiosa multitud, compuesto ya de algunos miles de hombres, y lo mismo le sucedió a un fuerte destacamento de policía que trató de dispersar las turbas. Los bomberos, que tardaron algún tiempo en presentarse, y a quienes aplaudió la multitud, no hicieron esfuerzo alguno para salvar la casa donde se había declarado el fuego, pero luego lo cortaron, si bien cuando ya se había comunicado a otros edificios y cuando las turbas se alejaban para ir a cometer nuevos excesos en otros puntos.

La milicia de la ciudad se hallaba por lo general ausente o retirada en el interior de Pennsylvania, y como el Gobierno no tenía a su inmediata disposición sino una escasa fuerza, ni era suficiente la policía, aunque perfectamente organizada, para contener una insurrección en que habían tomado parte ya lo menos diez mil hombres, los amotinados tuvieron tiempo para entregarse a toda clase de violencias. No cabe la menor duda de que el movimiento era premeditado, y difundida la noticia por toda la ciudad, no tardaron en echarse a la calle todos aquellos que temían la quinta, que detestaban la guerra o que consideraban a los negros como la única causa de las miserias públicas, y sobre todo, de que se hubiese decretado el alistamiento forzoso. Los insurrectos consiguieron aumentar bien pronto su número presentándose ante las fábricas y grandes almacenes para exigir que suspendieran los trabajos, demanda a que por desgracia se accedió, bien fuese por temor o por simpatía. Como es de presumir, todos los ladrones y gente perdida, escoria de la

sociedad, que no suelen tener más habitación que las cárceles, se alegraron muchísimo de que se les presentara aquella oportunidad para ejercer su industria, tomando por pretexto el descontento popular, y todos aquellos bribones y borrachos, que eran los que se mostraban más furiosos, se encargaron de dirigir los pasos de la multitud, que era ya muy numerosa, y que se aumentó aun mucho más en los dos días siguientes.

Los gritos de *¡Abajo las quintas! ¡Fuera Lincoln! ¡Mueran los negros!* resonaban por las calles a cada momento, en tanto que una nube de piedras rompía los cristales de los balcones y ventanas; los telégrafos y las vías férreas que había dentro de la ciudad fueron destruidos sin contemplación alguna por aquellos malvados. Las primeras víctimas de la conmoción popular fueron los pobres negros, a quienes aborrecían de muerte los trabajadores irlandeses, que formaban una gran mayoría entre las turbas, y que les tenían declarada la guerra, porque, como más trabajadores y más activos, les hacían una competencia que les perjudicaba en extremo. Este antagonismo entre irlandeses y negros debía ser fatal a los últimos en una ocasión como aquella, y en efecto, todos cuantos cayeron en poder de los insurrectos fueron víctimas de su furor. A uno de ellos que se había defendido valerosamente, le colgaron de un farol, y después le aplicaron fuego a los pies hasta que se abrasó completamente; un muchacho de unos diez años, que iba a sufrir la misma suerte, tuvo la fortuna de escaparse, y aquello se convirtió entonces en una verdadera caza de negros. Imposible parece que en pleno siglo XIX se cometieran las atrocidades y violencias de que entonces fue testigo la ciudad de Nueva York.

El Asilo de Huérfanos, creado especialmente para los negros, que ocupaba un espacioso y magnífico edificio, cuyo valor no bajaría de doscientos mil dólares con el mueblaje, sufrió la misma suerte de otros muchos; este asilo, que servía también de escuela y estaba bajo el patronato de unas señoras filantrópicas, fue rodeado por las turbas, que después de poner en dispersión a los agentes de policía, que en vano trataron de contener a los amotinados, pegaron fuego al edificio, no sin haberse apoderado antes de una porción de alfombras y camas de acero, que desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Las oficinas destinadas para el alistamiento en el distrito octavo, se hallaban en la esquina de la calle de Broadway, junto a unos almacenes llenos de toda clase de géneros, y hacia aquel punto se dirigieron los amotinados, que pegaron fuego al edificio, como lo habían hecho ya en otras partes. El movimiento popular, que había comenzado el 13 de julio, continuo por espacio de tres días extendiéndose hasta Brooklyn, donde los insurrectos destruyeron una magnífica máquina, cuyo valor no bajaba de cien mil dólares, después de haber pegado fuego a varios edificios. Sin embargo, ya por entonces había acudido alguna tropa y un cuerpo de la milicia, de modo que, aunque hubo más lucha que en el primer día, no fue tanta la devastación, y los amotinados, que sufrieron considerables pérdidas, comenzaron a retirarse hacia los barrios donde naturalmente podían oponer más resistencia. A pesar de esto, como los trenes no circulaban, ni se encontraban trabajadores para cargar los buques del puerto, el comercio estuvo paralizado durante algunos días⁸⁶.

El gobernador Seymour, que había marchado algunos días antes a Nueva Jersey, volvió a la capital el martes por la tarde, y habiéndose dirigido a la Casa de la Ciudad seguido de su escolta, salió al balcón y dirigió las siguientes palabras a la multitud:

86 *El Tribuno*, del 15 de julio, decía lo siguiente al dar cuenta del motín: «Sería absurdo atribuir esta insurrección a otra cosa sino a la influencia de los separatistas: si, como algunos aseguran, proviene sólo la queja de que se hacen pagar trescientos dólares por un sustituto, ¿por qué se maltrata y asesina a los negros? ¿Son ellos acaso los que han decretado esta orden? ¿No son por el contrario tan pobres que les sería imposible pagar los trescientos dólares? ¿Qué delito han cometido para ser víctimas de esos actos de barbarie sin ejemplo en nuestra historia? ¿De qué puede acusárseles sino de que son enemigos de la esclavitud? Desengañémonos, examinemos los hechos y fácil nos será reconocer que todo esto ha sido un movimiento en favor de Jefferson Davis y de Lee; escuchad los gritos de la multitud y las arengas de sus oradores favoritos, y oiréis, repetidas a cada momento, las palabras *negros*, *abolición*, *republicanos*. Si en vez de los amigos del Sur hubieran sido los abolicionistas los amotinados, habríamos visto a la mayor parte de esas turbas declararse en contra de ellos, y es una prueba evidente que el reciente triunfo de nuestras armas es el que ha excitado sobre todo a nuestros enemigos a promover este conflicto y la resistencia a las leyes que todos debemos respetar.»

«Amigos míos: he venido aquí expresamente para saber lo que pasa y para que me digáis cuáles son vuestras quejas, aun cuando supongo que se trata de la quinta. Permitidme aseguraros que soy amigo vuestro, (*Aclamaciones*) y como tal, creo que me profesáis alguna amistad. (*Sí, sí.*) Yo os aseguro, amigos míos, que estoy aquí para daros una prueba de mi simpatía, (*Aclamaciones*) y ahora debo anunciaros que mi ayudante general ha marchado a Washington para conferenciar con las autoridades a fin de que se suspenda la quinta. (*Ruidosas aclamaciones.*) Entretanto, hacedme el favor de aguardar su vuelta, y yo os prometo que haré cuanto sea posible para que no se perjudique a ninguno. Respetad las propiedades y las personas, procurando mantener el orden, y no tendréis motivo de queja; yo creo que haréis esto por mí. Deseo que os retiréis como buenos ciudadanos, pues no ignoráis que cuando os parezca necesario podéis reuniros otra vez; dejadlo todo a mi cuidado y yo procuraré que se respeten vuestros derechos, pero, al menos, esperad a que vuelva mi ayudante, y no molestéis a nadie ni cometáis exceso alguno. Es todo cuanto os pido y espero de vosotros.»

El gobernador Seymour no debía haber ofrecido, en nuestro concepto, que se suspendería la quinta, ni anduvo tampoco muy cuerdo al dirigir a la multitud un discurso, en el cual, si no reconocía el derecho de insurreccionarse, de quemar edificios y cazar negros, daba a entender que todo esto podría hacerse en el caso de no suspenderse el alistamiento forzoso. Seguramente los amotinados lo comprendieron así, y por lo tanto era de temer que se repitiesen desagradables escenas al proceder de nuevo a las operaciones de la quinta.

Los insurrectos, que antes de retirarse del centro de la ciudad habían saqueado completamente el edificio donde tenía su redacción e imprenta el diario abolicionista, el *New-York Tribune*, siguieron cometiendo algunos abusos durante el día 15, pero estos se limitaron a varios robos aislados, si bien la multitud asesinó a dos o tres negros, persiguiendo a otros muchos que tuvieron la suerte de escapar con vida. Por la tarde los insurrectos hicieron frente a un destacamento de tropas al mando del capitán Putnam, el cual atacó resueltamente a las turbas con objeto de sofocar de una vez la insurrección. En el combate que se siguió, tuvieron los amotinados trece muertos y diez y ocho heridos, quedando prisioneros veinticuatro de los suyos, mientras el capitán Putnam sólo perdió dos o tres hombres. El valor de lo destruido durante aquellos días no bajaba de dos millones de dólares.

Lo que más efecto hizo en aquella horda de bandidos, fue la indignación que se apoderó de la parte sensata del vecindario: todo el cuerpo de policía, tan respetable y vigoroso en la ciudad de Nueva York, y que se había visto maltratado los días anteriores, quiso tomar la revancha, y secundado por un numeroso cuerpo de voluntarios, contuvo a las masas por algún tiempo, lo cual dio lugar a que llegasen varios regimientos de milicia procedentes de Pennsylvania y algunas tropas veteranas del ejército del Potomac, cuya artillería barrió bien pronto las calles, acabándose de pacificar por este medio la ciudad, después de ocho días de sangrientos desórdenes, que apenas se creería pudieran ocurrir en un país civilizado y en un siglo que llaman de las luces.

También ocurrieron desórdenes semejantes en Boston, en Jersey, en Jamaica y algunos otros puntos, pero todos ellos estaban relacionados con la insurrección de Nueva York, siendo la ley de quintas el pretexto que se tomó para cometer toda clase de desórdenes y resistirse a la ley.

El gobernador Seymour dirigió una solicitud al Presidente en 3 de agosto, en la que después de pedirle que se suspendiera la quinta por ser excesiva la cuota señalada para los distritos urbanos de su Estado, se expresaba en estos términos:

«La mitad, cuando menos, de los Estados leales opina que la ley de quintas es una violación de los principios constitucionales, y se teme en general que esta medida ha de producir graves perjuicios. No es mi ánimo combatir esa ley ni tampoco la política del Gobierno, pero, en mi concepto, convendría consultar detenidamente la opinión pública.»

Debe advertirse que el gobernador dirigió esta solicitud a Mr. Lincoln a excitación de los demócratas que, al combatir la ley de quintas, sostenían que era preciso mantener a toda costa los derechos y soberanía del Estado, a fin de evitar que se sujetara a los ciudadanos a una quinta injusta.

El Presidente contestó al gobernador Seymour, en 7 de agosto, y después de manifestarle que estaba dispuesto a suspender la quinta, pero sólo hasta que se viera si la cuota señalada era demasiado excesiva, decíale lo siguiente:

«Yo me someteré gustoso a la decisión del Tribunal Supremo cuando resuelva acerca de la constitucionalidad de la ley de quintas, pero entre tanto no puedo perder tiempo, pues estamos luchando con un enemigo que aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para aumentar sus filas, y de este modo podrá contar muy pronto con un ejército al que sería difícil hacer frente. Yo me propongo obrar dentro del círculo de la justicia y de los principios constitucionales, y en el desempeño de las funciones de mi importante cargo, procuraré que se conserve la- unidad y se respeten las leyes del país.»

El día 1 de septiembre, día fijado para la elección de gobernadores en varios Estados, comenzaron a organizarse los Comités, y se procedió desde luego a la votación. En Vermont, donde hasta entonces habían contado con una inmensa mayoría los republicanos, empezaban a ganar terreno los demócratas, mas no les fue posible conseguir la victoria, así como tampoco en California, que se declaraba en favor de la Unión, ni en ninguno de los demás Estados. Llegado el mes de octubre, se procedió a segundas elecciones, que fueron mucho más decisivas: en Pennsylvania, el gobernador Andrew Curtin, ardiente partidario de la guerra, fue propuesto por los republicanos a fin de que se le reeligiese, mientras los demócratas dieron todos sus votos a Mr. Woodward, que por el contrario opinaba por la separación. Los debates que se promovieron con aquel motivo fueron animadísimos y decisivo el resultado, pues el gobernador Curtin quedó reelegido por una mayoría de quince mil votos, restableciéndose así el ascendiente de los republicanos y del Gobierno. Para completar el triunfo, los presidentes de tres tribunales del Norte de Nueva York reconocieron pocos días después, al fallar varias causas, la constitucionalidad de la ley de quintas.

El Estado de Ohio, por razón del destierro de Mr. Vallandigham, fue el palenque de una lucha más obstinada, pues los Comités democráticos parecían dispuestos a disputar el terreno palmo a palmo. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, y aun cuando el año anterior llegaron a contar con una mayoría de cinco mil votos al procederse a la elección de gobernador, quedaron esta vez derrotados por una de *cien mil* en favor de Brouch, candidato republicano cuyo rival era Mr. Vallandigham.

En los Estados Occidentales, sobre todo en Indiana e Illinois, habían cambiado mucho las cosas, pues las legislaturas democráticas, elegidas en 1862, contaban ya con muy pocos representantes, y la de Iowa era casi del todo republicana, siendo de advertir que el gobernador había obtenido su cargo por una mayoría de treinta mil votos. En Wisconsin, Minnesota y Michigan alcanzaron también la victoria los republicanos por una gran superioridad numérica en la votación. En los Estados del Atlántico, y muy especialmente en Nueva York, teatro del sangriento motín de que ya hemos dado cuenta, el voto popular se declaró en favor de la Unión de una manera incontestable. El gobernador Seymour, que en 1862 obtuvo una mayoría de diez mil votos, quedó vencido por Mr. Depew, que alcanzó una de treinta mil, y lo mismo sucedió poco más o menos al procederse a la elección de representantes para la legislatura. Massachusetts y Maryland acababan de completar el triunfo al elegir sólo unionistas en cinco de sus distritos, y de este modo se vio vigorosamente apoyado el Gobierno después de resolver la cuestión de la esclavitud, decretando la emancipación. En algunos Estados esclavos, tales como en Kentucky y Missouri, la opinión pública parecía inclinarse también en favor de la última medida adoptada por el Gobierno, y por punto general creíase que la esclavitud debía extinguirse al fin a pesar de cuantos esfuerzos se hicieran en contrario, porque de este modo era más fácil conservar la integridad y derechos de la gran República.

Hecha esta ligera reseña, que bastará para dar una idea al lector de los sucesos políticos de 1863, y en la cual no podríamos extendernos más por no permitirlo los límites de nuestra obra, continuaremos en el siguiente capítulo la narración de los acontecimientos de la guerra.

20.

LA GUERRA EN LA COSTA DEL ATLÁNTICO. CAMPAÑA DEL MISSISSIPPI. (1864)

Gillmore y Seymour en la Florida. Finnegan derrota a Seymour en Olustee. Destrucción de las obras de defensa de los confederados. Banks en Nueva Orleans. La escuadra de Porter en el Mississippi. Toma del fuerte De Russy. El ejército y la flota avanzan hacia Alejandría. Banks se aproxima a Shreveport. Derrota de las avanzadas federales en Sabine Cross-Roads. El general Emory cierra el paso a los separatistas en Pleasant Grove. Combate obstinado en Pleasant Hill. Banks se retira a Grand Ecore. Porter atraviesa el río. El general Banks obliga a Lee a retroceder. Regreso del ejército y la escuadra a Alejandria. El teniente coronel Bailey. Los federales pierden tres buques en Dunn's Bayou. La costa de Texas queda abandonada. Banks se retira a Simmsport. Combate en Mansura. Operaciones en Río Colorado. Combate en Prairie d'Anne. El general Steele entra en Camden. Desastre en Mark's Mills. Steele es atacado por Kirby Smith en Jenkin's Ferry. Los federales se retiran a Little-Rock. El general Carr derrota a Shelby en San Charles. El combate de Big Creek. La Convención de Arkansas. Rosecrans se encarga del mando en Missouri. Arresto de los jefes de los Hijos de la Libertad. Última invasión de Price. Retirada a Rolla. Price amenaza atacar a San Luis y se presenta delante de Jefferson-Citty. El general Mower avanza hacia el mismo punto. Los separatistas se apoderan de Glasgow. Price en Lexington. Derrotas de Blunt y de Curtis. Pleasanton derrota a los confederados en Little Osage. Blunt en Newtonia. Los federales se retiran a Fayetteville Ark.

Las operaciones contra Charleston se proseguían muy lentamente desde la toma de la isla de Morris, y como el almirante Dahlgren no quería atacar la ciudad con su escuadrilla, el general Gillmore resolvió organizar con una parte de sus fuerzas una expedición a la Florida. Consultado el Presidente, aprobó el proyecto, y en 13 de enero de 1864 envió a John Hay, uno de sus secretarios privados, a Hilton Head a fin de que acompañara a los expedicionarios, pues tenía fundados motivos para creer que sería ya fácil atraer a la Florida al partido de la Unión.

Las fuerzas de Gillmore, a las inmediatas órdenes del general Seymour, se embarcaron en 6 de febrero en veinte buques, remolcados por seis goletas; a las doce del día siguiente pasaron por la embocadura de San John, y a las cinco de la tarde ocupaban a Jacksonville sin resistencia, atendido que los pocos separatistas que había en dicho punto huyeron precipitadamente después de convertirlo todo en un montón de ruinas.

A las tres de la tarde del día siguiente, los federales, cuya vanguardia iba a las órdenes del coronel Henry, continuaron avanzando con objeto de sorprender al general separatista Finnegan, que se hallaba a ocho millas de distancia, pero este jefe se había retirado, y los unionistas sólo pudieron coger cuatro cañones y algunos prisioneros. Henry siguió adelante, y llegó a Baldwin a las siete de la mañana, en cuyo punto se apoderó de un cañón y de tres vagones llenos de víveres y efectos de campaña por valor de quinientos mil dólares; en Santa María tuvo una escaramuza insignificante, y poco después pasaba por Sanderson y Lake-City, pero al acercarse a la costa de Tallahassee, encontró al fin a Finnegan, aunque en una posición demasiado fuerte para que se le pudiera atacar con ventaja, por cuyo motivo telegrafió a Seymour que estaba en Sanderson, para que le enviara refuerzos y víveres. Habiase creído por los federales, no sabemos con qué fundamento, que Finnegan se retiraría de Lake-City aquella misma noche, aun cuando tenía a su disposición tres mil hombres, y esta suposición fue causa de que Seymour cometiese luego una insigne torpeza.

Gillmore, que había acompañado a Seymour hasta Baldwin, volvió inmediatamente a Hilton Head sin sospechar ni remotamente que aquel oficial trataría de avanzar más allá del punto que se le tenía señalado, pero tres días después, es decir, el 18 de febrero, admiróle en extremo recibir un parte de Seymour, en el que le manifestaba que seguía avanzando y que sería conveniente que la escuadrilla hiciese una demostración por el Savannah a fin de que los separatistas no recibieran refuerzos de Georgia.

Gillmore contestó en el acto, diciendo que semejante proyecto era una locura, puesto que los separatistas podrían reunir numerosas fuerzas de Georgia y Alabama, y atacar a los seis mil hombres de Seymour, que seguramente quedarían completamente derrotados, y no contento con esto, dispuso que el general Turner llevase el parte para entregarlo en propia mano. Por desgracia, cuando llegó este oficial, era demasiado tarde, pues ya en Jacksonville tuvo noticia de que Seymour se estaba batiendo en Olustee.

Este jefe había salido de Barber en la mañana del 20 de febrero, a la cabeza de cinco mil hombres, y después de una penosa marcha de diez y seis millas, avistó la estación de Olustee, cerca de la cual había apostado el general Finnegan a sus tropas, cuyo flanco derecho estaba protegido por un gran pantano, mientras el izquierdo se apoyaba en un espeso bosque de pinos; tan bien estaban tomadas todas las posiciones de aquel punto, que los federales se vieron arrollados antes de que pensarán siquiera que podría oponérseles resistencia alguna.

Cierto es que los federales contaban con diez y seis piezas, mientras que Finnegan había abandonado las suyas al emprender la retirada, mas por desgracia se tuvo la poca precaución de aproximarlas al bosque donde se hallaban ocultas las fuerzas confederadas, y así es que la mayor parte de los artilleros cayó en poder de los tiradores enemigos, que mataron los caballos en tanto que la infantería federal sin formarse y sin reflexionar lo que hacía, penetraba imprudentemente en el bosque. Si los unionistas hubiesen formado su línea de batalla media milla más lejos, haciendo jugar la artillería, habrían evitado una derrota, ya que no obtenido la victoria, pero la batería de Hamilton entró en acción bajo un nutrido fuego de fusilería, y a los veinte minutos había perdido cuarenta caballos de los cincuenta que llevaba, de tal modo, que fue preciso retirarse dejando en el campo cuarenta y cinco muertos o heridos y dos cañones.

La caballería del coronel Henry, apoyada por la infantería del mayor Stevens y la del coronel Hawlay, sostuvo el primer choque, pero como la mayor parte de estas tropas no estaban bien armadas, érales muy difícil sostenerse en una posición en la que sufrían diez veces más pérdidas que el enemigo, y al cabo de hora y media de combate, comenzaron a retirarse los federales, dejando en el campo numerosos muertos y heridos; entre estos últimos contábase un coronel que lo estaba mortalmente, y otros seis o siete oficiales de más o menos gravedad.

Por fortuna, la columna del coronel Montgomery acudió a tiempo para contener la última carga de los separatistas, y merced a esta circunstancia, pudo evitarse una sangrienta derrota, pero este postrer esfuerzo costó la vida al coronel y a su ayudante, cuyas tropas se vieron dominadas por la superioridad numérica del enemigo. Seymour, que se había batido como un héroe, consiguió reunir entonces todas las fuerzas que le quedaban y dio la orden de retirada, que se efectuó sin contratiempo alguno. En esta refriega tuvieron los unionistas mil heridos y doscientos cincuenta muertos, y los confederados seiscientos cincuenta de los primeros ochenta de los segundos, pero al retirarse Seymour a Jacksonville, se vio en la precisión de quemar varios carros llenos de provisiones y otros efectos por valor de un millón de dólares. En vista del mal éxito de aquella desgraciada expedición, perdióse totalmente la esperanza de recobrar la Florida antes de terminarse la guerra.

Pocos desastres se contaron en la guerra tan fáciles de evitar como este, desastre que se asemejaba al sufrido por Braddock un siglo antes, y en el cual, como sabemos, no se perdió la batalla por falta de valor en nuestras tropas ni tampoco en su jefe, sino por no haberse adoptado las más acertadas disposiciones. A este contratiempo debió el Presidente Lincoln que se le censurara

severamente por haber intentado una empresa que costó al ejército dos mil hombres, sin otro objeto que alcanzar tres o cuatro votos más a su favor en las próximas elecciones.

Antes de pasar mas adelante, volveremos a ocuparnos de las operaciones militares del general Banks, que se hallaba en Nueva Orleans y se disponía a emprender una expedición contra Texas, recorriendo toda la costa. En 23 de enero, había recibido este jefe una orden de Halleck previniéndole que cambiase su plan de campaña y comenzara sus operaciones por Río Colorado a fin de apoderarse de Shreveport si era posible, dispersando de paso el ejército del general Kirby Smith. A este fin el almirante Porter debía organizar en Vicksburg una poderosa flota con suficiente número de transportes para embarcar diez mil hombres del antiguo ejército de Sherman, que a las órdenes del general Smith, remontarían el Río Colorado con el objeto de apoderarse del fuerte De Russy. Después de esto irían a reunirse con el general Banks, que marchaba ya hacia Alejandría a la cabeza de quince a diez y siete mil hombres, mientras el general Steele, con otros quince mil, procedentes de Arkansas, se encaminaba hacia Shreveport. En otros términos: tratábase de tomar este último punto con una fuerza de cuarenta mil hombres, repartidos de tal modo, que sólo con veinticinco mil hubiera podido el enemigo derrotarlos completamente cortándoles la retirada; este era uno de los muchos planes descabellados que se combinaron durante aquella guerra, y de los que resultaron a veces fatales consecuencias. Si se hubiese dispuesto que las tropas de Steele remontaran el Arkansas para ir a reunirse con las de Banks, habría sido casi seguro el éxito, pero el cuerpo de ejército del primero de estos jefes debía obrar por su cuenta, mientras que las fuerzas del general Smith no cooperaron con las de Banks sino durante algunos días, y de este modo no se obtuvo el resultado que era de esperar.

Banks debía haberse puesto en marcha el 7 de marzo, para estar en Alejandría el 17, pero como tenía aun quehacer en Nueva Orleans, confió el mando al general Franklin, que a causa de no haber salido de la ciudad antes del 13, no llegó a su destino hasta el 25, aunque la caballería, al mando del general A. Lee, se hallaba en Alejandría desde el 19.

El almirante Porter, seguido de quince buques blindados y cuatro pequeños vapores, llegó a la embocadura del Colorado el día 7 de marzo, en cuyo punto se le reunió el día 11 el general Smith con diez mil hombres, y entonces la expedición continuó su marcha hacia Simmsport, que evacuaron inmediatamente los separatistas para refugiarse en el fuerte De Russy. Nueve cañones de la flotilla avanzaron por el Atchafalaya, y los demás buques siguieron remontando el Colorado con dirección al fuerte De Russy, del cual se apoderó al poco tiempo Smith, cogiendo diez cañones y doscientos ochenta y tres prisioneros. Conseguido este primer triunfo, el jefe unionista avanzó cuarenta millas mas allá e hizo construir un puente, mientras que los separatistas al mando del general Walker, y cuyo número no excedería de cinco mil hombres se retiraban por el río después de abandonar sus posiciones de Alejandría, cuya ciudad quedó a disposición de los federales.

Sin embargo, entonces fue cuando se empezó a luchar con las dificultades, pues en el punto donde se hallaban los buques de la escuadra, apenas había bastante fondo para sostenerlos, y Porter se vio en la precisión de dejar atrás cinco o seis de los más pesados, aun cuando Banks declaró que era absolutamente necesaria la cooperación de la flota para asegurar el éxito de la empresa.

No es de extrañar, pues, que se emplearan siete u ocho días en hacer las maniobras para concentrar en un mismo punto los buques de la escuadra después de haber buscado otro fondeadero, pero durante este tiempo, el general Warner, seguido de cuatro brigadas del cuerpo de ejército Smith, sorprendió un puesto militar del enemigo en Henderson Hill, y se apoderó de cuatro cañones, doscientos cincuenta hombres y doscientos caballos.

Los obstáculos no obstante siguieron en aumento: el general Mc Pherson, que mandaba en Vicksburg, acababa de expedir una orden disponiendo que toda la marina del cuerpo de ejército de Smith, compuesta de unos tres mil hombres, marchara a ocupar el Mississippí; después se dispuso que el depósito de víveres y municiones se estableciera en Alejandría, dejando en este punto una guarnición de tres mil infantes a las órdenes del general Grover, y como no podía esperarse auxilio alguno del general Steele, los cuarenta mil hombres de Banks quedaron reducidos a la mitad, siendo

de notar que una parte de ésta avanzaba hacia Natchitoches sin encontrar mucha resistencia. El general A. Lee, que había llegado a Pleasant Hill, encontró allí al enemigo con fuerzas considerables, y algunos prisioneros manifestaron que a poca distancia acababan de concentrarse numerosas tropas de Texas y Arkansas al mando del general Green, quien contaba lo menos, según se dijo, con veinticinco mil hombres y setenta y seis piezas de artillería. Shreveport se halla a cien millas de Natchitoches: el camino directo es una especie de sendero arenoso que atraviesa un país deshabitado, donde apenas se ve alguno que otro bosque de pinos, y el río, que en aquella época del año debía llevar mucha agua, apenas tenía a la sazón cuatro o cinco pies de profundidad, por cuyo motivo hubieron de quedarse las cañoneras en un sitio llamado Grand Ecore⁸⁷.

Banks debió haberse detenido allí con tanto más motivo cuanto que el cuerpo de ejército de Smith tenía que ponerse en marcha en cumplimiento de una orden de Grant, que necesitaba sus auxilios cuanto antes, pero Banks deseaba llegar a Shreveport a toda costa, y un encuentro ocurrido entre la brigada del coronel Gooding, compuesta de mil quinientos jinetes, y una fuerza de separatistas al mando de Harrison, que no obtuvo la mejor parte, excitó a los federales a seguir adelante.

En consecuencia, dióse la orden de avanzar hacia Natchitoches, y todas las tropas se pusieron inmediatamente en marcha: el general A. L. Lee (del ejército unionista) formaba la vanguardia con la caballería, y detrás iban dos divisiones al mando de Ransom, otra a las órdenes de Emory, y una brigada de negros, habiéndose conferido el mando en jefe de todas estas fuerzas al General Franklin. Banks salió de Grand Ecore en la mañana del 7, y llegó a Pleasant Hill antes de la noche, pero la retaguardia del ejército había tenido que detenerse a consecuencia de haber llovido copiosamente.

Después de haber tenido un encuentro con una fuerza de separatistas, a la que obligó a retirarse hacia San Patricio, el general A. L. Lee avanzó al amanecer del día siguiente, mientras que el enemigo se concentraba en Sabine Cross-Roads, donde los generales confederados Kirby Smith, Dick Taylor, Mouton y Green, reunieron una fuerza de veinte mil hombres. Banks llegó a la una y media de la tarde a Sabine, donde ya estaban formados los federales en línea de batalla; las avanzadas acababan de empuñar una escaramuza, y el grueso de las fuerzas enemigas estaba oculto en el bosque que se encuentra detrás de la colina por la cual cruza el único camino de Shreveport.

Banks dispuso que una brigada del general Franklin marchara a reforzar el centro de la línea, juntamente con otra de Ransom que acababa de llegar, y se dio orden a A. L. Lee de conservar su posición, pero sin avanzar un paso. Media hora más tarde se envió un parte a Franklin para que fuera también a reforzar el centro, pero ya entonces habían empeñado la lucha las avanzadas con tal obstinación, que bien pronto se generalizó el combate, y a poco los separatistas cayeron con tal ímpetu sobre las dos alas del ejército unionista, que no siendo posible resistirles, comenzaron los federales a retroceder mientras los confederados extendían su línea por la parte del bosque.

A eso de las cinco de la tarde llegó Franklin con una de las divisiones del general Cameron, y entonces comenzaron a reorganizarse algún tanto las desordenadas filas de los federales, pero el enemigo no dio tiempo para nada, pues volvió al ataque a los pocos momentos arrollándolo todo a su paso, a pesar de los desesperados esfuerzos de los federales, que opusieron una vigorosa resistencia. En aquellos instantes se hallaba tan atestado el camino con los trenes del general A. L. Lee, que no era posible emprender la retirada ordenadamente, y así es que el general Ransom perdió diez cañones, y los confederados pudieron coger fácilmente mil prisioneros, entre los que se contaba el coronel Emerson. Los generales Franklin y Ransom y el coronel Robinson, quedaron heridos de alguna gravedad, y muertos otros dos o tres oficiales. Cuantos esfuerzos se hicieron para reorganizar los desordenados batallones de los federales y oponerlos como una barrera a los victoriosos separatistas, fueron completamente inútiles, y no hubo otro remedio sino pronunciarse

87 Natchitoches está en el antiguo canal de Río Colorado, abandonado hace tiempo, y Grand Ecore se hallaba en el nuevo, a cuatro millas más allá, en dirección al Norte.

en retirada. Copiaremos aquí el informe redactado por el corresponsal de la prensa de Philadelphia, que fue testigo ocular de aquella funesta derrota.

«Las fuerzas federales se hallaban en una especie de explanada; nuestra primera línea se extendía en un estrecho sendero, y habiendo sido los primeros en atacar, fue preciso batirnos en retirada, dominados por la superioridad numérica de las tropas enemigas. No fue esto lo peor: el terreno era de tal naturaleza, que no se podía maniobrar con la artillería ni situar cañones en parte alguna sin exponerse a un grave peligro, y además de esto, las tropas ocupaban una posición muy desventajosa. La caballería formaba la vanguardia, marchaban detrás con suma lentitud los vagones cargados de bagajes, entorpeciendo los movimientos de la infantería, y de este modo no podían apoyarse unas tropas a otras, ni fue posible conseguirlo más tarde cuando se intentó. El general Banks reconoció bien pronto cuán apurado era el caso, mas ya era tarde para poner remedio, y por lo tanto fue preciso batirse con aquellas desventajas. La división Ransom acababa de ser derrotada; la de Cameron seguía sosteniéndose donde más reñido era el combate; el general Franklin llegaba en aquel momento al campo de batalla, y una parte de su magnífico cuerpo de ejército avanzaba resueltamente al encuentro del enemigo, mandada por el general Emory. En cuanto al general Banks, dirigía personalmente la batalla e hizo cuanto un hombre puede hacer, exponiéndose de tal modo, que casi todos los caballos de los oficiales de su estado mayor cayeron muertos o heridos. El general Stone, jefe del estado mayor, cuyo semblante revela la más profunda tristeza por la crítica posición en que se veía el ejército, estuvo constantemente al frente de las tropas, y su indomable bravura animó de tal modo a los soldados, que batiéndose estos desesperadamente, pudieron contener por más tiempo del que se esperaba a las columnas enemigas.

»La batalla continuó, pues, cada vez más encarnizada y sangrienta; el fuego de fusilería era espantoso, y por un momento creímos salir del apuro, pero de pronto sobrevino un percance que hizo perder la última esperanza a los jefes y a sus tropas. Yo me hallaba a caballo conversando con un amigo muy cerca del bosque, y pude ver perfectamente todo lo que sucedía.

»Una multitud de negros, algunos a pie y otros a caballo, aparecieron de pronto, huyendo en el mayor desorden y con el terror pintado en sus semblantes, y esta precipitada carrera excitaba la risa de los confederados, que se contentaban con apedrear a los negros y apalear a sus caballos como para favorecer su fuga. De repente nos vimos envueltos en una espantosa confusión, y pregunté entonces a mi amigo qué la habría motivado, pero antes de que tuviese tiempo de contestarme, nos encontramos arrollados completamente y arrastrados como un torbellino cuyo ímpetu era imposible resistir. La línea de los federales se había desbaratado completamente; el general Banks se quitó el sombrero y suplicó a sus hombres que no huyeran, mientras los oficiales de estado mayor hicieron lo mismo, pero todo fue en vano, pues los soldados no atendían ya a las órdenes de sus jefes. Entre tanto silbaban sobre nuestras cabezas las balas del enemigo; corrían los soldados atropelladamente, y hubo un momento en que me pareció que todos íbamos a perecer en medio de aquel espantoso desorden. La retirada se convirtió en una funesta derrota, y no sirvió de nada el valor heroico con que se batían las tropas.»⁸⁸

88 Esta batalla estuvo muy mal dirigida: los generales Banks y Franklin intentaron cargar al enemigo creyendo que en su centro no eran tan numerosas las tropas, y este error fue la causa principal de que se perdiese la jornada. Los generales Banks y Franklin estuvieron siempre en los sitios de más peligro, y fue un milagro que no perecieran o quedasen prisioneros; una bala atravesó el sombrero de Banks, y le mataron el caballo cuando intentaba reunir sus dispersas tropas. La división del general Ransom y la caballería de Lee, que formaban un total de cinco mil ochocientos hombres, se batieron desesperadamente durante algún tiempo, mas al fin hubieron de ceder, no pudiendo resistir a la superioridad del número. El general Ransom fue herido en la rodilla, pero pudo abandonar el lugar del combate antes que le fuera preciso desmontar a causa de la pérdida de sangre, y el capitán Dickey murió instantáneamente de un balazo que le atravesó la cabeza. El tren de campaña y los vagones hacían casi imposible la retirada, y a esto se debió principalmente que fueran tan sensibles las pérdidas sufridas. Casi todos los bagajes de la caballería del general A. L. Lee, que iban en doscientos sesenta y nueve carros, cayeron en poder del enemigo juntamente con las mulas y caballos.

El general Emory, que había seguido de cerca a Franklin y que supo bien pronto el resultado de la batalla, avanzó entonces hacia Pleasant Grove, punto que distaba cuatro millas, con objeto de ver si le era posible tomar una buena posición para reparar en parte el desastre. Emory se situó cerca de un bosque y dispuso que el general Dwight ocupase el camino con su brigada mientras que el coronel Benedicto se colocaría a la izquierda, de modo que pudiera proteger la retirada de las fugitivas tropas de A. L. Lee de Franklin cuando llegasen.

Apenas hubo tomado Emory estas disposiciones, viose aparecer a los separatistas que iban persiguiendo a los fugitivos, y solo cuando estuvieron bien cerca de la nueva posición de Emory, dispuso éste que se rompiera el fuego, que si bien introdujo al principio algún desorden en las filas del enemigo, no bastó para contenerle, pues avanzó resueltamente, confiado sin duda en la superioridad numérica. El combate se renovó entonces con nueva furia, mas al cabo de hora y media, empezó a oscurecer y fue preciso suspender la lucha. El general Emory, que había rechazado varias cargas del enemigo causándole sensibles pérdidas, salvó de este modo los restos del ejército federal, y acaso también la flota.

Sin embargo, permanecer en aquel punto para continuar la batalla al día siguiente, era exponerse a una segunda derrota, pues los confederados podían recibir refuerzos de un momento a otro, y no contando los federales con tropas suficientes, no les sería posible resistir. En su consecuencia el general Banks resolvió prudentemente retirarse, y así lo hizo aprovechando la oscuridad de la noche, después de haber dado sus órdenes para que las tropas se dirigieran hacia Pleasant Hill. El general Emory se encargó de cubrir la retirada después de haber enterrado a los muertos y recogidos los heridos.

El general Smith se hallaba ya en Pleasant Hill juntamente con la brigada del coronel Dickey, y gracias a esto, pudo reunir Banks unos quince mil hombres, que habrían ascendido a veinte mil a no ser por las pérdidas sufridas en la reciente batalla. Sin perder un momento, diéronse las órdenes oportunas para que se situaran las tropas convenientemente, y una parte de ellas ocupó el camino que conduce a Shreveport, por donde se esperaba que avanzarían los confederados. No se hicieron estos esperar mucho, pero antes de atacar, tomaron también sus posiciones y practicaron un reconocimiento con objeto de tantear el terreno y ver qué situación ocupaba el enemigo. Entre tanto el general, Banks enviaba los restos de la división Ransom al camino de Grand Ecore, y la brigada de caballería del coronel Gooding practicaba un reconocimiento en el camino de Shreveport. Poco después, una batería de los confederados rompió el fuego contra las primeras líneas de los unionistas, y habiéndose comprendido que la intención de aquellos era rodear el ala derecha, una brigada al mando del coronel Benedicto marchó a reforzar a Smith, situándose frente al camino, de modo que al trabarse la batalla fueron estas tropas las que tuvieron que sostener el primer ataque.

A eso de las cuatro de la tarde, pareció se generalizaba el fuego, pero cesó de pronto; a los pocos minutos viéronse avanzar dos columnas enemigas contra el centro del ala izquierda, y cayeron con tal ímpetu sobre la brigada Emory, mandada por el coronel Benedicto, que éste hubo de retroceder poco a poco para ir a unirse con la reserva, después de batirse desesperadamente. La primera y segunda brigada de Emory se vieron luego envueltas por el enemigo, que cargaba resueltamente sobre la derecha y el centro, pero después de las primeras descargas, los separatistas se vieron a su vez acometidos por la reserva del general Smith, mandada por el general Mower, que obligó a su enemigo a retroceder, no sin cogerle antes dos cañones y cien prisioneros. Los regimientos de Illinois e Indiana, que atacaban por su flanco a los separatistas, se apoderaron por su parte de una batería, haciendo cuatrocientos prisioneros. La muerte del valeroso coronel Benedicto, herido dos veces, y la segunda mortalmente, al dar una carga a la cabeza de sus tropas, fue una de las pérdidas más sensibles al obtener aquella victoria.

Que en la batalla de Pleasant Hill lucharon las tropas con un valor heroico, y que la victoria costó muy cara, es cosa que no se puede dudar, pero el hecho de haber resuelto Banks retirarse inmediatamente con su ejército a Grand Ecore, ha dado lugar a que se diga por algunos que la victoria se inclinó en favor de los separatistas, lo cual seguramente no es exacto, pues el mismo

Pollard, quien según ya hemos visto, simpatiza siempre con los confederados, reconoce de hecho que el triunfo fue de los federales.⁸⁹

Parece que Banks no hubiera debido retirarse precisamente cuando sus tropas ansiaban tomar la revancha de la derrota sufrida en Sabine Cross-Roads, pero según el jefe unionista, la falta de agua y de víveres, así como también de municiones, y el temor de no poderse reunir luego con la flota si retardaba sus movimientos, le obligaban a retirarse a un punto donde le fuera posible ponerse en comunicación con aquella y reorganizar convenientemente sus tropas, dejando a los heridos en los hospitales.

Las pérdidas de Banks en los combates que tuvieron lugar los días 7, 8 y 9 de abril, ascendieron a tres mil novecientos sesenta y nueve hombres, entre los cuales se contaban doscientos cuarenta y ocho muertos, mil quinientos ochenta y un heridos y dos mil ciento cuarenta extraviados o prisioneros, siendo de advertir que en la batalla de Pleasant Hill solo contaba el ejército unionista de quince mil hombres y de veintidos mil el de los confederados. Estos no dijeron cuáles fueron sus pérdidas, mas para nosotros es muy elocuente el hecho de que Pollard y Kirby Smith guardaran silencio sobre este punto; suponiendo en cinco mil hombres las bajas del ejército de Banks, puede asegurarse que cuando menos tuvo otras tantas el ejército confederado.

Sin embargo, preciso es confesar que moralmente alcanzaron los separatistas la victoria, atendido que los federales debían renunciar por entonces a sus esperanzas, pues no les fue posible expulsar del Mississippi a sus enemigos después de haber hecho costosos gastos en expediciones así navales como militares. Esto animó mucho a los separatistas, porque así Louisiana y Texas continuarían favoreciendo su causa en tanto que los unionistas del sudoeste quedaban otra vez sumidos en el abandono y la desesperación.

Según ya hemos dicho, el general Banks se retiró a Grand Ecore sin ser molestado, pues el enemigo tenía que fijar su atención con preferencia en la flota de Porter, la cual había conseguido llegar, aunque con mucho trabajo, a Springfield, donde los confederados interceptaron el paso del canal con un gran vapor que impedía que se acercara ningún buque. Cuando Porter comenzaba las operaciones para dejar expedito el paso del canal, recibió un correo de Banks anunciándole el desastre de Sabine Cross-Roads, y en su consecuencia resolvió al momento ponerse en marcha con su escuadrilla de cañoneras para ir en auxilio del ejército federal. Como las orillas del río eran muy elevadas, los tiradores enemigos podían hostigar impunemente a los unionistas, y bien pronto se vio que trataban de aprovechar la oportunidad que se les presentaba. En efecto, al llegar a Coushatta, el general Harrison, seguido de mil novecientos jinetes y cuatro piezas, mandó romper el fuego contra las cañoneras, y en la mañana del 12 de abril de 1864 atacaron también algunas tropas de Texas mandadas por el general Green, que tuvo la desgracia de caer a poco mortalmente herido por un casco de metralla que le destrozó la cabeza. Los separatistas llegaron a creer que con sus repetidos ataques podrían apoderarse de las cañoneras en aquel estrecho canal, pero pronto hubieron de convencerse de lo contrario, pues una certera andanada barrió completamente las orillas de aquel, dispersando de una vez al enemigo. Porter asegura que los confederados perdieron en aquel infructuoso ataque unos quinientos hombres, y tan provechosa fue la lección, que otros cinco mil que se hallaban mas allá dispuestos a interceptar el paso a la flotilla, desistieron de su empresa al saber lo que acababa de pasar.

89 El corresponsal del *New-York Herald* decía lo siguiente al hablar de esta batalla. «La brigada del coronel Benedicto fue la primera que entró en acción, y poco después se generalizó el combate en la derecha y en el centro: la lucha era obstinada y sangrienta; sobre las tropas caía un verdadero torrente de plomo y hierro, y el estampido del cañón y el estruendo de la fusilería atronaban el espacio. La carnicería era espantosa, pues en muchos puntos los soldados se batían cuerpo a cuerpo. Los separatistas atacaban furiosamente por todos los puntos a la vez, pero cuando llegaron cerca del sitio donde se hallaba la reserva de Smith, dióse la orden de cargar, y entonces siete mil federales se precipitaron como una avalancha sobre sus enemigos, que en vano trataban de oponer una inútil resistencia. El coronel Benedicto, que iba a la cabeza de su brigada, cayó atravesado de cinco balazos, el último de los cuales le privó de la vida. La lucha fue obstinada, pero al fin alcanzaron la victoria los federales, y llegada la noche, terminó el combate. Quinientos prisioneros, tres banderas y una infinidad de armas diversas fueron los trofeos de la victoria. Esta batalla se consideró como una de las mas sangrientas que se habían dado hasta entonces en América.»

Al llegar a Gran Ecore, vio Porter que sus buques mayores se hallaban muy expuestos por no tener suficiente fondeadero, y mientras tomaba sus disposiciones para remediar la falta y anclarlos en otro sitio más conveniente, el general Banks continuaba su retirada hacia Alejandría.

El día 21 de abril, la cañonera *Eastport*, que se había alejado ocho millas con el fin de practicar un reconocimiento, comenzó a hacer agua y se sumergió al fin sin dar apenas tiempo a la tripulación para salvarse. Cuando Porter tuvo conocimiento de esto, dispuso que se emprendieran desde luego los trabajos necesarios para sacar el buque a flote, lo cual se consiguió al cabo de seis días, mas como se viese que la *Eastport* estaba muy averiada, diose la orden de pegarle fuego, lo cual se hizo después de trasladar los cañones a otro buque.

El día 26 aparecieron de nuevo los separatistas en la orilla derecha del río, en número de mil doscientos hombres, y rompieron el fuego, al que contestaron las cañoneras con tal acierto, que a los cinco minutos no se veía ni un solo enemigo en aquellos alrededores, ni se presentaron ya tampoco hasta que la flotilla se hubo alejado a una distancia de veinte millas. Al llegar a un punto donde el canal forma un recodo, la cañonera *Cricket*, que iba de vanguardia, sufrió un nutrido fuego de una batería de diez y ocho piezas que tenían allí los separatistas, cuya certera puntería causó en aquella ocasión grandes destrozos. Todas las balas cayeron en la *Cricket*, desmontando uno de sus cañones; no hubo un solo artillero que no quedase muerto o herido, y la cubierta del buque quedó bien pronto desierta. El almirante Porter, sin embargo, que estaba a bordo, se encargó inmediatamente del mando, improvisó artilleros con los negros que llevaba, hizo las veces de piloto, por que éste estaba herido, y merced a sus esfuerzos, consiguió forzar el paso que trataban de disputarle los separatistas con su batería. Las demás cañoneras hubieron de luchar con muchas dificultades para pasar también, y si lo consiguieron, fue merced a la calma, valor y serenidad de los jefes, pero sufrieron averías de más o menos consideración. La *Hindman* recibió dos balazos en una de sus ruedas, quedando muy mal parada; quince hombres de la tripulación de la *Julieta* fueron muertos o heridos, y la *Cricket* recibió treinta y ocho balazos, perdiendo la mitad de su tripulación. La *Hindman* tuvo tres muertos y cuatro heridos, y la *Champion* quedó totalmente destrozada, por lo cual se le pegó fuego.

La escuadrilla federal llegó por fin a Alejandría sin haber sufrido otro contratiempo: Porter calcula que los separatistas tuvieron quinientas bajas, entre muertos y heridos, durante aquella travesía, sin que los federales perdiesen más de cien hombres. La muerte del general Green fue muy sentida por los confederados. Al presentar el almirante Porter su uniforme para dar cuenta de los reveses sufridos, expresábase en los términos siguientes:

«Yo no debía vacilar en emprender el viaje en una estación en que por lo general todos los ríos están crecidos, y no podía prever que el Río Colorado comenzara a bajar precisamente ahora lo menos dos pulgadas diarias, lo cual considero como un verdadero fenómeno, tanto más cuanto que este río lleva siempre mucha agua hasta mediados de junio.»

El general Banks permaneció en Grand Ecore hasta que la flota hubo adelantado una gran distancia, y entretanto el general separatista Bee, que contaba con ocho mil hombres y diez y seis piezas de artillería, tomaba posición cerca del Río Cane, que le servía para resguardar uno de sus flancos mientras que el otro estaba protegido por un gran pantano y un espeso bosque. Bee trataba de cerrar el paso al ejército enemigo, atacándole a la vez de frente y de flanco, mas habiendo sabido Banks que se proyectaba este movimiento, salió de Grand Ecore en la madrugada del 22 de abril, y se dirigió a marchas forzadas hacia el punto ocupado por Bee, a fin de sorprenderle de improviso.

El general Emory llegó al río el día 23 de abril con su primera división, y desde luego amenazó directamente el centro del enemigo, mientras el general Birge, con su brigada, y el coronel Fessenden, con una parte del cuerpo de ejército de Franklin, se dirigían sobre la derecha con objeto de flanquear la posición enemiga. En el combate que se siguió, quedó herido de mucha gravedad el coronel Fessenden, pero se obtuvo un éxito completo; los derrotados separatistas abandonaron sus líneas en el mayor desorden y fueron a refugiarse en el fuerte Jessup, que se halla al Sudoeste de

Texas. Kirby Smith, que mandaba la retaguardia, era atacado al mismo tiempo por los federales, pero consiguió rechazarlos después de un breve combate, sin perder más de cincuenta hombres; en el centro se contaron hasta doscientas bajas, y es de creer que fueran aun mayores las pérdidas del enemigo.

Como se había recibido una orden previniendo que el general Smith volviera a su departamento, y no se podía dilatar ya por más tiempo el cumplirla, hacía inevitable emprender de nuevo la retirada, pero el río estaba tan bajo que no era posible adelantar con la flota, y hasta se temió por un momento la destrucción de ésta. Sólo merced a los esfuerzos del teniente coronel Joseph Bailey, jefe de ingenieros, que desde mucho antes preveía este obstáculo, y que por espacio de diez o doce días se estuvo ocupando en construir una presa y en llevar a cabo otros trabajos para sacar los buques del punto en que se hallaban, se consiguió salir de aquel grave apuro. El general Mc Clelland, que con una numerosa fuerza había estado guardando durante algunos meses los puestos militares de la parte occidental de Texas, acababa de evacuarlos por orden del general Grant, y en 29 de abril, es decir, poco después de regresar el ejército, hizo su entrada en Alejandría. El general Fitz Henry Warren, a quien se había conferido el mando en la bahía de Matagorda, evacuó también poco después este punto, y se puso en marcha con el objeto de reforzar a Banks, pero obligado a detenerse en Marksville, por haber establecido allí los separatistas baterías formidables, retiróse al fuerte de Russy, donde no era de temer le atacase entonces el enemigo.

Al llegar el general Banks a Alejandría, encontró al general Hunter, portador de órdenes terminantes de Grant, en las que prevenía se diese por terminada la campaña de Shreveport. Banks entregó entonces varios despachos a Hunter para que los llevase a su destino, manifestándole al propio tiempo que la flota no había llegado aun, y que no se la podía abandonar hasta tanto que estuviese fuera de todo peligro.

El general Banks evacuó la ciudad de Alejandría pocos días después con ánimo de dirigirse a Simmsport por el Atchafalaya, y aquí diremos de paso que pocas horas antes de ponerse en marcha, estalló un voraz incendio en un edificio que ocupaban algunos refugiados. A pesar de los esfuerzos que se hicieron para cortarlo, el viento que soplabá, y el haber alcanzado las llamas a una casa contigua, donde había un depósito de sustancias inflamables, fue causa de que se propagara la conflagración y quedasen destruidas una porción de casas. El general Banks había recomendado que se tomaran medidas a fin de evitar aquel desastre que siempre temió, y aun cuando así se hizo, no se pudo impedir el siniestro del que fue causa seguramente una mano culpable. Al dirigirse a Simmsport, los federales encontraron en la madrugada del día 16 de mayo, cerca de Marksville, un destacamento de la caballería separatista, que retrocedió al momento hacia el bosque, y habiéndosele perseguido cuando estuvieron reunidas todas las fuerzas, el general Emory por la derecha, y Smith por la izquierda, flanquearon la posición del enemigo y le desalojaron después de un breve pero reñido combate. Sin mas contratiempo, llegaron los federales a Simmsport aquella misma noche.

El Atchafalaya, que corre a muy poca distancia de dicha ciudad, tiene en este punto seiscientas varas de anchura, y como es muy profundo y no hay ningún puente para atravesar empezóse a construir uno de barcas bajo la dirección del coronel Bailey, en cuyo trabajo se emplearon dos días y medio. El ejército atravesó el río sin contratiempo alguno, y aun cuando al desembarcar empeñaron los federales una escaramuza con una escasa fuerza de separatistas, fue de poca importancia. Habiéndose presentado entonces el general Canby, jefe del departamento del Mississippi, el general Banks le confió el mando del ejército, y se dirigió apresuradamente a Nueva Orleans, mientras el general Smith volvía a su departamento.

Las operaciones del general Banks en Simmsport habían obligado a los separatistas a dejar las posiciones que ocupaban cerca del río Marksville; gracias a esto, ya no encontró resistencia el almirante Porter, y por lo tanto pudo llegar sin novedad alguna a las aguas del Mississippi por el río Colorado.

Cuando los federales ocupaban a Alejandría, causó algún disgusto ver que los traficantes en algodón visitaban continuamente la ciudad, merced a los permisos o licencias concedidas por el Presidente, de modo que en aquella campaña se cometieron muchos abusos a expensas del país y en beneficio de los particulares, pero es de advertir que ni el general Banks ni el almirante Porter tomaron parte alguna ni apadrinaron aquellas sórdidas operaciones.

Mientras que el general Banks avanzaba hacia Alejandría, el general Steele salía de Little-Roc, a la cabeza de siete mil hombres, a fin de reunirse con el general Thayer que, con otros cinco mil, había abandonado el fuerte Smith el día anterior para concentrarse en Arkadelphia. Las lluvias, el mal estado de los caminos, la crecida de los ríos y la falta de puentes, desconcertaron los planes de los jefes, y así es que Steele, después de aguardar dos días en Arkadelphia, resolvió avanzar solo con sus tropas. Al llegar a un punto llamado la Salina, la vanguardia de los federales encontró una fuerza de caballería separatista al mando de Marmaduke, que intentó varias veces, aunque inútilmente, cerrar el paso a sus enemigos; Sterling Price, con fuerzas considerables de infantería, quiso también entorpecer la marcha de Steele, y le atacó en Prairie d'Anne el día 10 de abril, pero después de un inútil cañoneo que duró algunas horas, retiráronse los confederados sin intentar un segundo ataque.

Por entonces comenzó a circular la noticia de haber sido derrotado el general Banks en Louisiana, noticia que, confirmada por algunos prisioneros y espías, hizo desistir a Steele de su proyecto de perseguir a Price, y en vez de esto se dirigió a Camden, tomando la delantera al enemigo. Mientras se hallaba en este punto, los separatistas redoblaron su actividad y sus ataques de tal modo, que era preciso estar continuamente alerta para evitar una sorpresa, mas, a pesar de esto, los federales fueron acometidos tres o cuatro veces de improviso, y tuvieron que sostener varios choques, en los que no sacaron la mejor parte, pues perdieron unos doscientos cincuenta hombres, entre muertos y heridos, cuatro piezas de artillería y una considerable cantidad de víveres.

En la mañana del día 25 de abril, una parte de la vanguardia unionista, que se había adelantado a fin de practicar un reconocimiento, fue atacado en Marks Mill por la división del general confederado Fagan, que según parece, tenía a sus órdenes seis mil hombres. En el desesperado combate que se siguió, los federales hicieron cuantos esfuerzos eran posibles para resistir al enemigo, mucho más numeroso, pero todo fue inútil, y el teniente coronel Drake, jefe de las fuerzas, que se batió con la mayor bravura, cayó al fin mortalmente herido, mientras que sus tropas, reducidas ya a una cuarta parte de su número, hubieron de rendirse a discreción.

Steele, que se hallaba en Camden cuando recibió la noticia de este desastre, juzgó que no sería prudente permanecer por más tiempo en dicho punto, y así es que inmediatamente se puso en marcha, cruzó el Washita a pesar de que el agua caía a torrentes, y al llegar a Jenkins Ferry se vio atacado por numerosas fuerzas confederadas al mando del general Kirby Smith. Las brigadas de los coroneles Engelman y S. Rice tuvieron que sostener el primer choque, y a pesar de la desigualdad del número, tanto estos dos jefes como el coronel Mackay, que mandaba la retaguardia, y a quien también acometió el enemigo furiosamente, consiguieron rechazar tres veces consecutivas a los confederados, aunque con sensibles pérdidas por ambas partes. Las fuerzas de los separatistas eran mucho más numerosas, pero gracias a que los federales ocupaban una posición muy favorable para la defensa, en un bosque rodeado de extensos pantanos, se consiguió rechazar al enemigo. En este último ataque, el coronel Garrett, a la cabeza de cuatro compañías, acabó de decidir la victoria en favor de los unionistas, y llegada la noche, pudieron estos continuar libremente su marcha sin ser molestados. En este combate solo tomó parte la infantería, atendido que no era posible arrastrar los cañones por aquel terreno tan pantanoso, donde a veces se hundían los soldados hasta la rodilla.

Cuando todo hubo terminado, y después de haber cruzado el río los federales, el general Kirby Smith envió un parlamentario pidiendo una tregua para enterrar a los muertos, pero no habiéndose encontrado más que un pequeño destacamento, que se ocupaba en esta penosa tarea, los confederados le hicieron luego prisionero, y proclamaron la victoria.

En este brillante combate tuvieron los federales setecientas bajas entre muertos y heridos, y se dice que las pérdidas de los confederados no bajaron de dos mil trescientos hombres, incluso tres generales.

Habiéndose sabido que Fagan se hallaba cerca de Little-Rock, Steele se dirigió a dicho punto a marchas forzadas con el objeto de salvar los depósitos que allí había, y a pesar del mal estado de los caminos, de las continuadas lluvias y de las privaciones sufridas por las tropas, hicieron al fin estas su entrada en la ciudad el día 21 de mayo de 1864.

A fines de junio, el general Shelby cruzó el Arkansas por la parte de Little-Rock, y al llegar a San Charles, tuvo un encuentro el día 27 con cuatro regimientos mandados por el general unionista Carr, quien le derrotó cogiéndole doscientos prisioneros. Los federales perdieron en esta refriega doscientos hombres, y se calculó que entre los confederados se contaban lo menos quinientas bajas. Como se supo que Marmaduke llegaba con refuerzos en auxilio de Shelby, Carr se retiró a Clarendon, donde no temía que le atacase el enemigo.

Durante todo el mes de junio ocurrieron varias escaramuzas de más o menos consideración, en una de las cuales, que tuvo lugar en Big Creek, faltó muy poco para que los federales sufriesen una gran derrota, habiéndoles salvado tan solo el oportuno auxilio que les prestó el general Carmichael. El general Brooks, que se hallaba en el citado punto, acababa de ser atacado por el general Dobbins, y después de haberse batido durante cuatro horas, iba ya a verse precisado a rendirse, cuando la llegada de Carmichael hizo cambiar el aspecto de las cosas, y en vez de mantenerse a la defensiva, pudieron los federales atacar a su vez con ventaja. Desgraciadamente perdió la vida el coronel Brooks, así como también el capitán Lembké y su ayudante Pratt, y entonces los unionistas se retiraron a Helena, sin que los confederados les atacaran de nuevo, aun cuando el general Dobbins les siguió algún tiempo.

Entre tanto el general Gano sorprendía con mil quinientos hombres un puesto militar establecido cerca del fuerte Smith y de cuya custodia estaba encargado el capitán Mefford con doscientos federales. Este jefe quedó prisionero con parte de su gente, después de haber perdido veinticinco hombres entre muertos y heridos. Como era natural, Gano se retiró antes de que pudieran llegar tropas del fuerte Smith.

Desde que los federales se habían apoderado de Little-Rock en el otoño anterior, sin que los confederados intentaran tomar de nuevo este punto, los unionistas de Arkansas estaban en la persuasión de que sus enemigos no podrían recobrar ya su ascendiente en el territorio. En su consecuencia, habíanse reunido los principales ciudadanos, y desde luego formaron una Convención, la cual acordó entre otras cosas suprimir la esclavitud. Además de esto, se hizo una Constitución nueva que, sometida a la aprobación del pueblo, se ratificó en 14 de marzo por 1864. doce mil ciento setenta y siete votos contra doscientos sesenta y seis, habiendo elegido después tres representantes para defender los intereses del Estado en el Congreso. Los unionistas creyeron que de este modo quedaba asegurado el triunfo de sus opiniones en el Estado de Arkansas, pero los reveses que sufrió Steele y la llegada del ejército confederado, que se apoderó de una parte del territorio, hizo perder las esperanzas a los amigos del Gobierno, los cuales se vieron en la precisión de mantenerse a la defensiva para resistir los continuos ataques de la caballería confederada, que comenzó a recorrer el país impunemente para castigar a los que llamaban *renegados y traidores a su país*.

Esta invasión del Estado por los separatistas después de la retirada de los federales de Camden, pudo muy bien evitarse, pero Steele no tuvo nunca por conveniente atacar de una manera decisiva a los partidarios de la rebelión, pues profesaba los principios del enemigo y simpatizaba con él en todo, menos en lo tocante a la separación. Su poderosa influencia se empleó siempre contra la política del Gobierno respecto a emancipar los esclavos; mantenía relaciones amistosas con la aristocracia confederada del Estado, y siendo así, no debe extrañarse que el unionismo no floreciese bajo su mando, y que la caballería y las guerrillas recorriesen continuamente el territorio sin temer nada de la vigilancia de Steele ni de su celo por la causa nacional.

Aquí haremos una ligera digresión para dar cuenta de las operaciones militares que entre tanto llevaba a cabo el general Rosecrans, a quien se acababa de conferir el mando del departamento de Missouri. En 28 de enero llegó este jefe a San Luis y supo desde luego que reinaba en el Estado la mayor agitación a consecuencia de haber ocurrido un hecho que amenazaba turbar la tranquilidad pública. Además de los doce mil hombres de la milicia, destinados para la defensa de Missouri, contábanse en los condados norte-occidentales unos dos mil, alistados provisionalmente, pero que, conservadores en sus simpatías, amigos de los confederados o parientes de las familias de estos, solo se ocupaban en un servicio particular, y había llegado el caso de que se les acusara de atacar a los abolicionistas en vez de favorecerles, asegurando algunos que pensaban reunirse con el ejército de Price tan pronto como se presentara con sus tropas. Rosecrans comenzó a fijar desde luego su atención en este grave asunto, y bien pronto se convenció de que en los grandes condados defensores de la esclavitud predominaba aun el partido separatista, y de que había muchos hombres que aguardaban impacientes una ocasión oportuna para vengarse de los males que les habían ocasionado los unionistas. Continuando en sus averiguaciones con la mayor actividad, y merced a los numerosos espías que se pusieron en campaña para adquirir todos los informes necesarios, no tardó en saber Rosecrans que los enemigos se habían organizado perfectamente en todas partes formando dos sociedades que se conocían con los nombres de *Los Caballeros de América* y *Los Hijos de la Libertad*, y de las cuales eran jefes supremos, Sterling Price, en el Sur, y Vollandigham, en el Norte. Además de esto, averiguó que se proyectaba la invasión de Missouri, que tan pronto como se presentara Price se le reunirían veintitrés mil hombres, y que con su auxilio se trataba de tomar luego los principales puntos del Norte. No era esto todo: los agentes de Rosecrans, que no descansaban un momento, supieron asimismo que Vollandigham iba a volver muy pronto al Canadá, desde donde marcharía inmediatamente para asistir a la Convención nacional de Chicago, y que se recibían de continuo armas y municiones para los partidarios de la Confederación. Todo esto era demasiado grave para no adoptar cuanto antes enérgicas medidas, y por lo tanto Rosecrans expidió en el acto un parte a Washington manifestando que estaba amenazada de un gran peligro y que por lo tanto necesitaba se le enviaran refuerzos inmediatamente. Pocos días después llegó a Missouri el general Hunt, y habiendo recorrido la mayor parte del Estado, parecióle que los temores de Rosecrans carecían de fundamento y que no sería necesario el aumento de fuerzas.

Sin embargo, el general Rosecrans continuo en sus investigaciones, y habiendo sabido con toda seguridad que en la última sesión celebrada por una de las sociedades citadas anteriormente se había propuesto comenzar las operaciones en San Luis, asesinando al preboste y apoderándose después de todos los puntos militares, dispuso en el acto que se hicieran algunas prisiones, y poco después se hallaban arrestados treinta o cuarenta miembros de la sociedad secreta. Como uno de estos era el cónsul de Bélgica en San Luis, Rosecrans recibió bien pronto un telegrama del departamento de la guerra, previniendo que se le pusiera inmediatamente en libertad, cuya orden se negó a cumplir el jefe unionista, contestando al momento que si el Gobierno tuviera conocimiento de los hechos, no habría dispuesto semejante cosa, pero que no tardaría en recibir un detallado informe por conducto seguro. En efecto, poco después llegó un mensajero a Washington, y enterado el Presidente de lo que pasaba, dio al momento la contraorden.

Como había sido necesario repartir en diversos puntos las escasas fuerzas con que contaba el Estado de Missouri, Rosecrans pidió y obtuvo autorización para organizar diez regimientos de voluntarios por un año, a fin de salir de aquel apuro, pero cuando se estaban practicando las diligencias oportunas, ocurrió un motín en el condado el Platte, y comenzaron a circular por el territorio numerosas guerrillas que podían considerarse como las avanzadas del ejército invasor. Esto se confirmó bien pronto por el general Washburne, quien anunció a Rosecrans que Shelby se hallaba en Batesville, al norte de Arkansas, en cuyo punto pensaba reunirse con Price. El general Smith, que se dirigía al norte de Georgia para reforzar a Sherman, recibió orden en 6 de septiembre de 1864 de marchar inmediatamente a San Luis a fin de prestar su auxilio a Rosecrans.

El general Price penetró por la parte sudeste de Missouri, y pasando por Bloomfield, avanzó sin encontrar resistencia hasta Pilot Knob, donde encontró una brigada de federales al mando del general H. S. Ewing, que habiendo ocupado el fuerte Davidson, hizo una obstinada resistencia, causando al enemigo una pérdida de mil hombres mientras él solo tuvo doscientas bajas. Sin embargo, como Price contaba lo menos con diez mil soldados, siendo así que Ewing solo tenía a su disposición mil doscientos, y muy fatigados, el jefe unionista resolvió prudentemente retirarse después de rechazar dos ataques, y así lo hizo sin perder un momento, aprovechando la oscuridad de la noche, no sin clavar antes sus cañones y pegado fuego al depósito de pólvora. Al llegar a Webster, Ewing retrocedió de pronto para seguir la dirección Norte, y pasó por Harrison, después de haber recorrido sesenta y seis millas en treinta y nueve horas, pero allí fue atacado vigorosamente por una columna al mando de Shelby, que hacia tiempo iba persiguiéndole de cerca. Aunque escaseaban sus municiones, Ewing defendió su posición por espacio de treinta horas, hasta que, auxiliado por la caballería del coronel Beveridge, destacada por el general Mc Neil, pudo continuar su marcha en dirección a Rolla, mientras el general Shelby se retiraba sin intentar un segundo ataque.

Rosecrans permanecía entre tanto en San Luis, que era el punto mas importante si no el de más peligro, y allí se ocupaba día y noche en reunir una fuerza suficiente para presentar batalla a los veteranos de Price y a *Los Hijos de la Libertad*, que habían prometido solemnemente auxiliarle con todas sus fuerzas. Durante una semana o poco más pareció que los separatistas llevaban la mejor parte, y a esto se debió que aumentara el número de guerrillas y se cometieran infinitas depredaciones de que fueron víctimas los habitantes del Missouri central⁹⁰. Como el ejército confederado contaba con mucha caballería, podía dirigirse de un punto a otro con más celeridad que los federales, y érale fácil atacar de una vez a San Luis, Rolla y Jefferson-City, pero de no hacerlo así, y como la cuestión se reducía a ganar tiempo, no sería difícil evitar un conflicto, porque el general Mower iba a llegar de un momento a otro con cinco mil hombres de tropas veteranas y cinco regimientos de voluntarios, y también se esperaba a la milicia del Missouri Oriental, de modo que si el general Price no daba desde luego un golpe decisivo que paralizase los esfuerzos de Rosecrans, se vería obligado a huir precipitadamente para salvar su vida.

El enemigo avanzando por Potosí, para atravesar por Meramec y Richwoods, parecía amenazar a San Luis, que distaba sólo cuarenta millas, pero no era este su objeto, y sin duda debió parecerle demasiado aventurada la empresa, pues se limitó a quemar el puente de la vía férrea que cruza el Meramec, en tanto que el general Smith con cuatro mil quinientos infantes y mil quinientos caballos, le seguía con el mayor sigilo para observar todos sus movimientos. Los confederados continuaron rápidamente su marcha, y después de haber pegado fuego a dos o tres posesiones, y destruido varios puentes, se presentaron delante de Jefferson-City, donde acababan de llegar los generales Mc Neil y Sanborn con todas las fuerzas que habían podido reunir en Rolla, y que con las de los generales Fisk y Brown, formaban un total de cuatro mil cien jinetes y dos mil seiscientos infantes. Estas tropas, aunque recientemente alistadas, servirían cuando menos para la defensa de las trincheras en el caso de atacarse la plaza. A propuesta de Fisk, convinieron los otros dos jefes en no oponer al enemigo sino una débil resistencia al cruzar el Moreau, que se halla a cuatro o cinco

90 Poco antes de estos sucesos, habían comenzado a organizarse en el norte de Missouri numerosas guerrillas; los agentes de los separatistas trabajaban con la mayor actividad para reclutar gente a fin de facilitar la gran invasión; las mujeres se ocupaban día y noche en hacer ropa para los confederados, y los guerrilleros cometían diariamente toda clase de abusos, ensañándose sobre todo en los partidarios de la Unión. En un distrito de México, el comandante militar suministró una lista de los nombres de más de cien personas que en el espacio de seis semanas habían sido muertas o se habían visto precisadas a huir por ser abolicionistas. En 1 de septiembre una partida detuvo un tren que venía del norte de Missouri, y fusiló a veintidós soldados, la mayor parte enfermos, que se hallaban en uno de los coches; pocos días después, esta misma partida que constaba ya de trescientos o cuatrocientos hombres, atacó al mayor Johnson, que venía de recoger ciento veinte reclutas, y después de un breve combate fusiló a los que quedaron con vida. Anderson fue reconocido luego como capitán confederado por el general Price, quien después de recomendarle que se portara bien, le dio orden para que marchara al norte de Missouri para destruir varias vías férreas y cometer otros desperfectos.

millas al este de la ciudad, después de lo cual se retirarían a las líneas de defensa, levantadas en pocos días con el auxilio de los ciudadanos.

El general Price cruzó el río después de una reñida escaramuza, y en 5 de octubre avanzó sobre la capital, desplegando una línea de batalla de tres o cuatro millas de extensión, sin duda con el propósito de cercar la ciudad por todas partes menos por el río, pero al examinar las líneas de defensa, y cuando hubo visto que las tropas estaban preparadas a recibirle, parecióle más prudente no atacar y se dirigió hacia el oeste.

El día 8 de octubre, llegó el general Pleasanton para encargarse del mando de la caballería, y en el mismo momento se destacó al general Sanborn con algunas fuerzas de dicha arma a fin de que hostigase al enemigo y le entretuviera, si era posible, hasta que lo alcanzase el general Smith. Sanborn atacó la retaguardia de los separatistas en Versailles, y allí supo que estos se dirigían a Booneville, mas viéndose a poco rodeado por el enemigo, retrocedió precipitadamente en dirección a California, en cuyo punto se reunió con el coronel Cutherwood y la caballería de Smith.

El general Mower, que había salido de Arkansas en seguimiento de los confederados, se detuvo en Cabo Girardeau después de recorrer trescientas millas en diez y ocho días, pero tal era el cansancio de la tropa y tan destrozados estaban los caballos por haber perdido la mayor parte de ellos las herraduras, que fue necesario enviar a pedir auxilio a Rosecrans, el cual despachó inmediatamente algunos vapores para que se embarcaran las fuerzas. La infantería llegó a poco a San Luis, y la caballería tomó la dirección de Jefferson-City para ir a reforzar a Smith.

Price entre tanto había ensanchado la distancia entre él y sus perseguidores, y un destacamento de sus tropas, a las órdenes de Shelby, acababa de cruzar el Missouri por Arrow Rock, y avanzando sobre Glasgow, de cuyo punto se apoderó en pocas horas, hizo numerosos prisioneros. A este atrevido golpe de mano debió seguirse una completa derrota del ejército separatista, pero Smith tuvo que detenerse en Lamine, donde el enemigo había destruido el puente del camino de hierro, y no pudo atacar. El general Mower llegó también poco después a este punto, y entonces Smith continuó avanzando hacia Dunksburg a fin de reunirse con Pleasanton, que continuaba su marcha hacia Warrensburg.

Los confederados parecían dispuestos a permanecer en este último punto, y al llegar la vanguardia a Lexington, empuñó una escaramuza con el general Blunt, que se hallaba allí con algunas fuerzas de Kansas, y el cual hubo de retroceder hasta Independencia. Al saber esto Rosecrans por un telegrama que se expidió, dispuso que Pleasanton marchara inmediatamente a Lexington, seguido de Smith, y así se hizo, apenas recibida la orden.

Estas disposiciones fueron por desgracia muy poco acertadas, y al adoptarlas se debió tener presente que no es muy fácil acorralar a un ejército compuesto en su mayor parte de caballería, que vive sobre el país, y que contando con muy poca artillería, le conviene destruir todos los puentes. Sin embargo, el único medio para acabar de una vez con el ejército enemigo, consistía en tomar la delantera a fin de cortarles su única retirada, y por esto son excusables hasta cierto punto las medidas adoptadas en aquella ocasión. Cuando llegó a Lexington la vanguardia de Pleasanton, a las órdenes de Mc Neil y Sanborn, el enemigo acababa de abandonar este punto, y avanzando rápidamente hacia el Oeste, sorprendía a la división Kansas en Little Blue, donde el general Curtis, encargado allí del mando, sostuvo un reñido combate, hasta que dominado por fuerzas muy superiores, se retiró a Big Blue para tomar una posición más ventajosa. Presumiendo Rosecrans que Curtis podría sostenerse en el punto que ocupaba, expidió una orden a Pleasanton previniéndole que destacase a Mc Neil con una sola brigada en persecución del enemigo, y que con el resto de las fuerzas marchara a Lone Jack a fin de reunirse con Smith, que debía haber llegado ya.

Parece que estas órdenes no fueron puntualmente obedecidas, pues Pleasanton marchó con todas sus fuerzas en persecución del enemigo, y al llegar a Little Blue, a eso de las diez de la mañana del 22 de octubre, vio que la retaguardia de éste se alejaba después de haber destruido el puente. En aquel momento, el general Cutherwood se apoderaba de Independencia, y Mc Neil se dirigía con su brigada a Santa Fe con el objeto de interceptar el paso al enemigo.

A la mañana siguiente marchó Pleasanton a Big Blue, donde se hallaba el grueso de las fuerzas del enemigo, y como quiera que éste parecía dispuesto a oponer una vigorosa resistencia, hiciéronse los preparativos necesarios y se trabó la acción, que duró desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde. Confederados y unionistas se batieron con el mayor denuedo, disputándose el terreno palmo a palmo, pero al fin los primeros se pronunciaron en retirada, perseguidos por las fuerzas de Pleasanton y Curtis, que llegaron hasta Santa Fe.

Smith llegó a Independencia a las cinco de la tarde con nueve mil infantes y cinco baterías, y en seguida se puso en marcha hacia Hickman con la intención de flanquear al enemigo, pero ya era demasiado tarde, pues las contramarchas de los federales habían dejado una puerta abierta para huir, y Price era demasiado buen general para no aprovechar esta oportunidad que le libraba del riesgo de verse completamente cercado por el ejército enemigo.

El general Curtis emprendió la persecución el 24 de octubre con sus tropas de Kansas, pero pronto dejó su lugar a Pleasanton, quien después de una marcha de sesenta millas, alcanzó a los separatistas, ya muy entrada la noche, en Marais-des-Cygnés, donde les atacó sin darles apenas tiempo para prepararse a la defensa. Las tropas de Price se retiraron entonces a Little Osage, y allí presentaron de nuevo la batalla rompiendo el fuego con ocho piezas de artillería, pero dieron los federales tan brillante carga, que se apoderaron de los ocho cañones y mil prisioneros, incluso el general Marmaduke, el brigadier Cabell y cinco coroneles. La brigada Sanborn, que se había quedado muy atrás, y que llegó a poco, continuó la persecución, y de nuevo derrotó al enemigo cuando éste intentó hacer frente, pero estaban ya las tropas tan fatigadas, que se mandó hacer alto, y entonces Pleasanton volvió al fuerte Scott para tomar algún descanso, y Smith se dirigió hacia Harrisonville con el mismo objeto.

Blunt y Benteen con sus brigadas, seguidos de Sanborn, persiguieron aun al enemigo hasta Newtonia, pero en este punto los separatistas, que eran mucho más numerosos, hicieron frente, y ya iban a ser derrotados los federales, cuando llegó Sanborn y pudo evitar que se perdiese la jornada. Los confederados continuaron entonces su retirada por la parte de Fayetteville (Arkansas).

Así terminó la última invasión de los separatistas en el Missouri: Rosecrans asegura que las fuerzas de Price en aquella campaña serían de unos quince a veinticinco mil hombres, incluso los seis mil que reclutó en el Estado, y dice que perdió diez cañones, una gran parte de sus bagajes, y muchos caballos y armas de todas clases, dejando en poder de su enemigo mil novecientos cincuenta y ocho prisioneros. En cuanto a los muertos, no se pudo averiguar la cifra exacta, pero es de creer que al salir de Missouri había perdido la tercera parte de su gente.

21. CAMPAÑA DE 1864. OPERACIONES MILITARES CONTRA RICHMOND

Grant obtiene el grado de teniente general de los ejércitos de la Unión. Sus opiniones acerca de la guerra. Se encarga del mando. Reorganización del ejército del Potomac. Excursión de Kilpatrick a Richmond. Muerte del coronel Dahlgren. Grant cruza el Rapidan. Batalla de Wilderness. Muerte del general Wadsworth. Grant avanza sobre Spottsylvania. Combate. Muerte del general Sedgwick. Hancock destruye las líneas del enemigo y hace prisionero al general Johnson. Expedición de Sheridan a Richmond. Muerte de Stuart. Butler avanza por el río James. Smith derrota a Hill en Puerto Walthall. Llegada de Beauregard. Los separatistas atacan a Butler en el James. Nuevos combates. Primera expedición de Kautz. Destrucción de tres cañoneras unionistas. Burnside es rechazado por el enemigo. El general Lee obliga a los federales a retroceder. Grant se dirige hacia Chickahominy. Sangriento combate en Cold Harbor. Expedición de Sheridan a Louisa. Guillen y Kautz marchan sobre Petersburg. Los federales asaltan la plaza y son rechazados con numerosas pérdidas. El general Meade avanza sobre Weldon. Correrías de Wilson y Kautz por Burkesville. Butler atraviesa el James. Miles se apodera de un puesto militar en Deep Bottom. Los generales Hancock y Gregg derrotados por los separatistas. Warren se apodera de la vía férrea de Weldon. Hill derrota a Hancock en Reams. Butler asalta el fuerte Harrison. Los confederados tratan de recuperarlo. Meade avanza sobre Hatcher's Run. Egan derrota a Heath. Hancock rechaza a Vade Hampton y se retira. Pérdidas en esta campaña. Observaciones.

El honorable Washburne, ilustre ciudadano de la Unión e íntimo amigo del general Grant, había propuesto a la Cámara, poco antes de empezarse la campaña de Richmond, que se volviese a crear el grado de teniente general de los ejércitos nacionales, concedido únicamente hasta entonces a George Washington y al general Scott. (A este último solo temporalmente.) No sin muchas vacilaciones, y después de reflexionar detenidamente, accedió al fin la Cámara a tomar en consideración la propuesta, pero desechó antes por ciento diez y siete votos contra diez y nueve otra del general Garfield, quien pedía se dejara el *bill* sobre el tapete, y aprobó por ciento once votos contra cuarenta y uno una enmienda de Mr. Ross, que recomendaba a Ulises Grant para ocupar dicho cargo. Reunido el Senado, obtuviéronse en favor del proyecto treinta y un votos y seis en contra, habiéndose presentado luego varias enmiendas, en las cuales se proponía que no se otorgase el cargo de teniente general sino hasta la conclusión de la guerra, y que dependiese directamente del Presidente de la Unión. La Cámara tuvo por conveniente desechar estas enmiendas y pasar el *bill* a un Comité, que informó de acuerdo con el parecer del Senado, resultando finalmente la aprobación por setenta y siete votos contra cuarenta y tres. Mr. Lincoln firmó sin vacilar, y en 1 de marzo se expidió el nombramiento, que confirmó el Senado acto continuo. Así pues, tanto el Congreso como el Presidente, adoptaron esta medida, convencidos de que la importancia de las operaciones militares que iban a emprenderse, exigía que se confiase su dirección a un solo hombre, con lo cual se conseguiría la uniformidad, difícil de obtener con la intervención del general Halleck.

No todos concedían a Grant las dotes y cualidades necesarias para desempeñar tan elevado cargo, pues aunque rayaba en los cuarenta años⁹¹, siempre había sido un ciudadano pacífico, apartado del teatro de la guerra; prescindiendo de esto, se contaba con verdaderos generales, tales como Meade, Buell, Mc Clellan y otros jefes de reconocida superioridad como militares y estratégicos, y aun se recordaba que varias batallas dirigidas por Grant, especialmente la de Shiloh,

91 Había nacido en 27 de abril de 1822.

le habían valido una severa crítica. No obstante, Grant tenía una cualidad que apreciaba en mucho el Gobierno, y al decir esto, nos referimos a sus opiniones respecto a la guerra con el Sur. Según Grant, para reprimir la rebelión hacía necesario proceder de una manera enérgica; aseguraba que era completamente inútil recurrir a los medios conciliatorios para restablecer la Unión mientras los Estados de la Confederación conservaran sus fuerzas de mar y tierra, y no comprendía que se pudiera acabar con aquel poderío sino por medio de sangrientas batallas en que tomaran parte numerosos ejércitos. En el último informe que había escrito emitiendo su opinión acerca de la guerra civil, decía lo siguiente:

«Desde que se rompieron las primeras hostilidades, comprendí que la actividad en las operaciones militares, tomando parte en ellas todas las tropas de que se pudiera echar mano, era el único medio de poner término a la guerra. Ciertamente es que el enemigo no cuenta con tantos recursos ni puede disponer de tantas fuerzas, pero en cambio, tenemos un vasto territorio que en muchos puntos se muestra hostil al Gobierno, y nos vemos además precisados a cubrir con las tropas extensas líneas a fin de conservar libres todas las comunicaciones.

»Desde un principio abrigué la convicción de que era imposible obtener una paz duradera y necesaria, así para la felicidad del Norte como la del Sur, hasta tanto que se combatieran las fuerzas militares que sostienen la rebelión. Por esto mismo me propuse en primer lugar, emplear el mayor número posible de tropas contra el enemigo, impidiéndole por todos los medios que estuvieran a mi alcance concentrarse para luchar con fuerzas iguales, y en segundo, privarle poco a poco de todos sus recursos y hostigarle sin tregua ni descanso hasta que no le quedara otro medio sino someterse a la Constitución y a las leyes del país.

»Siempre fueron mis ideas las mismas sobre este punto, y al dictar mis órdenes en las diversas campañas, me he atenido constantemente a este principio: si no he obrado con tanto acierto y buen tino como pudiera desearse, esto es cosa que podrá decirlo el pueblo, que llora la pérdida de sus parientes o amigos, y sobre el cual pesan los gastos de la guerra. Todo lo que yo puedo alegar es que, en cuanto he hecho, he obedecido a mi conciencia, procurando siempre favorecer en lo posible los intereses de mi país.»

El general Grant, que había recibido un telegrama de su Gobierno, se presentó en Washington el día 8 de marzo de 1864 a fin de recibir el despacho de teniente general de los ejércitos de la Unión, juntamente con las instrucciones necesarias, y al otro día fue recibido en audiencia por el Presidente, que le dirigió, ante los miembros de su Gabinete, el siguiente discurso, tan breve como expresivo:

«General Grant: agradecida la nación por los servicios que habéis prestado, y reconociendo que aun nos queda mucho que hacer antes de terminarse esta sangrienta lucha, ha querido recompensaros con el nombramiento, por el cual se os confiere el grado de teniente general de los ejércitos de la Unión, cargo que, como comprenderéis, es de una inmensa responsabilidad.

»El país confía en vos, y yo espero que el Altísimo os dispensará su protección: no necesito añadir, que así como la nación, os creo acreedor a esta gracia, y que por mi parte os auxiliaré por cuantos medios estén a mi alcance.»

El general Grant contestó con el siguiente discurso, acaso el más largo que había pronunciado en toda su vida:

«Señor Presidente: acepto gustoso el despacho que me ofrecéis, y agradezco en el alma el alto honor que se me confiere. Con el auxilio de los valerosos ejércitos que han tomado parte en tantas batallas, en defensa de la causa de nuestro país, procuraré hacer todo lo posible para no defraudar vuestras esperanzas. Comprendo cuánta es la responsabilidad que va a pesar sobre mí, y reconozco desde luego que, si salgo airoso en mi empresa, se deberá el éxito a nuestras heroicas tropas, y sobre todo a esa Providencia que dispone del destino de los hombres y las naciones.»

Al día siguiente apareció el decreto nombrando a Grant teniente general de los ejércitos de los Estados Unidos: acto continuo revistó, aunque a la ligera, el ejército del Potomac, y a la mañana siguiente se puso en marcha con dirección al Oeste a fin de dictar sus disposiciones para dar principio a la gran campaña de 1864. El general Halleck permaneció en Washington en clase de jefe de estado mayor del ejército: el general Sherman obtuvo el mando de la división del Mississippi incluso los departamentos del Ohio, Cumberland, Tennessee y Arkansas, y el general Mc Pherson se encargó del ejército del Tennessee.

El general Grant anunció antes de marcharse que se trasladaba a su cuartel general, pues siendo jefe de todas las fuerzas de la Unión, quería concentrarlas para no formar sino dos grandes divisiones, una vez combinado el plan general de la campaña decisiva. Esta nos conducirá hasta el fin de la guerra después de una serie de sangrientas batallas, de continuas escaramuzas, de brillantes ataques y prolongadas marchas, que demostraron la tenacidad y el valor de los combatientes por una y otra parte en aquella guerra titánica.

El resto de marzo y casi todo abril se emplearon en hacer varios preparativos y en reorganizar completamente el ejército del Potomac, que aun estaba bajo las órdenes de Meade. Las cinco divisiones se redujeron a tres, a las órdenes de los generales Hancock, Warren y Sedgwick; los generales Sykes, French, Newton, Kenly, Spinola y Meredith, fueron relevados y marcharon a Washington a recibir órdenes, y el general Burnside, cuyo cuerpo de ejército se acababa de aumentar en Maryland, cruzó el Potomac y fue a reunirse con Meade. De este modo las fuerzas del ejército ascendieron a mas de cien mil hombres.

Al principiar la primavera, el general Custer cruzó el Rapidan a la cabeza de mil quinientos jinetes y se dirigió luego por Culpepper y Madison hacia Charlottesville, en cuyo camino le cerró el paso una numerosa fuerza de separatistas, obligándole a retirarse hacia Stannardsville, donde también encontró una fuerza de caballería, de la que pudo alejarse después de una insignificante escaramuza.

Esta expedición, aunque tenía por objeto sorprender varios depósitos del enemigo y destruir algunas vías férreas, era más bien para distraer la atención del enemigo a fin de que no se fijara tanto en el general Kilpatrick, que saliendo de Stevensburg, cruzó el Rapidan por el vado de Ely's, dirigiéndose rápidamente por Spottsylvania a la vía férrea central de Virginia, donde tuvo un encuentro con el enemigo, al que obligó a retroceder. Después se encaminó por South Anna a la estación de Kilby, en el camino de Fredericksburg, y cuando hubo cortado la vía, avanzó hasta hallarse a tres millas y media de Richmond, en cuyas primeras líneas de defensa se batió obstinadamente con el enemigo por espacio de algunas horas hasta que la superioridad del número de los enemigos le obligó a retirarse.

Kilpatrick acampó durante la noche a seis millas de Richmond y a dos del Chickahominy, pero a eso de las diez y media, precisamente cuando sus soldados empezaban a dormirse, los confederados rompieron el fuego con una batería de dos cañones, a lo cual siguió una carga que rechazaron los federales en pocos momentos. Sin embargo, reconocióse que aquella posición no era muy conveniente ni ventajosa, y por esto Kilpatrick marchó con sus tropas hacia el Pamunkey, mas como no pudo cruzarlo por falta de botes, tuvo que dirigirse por la vía férrea de White House, donde encontró una fuerza de caballería enviada por Butler desde el fuerte Monroe para auxiliarle y una brigada de negros que acababan de llegar con el mismo objeto. Kilpatrick había perdido en esta expedición ciento cincuenta hombres, cogiendo en cambio quinientos prisioneros y muchos caballos, después de ocasionar varios desperfectos de alguna consideración.

El coronel Ulrico Dahlgren, jefe de otra expedición de unos cuatrocientos jinetes, había sido menos afortunado: después de cruzar el vado de Ely's y alejarse algún tanto de Spottsylvania, Dahlgren atravesó los condados de Louisa y Goochland con la intención de cruzar el James y acercarse a Richmond por la parte del sur, mientras Kilpatrick lo hacía por el norte, pero la corriente era demasiado profunda para que pudiera vadearse el río, y Dahlgren ahorcó al negro que le servía de guía, creyendo que le habría engañado y alejado de la ciudad en vez de acercarle. Entonces los

expedicionarios prosiguieron su marcha por la orilla norte del James en dirección a las fortificaciones de Richmond que atacaron el 2 de marzo, pero rechazados vigorosamente, dirigiéronse hacia Hanover town, y viendo que Kilpatrick no se hallaba ya allí, encamináronse a King. Allí les cerró el paso, al cruzar el Mattaponi, un cuerpo de milicias cuya primera descarga fue funesta al coronel Dahlgren, quien cayó sin vida, atravesado el pecho de cinco balazos. Esto bastó para que se dispersaran los expedicionarios, y si bien pudieron escapar algunos, quedaron prisioneros lo menos ciento.

Dícese que el cadáver del coronel Dahlgren fue tratado ignominiosamente por habersele encontrado varios papeles que probaban se fraguaba una conspiración cuyo objeto era poner en libertad a los prisioneros de Belle Isle, cerca de Richmond, y con su auxilio pegar fuego a la ciudad después de asesinar a Jefferson Davis y a los miembros de su Gabinete. No cabe duda que lo de los papeles fue una pura invención, y es de presumir que con ella se quería justificar la medida que habían adoptado las autoridades confederadas, las cuales permitieron, según se dice, colocar algunos barriles de pólvora en los subterráneos de la prisión de Libby, para volar a varios miles de unionistas que se hallaban encerrados allí, en el caso de que no se consiguiese rechazar el ataque del ejército federal.

No habría sido imposible apoderarse de Richmond si Kilpatrick hubiese asaltado la ciudad resueltamente y de improviso con numerosas fuerzas, pero como no hubiera sido fácil conservarla luego, semejante empresa carecía de importancia. Si se hubiese encargado sólo a Kilpatrick destruir las vías férreas, en tanto que Butler atacaba a Richmond con veinte mil hombres bien provistos de artillería, es de presumir que se habría obtenido un buen resultado, pero los jefes no creyeron oportuno arriesgarse en tan aventurada empresa. Algunas semanas antes había tratado Butler de sorprender a Richmond, mas la evasión de un prisionero que dio el aviso al enemigo, dio al traste con el plan, pues los defensores de la plaza obstruyeron inmediatamente los caminos y fue preciso renunciar a tan atrevido golpe de mano.

El día 4 de mayo, y hechos ya los preparativos necesarios, se puso en marcha el ejército del general Meade y cruzó el Rapidan por los vados de Germania y Ely's: Warren, seguido de Sedgwick, se detuvo en un punto llamado el Desierto, y Hancock se dirigió hacia Chancellorsville juntamente con Burnside, que iba custodiando todo el tren de campaña del ejército.

El Desierto es una especie de inmensa plataforma que se extiende entre el Rapidan y Spottsylvania, y cuyo terreno está cortado por profundos barrancos y cubierto de troncos de árboles y malezas, aun cuando hay dos o tres caminos buenos y varios senderos que conducen a Fredericksburg, cruzando dicha plataforma. Este terreno es esencialmente pedregoso, y por las circunstancias que hemos indicado, no hubieran podido maniobrar en él ni la artillería ni la caballería. El ejército de Lee, siempre alerta y vigilante, ocupaba sus posiciones en la parte oeste del Desierto, y así como Grant tenía el mayor interés en cruzar por este punto con toda la rapidez posible, sin empeñar la lucha, conveníale a Lee por todos conceptos oponerse a este movimiento. Así pues, tan pronto como los federales se pusieron en marcha, el ejército confederado, que estaba hacia la parte norte del Rapidan, se dirigió rápidamente hacia la derecha, en sentido paralelo a la vanguardia unionista, y formó su línea de batalla a seis millas de distancia de las imponentes fortificaciones de Mine Run, que ofrecían seguro refugio en caso de un desastre. El general Lee, así como Meade, había organizado su ejército en tres divisiones, al mando de los generales Ewell, Hill y Longstreet; el primero, que mandaba la izquierda, se hallaba junto al Rapidan; el segundo, encargado de la derecha, tomó posición un poco mas lejos, y el tercero, que acababa de llegar de su campaña en el Tennessee, se situó a poca distancia de Charlottesville. El terreno era muy desventajoso para los federales, pero como el ejército de Grant se vio atacado de improviso, no tuvo más remedio que aceptar el combate, pues no habiendo llegado aun Burnside con los trenes, tratar de evitar el encuentro, hubiera sido, no solo comprometer la campaña, sino también el ejército.

El día en que se pusieron las tropas en marcha apenas se disparó un tiro, pues los piquetes separatistas se retiraron precipitadamente para dar el aviso a sus jefes. Entre tanto el general

Warren, que mandaba la vanguardia, tomó posición a cinco millas del vado que cruzaran poco antes Grant y Meade; el general Sedgwick se situó un poco más allá, y Hancock, con su cuerpo de ejército, se detuvo en Chancellorsville, mientras la caballería a las órdenes de Sheridan y sus primeros oficiales Wilson y Gregg cubrían el centro y los flancos de la infantería.

El día 5 de mayo recibió Warren orden de avanzar, apoyado por Sedgwick, hacia el camino que conduce a Orange-Court-House; Hancock debía marchar en dirección a Shady Grove, y entre tanto la caballería de Sheridan practicaría un reconocimiento por la parte del sudoeste. Estos movimientos, sin embargo, no pudieron efectuarse, atendido que el general Hill avanzó contra Warren seguido de sus tropas, mientras Ewell atacaba resueltamente a Sedgwick, obligándole a retroceder después de haber sufrido numerosas pérdidas. Así pues, la batalla comenzó antes de que los unionistas hubiesen tomado posición, y cuando sus generales creían que el enemigo no se hallaría tan cerca con numerosas fuerzas. Merced a esta circunstancia, el general Hill pudo situarse ventajosamente en una colina que se cruzaba en el camino, y allí rechazó vigorosamente a las brigadas Bartlett y Ayres, de la división Griffin. A eso de las tres de la tarde los confederados renovaron el ataque, tratando de interponerse entre el cuerpo de ejército de Warren y de Hancock, que era su maniobra favorita: este último jefe se detuvo para tomar la derecha, en tanto que Sedgwick, aproximándose a la izquierda, destacó a la división Getty para apoyar a Warren, y poco después las cuatro divisiones de Hancock tuvieron formada su línea de batalla, muy a tiempo por fortuna, pues Hill acababa de unirse con Ewell y ambos atacaron a la vez con el mayor denuedo. A eso de las cuatro de la tarde habíase roto el fuego en toda la línea, pero sólo por la infantería, pues ya hemos dicho que por la naturaleza del terreno no podían emplearse los cañones ni era posible que entrase en acción la caballería. Como el general Ewell disponía de menos fuerzas que Hill, los federales consiguieron al fin rechazarle, y a causa de haber muerto el general Jones y el brigadier Stafford, Gordon se puso al frente de la división Rhodes, cargó al enemigo e hizo varios prisioneros. En este encuentro quedó herido de gravedad el general Pegram, y poco después la oscuridad de la noche puso fin a la batalla.

Ambos ejércitos se mantuvieron en sus posiciones respectivas durante la noche, y cada cual proclamaba como suya la victoria, pero seguramente con más razón los confederados, pues causaron a sus enemigos una pérdida de cinco a seis mil hombres, sin contar mil prisioneros, mientras ellos tuvieron tan sólo dos mil quinientas bajas.

El general Grant resolvió atacar de nuevo a la mañana siguiente, es decir, el 6 de mayo, con tanta más razón cuanto que durante la noche llegó el cuerpo de ejército de Burnside, cuyas fuerzas se distribuyeron en los diversos puntos donde se creyeron mas necesarias. Sedgwick recibió orden de avanzar a las cinco de la madrugada, pero el enemigo atacó antes con intención de caer sobre el flanco derecho, defendido por las divisiones de Wright y Seymour, y esto impidió que se efectuase el movimiento de los unionistas, los cuales consiguieron, no obstante, rechazar a sus contrarios, tomando mejor posición. Era evidente que los confederados, que conocían mejor el país y podían trasladar sus fuerzas mas fácilmente de un punto a otro, trataban de desbaratar las dos alas del ejército federal con objeto de caer luego sobre el centro con todas sus fuerzas.

El general Hancock, que se hallaba en la izquierda, avanzó a las cinco de la mañana, a eso de las seis atacó a los confederados, haciéndoles retroceder hasta Parker's Store, pero allí se hallaba Longstreet con todas sus tropas, y a su vez obligó a los federales a emprender la retirada, y les hubiera derrotado a no llegar en aquel momento Burnside con toda su división. En este desesperado combate quedó herido de gravedad el general Longstreet, y al dar los separatistas una carga, que obligó a los federales a retirarse a sus atrincheramientos en el mayor desorden, cayó herido de muerte el general unionista Wadsworth; el general Hayes, su íntimo amigo, había sufrido la misma suerte el día anterior.

Mientras sucedía esto, el general Burnside marchó en auxilio de Hancock y Warren, y apenas se hubo practicado este movimiento, cuando las fuerzas unidas de Hill y Longstreet cayeron furiosamente sobre el flanco izquierdo de los federales dispersando en un abrir y cerrar de ojos a la

división Stevenson. La oportuna llegada del coronel Carroll bastó para contener a los separatistas, que fueron rechazados con pérdidas considerables.

Así terminó la batalla en el ala izquierda, pero concentrándose el enemigo en la derecha cuando los jefes creían que estaba terminada la acción por acercarse la noche, cayeron de improviso como un torrente sobre las fuerzas de Gordon, y derrotaron por completo a las divisiones de Shaler y Seymour, cogiendo a este último prisionero con otros cuatro mil hombres. Hubo un momento en que se creyó que el ala derecha de los federales, si no todo el ejército, iba a quedar destruida, pero el general Sedgwick llegó a tiempo para reforzar las líneas y pudo evitarse un desastre. Mientras los separatistas se retiraban triunfantes, reformáronse de nuevo los batallones aunque sin abandonar la posición que ocupaban.

A la mañana siguiente fueron a practicar un reconocimiento algunas avanzadas unionistas, pero sólo encontraron alguna que otra guerrilla: era evidente que el general Lee se había atrincherado y que deseaba que se le atacase en sus mismas líneas, mas no entraba esto en los planes de Grant, y por lo tanto mandó que avanzaran sus columnas a fin de concentrar su ejército en un campo abierto que rodea a Spottsylvania.

Las pérdidas de los federales en los sangrientos combates que tuvieron lugar en el Desierto no bajaron de veinte mil hombres, de los cuales seis mil quedaron prisioneros, siendo de sentir sobre todo la muerte del valeroso general James Wadsworth, de Nueva York. Miembro de una familia distinguida, y aun cuando de edad demasiado avanzada para entrar en el servicio militar, habíase alistado como voluntario en el año 1861, sin más interés que el deseo de servir a su país. Como ayudante del general Mc Dowell, distinguióse en la batalla de Bull-Run, y a pesar de que había vivido siempre entre el lujo y las comodidades de la vida, compartió gustoso las fatigas y penalidades de sus compañeros, acostumbrándose a la vida del campamento. Elegido por los republicanos para el cargo de gobernador en 1862, no pudo aceptar por hallarse ausente, y aunque rehusó más tarde el cargo que se trataba de conferirle, es de presumir que al fin hubiese accedido a los deseos de sus numerosos amigos. Muchos hombres se contaban en la Unión que habían dado grandes pruebas de su patriotismo, pero seguramente ninguno sirvió a su país con más desinterés, ni dio su vida con mas generosidad que el noble James Wadsworth.

Entre los heridos contábanse los generales Hancock, Getty, Gregg, Owen, Bartlett, Carrollo y Webb; este último de mucha gravedad. Los separatistas tuvieron que lamentar la muerte de los generales Jones, Albert y G. Jenkins, y entre los heridos figuraban los generales Longstreet, Pickett, Pegram, Huntery Stafford (mortalmente): en cuanto a los individuos de tropa, sus bajas fueron mucho menos numerosas que las de los federales, pues sólo perdieron ocho mil hombres.

Según ya hemos dicho, Grant había resuelto trasladarse a Spottsylvania, y en su consecuencia el día 8 se mandó a Warren que se dirigiera con sus tropas hacia Alsop, por donde cruza un pequeño río llamado el Po, pero como había tenido que detenerse a consecuencia de hallarse ocupado el camino por las tropas confederadas, Longstreet llegó antes que él y tomó posición cerca del río Ny, colocando su artillería en una elevada colina desde la cual podía barrer el camino por donde tenían que avanzar los federales. Después de un mutuo cañoneo, hízose avanzar al asalto a la división Robinson, pero fue rechazada con numerosas pérdidas, quedando su jefe gravemente herido; pocas horas después se repitió el ataque tomando parte en él la división Griffin, y entonces se consiguió desalojar al enemigo, que dejó en el campo mil quinientos hombres.

La brigada de Miles, que fue atacada el mismo día en el puente de Corbyn, pudo rechazar a sus enemigos, en tanto que el general Wilson penetraba con la caballería en Spottsylvania-Court-House, de donde hubo de retirarse a poco por no contar con suficientes fuerzas para hacer frente a los confederados.

Al día siguiente, 9 de mayo, se concentraron los federales alrededor de Spottsylvania, punto ocupado entonces por los generales Hill y Ewell: Warren iba en el centro, Hancock mandaba el ala derecha y Sedgwick la izquierda, mas antes de empezar el combate, ocurrió una sensible desgracia que causó un profundo sentimiento a los unionistas. En el momento en que Sedgwick daba sus

órdenes para colocar convenientemente una batería, un diestro tirador del enemigo le atravesó la cabeza de un balazo, dejándole muerto en el acto. Sedgwick era natural de Connecticut, soltero y de cuarenta años de edad; como bravo y pundonoroso militar, apreciábanle mucho sus tropas, y le adornaban otras muchas cualidades que hicieron más sensible su desgraciada muerte. Poco después fue herido también gravemente el general Morris, natural de Nueva York.

El general Wright se encargó, como oficial más antiguo, del mando de la división de Sedgwick, y todo el día 9 se empleó en reformar el orden de batalla: Warren se quedó en el centro, Hancock se encargó de la derecha, Wright pasó a la izquierda y Burnside permaneció con la reserva, cubriendo la nueva línea de retirada por la parte de Fredericksburg.

A la caída de la tarde, el ejército federal avanzó sobre Spottsylvania, y poco después las dos alas extremas, mandadas por Hancock y Burnside, empeñaron con los separatistas un reñido combate en las orillas del Po. La división Barlow, que iba en la vanguardia, se vio acometida tan furiosamente por el enemigo, que hubo de retroceder con la mayor precipitación para no quedar completamente destrozada, y en los dos o tres ataques que dieron los unionistas, sufrieron numerosas pérdidas sin conseguir adelantar un paso. Los generales Rice y Stevenson perdieron la vida en aquel obstinado combate, pero los unionistas tomaron luego la revancha atacando la primera línea defensiva de los confederados, a quienes cogieron novecientos prisioneros y varios cañones, que se abandonaron luego para no entorpecer la marcha de las tropas.

Llegada la noche, el general Grant expidió al departamento de la guerra el siguiente parte que nos parece un poco presuntuoso:

«Cuartel general del departamento; 11 de mayo de 1864, a las ocho de la mañana.

»En los diversos combates de estos seis últimos días todas las ventajas han estado de nuestra parte.

»Las pérdidas han sido considerables tanto entre nosotros como entre el enemigo, pero creo que las de éste son más numerosas.

»Hemos hecho cinco mil prisioneros, sin que a nosotros nos hayan cogido más que unos cuantos desertores.

»Me propongo *derrotar de una vez a los separatistas en este mismo punto, aun cuando deba permanecer aquí todo el verano.*

»El teniente general de los ejércitos de la Unión,

»Ulises Grant.»

El resto del día se empleó en hacer reconocimientos y algunos preparativos para renovar la lucha; el tiempo estaba lluvioso, y a la caída de la tarde se ordenó a Hancock que abandonara su posición a media noche y se trasladase a el ala izquierda, a fin de reunirse con Wright y Burnside.

A la mañana siguiente, la lluvia se había convertido en una densa niebla que permitió a Hancock adelantar en dos líneas, formadas, la primera por las divisiones Barlow y Birney, y la segunda por las de Gibbon y Mott. En la trinchera más avanzada de los separatistas había un ángulo saliente defendido por el general Johnson y sus tropas, y sobre este punto cayeron de improviso los federales, quienes se apoderaron del mismo Johnson y de casi toda su división, así como también del general Stewart y una de sus brigadas⁹². El número de prisioneros ascendió a tres mil y se cogieron además treinta cañones.

Apenas obtenida esta victoria, Hancock escribió con lápiz a Grant el siguiente parte. «Acabo de apoderarme de treinta o cuarenta cañones y he concluido con Johnson, que es nuestro prisionero. Voy a marchar a Early.» Al redactar este parte, el general Hancock ignoraba seguramente que ya no le faltaba más que coger a Lee para completar la victoria, pues acababa de dividir casi al ejército separatista. Sin embargo, después de los primeros momentos de sorpresa, los confederados se

92 Stewart era un antiguo amigo de Hancock, quien al ver que se le presentaba entre los prisioneros, alargó la mano preguntándole afectuosamente: «¿Cómo estáis, amigo Stewart?» a lo cual replicó éste con altanería: «Yo soy el general Stewart, del ejército de la Confederación, y en circunstancias como ésta, rehúso estrechar vuestra mano.» «Creed que en otra cualquiera no os la hubiera ofrecido», contestó muy a tiempo Hancock.

concentraron rápidamente, y persuadidos de que se hallaban en una situación muy crítica y de que la derrota equivalía a una destrucción completa, batiéronse con el mayor ardimiento y con una irresistible impetuosidad. El general Grant había previsto este caso, y por lo tanto destacó inmediatamente al cuerpo de ejército de Wright, así como también a Warren y a Burnside para que auxiliaran a Hancock, pero la posición del enemigo era tan fuerte, que no sólo pudo conservarla, sino que destacó también algunas fuerzas para reforzar su ala derecha. Las cargas se sucedían unas a otras rápidamente, la carnicería era espantosa, pero todos los esfuerzos de los federales se estrellaron contra la poderosa resistencia de sus adversarios, y viendo al fin los primeros que sus ataques eran inútiles, suspendiéronlos por algún tiempo a fin de que las divisiones Cutler y Griffin fueran en auxilio de Hancock, que seguía ocupando la trinchera conquistada, aunque sin poder avanzar un paso. En vano había tratado Lee de desalojar a los federales; los soldados luchaban cuerpo a cuerpo; hacíanse prodigios de valor por una y otra parte, e inútilmente intentaba Hancock vencer la resistencia de los separatistas, que como una muralla de bronce, le cerraban el paso impidiéndole apoderarse de la segunda trinchera. A la caída de la tarde comenzó a llover copiosamente, mas el combate continuó hasta cerca de media noche, hora en que el general Lee emprendió la retirada, dejando a Hancock en posesión de la línea de defensa, cuya conquista le había costado tanta sangre. Los confederados fueron a fortificarse en su línea inmediata, ocupando una posición muy difícil de tomar.

Después de este último combate pasaron varios días durante los cuales no se hizo otra cosa sino marchar y contramarchar, buscando un punto débil en las líneas defensivas del enemigo, pero no se encontró ninguno. El 18 de mayo, las divisiones de Gibbon y de Barlow, apoyadas por las de Birney y Tyler, asaltaron la posición enemiga, y esta vez, así como las otras, hubieron de retirarse los unionistas después de sufrir numerosas pérdidas.

Al día siguiente, sospechando que el ejército federal se corría hacia la izquierda con intención de atacar de flanco, el general Lee destacó a Ewell contra el ala derecha de los unionistas, que era el punto más débil, defendido por la división Tyler, que con sus artilleros de a pie consiguió rechazar al enemigo, mas no sin que se empeñara un encarnizado combate, en el cual perdió mucha gente la división Tyler. En la noche del 20 al 21 de mayo, el ejército federal se puso en marcha con dirección a Richmond.

El general Meade manifestó en su parte oficial que sus pérdidas ascendían a treinta y nueve mil setecientos noventa y un hombres, a lo cual debía añadirse algo más por las bajas del cuerpo de ejército de Burnside antes de su incorporación con el ejército del Potomac. Ahora bien, si suponemos que la mitad de aquellas ocurrieron en los combates del Desierto, resulta que en Spottsylvania se perdieron lo menos veinte mil hombres. Los separatistas, protegidos por su línea de defensa, tuvieron muchas menos bajas, mas en cambio contábanse entre sus muertos los generales Daniels, Perrin y J. M. Jones.

En el Desierto habían acordado los jefes unionistas no establecer su centro de operaciones en la parte norte del Rapidan, y trasladarlo a Fredericksburg, a cuyo punto se enviaron desde luego todos los heridos, de los cuales se encargaron al momento las sociedades de sanidad. También se estableció un centro en Port Royal y otro en White House (Casa Blanca), y como cerca de estos dos sitios había varios puestos militares, era fácil recibir los víveres y provisiones, tanto de Washington como de las grandes ciudades comerciales.

Veamos ahora lo que hacia entre tanto el general Sheridan. El día 8 de mayo ordenó este jefe a sus tropas que se preparasen para emprender una expedición al día siguiente, y en la madrugada del 9 se puso en marcha toda la caballería con dirección a Richmond y a las órdenes de Merritt, Wilson y Gregg. Después de cruzar por North Anna, Sheridan se apoderó de la estación de Beaverdam, destruyendo tres trenes donde había millón y medio de raciones, al paso que ponía en libertad a cuatrocientos prisioneros cogidos por los separatistas en el Desierto. Sheridan continuo su marcha hacia Richmond, y a poco fue atacado por la caballería de Stuart, pero rechazada ésta fácilmente,

dirigiéronse los expedicionarios hasta el puente de Ground Squirrel y se apoderaron de la estación de Ashland el día 14 de mayo, no sin destruir antes la vía férrea y cometer otros desperfectos.

El general Stuart concentraba entre tanto su caballería en Yellow Tavern, a pocas millas de Richmond, en cuyo punto se proponía cerrar el paso al enemigo, pero lejos de conseguirlo, el atrevido jefe confederado fue mortalmente herido en el encarnizado combate que se siguió, y sus tropas tuvieron que retroceder hasta Ashland, dejando expedito el camino de Richmond. La división Custer, que llegaba en aquel momento para reforzar a los federales, atacó las primeras líneas de defensa, pero fue rechazada vigorosamente aun cuando consiguió coger cien prisioneros.

El día 12, la columna expedicionaria cruzó el Chickahominy por Meadow-Bridge, rechazó diversos ataques a izquierda y derecha, y después de permanecer tres días en Haxall, fue a reunirse con el ejército del Potomac, cruzando por White House y Hannover. Esta expedición costó, sin embargo, al general Sheridan unos seiscientos hombres y otros tantos caballos que perecieron rendidos de fatiga por falta de forraje.

El general Butler por su parte, encargado de guardar el fuerte Monroe, no permaneció ocioso entre tanto, y cuando, según lo convenido con el general Grant, recibió un considerable refuerzo de tropas a las órdenes de los generales Smith y Gillmore, por cuyo medio llegó a tener a su disposición en su departamento un total de cuarenta mil hombres, de los cuales lo menos treinta mil se hallaban desde luego en estado de entrar en servicio, resolvió comenzar las operaciones. La primera medida de Butler fue destacar algunas fuerzas, que embarcadas en cañoneras, debían remontar el York hasta White House con objeto de simular un ataque sobre Richmond y distraer la atención del enemigo, mientras el general Gillmore practicaba el verdadero movimiento en cooperación con Grant y otros jefes. Hecho esto, Butler embarcó su infantería y artillería, que componían unos veinticinco mil hombres, y remontó el James mientras el general Kautz, con tres mil jinetes, salía de Suffolk, cruzaba el Blackwater e iba a ocupar el camino de Weldon, en Stony Creek. El coronel West, a la cabeza de mil quinientos hombres, avanzó desde Williamsburg, en dirección al James, por donde marchó igualmente la flotilla a las órdenes del almirante unionista Lee al día siguiente, es decir, el día 5 de mayo. El embarcadero de Wilson, el fuerte Powhattan y City-Point cayeron sucesivamente en poder de los federales sin resistencia, y enseguida se destacaron diez mil hombres para proteger la parte de la península que se encuentra entre el James y el Appomattox, y es conocida con el nombre de Bermuda Hundredss. El general Smith marchó a ocupar la vía férrea que conduce desde Richmond a Petersburg, mas no pudiendo conseguirlo, reunióse con parte de las fuerzas de Gillmore, y el día 7 comenzó a destruir el camino de hierro de Port Walthall después de haber sostenido una empeñada refriega con el general Hill, en tanto que la caballería del general West vadeaba el Chickahominy e iba a situarse frente a City-Point. Después de destruir parte de la vía férrea, Butler, a quien se había anunciado desde Washington que el general Lee se retiraba precipitadamente hacia Richmond, temió que los confederados volviesen para atacarle con fuerzas muy superiores a las suyas, lo cual podía ponerle en un conflicto, y en su consecuencia, retiróse a sus atrincheramientos, donde aumentó sus fortificaciones para el caso de que le acometiera el enemigo. El hecho de no haber cooperado eficazmente los jefes que debían apoyarle, y el no haber ejecutado Gillmore las órdenes recibidas con tanta actividad como era de esperar, ponía a Butler en una crítica situación.

Si este jefe hubiese marchado a Petersburg de una vez, es más que probable que la ciudad habría caído en su poder, pues los confederados no contaban entonces con fuerzas suficientes para defenderla, y el general Lee no podría acudir a tiempo, pero se dejó escapar esta oportunidad, y, como era de suponer, no volvió a presentarse, pues avisado inmediatamente Beauregard por medio de un telegrama, se puso desde luego en marcha con todas las fuerzas que pudo reunir en Charleston a fin de tomar parte en la defensa de Richmond. Muy pronto comenzaron a llegar tropas confederadas y algunas de la Carolina del Sur, y cuando en 9 de mayo intentaron los federales cortar la vía férrea, ya estaba fortificándose el enemigo. Sin embargo, la ventaja en el número estaba aun por los unionistas, y así pudieron estos destruir una parte del camino de hierro, marchando

luego hacia Petersburg. Engañado Butler por las noticias recibidas de Washington, había resuelto avanzar por el Norte; sus tropas llegaron a Proctor el día 13 de mayo, donde el enemigo acababa de atrincherarse, y el general Gillmore recibió orden de no atacar hasta el día 16, pues era preciso reunir antes todas las fuerzas, muy diseminadas en aquel momento.

Sin embargo, el general Beauregard, que en concepto de Butler se hallaba aun lejos de Petersburg, estaba por el contrario muy cerca con fuerzas numerosas, y dispuesto a caer sobre el enemigo tan pronto como se presentara. En la madrugada del día 14, precisamente cuando una densa niebla apenas permitía distinguir los objetos, y cuando aun se hallaban entregadas al reposo las tropas federales, oyóse el estruendo de la artillería enemiga, y sin dejar apenas tiempo para atender a la defensa, Beauregard atacó de frente y de flanco haciendo avanzar desde luego a la división del general Whiting.

La brigada de Heckman, la primera que trató de contener al enemigo, quedó a poco completamente derrotada, y ya los separatistas iban a caer sobre la retaguardia, cuando uno de los regimientos de Gillmore, destacado afortunadamente por Butler para reforzar la línea, acudió en auxilio de los federales y se consiguió contener al enemigo, oponiendo una vigorosa resistencia. Desconcertado entonces el general Beauregard, y no pareciéndole prudente avanzar a través de aquella densa niebla, dio orden a sus tropas de suspender el ataque por el flanco, y se dirigió contra el centro, defendido por el general Smith.

Las divisiones de Brooks y Weitzel se vieron acometidas entonces impetuosamente, pero como al avanzar no vieron los separatistas, a causa de la niebla, un alambre telegráfico que Smith había tenido la precaución de sujetar entre dos postes a dos o tres pies del suelo, casi todos los soldados de la primera fila y de la segunda rodaron por tierra; introdujose la confusión, y los unionistas, aprovechando la oportunidad, rechazaron fácilmente a sus enemigos.

Beauregard, no obstante, renovó sus esfuerzos para desbaratar el ala derecha, y habiendo dispuesto que una numerosa tropa diese un gran rodeo a fin de sorprender la retaguardia, Smith se vio por último obligado a retroceder. En esta refriega perdieron los federales lo menos cuatro mil hombres y los separatistas unos tres mil, pero Beauregard pudo ganar tiempo para establecer una buena línea de defensa, de donde no debía temer por el pronto le desalojaran sus adversarios. Desde el 18 al 21 de mayo, se dieron otros combates sin resultado decisivo, aunque con pérdidas numerosas tanto entre los unionistas como entre los confederados. El general Terry hubo de abandonar su posición el día 20 por no contar con fuerzas suficientes para rechazar un ataque, pero consiguió recobrarla al otro día, y el general Kautz, que había emprendido una expedición para cortar algunas vías férreas, destruyó en parte las líneas de Danville, Powhattan y Chula. La flotilla, entre tanto, se ocupaba en la peligrosa tarea de recoger los torpedos que había en el río James, y ya uno de ellos había destruido completamente una cañonera, poniendo fuera de combate a cincuenta hombres de la tripulación. La misma suerte sufrieron las cañoneras *Shoshonee* y *Brewster*, pero esto se debió a un incidente casual y no a los torpedos.

La marcha del ejército de Grant desde Spottsylvania a North Anna, se afectuó admirablemente, sin sufrir pérdida alguna, y sin más contratiempo que una escaramuza insignificante, pero como Lee ocupaba un terreno más elevado y su posición cubría el camino que conduce directamente a Richmond, Grant se vio en la precisión de hacer un gran rodeo y marchar por los caminos más ocultos, lo cual no impidió que al llegar a North Anna, cerca del camino de Fredericksburg, encontraran los federales a sus enemigos ocupando una admirable posición, y dispuestos a disputar resueltamente el paso a las columnas federales.

En la tarde del 23 de mayo, el general Warren cruzó por el vado de Jericó, donde los separatistas tenían una escasa tropa, si bien recibieron a poco un refuerzo y atacaron a la división Griffin, que rechazó vigorosamente a los separatistas. Poco después, no obstante, tres brigadas, a las órdenes del general Brown, repitieron el ataque cayendo de improviso sobre la división Culter e introduciendo el desorden en sus filas cuando tomaba sus posiciones. La columna avanzó entonces con ánimo de sorprender el ala derecha de Griffin, pero en aquel momento llegó oportunamente la

brigada Bartlett, y las tropas del teniente coronel Mc Coy, que acababan de formarse en línea de batalla, rompieron un fuego tan nutrido, que los confederados retrocedieron desordenadamente, no sin dejar unos mil prisioneros en poder de sus contrarios, quienes sólo tuvieron unas trescientas cincuenta bajas.

El general Hancock entró en North Anna por el puente de Chesterfield, que se halla a una milla más allá de la vía férrea de Fredericksburg, en cuyo punto tuvo un encuentro con la división Mc Laws, del cuerpo de ejército de Longstreet, pero como ésta ocupaba una posición poco ventajosa, bastaron algunas piezas de artillería para desalojar a los separatistas, cuyas líneas de defensa fueron tomadas por las brigadas de Egan y Birney. Los confederados hicieron repetidos esfuerzos para quemar el puente, mas no pudieron conseguirlo, y habiéndose visto después que iban retirándose poco a poco, el general Hancock eligió su posición como lo habían hecho ya Wright y Warren en Jericó.

Así pues, creíase que podría efectuarse el paso del río sin encontrar la menor oposición, mas esta esperanza era ilusoria, pues precisamente había allí muchos vados, y como las orillas del río eran muy elevadas, el general Lee había elegido una muy fuerte posición desde la cual podía oponer un grave obstáculo a la marcha de los federales. Su ala derecha estaba protegida por profundos pantanos, la izquierda se apoyaba en un brazo del río, y el centro ocupaba el camino que conduce a North Anna. Merced a las ventajas que ofrecía esta posición, cuando Burnside se aproximó con sus tropas al río a fin de pasar a la orilla opuesta, su vanguardia, al mando de Crittenden, fue rechazada con infinitas pérdidas, y lo mismo le sucedió a Warren apenas dispuso que avanzara la división Crawford, la cual se vio en inminente peligro de quedar completamente destrozada. Este contratiempo obligó a Grant a detenerse para estudiar y concertar otro plan de ataque, pero bien pronto pudo convencerse de que la posición de Lee era poco menos que inexpugnable, y que solo el intentar apoderarse de ella costaría mucha sangre, acaso para no conseguir el objeto apetecido. Después de practicar minuciosos reconocimientos por espacio de dos días, acordó aplazar el ataque, y entonces el ejército federal se retiró con el mayor sigilo en la noche del 26 de mayo, cruzó el río sin contratiempo, y avanzando por el este, volvió luego hacia el sur, y tomó el camino de Richmond. El general Sheridan con la caballería llegó a orillas del Pamunkey después de recorrer veintidós millas; el cuerpo de ejército de Wright cruzó inmediatamente para ocupar los vados; Warren y Burnside pasaron en la mañana del 28 de mayo, y Hancock lo hizo poco después, de modo que todo el ejército se concentró en la parte sur del Pamunkey sin sufrir pérdida alguna, y pudo establecer sus comunicaciones con White House.

El general Lee, como es de suponer, había tomado ya otra nueva posición, y su ejército cubría, así la vía férrea como el camino de Richmond, impidiendo con esto que los federales cruzaran el Chickahominy para interponerse entre él y la capital de la Confederación. El general Grant procuraba siempre sacrificar el menor número posible de soldados cuando buenamente podía hacerlo, pero llegado el momento de proceder con mano enérgica, no debían detener al jefe unionista las ventajas de la posición de su enemigo.

El mismo día en que llegaron las tropas de Burnside, es decir, el 28, se hicieron algunas demostraciones contra el enemigo principalmente por la caballería de Sheridan, quien destacó a las brigadas de Davies, Gregg y Custer, las cuales se batieron con una fuerza de separatistas a las órdenes del general Fitzhugh Lee. En este combate tuvieron los primeros cuatrocientas bajas y ochocientos los segundos, pero puede decirse que esto sirvió de estímulo para aumentar el ardimiento de las tropas, preparándolas para otras acciones más sangrientas y decisivas. El día 29 de mayo, la brigada del coronel Hardin fue atacada por una parte de la división Ewell a las órdenes de Rhodes, quien obligó a los unionistas a retirarse hasta el camino de Shady Grove, donde reforzados éstos con la reserva del cuerpo de ejército de Warren, batieron a su vez a Rhodes y tomaron posición en Mechanicsville. Mientras sucedía esto, el general Hancock se había visto obligado, después de frecuentes escaramuzas, a detenerse en Tolopotomy, porque en este punto estaban los separatistas muy bien fortificados; Burnside acababa de tomar posición a su izquierda en tanto que

Wright se situaba a la derecha, y como de los reconocimientos practicados apareciese que no era posible atacar el enemigo de frente, acordóse flanquearle por la derecha, cruzando el Chickahominy por más abajo de Cold Harbor, punto que se halla en la confluencia de varios caminos y del que ya se había apoderado Sheridan el día 31 de mayo. El general Smith recibió orden de trasladarse inmediatamente con diez mil hombres a Cold Harbor, y el general Meade dispuso que este jefe, apoyado por otras tropas avanzara al ataque a fin de forzar si era posible el paso del Chickahominy.

El día 1 de junio de 1864, a las cuatro de la tarde, avanzaron resueltamente los unionistas contra las fuerzas confederadas, que ocupaban un bosque en el cual se precipitaron las columnas, arrollando a su paso las avanzadas del enemigo que defendían la primera línea. Al acercarse a la segunda, no obstante, se encontró mucha más resistencia, y como llegara la noche sin haber conseguido desalojar a los confederados de su posición, los federales establecieron su campamento en el terreno que acababan de conquistar a costa de dos mil hombres entre muertos y heridos. El cuerpo de ejército de Longstreet, que había atacado el ala derecha de los unionistas el día antes, acababa de correrse a la izquierda y tomaba posición frente al Chickahominy; Hancock recibió orden de apoyar a Wright; Warren extendió su línea a fin de ponerse en comunicación con Smith, y Burnside se retiró del centro con objeto de reforzar la retaguardia de Warren.

Estos movimientos en presencia de un enemigo resuelto que vigila atentamente, no son siempre desastrosos, como le pareció a Rosecrans en la batalla de Chickamauga, pero nunca dejan de ofrecer peligro. Decimos esto porque al tratar Burnside de cumplir la orden que se le había dado, si bien es cierto que era en medio del día, el enemigo que no le perdía de vista, comenzó a perseguir la retaguardia e hizo algunos prisioneros, siendo de advertir que Warren dejó otros cuatrocientos en poder de los separatistas, y se vio muy apurado para salvarse con sus tropas. A pesar de este percance, adoptáronse nuevas disposiciones, y los generales Grant y Meade, que acababan de llegar a Cold Harbor, resolvieron que se atacaran las líneas enemigas el día siguiente, 3 de junio.

Los dos ejércitos se extendían en una gran parte del terreno ocupado por el ala derecha del general Mc. Clellan dos años antes: la retaguardia del centro de los confederados se apoyaba en Gaines Mill; la caballería de Sheridan se había apostado en los caminos que conducen a White House, sin perder de vista el Chickahominy; Wilson cubría con su división el flanco derecho; Burnside apoyaba la retaguardia de Warren, y Smith, Wright y Hancock se habían corrido a la izquierda. Por lo que hace a Lee, no sólo ocupaba una posición muy buena, sino que sabía perfectamente cómo sacar todas las ventajas posibles de ella, y esta cualidad, reconocida hasta por los mismos enemigos del jefe confederado, justifica hasta cierto punto que sus admiradores le proclamen como un gran genio militar.

El día 3 de junio, al amanecer o poco antes, avanzaron resueltamente las columnas de ataque de los federales, y como era de esperar, fueron rechazadas con el mayor denuedo, pero hubo una terrible matanza. La división Barlow, del cuerpo de ejército de Hancock, que estaba a la izquierda, alcanzó algunas ventajas al principio, desalojando al enemigo de su posición, y cogiéndole tres cañones y varios prisioneros, pero faltándole apoyo, los separatistas la arrollaron luego completamente y recobraron el terreno perdido, obligando a Barlow a retroceder.

Gibbon, que estaba a la derecha de Barlow, se vio separado de éste por un pantano, pero una parte de sus tropas llegó hasta las obras de defensa de los separatistas. El coronel Mc Mahon se halló tan cerca de las trincheras, que pudo clavar su bandera en una de ellas, atrevimiento que le costó la vida, pues una bala le atravesó de parte a parte y cayó sin proferir una queja. El hecho es que los unionistas no pudieron adelantar un paso, ni conservar tampoco la ventaja que habían obtenido al principio, y como los confederados recibían continuamente refuerzos, viéronse en la dura precisión de retirarse, aprovechándose de la niebla que, cada vez mas densa, no permitía a sus enemigos hostigarles.

Los ataques de Smith y Wright no fueron tan vigorosos como el de Hancock, y por lo tanto tuvo menos pérdidas. Burnside hizo avanzar dos de sus divisiones con el fin de flanquear el ala izquierda del enemigo, con la que se trabó un reñidísimo combate, y es de presumir que los

federales habrían quedado vencedores, a no mediar la circunstancia de haberse suspendido ya la lucha en el centro. Esto había sido preciso, pues veinte minutos después de dispararse el primer tiro, contábase ya diez mil bajas entre los federales, mientras que sus enemigos apenas habían perdido mil hombres. Tanto es así, que cuando algunas horas más tarde remitió el general Meade una orden a los diversos jefes, previniéndoles que atacaran por segunda vez, bien fuese en combinación o cada uno de por sí, los soldados se negaron a obedecer, porque sabían que era punto menos que imposible vencer al enemigo en aquella posición, y nada justificaba en su concepto el inútil sacrificio de miles de vidas. Las pérdidas de los federales en Cold Harbor ascendieron a trece mil ciento cincuenta y tres hombres, es decir, mil setecientos cinco muertos, nueve mil cuarenta y dos heridos y dos mil cuatrocientos seis extraviados, figurando entre los primeros los brigadieres Porter⁹³, Lewis, Morris y F. Wead, todos de Nueva York, y seis coroneles. El general Tyler quedó herido de mucha gravedad. Entre los separatistas solo quedaron fuera de combate, de la clase de oficiales de superior graduación, el general Doles y el coronel Lawrence, de la Carolina del Sur.

Vemos, pues, que el ejército unionista había sufrido terribles pérdidas, mas no por esto dejó de seguir ocupando los mismos puntos, ni tampoco se vio obligado a retroceder. El general Lee, viendo que las trincheras construidas por los federales delante de sus líneas no eran muy fuertes, aventuró un ataque en la noche del 4 de junio, pero fue rechazado, y lo mismo le sucedió al día siguiente al intentarlo por segunda vez. En la noche del 6 de junio, los separatistas trataron de sorprender el ala derecha que mandaba Burnside, mas no pudieron conseguirlo, y poco después se convino un armisticio de dos horas para enterrar a los muertos y retirar los heridos.

El 7 de junio, el ala izquierda del ejército federal se extendió hasta el Chickahominy, y entre tanto Sheridan marchó con dos divisiones de caballería a fin de destruir la vía férrea de la Virginia Central, lo cual consiguió después de cruzar el Pamunkey por Aylett. Al llegar a Louisa encontró una numerosa tropa confederada que le obligó a retroceder hasta Trevilian, y en este punto empeñó un sangriento combate con otra fuerza enemiga, después de lo cual se dirigió hacia Spottsylvania y White House, y fue a reunirse con el general Grant. Esta expedición de Sheridan resultó menos beneficiosa de lo que se esperaba, porque el general Hunter, que debía haberse reunido con él en Gordonsville, siguió distinto camino, dejando así a Sheridan con mas enemigos de los que podía combatir, y por esta circunstancia ascendió su pérdida a setecientos treinta y cinco hombres, de los cuales trescientos quedaron prisioneros, si bien cogió casi otros tantos al enemigo. Las bajas de los confederados, entre muertos y heridos, fueron poco mas o menos las mismas.

En vista del mal resultado de su primer ataque, el general Grant resolvió vadear el Chickahominy, y cruzar luego el James para atacar a Richmond por la parte del Sur, proyecto atrevido, especialmente porque el Gobierno de Washington no creía por ningún concepto oportuno un movimiento por el cual podría quedar la capital de la Unión a merced del general Lee. En cumplimiento de las nuevas órdenes que se expidieron, el cuerpo de ejército de Smith se embarcó en la noche del día 12 al 13 de junio para ir a reunirse con Butler; el ejército del Potomac se puso en movimiento a fin de cruzar el James; la caballería de Wilson, seguida de Warren y Hancock, pasó a la orilla opuesta del Chickahominy por Longbrigde, y lo mismo hicieron Wright y Burnside, dirigiéndose luego a Charles-City. Las tropas confederadas trataron de hostigar a los federales durante su marcha, pero sin resultado alguno, pues como había suficientes botes y barcas, efectuóse el movimiento con la mayor rapidez y muy pronto comenzaron a tronar los cañones en las cercanías de Richmond.

93 Pedro Porter, natural de Niágara, era hijo del general Porter, que se había distinguido en la guerra de 1812, y fue luego Secretario de la Guerra bajo el Gobierno de John Quincy Adams. El brigadier Porter, que disfrutaba de todas las comodidades de la vida, entró a servir como voluntario en el ejército por un sentimiento de pundonor y delicadeza, pues, según él dijo, debíale tanto a su país que no podía vacilar en salir a su defensa en la hora del peligro. Cuando en 1863 se le eligió como candidato para el cargo de Secretario de Estado, alegó que no podía aceptar hasta que terminase la guerra, pues deseaba compartir la suerte de sus hermanos. Bien puede decirse que el brigadier Porter fue uno de aquellos que empuñaron las armas impulsado por sus nobles y patrióticas ideas, y seguramente que ninguno sirvió a su país con más desinterés y abnegación.

El autor de este libro no presume tener más conocimientos militares que los que puede tener todo escritor o el aficionado a la historia; nadie le acusará seguramente de parcialidad en favor del general Grant ni de haber aplaudido siempre sus actos, admirándole hasta la exageración, pero se ha hecho una crítica tan severa e injusta del jefe unionista al hablar de sus operaciones militares, que nos creemos en el deber de dar aquí una breve explicación.

Muchos han apoyado sus censuras con la siguiente pregunta: ¿Por qué el general Grant no embarcó de una vez su ejército para City-Point a fin de establecerlo allí a costa de algunos centenares de hombres, en vez de exponerse a perder cincuenta o sesenta mil? Los que esto preguntan, no sólo deben ignorar qué pérdidas sufrieron los separatistas al practicarse aquel movimiento, pérdidas que relativamente fueron tan numerosas como las de los federales, sino que desconocen también el hecho de que el ejército de Lee, hallándose muy apurado alrededor de Richmond, dejaba de ser un peligro para Washington. Prescindiendo de esto, dejar al ejército en el Rapidan y embarcarse para el James, equivalía a regalar al enemigo la capital de la Unión con sus inmensos depósitos y almacenes militares. En cuanto al general Lee, no podía dirigirse a Washington sin abandonar a Richmond a su suerte, y debe tenerse en cuenta también que los diversos cuerpos del ejército federal se hubieran podido trasladar al Potomac en la mitad del tiempo que emplearían los separatistas para trasladarse a Centerville. Ya se comprenderá que Grant se puso en camino con la esperanza de derrotar completamente a Lee entre el Rapidan y el Chickahominy, y hemos visto que le fue imposible conseguirlo, pero adviértase que no había medio de vencer los muchos obstáculos que se le presentaron, y por otra parte, lo más urgente era batir al enemigo en una acción decisiva. Si Grant hubiese intentado, como lo esperaba Lee, avanzar por Gordonsville o Louisa para flanquear el ala izquierda de los confederados en vez de la derecha, es casi seguro que habría tenido que emprender la retirada antes de avistar el río James.

Hecha esta ligera digresión, reanudaremos nuestra historia.

Petersburg, población importante, situada cerca de la embocadura del Appomattox, dista veintidós millas de Richmond, y es el punto de confluencia de todas las vías férreas, excepto de la de Danville, que une a la capital de la Confederación con el sur y el sudoeste. Una vez tomada por los federales la ciudad de Petersburg, y contando con suficientes medios para conservarla, poca vida podía quedarle ya al Gobierno de Jefferson Davis y a su ejército, pues no le sería posible sostenerse en Richmond, pero tomar la ciudad sin tener la seguridad de quedarse en ella y combatir a Lee cuando se presentase a recobrarla, lejos de ser útil, solo reportaría perjuicios.

Tan pronto como se hubo resuelto que el ejército de Meade cruzara el James para atacar a Richmond por la parte del sur, el general Grant se trasladó al cuartel general de Butler a fin de reunir el mayor número de fuerzas posible y destacarlas contra Petersburg, apenas se supiese que podrían apoyar el movimiento los batallones del general Meade.

Por lo que hace a Butler, cuando el general Smith se hubo llevado la mayor parte de sus tropas para reforzar al general Meade, resolvió permanecer tranquilo en sus atrincheramientos, mas no le fue posible hacerlo, porque el puesto militar, situado en el embarcadero de Wilson, al Norte del río James, y que defendía el general Wild con dos regimientos de negros, acababa de ser atacado por la caballería separatista a las órdenes de Hugo Lee, el cual hubo de retroceder, mal de su grado, después de algunas horas de combate. En 8 de junio el general Gillmore cruzó el Appomattox con tres mil quinientos hombres para dirigirse a Petersburg, mientras el general Kautz, con mil quinientos caballos, marchaba por la parte del sur hacia el mismo punto. Al mismo tiempo diose orden para que dos cañoneras y una batería bombardearan simultáneamente el fuerte Clinton, situado muy cerca del río.

Esta combinación se frustró, aun cuando se esperaba obtener un buen resultado: Gillmore avanzó en 10 de junio sin encontrar resistencia, hasta que estuvo a dos millas de la ciudad, donde dispersó algunas avanzadas enemigas, mas no quiso seguir adelante, reconociendo que no contaba con fuerzas suficientes para dar un golpe de mano, y por lo que hace a Kautz, no solo se aproximó a

la ciudad, por estar fija la atención de los confederados en Gillmore, sino que penetró en ella, si bien tuvo que salir luego precipitadamente para no quedar prisionero.

El general Grant, que se había separado del ejército del Potomac cuando éste empezó a cruzar el James, se dirigió inmediatamente a Bermuda Hundreds, y dispuso que Butler mandara embarcar sin pérdida de tiempo el cuerpo del ejército de Smith, que acababa de llegar del Chickahominy, a fin de que marchara a Petersburg con toda la rapidez posible, pues se sabía que el general Hill, apoyado por la vanguardia de Lee, se hallaba ya al frente de Richmond. Smith se puso en marcha al momento, cruzó el Appomattox por un puente de barcas, y siguiendo el mismo camino que Gillmore en dirección a Petersburg, presentóse antes de la tarde del 15 de junio delante de las líneas defensivas del Noroeste, a dos millas y media del río, donde la brigada negra de Hincks cogió dos cañones al enemigo al atacar la primera línea de defensa. Aun cuando los momentos eran preciosos, el general Smith⁹⁴ determinó no atacar hasta el anochecer, y entonces destacó parte de sus fuerzas, y tuvo lugar una escaramuza en la que los federales cogieron trescientos prisioneros y diez y seis cañones, si bien por su parte tuvieron seiscientas bajas⁹⁵. Conseguida esta victoria, y aunque la noche era muy clara porque brillaba la luna en todo su esplendor, Smith no quiso emprender movimiento alguno hasta la mañana siguiente, y para mayor fatalidad, Hancock, que llegó después de anochecido con dos divisiones que formaban la vanguardia del ejército del Potomac, resignó el mando en Smith por ser más antiguo en el servicio, y este jefe se limitó a situar parte de las tropas en la posición conquistada últimamente al enemigo. Parece también que Hancock, ya sea por la prisa del momento, o porque tuvo que atender a mil cosas a la vez, no supo hasta las cinco de la tarde de aquel mismo día que se trataba de atacar a Petersburg, y por esto perdió algunas horas durante la mañana esperando la llegada de víveres, lo cual no hubiera hecho ciertamente si hubiese sabido cuán urgente era su presencia.

Estas vacilaciones de Smith perjudicaron sobremanera el buen éxito de la campaña, pues a las pocas horas el enemigo había recibido refuerzos considerables, y entre estos figuraban los veteranos de la vanguardia de Lee, hombres acostumbrados a no retroceder nunca. De este modo, la toma de Petersburg, que por un momento había sido inminente, quedó aplazada para otra ocasión.

Durante el día 16, Warren y Burnside reunieron la mayor parte del ejército del Potomac, pero también llegó Lee con todas las tropas de Virginia: Smith se encargó del ala derecha, extendiendo sus fuerzas hasta el Appomattox; Hancock, Burnside y Warren mandaban la izquierda, apoyada por la caballería de Kautz, y Meade, después de distribuir sus tropas, marchó a City-Point para celebrar una conferencia con Grant, y volver a las dos de la tarde, previno a los jefes que atacaran a las seis de la mañana siguiente.

Hancock, Burnside y una parte del cuerpo de ejército de Warren avanzaron contra los separatistas, sufriendo un fuego terrible que diezmaba sus filas, y después de una noche de sangriento combate y espantosa carnicería, los federales habían ganado algún terreno, pero sus pérdidas eran enormes. La división Birney consiguió apoderarse de una eminencia, desalojando de ella a sus contrarios; Burnside, que había retrocedido al principio, ocupó luego un reducto, cogiendo cuatro cañones y cuatrocientos prisioneros, y la división Potter, rendida de fatiga por la desesperada lucha que sostuviera, fue reemplazada por la de Ledlie, que avanzó hasta situarse a milla y media de la ciudad, a la cual llegaban ya las bombas de los unionistas. Los federales, no obstante habían sido rechazados en los demás puntos, y sus pérdidas tanto en muertos como en heridos y prisioneros habían sido enormes. Los confederados, que estaban resueltos a batirse sin tregua ni descanso, atacaron luego la posición conquistada por Burnside, y arrojaron de ella a los federales, que se pronunciaron en retirada dejando el campo de batalla sembrado de cadáveres.

94 En su informe oficial decía el general Grant lo siguiente: «Por razones que no me explico ni he llegado nunca a comprender, Smith no estuvo dispuesto para atacar las líneas enemigas hasta el anochecer, o bien no lo juzgó conveniente.» Como Grant escribió el informe un año después de ocurrido el hecho de que hablamos, de creer es que el jefe unionista no saldrá nunca de sus dudas sobre este punto.

95 El coronel Simon, de la caballería de Nueva York, cayó herido de muerte cuando daba una carga a la cabeza de su regimiento. Habíase distinguido por sus servicios desde el año 1861.

Como la desesperada lucha empeñada en las cercanías de Petersburg había reunido en este punto a todas las fuerzas separatistas, prevínose al general Butler en 16 de junio que marchara con Terry hacia Port Walthall a fin de apoderarse de la vía férrea, si era posible, o de cortarla en caso contrario. Viendo Terry que la línea no estaba muy bien defendida, empezaba ya su obra de destrucción cuando se presentó Pickett, del cuerpo de ejército de Longstreet, y le obligó a retirarse precipitadamente. Grant, que preveía esto, había dado orden de enviar un refuerzo a Butler, mas por una equivocación que no se comprende, Smith hizo alto demasiado pronto, y de este modo Terry no pudo resistir a la superioridad numérica de sus contrarios; cuando avanzó de nuevo al ataque, ya habían reforzado los confederados su línea de tal modo, que se juzgó poco menos que imposible el desalojarlos.

Creyendo Grant que no se hallaba reunido aun todo el ejército separatista, concertó otro ataque general para el día 18, pero cuando los batidores avanzaron, vieron que el enemigo acababa de abandonar su posición para ocupar otra más fuerte y más cerca de Petersburg. Entonces adoptáronse nuevas disposiciones para asaltar con más probabilidades de éxito, y a eso de las tres de la tarde, avanzaron de nuevo los unionistas: la división Martindale fue la primera que entró en fuego, y a esta siguió la de Birney y los demás jefes, mas lo único que se consiguió fue hacer algunos prisioneros a costa de sensibles pérdidas, mientras que los confederados, protegidos por sus obras de defensa, sólo tuvieron algunas bajas insignificantes.

Así pues, quedó probado, a costa de una pérdida de diez mil hombres⁹⁶, que Petersburg no podía tomarse por medio de un asalto directo, y por lo tanto se dio orden a los jefes federales de atrincherarse lo mejor posible frente a la ciudad, mientras marchaban algunas tropas con el objeto de cortar la vía férrea de Weldon para apoderarse de ella si era posible.

Algunas tropas se dirigieron al camino de Jerusalem, donde un fuerte destacamento de separatistas las cerró el paso, y a la mañana siguiente, todas las fuerzas se pusieron en marcha, la cual debía ser tan penosa como tardía, porque todo aquel territorio se hallaba cubierto de bosque y de malezas, y ya los confederados contaban con numerosas tropas para oponer una vigorosa resistencia. El general Hill, que vigilaba atentamente con el objeto de atacar en el momento más oportuno, destacó una división contra el primer cuerpo de ejército de los federales, que se había separado algún tanto del segundo, y poco después, las columnas de Barlow, Mott y Gibbon se vieron atacadas y arrolladas por el enemigo, que obligó a los unionistas a retroceder, perdiendo muchos cañones y prisioneros. Una segunda división de Hill avanzó entonces para tomar posición, pero no tardó en llegar Meade, y reuniendo los dos cuerpos de ejército, dio la orden de seguir adelante y pudo recobrar el terreno perdido, pues Hill no tenía a su disposición fuerzas suficientes para oponer resistencia en campo abierto.

En la mañana del 21 de junio, continuó el ejército unionista su marcha, y no tardó en llegar la vanguardia a la vía férrea de Weldon, mas apenas habían empezado las operaciones, cuando el general Hill atacó por su flanco a los tres regimientos federales que iban en aquella y los derrotó, cogiendo muchos prisioneros, y persiguiendo a los fugitivos hasta que estos se reunieron con el grueso de las fuerzas. Los unionistas perdieron en aquella ocasión unos cuatro mil hombres, la mayor parte de los cuales quedaron prisioneros, sin que con este movimiento consiguiera la menor ventaja el ejército de Grant, como no fuese el extender un poco la línea hacia el camino de hierro de Weldon.

A la desgraciada tentativa para apoderarse de esta vía férrea, siguió otro percance no menos sensible. El general Wilson, de acuerdo con Kautz, reunió dos divisiones de caballería, compuestas de unos ocho mil hombres, y emprendió una expedición cuyo objeto era destruir las líneas férreas de los confederados. Wilson se dirigió en primer lugar a la estación de Reams, donde quemó el

96 Desde el día 10 al 20 de junio, sólo las pérdidas de Meade ascendieron a mil ciento noventa y ocho muertos, seis mil ochocientos cincuenta y tres heridos y mil seiscientos catorce extraviados, lo que hace un total de nueve mil seiscientos sesenta y cinco. En esto no se comprenden las pérdidas de la caballería de Sheridan que se estuvo batiendo al norte del río James.

depósito, después de haber cortado los rails, y marchando luego rápidamente por el camino de Lynchburg hasta un punto que dista solo quince millas de Petersburg, tocó en la estación de Nottoway, donde inutilizó la línea en un espacio de veintidós millas, no sin dispersar antes a una fuerza de caballería separatista que trató de oponerle resistencia. El general Kautz, entre tanto, marchaba a Burkesville, y en la confluencia de esta línea con la de Danville, cometió varios desperfectos de consideración. En Meherrin volvieron a reunirse Kautz y Wilson, y prosiguieron su obra destructora hasta llegar al puente de Roanoke, donde le salió al encuentro una numerosa fuerza que les obligó a retroceder.

Sin embargo, era preciso no perder tiempo, pues el enemigo iba reuniéndose poco a poco con la intención de cortar toda retirada a los jefes unionistas y aniquilarlos completamente. Al llegar al camino de Weldon, Wilson y Kautz encontraron otra fuerza numerosa, y después de un obstinado combate, tuvieron que retroceder hasta Reams, donde los federales esperaban que estaría Hancock, pero se engañaron completamente, pues en lugar del jefe unionista, saliós al paso una fuerte columna enemiga, compuesta de las brigadas de infantería de Mahone y Finnegan y de la caballería de Hampton. Wilson y Kautz trataron de abrirse paso, pero lejos de conseguirlo, quedaron derrotados completamente, perdiendo todos sus cañones, su tren de campaña, sus caballos, muchos prisioneros y unos mil negros, muchos de ellos montados, que cayeron en poder de los separatistas y fueron reducidos a la esclavitud. Wilson y Kautz huyeron cada uno por su lado en dirección a Nottoway, y a duras penas pudieron llegar a las líneas que ocupaba el ejército federal frente a Petersburg. En el parte oficial que remitió luego Grant para dar cuenta de esta expedición, decía en un párrafo lo siguiente: «Los perjuicios causados al enemigo han compensado con creces las pérdidas sufridas, pues entre otras cosas se ha conseguido interrumpir la comunicación con Richmond por espacio de algunas semanas.»

Podemos asegurar que no todos pensaron así, y el hecho es que pasaron muchos meses sin que Grant proyectara otra expedición contra los confederados. En cuanto al general Lee, aseguró que Wilson y Kautz habían dejado en su poder mil prisioneros, sin contar los heridos, trece piezas de artillería y treinta vagones.

El general Butler, que había recibido orden de echar un puente sobre el James, entre Deep Bottom y Bermuda Hundreds, llenó su cometido sin sufrir pérdida alguna, y poco después el general Foster se situó con una brigada en el primero de dichos puntos, que dista sólo diez millas de Richmond, y estaba muy cerca de las líneas de defensa que había por la parte de Howlet's. El general Sheridan, que con su caballería se hallaba en White House, donde se retiró después de su penosa expedición a Gordonsville, se dirigió hacia el James en 25 de junio, y aun cuando fue atacado de improviso por el enemigo, consiguió rechazarle a costa de una pérdida de quinientos hombres, pero pudo salvar todos los cañones y el tren de campaña.

Una parte de las fuerzas del ejército se volvió a poner a las órdenes del general Butler, y de este modo, a pesar de los reveses sufridos, extendiéronse las líneas federales por dos lados con el objeto de amenazar a Richmond por la parte del James y flanquear a Petersburg por el lado del sur. Parece que hubiera sido mejor concentrar repentinamente todas las fuerzas contra la extensa pero debilitada línea del enemigo y romperla por donde se encontrase menos resistencia, pero sin duda el general Grant no lo creyó oportuno, si bien debió explicar el porqué al redactar su informe. De creer es que la dura lección recibida en Cold Harbor le haría reflexionar que debían tomarse grandes precauciones antes de atacar fortificaciones defendidas por veteranos tan bravos como los que componían el grueso del reducido pero aun formidable ejército de Lee.

Cuando las tropas hubieron tomado sus posiciones, ocurrieron al principio algunas escaramuzas frente a Petersburg, pero la mayor parte insignificantes: en una de ellas la división Stannard fue atacada por algunas fuerzas de infantería y artillería, pero rechazó al enemigo cogiéndole ciento cincuenta prisioneros; una demostración que se hizo al día siguiente contra Burnside tuvo poco más o menos el mismo resultado.

Así pasaron algunos días, durante los que puede decirse que hubo tranquilidad, lo cual era en cierto modo necesario, porque las tropas habían estado batiéndose sin descanso por espacio de ocho semanas, sin contar que con las marchas y contramarchas hallábanse rendidas de cansancio. En este tiempo habían ocurrido entre los federales setenta mil bajas, mientras los separatistas, protegidos por sus obras de defensa, sufrieron muy pocas comparativamente. Es verdad que los unionistas recibían a cada momento refuerzos, pero estos se componían en su mayor parte de hombres que entraban en el servicio por interés o que no habían podido pagar la cuota exigida para poner un sustituto⁹⁷, y así es que el ejército del Potomac en 1864, aunque contaba con muchos veteranos, la mayor parte de las tropas era muy inferior a las que el general Mc Clellan llevó a la península en 1862.

El general Grant, no obstante, permaneció a la cabeza de sus tropas con ánimo resuelto, inflexible y sin dejarse abatir por los contratiempos. Después de dar a sus soldados el descanso necesario, y viendo que el calor era intenso y que la tierra estaba tan seca, que el menor movimiento de sus soldados levantaba una nube de polvo suficiente para ahogar a hombres y caballos, dando a conocer al enemigo, siempre vigilante, cuanto se intentaba contra él, Grant quiso tentar el último esfuerzo, y en primer lugar dispuso que se construyese una vía férrea para facilitar los movimientos de las tropas, así como también para distribuir las municiones y víveres, cuyo depósito, juntamente con el cuartel general, se hallaban en CityPoint.

El general Foster entre tanto, desde sus fortificaciones de Deep Bottom amenazaba continuamente a Richmond, al paso que reforzaba sus líneas de defensa de Bermuda Hundreds. El general Lee, a quien sin duda molestaba tener tan cerca al enemigo, intentó dos veces apoderarse de este punto, pero ambas fue rechazado fácilmente, y esto más que todo indujo a Grant a probar suerte de nuevo. Con arreglo al nuevo plan que se había propuesto, dispuso que se trasladara una numerosa fuerza por el James a Deep Bottom, y efectuado este movimiento en la noche del día 26 y 27 de julio, ordenó a Hancock que avanzara, dando un rodeo sobre las primeras líneas del enemigo, mientras Foster simularía un ataque de frente. Este movimiento se ejecutó con tal acierto, que el primer puesto avanzado de los separatistas cayó en poder de la brigada Miles, después de coger cuatro cañones, y entonces el enemigo se retiró a Bailey, y se hizo fuerte en sus obras defensivas de Chapin's Bluff, frente al fuerte Darling.

El general Sheridan trató de apoderarse de este punto con su caballería, y con este fin se situó en una eminencia, desde la cual pensaba atacar a los confederados por la retaguardia, pero llegó la noche antes de terminar sus preparativos, y tan inminente creyó Lee el peligro por aquel punto, que destacó inmediatamente cinco divisiones de las ocho que le quedaban para conjurar el peligro. Esta era la oportunidad que esperaba Grant.

El cuerpo de ejército de Burnside tenía sus posiciones frente por frente a Petersburg, en un terreno un poco elevado, y sus líneas distaban solo unas ciento cincuenta varas de las del enemigo, en las cuales se veía un fuerte con su correspondiente guarnición. Bajo este fuerte, y merced a estar situado cerca de un barranco oculto a la vista de las tropas de Lee, pudieron fácilmente los unionistas abrir una mina sin que se les observara y hasta sin que se sospechase el proyecto, pues de lo contrario, seguro es que se hubieran puesto los medios para evitar una catástrofe.

En la mañana del día 30 de julio todo estaba corriente, y se dispuso pegar fuego a la mina, debiendo seguir a esto, como es de suponer, un ataque general por el punto donde más daños hubiese causado la explosión. Calculábase que si se avanzaba a una distancia de unas cuatrocientas varas más allá del fuerte, sería fácil apoderarse de Petersburg. A las tres y media de la madrugada se dio orden de aplicar la mecha, pero como pasaba mucho tiempo sin que ocurriera novedad, el teniente James Douty y el sargento Enrique Rees se aventuraron en la galería y vieron que la mecha se había apagado: volvieron a encenderla, y hora y media después tuvo lugar la explosión, que hizo volar el fuerte, aniquilando a los trescientos hombres que en él había. En el mismo momento, y

97 Se demostró oficialmente que de los quinientos mil hombres alistados en 1864, sólo ingresaron en el ejército ciento sesenta y ocho mil, por haber satisfecho los demás sus cuotas o puesto un sustituto.

antes de que el enemigo volviese de su asombro, rompió el fuego la artillería unionista en toda la línea, y se dio orden de avanzar a las columnas de ataque.

Era indispensable, sin embargo, que una de éstas se lanzase resueltamente por el punto donde había ocurrido la explosión, antes de que el enemigo se repusiese de su sorpresa, y aquí debemos consignar que precisamente en este punto, que era de la mayor importancia, se cometió una grave torpeza. Atendido que el cuerpo de ejército de Burnside había abierto la mina, se le concedió la preferencia para formar las columnas de ataque, y no se tuvo en cuenta que estas tropas eran las menos a propósito para el caso. De las cuatro divisiones de que se componía este cuerpo de ejército, aseguraron los jefes que la de los negros era la más conveniente para servicio tan peligroso, pero Grant no quiso dar crédito a estas palabras y dispuso que se eligiera otra, dando esto lugar a que los jefes echaran suertes para ver cuál sería el privilegiado. La suerte tocó al general Ledlie, precisamente el hombre menos a propósito para una empresa de tantísima importancia, e inútil nos parece añadir aquí que durante la noche no se hizo ninguno de esos preparativos que son de rigor tratándose de ataques de semejante naturaleza.

La explosión había volado el fuerte, cuyos fragmentos se elevaron a doscientos pies de altura; la artillería federal acababa de romper el fuego en toda la línea, y sólo faltaba que avanzara la primera columna de ataque, pero se perdieron algunos minutos, tiempo precioso, antes que la división Ledlie, apartando los obstáculos que obstruían su marcha, penetrara por el boquete que acababa de formarse a causa de la explosión, y en el cual permanecía el enemigo sin saber qué partido tomar. A las tropas de Ledlie siguieron otras dos divisiones de Burnside, a las órdenes de Potter y Wilcox, pero cuando todas ocuparon el cráter formado por la voladura del fuerte, lejos de avanzar compactas al ataque, y debidamente formadas, hiciéronlo en desorden, marchando las unas después de las otras, y así se perdieron de una manera lastimosa dos horas, durante las cuales, recobrados de su sorpresa los separatistas, preparáronse a una vigorosa resistencia. Como si esto no bastara, cuando el mayor número de tropas sólo podía producir confusión, Burnside destacó a la división negra, que avanzando ciegamente, cargó al enemigo, el cual preparado ya, hizo un fuego tan espantoso contra los federales, que les obligó a retroceder hasta el cráter, donde comenzó a reinar una confusión indecible; desbandáronse los soldados, sólo se pensó en salvar la vida, y entre tanto las balas y las bombas de la artillería confederada, que caían como el granizo, sembraban la muerte y la desolación, cubriendo el suelo de cadáveres. La carga de la división negra, aunque débil, dio por resultado coger algunos prisioneros, pero las demás tropas no podían retroceder ni avanzar, mientras los cañones enemigos barrían todo aquel terreno, aumentando a cada instante el número de víctimas. Miles de soldados expusieron su vida sin vacilar para salir de aquella ratonera y volver a sus líneas, mas no era esto tan fácil, y no pocos perecieron en la demanda. Las pérdidas de los federales entre muertos, heridos y prisioneros no bajaron en aquella ocasión de cuatro mil cuatrocientos, mientras el enemigo apenas llegó a tener mil.

Este sangriento desastre no desanimó a Grant, pues a los pocos días volvió a tomar la ofensiva comenzando las operaciones por ambos flancos. El día 12 de agosto previno a Hancock que marchara de nuevo contra el ala izquierda que estaba frente a Deep Bottom, y al efecto reforzó su cuerpo de ejército con las divisiones de Birney y de Gregg, incluso la caballería de este último. Hancock trató de franquear las líneas enemigas por Bailey; Barlow marchó con dos divisiones a fin de sorprender la retaguardia, y la división Mott amenazó el frente. Birney obtuvo alguna ventaja, pues cogió cuatro cañones, pero como Barlow sólo tenía una brigada, rechazó el enemigo con facilidad. En resumen, lo único que se adelantó con esto fue alarmar al enemigo, que reforzó inmediatamente sus líneas, y así es que cuando el día siguiente, 16 de agosto, volvieron los federales al asalto, aun cuando tomaron al principio una trinchera cogiendo doscientos prisioneros, viéronse bien pronto obligados a retroceder, porque no se juzgó posible desalojar por entonces a los separatistas sin exponerse a una derrota casi segura.

La caballería del general Gregg, apoyada por la brigada de infantería de Miles, avanzó entre tanto sobre el camino de Charles City, rechazando al enemigo, que trató de oponerse a su paso, pero

no se adelantó mucho con esto, y no pudo conseguirse que confederados abandonasen sus líneas y aceptaran la batalla en campo abierto. El día 20 de agosto hubo otro combate en el cual perdió Hancock unos cinco mil hombres; los separatistas no tuvieron tantas bajas, pero entre sus muertos se contaba el general Cherardie.

Lee comprendió seguramente que con aquella demostración sobre Richmond se trataba de encubrir un ataque al extremo de sus líneas, pero viose en la precisión de reforzar la parte norte para proteger a Richmond. Apenas hubo hecho esto, cuando Warren se dirigió hacia la vía férrea de Weldon, a la cual llegó sin encontrar resistencia, y dejando en ella a la división Griffin, avanzó con Crawford y Ayres en dirección a Petersburg. Apenas hubo recorrido una milla, fue atacado por el enemigo, que desembocó por un sendero desconocido de los oficiales unionistas, a los cuales cogió doscientos prisioneros antes que volviesen de su sorpresa. Aun cuando en un principio retrocedieron los federales, hiciéronse luego fuertes, batiéndose con tal denuedo, que al fin consiguieron rechazar a sus antagonistas. Este combate costó al cuerpo de ejército de Warren unos mil hombres, pero se consiguió ocupar la vía férrea de Weldon, considerada como un punto de gran importancia.

Sin embargo, aunque la posición era buena, no estaba suficientemente protegida, y tanto es así, que antes de que se hubiera tenido tiempo de remediar la falta, avanzó Hill con una numerosa fuerza, y atacando con irresistible impetuosidad a la división Crawford, la arrolló completamente, cogiéndola dos mil quinientos prisioneros, incluso el general Hays. Gracias a la oportuna llegada de las brigadas de Wilcox y White, del cuerpo de ejército de Burnside, pudo evitarse una sangrienta derrota, y habiéndose retirado los confederados con los trofeos de su victoria, recobró Warren el terreno perdido y reorganizó sus desbaratadas líneas. No se le ocultaba sin embargo al jefe unionista que su posición en la vía férrea de Weldon era tan comprometida como peligrosa, y bien pronto pudo convencerse de ello, pues a los tres días, es decir, el 21 de agosto, los separatistas rompieron el fuego sobre su posición con treinta cañones, y una hora después avanzó contra su centro una columna de ataque, mientras otra trataba de sorprenderle por el flanco. Pero Warren había tomado ya sus disposiciones, y gracias a esto, no solo rechazó a sus enemigos, sino que los derrotó causándoles una pérdida de mil doscientos hombres, mientras que entre los federales sólo se contaron trescientas dos bajas.

Entre esta última refriega y las anteriores, tuvo Warren cuatro mil cuatrocientos cincuenta y cinco hombres fuera de combate, una mitad más que el enemigo, pero en cambio consiguió ocupar la vía férrea de Weldon.

Apenas hubo vuelto Hancock de su expedición al James, marchó inmediatamente a reunirse con la retaguardia de Warren, pero al llegar a la estación de Reams se detuvo dos o tres días para cortar la línea por aquel punto. Cuando más ocupado estaba en esta tarea, presentáronse algunos batidores anunciando que se acercaba el enemigo con fuerzas numerosas, y en efecto, poco después las tropas confederadas atacaban a los federales resueltamente; la división Miles, la primera que contuvo el choque, rechazó al enemigo, pero entonces Hill mandó a Het que tratara de apoderarse a toda costa de la posición, y al fin lo consiguió después de dar cuatro cargas sucesivas en una de las cuales se apoderó de cuatro baterías. Hancock, que quería a toda costa conservar sus posiciones, dispuso que la división Gibbon avanzara inmediatamente para recobrar el terreno perdido, pero esto era más difícil de lo que parecía, y lo único que consiguió Miles, a costa de heroicos esfuerzos, fue recobrar una de sus baterías. Las tropas de Gibbon, dominadas por la superioridad numérica, hubieron de abandonar sus líneas, y cuando intentaron los unionistas seguir avanzando, hubieron de retroceder ante el nutrido fuego de sus contrarios. Aunque Hancock sólo se hallaba a cuatro millas de distancia del punto-ocupado por el cuerpo de ejército de Warren, no había recibido refuerzo alguno, sin duda por una mala inteligencia, y a esto principalmente se debió que tuviera que abandonar la estación de Reams después de perder dos mil cuatrocientos hombres, de los ocho mil que mandaba, además de cinco piezas de artillería y otros efectos de campaña. También Hill sufrió algunas pérdidas, pero no fueron tan numerosas. La posición de Warren era ya demasiado fuerte para que se pudiera tomar sin hacer antes grandes preparativos, y por esto se suspendieron las

hostilidades por espacio de un mes, durante el cual los separatistas proyectaron y llevaron a cabo una brillante expedición por el James y Coggin's Point, donde se apoderaron de dos mil quinientas cabezas de ganado que allí tenían los federales.

Por fin resolvió Grant proseguir las operaciones, y su primera medida fue ordenar a Warren que avanzara con su cuerpo de ejército hacia el camino de Richmond, debiendo seguirle a poca distancia el general Butler, a fin de apoyarle en caso necesario. El día 29 de septiembre de 1864 se puso Warren en movimiento con cuatro divisiones, incluida la caballería de Gregg, que iba de avanzada, y al llegar al camino de Squirrel Level, tomó dos o tres obras de defensa que allí tenían los confederados, no sin que mediara un reñido combate, que se repitió al día siguiente y costó a los federales dos mil quinientos hombres. La nueva posición conquistada por estos se enlazó con la que ya tenían en la vía férrea de Weldon por medio de obras defensivas que formaban una extensa línea.

El general Butler cruzó entre tanto el James con su cuerpo de ejército a las inmediatas órdenes de Birney y Ord, y poco después se apoderaba de un puesto militar conocido con el nombre de Fuerte Harrison, el cual asaltó y tomó, cogiendo quince cañones y posesionándose de las trincheras del enemigo. Conseguida esta primera victoria, quiso completarla con la toma del fuerte Gilmer, situado un poco más allá, pero rechazado por el general Field, que defendía la posición, fuele preciso desistir de su empeño después de haber perdido trescientos hombres entre los que se contaban los generales Burnham y Ord, muerto el primero y herido el segundo de gravedad. El fuerte Harrison era una posición tan importante para Richmond, que Field resolvió recobrarlo, mas no quiso dar el asalto hasta la mañana siguiente y poco después de amanecer destacó tres brigadas contra dicho punto, previniéndolas que atacasen por un lado mientras que el general Hooke lo haría por otro. Los separatistas acometieron tres veces, pero no simultáneamente, y esto contribuyó acaso a que fuera más fácil rechazarlos, causándoles numerosas pérdidas. Algunos días después, no obstante, tomaron la revancha, pues cayendo de improviso sobre la caballería del general Kautz, que avanzaba por el camino de Charles-City, la derrotaron y dispersaron por completo, cogiendo nueve cañones y unos quinientos prisioneros. Al día siguiente tuvo lugar otro combate cuyo resultado fue indeciso, si bien unos y otros proclamaban como suya la victoria, sin duda porque las pérdidas habían sido poco más o menos iguales. Butler practicó un reconocimiento el día 3 octubre y asaltó algunas obras defensivas construidas medio de obras últimamente por el enemigo, pero éste las defendió con tal obstinación, que Butler desistió del ataque.

Después de haberse pasado varios días sin más novedad que algunas sangrientas escaramuzas que tuvieron lugar alrededor del fuerte Sedgwick, conocido entre los soldados con el nombre de *Fuerte del Infierno*, el general Grant resolvió tentar otro esfuerzo, y al efecto dispuso que mientras el general Butler avanzaba por la extrema derecha, marcharan otras divisiones por los caminos de Charles-City y Williamsburg para atacar las primeras líneas de Richmond. En las fortificaciones levantadas delante de Petersburg sólo debía quedar el número preciso de tropas para su defensa. En la madrugada del 27 de octubre se puso en marcha el ejército, a las órdenes de Meade, que se proponía atacar de improviso al enemigo por su flanco derecho.

Los generales Parke y Warren avistaron a eso de las nueve de la mañana con sus respectivas fuerzas, las trincheras enemigas, que situadas a la derecha de la posición, se apoyaban en la orilla Oriental del Hatcher, y al intentar el asalto fueron rechazados vigorosamente. Entonces Warren, según lo convenido, se alejó un poco para intentar un ataque por otro punto, mientras que Hancock, a quien sólo había disputado el paso del río una escasa fuerza, avanzó por Dabneys Mill, hacia la vía férrea de Linchburg, cerca de la cual estaba la retaguardia de los separatistas. La caballería de Gregg apoyaba el ala izquierda de Hancock. Este jefe había llegado, sin encontrar mucha oposición, al camino de Boydton, y seguía avanzando, cuando a la una de la tarde recibió una orden de Meade previniéndole que se detuviera, y entonces supo también que no habiéndole sido posible a Parke apoderarse de la trinchera que atacaba, había dispuesto Warren que la división Crawford, reforzada con la de Ayres, cruzase el río con objeto de marchar por la orilla norte para atacar por otro punto al enemigo.

Crawford avanzó, según se le había ordenado, pero con mucha dificultad, pues todo aquel territorio estaba cubierto de bosques casi impenetrables, donde se perdieron muchos soldados, mientras que hubo regimientos que se vieron separados completamente de su división. Antes de que Crawford adelantase a mucha distancia, recibió a su vez orden de Warren para detenerse, pues se acababa de hacer una consulta a Meade para saber si deberían avanzar o retroceder las tropas, toda vez que aquel país era muy distinto de lo que se creyó al principio. Hancock no se hallaba entonces sino a una milla de distancia del ala izquierda de Crawford, mas era tan espeso el bosque, que hubiera sido imposible distinguirlo ni saber tampoco qué posición ocupaba. El caso es que cuando las divisiones de Hancock y de Crawford creían que iban a reunirse, pues les faltaba muy poco para ello, hallábanse separadas por una distancia de mil doscientas varas, precisamente cuando el general Lee acababa de destacar una fuerza numerosa para sorprender a los federales.

La división Hill, al mando de Heth, cruzó el río con ánimo de ir al encuentro de Hancock, y siguiendo un estrecho sendero a través del bosque, pasó cerca del sitio ocupado por las tropas de Crawford, y sin ser visto, llegó frente a la posición de Hancock. Entonces Hill ordenó a su gente con el mayor silencio, y a poco caía de improviso sobre la división Mott, que sin ver al enemigo sufrió una nutrida descarga de fusilería. La brigada Pierce, atacada tan inopinadamente, se dispersó, dejando en poder del enemigo una batería, y por un momento creyóse que iba a tener lugar otro desastre como el de la estación de Reams, mas por fortuna, el general Egan, que había oído las primeras descargas, acudía presuroso en auxilio de los federales, y cuando los separatistas llegaban al camino de Boydton, persiguiendo a los fugitivos de Mott, atacóles por su flanco con dos brigadas, recobró dos cañones e hizo unos mil prisioneros. Desconcertado el enemigo, emprendió la retirada precipitadamente, pero unos doscientos hombres que se dirigían en desorden hacia el río, cayeron en las líneas de Crawford y quedaron prisioneros. Si este jefe hubiese comprendido cuál era entonces la situación, de creer es que las pérdidas de Hill habrían sido mucho mayores.

Warren se hallaba con Meade en la retaguardia de Crawford, cuando se tuvo noticia del ataque de Hill, e inmediatamente se dispuso que el general Ayres marchara en auxilio de Hancock, mas antes de que pudiera hacerlo, había llegado la noche. Al mismo tiempo de ser atacado Hancock, por su centro, el general Wade Hampton cargaba con la caballería separatista sobre su flanco izquierdo y su retaguardia, mandada por Gregg, y aun cuando hizo heroicos esfuerzos para desalojar a sus enemigos, no consiguió avanzar terreno y al fin hubo de retirarse, sufriendo numerosas pérdidas. Las bajas de Hancock en aquel día ascendieron a mil quinientas entre muertos y heridos.

En vista de este resultado, Meade autorizó a Hancock para que se retirara o conservase su posición a fin de atacar a la mañana siguiente si creía poder hacerlo con auxilio de Ayres y de Crawford. Como escaseaban las municiones y no se tenía seguridad de recibir más inmediatamente, así como tampoco de que Ayres y Crawford llegasen a tiempo con sus divisiones para comenzar el ataque, Hancock creyó lo más prudente retirarse, y acto continuo se pusieron las tropas en marcha para ir a ocupar sus atrincheramientos delante de Petersburg, cubriendo no sólo las obras defensivas que tenía Warren en la vía férrea de Weldon, sino también los caminos de Waughan y Squirrel Level.⁹⁸

Así pues, mientras que se había conseguido avanzar por la izquierda a costa de grandes sacrificios, al intentarlo por la derecha y aun cuando se venció al enemigo, no se pudo adelantar un palmo de terreno. El movimiento de Butler no dio más resultado sino distraer por algún tiempo la atención del enemigo, y esto a costa de numerosas pérdidas.

Así terminó en el año 1864 la obstinada y sangrienta campaña contra el ejército de Lee en Richmond, y aquí nos parece oportuno reproducir el siguiente cuadro, facilitado por uno de los generales del estado mayor de Grant, cuadro que no deja de ofrecer interés y en el cual figuran detalladamente las pérdidas sufridas por el ejército unionista.

98 Dice Heth que si Hancock hubiese permanecido en su posición, le habrían atacado a la mañana siguiente quince mil infantes y la caballería de Hampton. Parece que la falta de municiones fue lo que le indujo principalmente a retirarse.

ESTADO EXPRESIVO DE LAS BAJAS QUE TUVO EL EJÉRCITO DEL POTOMAC
DESDE EL 5 DE MAYO DE 1864 HASTA EL 1 DE NOVIEMBRE DEL MISMO AÑO

Batallas	Fechas	Muertos		Heridos		Extraviados		Total
		Oficiales	Tropa	Oficiales	Tropa	Oficiales	Tropa	
Wilderness	Mayo del 5 al 12	269	3.019	1.017	18.261	177	6.667	29.410
Spottsylvania	Mayo del 12 al 21	114	2.032	259	7.697	31	248	10.381
North Anna	Mayo del 21 al 31	12	138	67	1.063	3	324	1.607
Cold Harbor	Junio del 1 al 10	144	1.561	421	8.621	51	2.355	13.153
Petersburg	Junio del 10 al 20	85	1.113	361	6.492	46	1.568	9.665
Petersburg	Junio 20 a julio 30	29	576	120	2.374	108	2.109	5.316
Petersburg	Julio 30	47	372	124	1.555	91	1.819	4.008
Trincheras	Agosto del 1 al 18	10	128	58	626	1	45	868
Weldon (Vía férrea)	Agosto 18 al 21	21	191	100	1.053	104	3.072	4.543
Estacion de Reams	Agosto 25	24	93	62	484	95	1.674	2.432
Peeble's Farm	Sept. 30 y oct. 1	12	129	50	738	56	1.700	2.685
Trincheras	Agst. 18 al 30 oct.	13	284	91	1.214	4	800	2.417
Camino de Boydton	Octubre 27 y 28	16	140	66	981	8	619	1.902
Total		796	9.776	2.796	51.161	775	23.000	88.387
NOTA.—Las cifras que aparecen en la primera línea del estado comprenden las bajas sufridas en los varios combates que durante algunos días se dieron en Spottsylvania, y que pasaron de diez mil. Las pérdidas de Wilderness apenas llegaron a veinte mil, pero en Spottsylvania se contaron otras tantas. Estas correcciones, sin embargo, no alteran casi el total de las dos primeras cifras del cuadro.								

No podemos asegurar si en el estado anterior se incluyen o no las pérdidas de Burnside antes de incorporarse al ejército del Potomac, pero como no se comprenden las pérdidas sufridas cuando se operó en el James, puede deducirse sin temor de engañarse, que los muertos, heridos y extraviados que tuvo el ejército en 1864 al intentar la toma de Richmond, representaban la suma de cien mil. Ahora bien, teniendo en cuenta que de unos cincuenta y cuatro mil heridos y veinticuatro mil extraviados (muchos de estos prisioneros, que obtuvieron la libertad en el mismo año), treinta mil se restablecieron o pudieron escaparse, resulta para las pérdidas una cifra redonda de setenta mil hombres, mientras los separatistas, comprendiendo los quince mil trescientos setenta y tres prisioneros que se les hicieron, y deducción hecha de los heridos que curaron y volvieron a las filas, tuvieron cuarenta mil bajas, por más que ellos aseguren no haber perdido tanta gente. En los desesperados y sangrientos combates que tuvieron lugar aquel año, el ejército del Potomac perdió veinticinco cañones, pero cogió en cambio treinta y dos, la mayor parte de ellos en Spottsylvania.

Los críticos de la Confederación censuraron la conducta de Grant en aquella campaña, sosteniendo que era debidamente preferible la táctica de Mc Clellan, porque el primero no sabía más que aglomerar las fuerzas, sacrificando más víctimas de lo que era necesario. De creer es que uno de esos genios militares que aparecen una vez en cada dos o tres siglos, habría llevado a mejor término la empresa, así como un jefe tímido no hubiera conseguido nada, pero de todos modos no puede negarse a Grant el mérito de haber acometido una empresa tan formidable como la de tomar a Richmond. Otras campañas fueron acaso más brillantes, pero es seguro que ninguna contribuyó más directamente a combatir el poderío de los confederados, y en este concepto no puede menos de reconocerse el mérito de las operaciones militares que terminaron delante de Petersburg, a los cinco o seis meses de haberse presentado el ejército unionista en las orillas del Rapidan.

Dejando al ejército del Potomac en sus cuarteles de invierno, veamos ahora cómo se sucedían en los demás teatros de la guerra los acontecimientos que iban a influir directamente en la situación respectiva de los beligerantes.

22.

OPERACIONES MILITARES EN VIRGINIA, EN EL RAPIDAN Y EN EL MISSISSIPPI (1864)

El general Jones sorprende un puesto militar de los federales. Breckenridge derrota a Sigel en Newmarket. Averill es vencido en Wytheville. Combate cerca de la estación de Dublín. Victoria de Hunter en Piedmont. Toma de Staunton. Los federales avanzan sobre Lynchburg. Emprenden la retirada por el Alleghanies. El general Early obliga a Sigel a huir de Virginia. Wallace derrotado en Monocacy. Early amenaza a Washington y obliga a retroceder a Wright. Averill derrotado cerca de Winchester. Nueva victoria del general Early. Mc Causland incendia a Chambersburg. El coronel Stough es vencido en Oldtown. Sheridan se encarga del mando. Derrota de Early en Opequan y en Fisher's Hill. Depredaciones en el valle. Represalias. El general Early sorprende a Crook en Cedar Creek. Sheridan convierte la derrota en una victoria. Pérdidas. Excursión de Phillips a Granada. Mc Pherson avanza desde Vicksburg. Correría de Foster. Sherman avanza sobre Meridian. Combate en Yazoo. Palmer marcha a Dalton. Forrest se apodera de Unión-City. Es rechazado por Hicks en Paducah. Asalto y toma del fuerte Pillow. Matanza después de la rendición. Sturgis es derrotado por Forrest en Guntown. Smith bate a Forrest en Tupelo. Excursión de Forrest a Memphis. Combate en Bean's Station. Última expedición de Morgan a Kentucky. Rendición de Hobson. Burbridge ataca a Morgan y le derrota cerca de Cynthiana. Muerte de Morgan. Burbridge es batido en Saltville. Tentativa contra la isla de Johnson.

El general Grant, por el contrario de Mc Clellan, era un hombre tan infatigable como activo, y aun cuando en las operaciones contra Richmond sufrieron sus tropas frecuentes reveses, no se desanimó por esto ni dejó tampoco de persistir en realizar sus planes. Antes de hablar de ellos, no obstante, haremos una ligera digresión a fin de dar cuenta de otros hechos de armas que se llevaron a cabo en la Virginia Occidental y en la parte Norte del Rapidan.

Antes de que el general Grant se encargase del mando en jefe, habían ocurrido varias colisiones en Virginia, y la primera de ellas tuvo lugar en Jonesville, cerca de Cumberland, con el mayor Beers, que se hallaba custodiando un puesto militar, con trescientos hombres y tres piezas de artillería, cuando fue sorprendido y hecho prisionero por el general separatista Jones, después de una empeñada refriega, en la cual perdieron los unionistas sesenta hombres. En 30 de enero, el general separatista Hugo Lee emprendió una expedición al oeste de Cumberland, pero fue muy insignificante, y pocos días después el general Roser, destacado por Earley para que hiciese una correría, sorprendió un tren que se dirigía a Petersburg, siendo el resultado apoderarse de doscientos prisioneros, noventa y tres vagones y mil doscientas cabezas de ganado. De todas las expediciones emprendidas anteriormente no se contaba ninguna tan ventajosa como ésta. El día 2 de febrero Roser sorprendió la estación del camino de Baltimore y Ohio, que se halla a ocho millas de Cumberland, e hizo prisionero al piquete que la defendía, mas al volver a Springfield, fue sorprendido a su vez por el general Averill, que con fuerzas muy superiores le hizo retroceder a una gran distancia, cogiéndole todos los prisioneros que llevaba y una porción de caballos.

El coronel Gallup, uno de los jefes del departamento de Kentucky, sorprendió en 12 de febrero al coronel Ferguson, jefe de una guerrilla de separatistas que se hallaba en Rock House, y después de un breve combate le mató quince hombres, cogiéndole cincuenta prisioneros, incluso el mismo jefe. Por último, el general Scammon, que se hallaba en Charlestown, había sido sorprendido algunos días antes por el teniente Verdigan, uno de los oficiales de Ferguson, el cual le envió en

clase de prisionero a Richmond con otros cuatro oficiales y veinticinco individuos de tropa que también cayeron en manos de los separatistas.

Según el plan de campaña de Grant, el general Sigel debía operar en el Shenandoah y el general Crook en el Kanawha, a fin de ahuyentar a los separatistas de las cercanías de Staunton y Lynchburg. En cumplimiento de las órdenes recibidas, Sigel se puso en movimiento el día 1 de mayo, y al llegar a Newmarket encontró una fuerza confederada casi igual a la suya, a las órdenes de Breckenridge, el cual ocupaba una buena posición. Después de algunas escaramuzas de poca importancia, el jefe unionista dio la orden de atacar vigorosamente, y no pudiendo Sigel resistir el ímpetu de sus adversarios, quedó completamente derrotado, con una pérdida de setecientos hombres, seis cañones, mil armas de varias clases y una parte del tren de campaña.

El general Crook, que había salido de Charleston al mismo tiempo que Sigel, tuvo por conveniente dividir sus fuerzas, lo cual no debió haber hecho nunca, y dispuso que Averill marchara con dos mil jinetes a destruir las minas de plomo de Wytheville, pero precisamente se hallaba allí el general Morgan con una numerosa fuerza de caballería, y apenas hubieron llegado los federales, se vieron arrollados completamente, sin que sirvieran de nada sus esfuerzos para evitar una sangrienta derrota. Al redactar su parte oficial, el general Averill trata de demostrar que eran doblemente numerosas las tropas que le atacaron, pero como no destruyó las minas de plomo, ni tomó la ciudad ni hizo cosa alguna que valiera la pena de emprender la expedición, déjase comprender que con este aserto trató de atenuar el mal efecto que causó su sangrienta derrota.

El general Crook había marchado con once regimientos, que tendrían unos seis mil hombres, hacia la vía férrea de Virginia y Tennessee, y al llegar a la estación de Dublín, salióle al encuentro una fuerza de separatistas muy inferior en número, a las órdenes del general Mc Causland, quien, a pesar de haberse batido con el mayor arrojo, fue derrotado, no sin que los federales sufriesen antes una pérdida de ciento veintiséis muertos y quinientos ochenta y cinco heridos. La vía férrea quedó destruida en gran parte, mas no tardó en aparecer un refuerzo de tropas confederadas que había destacado Morgan, y entonces Crook se retiró hacia el puente de Meadow, de modo que cuando llegó Averill a la estación de Dublín, no encontrando a su compañero, prosiguió su marcha sin detenerse. He aquí cómo se frustró una vez mas, con tantas combinaciones, el movimiento concéntrico sobre el flanco de Lee: una fuerza que reunida hubiera bastado para batir a todos los separatistas que se hallaban al oeste de Virginia, se había diseminado de tal modo que no pudo hacer absolutamente nada.

El general Grant dispuso luego que Sigel reemplazara al general Hunter, y de nuevo se adoptó el funesto y vicioso sistema de hacer avanzar a las tropas desde puntos opuestos a fin de concentrarlas en un solo punto. El general Hunter, que había recibido refuerzos, tomó la ofensiva desde luego, pues los frecuentes ataques de Grant obligaron a Breckenridge a retirarse con lo mas escogido de sus tropas para atender a la defensa de Richmond, en tanto que el general Jones, con una numerosa fuerza separatista, juntamente con la de Mc Causland, acudía también presuroso a conjurar el nuevo peligro. Los dos ejércitos beligerantes se encontraron en Piedmon⁹⁹, cerca de Staunton, el día 5 de junio, siendo de advertir que el de los federales era más numeroso⁹⁹, y dada la

99 El coronel Halpine, del estado mayor de Hunter, dice lo siguiente al hablar de esta batalla: «Las fuerzas de uno y otro ejército eran, poco más o menos, iguales: el general Hunter tenía unos nueve mil hombres, y el enemigo contaba con otros tantos, los cuales ocupaban una buena posición en una cadena de colinas en forma de herradura, protegida en parte por el bosque y por algunas barricadas hechas apresuradamente la noche anterior. El parte oficial, encontrado al registrar el cadáver de Jones, revelaba que tenía a sus órdenes seis mil ochocientos hombres de tropas regulares, y que se le había reunido el día antes la brigada de Vaughan, con la cual iban mil quinientos de la milicia, muchos de ellos jóvenes que no valían ni la pólvora que se iba a necesitar para matarlos; bien es verdad que la mayor parte de ellos huyeron de Staunton y Lynchburg tan pronto como supieron que se aproximaban los federales.

»Aunque las fuerzas que tomaron parte en la acción no eran muy numerosas, la lucha fue obstinada y sangrienta, y la victoria estuvo por algún tiempo indecisa: el enemigo rechazó con vigoroso ímpetu las repetidas cargas de nuestra infantería y caballería al mando de los generales Sullivan y Stahl, pues las divisiones de Crook y Averill no habían llegado aun, y era ya entrada la tarde cuando la brillante división del coronel Thoburne, cruzando el valle y asaltando una colina por el flanco derecho del enemigo, decidió la victoria en nuestro favor. El general

señal, se empeñó la acción, que fue por demás obstinada y sangrienta. El general Jones cayó sin vida, atravesada la cabeza de un balazo, cuando más arreciaba la lucha, y ésta fue la señal de la derrota de los separatistas. Entre los trofeos de la victoria contábanse mil quinientos prisioneros, tres cañones y tres mil armas de todas clases, y puede decirse que con este descalabro no pudo ya el ejército enemigo oponer la menor resistencia.

El general Hunter avanzó hacia Staunton, donde se le reunieron los generales Crook y Averill, y todos juntos se dirigieron entonces a Lexington, muy a pesar de Grant, que esperaba estas fuerzas en Gordonsville, a cuyo punto acababa de mandar su caballería a las órdenes de Sheridan.

Las fuerzas de Hunter ascendían ya a unos veinte mil hombres, y con este ejército se puso en marcha inmediatamente con dirección a Lynchburg, principal ciudad de la antigua Virginia, de la que esperaba apoderarse muy pronto. Sin embargo, como Lynchburg es el foco de una rica y populosa región, donde existen numerosas fábricas, situada a orillas del James, y con una vía férrea que comunica con Richmond y Petersburg, el general Lee, a quien convenía tanto conservar esta plaza como la de Richmond, había cuidado de enviar numerosas tropas para guarnecerla antes de que Hunter atacase la ciudad, y hasta la víspera del día en que se esperaba el asalto, se estuvieron recibiendo refuerzos por el ferrocarril.

Hunter, cuyas municiones empezaban a escasear, y que se veía ante una ciudad que contaba con una poderosa guarnición, la cual podría arrollarle de un momento a otro, no tuvo otro remedio sino emprender la retirada precipitadamente, pues ya empezaba a perseguirle el enemigo, y en 22 de junio llegó a New-Castle, precisamente cuando ya se habían agotado sus víveres. Hasta cinco días después no pudo obtener raciones para sus tropas, y a esto se debió que murieran muchos caballos y padecieran los soldados. Algunos habrán censurado acaso semejante retirada, pero debe tenerse en cuenta que aun cuando Hunter tuviese muchos defectos, era hombre de reconocido valor, y al retirarse por New Castle, fue porque creyó que volver al Shenandoah directamente desde Lynchburg, sería exponer a su ejército a un grave peligro, si bien no se le ocultaba que iba a dejar a sus enemigos en libertad de obrar, y que su largo rodeo por el Kanawha, el Ohio, Parkersburg, y Grafton, le impediría entrar en acción tan pronto como lo deseaba.

Los separatistas, por su parte, no dejaron de aprovechar esta oportunidad, y sin perder un momento, el general Early, jefe de los refuerzos que salieron de Richmond para proteger a Lynchburg, reunió el mayor número de tropas posible, y dirigiéndose rápidamente hacia el norte, presentóse a poco en las orillas del Potomac. Sigel, que se hallaba en Martinsburg, se retiró a toda prisa a Harper's Ferry, dejando en poder de los separatistas un considerable número de efectos de campaña, y fue a tomar posición en las alturas de Maryland, donde el enemigo no creyó prudente atacarle, pero destruyó una vez más gran parte de la vía férrea de Baltimore y Ohio, impuso una contribución forzosa de veinte mil dólares en Hagerstown, incendió varios edificios en Williamsport, y recorriendo los alrededores de Pennsylvania, apoderóse de una porción de caballos y otras clases de ganado, abundantes víveres y no escasas cantidades de dinero. Este movimiento se efectuó con tanta destreza, y tal aparato desplegó la caballería, que aun cuando los invasores sólo contaban con unos veinte mil hombres, de tal manera se exageró el número, que bien pronto cundió el pánico, y alarmando hasta al mismo Gobierno, dispuso éste se reuniera inmediatamente toda la milicia de Pennsylvania, Nueva York y Massachusetts, para hacer frente al peligro.

Los separatistas sabían muy bien que el general Couch era el jefe militar de Pennsylvania, así como el general Wallace, de Maryland, y sus demostraciones contra el primero no tenían más objeto que distraer su atención para asegurar un golpe de mano contra el segundo, pero sospechando Wallace la intención, reunió sus escasas fuerzas, pues la mayor parte de las tropas con que contaba operaban entonces contra Richmond, y resolvió presentar la batalla a los atrevidos invasores cerca

Jones, jefe del ejército confederado, perdió la vida en aquella batalla, así como también cuatro coroneles, e hicimos unos mil ochocientos prisioneros, inclusa la inútil reserva de milicia de que ya he hablado, apoderándonos además de dos mil ochocientas armas de todas clases. La oscuridad de la noche y la naturaleza del terreno nos impidieron perseguir al enemigo.»

del Monocacy, donde podría tomar una buena posición. Es de advertir que cuando Wallace concentró sus fuerzas en Frederick, sólo tendría unos tres mil hombres, entre los cuales iban cien voluntarios que nunca habían entrado en fuego. El coronel Clendenin marchó desde luego con su caballería, compuesta sólo de unos cuatrocientos jinetes, en dirección a Middletown, a cuyo punto llegó el día 7 de julio, mas habiéndole salido al encuentro el general Bradley T. Johnson a la cabeza de mil hombres, retrocedió hasta Frederick, donde, reforzado con la infantería del teniente coronel Griffin, y teniendo ya a su disposición mil soldados, aguardó a pie firme a sus contrarios.

Poco después llegó Wallace a Frederick, pero no había podido averiguar nada acerca de las intenciones del enemigo ni de las fuerzas con que contaba, pues circulaban las noticias más contradictorias sobre este punto. Así pues, un telegrama expedido por Sigel en las alturas de Maryland aseguraba que el enemigo se dirigía hacia el norte por el camino de Pennsylvania, y un parte de Washington decía por el contrario que acababa de recibir refuerzos, de modo que no se sabía a qué atenerse con firmeza. El general Ricketts llegó luego con una batería de veteranos, pero como notase que las tropas enemigas iban siendo cada vez mas numerosas y que amenazaban atacarle por su flanco, el general Wallace evacuó a Frederick en la noche del 8 de julio y fue a tomar posición en la orilla izquierda del Monocacy, donde ya se hallaba el general Ricketts. Si los separatistas tenían a su disposición numerosas fuerzas e intentaban atacar a Washington, era de suma importancia entretenerlos para ganar tiempo hasta que llegase un refuerzo de Grant.

En la mañana del 9 ya había tomado Wallace todas sus disposiciones: el ala derecha de su pequeño ejército, mandado por Tyler, cubría la línea de Baltimore; la izquierda, a las órdenes del general Ricketts, ocupaba el camino de Washington, y también se tomaron los puentes, destacando avanzadas en todos sentidos. La caballería del coronel Clendenin vigilaba los vados. La división Ricketts no estaba completa, y se esperaba que llegara el resto, por el ferrocarril, de un momento a otro, pero algunas horas antes avanzaron los separatistas desde Frederick, y después de situar convenientemente sus cañones en número de diez y seis, rompieron el fuego contra los federales. Como estos solo podían disponer de seis piezas, viéronse dominados desde luego por sus enemigos, mas a pesar de esto generalizóse bien pronto el combate y llegó a ser encarnizada la lucha en el puente de Baltimore. Un numeroso cuerpo de la infantería separatista flanqueó el ala izquierda de los federales, forzando el paso del Monocacy por un vado que se encuentra dos millas mas abajo del puente de madera que hay en el camino de Washington; a las diez y media de la mañana, otra columna avanzó en son de ataque contra la división Ricketts, y aunque este jefe había formado con sus tropas una sola línea que se apoyaba en la orilla del río, tal era la superioridad numérica de los confederados, que la dominaron completamente. Viendo Wallace cuán desigual era la lucha por aquel punto, envió a Ricketts dos de los cañones de Tyler, y mandó quemar al momento un puente de madera a fin de impedir que avanzara el enemigo.

La primera línea de los confederados cargó impetuosamente, pero fue rechazada después de una sangrienta refriega, así como también la segunda, y aun cuando Wallace hubiera podido retirarse entonces con honor, no lo hizo porque, siendo ya cerca de la una de la tarde, hora en que debía llegar el resto de la división Ricketts, parecíale fácil, con este auxilio, conservar su posición a pesar de la superioridad numérica de sus contrarios. Sin embargo, dio la una y dieron las dos sin que llegase el expresado refuerzo ni se tuviera noticia alguna de él, y como el enemigo iba estrechando las distancias con la intención de cargar resueltamente por todos los puntos a la vez, Wallace ordenó a Ricketts que se preparase para emprender la retirada por la parte de Baltimore, la cual se efectuó a las cuatro de la tarde.

El puente de piedra que se encuentra en aquel camino estaba ocupado por el general Brown, y como era de la mayor importancia conservar este punto, el general Tyler se dirigió a él con su reserva para encargarse del mando, seguido a corta distancia por Wallace, quien reiteró la orden de conservar el puente a toda costa, hasta que hubiera cruzado Ricketts. El general Tyler continuó pues defendiendo la posición hasta las cinco de la tarde, en cuya hora, viéndose casi arrollado por sus numerosos enemigos, no tuvo más remedio que lanzarse en el bosque, seguido de su estado mayor,

a fin de no caer prisionero. El coronel Brown se había retirado ya, no sin sufrir algunas pérdidas, aun cuando la persecución no fue muy activa, atendido que la caballería confederada del general Johnson se dirigía en aquel momento hacia Baltimore. El resto de la división Ricketts, esperado con tanta ansia, se había detenido en Monrovia, punto que distaba ocho millas, y al fin llegó a tiempo para evitar una completa derrota. Esta fuerza, compuesta de tres regimientos, se reunió con Wallace en Newmarket, y ayudó a cubrir la retirada, que terminó a doce millas del Monocacy.

Las pérdidas de los federales en aquella acción ascendieron a noventa y ocho muertos, quinientos setenta y nueve heridos y mil doscientos ochenta y dos extraviados, total mil novecientos cincuenta y nueve, y según parece, los separatistas sólo tuvieron seiscientas bajas, si bien cuatrocientos de sus heridos lo estaban de gravedad y fueron hallados en los hospitales de Frederick al ocupar los unionistas la ciudad después.

La caballería de Johnson se aproximó a Baltimore al día siguiente, precisamente cuando empezaba a propagarse la noticia de que el pequeño ejército de Wallace había sido aniquilado en el Monocacy. Los separatistas que residían en la ciudad, aunque no tan numerosos como en abril y julio de 1861, no se mostraban menos hostiles, y deseaban con ansia la llegada del ejército confederado, pero el general Early, después de permanecer algunas horas en el campo de batalla, se dirigió hacia Washington, convencido de que Baltimore, aun cuando no contaba con una guarnición numerosa, no podría tomarse enseguida. Los generales Lockwood y Morris, jefes de las tropas que ocupaban Baltimore, reunieron bien pronto algunos miles de ciudadanos leales, que se apresuraron a ocupar todos los puntos importantes y a levantar obras de defensa que no podían tomarse fácilmente. El general Johnson desistió, pues, de la empresa, pero en cambio destacó una fuerza de caballería que a las órdenes de Gillmore, marchó al camino de Philadelphia, y al llegar a la estación de Magnolia, cometió varios desperfectos después de haber detenido el tren de la mañana.

Las avanzadas de la caballería de Early llegaron a Rockville en la noche del 10 de julio, y su infantería se hallaba al día siguiente a seis o siete millas de Washington, que se vio amenazado cuando menos lo esperaba. El general Augur, encargado de guardar las líneas de defensa de la ciudad, practicó durante la noche un detenido reconocimiento, y empeñó con las primeras avanzadas enemigas un reñido combate, en el que perdió doscientos ochenta hombres. Si en aquel momento hubiese avanzado Early sobre Washington a marchas forzadas para atacar resueltamente la ciudad, acaso habría caído ésta en su poder a costa de la mitad de su ejército, pero seguramente no le hubiera sido fácil conservar mucho tiempo su conquista.

Fuera cual fuese su intención, era ya demasiado tarde para hacer más de lo que hizo, y conociéndolo así, retiróse por el Potomac, llevándose sus municiones, sus baterías y todos los caballos que pudo encontrar, incluso cinco mil cabezas de ganado, de las cuales se apoderó durante su correría. Entre tanto el cuerpo de ejército del general Emory embarcóse en Nueva Orleans para trasladarse al fuerte Monroe, donde recibió orden de marchar a Washington, a cuya ciudad se dirigía también Wright para encargarse del mando, según lo dispuesto por Grant, y es indudable que si Early no se hubiese retirado tan pronto, su ejército de quince mil hombres se habría visto arrollado por cuarenta mil unionistas. El general Wright no emprendió la persecución con suficientes fuerzas, y así es que al cruzar el Potomac para dirigirse al Shenandoah por Leesburg, Early se volvió repentinamente contra sus perseguidores, y rechazándolos vigorosamente, les causó una pérdida de quinientos hombres. El general Wright regresó entonces a Leesburg, confió el mando al general Crook y se presentó poco después en Washington. Averill salía entre tanto de Martinsburg con dirección a Winchester, y muy cerca de esta ciudad fue atacado por una fuerza de separatistas, a la que rechazó después de tres horas de combate, cogiendo doscientos prisioneros y cuatro cañones, sin más pérdida que unos ciento cincuenta o doscientos hombres entre muertos y heridos. Al saber que se aproximaba Early, se retiraron los federales precipitadamente.

Engañado Grant por los partes que había recibido, y suponiendo que el jefe separatista volvía a Lynchburg y Richmond, dispuso que marchase a Petersburg un numeroso cuerpo de tropas para dar un golpe de mano antes de que pudiera llegar Early. Hunter no había regresado aun de su

expedición a causa del mal estado de los caminos, y el general Crook, jefe de las fuerzas que se hallaban en el Potomac, habíase dirigido a Harper's Ferry, y desde allí a Winchester, donde no esperaba encontrar enemigos, pero por desgracia se engañó y su error le costó una sangrienta derrota. El general Early no se retiraba hacia el sur, como se creyó por algunos, sino que estaba muy cerca, y al presentarse los federales el 23 de julio en el punto citado, cayeron sobre ellos los separatistas, y los derrotaron, persiguiéndolos sin descanso hasta Martinsburg, en cuya ciudad encontraron un refugio por el pronto. En esta refriega perdieron los federales mil doscientos hombres, incluso el general Mulligan¹⁰⁰, que murió en el campo de batalla: las pérdidas de los separatistas fueron insignificantes. Al día siguiente hubo algún tiroteo en Martinsburg, pero como lo que quería Crook era ganar tiempo para salvar sus trenes, apenas lo hubo conseguido, se retiró a Maryland, dejando a Early en pacífica posesión de la parte sur del Potomac desde Shepherdstown hasta Williamsport.

El jefe confederado se aprovechó muy poco de esta ventaja, pues precisamente cuando en todo el Maryland y la parte sur de Pennsylvania cundía el pánico hasta el punto de que muchos, no creyéndose seguros, huían de estos Estados, destacó a los generales Johnson, Mc Causland y otros con unos tres mil jinetes para que hicieran una correría por el norte. Mc Causland dio un gran rodeo y amenazó varios puntos a fin de distraer la atención de los que pensaba atacar en realidad, y después de haber dispersado un cuerpo de reclutas en Carlisle, llegó en 30 de julio a Chambersburg, donde no había entonces guarnición, y exigió mil dólares en oro o quinientos mil en papel, amenazando con incendiar la ciudad si no se accedía a su demanda. Como no se entregó el dinero en el plazo prefijado, los separatistas pegaron fuego a Carlisle, cuyos edificios quedaron en su mayor parte destruidos.

Para justificar semejante acto de vandalismo, alegaron los separatistas que lo mismo había hecho Hunter seis semanas antes al quemar la casa del gobernador Letcher en Lexington, mas no se recordó que en cierto modo tuvieron los federales un motivo para obrar así, pues encontraron en una imprenta de dicha ciudad las pruebas de una proclama firmada por Letcher, en la cual se aconsejaba al pueblo que hiciera fuego contra las tropas de Hunter, desde las ventanas y balcones, tan pronto como se presentaran. Prescindiendo de esto, si con semejante incendio se violaban las leyes de la guerra, habíase tomado la venganza de antemano, pegando fuego a la casa de campo del gobernador Bradford, situada cerca de Baltimore, así como también a la de Mr. Blair, que se halla a poca distancia de Washington. Debemos consignar aquí, no obstante, que no era la costumbre de Lee proceder de este modo cuando invadían sus tropas algún punto, pues si bien es cierto que una vez incendió la fundición de Tadeo Stevens, cerca de Gettysburg, no lo es menos que los federales hicieron lo mismo con muchas fábricas y edificios del Sur, pero por punto general, Lee daba siempre las más severas órdenes para que no se cometieran depredaciones de ninguna especie.

Alarmado Averill por las demostraciones del enemigo, habíase retirado con dos mil seiscientos jinetes desde Hagerstown a Greencastle, y sólo se hallaba a nueve millas de Chambersburg cuando Johnson y Mc Causland, con una parte de la caballería separatista, se ocupaban en saquear e incendiar aquella ciudad. Averill llegó a Chambersburg el mismo día, poco después de haberse marchado los separatistas, y como estos se habían dirigido a Mc Connellstown, siguiólos hasta este punto y llegó a tiempo para evitar un segundo saqueo, atacando inmediatamente al enemigo, que huyó en dirección al Potomac. Muy pronto cundió el pánico por toda la parte sur de Pennsylvania: el general Couch, jefe de aquel departamento militar, recibió aviso de que marchaba sobre Pittsburg un gran ejército invasor, por lo cual se hicieron en esta ciudad los necesarios preparativos de defensa, y poco después se supo que una guerrilla confederada, a las órdenes de John Moseby, compuesta sólo de cincuenta hombres, acababa de cruzar el Potomac y sorprender la pequeña población de Adams, apoderándose de varios efectos militares y algunos prisioneros.

El general Kelley, jefe del departamento de Cumberland, había resuelto salir al encuentro de los separatistas que mandaba Johnson, y merced a su actividad, pudo alcanzarlos en Falk's Mill,

¹⁰⁰ El que defendió a Lexington en 1861.

donde tuvo lugar una refriega, en la cual se proclamó vencedor, pero lo cierto es que el coronel Stough, que con quinientos hombres se había dirigido a Oldtown para cerrar el paso a los expedicionarios, fue derrotado después de un empeñado combate y el enemigo le cogió noventa prisioneros. Poco después llegó Averill para auxiliar a Kelley, y como los separatistas se habían retirado ya, lanzóse en su persecución; los alcanzó cerca de Moorefield y los dispersó, cogiéndoles quinientos prisioneros, algunos cañones y muchos víveres, sin que los federales sufrieran más que una pérdida de cincuenta hombres.

El 2 de agosto dispuso el general Grant que Sheridan se trasladase a Washington con objeto de encargarle de las operaciones militares en el Potomac y el Shenandoah, y el 4 de dicho mes se dirigió él mismo a este último punto para adoptar las disposiciones que creyese necesarias. En la conferencia que tuvo allí con Hunter, como este jefe manifestase que deseaba se le relevase del mando, Grant accedió al punto y se trasladó acto continuo a Harper's Ferry después de expedir un telegrama a Sheridan, previniéndole que fuera a reunirse con él. En 28 de agosto apareció una orden nombrando al general Felipe Sheridan comandante en jefe del nuevo departamento del centro, compuesto de los de la Virginia Occidental, Washington y Susquehanna, y en razón a su nuevo cargo se le envió un refuerzo de dos divisiones de caballería, por cuyo medio llegó a contar con un efectivo de cerca de treinta mil hombres. El general separatista Early no disponía sino de veinte mil¹⁰¹.

No fue culpa de Sheridan el que no se tomara la ofensiva inmediatamente después de encargarse del mando: era preciso en primer lugar organizar convenientemente las tropas, y en segundo, habían sufrido tantos reveses los federales en aquel territorio, y eran tan de temer las consecuencias de una derrota, cuyo resultado seria una nueva invasión cuando los federales se retirasen del James, que Grant vaciló en autorizar a Sheridan para que avanzase hasta estar seguro de que este jefe comprendía bien su posición, los deberes que le imponía su nuevo cargo y con qué fuerzas tenía que luchar.

El general Early ocupaba la orilla del Opequan, que conduce al camino de Winchester, y frente a él había tomado sus posiciones Sheridan, de modo que pudiera cubrir a Berryville. En un reconocimiento practicado por el general Wilson el día 13 de septiembre, atacó este jefe por su flanco a la división Kershaw, cogiendo ciento setenta y uno prisioneros, incluso el coronel Hennegan, y observando Sheridan que esta primera victoria había entusiasmado a sus tropas, resolvió abandonar su posición y apoderarse por asalto de la de su enemigo. Como es de suponer, Early se había fortificado lo mejor posible, y es de advertir que para acometerle debían avanzar los federales por un estrecho desfiladero encajonado entre colinas cubiertas de espeso bosque, formar luego en un pequeño valle, y lanzarse resueltamente sobre el centro, mientras que otras tropas flaquearían el ala izquierda, pues la derecha era mucho más fuerte. De este modo, y enteramente dueños de la entrada del desfiladero, se podía muy bien cortar la retirada a las tropas del general Early.

Observando el jefe separatista que no se podía perder un momento, destacó dos divisiones contra los generales Grover y Ricketts, cuyas tropas retrocedieron en desorden, sufriendo pérdidas enormes, pues el enemigo acababa de romper el fuego con sus baterías y los regimientos quedaron en parte destrozados, muertos muchos oficiales y completamente rotas las líneas, de tal modo, que por un momento se creyó perdida la batalla. Poco después, no obstante, recibieron los federales un refuerzo; el general Emory llegó con tropas de refresco, reunió todas las que empezaban a desbandarse, mientras el capitán Bradbury situaba convenientemente una batería, y de nuevo se empeñó la refriega con resuelta obstinación por una y otra parte, refriega que se convirtió luego en una sangrienta batalla que duró cinco horas, siendo el resultado de ella apoderarse Sheridan de la

101 En 1865 estos dos generales sostuvieron por medio de los diarios una ruidosa polémica respecto al número de fuerzas de que cada uno disponía. Early aseguró que el número de sus tropas no ascendía ni a la mitad de las de Sheridan y éste sostuvo que los prisioneros cogidos por él excedían ya del total de soldados que, según dijo Early, componían su ejército.

posición enemiga. Early se replegó en una colina situada a dos millas más lejos, en la que trató de hacerse fuerte, pero como los federales se habían propuesto perseguirle sin tregua ni descanso, atacáronle otra vez y le desalojaron causándole numerosas pérdidas. En este segundo combate cogieron los unionistas setecientos prisioneros y dos cañones.

En el parte oficial remitido por el general Sheridan, manifestaba éste que sus pérdidas ascendían a tres mil hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el general David Russell, y entre los segundos los generales Mc Intosh, Chapman y Upton; en esta batalla perecieron también el general separatista Rhodes y el coronel Godwin. Pollard dice que los confederados tuvieron tres mil bajas, pero como se les cogieron tres mil prisioneros y cinco cañones, es de presumir que fueran más.

El general Early, sin embargo, no se daba aun por vencido, y reuniendo otra vez todas sus tropas, fue a ocupar un punto conocido con el nombre de Fisher's Hill, que se encuentra a ocho millas al sur de Winchester, cerca de las montañas de Massanutten. Dos días después, Sheridan atacó a su enemigo en esta nueva posición, y de nuevo le favoreció la victoria, pero de una manera aun más decisiva que en Opequan, pues cogió mil cien prisioneros y diez y seis cañones, y es de advertir que la persecución fue tan activa, que el general Early se vio precisado a refugiarse en las montañas, donde la caballería no podía operar. Sheridan le siguió con la infantería y artillería hasta Port Republic, en cuyo punto capturó setenta y cinco vagones, mientras su caballería, al mando de Torbet, se ocupaba en destruir varios depósitos de víveres después de haber cortado en parte la vía férrea central de Virginia.

Cuando el general Sheridan volvió al Shenandoah, dio orden de talar todos los campos que se encuentran en aquel fértil valle y se quemó todo el forraje que no pudieron llevarse las tropas, sin que se tuviera consideración alguna con las propiedades de muchos, que no sólo eran partidarios de la Unión, sino que trabajaban celosamente en su favor. Para justificar esta medida, alegóse que todo lo que se hubiese dejado habría servido de botín a los separatistas, y que era preciso vengar el incendio de Chambersburg y otros abusos semejantes. Nosotros no creemos, sin embargo, que adelantara nada con esto la causa nacional; y es de lamentar que se ejercieran semejantes represalias, que debían prohibirse por las leyes de la guerra.

La siguiente carta del general Sheridan bastará para dar al lector una idea de los destrozos que se cometían y de los perjuicios que con esto se irrogaban al país.

«Woodstouck 7 de octubre de 1864.

»Al teniente general *Ulises Grant*.

»Tengo el honor de daros cuenta de mis últimas operaciones, y empiezo por manifestaros que desde ayer por la mañana he estado en Port Republic, Mount Crawford, Bricgewater y Harrisonburg, en cuyos puntos se han destruido todas las cosechas y el forraje.

»En todo el país comprendido desde Blue Ridge hasta la montaña del norte no podrá molestarnos el enemigo, pues se halla completamente asolado. Mis tropas acaban de incendiar dos mil graneros llenos de trigo e instrumentos de labranza, setenta molinos con miles de sacos de harina, y además nos llevamos cuatro mil cabezas de ganado, sin contar las tres mil utilizadas para el ejército. Asimismo hemos cogido una porción de caballos cuyo valor no puedo apreciar en este momento.

»La gente de aquí se va cansando de la guerra, pero hasta ahora no han tenido razón para quejarse porque han vivido siempre en la abundancia. El enemigo no ha creído sin duda prudente perseguirme; sólo he visto un pequeño destacamento de caballería que se aproximó a mi retaguardia, pero se retiró muy pronto.»

Poco después de haber remitido este parte Sheridan, el *Richmond Whig* publicó un artículo en el cual proponía se tomaran las represalias, enviando incendiarios para pegar fuego a diversas poblaciones de los Estados de la Unión. He aquí cómo se expresaba:

«Sólo hay un medio eficaz para poner coto a las atrocidades de toda especie que están cometiendo nuestros enemigos, y éste consiste en incendiar una de sus principales ciudades, tales como Boston o Philadelphia, para que así escarmienten de una vez y sepan lo que se puede hacer y se hará si persisten en continuar con su sistema. Si se nos pregunta ahora cómo podría hacerse esto, contestaremos que nada es más fácil, pues un millón de dólares bastará para reducir a cenizas la más populosa ciudad, y seguramente que no faltará quien se encargue de llevar a cabo la empresa. Veinte hombres decididos, provistos de sus planos y todo lo necesario, y aprovechando una noche en que hiciera mucho viento, podrían pegar fuego a Boston por cien puntos a la vez, convirtiéndolo bien pronto en un mar de llamas. Es muy posible que nuestros enemigos trataran de tomar la revancha quemando a Richmond, Charleston u otra ciudad de importancia, pero dejadles que lo hagan si se atreven a ello; pues en esto siempre les llevaremos la ventaja. Nueva York vale veinte veces más que Richmond; ellos tienen doce ciudades por cada una de las que tenemos nosotros, y en ellas está concentrada toda su riqueza. Esto no sería inmoral ni bárbaro, pues nada más justo que defenderse con las mismas armas que el enemigo emplea para destruirnos; si él prefiere a la espada la tea del incendiario, imitémosle; si él prefiere asolar los campos y reducir las ciudades a cenizas, paguémosle en la misma moneda, y si el Poder ejecutivo no se halla dispuesto a tomar semejante medida, dejad que el Congreso delibere secretamente acerca de su conveniencia.»

Algunas semanas después de publicado este artículo, tratóse de hacer en Nueva York lo que en él se recomendaba, pegando fuego a varios edificios principales de la ciudad, pero afortunadamente se pudieron cortar los incendios muy pronto, y no hubo que lamentar daños de consideración.

Batidos los separatistas en todo aquel territorio, Sheridan creyó que sus adversarios no le molestarían ya más por el pronto, y en su consecuencia resolvió hacer una breve visita a Washington, pero se engañaba mucho, pues tan pronto como supo Early que se hallaba ausente el jefe unionista, y deseando tomar la revancha de su última derrota, empeñóse en probar fortuna de nuevo con la intención de dar un atrevido golpe de mano. Con este objeto organizó sus batallones en el campamento que tenía cerca de Fisher's Hill, y los hizo avanzar silenciosamente en medio de la oscuridad de la noche del 18 de octubre en dirección a Cedar Creeck, posición del enemigo, donde esperaba sorprenderlo antes de la madrugada del día siguiente.

Los federales que estaban acampados en tres colinas unidas entre sí, no esperaban ni remotamente que se les atacara, y persuadido de esto Early, dividió su ejército en dos columnas con objeto de caer a la vez sobre los dos flancos. Llegar a la posición enemiga no dejaba de ser una empresa muy ardua, pues era preciso atravesar un terreno en extremo montañoso y lleno de asperezas, donde los soldados tenían que trepar a cada momento, y en el cual apenas podía marchar la caballería, sin contar de que en el caso de apercibirse los federales de aquel atrevido movimiento habríales sido muy fácil destruir completamente al enemigo. Los separatistas, no obstante, siguieron avanzando silenciosamente y pudieron al fin aproximarse al campamento sin que se sospechara siquiera su presencia. A eso de las dos de la madrugada, los piquetes federales creyeron oír cierto rumor, como de hombres que trepasen por la colina, y habiéndose dado el parte al momento, el general Crook se limitó a encargarse de vigilarse atentamente, no creyendo necesario que se practicara un reconocimiento. Tan descuidados estaban los federales, que muchos tenían sus armas descargadas, y aun cuando hubo un momento en que reinó cierta inquietud, no se tomó precaución alguna.

Una hora antes de amanecer, los separatistas ocuparon, sin encontrar resistencia, las posiciones que se les había designado de antemano, y aguardaban impacientes la señal de ataque. Por algún tiempo no se percibió el menor ruido, ni nada llegó a interrumpir el silencio que reinaba en el campamento enemigo, mas apenas comenzó a despuntar la aurora, oyóse el estruendo de una descarga de fusilería, y algunos momentos después cayeron los separatistas sobre sus descuidados enemigos. Los soldados de Early, sin detenerse a escaramucear con los piquetes, se lanzaron desde luego en las trincheras por ambos flancos antes que los asombrados unionistas pudieran pensar en defenderse, y en un momento todo fue entre ellos confusión y zozobra, mientras que los

confederados obraban con la mayor calma y como hombres que saben perfectamente a qué atenerse. A los quince minutos la mayor parte del ejército federal empezó a dispersarse, dejando desde luego en poder del enemigo unos setecientos prisioneros, y como los separatistas conocían perfectamente el terreno, no tenían necesidad de practicar reconocimientos, y seguían siempre avanzando con increíble celeridad.

El general Emory trató, por supuesto, de reunir a los fugitivos, pero no pudo conseguirlo, pues se vio acometido a la vez por ambos flancos por fuerzas numerosas, y aun cuando llegó muy pronto la brigada de Mc Millen, seguida de otras dos, nada bastó para contener aquel torrente de enemigos que parecían multiplicarse a cada momento. Las tres divisiones del general Early, mandadas por Gordon, y que habían atacado el ala izquierda, iban desalojando a los federales de todas sus posiciones, mientras que el general Kershaw, a la cabeza de su columna, acometía el ala derecha y el centro; la resistencia fue obstinada en algunos puntos, y hubo sangrientos combates, pero poco a poco los unionistas fueron abandonando el terreno, y cuando al fin consiguió Wright encontrar una posición donde esperaba hacer frente al enemigo, vio que éste empezaba a cercarla como para hacer toda retirada imposible. Entonces dióse la orden, y el ejército federal comenzó a retroceder, abandonando todas sus posiciones. Las tropas confederadas, hambrientas y rendidas de cansancio, tanto por la lucha como por su penosa marcha, permanecieron en el campamento de donde habían desalojado a sus adversarios, sin pensar en perseguirlos. Mil doscientos prisioneros, veinticuatro cañones, un considerable número de efectos de campaña y abundantes víveres, fueron los trofeos de la victoria.

A su regreso de Washington, Sheridan se había detenido una noche en Winchester, precisamente la misma en que tuvo lugar el atrevido ataque de los confederados, pero al despertar por la mañana, y pareciéndole percibir un rumor lejano, pidió al instante su caballo y marchó rápidamente hacia el campamento para reunirse con sus tropas. No tardó en distinguir a lo lejos la retaguardia de su ejército, que se alejaba cuando él le creía acampado, y entonces, picando espuelas a su caballo, aproximóse bien pronto al alcance de la voz, precisamente cuando el general Wright mandaba hacer alto por haber dejado de perseguirle el enemigo. El jefe unionista no reprendió a sus abatidos soldados ni dio una sola queja a sus jefes, y muy lejos de esto, acercóse a ellos y les dijo: «¡Vamos, muchachos, dad media vuelta y volvamos a nuestro campamento, que no tardaremos en desalojar a nuestros enemigos!» Estas palabras parecieron animar a las desalentadas tropas, que inmediatamente obedecieron aquella amistosa orden, y cuando en el camino volvió Sheridan a decirles: «Muchachos, si yo hubiese estado aquí no hubiera sucedido esto», todos se sintieron animados del deseo de vengar su derrota.

Sin perder un momento adoptó Sheridan sus disposiciones, y ordenó desde luego al general Emory que fuera a ocupar un espeso bosque que había a la izquierda del camino, donde los federales se fortificaron apresuradamente lo mejor posible. Al poco tiempo les atacaron allí los confederados, pero no con gran empeño, y cuando empezaban a retirarse, dióse orden de avanzar a los unionistas. Poco después hallábanse estos ante la posición perdida la noche anterior, rompióse el fuego, se generalizó el combate, y a la media hora, la división Gordon, la primera que sostuvo el choque, retrocedía en el mayor desorden. Entonces hubo una breve pausa, pues la artillería enemiga hacía un fuego terrible, pero Sheridan, corriendo siempre de un punto a otro, dando órdenes y adoptando las más acertadas disposiciones, consiguió animar a sus tropas, que avanzaron resueltamente, cargaron con indecible arrojo sobre el enemigo y lograron al fin desalojarle, después de una empeñada refriega, de la posición que había conquistado la noche anterior.

La pérdida de los federales en esta doble batalla ascendió a tres mil hombres entre muertos y heridos; en los primeros figuraba el general Bidwell y el coronel Thoburn, y entre los segundos los generales Wright, Grover y Ricketts. Las bajas de los separatistas fueron aun más numerosas, y se les cogieron mil quinientos prisioneros, veintitrés cañones (inclusos los veinticuatro de que se apoderaron la noche anterior), mil quinientas armas de todas clases y una considerable cantidad de víveres. Así el pues, ejército del general Early quedó inutilizado para continuar por entonces su

campaña, y exceptuando dos o tres escaramuzas que tuvo la caballería separatista con la federal, no se dio ya ninguna batalla en el valle de Shenandoah. Al conseguir aquella victoria los federales, se dio el caso raro de que un ejército, derrotado completamente por la mañana, obtuviese un gran triunfo por la noche, sin haber recibido más refuerzo que un solo hombre.

Llegados a este punto y antes de referir los detalles de la memorable campaña de Atlanta, de que hablaremos en el capítulo siguiente, daremos cuenta de algunas operaciones secundarias que se llevaban a cabo en el territorio que se halla entre Virginia y el Mississippi, mientras que Sheridan combatía con los separatistas en el Shenandoah.

El 3 de febrero, el general Sherman salió de Vicksburg con cuatro divisiones, el cuerpo de ejército de Mc Pherson y una brigada de caballería a las órdenes de Winslow, y después de tocar en Jackson, cruzó el río de las Perlas, avanzando luego hacia Meridian, y otros puntos, donde cometió infinitos destrozos, tales como destruir vías férreas, quemar puentes, etc. El general separatista Polk, que llevaba entonces consigo las divisiones de French y Loring y la caballería de Lee, opuso al principio una ligera resistencia, pero se retiró luego a Tombigbee, conociendo que no podría luchar con ventaja con las fuerzas enemigas, que eran mucho más numerosas. A pesar de esto, y aun cuando los federales causaron grandes pérdidas a los separatistas, su expedición no fue muy ventajosa, porque no contaban con suficiente caballería, debiéndose esto principalmente a que no habiendo llegado el general Hurlbut con la suya oportunamente, Sherman se vio en la precisión de retroceder sin haber recorrido todos los puntos que deseaba. En esta expedición, sin embargo, sólo perdieron los federales ciento setenta y un hombres y cogieron en cambio cuatrocientos prisioneros, mil refugiados y cinco mil negros.

El general Smith, entre tanto, avanzaba hacia Nueva Albany, cerca de West Point, a la cabeza de siete mil hombres, inclusa una brigada de infantería, pero al llegar a Okolona, vio este punto ocupado por los generales Forrest, Lee y Chalmers con numerosas fuerzas, y en su consecuencia tuvo que retirarse a Memphis, mas no sin que el enemigo le persiguiera de cerca, cogiéndole cinco cañones y unos doscientos prisioneros. Al mismo tiempo de emprender la retirada el general Smith, Sherman destacaba algunas fuerzas con objeto de apoderarse de la ciudad de Yazoo, y si bien entonces no se consiguió, esta ciudad fue tomada y ocupada poco después por una fuerza de unionistas a las órdenes del coronel Osband. Atacada a su vez en 5 de marzo de 1864 por numerosas tropas confederadas al mando de los generales Ross y Richardson, sostuvo un desesperado combate en el cual perdió ciento treinta hombres, sin poder evitar que el enemigo se apoderase de una parte de la ciudad, aunque no consiguió posesionarse del fuerte. Al poco tiempo se recibió una orden de Vicksburg disponiendo que los unionistas evacuasen la ciudad.

En todo el territorio de la parte sur del Tennessee tuvieron lugar durante este año varios reñidos encuentros entre separatistas y federales, y se llevaron a cabo numerosas expediciones tan pronto ventajosas para unos como para otros, pero una de las más notables fue la del general Forrest, que a la cabeza de cinco mil hombres, avanzó en 24 de marzo sobre Unión-City, donde empuñó un reñido combate con el coronel Hawkins, que guardaba la vía férrea de aquel punto, y hubo de rendirse después de oponer una vigorosa resistencia. Forrest ocupó luego a Hinckman sin el menor obstáculo, y al día siguiente se presentó delante de Paducah, reforzado con una división que acababa de llegar de Jackson. Defendían este punto seiscientos cincuenta y cinco federales que se retiraron al momento al fuerte Anderson, y merced al auxilio de tres o cuatro cañoneras que había en el río, pudieron rechazar dos asaltos de Forrest, que se retiró al fin dejando en el campo de batalla veinticinco hombres entre muertos y heridos. Sin desanimarse por esto, Forrest volvió al Tennessee a fin de reunir mas fuerzas, pero antes se presentó delante del fuerte Pillow, que se halla a cuarenta millas más allá de Memphis, y cuya guarnición constaba entonces de quinientos cincuenta y siete hombres, a las órdenes del mayor Booth y del mayor Bradford. Al amanecer del día 12 de abril, los separatistas atacaron el fuerte, y aun cuando los sitiados consiguieron al principio contenerlos con el auxilio de seis cañones, a eso de las nueve de la mañana fue muerto de

un balazo el mayor Booth, y los separatistas estrechaban a sus enemigos de tal modo, que temiendo el asalto de un momento a otro, el mayor Bradford adoptó sus disposiciones para rechazar aquel último ataque si era posible. En aquel momento el general Forrest envió un parlamentario con bandera blanca, intimando la rendición sin condiciones, y entonces Bradford mandó suspender el fuego y pidió se le concediera una hora de término para consultar con sus oficiales, a lo cual contestó el jefe separatista que sólo otorgaría veinte minutos, y que pasados estos daría el asalto sin más aviso.

Mientras se llevaban a cabo estas negociaciones, Forrest había hecho avanzar a todas sus tropas hasta situarlas muy cerca del fuerte en posiciones convenientes para lanzarse al asalto a la primera señal, y apenas se hubo alejado el segundo parlamentario, acometieron resueltamente las obras defensivas, en las cuales penetraron sin gran dificultad. Entonces, y a los gritos de: «¡No haya cuartel! ¡Muerte a los negros!» comenzó una espantosa carnicería, en la que unos trescientos hombres, que habían dejado ya sus armas, fueron sacrificados despiadadamente. Los soldados, furiosos, sedientos de sangre, y olvidando por un momento la disciplina, invadieron hasta el hospital y degollaron a los negros en sus mismas camas; las enfermeras negras fueron sacrificadas con sus hijos, y ni aun la noche puso fin a la carnicería, pues al día siguiente volvió a empezar ésta, siendo entonces las víctimas cuantos estaban heridos. Sólo escaparon de esta matanza dos oficiales y unos cien hombres, algunos de los cuales se ahogaron al atravesar el río: el mayor Bradford, que había caído prisionero, fue fusilado poco después de haber salido del fuerte. Forrest hizo cuanto le fue posible para contener a sus soldados e impedir que se cometiesen tales atrocidades, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues parecía que aquellos estaban dominados por una locura frenética, y sus jefes no consiguieron hacerles entrar en razón hasta que hubieron saciado su sed de sangre.

Cuando circuló la noticia de la matanza del fuerte Pillow y se refirieron detalladamente los pormenores, horrorizáronse las poblaciones del Norte, y en algunas partes se creyó que era una exageración lo que se contaba, mas habiéndose instruido un informe, probóse el hecho hasta la evidencia. Forrest, que no podía negarlo, alegó como única justificación, que sus soldados se enfurecieron de tal modo al ver a los negros con las armas en la mano, tratando de oponerles resistencia, que no había sido posible a los oficiales evitar la sangrienta matanza del fuerte Pillow. Hasta se dice que algunos negros fueron enterrados vivos, pero esto no se debe achacar a barbarie, pues lo cierto es que muchos de aquellos se fingieron muertos para salvar su vida, y después de sufrir dolores atroces sin quejarse, dejáronse arrojar en la fosa como verdaderos cadáveres, sin dar a conocer que existían hasta que empezaba a sofocarles la tierra que les echaron encima.

Después de la toma del fuerte Pillow el general Forrest se retiró al Mississippi, sin que entonces se le persiguiera con empeño, porque los federales no contaban con suficiente caballería, pero en 30 de abril el general Sturgis marchó hacia Bolivar con intención de atacar al jefe separatista, lo cual no consiguió porque éste había cruzado ya el río Wolf y no era fácil darle alcance. Algunas semanas después, reforzados los federales con la mayor parte del cuerpo de ejército de Smith, que había regresado ya de su poco afortunada campaña en Río Colorado, volvieron a Memphis en persecución de Forrest con orden de avanzar hasta encontrarle, a fin de impedir que se uniera con el general Johnston.

A pesar de que el general Sturgis había dado repetidas pruebas de su ineptitud, confiósese de nuevo el mando de la expedición, que constaba de nueve mil infantes, la artillería necesaria y tres mil jinetes, mandados por el general Grierson. Sturgis cruzó con su ejército por el Tennessee occidental y el norte del Mississippi sin encontrar mucha resistencia, pero al llegar a Guntown, en 10 de junio, cerca de la vía férrea de Mobile, los federales divisaron a la caballería de Forrest, que retirándose precipitadamente, fue a reunirse con la infantería, la cual ocupaba una fuerte posición en una cadena de colinas. Sturgis expidió entonces una orden disponiendo que adelantase la infantería que se hallaba a cinco o seis millas de distancia, y cuando hubo llegado, sin tener en cuenta que los soldados estaban rendidos, no sólo por su precipitada marcha, sino por el calor sofocante que hacía, mandó que avanzaran contra la posición enemiga, sin tomar precaución de ninguna especie. Como

si esto no fuera bastante, los doscientos vagones donde iban los bagajes del ejército ocupaban a poco todo el camino, de tal modo, que no sólo fue esto un entorpecimiento para los movimientos de las tropas, sino que se les cortaba la única retirada posible.

Era de suponer que atacando a los separatistas en su fuerte posición, sin concertar antes el plan de batalla, sin formar convenientemente las tropas y sin tomar, en fin, ninguna de esas precauciones indispensables en semejantes casos, sería funesto para los federales el resultado de la lucha, y en efecto, poco después era derrotado el ejército, y comenzó a dispersarse la infantería en el mayor desorden, dejando en poder del enemigo todo el tren de campaña y una gran cantidad de víveres y municiones. El coronel Winslow cubrió la retirada con su caballería del mejor modo posible, mas como el enemigo perseguía de cerca a los fugitivos unionistas, éstos hicieron frente antes de cruzar el Ripley, y habiéndose trabado un reñido combate, se consiguió tener en jaque al enemigo, aunque a costa de numerosas pérdidas. Desde aquel momento la persecución dejó de ser tan activa como al principio, y aquí es de advertir que el general Sturgis no tomó medida alguna para reorganizar sus tropas ni hizo nada para reparar tan sensible desastre. En aquel combate dejaron los unionistas en poder del enemigo tres o cuatro mil prisioneros, y entre los muertos contábanse los coroneles Humphrey y Mc Keag, ambos oficiales muy distinguidos.

A los pocos días de haber sufrido el ejército federal la funesta derrota cuyos pormenores acabamos de referir, organizóse otra expedición de doce mil hombres con objeto de tomar la revancha y combatir el mal efecto que había causado aquel desastre, encargándose del mando el general Smith. El día 7 de julio se pusieron en marcha los federales en dirección a Tupelo, donde los separatistas habían concentrado sus fuerzas, compuestas de unos catorce mil hombres, según se aseguró por algunos oficiales, y acto continuo se empeñó una obstinada acción en la que unos y otros se batieron desesperadamente, pero la victoria se dedicó al fin en favor de los unionistas, que desalojaron a sus adversarios de la posición que ocupaban. Las pérdidas por una y otra parte fueron de bastante consideración. El general Smith no creyó prudente seguir avanzando y por lo tanto se retiró por el pronto a las cercanías de Memphis: en 4 de agosto, se puso en marcha de nuevo con diez mil hombres, e hizo una correría por Holly Springs, mas no encontró enemigos que combatir, pues se aseguraba que Forrest se hallaba prestando sus servicios lejos de aquel punto y no había que pensar en buscarle por entonces. Sin embargo, esto no era cierto, y tanto es así, que mientras Smith buscaba por el Mississippi al atrevido guerrillero, éste, seguido de tres mil jinetes, se dirigía a Memphis, y en la madrugada del 21 de agosto atacó dicho punto con objeto de apoderarse de los generales Hurlbut, Washburne y Buckland, los cuales, según el informe de los espías, se hallaban allí. Forrest no pudo coger a dichos jefes, pero en cambio hizo prisioneros a varios oficiales del estado mayor y unos trescientos individuos de tropa, sin que le fuera posible tomar la prisión de Irving, donde estaban encerrados muchos separatistas, ni tampoco el fuerte, pues sólo estuvo en la ciudad dos horas, durante las cuales cometió infinitos destrozos. En un breve combate que empeñó al salir de la plaza, tuvo unas doscientas bajas, y en resumen, puede decirse que la expedición de Forrest no dio grandes resultados, lo cual no es de extrañar si se atiende a que el general Hurlbut contaba al menos con seis mil hombres, repartidos dentro y fuera de la plaza.

En el Tennessee Oriental, los guerrilleros separatistas llevaron a cabo muchas otras expediciones con más o menos fortuna, pero como las más de ellas no fueron de gran importancia, sólo hablaremos aquí de la última que hizo Morgan, la cual le costó la vida. Este atrevido jefe, que hacia tiempo se ocupaba en organizar una expedición, acababa de reunir unos dos mil quinientos hombres, y evitando cuidadosamente un encuentro con el general Burbridge, que se hallaba en el departamento de Kentucky con fuerzas numerosas, se puso en marcha seguido de su gente. Después de tocar en Paintville, Owingsville, Flemingsburg y otros puntos, apoderóse de Mount Sterling, París, Cynthiana y Williamstown, quemando trenes, cortando vías férreas y haciendo, en fin, toda clase de destrozos sin encontrar apenas resistencia. El hecho más notable de esta expedición fue la captura del general Hobson, con mil seiscientos unionistas bien armados, los cuales cayeron en una emboscada dispuesta por el coronel Giltner, uno de los ayudantes de Morgan, que sólo llevaba

consigo trescientos hombres. Dícese que los federales apenas tenían municiones, y por esta razón no tuvieron otro remedio sino entregarse.

El general Burbridge, que iba en persecución de Morgan, consiguió alcanzarle al fin en Mount Sterling después de recorrer a marchas forzadas noventa millas, pero el mismo día de llegar los federales, es decir, el 9 de junio, el guerrillero Morgan abandonó dicho punto, y después de mandar parte de su fuerza a Lexington, quemó el depósito de la vía férrea y se dirigió precipitadamente a Franckfort y Georgetown, corriéndose luego hasta Cynthiana, donde quemó varios edificios. Muy cerca ya de esta población, Burbridge alcanzó a los expedicionarios, y les atacó el día 12 mientras estaban almorzando. Las bajas que sufrieron los separatistas en el combate que se siguió fueron muy considerables; trescientos hombres quedaron fuera de combate y cuatrocientos prisioneros, habiéndose apoderado además los federales de mil caballos y muchos efectos de campaña; el general Hobson fue rescatado con los demás oficiales que cayeron prisioneros en Memphis, y todo esto se hizo sin que los unionistas perdieran más de ciento cincuenta hombres.

Morgan huyó a la Virginia Occidental con el resto de su gente, que por cierto no era ya de temer, mas apenas acabó de organizar su tropa, con la cual ocupó a Greenville, cuando fue sorprendido en 3 de septiembre por el general Gillem, y perdió la vida en el desesperado combate que se empeñó. El general Burbridge se había detenido algunas semanas en Kentucky a fin de reorganizar sus fuerzas, y reunidas todas las tropas, se dirigió hacia Saltville, cerca de Abengdon, donde le salió al encuentro un numeroso destacamento de separatistas que le obligó a retroceder, causándole una pérdida de trescientos cincuenta hombres. Burbridge emprendió la retirada por la noche, abandonando sus heridos a fin de evitar una segunda derrota. Dos semanas después, el general Breckenridge sorprendió también a Gillem durante la noche, y le derrotó completamente, cogiéndole una batería, todo el tren de campaña y muchas armas pequeñas. Los federales perdieron doscientos veinte hombres y dejaron a sus enemigos enteramente dueños de la situación.

Después de esta expedición no hubo ninguna otra de importancia por entonces, y por lo tanto terminaremos aquí este capítulo para ocuparnos en el siguiente de la batalla de Atlanta.

23. LA CAMPAÑA DE ATLANTA. LA GUERRA EN EL OCÉANO (1864)

Fuerzas respectivas de los ejércitos de Sherman y Johnston. Hooker toma a Resaca. Davis se apodera de Roma. Combates en New-Hope, Church y en Dallas. Muerte del general Polk. Sherman asalta a Kenesaw y es rechazado con una pérdida de tres mil hombres. El paso de Chattahoochee. El general Hood reemplaza a Johnston. Rousseau derrota a Clinton. Hood ataca a los federales y es rechazado. Desgraciada expedición de Stoneman. Hood ataca de nuevo a los federales y es batido por Howard y Logan. Expedición de Kilpatrick. Howard derrota a Hardee en Jonesboro. Sherman entra en Atlanta. Los habitantes reciben orden de abandonar la ciudad. Expediciones de Pillow a Lafayette. Jefferson Davis en Macon. El general Hood hostiliza a Sherman. El ataque de Allatoona. El general Thomas se encarga de la defensa del Tennessee. Sherman se dirige al Sur. La escuadra de los confederados. Sus torpedos. Corsarios. El Sumter, el Alabama y el Florida. Apresamiento del Chesapeake. El Capitán Collins se apodera del Florida. El gobernador Seward. Combate del Kearsarge y el Alabama. Farragut delante de Mobile. Bombardeo del fuerte Morgan. Combate naval. Voladura del fuerte Powell. Rendición del fuerte Gaines y del fuerte Morgan.

A instancias del teniente general Grant, el general William Sherman le sucedió en el mando del departamento militar del Mississippi, que comprendía los de Ohio, Cumberland, Tennessee y Arkansas. Cuando Sherman recibió la orden, que fue el 14 de marzo, hallábase en Memphis, e inmediatamente se trasladó a Nashville, donde encontró a Grant, el cual iba a ponerse en camino para Washington a fin de dirigir con más acierto las operaciones militares, y especialmente las de Virginia. Por el camino, Grant y Sherman discutieron largamente acerca del plan de campaña que debía adoptarse al operar contra Richmond y Atlanta, y desde luego se convino que los puntos de partida fuesen el Rapidan y el Tennessee, y que se procediera con la mayor actividad a fin de que los ejércitos enemigos no pudieran prestarse mutuamente auxilio. Cuando Sherman recibió sus últimas instrucciones, es decir, en 30 de abril de 1864, acordóse que la campaña empezaría en el mes de mayo siguiente, y en su consecuencia el jefe unionista dispuso que todo el ejército, compuesto de cien mil hombres de todas armas y doscientas cincuenta y cuatro piezas de artillería, abandonase desde luego sus cuarteles de invierno de Chattanooga. El ejército federal era superior al del enemigo en todo menos en la caballería, pues este último sólo contaba con cincuenta mil hombres, repartidos en tres cuerpos a las órdenes de Hardee, Hood y Polk. Sherman recibía de vez en cuando refuerzos, de manera que siempre conservaba el mismo efectivo, pero según iba luego avanzando por Georgia, la necesidad de conservar las comunicaciones, redujo en mucho el contingente de sus tropas.

El país que se encuentra entre Chattanooga y el Atlanta es muy distinto del que se halla entre Washington y Richmond: todo él está cubierto de escabrosas montañas, profundos barrancos, inmensos bosques seculares en los cuales hay sitios que acaso no ha hollado nunca la planta del hombre, estrechos desfiladeros y numerosas corrientes que atraviesan algunos caminos irregulares, cortados a veces por caudalosos ríos, y en derredor de todo esto se eleva una inmensa cadena de montañas que da a todo aquel país un aspecto a la vez salvaje y pintoresco. Por aquellos sitios corre el Chattahoochee, y a ocho millas de distancia de este río se encuentra la importante ciudad de Atlanta, punto de donde parten diversas vías férreas y que cuenta con una población de veinte mil habitantes. Esta ciudad, donde hay numerosas fábricas, todas ellas de mucha importancia, había sido fortificada por los confederados en 1863.

Al romperse las hostilidades en 1864, el ejército separatista ocupaba una fuerte posición en Dalton, cerca de un desfiladero conocido con el nombre de Buzzard's Roost, y un poco mas allá tenían otras líneas de defensa que los federales no podían tomar por el pronto porque estaban perfectamente fortificadas. Sherman no creyó oportuno atacar de frente las posiciones y los desfiladeros de Buzzard's Roost, protegidos por fuertes trincheras, y pareciéndole que sería mucho mejor franquear al enemigo por su izquierda, encargó al general Mc Pherson que marchara con algunas fuerzas por Ship's y Villanow y se apoderara, si era posible, de Resaca, punto que dista diez y ocho millas de Dalton, mientras que el general Schofield hostilizaría a Johnston por su flanco derecho. Mc Pherson se puso en marcha inmediatamente y llegó a Resaca sin encontrar resistencia, mas no pudo apoderarse de la plaza, y como no era prudente permanecer en aquel sitio teniendo tan cerca al ejército de Johnston, fue a tomar posición junto a- un desfiladero que se hallaba allí cerca, donde podía hacer frente al enemigo hasta que llegaran refuerzos. Sherman, entre tanto, después de haber encargado a Howard que con su cuerpo de ejército y alguna caballería atacase a Dalton de frente, marchó a reunirse con Schofield, y esto obligó a Johnston a evacuar su primera posición y a replegarse hacia Resaca. El general Kilpatrick, que avanzaba sobre este punto, persiguiendo de cerca a la caballería confederada, fue herido gravemente de un balazo cuando ya iba a dar alcance a sus enemigos. Sherman había creído que le sería fácil hostilizar a Johnston en su retirada, pero no le fue posible, porque este jefe era dueño del mejor camino mientras los federales avanzaban con sumo trabajo.

Cuando Sherman llegó frente a Resaca, lo primero que hizo fue disponer que se echase un puente sobre el río, y el 14 de mayo comenzó la acción, que se continuo al día siguiente: siendo el resultado de ella que Hooker desalojara a los separatistas de todas las colinas dominantes, obligándoles a dejar sus posiciones. En la noche del 15 al 16, se replegaron más hacia al Sur después de quemar el puente del camino de hierro, y mientras se retiraban por el Oostenaula, el ejército federal entraba en Resaca triunfante. Sherman, que no quería dejar descansar un momento al enemigo, dispuso que todo el ejército se lanzase en su persecución, y el 17 por la tarde la vanguardia federal alcanzó a la retaguardia enemiga, mandada por el general Hardee, en los alrededores de Adairsville, pero los separatistas sólo opusieron una ligera resistencia y continuaron retirándose hacia Kingston. Llegados a Cassville ocuparon una fuerte posición, aparentemente con el objeto de empeñar una batalla decisiva, mas esta vez como la anterior se retiraron a favor de la oscuridad de la noche, cuidando de quemar antes todos los puentes, después de lo cual fueron a fortificarse en Allatoona, donde el terreno era muy montañoso, y en cuyo punto se habían propuesto probablemente los separatistas oponer a sus contrarios una enérgica resistencia.

Reconociendo Sherman que sus tropas estaban muy fatigadas, dispuso que descansaran dos días, durante los cuales se practicaron varios reconocimientos: el general Thomas recibió orden de avanzar hacia Roma, donde se hallaba el general Davis; Mc Pherson fue a tomar posición algo más lejos, y Schofield siguió a este último jefe para apoyar su movimiento. Johnston comprendió bien pronto cual era el plan de su enemigo, y sin perder tiempo, adoptó sus disposiciones para desbaratarlo. El general Thomas, que marchaba sobre Dallas, encontró al llegar a Pumpkinvine un fuerte destacamento de la caballería confederada que trató de cerrarle el paso, aunque inútilmente, pues una sola carga de los federales bastó para rechazar a sus enemigos, pero Hooker, que mandaba la vanguardia, los encontró formados en línea de batalla un poco más lejos, y esta vez se trabó una furiosa acción que no fue sin embargo decisiva por una ni otra parte. Entre tanto el general Hood había ocupado una posición muy fuerte en New-Hope Church y allí rechazó dos ataques de Hooker en los días 25 y 26 de mayo; el 27 concentróse el ejército federal delante de este último punto, como si tuviera intención de atacarle, pero Sherman hizo desfilar a todas sus tropas para ir a ocupar la vía férrea de Ackworth, que se halla a poca distancia de los desfiladeros de Allatoona.

Cuando empezaba a practicarse este movimiento, el general Hood, que vigilaba atentamente, atacó a su vez el día 28 al cuerpo de ejército de Mc Pherson, que se hallaba hacia la parte de Dallas, mas por fortuna, este jefe había cuidado de fortificarse perfectamente, y gracias a esto, no sólo se

resistió, sino que obligó a su enemigo a retirarse apresuradamente. El resto del ejército, que había suspendido su movimiento, lo continuo al día siguiente; la caballería avanzó a fin de apoderarse de todas las avenidas de Allatoona, y el 6 de junio, el grueso del ejército ocupaba ya la vía férrea después de haberse concentrado en los alrededores de Ackworth. Los separatistas se retiraron hacia Kenesaw y poco después ocupaban una posición imponente en Lost Mountains. El general Sherman, que durante aquella campaña de quince días tuvo tiempo de observar con qué lentitud se movía su ejército de un punto a otro y cuánto trabajo costaba conducir los bagajes y los trenes, dio orden para que se reparase inmediatamente la vía férrea y transformó los desfiladeros de Allatoona en un nuevo centro de operaciones, donde se construyeron varias obras de defensa, dejando además una guarnición suficiente. Para reemplazar en el ejército activo los destacamentos que se veía precisado a escalonar en diversos puntos, Sherman hizo venir todas las tropas disponibles que había en su departamento, y ya el 9 de junio se reunieron con él en Ackworth dos divisiones del general Blair.

El día 10 Sherman se puso de nuevo en marcha y el 11 hallábase ya delante de las líneas enemigas, formadas con parapetos y reductos que se corrían en una extensión de dos millas poco mas o menos. Los separatistas habían elegido admirablemente su posición, cuyo único defecto era ocupar demasiado espacio; en las alturas veíanse numerosos vigías, que podían observar todos los movimientos de los federales; Johnston había situado a su derecha el cuerpo de ejército de Hood, que cubría el camino de Marietta, en el centro a Polk, y a la izquierda a Hardee, cuyas tropas se apoyaban en Lost Mountains. El general Sherman formó el 12 a sus tropas en orden de batalla con intención de atacar de una vez, sin detenerse a flanquear la posición enemiga, y como la línea de Johnston le parecía demasiado extensa, había resuelto cortarla por su centro, acometiendo a los separatistas por la parte donde se eleva la montaña de Kenesaw. Al efecto dispuso que se practicasen varios reconocimientos y que se rompiese el fuego con la artillería, lo cual dio lugar a que ocurriesen algunas escaramuzas de poca importancia, pero antes de trabarse formalmente la batalla, los separatistas sufrieron una sensible pérdida. El general Polk, obispo protestante de Louisiana, que mandaba uno de los cuerpos del ejército confederado, se hallaba conversando con los generales Johnston y Hardee dentro de las líneas, poco después, de romperse el fuego, cuando habiéndoles divisado el general unionista Thomson, mandó que les disparasen dos tiros, visto lo cual por los tres jefes citados, retiráronse a un sitio más seguro. Polk, sin embargo, que estaba impaciente y deseaba presenciar más de cerca las operaciones, volvió al mismo lugar donde se hallaba antes, y poco después una bala de cañón le hizo completamente pedazos. El día 15 avanzaron los federales sobre el centro del enemigo, que se retiró, casi sin combate, de sus primeras posiciones para concentrarse en las que tenía más allá, pero Sherman le siguió de cerca, sin que bastara a detenerle la incesante lluvia que entorpecía a veces el movimiento de las tropas.

El día 22 de junio se trabó una encarnizada refriega entre los cuerpos de ejército de Hooker y Hood, y el 26 dio el general Sherman la orden de acometer al día siguiente las líneas confederadas por dos puntos a la vez, es decir, por la parte Sur de Kenesaw y por el frente de la posición que ocupaba Mc Pherson. Esta vez tuvo lugar el asalto formalmente, pero las dos columnas federales fueron rechazadas con pérdidas enormes, reconociéndose por esto que la posición era casi inexpugnable. Esta primera tentativa costó a los unionistas tres mil hombres entre muertos y heridos, figurando entre los primeros los generales Harker y Mc Cook, y entre los segundos el coronel Rice y otros oficiales distinguidos de elevada graduación; los separatistas, protegidos por sus obras defensivas, solo tuvieron cuatrocientas cuarenta y dos bajas. Para justificar su ataque, decía Sherman en su informe lo siguiente:

«Después de estudiar el terreno comprendí que no me quedaba más alternativa sino asaltar de frente o flanquear la posición del enemigo. Todo ofrecía sus dificultades y peligros, pero observando que mis adversarios y hasta los mismo oficiales de mi ejército estaban en la persuasión de que yo no acometería de frente las líneas fortificadas, y reconociendo además que un ejército valeroso no se debe limitar a una sola clase de ataque, me pareció conveniente, aun cuando no fuera

más que por el efecto moral, atacar al enemigo por el centro de sus líneas... Hemos sido rechazados y yo acepto toda la responsabilidad, pues conozco que el ataque ha producido buenos frutos, porque no sólo he demostrado al general Johnston que teníamos suficiente valor para acometerle como él no esperaba, sino que nos hemos acercado tanto a los parapetos del enemigo, que ni un solo soldado podía asomar la cabeza sin grave riesgo de su vida.»

Lejos de desanimarse Sherman por el sangriento descalabro que acababa de sufrir, no se detuvo más que el tiempo necesario para recoger los heridos y enterrar los muertos, y después de ordenar que la caballería de Garrard ocupase la posición de Mc Pherson, frente a Kenesaw, se puso en marcha el 2 de julio con dirección al Chattahoochee. Esta maniobra se hizo instantáneamente aun cuando se empezó a ejecutar al anochecer, y como Johnston evacuase poco después sus posiciones de Kenesaw, el ejército de Sherman llegó a Marietta, picando la retaguardia al enemigo. El jefe unionista había activado la persecución, esperando sorprender a Johnston cuando cruzara el Chattahoochee, y destruir así la mitad de su ejército, pero los confederados tenían también una posición muy fuerte en aquel punto y cubrieron perfectamente el paso del río. Sherman se detuvo entonces para reconocer la posición, y a la mañana siguiente comenzó a tirotearse con el enemigo. Como el Chattahoochee era en aquel sitio bastante profundo, y sólo vadeable por uno o dos puntos, el general Schofield recibió orden de cruzar por Power's Ferry, y pudo sorprender el destacamento que allí había, cogiéndole un cañón. Hecho esto, se fortificó perfectamente y mandó que se echaran pontones sobre el río, mientras Howard hacía lo mismo dos millas más allá; entonces todo el ejército, que durante este tiempo había hecho demostraciones sobre la derecha, se replegó sobre la izquierda para pasar el río, y el día 9 comenzó a cruzar el ejército por tres puntos a la vez. Al saber esto Johnston, evacuó sus obras defensivas de la orilla derecha, quemó sus puentes y se replegó con el grueso de sus fuerzas en las líneas exteriores de Atlanta.

Terminado felizmente su último movimiento, Sherman concedió a sus tropas el descanso que tanto necesitaban, y antes de proseguir las operaciones, recibió la noticia de haber sido reemplazado Johnston por el general Hood.

Parece ser que la última campaña de Johnston no había llenado las esperanzas del Gobierno de Richmond, que tachó a dicho jefe de obrar con demasiada prudencia, sin duda porque no había batido a Sherman con un ejército que no excedía en mucho a la mitad del de su enemigo. Esta fue seguramente una medida muy desacertada, a la par que injusta, pues Johnston había dado pruebas de poseer conocimientos muy superiores como comandante en jefe, y no puede negarse que obró con sumo acierto al defender palmo a palmo el terreno contra un ejército una mitad más numeroso que el suyo. Johnston acababa de llegar a su base de operaciones, donde podría librar la batalla con más ventaja que en el Tennessee, y se le debiera haber dejado terminar su plan antes de juzgarle sin apelación y de proceder contra él tan sumariamente. Pollard dice que había perdido diez mil hombres entre muertos y heridos y cuatro mil setecientos por otras causas, lo cual venía a ser una cuarta parte de su ejército, y que no habiéndose dado ninguna gran batalla, suponía esto, cuando menos, tratándose sólo de una campaña defensiva que duraba dos meses, tanta actividad como celo. A pesar de todo, se le relevó del mando, y Hood se encargó del ejército, que constaba entonces de un efectivo de cuarenta y un mil infantes, inclusa la artillería y diez mil caballos, lo cual formaba un total de cincuenta y un mil hombres, es decir, el mismo efectivo poco más o menos que tenía Johnston en Dalton.

En 22 de julio fue a incorporarse a Sherman el general Rousseau con dos mil jinetes, y al día siguiente se emprendieron de nuevo las operaciones. El general separatista Hood, que deseaba a toda costa justificar su reputación de energía e intrepidez personal, había resuelto desde luego tomar la ofensiva, y el primer resultado de esta determinación fue un sangriento combate que tuvo lugar el día 20 y en el cual los cuerpos de ejército de Hooker y Howard fueron atacados de improviso por los separatistas, pero no sin sostener una encarnizada lucha a que puso fin la oscuridad de la noche. Los federales perdieron en la pelea mil quinientos hombres y los confederados algunos menos. Al día siguiente se dedicó Sherman a reconocer la posición que ocupaba el enemigo en las alturas de

Peachtree, mas al observar que sus defensores se iban retirando de ella, dedújose que los confederados tenían intención de evacuar a Atlanta, y entonces los unionistas avanzaron hasta hallarse a dos millas de la ciudad, donde se vieron detenidos por una impotente línea de fortificaciones, con sus reductos, trincheras, parapetos y todo aquello que se conoce en el arte de la guerra. El ejército federal estrechó entonces sus posiciones aproximándose todo lo posible a la plaza, mientras una parte de las tropas coronaba todas las alturas; el general Thomas se encargó del ala der cha, Mc Pherson de la izquierda y Schofield del centro, y la retaguardia se extendió hacia Decatur.

A eso de las doce del día 22 de julio, y cuando se estaba acabando de colocar una batería, el general Hood atacó de improviso con numerosas fuerzas la extrema izquierda de los federales, mas apenas se hubo roto el fuego, Mc Pherson se dirigió inmediatamente hacia el punto donde parecían ser más cerradas las descargas, seguido de sus tropas y una parte de la reserva. Llegado al sitio en que acababa de empeñarse la lucha, el intrépido Mc Pherson cayó herido de tres balazos que le atravesaron el pecho, dejándole sin vida en el acto. Su muerte fue llorada por todo el ejército del Norte, pues aquel pundonoroso oficial, que sólo contaba treinta y siete años de edad, parecía destinado, por su profundo talento y grandes disposiciones, así como por su noble carácter, a ocupar un puesto de los más distinguidos. El general Logan le reemplazó interinamente, avanzó resueltamente con todas sus tropas y bien pronto se generalizó la batalla. Sherman dispuso que Thomas y Schofield se corriesen hacia la izquierda; el cuerpo de ejército de Polk, mandado por Stewart, que atacaba vigorosamente a los batallones de Mc Pherson, fue rechazado a su vez, y lo mismo le sucedió al general Hardee, que acometiendo de flanco y de frente, acababa de apoderarse de algunas posiciones importantes y de tres baterías, no sin dejar el campo de batalla sembrado de muertos y heridos. Así pues, los federales consiguieron rechazar el ataque, pero a costa de mucha sangre, pues tuvieron tres mil ochocientas bajas, sin contar la dolorosa pérdida que acababan de sufrir con la muerte del general Mc Pherson. Los separatistas dejaron en el campo unos mil hombres entre muertos y heridos.

El ejército federal, sin embargo, no se desanimó por este descalabro, y muy lejos de esto, se reforzó moralmente, pues acababa de probar, que aun estando lejos de su centro de operaciones, podía librar grandes batallas con bastantes probabilidades de alcanzar la victoria. A pesar de esto, Sherman no juzgó conveniente renovar el ataque contra imponentes líneas atrincheradas cuando podía emplear otros medios para alcanzar el triunfo, y como que para tomar las obras defensivas de Atlanta hubiera sido necesario abrir desde luego paralelas y dar sangrientos asaltos, resolvió, antes de llegar a este extremo, cercar del mejor modo posible la posición enemiga para cortar las comunicaciones.

Mientras que Sherman adoptaba varias disposiciones para llevar a cabo su plan, una numerosa fuerza confederada sorprendió en el camino de Decatur a todo un regimiento unionista, cogiéndole dos cañones, y avanzando luego hacia la vía férrea, obligó a retroceder desordenadamente a la brigada Lightburn. Empero, Sherman no estaba lejos, y conociendo cuán importante era rechazar aquel nuevo ataque, mandó que se rompiera el fuego con algunas baterías de Schofield, y que Logan marchase a reconquistar a toda costa el terreno perdido, mientras que el general Wood iría con su división a recobrar los cañones de que se acababan de apoderar los confederados. Todas estas órdenes se ejecutaron puntualmente, y el éxito coronó los esfuerzos de los unionistas, que alcanzaron un nuevo triunfo, obligando a sus contrarios a que volviesen a sus trincheras. En esta obstinada lucha perdieron los federales unos tres mil setecientos veintidós hombres, de los cuales lo menos mil quedaron prisioneros; el general Sherman calcula que Hood tuvo unas ocho mil bajas, y entre sus muertos figuraba el general Walker, de Georgia.

Hood no parecía dispuesto a renovar la lucha inmediatamente, y por lo tanto Sherman se ocupó en hacer varios preparativos para emprender un nuevo movimiento por la derecha, pero como no quería que su gente permaneciera ociosa, dispuso que parte de la caballería emprendiese una expedición con objeto de cortar las vías férreas cerca de las cuales se hallaba la retaguardia de

Hood. En su consecuencia, se acordó que Stoneman marchara con su división y las de Garrard, compuestas de unos cinco mil hombres, en dirección a Mc Donough, dando la vuelta por Atlanta, en tanto que el general Mc Cook iría con sus tropas, en número de cuatro mil infantes, hacia Fayetteville, debiendo luego reunirse con Stoneman en un punto dado, cerca de Lovejoy. Estos movimientos combinados rara vez salen bien, y mucho menos cuando los jefes que los dirigen son de segunda o tercera clase.

El general Mc Cook marchó por la orilla Oeste del Chattahoochee en dirección a Rivertown, cruzó con pontones el río, destruyó en parte la vía férrea de West Point, cerca de la estación de Palmetto, y avanzando luego hacia Fayetteville, donde capturó quinientos vagones de Hood, cogiendo doscientos cincuenta prisioneros, dirigióse a Lovejoy, en cuyo punto se hallaba el día prefijado. No obstante, como Stoneman no llegaba ni se sabía nada acerca de él, el general Mc Cook marchó por el sureste a Newman, en cuyo punto le salieron al encuentro numerosas fuerzas de infantería que venían del Mississippi para socorrer a Atlanta, y esto sin contar que la caballería confederada le iba persiguiendo de cerca hacia algún tiempo. En tan crítica situación, Mc Cook no tuvo más remedio que aceptar el combate contra fuerzas muy superiores en número, y a duras penas pudo salir del conflicto dejando en poder de sus contrarios todos los prisioneros que había hecho y perdiendo quinientos hombres entre muertos y heridos, incluso el coronel Harrison, que se contaba entre los últimos.

El general Stoneman fue menos afortunado, pues no habiendo encontrado a Mc Cook dividió sus fuerzas, enviando al general Garrard a Flat-Rock a fin de cubrir su movimiento sobre Mc Donough, y marchó en distinta dirección con el resto de las tropas. Su objeto era despejar el camino de Macon, apoderarse de esta ciudad, avanzar luego hacia Andersonville, donde se hallaban prisioneros muchos soldados federales que sufrían crueles privaciones, ponerlos en libertad, armarlos convenientemente y volver luego a sus líneas por el camino que pareciese más seguro. El proyecto era atrevido, y estaba muy bien ideado, mas para ponerlo en ejecución se hubiera necesitado un Sheridan en vez de un Stoneman, y si Sherman había consentido en que se intentara este movimiento, fue en la inteligencia de que los dos cuerpos de ejército se concentrarían en Lovejoy, pero sin esta condición, acometer tan atrevida empresa no pasaba de ser una locura.

El general Stoneman no tuvo sin duda en cuenta todo esto, y firme en su propósito, dirigióse a Convigton cortando las vías y destruyendo los puentes que encontraba a su paso, sin intentar siquiera conservarse en la misma línea que Mc Cook para reunirse con él en Lovejoy. Cuando al fin avistó a Macon, no llevaba consigo sino tres mil hombres, y habiéndole salido al encuentro una fuerza separatista, reunida prontamente por Iverson, ni siquiera pudo cruzar el río, lo cual le hizo abandonar su idea de marchar sobre Andersonville, con tanto más motivo cuanto que Iverson le perseguía de cerca. Al verse en semejante apuro, Stoneman creyó que para salir de él sería lo mejor dividir sus fuerzas una vez más, y en su consecuencia, las tres brigadas de que disponía trataron de escapar separadamente. La que iba mandada por el coronel Adam, llegó a sus líneas y se reunió con Sherman sin sufrir apenas pérdidas; la que estaba a las órdenes del coronel Capron, atacada en medio del camino, se vio sorprendida por el enemigo y hubo de dispersarse; y por último, la brigada de Stoneman, la única que intentó oponer alguna resistencia, se rindió a sus perseguidores, capitaneados por Iverson. Es muy curioso y digno de tener en cuenta que la brigada unionista constaba de mil hombres, mientras el jefe confederado sólo tenía quinientos, pero Iverson se valió de un ardid de guerra, y con tal destreza aparentó que disponía de numerosas fuerzas, que los federales se entregaron sin vacilar. Dícese que Stoneman lloró cuando supo cómo le habían engañado, pero seguramente que sus lágrimas no podían compensar la pérdida de una tercera parte de la caballería de Sherman, debida principalmente a la incapacidad del jefe y a su desobediencia.

En 27 de julio y por orden del Presidente encargóse del mando del ejército del Tennessee el general Howard, en reemplazo de Hooker, quien creyéndose humillado con semejante medida, presentó su dimisión, que fue aceptada. Algún tiempo después el general Davis reemplazó a Palmer en el mando de su cuerpo de ejército, y el general Stanley ocupó la plaza de Howard.

El ejército del Tennessee se puso en movimiento en la noche del 26 al 27 de julio, y empezó a correrse desde la izquierda a la derecha con objeto de flanquear a Hood, después de cortar todas las vías férreas que había junto a su retaguardia. Aunque el jefe separatista lo observó todo bien pronto, llevóse a cabo el movimiento sin oposición, y los federales habían construido ya fuertes parapetos cuando Hood atacó el ala izquierda de sus enemigos con desesperado arrojo. Evidentemente, tratábase de coger a Howard desprevenido, y con este fin los batallones separatistas cargaron en masa por la parte oeste de Atlanta sobre el cuerpo de ejército de Logan, que se había situado en una cadena de colinas, pero Howard se hallaba a poca distancia dispuesto a entrar en acción con sus tropas, y también Sherman vigilaba atentamente los movimientos del enemigo. Después de un breve cañoneo, la infantería de Hood, al mando de Hardee y Lee, fue rechazada hacia el punto donde se hallaba apostado Howard, que la recibió con un vivísimo fuego, y aunque se rehízo una y otra vez, y volvió de nuevo a la carga, esto solo dio por resultado que se diezmaran sus filas, viéndose al fin en la precisión de huir a la desbandada. Cuando los oficiales vieron que no podían conseguir ya que sus hombres continuaran la lucha para dejarse matar tan inútilmente, dieron la orden de retirada, después de dejar seiscientos cuarenta y dos muertos en el campo de batalla. Sherman, que sólo tuvo seiscientas bajas, asegura que Hood no contó menos de cinco mil, si bien este jefe sólo admite una pérdida de mil quinientos hombres.

Con esta última refriega no debieron seguramente quedarle muchas ganas a Hood de repetir con tanta frecuencia sus ataques, pues ya no intentó ninguno, aunque la artillería rayada de los federales comenzó a cañonear la ciudad de Atlanta por diversos puntos a la vez, causando grandes destrozos. Mientras que los cañones hacían su obra, Sherman extendía rápidamente su ala derecha con auxilio de los cuerpos de ejército de Schofield y de Palmer, y así pudo prolongar su línea atrincherada hasta cerca de East Point, desde donde érale fácil dominar las vías férreas por las cuales podía recibir socorros Atlanta. El general Hood, que vigilaba atentamente las operaciones, extendió la línea de sus obras de defensa, pero este jefe, de carácter tenaz e impaciente, no podía limitarse a una vigorosa defensiva, y así es que después de haber fatigado a la mitad de su infantería en inútiles ataques y repetidas cargas que sólo le ocasionaron pérdidas, destacó a Wheeler con su caballería, previniéndole se acercara lo posible a la retaguardia de los federales para destruir a toda costa la vía férrea por donde Sherman podía recibir sus víveres y municiones. El jefe unionista había dado ya sus órdenes para el ataque general, cuando supo que un numeroso cuerpo de caballería confederada, mandado por Wheeler, se había aproximado a su retaguardia y acababa de capturar varios trenes, cortando la vía férrea por la parte de Calhoun. Esto parecía una razón para acelerar la ofensiva, toda vez que Hood se hallaba privado de una parte de sus fuerzas, pero Sherman no lo creyó así, pues dio inmediatamente una contraorden y dispuso que el 18 de agosto marchase Kilpatrick con cinco mil jinetes, resto de la caballería federal, para destruir el camino de hierro por la parte de Fairbur, cuya operación debería repetir en el camino de Macon, evitando en lo posible empeñar un combate formal con el enemigo.

El general Kilpatrick salió en la noche del 18 al 19 de su campamento de Sandtown, inutilizó una parte de la vía férrea de Macon por Johnesborough, derrotó a una escasa tropa de caballería al mando de Ross, y cometió otros desperfectos, pero a poco le salió al encuentro una respetable fuerza de separatistas, y retrocedió en cumplimiento de las órdenes recibidas. Entonces dirigióse hacia el este: dio un rodeo y llegó hasta la vía férrea de Lovejoy, mas el enemigo estaba ya allí, y sin detenerse un momento, cargóle resueltamente con su caballería, hizo setenta prisioneros, cogió una batería y volvió a su campamento el día 22. Aunque esta expedición no producía ningún resultado ventajoso para las operaciones generales, habíase cortado por el pronto la comunicación al enemigo, pero como éste podría reparar los desperfectos en diez días, Sherman opinó que sería lo mejor abandonar por entonces el sitio, y así lo hizo en efecto, enviando desde luego a los enfermos y heridos a su posición atrincherada del Chattahoochee, guardada entonces por el general Slocum. Allí tenían los federales numerosas obras de fortificación levantadas poco a poco, y que ocupaban una extensión de unas diez millas. Dada la orden, todas las tropas se pusieron en marcha en la noche

del 25 de agosto. Mientras que el ejército de Ohio permanecía de frente, formando una especie de cortina, las demás tropas fueron desfilando poco a poco, y el 27 por la noche, ya estaban dispuestos para reunirse los tres cuerpos de ejército; el del Tennessee se hallaba hacia la parte de Fairburn, en el camino de hierro de West Point; el de Cumberland en el centro, hacia Red Oak, y el de Ohio cerca de East Point. El día 28 se empleó en concentrar mejor las masas hacia el centro y en destruir una gran parte de la vía de West Point, y todo esto se hizo sin que Hood opusiera una formal resistencia, a pesar de que aquella era la mejor ocasión de utilizar con probabilidades de éxito la reconocida bravura a que debía el puesto que ocupaba.

El jefe separatista, a quien importaba sobre todo conservar sus comunicaciones, acababa de dividir su ejército, enviando la mitad, a las órdenes de Hardee, a Jonesborough, pues era preciso dejar en Atlanta fuerzas suficientes para defender la ciudad, y así se comprende que los confederados no atacasen a los unionistas al practicar su último movimiento. En la madrugada del 31 de agosto, divisó Howard, que había estado batiéndose todo el día anterior, una numerosa fuerza enemiga, pero protegido por sus obras de defensa, permaneció a la expectativa, y poco después era atacado vigorosamente por las tropas del general Hardee, quien calculaba que podría arrollar a su enemigo sin darle tiempo a recibir refuerzos. Howard, no obstante, ocupaba una buena posición, sus soldados se batieron con la mayor serenidad, y después de dos horas de carnicería, los separatistas se retiraron dejando en el campo de batalla cuatrocientos muertos y trescientos heridos. Sherman apreció las pérdidas de Hardee en dos mil quinientos hombres, y las suyas en quinientos.

El jefe unionista se hallaba con el general Thomas en Couch, ocupado en cometer algunos desperfectos, cuando el estampido de los cañones llamó su atención y le indujo a destacar a Thomas y a Schofield en aquella dirección, dejando a la caballería de Garrard cerca de Atlanta, mientras Kilpatrick se dirigía por la orilla Oeste del Flint para cortar el camino de hierro por más abajo de Jonesborough. El cuerpo de ejército de Davis se aproximó luego al de Howard para ponerse en comunicación con las tropas de Kilpatrick, y efectuado este movimiento, y hechos todos los preparativos necesarios, Davis atacó las líneas enemigas que defendían a Jonesborough, de las cuales se apoderó al poco tiempo, cogiendo prisionero al general Govan con la mayor parte de su brigada y dos baterías de cuatro cañones. Inmediatamente se dio orden de avanzar a los generales Stanley y Schofield, pero los caminos estaban tan malos, que estos jefes no pudieron entrar en acción al llegar, y a la mañana siguiente, 1 de septiembre, ya se había retirado Hardee con todas sus tropas. En las primeras horas, sin embargo, oyéronse ruidosas detonaciones hacia el norte, que muy frecuentes al principio, iban disminuyendo poco a poco, y esto indicó a Sherman que ocurría alguna cosa por la parte de Atlanta. Creyóse al pronto que Slocum habría atacado al enemigo, pero esto no era probable, porque no había orden ninguna para hacerlo y luego se supuso que el general Hood, convencido ya de que no le sería posible seguir oponiendo más resistencia, quemaba sus almacenes y depósitos para retirarse precipitadamente. Si era esto lo que sucedía, no se necesitaba mandar por lo pronto ningún refuerzo, y en su consecuencia ordenó Sherman que se persiguiese sin tregua a la derrotada columna de Hardee. Éste se hallaba atrincherado poco después cerca de Lovejoy con sus dos alas apoyadas en Walnut Creek y en el Flint, y como su posición era muy fuerte, Sherman mandó que se practicasen algunos reconocimientos, pues el ataque no era cosa urgente. Cuando las tropas se ocupaban en esto, se supo que el general Hood había volado sus polvorines, almacenes y depósitos, abandonando la ciudad de Atlanta: el cuerpo de ejército de Stewart se retiraba hacia Mc Donough, y la milicia seguía la dirección de Covington. Esta noticia se confirmó el día 4 por un correo de Slocum, que había penetrado en la ciudad, sin oposición alguna, poco después de la salida de Hood.

El primer objeto de la campaña se había alcanzado ya; el ejército federal se puso inmediatamente en marcha, y en la noche del 5 al 7 acabó de concentrarse con el mejor orden en los alrededores de Atlanta. La ciudad se había conquistado a muy poca costa, y no sólo era muy importante su adquisición, sino que se había inferido a los separatistas una pérdida de que difícilmente podrían recobrarse, pues ascendía a una cantidad enorme el valor de los efectos

destruidos. Es de extrañar, sin embargo, que Sherman tuviera tan pocos prisioneros cuando ocupó la ciudad y sus alrededores con sus setenta mil veteranos: si hubiera sabido en qué estado se hallaba el ejército de Hood, no le habría sido muy difícil acabar de destruirle o apoderarse de él.

A la toma de Atlanta no siguieron inmediatamente las operaciones activas, pues el mes de septiembre se empleó en reorganizar las tropas y en hacer diversos preparativos, siendo una de las primeras medidas establecer las líneas de comunicación. Al mismo tiempo se levantaron nuevas obras de defensa, convirtiendo la ciudad de Atlanta en un gran puesto militar, y por una orden, fechada el 4 de septiembre, por medio de la cual quería prevenirse Sherman contra los ataques hostiles de los habitantes y mantener al mismo tiempo la más estricta disciplina, dispuso que evacuaran la ciudad todos los que no fueran militares o dependientes del ejército unionista, excepto los negros, que previo el juramento de fidelidad, serían admitidos a tomar parte en los trabajos. Preveníase asimismo que todo paisano a quien se encontrara en la plaza después de la publicación de la orden, sería entregado al preboste para que le ocupara en las obras o le hiciera ingresar en el ejército.

Esta medida severa, pero indispensable en aquella región para el mejor éxito de las operaciones militares, dio lugar a numerosas reclamaciones y protestas, tanto por parte de las autoridades de la ciudad como del general Hood, quien alegó que aquella era una violación de las leyes de la humanidad y una medida sin ejemplo en la lúgubre historia de la guerra. Esto originó una ruidosa polémica que llamó la atención general, y para dar una idea exacta de ella al lector, parécenos lo más oportuno reproducir aquí los dos documentos siguientes: el primero, que era una carta fechada el 11 de septiembre y suscrita por las principales autoridades de la ciudad, decía así:

«Señor: los infrascritos, Presidente y miembros del Consejo de la ciudad de Atlanta, únicas autoridades legales en estos momentos, tienen el honor de dirigiros la presente para rogaros con el mayor respeto, que os dignéis derogar la orden por la cual se les previene que abandonen esta ciudad.

»A primera vista era evidente que semejante medida nos causaría grandes pérdidas, mas al llegar el momento de la ejecución, hemos podido convencernos de que sus consecuencias iban a ser funestas y causarían terribles padecimientos.

»Muchas pobres mujeres se hallan encinta; otras tienen hijos de corta edad; los maridos de una gran parte de ellas están sirviendo en el ejército, y mientras unas dicen: ¿qué haré con mi niño enfermo? ¿quién velará sobre nosotros cuando estemos lejos? ¿qué hemos de hacer? ¿dónde iremos, sin amigos y sin hogar para refugiarnos? otras se lamentan alegando que carecen de recursos y que arrancarlas de la ciudad equivale a sumirlas en la más espantosa miseria. Os damos cuenta de estos hechos para demostraros lo difícil que es la aplicación de esa medida. Cuando vuestro ejército avanzaba sobre Atlanta, muchas poblaciones se replegaron en esta ciudad y desde aquí se extendieron más hacia el sur, de modo que todas las cercanías están ya llenas de gente y no hay bastantes casas para albergar a tantos habitantes. Se nos ha dicho que muchos se han visto obligados a buscar un refugio en las iglesias y otros edificios semejantes, y en este caso, ¿cómo es posible que encuentren donde alojarse los que están aquí, sobre todo las mujeres con sus hijos? ¿Y cómo se ha de exponer a esas pobres madres a sufrir los rigores del invierno en medio de los bosques, sin abrigo, sin subsistencia y sin amparo?

»Esto no es más que una pálida imagen de las consecuencias de semejante medida: bien sabéis que los sufrimientos y los horrores no pueden expresarse por medio de palabras; la imaginación solo puede formarse una idea aproximada, y os rogamus por lo tanto que toméis en consideración nuestra demanda. Sabiendo que los deberes que os impone vuestro mando no os dejan apenas un momento libre, vacilábamos en molestar vuestra atención sobre este asunto, mas al reflexionar que acaso no hayáis meditado bien sobre este punto ni tenido en cuenta lo mucho que sufrirá esta población si se la exceptúa de las leyes de la humanidad, nos hemos atrevido a dirigiros la presente. Hasta ahora no se ha dado un caso semejante en los Estados de la Unión, y no sería

justo arrojar de sus hogares a esos seres inofensivos, que se verán en la dura precisión de implorar la caridad pública.

»No sabemos con exactitud cuál es el número de los habitantes de esta ciudad, pero estamos seguros que si se les permite permanecer donde se hallan, muchos de ellos podrán ir pasando sin auxilio alguno durante algunos meses, y no pocos cuentan con recursos suficientes para socorrer a sus hermanos.

»En este caso, señor, os rogamos encarecidamente que deroguéis vuestra orden o la modifiquéis de modo que sea permitido a estos habitantes permanecer en sus casas, sosteniéndose con sus propios medios.

»Somos con la mayor consideración SS. SS.

»James M. Calhoun.—E. E. Rawson.—L. C. Wells.»

El general Sherman contestó al día siguiente lo que sigue:

«Señores: he recibido vuestra carta del 11, en la cual me pedís la revocación de la orden por la cual se ordena a todos los habitantes que abandonen esta ciudad. He leído con la mayor atención vuestra misiva, y creo de buena fe todo lo que me decís acerca de las penalidades que impone esta medida a la población, pero no me es posible complaceros accediendo a vuestra súplica, pues esa orden, en la que comprenderéis se prescinde de la cuestión humanitaria, sólo tiene por objeto prepararme para luchas futuras en las cuales están comprometidos los intereses de millones de ciudadanos. Es preciso conseguir la paz no sólo en Atlanta, sino en toda América.

»Yo conozco el carácter vengativo de nuestros enemigos, y no se me oculta que podría prolongarse aun la lucha durante algunos años, pero precisamente por esto creo conveniente adoptar las medidas necesarias en tiempo oportuno. La ciudad de Atlanta, convertida en plaza de guerra, no puede seguir siendo lo que hasta aquí: esto sería incompatible, pues mientras dure este estado de cosas ya no habrá aquí ni industria, ni comercio, ni agricultura para atender a las necesidades de las familias, y más pronto o más tarde se verían en la dura precisión de emigrar, acosadas por la más espantosa miseria. ¿Por qué no se han de ir hoy, puesto que se han tomado todas las disposiciones necesarias para su traslación, y por qué esperar a que se rompa el fuego y se renueven las escenas del mes pasado?... No puedo discutir largamente con vosotros sobre este punto, pues para ello sería necesario daros cuenta de lo que voy a emprender, pero os aseguro firmemente que mis planes militares me ponen en el duro caso de intimar a los habitantes que abandonen la ciudad, y lo único que yo puedo hacer es ofreceros mis servicios a fin de que esta emigración se lleve a cabo de la manera más fácil y más cómoda.

»Seguramente no os inspirará la guerra más horror que a mí, pues yo la considero como una crueldad inaudita, como una lucha fratricida, y por eso mismo, los hombres que han sido causa de las calamidades que afligen al país, merecen que caigan sobre sus cabezas todas las maldiciones de un pueblo. En cuanto a mí, como no he dado lugar a semejante guerra, conozco que hago un sacrificio mucho mayor que vosotros para obtener una paz que es imposible conseguir mientras la nación permanezca dividida. Si los Estados Unidos aceptasen la separación, no creáis que aun se habría acabado esto; la obra de la desorganización continuaría hasta que nos viéramos reducidos al estado en que se halla México, es decir, a la guerra civil permanente... Aceptad la Unión, reconoced de nuevo la autoridad del Gobierno nacional, y en vez de emplear vuestras casas, vuestras calles y vuestros caminos para las terribles necesidades de la guerra, nos veréis convertidos en protectores, en amigos fieles que os ampararán en la hora del peligro, venga de donde viniere...

»Tanto os valdría protestar contra el rayo como apelar de las terribles necesidades de la guerra: algunas medidas son inevitables, y el único medio que les queda a los habitantes de Atlanta para obtener la paz y la tranquilidad, es poner un término a la lucha, reconociendo que comenzó por una iniquidad y se continúa por el orgullo. Nosotros no queremos ni vuestros negros, ni vuestros caballos, ni vuestras casas, ni vuestras tierras, ni nada, en fin, de lo que os pertenece; lo único que

deseamos es que obedezcáis las leyes de los Estados Unidos, y advertid que esto lo conseguiremos aun cuando para ello fuese necesario destruir todas vuestras propiedades.

»En virtud del contrato nacional, los Estados Unidos tenían en Georgia ciertos derechos a que no han renunciado ni renunciarán jamás: los Estados del Sur han comenzado la guerra apoderándose de los fuertes, de los arsenales, del metálico y de las aduanas mucho antes de la instalación de Mr. Lincoln, y esto sin que entonces hubiese ni la sombra de una provocación. Yo mismo he visto en el Missouri, en Kentucky, en Tennessee y en Mississippí miles de mujeres y de niños que huían delante de vuestros ejércitos, desesperadas, hambrientas y con los pies ensangrentados; en Memphis y en Vicksburg hemos dado alimentos a las familias de los soldados rebeldes que habíais dejado en nuestro poder y a quienes no podíamos ver sufrir, pero ahora que sois víctimas de la calamidad que aflige al país, maldecís los horrores de la guerra sin recordar que antes enviabais por el ferrocarril vuestros soldados y municiones, y vuestras balas y metralla, para destruir las moradas de miles de familias de honrados ciudadanos que sólo querían vivir en paz bajo el Gobierno legado por sus antecesores. De todos modos, estas consideraciones no son ya del caso: lo que yo ambiciono es la paz, y como creo que no se puede obtener sino restableciendo la Unión por medio de la guerra, combato con el único objeto de llegar cuanto antes a este resultado de una manera decisiva.

»Como quiera que sea, señores, cuando se obtenga la paz, podréis contar enteramente conmigo; entonces compartiré con vosotros hasta mi último pedazo de pan, y velaré sin descanso para defender vuestros hogares y vuestras familias contra el peligro. Ahora es preciso partir; llevaos a los ancianos y a los inválidos, cuidadles lo mejor posible; construid para ellos en un país más tranquilo habitaciones convenientes donde puedan guarecerse de la intemperie, y esperad allí hasta que, una vez calmadas las locas pasiones de los hombres, pueda restablecerse la unión y la paz y se os permita volver a ocupar vuestras antiguas moradas de Atlanta.»

Tan pronto como se hubieron hecho todos los preparativos para llevar a cabo la medida adoptada, Sherman lo puso en conocimiento del general Hood por medio de un parlamentario, proponiéndole con este objeto un armisticio de diez días, a contar desde el 12 de septiembre, para que los habitantes se trasladaran al país de Rough and Ready o a otro punto que les conviniese más. Hood protestó enérgicamente contra aquella medida que calificaba de inhumana, pero aceptada al fin la proposición, firmóse el armisticio, durante el cual todos los que quisieron ir al Sur, que fueron cuatrocientas cuarenta y seis familias, representando un total de dos mil treinta y cinco personas, se trasladaron gratis en vagones a Rough and Ready con todo su mobiliario y ropas, permitiéndose a cada familia que llevara un equipaje que no excediera de mil seiscientos cincuenta y una libras. Los que prefirieron ir al Norte fueron conducidos por el camino de hierro a Chattanooga, y es de advertir que todo este movimiento se hizo con el mayor orden, y que se tuvieron toda clase de consideraciones con los habitantes, como así consta del acta que se extendió, firmada por el mayor Clan, del estado mayor de Hood, y por el coronel Warner, oficial de la misma clase en el ejército de Sherman.

Los confederados fueron los primeros que rompieron las hostilidades a fines de septiembre; cuando Sherman se hallaba aun en la parte norte del Chattahoochee, una fuerza de caballería confederada, a las órdenes de Pillow, había atacado a Lafayette, punto defendido por el coronel Watkins con cuatrocientos hombres, y poco faltó para que se apoderara de él, mas la oportuna llegada del coronel Croxton obligó a los separatistas a retirarse después de dejar setenta prisioneros en poder de sus enemigos. Los muertos y heridos, por una y otra parte, ascendieron a unos cien. Mientras sucedía esto, el general Wheeler, seguido de la caballería confederada, se presentaba delante de Dalton, cuya rendición intimó, pero el coronel Leibold pudo defenderse hasta que llegó de Chattanooga el general Steedman, e hizo retroceder a los separatistas. Wheeler avanzó entonces por el Tennessee Oriental, y recorrió después varios puntos, en cada uno de los cuales destruyó muchas propiedades, cometiendo toda clase de desperfectos durante su larga excursión, pero sus operaciones no ejercieron mucha influencia en los resultados de la campaña.

Mientras Wheeler efectuaba su correría, el general Hardee se reunía con Hood cerca de Jonesboro, y su ejército se reforzó considerablemente al poco tiempo. Jefferson Davis, que acababa de salir de Richmond con dirección a Georgia, visitó a estos dos jefes en Palmetto, y en Macon pronunció un discurso, en 23 de septiembre, notable por la franqueza de su lenguaje, pues dijo, entre otras cosas claramente, que la pérdida de Atlanta era un rudo golpe, y que el porvenir de la Confederación era muy triste, por más que hubiese muchos que trabajaban con actividad en favor de la causa. El general Hood, que seguía aun en el mando, cruzó poco después el Chattahoochee, tomó la dirección de Dallas y se dirigió rápidamente con su caballería a Big Shanty, donde destruyó una parte del camino de hierro, cortando además los hilos del telégrafo. Entre tanto la división de infantería del general Frech, se presentaba en 5 de octubre delante de Allatoona, punto defendido entonces por cinco regimientos a las órdenes del coronel Tourtelotte y por el general Corse, que acababa de llegar con su brigada. Afortunadamente, Sherman a quien se había notificado que los separatistas acababan de cruzar el Chattahoochee, destacó al general Thomas para que fuese en busca del enemigo, y dejando a Slocum en Atlanta, se puso en marcha con el grueso de su ejército en dirección al Norte, de modo que cuando French caía sobre Allatoona, hallábanse los federales a diez y ocho millas de distancia. Cuando comenzó el fuego, Sherman pudo enviar inmediatamente un parte, previniendo a los defensores de Allatoona que no abandonaran la plaza de ningún modo.

Corse sólo contaba con mil novecientos cuarenta y cuatro hombres, mientras French disponía de numerosas fuerzas, y así es que al momento cercó completamente la plaza, e intimó la rendición después de dos horas de cañoneo. El jefe unionista se negó, como es de presumir, y acto continuo lanzáronse los confederados al asalto, tratando de escalar los parapetos, donde murieron muchísimos, diezmados por el fuego de los federales. Sin embargo, sucedíanse los asaltos cada vez con más furia y empeño, pero ya el general Cox estaba muy cerca de la playa con numerosos refuerzos, y Corse pudo sostenerse hasta que recibió auxilios, si bien perdió setecientos siete hombres, y él mismo quedó herido de un balazo cuando el enemigo desistió de su empeño. Al aproximarse Cox, emprendió French la retirada, dejando en el campo de batalla doscientos y un muertos, cuatrocientos once prisioneros y ochocientos fusiles, lo cual probaba cuán encarnizada había sido la lucha.

El general Hood, que se había propuesto hostilizar a Sherman hasta que saliese de Georgia, se dirigió poco después rápidamente hacia el noroeste, obligando a dicho jefe a emprender una marcha forzada de treinta y ocho millas para salvar a Kingston. En este último punto supo que el general Hood, después de aparentar que marchaba a Roma, acababa de cruzar el Coosa, y entonces Sherman destacó a la división Cox y a la caballería de Garrard a fin de que, vadeando el Oostenaula, hostilizaran al enemigo por su flanco cuando avanzase hacia el Norte. Mientras se practicaba este movimiento, presentóse Hood delante de Resaca e intimó su rendición, pero Sherman había reforzado la plaza con dos regimientos, y merced a esta circunstancia, pudo el coronel Weaver rechazar a los separatistas. Sherman no acertaba a explicarse por qué malgastaba su tiempo en correrías el segundo ejército de la Confederación, pero resuelto a obligarle a que aceptara una batalla formal, destacó al general Howard para que escaramuceara con el enemigo y le entretuviese, mientras que Stanley iría con su cuerpo de ejército a Villanow con objeto de atacar su retaguardia. Hood, no obstante, tenía otros planes, y por esto sin duda no encontró Howard quien le opusiera resistencia en su marcha, pudiendo así llegar a su destino antes que Stanley. Los unionistas se dirigieron entonces hacia Lafayette con la intención de sorprender la retaguardia enemiga, pero Hood empezaba a ser más prudente, y como llevaba consigo pocos bagajes, podía marchar con doble rapidez que sus perseguidores, por cuya razón evitó fácilmente un encuentro con Sherman, y bien pronto estuvo fuera de su alcance. Al cabo de una semana comprendió el jefe unionista que la intención de Hood había sido hacerle salir de Georgia, y también supo que éste acababa de cruzar por Sand Mountain, evidentemente con la intención de dirigirse al Tennessee, pero Sherman no quiso perseguir a un adversario que rehusaba la lucha, a quien no era fácil alcanzar y que podría muy bien entretenerle inútilmente por espacio de varios meses. Sherman, pues, dispuso que Stanley

y Schofield marcharan a Chattanooga, y reservó para las operaciones en Georgia una sola división a las órdenes de Kilpatrick. Al general Thomas se le encomendó la defensa del Tennessee con plenos poderes para disponer de sus fuerzas como lo creyese más conveniente, y poco después se ordenó a Smith que fuera a reunirse con dicho jefe. Esta medida se adoptó principalmente porque, contando Hood con un ejército de treinta y cinco mil infantes y diez mil caballos, podía intentar un atrevido golpe de mano, pues evidentemente era su intención invadir aquel territorio, pero el jefe separatista sabía muy bien que Thomas disponía de suficientes fuerzas para defenderse, y por lo tanto aplazó su proyecto limitándose a simular un ataque contra Decatur, después de lo cual atravesó el Tuscumbia para dirigirse a Florencia. Sherman por su parte reunió todos los destacamentos que defendían las vías férreas, envió una parte de ellos a Chattanooga para reforzar la guarnición de Tennessee, y con los demás volvió a Atlanta a fin de ocuparse en los preparativos de la gran campaña que se iba a empezar bien pronto, y que tanto debía contribuir a poner término a la desastrosa guerra que afligía a la nación.

Las importantes operaciones de Grant en Virginia y de Sherman en Georgia, debían completarse, según el plan general de la campaña de 1864, con una nueva tentativa contra Mobile o Charleston, y esta empresa se confió al almirante Farragut y al general Canby, jefe de las fuerzas de tierra. Antes de referir, sin embargo, cuáles fueron las operaciones navales durante aquella campaña, convendrá apuntar aquí ciertos detalles de todo punto necesarios para continuar ordenadamente la narración de los acontecimientos.

Ya recordará el lector que el Gobierno de la Confederación había resuelto armar en corso el mayor número de buques posible con objeto de hacer una encarnizada guerra por mar a la marina mercante de los Estados Unidos: el *Sumter* fue uno de los primeros corsarios del Sur que se hizo célebre por sus atrevidas empresas, y si bien es cierto que muchos de aquellos cayeron muy pronto en poder de los federales, no lo es menos que perjudicaron gravemente al comercio, sembrando el terror en los mares cuando se llegaron a conocer sus proezas, algunas de las cuales rayaban en lo maravilloso y abundaban en los interesantes episodios descritos en las novelas de Cooper. Es de advertir que los buques de los separatistas eran acogidos favorablemente en los puertos de Inglaterra y Francia, sobre todo en los de esta última nación, y que muchos de ellos eran de construcción inglesa, sin tener de confederados más que el pabellón y el capitán, hecho que excitó en los Estados Unidos una grande animosidad contra la Gran Bretaña, y un sentimiento de odio que, no extinguido aun, podía dar lugar más pronto o más tarde a graves complicaciones internacionales. Al *Sumter*, apresado por los federales poco después de su aparición, había sustituido el crucero *Oreto*, que construido en los astilleros de Birkenhead, pudo hacerse al mar a pesar de las enérgicas protestas del embajador de los Estados Unidos en Londres, y este buque, que cambió luego su nombre por el de Florida, comenzó a poco a recorrer el Océano en unión del *Alabama*, capitán Semmes, del que ya tienen conocimiento nuestros lectores. Estos dos corsarios, que tenían orden de destruir y echar a pique todos los buques donde flotase el pabellón de los Estados Unidos, desempeñaron su misión fielmente, pero cuidaban siempre de apropiarse todos los efectos de valor que encontraban a bordo, y como tenían la costumbre de navegar con pabellón británico y no izar el suyo propio hasta ver segura la presa, no pasaba día sin que los federales tuvieran que lamentar un desastre más. Como si esto no fuera bastante, apelábase a otro medio que consistía en hacer firmar a los oficiales una obligación con garantía para el pago de cierta suma, mediante la cual se dejaría el buque en libertad, y de este modo el vapor *Ariel*, que se dirigía desde Nueva York a Aspinwall con los pasajeros de California, fue apresado y puesto en libertad después que el capitán se hubo comprometido a satisfacer una suma de doscientos cincuenta mil dólares pagaderos al fin de la guerra.

El número de los buques mercantes capturados y destruidos por los corsarios del Sur iba aumentándose rápidamente, y el valor de los cargamentos ascendía ya a muchos millones de dólares, pero no se reducía a todo esto el mal, pues el comercio se paralizó completamente y además ocasionaba un gasto inmenso tener continuamente empleados los buques de guerra para que recorrieran los mares en busca de los cruceros, cuyos jefes, hombres muy prácticos, sabían eludir

los encuentros burlando la vigilancia de sus perseguidores. Este es el sistema que por espacio de muchos años se empleó contra la Unión, con grave perjuicio del país y de todos aquellos que se dedicaban al comercio o tenían en él sus intereses.

Durante 1864 aumentóse el número de los corsarios confederados con otros tres llamados el *Tallahassee*, el *Olustee* y el *Chickamauga*, los cuales, como es de suponer, hicieron cuanto les fue posible para adquirir nombradía. Calculábase que en la primera parte del año habían apresado ya los separatistas ciento noventa y tres buques, cuyos cargamentos se evaluaban en trece millones cuatrocientos cincuenta y cinco mil dólares, siendo de advertir que de estos buques se quemaron todos menos diez y siete. El *Tallahassee* recorrió en agosto la costa del Atlántico y destruyó treinta y tres buques mientras el *Chickamauga* pegaba fuego a otros varios, tasados en quinientos mil dólares; la *Florida* recorrió también las costas de la Unión, cometiendo muchos destrozos, y en 5 de octubre penetró en Bahía, puerto del norte del Brasil, después de haber quemado la barca *Mondamon*. Hallábase allí la corbeta de guerra de los Estados Unidos, *Wachusett*, capitán Collins, quien comenzó a vigilar atentamente al corsario, mientras que el cónsul de la Unión pedía a las autoridades brasileñas que intimaran a la *Florida* la salida del puerto, pero el gobernador de Bahía no sólo rehusó acceder a semejante demanda, sino que, observando que en el *Wachusett* se hacían los preparativos de combate, exigió a su vez al cónsul la promesa de que el buque federal respetaría el puerto absteniéndose de provocar allí la lucha. Así se convino bajo palabra, y para mayor precaución, la *Florida* ancló junto a las baterías de dos buques de guerra brasileños. El capitán Morris, comandante del buque separatista, se creyó ya en perfecta seguridad, y por lo tanto permitió a los hombres de la tripulación que saltaran en tierra, y él mismo lo hizo con algunos de sus oficiales, mas en la noche del 6 al 7 de octubre, varios botes armados del *Wachusett*, rodearon a la *Florida* y saltaron sobre el puente, donde se empeñó un reñido combate; el buque federal, que se había acercado entre tanto, disparó entonces casi a boca de jarro un cañonazo que tronchó el mástil de mesana de la *Florida*, y de este modo el corsario quedó apresado con la mitad de su tripulación, incluso ocho oficiales.

Al tener conocimiento las autoridades brasileñas de aquella escandalosa infracción de las leyes de la neutralidad, mandaron a su flotilla hacer los preparativos de combate, y el contraalmirante del puerto intimó al capitán Collins que volviera a su anclaje si no quería ser echado a pique. Collins prometió obedecer, pero bajo diversos pretextos halló medio de retardar la ejecución de la orden, impidiendo primeramente al oficial brasileño que le llevaba la intimación, el subir a bordo, y entre tanto hizo amarrar la *Florida* al *Wachusett* con una larga cadena, de modo que cuando se puso en marcha para volver, según se creyó, a su anclaje, el crucero separatista iba remolcado por el buque federal. La escuadra brasileña rompió entonces el fuego, al que tuvo al menos la cortesía de no contestar el capitán Collins, aun cuando el *Wachusett* recibió ocho balazos, y contentándose con dar todo el fuego a la máquina para redoblar la celeridad de la marcha, se puso bien pronto fuera del alcance de los buques brasileños que empezaban a darle caza.

Diremos aquí de paso que si bien con este hecho alcanzó mucha popularidad el capitán Collins, el Gobierno de Mr. Lincoln no podía menos de condenarlo, e impuso el castigo que merecía: el cónsul Mr. Wilson fue destituido y el capitán hubo de presentarse ante un consejo de guerra para dar cuenta de su conducta. Además de esto, y antes de que el Gobierno de Río Janeiro tuviese tiempo de presentar sus quejas, resolvió el Presidente que el crucero la *Florida* fuese restituido con toda su tripulación a las autoridades de Bahía. Esta orden no se pudo cumplimentar sino en parte, pues hallándose el buque en el puerto de Hampton, sobrevino un accidente imprevisto y se fue a pique.

La *Georgia*, buque construido en los astilleros de Glasgow, y que había salido de Greenock en abril de 1863, armándose luego en uno de los puertos de Francia, era otro de los corsarios que había puesto en campaña la Confederación. Después de destruir un gran número de buques mercantes, la *Georgia* tocó en Cherburgo, luego en Burdeos, y por último hizo rumbo hacia Inglaterra, donde fue vendido el buque, según se dijo, a un comerciante de Liverpool, por la suma de quince mil libras.

Poco después, la *Georgia* se hizo a la vela para Lisboa, pero a veinte millas de este puerto viose detenida por la fragata unionista *Niágara*, capitán Craven, el cual apresó el buque, lo condujo directamente a Inglaterra y desembarcó a su capitán y tripulación en Dover. Este hecho suscitó una polémica entre los periódicos, mas parece que la cuestión de derecho no se discutió oficialmente ni se volvió a decir nada tampoco sobre el asunto.

Llegados a este punto de nuestra narración, no podemos menos de hablar aquí de otro triunfo alcanzado por la Unión dos meses antes de obtener una gran victoria en Mobile, y por lo tanto vamos a dar cuenta del combate que tuvo lugar entre la corbeta federal *Kearsarge* y el famoso corsario confederado *Alabama*.

Ya hemos dicho que este buque, mandado por el capitán Semmes, había sembrado el terror en los mares frecuentados por la marina federal, manifestando también cuántos esfuerzos tenía que hacer el Gobierno de los Estados Unidos para proteger su comercio y dar caza a los cruceros a fin de evitar en lo posible las depredaciones que continuamente cometían. Después de una feliz correría por el Atlántico, el *Alabama* había ido a refugiarse al puerto de Cherburgo, y noticioso de esto el capitán del *Kearsarge*, que se hallaba en el puerto de Flushing, se hizo a la vela inmediatamente para buscar a su enemigo. Parece ser que el capitán Winslow, que mandaba al buque federal, ardiendo en deseos de venir a las manos de una vez, provocó desde luego al capitán Semmes, proponiéndole que saliese del puerto para batirse en alta mar, y como era tanta la reputación de valor alcanzada por el capitán del célebre crucero, y consideraba esto como una cuestión de honor, contestó al cartel de desafío manifestando que era su intención empeñar el combate antes de perder de vista el puerto.

Ambos buques estaban muy bien armados: sus dimensiones eran poco más o menos iguales, y por lo que hace a su armamento, el *Kearsarge* tenía siete cañones de gran alcance y el *Alabama* ocho, uno de los cuales era de ciento, otro de sesenta y ocho, y seis de a treinta y dos, todos rayados; la tripulación del buque federal constaba de ciento sesenta y dos hombres, incluso los oficiales, y la del crucero de ciento cincuenta, por manera que las fuerzas de ambos venían a ser las mismas, pero el *Alabama* estaba muy cargado de carbón, de modo que sus flancos sobresalían muy poco sobre la superficie del agua. El *Kearsarge*, en cambio, tenía cubierto su casco con todas las cadenas de anclaje.

Hechos los preparativos, el capitán Semmes, después de haber depositado en sitio seguro la caja de los fondos, salió del puerto el 19 de junio, escoltado por la fragata imperial la *Corona*, cuyo capitán debía impedir que la lucha empezara en las aguas de la jurisdicción francesa, y con este buque iba también el yacht inglés *Deerhound*, que se reservaba desempeñar en el combate un papel más importante que el de mero espectador. A siete millas de distancia del puerto, hallábase esperando el *Kearsarge*, y mucho antes de estar a tiro, el *Alabama* rompió el fuego disparándole tres andanadas. El capitán Winslow, no obstante, quería a toda costa abordar a su enemigo, pero este lo evitaba siempre, describiendo rápidos círculos y haciendo fuego al pasar cerca del buque contrario, que si bien se movía con más lentitud, en cambio sus artilleros apuntaban con más precisión. Al cabo de una hora de cañoneo, el *Kearsarge* había conseguido estrechar mucho las distancias, y entonces comenzó a disparar con metralla sobre su adversario, que recibió en un momento once balazos, uno de los cuales desmontó un cañón, hiriendo a diez y ocho hombres, mientras otro proyectil, penetrando por debajo de la línea de flotación, destrozó completamente la máquina de tal modo, que fue preciso recurrir inmediatamente a los botes, pues el *Alabama* se vio bien pronto acribillado a balazos y se notó que empezaba a hacer agua. Prolongar la resistencia por más tiempo no era ya posible, y en su consecuencia el capitán Semmes dio orden de arriar la bandera confederada e izar el pabellón blanco, mientras que los hombres de la tripulación se salvaban a nado o en las embarcaciones. El comandante del *Kearsarge*, que había mandado suspender el fuego, dispuso también que se echaran los botes al mar para recoger a los prisioneros y tomar posesión del buque abandonado, pero entre tanto el yacht inglés, que se había acercado insensiblemente al lugar del combate, recogió a muchos nadadores y se alejó a todo vapor en

dirección a la costa inglesa, siendo de advertir que las reclamaciones del capitán Winslow y de las autoridades americanas para que se restituyeran los prisioneros sustraídos de este modo, no fueron atendidas. En este reñido combate naval, el *Alabama* disparó trescientos setenta cañonazos, y ciento setenta el *Kearsarge*, mas este último sufrió averías de consideración que le obligaron a entrar en Cherburgo para repararlas.

En el parte redactado por el capitán Semmes, dando cuenta del combate, leíase en un párrafo lo siguiente:

«Aun cuando nos hallábamos sólo a una distancia de cuatrocientas varas uno de otro, el enemigo me hizo fuego cinco veces consecutivas después de haber arriado el pabellón, pero no sería caritativo suponer que el buque de guerra de una nación cristiana ha obrado así intencionadamente.»

Por su parte el capitán Winslow se expresaba en estos términos:

«Cuando vi que el *Alabama* no podía resistir por más tiempo, di orden de disparar algunas andanadas a fin de arriase el pabellón, pues no pude divisar en el momento si lo había hecho ya, pero cuando observé que se acababa de izar la bandera blanca, mandé que cesara el fuego, si bien fue preciso romperlo poco después, porque el *Alabama* nos disparó dos cañonazos. A poco vi que echaba al mar sus botes, y vino un oficial a decirme que el buque se rendía y que se iba a pique, como así sucedió en efecto a los veinte minutos. Entonces todos pudimos observar que el crucero iba desapareciendo lentamente entre las olas; su palo mayor, tronchado de un balazo durante el combate, acabó de romperse, y a poco sólo se veía una parte de la proa sobre la superficie del agua.»

En la tripulación del *Alabama* se contaron nueve muertos y veintiún heridos, pero dos de estos se ahogaron antes de que se les pudiera prestar auxilio. En el *Kearsarge* sólo había tres de los segundos, aunque uno de ellos mortalmente¹⁰².

La victoria del buque federal se debió, no sólo a la superioridad de sus piezas, que eran de más alcance, sino también a la certera puntería de los artilleros. En cuanto a lo que se ha dicho de que el *Kearsarge* era blindado, esto no es cierto, y según ya hemos dicho, lo único que hizo su capitán fue resguardar algún tanto los costados del buque, cubriéndolos con todas las cadenas de anclaje, principalmente con el objeto de proteger la maquinaria, y es de advertir que dos balazos del *Alabama* bastaron para que las cadenas cayesen al agua. De la tripulación de este buque fueron recogidos sesenta y cinco hombres por el *Kearsarge*, los cuales se consideraron como prisioneros de guerra, pero el capitán Semmes, con sus oficiales y algunos hombres más, saltaron a bordo del *Lancaster*, buque inglés que se había acercado al lugar del combate, así como otros lo habían hecho en el *Deerhound*, y según ya hemos indicado, cuando las autoridades federales exigieron la entrega, no fue atendida su reclamación.

Desde el principio de la guerra hasta el año 1864, el Gobierno federal había mandado construir más de doscientos buques y comprado unos cuatrocientos; el personal de la marina, que no constaba en 1861 sino de siete mil seiscientos hombres, habíase elevado a cincuenta y un mil quinientos, y el número de obreros en los arsenales, que dos años antes no pasaba de tres mil ochocientos cuarenta y cuatro, ascendía entonces a diez y seis mil ochocientos ochenta. Merced a este prodigioso aumento de las fuerzas navales, y gracias al buen éxito de las operaciones combinadas en Charleston, Savannah, el Mississippi, las costas de la Florida y Río Grande, los

102 William Gowin, de Michigan, fue un héroe que mereció bien de la patria: el cirujano Browne dice, que herido al principio de la acción por un casco de metralla que le destrozó la pierna desde el pie hasta la rodilla, Gowin rehusó que le curasen, y ocultando lo mejor posible su herida, se mantuvo firme en su puesto sin consentir que ninguno ocupara su lugar. Durante el combate animó a sus compañeros asegurándoles que alcanzarían la victoria. Cuando la tripulación lanzó un grito de triunfo, también se oyó la voz de Gowin, y al presentarse al fin el cirujano para examinar su espantosa herida, exclamó sonriéndose, aun cuando sufría horriblemente: «Ya estoy satisfecho porque la victoria es nuestra, y no me importa perder la vida.» Trasladado al hospital, repitió una y otra vez estas mismas palabras y se mostró resignado y tranquilo cuando supo que se acercaba la hora de su muerte. William Gowin merece que su país le dedique un monumento.

puertos confederados sufrían un continuo bloqueo, de tal modo que en la primavera de 1864 los cruceros separatistas no tenían para refugiarse sino dos, que eran el de Wilmington y el de Mobile, donde contaban con fuertes formidables, los cuales no era fácil tomar sin grandes preparativos. Además de esto, los separatistas tenían aun a su disposición algunos buques muy buenos, contruidos en Inglaterra, y que dirigían experimentados pilotos. Destruir este último baluarte de la rebelión debía ser naturalmente el primer objeto que se propusiera el Gobierno, y por lo tanto se resolvió comenzar por Mobile, cuya descripción haremos aquí.

La ciudad de Mobile, segundo puerto del golfo, está situada en el fondo de una vasta bahía muy profunda, que cuenta veinte millas de longitud por la parte del mar, del que está separada por la isla Dauphine y otros islotes de menor importancia; el canal principal se halla al extremo de la casi isla del Buen Socorro, conocida también con el nombre de Punta de Mobile, donde se eleva el fuerte Morgan, así como en la isla Dauphine se encuentra el fuerte Gaines, sólida obra defensiva del género de las de Charleston. Otro canal, situado más al oeste, está dominado por el fuerte Powell, y todas estas obras, incluso dos baterías, contaban con un total de doscientos cañones, además de la flotilla de guerra, que no era de despreciar. Esta se componía del monitor acorazado el *Tennessee*, armado de dos grandes cañones de siete pulgadas de diámetro, con otros cuatro de seis, y de tres cañoneras también blindadas, que eran: el *Gaines*, el *Morgan* y la *Selma*, cada una de las cuales tenía cuatro piezas; el contra-almirante Buchanan, antiguo comandante del *Merrimac*, que había sido nombrado jefe de la flotilla, montaba el *Tennessee*, buque que, según se decía, debía eclipsar a todos los demás monstruos acorazados que hacía tiempo surcaban los mares. Además de sus seis enormes cañones tenía un sólido espolón, y merced a esta peligrosa arma y a su fuerza excepcional de vapor, el *Tennessee* podía considerarse como un enemigo terrible, tanto más cuanto que para defenderse podía virar de bordo con suma rapidez, gracias a su fuerte y bien construido timón. Por lo que hace a su blindaje, componíase de planchas de madera de dos o tres pies de espesor, recubiertas de placas de hierro de dos pulgadas, sólidamente ajustadas entre sí, y por último, diremos que sus cañones podían lanzar proyectiles de noventa y cinco y hasta de ciento diez libras. Además de esto, toda la bahía estaba literalmente sembrada de torpedos.

La escuadra que tenía a su disposición el almirante Farragut se componía de cuatro buques blindados y otros catorce sin blindar, cuyos nombres son los siguientes:

<i>Nombre de los buques</i>	<i>Comandantes</i>	<i>Cañones</i>
Hartford (buque almirante)	Drayton	29
Brooklyn	Alden	24
Metacomet	Jouett	10
Octorara	Green	8
Richmond	Jenkins	18
Lackawanna	Marchand	12
Monongahela	Strong	12
Ossipee	Leroy	13
Oneila	Mullany	10
Port Royal	Gherardi	8
Seminole	Donaldson	8
Kennebec	Brown	4
Pasca	Mc Cann	5
Galena	Wells	14
Tecumseh (monitor)	Craven	2
Munhallan (monitor)	Nicholson	2
Winnevago (monitor)	Stevens	4
Chickasaw (monitor)	Perkins	4

Total: 178

El general Canby había destacado por su parte al general Gordon Granger con una fuerza de cinco mil hombres, que desembarcaron a poco en la isla Dauphine para cooperar en el ataque, los cuales, sin embargo, no pudieron utilizarse por el pronto. Pollard dice que la escuadra federal contaba con doscientas bocas de fuego y dos mil ochocientos hombres.

El jueves 4 de agosto se dieron las órdenes y se comunicaron las instrucciones para el ataque, pero como no había llegado aun el *Tecumseh*, no se puso la escuadra en movimiento hasta la madrugada del día siguiente. Los cuatro monitores formaban la vanguardia, y con ellos iba el *Brooklyn*, provisto de un aparato para pescar los torpedos. A eso de las siete de la mañana los federales rompieron el fuego contra el fuerte Morgan, donde se hallaba el general Page, comandante en jefe de todos los fuertes de Mobile, pero a poco de comenzarse el combate, el monitor *Tecumseh*, que continuaba avanzando, chocó contra un torpedo, cuya explosión abrió una gran brecha en el mismo casco del buque, con tan mala suerte, que a los pocos momentos se llenó de agua y se fue a pique con toda la tripulación, excepto seis hombres. Este sensible contratiempo detuvo, como es de suponer, en su marcha, al resto de la flota, pero comprendiendo el veterano Farragut que no era aquel el momento de vacilar, y seguro de que el enemigo concentraría el fuego sobre el *Hartford*, reclamó para sí el puesto de honor, a la vez que el más peligroso, adelantóse a todos los demás buques haciendo señal para que le siguiesen, y sin detenerse un momento, lanzó dos andanadas por estribor contra el fuerte Morgan, inundándole de metralla. Por fortuna no se encontraron más torpedos y el fuego del fuerte disminuyó algún tanto, de modo que toda la escuadra llegó a la entrada de la bahía sin haber sufrido mucho, y bien pronto estuvo fuera del alcance de los cañones, aunque en presencia de la flotilla confederada, cuya artillería comenzó a jugar entonces.

El *Tennessee* disparó una andanada al *Hartford*, que contestó al momento y siguió avanzando, mas no pudiendo hacer lo mismo con el *Selma*, cuyo fuego le molestaba mucho, dispuso Farragut que el *Metacomet* se encargara de este buque, el cual fue apresado después de una hora de combate, durante el que fue herido su capitán, P. Murphy, y otros nueve hombres, quedando muertos el teniente Comstock y cinco marineros. El *Selma* estaba armado de cuatro grandes cañones y tenía noventa y cuatro hombres de tripulación. El *Morgan* y el *Gaines* se refugiaron bajo los cañones del fuerte, pero el segundo estaba tan destrozado que se le pegó fuego; solo el *Morgan* pudo salvarse, gracias a su celeridad, que le permitió llegar a Mobile. Farragut creía terminada la lucha y había dado ya orden para que anclasen casi todos los buques, pero aun quedaba un enemigo que vencer, y por cierto el más temible de todos; aun quedaba el famoso *Tennessee*, que en aquella ocasión debía justificar una vez más su reputación de intrepidez e invulnerabilidad. Como un jabalí acosado por los cazadores, el *Tennessee* hacia frente a toda la escuadra de Farragut en uno de los combates más terribles que se habían conocido desde el principio de la guerra: arrostrando el fuego de sus adversarios, y ansioso de ser el primero en dar principio a la lucha, Buchanan se dirige con toda la rapidez posible sobre el *Hartford* con objeto de echarlo a pique, hiriéndolo con su espolón, pero el buque federal evita el choque, y dispara sobre su enemigo dos andanadas que no le causan el menor daño. Entonces toda la escuadra se reúne y rodea al *Tennessee*, concentrando en él todo su fuego, mas ya fuese por la resistencia de su armadura, ya porque no se podía dirigir bien la puntería a causa de la espesa humareda que envolvía a todos los buques, ello es que el terrible *Tennessee* va y viene, avanza, se retira, gira en todas direcciones con increíble rapidez y parece burlarse de sus encarnizados enemigos. Esto irrita a los federales, que quieren a toda costa destruir el buque; Farragut, siempre el primero en dar el ejemplo, avanza a todo vapor sobre el *Tennessee*, pero este le ve a tiempo y evita el choque, merced a un vigoroso golpe de timón, aunque sin evitar que el *Hartford* le disparase dos andanadas casi a boca de jarro, las cuales le causaron esta vez algunas averías. En el mismo momento otros dos buques federales, notables por su velocidad, el *Monongahela* y el *Lackawanna*, se dirigen contra su temible enemigo y consiguen tocarle con sus balas, pero sufriendo ellos mismos más averías que el monitor confederado. Poco después avanzan el *Chickasaw* y el *Manhattan*, y situándose a pocos metros del *Tennessee*, le lanzan sus enormes

proyectiles, en tanto que los demás buques no cesan de hacer fuego un solo momento. El *Lackawanna* estaba ya acribillado a balazos y algunos de los demás buques habían sufrido grandes averías, pero no era posible que aquella lucha tan desigual se prolongase mucho tiempo, y así es que cuando el *Hartford* iba a lanzarse por segunda vez contra su adversario, izóse en el *Tennessee* el pabellón blanco. Ciertamente es que su coraza se hallaba aun en buen estado, pero en el interior del buque habían hecho mucho daño las balas enemigas: algunas portas estaban destrozadas de tal modo, que no podían abrirse ni cerrarse; las cadenas del timón se habían hecho pedazos; la máquina no podía funcionar; las casamatas estaban ennegrecidas por el humo de la pólvora, y por último, en el puente yacían cuarenta hombres entre muertos y heridos, y entre ellos hallábase el almirante Buchanan, que había perdido la pierna de un balazo.

Las bajas de los federales en aquel desesperado combate eran también muy sensibles, pues ascendían a ciento setenta y cinco muertos y ciento setenta heridos, siendo de notar que en el *Hartford* solo, hubo veinticinco de los primeros y veintiocho de los segundos; Mullany, comandante de la *Oneida*, perdió un brazo, y casi todos los hombres de la tripulación perecieron abrasados a consecuencia de haber estallado la caldera; los artilleros que servían las piezas sufrieron casi todos la misma suerte, y para colmo de desgracias, un enorme proyectil lanzando por el *Tennessee*, desmontó dos cañones y su explosión produjo un incendio que a duras penas pudo apagarse.

Esta victoria de la escuadra unionista, aunque había costado muy cara, no dejaba de ser gloriosa para los vencedores así como también para los vencidos, y podía considerarse como una parte del programa de las operaciones. La flotilla confederada no existía ya, pero quedaban intactos los fuertes, y Farragut, después de embarcar a los heridos de ambas escuadras en el *Metacomet*, dio la orden de ataque. Antes de empezar este, los separatistas evacuaron el fuerte Powell, destruyéndolo en parte luego, pero casi todos los cañones quedaron en poder de los federales; el fuerte Gaines fue bombardeado con tal acierto por el *Chickasaw*, que el coronel Anderson, su comandante, capituló a las pocas horas, y aun cuando es cierto que podía haberse sostenido más, no quiso sacrificar inútilmente a sus hombres, una vez convencido de que no era posible resistir mucho tiempo, pues tenía que combatir a la flota por una parte y al ejército de Granger por otra. Anderson y los seiscientos hombres del fuerte Gaines quedaron prisioneros de guerra.

El general Page, comandante del fuerte Morgan, tenía muy buenas fortificaciones, y podría resistir mucho más tiempo, mas no debía ser esto una dificultad para los federales, y así es que en la madrugada del 9 de agosto, las tropas de Granger embistieron el fuerte, mientras los buques de la escuadra cooperaban con su artillería eficazmente. Page se mantuvo firme durante un día, y luego se rindió a discreción, en lo cual obró acertadamente, pues no debiendo recibir refuerzos, la toma del fuerte era sólo cuestión de tiempo. Antes de entregarse, sin embargo, Page clavó sus cañones y destruyó otros varios efectos de campaña.

Así cayó en poder de los federales la última fortificación de la bahía de Mobile: en cuanto al puerto, como hubiera sido muy peligroso para la flota penetrar en él, a causa de los muchos torpedos que en los alrededores tenían los separatistas, y no considerando esto además de importancia, Farragut no creyó prudente seguir adelante con las operaciones, tanto más cuanto que la toma de los fuertes aseguraba la posesión del puerto. Con las fortificaciones de Mobile quedaron en poder de los federales ciento cuatro cañones y mil cuatrocientos sesenta y cuatro prisioneros, y aun cuando esta última victoria costó muy cara, bien puede decirse que durante aquel año otras costaron mucho más, sin producir resultados tan ventajosos ni que contribuyeran más directamente a la terminación de la guerra.

Terminaremos aquí este capítulo para ocuparnos una vez más en el siguiente de los acontecimientos políticos, y hecho esto, entraremos en el último período de la guerra a que puso fin la toma de Richmond.

24

SITUACIÓN POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS. LA CAMPAÑA ELECTORAL (1864)

Ojeada retrospectiva sobre la política interior. Kentucky y el Presidente Lincoln. Carta del Presidente. La Convención nacional de Claveland. El general Fremont es elegido Presidente. La Convención de Baltimore. Sus acuerdos. Lucha de los partidos. Elecciones. Estado de la Hacienda. La deuda nacional. Negociaciones para la paz. La Convención de Chicago. El general Mc Clellan es elegido candidato para la presidencia. Carta de Mc Clellan. Nuevas elecciones. Muerte del jefe de justicia Taney. Abraham Lincoln es reelegido para el cargo de Presidente de los Estados Unidos por una gran mayoría. El voto popular. Cambios en la Cámara de Representantes. El Congreso XXXVIII. Último mensaje del Presidente Lincoln. Enmienda a la Constitución. Manifiesto del Presidente.

Mientras seguían su curso las campañas de que hemos hablado en los capítulos anteriores, los hombres políticos de la Unión habían empeñado en los Estados del Norte otra no menos importante que acababa de llegar a su apogeo. Nos referimos a la campaña electoral, que como saben nuestros lectores, tiene lugar cada cuatro años para nombrar Presidente de la República por medio del sufragio, pues debemos advertir, que a pesar de la espantosa guerra que afligía al país, a nadie se le había ocurrido que ésta pudiera ser un motivo suficiente para suspender la marcha de las instituciones democráticas, ni dispensarse por una sola vez de las elecciones, con tanto más motivo cuanto que la suspensión del *Habeas Corpus* había excitado los ánimos en medio de la borrasca política que agitaba a la Nación. Era preciso atravesar de nuevo por la crisis a que daría lugar la elección presidencial; era necesario que la voz del pueblo se dejara oír una vez más para expresar libremente sus opiniones, a fin que se supiera si aprobaba a desaprobaba la conducta del Presidente Lincoln. Así pues, acercábase el momento solemne de ir a las urnas; íbase a decidir de nuevo sobre el destino de la república, y bien pronto se sabría si bastaban ya los sacrificios hechos por el país, y si se suprimiría para siempre la esclavitud, o se reconocerían los derechos alegados por la Confederación.

Es indudable que en ninguna ocasión se había reunido en sus comicios la nación americana para emitir un voto tan solemne: cuando Abraham Lincoln fue elegido por primera vez, a pesar de la oposición de los demócratas, las poblaciones de la América del Norte disfrutaban de una envidiable prosperidad, merced a una paz no interrumpida durante medio siglo, y por esto lanzábanse alegremente en lo desconocido, declarando que la guerra era imposible, y que en el caso de haber lucha, se reduciría sólo a simples bravatas o a un paseo militar; pero en 1864, las cosas habían cambiado mucho, y la situación se iba complicando de un modo grave. Los americanos conocían la guerra civil con todos sus horrores; veíase una parte del país completamente asolada; miles de hombres habían caído en los campos de batalla; la deuda iba aumentándose de una manera espantosa; la nación se veía amenazada de una terrible bancarrota, y era llegado, en fin, el momento en que el país debía declarar si estaba ya cansado de aquella lucha fratricida, o si quería continuar aun vertiendo su sangre y sus millones.

No es de extrañar, pues, que la cuestión electoral, que siempre producía honda agitación en los Estados Unidos, tuviese en 1864 más importancia que otras veces, y en prueba de esto, basta decir que por ella hubo momentos en que se olvidó hasta la guerra misma. Ya desde el mes de enero, los políticos de oficio se habían puesto en campaña convocando asambleas preliminares y publicando periódicos o folletos para recomendar sus candidatos, pero es evidente que de todos los

nombres presentados al sufragio popular, sólo un corto número entraría en suerte. Esta vez no se trataba ya, como en la mayor parte de las elecciones anteriores, de nombrar un Presidente cualquiera, un hombre que consintiese en proteger a tal o cual partido que le hubiera elevado al poder; esta vez por el contrario, el pueblo estaba firmemente resuelto a elegir para jefe Supremo de la Unión a un ciudadano eminente, cuyas dotes y conducta anterior fuesen una garantía para todos.

Según ya hemos dicho, la atención pública se fijó exclusivamente en la elección presidencial, y si bien los republicanos y aquellos demócratas que se habían visto obligados a unirse con ellos a consecuencia de la guerra, disentían respecto a reelegir a Mr. Lincoln, bien pronto se reconoció que la opinión pública estaba en favor de este último, y que no se encontraría mucha resistencia cuando se tratase de elevarle otra vez a la silla presidencial. Sin embargo, contábanse algunos Estados donde prometía la lucha ser obstinada: Kentucky, por ejemplo, aunque unionista en el fondo, contaba en su seno con muchos partidarios de la esclavitud; no había querido comprender que era preciso elegir entre la emancipación o la separación, y por esto, cuando en cumplimiento de órdenes superiores pasaron los oficiales del Gobierno a reclutar los mozos para la quinta, prodújose cierta excitación que obligó al gobernador Bramlette a dirigir un manifiesto al pueblo del Estado para que no cometiera violencia alguna, ni tratase de resistir a la reconocida autoridad del Presidente. Desde que ocurriera este hecho, predominaba en el Estado de Kentucky cierto espíritu de hostilidad contra la Unión, que no se debilitó aun cuando el gobernador Bramlette había ido a Washington, acompañado del ex-senador Dixon y del coronel Hodges, para protestar contra el alistamiento de los negros, y conseguir al menos que se modificase esta medida en favor de los que tenían esclavos. El Presidente se mostró dispuesto a favorecer en todo lo posible al Estado de Kentucky, y con el objeto de que se conociesen bien sus opiniones, escribió al coronel Hodges una extensa carta a fin de que todos supiesen, no sólo sus ideas, sino también las observaciones que había hecho en la conferencia celebrada con el gobernador Bramlette y sus amigos. Reproducimos dos o tres párrafos que bastarán para que el lector forme una idea de este documento.

«Departamento del Poder ejecutivo.

»Washington 4 de abril de 1864.

»Al Coronel Hodges.

»Muy Señor mío: habéis deseado que escriba lo que tuve el gusto de deciros verbalmente el otro día en nuestra conferencia, y me apresuro a complaceros formando un extracto, en el cual repetiré poco mas o menos lo mismo.

»Yo soy naturalmente abolicionista; si la esclavitud no es una injusticia, nada es injusto en este mundo, y no ha habido una sola vez que no diga y piense lo mismo, sin que crea que el alto puesto que ahora ocupo me dé derecho para obrar oficialmente con arreglo a mis opiniones. Cuando presté el juramento, prometí no perdonar esfuerzo alguno para proteger y defender la Constitución, y seguramente no hubiera podido ocupar este puesto sin comprometerme a ello, ni era de esperar tampoco que yo jurase para abusar del poder, quebrantando la más sagrada de las promesas. Al ofrecer que defendería la Constitución por cuantos medios estuviesen a mi alcance, contraí el deber de hacer lo mismo con el Gobierno y el país que había adoptado aquella como ley orgánica; ¿era acaso posible perder la nación y salvar la Constitución? Por ley general, debe conservarse la vida sin que padezcan los miembros; a veces, sin embargo, es preciso amputar uno de estos para salvar aquella, pero en ningún caso se dará la vida para salvar el miembro. Por esto mismo, cuando una ley es constitucional, y palpablemente contraria a nuestras instituciones, se debe suprimir; mi opinión ha sido siempre ésta, y he obrado en consecuencia sin desviarme jamás de la misma línea de conducta.

»Cuando al principio de la guerra propuso el general Fremont la emancipación militar, yo me opuse porque no la creí indispensablemente necesaria; cuando el general Cameron, entonces Secretario de la Guerra, indicó la conveniencia de armar a los negros, yo rehusé mi aprobación, porque me pareció que aun no era llegado el caso de hacerlo, pero más tarde me he visto en la alternativa de perder a los Estados Unidos o echar mano del elemento de color, y como era de

esperar, he preferido esto último, aun cuando no podía asegurar en el momento si de esta medida resultaría para nosotros una pérdida o una ganancia. Un año de experiencia ha bastado para demostrar que con esto no se han perjudicado nuestras relaciones extranjeras, ni nuestra política interior ni nuestro ejército, el cual por el contrario ha recibido un aumento de ciento treinta mil hombres que han prestado y prestan tan muy buenos servicios.

»Añadiré una palabra: al decir esto, no es mi ánimo que se me juzgue como un hombre sagaz, y deseo se comprenda que los acontecimientos mismos son los que me han obligado a obrar, pues no estaba en mi mano evitarlos, ni hay hombre ni partido que pudiera prever en qué situación íbamos a vernos después de tres años de lucha.

»Vuestro afectísimo,

»Abraham Lincoln.»

La primera Convención nacional de 1864 se reunió en Claveland el día 31 de mayo, y a ella asistieron unas trescientas cincuenta personas. Aun cuando entre estas se contaban muy pocos representantes, se eligió para candidato a la presidencia al general John Fermont y para la vicepresidencia a John Cochrane, habiéndose aprobado los siguientes acuerdos:

«1. Se conservará a toda costa la Unión federal.

»2. Deben respetarse y obedecerse la Constitución y las leyes de los Estados Unidos.

»3. Debe suprimirse la rebelión por la fuerza de las armas y sin entrar en negociaciones.

»4. La libertad de la palabra y de la prensa, así como también el *Habeas Corpus*, se considerarán como derechos individuales, excepto en los distritos donde se haya proclamado la ley marcial.

»5. Siendo la rebelión la que principalmente ha puesto fin a la esclavitud, deberá adicionarse una enmienda a la Constitución para que en lo sucesivo se prohíba la servidumbre forzosa y se reconozca en todos los hombres la igualdad ante la ley.

»6. En todo tiempo deberá el Gobierno observar la mayor economía, pero sobre todo cuando haya guerra.

»7. El derecho de hospitalidad, excepto en el caso de un crimen que deba ser castigado por la ley, es un principio reconocido de la libertad americana, y la violación de él se castigará severamente.

»8. La política nacional conocida con el nombre de *Doctrina de Monroe* ha llegado a ser admitida de hecho, y por lo tanto, el establecimiento de un gobierno anti-republicano en este continente, por una potencia extranjera, no puede tolerarse.

»9. La nación debe proteger y mostrarse agradecida a los valerosos jefes e intrépidos soldados del ejército de la Unión por su heroica conducta y por los servicios que han prestado en la defensa del país.

»10. Debe prorrogarse el término señalado para ocupar su cargo el Presidente, atendida la crisis por que atraviesa el país.

»11. Se adicionará a la Constitución una enmienda previniendo que el Presidente y Vicepresidente sean elegidos por el voto directo del pueblo.

»12. La reorganización de los Estados rebeldes corresponde al pueblo, y este procederá a ella por medio de sus representantes en el Congreso, sin la intervención del Poder ejecutivo.

»13. La confiscación de las tierras de los rebeldes y su distribución entre los soldados es una medida de justicia.»

Al discutirse estos acuerdos hubo un empeñado debate, y el general Fremont combatió el último, que trata de la confiscación, pero Cochrane propuso que se sometiera al Congreso sin introducir variación alguna, y así se convino sin más debate, dándose por terminada la sesión.

Pocos días después, es decir, el día 7 de junio, se reunió otra Convención en Baltimore, compuesta en su mayor parte de los delegados republicanos. La misión de estos era fácil: satisfechos de la dirección que el Gobierno imprimía a los negocios públicos, su principal objeto se

reducía a felicitar a Mr. Lincoln por su constancia a toda prueba y por su acertada política, ofreciéndole su apoyo y proponiéndole al pueblo como candidato para ocupar por segunda vez la silla presidencial. Sin embargo, para satisfacer el voto legítimo de la nación, que no quería dejarse gobernar sino por hombres de reconocida experiencia, los delegados de Baltimore no creyeron oportuno reelegir para el cargo de Vicepresidente a Mr. Annibal Hamlin, a quien, sin embargo, todos respetaban por su probidad y buenos sentimientos, pero que no se distinguía por otras cualidades. En su consecuencia, dieron sus votos a Mr. Andrew Johnson, antiguo sastre, que por su amor al trabajo, buen sentido y energía, se había elevado, como Lincoln, a la dignidad de hombre de Estado, después de dar repetidas pruebas de patriotismo, siendo gobernador militar de Tennessee. Este nombramiento sería además un motivo de futura reconciliación con los Estados meridionales, puesto que por su nacimiento y antiguas relaciones, el candidato a la vicepresidencia era hijo del Sur.

Abraham Lincoln, pues, podía contar como suya la victoria, pero es de advertir que no hubo unanimidad absoluta en la votación, puesto que el Estado de Missouri designó para candidato al general Grant. Este hombre de guerra, sin embargo, tan modesto como previsor, no se dejó seducir por la esperanza de ocupar el sillón presidencial, y muy lejos de esto, no quiso que figurase su nombre en las votaciones preliminares, aconsejando que diesen sus votos a Mr. Lincoln. Terminados sus trabajos preparatorios, la Convención de Baltimore se disolvió en la confianza de que podía darse como segura la reelección del Presidente.

Pocos días después de haberse reunido los diputados republicanos en Baltimore, Mr. Salmon Chase, Secretario del Tesoro, hombre que había servido su destino con el mayor celo, dando repetidas pruebas de actividad y energía y de tener profundos conocimientos, presentó su dimisión, que fue aceptada por más que el Gobierno conociese que la salida de este miembro del Gabinete sería perjudicial en aquellos momentos en que más que nunca se necesitaba la confianza del público. Mr. Chase representaba en política las opiniones de la fracción más avanzada del partido republicano; creíasele algún tanto ambicioso, y por más que hubiese dado pruebas de reconocida integridad, era a veces el blanco de todas esas calumnias con que se suele atacar a un hombre que como él administraba un presupuesto de tantos millones. Chase luchó, no obstante, algunos meses contra las dificultades de su posición, pero bien pronto se agravó la crisis financiera, los empréstitos fueron más onerosos, la deuda se aumentó en proporciones enormes, y entonces el Secretario del Tesoro tuvo la desgraciada idea de invitar al Congreso a restringir el libre comercio del oro, creyendo que así podría ponerse un fin a la desenfrenada especulación de los agiotistas. Como era de esperar, el Gobierno rehusó adoptar esta medida, y como por otra parte no se creía Mr. Chase bastante fuerte para luchar contra Mr. Seward, su rival en influencia en el Gabinete, presentó su dimisión en 29 de junio, precisamente cuando las Convenciones de varios Estados emitían su voto favorable para la reelección de Lincoln.

Ya hemos dicho que el estado crítico de la hacienda fue uno de los motivos que indujeron a Chase a presentar la dimisión de su cargo, y ahora para que se vea cuán rápidamente había aumentado la deuda nacional, parécenos lo más oportuno demostrarlo con el siguiente cuadro:

	<i>Dólares</i>
1860 Junio 30	64.769.703
1861 Junio 30	90.867.828
1862 Junio 30	514.211.371
1863 Junio 30	1.097.274.360
1864 Junio 30	1.740.036.689
1865 Marzo 31	2.423.437.001
1866 Enero 1 (menos el metálico en caja)	2.749.491.745

Estas cifras bastan de por sí para que se comprenda que la situación del país iba siendo cada vez más aflictiva, sobre todo si se tiene en cuenta que, según se acrecentaba la deuda, aumentaba el

tipo de descuento de una manera escandalosa. Baste saber que en los meses de julio y agosto de 1864 estaba el cambio al sesenta por ciento, y con razón puede decirse que aquel fue uno de los más tristes períodos, una de las más terribles crisis por que había atravesado el país desde el principio de la guerra.

Pocos días después de reunirse las Convenciones, habíanse hecho esfuerzos para entablar una negociación, cuyo objeto sería poner término a la guerra entre los Estados beligerantes, y con motivo de haberse recibido una carta del Canadá, fechada en 5 de junio, en la cual se manifestaba que Mrs. Clemente Clay, de Alabama, James Holcombe, de Virginia, y George Sanders marcharían a Washington con el fin de tratar sobre la paz, si se les prestaba apoyo. Mr. Horacio Greeley lo puso en conocimiento del Presidente Lincoln, sometiendo a su consideración las condiciones bajo las cuales se podría, en su concepto, llevar a cabo un arreglo. El hecho de haber comenzado en la Carolina del Norte las elecciones para nombrar un nuevo gobernador, y la circunstancia de ser muy probable que ganase la votación Mr. Holden, candidato unionista, fueron las principales razones en que se apoyaba Mr. Greeley para demostrar que era conveniente tomar en consideración las proposiciones de paz, y para el caso de que se conformara el Presidente, remitíale el siguiente proyecto, que constaba de seis artículos:

«1. Se restablece la Unión, que deberá conservarse perpetuamente.

»2. La esclavitud queda abolida para siempre.

»3. Se concederá una completa amnistía por todos los delitos políticos, y asimismo se reconocerán a todos los habitantes de cada Estado sus derechos y privilegios como ciudadanos de la Unión.

»4. El Gobierno abonará cuatrocientos millones de dólares en acciones del cinco por ciento a los Estados esclavos, entre los cuales se repartirá esta suma, a prorrata, para compensar las pérdidas que sufrieron los ciudadanos leales por la abolición de la esclavitud. Se entiende que cada Estado tendrá derecho a la cuota cuando su legislatura esté conforme con el tratado de paz.

»5. Los Estados esclavos tendrán representación en la Cámara, contándose los negros como parte de la población.

»6. Tan pronto como sea posible, se reunirá una Convención nacional para rectificar el tratado que se celebrare, adicionando a la Constitución las enmiendas que se creyesen necesarias.»

El Presidente Lincoln tomó en consideración las proposiciones de su corresponsal Mr. Greeley, y creyó conveniente comisionarle para que marchase a Niágara a celebrar una conferencia con las personas de que se trataba, pero esto no produjo resultado alguno, pues habiendo manifestado luego el Presidente en una nota transmitida por su secretario privado, Mr. Hay, que no se entablaría negociación alguna hasta que fueran a Washington los agentes de la Confederación, autorizados debidamente, se frustró el proyecto por no haberse presentado aquellos en la capital. Todo esto desagradó en extremo a los que confiaban que terminaría muy pronto la guerra, y sobre todo a los separatistas y al partido de la oposición, que pudieron ver a los pocos días una carta del Presidente Lincoln concebida en estos términos:

«Departamento ejecutivo.

»Washington 18 de julio de 1864.

»A quien interese.

»Toda proposición que tenga por objeto el restablecimiento de la paz, la integridad de la Unión, la supresión de la esclavitud, y que se haga por una autoridad superior, se tomará en consideración por el Gobierno ejecutivo de los Estados Unidos, y se discutirá detenidamente, asegurándose el apoyo necesario al portador o portadores de ella.

»Abraham Lincoln.»

Mrs. Clay y Holcombe sacaron todo el partido posible de este escrito para excitar la animosidad del Sur y la de todos aquellos que deseaban entonces celebrar una paz honrosa, llegándose hasta el punto de decir que las proposiciones de los confederados no se habían querido

tomar en consideración como era de esperar. Precisamente en aquellos días se habían hecho por otro conducto las mismas gestiones, que dieron igual resultado. El coronel Jaques y Mr. Gillmore, de Nueva York, habían ido a Richmond con el permiso del Presidente Lincoln, pero sin autorización oficial, a fin de tratar también sobre la paz, y habiéndoseles permitido entrar en la capital, escribieron una carta a Mr. Benjamin, Secretario de Estado, solicitando una entrevista con el Presidente Mr. Jefferson Davis. Concedida ésta, los citados agentes celebraron una larga conferencia con el jefe de la Confederación, quien, al indicarles cuál sería su ultimatum, les dijo:

«Deseo la paz tanto como vosotros, y como vosotros deploro la efusión de sangre, pero mi conciencia me dice que ni una sola gota de la que se ha vertido recaerá sobre mi cabeza. Me queda el consuelo de haber hecho todo lo posible para evitar esta guerra, pues yo la preveía hace mucho tiempo, y por espacio de doce años he trabajado día y noche para impedirla. Bien veis que han sido inútiles mis esfuerzos. El Norte se ha dejado arrastrar por un loco extravío; no ha querido que nos gobernásemos nosotros mismos; esta ha sido la principal causa de la guerra y ahora debe continuar hasta que haya perecido el último hombre de nuestra generación. Entonces nuestros hijos sabrán empuñar el fusil y proseguir la lucha *a menos que reconozcáis nuestros derechos*. Nosotros no defendemos la esclavitud, nos batimos por nuestra *independencia*, y con ella viviremos o pereceremos en la demanda.»

Al retirarse los comisionados y cuando ya se despedían, les dirigió Mr. Davis las siguientes palabras:

«Decid a Mr. Lincoln de mi parte que siempre me hallará dispuesto a escuchar con el mayor gusto proposiciones de paz siempre que por estas se reconozca nuestra independencia. Será completamente inútil que se me dirijan en otro sentido.»

Merced a esta explícita declaración de Mr. Jefferson Davis, no podía ya dudarse de que la guerra continuaría hasta que se reconociera a la Confederación como una potencia independiente o se la destruyera por completo. El saber esto de una manera positiva equivalía a una victoria para la causa nacional, pues aun cuando los jefes separatistas habían hablado siempre en el mismo sentido, la oposición en los Estados leales alegaba siempre que los confederados sólo luchaban contra la abolición de la esclavitud, y que fácilmente se conseguiría la paz si el partido republicano dejaba el poder.

Mientras se hacían estas inútiles gestiones para negociar la paz, los demócratas, mucho menos fuertes que los republicanos a causa de las disensiones de su partido, esperaron tanto como les fue posible antes de organizar su Convención, sin duda porque creían que en el intervalo, sus adversarios cometerían una falta irreparable, o bien que podrían convenir en un programa político o en los candidatos que se deberían proponer al pueblo. Por este motivo no se reunieron en Chicago hasta el 29 de agosto los representantes de la democracia: eran los unos unionistas de buena fe, que creían sinceramente que aun sería posible restablecer la armonía entre las sociedades democráticas del Norte, y la aristocracia feudal del Sur; otros deseaban tan sólo que se hiciesen nuevas tentativas en favor de la paz antes de continuar la guerra hasta la destrucción completa de una de las partes beligerantes, y no pocos querían que a toda costa se pusiera término a la lucha sin temer que algún día cayesen los Estados Unidos bajo la dictadura de los plantadores del Sur y de sus amigos. Entre los representantes de opiniones tan diversas no era posible que reinase mucha cordialidad y afecto, y así es que las sesiones de la Convención fueron muy borrascosas, como podía esperarse, y el programa del partido democrático no pasaba de ser un conjunto de ideas a cual más contradictorias. Hubo acalorados debates; se presentaron numerosos proyectos, y oyéronse discursos de cuya violencia no podría formarse una idea exacta el lector si no reprodujéramos uno o dos párrafos. Mr. Burr, de Nueva Jersey, al dirigir la palabra al auditorio dijo entre otras cosas, lo siguiente:

«Nosotros no teníamos derecho para incendiar los campos de nuestros enemigos y saquear sus casas, pero Mr. Lincoln había hecho lo mismo después de robar miles de negros. Habíase dicho que

si el Sur deponía las armas se restablecería la Unión, mas no se tuvo presente que el Sur no podía hacerlo, porque luchaba por su honor y por sus derechos. El Gobierno unionista había enviado ya dos millones de hombres a la matanza; no era fácil que Lincoln cubriese las bajas de su ejército ni por medio del alistamiento ni recurriendo a las quintas, y esto se ha hecho porque se quería evitar a toda costa que ni uno solo de los Estados de la Unión se declarase en nuestro favor.»

El reverendo Enrique Clay pronunció también un discurso por demás apasionado, y en uno de los principales párrafos expresábase en los términos siguientes:

«Por espacio de tres años, Lincoln ha estado pidiendo hombres y más hombres, y los ha encontrado, mas a pesar de sus numerosos ejércitos se le ha *vencido*! Nunca se había presenciado semejante derrota; nunca se había visto tan espantosa matanza desde la destrucción de Senacherib, y sin embargo el monstruo usurpador necesita aun más hombres para llevar a cabo sus siniestros planes. Desde que el traidor y tirano ocupa la silla presidencial, los hombres de la república no se ocupan sino de la guerra; la sangre se ha vertido a torrentes, y a pesar de esto, ese monstruo no ha saciado todavía su sed inextinguible.»

Tal era el espíritu de varios discursos que se pronunciaron en aquella Convención, y ciertamente no era de extrañar que reinase tanta efervescencia, pues entre los miembros que componían la reunión había muchos oficiales separatistas procedentes del Canadá, los cuales no perdonaban esfuerzo alguno para excitar los ánimos.

Cuando se procedió a las elecciones de candidatos para la presidencia y vicepresidencia, la mayoría designó para el primer cargo al general Mc Clellan, y para el segundo a Mr. Pendleton, el cual ganó la votación por unanimidad, siendo sus contrincantes Mr. Guthrie, Mr. Powell y Mr. Cass. Mc Clellan, que al principio no contaba sino con ciento sesenta y dos votos, obtuvo luego hasta doscientos dos, mientras su adversario, Thomas Seymour, de Connecticut, sólo alcanzó veintitrés. El general demócrata creyó deber aceptar el honor que le hacía el partido, pero en el manifiesto que publicó en aquella ocasión, tuvo cuidado de indicar que se separaba de una parte de los patriotas que habían contribuido a su nombramiento, alegando que no dejaría de apoyar un instante la causa del Gobierno. Terminados los trabajos de la Convención, disolvióse ésta, conviniendo antes sus miembros en reunirse de nuevo tan pronto como fuese necesario.

He aquí ahora la carta que escribió el general Mc Clellan al presidente del Comité que había trabajado en su favor en las elecciones; es un documento que le concilió la estimación de todos, hasta de sus mismos adversarios, y como documento de interés, nos parece conveniente reproducirlo:

«Orange 8 de septiembre de 1864.

»A Mr. Horacio Seymour y otros individuos del Comité.

»Muy señores míos: Tengo el honor de acusaros recibo de la carta por la cual me anunciáis mi nombramiento por la Convención nacional democrática de Chicago como candidato para el cargo de Presidente de los Estados Unidos.

»No me parece necesario deciros que no he trabajado para obtener esta candidatura, y al favorecerme con ella me alegro mucho saber que se han tenido en cuenta los actos de mi vida pública. A los muchos servicios prestados en el ejército, tanto en tiempo de paz como de guerra, debo principalmente que se haya arraigado en mi alma el amor y el respeto a la Unión, a la Constitución y a la bandera de mi patria; este mismo sentimiento me ha guiado y me guiará siempre hasta la hora de mi muerte.

»A mí me parece que la existencia de dos Gobiernos en esta región del globo donde flotó una vez nuestro estandarte, es incompatible con la paz, el poder y la felicidad del pueblo. El mantenimiento de la unión ha sido a lo que parece la única causa de la guerra; para conservar aquella debemos combatir siempre en defensa de los principios que varias veces he proclamado cuando estaba en el servicio activo, pues de este modo la obra de reconciliación sería más fácil y antes recogeríamos el fruto de nuestras numerosas victorias.

»El restablecimiento de la unión es y debe ser la condición indispensable de todo arreglo, y tan pronto como parezca evidente, o aun probable, que nuestros adversarios se hallan dispuestos a celebrar la paz en este sentido, debemos apelar a todos los recursos políticos de las naciones civilizadas, conocidos por las tradiciones del pueblo americano y que estén conformes con el honor y los intereses del país, para asegurar una paz duradera, conservando al mismo tiempo los derechos constitucionales de cada Estado. La unión es la condición esencial de la paz; nosotros no pedimos otra cosa. Permitidme añadir que en mi concepto, tanto esa Convención como el pueblo a quien representa, deben estar persuadidos de que si un Estado cualquiera quiere volver a la Unión, será recibido inmediatamente, garantizándosele todos sus derechos constitucionales.

»Si nuestros leales y constantes esfuerzos para conseguir el objeto apetecido no diesen resultado alguno, sea entonces la responsabilidad de aquellos que siguen haciendo armas contra la unión, que debe mantenerse a toda costa. Yo no podría volver a ver a mis bravos camaradas del ejército y de la flota, que han sobrevivido a tan sangrientas batallas, para decirles que los sacrificios de tantos de nuestros hermanos, muertos o heridos en el campo del honor, han sido completamente inútiles, y que debemos abandonar la causa de esa unión, por la cual hemos expuesto tantas veces nuestras vidas. Una gran mayoría de nuestro pueblo, y así el ejército como la marina verían con el mayor placer la terminación de la guerra, pero en mi concepto, la paz no es posible sin la unión.

»En cuanto a los demás puntos discutidos por la Convención, no necesito decir que trazaré mi línea de conducta según los principios constitucionales y las leyes que rigen en el país; que procuraré observar la mayor economía en los gastos públicos, y que no perdonaré, en fin, esfuerzo alguno para que, impulsado nuestro país por el sentimiento nacional, procure volver a ocupar el puesto que la corresponde entre las naciones civilizadas del mundo. La situación de la hacienda, la depreciación del papel moneda y las cargas impuestas al trabajo y al capital, demuestran la necesidad de adoptar un buen sistema-financiero, pues los derechos de los ciudadanos y de los Estados, así como la autoridad de la ley sobre el Presidente, sobre el ejército y el pueblo, son cosas tan sagradas en tiempo de guerra como en tiempo de paz.

»En la inteligencia de que mis opiniones son las de la Convención y las del pueblo que representa, acepto el nombramiento, y mía será toda la responsabilidad si aquel lo ratifica, pero implorando la protección del Ser Supremo, y confiando en su divino auxilio, haré todo lo posible para restablecer la unión y la paz en nuestra afligida patria, y para defender sus libertades y sus derechos.

»Aprovecho esta ocasión, señores, para ofrecerme respetuosamente vuestro muy obediente servidor, *Mc Clellan*.»

Este hábil programa no sorprendió a los amigos íntimos del general, quien seguramente se habría comprometido si no hubiese rechazado toda complicidad de ideas con ciertos políticos que se proponían introducir la discordia entre los Estados republicanos para fundar la Confederación del Noroeste. Cuando se supo en todo el país el resultado de la Convención, comprendió el partido democrático que ésta había cometido un grave error, mientras los partidarios de Mr. Lincoln, que algunas semanas antes dudaban mucho de su reelección, dieron ya por seguro el triunfo. Pocos días después circuló por todo el país la noticia de que Sherman había tomado la ciudad de Atlanta mientras Farragut se apoderaba de las fortificaciones de Mobile, y entonces el Presidente Lincoln publicó una proclama previniendo se cantase un *Te Deum* en todas las iglesias, en acción de gracias al Todopoderoso por las victorias alcanzadas por Sherman, Farragut, Canby y los demás jefes, disponiéndose además que se hiciera una salva de cien cañonazos en todos los arsenales. Fácilmente se comprenderá a qué punto llegaría el entusiasmo del Norte con tan fausta nueva, y bien puede asegurarse que desde aquel momento los que dudaban aun de la reelección de Mr. Lincoln la consideraron ya como un hecho consumado, mientras que por otra parte el general Mc Clellan perdió completamente las esperanzas de ocupar el sillón presidencial.

En las segundas elecciones, que comenzaron en 25 de septiembre, alcanzó también un señalado triunfo el partido republicano, pero las más importantes fueron las del Estado de

Maryland, en el cual se debía admitir o desechar la nueva Constitución por la que se suprimía la esclavitud. Aunque el partido democrático y los abolicionistas lucharon con todas sus fuerzas, no les favoreció tampoco esta vez la suerte, pues la Constitución fue aprobada por una inmensa mayoría. El general Mc Clellan obtuvo solo veintiún votos para la presidencia, y estos eran de los Estados de Nueva Jersey, Delaware y Kentucky; los demás, es decir, doscientos doce, recayeron en favor de Lincoln y Johnson. Los únicos Estados donde la votación se dividió, casi hasta igualarse, fueron los de Nueva York, Pennsylvania, Connecticut, Delaware, New-Hampshire, Nueva Jersey y Oregón. Terminadas las elecciones generales, resultaron para Abraham Lincoln dos millones doscientos trece mil seiscientos sesenta y cinco votos, y un millón ochocientos dos mil doscientos treinta y siete para Mc Clellan, de modo que el primero obtuvo una mayoría de cuatrocientos once mil cuatrocientos veintiocho votos; el ejército dio a Lincoln ciento diez y nueve mil setecientos cincuenta y cuatro, y a Mc Clellan treinta y cuatro mil doscientos noventa y uno, siendo por lo tanto la diferencia de ochenta y cinco mil cuatrocientos sesenta y tres en favor del y Presidente. Como era de esperar, fue preciso introducir algunos cambios en la Cámara de Representantes, y así se hizo desde luego. Algunos diputados se separaron del partido que primeramente los eligiera; otros hubieron de retirarse por no tener ya derecho a la representación, y no pocos, en fin, abandonaron sus puestos por haberles elegido los Estados que estaban en guerra con el Gobierno.

El Congreso trigésimo octavo se reunió el día 6 de diciembre, es decir, poco después de las elecciones, y al día siguiente remitió Mr. Lincoln su último mensaje anual, en cuyo documento se trataban las cuestiones mas importantes, pero principalmente todas las referentes a la guerra. El Presidente empezaba hablando sobre las últimas elecciones, y decía lo siguiente:

«A juzgar por el resultado de las elecciones, el más vehemente deseo del pueblo en los Estados leales es mantener la integridad de la Unión, y en esto se muestran todos unánimes. La tranquilidad y el buen orden que ha reinado en los colegios electorales, prueban también hasta la evidencia lo que ahora os digo, y no solo los amigos del Gobierno, sino una gran mayoría de los diputados de la oposición, desean que se ponga término a la lucha y que se restablezca la unión de una manera permanente. Se ha discutido mucho entre nuestros hombres políticos acerca de los medios de conseguir el- objeto apetecido, pero el pueblo todo se muestra dispuesto a salir a la defensa de la causa nacional, y una prueba de ello es el voto unánime que acaba de emitir.»

Refiriéndose a las negociaciones que se habían intentado para celebrar la paz, y al manifestar que dudaba se pudiera conseguir aquella por los medios conciliatorios, expresábase el Presidente en estos términos:

«La única e indispensable condición para poner término a la lucha es que cese la resistencia armada contra la autoridad nacional, pero cuando esto suceda no me retractaré un punto de lo que ya he dicho acerca de la esclavitud, y por lo tanto, repitiendo la declaración que hice el año anterior, debo manifestaros que mientras ocupe este puesto, no trataré de modificar en lo más mínimo mi proclama sobre la emancipación. Tampoco consentiré que vuelva a la esclavitud ninguno de los que fueron o sean declarados libres en lo sucesivo, según los términos de aquella o de las actas del Congreso que se refieren a este punto. Si el pueblo, mudando de parecer, exigiera que el Poder ejecutivo redujera a la esclavitud a los que han salido de ella, sería preciso que antes eligiese otro Presidente para conseguir sus fines. Al manifestaros que no veo sino una condición para celebrar la paz, sólo quiero decir que la guerra cesará por parte del Gobierno cuando desistan de su empeño los que dieron principio a ella.»

Mr. Lincoln terminaba su mensaje recomendando al congreso aprobara la enmienda constitucional relativa a la abolición de la esclavitud sometida a la consideración del Senado por Mr. Anderson, en 11 de enero de 1864, y con este motivo decía:

«Sin cuestionar acerca de la sabiduría y patriotismo de los hombres de la oposición, me atrevo a recomendaros eficazmente esa enmienda, que en mi concepto, debiera aprobarse en la presente

legislatura. La cuestión abstracta no ha cambiado en nada, y las elecciones acaban de demostrar hasta la evidencia, que el próximo Congreso aprobará la medida si éste no lo hace. Así, pues, no siendo esto sino cuestión de tiempo, y como quiera que la enmienda habrá de aprobarse, ¿no será mejor hacerlo cuanto antes? Acabamos de saber la opinión unánime del pueblo, que por primera vez ha emitido su fallo en esta cuestión, y debe tenerse en cuenta que en una crisis nacional como la que estamos atravesando, la unidad de acción entre aquellos que se proponen un objeto común, es una cosa muy apetecible si no absolutamente indispensable. Ahora bien, siendo el mantenimiento de la unión el fin que todos nos proponemos, y reconocida la necesidad de aprobar la enmienda constitucional para conseguirlo, convendrá que resolváis este punto cuanto antes.»

Leído detenidamente en las dos Cámaras el mensaje del Presidente, acordóse desde luego tomar en consideración la enmienda constitucional a que se refería Mr. Lincoln, y se leyó un acuerdo de Mr. Trumbull, presidente del Comité del Senado, que decía así:

«Acordamos: que se proponga a las legislaturas de los diversos Estados, como enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, el siguiente artículo que ratificado debidamente por las tres cuartas partes de dichas legislaturas, se declarará válido para los efectos a que haya lugar:

»*Artículo XIII.*

»*Sección 1.ª* En todo el territorio de los Estados Unidos queda prohibida la esclavitud o la servidumbre forzosa, excepto en los casos en que se trate del castigo de un crimen de que esté convicto el acusado.

»*Sección 2.ª* El Congreso queda autorizado para poner en vigor este artículo por los medios de que dispone la legislatura.»

Acto continuo comenzaron los debates en la Cámara, pero como la oposición no contaba con suficientes fuerzas, alcanzó la victoria el partido republicano, después de un empeñado debate, por ciento diez y nueve votos contra cincuenta y seis; en el Senado resultó también una decidida mayoría, y puede decirse que ésta fue la discusión más importante que hubo en aquella legislatura¹⁰³.

Poco después de la apertura de las Cámaras, se intentó por segunda vez entablar negociaciones para que cesaran las hostilidades: Mr. Blair, de Maryland, fue dos veces a Richmond con este objeto, previo el permiso del Presidente Lincoln, pero sin orden especial suya, y accediendo a sus instancias, Mrs. Stephens, Campbell y Hunter, a quienes se concedió permiso para cruzar las líneas de Grant por la parte de Petersburg, se dirigieron al fuerte Monroe, donde debía tener lugar la primera entrevista. Allí fueron recibidas por el gobernador Seward y el Presidente Lincoln, en 3 de febrero, y se celebró una larga conferencia aunque sin resultado alguno, pues los comisionados de la Confederación no estaban autorizados suficientemente para acordar la reunión de los Estados, y Mr. Lincoln no quiso convenir en nada sin esta condición, de modo que unos y otros se retiraron sin conseguir el objeto. Al volver los comisionados a Richmond, en 6 de febrero, se celebró un gran *meeting*, presidido por el gobernador William Smith, de Virginia, y por Jefferson Davis, el cual, después de exhortar a todos los que pudiesen empuñar las armas a combatir a los yankees, pronunció un discurso, en uno de cuyos párrafos se expresaba en estos términos:

«En mi correspondencia con Mr. Lincoln, este funcionario, al hablarme de los Estados Unidos y de la Confederación, me decía siempre, *nuestro afligido país*, pero en mis contestaciones, nunca he dejado de considerar como distinto su Gobierno y el nuestro, y lejos de consentir que nos unamos de nuevo, daría cuanto poseo en la tierra, haciendo hasta el sacrificio de mi vida, si fuese necesario, antes de sucumbir.»

En este *meeting* se dio por terminada la sesión aprobando el siguiente acuerdo:

¹⁰³ Ratificada la enmienda por más de las dos terceras partes de los Estados, se consideró ya como artículo de la Constitución federal.

«*Declaramos*: que todos los ciudadanos aquí presentes han oído con indignación las condiciones propuestas por el Presidente de los Estados Unidos para celebrar la paz con la Confederación.»

Algunos días después se celebró un segundo *meeting* al que asistieron principalmente los jefes y oficiales del ejército, y en el cual se pronunciaron varios discursos por el Secretario Mr. Benjamin y otros, aconsejándose en todo ellos combatir sin tregua a los enemigos de la Confederación. Este *meeting* se terminó también aprobando los dos siguientes acuerdos:

«*Acordamos declarar*:

»1. Que los acontecimientos ocurridos en el transcurso de la guerra nos obligan a proseguir la lucha para obtener nuestra independencia, y que por lo tanto, confiando siempre con la protección del Todopoderoso, no depondremos la armas hasta conseguirla.

»2. Que como contamos con recursos suficientes, no debe ponerse en duda que podremos continuar la guerra hasta el fin, y en su consecuencia encarecemos al pueblo, en el nombre de la más sagrada de las causas, que no economice ni su sangre ni sus tesoros para el mantenimiento de nuestra independencia.»

Ya se comprenderá por lo dicho cuál era el espíritu que dominaba en la Confederación, así como también cuán ilusorias habían sido las esperanzas de los que en un principio creyeron que se conseguiría poner término a las hostilidades, celebrando una paz honrosa. Llegados aquí, terminaremos este último capítulo de nuestra historia política con el manifiesto publicado por Mr. Lincoln en la segunda inauguración de su Gobierno; es un documento notable por su espíritu religioso, por su elevación y sencillez, y en el cual, al dar cuenta de los triunfos alcanzados por las armas de la Unión, parece que se deja traslucir alguna cosa sombría, así como un presagio fúnebre del sangriento drama que puso fin a la existencia del Presidente Lincoln. He aquí el manifiesto:

«Ciudadanos: Al presentarme por segunda vez a prestar el juramento de costumbre como Presidente de la Unión, no es necesario dirigiros un manifiesto tan extenso como el que tuve el gusto de ofreceros en otra ocasión, pues entonces era preciso daros a conocer mi plan político y la línea de conducta que me proponía seguir, y ahora, después de haber desempeñado este cargo por espacio de cuatro años, durante los cuales habéis seguido paso a paso las diversas fases de la grandiosa lucha que aun absorbe la atención pública, conocéis suficientemente mis opiniones e ideas para que pudiera deciros nada nuevo.

»Los triunfos alcanzados por nuestras armas, y de los cuales depende todo lo demás, son harto notorios; creo que tanto el público como yo podemos estar satisfechos del resultado obtenido, y aunque con grandes esperanzas de llevar a buen término la lucha, sería aventurado pronosticar desde ahora cuál será el desenlace.

»Al ser elegido Presidente hace cuatro años, todos creían inminente la guerra, temíanla todos, no había quien no propusiera medios para evitarla, y cuando yo os presentaba en este mismo sitio mi manifiesto inaugural, animado de los mejores deseos de conservar la Unión sin recurrir a la fuerza de las armas, circulaban en la ciudad numerosos agentes secretos que trabajaban sin tregua ni descanso para disolverla y excitar los ánimos contra la autoridad del Gobierno reconocido. Ambos partidos deseaban evitar la lucha, pero como uno de ellos la prefería más bien que continuar en la Unión, y el otro la aceptaba antes que dejarla perecer, vino la guerra con todos sus horrores y funestas consecuencias, siendo una de las principales causas de ella la cuestión de la esclavitud. Nadie esperaba seguramente que la guerra se prolongaría de tal modo adquiriendo tan gigantescas proporciones, ni se podía anticipar tampoco que la causa de la lucha cesaría antes que la lucha misma. Todos buscaban un triunfo más fácil a la vez que un resultado menos fundamental; todos leían la misma Biblia y elevaban sus oraciones al mismo Dios pidiéndole protección para combatir a sus hermanos, y pudiera parecer extraño que así se haga... Pero no juzguemos, porque también a nosotros se nos ha de juzgar; el ruego de todos no debía ser atendido; ninguno ha conseguido hasta ahora su objeto, pero entre tanto acatemos la voluntad del Todopoderoso sometiéndonos a sus altos

juicios. Nuestro más vehemente deseo es que cese cuanto antes la desastrosa guerra que aflige al país; en nuestras oraciones suplicaremos humildemente al Altísimo que nos libre de tan cruel azote, pero si Dios quiere que continúe la lucha hasta que la nación se vea convertida en un montón de ruinas, y hasta que se haya vertido la última gota de sangre de nuestros ciudadanos, respetemos también su voluntad, y digamos que los juicios del Señor son justos e infalibles.

»Sin animosidad contra ninguno, mostrándonos caritativos para con todos, y fuertes con nuestro derecho, tratemos de terminar cuanto antes la obra empezada, pues sólo así podremos salvar la nación, proteger a las viudas y los huérfanos de los que perecieron en la lucha, y conservar la buena paz y armonía no solo entre nosotros, sino con todas las demás naciones.»

El triunfo decisivo de la causa del Norte en el escrutinio, juntamente con las brillantes victorias de Sherman y Farragut, habían dado un poderoso impulso a la grande obra que se proponía llevar a cabo el Gobierno de Lincoln. Faltaba ya muy poco para llegar al desenlace, y así es que después de la elección, se emprendieron de nuevo las operaciones por mar y por tierra con la mayor actividad, según vamos a ver en los próximos capítulos, que nos conducirán hasta el fin de la gran crisis, cuyo resultado fue la celebración de la paz, y el restablecimiento de la Unión.

25. LA CAMPAÑA DEL GENERAL HOOD EN EL TENNESSEE (1864-1865)

Última expedición de Forrest. Ataque de Johnsonville. Ataque de Atenas. Retirada de Hood. Los separatistas atacan a Gordon Granger en Decatur. Hood cruza el Tennessee por Florencia. El general Thomas se retira a Nashville, perseguido por los confederados. Combate en Duck River y en Spring Hill. Schofield se detiene en Franklin. Batalla de Franklin. Pérdidas de los confederados. Muerte del general Cleburne. Batalla de Nashville. Combate en Murfreesboro. Hood derrotado por Thomas. El coronel Post asalta la colina de Montgomery. Los generales Wood y Smith se apoderan de la primera línea de defensa. Asalto y toma de Overton Hill. Derrota de los confederados. Sus pérdidas. Hood es perseguido hasta el Tennessee. La expedición de Lyon. Gillem derrota a Duke y a Vaughn. Breckenridge se retira a la Carolina del Norte. Toma de Saltville. Capturas del general Thomas. Hood resigna el mando.

Sherman había destacado al general Thomas con fuerzas suficientes para atender a la defensa del Tennessee, pues no sabía a punto fijo cuáles serían las intenciones de Hood, aun cuando sospechaba que sus movimientos tenían por principal objeto hacer abandonar a los federales sus posiciones para privarles de las ventajas obtenidas en la campaña de Atlanta. Sherman, sin embargo, no podía asegurar nada, y por esto autorizó a Thomas para obrar como lo tuviese por conveniente, previniéndole tan solo que si Hood penetraba atrevidamente en el Tennessee, le opusiera una vigorosa resistencia, persiguiéndole luego sin tregua ni descanso hasta arrojarle del territorio, y que si se dirigía a Atlanta se limitara a seguirle a distancia.

El general Thomas contaba cuando menos con tantas fuerzas como Hood, o acaso más, incluyendo las que se hallaban entre Knoxville y Memphis, pero se componían en su mayor parte de restos de brigadas y regimientos que se habían dispersado en todo el territorio para guardar varios puestos militares, depósitos de víveres, vías férreas, etc., e impedir que las guerrillas cometiesen tantas depredaciones.

Antes de ponerse en marcha Hood, con dirección al Tennessee, destacó a Forrest con una numerosa fuerza de caballería ligera, que cruzando rápidamente el río por la parte de Waterloo, se presentó de improviso en 23 de septiembre de 1864 delante de Atenas (Alabama), defendida por el coronel Campbell, quien tenía a sus órdenes seiscientos unionistas y un regimiento de negros. Cercando en el acto la ciudad, Forrest rompió el fuego contra el fuerte, después de intimar, aunque inútilmente, la rendición, pero habiendo conseguido luego celebrar una entrevista con Campbell, hízole ver que sería inútil defenderse por más tiempo, y el jefe unionista debió convencerse, puesto que entregó la plaza, precisamente media hora antes de llegar algunas tropas para reforzar la guarnición, las cuales fueron derrotadas después de un breve pero reñido combate. Hecho esto, Forrest se dirigió por el norte hacia Pulaski, y en el camino destruyó la vía férrea, apoderóse de un puesto fortificado, y no dejó de escaramucear un momento hasta llegar a la ciudad citada, mas por fortuna hallábase en ella el general Rousseau, y como ocupaba una buena posición con fuerzas numerosas, Forrest creyó más prudente retirarse, y marchó hacia la vía férrea de Chattanooga, donde los separatistas cometieron varios desperfectos. El general Rousseau, no obstante, seguía la pista a sus enemigos, y utilizando el camino de hierro de Nashville, les salió de nuevo al encuentro en Tullahoma; el general Steedman avanzaba también contra los separatistas después de cruzar el Tennessee, y la división Morgan llegaba desde Atlanta para cercarlos completamente.

Todo fue inútil, no obstante, porque Forrest retrocedió, y tomando otra dirección, encaminóse a Fayetteville, en cuyo punto dividió sus fuerzas y destacó a Buford con cuatro mil hombres para que se apoderase de Huntsville mientras él iba con otros tres mil hacia Columbia. Su intención era, a no dudarlo, tomar esta plaza, pero no la atacó porque Rousseau le seguía de cerca juntamente con el general Washburne, quien llevaba consigo tres mil caballos y mil quinientos infantes. Buford, entre tanto, intentaba apoderarse de Atenas, cuya plaza atacó en la noche del 2 al 3 de octubre, pero rechazado vigorosamente por el teniente coronel Slade, tuvo que desistir de su empresa, y huyó precipitadamente, cruzando el Tennessee el día 3. De un momento a otro iba a verse Forrest completamente cercado por sus enemigos; comprendiéndolo así, inutilizó el camino de hierro en una distancia de cinco millas, dejó a sus prisioneros en libertad bajo palabra, dirigióse rápidamente hacia Mount Pleasant y Lawrenceburg, cruzó el Tennessee por la parte de Bainbridge y pudo librarse así de sus perseguidores después de haber causado muchos daños y cogido lo menos mil prisioneros, sin sufrir más que algunas pérdidas insignificantes.

Mientras que Forrest terminaba felizmente su expedición, el general Hood, que había estado operando en la línea de comunicaciones que tenía Sherman cerca de Chattanooga, marchando luego hacia el norte de Alabama, presentábase con fuerzas numerosas ante Decatur, donde se halla el empalme de las vías férreas que cruzan el Tennessee. Allí estaba el general Gordon Granger con numerosas tropas, y en una posición, que no por estar muy bien fortificada dejaron de atacar los separatistas, aun cuando no tenían artillería, pero llegada la noche, se suspendió el combate, y en la madrugada del día siguiente, 28 de octubre, hicieron los sitiados una salida con tan buena suerte, que obligaron a sus enemigos a levantar el campo cogiéndoles ciento veinte prisioneros. El ataque a Decatur había sido simulado y con el objeto de avanzar mas hacia el oeste, lo cual consiguieron los confederados a pesar de la enérgica resistencia que les opuso la brigada de caballería del general Croxton. Forrest por su parte, cuyas fuerzas no bajaban de diez y siete regimientos de caballería y nueve cañones, acababa de presentarse a la vista de Johnsonville, importante depósito militar de los federales, defendido por el coronel Thompson, que tenía a sus órdenes un regimiento de negros, mil hombres de otras tropas y tres cañoneras. Forrest atacó resueltamente a Johnsonville, y habiendo sido rechazado, tomó posición para hostigar al enemigo, mas al saber que se acercaba el general Schofield, procedente de Nashville, levantó inmediatamente el campo, no sin haber batido antes a las fuerzas de la flotilla, obligando a éstas a pegar fuego a sus transportes para que no cayeran en poder del enemigo. Por desgracia, el incendio se comunicó a los almacenes de la orilla del río y se quemaron una porción de efectos y provisiones por valor de un millón quinientos mil dólares.

No siendo ya dudoso que el general Hood, a quien se había reunido Dick Taylor con su cuerpo de ejército, trataba de penetrar en el Tennessee, Thomas dispuso que se concentrase una parte de sus tropas en Pulaski, a fin de entorpecer más bien que impedir la marcha de los separatistas sobre Nashville. Según se dijo, el ejército de Hood constaba entonces de cuarenta mil infantes y doce mil jinetes, de modo que con la artillería vendría a reunir unos cincuenta y cinco mil hombres, y para oponerse a estas fuerzas, sólo disponía Thomas de unos treinta mil, a las órdenes de los generales Stanley, Schofield, Hatcher, Croxton y Capron, pues las demás tropas se hallaban diseminadas en el extenso territorio de su mando, y para reunir las había sido preciso dejar abandonados varios puestos militares de importancia. Thomas reflexionó detenidamente acerca del partido que debería tomar, y persuadido de que si volvía a Nashville para hacerse fuerte, obligaría a Hood a concentrar su ejército, que se iría debilitando poco a poco mientras el suyo se reforzaba, optó por hacerlo así, porque era un medio más seguro que atacar desde luego, exponiéndose a una derrota. En su consecuencia el general Thomas envió a llamar a Schofield, que se hallaba en Johnsonville, dispuso que se concentraran las tropas de Smith y la caballería de Wilson, y dio orden a Schofield para que se situara en Pulaski a fin de vigilar atentamente los movimientos de Hood, aunque evitando en lo posible empeñar combate alguno hasta recibir refuerzos.

El día 19 de noviembre emprendió la marcha el general Hood, y sin detenerse un momento, continuó avanzando hacia Florencia: su ejército estaba dividido en tres cuerpos al mando de los

generales Cheatham, Stewart y D. Lee, y cada uno de aquellos se componía de tres divisiones a las órdenes inmediatas de Cleburne, Loring, Bate, E. Johnson y Buford; el general Forrest formaba la vanguardia con su caballería. Por lo que hace al general Thomas, podía disponer de cinco divisiones, pero acababa de reunir otras varias fuerzas antes de comenzar la lucha formalmente, y había ordenado al general Schofield que abandonase su campamento de Pulaski y se replegara inmediatamente hacia Columbia. Dos divisiones, a las órdenes de Stanley, habían llegado ya a Lynnvile a fin de proteger el camino de hierro por donde debían pasar los vagones; la brigada de caballería de Capron estaba apostada en Mount Pleasant, cubriendo las cercanías de Columbia, y la guarnición de esta ciudad se había reforzado con una parte de la división Ruger. Cuando los separatistas se presentaron delante de Columbia, dando a conocer su intención de cruzar por Duck River, el general Schofield se retiró apresuradamente por el río, y al saber que el enemigo se preparaba ya a efectuar su movimiento, previno a Stanley que marchara inmediatamente a Spring Hill, a cuyo punto llegaron los unionistas a tiempo para impedir que la caballería de Forrest se apoderase de algunos trenes. Esto no se consiguió, sin embargo, sin que mediara un reñido combate, y como a poco llegasen nuevas fuerzas confederadas, viéronse los federales en la precisión de retirarse para evitar una derrota.

Schofield y Ruger habían estado batiéndose todo el día para evitar que el enemigo cruzase por Duck River, consiguiendo rechazarle siempre que lo intentó, pero llegada la noche, avanzó sobre Spring Hill, donde se hallaban acampados los separatistas. Schofield no creyó prudente trabar allí el combate, y después de recorrer una distancia de veinticinco millas, llegó en la mañana del 30 a Franklin, en cuyo punto tomó posición, dando orden inmediatamente para que se construyeran algunas obras defensivas en las que se proponía esperar la llegada de sus víveres y tren de campaña. El ejército de Hood había conseguido entre tanto su objeto, pues en la noche del 29 de octubre logró dispersar a la caballería unionista que guardaba el paso del río, y pudo atravesarlo sin otro contratiempo, de modo que poco después se presentaba ante las líneas de los federales, resuelto a empeñar la lucha.

El general Hood creyó prudente demorar el ataque hasta que llegasen todas sus tropas, y cuando estas estuvieron reunidas, dio la orden de acometer, trabándose al poco tiempo una encarnizada refriega en la que cayó mortalmente herido a las primeras descargas el general Carter. Schofield observaba atentamente el combate desde el fuerte Granger. Debe advertirse que aunque el jefe unionista tenía a sus órdenes veinte mil hombres, una gran parte de estos se hallaba cerca del río guardando los trenes y los bagajes, de modo que en las líneas de defensa sólo había dos divisiones, es decir, unos diez mil hombres para contener al enemigo, si bien la posición de los federales era muy ventajosa por todos conceptos, pues ocupaban una elevada colina muy a propósito para la defensa. A pesar de todo fue tan impetuosa la carga de los confederados, que las tropas de Schofield no pudieron resistir el empuje y se vieron al momento arrolladas por sus enemigos, que como un torrente se precipitaron en las líneas, donde cogieron muchos prisioneros, dispersando a los que intentaban oponer una vigorosa resistencia. A los pocos momentos, los unionistas comenzaron a replegarse, los confederados se apoderaron de la colina y de ocho cañones, y después de clavar allí su bandera en señal de triunfo, preparáronse a completar la victoria persiguiendo a los fugitivos. Los unionistas huían en el mayor desorden, suponiendo que la jornada estaba completamente perdida y que lo único que podía hacerse era evitar que la derrota fuese más desastrosa, pero en aquel momento la brigada del coronel Opdycke, que formaba la reserva y se hallaba detrás de la colina, avanzó resueltamente contra los vencedores, conducida por su intrépido jefe. Entonces se trabó de nuevo un desesperado y sangriento combate, cuyo resultado fue recobrar de nuevo los federales las obras de defensa, que mal de su grado hubieron de abandonar los separatistas, dejando en ellas trescientos prisioneros y los cañones de que antes se apoderaran.

El haberse tomado las líneas defensivas se debió no sólo a lo imprevisto del ataque, sino también al valor de la tropa de Opdycke y de su intrépido jefe. Exasperado más bien que desconcertado por este contratiempo, Hood destacó fuertes columnas a fin de apoderarse otra vez de

las líneas antes de que las reforzara el enemigo, pero Opdycke, semejante al genio de la guerra, acudía a todos los puntos, parecía multiplicarse y desplegó tal actividad, que rechazó a los sitiadores, alcanzando con esto una segunda victoria. Inútil parece decir que Opdycke recibió bien pronto los refuerzos que tanto necesitaba para conservar su posición. La batalla duró hasta las diez de la noche, y el enemigo trató por último de flanquear el ala derecha de los federales, pero fue rechazado por la división Stanley, y se frustraron cuantos esfuerzos hizo para apoderarse de las líneas que poco antes estaban en su poder. Sería poco más de la media noche cuando habiendo desistido los separatistas de su tenaz empeño, abandonaron los federales su posición y se dirigieron a Nashville, donde podrían entregarse algunas horas al descanso las tropas que tan heroicamente se habían batido. El general Forrest trató al principio de perseguir a los federales, pero luego mudó de parecer, comprendiendo sin duda que no conseguiría nada.

Las pérdidas de los unionistas en esta mortífera refriega se redujeron a ciento ochenta y nueve muertos, mil treinta y tres heridos, entre los cuales se contaba el general Stanley, de mucha gravedad, y mil ciento cuatro extraviados; total dos mil trescientos veintiséis. El general Thomas asegura que los separatistas tuvieron al menos mil setecientos cincuenta muertos, tres mil ochocientos heridos y setecientos dos prisioneros: total seis mil doscientos cincuenta y dos. He aquí, sin embargo, lo que decía el general Hood en su parte oficial:

«La lucha duró hasta media noche, hora en que el enemigo tuvo por conveniente abandonar sus obras de defensa y cruzar el río, dejando en nuestro poder sus muertos y heridos. Nunca he visto a las tropas batirse con tanto valor y denuedo; durante el día no pude hacer uso de los cañones por no causar daño alguno a las mujeres y los niños que había en la ciudad, pero llegada la noche, mandé preparar las piezas para continuar la acción por la mañana, lo cual no pudo efectuarse porque el enemigo se había retirado ya. Hemos cogido mil prisioneros y varias banderas, y nuestras pérdidas en muertos, heridos y extraviados no pasan de cuatro mil quinientos hombres. Entre los primeros se cuentan el general Cleburne y los brigadieres generales Gist, Adams, Strahl y Granbury; en la lista de los segundos figuran el mayor general Brown y los brigadieres generales Manigault, Quarles, Cockrell y Scott, y el general Gordon ha quedado prisionero. El número de muertos que ha dejado el enemigo en el campo de batalla indica que sus pérdidas han sido poco más o menos iguales a las nuestras. A la mañana siguiente, y apenas estuvieron enterrados los muertos, me dirigí hacia Nashville con todas mis tropas: Forrest persiguió al enemigo sin descansar un momento.»

La muerte del general Cleburne, el Stonewall Jackson del Oeste, era ya de por sí una pérdida irreparable para los confederados: natural de Irlanda, Cleburne había servido en el ejército inglés, y como hombre intrépido y valeroso, no encontró nunca quien le aventajara; el encarnizado combate que acababa de tener lugar privaba a Hood de una sexta parte de su fuerza con la muerte de Cleburne, que dejaba un vacío difícil de llenar.

Hasta entonces, el general Thomas había tenido que combatir a numerosos enemigos, pero cuando en 30 de noviembre llegó Hood delante de Nashville, era el caso muy distinto: el ejército separatista no contaba ya sino con unos cuarenta mil hombres a causa de las bajas sufridas, mientras los federales acababan de recibir un refuerzo por la llegada de las tropas de Smith, procedentes de Missouri, sin contar que otros cinco mil hombres del ejército de Sherman llegaron también por el camino de hierro de Chattanooga; añádase a esto la guarnición de Nashville y una nueva división formada con voluntarios de la ciudad, y tendremos que las fuerzas de Thomas eran ya muy superiores en número a las del enemigo, que pensaba sitiarle en una plaza perfectamente fortificada. El general Grant, que no comprendía la audacia de Hood, hallándose éste en el centro del Tennessee, abandonó su campamento del James para ir a ver por sí mismo cuál era la situación de los federales, pero en el camino recibió un telegrama y pudo convencerse de que así como Sheridan, no necesitaba Thomas de la presencia del jefe del ejército para cumplir con su deber.

Thomas, que no quería abandonar su posición de la vía férrea de Chattanooga, había dejado al general Rousseau con ocho mil hombres en el fuerte Rosecrans, en Murfreesboro, y sabido esto por

los separatistas, dispuso su jefe que una división del cuerpo de ejército de Cheatham y dos mil quinientos jinetes de la caballería de Forrest atacasen un fortín que hay cerca de Overall, pero estaba defendido por el general Milroy, que tenía a sus órdenes tres o cuatro regimientos, y los confederados hubieron de retirarse, después de sufrir algunas pérdidas. En 21 de diciembre, la caballería de Buford, que trataba de ocupar a Murfreesboro, fue rechazada por un regimiento de infantería, y entonces se dirigió a Lebanon con el objeto de cruzar el Cumberland, lo cual no pudo conseguir porque varias cañoneras impedían el paso por aquel punto. El general Milroy salió entre tanto de Murfreesboro con siete regimientos de infantería, atacó a los confederados en Wilkeson, y les hizo retroceder, cogiéndoles doscientos siete prisioneros y dos piezas, sin sufrir más pérdidas que treinta muertos y ciento setenta y cinco heridos.

En 4 de diciembre ocupó Hood sus posiciones al sur de Nashville, apoyándose en la colina de Montgomery, que estaba frente al centro de los federales, y solo distaba ya de éste unas seiscientas varas, mas no se trabó desde luego la lucha porque durante una semana hizo un frío tan riguroso, que los soldados de uno y otro ejército no podían apenas moverse por tener los miembros entumecidos, siendo de notar que los confederados debieron sufrir más en razón a no ser su equipo tan bueno como el de los unionistas. Por fin, el 14 de diciembre varió la temperatura, y entonces Thomas dio orden de avanzar al día siguiente, previniendo al general Steedman que atacara al enemigo por la derecha a fin de obligarle a que se replegara hacia el centro. Llegada la hora, una densa niebla que no se disipó en todo el día, permitió a los federales adelantar sin que se pudiesen observar sus movimientos: el general Smith, con su reducido cuerpo de ejército y la caballería de Wilson, atacó acto continuo el ala izquierda de la infantería enemiga, y entre tanto la división de caballería de Johnson acometía a la de los separatistas con objeto de apoderarse de una batería situada en la orilla del Cumberland. Los federales no consiguieron su intento, pero el ataque bastó para que el enemigo evacuase su posición durante la noche.

El cuarto cuerpo de ejército, a las órdenes del general Wood, en combinación con las fuerzas de Smith, asaltaba entre tanto la colina de Montgomery, que fue tomada a pesar de la vigorosa resistencia que opusieron sus defensores, y conseguido esto, avanzó Wood con todo su cuerpo de ejército, y no tardó en hacerse dueño de toda la línea del enemigo, cogiendo varios cañones y quinientos prisioneros, con lo cual obligó al enemigo a tomar una nueva posición al pie de las colinas de Harpeth. Llegada la noche, el general Thomas reformó su línea de batalla extendiéndola hacia el este: Schofield se encargó del ala derecha, Wood de la izquierda, con la caballería; Smith del centro, y Steedman conservó su primera posición. En esta jornada cogieron los federales dieciséis piezas de artillería, mil doscientos prisioneros, muchas armas de todas clases y cuarenta vagones, sin sufrir pérdidas de consideración, y bien puede asegurarse que nunca se habían batido las tropas con tanto arrojo y buena voluntad. El ejército pasó la noche en la misma posición que ocupaba anteriormente, dispuesto a continuar el combate al otro día, y en efecto, a eso de las seis de la mañana, el general Wood persiguió a las avanzadas enemigas hasta mas allá del camino de Franklin, después de lo cual continuó su marcha hacia al sur de Nashville, hasta que se vio detenido por una nueva línea de obras defensivas levantadas durante la noche en la colina de Overton, que dista unas cinco millas de la ciudad. El general Steedman avanzaba también desde Nashville por el camino de Nolensville, con sus tropas formadas en orden de batalla a fin de apoyar los movimientos que se practicasen durante aquel día, y por otra parte el general Smith, seguido de su cuerpo de ejército, iba a tomar posición en el ala derecha, completando así la nueva línea que se trataba de formar. La caballería del general Wilson, que había pasado la noche en otra posición, fue a reunirse con Schofield, y ya al mediodía había conseguido esta columna colocarse a espaldas del enemigo, extendiéndose por Granny White, uno de los principales caminos que conducen a Franklin.

Cuando se hubo efectuado este movimiento, y después de asegurarse de que todos estaban en su puesto, el general Thomas dio orden de avanzar contra el flanco izquierdo del enemigo, pues aunque este era mas fuerte que el centro, el jefe unionista quería ante todo cortar la retirada a los confederados por la parte de Franklin. A eso de las tres de la tarde, la brigada Post recibió orden del

general Wood de tomar por asalto la posición de Overton, y habiéndose prevenido lo mismo al general Steedman, dispuso éste que el coronel Morgan, jefe de una brigada negra, cooperase en el movimiento. El terreno por el cual debían avanzar las dos columnas para lanzarse al asalto estaba completamente descubierto, mas no debía detener esto a los federales, que acometieron resueltamente en medio de un espantoso fuego de fusilería, sin que les arredrase tampoco la metralla que diezmaba sus filas. Al llegar, no obstante, a la cima de la colina, un cuerpo de reserva del enemigo rompió un fuego tan mortífero sobre los sitiadores, que estos se detuvieron y acabaron por emprender la retirada, dejando un gran número de muertos y heridos en las líneas de defensa. Entonces el general Wood se ocupó en reunir sus tropas dispersas para lanzarse de nuevo al ataque, mientras los generales Smith y Schofield, secundando los esfuerzos del cuarto cuerpo de ejército, hacían avanzar a sus tropas contra las obras defensivas del enemigo, y aquella vez nada bastó para resistir a los federales, que rompieron la línea enemiga por doce puntos distintos, cogiendo todos los cañones y miles de prisioneros, entre los cuales se contaban cuatro oficiales generales. Todos cuantos pudieron escapar de aquella espantosa carnicería fueron perseguidos hasta las alturas de Brentwood, y mientras atacaban los generales Smith y Schofield, la caballería de Wilson ocupaba el camino de Granny White para cortar la retirada a los separatistas.

Completamente dispersado el enemigo y sin esperanza de rehacerse, huyó a la desbandada en la dirección del desfiladero de Brentwood, perseguido de cerca por los unionistas, pero la noche puso fin a la lucha, y las tropas victoriosas se entregaron al descanso. En tanto que los federales perseguían a los fugitivos por el camino de Franklin, el general Wilson destacaba a las divisiones Knipe y Hatch con el objeto de que ocuparan completamente el camino de Granny White, cortando toda retirada al enemigo. Después de recorrer una milla, estas dos divisiones encontraron un puesto fortificado donde estaba la caballería de Chalmer, a la que desalojaron los federales de su posición, no sin que mediara un breve pero obstinado combate.

En estas dos últimas jornadas cogieron los unionistas cuatro mil cuatrocientos sesenta y dos prisioneros, incluso doscientos ochenta y siete oficiales de todas graduaciones, apoderándose además de cincuenta y tres piezas de artillería y algunos miles de armas de todas clases. La caballería de Wilson, seguida de cerca por el cuerpo de ejército de Wood y por los generales Smith y Schofield, persiguió al resto de los fugitivos, cruzando Harpethriver, Rutherford's Creek y Dukriver, no sin gran dificultad, porque la corriente de estos ríos iba muy crecida a causa de las últimas lluvias. La persecución no cesó hasta el 29 de diciembre, en cuyo día supo con toda seguridad Thomas que el general Hood, merced a los obstáculos naturales que habían entorpecido la persecución, y gracias también a la vigorosa resistencia que opuso su retaguardia al mando de Forrest, había conseguido cruzar el Tennessee y dirigirse a Bainbridge. Entonces Thomas mandó hacer alto y ordenó al general Steedman que marchase a Stevenson, donde se hallaba Granger con las guarniciones de Huntsville, Atenas y Decatur, las cuales debían volver a ocupar todos los puestos militares del norte de Alabama a fin de cruzar luego el Tennessee para cortar las comunicaciones del enemigo. Stevenson llegó a Decatur poco después, pero allí supo que Hood se hallaba ya demasiado lejos para que pudiesen dar resultado alguno las nuevas operaciones.

Poco antes de asaltar a Nashville, Hood había destacado al general Lyon con ochocientos jinetes y dos cañones para que destruyera la vía férrea de Louisville, cerca de la cual se hallaba la retaguardia de Thomas, pero Lyon no contaba con suficientes fuerzas, ni podía por lo tanto acometer empresa alguna de importancia, y así es que se limitó a tomar a Hopkinsville, mas no tardó en verse atacado cerca de Greensburg por la brigada Lagrange, que dispersó a sus tropas el día 10 de enero de 1865, cogiéndole un cañón y algunos prisioneros. Perseguido de cerca por sus enemigos, Lyon cruzó el Tennessee con doscientos hombres, y habiendo sufrido nuevas pérdidas, refugióse a Red Hill, donde le sorprendió durante la noche el coronel Palmer, cogiéndole cien prisioneros, pero Lyon se escapó después de rendirse, matando de un pistoletazo al centinela y desapareciendo entre la oscuridad de la noche. Este fue el último golpe que sufrió el ejército de Hood.

Terminada su campaña del Tennessee, Thomas se disponía a establecer sus cuarteles de invierno, pero no tardó en recibir comunicaciones de Washington, previniéndole que el general Grant estaba resuelto a terminar de una vez la guerra, y que por lo tanto era preciso continuar las operaciones. En su consecuencia los cuerpos de ejército de Schofield, Smith y Wilson fueron trasladados a Clifton, y el general Wood marchó a Huntsville, en el norte de Alabama, a fin de continuar la campaña de invierno.

En tanto que Hood era batido una y otra vez por los federales, llevábanse a cabo otras operaciones en el Tennessee Oriental. Por orden de Thomas había marchado el general Stoneman a Knoxville para encargarse allí del mando, y poco después fue a reunirse con él el general Burbridge con todas las fuerzas que tenía disponibles. El general separatista Breckenridge, a cuyo conocimiento llegó bien pronto que tenía muy cerca al enemigo, emprendió la retirada, marchando en su persecución el general Ammen, que acababa de llegar de Chattanooga con mil doscientos hombres. Thomas dispuso luego que Stoneman saliese también de Knoxville con tres brigadas de caballería a las órdenes de Burbridge y Gillem para seguir la pista a los fugitivos, a los cuales se dio alcance en Kingsport, donde se les dispersó cogiéndoles trescientos prisioneros. En 15 de diciembre, los federales se presentaron delante de Abingdon, cuya plaza tomaron también sin encontrar gran resistencia. El 16 del mismo mes las tropas unionistas alcanzaron a la caballería de Vaughan en Marion, y aquí fue derrotado una vez mas el enemigo que se dispersó en todos sentidos sin poder evitar que sus perseguidores destruyeran parte del camino de hierro, cometiendo otros desperfectos de consideración.

Breckenridge había reunido entre tanto todas las tropas que le fue preciso con ánimo de atacar la vanguardia unionista, pero Stoneman le encontró cerca de Marion, y creyendo que los confederados aceptarían la batalla, tomó sus posiciones para empeñarla al día siguiente. Breckenridge, no obstante, no creyéndose con suficientes fuerzas, se retiró por las montañas a la Carolina del Norte, sin perder más que algunos vagones que conducían una parte de los bagajes. De este modo quedó Saltville, con sus extensas y ricas salinas, a disposición de los unionistas, los cuales se apoderaron de aquel punto sin lucha ni resistencia. Las salinas fueron destruidas completamente, y no quedando ya enemigos que combatir en el devastado territorio del Tennessee Oriental, los generales Stoneman y Gillem volvieron tranquilamente a Knoxville mientras Burbridge se dirigía con sus fuerzas a Kentucky.

Al dar cuenta del resultado de aquella campaña, el general Thomas manifestaba en su parte que desde el 7 de septiembre de 1864 hasta el 20 de enero de 1865 había hecho prisioneros a un mayor general, siete brigadieres, dieciséis coroneles, catorce tenientes coroneles, veintidós mayores, doscientos doce capitanes, seiscientos un tenientes, ochenta y nueve cirujanos y capellanes, y diez mil ochocientos noventa y cinco subalternos, total once mil ochocientos cincuenta y siete, sin contar mil trescientos treinta y dos individuos canjeados durante este tiempo. Además había recibido el juramento de sumisión de dos mil doscientos siete desertores del ejército confederado, y tenía en su poder setenta y dos cañones de todos calibres y tres mil setenta y nueve armas de diversas clases, cogidas al enemigo. Sus pérdidas en muertos, heridos y extraviados ascendían a diez mil hombres, es decir, una mitad menos que el ejército separatista, el cual puede decirse que había dejado de existir cuando el general Hood, que se hallaba entonces en Tupelo, fue relevado del mando a instancia suya en 23 de enero de 1865.

Ya hemos visto cómo terminó la invasión del Tennessee, de que tanto se había hablado, y la sangrienta campaña que debía acelerar el triunfo de la Unión.

26.

LA GRAN MARCHA DE SHERMAN. GEORGIA. LAS CAROLINAS (1864-1865)

El ejército unionista en Atlanta. Combate en Lovejoy. El general Kilpatrick delante de Macon. Slocum en Milledgeville. Howard en Sandersville. Kilpatrick avanza sobre Waynesboro. Combate. Los generales Blair y Millen. Los federales en Statesboro. Combate de Ogeechee. Slocum se dirige a Louisville. Sherman delante de Savannah. Toma del fuerte Mc Allister. Foster y Dahlgren. Las tropas del general Hardee abandonan a Savannah. Pérdidas de Sherman en Georgia. Correspondencia con Lincoln. Expediciones de Dana, Davidson y Grierson. Victoria de Grierson en Egipto. Hatch derrotado en Honey Hill. Foster ocupa a Pocotaligo. Sherman penetra en la Carolina del Sur. Los federales avanzan hacia Edisto. Combate cerca de Branchville. Kilpatrick en Aiken. Combates en Orangeburg y en Congaree. Rendición de Columbia. El incendio de Columbia. Informe de Sherman. El general Hardee evacua a Charleston, abandonando sus obras defensivas. Relación de Pollard. Los unionistas ocupan los fuertes. Combate de la estación de Williston. Sherman en Winnsboro. Ocupación de Fayetteville. Hampton sorprende a Kilpatrick. Su derrota. Slocum es atacado por Hardee en Averysboro. El general Johnston ataca a Slocum en Bentonville. Combate obstinado. Johnston abandona el campo. Entrada de Sherman en Goldsboro. Expedición de Butler al fuerte Fisher. El brulote. Bombardeo. Butler vuelve al James. Descontento de Grant. Segunda expedición al mando del general Terry. Ataque del fuerte Fisher. Bombardeo por la flota. Ataque de los marinos. El general Ames avanza al asalto. Desesperado combate. Toma del fuerte. Pérdidas. Explosión del polvorín. Llegada del general Schofield. Los unionistas avanzan sobre Wilmington. Ocupación de la ciudad. Combate en Town Creek. Evacuación del fuerte Anderson. Retirada de Hoke. Incendio de buques. El ejército marcha sobre Kingston. Upham sorprendido en Southwest Creek. Hoke emprende la retirada. Entrada de Schofield en Goldsboro.

Ya hemos dicho que el Gobierno de la Unión había resuelto no suspender las operaciones militares, a fin de acabar cuanto antes con la guerra, y en su consecuencia el general Sherman, después de enviar todos sus enfermos y heridos a Chattanooga, así como también los bagajes que no necesitaba, y las guarniciones de los puestos militares que se hallan más al norte de Georgia, concentró todo su ejército compuesto entonces de unos sesenta mil hombres de todas armas, en Roma y Kingston. Lo primero que hizo después fue disponer que se destruyeran las vías férreas de que pudiera utilizarse el enemigo, respetando sin embargo el telégrafo, pero en 11 de noviembre de 1864, y cuando ya hubo expedido a Washington los partes que necesitaba, lo mandó cortar y terminó los preparativos necesarios para emprender su memorable marcha.

Sherman había formado con su ejército dos grandes divisiones: la una a las órdenes de los generales O. O. Howard, P. J. Osterhaus y F. P. Blair, y la otra mandada por los generales H. W. Slocum, Davis y Williams; la caballería, cuyo jefe era el general J. Kilpatrick, debía proteger los flancos de estas dos grandes divisiones, cada una de las cuales llevaba su tren de campaña y sus pontones para atravesar los ríos. Sherman marchó primero con una división y después pasó a inspeccionar la otra. No era de esperar que la marcha de sesenta y cinco mil hombres, bien armados y equipados, debiera interrumpirse por grandes obstáculos, mientras que Hood permaneciera en el Norte vigilado por el general Thomas; lo único que podía temerse era encontrar resistencia en las milicias locales o en algunas guarniciones que ocupaban puestos importantes, tales como Macon, Milledgeville o la prisión de Millen. También los caminos ofrecerían acaso obstáculos por su mal estado y por las muchas corrientes de agua que se cruzaban en todos sentidos.

El día 14 de noviembre se puso el ejército en marcha: Howard avanzó por Mc Donough, Monticello y Clinton hasta Gordon, mientras Slocum se dirigió por Covington, Madison y Eatonton, a fin de concentrarse en Milledgeville, en cuya población entró el ejército el 23 de noviembre, sin encontrar la menor resistencia. Hasta entonces, lo único que había entorpecido la marcha de la infantería fue el mal estado de los caminos de Georgia; el general Osterhaus divisó una escasa fuerza de caballería enemiga al cruzar el río Cotton, pero esta no intentó otra cosa sino quemar el puente, lo cual no pudo conseguir por haberlo impedido los federales. Así pues, las tropas sólo se ocupaban por lo pronto en cortar las líneas férreas y en procurarse víveres, pues se había dado orden de hacerlo así, mientras fuese posible, a fin de economizar las raciones de pan, vaca, café y azúcar que llevaban los soldados para veinte días. Pasar los trenes por Ocmulgee y sus tributarios, y por las elevadas colinas que se encuentran más allá, habían sido hasta entonces los únicos trabajos del ejército, que debía recorrer diariamente una distancia de quince millas.

El general Kilpatrick era el encargado de explorar el camino: seguido de Howard, había llegado en 15 de noviembre a East Point, donde encontró alguna fuerza de caballería confederada, con la que escaramuceó, obligándola a retroceder hasta el río Flint, el cual atravesaron las tropas al día siguiente por la parte de Jonesboro, siempre en persecución del enemigo, que trató de hacerse fuerte en Lovejoy. Kilpatrick atacó inmediatamente a los separatistas en sus mismas obras de defensa, y pudo cogerles cincuenta prisioneros, en tanto que la brigada de Atkins se apoderaba de sus cañones, y poco después los federales pasaron por Mc Donough, Monticello y Clinton, dirigiéndose en línea recta hacia Macon. En este último punto encontró Kilpatrick otra fuerza de caballería del enemigo, y no pudiendo desalojar a éste de la posición que ocupaba, por hallarse defendida aquella por artillería e infantería, limitóse a destruir un tren de vagones y a inutilizar el camino de hierro por dicho punto.

El general Howard avanzó luego hasta Oconee, seguido de toda la división, que no encontró ya por el pronto resistencia alguna, y entre tanto el general Slocum se concentraba en Sandersville, a cuyo punto llegó el 27 de noviembre. Esta división dispersó una parte de la caballería de Wheeler, que trataba de entorpecer su marcha, y siguiendo después la dirección de la línea férrea, que fue inutilizada en parte, cruzó el río Ogeechee el 28 de noviembre por la parte de Louisville, con objeto de dirigirse inmediatamente al Savannah. Los caminos y puentes, que por lo regular estaban en mal estado, iban siendo cada vez peores por los destrozos que causaba el enemigo, mientras los grandes pantanos que abundan en aquella región dificultaban a cada paso la marcha de los trenes y de la artillería, dando esto mucho que hacer a los ingenieros. En Millen, punto que se halla entre Sandersville y Savannah, hay una gran prisión donde estaban encerrados hacía mucho tiempo, sufriendo crueles privaciones, algunos miles de unionistas, y deseando Sherman ponerlos en libertad, destacó a Kilpatrick con la mayor parte de la caballería para simular que el ejército se dirigía hacia Augusta, y con el objeto de que no sacasen a los prisioneros de Millen. Kilpatrick avanzó desde Milledgeville, por Sparta y Gibson, hasta Waynesboro, escaramuceando con la caballería de Wheeler, que al parecer no se atrevía a empeñar un combate formal, pero al llegar a este último punto supo, que alarmado el enemigo, había sacado los prisioneros de Millen, y en su consecuencia, creyó más prudente retroceder que seguir avanzando, pues ya no tenía objeto la marcha. Al efectuar esta retirada, Kilpatrick y su estado mayor, con solo dos regimientos, se vieron separados del resto de sus fuerzas, y aislados completamente, de tal modo, que estuvieron a punto de ser cercados por Wheeler, pero se batieron con esforzado arrojo, y pudieron reunirse con sus compañeros sin sufrir muchas pérdidas. Estrechado Kilpatrick de cerca por la caballería de Wheeler, mandó desmontar a sus jinetes, eligió una buena posición, y formando una especie de parapeto apresuradamente, rechazó la desesperada carga del enemigo, con tanta más facilidad cuanto que a poco llegó en su auxilio la brigada de Unter. De este modo pudo evitar Kilpatrick una derrota y reunirse de nuevo con su división.

No nos parece necesario referir aquí minuciosamente todos los detalles de la memorable marcha del ejército de Sherman; nos limitaremos a decir, que siempre bien ordenada y dirigida, no

ofreció ningún incidente de importancia; las tropas encontraron abundantes víveres, y según hemos dicho, la caballería de Wheeler fue la única que trató de hostilizar a los federales, pues las escasas fuerzas de milicia de algunas poblaciones no podían oponer una formal resistencia. Las principales localidades por donde pasaron los unionistas fueron Milledgeville, Andersville, Louisville y Millen; contra Macon y Augusta se simuló un ataque para facilitar la marcha del ejército, y en el camino se reclutaron cuatro mil vigorosos negros; inutilizándose más de trescientos cincuenta-millas de línea férrea y se destruyeron propiedades públicas y de particulares por valor de cuarenta millones de dólares. A principios de diciembre llegaron las vanguardias federales a las cercanías de Savannah, desde donde se divisaban las líneas defensivas del general Hardee, jefe de aquel departamento, y el día 10 todo el ejército unionista se hallaba en posición delante de la plaza, después de una marcha feliz, durante el cual se recorrieron trescientas millas en veinticuatro días.

No bastaba sin embargo, llegar a la costa del Atlántico; era preciso apoderarse de un puerto o de uno de los puestos militares que tenía el enemigo, porque nada se podía intentar por el momento contra las fortificaciones de Savannah, donde había una guarnición de quince mil hombres. Sherman se limitó pues, por el pronto, a interceptar todas las líneas férreas que conducían a la plaza, y a vigilar a ésta de cerca, reservando para sus comunicaciones la embocadura del Ogeechee, que desaguaba en el mar a poca distancia de aquel punto. La bahía no estaba cerrada por la parte del Océano, sino por el fuerte de Mc Allister, defendido por veintitrés cañones, parapetos, empalizadas y todo cuanto se conoce en el arte militar. Este fuerte había ya recibido varios ataques de la escuadra, mas por la parte de tierra ofrecía un punto débil que no tardaron en encontrar los federales. Sherman pensó, y con razón, que para apoderarse de este punto, donde sólo había dos mil hombres de guarnición, a las órdenes del mayor Anderson, sería preciso acometer bruscamente sin abrir paralelas ni emplear la artillería, y al efecto dispuso que la división Hazen hiciera sus preparativos para atacar la fortaleza a la primera orden.

El día 12 por la tarde, Sherman se puso en comunicación con los buques federales estacionados a cierta distancia de la bahía, y supo que el almirante Dahlgren y el general Foster esperaban con impaciencia órdenes para cooperar con el ejército. En la noche del mismo día, los unionistas asaltaron resueltamente el fuerte Mc Allister, que fue tomado después de dos horas de rudo combate, y desde aquel momento, quedando ya libre la bahía, pudieron penetrar en ella los buques de la Unión. Sherman fue inmediatamente a ver a Dahlgren, y habiendo manifestado éste que no llevaba cañones de grueso calibre, enviáronse a buscar a Hilton Head treinta piezas del sistema Parrot, a fin de bombardear la ciudad sin pérdida de tiempo. En 17 de diciembre, y cuando Sherman tuvo en su poder todo el tren de batir, se intimó al general Hardee la rendición, pero habiéndose negado éste a escuchar proposiciones, dióse orden a Slocum para que situara convenientemente las baterías y rompiese el fuego apenas se le diese la señal. Sherman fue entre tanto a ponerse de acuerdo con Foster, que estaba en Hilton Head, para que se cortase la retirada al enemigo si intentaba retirarse a Charleston, pero al regresar, en la mañana del 21, supo que la noche anterior había evacuado la ciudad el general Hardee con todo su ejército, cruzando luego el río con pontones, y siguiendo la dirección de Charleston. Era de todo punto inútil pensar en la persecución, pues seguramente Hardee se hallaría ya muy lejos, mas en cambio los unionistas entraron en la ciudad a la mañana siguiente, y vieron que el arsenal estaba destruido, así como también dos buques blindados, muchos barcos pequeños y una considerable cantidad de municiones de todas clases. Como el bombardeo no había empezado aun, la ciudad estaba intacta, y en ella se encontró un inmenso material de guerra, ciento setenta y siete piezas de artillería y una gran cantidad de algodón. Este rico botín, con la ciudad misma, que era uno de los mayores puertos del Sur, constituía un brillante trofeo y coronaba con un triunfo más la marcha de Sherman a través del continente.

El ejército federal había perdido hasta entonces, desde el primer día que se puso en movimiento, quinientos setenta y siete hombres, es decir, setenta y tres muertos, trescientos cuarenta y cinco heridos, y ciento cincuenta y nueve extraviados, apoderándose en cambio de mil

trescientos veintiocho prisioneros. y ciento setenta y siete cañones; y es de advertir que se gastaron muy pocas. municiones, y que los setenta y cinco mil hombres y diez mil caballos del ejército unionista encontraron suficientes víveres para alimentarse durante esta marcha. Sin contar el numeroso ganado de todas clases, las gallinas, patatas, arroz y otros artículos de que se aprovechó el ejército en las varias poblaciones por donde pasó, apoderóse además de cinco mil caballos y cuatro mil mulas, que se utilizaron perfectamente en el servicio nacional, y en cuanto al algodón, habíanse quemado veinte mil balas y se cogieron veinticinco mil en Savannah. Mas de diez mil negros, entre los que se contaban muchas mujeres y niños, habían sido puestos en libertad, y se les permitió que siguieran al ejército para librarles de la venganza de sus amos.

En resumen, la gran marcha de Sherman, que obtuvo un éxito feliz, y que hubiera producido más ventajosos resultados si se hubiese podido poner este ejército en combinación directa con el del norte, merecía ser ciertamente admirada y celebrada como lo fue, pues constituía una novedad en la guerra americana. Aquella era la primera vez que un ejército tan numeroso se atrevía a separarse a tan a tan gran distancia de una línea férrea o de un río navegable, y a permanecer más de un mes lejos de la línea de retirada, viviendo a costa del país.

Seguro ya da haber ahuyentado a todos sus enemigos, Sherman anunció su triunfo al Presidente con la siguiente carta:

«Permitidme que os ofrezca como aguinaldo la ciudad de Savannah con ciento cincuenta piezas de artillería, una considerable cantidad de municiones y veinticinco mil balas de algodón.»

El Presidente contestó del modo que sigue y a correo vuelto:

«Departamento ejecutivo.

»Washington 26 de diciembre de 1864.

»Mi querido general Sherman: muchas, muchas gracias por vuestro regalo de Navidad; es un magnífico obsequio. Cuando os disponíais a salir de Atlanta para dirigiros a la costa del Atlántico, os confieso que estaba inquieto, ya que no alarmado, pero conociendo que sabríais muy bien a qué ateneros, y recordando que si nada se arriesga, nada se gana, no quise intervenir. Ahora que habéis llevado a cabo vuestra empresa con el mejor éxito, todo el honor es vuestro, e incluyendo en cuenta la victoria del general Thomas, como en justicia se debe hacer, no hay duda que hemos obtenido un gran triunfo.

»No sólo hemos dado un gran paso para conseguir el objeto apetecido, sino que acabáis de demostrar al mundo que podíais dividir vuestro ejército para acometer con una parte de él una gran empresa, dejando atrás otra para contener a vuestro principal enemigo, que era el general Hood. De este modo, los que aun dudaban de nuestro poderío podrán ver las cosas bajo su verdadero punto de vista.

»Hacedme el favor de dar las gracias en mi nombre a todos los oficiales y al ejército en general.

»Soy vuestro afectísimo, Abraham Lincoln»

Pocos días antes de haberse apoderado los federales de Savannah, partieron del Mississippi dos expediciones a fin de distraer la atención del enemigo e impedir que se concentrase contra Sherman: la una, a las órdenes del general Dana, salió de Vicksburg en 25 de noviembre, y al llegar a Big Black trabó una encarnizada refriega con un numeroso destacamento del enemigo, que trató de cerrarle el paso, y al que puso en dispersión después de una hora de lucha; y la otra, al mando del general Davidson, se dirigió desde Baton Rouge a Tangipahoa, donde cometió varios destrozos en los puentes y la vía férrea sin encontrar gran resistencia. En 27 de diciembre, y por orden de Dana, salió de Memphis el general Grierson con tres mil quinientos jinetes y se dirigió a Tupelo para cortar la línea hasta Okolona, lo cual consiguió sin encontrar resistencia, y capturó de paso treinta y dos carros cargados de municiones destinadas para el ejército de Hood. En Okolona interceptó Grierson varios despachos del general Dick Taylor, en los que se prometían refuerzos para los confederados, y habiendo sabido además que en una estación conocida con el nombre de

Egipto, se acababa de atrincherar un destacamento enemigo, compuesto de dos mil hombres, dirigióse contra él acto continuo y le atacó resueltamente. Cuando más empeñado estaba el combate, llegaron dos trenes con refuerzos para los separatistas, pero Grierson se interpuso entre estos y el enemigo con quien se batía, consiguiendo rechazar al último y dispersar a los que venían en su auxilio.

El general Foster había recibido entre tanto una orden previniéndole hiciese una demostración en favor de Sherman, a quien se esperaba en Pocotaligo, y aun cuando no contaba sino con cinco mil hombres, marchó a Boyds Neck, en cuyo punto destacó al general Hatch para que ocupara la vía férrea de Charleston y Savannah. Hatch, que no conocía bien el terreno, tuvo la mala suerte de extraviarse antes de llegar a su destino, y atacado por las avanzadas de un pequeño cuerpo de ejército que estaba atrincherado en Honey Hill, atacó resueltamente la posición, pero sufrió una sangrienta derrota, perdiendo en el combate setecientos cuarenta y seis hombres entre muertos y heridos. Cuando Foster supo la derrota de Hatch destacó dos brigadas que marcharon a Devaux Neck, y a un tiro de fusil del camino de hierro ocuparon una fuerte posición, donde debía concentrarse el resto de las tropas. Allí supo Foster, en 31 de diciembre, que Sherman acababa de presentarse delante de Savannah, e inmediatamente se puso en marcha en dirección a Ogeechee, donde permaneció por orden superior hasta la retirada de Hardee, que le permitió ocupar sin resistencia las fortificaciones que tenían los confederados en Pocotaligo. Foster se disponía ya a continuar las operaciones militares bajo las órdenes de Sherman, cuando a causa de una herida que le molestaba mucho, solicitó retirarse por entonces del servicio y fue reemplazado por el general Gillmore.

El general Sherman permaneció un mes en Savannah, durante el cual se ocupó en reorganizar su ejército y hacer varios preparativos para continuar las operaciones. En 15 de enero de 1865 se embarcó todo el cuerpo de ejército de Blair para dirigirse por Hilton Head a Pocotaligo, con objeto de atacar a Charleston cuando llegase el momento, y entre tanto el general Slocum, con la caballería de Kilpatrick, se dirigía por el Savannah, en dirección a Sister's Ferry y Augusta. El general Sherman continuaba pues con su estrategia favorita, que consistía en obligar al enemigo a dividir sus fuerzas, y distraer su atención a fin de impedirle que se concentrara para atacar al ejército unionista en aquella región inhospitalaria.

Las incesantes lluvias de la estación habían aumentado de tal modo la corriente del río, que éste se desbordó, inundando los campos y caminos, y habiéndose roto el puente de barcas del general Slocum, fue forzoso suspender las operaciones al menos por quince días. Por fin, cuando las aguas volvieron a su cauce, todo el ejército de Sherman se puso en movimiento, y en 1 de febrero de 1865, los generales Slocum y Kilpatrick cruzaron el Savannah por Purysburg, y se dirigieron a Beaufort's Bridge, para simular un ataque contra Augusta, mientras la otra división del ejército marchaba rápidamente en dirección al Edisto con el objeto de flanquear a Charleston, y obligar a los separatistas a evacuar la plaza, lo cual harían indudablemente cuando se vieran amenazados de un sitio en regla.

El territorio de la Carolina del Sur es por lo general tan pantanoso, y se hallaba entonces tan cubierto de agua, que el enemigo no creía posible que el ejército de Sherman pudiese atravesar de un punto a otro, mas a pesar de esto, los confederados no perdonaron esfuerzo alguno para aumentar las dificultades que podían oponerse a la marcha de los invasores, y no contentos con interceptar los caminos, amontonando troncos de árboles, la caballería de Wheeler se preparó a hostigar a las tropas de Sherman, en tanto que una brigada de infantería tomaba posición cerca del Salkehatchie con el objeto de entorpecer el paso a los unionistas cuando intentaran cruzar. Todo esto no bastó sin embargo para detener a los federales, pues el 3 de febrero, las divisiones de Mower y Smith tomaron a viva fuerza el puente conocido con el nombre de River's Bridge, rechazando al enemigo, que se retiró a Branchville. Este combate costó a los federales dieciocho muertos y setenta heridos, pero en cambio destruyeron todos los puentes del Edisto; el general Kilpatrick, escaramuceando con Wheeler, llegó hasta Aiken, muy cerca de Augusta, y ya el 11, todo el ejército de Sherman se

hallaba ocupando la línea férrea, totalmente inutilizada, teniendo en jaque las fuerzas que cubrían dicha población, así como también las de la guarnición de Charleston.

En Orangeburg, que dista trece millas de Branchville, hubo luego algunas escaramuzas a causa de haber intentado los separatistas cerrar el paso a sus enemigos cuando trataban de cruzar el Edisto. Al efecto habían levantado una batería detrás de un parapeto, hecho con balas de algodón y sacos de arena, mas ya se comprenderá que esto no ofrecía suficiente resistencia, puesto que una sola carga bastó para tomar las piezas y desalojar a los separatistas. Las tropas de Sherman cruzaron pues, el Edisto, entre el estruendo de la fusilería y el estampido del cañón, mas al llegar al Congaree, encontraron de nuevo resistencia por estar el puente enfilado por la batería de un fuerte que tenían los separatistas cerca del río: el general Woods, cuya división formaba la vanguardia, dispuso entonces que la brigada Stone diese un rodeo y fuera a sorprender el fuerte cruzando por un vado que había a cierta distancia, orden ejecutada con tal acierto, que poco después era tomada la posición del enemigo, el cual apeló a la fuga, y por la noche todas las tropas ocupaban el puente del Congaree, que está cerca de Columbia. La segunda división del ejército, a las órdenes de Slocum, hubo de luchar con no pocas dificultades para cruzar el Savannah, cuya corriente iba muy crecida, sin contar que la caballería de Wheeler no omitió esfuerzo alguno para oponerse al paso de las tropas, pero gracias a la actividad de Kilpatrick, vencieron todos los obstáculos, y la segunda división del ejército unionista se halló bien pronto a la orilla opuesta.

Los defensores de Augusta, que temían ser atacados de un momento a otro, acababan de reunir todas las fuerzas de la milicia de Georgia para defender la plaza, mas no era este suficiente motivo para intimidar a Sherman, pues los restos del ejército de Hood no habían llegado aun, y no temiendo por lo tanto ser molestado, Slocum pudo cruzar los numerosos pantanos que rodean el Edisto, y fue a concentrarse en Lexington, cerca del Saluda, que dista pocas millas de Columbia. El general Howard llegó algunas horas después a las orillas del citado río, cruzó sin dificultad ninguna, y a la noche siguiente echó un puente sobre el Broad, que se halla solo a tres millas de dicha ciudad, haciendo inmediatamente sus preparativos para que se efectuara el paso de las tropas con el mejor orden al otro día. El número de los defensores de la plaza era tan reducido, que ni remotamente podían pensar en oponer resistencia, y así es que en la mañana del 17 de febrero el gobernador la entregó al coronel Stone, el cual dispuso que sus tropas la ocuparan militarmente. Poco después entraron en Columbia Sherman y Howard; los habitantes circulaban por las calles, al parecer sin temor ninguno y por lo que hace al resto del ejército, tomó sus posiciones en los alrededores de la plaza, y algunas fuerzas ocuparon el camino de Camden. Llegada la noche, no obstante y aunque había reinado la mayor tranquilidad durante el día, viose la ciudad envuelta en un mar de llamas, cuyo suceso dio lugar a que los generales Sherman y Wade Hampton se dirigieran mutuas recriminaciones, acusando el uno al otro de ser autor de aquella espantosa conflagración. Para que nuestros lectores puedan juzgar por sí mismos, copiaremos a continuación dos o tres informes distintos en que se da cuenta del hecho. He aquí lo que decía Sherman:

«Antes de la ocupación de la ciudad redacté algunas órdenes para el general Howard, el cual debía comunicarlas a sus tropas, y en ellas prevenía que se destruyeran los arsenales, las vías férreas, los almacenes militares, y en fin, todo aquello de que pudiera utilizarse el enemigo en perjuicio nuestro, pero cuidando muy particularmente de respetar las casas, colegios, escuelas, asilos públicos y toda clase de establecimientos de beneficencia. Yo fui el primero que cruzó el puente de barcas, y acompañado del general Howard, entré en la ciudad para ver qué aspecto presentaba: el cielo estaba despejado, pero soplaba un violento huracán; la brigada del coronel Stone había tomado sus posiciones en la ciudad; los paisanos y los soldados transitaban por las calles, y en general, reinaba el mejor orden. El general Wade Hampton, jefe de la caballería confederada, a quien no se ocultaba que los unionistas tardarían muy poco en apoderarse de la plaza, había mandado que se sacara a la calle todo el algodón, tanto público como privado, y se quemara desde luego para evitar que cayese en manos del enemigo. En cumplimiento de esta orden, reuniéronse un sinnúmero de balas de algodón en diferentes puntos de la ciudad, e inmediatamente

se empezó a cortarlo para quemarlo después. El viento, que según ya he dicho, era muy fuerte, hacía volar los pedazos de algodón, que parecían copos de nieve, y se quedaban algunas veces enredados en las hojas de los árboles o penetraban en las casas; yo vi que algunas balas estaban ardiendo en el centro mismo de la ciudad, pero según supe, pudo extinguirse el incendio, merced al auxilio que prestaron nuestras tropas. Durante el día pasó por la ciudad uno de nuestros cuerpos de ejército, y fue a ocupar el camino de Camden, mientras las demás fuerzas tomaban posición en los alrededores de la plaza. La caballería se hallaba a dos millas de distancia.

»Antes de que los soldados pegaran fuego ningún edificio, habíase empezado a quemar el algodón en varios puntos, según lo mandado por Hampton, y como el viento arrastraba partículas encendidas que se desprendían de las hogueras, comunicóse el fuego a varios edificios, de tal modo, que llegada la noche, no fueron suficientes para extinguirlo los esfuerzos de toda la brigada. Bien pronto llegó el resto de la división Wood para prestar auxilio, pero ya nada bastó para contener al devorador elemento, que a media noche dominaba en la ciudad convirtiendo una parte de ella en un mar de llamas. Hasta las cuatro de la madrugada, hora en que cesó el viento, no fue posible apagar aquel terrible incendio. Yo no me retiré en toda la noche del lugar de la catástrofe, y vi a los generales Howard, Logan, Wood y otros hacer los mayores esfuerzos para salvar las casas y proteger a las familias que se encontraban repentinamente sin abrigo y sin amparo. Esta es la verdad del hecho, y por lo tanto, rechazo toda acusación contra mi ejército, asegurando al mismo tiempo que a nosotros se debe la conservación de lo que aun queda en Columbia. Así pues, el general Wade Hampton es el único responsable de ese siniestro; yo no creo que su intención haya sido pegar fuego a la ciudad, pero fue una locura por su parte, y hasta una falta de buen criterio, adoptar una medida cuyas consecuencias podían ser funestas. Nuestros oficiales y soldados trabajaron cuanto es posible para extinguir el incendio, pero otros que no estaban de servicio, y principalmente los prisioneros a quienes pusimos en libertad al llegar a Columbia, contribuyeron sin duda a propagar las llamas, complaciéndose seguramente en la destrucción de la capital de la Carolina del Sur.»

Bien vemos por el informe que antecede, que el general Sherman no acusa a Hampton de haber querido incendiar la ciudad que ya no podía defender, así como tampoco niega que algunos de sus soldados o de los prisioneros puestos en libertad, contribuyeran a extender la conflagración. Tampoco Beauregard, que era el jefe de Hampton, y que dispuso la evacuación de Columbia, hizo cargo alguno a Sherman, ni el mismo Pollard, que no deja de aprovechar cuantas ocasiones se le presentan para censurar a los aborrecidos *yankees*, se atreve a lanzar una acusación contra el jefe unionista, si bien parece indicar que sólo de él fue la culpa. He aquí cómo refiere el hecho:

«Una bandera blanca, izada en la casa de la ciudad, anunció la rendición de Columbia: poco después, precedido por las bandas de tambores y por la música, con las banderas desplegadas y gran aparato militar, penetró el ejército *yankee* por la calle Mayor, dirigiéndose a la plaza del Capitolio.

»Apenas se hubo posesionado el enemigo de la plaza, comenzó una espantosa escena de saqueo y pillaje; los merodeadores y toda la chusma que seguía al ejército, invadieron al momento las calles y las casas; el que necesitaba un par de botas se las quitaba al primero que encontraba al paso; todos buscaban relojes, y a varias señoras les robaron los suyos llegando hasta el caso de que les arrancaran los pendientes y les sacasen los anillos de las manos, valiéndose de amenazas. No hubo mueble que no se sometiera al más escrupuloso registro para ver si se encontraban joyas o efectos de algún valor, y hasta en los jardines, en los sótanos y en las chimeneas de las casas se revolvió y se trastornó todo con la esperanza de hallar alguna cosa escondida por los dueños. Una cuadrilla de ladrones de profesión no hubiera podido hacer más. El reverendo Mr. Shand, uno de nuestros más venerables sacerdotes, que se dirigía al colegio de la Carolina del Sur, conduciendo un gran cajón, el cual encerraba los efectos para el servicio divino, todos de plata maciza, fue acometido por un *yankee* y un negro, que amenazándole de muerte, le obligaron a que lo entregase.

»La conflagración, que redujo a cenizas una parte de la ciudad, comenzó al anochecer cerca de la cárcel, y como soplaba un violento huracán, se propagaron al poco las llamas de tal modo, que

ya no fue posible contener el progreso de aquel elemento devorador. Desde las diez de la noche hasta las tres de la madrugada ofreció la ciudad un aspecto tan grandioso como imponente, el cielo parecía adquirir poco a poco un color rojizo cada vez más intenso; miles de chispas volaban en todas direcciones, y el estruendo de los tabiques que se hundían o de las paredes que se derrumbaban, infundía pavorosa tristeza. El aire era tan ardiente que parecía salir de un horno encendido; por muchas calles no se podía pasar; hombres, mujeres y niños corrían en todas direcciones aturridos y como fuera de sí; todos los efectos que se arrojaron de las casas para salvarlos, sirvieron de pasto a las llamas o fueron robados en el acto, y por último, viose a muchos soldados del ejército federal, que embriagados completamente, recorrían la ciudad con teas incendiarias para pegar fuego a las casas que se habían salvado. Más de cuatro mil ciudadanos quedaron sin hogar y sin amparo; desde la Casa de la Ciudad hasta Cotton Town, todo era un montón de ruinas ennegrecidas y humeantes, y de algunas calles de la ciudad ni siquiera quedaban restos. Después de terminar la destrucción de Columbia, Sherman continuó su marcha hacia el Norte.»

Como la rendición de Columbia ponía en peligro a Charleston con todos sus fuertes, el general Hardee no creyó prudente permanecer en esta última plaza, puesto que no tenía a su disposición suficientes fuerzas para oponer una formal resistencia al enemigo, pero antes de la evacuación, hizo destruir todo cuanto en su concepto podía ser de alguna utilidad al enemigo. No habiéndose achacado esta vez a los unionistas los daños que se cometieron, copiaremos la relación de Pollard, que servirá de pieza justificante. He aquí cómo se expresa:

«La rendición de Columbia bastaba para indicar cuál sería la suerte de Charleston, y el general Hardee, viéndose flanqueado y reconociendo que era llegado el momento de reunirse con Beauregard y Cheatham para oponer una formal resistencia a Sherman, resolvió evacuar la ciudad, que tan célebre había llegado a ser durante la guerra y que tanto codiciaban los *yankees*, pero antes mandó se destruyera todo aquello de que podría utilizarse el enemigo.

»En su consecuencia, antes que las tropas del general Hardee abandonaran a Charleston se pegó fuego a todos los almacenes y edificios donde se tenía depositado el algodón, y aun cuando luego se hicieron jugar las bombas para evitar que se propagasen las llamas, no se pudo dominar del todo el incendio, siendo esto la causa de que padeciese mucho la parte occidental de la ciudad.

»Una terrible catástrofe aumentó los horrores de aquel siniestro: parece que algunos muchachos habían descubierto cierta cantidad de pólvora en el depósito de la vía férrea, y con la intención de divertirse, fueron echándola poco a poco en las balas de algodón que entonces ardían, mas por desgracia dejaron caer una gran cantidad por el camino, formando sin saberlo una especie de hilo conductor que llegaba hasta el polvorín de la ciudad. Fácilmente se comprenderá cuál sería el resultado; una chispa se comunicó a la pólvora, y pocos momentos después oyóse una espantosa explosión que pareció conmover a Charleston hasta en sus últimos cimientos. El edificio, de donde brotó un mar de llamas y de espeso humo, quedó reducido instantáneamente a un informe montón de ruinas; más de doscientas personas murieron a consecuencia de la explosión, y luego se encontraron otros ciento cincuenta cadáveres en medio de aquel horno encendido.

»Desde el polvorín se extendió el incendio rápidamente y fue a comunicarse con otros edificios, amenazando destruir toda aquella parte de la ciudad; cuatro plazas, que comprendían el área limitada por las calles de Chapel, Alexander y Washington, quedaron completamente reducidas a cenizas antes de que se consiguiera cortar el incendio.

»La destrucción proyectada por Hardee había sido tan grande como se pudiera desear: todos los almacenes de algodón, depósitos, arsenales, puentes y vías férreas, así como también dos buques blindados y otros barcos pequeños, fueron pasto de las llamas, y además se clavaron doscientos cañones que no se pudieron llevar los separatistas.

»Los *yankees* ocuparon a Charleston el día 18 de febrero de 1865, pero ya la ciudad estaba ennegrecida por el humo del incendio; en todas partes se veían evidentes señales de ruina y

destrucción, y el aspecto de los edificios era una prueba elocuente del heroísmo del pueblo. Un corresponsal *yankee*, que había entrado en Charleston con el ejército triunfante, describía del modo siguiente la escena que se ofreció a su vista: No vi ni un solo edificio que no tuviera la señal de algún balazo; algunas casas estaban deshabitadas y carecían de ventanas o de puertas por haber reventado en el interior alguna bomba; por do quiera se veían ruinas; las iglesias de San Felipe y San Miguel tenían destrozadas su media naranja, sus paredes estaban atravesadas por diversos puntos, hechas pedazos sus columnas y demolidos algunos de sus altares. Desde la calle de la Bahía hasta la de Calhoun, los proyectiles del ejército federal habían sembrado la muerte y la destrucción.»

Tan pronto como el teniente coronel Bennett, gobernador militar de la isla de Morris, recibió noticia de haber evacuado los separatistas a Charleston, despachó algunos mensajeros, previniéndoles fueran a informarse al fuerte Moultrie acerca de la verdad del hecho; al llegar aquellos a cuarenta varas de distancia del fuerte Sumter, encontraron algunos músicos del ejército de Hardee, que se habían quedado atrás, los cuales confirmaron la noticia de haber sido abandonada la ciudad. Poco después se ordenó al mayor Hennessy que marchara inmediatamente al fuerte Sumter e izase en él la bandera unionista, lo cual se hizo sin pérdida de tiempo, después de tomar posesión de los fuertes Ripley y Pinckney, cuyos cañones se hallaban aun en muy buen estado. A eso de las diez de la mañana del 18 de febrero, Bennett llegó a la ciudad, que aun no había acabado de evacuar el enemigo, y acto continuo se hizo la entrega al mayor Macbeth. Al poco tiempo llegaron algunas fuerzas unionistas, que se ocuparon activamente en apagar los fuegos, y así pudo salvarse de las llamas un magnífico arsenal y grandes cantidades de arroz que se distribuyeron entre los pobres de la ciudad. Entre tanto evacuaban los separatistas a Georgetown: el general Hardee, con doce mil hombres reunidos en la Carolina del Sur, se apresuraba a cruzar el Santee y el Pedee antes de que Sherman tuviese tiempo de atacarle, pero éste no pensaba ni remotamente en cerrarle el paso, porque se había propuesto otro objeto muy distinto.

El general Gillmore, que mandaba entonces en la costa, manifestó en su informe que el número de cañones cogidos en Charleston y sus fuertes ascendía a cuatrocientos cincuenta, muchos de ellos de escaso calibre, y siete rayados, de construcción extranjera. También se encontró una gran cantidad de municiones, ocho locomotoras y muchos vagones, que salvados del incendio, quedaron en poder de los vencedores.

Antes de seguir adelante en la narración de la gran marcha de Sherman, y como quiera que se haya hablado mucho de la devastación de la Carolina del Sur por el ejército unionista, parécenos conveniente hacer sobre este punto algunas aclaraciones, mas para ello, y para la mejor inteligencia del lector, forzoso será copiar tres de los principales artículos de la orden general del día que publicó Sherman antes de ponerse en marcha, para que tanto los jefes como las tropas de su ejército supieran qué conducta deberían observar. He aquí cuáles eran los tres artículos citados:

«IV.—El ejército vivirá sobre el país durante la marcha, y al efecto cada brigada organizará una partida de forrajeadores a las órdenes de uno de los mejores oficiales, el cual cuidará de que en los carros haya siempre víveres y forraje lo menos para diez días. Se prohíbe a los soldados que no sean de estas partidas penetrar en las habitaciones o cometer daño alguno; en cambio cuando se detenga el ejército, se les permitirá recoger legumbres así como también ganado, pero sin alejarse hasta perder de vista al ejército.

»V.—Los jefes de los cuerpos de ejército quedan autorizados para destruir los molinos, las casas, los almacenes, etc., pero se atenderán a las reglas siguientes: en los distritos en que el ejército no sea molestado, se prohíbe cometer daño alguno, pero allí donde las guerrillas entorpezcan nuestra marcha, o donde los habitantes quemén los puentes u obstruyan los caminos, cometiendo otros actos de hostilidad, los citados jefes de los cuerpos de ejército usarán de represalias como lo juzgaren conveniente.

»VI.—La caballería y la artillería podrán apropiarse sin excepción alguna los caballos, las mulas y los coches de los habitantes, distinguiendo sin embargo entre los ricos, que son generalmente hostiles al ejército, y los pobres industriales, por lo regular gente pacífica que se muestra neutral. Las partidas de forrajeadores podrán también coger caballos y mulas para reemplazar los que se inutilicen, absteniéndose siempre de hacer amenazas; los oficiales darán recibos por escrito cuando se exigieren, y cuidarán de dejar a cada familia una parte razonable de su propiedad.»

Según era de esperar, los habitantes quemaron puentes y obstruyeron caminos, cometiendo otros actos hostiles en sus respectivas localidades, y como es de suponer, también las tropas, en cumplimiento de la orden recibida, usaron de represalias en mayor o menor escala, según el daño cometido por los partidarios de la Confederación. Prescindiendo de esto, debe tenerse en cuenta que el mero hecho de tener que mantenerse un ejército a costa del país, bastaba para su devastación, pues las tropas de Sherman, semejantes a una nube de langostas, devoraban todos los comestibles, apoderándose muchas veces de lo que no era para comer. Por esto el general Sherman decía en su informe lo siguiente al hablar de las partidas de forrajeadores:

«Al desempeñar su cometido, cierto es que ocasionaron varios daños, e hicieron algunas cosas que no debían haber hecho, pero en resumen, puede decirse que han satisfecho las necesidades del ejército con tan poca violencia como era posible y sin ocasionar más pérdidas que las que yo calculaba.»

Naturalmente, a los que sufrieron en sus intereses, viéndose más o menos perjudicados, no les pareció la *violencia poca* ni la *pérdida pequeña*, pero a decir verdad no hubo muchas quejas respecto a los destrozos cometidos por el ejército unionista. La Carolina del Sur, por ejemplo, fue el Estado que más sufrió, pues en aquella región la población está más diseminada que en la Georgia Central, la gente es más pobre y los víveres no abundan tanto como en otros puntos. Debe tenerse sobre todo en cuenta, que la Carolina del Sur había sido la cuna de la guerra civil; los soldados sabían muy bien esto, y como era natural, inspirábales más animosidad este Estado que ningún otro, por lo cual no es extraño que cometiesen allí algunos abusos. Los soldados se apoderaron de algunos relojes y joyas que, según dijeron luego, habían encontrado escondidos en algún pantano, y aun cuando es de presumir que no fueron a buscarlos tan lejos, es lo cierto que no habrían dejado de hallar cualquier objeto de valor por muy oculto que estuviese, pues nada quedó por registrar. Algunos soldados poco escrupulosos, organizaron partidas sueltas que, adelantándose a las columnas, exploraron el territorio en todos sentidos, trabando a veces combates de más o menos importancia, pero más bien que esto, preferían saquear una casa cuando les era posible hacerlo. En una palabra, puede asegurarse que en ningún punto hubo tanta devastación como en la Carolina del Sur, a pesar que en este Estado no fue ni con mucho tan obstinada la lucha como en otros.

Hecha esta aclaración, sigamos al ejército unionista en su triunfante marcha. El general Kilpatrick, seguido de una fuerza de cinco mil sesenta y ocho hombres, con una pequeña brigada y seis piezas de artillería, se había dirigido hacia Aiken con el objeto de hacer creer al enemigo que Sherman se proponía marchar sobre Augusta, pues de este modo era de presumir que la caballería de Wheeler trataría de salirle al encuentro dejando libres los pasos del Edisto. Al efectuar este movimiento, una de las brigadas que mandaba el coronel Spencer tuvo un encuentro cerca de la estación de Williston con seis regimientos confederados, a los que puso en dispersión sin sufrir grandes pérdidas, pero entretanto, la brigada de Atkins, que por orden de Kilpatrick había marchado sobre Aiken, encontró allí a Wheeler con fuerzas numerosas, y fue derrotada aun cuando trató de oponer una tenaz resistencia. Atacado poco después el mismo Kilpatrick por la caballería de Wheeler, la derrotó a su vez, y conseguida esta victoria, marchó apresuradamente en dirección a la línea férrea de Lexington y Augusta.

En 19 de febrero cruzó el general Kilpatrick por Broad River, y se acercó a Chesterville, donde supo que Wheeler se había reunido con Wade Hampton y ocupaba el camino de Charlotte y

Raleigh, por donde creían los confederados que pasaría Sherman. Los separatistas, no obstante, pudieron convencerse a poco de que se habían engañado, pues si bien el ala izquierda de los federales se extendía hasta Chesterville, este no era sino un movimiento simulado, y prueba de ello es que todo el ejército volvió apresuradamente por la derecha, cruzó el Catawba en 23 de febrero, y después de hacer alto durante dos días, para esperar a Slocum, que se había retrasado algún tanto, continuó su marcha sin perder un momento. El 6 de marzo, las dos grandes divisiones se reunieron en la orilla oriental del Gran-Pedee, y después de haber atravesado esta corriente, el ala derecha por Cheraw, y la izquierda, con la caballería, por Sneedsboro, fueron a concentrarse en Fayetteville, a cuyo punto llegó el ejército el día 11 de marzo, dejando al grueso del ejército enemigo hacia la izquierda. Como las continuas lluvias y los numerosos pantanos de aquella región habían retrasado la marcha de las diversas columnas del ejército unionista, creíase que el general Hardee estaría ya en Fayetteville dispuesto a oponer resistencia, pero luego se supo que al acercarse la división Blair, había emprendido la retirada después de quemar un puente. Mientras se practicaba este movimiento, la caballería unionista y la confederada no dejaron de escaramucear un solo día, y en uno de los diversos combates que se trabaron, Kilpatrick se vio muy expuesto a quedar prisionero.

Hampton había conseguido engañar al general Atkins, que seguía a cierta distancia a Kilpatrick, y tomando un atajo, cayó de improviso con toda su caballería sobre este jefe y Spencer, a los que derrotó en muy poco tiempo cogiéndoles todos sus cañones. Spencer y la mayor parte de los oficiales del estado mayor de Kilpatrick quedaron prisioneros, y por casualidad pudo escapar a pie este último jefe, quien, no obstante, consiguió reunir luego a los fugitivos, y cuando el enemigo se ocupaba en saquear su campamento, cayó sobre él repentinamente, recobró las piezas y dispersó a los separatistas. Hampton hizo todos los esfuerzos posibles para apoderarse de nuevo de lo que había ganado y perdido en tan poco tiempo, pero Kilpatrick se mantuvo firme en su posición hasta que llegó en su auxilio el general Mitchell.

El general Kilpatrick llegó el 11 de marzo a Fayetteville, donde, según ya hemos dicho, acababa de concentrarse el ejército unionista. Poco después arribaron, procedentes de Wilmington, dos buques de guerra, con noticias de la toma de aquella ciudad y de todo lo que había ocurrido durante las seis semanas que el ejército unionista estuvo abriéndose paso a través de los numerosos pantanos y de las crecidas corrientes de la Carolina del Sur. En Columbia no había sido posible averiguar nada a causa de la hostilidad del pueblo y del incendio que ocurrió, pero ya se hallaba Sherman en un punto desde donde podía comunicarse con el Gobierno y los demás generales.

Sherman se detuvo tres días en Fayetteville, y mandó destruir desde luego el arsenal y las costosas máquinas mandadas traer algún tiempo antes de Harper's Ferry, pero no olvidó que debía conceder algún descanso a su ejército, con tanta más razón cuanto que había motivos para esperar que de un momento a otro se encontraría más resistencia de la que ofrecieran los pantanos, las corrientes y los elementos. El general Hardee se había puesto ya en marcha, a no dudarlo, por Savannah y Charleston, Beauregard por Columbia, Cheatham por el Tennessee, y las considerables fuerzas reunidas por estos jefes de la Carolina del Norte, juntamente con las de Bragg y Hoke, y la caballería de Wheeler y Hampton, compondrían cuando menos un ejército de cuarenta mil hombres, en su mayor parte veteranos, a las órdenes del entendido e infatigable general Johnston. Así, pues, era llegado el momento de obrar con suma prudencia, cuidando sobre todo de que las columnas permanecieran concentradas a fin de evitar una sorpresa o un desastre.

Fiel a su sistema favorito, Sherman destacó cuatro divisiones en 14 de marzo, escoltadas por la caballería de Kilpatrick, previniendo a sus jefes que se dirigieran hacia la parte norte de Averysboro, simulando un movimiento sobre Raleigh, mientras que dos divisiones de Slocum y toda el ala derecha marcharían por varios caminos en dirección a Goldsboro, que era verdaderamente el punto donde tenía intención de concentrarse Sherman. Los caminos estaban tan malos a causa de las incesantes lluvias de la estación, que fue preciso vencer numerosas dificultades para llevar a cabo este movimiento. En la mañana del 16, cuando los federales se acercaban al camino que conduce a Bentonville, encontraron una fuerza enemiga de unos veinte mil hombres al

mando del general Hardee, la cual ocupaba una estrecha lengua de tierra entre dos ríos. La división Ward, que formaba la vanguardia, tomó inmediatamente posición, levantó una batería, y entre tanto el general Williams dispuso que la brigada Case diera un rodeo a fin de apoderarse por sorpresa de un puesto avanzado del enemigo, lo cual se consiguió después de un desesperado combate que costó a los separatistas doscientos diez y siete hombres entre muertos y heridos.

Para desalojar a Hardee se necesitaban más fuerzas de las que tenía a su disposición el general Ward, y por lo tanto se le reunieron bien pronto dos divisiones del cuerpo de ejército de Slocum, mientras que Kilpatrick concentraba su caballería a la derecha para ocupar el camino de Goldsborough. Al intentar este movimiento, los unionistas fueron atacados por la división confederada al mando de Mc Laws, pero luego se consiguió rechazar al enemigo hasta sus atrincheramientos. El combate cesó llegada la noche, y entonces, aprovechando la oscuridad, pronuncióse el enemigo en retirada, mas en vez de dirigirse por el camino de Raleigh, tomó la dirección de Smithfield. Las pérdidas de Slocum se redujeron a setenta y siete muertos y cuatrocientos setenta y siete heridos, entre los cuales se comprendían las bajas de Kilpatrick; las del enemigo fueron poco más o menos las mismas. La división Ward practicó luego un movimiento para hacer creer al enemigo que se trataba de perseguirle, y entre tanto el ejército continuo rápidamente su marcha hacia Goldsborough.

Creyendo Sherman que por el pronto no habría más combate con el enemigo, habíase trasladado a el ala derecha con el objeto de llegar hasta Goldsborough para ver a Schofield, pero de pronto llamóle la atención el estampido de los cañonazos, y no tardó en saber que al acercarse Slocum a Bentonville le había atacado Johnston con todo el ejército separatista. A poco llegaron mensajeros de Schofield y de Terry anunciando el uno, que el primero de dichos jefes se hallaba en Kingston y no llegaría a Goldsboro hasta el 21, y manifestando el otro que Terry seguía también avanzando. Inmediatamente se dio orden para que marcharan varias divisiones a reforzar los puntos más amenazados.

El general Slocum se había encontrado el 18 de marzo con la caballería de Dibbrell, a la cual empezaba a perseguir, cuando cayó en medio del ejército confederado, que puso desde luego en dispersión a las dos brigadas de Carlin que formaban la vanguardia, cogiéndolas tres piezas y varios furgones. Slocum no tuvo entonces otro remedio sino permanecer a la defensiva con las cuatro divisiones que le quedaban, e hizo levantar rápidamente algunas barricadas mientras Kilpatrick entraba en acción por el ala izquierda, la cual resistió seis ataques del ejército de Johnston, causando numerosas pérdidas al enemigo. El general Johnston había salido de Smithfield durante la noche con la esperanza de batir a Slocum antes de que este pudiera recibir refuerzos, pero se frustraron sus esperanzas, pues al oscurecer se terminó el combate sin que los separatistas ganaran un palmo de terreno, y antes de la mañana recibió Slocum un refuerzo de dos o tres divisiones, con las cuales podía ya hacer frente a sus adversarios. Como estos no intentaron nada, Slocum esperó la llegada de Howard, y entretanto Johnston se atrincheró en una fuerte posición, que formaba una especie de triángulo cuyo vértice estaba frente a Slocum y uno de sus lados a poca distancia de Howard. Sherman se había aproximado con mucho sigilo a la posición enemiga, pues acababa de saber que Schofield avanzaría sobre la retaguardia tan pronto como hubiese tomado a Goldsborough, juntamente con el general Terry, que se hallaba a diez millas más allá, y en 21 de marzo, después de hacer una ruidosa demostración frente al ejército separatista, la división Mower dio un rodeo con objeto de situarse a la retaguardia del enemigo y ocupar el puente de Mill, que era la única línea de retirada. Pero Johnston no era hombre para dejarse coger tan fácilmente, y pareciéndole que no sería juicioso empeñar la batalla contra sesenta mil hombres, contando él apenas con cuarenta mil, abandonó su posición durante la noche, dirigiéndose a Smithfield y Raleigh, y con tal rapidez, que abandonó a los heridos, sin dar tampoco aviso a los piquetes.

Las pérdidas de los federales en el último combate ascendieron a ciento noventa y un muertos, mil ciento ocho heridos y trescientos cuarenta y cuatro extraviados, total mil seiscientos cuarenta y

tres; entre los separatistas hubo doscientos sesenta y siete de los primeros y se les cogieron mil seiscientos veinticinco prisioneros.

No habiendo ya enemigos que combatir por aquel punto, el ejército federal se puso en marcha hacia Goldsboro, donde descansó un poco, en tanto que el general Sherman, después de visitar a los generales Terry y Schofield, se dirigía rápidamente a City Point a cuyo punto llegó en 27 de marzo y tuvo el gusto de encontrar reunidos al Presidente y a los generales Grant y Meade, los cuales celebraban una conferencia. Sherman dio cuenta de sus operaciones, y regresó sin perder un momento a Goldsboro, donde ya se hallaba el día 30.

No pasaremos más adelante sin referir los acontecimientos que durante el invierno tuvieron lugar en la Carolina del Norte, y que tan señaladamente contribuyeron a poner término a la guerra.

Para aprovechar en todo lo posible el tiempo y favorecer de paso las operaciones militares de Sherman, el Gobierno de Washington, había resuelto apoderarse de Wilmington, puerto de la Carolina del Norte, el más importante que le quedaba al Sur, y por el cual podía comunicarse con el exterior para exportar algodón en abundancia y recibir armas y municiones. Wilmington era además una plaza importante bajo el punto de vista estratégico, a causa de estar situada en una de las principales líneas férreas entre Richmond y Charleston, y por esto mismo no se ocultaba a los unionistas que una vez dueños de la plaza podrían establecer en ella un buen centro para continuar las operaciones contra Richmond, impidiendo que su ejército se reuniese con el de Charleston y Savannah. Sin embargo, por la naturaleza de su bahía y de los pasos que conducían a ella, era casi imposible el bloqueo de Wilmington, donde los confederados, principalmente los de Richmond y Petersburg, tenían sus grandes depósitos. Además de esto, su proximidad al puerto inglés de Bermuda, permitía que a cada momento se inutilizara el bloqueo. El puente interior y la ciudad de Wilmington se hallan situados en la orilla izquierda del río Cape Fear; la bahía, que se extiende de norte a sur, casi paralelamente a la costa, está cerrada por la isla del mismo nombre, y por un gran número de islotes pequeños, que por su posición no son fáciles de vigilar sino desde el fuerte Fisher, que se eleva en la casi isla septentrional y domina los pasos del norte. Para apoderarse del fuerte, era de todo punto necesario un ataque combinado por mar y por tierra.

Ya en el otoño de 1864, el general Grant había propuesto a Butler que destacara a los generales Weitzel y Graham para que practicasen un reconocimiento, cuyo objeto sería reconocer la posición del fuerte Fisher, su fuerza y los medios que podrían emplearse para el ataque con más probabilidades de éxito. Presentado el informe por dichos oficiales, se acordó atacar el fuerte desde luego por haberse sabido que era entonces muy reducida su guarnición. Por desgracia, no se pudo reunir hasta el mes de octubre la fuerza necesaria para llevar a cabo esta empresa, pero entonces, la concentración de la escuadra unionista en Hampton-Roads alarmó al enemigo, que no perdió un momento en reforzar sus obras defensivas, y una vez conocido el plan y el objeto de la expedición, pareció lo más prudente aplazar el ataque. Entre tanto, el general Butler, entusiasmado sin duda al leer los detalles de una terrible explosión ocurrida en Inglaterra, y que había causado inmensos destrozos a una gran distancia del lugar de la catástrofe, concibió el proyecto de llenar un barco de pólvora, y lanzarlo por la corriente contra el fuerte Fisher, calculando, no sin fundamento, que si se atacaba la plaza cuando sus defensores no se hubiesen repuesto aun de la sorpresa que les causaría la explosión, sería más fácil apoderarse de ella. Según costumbre, ocurrieron varias dilaciones, pues por una parte, el general Butler recibió un telegrama de Nueva York dándole ciertas órdenes, y por otra, el general Grant tuvo que ir a Nueva Jersey a ver a su familia y encargó interinamente del mando a dicho jefe. Cuando Butler volvió a ocupar su puesto, vio que para completar las doscientas cincuenta toneladas de pólvora que necesitaba, le faltaban aun ciento, las cuales no se recibieron en el fuerte Monroe hasta el mes de diciembre, y así es que hasta el día 14 no se pudo organizar la expedición. El almirante Porter, jefe de las fuerzas navales, se hallaba aun en Beaufort el día 16, a pesar de haberse puesto ya en marcha Butler, y los transportes y las tropas esperaban en la isleta de Masonborough, distante diez y ocho millas de Wilmington.

El general Grant no había ordenado a Butler que marchase con la expedición, pues pensaba confiar el mando a Weitzel, pero es indudable que hasta última hora, el general Butler, como autor del proyecto, creyó que él debía encargarse del mando y así lo hizo. El almirante Porter llegó con sus buques de guerra el día 18, y sin perder momento, dispuso que se cargase la pólvora en el buque destinado para dar el golpe, pero habiendo hecho presente el general Butler que las tropas deberían estar dispuestas para atacar cuando hubiese ocurrido la explosión, Porter dio una contraorden inmediatamente. Parece que los separatistas no se apercibieron hasta el día 20 de que se proyectaba un ataque, pues si bien divisaron algunos buques más en alta mar, no creyeron que esto tuviera ninguna significación, tanto más cuanto que el fuerte viento que luego se levantó, obligó a los transportes federales a retirarse a Beaufort. Una furiosa tempestad impidió a los buques regresar hasta el día 26.

El almirante Porter, que no estaba en muy buena armonía con el general Butler, no quiso aguardar la llegada de éste, que estaba en Beaufort, y resuelto a trabajar por su propia cuenta, dispuso que se acercara al fuerte Fisher el brulote que estaba ya preparado. Asemajábase éste por su aspecto exterior a uno de esos buques que se dedican al contrabando, y conducido por el comandante Rhind y algunos marinos, fue abandonado a ochocientos metros del fuerte después de haberse preparado la mecha. Por una casualidad, un golpe de viento desvió el brulote de la dirección que llevaba, y estalló a cuatrocientos metros del fuerte sin que la guarnición supiera de qué se trataba. El coronel Lamb, gobernador de la plaza, creyó que se había reventado algún cañón de la escuadra unionista, y sólo por los periódicos supo luego que se había tratado de volar la fortaleza.

El almirante Porter llevaba consigo treinta y tres buques de guerra, muchos de ellos blindados, y una reserva de otros diez y siete pequeños: a las once y media de la mañana del día 23 dio orden de avanzar a la escuadra, y poco después comenzó el bombardeo del fuerte. El *Ironsides*, seguido del *Canonicus*, *Mahopac*, *Minnesota* y casi todos los buques mayores, rompió entonces el fuego, y con tan certera puntería, que a los setenta y cinco minutos se inutilizaron las baterías del fuerte, donde se declaró el fuego por varios puntos a causa de haberse volado el polvorín. El bombardeo duró hasta la caída de la tarde, hora en que llegó el general Butler para encargarse del mando de las tropas.

A las siete de la mañana del día siguiente renovóse el bombardeo, que continuo por espacio de siete horas más, y al que no contestaban los separatistas sino con dos cañones; algunos buques se retiraron entonces de la línea; pero los monitores continuaron el fuego durante toda la noche. Poco después desembarcaron las tropas a las inmediatas órdenes del general Weitzel, que practicó un reconocimiento a la cabeza de cuatrocientos hombres, y acercándose a ochocientos metros del fuerte, se apoderó de una pequeña batería avanzada, defendida por sesenta y cinco soldados.

Weitzel hizo sus observaciones, y convencido de que sería muy difícil de tomar el fuerte sin contar con suficientes tropas para establecer un sitio con toda regla, volvió inmediatamente a reunirse con Butler y le manifestó, que intentar la empresa con seis mil hombres tan solo, sería sacrificar inútilmente a sus soldados. Queriendo Butler cerciorarse por sí mismo, practicó a su vez un reconocimiento, y pareciéndole exactas las apreciaciones de Weitzel, embarcáronse de nuevo las tropas, que volvieron con Butler al James, dejando a la escuadra a la vista de Wilmington. Las pérdidas de los federales durante el bombardeo se redujeron a cincuenta hombres entre muertos y heridos, muchos de ellos por haber reventado seis grandes cañones del tren de batir; los separatistas tuvieron tres muertos y cincuenta y cinco heridos, y, según dijo el mismo Butler, se les cogieron trescientos prisioneros.

El general Grant quedó muy descontento con este resultado, pues en primer lugar, no fue su intención confiar a Butler el mando de las fuerzas, y en segundo, habíaselo indicado ya así. En rigor, no podía Grant quejarse de Butler porque Weitzel fue el primero que acordó no asaltar el fuerte, pero sí llevó a mal, y con motivo, que regresase la expedición sin intentar nada, contrariamente a lo dispuesto en la orden dirigida a Butler con fecha 6 de diciembre, y cuyo contenido era el siguiente:

«City Point 6 de diciembre de 1864.

»General: el primer objeto de la expedición, mandada por el general Weitzel, es cerrar al enemigo el puerto de Wilmington; si esto se consigue, trataremos de apoderarnos acto continuo de la plaza. Hay motivos para creer que se obtendrá buen éxito, pues la mayor parte de las fuerzas enemigas se ocupan ahora en buscar a Sherman por Georgia. Las órdenes que habéis dado para organizar la expedición me parecen bien, excepto en lo referente al punto donde deben embarcarse las tropas; si estas desembarcaran cuando el enemigo se hallara aun en posesión del fuerte Fisher y de las baterías que guardan la entrada del río, deberán atrincherarse las tropas, y con el auxilio de la escuadra, apoderarse de todos los puntos avanzados. En el caso de que el fuerte Fisher y la punta de tierra donde se eleva, cayesen en poder de nuestra gente poco después del desembarque, podrá intentarse la toma de Wilmington por sorpresa, pero si se empleara algún tiempo en conseguirlo, veremos después lo que debe hacerse.

»Quedáis encargado de los detalles de la ejecución, juntamente con el jefe a quien se confía el mando de las tropas, que será el general Weitzel.

»Si por una circunstancia cualquiera no se pudiera efectuar el desembarco cerca del fuerte Fisher, dispondréis que las tropas vuelvan inmediatamente a incorporarse con el ejército que opera contra Richmond.

»El teniente general, Ulises Grant.

»Al general Butler.»

Ahora bien, el general Weitzel no tenía conocimiento de esta orden, y por lo tanto no pudo cumplir con ella; si se le hubiese dirigido a él directamente, es indudable que, como jefe de las tropas, la habría obedecido al pie de la letra.

Cuando supo Grant que la escuadra se hallaba aun frente al fuerte Fisher, dispuesta a repetir el ataque, resolvió continuar las operaciones sin perder momento, y organizando una nueva expedición, confió el mando de ella al general Terry, el cual debía llevar consigo el tren de batir por si acaso llegaba a necesitarse. El general Sheridan recibió al mismo tiempo orden de enviar una división al fuerte Monroe para cooperar en la empresa si se creía conveniente. La nueva expedición, compuesta en su mayor parte de las mismas tropas que fueron en la primera, salió del fuerte Monroe el día 6 de enero de 1865, llegó el 8 a Beaufort, donde se detuvo hasta el 12 por causa del mal tiempo, y en la noche de este día se dirigió a Wilmington, en cuyo punto desembarcó protegida por la artillería de la escuadra. A la mañana siguiente ya habían saltado en tierra ocho mil hombres bien provistos de víveres, municiones y el tren de campaña necesario para emprender desde luego el ataque.

La primera medida del general Terry fue disponer que se levantara una fuerte línea de defensa a través de la lengua de tierra donde se eleva el fuerte Fisher, a fin de aislar a este completamente e impedir que recibiera refuerzos de Wilmington. Esto se hizo después de haber practicado algunos reconocimientos; la primera línea se levantó a tres millas del fuerte, pero luego se estrechó más la distancia, y las tropas tomaron una buena posición, construyendo un fuerte parapeto que se corría desde el río al mar. Poco después comenzó el desembarque de los cañones, y ya a la mañana siguiente estaban corrientes las baterías, de modo que aunque el enemigo hubiese atacado entonces, se le habría opuesto una vigorosa resistencia.

Terminadas todas estas operaciones preliminares, la brigada Curtis avanzó hasta hallarse a seiscientas varas del fuerte, a fin de hacer un escrupuloso reconocimiento, y el resultado fue resolver que se emprendiera el ataque al día siguiente, 14 de enero.

Hasta entonces, sólo los monitores habían sostenido el fuego, pero luego se dio orden de avanzar a todos los demás buques, que tomaron posición bien pronto, y haciendo jugar su artillería, apagaron el fuego de las baterías enemigas. Entre tanto, dos mil marineros, armados de cuchillos, carabinas y revólveres, habían desembarcado para cooperar en el ataque por tierra, y acababan de tomar posición a doscientas varas del fuerte, donde esperaban la señal de lanzarse al asalto. Antes de empezar éste, la escuadra cambió la dirección de su fuego para cubrir la marcha de las columnas

de ataque, que parecían rivalizar en celo y querían anticiparse unas a otras para ser las primeras en escalar las murallas.

Hasta entonces habían sido insignificantes las pérdidas, pero cuando las columnas de asalto estuvieron ya junto al fuerte, no pudo la escuadra continuar haciendo fuego sin exponerse a causar tanto daño a los amigos como a los enemigos, y entonces, los tiradores confederados, a quienes apenas causaban daño alguno las descargas de los cuatrocientos marinos que más se habían acercado a la fortaleza, hicieron un fuego horroroso, lanzando una nube de metralla sobre los atrevidos sitiadores. De tal modo diezmaban las balas enemigas las filas de la primera columna de ataque, que ésta se vio obligada a retroceder, precisamente cuando algunos marinos llegaban al foso y otros trepaban por el parapeto. Sin embargo, aunque rechazados los federales por una parte, habíase ganado mucho terreno, pues entre tanto la brigada del general Curtis, que avanzaba con la columna del general Terry, se pudo acercar al fuerte sin sufrir grandes pérdidas, a pesar del fuego de enfilada de los sitiados, y después de un combate sangriento, consiguió desalojar a los que defendían la primera empalizada exterior. El general Ames, seguido de la brigada Bell, pudo entonces situarse entre el fuerte y el río, y una vez allí, atacó resueltamente una especie de reducto avanzado donde el enemigo trataba de hacerse fuerte. En este punto se trabó una lucha mortal; unos y otros se batían con el valor de la desesperación, y por un momento pareció dudosa la victoria, mas reforzados al fin los federales con la brigada de Abbott, destacada por el general Terry, consiguieron desalojar al enemigo, que se replegó en el mejor orden.

La defensa, no obstante, era por demás obstinada; hacíase preciso activar el ataque para poner término a la lucha, que ya se prolongaba demasiado, y en su consecuencia se ordenó a la escuadra que rompiera el fuego de nuevo contra aquella parte del fuerte donde acababan de concentrarse los sitiados, a fin de cortarles toda retirada e impedir que se pusieran en comunicación con una batería situada a poca distancia del fuerte. Pero no era ya posible que los confederados, perseguidos hasta sus últimos atrincheramientos, pudieran sostenerse por más tiempo, y así es que a la media hora, en el momento de caer herido mortalmente el general separatista Whiting, rindióse el coronel Lamb con las tropas que le quedaban. Terry cogió dos mil ochenta y tres prisioneros, ciento sesenta y nueve cañones, muchos de ellos de grueso calibre, unas dos mil armas de todas clases y una inmensa cantidad de municiones y víveres. A la mañana siguiente los confederados abandonaron el fuerte Caswell, situado al otro lado del río, así como también las extensas obras defensivas de Smithville y Reeve's Point, que fueron destruidas, de modo que los federales alcanzaron un triunfo completo.

El general Hoke, que tenía a sus órdenes un numeroso cuerpo de tropas, había estado observando el desembarco de las fuerzas federales a una distancia respetable de la isla, mas no se atrevió a hostilizarlas, aun cuando Bragg esperaba que lo hiciese por habérselo mandado anteriormente. Los jefes separatistas habían tratado de reforzar la guarnición del fuerte, pero la rapidez de los movimientos de Terry y las acertadas disposiciones del almirante Porter impidieron hacerlo, y así es que Bragg y Hoke tuvieron el sentimiento de ver a sus enemigos apoderarse de aquella formidable posición desde la cual esperaban rechazar victoriosamente a sus adversarios.

En la mañana del día siguiente, 16 de enero, y cuando los federales y muchos marineros de la escuadra recorrían el fuerte, enorgullecidos aun con su reciente victoria, ocurrió una catástrofe que seguramente consolaría algún tanto a los separatistas por la pérdida que acababan de sufrir. Un imperdonable descuido fue causa de que se incendiara el polvorín, y a consecuencia de la explosión se voló el fuerte, entre cuyas ruinas se encontraron luego unos doscientos cadáveres y más de cien heridos. Así quedó destruido uno de los últimos baluartes de la Confederación, que a cada momento se veía más estrechado por los ejércitos unionistas.

El coronel Schofield, que se hallaba aun en Clifton el día 8 de enero, haciendo sus preparativos para dirigirse a Eastport con su cuerpo de ejército, recibió el día 14 una orden del general Grant, previniéndole que marchara inmediatamente a Annapolis, como así lo hizo inmediatamente, dirigiéndose desde luego a Cincinnati y Alejandría, en cuyo último punto le fue

preciso detenerse algún tiempo porque se había helado el Potomac. Por fin, en 9 de febrero, se puso de nuevo en marcha y poco después desembarcó cerca del fuerte Fisher, donde se hallaba el general Terry con ocho mil hombres, ocupando su primera posición. Los confederados, al mando de Hoke, estaban en el fuerte Anderson, donde no se les había podido atacar aun por haber manifestado Porter que no le era posible forzar el paso del río a causa de no tener éste suficiente fondeadero para los buques de su escuadra, pero como con la llegada de Schofield se reunía un ejército de lo menos veinte mil hombres, dióse inmediatamente la orden de avanzar contra el fuerte Anderson. Las divisiones de Cox y Ames llegaron bien pronto a Smithville, y reunidas allí con la brigada Moore, siguieron avanzando con objeto de rodear la posición, y asaltarla antes de que sus defensores tuvieran tiempo de hacer nuevos preparativos de defensa. Los separatistas, no obstante, comprendiendo que no podrían resistirse por mucho tiempo, abandonaron la fortaleza en 19 de febrero, y dejaron en poder del enemigo diez piezas de artillería y muchas municiones. Al día siguiente se hallaban ya atrincherados un poco más lejos, pero los federales, que se habían propuesto perseguir al enemigo sin tregua ni descanso, tomaron también a viva fuerza la nueva posición, apoderándose esta vez de trescientos setenta y cinco prisioneros y otras dos piezas de artillería. El general Cox marchó a la mañana siguiente en dirección a Wilmington, a cuya ciudad pensaba acercarse, cruzando el río Cape Fear.

El general Terry no había podido avanzar aun contra Hoke, por serle preciso conservar su posición, pero el movimiento de flanco del general Cox fue decisivo, pues los separatistas emprendieron la retirada después de quemar varios vapores, incluso el *Chickamauga* y el *Tallahassee*, todo el algodón y los almacenes militares que había en Wilmington, en cuya ciudad penetró el ejército unionista al día siguiente, 22 de febrero. La toma de la plaza costó a los unionistas doscientos hombres, pero el enemigo perdió lo menos mil, y dejó en poder de los sitiadores sesenta y cinco piezas de todos calibres y un gran depósito de municiones. El general Schofield no pudo perseguir a Hoke, porque hubiera entorpecido su marcha la conducción de los bagajes, pero tuvo la precaución de enviar cinco mil hombres a Morehead para fortificar este punto, del que acaso trataría de apoderarse el enemigo; las divisiones de Coke y Cox se dirigieron luego a Kinston, y Schofield marchó a Morehead, en cuya ciudad debía concentrar todas sus fuerzas para apoderarse de Goldsboro antes de que reforzaran este punto los separatistas.

El general Hoke continuaba entre tanto su retirada, y después de atravesar el Neuse, quemó el puente a fin de entorpecer la persecución, pero los federales construyeron luego otro, penetraron en Kinston sin dificultad alguna, y el día 20 entraban en Goldsboro sin encontrar apenas resistencia.

El resultado de esta campaña no podía ser más satisfactorio para los unionistas, pero Grant, según ya hemos dicho, no quería descansar un momento hasta concluir con la guerra, y así es que inmediatamente adoptó sus disposiciones para continuar la campaña, cuyo fin estaba ya muy próximo.

27. OCUPACIÓN DE ALABAMA. LA TOMA DE MOBILE (1865)

Wilson en Eastport. Los federales cruzan el Tennessee. Derrota de Roddy en Montevallo. Toma de Selma. Rendición de Montgomery. Buford derrotado por Lagrange. Wilson se apodera de Colombo por asalto. Lagrange toma el fuerte Tyler. Wilson en Macon. Rendición de Tuskaloosa. Candy en Nueva Orleans. Los federales avanzan sobre Mobile. Derrota de Clanton. Asalto y toma del fuerte Español. Ataque de Blakely. Destrucción de las obras defensivas. Evacuación de Mobile.

Según el plan general de campaña adoptado por Grant, los ejércitos de la Unión debían efectuar un movimiento por el norte y por el sur, cuyo objeto sería recobrar el Estado de Alabama, uno de los que menos se habían devastado desde el principio de la guerra a excepción de Texas. El general Canby, jefe del departamento militar de Nueva Orleans, fue el encargado de dirigir las operaciones en el sur, y las del norte se encomendaron al general Wilson, que servía a las órdenes de Thomas y había dado ya repetidas pruebas de ser un jefe tan entendido como valeroso.

Después de la retirada de Hood del Tennessee, el general Wilson concentró toda su caballería en Eastport, a cuya ciudad llegó Thomas en 23 de febrero para darle sus últimas instrucciones. Habíase proyectado que una parte de las fuerzas emprendiera una expedición por las principales ciudades de Alabama, pero Wilson convenció a su jefe de que convendría más llevarse toda la caballería, y como la retirada de Hood dejaba suficientes tropas disponibles en el Tennessee, Wilson se puso en marcha a la cabeza de quince mil hombres, entre los cuales sólo se contaban dos mil de infantería con seis baterías de montaña. A consecuencia de las frecuentes lluvias, la expedición no pudo cruzar el Tennessee hasta el 18 de marzo, y la marcha fue al principio muy lenta, porque Wilson llevaba consigo numerosos bagajes y era pésimo el estado de los caminos. Esta expedición debía regresar a los dos meses al punto de partida.

Wilson se dirigió primeramente hacia Russellville, Jasper y Elyton, pero las fuerzas se dividían de vez en cuando para volver a reunirse, pues su objeto era abarcar el mayor espacio posible, sobre todo cuando pasaran por la extensa región bañada por los tributarios del río Tombigbee. Wilson se proponía atacar primeramente a Colombo, Tuskaloosa y Selma.

El general Forrest, comandante en jefe de las fuerzas confederadas de aquel departamento, se hallaba entonces en West Point, cerca de Colombo, de modo que Wilson, que marchaba rápidamente, pudo llegar a Elyton en 30 de marzo sin haber tenido encuentro alguno, y después de dispersar una escasa fuerza de caballería que trataba de hostigarle, cruzó el Cahawba por Montevallo, donde acababa de concentrarse el enemigo. Las divisiones confederadas de los generales Roddy y Crossland avanzaron a poco por el camino de Selma con intención sin duda de cerrar el paso a los unionistas, pero estos atacaron tan resueltamente, que el enemigo emprendió la retirada con la mayor precipitación, y como no contaba con suficientes fuerzas para luchar con Wilson, fue derrotado por segunda vez cuando trató de hacerse fuerte en una posición que ocupó luego cuatro o cinco millas mas allá. La división Upton, que era la única que había entrado en fuego hasta entonces, pasó la noche en un punto que dista solo quince millas de Montevallo, y a la mañana siguiente penetró en Randolph, donde sorprendió un correo, al que se le ocuparon varios despachos.

Por estos se supo que Forrest se hallaba muy cerca, que el general W. Jackson se acercaba por la parte de Tuskaloosa y que el general Cuxton, destacado por Wilson, sería atacado a la mañana siguiente. También se averiguó que los separatistas empezaban a concentrarse rápidamente, y en su consecuencia, en vez de atacar desde luego a Tuskaloosa, creyó Wilson que lo más prudente sería

aplazar esta empresa y dirigirse desde luego contra Jackson a fin de impedir que se reuniera con Forrest. Acordado este plan, Mc Cook marchó acto continuo a Centerville, cruzó el Cahawba, y no tardó en llegar a Scottsborough, donde debía estar ya Jackson. Mc Cook encontró efectivamente a su enemigo que ocupaba una buena posición cerca de dicho punto, pero como Cuxton no llegaba, aplazó el ataque, y después de quemar una factoría en Scottsborough y destruir el puente de Centerville, volvió a reunirse con Wilson, que se hallaba entonces muy cerca de Selma. Este jefe se dirigía a marchas forzadas sobre dicha ciudad, dispersando a su paso pequeñas partidas de caballería enemiga, pero de pronto tuvo que hacer alto al ver que el general Forrest ocupaba una posición muy fuerte cerca de Plantersville, con una batería de cuatro cañones, dispuesta de modo que podía barrer con su metralla el camino de Randolph, por el cual debían avanzar los unionistas. Forrest contaba con unos cinco mil hombres, la mayor parte de la división. Roddy, y Wilson tenía solo a su disposición unos seis mil, si bien eran casi todos ellos veteranos aguerridos que habían dado repetidas pruebas de su intrepidez en los combates.

El general Long fue el primero que atacó la posición enemiga, y gracias a una brillante carga, consiguió romper la línea de los confederados mientras el teniente coronel White asaltaba la batería, de la que se apoderó sin perder más que diecisiete hombres, entre los que se contaba el capitán Taylor, muerto de un balazo al comenzar el combate. A poco llegó para reforzar a los federales el general Alexander, y acometiendo a su vez al enemigo por la izquierda, le desalojó a pesar de su enérgica resistencia, obligándole a huir precipitadamente. Dos cañones y doscientos prisioneros fueron los trofeos de esta victoria, tan poco costosa como decisiva. La brigada Winslow persiguió a los fugitivos hasta Plantersville, que dista diez y nueve millas de Selma, mas no pudo darles alcance.

En 2 de abril dieron vista los unionistas a Selma, plaza defendida por unos siete mil hombres, pero como la mayor parte de ellos eran muchachos o ancianos, con los cuales no se podía contar seguramente para rechazar al enemigo, Forrest se disponía ya a evacuar la plaza cuando recibió una orden de Dick Taylor, previniéndole que conservara aquel punto a toda costa.

Wilson contaba ya con unos nueve mil hombres, y después de practicar un escrupuloso reconocimiento, dispuso que Long atacase las líneas de defensa por el centro, mientras el general Upton, con trescientos hombres escogidos daría un rodeo a fin de sorprender al enemigo por su derecha, en tanto que las demás fuerzas lo harían por la izquierda. Sin embargo, antes de que pudiera llegar a su destino, supo Long que la caballería confederada, a las órdenes de Chalmer, había empezado a hostilizar su retaguardia, y en su consecuencia dispuso que marchase inmediatamente un regimiento para reforzar aquella. Quince minutos después, sin querer descansar un instante, el mismo Long atacó resueltamente a la caballería de Chalmer, que se dispersó, dirigiéndose rápidamente hacia Marion. En este encuentro, el general Long cayó herido de muerte, atravesada la cabeza de un balazo, y también quedaron gravemente heridos los coroneles Miller, Mc Cormick y Briggs, pero en cambio se apoderaron luego de Selma los unionistas.

Perseguidas de cerca las fuerzas confederadas, habían tratado de hacerse fuertes a la entrada de la ciudad, donde rechazaron una brillante carga de la caballería, pero acometidas de nuevo por los federales, no pudieron resistir su impetuoso ataque, y bien pronto cayó aquella en poder del ejército unionista. Treinta y dos cañones, dos mil setecientos prisioneros y varios depósitos militares fueron los trofeos de aquella victoria: Forrest, Roddy, Armstrong y unos tres mil hombres, pudieron escaparse aprovechando la oscuridad de la noche. Los vencedores, que sólo habían tenido unas quinientas bajas, destruyeron el arsenal, pegando fuego después a varios almacenes, factorías y fundiciones, y la ciudad fue completamente saqueada por las tropas. Los separatistas acababan de quemar veinticinco mil balas de algodón, y Wilson destruyó otras diez mil que encontró en un depósito.

A consecuencia de las frecuentes lluvias de la estación, iba entonces tan crecida la corriente del Alabama, que había arrastrado tres veces el gran puente de ochocientos setenta pies de longitud, por el cual debían pasar las tropas, y hasta el día 10 de abril no quedó terminada la construcción del

nuevo. El general Wilson, que tenía ya hechos sus preparativos, se puso entonces en marcha sin perder un momento, y a las siete de la mañana del 12 de abril llegó a Montgomery, capital de Alabama, que acababa de evacuar Wirt Adams después de haber quemado ciento veinticinco mil balas de algodón. La ciudad se rindió sin resistencia, y al ocuparla, destruyeron los unionistas varios vapores cargados de municiones y pertrechos militares. Sin descansar ni un solo día, Wilson continuo su marcha en dirección a Colombo y West Point: la brigada Lagrange puso en dispersión a una escasa fuerza separatista que, a las órdenes de Buford, trataba de hostilizar a los federales; al llegar éstos a Chattahoochee, vieron que uno de los puentes más próximos a Colombo había sido incendiado por el enemigo. Por varios accidentes imprevistos, la brigada del coronel Winslow se retrasó algún tanto en la marcha, pero conociendo Wilson que los momentos eran preciosos, dispuso que se atacara desde luego la ciudad, e inmediatamente avanzaron las tropas, a pesar de la metralla y del nutrido fuego de fusilería de los defensores de la plaza. El general Upton destacó dos compañías, previniendo a los jefes se apoderasen de un puente que conduce directamente a Colombo, y conseguido esto después de un breve combate, no tardaron los unionistas en hacerse dueños de la ciudad, donde cogieron mil doscientos prisioneros, cincuenta y dos piezas de artillería, muchas armas de todas clases y una considerable cantidad de municiones, todo ello sin perder más que veinticuatro hombres entre muertos y heridos. Los federales destruyeron un buque blindado, quince locomotoras, doscientos cincuenta vagones y ciento quince mil balas de algodón.

Después de la toma de Colombo, la división Lagrange continuo avanzando, y a las diez de la mañana del mismo día se hallaba ya a la vista de West Point, pero vio que el paso del Chattahoochee se hallaba defendido por el fuerte Tyler, imponente obra defensiva que ocupaba una extensión de treinta y cinco varas en cuadro, y se eleva en una colina que domina los alrededores. A la una y media de la tarde, los federales asaltaron resueltamente este fuerte por tres puntos a la vez, pero su foso, de doce pies de profundo por diez de anchura, contuvo a los sitiadores, que durante algún tiempo estuvieron expuestos a un nutrido fuego de fusilería. Lagrange, sin embargo, no quería retroceder un paso, y habiendo dispuesto que se echaran varios puentes, cruzaron inmediatamente las tropas, y lanzándose al asalto, hiciéronse dueñas del fuerte con todos sus defensores, en número de doscientos sesenta y cinco hombres. El general Tyler, gobernador del fuerte, perdió la vida en este combate, juntamente con diez y ocho hombres de la guarnición. Mientras los federales atacaban esta posición, la caballería penetró en la ciudad, ocupó los puentes de Chattahoochee y destruyó cinco locomotoras y una porción de coches. A la mañana siguiente, el general Minty, que había reemplazado a Long en el mando de sus tropas, se dirigió a Macon en tanto que Wilson marchaba por el camino de Colombo, a cuyo punto llegaron ambas columnas el día 21, precisamente cuando comenzaba a circular la noticia de haber terminado la guerra.

El general Cuxton no llegó a Colombo hasta el día 30, porque acometido por Jackson, cerca de Trion, y dominado por fuerzas doblemente numerosas, hubo de retirarse en dirección a Tuscaloosa, de cuya población se apoderó en 5 de abril, cogiendo tres cañones y ciento cincuenta prisioneros. Las tropas destruyeron además la escuela militar, las obras públicas, los almacenes y todo aquello, en fin, que tenía algún valor, pero habiendo recibido Cuxton un parte en que se le anunciaba que Wirt Adams le seguía de cerca a la cabeza de dos mil jinetes, contramarchó dirigiéndose rápidamente por Jasper y Mount Benson, a Talladega.

El general Canby, jefe del departamento de Nueva Orleans, había permanecido entre tanto ocioso sin poder cooperar en las operaciones militares, pues una gran parte de sus tropas tuvo que marchar al Mississippi, y otra no pequeña, a las órdenes de Gordon Granger, se hallaba en la bahía de Mobile, cuyos fuertes eran atacados entonces por el ejército unionista. Algún tiempo antes, el general Dick Taylor había cruzado el Mississippi para encargarse del mando de las fuerzas confederadas en Alabama, y al fin, después de la retirada de Hood al Tennessee, Canby, que volvió a ver reunidas las tropas de su mando, pudo ya ponerse en marcha para intentar la toma de Mobile y de sus últimas fortificaciones, ocupadas entonces por los generales Taylor y Maury, quienes tendrían bajo sus órdenes unos quince mil hombres.

El general Canby contaba con un ejército, compuesto de unos veinticinco a treinta mil hombres de todas armas, y además con la eficaz cooperación de la escuadra del almirante Porter, mandada entonces por el vicealmirante Thatcher. Los diversos cuerpos del ejército de Canby debían reunirse en la isla Dauphine a la mayor brevedad, e inmediatamente se comunicaron a los jefes sus respectivas instrucciones. La caballería, a las órdenes de Grierson, cruzó poco después el lago Pontchartrain para dirigirse a la punta de Mobile; otro cuerpo de ejército marchó hacia la bahía de Buen Socorro; el general Steele, con una división de negros, se encaminó a Blakely, y una brigada del cuerpo de ejército de Smith se trasladó por agua a Cedar Point, en cuyo punto desembarcaron estas últimas tropas, protegidas por el nutrido fuego de la escuadra.

El general Steele no encontró en su marcha muchos enemigos que combatir: sólo en Mitchell's Creek trató de cerrarle el paso un cuerpo de caballería de ochocientos jinetes, mandados por Clanton, pero una sola una sola carga bastó para ponerlos en dispersión y los federales cogieron doscientos setenta y cinco prisioneros, incluso el mismo jefe. Los federales no volvieron a encontrar obstáculo alguno hasta llegar frente a Blakely, donde estaban perfectamente atrincherados los separatistas, y entonces se detuvo Steele y envió un parte a Canby pidiéndole refuerzos. El general Granger no tuvo que luchar con el enemigo durante su marcha, pero en cambio llovió con tanta frecuencia y era tan malo el estado de los caminos que las tropas sufrieron muchas molestias, por lo cual se explica que el cuerpo de ejército del general Smith, que se había embarcado en transportes, llegara antes al punto de reunión, que era Fish River. Sin embargo, Grant sólo se retrasó dos días, y se emprendió la marcha hacia Mobile, el 25 de marzo.

Dos días después avistaban los federales el Fuerte Español, el mejor de los que había en Mobile, y sin perder un momento hicieron sus preparativos de ataque mientras el cuerpo de ejército del general Steele se unía con el de Smith para caer sobre Blakely. La flota entre tanto se dirigía hacia Howard, punto muy cercano al Fuerte Español, con objeto de cooperar en el ataque y aislar a Mobile de los fuertes. A pesar de la poca profundidad de la bahía, la escuadra logró acercarse lo suficiente para impedir que los defensores del Fuerte Español pudieran causar mucho daño con su artillería, y al fin se consiguió cortar las comunicaciones de aquel con la ciudad, no sin que las cañoneras unionistas, *Metacomet* y *Osage*, quedaran completamente destruidas por la explosión de dos torpedos, si bien se salvaron las tripulaciones. Los demás buques de la escuadra anclaron poco después en Great Point y se dio orden de hacer los preparativos de combate.

El día 28 de marzo, después de haber tomado todas las disposiciones necesarias, y formadas las líneas de defensa a trescientas o cuatrocientas varas de la posición enemiga, los dos cuerpos de ejército, mandados por los generales Smith y Granger, establecieron un sitio en regla cercando completamente el Fuerte Español, y es de advertir que mientras se practicaban los primeros trabajos, sufrieron considerables pérdidas los unionistas a causa del mortífero fuego del enemigo. En la mañana del día 30, una división del cuerpo de ejército de Granger se acercó tanto a las líneas de los confederados, que estos hicieron una salida, cargando con tal ímpetu sobre las avanzadas federales, que las hicieron retroceder, pero se alejaron tanto de su posición, que a su vez se vieron rechazados, y hubieron de retirarse precipitadamente a sus líneas. Sin embargo, los trabajos de sitio, que continuaban con la mayor actividad, quedaron terminados el día 8 de abril, el tren de batir estaba situado a doscientas varas del fuerte y el resultado no podía ya ser dudoso. Los federales, según ya hemos dicho, habían sufrido numerosas pérdidas, causadas principalmente por el fuego de algunas baterías ocultas cuya posición no se pudo descubrir. Sólo una bomba, mató o hirió quince hombres, y otra doce, pero entonces, la escuadra unionista, que no podía acercarse lo bastante al fuerte, cruzó la barra, atacó a la flotilla confederada, compuesta de varios buques blindados, y la obligó a que se alejara de la ciudad.

Cuando todo estuvo preparado, y dada la señal, rompióse un fuego horroroso contra el Fuerte Español: los grandes cañones del tren de batir, a la vez que los de las baterías y los de la escuadra, comenzaron a lanzar sus enormes proyectiles contra los sitiados, y bien pronto muchos artilleros del enemigo dejaron de servir sus piezas, pues el permanecer junto a ellas era exponerse a una muerte

segura; a eso de la media noche habíase conseguido apagar el fuego de las baterías enemigas, y una hora después tomaban posesión del fuerte los unionistas. La brigada Bartram penetró en él a las dos de la madrugada del día 9 de abril sin oposición alguna, pues la mayor parte de la guarnición había huido a favor de la oscuridad de la noche. Seiscientos cincuenta y dos prisioneros, treinta piezas de artillería y una inmensa cantidad de municiones, fueron los trofeos de la victoria: los fortines Tracy y Huger, situados cerca de la embocadura del Tensaw, quedaron evacuados inmediatamente por los separatistas, después de clavar los ocho cañones que tenían y entonces la escuadra unionista, cuyos jefes habían podido averiguar por los prisioneros en qué puntos se hallaban los torpedos, de los cuales se recogieron treinta y cinco, pudo ya continuar su marcha y aproximarse a Mobile.

El fuerte Blakely se hallaba también sitiado, pero no se consiguió cortar su comunicación con Mobile hasta que se tomaron los fuertes que había más allá, y tan pronto como llegó la escuadra, el general Steele formó sus columnas de ataque para lanzarse al asalto, que debía tener lugar a las cinco de la tarde del 9 de abril. El fuerte Blakely presentaba un aspecto imponente, pues en él se habían acumulado todos los medios de defensa conocidos en el arte de la guerra, y si bien no tenía más que tres mil hombres de guarnición, a las órdenes del general Cockrill, contaba en cambio con numerosos cañones que podían barrer con su metralla todos los puntos por donde intentara aproximarse el enemigo.

La lucha comenzó media hora después de la prefijada, es decir, a las cinco y media de la tarde: una parte de la división Garrard, protegida por el nutrido fuego de una batería, pudo acercarse a cincuenta varas de distancia de las principales obras defensivas del fuerte, con objeto de explorar el terreno y ver por qué punto se podría atacar con más ventaja, pero reconociéndose que por todas partes se encontrarían las mismas dificultades, celebraron los jefes una breve conferencia, y se dio la orden de avanzar a paso de carga. Toda la división Garrard se lanzó entonces como un torrente a través de una nube de balas y metralla que sembrada la muerte en las filas de los unionistas, y por espacio de una hora lucharon estos con todas las dificultades que se opinan a su paso, y que hubiera parecido imposible vencer en medio de aquella lluvia de bombas y granadas que amenazaba aniquilar a los atrevidos sitiadores. Estos se replegaban algunas veces, y seguían avanzando luego, animados por las voces de mando de sus jefes, y al fin, después de una hora de lucha desesperada, los federales, arrollándolo todo a su paso, llegaron hasta el foso e invadieron completamente las líneas defensivas del enemigo. Entre tanto las brigadas de Rinnekin y Gilbert daban un rodeo para ocupar la entrada del fuerte, y así pudieron hacer prisionero al general Thomas, que con mil hombres se disponía a emprender la retirada. El combate no fue tan encarnizado en el centro, donde atacaron las brigadas de los generales Dennis y Moore, mas no obstante, cuando estas tropas se hallaban sólo a cuarenta varas del fuerte, se vieron expuestas al fuego de una batería de ocho cañones que causó grandes destrozos en sus filas. La victoria, sin embargo, fue completa, pues a eso de las siete de la noche, el fuerte Blakely se halla en poder de los federales, juntamente con tres mil prisioneros, treinta y dos piezas de varios calibres, cuatro mil armas de todas clases, diez y seis banderas y una gran cantidad de municiones. Las pérdidas de los unionistas se redujeron a mil hombres entre muertos y heridos, y entre los confederados hubo quinientas bajas.

Esta brillante victoria dejaba libre el paso del Alabama, y por lo tanto no era posible que los confederados pudieran conservar a Mobile; tanto es así, que el día 10 comenzó a evacuar la ciudad el enemigo, y el 12 fue ocupada por las tropas del general Canby, que enarbolaron la bandera de la Unión en los principales edificios, así como también en todos los fuertes y baterías, anunciando con esto que la Confederación acababa de perder su último puerto, o mejor dicho, su último baluarte. El número de cañones cogidos en la ciudad ascendía a ciento cincuenta: los grandes buques blindados, *Huntsville* y *Tuscaloosa*, habían sido destruidos por general Maury antes de la evacuación. Algunos días después se entablaron negociaciones entre los generales Canby y Dick Taylor, cuyo resultado fue la rendición de todas las tropas confederadas que se hallaban al Este del Mississippí, bajo las mismas condiciones aceptadas por los generales Lee y Johnston.

28.

LA TOMA DE RICHMOND. CONCLUSIÓN DE LA GUERRA. GRANT. LEE. SHERIDAN (1865)

Breves consideraciones sobre la situación de los ejércitos beligerantes. Su posición en Richmond. Plan de campaña de Grant. Operaciones preliminares. El general Warren avanza hacia el Meherrin. Expedición de las cañoneras confederadas. Combate en Dabney Mill. Expedición de Rosser a Beverly. Captura de Kelly y Crook. Sheridan derrota a Early en Waynesboro. Toma de Charlottesville. Sheridan cruza el James y se reúne con Grant. Gordon sorprende el fuerte Steedman y es rechazado al atacar el fuerte Haskell. Rendición de dos mil separatistas. Ataques del general Meade. El general Grant da orden de avanzar a las tropas. Sangriento combate en White Oak Road. Sheridan avanza sobre Five Forks. Los federales se retiran a Dinwiddie. El general Lee derrota a Warren. Sheridan es atacado por el enemigo en Dinwiddie. Los separatistas se repliegan. El cuerpo de ejército de Warren recibe orden de acometer al enemigo por su flanco izquierdo. Ataque combinado. Derrota de Pickett. Warren es relevado del mando. Los federales rompen el fuego contra Petersburg. Asalto general. Toma de los fuertes Gregg y Alexander. El general Miles desaloja al enemigo de su posición. Longstreet se reúne con Lee. El general Heth es rechazado. Muerte de Hill. El general Lee anuncia a Jefferson Davis que es forzoso evacuar a Richmond. Los confederados pegan fuego a la ciudad y la abandonan. El general Weitzel penetra en la capital sin encontrar oposición. Captura de prisioneros. Regocijos públicos en celebración de la toma de Richmond. Las elecciones de Connecticut. Los separatistas abandonan a Petersburg. El general Lee concentra sus tropas en Chesterfield. Los separatistas emprenden la retirada por Amelia. Sheridan marcha en persecución del enemigo. Crook ataca por su flanco al ejército de Lee y es rechazado con numerosas pérdidas. El general Custer destruye cuatrocientos vagones. Los federales cortan la retirada al general Ewell. Combate sangriento. Rendición de Ewell. El general Ord ataca a la vanguardia de Lee en Farmville y es rechazado. Muerte del general Read. Lee cruza con sus tropas el Appomattox. Situación desesperada. Consejo de guerra. Grant propone la rendición al enemigo. Correspondencia entre Lee y Grant. Rendición de Lee. Se despide de sus tropas. Se disuelve el ejército confederado. El Presidente Jefferson Davis se retira a Dauville.

La brillante victoria alcanzada en Mobile debía acelerar naturalmente el desenlace que todos esperaban con ansia, y poner pronto término a las hostilidades, con tanta más razón cuanto que la situación de los federales era entonces tan halagüeña como desesperada la de los separatistas. Los primeros contaban aun con cuatrocientos o quinientos mil hombres de todas armas, entusiasmados por sus recientes victorias, y apoyados por el Gobierno y la nación entera, que se mostraba resuelta a continuar la lucha hasta el fin, costara lo que costase. Los diversos cuerpos de ejército, diseminados en varios puntos, podrían concentrarse muy pronto para dar la última batalla, y con jefes tan entendidos y populares por sus hechos de armas como Grant, Sherman, Thomas, Canby, Sheridan y Meade, podía esperarse con razón que el mejor éxito coronaría los esfuerzos de los ejércitos unionistas. El general Grant tenía cerca de Richmond y Petersburg unos cien mil hombres a las inmediatas órdenes de Meade y Ord; Sheridan contaba con más de treinta mil; en Washington había lo menos veinte mil; el ejército de Sherman no bajaba de sesenta mil, y Foster, Canby, Thomas, Rosecrans y otros jefes podían disponer de numerosos cuerpos de ejército, sin contar que de los cien mil hombres que se hallaban en los hospitales, muchos podían ya tomar las armas e ingresar de nuevo en el servicio.

Entre los confederados, el abatimiento y la desconfianza habían sucedido al ardimiento y al entusiasmo que dominara a las tropas en un principio, y no sólo era muy difícil encontrar voluntarios, sino que no se podía recurrir ya al alistamiento forzoso, y las desertiones iban siendo cada vez más frecuentes. Los generales, tales como Lee, Johnston, Bragg, Kirby Smith, Price, Beauregard, Hardee y Early eran aun obedecidos por sus tropas, pero ya no dominaba a estas el entusiasmo de otras veces, pues conociendo que sus sacrificios serían completamente inútiles, batíanse sólo por el honor de su bandera y dominadas por un sentimiento de amor propio. En una palabra, el Sur había agotado sus fuerzas y sus recursos: por un momento esperó que de la campaña electoral resultaría un cambio de Gobierno, o cuando menos, alguna escisión promovida por las agitaciones políticas, pero bien pronto perdió esta última esperanza, y una vez verificado el escrutinio popular, tratábase ya sólo de saber hasta qué punto aumentarían las fuerzas del Gobierno legal, que seguramente contaba ya con sobrados medios para poner término a la funesta crisis por que atravesaba el país.

El Gobierno confederado sólo podía disponer de unos doscientos mil hombres, repartidos en cinco cuerpos de ejército, de los cuales el más numeroso era el del general Lee, que ocupaba a Richmond y Petersburg con unos setenta mil soldados de todas armas, a las inmediatas órdenes de los generales Longstreet, Hill, Early, Breckenridge, Gordon y Anderson, sin contar la caballería, mandada por Hampton y F. Lee. Los demás jefes se hallaban diseminados en varios puntos, con cuerpos de ejército más o menos numerosos, y en cuanto a Kirby Smith, hallábase perdido en las inmensas llanuras del Mississippí, precisamente cuando hubiera podido prestar muy buenos servicios en Virginia. Conocidas ya las fuerzas de los ejércitos beligerantes, sólo nos resta añadir ahora cuál era la posición que ocupaban en Richmond y Petersburg al empezar las últimas operaciones militares que debían poner término a la guerra.

Desde principios de enero, las fuerzas que estaban a la vista de Richmond y Petersburg comenzaron a salir de su inacción, pues hasta entonces habían permanecido en los cuarteles de invierno, sin contar que muchos oficiales y soldados se hallaban ausentes con licencia o acabándose de restablecer en los hospitales. Entre tanto los unionistas habían construido numerosas obras defensivas, y su cuartel general, establecido en una vasta llanura que domina el río, estaba convertido en un bonito pueblo de barracas con numerosas dependencias en los alrededores. En el interior del recinto se había ido formando poco a poco una verdadera ciudad, y allí estaban los hospitales, los hornos para cocer pan, los depósitos del cuerpo de sanidad, y un gran edificio de madera y piedra que servía de prisión; no faltaban tampoco algunas capillas donde se cantaba la misa los domingos y días de fiesta, siendo de advertir que los soldados tomaban parte con frecuencia en el servicio religioso. Frente a City Point veíase el río cubierto de buques, anclados a poca distancia unos de otros, y de los cuales diez o doce formaban el parque central de municiones, que abastecía los depósitos de City-Point; en la ciudad abundaban los víveres y recursos de toda especie, pues era muy fácil la comunicación por los buques y los caminos de hierro. El ejército del Potomac, siempre bajo las órdenes de Meade, con el joven y brillante general Webb, jefe de estado mayor, constaba de cuatro cuerpos de ejército, y además de estos, hallábanse también allí los de Humphreys, Warren, Wright y Parke, que había reemplazado definitivamente a Burnside.

El general Lee tenía su ejército en las mismas líneas que ya conocemos, tan extensas como siempre, o acaso algo más, pues se había construido otra obra defensiva hacia la derecha del camino. Las tropas estaban a las órdenes de los generales Hill, Longstreet, Anderson, Gordon, Beauregard y Early, y en cuanto a la reserva, era muy escasa a causa de las numerosas bajas ocurridas últimamente por las continuas desertiones o las enfermedades. Bajo el punto de vista de la comodidad, el ejército confederado distaba mucho de hallarse en una situación tan ventajosa como la de sus enemigos, pues los víveres comenzaban a escasear, y desde la toma de Wilmington, la vida en Richmond iba siendo cada día más cara. La libra de pan costaba cuatro dólares en papel moneda, bien es verdad que éste perdía poco a poco todo su valor; la ruina amenazaba a todos, y

veíanse indicios evidentes del abatimiento y desconfianza que empezaban a predominar en todas las poblaciones.

Por lo que hace al plan de campaña de Grant, era muy sencillo: el general Sherman debía permanecer en observación delante de Johnston, y en el caso de marchar éste hacia el norte para reunirse con Lee, le seguiría para incorporarse a su vez con el ejército del Potomac, pero si Sherman se veía precisado por una u otra causa a operar activamente, se esforzaría en tomar posición entre el ejército de Johnston y Petersburg, principalmente con el objeto de guardar para Grant la línea interior. Por lo que hace a Sheridan, tenía orden de avanzar por el valle de Shenandoah, a fin de cruzar luego el James y destruir el canal, el acueducto y el camino de hierro, haciendo una batida por el norte y oeste de Richmond, después de lo cual iría a reunirse con Sherman o con el ejército principal, que se hallaba en la parte sur de Petersburg. El general Stoneman, seguido de un cuerpo de ejército de cuatro o cinco mil hombres, avanzaría hasta Virginia e iría luego a reunirse con Sheridan o Sherman, y por último, el general Thomas recibió orden de seguir a dicho jefe, dirigiéndose luego directamente hacia la Carolina del Norte si no se le daba ninguna contraorden.

Conocida ya la posición respectiva de los ejércitos beligerantes, y una vez que sabemos con qué fuerzas y con qué medios contaban, veamos ahora cuáles fueron las operaciones militares que precedieron a la toma de Richmond.

Siendo bastante crítica la situación de los confederados, natural era que tratasen de salir de ella, y por lo tanto, apenas llegó a su noticia que la mayor parte de la escuadra federal operaba contra Wilmington, los jefes de Richmond quisieron probar suerte con sus fuerzas navales. En la noche del 23 de enero, y favorecidos por la oscuridad, los tres buques blindados *Virginia*, *Fredericksburg* y *Richmond*, seguidos de otros cinco, que conducían tres brulotes, remontaron silenciosamente el río con objeto de atacar las baterías de Dutch Gap, pero a corta distancia del fuerte Brady, hallábase obstruido el paso por una gran cadena y otros obstáculos amontonados allí por orden del general Butler, y por desgracia de los separatistas, sólo el *Fredericksburg* pudo seguir adelante, pues los tres buques que le seguían embarrancaron, y ya no se pudo llevar a cabo la expedición, en la cual se perdió un buque, destruido por los federales a la mañana siguiente, quedando más o menos averiados otros dos o tres.

El día 4 de febrero la caballería de Gregg ocupó a Dinwiddie y avanzó luego hacia Hatcher's Run, donde tuvieron lugar varias escaramuzas de poca importancia. La caballería federal capturó un convoy, pero como no todas las fuerzas pudieron cruzar con bastante rapidez el río por haberse destruido el puente, no se intentó nada más por entonces. El día 5 al medio día, los unionistas empeñaron un reñido combate con el enemigo, que dominado al fin por el número, emprendió la retirada, pero a la mañana siguiente volvió con numerosas fuerzas, y atacó con sin igual denuedo a la caballería de Gregg, así como también a las divisiones de Ayres y Crawford, que fueron rechazadas hasta el río, sufriendo considerables pérdidas. Enardecidos con esta victoria, los confederados acometieron al general Humphreys, que con su división se hallaba un poco más allá de Dabney's Mill, pero esta vez los federales opusieron tan tenaz resistencia, que el enemigo tuvo que retirarse mal de su grado para evitar una derrota. Los unionistas perdieron en estos encuentros unos dos mil hombres entre muertos y heridos, y unos mil sus adversarios, pero en cambio pudieron conservar su posición en las orillas del río.

Las fuerzas separatistas, que se hallaban en el norte de Virginia, se habían mostrado incansables durante el invierno, pues apenas pasaba día sin que atacaran las líneas de los federales por varios puntos, de tal modo, que se hacía preciso vigilar atentamente para evitar una sorpresa. El día 11 de enero, el general Rosser, seguido de una numerosa fuerza de caballería, se había internado por el Alleghanies en dirección a la Virginia Occidental, y penetrando en el condado de Randolph, apoderóse por sorpresa de Beverly y su guarnición, compuesta de setecientos hombres, de los cuales se escaparon luego unos trescientos. Los separatistas cogieron muchos caballos, armas y pertrechos militares, y destruyeron todo aquello que no pudieron llevarse o que tenía poco valor. En 21 de febrero, el teniente Mc Niel, seguido de un escuadrón de caballería, entró en Cumberland a las tres

de la madrugada, y cogiendo prisioneros a los generales Kelley y Crook, que se hallaban entregados al más profundo sueño, los hizo montar a caballo y los condujo inmediatamente a Richmond. Las pérdidas sufridas en aquella ocasión, fueron de poca importancia, pero la facilidad con que se dio tan atrevido golpe de mano, revela cuando menos mucho descuido o poca vigilancia por parte de los federales. Es muy probable que al intentar semejante empresa contaran los separatistas con el apoyo de algún traidor.

El general Sheridan, que se hallaba aun en el departamento militar del valle de Shenandoah, había recibido una orden de Grant en la que se le prevenía que inaugurase la campaña de 1865 en Virginia con una atrevida expedición, cuyo objeto seria atacar a Lynchburg y cortar las comunicaciones de los confederados, pero con la condición de enviar a Sherman algún refuerzo de caballería cuando éste lo creyera preciso. Sheridan salió de Winchester el 27 de febrero a la cabeza de diez mil hombres, todos montados, y emprendió la marcha con tal rapidez, que el 2 de marzo se hallaba ya cerca de Staunton. El general Early se había atrincherado en Waynesboro con dos mil quinientos separatistas, y apenas lo supo Sheridan, avanzó contra el enemigo, y después de un breve combate le derrotó y puso en dispersión, cogiéndole mil seiscientos prisioneros, once cañones, diez y siete banderas y doscientos carros cargados de municiones y víveres. Los prisioneros fueron enviados a Winchester con una escolta de mil quinientos hombres, y cuando hubo destruido en parte las vías férreas, Sheridan continuó su marcha hacia Charlottesville, de cuya plaza se apoderó también sin resistencia el día 3 de marzo.

Como la noticia de este movimiento había llegado ya a Lynchburg, los separatistas hicieron sus preparativos de defensa, resueltos a oponer una vigorosa resistencia al enemigo, pero no contando Sheridan con fuerzas suficientes para atacar un punto de tal importancia, encaminóse directamente al James: sus tropas obstruyeron completamente el canal que conduce desde Scottsville a Newmarket, y asimismo inutilizaron la vía férrea de Lynchburg por la parte de Amherst. Cuantos esfuerzos se hicieron a fin de tomar por sorpresa los puentes del James que hay en Duguidsville y Hardwicksville, con objeto de cruzar el río para reunirse con las tropas de Grant, fueron completamente inútiles, no sólo porque los separatistas ejercían la mayor vigilancia, sino porque era tan crecida la corriente a causa de las últimas lluvias, que no bastaban los pontones de Sherman para alcanzar la orilla opuesta. En semejante caso, hacía-se preciso volver a Winchester o dirigirse a White House para reunirse con el ala derecha del ejército de Grant, y habiendo optado por esto último, el jefe unionista pasó por Columbia en 10 de marzo, destruyó cuantos puentes y líneas férreas encontró al paso, y por la orilla derecha del Pamunkey llegó en 19 de marzo a White House, donde permanecieron las tropas cuatro días para descansar. Sherman continuo luego su marcha, cruzó el James, y el día 27 se hallaba ya en Petersburg, muy a tiempo por cierto para tomar parte en otras operaciones de mayor importancia.

Reconociendo claramente el general Lee que la causa de la Confederación estaba completamente perdida si no se concentraban rápidamente todas las fuerzas a fin de dar un golpe decisivo, derrotando alguno de los cuerpos de ejército que rodeaban a Richmond, resolvió tomar la iniciativa y atacar desde luego las líneas del enemigo por la parte de Petersburg. La toma del fuerte Steedman, que se hallaba al extremo oriental de la ciudad, era de suma importancia, porque una vez dueños de aquella posición los confederados, sería muy fácil dividir el ejército enemigo obligándole a reconcentrarse rápidamente para recobrar sus líneas y obras de defensa, y de este modo quedábales a los separatistas una puerta abierta para ir a reunirse con las fuerzas de Johnston y arrollar a Sherman antes de que pudiera recibir refuerzos. En su consecuencia, organizáronse dos divisiones a las órdenes de Gordon, y en la madrugada del 25 de marzo, asaltó este jefe el fuerte Steedman sin que los unionistas hubieran visto al enemigo ni sospecharan siquiera que se hallaba tan cerca. Tan desprevenida estaba la guarnición y tan imprevisto fue el ataque, que antes de que se diera una sola voz de alarma invadieron los confederados la fortaleza, arrollando completamente a los trataron de oponer que resistencia; la mayor parte de los soldados quedaron prisioneros, pero otros consiguieron escaparse aunque con gran dificultad. Los separatistas se apoderaron de todos los

cañones del fuerte, y asestándolos a otras obras defensivas que se veían desde allí, se hicieron dueños asimismo de tres baterías, abandonadas a poco por sus defensores.

Por fortuna para los federales, no alcanzaron entonces otro triunfo sus enemigos, pues al atacar al día siguiente el fuerte Haskell, que estaba un poco más allá, fueron rechazados fácilmente sin poder apoderarse de la línea de colinas que se extendían detrás de los fuertes. Por otra parte, los veinte mil hombres que Lee acababa de reunir para cooperar en el ataque, no acudieron a tiempo, y de este modo se frustró el proyecto, porque repuestos los federales de su sorpresa, acometieron a su vez la posición conquistada poco antes por el enemigo, y no pudiendo éste resistir el fuego mortífero que por todas partes se le dirigía, abandonó apresuradamente el fuerte. Las pérdidas por ambas partes ascendieron a unos dos mil quinientos hombres entre muertos y heridos.

No fue este el único descalabro que sufrieron entonces los separatistas: convencido el general Meade de que para intentar el ataque de los fuertes se habría visto el enemigo precisado a emplear una parte de las tropas que estaban en las líneas defensivas, hizo avanzar a su cuerpo de ejército, y con tal denuesto atacó la posición que tenían los separatistas más allá del fuerte Steedman, que los desalojó sin gran dificultad, y de este modo, en vez de asegurar su retirada, el general Lee se encontró en una situación más crítica aun, porque ya sería muy difícil huir hacia la Carolina del Norte.

En 24 de marzo había dispuesto ya el general Grant que avanzaran todas las tropas el día 29 a fin de vigorizar el ataque, no sólo porque era de la mayor importancia activar las operaciones, sino porque se hacía de todo punto preciso impedir que el general Lee emprendiera la retirada por la Carolina del Norte. En su consecuencia, el día 27, las tres divisiones que se hallaban a las orillas del James, mandadas por el general Ord, y que durante tanto tiempo habían estado amenazando a Richmond, recibieron orden de trasladarse a las líneas que daban frente a Petersburg, en tanto que los cuerpos de ejército de Warren y Humphreys cruzaron por Hatcher's Run y avanzaron luego a fin de situarse a la derecha de la posición del enemigo. Sheridan estaba en la extrema izquierda, a la cabeza de diez mil jinetes y a las inmediatas órdenes del general Grant; el cuerpo de ejército de Parke y una de las divisiones de Ord recibieron orden de guardar las líneas defensivas, y al general Benham se le confió la custodia de los inmensos depósitos de City Point.

En cumplimiento de las órdenes recibidas, el cuerpo de ejército de Warren se puso inmediatamente en marcha, y durante el primer día no encontró resistencia, pero al acercarse a las líneas de los confederados, la división Griffin, que formaba la vanguardia, fue atacada vigorosamente, lo cual no impidió que se mantuviera firme en su posición, y aun rechazase al enemigo, causándole trescientas setenta bajas. Warren se atrincheró en el camino de White Oak para pasar la noche; Humphreys, que avanzaba por un camino muy montañoso, rechazando a su paso varias partidas confederadas, no había podido atacar aun las líneas enemigas, y por lo que hace a Sheridan, acababa de llegar, sin encontrar mucha resistencia, a un punto llamado Five Forks, pero viendo que los separatistas tenían allí fuerzas demasiado numerosas para que se les pudiera desalojar, volvió a Dinwiddie. Grant, que dirigía el movimiento general desde su campamento, dispuso que Warren apoyase la caballería y se pusiera a las inmediatas órdenes de Sheridan.

Durante los días anteriores había llovido copiosamente, sin que dejase de caer agua hasta el día 31 de marzo, y de tal manera estaban inundados los caminos, que Grant creyó más prudente suspender las operaciones por un par de días. El general Lee, no obstante, no pensaba por lo visto del mismo modo, pues no ocultándosele el peligro que le amenazaba, dejó en Richmond ocho mil hombres a las órdenes de Longstreet, y con el resto de su infantería, atravesando pantanos y lodazales, voló presuroso en auxilio del ala derecha de su ejército y sobre todo de su caballería, que apostada en Stony Creek, veíase expuesta a ser arrollada completamente por Sheridan. El general Warren había destacado algunas avanzadas para que ocuparan el camino de White Oak, ordenando al mismo tiempo al general Ayres que marchase con una brigada para apoyar el movimiento, pero a eso de las diez y media de la mañana, el general Lee cayó de improviso sobre estas tropas, que no pudiendo resistir la impetuosidad del ataque, se desbandaron en la mayor confusión, temiéndose por

un momento otro descalabro semejante al de Chancellorsville. Indudablemente se hubiera repetido a no ser por la división del general Griffin, que haciéndose fuerte en su posición, contuvo a los batallones confederados el tiempo suficiente para que Warren reuniera sus diversas tropas y tomara a su vez la ofensiva. A poco llegó también la división Miles en auxilio de los federales, y entonces, dominados a su vez por el número los separatistas, comenzaron a replegarse hacia sus atrincheramientos, no sin dejar muchos prisioneros en poder del enemigo. Los generales Miles, Mott y Hays trataron de desalojar a sus adversarios, atacando repetidas veces su posición por diferentes puntos a la vez, mas era ésta demasiado fuerte, y preciso fue que los federales desistieran de su empeño.

El general Sheridan, que a toda costa quería sorprender el ala derecha del enemigo, había avanzado entre tanto desde Dinwiddie a Five Forks, y mientras la infantería de Lee se batía con la de Warren, avanzó apresuradamente y pudo tomar la posición que deseaba. Sin embargo, rechazado Lee, después de haber derrotado a su vez a Warren, destacó a las divisiones de Pickett y Johnson en dirección a Five Forks, y cayendo de improviso estas tropas sobre la división Devin y la brigada Davies, apostadas en dicho punto, las dispersaron a la primera carga, persiguiéndolas luego hasta Dinwiddie. Devin se vio precisado a dar un gran rodeo por el camino de Boydton para ir a reunirse con Sheridan, y creyendo entonces los separatistas que aquel era un movimiento de retirada, continuaron la persecución, sin tener en cuenta que de este modo se exponían a ser atacados a su vez por Sheridan, como así sucedió en efecto. Las brigadas de los generales Gregg y Gibbs cayeron de improviso sobre los separatistas, obligándoles a emprender la retirada, y de este modo Devin pudo reunirse con Sheridan. Algunas horas después volvió el enemigo a la carga, y empeñóse de nuevo el combate, al que vino a poner fin la oscuridad de la noche; a la mañana siguiente, cuando los federales esperaban que se les acometiese de nuevo, supieron que Lee había enviado una orden, previniendo a las tropas se retirasen para evitar una derrota, muy probable, si se veían atacadas a la vez por Sheridan y Warren.

Como se ignoraba aun en el campamento federal el resultado de la lucha, y se sabía tan sólo que Sheridan se había visto obligado a retirarse desde Five Forks a Dinwiddie, no dejaba de reinar cierta alarma. Warren, que había recibido orden tras orden, previniéndole que fuera en auxilio de Sheridan, destacó inmediatamente a la división Ayres, pero este jefe se vio detenido a orillas del río Gravelly, porque estaba destruido el puente, y no pudo llegar a su destino hasta el 1 de abril, precisamente cuando se alejaba el último escuadrón de la caballería separatista para reunirse con el resto del ejército. Poco tiempo después de retirarse el enemigo, incorporóse a Sheridan el general Warren, seguido de sus dos divisiones, y entonces ambos jefes siguieron avanzando hacia Five Forks. Sheridan, que se proponía atacar la posición de los confederados por tres puntos a la vez, dispuso que el general Merritt se dirigiese con su división de caballería hacia la derecha, mientras él marcharía de frente, y Warren recibió orden de avanzar por el camino de White Oak, a fin de acometer al enemigo por su izquierda, en tanto que el general Mc Kenzie, con una escasa fuerza de caballería que acababa de llegar del James, se encargaría de cubrir el flanco derecho de Warren para evitar un ataque por el lado de Petersburg. Estas órdenes se cumplieron al pie de la letra; Mc Kenzie rechazó vigorosamente a una escasa fuerza de separatistas que trató de hostilizarle, y a poco se hallaba en las cercanías de Five Forks, dispuesto a tomar parte en el ataque combinado.

Warren, sin embargo, no había llegado aun, y muy descontento Sheridan por semejante falta de actividad, llegó a creer que aquel jefe no deseaba cooperar en el ataque. Eran ya las cuatro de la tarde, no tardaría mucho en ponerse el sol, y en cuanto anocheciese, sería preciso suspender las operaciones, porque, sobre no conocer el país los unionistas, era el terreno muy montañoso, y por lo tanto no quedaba otro remedio sino esperar el día siguiente, dando lugar con esto a que el enemigo se reforzara o se retirase de sus posiciones. Sheridan, que era un león en el campo de batalla, trató de activar los movimientos de Warren, usando de un lenguaje más enérgico que cortés, y al fin, habiendo llegado todo el cuerpo de ejército de aquel jefe a la posición que se le tenía designada, dióse la orden de comenzar el ataque.

La división Ayres avanzó hacia el camino de White Oak, seguida de las tropas de Crawford y de Griffin, que formaba la reserva, pero el segundo de estos jefes, que al acercarse demasiado a las líneas enemigas se vio expuesto a un fuego mortífero, se inclinó hacia la derecha para guarecerse en un bosque que bordeaba el camino, sin tener en cuenta que al separarse de la división Ayres, iba a dejar un hueco, exponiéndose a que el fuego del enemigo aislara unas tropas de otras, como así sucedió en efecto. Sheridan observaba con la mayor atención aquel movimiento, y reconociendo que se acababa de comprometer el éxito de la jornada por indiferencia o ineptitud de Warren, que en su concepto no había dirigido las tropas con el acierto y resolución que eran de esperar, relevó del mando a dicho jefe en el acto, confiriéndoselo a Griffin¹⁰⁴, cuya división avanzó entonces a paso de carga, mientras que Merritt atacaba al enemigo de frente con toda su caballería.

Los confederados se mantuvieron firmes e hicieron frente a sus adversarios con un valor digno de mejor causa, pero no contando sino con dos divisiones, a las órdenes de Pickett y Johnson, es decir, con la mitad del número de sus enemigos, podían considerar como segura la derrota. En pocos minutos la división Ayres, que atacaba por el flanco izquierdo, se apoderó de las trincheras, cogiendo mil prisioneros; Griffin hacía otro tanto poco mas o menos por la derecha, y Crawford, que apenas encontraba resistencia, cayó sobre el centro, y apoderándose de cuatro cañones, dio luego una vuelta para cortar al enemigo la retirada si era posible. Los separatistas, batidos en todos los puntos, huyeron en distintas direcciones desordenadamente, y la caballería les persiguió hasta mucho después de anochecer. El número de prisioneros, sin contar las otras bajas, ascendió a cinco mil, y los unionistas perdieron mil hombres entre muertos y heridos, pero en cambio desbarataron el ala derecha del ejército de Lee. El brigadier general Winthrop, uno de los jefes federales, fue de los primeros que perdieron la vida en la refriega.

Terminada la acción, Sheridan ordenó a Griffin que fuera a tomar posición con dos divisiones cerca de la iglesia de Gravelly, situada a pocas millas más allá de Petersburg, principalmente con el fin de ponerse en comunicación con el resto del ejército, en tanto la caballería de Mc Kenzie marcharía al camino de Ford para situarse cerca del río. Dadas estas órdenes, y aun cuando era ya de noche, dispuso Grant que las baterías levantadas frente a Petersburg rompieran el fuego inmediatamente, y a los pocos momentos comenzó el bombardeo, que anunciaba la reciente victoria de los federales. Wright, Parke y Ord, que no habían abandonado sus atrincheramientos, recibieron entonces orden de avanzar al asalto, y así lo hicieron en la madrugada del 2 de abril. Parke, a la cabeza de su cuerpo de ejército, se apoderó bien pronto de la línea exterior de las fortificaciones enemigas, mas no pudo tomar la segunda por habérsele opuesto una desesperada resistencia; Wright, que acometió por el flanco izquierdo, apoyado por dos divisiones del general Ord, lo arrolló todo a su paso, cogiendo varios cañones y algunos miles de prisioneros, y por último, otra división forzó las líneas de los separatistas por el río, mientras los generales Ord y Gibbon se apoderaban de los fuertes Gregg y Alexander, en los cuales fundaban principalmente sus esperanzas los separatistas para la defensa de Petersburg. El general Humphreys, con sus dos divisiones, contribuyó a vigorizar este brillante ataque.

Cuando supo Sheridan cuál había sido el éxito de la jornada, no creyó necesario conservar a su lado tantos refuerzos, y por lo tanto dispuso que la división Miles marchara a reunirse con su cuerpo de ejército, y sólo se quedó con la caballería y demás tropas de Warren. Poco después del medio día, el enemigo había evacuado todas las posiciones que ocupaba al Sur de Hatcher's Run para replegarse al Oeste, en la dirección de Sutherland's Station, y mientras se efectuaba esta retirada, dos fuertes columnas del cuerpo de ejército de Hill acometieron resueltamente a la división Miles. Trabóse entonces un sangriento combate, que amenazaba prolongarse y ser funesto para los unionistas, cuando llegó en auxilio de estos una división destacada por Meade y otra de Sheridan. Miles volvió a tomar la ofensiva, y esta vez los separatistas, atacados de frente y de flanco,

104 Swinton asegura que el general Warren fue relevado del mando *después de la acción*, pero Sheridan no lo decía así en su parte oficial. Al hacer Warren su defensa, sostuvo que no recibió la orden de Sheridan, hasta después de terminada la batalla.

abandonaron el campo de batalla, dejando en poder de los vencedores unos seiscientos prisioneros, su artillería y algunas banderas.

El general Longstreet, que hasta entonces no había abandonado un momento las fortificaciones de Richmond, levantadas en la parte norte del James, se reunió luego con el general Lee en Petersburg, y poco después se dio a Hill orden de acometer al enemigo para ver si era posible recobrar algunas de las obras defensivas tomadas algunas horas antes por Parke. El ataque fue tan vigoroso y resuelto, que algunas de las tropas que guardaban a City Point recibieron orden de marchar inmediatamente en auxilio de los federales, sin lo cual seguramente no habría sido muy fácil rechazar a los confederados. En esta refriega, y al practicar un reconocimiento el general Hill, cayó mortalmente herido y exhaló el último aliento en el campo de batalla. Hill era uno de los oficiales más entendidos y valerosos del ejército de Lee.

Ya hemos dicho que las dos divisiones de Hill, que estuvieron a punto de derrotar a Miles, tuvieron luego que abandonar el campo de batalla, dominadas por el número de sus enemigos, y ahora añadiremos que al emprender la retirada aquellas tropas, siguieron la dirección del Appomattox en cumplimiento de las órdenes de Lee, al cual no se le ocultaba que no era ya posible conservar a Petersburg. Sus pérdidas ascendían lo menos a diez mil hombres, y la destrucción del ala derecha de su ejército le exponía a una derrota segura si no tomaba una pronta determinación. En su consecuencia dispuso que las tropas evacuaran a Petersburg para replegarse sobre Danville, pues ya se había previsto el caso por los jefes del ejército, y tanto es así, que Mr. Jefferson Davis acababa de abrir una almoneda para vender todo su mobiliario y seguir al ejército. En un consejo de guerra celebrado en Richmond el 29 de marzo anterior, bajo la presidencia del mismo Jefferson Davis, el general Lee y los miembros del gabinete convinieron en que no era posible defender por mas tiempo unas líneas tan extensas, que iban prolongándose sin cesar-hacia la derecha según avanzaba el enemigo. Ciertamente es que no faltaban defensores, pues aun había sesenta mil hombres disponibles, y además hallábase cerca el ejército de Johnson con otros cuarenta mil, pero aun con estos cien mil hombres, hubiera sido difícil sostener un sitio en regla, porque la posición era demasiado extensa, la plaza carecía de una ciudadela central, y aquellas fuerzas no bastaban seguramente para cubrir unas líneas de defensa que desde Five Forks hasta la parte Norte de Richmond no medían menos de setenta a setenta y cinco millas de longitud. Prescindiendo de esto, la guarnición no era suficientemente fuerte para intentar la ofensiva sobre un punto cualquiera de la línea del enemigo, pues éste se hallaba perfectamente atrincherado, y se corría el riesgo de sufrir una sensible derrota.

Debe tenerse también en cuenta que la desmoralización había hecho en el ejército rápidos progresos; cierto es que las tropas se sujetaban a la disciplina y atacaban con vigor al enemigo, mas cuando se veían cercadas o en peligro, desbandábanse, y los soldados se dejaban coger por centenares y hasta por miles, como así lo probaban las masas de prisioneros conducidos diariamente a City Point. Es fama que iban los soldados tan hambrientos, que no se necesitaba guardia para evitar que se escapasen de la prisión; las raciones que se les distribuían eran los mejores carceleros. En cuanto a la población de Richmond, ya hemos indicado que su situación iba siendo cada vez más crítica: los ricos habían llegado a ser pobres, las familias acomodadas se hallaban sumidas en la más espantosa miseria; los víveres escaseaban; no había más dinero que el papel moneda, el cual apenas tenía valor alguno, y, en una palabra, para que se comprenda cuán angustiosa era para todos la situación, baste decir que un pan llegó a valer cien dólares y un jamón rancio quinientos. Una caja de fósforos costaba dos dólares; los demás artículos de primera necesidad se vendían a precios fabulosos, y aun así no había víveres para todos los que querían comprar.

Teniendo en consideración todos estos inconvenientes, el consejo de guerra confederado opinó que para prolongar la lucha no quedaba otro medio sino abandonar aquella desgraciada ciudad y retirarse al interior del país, a una posición más desembarazada que Richmond, y puesto a discusión este punto, acordóse por unanimidad trasladar el Gobierno a Danville. En su consecuencia, todos los inmensos archivos del Capitolio, las prensas para hacer billetes, y los

efectos de las oficinas, fueron trasladados inmediatamente a dicho punto por el camino de hierro, y al mismo tiempo se expidieron las órdenes oportunas al general Ewell, jefe de la guarnición, para que destruyera los puentes del James, así como también los arsenales y los polvorines, cuando las tropas hubieran evacuado completamente la ciudad.

En la mañana del domingo, 2 de abril, precisamente a los pocos momentos de haberse empezado la batalla de Five Forks, el Presidente de la Confederación, Mr. Jefferson Davis, que estaba en la iglesia, recibió un parte del general Lee, en el cual le manifestaba, que rotas sus líneas por tres puntos a la vez, y atendida su crítica situación, iba a expedir las órdenes para que se emprendiera la retirada hacia Danville en la noche siguiente. Al recibir este mensaje, Jefferson Davis, que escuchaba atentamente el sermón, no pronunció una palabra ni dio a conocer su emoción, pero salió inmediatamente del templo, y pocos minutos después fueron llamadas otras muchas personas que también se hallaban en la iglesia. Bien pronto circuló por todas partes el rumor de que el enemigo atacaba la ciudad misma; comenzó a cundir el pánico de un extremo a otro de Richmond, y a las dos o tres horas reinaba la mayor confusión hasta en las calles más lejanas. Llegada la noche, las llamas del incendio y el ruido de las explosiones producidas a consecuencia de haberse pegado fuego al arsenal y a los diversos depósitos de municiones, contribuyeron a sembrar el espanto en la ciudad, que bien pronto iba a verse abandonada por todos los habitantes. Al llegar aquí, y como por más que nos extendiéramos al hablar de la última noche que pasó el Gobierno de Jefferson Davis en Richmond, parecería pálida nuestra descripción, comparada con la de un testigo ocular, copiaremos a Pollard, que refiere detalladamente los principales hechos ocurridos en Richmond al abandonar los confederados el último baluarte de la rebelión. He aquí en qué términos se expresa:

«Hombres, mujeres y niños salían precipitadamente de las iglesias o de las casas, anunciándose mutuamente que el enemigo estaba a las puertas de Richmond y que era preciso evacuar la ciudad. Muchos no daban crédito a semejante noticia, y al contemplar el puro azul del cielo en aquel magnífico día de primavera, al ver que no circulaban tropas por las calles, y que nada turbaba la aparente tranquilidad de la capital de la Confederación, parecíales imposible que a las pocas horas debiera hallarse Richmond en poder del enemigo y envuelto entre las llamas de una espantosa conflagración.

»Sin embargo, llegada la noche, preciso fue que los más incrédulos se convencieran: por todas las calles comenzaron a cruzar vagones cargados de cofres, grandes cajas y toda clase de efectos que se conducían a Danville por orden del Gobierno, y todos los que vieron esto hicieron entonces sus preparativos para abandonar inmediatamente la ciudad. El precio de los vehículos subió de pronto de una manera exorbitante, y llegaron a pagarse diez, quince y hasta cien dólares, en oro o papel del Gobierno federal, por el carro más insignificante. De repente, y como por arte de encantamiento, viose aparecer por diversas calles una multitud de hombres, detrás de los cuales caminaban esclavos negros, llevando baúles, fardos y equipajes de todas clases; el número de fugitivos era cada vez más numeroso, y se atropellaban unos a otros por tomar la delantera para abandonar antes la ciudad. Todos los Bancos de Richmond se abrieron al momento, y los imponentes se apresuraron a sacar sus fondos, mientras los directores se ocupaban en recoger sus documentos y papeles más importantes. Miles de dólares en papel moneda fueron quemados en aquella ocasión, y cuando llegó la noche, reinaba una confusión tan espantosa en la ciudad, que ningún habitante pudo entregarse al sueño.

»El Consejo de la Confederación se había reunido por la tarde, y acordó que se inutilizasen todos los licores que hubiese en la ciudad, a fin de evitar los desórdenes que pudieran causar los que abusasen de las bebidas espirituosas. A eso de la media noche comenzó la obra de destrucción, dirigida por Comités de los principales ciudadanos; muchos centenares de toneles fueron sacados a la calle, y abiertas las espitas, dejóse correr libremente el contenido; magníficas cajas llenas de botellas de toda clase de licores fueron arrojadas a la calle desde los pisos mas altos, pero en medio de toda esta destrucción no se pudo evitar que algunos merodeadores y gentes de mal vivir se

apoderasen de varios frascos y botellas, y abusasen de la bebida. Desde aquel momento comenzó a reinar el más espantoso desorden y se cometieron toda clase de violencias; muchos almacenes fueron saqueados; a los dueños de algunas casas se les robó impunemente cuanto tenían, y los gritos y los lamentos de las víctimas contribuyeron a la confusión que reinaba en la ciudad.

»Pero aun debían aumentarse los horrores de aquella escena: el general Ewell había expedido una orden para que se pegara fuego a las cuatro principales fábricas de tabaco de la ciudad, y aunque a última hora se organizó un Comité de ciudadanos a fin de protestar contra semejante medida, que iba a causar graves perjuicios a una parte del comercio de Richmond, no se quisieron escuchar de ningún modo las observaciones de los reclamantes, y los ciudadanos hubieron de someterse a la fuerza, aun cuando se trataba de la destrucción de sus bienes. Así, pues, los almacenes fueron quemados; los buques que había en el puerto, entre los cuales se contaba el *Patricio Enrique*, de reciente construcción, quedaron reducidos a cenizas, y no dejó, en fin, de inutilizarse hasta el más insignificante barco de los que se hallaban en el muelle de Richmond. Los puentes que había fuera de la ciudad sufrieron la misma suerte: el de Danville, el de Petersburg, y el de Mayo, que se comunicaba con Manchester y servía para cruzar a la orilla opuesta del James, fueron todos pasto de las llamas.

»Por la mañana ofrecióse a la vista del espectador una escena que difícilmente se podía olvidar. El ronco fragor de los edificios que se desplomaban; el rojizo resplandor de las llamas que iluminaban la ciudad entera; los hombres que corrían de un punto a otro, semejantes a una legión de demonios, en medio de las espesas nubes de humo que envolvían los objetos, todo, en fin, formaba un conjunto imponente que hubiera impuesto pavor al más escéptico y que no basta nuestra pluma para describir.

»Centenares de carros cargados de tocino, harina y aguardiente, pasaban a escape por las calles para ir a reunirse con la retaguardia del ejército, y cerca de los depósitos de víveres, veíase una multitud hambrienta, de hombres, mujeres y niños, que provistos de sacos y cestas, esperaban ansiosos que se abrieran las puertas para apoderarse de todo aquello que los fugitivos no se habían podido llevar. Al rayar la aurora, abriéronse los depósitos, y lanzando un grito que atronó el espacio, penetró en ellos la multitud, que en pocos minutos hizo desaparecer las inmensas cantidades de tocino, harina y otros comestibles puestos a su disposición por orden del Gobierno.»

Las líneas que tenían los federales frente a Richmond, por la parte norte del James, estaban ocupadas por el general Weitzel y las divisiones de Kautz, Ashborne y Thomas, cuyos jefes debían simular repetidos ataques a fin de que, creyendo el enemigo que se iba a dar el asalto, concentrase por aquel punto sus fuerzas, mientras el resto del ejército atacaría realmente al enemigo por la parte de Petersburg. Estas instrucciones fueron cumplidas al pie de la letra, aun cuando se supo que el general Longstreet, comprendiendo sin duda la estrategia de Grant, había marchado con parte de sus fuerzas en auxilio de Lee. Weitzel, no obstante, persistió en simular sus ataques, y a no dudarlo, estaba muy lejos de sospechar que las tropas confederadas iban abandonando poco a poco sus obras de defensa para ir a reunirse con el resto del ejército, que se retiraba apresuradamente. En la madrugada del 2 de abril, sin embargo, y cuando la mayor parte de las tropas se hallaba entregada al reposo, el general Weitzel, que vigilaba aun atentamente, oyó el estruendo de las explosiones que se repetían a cada momento, y habiéndole llamado esto la atención, mandó al teniente Depeyster que subiera a la torre de señales, cuya elevación era de setenta pies, para ver lo que pasaba. El oficial bajó al poco tiempo y manifestó que se veía un gran resplandor en la dirección de Richmond, pero que no podía asegurarse si aquel provenía o no de un incendio. Entonces, y deseando a toda costa salir de dudas, tratóse de sorprender algún piquete del enemigo, lo cual se consiguió a eso de las tres de la madrugada, mas no se pudo con esto averiguar lo que sucedía, pues los soldados dijeron que no sabían dónde estaba su regimiento ni su jefe. El general Shepley, del estado mayor de Weitzel, dedujo entonces que los separatistas estaban evacuando a Richmond, y en efecto, media hora después, confirmóse esta conjetura por un desertor y un negro que se presentaron en las líneas de los federales. Sin embargo, era preciso proceder con la mayor prudencia, y se creyó oportuno

esperar la llegada del día para poner a las tropas en movimiento, pues sabíase de cierto que los separatistas habían sembrado el camino de balas explosivas y otros proyectiles inflamables, y hubiera sido muy peligroso emprender la marcha en medio de la oscuridad.

Por fin amaneció, y entonces el general Weitzel dio la orden de avanzar a todas sus tropas, que a poco invadieron las abandonadas líneas del enemigo. El jefe unionista no pudo menos de admirar aquellas obras de defensa, casi inexpugnables, por su sólida e ingeniosa construcción; todos se convencieron entonces de que el tomarlas hubiera costado mucha sangre, y desde luego se comprendió que las pérdidas de los sitiadores habrían sido al fin diez veces mayores que las de los sitiados.

A las seis de la mañana, el general Weitzel, seguido de su estado mayor y de sus tropas, penetró en los primeros arrabales de la ciudad, iluminada aun con los resplandores del incendio, y pocos momentos después la bandera de la Unión ondeaba en el Capitolio, donde el Congreso Confederado había celebrado sus sesiones desde el mes de julio de 1861. Entusiastas aclamaciones saludaron la aparición de aquella insignia que anunciaba el triunfo de los unionistas. Mr. Jefferson Davis había abandonado la ciudad el día anterior, seguido de casi toda la oficialidad y de los miembros del Congreso, así como también de Mr. William Smith, gobernador de Virginia, y por lo tanto, se efectuó la ocupación sin la menor resistencia. Muy lejos de esto, hubo seguramente muchos que recibieron a los federales como libertadores, si bien no faltarían en cambio otros que hubieran preferido ver entrar en Richmond a los federales como prisioneros de guerra.

Según era de esperar, lo primero que se hizo fue adoptar las medidas más oportunas para restablecer el orden: al general Shepley se le nombró gobernador, y al teniente coronel Manning preboste; cortáronse los incendios con toda la rapidez posible, y se dictaron, en fin, cuantas disposiciones parecieron más urgentes para que la ciudad adquiriese la tranquilidad interrumpida algunas horas antes. La conflagración había causado grandes destrozos en Richmond, pues sin contar los almacenes y depósitos, la casa de correos, las oficinas del Tesoro, las de los principales bancos, las redacciones de los periódicos, y en fin, todos los edificios más notables, se hallaban reducidos a un informe montón de ruinas. Las pérdidas de los particulares debían ascender también a muchos millones de dólares, pues quedó completamente destruida una tercera parte de la ciudad; la prisión de Libby, el castillo de Thunder y la fundición de hierro de Tredegar, no sufrieron en lo más mínimo, a pesar de hallarse situados en el punto donde más estragos hizo el devorador elemento. Toda esta destrucción no impidió que los unionistas se hicieran dueños de un rico botín: el número de prisioneros ascendía a mil, incluso los enfermos que se hallaron en los hospitales, y además se cogieron quinientas piezas de artillería, cinco mil armas de todas clases, treinta locomotoras, trescientos carros cargados de municiones, y otros muchos efectos de campaña.

Algunas horas después de haber ocupado el ejército la capital de la Confederación, había circulado ya por todo el país la noticia de la toma de Richmond, y bien pronto la confirmaron los telegramas del Presidente Lincoln, que se hallaba entonces en City Point, y del Secretario de la Guerra, que estaba en Washington. Las oficinas públicas se cerraron inmediatamente, suspendiéronse los negocios, y todos aquellos que tenían motivos para celebrar el triunfo de la causa nacional, y que deseaban con ansia que se terminase la guerra, sólo se ocuparon desde aquel momento en adquirir noticias, sin dudar por un momento que la toma de Richmond era el golpe de muerte para la Confederación. En Nueva York se llenaron al momento de gente todas las calles; a cada paso se encontraban animados grupos que con ávida curiosidad escuchaban atentos la lectura de los últimos despachos y telegramas que se acababan de recibir; en las iglesias de la Trinidad y de San Pablo comenzaron a repicar las campanas alegremente, y en una palabra, diremos que en todas las grandes ciudades de la Unión sucedió poco más o menos lo mismo. La alegría era universal, y se quiso celebrar el fausto acontecimiento con públicos regocijos, sin que nadie pensara en vengar antiguas injurias de aquellos a quienes una loca ambición había inducido a combatir contra la República y el Gobierno.

Precisamente el lunes, 3 de abril, era el día señalado para las elecciones de Connecticut, uno de los Estados donde siempre se presentó mas fuerte la oposición, pero el último triunfo de los unionistas debía asegurar también la victoria del Gobierno, e inútil parece decir, que tanto en Connecticut como en los demás puntos triunfó el partido republicano por una gran mayoría.

Como era de esperar, los separatistas abandonaron a Petersburg al mismo tiempo que se efectuaba la evacuación de Richmond, y esto con tal sigilo, que los piquetes federales que se hallaban a un tiro de la ciudad no se apercibieron del movimiento, pues no hubo incendios ni explosiones que dieran a conocer la retirada de las tropas. Los unionistas penetraron luego en Petersburg sin oposición alguna, pero en cambio se les hizo un recibimiento muy frío, y sólo los negros contestaron con alegres aclamaciones a los gritos de triunfo del vencedor.

Entre tanto, los hombres de gobierno de la Confederación se dirigían hacia Danville, en cuyo punto pensaba concentrarse Lee con el resto de su ejército cuando se hubiese reunido con las fuerzas del general Johnston, pues de este modo se podría, cuando menos, oponer una enérgica resistencia al enemigo si persistía en la persecución. Entonces fue cuando Grant, de cuya capacidad militar dudaban muchos, probó de una manera irrecusable que era un entendido general, y que no en vano había puesto en él toda su confianza el Gobierno: el jefe unionista comprendió desde luego que atacando de frente a Lee, le hubiera obligado a concentrarse antes en Lynchburg o Danville, y como precisamente era esto lo que quería evitar, resolvió tomarle la delantera, a fin de cortar toda retirada al ejército enemigo, que no contaba ya para su defensa con los formidables atrincheramientos de Richmond o Petersburg. El general Grant había tomado, pues, sus disposiciones, y ya veremos luego por su resultado cuán acertadas fueron, y cuán oportunas para acabar de una vez la guerra con la Confederación.

El ejército separatista, reducido por sus numerosas pérdidas y sus deserciones a un efectivo de treinta y cinco mil hombres a lo más, había llegado entre tanto a Chesterfield, y desde este punto se dirigió rápidamente hacia Amelia, donde el general Lee pensaba encontrar víveres que había mandado pedir a Danville, pero no habiendo llegado aquellos por haberse empleado los carros para conducir a los fugitivos que abandonaban a Richmond, viéronse las fatigadas tropas privadas hasta del alimento, en un país donde escaseaban los artículos de primera necesidad. Así pues, mientras Lee perdía dos días en Chesterfield, esforzándose por encontrar algunos víveres para sus hambrientos soldados, Sheridan, avanzando rápidamente por el sur de Amelia, acababa de ocupar el camino de hierro de Danville por la parte de Jetersville, después de dispersar a su paso algunas partidas sueltas de la caballería que había tomado parte en la batalla de Five Forks. Sheridan concentró sus tropas en Jetersville, dispuso que se atrincherase la infantería, y apoyada ésta por la caballería, preparóse a cerrar el paso a Lee, hasta que llegaran Grant y Meade, para aniquilar de una vez al ejército enemigo.

Este último jefe no llegó hasta el 5 de abril, en cuyo día se hallaba aun Lee en Amelia, y a esta circunstancia se debió principalmente que los víveres recogidos en Lynchburg y Danville para el ejército separatista, fueran interceptados por los federales, que de este modo privaban a sus enemigos del socorro más necesario.

El general Lee salió de Amelia a la caída de la tarde del día 5 y se dirigió directamente hacia Farmville, a fin de cruzar el Appomattox y ponerse, si era posible, fuera del alcance de sus perseguidores, pero según veremos, este plan no se debía realizar. El general Davies había alcanzado en el camino de Paine los trenes del general Lee, y después de destruir ciento ochenta vagones, se apoderó de cinco piezas de artillería, a pesar de que las primeras avanzadas del ejército separatista trataron, aunque inútilmente, de cercar a la caballería federal. Reforzada ésta a poco por las brigadas de Gregg y Smith, obligó al enemigo a retroceder, y entonces los unionistas se retiraron a Jetersville, donde estaba ya concentrado casi todo el ejército. En la mañana del día siguiente, 6 de abril, los generales Sheridan y Meade se lanzaron de nuevo en persecución de los confederados con más actividad que nunca. La división Crook avanzó rápidamente hacia Deatonsville, a cuyo punto había llegado poco antes el general Lee, y aunque éste contaba con fuerzas más numerosas, Crook

le atacó sin vacilar, sólo con el objeto de entretenerle hasta que vinieran las demás tropas. El resultado no era dudoso: Crook fue rechazado desde luego, pero entre tanto llegó una división de caballería, a las órdenes de Custer, y reunidas estas fuerzas, consiguieron romper la línea de los confederados, cogiendo muchos prisioneros y diez y seis piezas de artillería. De este modo, el cuerpo de ejército del general Ewell quedó separado del de Lee, y su vanguardia se vio atacada de improviso por el coronel Stagg, en cuyo auxilio llegó a poco la división del general Seymour. Ewell opuso una vigorosa resistencia, y la infantería federal fue rechazada al principio, sufriendo pérdidas considerables, pero las fuerzas enemigas eran tan numerosas, que los intrépidos veteranos de Ewell, cercados y acosados por todos los puntos a la vez, y sin esperanza alguna de salvarse, arrojaron sus armas y se rindieron. El mismo Ewell y otros cuatro generales se hallaban entre los prisioneros, cuyo número ascendía a seis mil.

Mientras los separatistas eran batidos por este punto, el general Ord, que había salido poco antes de Jetersville, alcanzaba a la columna del general Lee, cerca de Farmville, en el momento en que se disponía a cruzar el río. La vanguardia de Ord, compuesta de dos regimientos de infantería y un escuadrón de caballería, a las órdenes del brigadier general Theodore Read, atacó resueltamente a los confederados con el objeto de entorpecer su marcha, y hasta intentó cortar los puentes, pero aquellos se arrojaron tan furiosamente sobre sus enemigos, que les obligaron a retroceder en el mayor desorden, causándoles numerosos muertos, entre los cuales se contaba el mismo Read. Este ataque retrasó algún tanto la marcha del ejército separatista, mas no impidió que Lee cruzara al día siguiente el Appomattox por Farmville, y habiendo caminado durante toda la noche, dejó muy atrás a sus perseguidores. Por desgracia para los fugitivos, los más de ellos estaban extenuados de hambre y cansancio; los caballos caían muertos a cada paso; de un momento a otro iba a ser necesario abandonar una parte de la artillería, y así es que mientras la vanguardia se hallaba ya a mucha distancia del río, la retaguardia no había cruzado aun a la orilla opuesta.

Durante la noche del 6, la mayor parte de los jefes y oficiales del ejército fugitivo se reunió para discutir acerca de su desesperada situación, y todos convinieron unánimemente en que era preciso capitular. El general Lee no estuvo presente en aquella reunión, pero el general Pendleton se encargó de comunicarle el acuerdo de aquel consejo de guerra.

Mientras sucedía esto, el general Grant, como si quisiera evitar a Lee la humillación de proponer condiciones para rendirse, enviaba al general confederado la siguiente carta:

«Farmville 7 de abril de 1865.

»Al general Lee:

»General: los acontecimientos de la semana última deben bastar para convenceros que sería completamente inútil seguir oponiendo resistencia en esta lucha con los restos de vuestro ejército de la Virginia del Norte. Persuadido de esto, considero como un deber evitar toda responsabilidad por la sangre que pudiera aun verterse, y por lo tanto me apresuro a proponeros la rendición de la parte del ejército que se halla a vuestras órdenes.

»Con este motivo se ofrece respetuosamente como vuestro afectísimo servidor,

»El teniente general de los ejércitos de la Unión,

»Ulises Grant.»

Lee recibió esta carta por la noche, precisamente cuando el general Humphreys acababa de hacer alto a cuatro o cinco millas de Farmville, en cuyo punto se habían atrincherado los separatistas levantando varias baterías que dominaban el camino de Lynchburg, de tal modo, que habría sido muy peligroso para los federales avanzar de frente al ataque de aquella nueva posición. Humphreys trató de dar un rodeo para sorprender al enemigo por su retaguardia, mas no contando con suficientes fuerzas para esto, dispuso que el general Miles atacara por el flanco derecho mientras él trataría de distraer a Lee por el centro. Sucedió lo que era de esperar: los unionistas fueron rechazados con una pérdida de seiscientos hombres, y hubo que lamentar la muerte del brigadier general Smith y del mayor Mills, sin contar que otros varios jefes de distinción quedaron

gravemente heridos. Cuando los federales volvieron a tomar posición, era ya demasiado tarde para acometer de nuevo al enemigo, y entonces Lee, aprovechando la oscuridad, continuo su retirada, no sin enviar antes a Grant la contestación a su carta, concebida en estos términos:

«7 de abril de 1865.

»General: he recibido vuestra carta de ayer. Aunque no estoy en un todo conforme con vuestro parecer respecto a la imposibilidad de resistirme por más tiempo con mi ejército de Virginia, deseo no obstante como vos, evitar una inútil efusión de sangre. Así pues, antes de tomar en cuenta vuestra proposición, tened la bondad de manifestarme cuáles serían vuestras condiciones si me rindiese con mi ejército.

»R. Lee.

»Al teniente general Ulises Grant.»

A esta carta contestó en el acto el general Grant con la siguiente:

«Al general R. Lee.

»General: acabo de recibir vuestra carta de anoche, en contestación a la mía, y en la que me preguntáis bajo qué condiciones aceptaría la rendición del ejército de Virginia. Debo deciros, en primer lugar, que obtener la paz es mi más vehemente deseo, pero hay una condición en la que debo insistir principalmente, y esta es que los oficiales y soldados que se rindan, se obliguen solemnemente a no hacer armas en lo sucesivo contra el Gobierno de la Unión. Si os parece, celebraremos una conferencia, o bien nombraré varios oficiales que se entenderán con los que elijáis, en el punto que os convenga, para fijar definitivamente las condiciones bajo las cuales deberá efectuarse la rendición del ejército de la Virginia del Norte.

»El teniente general Ulises Grant.»

El general Sheridan, entre tanto, continuaba la persecución, seguido de dos divisiones de Merritt, con objeto de alcanzar a Lee antes de que pudiera llegar a Danville, pero habiéndose cometido la imprudencia de dejar al general Crook solo con parte de una división, este jefe, que a duras penas consiguió cruzar el Appomattox por muy cerca de Farmville, fue rechazado luego en dicho punto por algunas fuerzas confederadas, que cogieron prisionero al general Gregg, después de haber derrotado completamente a sus enemigos. En la mañana del día 8, no obstante, continuo la persecución con más actividad que nunca: dos cuerpos de ejército a las órdenes del general Meade, se dirigieron hacia el Norte del Appomattox, siguiendo de cerca la pista al enemigo; Sheridan marchó con su caballería en dirección a Lynchburg, y los cuerpos de ejército de Ord y de Griffin siguieron a esta última fuerza, aun cuando, como es de suponer, viéronse bien pronto separados de Sheridan por una inmensa distancia. Cuando este jefe y Crook hubieron vuelto a cruzar el Appomattox, concentraron sus tropas en Prospect Station, y se dio orden a la división Merritt para que avanzara hacia el camino de Lynchburg, que dista sólo cinco millas del río, pues acababa de saberse que por allí iban a pasar cuatro trenes cargados de víveres para el hambriento ejército de Lee. Gracias a la actividad de los jefes unionistas y a las acertadas disposiciones del general Custer, se consiguió sorprender dichos trenes, y poco después la división Devin, seguida de la de Custer, se hallaba a un tiro de fusil de la vanguardia de Lee, con la cual empeñó un terrible combate, al que puso fin la oscuridad de la noche, y en el cual perdieron los separatistas veinticinco cañones y otros muchos efectos de campaña. Sheridan, que entre tanto avanzaba rápidamente con su caballería, la situó en el único camino por donde podía pasar el ejército de Lee, y envió un parte a los generales Griffin, Ord y Grant, anunciándoles que ya era de todo punto inevitable la completa derrota del ejército enemigo. Apenas se recibió este aviso, Griffin y Ord avanzaron con todas sus tropas a marchas forzadas, y en la mañana del domingo 9 de abril, hallábanse ya en la estación de Appomattox.

Acorralado, por decirlo así, el jefe de las fuerzas confederadas, y creyendo que sólo la caballería de Sheridan era la que trataba de cerrarle el paso, resolvió romper la línea del enemigo con su infantería, pero antes redactó la siguiente carta para Grant:

«8 de abril de 1865.

»General: a hora muy avanzada he recibido vuestra carta de hoy en contestación a la mía de ayer. No era mi objeto proponeros la rendición del ejército de la Virginia del Norte, sino preguntaros bajo qué condiciones la aceptaríais, pues hablando francamente, *no creo que haya llegado el caso de rendir las armas*. Sin embargo, como la celebración de la paz es lo que todos deseamos, quisiera yo saber si vuestras proposiciones facilitarían el medio de conseguirla. En su consecuencia, nuestra entrevista no tendría por objeto tratar de la rendición del ejército de la Virginia del Norte, pero si vuestras proposiciones no se refieren sino a las tropas de los Estados de la Confederación, que se hallan a mis órdenes, y puede conseguirse con esto la paz tan deseada, tendré el mayor gusto en conferenciar con vos mañana, a las diez, en el antiguo camino de Richmond y entre las líneas de ambos ejércitos.

»R. Lee.

»Al teniente general Ulises Grant.»

El jefe unionista se hallaba con la columna del general Meade cuando recibió esta carta, poco después de las doce de la noche, y a la mañana siguiente, antes de ponerse en marcha para reunirse con Sheridan y Griffin, contestó en estos términos:

«9 de abril de 1865.

» General: recibida vuestra carta de ayer. Como no estoy autorizado para tratar sobre la paz, la entrevista que me proponéis para las diez de la mañana de hoy, no conduciría a nada. Os repetiré, sin embargo, general, que deseo la paz tan sinceramente como vos, y que todo el Norte se halla animado del mismo sentimiento. Fácil es de comprender bajo qué condiciones se conseguiría el objeto apetecido: deponiendo las armas, el Sur pondrá fin a la funesta lucha que deploran todos, evitando que se sacrifiquen inútilmente las vidas de miles de seres humanos, y se destruyan lastimosamente bienes y propiedades que valen muchos millones. En la esperanza de que podrán arreglarse todas las diferencias sin hacer nuevos sacrificios, tengo el honor de ofrecerme vuestro afectísimo,

»Ulises Grant, Teniente general de los ejércitos de la Unión.»

Sheridan se hallaba con su caballería cerca de Court-House cuando el ejército de Virginia hizo la última tentativa para romper la línea de sus enemigos y abrirse paso. El combate que entonces se trabó fue obstinado y sangriento en un principio, mas rechazados al fin los separatistas, emprendieron la retirada desordenadamente, sufriendo sensibles pérdidas. Aquel fue el último esfuerzo del valeroso ejército de Virginia. En el momento en que los federales iban a lanzarse de nuevo en persecución del enemigo, enarboló éste una bandera blanca, y poco después llegó un parlamentario para solicitar que se suspendieran las hostilidades, atendido que entre los generales Lee y Grant estaban pendientes las negociaciones para la capitulación. En efecto, antes de que Grant llegara al cuartel general de Sheridan, había recibido la siguiente comunicación.

«9 de abril de 1865.

»General: he recibido vuestra comunicación de esta mañana en el punto que os indiqué y donde esperaba encontraros para saber cuáles serían vuestras condiciones en el caso de rendirse el ejército. Ahora me tomo la libertad de solicitar una entrevista para tratar sobre este punto en el sentido que me indicabais en la vuestra de ayer.

»R. Lee.

»Al teniente general Grant.»

Esta petición era un paso mas en la vía de las negociaciones, que prometía desde luego una solución favorable, tanto más cuanto que el general Grant, acogiendo favorablemente la proposición de Lee, le contestó en el acto que estaba dispuesto a conferenciar en el punto y hora que señalase. Poco después, los dos generales se reunieron en la casa de Mr. Mc Lean, cerca de Court-House: aunque desprovista de toda especie de ceremonial, la conferencia no dejó de ser solemne; aquellos

dos hombres que habían dirigido tantas batallas sin pestañear, no pudieron reprimir cierta emoción cuando al saludarse se estrecharon la mano según la costumbre americana. Las condiciones de la capitulación quedaron convenidas bien pronto, después de discutidas franca y lealmente, pues no era de esperar que hombres de calidad y mérito, tales como Grant y Lee, tardaran mucho tiempo en entenderse. Las dos cartas siguientes darán a conocer al lector lo que pactaron los dos jefes de los ejércitos beligerantes:

«Appomattox Court-House, 9 de abril de 1865.

»General: conforme al contenido de mi carta de 8 del corriente, me propongo aceptar la capitulación del ejército de la Virginia del Norte bajo las condiciones que siguen: Se harán listas por duplicado de todos los oficiales e individuos de tropa de que consta vuestro ejército, de las cuales se entregará una a la persona que yo designe, y la otra a la que tengáis a bien elegir; hecho esto, los oficiales darán su palabra individual de no hacer armas contra los Estados Unidos antes de que se verifique el canje. Cada compañía, o jefe de regimiento, firmará una obligación comprometiéndose a lo mismo; las armas, la artillería y los objetos pertenecientes al Estado deberán reunirse y entregarse a la comisión que yo designare y que se encargará de recibir dichos efectos, entendiéndose que a los oficiales les será permitido conservar sus espadas, sus caballos y sus propios bagajes, después de lo cual tanto aquellos como los individuos de tropa podrán volver libremente a sus casas, donde no serán inquietados por la autoridad de los Estados Unidos mientras cumplan fielmente su palabra y respeten las leyes vigentes allí donde residan.

»Aprovecho esta ocasión para ofrecerme vuestro afectísimo y atento servidor,

»Ulises Grant.

»Al general R. Lee.»

«Cuartel general del ejército de la Virginia del Norte.

»General: he recibido vuestra carta de hoy, en la que se fijan las condiciones de la capitulación del ejército de Virginia, que se halla a mis órdenes, y como son esencialmente las mismas que se especificaban en vuestra comunicación de 8 del corriente, quedan aceptadas desde luego. En este momento voy a nombrar la comisión de oficiales para que se cumpla fielmente lo estipulado.

»Soy con el mayor respeto vuestro afectísimo,

»R. Lee.»

La despedida de Lee de todas sus tropas dio lugar a una escena triste y dolorosa, pero que sin embargo, no carecía de cierta grandeza: de los brillantes y orgullosos batallones que habían inaugurado la serie de sus victorias en Bull-Run, obligando luego a Mc Clellan a retirarse de Richmond; de aquel valeroso ejército que supo vencer a Burnside en Fredericksburg, que derrotó a Hooker en Chancellorsville, que estuvo a punto de batir a Meade en Gettysburg, que luchó tan heroicamente contra Grant en Spottsylvania, en Cold Harbor, en Petersburg y en Richmond, sólo quedaba ya una ruina, sólo quedaban algunos batallones de los intrépidos veteranos del Sur. Parece ser que en la capitulación de Lee se comprendieron veintisiete mil hombres, pero de estos sólo unos diez mil se hallaban en estado de llevar las armas, y no cabe la menor duda que les hubiera sido materialmente imposible seguir oponiendo resistencia contra el número diez veces mayor de sus enemigos. Prescindiendo de esto, los recursos de la Confederación se habían agotado ya por completo: de los ciento cincuenta mil hombres de que constaba su ejército pocas semanas antes, una tercera parte estaba ya fuera de combate, y no había dinero para alimentar y vestir a las demás tropas ni mucho menos para pagarlas. Por el contrario, los recursos de los Estados leales eran cada vez más numerosos; el ejército perfectamente equipado, iba reforzándose cada vez más; en el servicio activo contábase con más de medio millón de hombres, y otros tantos estaban dispuestos a empuñar las armas a la primera señal, de modo que para el Sur era punto menos que imposible sostener la gigantesca lucha que por tanto tiempo había estado afligiendo al país.

Cuando el general Lee se presentó por última vez a las tropas para despedirse, todos sus compañeros de armas se agolparon al rededor del jefe, ansiosos de estrechar la mano de aquel intrépido guerrero que tantas veces los había conducido a la victoria; pocos hubo que no vertieran una lágrima de sentimiento, y el noble general, al que también embargaba la emoción, sólo pudo pronunciar estas palabras: «Amigos míos: juntos nos hemos batido en defensa de nuestra causa; hemos compartido los mismos peligros, las mismas fatigas y privaciones, y por mi parte os aseguro que he hecho cuanto podía hacer por vosotros.» A esta tiernísima escena siguió otra no menos sublime: los federales se apresuraron a dar una parte de sus raciones a los separatistas, que en su mayor parte estaban extenuados de hambre y de cansancio, pues aun no habían llegado los trenes cargados de víveres que se esperaban de un momento a otro, y de este modo, los que antes se consideraban como mortales enemigos, convirtiéronse en amigos afectuosos y se estrecharon la mano, olvidando su antagonismo y resentimientos. Poco después, la mayor parte del ejército unionista volvió a Burkesville, desde donde tenía que marchar a Petersburg y Richmond, en cuyas ciudades debía cumplirse lo pactado entre los generales Lee y Grant, y algunos días mas tarde, los separatistas volvieron a sus respectivas casas, muchos de ellos con los recursos facilitados por el mismo Gobierno contra el cual habían combatido con un valor y arrojo dignos de mejor suerte.

El general Grant, después de haber pasado revista al ejército confederado, se puso inmediatamente en marcha a fin de reunirse con Sherman para ir al encuentro de Johnston, cuyo ejército no había capitulado aun.

29.

MUERTE DEL PRESIDENTE LINCOLN. LA PAZ (1865)

El Presidente en City Point. Su entrada en Richmond. Carta a Weitzel. Se suspende el alistamiento. Regocijos públicos. Aniversario de la toma del fuerte Sumter. Asesinato del Presidente Abraham Lincoln. J. Wilkes Booth. Tentativa de asesinato contra el gobernador Seward. Payne Powell. Andrew Johnson es elegido Presidente. Se ofrece una recompensa por la captura de Jefferson Davis y otros personajes de la Confederación. Excursión de Stoneman a la Carolina del Norte. Negociaciones entre Sherman y Johnston. El Gobierno rehúsa su aprobación. Rendición de Johnston y de Dick Taylor. Se disuelve la Confederación. Fuga y captura de Jefferson Davis. Proclama del general Kirby Smith. Expedición de Sheridan. El general Grant se despide de sus tropas. Licenciamiento de los ejércitos. Observaciones.

Pocos días antes del último combate ocurrido entre las fuerzas del general Lee y los unionistas, habíase trasladado el Presidente Lincoln a City Point, desde donde se comunicaba diariamente con Grant, y al día siguiente de la toma de Richmond, acompañado del almirante Porter, se dirigió a Rockett, punto que dista solo una milla de la ciudad. El día 4, y seguido siempre de Porter y algunos marinos armados de carabinas, Mr. Lincoln se trasladó al cuartel general de Weitzel, y fue a ocupar la casa que acababa de abandonar Mr. Jefferson Davis, no sin ser saludado a su paso por entusiastas aclamaciones. Los negros sobre todo se atropellaban de tal manera para ver de cerca a su libertador, que fue preciso recurrir a la fuerza armada para despejar las calles. El Presidente recorrió los principales puntos de la ciudad, y a las seis y media de la tarde regresó a City Point, pero a los dos días presentóse de nuevo en Richmond, acompañado esta vez de su señora, del Vicepresidente Johnson y de varios senadores y altos funcionarios del Gobierno, siendo de advertir que también formaban parte de su comitiva algunos hombres notables de la Confederación, los cuales, viendo su causa perdida, deseaban naturalmente sacar el mejor partido posible de la situación. Mr. Lincoln escuchó a estos últimos con la bondad que le caracterizaba, y siempre deseoso de complacer a los que le pedían una gracia cuando estaba en su mano hacerlo, escribió la siguiente carta al general Weitzel:

«Cuartel general de los ejércitos de la Unión.

»City Point, 6 de abril de 1865.

»Al General Weitzel.

»Habiéndome indicado que alguno de los miembros de la legislatura de Virginia, que apoyaban antes la rebelión, desean ahora reunirse en Richmond a fin de adoptar medidas para que se retiren desde luego todas las tropas, y no se haga más resistencia al Gobierno general, concederéis permiso y protección, si es necesario, a los señores que traten de reunirse con este objeto. Si por el contrario se intentase cometer algún acto hostil contra la Unión, daréis aviso a los que incurran en falta, previniéndoles abandonen la ciudad, dentro del plazo que creáis conveniente, bajo la pena de ser detenidos si no obedeciesen. Permitid que el juez Campbell vea esta orden, pero no la hagáis pública.

»Vuestro afectísimo servidor,

»Abraham Lincoln.»

El mismo día en que se rindieron las tropas de Lee, volvió el Presidente a Washington, y en 12 de abril expidió una contraorden para Weitzel, previniéndole no concediera el permiso a que se refería su carta del día 6, por haberse ya llenado el objeto para que se pidió. El día antes había

publicado dos proclamas: una de ellas disponiendo se cerraran hasta nueva orden, con arreglo a la ley, ciertos puertos de los Estados de la Confederación, y la otra, exigiendo para los buques nacionales que se hallasen en puertos extranjeros, las inmunidades y privilegios que las demás potencias se habían negado hasta entonces a conceder, bajo el pretexto de que se verían obligadas a conceder los mismos derechos a la República que a los Estados del Sur. El mismo día 12, que era el señalado para una gran reunión, debería tener lugar frente al edificio donde estaba el departamento ejecutivo, Mr. Lincoln se presentó ante un numeroso concurso para leer un notable manifiesto que no reproduciremos aquí, limitándonos a decir tan sólo que en él se sometían a la consideración del Congreso todas las cuestiones relativas a la representación de los Estados del Sur en cada una de las Cámaras. Reconocíase al mismo tiempo el derecho de sufragio para los negros, y pedíase que los Estados de la Confederación volviesen a ejercer todas sus funciones y a gobernarse por sí mismos, según las leyes de la Unión y con arreglo a los principios de la integridad nacional.

Al día siguiente expidióse en el departamento de la guerra una orden aprobada por el general Grant, que se publicó en los diarios del día 14, y la cual disponía que se suspendieran los alistamientos, así como también la compra de armas, municiones y víveres. Anunciábase asimismo que se reduciría el número de jefes y oficiales, levantándose desde luego todas las restricciones que pesaban sobre el comercio. Como quiera que aquel día era el cuarto aniversario de la rendición del fuerte Sumter, entregado a los separatistas por el mayor Anderson, cuando ya no pudo defenderse más, una multitud de ciudadanos leales, que habían visto con la mayor satisfacción el término de las hostilidades y la supresión de la esclavitud, se trasladó a Port Royal y Charleston para tener el gusto de izar sobre las ruinas de la histórica fortaleza la misma bandera que había ondeado en ella cuando el primer bombardeo, y que se había conservado cuidadosamente con este objeto. Ya se comprenderá cuánto era el entusiasmo de todos; hiciéronse regocijos públicos para celebrar el triunfo de las armas de la Unión, que ponía fin a la desastrosa guerra que por tanto tiempo afligiera al país, y por su parte el Presidente Lincoln, reunido con los miembros de su Gabinete, recibió en su despacho particular al general Grant, que acababa de llegar del Appomattox, y tuvo el gusto de oír de boca de su propio hijo, el capitán Robert Lincoln, del estado mayor de Grant, la relación detallada de los últimos acontecimientos que precedieron a la rendición de Lee. El Presidente dio luego audiencia a varios hombres públicos, entre los cuales se contaban John Hale, nombrado recientemente ministro residente en Madrid, y Mr. Colfax, que debiendo emprender al otro día un viaje a California y Oregón, había ido a despedirse de Mr. Lincoln.

Terminadas todas sus importantes ocupaciones del día, el Presidente, instado por muchos de sus amigos, resolvió ir a pasar la noche al teatro de Ford, juntamente con el general Grant, pues se había anunciado públicamente que ambos irían a presidir la función, mas no habiéndole sido posible a este último asistir a la hora convenida, por ser necesaria su presencia para el despacho de ciertos asuntos del servicio, el Presidente se dirigió al teatro, a eso de las ocho de la noche, acompañado de su señora y dos amigos, y fue a ocupar el palco que se le tenía preparado de antemano. A eso de las diez y media, en el momento en que iba a comenzarse el tercer acto, y cuando todo el mundo fijaba su atención en la escena, un joven de gallarda presencia, llamado John Wilkes Booth, natural de Baltimore, conocido como actor, e hijo del eminente trágico inglés, Junio Bruto Booth, aprovechándose de esa libertad que tienen todos los cómicos en los teatros, penetró en el vestíbulo del palco del Presidente sin ser visto; cerró la puerta por dentro, y la aseguró por medio de una palanqueta que llevaba consigo. Hecho esto, sacó de su bolsillo una pistola y una daga, y entrando entonces de pronto en el palco del Presidente, que en aquel momento fijaba su vista en la escena, le disparó un tiro a boca de jarro. Mr. Lincoln, herido mortalmente, se inclinó sobre la barandilla, cerrándose sus ojos y no exhaló una sola queja, siendo de advertir que durante su agonía, que no terminó hasta las siete y veintidós minutos de la mañana del día siguiente, no recobró el conocimiento ni un solo instante. De creer es que el desgraciado Lincoln no supo que la mano de un asesino había puesto fin a su existencia, y como no odiaba ni quería mal a nadie, nunca había hecho

caso alguno de los muchos anónimos que se le dirigían con frecuencia, amenazándole con la muerte.

Según ya hemos dicho, la herida del Presidente era mortal, pues la bala del asesino había atravesado el cráneo por la oreja izquierda, penetrando hasta la cavidad del ojo derecho. Al oír la detonación, todas las miradas se dirigieron al palco: el mayor Rathbone, el único hombre que estaba con el Presidente, vio a través del humo de la pólvora a un desconocido que estaba a pocos pasos de Lincoln, y lanzándose sobre él, trató de sujetarle, pero Booth arrojó entonces su pistola, hundiéndose la daga en el brazo izquierdo de su adversario, acercóse a la barandilla del palco gritando: *¡Sic semper tyrannis!* y saltó al escenario con la ligereza de un tigre. Al caer, no obstante, se le resbaló un pie, en cuyo momento trataron de detenerle varias personas, pero entonces, levantándose con la rapidez del relámpago, armada siempre su diestra con la daga, obligó a retroceder a los que estaban más próximos y atravesó el escenario gritando con voz estentórea: *¡El Sur está vengado!* Antes de que nadie pensara en perseguir a Booth, salió éste del teatro por la puerta excusada, y montando en su caballo, que tenía de la brida un muchacho, lanzóse a escape en dirección al puente de Anacosta, que conduce fuera de Washington, y fue a buscar refugio en la parte sur de Maryland, entre cuyos habitantes, por lo general partidarios de la esclavitud, esperaba encontrar Booth quien le ocultase por el pronto.

Que el Presidente Lincoln fue víctima de una conspiración de los rebeldes, es un hecho probado hasta la evidencia; no así que los jefes y hombres notables de la Confederación estuviesen complicados en el asesinato, pues se ha demostrado de una manera indudable que el mismo Booth fue el alma de aquel monstruoso complot y el único que concibió el proyecto de llevar a cabo tan abominable crimen. Booth era sencillamente uno de esos muchos jóvenes libertinos y mal educados, que infestan nuestras grandes ciudades, y que creyéndose con derecho a un título de nobleza, se dejan dominar por ciertas tendencias aristocráticas e ideas exageradas hasta el punto de creer, que emancipar a los esclavos, reconociéndoles los mismos derechos que a los blancos, es una traición y un crimen que merecen el más severo castigo. Por lo demás, no resultó de la causa la menor prueba de que Booth o algunos de sus compañeros tuviesen ningún motivo de resentimiento contra Mr. Lincoln, ni que éste hubiese ofendido en lo mas mínimo a sus implacables enemigos; por lo visto, el único crimen del Presidente consistía en ser el jefe del partido que combatía la esclavitud.

Casi en el mismo momento en que Booth entraba en el teatro, un desconocido, llamado, según se supo luego, Lewis Payne Powell, hijo de un sacerdote de la Florida, se presentaba a la puerta del Secretario Mr. Seward, que se hallaba en cama herido de gravedad a consecuencia de una caída de su carruaje, cuyos caballos se habían desbocado pocos días antes. El portero trató de oponerse a que subiera el desconocido, quien dijo que iba a ver a Mr. Seward de parte del Dr. Verdi, pero Payne se lanzó escaleras arriba, llegó a la puerta de la habitación, y al ver que un joven, que era el hijo del Secretario, trataba de impedirle la entrada, sacó una pistola, y con la culata dio dos o tres golpes en la cabeza a su adversario, tendiéndole sin sentido a sus pies. Al oír aquel ruido salió inmediatamente de su cuarto la hija de Mr. Seward, pero el asesino, sin detenerse un momento, acercóse a la cama, y con un cuchillo hirió dos o tres veces al Secretario, quien conociendo instintivamente que se trataba de asesinarle, se incorporó para oponer la mayor resistencia posible, si bien no podía ser mucha, porque Mr. Seward tenía un brazo roto y la mandíbula fracturada a consecuencia de la caída. Las heridas que el asesino infirió a su víctima en el rostro eran graves, pero no mortales, y antes de que tuviera tiempo de asestar un cuarto golpe, un inválido, llamado Robinson, que hacía las veces de enfermero, detuvo el brazo del asesino, aunque no sin que éste le hiriera también con su cuchillo. La hija de Mr. Seward se había asomado a la ventana, pidiendo auxilio con voz angustiosa, y entonces Payne, conociendo que los momentos eran preciosos, hizo un poderoso esfuerzo para librarse de Robinson, que le tenía sujeto y pudo ganar la escalera. En aquel momento subía precipitadamente el mayor Augustus Seward, otro hijo del Secretario, y como tratase de cerrar el paso a Payne, éste le hirió con su daga; Mr. Hansell, que venía detrás y que también quiso detenerle, sufrió la misma

suerte, y de este modo el asesino pudo llegar a la calle, montó en el caballo que había dejado a la puerta, y desapareció a los pocos instantes.

La elección del Vicepresidente Johnson para el cargo de Presidente de la Unión; las honras fúnebres del desgraciado Mr. Lincoln, tan querido de todos los ciudadanos, y a quien un asesino había privado de la existencia, precisamente cuando el triunfo venía a coronar sus esfuerzos; el atentado contra Mr. Seward y su hijo, la fuga y captura de Booth, herido de tal gravedad por sus perseguidores, que murió pocas horas después de ser cogido, y por último, la causa formada a Payne y a varios de sus cómplices por el consejo de guerra, son otros tantos asuntos que pasaremos por alto, no sólo por ser muy conocidos, sino porque no los creemos esenciales para esta historia. Lo que no dejaremos de consignar es que el asesinato de Mr. Lincoln levantó un grito de indignación en todo el país, porque todos sabían muy bien que su querido Presidente era un hombre severo, sí, pero de reconocida rectitud y de nobles sentimientos. Desde un principio se mantuvo inflexible con los partidarios de la rebelión, pero estaba resuelto mostrarse magnánimo con ellos tan pronto como se hubiese restablecido la autoridad nacional, y así lo dio a entender en el manifiesto que leyó dos días antes de su muerte.

Como era natural, el crimen de Booth excitó un ardiente deseo de venganza difícil de contener, y como por otra parte se hacia preciso castigar a todos los culpables para que quedase satisfecha la vindicta pública, el nuevo Presidente publicó una proclama en 2 de mayo, en la cual, después de manifestar que el crimen de Booth y sus cómplices había sido proyectado y concertado por Jefferson Davis, James Thompson, Clement C. Clay, Beverly Tucker, George N. Sanders, W. C. Cleary, y otros rebeldes y traidores al Gobierno de la Unión, ofrecíase una recompensa de cien mil dólares por la captura de Davis y otras que variaban entre veinticinco mil y diez mil por cada uno de los individuos citados. Esta proclama justificó las sospechas que abrigaban muchos de que la Confederación era moralmente culpable del asesinato del Presidenta Lincoln, y merecía un severo castigo.

Así pues, vemos como por el orgullo insensato y el ciego fanatismo de algunos partidarios de la esclavitud, las fiestas y regocijos públicos se convirtieron en un día de luto: las banderolas de colores, los pabellones, las guiraldas que ornaban los buques de Washington, de Nueva York, de Philadelphia y de otras cincuenta ciudades, fueron reemplazadas por un negro crespón; el ejército y los funcionarios públicos llevaron luto por seis meses, y todos lamentaron la trágica muerte de aquel que había consagrado todos sus esfuerzos a servir celosamente a su país.

Ya hemos dicho que el general Lee se había comprometido sólo a rendirse con las tropas que tenía a sus órdenes, si bien conocía que no tardarían en imitarle los demás jefes, y ahora daremos cuenta en pocas palabras de las operaciones militares que se llevaron a cabo antes de la capitulación de Johnston, y que fueron las últimas de la guerra.

Al regresar de su expedición de Virginia, el general Stoneman había recibido orden de dirigirse a la Carolina del Sur para auxiliar a Sherman, pero como este jefe no necesitaba de refuerzo alguno, Grant dispuso que Stoneman marchase hacia el camino de Tennessee para destruir las vías férreas de este Estado y de Virginia. El jefe unionista cumplió fielmente las órdenes que se le habían dado, y avanzando luego hacia la Carolina del Norte, inutilizó el camino de hierro que se halla entre Danville y Greensboro. Hecho esto, Stoneman se dirigió a Salisbury, donde se hallaban acampados tres mil separatistas a las órdenes del general Gardiner, y aun cuando éste tenía además a su disposición catorce piezas de artillería, los federales atacaron resueltamente al enemigo y le pusieron en dispersión, cogiendo mil trescientos sesenta y cuatro prisioneros. En Salisbury destruyó el general Stoneman varios depósitos de municiones y víveres, diez mil armas de todas clases, siete mil balas de algodón y una gran parte de la vía férrea, y acto continuo volvió a Jonesboro a pesar de haberle ordenado Sherman que permaneciese en la Carolina del Norte.

El día 10 de abril, Sherman marchó con todas sus tropas en busca del general Johnston, que estaba aun en Smithfield con un ejército de cuarenta mil hombres, y al día siguiente se hallaban los

federales a la vista de dicha población, pero Johnston había emprendido ya la retirada en dirección a Raleigh, y de este modo consiguió dejar muy atrás a sus perseguidores. Sin embargo, la noticia de la rendición de Lee indujo a Sherman a no descansar un momento hasta haber alcanzado al enemigo, y en su consecuencia dio la orden de seguir avanzando en seguimiento de Johnston a fin de obligarle a que capitulara también o a que aceptase la batalla. Ya se hallaban los federales muy cerca del ejército confederado, al que pensaban dar alcance al día siguiente, cuando recibió Sherman la siguiente comunicación:

«En el campamento, a 14 de abril de 1865.

»Al Mayor General W. Sherman,

»Jefe de las fuerzas de los Estados Unidos.

»General: el resultado de las últimas campañas de Virginia ha hecho que varíe completamente el estado de los ejércitos beligerantes, y esto me induce a dirigiros la presente con el objeto de averiguar si para que evitemos la efusión de sangre tendréis inconveniente en suspender las hostilidades. En este caso, espero comunicaréis mi proposición al general Grant, manifestándole que el objeto principal de esta medida es entablar negociaciones amistosas para terminar de una vez la guerra.

»Tengo el honor, etc.

»J. E. Johnston.»

Sherman contestó inmediatamente con la siguiente carta:

«En el campamento de Raleigh, a 14 de abril de 1865.

»Al General Johnston,

»Jefe de las fuerzas confederadas.

»General: en este momento acabo de recibir la vuestra de fecha de hoy; empezaré por deciros que estoy plenamente autorizado para suspender las hostilidades por lo que hace a nuestros respectivos ejércitos, y en su consecuencia podremos conferenciar, si lo tenéis por conveniente. Yo me adelantaré mañana hasta Morrisville, y espero que permaneceréis en vuestra misma posición hasta que nos hayamos visto.

»Yo aceptaré las mismas condiciones que las convenidas por los generales Grant y Lee en Appomattox, y además de trasladar al primero de dichos jefes vuestra comunicación, daré orden al general Stoneman para que suspenda sus operaciones. Debo añadir que deseo sinceramente evitar al pueblo de la Carolina del Norte los perjuicios que le causaría la marcha de nuestro ejército a través de dicho Estado.

»Soy con el mayor respeto vuestro afectísimo servidor,

»W. Sherman.»

Remitida en seguida esta carta, Sherman no quiso seguir avanzando hasta ver si recibía la contestación, pero pasó todo el día siguiente sin que llegase nada, y ya iba el jefe unionista a continuar su marcha, cuando recibió por conducto de Kilpatrick un mensaje, en el que pedía Johnston una entrevista para el día siguiente, a las diez de la mañana, en la estación de Durham. Sherman aceptó al momento, y llegada la hora, tuvo lugar la conferencia, mas el jefe unionista no supo negociar con tanto acierto como Grant, y admitió condiciones de pacificación general y de amnistía, que no debió aceptar, no sólo porque no estaba suficientemente autorizado para ello, sino porque coartaban las atribuciones del poder político. Sherman tenía ya noticias del drama ocurrido en Washington, mas no creyó que este hecho podría influir para que se aprobara o no el contrato celebrado con Johnston; sabía, además, que el malogrado Mr. Lincoln había concedido un permiso para que pudieran reunirse algunos miembros de la legislatura de Richmond, si bien ignoraba que mediase una contraorden, y como por otra parte no tenía opiniones en contra o en favor de la esclavitud, creyó de buena fe que su contrato con el jefe de las fuerzas confederadas sería aprobado en Washington, a cuya ciudad marchó inmediatamente el mayor Hitchcock para obtener la sanción del Presidente.

Sherman, no obstante, se engañó en sus cálculos, según vamos a ver. Había muchos en el Norte que tacharon a Grant de ser demasiado generoso al fijar las condiciones para la capitulación de Lee, mas era tal la satisfacción que experimentaban todos al ver terminada la guerra, que no se habló más del asunto, si bien no pensó ninguno ni remotamente que una vez vencido el primer general de la Confederación y su más formidable ejército, se impusieran condiciones más ventajosas a los demás jefes de las tropas rebeldes, mucho menos después del espantoso crimen que había indignado a todo el país en masa. No es de extrañar, pues, que al recibirse el contrato en Washington, se rechazase por todos los hombres del Gobierno y por sus partidarios, y en el informe que se redactó después de proceder a la lectura del documento, proponíase que se desechara por las siguientes razones:

«1. El general Sherman no estaba autorizado para firmar el contrato, y tanto él como Johnston debían comprender que el Gobierno de la Unión no aprobaría semejantes condiciones.

»2. Por ese contrato se reconoce al Gobierno confederado.

»3. Se trata de restablecer los gobiernos de los Estados, combatidos a costa de tantos sacrificios y tesoros, y se quiere depositar en ellos las armas de nuestros enemigos, que podrán utilizarse tan pronto como se hayan disuelto los ejércitos de la Unión.

»4. Reconocida la autoridad confederada en los Estados respectivos, volvería a establecerse la esclavitud.

»5. El Gobierno de la Unión podría incurrir en una responsabilidad, y verse obligado a pagar la deuda de la Confederación.

»6. Se perjudica a los gobiernos de los Estados leales.

»7. Se suprimen las leyes de confiscación, y se dispensa de toda responsabilidad a los confederados que se han hecho acreedores a un castigo por sus excesos.

»8. Se fijan condiciones que se han rechazado repetida y solemnemente por el Presidente Lincoln, y que son para los confederados mucho más ventajosas de lo que pudieran esperar.

»9. Por ese contrato no puede asegurarse una paz duradera, y muy lejos de esto, se deja a los rebeldes completamente en libertad para renovar sus esfuerzos y buscar medios con que combatir al Gobierno de la Unión.»

El general Grant salió inmediatamente por la posta en dirección a Raleigh, para anunciar que el contrato Sherman-Johnston que había sido desechado, y que por lo tanto podían comenzarse desde luego las hostilidades. Al llegar a Morehead-City, Grant trasladó la comunicación del Gobierno a Sherman, y éste la notificó a su vez a Johnston, manifestándole de paso por medio de una nota que la tregua se daría por terminada a las cuarenta y ocho horas de haber recibido el aviso, si el ejército de Johnston no se rendía bajo las mismas condiciones que las convenidas con Lee. Hecho esto, dio las órdenes oportunas para que todos los jefes se dispusieran a tomar la ofensiva a la primera orden.

Grant llegó a Raleigh el día 25 de abril, precisamente cuando acababa de recibirse otra comunicación de Johnston pidiendo una nueva entrevista. El general Sherman, previo el consentimiento de su jefe, accedió a la petición, y el día 26 tuvo lugar la tercera conferencia con Johnston, cuyo resultado fue la rendición de su ejército, bajo las mismas condiciones impuestas al de Lee. El contrato se firmó por los dos jefes, y Grant lo aprobó con su firma. De este modo desapareció del teatro de la guerra el segundo ejército de la Confederación, y en cuanto a las fuerzas del general Taylor, que estaban en Alabama, sólo diremos que habiendo comenzado las negociaciones en 19 de abril, termináronse en 4 de mayo, en cuyo día se efectuó la rendición en Citronelle. Las condiciones fueron esencialmente las mismas que las convenidas con Lee y Johnston, pero se adicionó el siguiente artículo:

«Los gastos de viaje y subsistencia de los oficiales y soldados después de la rendición se aplicarán al capítulo de gastos públicos, debiendo advertirse que sólo se hará el abono hasta el punto desde donde puedan los interesados trasladarse fácilmente a sus casas.»

El comodoro Farrand hacía, al mismo tiempo, entrega al vicealmirante Thatcher de las doce cañoneras de los confederados, bloqueadas en el río Tombigbee, y cuya dotación se reducía a veinte oficiales y ciento diez subalternos. Las condiciones de la rendición fueron las mismas que las impuestas a los demás jefes separatistas.

Trasladándonos ahora a Danville, veamos lo que hacía entre tanto el que aun se titulaba Presidente de la Confederación. Mr. Jefferson Davis, según ya hemos dicho, se había trasladado a dicha ciudad por el camino de hierro; el día 5 de abril, instalóse en ella con su Gabinete y los funcionarios de su Gobierno, y acto continuo publicó una proclama cuyo objeto era excitar a sus compatriotas a continuar la guerra. He aquí el contenido de este documento:

«Hemos entrado en una nueva fase de la lucha: no viéndonos ya precisados a emplear una parte de nuestras fuerzas en la defensa de ciudades determinadas, el ejército podrá trasladarse fácilmente de un punto a otro para combatir al enemigo poco a poco, ya que se halla lejos del centro principal de sus operaciones. Tengamos fuerza de voluntad y seremos libres.

»Animado por la confianza que me inspiran vuestro valor y energía, debo anunciaros, queridos compatriotas, que mi propósito es defender vuestra legítima causa hasta donde lleguen mis fuerzas, y estad seguros que nunca consentiré en ceder al enemigo un solo palmo de terreno en todo el territorio de la Confederación. Virginia, ese noble Estado, cuya fama y nombradía corre parejas con su gloriosa historia; cuyos hijos han combatido con la bravura de los héroes, y cuyas hijas se han distinguido por infinitos rasgos de valor sublime durante esta guerra, Virginia, con el auxilio de su pueblo y la protección de la providencia, será defendida como hasta aquí, y no aceptaremos la paz con los infames invasores de su territorio.

»Si por la superioridad del número nos viésemos alguna vez en la precisión de alejarnos de los límites de este Estado o de otro cualquiera de los del Sur, volveremos una y otra vez, hasta que rendidos nuestros adversarios, desistan de su loco empeño de convertir en esclavos a los que nacieron para ser libres.

»Compatriotas: lejos de desanimaros, confiemos en la protección del Altísimo, y esperemos al enemigo con ánimo firme y esforzado corazón.

»Jefferson Davis.»

Expedida esta proclama, Mr. Jefferson Davis permaneció aun algunos días en Danville, esperando con la mayor ansiedad al general Lee, ya que no la noticia de su pronta llegada, pero cuando en 10 de abril supo que el ejército de Richmond se había rendido en Appomattox, cosa que apenas quería creer, abandonó la ciudad, dirigiéndose por el camino de hierro a Greensboro, pues ya no quedaba otra alternativa. Sin embargo, como en este último punto no encontró casa en que alojarse con la gente de su escolta, trasladóse luego por Salisbury a Charlotte, donde habiéndosele recibido con la mayor consideración, permaneció algunos días, alarmado por la noticia de que se acercaba la caballería de Stoneman, dirigióse rápidamente hacia Yorkville, seguido siempre de los miembros de su Gabinete de una escolta de dos mil jinetes. A los pocos días, no obstante, Jefferson Davis se vio abandonado de la mayor parte de los que le seguían; sólo quedaron a su lado Mr. Reagan, último director de correos de la Confederación, su estado mayor, y una escolta de unos cien hombres, con los cuales se dirigió más hacia el Sur, sin duda con la intención de reunirse a las tropas de Dick Taylor o Kirby Smith, y en caso de no encontrarlos, embarcarse en cualquier puerto de la costa. Mr. Jefferson Davis se había separado de su familia para poder obrar con más libertad, mas al saber que se había tratado de robar a su señora, creyendo que llevaba consigo mucho oro y alhajas, fue a reunirse con ella al momento. Entonces los fugitivos se encaminaron hacia Irwinsville, a cuyo punto llegaron en 9 de mayo, precisamente cuando el teniente coronel Pritchard, destacado por el general Wilson, marchaba en aquella dirección, seguido de la caballería de Wisconsin, cuyas fuerzas iban en busca de Jefferson Davis. Estos dos jefes dieron al fin alcance a los fugitivos, a quienes sorprendieron en la madrugada del 11 de mayo, cerca del bosque de

Irwinsville, cogiendo prisioneros a Mr. Jefferson Davis, su esposa, su hermana y sus hijos¹⁰⁵, sin que fuera posible apelar a la fuga, porque los unionistas les habían cortado la retirada. Mr. Davis fue conducido al fuerte Monroe, donde quedó rigurosamente incomunicado, su familia obtuvo inmediatamente la libertad, y Mr. Reagan, el único que había permanecido fiel a Mr. Davis, así como también el vicepresidente Stephens, arrestado a los pocos días en Georgia, fueron encerrados en el fuerte Warren, pero a los pocos meses se les dejó libres bajo palabra.

Llegados al último capítulo de nuestra historia, solo nos resta ya dar cuenta en pocas palabras de las dos o tres últimas operaciones militares que precedieron a la conclusión de la guerra y al licenciamiento de los ejércitos de la Unión, con lo cual daremos por determinada nuestra obra.

Aunque ya habían desaparecido del teatro de la guerra los primeros generales de la Confederación y sus respectivos ejércitos, todavía quedaban en Texas enemigos que combatir, y en prueba de ello, véase la proclama que insertamos a continuación y que en 21 de abril dirigió a sus tropas el general Kirby Smith:

«Cuartel general de Shreveport, 21 de abril de 1865.

»Soldados del Ejército del Mississippi:

»La crisis de nuestra revolución toca a su término, pues acaban de ocurrir grandes desastres. El ejército de la Virginia del Norte y su valeroso jefe han caído prisioneros de guerra, y ya sólo en vosotros puede cifrar sus esperanzas nuestra nación; sólo de vosotros depende la suerte de nuestro pueblo. En estos críticos momentos os dirijo la palabra en nombre de la santa causa que tan heroicamente habéis defendido, en nombre de vuestros hogares y familias, y en nombre de este desgraciado país cuyo porvenir está en vuestras manos. Es llegada la hora de demostrar que sois dignos de ocupar un puesto en la historia; ahora debéis probar al mundo que vuestros corazones no han desfalecido en la hora del peligro, y que hasta el último momento seréis los heroicos campeones de la sagrada causa, defendida tan gloriosamente por vuestros hermanos del Mississippi Oriental.

»En vuestras manos están los medios de resistir la invasión durante mucho tiempo; podéis abrigar la esperanza de recibir auxilio; continuad la lucha, que a no dudarlo, os prestarán su apoyo las naciones que simpatizan con vosotros.

»No abandonéis vuestras banderas, conservad la disciplina, y tened presente que con vuestro valeroso ejército podremos obtener condiciones que un pueblo orgulloso puede aceptar sin humillarse. Confiad en la protección del Todopoderoso, y no dudéis que al fin conseguiremos triunfar de nuestros enemigos.

»Kirby Smith.»

105 Se ha dicho tanto acerca de la tentativa que hizo Mr. Jefferson Davis para escaparse de manos de sus perseguidores, vestido de mujer, que nos parece oportuno consignar aquí los detalles que dio el teniente Stuart al referir el hecho, y que en nuestro juicio son completamente exactos. Helos aquí:

«Al amanecer se oyeron algunos tiros, y creyendo que habría ocurrido un encuentro entre sus pocos defensores y algún destacamento enemigo, Mr. Jefferson Davis se dirigió apresuradamente hacia el sitio donde en su concepto se habría empeñado alguna escaramuza, diciendo antes a su señora: «Creo que aun me respetarán.» Apenas hubo dado algunos pasos, con la intención de evitar la efusión de sangre, invocando una autoridad que ya no existía, Mr. Davis vio avanzar a varios jinetes que ocupaban todo el camino, y entonces no pudo menos de exclamar con acento de enojo: «¡Ah! ¡son federales!» «¡Pues sois prisioneros!» gritó la señora Davis, poseída de una profunda emoción. Pero de pronto, una idea repentina cruzó por la mente de la esposa de Mr. Jefferson, una de esas ideas que sólo conciben las mujeres cuando se trata de salir de un apuro. Cogiendo una colcha, formó con ella una especie de falda: que puso a su esposo, y cubriéndole luego la cabeza y la espalda con un pañuelo de abrigo, aconsejóle que se alejara lo más rápidamente posible, y que confiase su salvación a la rapidez de su caballo. Conociendo Jefferson Davis que no quedaba otra alternativa, despidióse de su señora, y como estaba muy cerca del sitio donde había depositado sus armas y su equipaje, aventuróse a probar fortuna una vez mas. Pero ya era tarde, antes de que el fugitivo diera tres pasos, vióse rodeado por sus perseguidores, y entonces el Presidente de la Confederación no tuvo más remedio que entregarse como prisionero. Esta es la verdad del hecho, y desde luego podemos asegurar que todo cuanto se ha dicho y escrito, asegurando que Mr. Jefferson Davis se había disfrazado perfectamente de mujer, con vestido, enaguas, miriñaque, etc., y que sólo se le descubrió por las espuelas, es de todo punto inexacto y no merece crédito alguno.»

A los pocos días de publicarse esta proclama, y con motivo de haberse recibido la noticia del asesinato del Presidente Lincoln, hubo en Shreveport un *meeting* al que asistieron algunos oficiales separatistas, y se propusieron varios medios para oponer una desesperada resistencia a las numerosas fuerzas de la Unión, pero, según veremos, la causa de los confederados estaba completamente perdida; conocíase que era inútil hacer más sacrificios, y era llegado el momento de que los partidarios del Sur desistiesen al fin de una lucha, tan funesta para el país como para sus propios intereses.

El general Sheridan, que había ido a Nueva-Orleans para organizar una formidable expedición con objeto de recobrar a Texas, iba ya a ponerse en marcha, cuando el recto juicio y buen criterio de los habitantes de aquel Estado evitó que se prolongasen los horrores de la guerra. Mientras los jefes separatistas hacían aun sus preparativos para oponer una inútil resistencia, casi todas las tropas se desbandaron abandonando a sus oficiales, y bien pronto quedó disuelto el ejército del Mississippi. Los soldados se retiraron a sus respectivas poblaciones, perfectamente convencidos de que la causa de la Confederación estaba perdida para siempre, y de que les sería más provechoso consagrar su inteligencia al trabajo.

El día 29 de abril había expedido el Presidente de la Unión una proclama levantando las restricciones que pesaban sobre el comercio con los Estados del Sur y el 7 de mayo se dio orden de poner en libertad bajo palabra a todos los prisioneros de los ejércitos separatistas, que aun se hallaban detenidos, previniéndose, no obstante, que todos los que tuvieran el grado de coronel arriba prestaran antes el juramento de alianza.

El día 2 de junio expidió Grant su última orden general del día, concebida en estos términos:

«Departamento de la Guerra.

»Washington 2 de junio de 1865.

»Soldados del Ejército de la Unión.

»Gracias a vuestro heroico patriotismo en la hora del peligro, y merced a vuestra bravura, habéis mantenido la supremacía de la Unión y defendido la Constitución del país, rechazando a la fuerza armada que quería oponerse a la ejecución de las leyes y a la supresión de la esclavitud. Merced a vosotros se ha restablecido la legítima autoridad del Gobierno, y con esto también se acaba de asegurar en todo el territorio de América una paz duradera que nunca se debió turbar. Vuestras penosas marchas y memorables sitios, vuestras reñidas batallas y brillantes victorias pueden competir en grandeza con los más memorables hechos de armas que se conocen en la historia de las guerras, y podéis consideraros como el más firme baluarte para la defensa de nuestros derechos y libertades. Obedeciendo al llamamiento de vuestro país, abandonasteis la familia y el hogar para combatir en favor de una causa legítima; la victoria ha coronado vuestros patrióticos esfuerzos; la nación agradecida no olvidará vuestros eminentes servicios, y al retiraros del teatro de la guerra para entregaros al reposo en el hogar doméstico, no puede menos de ser una satisfacción para vosotros el saber que habéis cumplido como leales ciudadanos y merecido bien de la patria. Para conseguir tan glorioso triunfo, merced al que se han salvado nuestras más sagradas instituciones, se han hecho inmensos sacrificios, pues miles de nobles patriotas han regado con su preciosa sangre los campos de batalla, pero la nación agradecida después de regar con sus lágrimas las tumbas de esos héroes, honrará para siempre su memoria y será el apoyo de sus afligidas familias.

»El teniente general Ulises Grant.»

Pocos días después de publicarse esta orden del día, y a fin de introducir desde luego las economías que tanto necesitaba la nación, comenzó el licenciamiento de las fuerzas militares en gran escala, continuándose con la mayor actividad por el ministerio de la guerra. Felices con volver a sus casas, los oficiales y soldados se convirtieron bien pronto en pacíficos ciudadanos, en industriales, agricultores o comerciantes, y esto con gran asombro de algunos eminentes políticos que habían predicho toda clase de males cuando los quinientos mil hombres que componían los

ejércitos de la Unión fueran licenciados por el Gobierno. Es probable que en algunas naciones de Europa hubiera producido malas consecuencias semejante irrupción, pero en los Estados Unidos, donde hay un territorio inmenso y sin vida, que sólo necesita brazos para cultivar la riqueza, no es fácil que produzcan trastorno alguno los movimientos de la población por grandes que sean. En semejante país, y con unas costumbres que permiten a los que ocupan la más humilde posición, elevarse a los primeros cargos de la República, sin que nadie se extrañe de ello, las crisis sociales de esta naturaleza son de todo punto imposibles.

El número de prisioneros que fueron puestos en libertad en virtud de la orden expedida por el departamento de la guerra en 6 de mayo, ascendía a sesenta y tres mil cuatrocientos cuarenta y dos, y el de los que se retiraron a sus casas bajo palabra, procedentes de las diversos ejércitos confederados, figuraba por ciento setenta y cuatro mil doscientos veintitrés, entre los cuales se contaban restos de regimientos que habían sufrido un considerable número de bajas. Es de creer que en todas las fuerzas rebeldes que se rindieron con el general Lee, no habría más de cien regimientos de veteranos de a mil plazas cada uno. Los ejércitos de la Unión contaban en 1 de marzo con un efectivo de novecientos sesenta y cinco mil quinientos noventa y un hombres, de los cuales había en activo servicio seiscientos dos mil quinientos noventa y tres, y ciento treinta y dos mil quinientos treinta y ocho destinados a formar destacamentos; ciento setenta y nueve mil cuarenta y siete se hallaban en los hospitales o ausentes con licencia; treinta y un mil seiscientos noventa y cinco habían caído prisioneros de guerra, y los diez y nueve mil setecientos diez y ocho restantes eran desertores. En 7 de agosto se habían licenciado ya seiscientos cuarenta mil ochocientos seis hombres, y en 15 de octubre de 1865 ascendía esta cifra a setecientos ochenta y cinco mil doscientos cinco. De este modo desaparecieron del teatro de la guerra los numerosos ejércitos, que animados del mejor espíritu y del más indecible entusiasmo, habían acudido presurosos a la defensa de la República y de sus sagradas instituciones.

Terminada ya nuestra obra, podría preguntársenos qué utilidad ha reportado la guerra de los Estados Unidos en el desarrollo y los adelantos del arte militar. La respuesta a esta pregunta no es fácil en sus detalles, pero sí en su conjunto: los americanos han hecho grandes progresos, y esto es cosa que nadie puede negar. Sus numerosos sistemas de fusiles que se cargan por la culata, sus revólveres de nueva invención, sus inmensos cañones rayados, sus monitores, sus diversas clases de baterías, y por último sus puentes, sus canales militares y sus admirables telégrafos de señales, son otros tantos inventos que suponen un gran adelanto en el arte de la guerra. Respecto a estrategia, solo es de notar la gran facilidad con que se llevaron a cabo las grandes operaciones militares, combinadas por mar y por tierra. En cuanto a táctica, de lo que principalmente se puede hacer mención es del empleo de la caballería en cuerpos numerosos, y no dejaron también de ser notables, durante la guerra, aquellas excursiones o correrías, cuyo único objeto era destruir las vías férreas, sorprender puntos determinados y causar, en fin, todo el daño posible al enemigo. Por lo que hace a la organización de los ejércitos, a la disciplina y a las maniobras, la guerra de la separación no ha dado a conocer nada nuevo digno de imitarse, pero en cambio ha realizado un verdadero progreso en el campo de la política, de la moral y del cristianismo. Al decir esto, nos referimos a la emancipación de los negros; a esa lucha gigantesca, que han contemplado con asombro las demás naciones, se debe la libertad de una numerosa raza de hombres, y la supresión de una esclavitud que iba a reconocerse como un dogma y a la que estaban ya sujetos cuatro millones de seres humanos.

Esa terrible y sangrienta guerra señalará, a pesar de todo, una etapa brillante en la historia de la civilización y del progreso del reinado de Dios en los diversos continentes. Habrá costado, es verdad, muchos millones de dólares y el sacrificio de quinientas mil vidas humanas, pero en cambio, se habrá lavado al Nuevo Mundo de esa mancha y del crimen de haber tolerado la esclavitud por tanto tiempo.

De esperar es que el Gobierno americano sabrá llevar a cabo su obra y cumplir su elevada misión, sin perder de vista, sin embargo, que apaciguar las pasiones desencadenadas, es una cosa de todo punto necesaria para la reconstitución y la prosperidad de la gran República.

ANEXO
*DISCURSO PRONUNCIADO POR EL GENERAL MC CLELLAN
 CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO
 FUNERARIO DE WEST POINT EL DÍA 15 DE JUNIO DE 1864*¹⁰⁶

Señores:

En todas las naciones hay la costumbre de consagrar ciertos días al recuerdo de las glorias o de las desgracias; las primeras se celebran con fiestas; para las segundas se reservan el ayuno y la oración: si hay triunfos para los vivos y laureles para los afortunados vencedores, también hay funerales y lágrimas para los bravos que cayeron en el campo de batalla. Hoy nos hemos reunido para cumplir con este triste deber.

En el templo de la poesía, en la tribuna de la antigüedad, sólo resuena el estrépito de las armas; parece que son preferidas las acciones de guerra a las artes de la paz, y por eso han llegado hasta nosotros los nombres de los héroes y de las víctimas. Nuestro antiguo Testamento nos refiere las nobles acciones y la muerte heroica de los patriotas judíos, en tanto que el Evangelio de nuestro divino Salvador nos describe con frecuencia numerosos rasgos de los guerreros para glorificar nuestra santa religión. Merced a estas narraciones fúnebres, se ha transmitido hasta nosotros, a través de las edades, la gloria de aquellos cuya muerte fue honrada hace muchos siglos, y aunque no conozcamos el nombre de todos los bravos que combatieron en los campos de Marathon, en las Termópilas y en las llanuras de Palestina, no hemos olvidado sus ejemplos. Mientras el hombre esté animado de nobles sentimientos, mientras su corazón se conmueva al escuchar la narración de los hechos gloriosos y patrióticos, esas lecciones de la antigüedad estimularán siempre a los hombres generosos y a los leales ciudadanos.

Era costumbre entre los griegos, que los padres de los más valerosos pronunciasen la oración fúnebre de las víctimas, triste deber que se confiaba a los hombres de Estado y a los más elocuentes tribunos. Si un nuevo Demóstenes o un segundo Pericles pudieran presentarse aquí en estos momentos para ocupar mi puesto, hallarían seguramente un tema digno de su elocuencia, y yo cedería gustoso mi lugar, pues no estoy aquí como orador, sino como antiguo general en jefe y afectuoso compañero de las víctimas de nuestras rudas batallas contra el extranjero y el enemigo interior, víctimas a quienes he tenido la suerte de sobrevivir. Dios sabe cuán profundo era el cariño que profesaba a esos queridos compañeros de armas, cuyos nombres vamos a escribir en este momento, y cuyo elogio es digno de una elocuencia que estoy muy lejos de poseer.

Amigos míos: nos hemos reunido hoy para honrar a los muertos, a hermanos que estaban unidos con nosotros por los tiernos vínculos de la amistad y del cariño, y que han sacrificado generosamente su vida en aras de su patriotismo durante esta guerra tan funesta como justa y legal, puesto que su único objeto es sofocar la rebelión y evitar las fatales consecuencias de un desmembramiento. Por esto sentimos nuestras almas dominadas por las más nobles emociones que puede experimentar el hombre: debemos enorgullecernos por haber tenido en nuestro país tan heroicos ciudadanos; estamos tristes porque han dejado de existir, y debemos rogar a Dios que nos permita imitar sus actos y morir con tanta gloria como ellos. Estamos reunidos aquí para consagrar un cenotafio que recuerde a nuestros más lejanos descendientes los días nefastos de esta funesta lucha.

El monumento que veis no está destinado sino a una parte de las víctimas de la desgraciada guerra que aflige a nuestro país, es decir, a los oficiales y soldados del ejército regular, mas no se crea por esto que estemos animados de un espíritu exclusivista, pues nadie mejor que nosotros sabrá honrar la memoria de los bravos del ejército voluntario, que cayeron a nuestro lado en los campos de batalla. A mí es a quien toca hablar de su abnegación y de su heroísmo ante la muerte, pues han estado mucho tiempo bajo mis órdenes, y al manifestar cuánto aprecio nos merecen nuestros

¹⁰⁶ Hemos creído oportuno insertar este discurso, no sólo porque en él se hacen exactas apreciaciones respecto a la política de los Estados Unidos, sino porque contiene datos generales y biográficos referentes al ejército regular.

hermanos los voluntarios, soy el eco de los sentimientos de que está inspirado el ejército regular. Por lo que hace a nosotros, somos poco numerosos; mas bien que como ejército se nos puede considerar como una sociedad de amigos, pero nos unen los lazos de la más tierna amistad, contraídos unos desde la infancia, cuando jugábamos a la sombra de las colinas de granito, formados los otros en una edad más madura, cuando recorriamos las ásperas montañas y los fértiles valles de México, o las inmensas llanuras del Oeste. Nuestra mutua confianza, nuestra sincera amistad, nació de haber corrido juntos los mismos peligros, de haber sufrido las mismas fatigas y privaciones, de haber pasado tantas noches juntos en medio de los campamentos, y seguramente que West Point podrá recordar todo esto a las futuras generaciones. Generales y soldados, todos los que están dispuestos a morir por la patria, se sentirán siempre poseídos del respeto más profundo hacia ese monumento, y como aquellos cuya muerte se trata de conmemorar, marcharemos con serenidad al encuentro del enemigo, sin temor a esa hora suprema que acaso encontremos en el mismo campo del honor. Tales son los lazos que nos unen, lazos de fraternidad como compañeros de armas, los más estrechos que pueden existir entre hombres, y por lo tanto, era natural que consagrásemos este monumento a los que nos han precedido por la senda del honor que hemos de seguir más tarde o más temprano.

¿Qué es ese ejército regular al cual pertenecemos? ¿Quiénes son los hombres cuya muerte merecen estos funerales? ¿Cuál es la causa por que han dado su vida?

Nuestro ejército regular o permanente es el centro donde se conservan en tiempo de paz las tradiciones militares del país, así como también la organización, la ciencia y la instrucción indispensables a los ejércitos modernos; el ejército es tan antiguo como la nación, es del mismo origen, y sólo ha experimentado algunos cambios desde que se formó. Los regimientos americanos combatieron en las orillas del San Lorenzo y del Ohio, en las márgenes del lago Ontario y del lago George, en las islas de los caribes y de la América del Sur; en Louisburg, Quebec, Duquesne, Moro y Portobello demostraron su valor las tropas provinciales; y en esa escuela precisamente fue donde se formaron soldados como Washington, Putnam, Lee, Montgomery y Gates. Greene, Knox, Wayne y Steuben fueron los fundadores de nuestro ejército permanente, y sirviendo a sus órdenes, adquirieron nuestras tropas esa disciplina, esa firmeza merced a la que pudieron medirse con los veteranos de Inglaterra. El estudio de la historia de la revolución, y sobre todo, las correspondencias de Washington, bastan para que reconozca el más escéptico cuánta era la bravura de las tropas provinciales en la obra de la fundación de nuestra Independencia y del edificio por cuya conservación combatimos hoy.

En el año 1812 no estaba nuestro ejército bajo un pie de guerra a la altura de las circunstancias, pero se aumentó rápidamente, y esa nueva generación de soldados no tardó en mostrarse digna de la alta misión que se le iba a confiar. En Chippewa, Queenstown, Plattsburg y Nueva Orleans probaron su bravura nuestras tropas, pero luego vino un período de paz exterior que duró más de treinta años, en cuyo tiempo se introdujeron varios cambios en la organización y la fuerza del ejército regular, a causa principalmente de las sangrientas guerras con los indios. Al combatir con las tribus del *Halcón Negro*, nuestras valerosas tropas tuvieron que luchar con un enemigo mucho más terrible aun, que era el cólera, y los Semínolas, protegidos por sus pantanos pestilentes, desafiaron nuestros esfuerzos durante algunos años, dando esto lugar a que se presenciaran rasgos de heroísmo que recuerda con orgullo nuestra historia.

La guerra con México vino a reemplazar después a los combates contra los indios y al monótono servicio de las fronteras: por la primera vez al cabo de muchos años, el ejército regular se concentró en masa para tomar una parte muy principal en las batallas de aquella importante y obstinada lucha; en Palo Alto, Resaca, y en el fuerte Brown, sólo a él se debió la victoria, y las batallas de Monterrey, Buenavista, Veracruz y Cerro Gordo, así como en los demás encuentros, nadie podrá afirmar que se hubieran ganado sin el auxilio de las tropas regulares. Cuando la paz coronó nuestros triunfos en la capital del imperio de los Moctezumas, el ejército se dispersó a lo

largo de las inmensas fronteras, y tomó parte en una guerra tan penosa como mortífera contra los indios de las llanuras.

Trascurrieron trece años, estalló la guerra que hoy nos aflige, y el grueso del ejército fue llamado desde luego para combatir al enemigo interior, pero antes de hablaros sobre los acontecimientos actuales, no puedo menos de recordar los nombres de los bravos que por tanto tiempo fueron nuestros compañeros y que hoy ya no existen; los Taylor, los Worth, los Brady y los Brooks han dejado entre nosotros un recuerdo imperecedero.

Hay en la historia de Venecia un triste episodio que nos ha cantado la lira del poeta y reproducido el lienzo del pintor: un anciano, que había servido celosamente durante muchos años a su país como magistrado y como guerrero, llegó al fin a ser Dux de Venecia, y convicto de traición poco después, no sólo sufrió la pena de muerte, sino también otra que iba a durar mucho tiempo. El hueco donde debía colocarse su retrato en la galería de los Dux, se cubrió con una gasa negra, y esta gasa es la que hoy llama más la atención de los que van a visitar el palacio. ¡Oh! pluguiera al cielo que un negro crespón, como el que cubre el retrato de Marino Faliero hoy día, pudiese ocultar a la historia el nombre de aquellos que, compañeros nuestros en otro tiempo, empuñan ahora las armas para desgarrar la bandera bajo la cual habíamos combatido juntos por espacio de tantos años! Pero por denso que sea ese velo, no podrá ocultar la agonía que oprime nuestros corazones, cuando al pensar en el pasado recordemos que es preciso luchar a muerte contra los hombres que nos inspiraban el más profundo afecto. ¿Por qué ese valor y perseverancia no han de utilizarse para combatir al extranjero, más bien que para esta rebelión injustificable que no podría prolongarse tanto tiempo sin el talento y energía de nuestros antiguos compañeros de armas?

No me detendré en este punto: hoy debemos regocijarnos al ver terminado un grande y noble monumento que recordará nuestro glorioso pasado, honrando la memoria de nuestros compañeros y amigos. Podemos enorgullecernos al saber que estamos presididos por el héroe que aseguró la victoria en las orillas del Niágara, por aquel que, aunque general consumado, prefería, siempre el olivo de paz a los sangrientos laureles de la victoria cuando esto era compatible con el honor y el deber; contra aquel, en fin, que después de una gloriosa carrera, supo rechazar los ataques de la traición, manteniéndose firme como una roca de granito, contra la cual van a estrellarse las tempestades del mar. En las edades futuras, cuando este monumento no sea más que una ruina, y cuando los nombres inscritos sólo recuerden antiguas leyendas, el nombre de Winfiel Scott vivirá aun en la memoria de todos como los grabados esculpidos en el monumento de los Faraones, olvidados tanto tiempo hace.

Pero hablemos del presente: durante la guerra que conmueve hoy a la nación hasta en sus últimos cimientos, el ejército regular ha figurado honrosamente en todas las ocasiones; muy poco numeroso para obrar por sí solo, ha tomado parte en todas las grandes batallas; sus inmensas pérdidas prueban que siempre estuvo en lo más recio del combate, y los informes de sus jefes demuestran que ha sabido conservarse a gran altura. Mas de una victoria hemos alcanzado por sus brillantes cargas, y en la derrota, no pocas veces se ha salvado el ejército de la destrucción. Nuestras tropas pueden enorgullecerse de haber tomado parte en las batallas de México, así como en las de Manassas, Gaines Mill, Antietam, Shiloh y Gettysburg, y no les cabe menos gloria a los oficiales que murieron como héroes defendiendo la causa de su país. Los que aun viven son demasiado numerosos para que yo los nombre aquí, pues sentiría olvidar a uno solo, pero el más hermoso episodio de la historia del ejército regular, es el ejemplo de fidelidad que dieron los soldados, cogidos a traición en Texas y que prefirieron sufrir toda clase de privaciones y penalidades antes que violar su juramento y abandonar su bandera. La historia no ofrece un ejemplo de abnegación más generosa que el que dieron esos bravos al negarse a seguir a sus antiguos oficiales, que se pasaban al enemigo.

¡Tal es el ejército regular, tales sus hechos, tales sus jefes y soldados! No es necesario hacer aquí su elogio: recorred los campos de batalla regados con su sangre, id a las heladas orillas del San

Lorenzo, visitad las márgenes del Atlántico y del Pacífico, que allí encontrareis algún recuerdo mucho mas elocuente que cuanto yo pudiera deciros.

¿Por qué estamos reunidos hoy aquí? ¿No es para asistir a los funerales de uno de esos bravos? ¿No es para llorar sobre la pérdida de unas de nuestras batallas? No; es para celebrar las exequias de los mas valerosos y nobles de nuestros conciudadanos, muertos en encarnizados combates, algunos de los cuales fueron de los más sangrientos que recuerda la historia de las guerras. Esos héroes, cuyos nombres queremos inscribir, perpetuando su memoria, combatieron allí donde la rebelión armada asomó su hedionda cabeza, en el centro de Nuevo México, en el gran valle del Mississippi, en las llanuras de Kentucky, en las montañas del Tennessee, en medio de los pantanos de la Carolina, en las fértiles campiñas de Maryland y en los espesos bosques de Virginia; eran de todas edades, de todos grados y de todas condiciones; no es necesario, ni sería tampoco posible, formar aquí esa interminable lista mortuoria; hablaré sólo de algunas de las víctimas, bien dignas de representar a las demás.

Entre los primeros en fama y nombradía, veo al héroe de veinte batallas, a John Sedgwick, amable y dulce como una mujer, bravo como un león, siempre honrado, sincero y haciéndose digno del elogio de todos; fue un modelo que todos deberían imitar, y al que seguramente podrán igualarse muy pocos. En las rudas batallas que precedieron a su muerte, tuvo ocasión de dar a conocer repetidas veces sus cualidades de gran general y valeroso militar; después de haberse escapado milagrosamente de la muerte en tantos encuentros, sucumbió al fin cuando menos lucha había, herido por la bala de uno de los tiradores enemigos, pero murió como un héroe, con la confianza en el corazón y la sonrisa en los labios. ¡Ah! ¡en nuestra gran nación no hay muchos que se asemejen a John Sedgwick!

Como él también, y cuando marchaba a la cabeza de su cuerpo de ejército nos fue arrebatado el venerable Mansfield, que siempre se había distinguido entre los demás por su destreza y sangre fría, sobre todo en el fuerte Brown, en Monterrey y en Buenavista.

Reynolds y Reno, ambos jóvenes y vigorosos, que se hicieron notar en México por su temerario arrojo, y últimamente en nuestra guerra civil, eran otros dos bravos oficiales, de quienes la patria esperaba mucho, pero que Dios ha querido llamar a sí.

El general Lyon, que se hallaba en la flor de su edad, cayó también para no volverse a levantar, cuando marchaba al encuentro del enemigo con su reducido ejército; durante su vida dio repetidas pruebas de su valor y patriotismo.

El impetuoso Kearny y otros generales como Richardson, Williams, Terril, Stevens, Weed, Saunders, Strong y Hayes terminaron su existencia después de una brillante carrera, en la cual se distinguieron por sus hechos de armas; el joven Bayardo, así como el Caballero *sin miedo y sin tacha*, tuvo la desgracia de morir en la flor de su edad. Sin embargo, en ningún regimiento hubo jefes más grandes y mas heroicos que Russell, Davis, Gorre, Simons, Bailey, Putnam y Kingsbury, los cuales cayeron en el campo de batalla; eran los unos veteranos y los otros muy jóvenes en el servicio, mas no por esto dejó de ser su muerte menos sentida.

En el cuerpo de artillería también se cuentan numerosas víctimas: el comandante Gibbs fue el primero que pagó su tributo; Benson, Haggard y otros jóvenes, tales como Kirby y Cushing, perdieron la vida en el combate, y la misma suerte sufrieron los bravos Wagner y Cross, jefes del cuerpo de ingenieros.

Después de consagrar un recuerdo a todos esos ilustres jefes, no debemos echar en olvido a los veteranos subalternos, compañeros de Scott en México, y que tomaron parte en cien combates contra los indios del Oeste o de la Florida, veteranos que no tenían esperanzas de adquirir una gran gloria personal, pero que no por eso dejaron de dar repetidas pruebas de su bravura. En su humilde esfera, esos hombres sirvieron al país con tanta fidelidad y patriotismo como los generales más afamados; acaso no se leguen sus nombres a la posteridad, mas su valor y abnegación sirvieron de ejemplo en muchas ocasiones.

Tenemos aun otra categoría de militares que se distinguieron desde el principio de la guerra, y que no por no haber muerto en el campo de batalla son menos dignos de nuestra consideración. Hubo un Sumner, veterano intrépido y caballeresco, que contaba más de cincuenta años de servicios, y a quien se vio repetidas veces en lo más rudo del combate dando sus órdenes con una serenidad que admiraba a todos. Muchas veces me había dicho que deseaba morir con las armas en la mano, pero Dios no lo quiso así, pues fue víctima de una enfermedad que le llevó a la tumba. El valeroso Smith, ese elegante militar, a quien muchos de nosotros hemos visto en este mismo sitio, fue respetado por las balas enemigas, pero no por la enfermedad que arrebató tantos soldados a nuestro ejército. John Budford, tan intrépido como sus compañeros; Mitchell, tan eminente en la ciencia; Plummer, Palmer y otros muchos, murieron también a causa de las dolencias contraídas en el servicio.

No cerraré esta interminable lista de los mártires de mi país sin pagar una deuda de afecto nacional, pues uno de los que han dejado de existir era digno de mi más profunda amistad y de mi reconocimiento; era a la vez un ardiente patriota, un carácter elevado y un pundonoroso militar; era, en fin, el bello ideal del oficial de estado mayor. Me refiero a mi ayudante de campo, el coronel Colburn.

¿Podrán servir de provechosa lección a nuestro país todas esas muertes y esos gloriosos servicios? En nuestros días la guerra es un arte, y es cosa que a nadie puede ocultarse, que para organizar y dirigir los ejércitos, para las combinaciones de la estrategia y para su ejecución, es preciso poseer ciertas nociones teóricas de aquel. Contar con el éxito cuando el plan de una campaña se confía a hombres que carecen de conocimientos en el arte militar, es una cosa tan quimérica como esperar que un hábil cirujano instruya perfectamente una causa difícil.

Y ahora veamos por qué han dado su vida tantos hombres, y por qué exige aun la nación que viertan sus hijos tanta sangre preciosa.

Después de la guerra de la Independencia se reconoció que la Confederación, engrandecida durante la lucha, iba a hundirse por su propio peso, pero el Gobierno central era demasiado débil; no podía hacer otra cosa sino recomendar a los diversos Estados las medidas que le parecieron más convenientes, y no poseía suficiente autoridad en la legislatura, porque le faltaba la fuerza ejecutiva que sanciona las leyes. La influencia nacional y el respeto propio iba disminuyendo gradualmente; veíase con inquietud acercarse el momento en que nuestras instituciones demostrarían una vez más al mundo que era imposible un Gobierno fundado sobre la libertad humana y la libertad individual; la nación marchaba a pasos agigantados hacia el borde de un abismo, y la ruina era inminente, cuando algunos de nuestros más sabios y nobles patriotas se reunieron, hace ya ochenta años, para buscar un remedio a los males que amenazaban destruir la grande obra de la Revolución. Sus sesiones fueron largas y a veces tempestuosas; por un momento se pudo dudar del resultado, mas al fin, en medio del conflicto que ocasionaban los opuestos intereses, a pesar de las preocupaciones de partido y del amor propio de unos y otros, ejercieron su benéfica influencia los sentimientos conciliatorios, y se formó la Constitución por la cual nos hemos regido tanto tiempo. No se hizo en un día, sino que fue el resultado de concienzudos trabajos, de sabias concesiones y, sobre todo, del más puro patriotismo. Los pueblos de todos los Estados la adoptaron finalmente, aunque algunos de ellos con repugnancia, porque no era del todo lo que deseaban, si bien les pareció lo mejor en las circunstancias por que atravesaba entonces el país. Se aceptó porque ella nos daba una forma de Gobierno, con la cual podía vivir la nación feliz y tranquila, mientras que el pueblo respetara las leyes para evitar las calamidades que hasta entonces habían afligido a nuestra patria.

Bajo la Constitución hemos hecho progresos que no tienen ejemplo en la historia; quedaron asegurados los derechos y libertades de los ciudadanos; vastos territorios, habitados sólo entonces por los salvajes y las fieras, pasaron al dominio de la civilización; las artes, las ciencias y el comercio se desarrollaron en gran escala; nuestro pabellón recorrió todos los mares, y poco después ocupábamos un lugar preferente entre las grandes naciones de la tierra. Pero bajo esa risueña superficie de prosperidad, sobre la cual bogábamos a velas desplegadas como una nave impelida

por la brisa del mar, ocultábanse peligrosos arrecifes, que ahora impiden nuestra marcha e inspiran temor a los pilotos más experimentados. Confiada en su fuerza y en su buena fortuna, la nave avanzaba siempre sin que su tripulación escuchara los consejos de la prudencia; olvidáronse los peligros que amenazaban antes de empezarse el viaje, y bien pronto pareció inevitable estrellarse contra las rocas. Los mismos elementos de disidencia, las mezquinas preocupaciones, los intereses particulares, las instituciones heterogéneas que hicieron tan difícil elaborar la Constitución, amenazaron un vez más destruirla, mas por fortuna, la nación contaba en su seno con algunos eminentes políticos, que merced a su sabiduría y profundos conocimientos, consiguieron salvar a la República, y así se pudieron evitar durante algunos años más los males que hoy nos afligen. El tiempo y una prolongada prosperidad hicieron olvidar las pasadas calamidades, y ya no se habló sino de conciliación, pues la solidaridad de intereses y las mutuas concesiones habían sido la base y debían ser el apoyo de nuestro Gobierno. Desgraciadamente aparecieron a poco ciertos hombres que por sus miras ambiciosas o por las preocupaciones de partido no tuvieron consideración alguna con el bien público y el bien general; aquellos de ideas más avanzadas encontraron pronto un pretexto para prescindir de las negociaciones pacíficas y de los principios constitucionales, y entonces se apeló a la guerra y se pidió la separación de los Estados, alegando que era preciso evitar males futuros.

Prescindiendo de los sofismas y de las intrigas, la causa directa de la guerra, tal como se presentaba a los ciudadanos honrados y patrióticos del Norte, es sencillamente ésta: ciertos estados, o más bien, una parte de los habitantes de aquellos, han creído, o aparentado creer, que sus derechos y propiedades iban a peligrar cuando subiera al poder cierto partido, y esto a pesar de que la Constitución y el Gobierno ofrecían una protección segura contra los males temidos. Cuantos esfuerzos se hicieron para evitar un choque fueron inútiles; se prefirió buscar la seguridad destruyendo ese Gobierno, que sólo deseaba proteger a los ciudadanos, y se apeló a la fuerza armada contra las tropas que ocupaban una fortaleza nacional. Lavar ese insulto hecho a nuestra bandera; evitar la triste suerte de las repúblicas divididas de la Italia y de la América del Sur; preservar nuestro Gobierno de la destrucción, y encerrarnos dentro de los límites del poder legal, han sido los motivos que nos obligaron a empuñar las armas.

La rebelión contra un Gobierno como el nuestro, que sólo desea arreglar las cuestiones por medios pacíficos, no debe confundirse con una revolución contra un poder despótico que rehúsa dar toda clase de satisfacciones; semejante rebelión no se funda en ningún motivo justificado, y nos pone en la alternativa de destruirla o consentir en la ruina de esta nación. En tiempos como los que alcanzamos y con semejantes disensiones, el espíritu de partido debe convertirse en un sincero y virtuoso patriotismo, sin tener en cuenta más que el bien del país.

Ya sabéis, amigos míos, por qué han hecho el sacrificio de su vida tantos de nuestros compañeros. ¿Habrán de ser estériles su abnegación y patriotismo? ¿Podrán decir las generaciones futuras que nos ha faltado el vigor necesario para terminar la obra comenzada, y que después de tan costosos sacrificios hemos vacilado en salvar la patria? ¡Líbrenos el cielo de semejante baldón, e infunda Dios aliento en nuestros corazones!

¡Oh, manes de nuestros héroes! ¡Almas de nuestros bravos compañeros! ¡comunicadnos vuestra indomable voluntad, y si os es permitido proteger a los que aun no han abandonado la tierra, no nos abandonéis en medio del peligro y de las desgracias; alentad a los fuertes, sostened a los débiles, y así podrá salvarse la República y se asegurará el triunfo de nuestra bandera!

A través de la borrasca que arrastra la nave del Estado, vemos un faro luminoso que nos infunde confianza: no puede ser que esta gran nación haya terminado ya su brillante carrera; no es posible que nuestra estrella, radiante en otro tiempo, y que tanto nos prometía para el porvenir, deba oscurecerse ya para siempre. No dudemos que la Providencia permitirá que este país, que fue por tanto tiempo el asilo de los oprimidos, el refugio de la libertad religiosa y civil, vuelva a ocupar un lugar preferente entre las demás naciones del mundo, después de haber dado un saludable ejemplo a los que desean marchar por la senda del progreso. No nos es permitido sondear los decretos de la

Providencia, pero los comprendemos al consultar el pasado. No nos es posible tampoco penetrar los designios del Altísimo, pero toda la historia, así como la revelación cristiana, nos prueba que esos decretos, aunque insondables, son justos. Cumplamos, pues, con nuestra misión; tengamos una confianza ilimitada en la bondad del Señor, que condujo a nuestros padres a través de los mares, y les sostuvo en medio de los peligros, aun más grandes que los que arrostró su propio pueblo. Si cumplimos con nuestro deber y tenemos confianza en el Ser Supremo, no nos abandonará en la adversidad.

Y ahora, amigos míos, en la confianza de que Dios salvará a nuestra patria, dedicamos este monumento al honor, al patriotismo, a la abnegación y a la memoria de nuestros bravos.

FIN

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiaboliconista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de México*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*

- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
 504 Juan Moneva y Puyol, *Política de represión y otros textos*
 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y México*
 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Maríneo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*

- 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
- 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
- 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
- 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
- 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
- 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
- 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
- 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
- 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
- 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
- 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
- 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
- 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
- 444 Publilio Siro, *Sentencias*
- 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
- 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
- 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
- 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
- 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
- 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
- 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
- 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
- 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
- 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
- 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
- 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
- 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
- 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
- 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
- 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
- 427 Georges Desdevise du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
- 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
- 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
- 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
- 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
- 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
- 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
- 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
- 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
- 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
- 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
- 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
- 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
- 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
- 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
- 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
- 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
- 410 Tertuliano, *Apologético*
- 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
- 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*

- 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flintner, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
 395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña* (1885)
 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*

- 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
- 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
- 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
- 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
- 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
- 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
- 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
- 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
- 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
- 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
- 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
- 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
- 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
- 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
- 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
- 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
- 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
- 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
- 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
- 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
- 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
- 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
- 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
- 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
- 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
- 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
- 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
- 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
- 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
- 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
- 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
- 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
- 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
- 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II (4 tomos)*
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*

- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia* (2014-2018)
 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
 269 Homero, *La Odisea*
 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
 265 Homero, *La Ilíada*
 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
 262 Louis-Prospér Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
 258 Joaquín Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*

- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 ¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario *Ahora* del 16 de febrero de 1934
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 Citas del Presidente Mao Tse-Tung (*El Libro Rojo*)
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*

- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)

- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España. Versión de Hinojosa*
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España (3 tomos)*
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*

- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Íosif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*

- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclario, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*

- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)